E.P. THOMPSON

La formación de la clase obrera en Inglaterra

Prólogo de
Antoni Domènech

Prefacio de
Eric Hobsbawm

Capitán Swing

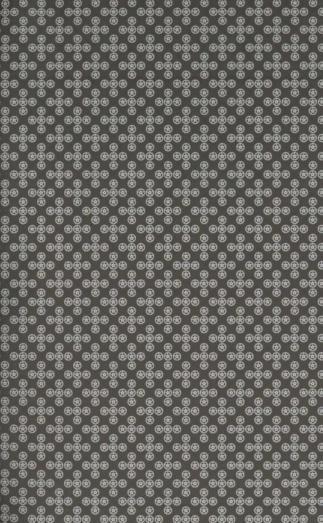


El historiador e intelectual británico influyó decisivamente en el pensamiento marxista británico, separándolo del europeo y dándole carácter propio, dentro de lo que se conoce como socialismo humanista. Comprometido políticamente con la izquierda y el pacifismo, formó el Grupo de Historiadores del Partido Comunista junto a Christopher Hill, Eric Hobsbawm, Rodney Hilton, Dona Torr y otros; que tuvo un papel clave en los comienzos de la corriente conocida como *Nueva Izquierda* a finales de los años cincuenta.

Su producción se centra en la historia social, sobre todo en el movimiento obrero de la Inglaterra de la Revolución industrial. Prolífico ensayista y articulista, publicó influyentes biografías como las de William Morris y William Blake. Su obra esencial es *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1963), donde revisa la interpretación marxista tradicional desde un materialismo histórico no dogmático; aunque también son destacables otros muchos libros y artículos como *La economía moral de la multitud en Inglaterra* (1979), donde reclama para el estudio de la sociedad la misma metodología que emplea la antropología cultural en el estudio de las sociedades primitivas.

◂ **Fotografía de cubierta:**

August Sander, *Bricklayer*, 1928.



La formación de la clase obrera en Inglaterra

E.P. Thompson

La formación de la clase obrera en Inglaterra

E.P. Thompson

Prólogo de
Antoni Domènech

Prefacio de
Eric Hobsbawm

colección
Entrelíneas

Capitán Swing

Título original:
The Making of the English Working Class
(1963, 2ª ed. 1980)

Corrección ortotipográfica: Carlos Valdés

Primera edición en Capitán Swing:
Septiembre 2012

Impreso en España / Printed in Spain
GRACEL - Alcobendas (Madrid)

ISBN: 978-84-940279-3-2
Depósito Legal: M-30109-2012
Código BIC: FV



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.

Índice

Segunda parte: La maldición de Adán

Tercera parte: La presencia de la clase obrera

Prólogo

Antoni Domènech

Casi medio siglo después de la primera edición original, *La formación de la clase obrera en Inglaterra* es unánimemente considerada una obra maestra, y su autor, uno de los más grandes historiadores del siglo XX, acaso el más original, profundo e innovador de su segunda mitad. Pero en el momento de su aparición (1963) ni el libro ni el autor podían resultar más polémicos, ni concitar más hostilidades.

Para empezar, Edward P. Thompson (1924-1993) no se entendió nunca a sí mismo como un historiador profesional, ni siquiera como un académico, sino como un activista político y como un polígrafo y publicista socialista vinculado al movimiento obrero y a sus instituciones histórico-realmente cristalizadas. Como historiador, su maestro más reconocido no fue un gran profesor de Cambridge o de Oxford, sino una activa —y casi olvidada— militante comunista, Dona Torr (1887-1956), fundadora (en 1946) del imponente Grupo de Historiadores del Partido Comunista Británico (GHPCB) del que fueron miembros, aparte de Thompson y su compañera, la respetada historiadora del cartismo Dorothy Towers (1923-2011), dos irrepetibles generaciones de personalidades tan destacadas de la investigación historiográfica y científico-social contemporánea como Eric Hobsbawm (1917-), Christopher Hill (1912-2003), Rodney Hilton (1916-2002), George Rudé (1910-1993), Victor Kiernan (1913-2009), el gran clasicista Geoffrey E. M. de Ste. Croix (1910-2000) o el sólido economista Maurice Dobb (1900-1976).

En 1963 Thompson ya había salido del Partido Comunista; él —y varios otros miembros del GHPAB— habían roto con el comunismo oficial a raíz de la invasión soviética de Hungría (1956) y de las escandalosas revelaciones públicas de Kruschov sobre la era de Stalin. Muy en una línea de la que nunca se apartaría, y lejos de recluirse en un retiro o de puro investigador académico o de ensayista *free lance*, buscó colaborar en la construcción de un espacio institucional nuevo, alternativo, de reflexión y actividad

socialista.[1] Estuvo activo en el pacifismo antinuclear de finales de los 50 (al que volvería, como es notorio, en los 80 con *Protest and survive*)[2] y animó a la creación e institucionalización de un movimiento *New Left* en Gran Bretaña, del que, entre otras cosas, salió (en 1959) la revista homónima que aún perdura.

Ello es que en 1963 llevaba tiempo ya Thompson distanciado también de buena parte de las gentes de la *New Left*, crecientemente dominada por una nueva generación de intelectuales tan alejados de los grandes debates científicos de la izquierda tradicional británica (al soberbio grupo de historiadores del GHPCB hay que añadir las reflexiones de los economistas filomarxistas de Cambridge en torno a Keynes, señaladamente Joan Robinson y Piero Sraffa), como fascinados con cierto marxismo especulativo, apolítico, continental, y particularmente, con el francés de impronta «estructuralista».

Pues bien; La formación de la clase obrera en Inglaterra no sólo tenía que resultar polémica *para*, sino que, en realidad, estaba expresamente concebida *contra*: 1) dos tipos de modas revisionistas-negacionistas imperantes en la vida académica de la época, especialmente en la historia económica y en la sociología de impronta funcionalista; 2) la vulgarización deshistorizadora y despolitizadora del «marxismo» estalinista; y 3) la retórica especulativa, ahistórica —y en el fondo, apolítica— de una «nueva izquierda» a la que Thompson terminó considerando heredera, culturalmente hablando, del estalinismo.[3]

La *moda académica negacionista-revisionista* consistía básicamente en negar económicamente el carácter socialmente catastrófico del triunfo políticamente contrarrevolucionario del capitalismo industrial —la Revolución Industrial— y en revisar sociológicamente la noción de «clase obrera» (no habría tal, en singular, sino, a lo sumo, un conjunto heteróclito de *clases* trabajadoras).

[1] Una de sus sentencias más famosas dice así: «Los intelectuales socialistas deben ocupar un territorio que sea, sin condiciones, suyo: sus propias revistas, sus propios centros teóricos y prácticos; lugares donde nadie trabaje para que le concedan títulos o cátedras, sino para la transformación de la sociedad; lugares donde sea dura la crítica y la autocrítica, pero también de ayuda mutua e intercambio de conocimientos teóricos y prácticos, lugares que prefiguren en cierto modo la sociedad del futuro.»

[2] Edición castellana: *Protesta y sobrevive*, edición castellana y prólogo A. Domènech, Madrid, Blume, 1984.

[3] En su demoledor (y tardío) ajuste de cuentas con la «nueva izquierda» británica de los 60, Thompson lo declaró redondamente: «(…) no sois una "generación postestalinista". Sois una generación en cuyo seno las razones y legitimaciones del estalinismo, mediante la "práctica teórica", vienen siendo reproducidas día tras día.» El libro, *The Poverty of Theory* (1978) es un demoledor alegato, científico y político a la vez, contra la ignorante vaciedad del marxismo estructuralista, y en general, de la *Théorie* postestructuralista *made in Paris*. (Hay traducción castellana: *Miseria de la Teoría*, Barcelona, Crítica, 1984).

En cuanto al negacionismo de los economistas, digamos «progresistas-desarrollistas», Thompson apunta (en el capítulo 6 de este libro, pp. 221-222):

> En general, se sugiere que la situación del obrero industrial en 1840 era, en muchos aspectos, mejor que la del trabajador a domicilio de 1790. La Revolución industrial no sería ya una época de catástrofe o de grave conflicto y opresión de clase, sino de mejora.

Una forma de entender el libro de Thompson es leerlo como un largo, refinado y circunstanciado argumento histórico contra ese negacionismo:

> Podemos ver ahora algo de la naturaleza verdaderamente catastrófica de la Revolución industrial, así como algunas de las razones por las cuales en esos años se conformó la clase obrera inglesa. El pueblo estaba sometido, a la vez, a una intensificación de dos tipos de relaciones intolerables: las de explotación económica y las de opresión política (...) La mayor parte de los trabajadores sintió la crucial experiencia de la Revolución industrial en términos de cambio en la naturaleza y la intensidad de la explotación.[4]

En lo tocante a la revisión sociológico-metodológica académica del concepto de clase, Thompson polemiza (en el *Prefacio* a la primera edición) con un sociólogo liberal muy famoso en la época y hoy justamente olvidado (sir Ralf Dahrendorf). La ridícula cita de Dahrendorf que Thompson trae a colación, atravesada por la típica obsesión huera y pedantemente «metodologista» del sociólogo filosóficamente ignorante, hablará por sí misma al lector de hoy.[5] La réplica de Thompson es tan demoledora, como esencial, y vale la pena destacarla:

[4] «En la agricultura, los años comprendidos entre 1760 y 1820 son los años de la generalización [y privatización] de las *enclosures*, durante los cuales se pierden los derechos comunales, pueblo tras pueblo, y al que no tiene tierra y —en el sur— al trabajador empobrecido no le queda más remedio que sustentar a los arrendatarios, los terratenientes y los diezmos de la Iglesia. En las industrias domésticas, desde 1800 en adelante, se consolida la tendencia de que los menestrales dejen paso a los patronos más grandes —ya sean fabricantes o intermediarios— y de que la mayoría de los tejedores, calceteros o los que hacían clavos se convirtiesen en trabajadores a domicilio asalariados con un empleo más o menos precario. Estos son los años del empleo de niños —y de mujeres, de forma clandestina— en las fábricas y en muchas áreas mineras; y la empresa a gran escala, el sistema fabril con su nueva disciplina, las comunidades de las fábricas —donde el fabricante no sólo se enriquecía con el trabajo de la «mano de obra», sino que se podía ver cómo se enriquecía en una generación—, todo contribuía a la transparencia del proceso de explotación y a la cohesión social y cultural de los explotados» (Cap. 6, pp. 224-225)

[5] «Las clases están basadas en diferencias de poder legitimado asociado a ciertas posiciones políticas, i.e., en la estructura de roles sociales con respecto a sus expectativas de autoridad (...) Un individuo llega a ser miembro de una clase jugando un papel social relevante desde el punto de la autoridad (...) Pertenece a una clase porque ocupa una posición en una organización social; i.e., la pertenencia de clase deriva de la existencia pertinente de un rol social.» (Dahrendorf, *Class and Class Conflict in Industrial Society*,

El problema es, por supuesto, cómo este individuo llegó a desempeñar este «papel social», y cómo llegó a existir esa organización social determinada, con sus derechos de propiedad y su estructura de autoridad. Y estos son problemas históricos. Si detenemos la historia en un punto determinado, entonces no hay clases sino simplemente una multitud de individuos con una multitud de experiencias. Pero si observamos a esos hombres a lo largo de un período suficiente de cambio social, observaremos pautas en sus relaciones, sus ideas y sus instituciones. La clase la definen los hombres mientras viven su propia historia y, al fin y al cabo, esta es su única definición.

Por otro lado, la vulgarización deshistorizadora y despolitizadora del «marxismo» de impronta estalinista, a la que reaccionaba Thompson, tenía dos elementos clave.

El primero, más general, era la comprensión (tácita) de la historia humana —el *Hismat* o «materialismo histórico» canonizado— como el despliegue más o menos inexorable de un programa de desarrollo ontogenético (con sucesión de «modos de producción» entendidos como sistemas estructuro-funcionalmente integrados, con sus correspondientes «clases sociales» y su base económica y una sobreestructura ideológica y político-jurídica funcional y misteriosamente adaptada a esa base, etc.). De esa comprensión desaparecía no sólo la historia propiamente dicha, que es trayectoria única e irrepetible, que es despliegue de complejas fuerzas dinámico-causales endógenas sometidas a *shocks* estocásticos exógenos de la más variada índole; desaparecía también la urdimbre intencional con que se configura la historia *humana*, que es afán y trabajo y cognición social y cooperación en la búsqueda cotidiana de medios de existencia, y así, también, va de suyo, lucha política y conflicto social intencionalmente librados, con mayor o menor autoconsciencia («no lo saben, pero lo hacen») pero casi nunca en las condiciones elegidas por los agentes sociales.

El segundo elemento de vulgarización doctrinaria, más específico y más políticamente contaminado que el anterior, tenía que ver con la grosera y ahistórica comprensión del origen de la fuerza dinámica del modo de producir capitalista moderno en Europa occidental —con su vigorosa (y políticamente resistible) tendencia a la colonización del conjunto de la vida económica y social— y de la complicada contribución de esa fuerza dinámica, a partir del último tercio del siglo XVIII, a los procesos históricos de formación de la clase obrera industrial en Inglaterra.

De esa versión estalinista vulgarizadora —y políticamente interesada— del «marxismo» había desaparecido por completo el progresismo trágico, si así puede llamarse, del joven Marx («la historia

1959.) Thompson califica este libro como «un estudio de las clases obsesivamente concentrado en la metodología, hasta el punto de excluir el examen de una sóla situación real de clase en un contexto histórico real».

avanza por sus peores lados»), y no digamos la comprensión, harto más pesimista crítico-culturalmente, que de las dinámicas expropiadoras, destructoras y socialmente colonizadoras del modo de producir capitalista llegó a hacerse el viejo. En dos puntos resultó el trabajo de Thompson seminalmente esclarecedor.

a) De su pertenencia al GHPCB —y particularmente de su amistad con el gran medievalista Rodney Hilton, quien entendió, el primero, la importancia para los historiadores marxistas británicos de la obra del francés Marc Bloch (1886-1944)— Thompson aprendió que, lejos de ser un tiempo socialmente muerto, la Edad Media europeo-occidental fue una época de intensas pugnas sociales y políticas de clase, marcadas por el afán señorial de cercar y privatizar los bienes comunales, base fundamental de la libertad popular (la *Allmende* y la *gemeine Mark*, en territorios germánicos, las *communes* en Francia, los *bene comuni* en la península itálica, las tierras ejidales en la Península Ibérica, los *commons* en Inglaterra). El gran capítulo de Marx, en el volumen 1 de El Capital, sobre «La llamada acumulación originaria de capital», volvía a ser central: no podía entenderse el origen de las dinámicas expropiatorias características de la fuerza dinámica histórico-económica que Marx llamó «modo de producir capitalista», sin entender su origen político (particularmente, en la Inglaterra sometida a los Tudor) en aquellas luchas. En otro gran libro de investigación sobre la Inglaterra popular del XVIII, escrito muchos años después que *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Thompson acuñó el célebre concepto de «economía moral de la multitud»:[6] significaba el conjunto de normas, prácticas y valores compartidos por las clases subalternas en defensa de los bienes comunes y de las oleadas señoriales de ataques cercadores y privatizadores. El avance expropiador y mercantilizador —la insólita, y en cierto sentido *contra natura*, conversión de la tierra, de la capacidad de trabajo y del dinero en mercancías—[7] propiciada por la fuerza económica dinámica llamada modo de producir capitalista era políticamente resistible, y fue desde el comienzo (y sigue siendo) social y políticamente resistida.[8]

[6] Cfr. *Costumbres en común*, Barcelona, Editorial Crítica, 1995 (edición inglesa original, 1991).

[7] Conforme a la formulación clásica de Karl Polanyi en su clásico *La Gran Transformación* (varias ediciones en castellano; edición original, 1944). Dicho sea de paso, es un tanto sorprendente que Thompson, ni en el presente libro ni después, llegara a interesarse por una obra tan afín —no sólo metodológicamente— a la suya como la de Polanyi.

[8] Quien tal vez pueda considerarse el más eminente continuador de la línea investigadora historiográfica inaugurada por Thompson, el profesor Peter Linebaugh, ha publicado recientemente una interesante historia de los sucesivos avatares —hasta nuestros días— de la famosa Magna Carta concedida por el Rey Juan Sin Tierra a comienzos del siglo XIV, origen del *hábeas corpus* y de buena parte de las tradiciones iusconstitucionalistas garantistas de la «libertad inglesa» mostrando la vinculación de esa concesión con las luchas de los comunarios ingleses por

La interesante feminista socialista de origen italiano Silvia Federici, con un atrevimiento especulativo al que difícilmente se habría avilantado nuestro historiador profesional —tan prudente y minuciosamente atenido la investigación circunstanciada de archivos y hemerotecas—, ha resumido recientemente esta visión de estirpe *thompsoniana* del origen político del capitalismo de un modo que acaso resulte instructivo al lector, si más no para entender su recepción política entre los sectores más perceptivos de la izquierda anticapitalista actual:

> El capitalismo fue la respuesta de los señores feudales, de los mercaderes patricios, de los obispos y de los papas, a siglos de conflicto social que terminaron por hacer tambalear su poder, dando «al mundo todo una gran sacudida» [como había exigido Thomas Münzer a comienzos del XVI]. El capitalismo fue la contrarrevolución que destruyó las posibilidades nacidas de la lucha antifeudal, unas posibilidades que, de realizarse, nos habrían ahorrado la inmensa destrucción de vidas y de medio ambiente natural que ha marcado el desarrollo de las relaciones capitalistas a escala planetaria. Nunca se subrayará esto lo bastante, porque la creencia de que el capitalismo «evolucionó» a partir del feudalismo y representa una forma de vida social «superior» todavía no ha sido arrumbada.[9]

b) El segundo punto en el que el trabajo de Thompson ha resultado particularmente influyente, y que se sigue muy naturalmente del anterior, tiene que ver con su insistencia —central para el argumento de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*— en la naturaleza continua de las luchas políticas de la población trabajadora bajo la Revolución Industrial. De aquí la importancia otorgada al legado literario de Tom Paine (1737-1809) para el incipiente movimiento obrero industrial (en eso le había precedido su amigo Hobsbawm), así como al estudio y descripción del activismo práctico del jacobinismo inglés, señaladamente de la figura del difamado John Thelwall (1764-1834). Si al estalinismo —constructor de un pretendido «socialismo en un solo país» a partir de la industrialización forzosa fundada en una despótica desposesión de las masas populares— le resultaba políticamente incómoda la lectura del capítulo marxiano sobre «La llamada acumulación originaria de capital», de todo punto vitanda le resultaba la idea de que el movimiento obrero y el socialismo industrial moderno, lejos de nacer mecánicamente de la nada, eran herederos conscientes, sin solución de continuidad, de las grandes luchas plebeyas, y muy particular-

la conservación sus bienes comunales y la concesión paralela de una Carta de los Bosques Comunales. Cfr. *The Magna Carta Manifesto*, Berkeley, L.A., Londres, Univ. California Press, 2010.

[9] Silvia Federici, *Caliban and the Witch: Women, the Body and Primitive Accumulation*, Nueva York, Autonomedia, 2004, págs. 21-22. (Hay traducción castellana, *Calibán y la bruja*, en la Editorial Traficantes de sueños, Madrid).

mente, de la democracia republicana revolucionaria francesa de 1792. El estalinismo y sus turiferarios consagraron la idea de la Revolución Francesa como «revolución burguesa» —en vez de como la última gran *jacquerie*, antifeudal, y al tiempo, anticapitalista—,[10] alentaron el uso de la noción de «democracia burguesa»[11] —un oxímoron que no puede hallarse una sola vez en la obra de Marx y Engels— y contribuyeron a fomentar la idea, ahistórica y apolítica, de una homogénea «modernidad burguesa» —etapa de desarrollo ontogenético—, que habría inventado, entre otras cosas, el individualismo y las libertades y los derechos personales.[12]

Thompson no sólo ilustra y documenta detalladamente que la lucha decimonónica por la libertad de prensa, las libertades políticas y el sufragio democrático fue una lucha obrera y popular, y en cualquier caso, muy poco «burguesa», sino que las grandes conquistas de derechos individuales y libertades y garantías públicas traían su origen en viejas luchas medievales populares y comunarias que configuraron las tradiciones constitucionales de la «libertad inglesa»:

> La primera, y más evidente, es que la ideología obrera que maduró en los años treinta [del siglo XIX] y que, a través de diversas traslaciones, ha perdurado desde entonces, confirió un valor excepcionalmente elevado a los derechos de la prensa, de la palabra, de reunión y de libertad personal. Por supuesto, la tradición del «inglés libre por nacimiento» es mucho más antigua, pero apenas se sostiene la idea que encontramos en algunas de las interpretaciones «marxistas» tardías, según la cual estas reivindicaciones aparecen como una herencia del «individualismo burgués». [cap. 6, pág.783]

Es verdad: luego de la I Revolución Industrial «inglesa» (1760-1830) —que terminó de triunfar políticamente, como tan oportunamente recuerda Thompson en este libro, en la estela contrarrevolucionaria de la derrota de la democracia republicana revolucionaria francesa—,

[10] La historiadora francesa Florence Gauthier, coeditora de la nueva edición crítica de las obras de Robespierre, observó que en ediciones anteriores –bajo responsabilidad de historiadores del Partido Comunista Francés— algunos pasos directa e inocultablemente anticapitalistas de Robespierre habían sido u ocultados o suprimidos. Particularmente, la contraposición robespierreana entre la «economía política tiránica» (de impronta mercantilzadora y acaparadora; capitalista) y lo que Robespierre defendía programáticamente bajo el nombre de «economía política popular». Cuando la profesora Gauthier comunicó personalmente (a finales de los 80) este hallazgo a Thompson, quien no conocía con detalle la historia de la Revolución Francesa, nuestro autor se mostró muy impresionado por la semejanza con su propio concepto de «economía moral popular». (Comunicación personal de Florence Gauthier al autor de estas líneas).

[11] Cfr. Antoni Domènech, «"Democracia burguesa": nota sobre la génesis del oxímoron y la necedad del regalo», en *Viento Sur*, N.º 100, enero 2009, págs. 95-100.

[12] Un horror muy influyente al respecto es el libro del filósofo «marxista» canadiense C.B. Macpherson, *La teoría política del individualismo posesivo. De Hobbes a Locke* (varias ediciones castellanas, la última en la editorial madrileña Trotta, 2005; el original es de 1962).

vino la segunda Revolución Industrial «alemana» (1870-1900), mucho más importante aún a todos los efectos para la historia económica.[13] Esa segunda Revolución Industrial contribuyó también a troquelar ulteriormente a la clase obrera industrial y a su movimiento social y político, y a forjar y decantar de modos nuevos lo que en el siglo XX se entendió por «socialismo». Y sí, también ahí, cabría hablar de continuidades: si Thompson hubiera escrito sobre eso, se puede dar por descontado que habría sido el primero en buscarlas. Y sin embargo, en este gran y seminal libro sobre los orígenes de la clase obrera industrial y sus tradiciones socialistas que es *La formación de la clase obrera en Inglaterra* no se privó de expresar una sana y elocuentísima nostalgia respecto de los valores y las tradiciones republicano-revolucionarias (por mal nombre, «jacobinas») que el socialismo y la clase obrera industrial maduros se habrían dejado en el camino:

> La peculiaridad de su jacobinismo se encontraba en el acento que pone sobre la *égalité*. (...) El movimiento obrero de los años posteriores continuaría y enriquecería las tradiciones de la fraternidad y la libertad. Pero la propia existencia de sus organizaciones, así como la protección de sus fondos, requería la promoción de un cuadro de dirigentes experimentados: también, un cierto respeto o exagerada lealtad hacia su liderazgo, lo cual resultó ser una fuente de formas y controles burocráticos. (...) Esos valores jacobinos, que aportaron mucho al cartismo, decayeron en el movimiento de finales del siglo XIX, cuando el nuevo socialismo transfirió el acento de los derechos políticos a los económicos. La fuerza de las distinciones de clase y posición social en la Inglaterra del siglo XX, en parte, es una consecuencia de la falta de las cualidades jacobinas en el movimiento obrero del siglo XX. No hace falta subrayar la importancia evidente de otros aspectos de la tradición jacobina: la tradición del autodidactismo y de la crítica racional de las instituciones políticas y religiosas, la tradición del republicanismo consciente y sobre todo, la tradición del internacionalismo. Es extraordinario que una agitación tan breve difundiera sus ideas por tantos rincones de Inglaterra. [Cap. 5, págs. 209]

El socialismo del Thompson político era ya entonces, y lo fue hasta el final, un socialismo orgulloso del gorro frigio.

[13] Los historiadores de la economía y de la tecnología suelen coincidir en que la II Revolución industrial ha sido la más decisiva en su impacto en la vida social y económica. (En muy pocos años se inventaron y desarrollaron un conjunto de tecnologías que aún marcan decisivamente el grueso de nuestras vidas: electricidad, motor de combustión interna, agua corriente, sanitarios domésticos, industria química y de fertilizantes y colorantes, petróleo, comunicaciones, entretenimiento). Contra el papanatismo imperante, los historiadores económicos competentes suelen dar, en cambio, un valor bastante reducido al impacto económico de la llamada tercera revolución tecnológica de la "información", que arrancó en los 60 del siglo XX (computadores, web, telefonía móvil). Para un buen resumen, cfr. Robert J. Gordon, «Is U.S. Economic Growth Over? Faltering Innovation Confronts the Six Headwinds», *National Bureau of Economic Research*, Cambridge, Mass, Working Paper 18315 (agosto 2012).

Prefacio

Obituario para E.P. Thompson[1]

Eric Hobsbawm

[1] Tomado de *Radical History Review*, invierno de 1994. Traducción de Lligany Lomelí

Es probable que E. P. Thompson, historiador, socialista, poeta, militante, orador, escritor —en su época— de la mejor prosa polémica de este siglo, hubiera deseado que se le recordara como lo primero. Y de hecho, cuando sus diversas campañas se hayan olvidado, *La formación de la clase obrera en Inglaterra* y varias de sus otras obras se seguirán leyendo con admiración y emoción.

Como historiador y personaje público, Edward Thompson se elevó como un cohete. *La formación de la clase obrera*..., publicado en 1963 y escrito por un maestro de escuela para adultos virtualmente desconocido fuera de los estrechos círculos de la vieja y nueva izquierda intelectual, fue reconocido de inmediato como un clásico y se volvió en efecto el libro de historia de mayor influencia en las radicales décadas inglesas de los años sesenta y setenta. Y no sólo entre los radicales. En el decenio de los ochenta, Thompson fue el historiador contemporáneo más ampliamente citado en el mundo, según el *Arts and Humanities Citation Index*, y uno de los doscientos cincuenta autores citados con mayor frecuencia de todos los tiempos. Cuando en la década de los ochenta Thompson se involucró en las campañas en favor del desarme nuclear, se elevó casi instantáneamente a una posición similar a la que ocupaba —en una época anterior del movimiento— Bertrand Russell. De no ser por el aislamiento de la izquierda marxista, el don de distinción que Thompson poseía se hubiera reconocido más amplia y rápidamente. En 1956 fue —junto con John Saville— dirigente principalísimo del Partido Comunista, del que era miembro fiel desde tiempo atrás, y el cual se opuso públicamente al estalinismo.

Las hadas madrinas que mecieron la cuna de Edward Thompson —si la metáfora se adecua al hijo de unos graves misioneros metodistas angloamericanos, liberales y antimperialistas de toda la vida— le llevaron muchos regalos: un intelecto poderoso aliado a la intuición de un poeta, elocuencia, gentileza, encanto, presencia, una voz maravillosa, una buena apariencia dramática que con los años encaneció y se volvió más áspera, y carisma o «calidad de estrella» a montones.

Lo único que las hadas le negaron a Thompson fue la capacidad de editarse a sí mismo —escribía invariablemente más de lo que era su intención— y la habilidad para planear su vida —a excepción de

su matrimonio a temprana edad con su compañera y colega historiadora, Dorothy. Siguió un curso rodante e intuitivo, moviéndose con los vientos y las corrientes de la experiencia privada y política, o una combinación de ambas. Por lo tanto, el trabajo historiográfico de Thompson se vio interrumpido por su sensación de aislamiento, en tanto hombre de la izquierda, de las diversas «nuevas izquierdas» de los años sesenta y setenta, y además por sus años como militante antinuclear. Pasaba el tiempo y Thompson parecía suspender otra vez el curso enormemente prometedor de la investigación para perseguir otra presa intelectual. Su obra sobre la historia social de la Inglaterra preindustrial, que a principios de la década de los setenta comenzó a transformar con algunas monografías profundas, produjo eventualmente el volumen *Customs in Common* (1991), que publicó la editorial Penguin en una edición rústica durante sus últimas semanas de vida. Su libro sobre William Blake —al que, junto con Vico, Marx y William Morris, Thompson consideraba entre sus antecesores— está por publicarse en un futuro cercano.[1]

Conforme Thompson se hizo viejo, las fronteras entre la historia general y la autobiografía se volvieron borrosas, de tal forma que a veces se sintió tentado a dejar a un lado sus investigaciones históricas para averiguar algún aspecto sobre la familia Thompson, pues él mismo sabía que estaba profundamente marcado por sus orígenes, no menos que por su relación en vida y póstuma con su hermano Frank, mayor que él, supuestamente más brillante y, ciertamente, más favorecido. Frank le precedió en el Partido Comunista y murió asesinado a los 21 años mientras trabajaba con el Consejo de Operaciones Especiales en la república búlgara, donde ganó un reconocimiento modesto como héroe del pueblo de Bulgaria. La tradición y la lealtad, dentro y fuera de la familia, fueron importantes para Edward Thompson.

Thompson escribía sobre historia o cualquier otra cosa al modo de un caballero rural inglés —no británico— de la izquierda radical. Este papel, aunque poco convincente, iba bien con la profundidad de su inmersión en la historia de su gente y su Constitución, y la pasión de su apego a los hombres y mujeres del pasado por los que tanto hizo, en su propia y magnífica frase, «para rescatar [...] de la enorme condescendencia de la posteridad».

La primera obra de gran aliento de Thompson fue su biografía sobre William Morris (1955, corregida en 1977). Sus publicaciones historiográficas más importantes después de *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, publicadas principalmente en la década de los setenta, se ocuparon del siglo XVIII. *Whigs and Hunters* y *Albion's*

---

[1] Así fue, el libro se publicó a los pocos meses: *Witness Against the Beast: William Blake and the Moral Law*, Cambridge University Press, 1993. *(N. del E.)*

Fatal Tree (del que fue coautor) aparecieron como libros en una versión alemana, al igual que una antología de sus brillantes artículos, tan influyentes. Una antología más elaborada en inglés apareció bajo el título de *Customs in Common*. La influencia internacional de Thompson creció después de 1969, cuando se unió al consejo editorial de la revista *Past and Present*, y cuando empezó a participar en las Mesas Redondas internacionales sobre historia social organizadas —en gran parte a su alrededor— bajo los auspicios de la Maison des Sciences de l'Homme en París. En 1978 apareció su principal obra teórica, *Miseria de la teoría*, construida alrededor de críticas tanto al último Louis Althusser —entonces muy influyente— como a algunas tesis propuestas por Anderson y Narin en la *New Left Review*.

En la obra de Thompson se combinan pasión e intelecto, los dones del poeta, del narrador y del analista. Es el único historiador que he conocido que tenía no sólo talento, inteligencia, erudición y el don de la escritura, sino la capacidad para producir algo cualitativamente diferente de lo que el resto de nosotros producíamos, aunque no se trata de medir con la misma vara. Llamémosle simplemente genio, en el sentido tradicional de la palabra. Ninguna de sus obras de madurez las pudo haber escrito otro. Por tal razón, sus admiradores le perdonaban muchas cosas, incluso sus cambiantes estados de ánimo, su relación poco clara con organizaciones y miembros de éstas, y una eventual cualidad atolondrada de su poderoso e imaginativo intelecto al incursionar en la teoría. Sus amigos le perdonaban todo.

En 1956, después de su ruptura con el Partido Comunista, Thompson permaneció esencialmente como un lobo solitario de la izquierda, y como alguien de quien emanaba algún consuelo debido a no llevar las insignias del *establishment*, algunas de las cuales le fueron negadas injustamente. Durante poco tiempo, Thompson dio clases en una universidad británica, pero después de eso vivió como un académico independiente, impartiendo clases ocasionales en universidades extranjeras, escribiendo historia, teoría, polémica política, por no mencionar la poesía y por lo menos una novela de ciencia ficción, *The Sykaos Papers* (1988). Y cuando no militaba, hacía jardinería en Worcestershire. Thompson falleció después de una prolongada enfermedad. Igualmente memorable como escritor que como hombre público y privado, dejó una huella profunda en todos los que le conocieron y en la mayoría de los que le leyeron.

Su muerte nos deja afligidos. No se puede calcular aún la pérdida para la vida intelectual, la historia y la izquierda británicas.

La formación de la clase obrera en Inglaterra

E. P. Thompson

Prefacio

Este libro tiene un título un tanto tosco, pero que cumple su cometido. *Formación*, porque es el estudio de un proceso activo, que debe tanto a la acción como al condicionamiento. La clase obrera no surgió como el sol, en un momento determinado. Estuvo presente en su propia formación.

Clase, en lugar de clases, por razones cuyo examen es uno de los objetivos del libro. Existe, por supuesto, una diferencia. «Clases» es un término descriptivo, que elude tanto como define. Pone en el mismo saco de manera imprecisa un conjunto de fenómenos distintos. Aquí había sastres y allí tejedores, y juntos componían las clases.

Por clase, entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados, tanto por lo que se refiere a la materia prima de la experiencia, como a la conciencia. Y subrayo que se trata de un fenómeno *histórico*. No veo la clase como una «estructura», ni siquiera como una «categoría», sino como algo que tiene lugar de hecho —y se puede demostrar que ha ocurrido— en las relaciones humanas.

Todavía más, la noción de clase entraña la noción de relación histórica. Como cualquier otra relación, es un proceso fluido que elude el análisis, si intentamos detenerlo en seco en un determinado momento y analizar su estructura. Ni el entramado sociológico mejor engarzado puede darnos una muestra pura de la clase, del mismo modo que no nos puede dar una de la sumisión o del amor. La relación debe estar siempre encarnada en gente real y en un contexto real. Además, no podemos tener dos clases distintas, cada una con una existencia independiente, y luego ponerlas *en* relación la una con la otra. No podemos tener amor sin amantes, ni sumisión sin siervos. Y la clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes —heredadas o compartidas—, sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos —y habitualmente opuestos— a los suyos. La

experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en las que los hombres nacen o en las que entran de manera involuntaria. La conciencia de clase es la forma en que se expresan estas experiencias en términos culturales: encarnadas en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Si bien la experiencia aparece como algo determinado, la conciencia de clase no lo está. Podemos ver una cierta *lógica* en las respuestas de grupos laborales similares que tienen experiencias similares, pero no podemos formular ninguna *ley*. La conciencia de clase surge del mismo modo en distintos momentos y lugares, pero nunca surge exactamente de la misma forma.

Hoy en día, existe la tentación, siempre presente, de suponer que la clase es una cosa. Este no fue el sentido que Marx le dio en sus propios escritos de tipo histórico, aunque el error vicia muchos de los recientes escritos «marxistas». Se supone que «ella», la clase obrera, tiene una existencia real, que se puede definir de una forma casi matemática: tantos hombres que se encuentran en una determinada relación con los medios de producción. Una vez asumido esto, es posible deducir qué conciencia de clase debería tener «ella» —pero raras veces tiene—, si fuese debidamente consciente de su propia posición y de sus intereses reales. Hay una superestructura cultural, a través de la cual este reconocimiento empieza a evolucionar de maneras ineficaces. Estos «atrasos» culturales y esas distorsiones son un fastidio, de modo que es fácil pasar desde ésta a alguna teoría de la sustitución: el partido, la secta o el teórico que desvela la conciencia de clase, no tal y como es, sino como debería ser.

Pero en el otro lado de la divisoria ideológica se comete diariamente un error parecido. En cierto sentido, es una simple impugnación. Puesto que la tosca noción de clase que se atribuye a Marx se puede criticar sin dificultad, se da por supuesto que cualquier idea de clase es una construcción teórica perjudicial que se impone a los hechos. Se niega que la clase haya existido alguna vez. De otro modo, y mediante una curiosa inversión, es posible pasar de una visión dinámica de la clase a otra estática. «Ella» —la clase obrera— existe y se puede definir con cierta exactitud como componente de la estructura social. Sin embargo, la conciencia de clase es una mala cosa inventada por intelectuales desplazados, puesto que cualquier cosa que perturbe la coexistencia armoniosa de grupos que representan diferentes «papeles sociales» —y que de ese modo retrasen el desarrollo económico—, se debe lamentar como un «indicio de perturbación injustificado».[1] El problema reside en determinar

[1] Un ejemplo de este enfoque, que abarca el período de este libro, se encuentra en la obra de un colega, el profesor Talcott Parsons: N. J. Smelser, *Social Change in the Industrial Revolution*, 1959.

cuál es la mejor forma de que a «ella» se le pueda condicionar para que acepte su papel social y cuál es el mejor modo de «manejar y canalizar» sus quejas.

Si recordamos que la clase es una relación, y no una cosa, no podemos pensar de este modo. «Ella» no existe, ni para tener un interés o una conciencia ideal, ni para yacer como paciente en la mesa de operaciones del ajustador. Ni podemos poner las cosas boca abajo como ha hecho un autor que —en un estudio sobre la clase, que manifiesta una preocupación obsesiva por la metodología hasta el punto de excluir del análisis cualquier situación de clase real en un contexto histórico real— nos informa de lo siguiente:

> Las clases se basan en las diferencias de poder legítimo asociado a ciertas posiciones, es decir, en la estructura de papeles sociales con respecto a sus expectativas de autoridad (...) Un individuo se convierte en miembro de una clase cuando desempeña un papel social relevante desde el punto de vista de la autoridad (...) Pertenece a una clase porque ocupa una posición en una organización social; en suma, la pertenencia de clase se deriva de la posesión de un papel social.[2]

El problema es, por supuesto, cómo este individuo llegó a desempeñar este «papel social» y cómo llegó a existir esa organización social determinada, con sus derechos de propiedad y su estructura de autoridad. Y estos son problemas históricos. Si detenemos la historia en un punto determinado, entonces no hay clases sino simplemente una multitud de individuos con una multitud de experiencias. Pero si observamos a esos hombres a lo largo de un período suficiente de cambio social, observaremos pautas en sus relaciones, sus ideas y sus instituciones. La clase la definen los hombres mientras viven su propia historia y, al fin y al cabo, esta es su única definición.

Si he mostrado una comprensión insuficiente de las preocupaciones metodológicas de ciertos sociólogos, espero sin embargo que este libro sea considerado como una contribución a la comprensión de la clase. Porque estoy convencido de que no podemos comprender la clase a menos que la veamos como una formación social y cultural que surge de procesos que sólo pueden estudiarse mientras se resuelven por sí mismos a lo largo de un período histórico considerable. En los años que van entre 1780 y 1832, la mayor parte de la población trabajadora inglesa llegó a sentir una identidad de intereses común a ella misma y frente a sus gobernantes y patronos. Esta clase gobernante estaba muy dividida y de hecho sólo ganó cohesión a lo largo de los mismos años porque

[2] R. Dahrendorf, *Class and Class Conflict in Industrial Society*, 1959, pp. 148-149.

se superaron ciertos antagonismos —o perdieron su importancia relativa— frente a una clase obrera insurgente. De modo que en 1832 la presencia de la clase obrera era el factor más significativo de la vida política británica.

El libro está escrito del siguiente modo. En la Primera parte se estudian las tradiciones populares con continuidad en el siglo XVIII, que tuvieron influencia en la agitación jacobina de la década de 1790. En la Segunda parte se pasa de las influencias subjetivas a las objetivas: las experiencias de grupos de obreros durante la Revolución industrial, que en mi opinión tienen una significación especial. También intento hacer una estimación del carácter de la nueva disciplina del trabajo industrial y la relación que la Iglesia Metodista puede tener con aquella. En la Tercera parte, se recoge la historia del radicalismo plebeyo y se lleva a través del ludismo hasta la época heroica del final de las guerras napoleónicas. Al final, se tratan algunos aspectos de teoría política y de la conciencia de clase en las décadas de 1820 y 1830.

Esta obra es más un conjunto de estudios sobre temas relacionados, que una narración continuada. Al seleccionar estos temas he sido consciente, a veces, de que escribía contra la autoridad de ortodoxias predominantes. Está la ortodoxia fabiana, en la que se considera a la gran mayoría de la población obrera como víctimas pasivas del *laissez faire*, con la excepción de un puñado de organizadores clarividentes: principalmente, Francis Place. Está la ortodoxia de los historiadores de la economía empírica, en la que se considera a los obreros fuerza de trabajo, como inmigrantes o como datos de las series estadísticas. Está la ortodoxia de *El progreso del peregrino*, según la cual el período está salteado por los pioneros-precursores del *Welfare State*, los progenitores de una *Commonwealth* socialista o —más recientemente— los primeros ejemplares de las relaciones industriales racionales. Cada una de estas ortodoxias tiene cierta validez. Todas han añadido algo a nuestro conocimiento. Mi desacuerdo con la primera y la segunda se debe a que tienden a oscurecer la acción de los obreros, el grado en que contribuyeron con esfuerzos conscientes a hacer la historia. Mi desacuerdo con la tercera es que interpreta la historia bajo la luz de las preocupaciones posteriores y no como de hecho ocurrieron. Sólo se recuerda a los victoriosos: en el sentido de aquellos cuyas aspiraciones anticipaban la evolución subsiguiente. Las vías muertas, las causas perdidas y los propios perdedores caen en el olvido.

Trato de rescatar de la enorme prepotencia de la posteridad al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al «obsoleto» tejedor en telar manual, al artesano «utópico» e incluso al iluso seguidor de Joanna Southcott. Es posible que sus oficios artesanales y sus

tradiciones estuviesen muriendo; es posible que su hostilidad hacia el nuevo industrialismo fuese retrógrada; es posible que sus ideales comunitarios fuesen fantasías; es posible que sus conspiraciones insurreccionales fuesen temerarias: pero ellos vivieron en aquellos tiempos de agudos trastornos sociales y nosotros no. Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia y, si fueron víctimas de la historia, siguen siendo víctimas, si se condenan sus propias vidas.

Nuestro único criterio no debería ser si las acciones de un hombre están o no justificadas a la luz de la evolución posterior. Al fin y al cabo, nosotros mismos no estamos al final de la evolución social. En algunas de las causas perdidas de las gentes de la Revolución industrial podemos descubrir percepciones de males sociales que tenemos todavía que sanar. Además, la mayor parte del mundo está todavía hoy sufriendo problemas de industrialización y de formación de instituciones democráticas, análogas en muchas formas a nuestra propia experiencia durante la Revolución industrial. Todavía en Asia o en África se podrían ganar causas que se perdieron en Inglaterra.

Finalmente una nota de disculpa para los lectores escoceses y galeses. He omitido estas historias, no por chauvinismo, sino por respeto. Precisamente porque la clase es una formación tanto cultural como económica, he sido cauteloso en cuanto a generalizar más allá de la experiencia inglesa. Por otra parte, he tomado en consideración a los irlandeses, no por su situación en Irlanda, sino como inmigrantes en Inglaterra. La historia de Escocia, en particular, es tan terrible y atormentada como la nuestra. La agitación jacobina en Escocia fue más intensa y más heroica, pero la historia escocesa es sensiblemente diferente. El calvinismo no era lo mismo que el metodismo, aunque es difícil decir cuál era peor a principios del siglo XIX. En Inglaterra no teníamos un campesinado comparable a los emigrantes de las Highlands y la cultura popular era muy distinta. Es posible, al menos hasta la década de 1820, considerar que las experiencias inglesa y escocesa son algo distinto, puesto que los vínculos de tipo sindical y político eran pasajeros e inmaduros.

Este libro se escribió en Yorkshire y a veces está ilustrado con fuentes del West Riding. Mis más efusivos agradecimientos son para la Universidad de Leeds y para el profesor S.G. Raybould por permitirme, hace algunos años, iniciar la investigación que ha dado lugar a este libro; y a los administradores del Leverhulme Trust por la concesión de una beca de investigación que me ha permitido completar el trabajo. También he aprendido mucho de los que participaban en mis clases seminarios, con quienes he

discutido muchos de los temas que aquí se tratan. También merecen mis agradecimientos los autores que me han permitido citar fuentes manuscritas y con derechos de autor; los agradecimientos particulares se encuentran al final de la primera edición del libro. Tengo que dar también las gracias a muchos otros. Christopher Hill, el profesor Asa Briggs y John Saville criticaron partes del libro cuando aún era un borrador, aunque no son responsables en modo alguno de mis opiniones. R. W. Harris mostró una gran paciencia editorial cuando el libro sobrepasó el límite de páginas de la colección para la que había sido encargado en un primer momento. Perry Anderson, Denis Butt, Richard Cobb, Henry Collins, Derrick Crossley, Tim Enright, el doctor E. P. Hennock, Rex Russell, el doctor John Rex, el doctor E. Sigsworth y H. O. E. Swift me han ayudado en diferentes aspectos. Y también tengo que dar las gracias a Dorothy Thompson, historiadora con quien estoy relacionado por el accidente del matrimonio. He discutido cada uno de los capítulos con ella y he estado en situación inmejorable para tomar prestadas no sólo sus ideas, sino material de sus cuadernos de notas. Su colaboración no se encuentra en este o aquel aspecto particular, sino en la forma en que se ha enfocado todo el problema.

Halifax, agosto de 1963

Prefacio a la edición de 1980

Cuando Víctor Gollancz Ltd. y yo firmamos un contrato, en agosto de 1959, era para realizar un libro sobre la «Política de la clase obrera, 1790-1921», que iba a tener «aproximadamente 60.000 palabras de extensión». Este es, supongo, el primer capítulo de aquel libro, y estoy agradecido a los editores porque recibieron mi voluminoso y desaliñado manuscrito con buen humor y de forma alentadora. Si miro hacia atrás, me quedo perplejo al darme cuenta de cuándo y cómo se escribió este libro, puesto que en los años 1959-1962 estaba también profundamente implicado en el trabajo de la primera Nueva Izquierda, la Campaña en favor del Desarme Nuclear, etc. Escribir esta obra sólo fue posible porque alguna parte de la investigación ya se había realizado durante los diez años anteriores, mientras trabajaba dando clases particulares a grupos reducidos de alumnos en el West Riding. Sin duda, la discusión y la actividad política práctica de diversos tipos me estimularon a enfocar en una forma determinada los problemas de conciencia política y de organización.

Muchos lectores han observado que el libro está estructurado en una crítica de doble vertiente: por un lado, de las ortodoxias positivistas que entonces dominaban en las escuelas de historia económica más conservadoras, ortodoxias que últimamente se venden bajo el nombre de «teoría de la modernización»; por el otro, de una cierta ortodoxia «marxista», cuya influencia disminuía por aquel entonces en este país, según la cual la clase obrera era la creación, más o menos espontánea, de las nuevas fuerzas productivas y relaciones de producción. Algunos críticos pertenecientes a la primera opinión consideraron que el libro era escandaloso, e hice una réplica a algunas de sus críticas en un *postscriptum* a la edición de Pelican de 1968 —reimpresa aquí—, no porque piense que mi libro debe

estar fuera del alcance de la crítica, sino porque están implicadas cuestiones de principio importantes. Con respecto a las críticas de la segunda corriente de opinión, durante varios años he estado ocupado en una discusión continua de carácter más teórico, que ha culminado con la publicación de *The Poverty of Theory* (Merlin Press, 1978).[1]

No pretendo escribir un nuevo *postscriptum* que recoja los nuevos trabajos de la década pasada. Este libro ha tenido un recibimiento generoso y ha pasado a formar parte del discurso histórico; y sería presuntuoso juzgar y sentenciar a los otros investigadores, a la luz de mis propios hallazgos. Sin embargo, mi investigación seguía mientras este libro estaba en prensa —como atestiguaron las galeradas—; y al trabajar sobre la multitud y la conciencia tradicional durante el siglo XVIII, me he extendido y he revisado parte del material de los cuatro primeros capítulos. Entretanto se han publicado muchas obras nuevas e importantes, y otras muchas se encuentran en tesis o se publicarán próximamente. Se ha vuelto a reiniciar la investigación sobre la década de 1790, como se puede ver en la bibliografía del importante estudio del profesor Albert Goodwin, *The Friends of Liberty* (Hutchinson, 1979). Los papeles proféticos de Richard Brothers y Joanna Southcott han sido ahora ampliamente estudiados en la obra de J. F. C. Harrison, *The Second Coming* (Routledge & Kegan Paul, 1979). En el estudio sobre John Gast hecho por el doctor Iorwerth Prothero, *Artisans and Politics in Early Nineteenth Century London* (Dawsons, 1979), se hacen importantes revisiones y adiciones a mi descripción de los artesanos de Londres, la política radical londinense acerca de que la prensa ilegal «no ha encontrado todavía su historiador» está hoy superada por la existencia de dos estudios admirables: el de Patricia Hollis, *The Pauper Press* (Oxford University Press, 1970), y el de Joel H. Wiener, *The War of the Unstamped* (Cornell University Press, 1969).

Otras áreas siguen siendo más controvertidas. Quizás debería indicar también brevemente que sigo sin arrepentirme del tratamiento que recibió el metodismo; que, a pesar de las críticas, mantengo mi punto de vista con respecto a la existencia de una pequeña presencia jacobina «clandestina» durante los años de guerra; que los diversos trabajos del doctor Malcolm Thomis sobre el movimiento ludita no me han llevado a alterar mi propia interpretación, y que el estudio del doctor Duncan Bythell, *The Handloom Weavers* (Cambridge University Press, 1969),

[1] Hay trad. cast.: *Miseria de la Teoría*, Crítica, Barcelona, 1981. *(N. de la T.)*

parte del cual se estructura alrededor de la crítica al capítulo 9 de mi libro, me parece criticable tanto por lo que se refiere a los argumentos generales como en los asuntos de detalle. Pero seguir adelante con cualquiera de estas cuestiones exigiría una minuciosa y prolongada atención a los datos.

El trabajo de investigación y de crítica seguirá, y si he pasado por alto y no he mencionado obras importantes, sólo ha sido por miedo a convertir esto en una bibliografía. Sólo deseo señalar que, para su autor, las tesis más importantes de este libro son todavía hipótesis que, a su vez, nunca deben quedar petrificadas con ortodoxias.

Worcester, octubre de 1979

Primera parte

El árbol de la libertad





«Estáis luchando contra los enemigos de la humanidad y no sólo para vosotros, que quizá no podáis ver el día de la libertad completa, sino para los niños que cuelgan de los pechos de sus madres.»

(Instrucciones de la Sociedad de Correspondencia de Londres a sus delegados exteriores, 1796)

«La bestia y la prostituta gobiernan sin control.»

William Blake, 1798

1
Innumerables miembros

«Que el número de nuestros miembros sea ilimitado.» Esta es la primera de las «reglas fundamentales» de la Sociedad de Correspondencia de Londres, tal y como la transcribió su secretario cuando empezó con una sociedad similar de Sheffield, en marzo de 1792.[1] La primera reunión de la Sociedad de Londres había tenido lugar dos meses antes en una taberna del Strand, *The Bell*, que estaba en Exeter Street, y a ella asistieron nueve «hombres bienintencionados, juiciosos y laboriosos». El fundador y primer secretario, Thomas Hardy, recordaba más tarde ese encuentro:

> Después de haber comido su pan con queso y cerveza negra, como era habitual, y luego fumado sus pipas, conversando un poco sobre la dificultad de los tiempos y la carestía de los productos de primera necesidad (...), se abordó el asunto para el que se habían reunido —*La Reforma Parlamentaria*— un tema importante para que aquella clase de hombres meditara sobre él y lo afrontara.

Ocho de los nueve que estaban presentes aquella noche se convirtieron en miembros fundadores —el noveno reflexionó sobre ello y se incorporó a la semana siguiente— y pagaron su primera cuota semanal de un penique. Hardy, que también era el tesorero, regresó a su casa, en el número 9 de Piccadilly, con todos los fondos de la organización en su bolsillo: 8 d destinados a papel para cartearse con los grupos del país que pensaran como ellos.

En 15 días se habían inscrito veinticinco miembros, y la suma que estaba en manos del tesorero era de 4 s 1 d.[2] Seis meses más tarde se declaraban más de dos mil miembros. La admisión en calidad de miembro era simple, la prueba era la respuesta afirmativa a tres preguntas, la más importante de las cuales era:

---

[1] *Memoir of Thomas Hardy*, Written by Himself, 1832, p. 16.

[2] El símbolo *s* corresponde a *shilling*, moneda equivalente a medio florín o cinco peniques. Por su parte *d* se refiere aquí al penqiue de plata (*silver penny*), predecesor del penique y cuyo valor era de 1/240 parte de la libra esterlina (actualmente es la centésima parte). *(N. del E.)*

¿Está usted completamente convencido de que la prosperidad de estos reinos requiere que toda persona adulta, en posesión de sus facultades mentales, y que no esté incapacitada por delitos, tenga derecho a votar para escoger a miembros del Parlamento?

En el primer mes de su existencia, durante cinco noches consecutivas, la sociedad debatió la pregunta —¿Tenemos derecho nosotros, hombres de oficio, tenderos y trabajadores manuales, a conseguir una reforma parlamentaria?— considerándola «desde todos los puntos de vista desde los que seamos capaces de presentar el tema a nuestras mentes». Decidieron que tenían derecho.

Dos años más tarde, el 12 de mayo de 1794, el enviado del Rey, dos agentes de Bow Street, el secretario particular del ministro del Interior, Dundas, y otros dignatarios llegaron al número 9 de Piccadilly para detener a Thomas Hardy, zapatero, bajo una acusación de alta traición. Los Hardy vigilaban mientras los funcionarios registraban la habitación, rompían un escritorio abierto, rebuscaban entre las ropas de la señora Hardy, que estaba embarazada y guardaba cama, llenaban cuatro grandes pañuelos de seda con cartas y un saco con folletos, libros y manuscritos. El mismo día se llevó a la Cámara de los Comunes un mensaje especial del rey acerca de las prácticas sediciosas de las Sociedades de Correspondencia; y dos días más tarde se nombró una Comisión de materia reservada de la Cámara para examinar los papeles del zapatero.

El zapatero compareció varias veces ante el Consejo Privado. Hardy dejó poca información sobre esos interrogatorios; pero uno de sus compañeros de prisión amenizó a sus lectores con una dramática reconstrucción de su propio interrogatorio por parte del más alto consejo de la región. «Me hicieron entrar —narraba John Thelwall— y contemplé a todo el *Dramatis Personae* atrincherado, con la barbilla hundida en lecturas y manuscritos (...) todo disperso en la mayor confusión.» Todos estaban presentes, el presidente de la Cámara de los Lores, el ministro del Interior y el primer ministro, Pitt:

Fiscal de la corona (despacio): Señor Thelwall, ¿cuál es su nombre de pila?
Thelwall (un tanto de mal humor): John.
Fis. cor. (todavía despacio): ¿Con dos eles al final o con una?
Th.: Con dos, pero esò no importa. *(Descuidadamente, pero más bien hosco, o algo parecido.)* No es necesario que se preocupe. No tengo intención de responder a ninguna pregunta.
Pitt: ¿Qué dice? *(Precipitándose, muy ferozmente, desde el otro lado de la habitación y sentándose al lado del presidente de la Cámara de los Lores.)*

Presidente de la Cámara de los Lores (con elocuente suavidad, casi fundida en un susurro): Que no piensa contestar preguntas.
Pitt: ¿Qué dice? ¿Qué dice? ¿Qué? *(ferozmente)*[3]

Entonces John Thelwall volvió la espalda a la augusta compañía y «empezó a contemplar un dibujo pintado con acuarelas». El primer ministro le despidió y llamó a un muchacho de catorce años para interrogarle: era Henry Eaton, que había estado viviendo con los Thelwall. Pero el chico se mantuvo firme y «empezó una arenga política, en la que utilizó un lenguaje muy duro contra el señor Pitt; censurándole que hubiera hecho pagar tan enormes contribuciones a la población.»[4]

Si nos atenemos a los criterios de los siguientes cien años, los contendientes parecen extrañamente inexpertos e inseguros de sus papeles, ensayando en confrontaciones que, curiosamente, se vuelven personales las confrontaciones impersonales y masivas del futuro.[5] La cortesía y la virulencia están mezcladas; todavía hay lugar para actos de amabilidad personal al lado de la malevolencia del odio de clase. Thelwall, Hardy y otros diez prisioneros fueron encarcelados en la Torre y más tarde en Newgate. Antes de llevarlo a la Torre, Thelwall fue recluido durante un tiempo en el osario; y la señora Hardy murió en el parto debido a la conmoción que sufrió cuando su casa fue asediada por una muchedumbre favorable a la «Iglesia y la Corona». El Consejo Privado decidió completar su presión con la acusación de alta traición; y la pena máxima para un traidor era ser colgado por el cuello, cortado mientras aún estuviera vivo, desentrañado —y sus entrañas quemadas ante él— y luego decapitado y descuartizado. Un Gran Jurado de ciudadanos respetables no tuvo tanto estómago. Después de unos nueve días de proceso, Hardy fue absuelto el «día de Guy Fawkes» de 1794. El presidente del jurado se desmayó después de comunicar el veredicto de «Inocente», mientras la muchedumbre de Londres, loca de entusiasmo, arrastraba a Hardy triunfalmente a través de las calles. Siguieron las absoluciones de Horne Tooke y Thelwall y el sobreseimiento de los otros casos. Pero las celebraciones de la multitud eran prematuras. Porque al año siguiente se reanudó una dura represión contra los reformadores, o «jacobinos». Hacia el final de la década, parecía que toda la agitación había sido disgregada. La Sociedad de Correspondencia de Londres había sido declarada ilegal. *Los derechos del hombre* de Tom Paine fueron proscritos. Las

[3] *Tribune* (4 de abril de 1795). Compárese el registro del propio Consejo Privado del interrogatorio de Thelwall: «Al ser preguntado por el secretario del Consejo acerca de cómo se deletreaba su nombre, respondió que lo podía deletrear como mejor le pareciese, porque no contestaría preguntas de ningún tipo…». T.S. 11, 3509 f. 83.
[4] *Morning Post* (16 de mayo de 1794).
[5] Más tarde, cuando John Binns, el jacobino, fue encarcelado sin juicio en el castillo de Gloucester, el ministro del Interior, su esposa y dos hijas le hicieron una visita de cortesía.

reuniones fueron prohibidas. Hardy regentaba una zapatería cerca del Covent Garden y suplicaba a los viejos reformadores que fueran clientes suyos como pago a sus anteriores servicios. John Thelwall se había retirado a una granja aislada en Gales del Sur. Después de todo, parecía que los «hombres de oficio, tenderos y trabajadores manuales» no tenían derecho a obtener una reforma parlamentaria.

Se ha reivindicado a menudo a la Sociedad de Correspondencia de Londres como la primera organización política claramente obrera que se formó en Inglaterra. Pedanterías aparte —las sociedades de Sheffield, Derby y Manchester se formaron antes que la Sociedad de Londres—, esta afirmación requiere aclaración. Por una parte, desde la época de la guerra norteamericana, existieron en Londres, esporádicamente, sociedades de discusión en donde participaban los trabajadores. Por otra parte, quizás es más preciso pensar que la Sociedad de Correspondencia de Londres (S. C. L.) era una sociedad «popular radical», que una sociedad «obrera».

Hardy, desde luego, era un artesano. Nacido en 1752, había sido aprendiz de zapatero en Stirlingshire; había visto algo del nuevo industrialismo cuando trabajaba como albañil en el *Carron Iron Works* —casi murió cuando se derrumbó el andamio mientras trabajaba en casa del herrero Roebuck— y tuvo que ir a Londres de joven, poco tiempo antes de la guerra norteamericana. Allí trabajó en uno de esos numerosos oficios en los que un oficial aspiraba a llegar a ser independiente y, con suerte, convertirse en maestro; como lo fue Hardy finalmente. Se casó con la hija de un carpintero y maestro de obras. Uno de sus colegas, un presidente de la S. C. L., era Francis Place, que estaba en camino de llegar a ser maestro en sastrería. La línea entre los oficiales y los pequeños maestros se cruzaba a menudo; los oficiales que hacían botas y los zapateros se enfrentaron con Hardy en su nuevo papel de pequeño patrón, en 1795, mientras que Francis Place, antes de convertirse en sastre, ayudó a organizar una huelga de oficiales pantaloneros en 1793. Y la línea de separación entre el artesano de condición independiente, cuyo taller era a su vez su «tienda», y los pequeños tenderos u hombres de oficio era incluso más borrosa. De ahí al mundo de los grabadores que trabajaban por cuenta propia, como William Sharp y William Blake, de los impresores y los boticarios, los maestros y los periodistas, los cirujanos y el clero disidente, había otro paso.

Así, en un extremo, la Sociedad de Correspondencia de Londres estaba en contacto con los cafés, las tabernas y las iglesias disidentes de Piccadilly, Fleet Street y el Strand, donde los oficiales autodidactos se podían codear con el impresor, el tendero, el grabador o el abogado joven. En el otro extremo, al este y sur del río,

se relacionaba con aquellas viejas comunidades obreras: los trabajadores ribereños de Wapping, los tejedores de seda de Spitalfields, el viejo baluarte disidente de Southwark. Durante doscientos años el «Londres radical» siempre ha sido más heterogéneo y fluido, en cuanto a su definición social y ocupacional, que los núcleos de las Midlands o del norte agrupados alrededor de dos o tres industrias principales. Los movimientos populares de Londres a menudo han carecido de la coherencia y la fuerza que se deriva de la participación de toda una comunidad en tensiones laborales y sociales. Por otra parte, han sido más propensos, en general, a las motivaciones intelectuales e «ideales», la propaganda de ideas siempre ha tenido allí mejor recibimiento que en el norte. El radicalismo londinense alcanzó pronto una mayor complejidad a partir de la necesidad de unir diversas agitaciones en un movimiento común. En general, las nuevas teorías, los nuevos debates han conectado primero con el movimiento popular en Londres y se han extendido desde Londres hacia fuera, a los núcleos de provincia.

La S. C. L. era esta clase de punto de contacto. Y debemos recordar que su primer organizador vivía en Piccadilly, no en Wapping o en Southwark. Pero hay rasgos, incluso en la breve descripción de sus primeros encuentros, que indican que había nacido un nuevo tipo de organización; rasgos que nos ayudan a especificar, en el contexto del período 1790-1850, la naturaleza de una «organización de la clase obrera»: hay un trabajador como secretario, una cuota semanal baja, mezcla de temas económicos y políticos —«la dificultad de los tiempos» y la reforma parlamentaria—; se da, asimismo, la función del mitin, a la vez como acontecimiento social y como centro de actividad política; también, una atención auténtica a las ceremonias de procedimiento y, sobre todo la voluntad de propagar opiniones y de organizar a los convertidos, expresada en el lema: «Que el número de nuestros miembros sea ilimitado.»

Hoy en día, podríamos omitir un lema como éste, considerándolo una perogrullada; y sin embargo es uno de los ejes sobre los que gira la historia. Significaba el fin de cualquier noción de exclusividad, el fin de la política como el coto de alguna elite hereditaria o grupo de propietarios. La aprobación de este lema significaba que la S. C. L. rechazaba la identificación, que se había hecho durante siglos, de la política y los derechos de propiedad; y rechazaba también el radicalismo de la época de «Wilkes y Libertad»,[6] en la que

[6] En junio de 1762 John Wilkes, miembro de la Casa de los Comunes, comenzó a editar *The North Briton*, un periódico crítico con el rey Jorge III y su primer ministro, el conde de Bute. Sus artículos hicieron que el Rey decidiera encarcelarlo por sedición, pero su condición de miembro de la Casa de los Comunes puso trabas al intento de condena real y fue finalmente absuelto entre el clamor popular. Wilkes continuó con sus ataques al rey

«la multitud» no se organizaba *a sí misma* con arreglo a sus propios fines, sino que un grupo —incluso un grupo radical— la convocaba a una acción intermitente para fortalecer su influencia y asustar a las autoridades. Abrir las puertas de par en par a la propaganda y la agitación de esa forma «ilimitada» suponía una nueva concepción de la democracia, que desechaba antiguas inhibiciones y confiaba en los mecanismos que existían entre la población para su movilización y auto-organización. Un desafío revolucionario como éste tenía que desembocar, forzosamente, en una acusación de alta traición.

Este desafío, naturalmente, lo habían expresado con anterioridad los *levellers*[7] del siglo XVII. Y la cuestión había sido discutida entre los oficiales de Cromwell y los agitadores del ejército en unos términos que anticipaban lo que serían los conflictos de la década de 1790. En el debate decisivo, en Putney,[8] los representantes de los soldados sostenían que, puesto que habían obtenido la victoria, debían beneficiarse mediante el reconocimiento de un derecho popular al voto mucho más amplio. Es bien conocida la petición del *leveller* coronel Rainborough:

> Porque pienso, verdaderamente, que el más pobre de Inglaterra tiene una vida que vivir, igual que el más rico; y por lo tanto, señor, pienso con sinceridad que todo hombre que ha de vivir bajo un gobierno debería, en primer lugar, someterse a ese gobierno por propia voluntad (…) Yo dudaría de que se pueda considerar inglés a quien dudara acerca de eso.

La respuesta del yerno de Cromwell, el general Ireton —portavoz de los «grandes»— fue que «nadie que no tenga un interés fijo permanente en este reino tiene derecho a influir o participar en el control de los asuntos del reino». Cuando Rainborough le presionó, Ireton se acaloró a su vez:

---

y al gobierno hasta el punto de ser retado a duelo por Samuel Martin, un defensor del monarca, en 1763. Martin, un experimentado tirador, era seguramente parte de un complot real para asesinar a Wilkes. Wilkes fue gravemente herido en el duelo, pero sobrevivió para ver cómo, una semana más tarde, el Parlamento sancionó la retirada de privilegios penales para Wilkes en tanto autor de libelos sediciosos. Wilkes huyó a París y regresó a Inglaterra en 1768 como candidato radical por Middlesex. Fue encarcelado después de la elección, pero una multitud de casi 15.000 personas se reunió en St. George's Field, junto a su presidio, coreando: «Wilkes y Libertad» y «Maldito sea el Rey», «Maldito sea el Gobierno», «Maldita sea la Justicia». Ante el miedo a que la multitud intentara liberar a Wilkes, las tropas reales abrieron fuego, asesinando a siete personas. El estallido de rabia tras la Matanza de St. George's Fields provocó disturbios en todo Londres. *(N. del ed.)*

[7] *Levellers*: miembros del partido republicano y democrático que existió en Inglaterra durante la guerra civil y el período de la *Commonwealth*. Es el nombre que le dieron sus enemigos para dar a entender que sus miembros aspiraban a la igualación social. *(N. de la T.)*

[8] A. S. P. Woodhouse, *Puritanism and Liberty*, 1938, pp. 53 y siguientes.

[En octubre de 1647 tuvieron lugar los debates de Putney, en los que un consejo del ejército —que incluía tanto a activistas influidos por los *levellers* como a oficiales— discutió el *Agreement of the People*, presentado por los *levellers* como un nuevo contrato social para refundar el Estado después de la guerra civil. *(N. de la T.)*]

> Todo lo que defiendo como fundamental es porque creo que hay que saber apreciar la propiedad. Espero no llegar a disputar por la victoria; pero dejad que todo hombre estime por sí mismo que no escoge aquel camino que lleva a la destrucción de toda propiedad. Porque tenemos ante nosotros el punto más importante de la constitución del reino, desaparecido el cual, todo desaparece.

«Si reconocéis a cualquier hombre que respire y exista —continuó— podría resultar elegida una mayoría de los Comunes que no tuviera *interés local y permanente*. ¿No podrían estos hombres votar contra toda propiedad? (...) Mostradme dónde os detendréis; en qué aspecto protegeréis a cualquier hombre que tenga propiedad, de acuerdo con esa regla.»

Esta identificación incondicional de los derechos políticos y de propiedad ocasionó protestas enojadas. Por parte de Sexby:

> Muchos miles de nosotros, soldados, hemos arriesgado nuestras vidas; hemos conseguido una escasa propiedad en el reino por lo que se refiere a hacienda, sin embargo tenemos un derecho por nacimiento. Pero ahora parece que, a no ser que un hombre posea una hacienda determinada, no tiene derecho (...) Me sorprende que nos hayan engañado tanto.

Y Rainborough interpuso irónicamente:

> Señor, yo creo que es imposible tener libertad a menos que toda propiedad desaparezca. Si se tiene que abandonar como norma (...) que se haga. Pero, me gustaría saber, ¿para qué ha estado luchando el soldado durante este tiempo? Ha luchado para esclavizarse a sí mismo, para darles poder a los hombres ricos, a los hacendados, para hacer de sí mismo un perpetuo esclavo.

A lo que Ireton y Cromwell respondieron con unas razones que parecen disculpas clarividentes por el compromiso de 1688. El soldado corriente había luchado por tres cosas: la limitación de la prerrogativa que poseía la corona para infringir sus derechos personales y su libertad de conciencia; el derecho a ser gobernado por representantes, aun cuando no participara al escogerlos, y la «libertad de negociar para obtener dinero, para conseguir hacienda» y, de ese modo, tomar posesión de los derechos políticos. En esos términos, «se puede tener libertad y no destruir la propiedad».

Hasta cien años después de 1688, no se cuestionó este compromiso —la oligarquía de los terratenientes y la propiedad comercial—, aunque con un tejido de corrupción, soborno e interés que se iba enmarañando y cuyas complejidades han sido cariñosamente descritas por sir Lewis Namier y su escuela. La amenaza *leveller* fue

dispersada en su conjunto, aunque a menudo se hacía aparecer el fantasma de un resurgimiento *leveller*, como la Escila para la Caribdis de los papistas y los jacobitas, entre los cuales la buena nave de la Constitución debe dirigir su curso. Pero hasta el último cuarto del siglo XVIII, los impulsos republicanos moderados y liberales del «hombre de la *Commonwealth*[9] del siglo XVIII» parecen estar paralizados dentro de los límites de la definición de Ireton.[10] Leer las controversias entre los reformistas y la autoridad, y entre los diferentes grupos reformistas, en la década de 1790, es asistir a la resurrección de los debates de Putney. El «más pobre» de Inglaterra, el hombre con un «derecho por nacimiento», se convierte en *Los derechos del hombre*; mientras que la agitación de «innumerables» miembros se ve, por parte de Burke, como la amenaza de la «multitud canallesca». El gran cauce semioficial para intimidar a los reformadores se llamaba la Asociación para «proteger la libertad y la propiedad contra los republicanos y los *levellers*». El reformador moderado de Yorkshire, el reverendo Christopher Wyvill, con respecto a cuya lealtad no puede haber duda, creía sin embargo que una reforma según el principio del sufragio universal «no se podía llevar a cabo sin una guerra civil»:

> En momentos de debate político acalorado, la concesión del Derecho de Sufragio a un populacho ignorante y feroz, conduciría al tumulto y a la confusión (...) Después de una serie de elecciones deshonradas por la corrupción más vergonzosa, o perturbadas por los disturbios más furiosos, es de esperar que la turbulencia o la venalidad del populacho inglés inspiraría al fin una aversión tan grande a la Nación, que para evitar los males intolerables de una Democracia libertina, se refugiarían (...) bajo la protección de un poder despótico.[11]

En 1792 escribió:

> En caso de que el señor Paine sea capaz de levantar a las clases más bajas su intervención se caracterizará probablemente por una actuación salvaje, y todo lo que ahora poseemos, tanto en propiedad privada como en libertad pública, estará a merced de una chusma violenta y furiosa.[12]

[9] *Commonwealth* es el término que los escritores del siglo XVIII utilizaban para referirse al concepto de comunidad política organizada. También se utilizó este término para denominar de manera específica el régimen de Cromwell en Gran Bretaña (1649-1660). *(N. de la T.)*

[10] Véase Caroline Robbins, *The Eighteenth-Century Commonwealth man*, Harward, 1959.

[11] C. Wyvill a John Cartwright, 16 de diciembre de 1797. en Wyvill, *Political Papers*, York, 1804, pp. 381-382.

[12] *Ibid.*, p. 23.

El viejo debate continúa. Aquí están las mismas aspiraciones, miedos y tensiones; pero surgen en un nuevo contexto, con un lenguaje y unos argumentos nuevos, y un equilibrio de fuerzas distinto. Debemos intentar comprender ambas cosas: las tradiciones que continúan y el contexto que ha cambiado. Puesto que todo relato debe empezar en algún sitio, demasiado a menudo vemos sólo las cosas nuevas. Empezamos en 1789, de modo que el jacobinismo inglés aparece como un derivado de la Revolución francesa. O empezamos en 1819 con Peterloo,[13] de modo que el radicalismo inglés parece ser una creación espontánea de la Revolución industrial. Es cierto que la Revolución francesa produjo una agitación nueva y es cierto que esta agitación arraigó entre la población trabajadora, configurada por nuevas experiencias, en los distritos manufactureros crecientes. Pero la pregunta sigue planteada: ¿cuáles fueron los elementos que se precipitaron con tanta rapidez a causa de esos acontecimientos? Y de inmediato encontramos las viejas tradiciones de los artesanos y hombres de oficio urbanos tan parecidos al *menú peuple* que, según ha demostrado George Rudé, es el elemento revolucionario más volátil de la multitud parisiense.[14] Cabe atisbar algo de la complejidad de esas tradiciones y de su continuidad si aislamos tres problemas, a saber: la tradición de disidencia y su modificación debida al resurgimiento metodista; la tradición compuesta de todas esas nociones populares imprecisas que se combinan en la idea del «derecho por nacimiento» de los ingleses, y la ambigua tradición de la multitud del siglo XVIII, que asustaba a Wyvill y que Hardy intentaba organizar en comités, secciones y manifestaciones respetables.

[13] Peterloo, o masacre de Manchester, es el nombre que recibe el mitin realizado el 16 de agosto de 1819 en St. Peter's Fields, Manchester. Fue uno de los mítines que tuvieron lugar en aquel año de depresión industrial. Además de mostrar el descontento por el elevado precio de los alimentos, el mitin tenía como objetivo pedir la reforma del Parlamento. Asistieron unas sesenta mil personas. Los magistrados ordenaron detener a los oradores poco después de que empezara el mitin, a pesar del comportamiento pacífico de la multitud. Pero no sólo se detuvo a los líderes, sino que se atacó al público. El resultado fueron unos quinientos heridos y once muertos. *(N. de la T.)*

[14] Véase G. Rudé, *The Crowd in the French Revolution*, 1959. (Hay trad. cast.: *La multitud en la historia*, Siglo XXI de España Editores, 1979.)

2
El cristiano y Lucifer

El término disidencia es equívoco. Abarca muchas sectas, muchas tendencias intelectuales y teológicas en conflicto, tropieza con muchas formas diferentes en medios sociales distintos. Los antiguos grupos disidentes, los cuáqueros y los baptistas, presentan algunas semejanzas en su evolución después de la Revolución Gloriosa de 1688. A medida que la persecución dejó paso a una mayor tolerancia, las congregaciones se volvieron menos celosas y más prósperas. En 1670 los pañeros y los granjeros del valle de Spen se habían reunido en secreto, y por la noche, en una granja llamada *Ye Closes* o «en el granero cercano a la capilla Fold». Cien años más tarde encontramos una robusta iglesia con un próspero diácono, Joseph Priestley, que consignaba en su diario piadoso apuntes como éste:

> El mundo sonríe. Con el correo recibí algunos compromisos agradables. Cuando iba a Leeds, me decía: qué puedo ofrecerle a mi Señor. Decidí entregarles cuatro o cinco cargas de trigo a los pobres de Cristo. Mucha razón tenía para quejarme el día que no tuve a Dios presente en todos mis pensamientos. Me es difícil con las prisas de las obligaciones.

Y la semana siguiente:

> Esta mañana he comido con una compañía de oficiales que parecían, todos ellos, desconocer el camino de la salvación. Tuve algún placer al leer Isaías, 45 (...) Ordené al hermano Obadiah que repartiera una carga de trigo entre los pobres de Cristo.[1]

Este Priestley era todavía calvinista, aunque con algún sentido de culpa, y, sin duda, el «hermano Obadiah» también era calvinista, pero el menor de sus primos, también Joseph Priestley, en esta época estudiaba en la Daventry Academy, donde entristecía profundamente a sus familiares y a su iglesia al ser alcanzado por el espíritu de la ilustración racional, convirtiéndose en unitarista,

[1] Frank Peel, *Nonconformity in Spen Valley*, Heckmondwike, 1891, p. 136.

científico y partidario de la reforma política. A este doctor Priestley pertenecían los libros y el laboratorio que una multitud partidaria de «la Iglesia y el Rey» destruyó en Birmingham, en 1791.

Esta es una breve descripción de una parte de la tradición disidente. Los disidentes, cuya libertad de conciencia se toleraba, pero que aún estaban desautorizados en la vida pública por las *Test and Corporations Acts*,[2] siguieron trabajando a lo largo del siglo en favor de las libertades civiles y religiosas. Hacia mediados del siglo, muchos de los pastores instruidos y más jóvenes se enorgullecían de su teología liberal y racional. La rectitud calvinista no siguió la mística de las sectas perseguidas y tendió, a través de la «herejía» arriana y sociniana, hacia el unitarismo. Del unitarismo al deísmo sólo había un paso más, aunque pocos dieron este paso hasta la década de 1790; y todavía eran menos los que, en la segunda mitad del siglo XVIII, deseaban o se atrevían a hacer una declaración pública de escepticismo: en 1763, Peter Annet, profesor de setenta años, fue encarcelado y se le puso el cepo por traducir a Voltaire y por publicar folletos «librepensadores» accesibles al público, mientras que un poco después fue clausurada la sociedad de debate «Robin Hood», de cuño escéptico. Los principios liberales se sostenían desde posiciones socinianas o unitarias. Las figuras famosas son: el doctor Price, cuya obra *Observations on Civil Liberty* (1776), durante la guerra norteamericana, alcanzó la notable cifra de ventas de sesenta mil ejemplares en pocos meses y que vivió para enfurecer a Burke con su sermón de saludo a la Revolución francesa, el propio doctor Priestley y una veintena de figuras menores, algunas de las cuales —Thomas Cooper de Bolton y William Frend de Cambridge— participaron activamente en la agitación por la reforma, en la década de 1790.[3]

Hasta aquí la historia parece clara, pero es engañosa. Esas ideas liberales predominaron ampliamente entre el clero disidente, los profesores y las comunidades urbanas educadas. Pero muchos de los pastores habían abandonado sus congregaciones. La iglesia presbiteriana, en donde se sintió una mayor presión hacia el unitarismo, fue la que perdió fuerza de manera más notable, en relación con otros grupos disidentes. A mediados del siglo XVIII, los presbiterianos y los independientes (conjuntamente) eran los más fuertes en el sudoeste (Devonshire, Dorset, Gloucestershire, Hampshire,

[2] Leyes que establecían que sólo quienes profesaban la religión oficial de Inglaterra podían ser elegidos para los cargos públicos. *(N. de la T.)*

[3] Véase Anthony Lincoln, *Social and Political Ideas of English Dissent*, 1763-1830, Cambridge, 1938, y R. V. Holt, *The Unitarian Contribution to Social Progress in England*, 1938. Para descripciones más breves, véase Robbins, *op. cit.*, cap. 7, y H. W. Carless Davis, *The Age of Grey and Peel*, Oxford, 1929, pp. 49-58.

Somerset, Wiltshire), en el norte industrial (principalmente en Lancashire, Northumberland y Yorkshire), en Londres y en East Anglia (particularmente Essex y Suffolk). Los baptistas disputaban algunos de esos baluartes y estaban asimismo bien arraigados en Bedforshire, Buckinghamshire, Kent, Leicestershire y Northamptonshire. Así, los presbiterianos y los independientes parecían haber sido más fuertes en los centros comerciales y de manufactura de la lana, mientras que los baptistas predominaban en áreas en las que pequeños agricultores, hombres de oficio y trabajadores rurales debieron de componer una parte de sus congregaciones.[4] En el mayor de los viejos centros laneros, el West Country, fue donde la religión liberal, «racional», que se inclinaba hacia la negación de la divinidad de Cristo y hacia el unitarismo, hizo a la vez sus avances más rápidos y perdió la lealtad de sus congregaciones. Hacia el final del siglo XVIII, se habían cerrado en Devonshire más de veinte templos presbiterianos, y los historiadores de la disidencia, alrededor de 1809, declaraban:

> Devonshire, la cuna del arrianismo, ha sido la sepultura de los disidentes arrianos; y no queda, en aquel populoso condado, ni una veinteava parte de los presbiterianos que había en la época de su nacimiento.[5]

Pero en otros sitios la historia fue distinta. En las cuestiones de organización de la iglesia, las sectas disidentes llevaban a menudo los principios de autogobierno y de autonomía local al borde de la anarquía. Cualquier autoridad centralizada —incluso la consulta y la asociación entre iglesias— se veía como «tendente a la gran apostasía anticristiana»:

> Una apostasía tan funesta para las libertades civiles y religiosas de la humanidad, y en particular las de los valerosos puritanos viejos y los inconformistas, que las meras palabras sínodo y sesión, concilio y canon, todavía hacen zumbar los oídos de un firme disidente protestante.[6]

Donde la tradición calvinista era fuerte, como en zonas del Lancashire y el Yorkshire, las congregaciones se defendían contra la tendencia hacia el unitarismo; y testarudos diáconos, administradores y Obadiahs atormentaban las vidas de sus pastores, investigando sus herejías, expulsándoles o separándose para formar sectas

[4] D. Bogue y J. Bennett, *History of Dissenters*, 1809, III, p. 333, estiman que, en 1760, la «fuerza principal» de todas las variedades de disidencia se encontraba entre los hombres de oficio y en algunos granjeros de los condados, mientras que «una gran parte de sus congregaciones las componían trabajadores manuales de todo tipo en las ciudades y trabajadores agrícolas en los pueblos rurales».

[5] *Ibid.*, IV, p. 319.

[6] J. Ivimey, *History of the English Baptists*, 1830, IV, p. 40.

más virtuosas. Thomas Hardy, por ejemplo, adquirió algunas de sus primeras experiencias de organización en las luchas faccionales de la congregación presbiteriana de Crown Court, en Russell Street. Pero, ¿qué ocurría con los «pobres de Cristo» a los que el doctor Price ofrecía ilustración y el diácono Priestley cargas de trigo? El valle de Spen estaba en el centro de un distrito manufacturero densamente poblado y en expansión; ahí se podría haber esperado que las iglesias disidentes cosecharan, al menos, la recompensa a su resistencia durante los años de persecución. Y, sin embargo, tanto la iglesia oficial como los antiguos disidentes parecían hacer poca mella en los «pobres de Cristo». «Nunca vi una gente más fiera en Inglaterra —anotó John Wesley en su *Diario*, cuando cabalgaba por las cercanías de Huddersfield en 1757—. Los hombres, las mujeres y los niños abarrotaban las calles, mientras las atravesábamos a caballo, y parecían estar a punto de devorarnos.»

El cristianismo racional de los unitarios, con su preferencia por la «sinceridad» y su recelo por el «entusiasmo», atraía a algunos de los hombres de oficio y los tenderos de Londres, y a grupos semejantes de las grandes ciudades. Pero parecía demasiado frío, demasiado distante, demasiado fino y demasiado asociado a los cómodos valores de una clase floreciente para atraer a los pobres de la ciudad o del pueblo. Su mismo lenguaje y tono constituían una barrera: «Ninguna predicación ayudará al Yorkshire —decía John Nelson a Wesley— si no es la de viejo cuño, que cae sobre la conciencia como un trueno. Aquí la buena predicación hace más mal que bien.» Y sin embargo, el viejo calvinismo había levantado sus propias barreras que impedían cualquier entusiasmo evangélico. La secta perseguida no hizo más que convertir, con demasiada facilidad, su propia exclusividad en virtud y esto, en contrapartida, reforzó los principios más firmes del dogma calvinista. «La elección —rezaba un artículo de la *Confesión de Savoy* (1658)— no estaba prevista para la masa corrupta o la mayor parte de la humanidad.» Por supuesto, los «pobres de Cristo» y la «masa corrupta» eran la misma gente: desde otro punto de vista, la «ferocidad» de los pobres era una señal de que vivían fuera de los límites de la gracia. Los calvinistas elegidos tendían a reducirse a un grupo de parentesco.

Y había otras razones para que se diera este proceso. Algunos retroceden directamente hasta la derrota de los *levellers* en la *Commonwealth*. Cuando se derrumbaron las milenarias esperanzas de un gobierno de los santos, a continuación se produjo una aguda disociación entre las aspiraciones temporales y espirituales del puritanismo de los pobres. Ya en 1654, antes de la Restauración, la Asociación General de los Baptistas Generales hizo público un

manifiesto, dirigido a los hombres de la Quinta Monarquía que había entre ellos, en el que declaraba que «no conocían razón alguna por la que los santos esperasen, por ejemplo, que el Mando y el Gobierno del Mundo se pusieran en sus manos», hasta el juicio final. Hasta aquel momento su parte era «sufrir con paciencia el mundo (...) en lugar de alcanzar el Mando del Gobierno en todas partes».[7] Al final de la *Commonwealth*, la tradición rebelde del antinomianismo[8] «renunció a todas sus demandas». Donde los sectarios apasionados habían sido celosos —verdaderamente despiadados— jardineros sociales, ahora estaban satisfechos con decir: «dejad que la cizaña, (si es que lo es) crezca sola con el trigo.»[9] Gerrard Winstanley, el *digger*,[10] nos ayuda a entender la mudanza de sentimiento, que se desplaza del «reino exterior» al «reino interior»:

> El ser viviente y el espíritu creador no son uno solo, sino que están divididos, uno se ocupa de un reino exterior a él y el otro le arrastra a buscar y esperar un reino en su interior, que no corrompan la polilla ni el óxido, en el que los ladrones no puedan penetrar y robar. Este es un reino que permanecerá; debes despojarte del reino externo.[11]

Entender esa retirada —y lo que se conservaba a pesar de la retirada— es crucial para comprender el siglo XVIII y el elemento de continuidad en la posterior política de la clase obrera. En un sentido, el cambio se puede ver en las diferentes asociaciones de ideas que sugieren dos palabras: la energía positiva del *Puritanismo*; el retraimiento, para la propia continuidad, de la *Disidencia*. Pero también podemos ver la forma en que la resolución de las sectas de «sufrir con paciencia el mundo», mientras se abstenían de la esperanza de alcanzar su «Mando y Gobierno», les permitía combinar el quietismo político con una especie de radicalismo adormecido —que se conservaba en las metáforas de los sermones y los folletos, y en las formas democráticas de organización— que podría, en cualquier situación más esperanzadora, hacer estallar el incendio una vez más. Podríamos esperar que esto fuera muy perceptible entre los

[7] A. C. Underwood, *History of the English Baptists*, 1947, pp. 84-85.

[8] Antinomianismo es un término acuñado por Martín Lutero para definir aquella creencias que defienden que, bajo la gracia del evangelio, la ley moral no es válida ni puede ser coercitiva, ya que la fe es el único requisito necesario para la salvación. Ha sido uno de los puntos más controvertidos en la historia del cristianismo y es considerado herético de modo general por casi todas sus vertientes doctrinales. *(N. del ed.)*

[9] G. Huehns. *Antinomianism in English History*, 1951, p. 146.

[10] *Diggers* era el nombre de un grupo de comunistas agrarios dirigidos por Gerrard Winstanley y William Everard. Sostenían que la guerra civil se había hecho contra el rey y los grandes terratenientes y que, una vez ejecutado Carlos I, la tierra debía estar a disposición de los pobres para que éstos la cultivaran. *(N. de la T.)*

[11] «Fire in the Bush» en *Selections... from Gerrard Winstanley*, compilado por L. Hamilton, 1944, pp. 30-31.

cuáqueros y los baptistas. Sin embargo, en la década de 1790, los cuáqueros —que eran menos de 20.000 en el Reino Unido— se parecen poco a la secta que, en otro tiempo, encuadró a hombres como Lilbourne, Fox y Penn. Habían prosperado demasiado y habían perdido a algunos de sus espíritus más activos en sucesivas emigraciones hacia Norteamérica. Su hostilidad hacia el Estado y la autoridad se habían reducido a símbolos formales: la negativa a prestar juramento o a descubrirse la cabeza. La tradición que se mantuvo, en el mejor de los casos, contribuyó más a la conciencia social de la clase media que al movimiento popular. A mediados de siglo había todavía congregaciones humildes como la que se reunía en el templo de Cage Lane, Thetford —contigua a la cárcel, con su picota y sus cepos—, donde el joven Tom Paine recibió, según su propia afirmación, «una educación moral sumamente buena». Pero parece que pocos cuáqueros cambiaron cuando Paine, en 1791, conjugó algunas de sus propias ideas sobre el servicio a la humanidad con el tono intransigente de *Los derechos del hombre*. En el año 1792, la Reunión Trimestral de Amigos de Yorkshire recomendaba encarecidamente a todos sus miembros que tuvieran «verdadera quietud de espíritu» en el «estado de perturbación que existe actualmente en nuestra nación». No debían unirse a asociaciones políticas, no debían fomentar «un espíritu de descontento hacia el Rey y el Gobierno bajo el cual vivimos y disfrutamos de muchos privilegios y favores que merecen nuestra *sumisión* agradecida a ellos».[12]

Sus antepasados no habían aceptado la *sumisión*, tampoco hubieran admitido que además estuviera *agradecida a ellos*. La tensión entre los reinos «exterior» e «interior» suponía un *rechazo* de los poderes dominantes, excepto en los aspectos en que la coexistencia era inevitable; y una muy buena razón había decidido, hacía tiempo, lo que era «lícito» para la conciencia y lo que no lo era. Quizá los baptistas eran los que presentaban la mayor coherencia: seguían siendo los más calvinistas en cuanto a su teología y los más plebeyos en cuanto a sus seguidores. Sobre todo en Bunyan encontramos el radicalismo adormecido que se conservó a través del siglo XVIII y que estalla una y otra vez en el XIX. *El progreso del peregrino* es, junto con *Los derechos del hombre*, uno de los dos textos fundamentales del movimiento obrero inglés: Bunyan y Paine, con Cobbett y Owen, contribuyeron mucho a la provisión de ideas y actitudes que constituyen la materia prima del movimiento desde 1790 a 1850. Miles de jóvenes encontraron en *El progreso del peregrino* su primer relato de aventuras y hubieran convenido con Thomas Cooper, el cartista, en que era su «libro de libros».[13]

[12] Rufus M. Jones, *The Later Periods of Quakerism*, 1921, I, p. 315.
[13] Véase Q. D. Leavis, *Fiction and the Reading Public*, 1932, cap. 2.

«Ambiciono una herencia incorruptible, inmaculada y que no se desvanezca (...) custodiada en el cielo y fuera de peligro (...) para que se ofrezca, en el momento señalado, a los que la buscan de manera perseverante. Léelo así, si lo deseas, en mi libro.» Ahí está el reino de Winstanley que no «corrompen la polilla ni el óxido», ahí está el reino espiritual milenario de los santos, quienes deben «sufrir con paciencia» este mundo. Ahí está el «grito lamentable» —¿qué puedo hacer?— de los que perdieron en Putney y quedaron fuera del pacto de 1688. Ahí está el viejo Papa, de quien el cristiano piensa que *sus* antepasados le han domesticado y que ahora se le han «vuelto tan desquiciadas y rígidas las articulaciones», que puede hacer poco menos que sentarse en la boca de su cueva y decirles a los peregrinos: «Nunca os reformaréis hasta que muchos de vosotros hayáis sido quemados»; «sonriendo (...) mientras pasan, y mordiéndose las uñas porque no puede atacarles». Ahí está el íntimo paisaje espiritual de la disidencia del pobre: de los «sastres, vendedores de pieles, jaboneros, cerveceros, tejedores y caldereros» que se encontraban entre los predicadores baptistas,[14] un paisaje que parece tanto más misterioso, bañado de ardiente energía y conflicto, por cuanto que proviene de la frustración de esas pasiones en el mundo exterior: el castillo de Belcebú, los gigantes sanguinarios, destrozar, asesinar el bien, la colina de la dificultad, el castillo de la duda, la feria de vanidades, la tierra encantada; un camino «lleno de engaños, fosos, lazos y trampas». Ahí están los aristocráticos enemigos del cristiano: «el señor Placer Carnal, el señor Ostentoso, el señor Deseo de Gloria Vana, mi viejo señor Lujuria, el señor Tener Codicia, junto con el resto de nuestra nobleza.» Y ahí está el Valle de la Humillación en el que los lectores de Bunyan se debían encontrar: «un Valle en el que nadie entra, sino aquellos a los que les gusta una vida de peregrino.» Es la MISERICORDIA quien dice:

> Me gusta estar en aquellos lugares donde no hay traqueteo de carrozas ni retumbar de ruedas; me parece que ahí uno puede pensar, sin que le importunen mucho, qué es, de dónde viene, qué ha hecho (...) Ahí uno puede pensar, abrir el corazón y fundirse en su propio espíritu, hasta que los ojos se conviertan en el vivero de Heshbon.

Y Gran Corazón le responde, con el orgullo espiritual de los perseguidos y fracasados:

> Es cierto (...) Yo he atravesado muchas veces ese valle, y nunca estuve mejor que allí.

[14] R. M. Jones, *Studies in Mystical Religion*, 1923, p. 418. Véase también J. Lindsay, *John Bunyan*, 1937.

Pero el mundo del espíritu —de la virtud y la libertad espiritual— está bajo una constante amenaza que proviene del otro mundo. En primer lugar, está amenazado por los poderes del Estado; cuando nos encontramos con Lucifer, nos parece estar en un mundo de fantasía:

> Estaba recubierto de escamas, como un pez —ellas son su orgullo—, tenía alas como un dragón, patas como un oso, y de su vientre salía fuego y humo.

Pero cuando ese monstruo ataca al Cristiano («con un semblante desdeñoso») resulta ser muy parecido a los perplejos jueces del país que intentaban, mediante razones y amenazas alternativamente, que Bunyan prometiera desistir en el campo de la predicación. Lucifer abre su boca —que era «como la boca de un león»— para emitir un rugido apagado: «Si todavía ahora cambiaseis y retrocedieseis, estoy dispuesto a pasarlo todo por alto.» Sólo cuando ha fracasado la persuasión, se atraviesa «a todo lo ancho del camino» y declara: «Juro por el infierno que tú no seguirás adelante.» Y es la sutileza de Lucifer la que le permite encontrar aliados entre la propia colectividad cristiana y los compañeros peregrinos. Esos —y son con mucho los más numerosos y engañosos— constituyen la segunda fuente de amenaza a la incorruptible herencia del Cristiano; uno por uno, Bunyan presenta los escurridizos argumentos de aliento y pacto que preparan el camino para una contemporización entre Lucifer y la disidencia. Está el señor Bajo Mano del Pico de Oro y el señor Domina el Mundo, el señor Amor al Dinero y el señor Ahorralotodo, todos ellos alumnos de «un maestro de Amor a la ganancia, que es una ciudad de mercado del condado de Codicia, en el Norte». El señor Bajo Mano condena a aquellos «que son demasiado virtuosos»:

> *Bajo Mano*: Porque, ellos (...) en su viaje se lanzan a la intemperie; y yo soy partidario de esperar el viento y la marea. Ellos son partidarios de arriesgarlo todo por Dios en una descarga; y yo soy partidario de aprovechar todas las ventajas para asegurar mi vida y mi hacienda. Ellos son partidarios de mantener sus ideas aunque todos los demás estén en su contra; pero yo soy partidario de la religión en la medida que, y durante el tiempo que, mi seguridad la resista. Ellos son partidarios de la religión cuando está harapienta y despreciada: pero yo la apruebo cuando anda con sus babuchas doradas, al sol, entre aplausos.
>
> *Señor domina el mundo*: Sí, y manténgase ahí firme, buen señor Bajo Mano (...) Vamos a ser prudentes como serpientes; es mejor hacer el agosto.

Señor ahorralotodo: Creo que estamos todos de acuerdo en este punto y por lo tanto no es necesario hablar más.
Señor amor al dinero: No, no hacen falta más palabras acerca de este asunto, por supuesto; porque él, que no cree ni en la Escritura ni en la razón —y ya veis que las tenemos a ambas de nuestro lado—, tampoco conoce su propia libertad, ni busca su propia seguridad.

Es un espléndido pasaje, que prefigura mucho el desarrollo de la disidencia del siglo XVIII. Bunyan sabía que, en un sentido, los amigos del señor Bajo Mano tenían a ambas, la Escritura y la razón, de su lado; él introdujo en su disculpa los argumentos de la seguridad, el consuelo, la ilustración y la libertad. Lo que han perdido es su integridad moral y su piedad; la herencia incorruptible del espíritu, según parece, no se podía preservar si se olvidaba la herencia de la lucha.

Esto no es todo lo que trata *El progreso del peregrino*. Como observó Weber, la «atmósfera primordial» del libro denota que «la vida futura no sólo es más importante, sino más cierta, de diversos modos, que todos los intereses de la vida en este mundo».[15] Y esto nos recuerda que la fe en una vida futura era útil, no sólo como consuelo para los pobres, sino además como cierta compensación emocional por los sufrimientos y las injusticias actuales; era posible no sólo imaginar la «recompensa» de los humildes, sino además gozar de alguna venganza sobre sus opresores imaginando sus tormentos futuros. Por otra parte, al subrayar los aspectos positivos de la metáfora de Bunyan hemos dicho poco acerca de los aspectos manifiestamente negativos —el fervor, la sumisión temporal, la búsqueda egocéntrica de la salvación personal— con los que aquellos están inseparablemente entremezclados y esta ambivalencia continúa existiendo entrado el siglo XVIII en el lenguaje del inconformismo humilde. A Bamford la historia le parecía «tristemente tranquilizadora, como la de una luz que proviene de un sol eclipsado». Cuando el contexto es esperanzador y surge la agitación de masas, las energías activas de la tradición son más visibles: el Cristiano se bate con Lucifer en el mundo real. En los tiempos de derrota y apatía que viven las masas, predomina el quietismo, reforzando el fatalismo de los pobres: el Cristiano sufre en el Valle de la Humillación, lejos del traqueteo de las carrozas, volviendo la espalda a la Ciudad de la Destrucción y buscando el camino hacia una Ciudad espiritual de Sión.

Por otra parte, Bunyan, con su miedo a la erosión de la herencia debida a la transigencia, añadió a la lúgubre tristeza puritana

[15] M. Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, 1930, pp. 109-110, 227. (Hay trad. cast.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Península, Barcelona, 1969.) Véase también A. Kettle, *Introduction to the English Novel*, 1951, pp. 44-45.

su propia descripción figurada del «recto y estrecho» camino, que acentúa el celoso sectarismo de los calvinistas elegidos. Hacia 1750, aquellas mismas sectas, que habían pretendido ser sumamente leales a los «pobres de Cristo», acogían con menos entusiasmo a los nuevos conversos y tenían una disposición menos evangelizadora. La disidencia estaba atrapada en la tensión entre dos tendencias opuestas, que, tanto una como otra, se apartaban de cualquier interés popular: por una parte, la tendencia hacia un humanitarismo racional y una predicación selecta, demasiado intelectual y elegante para los pobres; por otra, los estrictos elegidos, que no se podían casar fuera de la iglesia, que expulsaban a todos los reincidentes y herejes y que se mantenían aparte de la «mesa corrupta» predestinada a la condenación. «El calvinismo de la primera —observó Halévy— experimentaba descomposición, el calvinismo de la última, petrificación.»[16]

Incluso los baptistas de Bunyan estaban profundamente divididos: los baptistas generales «arminianos» que perdían terreno ante los entusiastas baptistas particulares calvinistas, con sus baluartes en Northamptonshire, Bedfordshire, Lincolnshire, cuyo propio calvinismo, sin embargo, les impediría la propagación de la secta.[17] No fue sino hasta 1770 que los baptistas particulares empezaron a salir de la trampa de su propio dogma, haciendo pública una carta circular, proveniente de Northamptonshire, que ofrecía una fórmula mediante la cual podían reconciliarse el evangelismo y la idea de elección: «Toda alma que llega a Cristo para ser salvada (...) debe ser alentada (...) El alma que llega no debe temer no ser elegida, porque ninguna sino aquélla querría llegar.» Pero el resurgimiento era lento y fue la competición con los metodistas, más que una dinámica interna, la que condujo a los baptistas de vuelta hacia los pobres. Cuando Dan Taylor, un minero del carbón de Yorkshire que había trabajado en la mina desde la edad de cinco años y a quien los metodistas habían convertido, miró a su alrededor, en la década de 1760, en busca de una secta baptista con disposición evangelizadora, no encontró nada que le gustara. Construyó su propio templo extrayendo la piedra de los páramos de más arriba del puente de Hebden y acarreándola en su propia espalda,[18] luego bajó desde el municipio tejedor de Heptonstall, un baluarte puritano durante la guerra civil, hasta Linconlnshire y Northamptonshire, entrando en

[16] Véase el excelente compendio de Halévy, *A History of the English People in 1815*, Penguin, III, pp. 28-32, 40-48.

[17] Bogue y Bennett, *op. cit.*, III, pp. 332-333; Ivimey, *op. cit.*, III, p. 160.

[18] John Wesley anota en su *Diario*, 31 de julio de 1766, que «metodistas renegados, que primero se han vuelto calvinistas y luego anabaptistas, han provocado confusión en Heptonstall».

contacto con grupos baptistas inquietos y formando finalmente, en 1770, la Nueva Conexión Baptista. En los siguientes años, recorrió 25.000 millas y predicó 20.000 sermones. Este es un hombre que debe ser recordado al lado de Wesley y Whitefield; pero no provenía ni de la sociedad de los baptistas particulares ni de la de los generales: quizá espiritualmente provenía de la herencia de Bunyan, pero materialmente salió sencillamente de la tierra.

Deberíamos recordar tanto al doctor Price como a Dan Taylor y deberíamos tener presente que *gozaban* de libertad de conciencia, que no estaban amenazados por la Inquisición o la mazmorra de la «Prostituta Escarlata de Babilonia».[19] La misma anarquía de la vieja disidencia, con sus iglesias autónomas y sus cismas, hacía que, de pronto, pudieran aparecer las ideas más inesperadas y poco ortodoxas: en una aldea de Lincolnshire, en una ciudad mercado de las Midlands, en una mina de Yorkshire. En la ciudad lanera de Frome, anotó Wesley en su *Diario*, en 1768, había «una mezcla de hombres de todas las opiniones, anabaptistas, cuáqueros, presbiterianos, arrianos, antinomianos, moravos y qué sé yo qué más». Los comerciantes y los artesanos escoceses introdujeron otras sectas en Inglaterra; en las últimas décadas del siglo XVIII, los glasitas o sandemanianos hicieron un pequeño progreso gracias a su entusiasta disciplina de iglesia, su creencia de que las «distinciones de la vida civil (estaban) eliminadas en la iglesia» y de que la pertenencia suponía cierta comunidad de bienes, y —en opinión de los críticos— su desmesurado orgullo espiritual y «abandono de la multitud pobre, ignorante y maldita».[20] Hacia finales del siglo, había sociedades sandemanianas en Londres, Nottingham, Liverpool, Whitehaven y Newcastle.

La historia intelectual de la disidencia se compone de colisiones, cismas, mutaciones; y a menudo se tiene la sensación de que las semillas, en estado latente, del radicalismo político se encuentran en su seno, dispuestas a germinar siempre que se siembren en un contexto social benéfico y esperanzador. Thomas Spence, que se educó en una familia sandemaniana, pronunció una conferencia en la Sociedad Filosófica de Newcastle, en 1775, que en términos generales contenía su doctrina completa del socialismo agrario; y

[19] Término de la disidencia para denominar el erastianismo: en primer lugar el Papado y la Iglesia Romana, pero atribuido también a la Iglesia de Inglaterra o a cualquier iglesia acusada de prostituir su virtud espiritual debido a razones de Estado y de poder mundano. Cobbett recordaba: «Cuando era un muchacho, creía firmemente que el Papa era una mujer prodigiosa vestida con una capa terrorífica, que era roja porque había sido teñida con la sangre de los protestantes.» *Political Register*, 13 de enero de 1821.

[20] Bogue y Bennett, *op. cit.*, IV, pp. 107-124. A pesar de su severidad, los sandemanianos eran menos intolerantes que otros disidentes acerca de algunas normas sociales y aprobaban el teatro.

sin embargo, hasta la década de 1790 no empezó su propaganda pública formal. Tom Paine, con su educación cuáquera, había dado pocas muestras de sus puntos de vista políticos, terriblemente heterodoxos, durante su monótona vida como recaudador de impuestos en Lewes; la situación era desesperada, la política parecía una simple especie de «artimaña». A menos de un año de su llegada a Norteamérica, en noviembre de 1774, había publicado *Sentido común y Crisis*, artículos que contienen todos los supuestos de *Los derechos del hombre*. Escribió: «Aborrezco la monarquía porque es demasiado degradante para la dignidad del hombre (...) Pero nunca molesté a los demás con mis ideas hasta hace muy poco tiempo, ni publiqué jamás en mi vida una sílaba en Inglaterra.» Lo que ha cambiado no es Paine, sino la situación en la que Paine escribía. La semilla de *Los derechos del hombre* era inglesa, pero solamente le permitió arraigar la esperanza que despertaron las revoluciones norteamericana y francesa.

Si alguna secta de la vieja disidencia hubiese marcado el paso del resurgimiento evangélico —en lugar de John Wesley—, el inconformismo del siglo XIX podría haber adoptado una forma más intelectual y democrática. Pero fue Wesley —gran conservador en política, sacerdotal en su enfoque de la organización— el primero que tendió la mano a los «pobres de Cristo», rompiendo el tabú calvinista con el sencillo mensaje: «Lo único que tenéis que hacer es salvar almas.»

A vosotros os llamo, proscritos por los hombres,
¡Rameras, taberneros, y ladrones!
Él tiende sus brazos para abrazaros a todos;
Sólo a los pecadores acoge su gracia:
Los virtuosos no tienen necesidad de él;
Él vino a buscar y a salvar a los perdidos.
Venid, ¡Oh!, mis culpables hermanos, venid,
¡Gimiendo bajo vuestra carga de pecado!
Su corazón sangrante os acogerá.
Su costado abierto os recibirá;
Ahora os llama, os invita a su casa:
Venid. ¡Oh!, mis culpables hermanos, venid.[21]

Por supuesto, habría una cierta lógica en el hecho de que el resurgimiento evangélico hubiera venido del seno de la iglesia oficial.

[21] *Outcasts of men, to you I call / Harlots, and publicans, and thieves! / He spreads his arms to embrace you all; / Sinners alone His grace receives: / No need for him the righteous have; / He come the lost to seek and save. / Come, O my guilty brethren, come. / Groaning beneath your load of sin! / His bleeding heart shall make you room, / His open side shall take you in; / He calls you now, invites you home: / Come, O my guilty brethren, come.*

El acento puritano sobre una «vocación» se ajustaba particularmente bien, como han mostrado Weber y Tawney, a la experiencia de los grupos de clase media floreciente y laboriosa o de pequeña burguesía. Las tradiciones más luteranas del protestantismo anglicano estaban menos adaptadas a las doctrinas exclusivistas de la «elección», aunque como iglesia *oficial* tenía una responsabilidad particular sobre las almas de los pobres y, desde luego, el deber de inculcarles las virtudes de la obediencia y la laboriosidad. El letargo y el materialismo de la Iglesia del siglo XVIII eran tales que al final, y contra los deseos de Wesley, el resurgimiento evangélico dio lugar a la Iglesia Metodista diferenciada. Pero con todo, el metodismo estuvo profundamente marcado por su origen; mientras que la disidencia del hombre pobre de Bunyan, de Dan Taylor y —más adelante— de los metodistas primitivos era una religión del *pobre*, el wesleyanismo continuó siendo, tal como había empezado, una religión *para* los pobres.

Como predicadores y evangelistas, Whitefield y otros primeros predicadores que lo hacían al aire libre eran más impresionantes que Wesley. Pero Wesley era activo en grado sumo y un diestro organizador, administrador y legislador. Logró conjugar con precisión las justas proporciones de democracia y disciplina, doctrina y sentimentalismo. Su éxito no residió tanto en las histéricas reuniones de partidarios del resurgimiento, que no eran extrañas en el siglo de Tyburn,[22] como en la organización del mantenimiento de las asociaciones metodistas en los centros comerciales y los mercados, y en las comunidades mineras, de tejedores y obreras. La participación democrática de los miembros de estas asociaciones y comunidades en la vida de la Iglesia estaba a la vez catalogada, estrictamente dirigida y disciplinada. Facilitaba el ingreso a esas asociaciones eliminando todas las barreras de las doctrinas sectarias. Con el fin de aumentar la incorporación, escribió que los metodistas:

> no imponen (...) opiniones cualesquiera que éstas sean. Que sostengan la redención particular o general, los decretos absolutos o condicionales; que sean eclesiásticos o disidentes, presbiterianos o independientes, no es impedimento (...) Los independientes o anabaptistas [pueden] utilizar sus propias formas de culto; lo mismo podrá hacer el cuáquero y nadie discutirá con él acerca de eso (...) Una condición, y una sola, se requiere: un deseo auténtico de salvar sus almas.[23]

Pero una vez dentro de las asociaciones metodistas, los convertidos estaban sujetos a una disciplina que no tenía nada que envidiar a

[22] Tyburn fue el lugar de ejecución pública del Middlesex hasta 1783. *(N. de la T.)*
[23] R. Southey, *Life of Wesley and the Rise of Methodism*, edición de 1890, p. 545.

las sectas calvinistas más fanáticas. Wesley deseaba que los metodistas fueran una «gente singular», que se abstuvieran de casarse fuera de las asociaciones, que se distinguieran por su forma de vestir y por la solemnidad de su lenguaje y su conducta, así como que evitaran la compañía incluso de los familiares que todavía estaban en «el reino de Satán». Se expulsaba a sus miembros por frivolidad, por blasfemia y juramento, por asistencia negligente a las reuniones de clase.[24] Las asociaciones, con sus encuentros musicales, clases, vigilias nocturnas y visitas, componían un orden seglar en el que, como observó Southey, había una «policía espiritual» que estaba en una alerta constante para cualquier signo de recaída.[25] La democracia de «raíces populares», gracias a la cual los hombres de oficio y los obreros dirigían las asociaciones, no se extendía en absoluto a las cuestiones de doctrina o gobierno de la Iglesia. En ninguna otra cosa rompió Wesley tan severamente con las tradiciones de la disidencia como en su oposición a la autonomía local, al igual que en la afirmación de su propio dominio autoritario y en el de los ministros que él nombraba.

Y sin embargo, el progreso más rápido del metodismo entre los pobres se dio a menudo en áreas con una larga tradición de disidencia como Bristol, el West Riding, Manchester o Newcastle. En la década de 1760, a dos millas de Heckmondwike, donde el diácono Priestley y Obadiah mantenían todavía una iglesia de calvinistas independientes, John Nelson, un cantero de Birstall, estaba ya atrayendo grandes reuniones de pañeros y mineros para oír el nuevo mensaje de la salvación personal. En su camino hacia la cantera, Nelson debía pasar por delante de la casa del viejo pastor disidente, intercambiar textos y discutir las doctrinas del pecado, la redención mediante la gracia y la predestinación. Tales discusiones se volvieron más escasas en los últimos años a medida que la teología metodista ortodoxa se convertía en más oportunista, anti-intelectual y ociosa. Nelson, por su parte, se había convertido mientras estaba en Londres, cuando oyó predicar a John Wesley en Moorfields. Su *Diario* es muy distinto al del diácono Priestley:

> Una noche (...) soñé que estaba en Yorkshire, yendo a casa en mi ropa de trabajo; y cuando iba por Paul *Champion's*, oí un potente grito, como de una multitud de gente afligida (...) De pronto empezaron a chillar y a revolcarse unos sobre otros; pregunté qué ocurría y me dijeron que Satán andaba suelto entre ellos (...) Luego pensé que le veía en forma de toro rojo pasando entre la gente, como una bestia pasa entre el trigo que crece. No hizo ademán de cornear a nadie, pero se encaró hacia

[24] La clase era una subdivisión de las congregaciones o asociaciones metodistas. En cada una de sus reuniones había un dirigente de clase con fines religiosos. A las propias reuniones también se les llama, simplemente, clases. *(N. de la T.)*

[25] *Ibid.*, pp. 382, 545.

mí como si quisiera clavar sus cuernos en mi corazón. Entonces grité: «¡Señor, ayúdame!» e inmediatamente le cogí por los cuernos y le di la vuelta, poniendo mi pie derecho sobre su pescuezo, en presencia de un millar de personas.

Despertó de este sueño sudoroso y agotado. Otra noche, «mi alma se llenó con una sensación tal de amor Divino, que me hizo llorar delante de él»:

Soñé que estaba en Yorkshire, yendo desde Gomersal-Hill-Top hasta Cleckheaton, y hacia la mitad del camino, creí ver a Satán que venía a mi encuentro en forma de un hombre alto, negro y con los cabellos como serpientes (...) Pero seguí, desgarré mis vestidos y le enseñé mi pecho desnudo, diciendo: «Mira, aquí está la sangre de Cristo.» Entonces me pareció que huía de mí tan rápido como lo haría una liebre.

John Nelson hablaba muy en serio. Fue enrolado en el ejército, se negó a servir, de modo que él y su esposa fueron acosados y apedreados en su trabajo. Sin embargo, se me ocurre que el Satán de Nelson pertenece más a un mundo de fantasía que el Lucifer de Bunyan, a pesar del fuego y las escamas del último. Además, la fantasía tiene unos matices de histeria y de sexualidad deteriorada o frustrada que, junto con el paroxismo que a menudo acompañaba la conversión,[26] son algunos de los contrastes del resurgimiento metodista. Mientras Bunyan revelaba el desafío del Diablo en un mundo de magistrados, excusas reincidentes y mundanas para la transigencia, este Satán metodista es una fuerza incorpórea localizada en algún lugar de la psique, que se descubre a través de la introspección o surge delante como imagen fálica opuesta a la imagen femenina del amor de Cristo, en las ráfagas de histeria masiva que culminaban las campañas del resurgimiento.

En un sentido, se puede ver a ese Satán como una emanación de la miseria y la desesperación de los pobres del siglo XVIII; en otro, podemos ver las energías de una efectiva salida en la vida social, frustradas y constreñidas por los principios del puritanismo que niegan la vida, vengándose en el espíritu humano. Podemos entender el metodismo como una mutación de aquella tradición que se remonta a los *ranters*[27] del siglo XVII, cuyos primos, los moravos, tan profundamente influenciaron a Wesley. Pero el culto al «Amor» fue conducido a un punto de equilibrio

[26] Véase W. E. H. Lecky, *History of the English People in the 18th Century*, 1891, III, 582-588. A pesar de todo lo que se ha escrito en este siglo sobre el tema del metodismo los relatos de Lecky y Southey continúan siendo lecturas esenciales.

[27] Secta de antinomianos que surgió en 1645. Un *ranter* es también una persona que reza en voz alta y de forma rimbombante. *(N. de la T.)*

entre las afirmaciones de la «religión social» y las aberraciones patológicas de los impulsos sociales y sexuales frustrados. Por un lado, verdadera compasión por «las rameras, los taberneros y ladrones»; por el otro, una preocupación enfermiza por el pecado y el confesionario del pecador. Por una parte, auténtico arrepentimiento de infamias auténticas; por otro, exuberantes refinamientos de culpabilidad introspectiva. Por un lado, una religión que cedía un lugar a los humildes, como predicadores locales y jefes de clase, que les enseñaba a leer y les daba dignidad y experiencia en la expresión oral y la organización; por otro, una religión hostil a la investigación intelectual y a los valores artísticos, y que abusaba tristemente de la fidelidad intelectual de aquellos. Era un culto al «Amor» que temía la verdadera expresión del amor, ya fuese como amor sexual o en cualquier otra forma social que pudiera entorpecer las relaciones con la Autoridad. Su auténtico lenguaje de devoción era el de la sublimación sexual entreverada de masoquismo: el «amor sangrante», el costado herido, la sangre del cordero:

De todas las trampas agradables, enséñame
A guardar los asuntos de mi corazón.
¡Sé Tú mi Amor, mi Alegría, mi Temor!
Tú, mi arte de Eterno Destino.
Sé Tú mi Amigo incondicional,
Y ámame, ¡Oh!, ámame hasta el fin.[28]

En Londres, un grabador jacobino fue al «Jardín del Amor» y encontró «una capilla (...) construida en medio, / Donde solía jugar sobre la hierba»:

Las puertas de esa capilla estaban cerradas,
Y un «No pases» escrito sobre la puerta.[29]

En el jardín había «lápidas sepulcrales donde debería de haber flores»:

Y paseaban sacerdotes con vestidos negros,
Ciñendo de espinas mis alegrías y deseos.[30]

---

[28] *Teach me from every pleasing snare / To keep the issues of my heart. / Be Thou my Love, my Joy, my Fear! / Thou my Eternal Portion art. / Be Thou my never-failing Friend, / And love, O love me to the end.*

[29] *And the gates of this Chapel were shut, / And «Thou shalt not» writ over the door .*

[30] *And Priests in black gowns were walking their rounds, / And binding with briars my joys & desires.*

En los últimos años, se han dicho tantas cosas acerca de la contribución positiva del metodismo al movimiento obrero, que es necesario que recordemos que Blake y Cobbett, Leigh Hunt y Hazlitt veían la cuestión de distinta forma. A partir de algunos relatos populares, podríamos suponer que el metodismo no fue más que un terreno abonado para los radicales y los organizadores sindicales, todos ellos formados a la imagen del mártir de Tolpuddle, George Loveless, con su «pequeña biblioteca de teología» y su firme independencia. La cuestión es mucho más compleja. A un nivel se puede establecer, sin la más mínima dificultad, el carácter reaccionario —en verdad, detestablemente servil— del wesleyanismo oficial. Las pocas intervenciones activas de Wesley en la política fueron cargadas de propaganda contra el doctor Price y los colonos norteamericanos. Pocas veces dejaba escapar cualquier oportunidad de inculcar a sus seguidores las doctrinas de la sumisión, expresadas menos a nivel de ideas que de superstición.[31] Su muerte, en 1791, coincidió con el primer entusiasmo por la Revolución francesa; pero consecutivas conferencias metodistas continuaron la tradición de su fundador, reafirmando su «verdadera lealtad al Rey y su sincera adhesión a la Constitución», como en la Conferencia de Leeds en 1793. Los estatutos que se redactaron el año anterior a la muerte de Wesley eran explícitos:

> Ninguno de nosotros puede hablar del gobierno, ya sea por escrito o en conversación, con ligereza o sin el debido respeto.[32]

Así, el metodismo aparece, a este nivel, como una influencia políticamente regresiva o «estabilizadora», y encontramos cierta confirmación de la famosa tesis de Halévy, según la cual el metodismo evitó la revolución en Inglaterra durante la década de 1790. Pero a otro nivel, nos es conocido el argumento de que el metodismo fue responsable, de forma indirecta, de un incremento de la confianza en sí misma y la capacidad de organización de la población obrera. Este argumento fue formulado por Southey, en fecha tan temprana como 1820:

---

[31] Para una descripción breve y concisa de los prejuicios políticos de Wesley, véase Maldwyn Edwards, *John Wesley and the Eighteenth Century*, 1933.

[32] Citado en Halévy, *op. cit.*, III. p. 49. Halévy añade el comentario: «Una conducta como aquella garantizaba que (...) la impopularidad de los principios jacobinos no perjudicara la propaganda metodista.» Sin embargo, como los principios jacobinos ganaban en popularidad en 1792 (véanse pp. 127-138 *infra*), es más cierto que la propaganda metodista estaba pensada para hacer impopulares estos principios y que esto fue perjudicial para las libertades de la población inglesa. Véase también la crítica a Halévy hecha por Hobsbawm, «Methodism and the Threat of Revolution», *History Today*, febrero de 1957. (Hay trad. cast. en E. J. Hobsbawm, *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 36-48.)

Quizá entre los males accesorios que ha producido el metodismo, se pueda contar la forma en que éste ha dado a conocer a las clases bajas la labor de organizarse en asociaciones, estableciendo reglas para su propio gobierno, reuniendo fondos y comunicándose de una parte a otra del reino.

Más recientemente, esto ha sido documentado en los interesantes libros del doctor Wearmouth. Pero sus lectores harán bien en recordar la importante matización de Southey: «mas, por lo que a eso se refiere, sólo ha facilitado un proceso que ha tenido lugar por otras causas.»[33] La mayor parte de las «aportaciones» del metodismo al movimiento de la clase obrera lo fueron a pesar de, y no gracias a, la conferencia wesleyana.

Es cierto que, en toda la historia primitiva del metodismo, podemos encontrar un prometedor espíritu democrático que luchaba contra las doctrinas y las formas organizativas que imponía Wesley. Los predicadores seglares, la ruptura con la iglesia oficial, las formas autónomas en las sociedades; en todas esas cuestiones, Wesley opuso resistencia, contemporizó o fue a remolque de los hechos. Wesley no pudo escapar a las consecuencias de su propio igualitarismo espiritual. Si los pobres de Cristo llegaban a creer que sus almas eran como las almas de los aristócratas o los burgueses, esto podría llevarles a los argumentos de *Los derechos del hombre*. La duquesa de Buckingham lo descubrió con rapidez y dijo a la condesa de Huntingdon, metodista:

Señoría, le agradezco la información acerca de los predicadores metodistas; sus doctrinas son muy repugnantes y están intensamente teñidas de impertinencia y falta de respeto hacia sus superiores, en un continuo intento de nivelar todas las categorías y de poner fin a todas las distinciones. Es monstruoso enterarse de que vos tenéis un corazón tan pecador como los vulgares infelices que se arrastran sobre la tierra.[34]

Smollett ha señalado casi lo mismo en una comedia en que un cochero, Humphrey Clinker, predica a la chusma de Londres. Y —por su parte— cientos de predicadores seglares, que siguieron los pasos de John Nelson, lo aprendían de forma muy diferente. Una y otra vez los escritores del sistema establecido expresan este temor. Un escritor de folletos antijacobino, en 1800, hacía culpables a los «muchachos imberbes, y los trabajadores manuales u obreros» que predicaban en Spa Fields, Hackney e Islington Green. Entre los predicadores de las sectas encontró a un comerciante de ropa vieja, un molendero, un vendedor de cabezas de oveja, un pintor

[33] Southey, *op. cit.*, p. 571.
[34] Citado en J. H. Whiteley, *Wesley's England*, 1938, p. 328.

de carruajes, un constructor de exprimidores de ropa, un lacayo, un dentista, un peluquero y sangrador, un pantalonero y un cargador de carbón. El obispo de Lincoln veía en eso una amenaza más oscura:

> se podrían emplear los mismos medios, con la misma eficacia, para socavar y derrocar tanto al estado como a la iglesia.[35]

Y de la predicación a la organización. Aquí hay dos aspectos: la penetración transitoria del metodismo por parte de algunas de las tradiciones autonomistas de la disidencia y la transmisión a las asociaciones de la clase obrera de formas de organización características de la Conexión Metodista. En cuanto a la primera, Wesley, como se ha supuesto algunas veces, no sólo llevaba su mensaje a los «paganos» que estaban fuera de las iglesias existentes; también ofrecía una salida a los sentimientos cautivos de la vieja disidencia. Pastores disidentes y congregaciones enteras se incorporaron a los metodistas. Algunos atravesaron el resurgimiento, sólo para reincorporarse a sus propias sectas, en desacuerdo con la autoritaria dirección de Wesley; a la vez que, hacia la década de 1790, la disidencia disfrutaba de su propio resurgimiento evangélico. Pero otros conservaban una especie de participación inquieta, en la que sus viejas tradiciones luchaban en el seno de las formas sacerdotales wesleyanas. En cuanto a la segunda, el metodismo proporcionaba no sólo las formas de las reuniones de clase, la recaudación sistemática de cuotas de un penique y el «cupón», adoptados con tanta frecuencia por las organizaciones radicales y sindicales, sino también una experiencia de organización centralizada eficiente —tanto a nivel de distrito como a nivel nacional— de la que la disidencia había carecido. Por otra parte, aquellas Conferencias Wesleyanas Anuales, con su «programa», sus camarillas, trabajando en el orden del día, y su cuidadosa dirección, parecen, con cierta incomodidad, otra «contribución» al movimiento laborista de épocas más recientes.

Así, el metodismo de finales del siglo XVIII estuvo agitado por tendencias democráticas ajenas a él, mientras que al mismo tiempo servía de modelo, a pesar suyo, de otras formas organizativas. Durante la última década de la vida de Wesley, las presiones democráticas internas sólo se contuvieron en consideración a la elevada edad del fundador y con el convencimiento de que el viejo autócrata no podría estar muy lejos de tomar posesión de su «gran recompensa». Las sociedades disidentes expresaban diversas

[35] W. H. Reid, *The Rise and Dissolution of the Infidel Societies of the Metropolis*, 1800, pp. 45-48.

demandas: una Conferencia elegida, una mayor autonomía local, una ruptura definitiva con la Iglesia, participación seglar en las reuniones de distrito y en las trimestrales. La muerte de Wesley, cuando la marea radical general estaba subiendo, fue como un «detonante». Se sometieron a discusión los planes de organización rivales, con un acaloramiento que es tan significativo como lo eran los problemas puestos a discusión. «Detestamos a los Nerones perseguidores y todas las acciones sangrientas de la Prostituta de Babilonia, y sin embargo, a nuestro nivel, seguimos sus pasos», declaró Alexander Kilham en un folleto titulado *The Progress of Liberty*.[36] Y propuso proyectos de autonomía de largo alcance, que fueron sometidos a discusión en toda la Conexión mediante folletos, en las reuniones de clase y en las reuniones de los predicadores locales, y cuya discusión debió de ser una parte importante del proceso de educación democrática.[37]

En 1797, Kilham encabezó la primera separación wesleyana importante, la Nueva Conexión Metodista, que adoptó muchas de sus propuestas de estructura más democrática. La conexión tuvo su mayor fuerza en los centros manufactureros y, probablemente, entre los artesanos y los tejedores teñidos de jacobinismo.[38] El mismo Kilham comprendía a los reformadores y, aunque mantenía sus convicciones políticas en un último término, sus oponentes de la conexión ortodoxa se esforzaron por mostrarlas. «Perderemos a todos los alborotadores revoltosos de nuestra Sión», la Conferencia se dirigía a los miembros de la iglesia en Irlanda y les daba cuenta de la separación: «todos los que se han adherido al sentir de Paine». En Huddersfield, los miembros de la Nueva Conexión eran conocidos como «los metodistas de Tom Paine». Podemos conjeturar el aspecto de sus partidarios a partir de una descripción del principal templo kilhamita de Leeds; con una congregación de quinientos «en medio de una gente dura de mollera, pobre e ingobernable, en lo alto de Ebeneezer Street donde, razonablemente, no se podía esperar que fueran forasteros de la clase media». Y en diversos lugares, el vínculo entre la Nueva Conexión y la organización jacobina auténtica es más que una deducción. En Halifax, en el templo Bradshaw, se formó un club de lectura y una sociedad

[36] *The Progress of Liberty Amongst the People Called Methodist*, Alnwick, 1795.
[37] Véase *An Appeal to the Members of the Methodist Connexion*, Manchester, 1796; E. R. Taylor, *Methodism and Politics*, 1791-1851, Cambridge, 1935, cap. 2; W. J. Warner, *The Wesleyan Movement in the Industrial Revolution*, 1930, pp. 128-131.
[38] El apoyo a Kilham era fuerte en Sheffield, Nottingham, Manchester, Leeds, Huddersfield, Plymouth Dock, Liverpool, Bristol, Birmingham, Burslem, Macclesfield, Bolton, Wigan, Blackburn, Oldham, Darlington, Newcastle, Alnwick, Sunderland, Ripon, Otley, Epworth, Chester y Banbury. Véase E. R. Taylor, *op. cit.*, p. 81: J. Blackwell, *Life of Alexander Kilham*, 1838, pp. 290, 343.

de debate. La gente de este pueblo tejedor no sólo discutía el *Progress of Liberty* de Kilham en sus reuniones de clase, sino también *Los derechos del hombre* de Paine. El historiador del metodismo de Halifax, que escribía cuarenta años más tarde, todavía no pudo reprimir su asco hacia «aquel detestable grupo de escorpiones» que, al final, tomaron el templo, expulsaron al pastor ortodoxo del Circuito,[39] compraron el local y continuaron por su cuenta como un templo «jacobino».[40]

El progreso de la Nueva Conexión no fue impresionante. El propio Kilham murió en 1798 y sus partidarios se debilitaron debido a la reacción política general de los últimos años de la década de 1790. Hacia 1811, la Nueva Conexión sólo constaba de ocho mil miembros, pero su existencia nos hace dudar de la tesis de Halévy. A la muerte de Wesley, se estimaba que en las sociedades metodistas participaban unas ochenta mil personas. Incluso suponiendo que todos ellos compartieran los principios conservadores de su fundador, apenas eran suficientes para haber detenido una marea revolucionaria. De hecho, acordaran lo que acordasen las Conferencias Anuales, hay pruebas de que el mar de fondo radical de 1792 y 1793 se extendía por toda la disidencia, de forma general, y en la mayor parte de las sociedades metodistas. El alcalde de Liverpool hacía seguramente una observación acertada cuando escribió al Ministerio del Interior en 1792:

> En todos estos lugares sólo hay locales de reunión metodistas y algunos otros y (...) de ese modo la juventud del condado se está formando bajo la enseñanza de un grupo de hombres que no sólo son ignorantes, sino de quienes, creo, podemos afirmar, últimamente y con demasiada razón, que son contrarios a nuestra afortunada Constitución.[41]

Fue durante los años contrarrevolucionarios, a partir de 1795, cuando el metodismo hizo su mayor progreso entre la población obrera y actuó de la manera más evidente como una fuerza social estabilizadora o regresiva. Privado de sus elementos más demócratas e intelectuales debido a la separación kilhamita y sujeto a formas de disciplina más severas, casi parece un fenómeno nuevo durante esos años: un fenómeno que se puede contemplar, a la vez, como consecuencia de la reacción política y como su causa.[42]

---

[39] El Circuito era un distrito de iglesias metodistas atendido por una serie de predicadores itinerantes. (*N. de la T.*)

[40] J. Blackwell, *op. cit.*, p. 339; E. R. Taylor, *op. cit.*, p. 85; J. Wray, *Facts Illustrative of Methodism in Leeds*, c. 1835, MS. de la Biblioteca de Consulta de Leeds; J. U. Walker, *Wesleyan Methodism in Halifax*, Halifax, 1836, pp. 216-223.

[41] Citado en J. L. Hammond, *The Town Labourer*, 2.ª ed., 1925, p. 270.

[42] Véase más adelante, cap. 11.

A lo largo de todo el período de la Revolución industrial, el metodismo nunca superó esta tensión entre las tendencias autoritaria y democrática. El segundo impulso se sintió con mucha fuerza en las sectas secesionistas: la Nueva Conexión y, después de 1806, los metodistas primitivos. Además, como ha señalado el doctor Hobsbawm, dondequiera que se hallase el metodismo realizó, con su ruptura con la iglesia oficial, las funciones del anticlericalismo del siglo XIX en Francia.[43] En los pueblos agrícolas o mineros, la polarización del templo y la Iglesia pudo facilitar una polarización que adoptó, a su vez, formas políticas o industriales. Durante años pareció que la tensión estaba contenida, pero cuando estalló, a veces estaba cargada de una pasión moral —en la que el viejo Dios Puritano de las Batallas levantó una vez más su estandarte— que difícilmente podían alcanzar los líderes seglares. Con tal que Satán continuase siendo algo indefinido y que no tuviese un domicilio de clase fijo, el metodismo sometía a la población trabajadora a una especie de guerra civil moral: entre el templo y la taberna, el malvado y el redimido, el perdido y el rescatado. Samuel Bamford, en su *Early Days*, relataba con qué entusiasmo misionero él y sus compañeros estaban dispuestos a ir a las reuniones de plegaria de los pueblos vecinos «donde Satán tenía, hasta ahora, muchos baluartes». «Esas plegarias se veían como tantos otros ataques contra los poderes del Príncipe del Aire.» Un entusiasmo similar despertaba, al otro lado de los Peninos, el memorable himno: «En Bradford, asimismo, mira hacia abajo, donde Satán permanece sentado.» Sólo algunos años más tarde, Cobbet les había enseñado a los tejedores de las tierras altas del Lancashire a buscar a Satán, no en las cervecerías de un pueblo rival, sino en *The Thing* y en la «Vieja Corrupción». Precisamente, fue la rápida identificación de Lucifer con Lord Liverpool y Oliver el Espía lo que condujo a los tejedores a Peterloo.

Deberíamos destacar otras dos características de la tradición de la disidencia. Aunque ninguna de las dos tuvo gran influencia en el siglo XVIII, ambas adquirieron un nuevo significado después de 1790. En primer lugar, existe un hilo continuo de ideas y ensayos comunitarios asociados con los cuáqueros, los camisardos y, en particular, los moravos. En Bolton y en Manchester, un fermento en un pequeño grupo de cuáqueros disidentes culminó en la partida, en 1774, de «Madre Ann» y un pequeño séquito para ir a fundar las primeras comunidades de *shakers*[44] en los Estados Unidos.

[43] E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels*, 1959, p. 146. (Hay trad. cast.: *Rebeldes primitivos*, Ariel, Barcelona, 1983.)

[44] Secta religiosa norteamericana que se denominaba a sí misma «Sociedad de los que creen en el Segundo Advenimiento de Cristo», tenían comunidades mixtas de mujeres y

Cuarenta años más tarde, Robert Owen encontraría aliento en el éxito de los *shakers*, cuyas ideas popularizó en forma secular.[45] Los moravos, a quienes Wesley debía su conversión, nunca llegaron a estar completamente consolidados en la Inglaterra del siglo XVIII. Aunque mucha población inglesa ingresó en sus comunidades de Fulneck (Pudsey), y Dukinfield y Fairfiels, cerca de Manchester, así como en la congregación morava de Londres, las sociedades continuaron dependiendo de predicadores y administradores alemanes. Aunque las primeras sociedades metodistas surgieron en relación con la Fraternidad Morava, la última se distinguía de las primeras por su «inmovilidad», su evitación del «entusiasmo», y sus valores comunitarios prácticos; «el carácter sosegado, suave, regular, amable e impresionante del servicio, en Fulneck, era, *tal como aparecía*, como una especie de censura a la firmeza, el ruido y *el tumulto de una reunión* [metodista] del resurgimiento». La influencia de los moravos fue triple: primero, a través de sus actividades educacionales: Richard Oastler y James Montgomery, el poeta radical y editor del *Iris de Sheffield*, fueron educados en Fulneck; segundo, a través del éxito evidente de sus comunidades, que —junto con las de los *shakers*— eran a menudo citadas por los owenitas de principios del siglo XIX, y tercero, a través de la persistencia, en el seno de las sociedades metodistas —mucho después de que Wesley hubiese renegado de la conexión morava—, del anhelo de ideales comunitarios expresados en el lenguaje de la «fraternidad».[46]

La tradición comunitaria se hallaba a veces asociada a otra tradición subterránea, la del milenarismo. Los miembros más apasionados de las sectas de la Revolución inglesa —los *ranters* y los Hombres de la quinta monarquía—, con sus interpretaciones literales del Libro de la Revelación y sus expectativas de una Nueva Jerusalén que descendería desde arriba, nunca se extinguieron totalmente. Los mugletonianos, los seguidores de Ludovic Muggleton, todavía predicaban en los campos y los parques de Londres, a finales del siglo XVIII. La sociedad Bolton, a partir de la cual surgieron los *shakers*, estaba presidida por la Madre Jane Wardley que se paseaba por la sala de reuniones, «con una fuerte agitación», declamando:

> ¡Arrepiéntete, porque el Reino de Dios está *cerca*! El nuevo cielo y la tierra nueva profetizados antaño están a punto de llegar (...) Y cuando

hombres que vivían practicando el celibato. *(N. de la T.)*

[45] W. H. G. Armytage, *Heavens Below*, 1961, I, caps. 3 y 5.

[46] Véase C. W. Towlson, *Moravian and Methodist*, 1957; Armytage, *op. cit.*, I, cap. 6; J. Lawson, *Letters to the Young on Progress in Pudsey*, Stanningley, 1887, cap. 15; C. Driever, *Tory Radical*, Oxford, 1946, pp. 15-17.

Cristo aparezca de nuevo y se alce la verdadera iglesia en plena y superior gloria, entonces todas las confesiones anticristianas —los sacerdotes, la iglesia, el papa— serán eliminadas.[47]

Cualquier suceso dramático, como el terremoto de Lisboa de 1755, daba lugar a expectativas apocalípticas. Ciertamente, había una inestabilidad milenarista en el corazón del propio metodismo. Wesley, que era sumamente crédulo acerca de brujas, posesión satánica y bibliomancia —búsqueda de consejo en los textos hallados abriendo la Biblia al azar—, a veces expresaba presentimientos referidos a la inminencia del Día del Juicio. Un primitivo himno de los Wesley utiliza la acostumbrada metáfora milenarista:

Erige aquí Tu tabernáculo,
Haz bajar la *Nueva Jerusalén*,
Aparece Tú mismo en medio de Tus santos,
Y siéntanos en Tu trono deslumbrador.
Empieza el gran día milenario;
Ahora, Salvador, desciende con clamor,
Despliega Tu estandarte en los cielos,
Y trae el júbilo que nunca acabará.[48]

Aunque se desalentaba la creencia literal en el milenio, la forma apocalíptica de las reuniones del resurgimiento metodista encendía la imaginación y preparaba el camino para la aceptación de los profetas milenaristas después de 1790. En Londres, Bristol y Birmingham, pequeñas congregaciones de la iglesia swedenborgista de la Nueva Jerusalén preparaban a algunos artesanos para creencias milenaristas más intelectuales y místicas.[49]

Si bien los historiadores y los sociólogos han prestado recientemente más atención a los movimientos y a las fantasías milenaristas, en parte su significado se ha oscurecido a causa de la tendencia a tratarlos en términos de inadaptación y «paranoia». Así el profesor Cohn, en su interesante estudio *The Pursuit of the Millenium*,

[47] E. D. Andrews, *The People Called Shakers*, Nueva York, 1953, p. 6.

[48] *Erect Thy tabernacle here, / The New Jerusalem send down, / Thyself amidst Thy saints appear, / And seat us on Thy dazzling throne. / Begin the great millennial day; / Now, Saviour, with a shout descend, / Thy standard in the heavens display. / And bring the joy which ne'er shall end.*

[49] Por lo que se refiere al wesleyanismo, véase Southey, *op. cit.*, p. 367; Joseph Nightingale, *Portraiture of Methodism*, 1807, pp. 443 y siguientes; J. E. Rattenbury, *The Eucharistic Hymns of John and Charles Wesley*, 1948, p. 249. Para el swedenborgismo, Bogue y Bennett, *op. cit.*, IV, pp. 126-134; R. Southey, *Letters from England*, 1808, III, 113 y siguientes. En relación al fin del milenarismo del siglo XVII, véase Christopher Hill, «John Mason and the End of the World», en *Puritanism and Revolution*, 1958. Para algunas indicaciones sobre la tradición del siglo XVIII, véase W. H. G. Armytage, *op. cit.*, I, cap. 4.

puede hacer generalizaciones —gracias a una selección de las pruebas un tanto insólita— como que «los Elegidos» tenían una idea paranoica y megalómana, y que los movimientos de mentalidad milenarista tenían el «sentido de la realidad crónicamente deteriorado». Cuando los movimientos mesiánicos obtienen un apoyo de masas: «Es como si unidades de paranoia hasta entonces diluidas entre la población, de pronto se fundieran para formar una nueva unidad: un fanatismo paranoico colectivo.»[50]

Un proceso de «fusión» como éste ofrece dudas. Sin embargo, dado tal fenómeno, el problema histórico continúa existiendo, ¿por qué los agravios, las aspiraciones o incluso los trastornos psicóticos deberían «fundirse» en movimientos influyentes, sólo en determinados momentos y en formas particulares?

Lo que no debemos hacer es confundir los puros «caprichos» y las aberraciones fanáticas con la *metáfora* —de Babilonia y del exilio egipcio y la Ciudad Celestial y la contienda con Satán— en donde grupos minoritarios han articulado su experiencia y han proyectado sus aspiraciones durante cientos de años. Además, la extravagante metáfora que determinados grupos han utilizado, no siempre revela sus motivaciones objetivas ni sus convicciones reales. Este es un problema difícil; cuando hablamos de «metáfora» queremos decir mucho más que figuras del lenguaje con las que se «revisten» ulteriores motivos. La metáfora es, en sí misma, una prueba de poderosas motivaciones subjetivas, completamente «real» como su objeto, completamente efectiva, como vemos repetidamente en la historia del puritanismo, en su intervención histórica. Es el síntoma de cómo sentían y tenían esperanza, cómo amaban y odiaban, y cómo conservaban determinados valores en el propio entramado de su lenguaje. Pero el hecho de que la exuberante metáfora apunte a veces hacia metas que son claramente ilusorias no significa que podamos concluir a la ligera que indica un «sentido de la realidad crónicamente deteriorado». Es más, una «adaptación» servil al sufrimiento y a la carencia puede denotar a veces un sentido de la realidad tan deteriorado como el del milenarista. Siempre que encontremos un fenómeno como éste, debemos intentar distinguir entre la energía psíquica acumulada —y liberada— en el lenguaje, por muy apocalíptico que sea, y el trastorno psicótico real.

A lo largo de la Revolución industrial podemos ver esa tensión entre el «reino exterior» y el «reino interior» en la disidencia de los pobres, con el milenarismo en un polo y el quietismo en el otro. Durante generaciones la educación más comúnmente asequible

[50] N. Cohn, *The Pursuit of the Millennium*, 1957, p. 312. (Hay trad. cast.: *En pos del milenio*, Alianza Editorial, Madrid, 1983.)

llegaba a través del púlpito y la escuela del domingo: el Antiguo Testamento y *El progreso del peregrino*. Entre este mundo simbólico y aquella experiencia social había un continuo intercambio, un diálogo entre actitudes y realidad que a veces era fructífero, a veces árido, a veces masoquista en su resignación, pero pocas veces «paranoico». La historia del metodismo indica que las deformaciones morbosas de la «exaltación» son las aberraciones más comunes de los pobres, en períodos de reacción social, mientras que las fantasías paranoicas corresponden más a los períodos en los que se liberan los entusiasmos revolucionarios. La corriente milenarista, subterránea durante tanto tiempo, irrumpió en la superficie con una inesperada fuerza, como resultado inmediato de la Revolución francesa: «Para el milenarista auténtico, el presente se convierte en la brecha a través de la cual lo que antes estuvo oculto sale de pronto, se apodera del mundo exterior y lo transforma.»[51]

De nuevo, la imagen y la realidad llegaban a confundirse. El milenarismo rozó a Blake con su aliento: se paseaba, no sólo entre los jacobinos y los disidentes del Londres artesano, sino también por las poblaciones mineras y de tejedores de las Midlands, por el norte y los pueblos del suroeste.

Pero en muchos espíritus se mantenía un equilibrio entre la experiencia exterior y el reino interior, al que los poderes del mundo no podían influir y que se conservaba con el evocador lenguaje del Antiguo Testamento. Thomas Hardy era un hombre sensato, incluso prosaico, con una atención meticulosa a los detalles prácticos de organización. Pero cuando rememoraba su proceso por alta traición, lo más natural del mundo era que se inspirase en el Libro de los Reyes para utilizar un lenguaje que entendiesen la mayor parte de los ingleses: «El pueblo dijo: "¿Qué porción tenemos nosotros en David? Tampoco tenemos herencia en el hijo de Jesé. A vuestras tiendas, Oh, Israel (...) De este modo Israel se rebeló contra la Casa de David hasta nuestros días."»

Por lo que se refiere a la tradición de la disidencia —uno de los elementos que desencadenaron la agitación jacobina inglesa— no se puede ofrecer un resumen sencillo. Muestra una diversidad que escapa a cualquier generalización y que, sin embargo, es, en sí misma, su característica más importante. En la complejidad de las sectas que competían y los templos que se segregaban tenemos un substrato para la pluralidad de la cultura de la clase obrera del siglo XIX. Están los unitaristas o independientes, con un séquito de artesanos pequeño pero influyente, sustentado en una vigorosa

[51] Karl Mannheim, *Ideology and Utopia*, ed. de 1960, p. 193 (hay trad. cast. *Ideología y Utopía*, F. C. E). Véase más adelante, pp. 142-144 y 420-425.

tradición intelectual. Están los sandemanianos, de los que el padre de William Godwin fue pastor; los moravos con su patrimonio comunitario; las sectas de los inghamitas, los mugletonianos, los swedenborgistas que surgieron en una peluquería apartada de Cold Bath Fields y que publicaban un *Magazine of Heaven and Hell.* Están esos dos viejos pastores disidentes de quienes Hazlitt contó que llenaban sus pipas con hojas de frambuesa, con la esperanza de derribar la «Vieja Corrupción» mediante el boicot a todos los productos gravados con impuestos. Están los inmigrantes calvinistas metodistas que provienen de Gales y los inmigrantes educados en las sectas de covenantarios escoceses; Alexander Somerville, que se convirtió en famoso propagandista contra las *Corn Laws*,[52] se educó en una estricta familia anti-*burgher* de campesinos del Berwickshire. Está el impresor Zachariah Coleman, el héroe maravillosamente recreado de *The Revolution in Tanner's Lane*, con sus retratos de Burdett, Cartwright y el Bunyan de Sadler en la pared: «no era un *ranter* o un partidario del resurgimiento, sino lo que se llamaba un calvinista moderado; es decir, se atenía al calvinismo como su credo indudable, pero cuando llegó el momento decisivo, lo modificó en su práctica real.» Y están las sociedades curiosas, como los viejos deístas de Hoxton, que hablaban de sueños y, como Blake, de conversaciones con almas difuntas y ángeles, y que, como Blake, «cedieron casi inmediatamente al impulso más fuerte de la Revolución francesa» y se convirtieron en *políticos*.[53]

La libertad de conciencia fue el único gran valor que la gente común conservó desde la *Commonwealth.* El campo estaba dominado por la *gentry*,[54] las ciudades por ayuntamientos corruptos, la nación por la corporación más corrupta de todas; pero el templo, la taberna y el hogar les pertenecían sólo a ellos. En los lugares de culto «que no tenían campanario», había espacio para una vida intelectual libre y para experimentos democráticos con «innumerables miembros». Sobre el fondo de la disidencia de Londres, con su franja de deístas y de místicos fervorosos, William Blake ya no parece el genio estrafalario y poco instruido que les debe parecer a aquellos que sólo conocen la cultura elegante de la época.[55] Por el contrario, es la voz original, y sin embargo auténtica, de una larga tradición popular. Si algunos de los jacobinos de Londres

[52] Leyes que regulaban el comercio del grano en Inglaterra, y que fueron derogadas en 1846, después de una agitación considerable. *(N. de la T.)*

[53] W. H. Reid, *op. cit.*, p. 90.

[54] *Gentry* designa a los miembros de la pequeña nobleza rural o urbana inglesa. *(N. de la T.)*

[55] David V. Erdman, en su *Blake, Prophet against Empire*, Princeton, 1954, nos ha ayudado a ver a Blake en este contexto y —al hacerlo— ha clarificado muchas cosas sobre la vida intelectual del Londres jacobino. Véase también, para los antepasados de Blake, *ranters* y mugletonianos, A. L. Morton, *The Everlasting Gospel*, 1958.

permanecieron extrañamente impertérritos ante la ejecución de Luis y María Antonieta, se debió a que recordaban que sus propios antepasados habían ejecutado una vez a un rey. Nadie que tuviese a Bunyan profundamente arraigado podía encontrar extraños muchos de los aforismos de Blake:

> El mayor veneno que jamás se ha conocido
> provino de la corona de laurel del César.[56]

Y muchos, como Blake, se sentían desgarrados entre el deísmo racional y los valores espirituales alimentados durante un siglo en el «reino interior». Cuando en los años de represión se publicó *La edad de la razón* de Paine, muchos debieron de sentir como Blake cuando anotó en la última página de *Apology for the Bible*, del obispo de Llandaff, escrito en réplica a Paine: «Ahora me parece que Tom Paine es mejor cristiano que el obispo.»

Cuando entendemos la disidencia de este modo, estamos viéndola como una tradición intelectual: de esta tradición salieron muchas ideas originales y hombres originales. Pero no deberíamos dar por supuesto que los «viejos disidentes» estaban dispuestos, como un conjunto, a tomar el partido popular. Thomas Walker, el reformador de Manchester, que —siendo él mismo eclesiástico— había trabajado mucho en favor de la revocación de las *Test and Corporation Acts*, menospreciaba su timidez:

> Los disidentes (...) como conjunto han faltado constantemente a sus propios principios (...) debido al miedo o a algún otro motivo, han sido tan firmes partidarios de una moderación excesiva, que más bien han sido los enemigos que los amigos de aquellos que lo han arriesgado todo y hecho todo en favor de los derechos del pueblo.[57]

Aquí vemos, quizá, una tensión entre Londres y los centros industriales. Los disidentes de Manchester, los miembros del Viejo Encuentro de Birmingham o el Gran Encuentro en Leicester incluían algunos de los patrones más importantes del distrito. Su apego a la libertad civil y religiosa iba de la mano con su apego a los dogmas del libre comercio. Contribuyeron bastante —especialmente en las décadas de 1770 y 1780— en las formas de agitación extraparlamentaria y los grupos de presión política que anticipaban el modelo de política de la clase media del siglo XIX. Pero su entusiasmo por la libertad civil se desvaneció con la publicación de *Los derechos del hombre* y muy pocos de ellos continuaron tras

[56] *The strongest poison ever known / Came from Caesar's laurel crown.*
[57] Th. Walker, *Review of some Political Events in Manchester*, 1794, p. 125.

los procesos y persecuciones de los primeros años de la década de 1790. En Londres y en algunas bolsas en las grandes ciudades, muchos de los artesanos disidentes pasaron gradualmente, en el mismo período, desde el deísmo a una ideología secular. Según el doctor Hobsbawm:

> La secularización es el hilo ideológico que une en un conjunto la historia del laborismo londinense, desde los jacobinos de Londres y Place, pasando por los antirreligiosos owenitas y sus colaboradores, periodistas y libreros antirreligiosos, y los radicales librepensadores que seguían a Holyoake y se congregaban en el Bradlaugh Hall of Science, hasta la Federación Social Demócrata y los fabianos de Londres con su ostensible desapego respecto a la retórica del templo.[58]

Casi todos los teóricos del movimiento obrero se encuentran en esa tradición de Londres; si no, como sucede con Bray, el impresor de Leeds, sus casos son análogos a los de los obreros cualificados de Londres.

Pero el propio catálogo revela una dimensión que está ausente: la fuerza moral de los luditas, de Brandreth y el joven Bamford, de los Hombres de las Diez Horas, de los cartistas del norte y las ILP.[59] Y algunas de esas diferencias en las tradiciones pueden retrotraerse a las formaciones religiosas del siglo XVIII. Cuando en los últimos años del siglo llegó el resurgimiento democrático, la vieja disidencia había perdido a muchos de sus seguidores populares, y aquellos artesanos que todavía se adherían a ella estaban impregnados por los valores del individualismo ilustrado que conducía, a hombres como Francis Place, a aceptar una filosofía utilitaria limitada. Pero en todas aquellas grandes áreas de provincias, donde el metodismo triunfó en ausencia de la disidencia, prácticamente destruyó los elementos democráticos y antiautoritarios de la tradición más antigua, interponiendo entre la gente y su herencia revolucionaria un sentimentalismo inexperto que sirvió como auxiliar de la iglesia oficial. Y sin embargo, el metodismo rebelde estuvo caracterizado por una especial seriedad y energía, por una inquietud moral. El sur y el norte, el intelecto y el entusiasmo, los argumentos de la secularización y la retórica del amor: la tensión se mantiene en el siglo XIX. Y cada tradición parece que se debilita sin el complemento de la otra.

---

[58] Hobsbawm, *op. cit.*, p. 128

[59] ILP: Independent Labour Party. *(N. de la T.)*

3
«Los baluartes de Satán»

¿Qué decir de los «baluartes de Satán», las «rameras, taberneros y ladrones» por cuyas almas luchaban los evangelizadores? Si nos preocupa el cambio histórico, debemos prestar atención a las minorías articuladas. Pero esas minorías surgen de una mayoría menos articulada cuya conciencia se puede describir, en ese momento, como «subpolítica»; compuesta de superstición o irreligiosidad pasiva, prejuicio y patriotismo.

Lo inarticulado, por definición, deja pocos recuerdos de sus pensamientos. Aparece en momentos de crisis, como en los disturbios de Gordon[1] y, sin embargo, la crisis no es una condición *sine qua non*. Estamos tentados de rastrear los archivos policiales, pero antes de hacerlo debemos prevenirnos contra la idea de que, a finales del siglo XVIII, los «pobres de Cristo» pueden dividirse en pecadores arrepentidos por un lado, y asesinos, ladrones y borrachos por el otro.

[1] Los disturbios de Gordon de 1780 estallaron, en principio, como una protesta anticatólica surgida tras la ley sobre los católicos de 1778 que otorgaba determinados favores y beneficios a los católicos que fueron entendidos por varias comunidades protestantes, principalmente por Lord George Gordon, presidente de la Protestant Association, como una amenaza política y religiosa del catolicismo absolutista europeo sobre la independencia británica. Ante la negativa del rey Jorge III de retirar la ley, surgió una protesta pacífica ante la Casa de los Comunes que derivó en la revuelta más violenta que sucediera en Londres en todo el siglo XVIII. Los disturbios surgieron principalmente, además de por motivos religiosos, por la situación social y económica de Gran Bretaña: en medio de la Guerra de la Independencia, con una situación de hostilidad profunda con Francia, España y Holanda, derivada del apoyo de estos a los rebeldes americanos, y una crisis económica, acompañada de desempleo y aumento de precios, que había empobrecido gravemente a las clases populares a causa de la economía de guerra y el bloqueo comercial que sufría Gran Bretaña. Por otra parte, el derecho a voto, restringido a la propiedad, impedía la participación de la mayoría de las clases más afectadas por la crisis. Muchos de los amotinados eran partidarios de la independencia de América y del fin de la guerra. Durante las revueltas, se liberó a los presos de la prisión de Newgate y apareció una pintada en el muro que proclamaba que la liberación había sido ordenada por «His Majesty, King Mob». Desde entonces el término «King Mob» sirve para definir a un proletariado partidario de la acción directa y la autodefensa. *(N. del ed.)*

En la Revolución industrial, es fácil hacer una división falsa de la población entre los organizados —los que van al templo, los buenos— y los disolutos —los malos—, puesto que las fuentes nos empujan, por lo menos desde cuatro direcciones, hacia esa conclusión. Tal y como han llegado a nuestras manos, aquellos hechos se presentaban de forma sensacional y manipulados con un propósito peyorativo. Si hemos de creer a uno de los investigadores más laboriosos, Patrick Colquhoun, sólo en las metrópolis había, en el momento del cambio de siglo, cincuenta mil prostitutas, más de cinco mil taberneros y diez mil ladrones. Sus estimaciones más generalizadas de las clases delincuentes, que abarcan a los receptores de propiedad robada, falsificadores de moneda, jugadores, agentes de lotería, vendedores fraudulentos, sablistas ribereños y pintorescos caracteres, como los galopines, camorristas, hombres de la cachiporra, marroquíes, cocheros relámpago, carpantas, domadores de osos y cómicos ambulantes, ascienden la suma —junto con los primeros grupos— a ciento quince mil individuos en una población metropolitana de menos de un millón. Su estimación de las mismas clases para todo el país, incluyendo un millón de personas en la lista de la beneficencia parroquial, suma 1.320.716. Pero esas estimaciones agrupan de manera indiscriminada a gitanos, vagabundos, desempleados y buhoneros, así como a los abuelos de Mayhew, que eran vendedores callejeros; mientras que las prostitutas registradas resultan ser, en un examen más minucioso, «mujeres impúdicas e inmorales», incluyendo «el extraordinario número que, entre las clases bajas, cohabitan sin casarse»: eso en una época en la que el divorcio era absolutamente imposible para los pobres.[2]

Así pues, las cifras son estimaciones impresionistas. Son tan reveladoras acerca de la mentalidad de las clases propietarias, que daban por supuesto —no sin razón— que cualquier persona sin empleo fijo y que no tuviese propiedad se debía mantener por medios ilegales, como lo son acerca del comportamiento delictivo real de los sin propiedad. Y la fecha de las investigaciones de Colquhoun es tan relevante como sus conclusiones, ya que se llevaron a cabo en la atmósfera de pánico del desenlace de la Revolución francesa. Durante las dos décadas anteriores a este hecho, hubo un importante arrebato de preocupación humanitaria entre las clases altas; lo podemos ver en la obra de Howard, Hanway, Clarkson, sir Frederick Eden y en la preocupación creciente, entre la pequeña *gentry* y los hombres de oficio disidentes, por las libertades civiles y

[2] Patrick Colquhoun, *Treatise on the Police of the Metropolis*, 1797, pp. VII-XI; *Observations and Facts Relative to Public Houses*, 1796, Apéndice; *Treatise of Indigence*, 1806 pp. 38-43.

las religiosas. Pero, «el despertar de las clases trabajadoras, después de las primeras sacudidas de la Revolución francesa, hizo temblar a las clases altas»; Frances, lady Shelley, anotó en su *Diario*: «Todo hombre sentía la necesidad de poner su casa en orden.»[3]

Para ser más exactos, la mayor parte de los hombres y mujeres que tenían propiedades sentían la necesidad de poner en orden las casas de los pobres. Los remedios que se proponían podían diferir; pero la idea que había detrás de Colquhoun, con su defensa de una policía más eficaz, de Hannah More, con sus folletos de medio penique y sus escuelas dominicales, de los metodistas con su renovado acento en el orden y la sumisión, de la más humana Sociedad para mejorar las Condiciones de los Pobres, del obispo Barrington y de William Wilberforce o el doctor John Bowdler, con su Sociedad para la Supresión del Vicio y el Fomento de la Religión, era más o menos la misma. El mensaje que se debía dar a los pobres obreros era simple; Burke lo resumió en el año de carestía de 1795: «Se les debería recomendar paciencia, trabajo, moderación, frugalidad y religión; todo lo demás es un engaño indiscutible.» «No conozco nada mejor calculado para llenar un país de bárbaros dispuestos a cualquier maldad —escribió Arthur Young, el propagandista agrícola— que los bienes comunales extensos y el servicio religioso sólo una vez al mes (...) ¿Tan lento es el progreso de las ideas francesas que debéis prestarles tamaña ayuda?»[4] En la década de 1790, la sensibilidad de la clase media victoriana era alimentada por una *gentry* asustada que había visto cómo los mineros, los alfareros y los cuchilleros leían *Los derechos del hombre*, y sus padres adoptivos eran William Wilberforce y Hannah More. Durante esas décadas contrarrevolucionarias, la tradición humanitaria se pervirtió de tal modo que resultó irreconocible. Los malos tratos en las prisiones de las décadas de 1770 y 1780, que Howard había revelado, retrocedieron lentamente en las décadas de 1790 y 1800; y sir Samuel Romilly encontró, en la primera década del siglo XIX, que sus esfuerzos para reformar la ley penal eran recibidos con hostilidad y timidez; la Revolución francesa había producido —recordaba—: «entre los órdenes más elevados (...) un horror hacia todo tipo de innovación.» «Todo sonaba y se conectaba con la Revolución en Francia —recordaba lord Cockburn de su juventud escocesa—. Todo, no esto o lo otro, sino literalmente todo, estaba impregnado por este acontecimiento.» Era la capa de ambigüedad moral que se asentaba en Gran Bretaña durante esos años, lo que hizo montar en cólera a William Blake:

[3] *The Diary of Frances Lady Shelley 1787-1817*, compilado por R. Edgcumbe, 1912, pp. 8-9.
[4] *General View of the Agriculture of the County of Lincoln*, 1799, p. 439.

Por causa de los Opresores de Albión en toda Ciudad y Pueblo (...)
Obligan a los Pobres a alimentarse de un mendrugo de
pan por medio de artes suaves y persuasivas.
Reducen al hombre a la indigencia, luego donan con pompa y ceremonia:
La alabanza de Jehová la cantan labios hambrientos y sedientos.[5]

Una disposición como ésta por parte de las clases propietarias no favorecía, como hemos visto en el caso de Colquhoun, la observación social precisa. Además reforzaba la tendencia natural de la autoridad a mirar las tabernas, las ferias y cualquier congregación numerosa de gente como una molestia: una fuente de ociosidad, pendencias, sedición o contagio. Esa disposición general a «falsear» los hechos, a finales del siglo XVIII, se veía instigada desde otras tres direcciones. En primer lugar tenemos la actitud utilitaria de la nueva clase de los fabricantes, cuya necesidad de imponer una disciplina de trabajo en las ciudades fabriles se oponía a muchas diversiones e informalidades tradicionales. En segundo lugar, está la propia presión metodista, con su infinita procesión de pecadores golpeándose el pecho, divulgando biografías provenientes de la confesión, desde la prensa. «Padre Todopoderoso, ¿por qué fuiste indulgente con un rebelde como yo?», pregunta uno de esos penitentes, un marinero redimido. En su disoluta juventud, él:

> no sólo asistía a las carreras de caballos, vigilias, bailes, ferias, frecuentaba la casa de juego, sino que además, tan pronto como había olvidado el miedo de su Hacedor y el consejo de su madre, se emborrachó varias veces con licor. Era aficionado a cantar canciones profanas, contar chistes groseros y a hacer comentarios para mofarse y ridiculizar.

Y por lo que se refiere al marinero común:

> Su canción, su vaso rebosante de vino y su amada —quizá una prostituta de la calle— constituyen su trío de placer. Piensa pocas veces, lee raramente y nunca reza (...) Háblale de la llamada de Dios, te dice que bastante tiene con oír la llamada del contramaestre (...) Si le hablas del Cielo, contesta que espera tener una buena litera en la arboladura; ¿se menciona el infierno? Bromea acerca de estar bajo la escotilla.

«¡Oh, hijos míos, qué milagro si una víctima del pecado como ésta se convirtiera en predicador de la salvación!»[6]

[5] Véase también el estimulante análisis de V. Kiernan, «Evangelicalism and the French Revolution», *Past and Present*, 1 (febrero de 1952).

[6] Joshua Marsden, *Sketches of the Early Life of a Sailor...*, Hull, sin fecha (¿1812?); para una visión diferente del marinero del siglo XVIII, véase R. B. Rose, «A Liverpool Sailor's Strike in the 18th Century», *Trans. Lancs. and Chesh. Antiq. Soc.*, LXVIII (1958).

Una literatura como ésta debemos exponerla a una luz satánica y leerla para atrás, si queremos captar lo que el «Alegre Marinero», el aprendiz o la muchacha de Sandgate pensaban acerca de la autoridad o de los predicadores metodistas. Si esto no se hace, el historiador se puede inclinar a juzgar con mucha dureza el siglo XVIII debido a algunas de las cosas que hacían soportable la vida para la gente común. Además, cuando valoramos el movimiento obrero primitivo, ese tipo de hechos se complementan desde una tercera dirección. Algunos de los primeros líderes y cronistas del movimiento eran trabajadores autodidactos, que se hicieron a sí mismos mediante esfuerzos de autodisciplina que les obligaron a volver la espalda al despreocupado mundo de la taberna. «No puedo ir a una taberna, como muchos otros —escribía Francis Place—. Detesto las tabernas y la gente de las tabernas. No puedo beber, no puedo consentir, ni por un minuto, en hablar con necios.»[7] Las virtudes de la propia dignidad llevaban a menudo consigo actitudes de mira estrecha en correspondencia; en el caso de Place le conducían a la aceptación de las doctrinas utilitaristas y malthusianas. Y aunque Place fuera el mayor archivista del movimiento primitivo, su propia abominación de la imprevisión, la ignorancia y la licencia de los pobres, por fuerza tiene que teñir el registro. Además, la lucha de los reformadores era en favor de la ilustración, el orden y la moderación en sus propias esferas; hasta tal punto que, en 1802, Windham pudo afirmar, con algún viso de verdad, que los metodistas y los jacobinos se habían confabulado para acabar con las diversiones del pueblo:

> Según los primeros (...) todo lo que fuera alegre debía ser prohibido, para preparar al pueblo a recibir sus fanáticas doctrinas. Según los jacobinos, por otra parte, una cuestión importante a tener en cuenta era dar un carácter de mayor seriedad y solemnidad al temperamento de los órdenes más bajos, como medio para facilitar la recepción de sus principios.[8]

Los que han querido subrayar la juiciosa ascendencia constitucional del movimiento obrero han minimizado algunas veces sus características más vigorosas y abigarradas. Lo máximo que podemos hacer es estar alerta. Necesitamos más estudios de las actitudes sociales de los delincuentes, los soldados y los marineros, de la vida de la taberna; y deberíamos examinar los hechos, no con una visión moralizante —«los pobres de Cristo» no siempre eran buenos—,

[7] Graham Wallas, *Life of Francis Place*, 1918, p. 195.

[8] Windham hablaba en un debate sobre la diversión de acosar a los toros con perros y sobre este tema, sin duda, la mayoría de los metodistas y los jacobinos estaban de acuerdo. Véase L. Radzinowicz, *History of the English Criminal Law*, 1948-1956, III, pp. 205-206.

sino sabiendo apreciar los valores brechtianos: el fatalismo, la ironía frente a los sermones del poder, la tenacidad de la propia supervivencia. Y debemos recordar también el «substrato» del cantor de baladas y del recinto de la feria, que legaron tradiciones al siglo XIX —al teatro de variedades, o a la *troupe* de los Dickens, o a los buhoneros y charlatanes de Hardy—; porque por esos caminos lo «inarticulado» conservó ciertos valores —una espontaneidad y capacidad para el placer y las lealtades mutuas—, a pesar de las presiones disuasorias de los magistrados, los propietarios de las factorías y los metodistas.

Podemos aislar dos formas de incidencia de esas tradiciones «sub-políticas» en el movimiento obrero primitivo; los fenómenos del motín y la muchedumbre, y las ideas populares de un «derecho por nacimiento» del ciudadano inglés. En cuanto al primero, debemos advertir que siempre persistieron actitudes populares con respecto al delito, que a veces eran equivalentes a un código no escrito completamente diferente a las leyes del país. Ciertos delitos eran proscritos por ambos códigos: el asesino de una esposa o un hijo sería apedreado y execrado en su camino hacia Tyburn. Los piratas y los salteadores de caminos pertenecían a las baladas populares, en parte como mito heroico, en parte como advertencia a los jóvenes. Pero comunidades enteras perdonaban decididamente otros delitos: le acuñamiento de moneda, la caza furtiva, la evasión de impuestos —el impuesto sobre las ventanas y los diezmos— o del *excise*[9] o del *press-gang*.[10] Las comunidades de contrabandistas vivían en un estado de guerra permanente con la autoridad, cuyas reglas no escritas se sobreentendían por ambas partes; las autoridades podrían prender un barco o atacar el pueblo, y los contrabandistas podrían resistirse a la detención: «pero no formaba parte de las tácticas del contrabando llevar la lucha más allá de la defensa, o a veces el rescate, debido a las represalias que, seguro, se sucederían.»[11] Por otro lado, otros delitos, que se cometían con facilidad, y sin embargo afectaban al sustento de determinadas comunidades —como el robo de ovejas o de telas de los tendederos en los campos abiertos—, suscitaban la condena popular.[12]

[9] En inglés *excise*; era un impuesto que gravaba los productos del país, ya fuera en el proceso de su fabricación o antes de la venta a los consumidores ingleses, una especie de derecho sobre el consumo interior. Algunos equivalentes del *excise* serían: alcabalas, cientos y millones en la corona de Castilla; la *bolla* y las *generalitats* en la corona de Aragón, etc. *(N. de la T.)*

[10] Cuerpo de hombres que, bajo la dirección de un oficial, tenía la función de apremiar a los hombres para el servicio en el ejército o la armada. *(N. de la T.)*

[11] Sargento Paul Swanston, *Memoirs of... a Soldier's Life*, sin fecha.

[12] Para formarse una idea de las tradiciones no escritas de los deportados, véase Russell Ward, *The Australian Legend*, Melbourne, 1958, cap. 2.

Esta distinción entre el código legal y el código popular no escrito es frecuente en cualquier época. Pero pocas veces los dos códigos se han diferenciado más agudamente el uno del otro que en la segunda mitad del siglo XVIII. Incluso se pueden ver esos años como aquellos en que el enfrentamiento de clase se decidía luchando en Tyburn, las galeras y los correccionales de un lado; y el delito, el motín y la acción de la muchedumbre del otro. Las investigaciones del profesor Radzinowicz en *History of English Criminal Law* han añadido un deprimente peso de evidencia a la imagen que Goldsmith dio a conocer hace tiempo:

> Cada juez caprichoso hace nuevas leyes más gravosas.
> Las leyes oprimen al pobre y el rico las dispone.[13]

No era el juez —una salvedad importante—, sino el cuerpo legislativo el responsable de promulgar siempre más penas capitales por los delitos contra la propiedad: en los años que van desde la Restauración a la muerte de Jorge III, el número de delitos que fueron penados con la muerte aumentó en cerca de 190, más de uno por año, y de ellos, se agregaron no menos de 73 en los años 1760-1810. Iban a ser castigados con la muerte no sólo los pequeños hurtos, sino también las primeras formas de rebelión industrial: destruir un telar de seda, derribar vallas cuando se cercaban las tierras comunales y prender fuego a los almiares de cereales. Es cierto que el cuerpo de policía era completamente ineficaz y que la administración de «justicia» funcionaba de cualquier modo. También es cierto que, en los últimos años del siglo XVIII, mientras se multiplicaban los delitos penados con la muerte, algunos jurados se volvieron reacios a condenar y la proporción de infractores condenados que realmente llegaban a ser ejecutados descendió.[14] Pero si la sentencia de muerte se aplazaba, era conmutada por la terrible vida de las galeras o la deportación, que era peor que la muerte. El desfile hacia Tyburn —más tarde al cadalso en el exterior de

[13] *Each wanton judge new penal statutes draw, / Laws grind the poor, and rich men rule the law (...).*

[14] Véase Radzinowicz, *op. cit.*, I, Partes 1 y 2. El doctor Radzinowicz demuestra que de 527 condenados a muerte en Londres y en Middlesex, entre 1749 y 1758, fueron ejecutados 365; mientras que entre 1790 y 1799, se condenó a 745 y sólo se ejecutó a 220. Así, la proporción de ejecutados en relación con la de condenados desciende, más o menos, de dos de cada tres; a uno de cada tres: y continúa descendiendo en la década de 1800. Por otra parte, la mayoría de condenas son por delitos contra la propiedad; por ejemplo, de 97 ejecuciones en Londres y Middlesex en 1758, sólo una lo fue por asesinato, 43 fueron por robo en domicilios y las restantes por delitos contra la propiedad (falsificación, robo de caballos, etc.). Radzinowicz concluye que estas cifras indican tendencias nacionales y que «en 1785 la pena de muerte se imponía casi exclusivamente por delitos económicos».

Newgate— era una ceremonia central del Londres del siglo XVIII. Los condenados en las carretas —los hombres con un atavío llamativo, las mujeres de blanco, con canastas de flores y naranjas que lanzaban al gentío—, los cantores de baladas y los vendedores ambulantes, con sus «últimas palabras», que se vendían incluso antes de que las víctimas hubiesen dejado caer el pañuelo, señal para que el verdugo hiciera su trabajo: todo el simbolismo de la «Feria de Tyburn» era un ritual en el corazón de la cultura popular de Londres.

La expansión comercial, el proceso de cercado de campos, los primeros años de la Revolución industrial: todo tuvo lugar a la sombra de la horca. Los esclavos blancos abandonaban nuestras costas para ir a las plantaciones norteamericanas y, más tarde, a Tasmania, mientras Bristol y Liverpool se enriquecían con los beneficios de la esclavitud negra; y los propietarios de esclavos de las plantaciones de las Indias Occidentales injertaban su riqueza en antiguos linajes, en el mercado matrimonial de Bath. No es una imagen agradable. En los bajos fondos, los policías y los carceleros rozaban el campo del delito: dinero manchado de sangre, dinero fruto de la extorsión y venta de alcohol a sus víctimas. El sistema de recompensas escalonadas para los que capturaran ladrones les incitaba a agrandar el delito del acusado. Los pobres perdían los derechos que tenían en el país y su pobreza, añadida a las ineficaces medidas de prevención, les inducía a delinquir. El pequeño hombre de oficio o el maestro tenían la tentación de falsificar o hacer transacciones ilícitas por miedo a la prisión que se aplicaba a los deudores. Cuando no se podía probar delito alguno, los J. P. s[15] tenían amplios poderes para enviar al vagabundo, al pícaro renuente o a la madre soltera al Bridewell, o «Correccional»: lugar funesto, invadido por la enfermedad, dirigido por funcionarios corruptos, cuyas condiciones escandalizaron a John Howard, más que las de las peores prisiones. La mayor ofensa contra la propiedad era no tener ninguna.

Se detestaba la ley, mas también se la despreciaba. Sólo los delincuentes más endurecidos merecían tanto odio popular como los delatores que llevaban a los hombres a la horca. El movimiento de resistencia a las leyes de los propietarios no sólo tomaba la forma de actos delictivos individuales, también se materializaba en insurrecciones esporádicas y fragmentarias, en las que el número proporcionaba cierta inmunidad. Cuando Wyvill previno al comandante Cartwright del peligro de la «acción desenfrenada» de la «chusma furiosa e ingobernable», no estaba poniendo dificultades

[15] J. P. s son las siglas que corresponden a *Justice(s) of Peace*, es decir, jueces que estaban encargados de mantener la paz en la jurisdicción para la que habían sido nombrados. (*N. de la T.*)

imaginarias. Al pueblo británico se le conocía en toda Europa por su turbulencia y la población de Londres asombraba a los visitantes extranjeros por su falta de respeto hacia ellos. El siglo XVIII y los primeros años del siglo XIX están salpicados por motines ocasionados por los precios del pan, los portazgos y peajes, el *excise*, el «rescate», las huelgas, la nueva maquinaria, los cercados, los *press-gangs* y muchísimos agravios más. La acción directa contra determinadas injusticias se diluye, por una parte, en las grandes rebeliones políticas de la «muchedumbre»: la agitación de Wilkes de las décadas de 1760 y 1770, los disturbios de Gordon (1780), los tumultos del Rey en las calles de Londres (1795 y 1820), los motines de Bristol (1831) y los motines Bull Ring de Birmingham (1839). Por otro lado, se mezcla con formas organizadas de acción ilegal ininterrumpida o casi insurrección: el ludismo (1811-1813), los motines de East Anglia (1816), la «Última revuelta de los trabajadores» (1830), los motines Rebecca (1839 y 1842) y los motines Plug (1842).

Esta segunda forma, casi insurreccional, recibirá un análisis más atento cuando pasemos a considerar el ludismo. Era una forma de acción directa que surgía en unas condiciones específicas, que a menudo estaba muy organizada y se encontraba bajo la protección de la comunidad local; y con respecto a la cual deberíamos ser cautelosos por lo que hace a la generalización. La primera forma está recibiendo la atención de los historiadores sólo desde hace poco tiempo. El doctor Rudé, en su estudio de *The Crowd in the French Revolution*, sugiere que «el término "muchedumbres", en el sentido de cuadrillas pagadas que actúan en beneficio de intereses externos (...) debería ser utilizado con prudencia y sólo cuando esté justificado en un caso determinado».

Los historiadores han utilizado el término demasiado a menudo llevados por cierta pereza, bien para eludir un análisis más detenido, bien —con la sugerencia de la existencia de elementos delincuentes motivados por el deseo de botín— como un gesto de prejuicio. El doctor Rudé indica que el término «multitud revolucionaria» puede ser de mayor utilidad cuando se trate del motín de finales del siglo XVIII en Inglaterra, del mismo modo que en la Francia revolucionaria.

La distinción es útil. En Gran Bretaña, en el siglo XVIII, las acciones de amotinamiento adoptaban dos formas distintas: la de la acción directa más o menos espontánea, y la de la utilización deliberada de la multitud como instrumento de presión, por parte de personas situadas por encima o al margen de ella. La primera forma no ha recibido la atención que merece. Se fundamentaba en legitimidades populares más articuladas y estaba sancionada por tradiciones más complejas de lo que la palabra «motín» indica.

El ejemplo más común es el motín del pan o de subsistencia, del que podemos encontrar repetidos casos en casi todas las ciudades y condados, desde la década de 1840.[16] Pocas veces había un tumulto que culminara en la apertura por la fuerza de los graneros o el saqueo de tiendas. Estaba legitimado por los principios de una economía moral más antigua: la que establecía la inmoralidad de cualquier método desleal de hacer subir el precio de las provisiones especulando con las necesidades de la población.

Tanto en las comunidades urbanas como rurales, la conciencia de consumidor precedió a otras formas de enfrentamiento político o industrial. El indicador más sensible del descontento popular no eran los salarios, sino el coste del pan. Los artesanos, los menestrales que trabajaban por cuenta propia o grupos como los mineros del estaño de Cornualles, donde las tradiciones del minero «libre» tiñeron las reacciones de la población hasta el siglo XIX,[17] tenían la concepción de que sus salarios se regulaban por la costumbre o gracias a su propio regateo. Esperaban comprar sus provisiones en el mercado al aire libre e incluso en las épocas de escasez esperaban que los precios se regularan también por costumbre. Las «leyes» divinas de la oferta y la demanda, según las cuales la escasez provocaba inevitablemente un vertiginoso aumento de los precios, no habían ganado aceptación de ningún modo en la mentalidad popular, en la que todavía persistían las viejas nociones del regateo cara a cara. Cualquier aumento repentino de los precios provocaba el motín. El *Assize of Bread*,[18] el tamaño y la calidad de la hogaza, se regulaban mediante un intrincado tejido de legislación y costumbre.[19] Incluso el intento de imponer la medida patrón de Winchester para la venta de trigo, frente a algunas medidas acostumbradas, podía acabar en motines. Cuando la Sociedad Agrícola de North Devon impuso el *bushel*[20] patrón de Winchester en el mercado de Bideford, en 1812, uno de sus principales miembros recibió una carta que helaba la sangre:

[16] Para la frecuencia de los motines, véase R. F. W. Wearmouth, *Methodism and the Common People of the Eighteenth Century*, 1946.

[17] Los *tributers* o *tut-workers* de Cornualles eran trabajadores por contrato directo, una minoría de los cuales todavía a finales del siglo XVIII diversificaban su trabajo con la pesca del arenque, las pequeñas tenencias, como hacían algunos mineros del plomo del Yorkshire, etc.; véase J. Rowe, *Cornwall in the Age of the Industrial Revolution*, Liverpool, 1953, pp. 26-27. *To work on tribute o upon tut* es un sistema de contratación, utilizado en las minas y también en agricultura, en el que el pago se realiza con una parte proporcional del producto. En España se utiliza en el sector pesquero y se denomina «pescar a la parte». *(N. de la T.)*

[18] Reglamento sobre el precio del pan. *(N. de la T.)*

[19] Para esa compleja situación, véase C. R. Fay, *The Corn Laws and Social England*, Cambridge, 1932, cap. 4.

[20] Medida inglesa de áridos, equivalente a 36,35 litros. *(N. de la T.)*

> las noches de invierno no han pasado. Por esta razón tu persona no irá viva a casa; o si tienes la suerte de escapar de la mano que guía esta pluma, un fósforo encendido realizará la misma ejecución. No sé, pero tu familia entera se verá envuelta en llamas, tu cadáver, si es que se encontrara algo parecido, se tirará a los perros si contiene algún humor para que los animales lo devoren.[21]

Los motines de subsistencia eran a veces tumultuosos, como el «Gran motín del queso» en la feria de los gansos de Nottingham, en 1764, en la que quesos enteros caían rodando por las calles; o el motín de la misma ciudad, en 1788, a causa del elevado precio de la carne, en el que se arrancaron y se quemaron las puertas y las contraventanas de las carnicerías, junto con los libros de cuentas de los carniceros, en la plaza del mercado.[22] Pero incluso esa violencia revela un motivo más complejo que el hambre: se castigaba a los tenderos a causa de sus precios y de la baja calidad de la carne. Más a menudo, las «muchedumbres» mostraban una autodisciplina en el marco de un modelo de comportamiento establecido por costumbre. Quizá la única vez en su vida que John Wesley elogió una acción tumultuosa fue cuando anotó en su diario las acciones de una muchedumbre en James' Town en Irlanda; la muchedumbre:

> había estado en movimiento todo el día; pero su actividad sólo tenía que ver con los acaparadores del mercado, que habían comprado todo el cereal, por todas partes, para hacer morir de hambre a los pobres y cargar un barco danés que estaba en el muelle; pero la muchedumbre lo trajo todo al mercado y lo vendió al precio normal, dándole el dinero a los propietarios. Y esto lo hicieron con toda la calma y la compostura que se pueda imaginar, y sin atacar ni hacer daño a nadie.

En Honiton, en 1766, los encajeros fijaron los cereales según las condiciones de los granjeros, los llevaron ellos mismos al mercado, los vendieron y devolvieron el dinero, e incluso los sacos, a los granjeros.[23] Durante el mismo año, en el valle del Támesis, grandes grupos de trabajadores que se denominaban a sí mismos «Los Reguladores» visitaban los pueblos y las ciudades (Abingdon, Newbury, Maidstone) e imponían un precio popular para todos los víveres. La acción se inició con cuadrillas de hombres que trabajaban en la carretera del portazgo, que decían «con una sola voz, vamos todos a Newbury como un solo hombre para abaratar el pan».[24] Un ejemplo de Halifax, en 1783, repite el mismo modelo de intimidación popular y autodisciplina. La

[21] Carta adjunta de «Thomas Certain», en Skurray a H. O., 25 de marzo de 1812, H. O. 42.121.
[22] J. Blackner, *History of Nottingham*, Nottingham, 1815, pp. 383-384.
[23] Véase R. B. Rose, «18th Century Price-Riots, the French Revolution and the Jacobin Maximum», *International Review of Social History*, IV (1959), p. 435.
[24] T.S., II, 3707.

multitud reunida provenía de pueblos tejedores de fuera de la ciudad y descendió en dirección al mercado con cierto tipo de orden —formados de «a dos»— con un antiguo soldado y, a la sazón, acuñador de moneda, Thomas Spence, a la cabeza. Los negociantes de grano fueron asediados y obligados a vender avena a 30 s y trigo a 21 s la carga. Con posterioridad, cuando Spence y un compañero amotinado fueron ejecutados, se llamó a un numeroso cuerpo del ejército por si se producía un intento de rescate. El carro con su cadáver subió el valle del Calder, hasta el pueblo natal de Spence, por una carretera atestada por varios miles de acompañantes.[25]

Estos «motines» se consideraban a nivel popular como actos de justicia y sus líderes se tenían como héroes. En la mayoría de los casos culminaban en la venta obligada de víveres al precio de costumbre o popular, de manera semejante a la *taxation populaire* francesa,[26] y los ingresos se daban a los propietarios. Por otra parte, requerían más preparación y organización de lo que parece a primera vista; a veces la «muchedumbre» controlaba el mercado durante varios días, a la espera de que bajaran los precios; a veces las acciones eran precedidas por octavillas escritas a mano, e incluso impresas, en la década de 1790. A veces las mujeres controlaban la plaza del mercado mientras partidas de hombres interceptaban grano en las carreteras, en los muelles, en los ríos; muy a menudo la señal para la acción la daba un hombre o una mujer que llevaba una hogaza en alto, decorada con cinta negra y con alguna consigna escrita. En septiembre de 1812, en Nottingham, empezó una acción con varias mujeres, «que clavaron una hogaza de medio penique en el extremo de una caña, después de haberla listado con almagre y haberle atado alrededor una tira de crespón negro, emblemática (...) del "hambre devastadora ataviada con el hábito de penitencia".»[27]

El año culminante de esos «motines» fue 1795, un año de hambre europea o de extrema escasez, en el que la vieja tradición popular se endureció debido a la conciencia jacobina de una minoría. A medida que los precios se disparaban, la acción directa se extendía por todo el país. En Nottingham, las mujeres «fueron de una panadería a otra, fijaron su propio precio para las existencias que allí había y, dejando el dinero sobre la mesa, se las llevaron». El comandante de Gloucester escribió con inquietud: «Tengo mucha razón en temer la visita de los mineros del carbón que se encuentran en el bosque del Deán y que han estado durante varios días yendo de pueblo en pueblo en los alrededores y vendiendo la harina, el trigo y el pan que pertenecía a los molineros y panaderos, a precios reducidos.»

[25] H. Ling Roth, *The Yorkshire Coiners*, Halifax, 1906, p. 108.
[26] Véase R. B. Rose, *op. cit.*
[27] J. F. Sutton, *The Date-Book of Nottingham*, Nottingham, edición de 1880, p. 286.

En Newcastle la multitud impuso la venta de mantequilla a 8 d la libra, el trigo a 12 s por *boll*[28] y las patatas a 5 s la carga, en presencia de las autoridades de la ciudad; no se cometió violencia alguna. En Wisbech, los Banqueros[29] —«una pandilla de hombres de lo más terrible, cuyo número les hacía temibles»: grupos de trabajadores rurales empleados en la construcción de canales, trabajos de cercado, etc.— dirigieron un motín en el mercado, encabezado por un hombre con un pan de seis peniques clavado en un horcón. En Carlisle se localizó el almacén en el que se guardaba el grano y además se logró identificar el cargamento de un barco: los llevaron al ayuntamiento y los vendieron a 18 s la carga. Por otro lado, en Cornualles, los «estañadores» pululaban por las tierras de labranza, imponiendo sus «Leyes del Máximo».[30]

Las acciones a esa escala —y hubo muchas más— son indicio de un modelo de comportamiento y convicción extraordinariamente arraigado. Además, eran tan generalizadas que el Consejo Privado, que estuvo muy preocupado por el problema del abastecimiento de grano desde mayo a diciembre de 1795, apenas podía asegurar el transporte de provisiones de un condado al otro más próximo. Surgió algo parecido a una guerra entre el campo y las ciudades. La población de los distritos rurales creía que su cereal sería enviado a las ciudades, mientras que a ellos se les dejaría morir de hambre. Los granjeros se negaban a mandar su grano al mercado, por miedo a que fuera vendido a precio popular. En los puertos, los barcos eran detenidos porque la gente pensaba que los agentes estaban enviando grano al extranjero. Los magistrados hacían la vista gorda ante las retenciones de grano en sus propios distritos. En Witney, «los habitantes (...) se apoderaron de algún grano cuando iba a ser enviado fuera del país, lo devolvieron y lo vendieron a bajo precio». En Cambridge, fueron detenidas algunas cargas de trigo y se saldaron en la plaza del mercado. En el West Riding, las muchedumbres detuvieron y confiscaron las barcazas del Calder y el Aire. En Burford, la población impidió que saliera de la ciudad una carga de cereal y se vendió a 8 s el *bushel*; un magistrado temía que la población de Birmingham resolviera salir y atacar Burford. En Wells, «un buen número de mujeres» impidió que los barcos de grano zarparan hacia Londres.[31]

[28] Medida de capacidad para granos que en Escocia equivalía a 6 *bushels*, pero que en Inglaterra oscilaba entre 6 y 2 *bushels*. *(N. de la T.)*

[29] En inglés la palabra *banker* significa, a la vez, propietario de un negocio de banca y persona que trabaja en la construcción de bancales, márgenes y canales. *(N. de la T.)*

[30] Nottingham: J. F. Sutton, *op. cit.*, p. 207; Gloucester, Wisbech y Carlisle: H. O. 42.35; Newcastle: E. Mackenzie, *Descriptive and Historical Account of Newcastle-upon-Tyne*, Newcastle, 1827, p. 72; Cornwall: Rowe, *op. cit.*, pp. 104-105, y, para acciones posteriores, pp. 142, 158-162, 181-184. Véase W. P. Hall, *British Radicalism, 1791-1797*, Nueva York, 1912, pp. 202-215.

[31] P. C. A. 56/8; H. O. 42.35/7.

Esas acciones populares estaban legitimadas por la vieja y paternalista moral económica. Aunque la vieja legislación contra los acaparadores y los especuladores había sido revocada y abolida en gran parte hacia finales del siglo XVIII, se mantenía con un vigor que no había disminuido, tanto en la tradición popular como en la mentalidad de algunos *tories* paternalistas, entre los que se incluía nada menos que el *Lord Chief Justice*[32] (Kenyon), quien en 1795 manifestó su opinión de que el acaparamiento y el acopio seguían siendo ofensas a la ley consuetudinaria.[33] En la mentalidad popular, esas ofensas abarcaban cualquier acción de fraude calculada para aumentar los precios de las provisiones, y en particular las actividades de los agentes comerciales, los molineros, los panaderos y todos los intermediarios. «Aquellos crueles villanos: los molineros, panaderos, etc., vendedores de harina, aumentan la harina bajo combinación hasta el precio que quieren con el propósito de crear un hambre artificial en una tierra de abundancia»: así reza una octavilla de 1795, de Retford. «Los comerciantes de granos y el tipo de gente que llamamos especuladores y harineros que tienen el grano en sus manos y que lo retienen y lo venden a los pobres al precio que quieren»: así reza una petición de algunos trabajadores de Leeds.[34] Se creía que los grandes molineros acaparaban el grano para aumentar su precio. En Birmingham, un gran molino harinero que era accionado con vapor fue atacado en Snow Hill, en 1795; mientras, en Londres, los grandes molinos harineros de Albión ardían por dos veces. En la primera ocasión, se rumoreó que era un incendio provocado, ya que se creía que los molinos practicaban formas de adulteración. Las gentes actuaban como «espectadores complacidos» y «se imprimieron y se cantaron baladas de júbilo en el lugar». En la segunda ocasión (1811), «el populacho se alegró con el incendio».[35]

Por tanto, en los últimos años del siglo XVIII se asistió a un último esfuerzo desesperado, por parte de la población, por volver a imponer la vieja economía moral, en contra de la economía de mercado. En este intento recibieron algún apoyo de los anticuados J.P.s, que amenazaban con perseguir a los acaparadores, estrechaban los controles sobre los mercados o hacían públicas proclamas contra los acaparadores que compraban el grano en el campo, antes

[32] Título de los jueces que presidían todos los tribunales de la magistratura real y de litigios consuetudinarios. *(N. de la T.)*

[33] Los antiguos estatutos fueron revocados en 1772 y 1791, pero para la complicada situación que existía en la década de 1790, véase Fay, *op. cit.*, cap. 4 y D. G. Barnes, *History of the English Corn Laws*, 1930, cap. 5.

[34] Fay, *op. cit.*, p. 44; Petición de Leeds al duque de Portland, 20 de julio de 1795, H. O. 42.35.

[35] C. Gill, *History of Birmingham*, O. U. P., 1952, I, p. 128; R. Southey, *Letters from England*, segunda edición, 1808, III, pp. 179-181; Alfred, 25 de octubre de 1811.

de segar.[36] La resolución de Speenhamland de 1795, de subvencionar los salarios en relación al precio del pan, se debe entender como surgida en este contexto; en la medida que la costumbre de la plaza del mercado estaba en disolución, los paternalistas intentaban revivirla en la escala de la beneficencia. Pero las viejas ideas tradicionales tardaron en morir. Entre 1795 y 1800, hubo procesamientos por acaparamiento aquí y allá; en 1800, se formaron diversas sociedades privadas de demandantes, que ofrecían recompensas a cambio de condenas; y los Tribunales Superiores confirmaron una importante condena por acaparamiento, para satisfacción evidente de lord Kenyon.[37] Pero este fue el último intento de hacer cumplir la vieja protección paternalista del consumidor. Después de eso, la crisis total de los controles tradicionales contribuyó en gran medida al rencor popular contra un Parlamento de propietarios proteccionistas y magnates comerciales partidarios del *laissez faire*.

Al estudiar esta única forma de acción de la «muchedumbre» hemos encontrado complejidades insospechadas, ya que detrás de cada forma de acción directa popular se encuentra alguna idea legitimadora de derecho. Por otra parte, la utilización de la «muchedumbre» en un sentido mucho más próximo a la definición del doctor Rudé —«cuadrillas pagadas que actúan en beneficio de intereses externos»— era una técnica conocida en el siglo XVIII y —lo que se señala menos veces— había sido empleada por la propia autoridad desde hacía mucho tiempo. Después de todo, el acuerdo de 1688 fue un compromiso y, para los beneficiarios, era importante intentar reafirmar su posición alentando la antipatía popular hacia los papistas, potenciales jacobitas, por una parte, y hacia los disidentes, potenciales *levellers*, por la otra. Una muchedumbre era un complemento muy útil para los magistrados en una nación que apenas estaba vigilada. John Wesley, en sus primeros años, y sus primeros predicadores, que lo hacían al aire libre, se encontraron a menudo con esas muchedumbres que actuaban con la autorización de un magistrado. Uno de los encuentros más violentos

[36] Véase, e.g., H.O. 42.35 para resoluciones de un comité de habitantes notables de Gloucester (26 de junio 1795), amenazando con procesos por acaparamiento y especulación; y fragmentos extraídos del *Blackburn Mail* (julio-septiembre 1795), en G.C. Miller, *Blackburn: The Evolution of a Cotton Town*, Blackburn, 1951, pp. 23, 60-63.

[37] Véase Fay, *op. cit.*, p. 55; Barnes, *op. cit.*, pp. 81-83; J. Ashton, *The Dawn of the 19th Century in England*, 1906, pp. 240-241; W. Smart, *Economic Annals of the 19th Century*, 1910, I, pp. 5-6; Miller, *op. cit.*, pp. 94, 103; J.A. Langford, *A Century of Birmingham Life*, Birmingham, 1868, II, pp. 101-102; y especialmente J.S. Girdler, *Observations on the Pernicious Consequences of Forestalling, Regrating, and Ingrossing*, 1800, pp. 209-215. El conde de Warwick, que propuso sin éxito una moción a la Cámara de los Lores que autorizara a los J.P.s a fijar el precio del grano, declaró que «ha habido no menos de 400 condenas por acaparamiento, especulación y monopolio en los meses anteriores», *Parliamentary History*, XXXV, 1800, p. 839.

se produjo en Wednesbury y Walsall, en 1743. Según el relato de Wesley, la multitud estaba volátil y confusa respecto de sus propias intenciones. Los «capitanes de la chusma» eran los «héroes de la ciudad», pero los únicos que se identificaron fueron un «honrado carnicero» y uno «que boxeaba en los tugurios», que de pronto cambiaron de bando y se pusieron de parte de Wesley. El asunto se clarifica más cuando nos enteramos de que la muchedumbre estaba respaldada por los magistrados locales y por un párroco local que había sido ultrajado por los predicadores locales de Wesley —«un albañil y luego un fontanero-vidriero»—, quienes habían «enajenado las adhesiones» de los mineros del carbón a la Iglesia y habían llamado «perros aburridos» a los clérigos. Ciertamente, según el relato de Wesley, «algunos de los señores (...) amenazaron con despedir de su servicio a los mineros que ni fueran ni hicieran lo que debían hacer».[38] El *Diario* de John Nelson nos proporciona una prueba: desde Grimsby, lugar donde estaba el pastor de la Iglesia de Inglaterra, quien «cogió a un hombre para que tocara el timbal de la ciudad por toda la ciudad, y fue delante del timbal, y reunió a toda la chusma que pudo, dándoles licor para que fuesen con él a luchar por la Iglesia». A la puerta de la casa donde Nelson estaba predicando se encontraba el párroco gritando a la muchedumbre: «¡Derribad la casa! ¡Derribad la casa!»

Pero, más importante que esas manifestaciones provincianas de sentimiento popular sobre determinados temas, era la situación de la muchedumbre de Londres, cuya presencia se siente continuamente en la historia política del siglo XVIII y a la que Wilkes sustrajo completamente del control de los representantes de la autoridad en la década de 1760. En cierto sentido, ésta era una muchedumbre de transición, en proceso de convertirse en una multitud radical con conciencia de sí misma. La levadura de la disidencia y la educación política estaba actuando, dándole a la población una predisposición a levantarse en defensa de las libertades populares, en oposición a la autoridad, y en «movimientos de protesta social, en los que es claramente visible (...) el conflicto subyacente de los pobres contra los ricos».[39] Los tejedores de seda de Spitalfields y sus aprendices eran conocidos desde hacía tiempo por su turbulencia antiautoritaria. El doctor Rudé, en su estudio *Wilkes and Liberty*, señala ocasiones en las que el conflicto industrial se introduce inadvertidamente en la manifestación wilkita y en las que las consignas de la multitud adquirieron un tono republicano o revolucionario: «¡Maldito el Rey, maldito el Gobierno y malditos los Jueces!» (...) «¡Jamás se

[38] Wesley, *Journal*, Everyman, I, pp. 438-444, 455; *Some Papers giving an Account of the Rise and Progress of Methodism at Wednesbury*, 1744, p. 8.
[39] G. Rudé, *op. cit.*, p. 237.

presentó una oportunidad más gloriosa que ésta para una revolución!» Durante casi una década, Londres y el sur parecían ser, en palabras de un crítico, «una gran confusión bajo el dominio de una muchedumbre indigente, ociosa y embriagada, sin guardianes, movida sólo por la palabra *Wilkes*».[40] Esos eran los seguidores que:

> se manifestaron en St. Georges Fields, en Hyde Park Corner, en la residencia del alcalde de Londres, en la plaza del Parlamento y en el palacio de St. James; que gritaban o escribían «Wilkes y Libertad» en las calles de la *City*,[41] Westminster y Southwark; que apedrearon al *sheriff* Harley y al verdugo habitual en el Royal Exchange cuando intentaban quemar el número 45 de *The North Briton*, que rompieron las ventanas de Lord Bute y Lord Egremont y mancharon las botas del embajador austríaco; que pasearon la Bota y la Enagua por las calles de la *City*, y quemaron en efigie al coronel Luttrell, a Lord Sandwich y Lord Barrington frente a la Torre de Londres. Esos son los elementos a quienes los contemporáneos y más tarde los historiadores han denominado —ya fuese por indolencia, prejuicio o falta de un conocimiento más seguro— «la muchedumbre».[42]

También era la gente —hombres de oficio, criados, cargadores de carbón, marineros, artesanos y asalariados de todo tipo—que se mostraba partidaria de Wilkes en las *hustings*[43] y que le paseaba triunfalmente por las calles cada vez que ganaba.

El doctor Rudé tiene razón en rescatar a la multitud de Londres de la acusación de ser simples gamberros y «elementos delictivos»; y la distinción que establece, entre los matones contratados reunidos para apoyar al candidato anti-Wilkes, Proctor, y el entusiasmo espontáneo de la mayoría partidaria de Wilkes es importante. Sin embargo, al protestar contra el «prejuicio» de los historiadores, protesta demasiado. Porque la multitud de Londres, de las décadas de 1760 y 1770, apenas había empezado a desarrollar su propia organización o sus líderes; apenas tenía una teoría diferente de la de sus «dirigentes» y en cierto sentido estaba siendo manipulada por Wilkes para «actuar en beneficio de intereses externos»; los intereses de las gentes de oficio acaudaladas, los negociantes y fabricantes de la *City* que eran los más influyentes entre los seguidores de Wilkes. El propio Wilkes fingía un cínico desprecio hacia los hurras de sus seguidores plebeyos: «¿Supone usted —cuentan que preguntó a su oponente, el coronel Luttrell, mientras miraban los tropeles entusiastas durante las *hustings*— que hay muchos necios

[40] G. Rudé, *Wilkes and Liberty*, Oxford, 1962, pp. 50, 173.
[41] Parte de Londres situada dentro de los límites antiguos de la ciudad. También se designa con este nombre el centro de negocios de Londres. *(N. de la T.)*
[42] *Ibid.*, p. 181.
[43] Plataforma temporal en la que se presentaban los candidatos al Parlamento y se dirigían a los electores. *(N. de la T.)*

o villanos entre la concurrencia?» Y la brecha entre las aspiraciones libertarias [*libertarian*] de la multitud y la técnica de manejo de muchedumbres aparece con mayor nitidez cuando recordamos que los negociantes y proveedores wilkitas alcanzaron puestos claves en el gobierno de la *City*, de modo que los londinenses que acosaron los carruajes y rompieron las ventanas de los grandes sabían —al igual que los mineros de Walsall— que estaban actuando con permiso. La multitud wilkita estaba, de hecho, en un punto intermedio en el proceso de emergencia de la conciencia política popular. Mientras que su consigna más popular era «¡Libertad!», muchos de sus miembros eran sumamente ambiguos y podían, del mismo modo, cambiar de dirección y atacar a elementos considerados «extraños» o romper las ventanas de aquellos ciudadanos que no les iluminaban en las «ocasiones» patrióticas.[44]

Esto se revela con mucha claridad en los disturbios de Gordon de 1780. Ahí vemos una agitación popular que pasó por tres fases. En la primera fase, la «multitud revolucionaria», bien organizada por la popular Asociación Protestante, marchó en buen orden detrás de las grandes pancartas para presentar al Parlamento una petición contra la libertad de culto católico. Quienes encabezaban la manifestación eran «la mejor clase de hombres de oficio (...) bien vestidos, una clase de gente decente (...) muy tranquila, ordenada y muy educada». Este era el Londres disidente, y entre ellos Gibbon describía a algunos «puritanos» fanáticos, «tal como podrían haber sido en la época de Cromwell (...) salidos de sus tumbas». La negativa, por parte de la Cámara de los Comunes, de debatir la petición —y las arengas de lord George Gordon— desembocaron en escenas de indignación que introdujeron la segunda fase, que cabe describir como un estado de espontaneidad permitida y que condujo a la muchedumbre a una violencia inspirada por «un deseo de ajustar cuentas con los ricos, aunque sólo fuera por un día»; algunos que pertenecían a la «mejor clase de hombres de oficio» desaparecieron, mientras que los oficiales, los aprendices y

[44] Para Proctor, véase Rudé, *Wilkes and Liberty*, pp. 59-60. Puesto que el doctor Rudé es el primer pionero en este importante terreno, quizá sea ingrato indicar las deficiencias de su análisis. Pero se debería observar que no muestra interés alguno por la tradición disidente del Londres artesano y muestra poco interés en las sociedades de debate de los clubes y las tabernas que serían focos intelectuales y de organización para la multitud; tampoco lo muestra por la política subterránea de los vendedores de baladas y los «charlatanes». Para una visión más detallada de la política plebeya en Londres, véase G. Rudé, «The London "Mob" of the Eighteenth Century», *Historical Journal*, 11 (1959); Lucy S. Sutherland, *The City and the Opposition to Government, 1768-1774*, 1959, y «The *City* in Eighteenth-Century Politics», en *Essays presented to Sir Lewis Namier*, compilados por R. Pares y A. J. P. Taylor, 1956; y, para la vida de la taberna, M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, 1928, cap. 6.

los criados —y algunos delincuentes— llenaban las calles.[45] El grito «Abajo el Papa» había retumbado en la conciencia popular desde la *Commonwealth* y 1688; y sin duda hizo mella en muchos cuyas respuestas subpolíticas describía Defoe muchos años antes: «buenos chicos que darían hasta su última gota de sangre en contra del papado, y que no saben si éste es un hombre o un caballo.» Los motines se dirigieron en primer lugar contra las capillas católicas y las casas de los católicos ricos, luego contra personalidades destacadas por lo que respectaba a la autoridad —incluyendo al *Lord Chief Justice*, Mansfield, y al arzobispo de York— que eran sospechosos de simpatizar con la libertad para los católicos, luego contra las prisiones —cuyos presos fueron puestos en libertad— y finalmente culminó en un ataque al mismo banco. Durante toda esta segunda fase continuó la sensación de una muchedumbre «con licencia para operar»: las autoridades wilkitas de la ciudad se distinguieron por su inactividad o su ausencia, en parte por miedo de suscitar el odio popular, en parte por una connivencia real con los desórdenes que reforzaban su influencia contra el Rey y su gobierno. Sólo cuando empezó la tercera fase —el ataque al banco, por una parte, y las orgías indiscriminadas de borracheras, incendios provocados y raterismo por la otra— se retiró la «licencia». Fue entonces cuando el alcalde, hasta entonces inactivo, mandó por fin un mensaje desesperado al jefe supremo del ejército pidiendo «Caballería e Infantería para ayudar al poder civil» y el propio concejal Wilkes salió a repeler a la muchedumbre, en la escalinata del banco. La gran rapidez con la que se aplicaron a sofocar los disturbios subraya, precisamente, la inactividad previa de las autoridades de la *City*.

Así, en este caso tenemos una mezcla, en cierto modo, de muchedumbre manipulada y multitud revolucionaria. Lord Georges Gordon había intentado imitar a Wilkes, pero no tenía nada del atrevimiento bien calculado de Wilkes, ni de su espléndida sensibilidad para el carácter popular. Desencadenó un proceso espontáneo de motín que, no hay que olvidar, estuvo bajo la inmunidad de los concejales wilkitas de la *City*. Grupos de amotinados erigieron sus propios líderes temporales, que recordaban a Thomas Spence, el acuñador de Halifax: James Jackson, un relojero que montaba un caballo de tiro y agitaba una bandera roja y negra, y Enoch Foster, un

[45] Véase G. Rudé, «The Gordon Riots», *Trans. Royal Hist. Soc.*, 1956. Serie Quinta, vol. 6, y Christopher Hibbert, *King Mob*, 1958. El doctor Rudé pone menos énfasis que el señor Hibbert sobre el grado de implicación de delincuentes y prostitutas en las últimas fases de los disturbios; el doctor Rudé analiza una muestra de prisioneros —la mayoría de ellos asalariados— que fueron llevados ante los tribunales, y el señor Hibbert confía más en los relatos de los testigos oculares de los motines. Véase también J.P. de Castro, *The Gordon Riots*, Oxford, 1926.

forzudo de circo que divertía a la muchedumbre arrojando tablas del suelo a través de las ventanas de una casa de Whitechapel. Pero ese tipo de mezcla nunca se volvió a ver en una metrópolis. En 1780, la población de Londres, a pesar de sus excesos, estaba bajo la protección de los *whigs* liberales, que la veían como un contrapeso a las pretensiones del Trono: Burke deploraba la utilización de los militares para dominar los motines, mientras Fox declaraba que «preferiría ser gobernado por una muchedumbre que por un ejército permanente». Pero después de la Revolución francesa ningún político *whig* se hubiera arriesgado ni ningún concejal de la *City* hubiera tolerado la manipulación de energías tan peligrosas. Los reformadores, por su parte, trabajaban para crear una opinión pública organizada y despreciaban la técnica de hacer que la muchedumbre se desatara. «Agilidad» fue el término que orgullosamente adoptaron radicales y cartistas del XIX para sus pacíficas y bien dirigidas manifestaciones.

La última gran acción de una muchedumbre del siglo XVIII tuvo lugar en Birmingham, en 1791, y se desarrolló de una forma que debería hacernos ser especialmente cautelosos por lo que se refiere a las generalizaciones sobre la «multitud revolucionaria».[46] Birmingham era, posiblemente, el mayor centro de la disidencia de clase media; sus Vieja y Nueva Reuniones Unitaristas incluían a algunos de los patrones más importantes del distrito; los disidentes desempeñaban un papel tan importante en la vida económica, intelectual y corporativa de la ciudad que el grupo partidario de la «Iglesia y el Rey» hacía tiempo que venía sintiendo el rencor que proviene, no de la fuerza, sino del poder y el prestigio menguantes. El motivo aparente de las revueltas fue un banquete celebrado por los reformadores de clase media —disidentes la mayoría de ellos— el 14 de julio de 1791, para conmemorar la caída de la Bastilla. Aquella noche y durante los tres días siguientes la «tumultuosa, miserable, descarada, insolente, cínica, canalla, bulliciosa y estúpida muchedumbre de Birmingham» se desbocó en la ciudad y los alrededores, saqueando dos templos unitarios y uno baptista, quemando y desvalijando una veintena de casas y muchas tiendas de disidentes ricos, o supuestos simpatizantes, y sacando de la cárcel de la ciudad a los prisioneros. Aunque los disidentes fueron las principales víctimas, especialmente los que estaban asociados a la causa de la reforma, «nunca estuvo claro —comenta el señor Rose— si los disidentes ricos fueron atacados porque eran disidentes o porque eran ricos». Los gritos de los asaltantes iban desde «¡Iglesia y Rey!» hasta «¡Abajo el Papa!».

[46] Para el relato que sigue me he basado ampliamente en el estudio definitivo hecho por R. B. Rose, «The Priestley Riots of 1791», *Past and Present* (noviembre, 1960), pp. 68-88.

En cuanto a la autenticidad del resentimiento popular contra algunos de los disidentes ricos, no puede haber duda alguna. Por ejemplo, una de las víctimas, William Hutton, se había ganado una particular impopularidad en su cargo de comisario del Tribunal de Demandas de Birmingham, un tribunal para el cumplimiento del pago de pequeñas deudas. Pero hay varias circunstancias especialmente sospechosas en los motines de Birmingham que recuerdan el trato que recibió John Wesley, casi cinco años antes, a manos de las muchedumbres de Walsall. En primer lugar, nos encontramos con la indudable complicidad de diversos magistrados *tories* destacados y del clero, que alentaron a los amotinados en un principio, les dirigieron a los templos, intervinieron con poco entusiasmo, se negaron a procesar a los infractores e incluso es posible que indicaran objetivos «legítimos» para la violencia de la muchedumbre. En segundo lugar, está el reducido número de verdaderos amotinados que participaron en las acciones importantes. Aparte de los mineros y otras personas que provenían de pueblos circundantes y que se sumaron al saqueo del fin de semana, la muchedumbre casi nunca pasó de doscientos cincuenta, mientras que los numerosos relatos hablan de la existencia de un núcleo implacable de treinta incendiarios que llevaron a cabo la mayor parte de los daños serios. En tercer lugar, está la prueba de que este núcleo implacable —que quizá ni siquiera estaba compuesto por hombres de la localidad— seguía un plan de campaña definido y estaba extraordinariamente aleccionado acerca de las filiaciones religiosas y políticas de los ciudadanos notables de Birmingham. La causa de los motines pudo ser el «fanatismo religioso» —según la acusación de Priestley— y, ciertamente, la celebración del Día de la Bastilla les sirvió como pretexto. Pero fue un estallido discriminatorio, con el permiso de una parte del poder establecido local, y se debería considerar «como un episodio en el que los señores rurales convocaron a la muchedumbre urbana para extraer los dientes disidentes a la agresiva y próspera burguesía de Birmingham». Al mismo tiempo fue «una explosión de odio de clase latente y violencia personal desencadenada por la coincidencia fortuita de viejos rencores religiosos y nuevos agravios sociales y políticos»,[47] en la que las actuaciones de la muchedumbre fueron más allá de los límites previstos por aquellos que en un principio hicieron la vista gorda.

Pero es un grave error hacer generalizaciones, a partir de los disturbios de Birmingham, en cuanto a la hostilidad general de los pobres de las ciudades hacia lo que era revolucionario en Francia, o las ideas «jacobinas». Como veremos, la bienvenida a

[47] R. B. Rose, *op. cit.*, p. 84.

los primeros momentos de la Revolución francesa provenía sobre todo de la clase media y los grupos disidentes. No fue hasta 1792 cuando estas ideas ganaron un amplio apoyo popular, principalmente por medio de *Los derechos del hombre* de Paine. Así, los motines contra Priestley se deben ver como el último movimiento hacia atrás de una muchedumbre en transición, antes de que la propaganda painita empezase en serio a formar una nueva conciencia democrática. Por supuesto, las revueltas continuaron durante muchos años después de 1792: ya fuera por cuestiones específicas —*Passages in the Life of a Radical* de Bamford empieza con una lista de ellas: en Bridport, Bideford, Bury, Newcastle, Glasgow, Ely, Preston, Nottingham, Merthyr, Birmingham, Walsall, al final de las guerras napoleónicas— o, especialmente en Bristol, Merthyr, Nottingham y Derby en 1831 y en Birmingham en 1839, como puntos culminantes insurreccionales de la agitación radical. En el caso de Bristol encontramos de nuevo algunas de las características de los disturbios de Gordon y Priestley: el saqueo del palacio del obispo y de la residencia del alcalde, la liberación de prisioneros de las cárceles, el asalto y el incendio de las casas y las tiendas de los ciudadanos impopulares. Pero las autoridades no pudieron encontrar conspiración alguna detrás de los amotinados; como máximo un alborotado tendero librepensador, Charles Davis, que iba de un lugar a otro agitando su sombrero en lo alto del paraguas, gritando «¡Derribemos las iglesias y reparemos las carreteras con ellas!», y a quien colgaron por sus esfuerzos en este sentido.[48] Los motines no tuvieron lugar bajo la consigna «¡Iglesia y Rey!», sino la de «¡Rey y Reforma!» y el rey sólo se asociaba al grito último porque se creía que era partidario de la reforma del sacerdocio. El objetivo principal no eran los disidentes, sino importantes eclesiásticos, muchos de los cuales eran propietarios de esclavos de las Indias Occidentales. Al mismo tiempo, los sentimientos democráticos que inspiraban a los amotinados no deberían conducirnos a conclusiones erróneas, confundiendo las revueltas de Bristol con una acción política revolucionaria consciente. Bristol en 1831 pone de manifiesto la persistencia de modelos de comportamiento antiguos, que miran hacia el pasado, lo mismo que Manchester en 1819 pone de manifiesto la emergencia de modelos de autodisciplina del nuevo movimiento obrero. La ignorancia y la superstición pasaron bruscamente desde una trayectoria legi-

[48] Otra característica parecida es la sensación de licencia que se dio a la multitud por parte de los magistrados que estaban «estupefactos de terror» y que se negaron a acompañar a las tropas; y por el humanitario jefe, teniente coronel Brereton, que cabalgó por entre la multitud que profería hurras por «el Rey y la Reforma». Véase «Un Ciudadano» [John Eagles], *The Bristol Riots*, Bristol, 1832.

timista a una radical; pero percibimos el olorcillo de las revueltas Gordon y Priestley en las palabras de un amotinado de Bristol que tiraba al fuego una brazada de manuscritos y libros de la Biblioteca del Cabildo Catedralicio, declarando que «no podría haber reforma sin que se quemasen los libros».[49]

Las verdaderas *muchedumbres*, en el sentido de «cuadrillas pagadas que actúan en beneficio de intereses externos», son las muchedumbres favorables a la «Iglesia y el Rey», utilizadas desde 1792 en adelante para aterrorizar a los jacobinos ingleses.[50] Aunque esas muchedumbres a veces se dirigieran contra los ricos y los reformadores destacados —como en el caso de Thomas Walker de Manchester—, pertenecen a la tradición de los propietarios de las minas de Walsall y el párroco de Grimsby, y estaban tan sumamente organizadas —y algunas veces pagadas— por «intereses externos» que es difícil considerarlas indicativas de cualquier auténtico sentimiento popular independiente. Además, a pesar de que el clero y los J.P.s concedían, en muchos lugares, una licencia completa a las muchedumbres anti jacobinas, éstas pocas veces implicaban a más de un pequeño grupo de gamberros escogidos y nunca hacían estallar la violencia popular a la escala de Birmingham en 1791. Hubo importantes centros urbanos —especialmente Sheffield y Norwich— en los que las muchedumbres favorables a la «Iglesia y el Rey» actuaron con un éxito muy limitado. También fue imposible utilizar esas muchedumbres, a cualquier escala, en Londres. La absolución de los prisioneros jacobinos en 1794 fue la señal del triunfo popular al mismo nivel de las celebraciones wilkitas. En 1795 la multitud de Londres era de carácter revolucionario y, a través de la Sociedad de Correspondencia de Londres, estaba descubriendo nuevas formas de organización y liderazgo. Quizá el encuentro crucial tuvo lugar en octubre de 1797, en el punto culminante de la represión anti jacobina, cuando se produjo un intento instigado de destruir el establecimiento de Thomas Hardy, cuando éste se negó a poner luces en celebración de una victoria naval. El ataque fue rechazado por una guardia de 100 miembros de la S.C.L., «muchos de ellos irlandeses, armados con buenas cachiporras». Fue una victoria histórica; como recordaba uno de los «guardianes»: «Nunca estuve en una lucha tan larga y bien dirigida como la que hicieron aquella noche los que defendían la casa de Hardy.» Los sentimientos de Hardy eran inequívocos, cuando rememoraba los incidentes: «No me gusta el gobierno de una muchedumbre.»[51] Y en los acontecimientos que ocurrieron cuatro años más tarde

[49] Relato de testigos oculares en *Bristol Times* (30 de octubre de 1841).
[50] Véanse pp. 110 y siguientes, más adelante.
[51] John Binns, *Recollections*, Filadelfia, 1854; Hardy, *op. cit.*, pp. 85-86.

podemos ver una irónica secuela. En 1801, Londres brilló de nuevo con luces de gala, pero esta vez fue en honor a los preparativos de la paz que se había firmado entre Gran Bretaña y Francia. En esta ocasión la muchedumbre desahogó sus sentimientos rompiendo todas las ventanas de la casa de un belicoso periodista anti jacobino, que se negó a poner luces por la paz. Allí no había guardia popular e incluso las autoridades de la *City* fueron lentas en enviar protección. El periodista era William Cobbett.[52]

[52] G. D. H. Cole, *Life of William Cobbett*, 1924, p. 76. La guerra recomenzó, con pleno apoyo por parte de Cobbett, en mayo de 1803.

4
El inglés libre por nacimiento

En 1797 los defensores de la casa de Hardy se batían en retirada. En los años que siguieron, cuando era posible una invasión francesa, es indudable que los sentimientos patrióticos de la plebe amenazaron a los jacobinos supervivientes mediante el terrorismo de la muchedumbre. En Westminster, con su amplio derecho a voto, todavía en 1806 era posible derrotar a los radicales, desplegando los recursos del soborno y el clientelismo. Francis Place vio a criados del duque de Northumberland «con sus vistosas libreas, tirando trozos de pan y queso a la densa multitud de vagabundos»:

> Ver a esos vagabundos cogiendo los pedazos, gritando, blasfemando, luchando e insultando de todas las formas posibles, tanto mujeres como hombres, todos los desgraciados de las plazas y los callejones de St. Giles y Westminster, Porridge Islands y otros lugares miserables; ver a esa gente que representaba, tal como se decía, a los electores de Westminster, era, verdaderamente, el eslabón más bajo de la degradación.

Se le dio cerveza a la multitud, se hundieron las tapaderas de los barriles a golpes y los «cargadores de carbón la repartieron con sus sombreros de larga copa y ala ancha (...), pero con la impaciencia de la muchedumbre, se volcaron los barriles y la cerveza afluyó a los desagües, desde donde algunos hacían esfuerzos por recogerla». Place miraba, horrorizado ante esa «vergonzosa escena». Pero al año siguiente (1807), Place y sus amigos organizaron un comité radical para las elecciones, que trabajó entre la población con tan buenos resultados que Westminster eligió a dos diputados radicales, sir Francis Burdett y lord Cochrane.[1] Y desde entonces en adelante, la tradición del «Londres radical» fue casi ininterrumpida. En 1810, Burdett pudo diseñar su táctica a imitación de la de Wilkes y hacerse con el apoyo de la plebe en su contienda con el gobierno. Por el año 1812, se puede decir, a grandes rasgos, lo mismo acerca

[1] Add. MSS. 27850 ss., 19-20: 27838 ss., 19-20; G. D. H. Colé y A. W. Filson, *British Working Class Movements*, 1951, pp. 79-80. Véase más adelante capítulo 13.

de los principales centros provinciales: «la muchedumbre —observaba el editor de un periódico de Sheffield— lo aborrece todo menos a un concienzudo reformador.»[2] Cuando acabaron las guerras (1815), era imposible, en Londres o en el norte industrial o en las Midlands, utilizar a una muchedumbre favorable a la «Iglesia y el Rey» para aterrorizar a los radicales.

De vez en cuando, entre 1815 y 1850, los owenitas o los cartistas se quejaban de la indiferencia de la población. Pero, si no tomamos en consideración los tumultos habituales en las elecciones, en general es cierto que los reformadores estaban amparados por el apoyo de las comunidades obreras. En las épocas de elecciones, en las grandes ciudades, las votaciones a mano alzada realizadas en las *hustings*, que precedían a la elección, se decantaban abrumadoramente a favor del candidato más radical. Los reformadores dejaron de temer a «la muchedumbre», mientras que las autoridades se veían obligadas a construir cuarteles y a tomar precauciones contra «la multitud revolucionaria». Este es uno de esos hechos históricos tan importantes que fácilmente se pasa por alto o se acepta sin poner en duda; y sin embargo, indica un cambio fundamental de acento en las actitudes inarticuladas y «sub-políticas» de las masas.

El cambio de acento se relaciona con las nociones populares de «independencia», patriotismo y el «derecho por nacimiento» del inglés. Los amotinados de los disturbios de Gordon de 1780 y los amotinados en favor de la «Iglesia y el Rey» de Birmingham en 1791 tenían eso en común: creían estar defendiendo, de alguna forma confusa, la «Constitución» contra elementos extraños que amenazaban su «derecho por nacimiento». Se les había enseñado durante tanto tiempo que el acuerdo de 1688, encarnado en la Constitución del Rey, Lores y Comunes, era la garantía de la independencia y las libertades británicas, que se había creado un pensamiento reflejo —Constitución es igual a libertad— del que se podían aprovechar aquellos que no tuvieran escrúpulos. Y, sin embargo, es probable que los mismos amotinados que destruyeron la valiosa biblioteca y el laboratorio del doctor Priestley estuvieran orgullosos de verse a sí mismos como «ingleses libres por nacimiento». El patriotismo, el nacionalismo e incluso el fanatismo y la represión, todos estaban arropados por la retórica de la libertad. Incluso la «Vieja Corrupción» ensalzaba las libertades británicas. La libertad, y no el honor nacional o el poder, era una creación, por igual, de los patricios, los demagogos y los radicales. En nombre de la libertad, Burke denunció la Revolución francesa y Paine la defendió. En el inicio de las guerras francesas (1793), el patriotismo y la libertad entretenían a todos los poetastros:

[2] T. A. Ward, *Peeps into the Past*, ed. A. B. Bell, 1909, p. 192.

Así los britanos defienden su antigua fama,
Imponen su imperio sobre el mar,
Y proclaman ante el envidioso mundo,
Que todavía una nación es bravía y libre;
Resuelta a triunfar o a morir,
Fiel a su rey, a sus leyes, a su libertad.[3]

El miedo a la invasión dio lugar a un torrente de octavillas y baladas sobre esos temas, los cuales constituyen un ambiente apropiado para los pretenciosos y sonoros sonetos patrióticos de Wordsworth:

Es impensable que el torrente
De la libertad británica, que, hacia el mar abierto
Del elogio del mundo, desde la oscura antigüedad
Ha manado, «con fastuosidad de aguas, se sometiese».[4]

«Es impensable» y, sin embargo, en aquel mismo momento, la libertad de prensa, de reuniones públicas, de la organización de *trade unions*,[5] de organizaciones políticas y de elección estaban, o bien rigurosamente limitadas o en suspenso. ¿En qué consistía, entonces, el consuetudinario «derecho por nacimiento» del inglés? «¡Protección de la propiedad! —respondía Mary Wollstonecraft—. He aquí (...) la definición de la libertad inglesa.»[6] No obstante, la retórica de la libertad significa mucho más: en primer lugar, por supuesto, libertad respecto de la dominación extranjera. Y, dentro de este halo envolvente de autocomplacencia patriótica, había otras nociones menos definidas que la «Vieja Corrupción» se veía obligada a alabar y que no obstante resultarían ser peligrosas para ella a largo plazo. Libertad con respecto al absolutismo —la monarquía constitucional—, inmunidad con respecto al arresto arbitrario, juicio por jurado, igualdad ante la ley, inmunidad del domicilio contra los allanamientos y los registros arbitrarios, cierta libertad de pensamiento limitada, de expresión y de conciencia, la participación delegada en la libertad, o en su apariencia, proporcionada por el derecho a la oposición parlamentaria y por las elecciones y los tumultos electorales —aunque el pueblo no tenía derecho al voto, tenía el derecho a desfilar, vitorear y mofarse en las *hustings*—, así como la libertad de viajar, negociar y vender su propio trabajo. Ninguna de esas libertades era insignificante: tomadas todas en

[3] *Anti-Jacobin*, 1 de enero de 1798.
[4] *It is not to be thought of that the Flood / Of British freedom, which, to the open sea / Of the world's praise, from dark antiquity / Hath flowed, «with pomp of waters, un withstood»*.
[5] Denominación de los sindicatos obreros ingleses. (*N. de la T.*)
[6] *A Vindication of the Rights of Men*, 1790, p. 23.

conjunto, encarnaban y reflejaban un consenso moral en el que a veces participaba la autoridad, y que siempre estaba obligada a tener en cuenta.[7]

Por muy indefinida que sea una idea como la de «consenso moral», la cuestión de los *límites* más allá de los cuales el inglés no estaba dispuesto a ser «mandado», así como los límites que la autoridad no se atrevía a traspasar, es crucial para entender este período. La actitud del inglés medio no era tanto democrática, como anti absolutista. Se consideraba a sí mismo como un individualista, con pocos derechos afirmativos, pero protegido por las leyes contra la intrusión del poder arbitrario. De forma más difusa, consideraba que la Gloriosa Revolución había proporcionado un precedente constitucional para el derecho al motín en resistencia a la opresión. Y ésta, en verdad, era la paradoja central del siglo XVIII, tanto en términos intelectuales como prácticos: el constitucionalismo era la «ilusión de la época». La teoría política, de los tradicionalistas y los reformadores por igual, quedó completamente paralizada dentro de los límites pseudoliberales establecidos por el acuerdo de 1688, por parte de Locke o de Blackstone. Para Locke, los objetivos principales del gobierno eran el mantenimiento de la paz civil, la seguridad de la persona y la propiedad. Una teoría como ésta, adulterada por el egoísmo y el prejuicio, proveería a las clases propietarias de una sanción para implantar el más sangriento código posible para castigar a los transgresores contra la propiedad, pero no disponía sanción alguna para una autoridad *arbitraria* que estorbara los derechos personales o de propiedad y que no estuviera controlada por las disposiciones de la ley. De aquí la paradoja, que sorprendía a muchos observadores extranjeros, de un código penal sangriento junto con una administración e interpretación de las leyes *liberal* y, a veces, meticulosa. El siglo XVIII fue ciertamente un gran siglo para los teóricos constitucionales, los jueces y los abogados. El hombre pobre podía sentirse a menudo poco protegido cuando quedaba atrapado en las redes de la ley. Pero el sistema de jurado *ofrecía* una medida de protección, como descubrieron Hardy, Horne Tooke, Thelwall y Binns. Wilkes *pudo* desafiar al rey, al Parlamento y a la administración —y establecer nuevos e importantes precedentes— utilizando alternativamente los tribunales de justicia y la muchedumbre. No había *droit administratif*, ni derecho a la detención y al registro arbitrarios. Incluso en la década de 1790, cada intento de introducir un sistema de espionaje «continental», cada suspensión del *hábeas corpus*, cada intento de amañar los jurados, levantaba una ruidosa protesta más allá de las propias filas

[7] Véase E. Halévy, *op. cit.*, I, pp. 193-212.

de los reformadores. Si alguien —teniendo presentes las historias de Tyburn y la represión— se siente inclinado a poner en duda el valor de esos límites, debería contrastar el proceso de Hardy y sus compañeros con el trato que recibieron Muir, Gerrald, Skirving y Palmer, en 1793-1794, en los tribunales escoceses.[8]

Este constitucionalismo teñía las respuestas menos articuladas del «inglés libre por nacimiento». Exigía pocos derechos salvo el de que le dejasen en paz. En el siglo XVIII no había otra institución más detestada que el *press-gang*. Se desconfiaba profundamente de un ejército permanente y pocas de las medidas represivas adoptadas por Pitt crearon tanto descontento como la construcción de cuarteles cerca de las ciudades industriales. Los reformadores exigían el derecho a llevar armas en defensa propia. La profesión de soldado se consideraba deshonrosa. Escribía un folletista:

> En las monarquías arbitrarias, en las que el déspota que reina puede decirles a sus desdichados súbditos «Come paja», y ellos comen paja, no es extraño que se puedan reclutar ejércitos de carniceros humanos para destruir a sus congéneres; pero, en un país como Gran Bretaña que al menos *pretende ser libre*, el hecho de que tantos miles de hombres deban renunciar expresamente a los privilegios y las bendiciones que corresponden a los hombres libres, y deban venderse voluntariamente a la *esclavitud* más humillante y degradante, por la miserable paga de seis peniques al día, se convierte en una cuestión extremadamente sorprendente.[9]

En agosto de 1794, las *crimping-houses*[10] que se utilizaban para el reclutamiento militar en Holborn, la *City*, Clerkenwell y Shoreditch fueron atacadas y destruidas a lo largo de tres días de amotinamiento.[11] En el punto álgido de la agitación de los tejedores de punto en favor de una legislación proteccionista, en 1812, el secretario de la sección de Mansfield, cuando se enteró de que los representantes de los trabajadores proponían una cláusula que autorizara los poderes de inspección y registro en las casas de los

[8] Véase más adelante, pp. 149 y ss. Los hechos se tratan de manera completa en la erudita y animada obra de lord Cockburn, *Examination of the Trials of Sedition... in Scotland*, Edimburgo, 1888.

[9] Anónimo, *Letters on the Impolicy of a Standing Army in Time of Peace, and on the unconstitutional and illegal Measure of Barracks*, 1793. La *History of Standing Armies in England*, 1698, de John Trenchard se volvió a publicar en 1731, 1739, 1780 y en el jacobino *Philantropist*, 1795.

[10] *Crimp* es el nombre que recibe un agente que procura marineros y soldados. *(N. de la T.)*

[11] Véase Rudé, *Wilkes and Liberty*, p. 14; S. Maccoby, *English Radicalism 1786-1832*, 1955, p. 91. Se decía que algunas prostitutas, conocidas como «perras de la horca», incitaban a los hombres a entrar en la casa, donde eran «reclutados» a la fuerza: véase H. M. Saunders, *The Crimps*, 1794.

fabricantes que fueran sospechosos de evadir las regulaciones propuestas, escribió alarmado: «si algún día se derriba este baluarte de que la casa de todo inglés sea su castillo, entonces se habrá roto para siempre aquella sólida barrera por la que muchos de nuestros antepasados se desangraron y en vano.»[12] La resistencia a un cuerpo de policía eficaz continuó a lo largo del siglo XIX. Mientras que los reformadores estaban dispuestos a asentir en cuanto a que era necesaria una policía *preventiva* más eficaz, con más vigilantes y unas guardias nocturnas sobre la propiedad más fuertes, cualquier fuerza centralizada con mayores poderes se veía como: «un sistema de tiranía; un ejército organizado de espías e informadores, para la destrucción de toda libertad pública y la perturbación de toda felicidad privada. Cualquier otro sistema de policía es la maldición del despotismo.»[13]

El comité parlamentario de 1818 vio en las propuestas de Bentham para un Ministerio de Policía, «un plan que convertiría a todos los criados de todas las casas en espías de las acciones de sus señores y a todas las clases de la sociedad en espías unas de otras». Los *tories* temían la anulación de los derechos restringidos y de fuero, y de los poderes de los J. P. s locales; los *whigs* temían un aumento de los poderes de la Corona o del gobierno; los radicales, como Burdett o Cartwright, preferían la idea de las asociaciones de ciudadanos voluntarios o las listas de tandas de cabezas de familia; el populacho radical hasta la época cartista veía en cualquier policía un mecanismo de opresión. Un consenso de opinión bastante sorprendente se resistió al establecimiento de «un tribunal supremo e irresistible, como el que en otros países se "denomina" el "Alto tribunal de policía"; un mecanismo (...) inventado por el despotismo».[14]

Tenemos una curiosa combinación de actitud defensiva localista, teoría *whig*, y resistencia popular hostil hacia el aumento de los poderes o hacia cualquier autoridad centralizada. Tanto la *gentry* como el pueblo común protegían los derechos y las costumbres locales contra la usurpación del Estado; la hostilidad hacia *The Thing* y hacia los «Pachás» contribuyó mucho a la tensión *tory*-radical que se observa desde Cobbett hasta Oastler, y que alcanzó su punto álgido en la resistencia a la *Poor Law*[15] de 1834. Resulta, por otra parte, irónico que los protagonistas principales del Estado, en su autoridad política y administrativa, fueran las clases medias

[12] *Records of the Borough of Nottingham*, VIII, 1952, p. 152.

[13] J. P. Smith, *An Account of a Successful Experiment*, 1812.

[14] *The Times* (3 de enero de 1823); véase Radzinowicz, *op. cit.*, III, pp. 354-364.

[15] «Ley de pobres»: ley dirigida a controlar y regular a los pobres, así como a procurarles asistencia y trabajo. *(N. de la T.)*

utilitaristas, al otro lado de cuyo estandarte estatalista estaban inscritas las doctrinas del *laissez faire* económico. Incluso en la cima de la represión de los jacobinos, a mediados de la década de 1790, se mantuvo la ficción de que la intimidación era obra de asociaciones «voluntarias» de ciudadanos «privados» —la Sociedad Anti jacobina de los Reeves o la Sociedad de Wilberforce para la Supresión del Vicio—; y se empleó la misma ficción en la persecución de Richard Carlile después de las guerras. Los subsidios que dio el Estado a la prensa «oficial» durante las guerras se administraron con sentido de culpa y con muchas evasivas y desmentidos diplomáticos. El empleo de espías y de *agents provocateurs* después de las guerras fue la señal para un auténtico estallido de indignación en el que participaron muchos que eran rabiosamente opuestos al sufragio masculino adulto.

Además, no sólo la libertad con respecto a las intrusiones del Estado era una fuente de auténtica exultación popular, también lo era la creencia en la igualdad de los ricos y los pobres ante la ley. Una publicación sensacionalista, como el *New Newgate Calendar: or Malefactor's Bloody Register*, reseñó con satisfacción varios precedentes de nobles y personajes influyentes que habían sido llevados a Tyburn. Los analistas locales señalaban con aire satisfecho los casos como el del «tiránico malvado señor del señorío» de Leeds, que fue ejecutado en 1748 por haber matado a uno de sus arrendatarios en un arranque de mal genio. Los radicales podían fingir un cinismo bien fundado. Si la ley está abierta por un igual a los ricos y a los pobres, decía Horne Tooke, también lo están las tabernas de Londres: «pero os darán una bienvenida muy triste a no ser que vengáis con dinero suficiente para pagar por divertiros.»[16] Pero incluso los jacobinos sostenían la convicción de que el imperio de la justicia era la herencia distintiva del «inglés libre por nacimiento», así como su defensa frente el poder arbitrario. La Sociedad de Correspondencia de Londres, en un *Address* de 1793, intentó definir la diferencia de situación entre el plebeyo inglés y el plebeyo en la Francia prerrevolucionaria: «nuestras personas estaban protegidas por las leyes, mientras que sus vidas estaban a merced de todo individuo noble (...) Nosotros éramos hombres mientras que ellos eran esclavos.»

Esta ideología defensiva nutría, por supuesto, reclamaciones mucho más amplias de derechos positivos. Wilkes sabía perfectamente cómo tocar la cuerda sensible: el paladín que defendía sus derechos individuales se transformó imperceptiblemente en el ciudadano libre por nacimiento que desafiaba al rey y a los ministros

[16] T. Walker, *Review of some Political Events in Manchester*, 1794, p. 87.

y que reclamaba derechos para los cuales no existía precedente. En 1776 Wilkes llegó lo suficientemente lejos como para solicitar en la Cámara de los Comunes los derechos políticos «del trabajador manual más humilde, el campesino más pobre y el jornalero», quien:

> tiene importantes derechos en cuanto a su libertad personal, la de su esposa e hijos, su propiedad por muy insignificante que sea, sus salarios (...) que en muchos oficios y fábricas son regulados por el Parlamento (...) Por lo tanto, se debería reservar alguna parte del poder de hacer aquellas leyes que les interesan profundamente (...) incluso a ese inferior pero muy útil grupo de hombres.

El argumento es todavía el mismo que el de Ireton o Burke, pero los derechos de propiedad se interpretan en un sentido mucho más liberal; y Wilkes lo redondeaba con la tradicional apelación a la tradición y el precedente: «Sin una representación real de los comunes nuestra Constitución es esencialmente defectuosa (...) y será inútil cualquier otro recurso para recobrar la prístina pureza de la forma de gobierno establecida por nuestros antepasados.»

«Prístina pureza», «nuestros antepasados» son frases clave y durante veinte años los argumentos que se daban entre los reformadores versaron sobre sutiles interpretaciones de esos términos. ¿*Qué* modelo era puro y prístino, a *qué* antepasados debían referirse los reformadores? Para los padres fundadores de los Estados Unidos, que roturaban libres de las trabas precedentes, parecía suficiente encontrar determinadas verdades «evidentes». Pero al comandante John Cartwright (1740-1824), que publicó su folleto *Take Your Choice* en el mismo año de la declaración de independencia (1776), le parecía necesario reforzar su causa en defensa de los parlamentos anuales, los distritos electorales iguales, el pago a los diputados y el sufragio masculino adulto, con la referencia al precedente sajón. El «buen comandante canoso», como llegó a ser conocido casi medio siglo después, definía, en fecha tan temprana como ésa, las principales demandas de los reformadores políticos avanzados, desde 1776 hasta los cartistas y más allá.[17] Y nunca se desvió de esas demandas. Incapaz de hacer componendas, excéntrico y valiente, el comandante prosiguió su firme camino, publicando cartas, llamamientos y folletos, desde su escaño en Boston, Lincolnshire, sobreviviendo a pruebas, tumultos, discordias y represión. Fue él quien estuvo dispuesto a fundar, antes de que hubiesen finalizado las guerras

[17] El comandante Cartwright también fue partidario del voto secreto, pero no del sexto punto de los cartistas, la abolición de los requisitos de propiedad para los miembros del Parlamento.

napoleónicas, las primeras sociedades reformistas de una nueva era, los clubes Hampden, en aquellas regiones industriales del norte, donde su hermano clérigo había acelerado otros procesos de cambio con su invento del telar mecánico. Pero aunque los principios y las propuestas del comandante sobrevivieron su larga vida, sus argumentos no lo hicieron.

Podemos ver, en un momento, la razón de ello: la respuesta, en dos palabras, es Tom Paine, pero deberíamos advertir, en primer lugar, que veinte años antes de la Revolución francesa se ponía *en práctica* una nueva dimensión que se añadía a los procedimientos aceptados de la Constitución. La prensa había establecido ya unos derechos indefinidos, independientes del rey, los lores y los comunes; y la agitación que rodeó el *North Briton* de Wilkes mostraba tanto la precariedad de esos derechos como la sensibilidad de un público amplio en su defensa. Pero la segunda mitad del siglo XVIII también contempla el surgimiento de la Plataforma;[18] el grupo de presión «extraparlamentario» que hacía campaña por unos objetivos más o menos limitados, movilizando la opinión «de la calle» por medio de publicaciones, grandes mítines y peticiones. Se adoptaron diferentes métodos de plataforma y petición por parte de grupos tan variados como los partidarios de Wilkes, las asociaciones del condado de Wyvill, la Asociación Protestante, que figuraba en el inicio de los disturbios de Gordon, los reformadores «económicos», la agitación antiesclavista, la campaña en favor de la revocación de los impedimentos que pesaban sobre los inconformistas. Aunque Wilberforce o Wyvill desearan limitar su agitación a los caballeros o a los campesinos propietarios, se establecieron los precedentes y el ejemplo fue contagioso. Se añadió una nueva pieza a la complicada maquinaria de la Constitución: Erskine y Wyvill, utilizando la conocida metáfora mecánica de los frenos y los equilibrios,[19] exigían «Regularidad de Reloj en los movimientos de la Población». El comandante John Cartwright iba más allá: cuanto más se fomentara la protesta, en favor de peticiones del más largo alcance, entre todo tipo de gente, mejor:

> Siguiendo la máxima de enseñar a un joven arquero a disparar a la luna —le escribió a Wyvill— para que sea capaz de tirar su flecha suficientemente lejos con fines prácticos, siempre he pensado que una discusión libre sobre el principio del Sufragio Universal es el medio más apropiado para obtener cualquier Reforma por la cual merece totalmente la pena haber luchado.

[18] Utilizo aquí el término de Henry Jephson, cuyos dos volúmenes de historia de *The Platform*, 1892, son todavía el único estudio consecuente de esta institución.
[19] Véase Asa Briggs, *The Age of Improvement*, 1959, pp. 88 y ss.

Porque el comandante —aunque expresaba sus argumentos en los términos del precedente y la tradición— creía en los métodos de agitación entre «innumerables miembros». En los años de la represión, 1797-1799, el *squire*[20] de Boston hizo pública una llamada reprobatoria a la cautela por parte del reformador del norte de Yorkshire. «Sólo estoy un poco asustado de vuestra *Yeomanry*[21] —le escribió a Wyvill— pero temo a vuestros *Gentlemen* (...) Por suerte para mí, hasta ahora todos los *gentlemen*, excepto uno, han estado en el *otro lado*. Por lo tanto, mis esfuerzos no se han visto mermados por sus consejos, y en todo momento he hablado claro.» Añade además:

> Siento como si nada que no sean fuertes sentimientos de cordialidad y los estimulantes más poderosos pudiera despertar al pueblo a cualquier actitud vigorosa (...) A menos que nuestros llamamientos convenzan a todas las inteligencias y las verdades que damos a conocer se fijen en el corazón, no haremos nada (...) Si te vieras obligado, para hacer algún progreso, a proponer simples subterfugios que no satisficieran aquellos enérgicos llamamientos, confío en Dios para que seas rescatado de la situación por algún hombre resuelto que asista a tu reunión.[22]

Así pues, argumentos constitucionales semejantes podían esconder profundas diferencias de tono y formas de propaganda. Pero todos los reformadores antes de Paine empezaban con «las corrupciones de la Constitución». Y su grado de radicalismo puede deducirse, en general, de los precedentes históricos que citan en sus escritos. Los partidarios wilkitas, en su mayor parte aristócratas, de la Declaración de derechos —y sus sucesores: las «Asociaciones de la Revolución» (1788) y Los Amigos del Pueblo (1792)— se sentían satisfechos con hacer respetar el precedente del acuerdo de 1688. La avanzada Sociedad para la Información Constitucional, fundada en 1780, cuyos folletos escritos por el doctor Jebb, Cartwright y Capel Lofft proporcionaron a Thomas Hardy su primera introducción a la teoría de la reforma, se extendía con amplitud —a la Carta Magna y más allá— en busca de precedentes, y se inspiraba tanto en el ejemplo anglosajón como en el norteamericano.[23] Y, después de la Revolución francesa, los teóricos de las sociedades populares incorporaron en gran parte los *tythings*[24] anglosajones

[20] Señor rural, propietario de tierras: en especial se refiere al principal propietario de un pueblo o distrito. *(N. de la T.)*

[21] Designa el conjunto de los campesinos o labradores libres de Inglaterra, propietarios independientes y/o arrendatarios de tierras. *(N. de la T.)*

[22] C. Wyvill, *Political Papers*, v, pp. 389-390, 399-400.

[23] La Sociedad Constitucional estuvo inactiva durante los últimos años de la década de 1780, pero fue muy activa después de 1790, con Horne Tooke como miembro destacado.

[24] Conjunto de diez personas. Cada miembro del grupo debía responder de la nueva conducta o de los daños causados por cualquier otro miembro del *tything*. *(N. de la T.)*

es el *Witenagemot*[25] y las leyendas del reinado de Alfredo. Para muchos jacobinos, la «prístina pureza» y «nuestros antepasados» se amoldaban a casi cualquier innovación constitucional para la cual se pudiera improvisar un precedente sajón. John Baxter, un platero de Shoreditch, líder de la S. C. L. y compañero de prisión de Hardy durante los procesos por traición, encontró tiempo para publicar, en 1796, una *New and Impartial History of England* de más de ochocientas páginas en la que el precedente sajón casi no se puede distinguir del estado natural, del buen salvaje o del pacto social originario. «En sus orígenes —suponía Baxter— la Constitución debió ser libre.» La historia era la historia de su corrupción, «los britanos fueron dominados primero por los romanos, a continuación por los sajones, éstos de nuevo por los daneses y, finalmente, todos por los normandos». En cuanto a la Revolución de 1688, ésta «no hizo más que expulsar a un tirano y confirmar las leyes sajonas». Pero había muchas de esas leyes que todavía debían ser restablecidas y, junto al sufragio masculino adulto, las que más importantes le parecían a John Baxter eran la ausencia de un ejército permanente y el derecho de cada ciudadano a ir armado. Había llegado al derecho del pueblo de desafiar la Constitución, mediante laboriosos argumentos constitucionales.

No obstante, como ha mostrado el señor Christopher Hill en su estudio de la teoría del «yugo normando», esas controversias constitucionales, elaboradas y a menudo engañosas, tenían una trascendencia real.[26] Incluso las formas de argumento anticuario esconden importantes diferencias de énfasis político. Desde el anónimo *Historical Essay on the English Constitution* (1771) hasta los primeros años de la década de 1790, los reformadores más avanzados estuvieron marcados por su afición a citar el ejemplo sajón. Mucho antes, Tom Paine había publicado su *Sentido común* (1776), cuyos argumentos apenas conducían al recurso del precedente:

> Un bastardo francés que desembarca con un ejército de bandidos y se hace él mismo rey de Inglaterra, contra el consentimiento de los nativos, es, en términos llanos, un prototipo de canalla, muy miserable. En verdad, no había en él ninguna divinidad (...) La verdad simple y llana es que la antigüedad de la monarquía inglesa no resistiría una investigación.

Pero esto se publicó en territorio norteamericano y, como veremos, tal declaración iconoclasta sólo se conoció en Inglaterra después de la Revolución francesa y la publicación de *Los derechos del hombre*: «Si la sucesión sigue la línea del Conquistador, la nación

[25] Asamblea de los Witan, Consejo nacional de la época anglosajona. *(N. de la T.)*
[26] En *Democracy and the Labour Movement*, ed. de P. Saville, 1954, esp. pp. 42-54.

sigue en la línea de ser conquistada, y se debería rescatar a sí misma de este camino.» Mientras tanto, la teoría del «yugo normando» daba signos de una asombrosa vitalidad; e incluso tuvo un resurgimiento en los círculos jacobinos, después de 1793, cuando Paine fue conducido al exilio y sus *Derechos del hombre* fueron prohibidos como libelo sedicioso.

En parte, esta era una cuestión de conveniencia. El proceso de Paine puso de manifiesto los límites de la libertad permitida dentro de las convenciones del constitucionalismo. Negar por completo el recurso a «nuestros antepasados» era altamente peligroso. Cuando Henry Yorke, el reformador de Sheffield, fue procesado en 1795, su defensa se basó en este punto: «En casi todas las intervenciones me esmeré en contradecir las doctrinas de Thomas Paine, que denegaban la existencia de nuestra constitución (...) Declaré continuamente lo contrario, que teníamos una buena constitución (...) Este magnánimo gobierno proviene de nuestros padres sajones, y de la prodigiosa inteligencia del inmortal Alfredo.» Incluso John Baxter, cuyos «sajones» eran jacobinos y *sans-culottes* sin excepción, creía conveniente distanciarse él mismo de la total falta de respeto de Paine: «Aunque respetamos mucho las opiniones del señor Thomas Paine (...) no podemos estar de acuerdo con él en que no tenemos constitución; su equivocación parece surgir de no haber llevado sus puntos de vista más allá de la conquista normanda.»

Pero era más que conveniencia. De acuerdo con la leyenda, el precedente sajón legitimaba una monarquía constitucional, un parlamento libre basado en el sufragio masculino adulto y el imperio de la ley. Al presentarse como «patriotas» y constitucionalistas, hombres como el comandante Cartwright y Baxter estaban intentando hacer suya la retórica de una época.[27] Parecía que si las cosas se decían tan francamente como Paine las había puesto en *Sentido común*, entonces los reformadores se verían obligados a retirarse por completo del debate constitucional y a fundamentar sus demandas en la razón, la conciencia, el individualismo y las verdades «evidentes». Para muchos ingleses del siglo XVIII, cuyas mentes estaban nutridas en una cultura constitucionalista, la idea era escandalosa, aterradora y peligrosa en sus implicaciones.

[27] Esta retórica aparece en lugares inverosímiles. Un programa de finales del siglo XVIII anunciaba: «esa muy antigua, leal, nacional, constitucional y legítima diversión: acoso de osos con perros.» Las sociedades jacobinas provinciales se definían habitualmente, entre 1792 y 1796, como constitucionales o patrióticas. La viuda de John Telwall, cuando estaba compilando la vida de aquel, se esmeró en destacar que su marido era «descendiente de una familia sajona», mientras que Joseph Gerrald, cuando proponía el peligroso expediente de una Convención Nacional, citaba como precedentes las «asambleas de la población» de «nuestros antepasados sajones».

Y, sin embargo, era necesario que se rompiera esa retórica, porque —incluso cuando estaba adornada en los improbables términos sajones de Baxter— implicaba la absoluta inviolabilidad de determinadas convenciones: el respeto hacia la institución monárquica, hacia el principio hereditario, hacia los derechos tradicionales de los grandes terratenientes y la iglesia oficial, y hacia la representación, no de los derechos humanos, sino de los derechos de propiedad. Una vez enredados en los argumentos constitucionales —incluso cuando éstos se utilizaban para promover las demandas de sufragio masculino adulto—, los reformadores quedaban atrapados en las trivialidades poco sistemáticas de la renovación constitucional. Para que surgiera un movimiento plebeyo, era esencial escapar completamente a esas categorías y situar delante demandas de una mayor amplitud democrática. En los años que van desde 1770 a 1790, podemos observar una paradoja dialéctica gracias a la cual la retórica del constitucionalismo contribuyó a su propia destrucción o superación. Quienes, en el siglo XVIII, leían a Locke o los comentarios de Blackstone encontraban en ellos una crítica aguda de los manejos de facción y de los intereses que había en la no reformada Cámara de los Comunes.[28] La primera reacción fue criticar la práctica del siglo XVIII a la luz de su propia teoría; la segunda reacción, más tardía, fue desacreditar la teoría en sí misma. Y en este punto, fue cuando Paine entró en escena, con *Los derechos del hombre*.

La Revolución francesa había sentado un precedente de un tipo más amplio: se había redactado una nueva Constitución, a la luz de la razón y a partir de unos principios básicos, que arrojaba «los exiguos, rancios, lúgubres métodos / De la costumbre, la ley y la sanción» a las sombras. Y no fue Paine, sino Burke, quien perpetró el primer y principal abandono de los fundamentos del argumento constitucional. El ejemplo francés, por una parte, y los laboriosos reformadores que desenterraban el precedente anterior a 1688 o el precedente prenormando por la otra, habían logrado que el viejo fundamento llegara a ser insostenible. En sus *Reflections on the French Revolution* (1790) Burke reemplazó la autoridad del precedente por la de la sabiduría y la experiencia, y el respeto hacia la Constitución por el respeto hacia la tradición: aquella «asociación (...) entre los que están vivos, los que están muertos y los que tienen que nacer». La teoría de los frenos y equilibrios sobre el ejercicio de poderes específicos se tradujo en la atrevida idea de frenos y equilibrios sobre las imperfecciones de la naturaleza del hombre:

[28] Erskine basó la defensa de Paine, en el proceso que se le hizo *in absentia*, en pasajes extraídos de Blackstone, mientras que el reformador de Sheffield, Yorke, leía fragmentos de Locke en las manifestaciones públicas. *Cf. Trial of Thomas Hardy*, 1794, p. 108.

La ciencia de la construcción de una *commonwealth* (...) no es para enseñarla *a priori* (...) La naturaleza del hombre es intrincada; los propósitos de la sociedad son de la mayor complejidad posible y, por lo tanto, ninguna simple disposición o instrucción del poder se puede adecuar ya sea a la naturaleza del hombre o a la importancia de sus asuntos (...) Los derechos de los hombres en los gobiernos están (...) a menudo en equilibrios entre las diferencias de provecho; en un término medio a veces entre el bien y el mal, y a veces entre el mal y el mal.

Los reformadores radicales «están tan enfrascados en sus teorías sobre *Los derechos del hombre*, que han olvidado su naturaleza (…) Debido a su impetuosa precipitación y a su desafío del proceso de la naturaleza, se han entregado a ciegas a todo intrigante y aventurero, a todo alquimista y empírico».[29]

El argumento se deduce a partir de una naturaleza moral del hombre, en general; pero continuamente vislumbramos el hecho de que no era tanto la naturaleza moral de una aristocracia corrupta lo que alarmaba a Burke, como la naturaleza del populacho, «la cochina multitud». El gran sentido histórico de Burke le llevaba a suponer un «proceso de una naturaleza» tan compleja y dilatoria que cualquier innovación estaba llena de peligros ocultos: un proceso en el que el pueblo común podría no participar. Si Paine estaba equivocado al rechazar las advertencias de Burke —ya que sus Derechos de hombre fueron escritos en réplica a Burke—, tenía razón al desenmascarar la inercia de los intereses de clase que subyacen en su particular argumentación. El juicio académico ha tratado a los dos hombres de forma extraña. Se ha exagerado la reputación de Burke como filósofo político, sobre todo en los últimos años. Se ha rechazado a Paine como un mero divulgador. En realidad, ninguno de los dos escritores era suficientemente sistemático para figurar como teórico político importante. Los dos eran ensayistas de talento, ambos son menos notables por lo que dicen que por el *tono* en que lo dicen. Paine carece de cualquier profundidad de lectura, de cualquier sentido de seguridad cultural, y le traiciona su carácter arrogante e impetuoso en pasajes de una mediocridad que las mentes académicas siguen lamentando y que hace que lo arrinconen con un solo vistazo. Pero la mentalidad popular recuerda a Burke menos por su penetración que por su impertinencia del momento: «la cochina multitud», su traicionera frase que revelaba otro tipo de insensibilidad de la que Paine era incapaz. La mancha de Burke estropea la compostura de la fina cultura del siglo XVIII. En toda la airada producción popular de folletos que siguió, casi podría parecer que los temas se podían definir en cinco palabras:

[29] *Reflections on the French Revolution*, edición Everyman, pp. 58-59, 62, 166.

el epíteto de dos palabras de Burke por una parte y el título de tres palabras de Paine por la otra. Con monótona invención los folletistas populares hicieron variaciones satíricas sobre el tema de Burke: *Despojos de Cerdo, Carne de Puerco, Hayucos y Bellotas: Recogidas por el Viejo Hubert, Política para el Pueblo: Salmagundi*[30] *para los cochinos* —con la colaboración de «Hermano Gruñón», *Porculus* y *Ad nauseam*— eran los títulos de los folletos y los periódicos. La pocilga, los porqueros, el tocino; y así prosigue. «Mientras vosotros estáis (...) atracándoos en comedores atestados de delicados despojos, nosotros, con nuestro numeroso séquito de *puercos*, nos dedicamos, desde que sale el sol hasta que se pone, a conseguir los medios de subsistencia, (...) recogiendo unas pocas bellotas», así reza un *Address to the Hon. Edmund Burke from the Swinish Multitude* (1793). Nunca otras palabras han irritado tanto al «inglés libre por nacimiento», ni le han hecho tan sensato en la respuesta.

Puesto que *Los derechos del hombre* es un texto básico del movimiento obrero inglés, debemos examinar sus argumentos y su tono de forma mucho más atenta.[31] Paine escribió en territorio inglés, pero lo hizo como un norteamericano con reputación internacional que había vivido durante cerca de quince años en el vigorizante ambiente del experimento y la actitud iconoclasta con respecto a la Constitución. «Quería saber —escribió en el prefacio a la segunda parte— de qué forma sería recibida una obra escrita en un estilo de pensamiento y de expresión distinto a lo que ha sido tradicional en Inglaterra.» Desde el principio rechazó el marco del argumento constitucional: «Lucho por los derechos de los *vivos* y contra el hecho de que sean legados y controlados y estipulados por la supuesta autoridad manuscrita de los muertos.» Burke deseaba «transmitir los derechos de la posteridad para siempre, sustentados en la autoridad de un enmohecido pergamino», mientras que Paine afirmaba que cada generación sucesiva tenía la capacidad de definir sus derechos y su forma de gobierno de nuevo.

En cuanto a la Constitución inglesa, no existía nada de eso. Como máximo, era un «sepulcro de precedentes», un tipo de «Papado Político»; y «el gobierno mediante el precedente, sin hacer ninguna consideración del principio del precedente, es uno de los

[30] Comida elaborada con carne picada, anchoas, huevos, cebollas, aceite y condimentos. *(N. de la T.)*

[31] Paine volvió a Inglaterra en 1787 y estaba muy absorto en sus experimentos en torno a la construcción de puentes. La primera parte de *Los derechos del hombre* se publicó en 1791; la segunda parte en 1792. La biografía más reciente de Paine: A, O. Aldridge, *Man of Reason* (1960), es completa pero sencilla y añade poco a nuestro conocimiento acerca de la influencia de Paine en Inglaterra y de sus conexiones. Se debería leer junto con la animada pero partidista *Life* (1892) de Moncure D. Conway; o el breve retrato de H. N. Brailsford en *Shelley, Godwin and their Circle.*

sistemas más viles que se pueden establecer». Todos los gobiernos, excepto los de Francia y Norteamérica, derivaban su autoridad de la conquista y la superstición: sus fundamentos descansaban sobre «el poder arbitrario». Y Paine reservaba sus particulares improperios para el respeto supersticioso que iba unido a los medios por los que se aseguraba la continuación de este poder: el principio hereditario. «Una banda de criminales invade un país, y lo somete a contribuciones. Una vez establecido su poder de ese modo, el jefe de la banda se las ingenia para cambiarse el nombre de Ladrón por el de Monarca; y he aquí el origen de la Monarquía y los Reyes.» Por lo que se refiere al derecho de herencia, «heredar un Gobierno es heredar al Pueblo, como si fueran rebaños y piaras». «Los Reyes se suceden unos a otros, no como seres racionales, sino como animales (...) Ser un trabajador manual corriente y moliente requiere algún talento; pero ser un Rey sólo requiere la figura animal de un hombre: una especie de autómata que respire.» Continúa:

> No está muy lejano el momento en que Inglaterra se reirá de sí misma por enviar a buscar hombres a Holanda, Hanover, Zell o Brunswick, gastándose un millón al año, que no comprenden ni sus leyes, ni su lenguaje, ni su interés y cuyas capacidades apenas les hubieran facultado para el cargo de guardias de una parroquia.

«¿Para qué mantener entonces a esos hombres?», preguntaba Paine:

> Chambelanes, Pensionistas, Señores de la Alcoba, Señores de la Cocina, Señores de lo Necesario y el Señor sabe de cuántas cosas más; todos ellos pueden encontrar tantas razones en favor de la monarquía como suman sus salarios, pagados a costa del país; pero si le pregunto al labrador, al fabricante, al negociante, al hombre de oficio (...) al trabajador corriente, de qué le sirve la monarquía, no me puede dar respuesta. Si le pregunto qué es la monarquía, cree que es algo parecido a una sinecura.

El sistema hereditario, en general, estaba condenado al mismo desprecio:

> Un gobernante hereditario es tan absurdo como un autor hereditario.

Todo esto era blasfemia y algo tiene de ese temerario aire. Paine encontró incluso que la sagrada *Declaración de derechos* era «una *Declaración de males*[32] y una ofensa». No se trata de que Paine fuera el primer hombre que pensaba de ese modo: muchos ingleses del

[32] En inglés: «a *bill of wrongs* and of insult», en referencia al *Bill of Rights* (Declaración de derechos). Juego de palabras con el término *right*, que en inglés significa «derecho» y «bien», y el término *wrong* que significa «mal». (*N. de la T.*)

siglo XVIII debieron tener privadamente esas ideas. Él fue el primero que se atrevió a expresarse con tal irreverencia; y con un libro destruyó tabúes centenarios. Pero Paine hizo mucho más que eso. En primer lugar, apuntaba hacia una teoría del Estado y del poder de clase, aunque de forma confusa y ambigua. En *El sentido común* había seguido a Locke en su consideración del gobierno como un «mal necesario». En la década de 1790, las ambigüedades de Locke parecen dividirse en dos partes, una Burke y la otra Paine. Donde Burke da por sentado el gobierno y examina su funcionamiento a la luz de la experiencia y la tradición, Paine habla como representante de los gobernados y da por supuesto que la autoridad de gobierno deriva de la conquista y el poder heredado en el seno de una sociedad dividida en clases. Las clases se definen de una forma tosca: «hay dos clases distintas de hombres en la nación, los que pagan impuestos y los que reciben y viven de los impuestos»; y en cuanto a la Constitución, es buena para: «cortesanos, chambelanes, pensionistas, *borough-holders*[33] y los líderes de los Partidos (...); pero es una mala Constitución para, al menos, noventa y nueve de las cien partes de la nación.»

De ahí también, la guerra entre los propietarios y los no propietarios: «cuando los ricos despojan a los pobres de sus derechos, esto se convierte en un ejemplo para que los pobres despojen a los ricos de su propiedad.»[34] Con este argumento el gobierno aparece como el parasitismo de la corte: los impuestos son una forma de robo, para los pensionistas y para las guerras de conquista, mientras «la totalidad del Gobierno Civil la lleva a cabo el Pueblo de toda ciudad y región, por medio de los funcionarios de las parroquias, los magistrados, las *quarterly sessions*,[35] los jurados y el *assize*,[36] sin dificultad en comparación con lo que se llama el Gobierno». Así que —en este punto— estamos cerca de una teoría del anarquismo. Lo que se necesita no es tanto la reforma como la abolición del gobierno: «en el instante en que el Gobierno formal es abolido, la sociedad empieza a actuar.»

Por otra parte, la «sociedad», al actuar a través de un sistema representativo como gobierno, abría nuevas posibilidades que, de pronto, se encendieron en la mente de Paine mientras escribía el crucial capítulo cinco de la segunda parte de *Los derechos del hombre*. Aquí, después de ensalzar el comercio y la empresa industrial,

[33] Perceptores de rentas urbanas. *(N. de la T.)*
[34] Estos últimos tres párrafos están tomados de: Paine, *Letter Addressed to the Addressers*, 1792, pp. 19, 26, 69. Todos los demás son de *Los derechos del hombre*.
[35] Sesiones que se realizan periódicamente en cada condado de Inglaterra, con el objetivo de administrar justicia civil y criminal, a las que asisten jueces que actúan por comisión especial. *(N. de la T.)*
[36] Tribunales de jueces de paz de los condados, de jurisdicción civil y limitada que actuaban trimestralmente. *(N. de la T.)*

darle de tortas a la dominación colonial —y, más adelante, proponer el arbitrio internacional en lugar de la guerra—, asestarle unos golpes al código penal («barbaridad legal»), denunciar las cartas de privilegios exclusivos, las corporaciones y los monopolios y quejarse contra la carga de la fiscalidad, vino a detenerse un momento en los pecados de la aristocracia terrateniente:

> ¿Por qué (...) el señor Burke habla de esta Cámara de los Pares como el pilar del interés de la tierra? Si este pilar se hundiera en la tierra, continuarían los mismos bienes raíces, y el mismo arado, siembra y siega seguirían existiendo. La Aristocracia no son los labradores que trabajan la tierra (...) sino los meros consumidores de la renta.

Y esto le condujo a propuestas poco detalladas, de más largo alcance, para recortar los costes del gobierno, el ejército y la armada: perdonar los impuestos y las contribuciones a los pobres; establecer un tributo supletorio mediante un impuesto gradual sobre la renta, elevándolo a 20 chelines por libra a partir de las 23.000 libras, y dar el dinero aumentado o ahorrado, en cantidades para mitigar la situación de los pobres. Propuso subsidios familiares: fondos públicos para permitir la educación general de todos los niños; pensiones de vejez, «no como una cuestión de distinción y favor, sino de derecho», porque a los receptores sólo se les devolvería una parte de lo que ellos habían aportado a través de los impuestos; un subsidio de natalidad, un subsidio para parejas recién casadas, un subsidio para los funerales de los indigentes; y la construcción, en Londres, de casas de huéspedes combinadas con talleres para asistir a los inmigrantes y a los desempleados:

> Con el funcionamiento de este plan, las leyes de pobres, esos instrumentos de tortura civil, serán reemplazadas (...) Los pobres agonizantes no serán arrastrados de un lugar a otro para morir, como represalia de una parroquia sobre otra. Las viudas tendrán una manutención para sus hijos (...) y los hijos no serán ya considerados como un aumento de las desgracias de sus padres (...) El número de pequeños delitos, consecuencia de la desgracia y la pobreza, se reducirá. Los pobres, al igual que los ricos, estarán interesados en dar apoyo al Gobierno, y la causa y el temor a los motines y tumultos dejarán de existir. Tú, que estás cómodamente sentado y te consuelas en la abundancia (...) ¿has pensado en estas cosas?

Este es Paine en sus mejores momentos. El éxito de la primera parte de *Los derechos del hombre* fue grande, pero el éxito de la segunda parte fue fenomenal. Fue esta parte —y en especial las secciones como éstas— la que tendió un puente entre las tradiciones más antiguas del «hombre de la *Commonwealth*» *whig* y el radicalismo de

los cuchilleros de Sheffield, los tejedores de Norwich y los artesanos de Londres. Mediante esas propuestas, la reforma se puso en relación con las experiencias cotidianas de la penuria económica. Por muy engañosos que fueran algunos de los cálculos financieros de Paine, las propuestas dieron un nuevo carácter constructivo al conjunto de la agitación reformista. Si el comandante Cartwright formuló las demandas específicas en favor del sufragio masculino adulto, que iban a constituir la base de un centenar de años de agitación —y Mary Wollstonecraft, con sus *Right of Women*, inició una era de lucha para el segundo sexo, incluso más larga—, Paine, en este capítulo, sentaba las bases para la legislación social del siglo XX.

Pocas de las ideas de Paine eran originales, excepto quizá las de este capítulo «social». «Los hombres que se entregan a su poderoso genio de la forma en que lo hace Paine, no son investigadores»; el comentario es de William Blake. Lo que Paine dio al pueblo inglés fue una nueva retórica del igualitarismo radical, que conectaba con las más profundas reacciones del «inglés libre por nacimiento» y que impregnaba las actitudes subpolíticas de los obreros urbanos. Cobbett no fue un verdadero painita y Owen y los socialistas primitivos aportaron una línea completamente nueva; pero la tradición de Paine recorre con fuerza el periodismo popular del siglo XIX: Wooler, Carlile, Hetherington, Watson, Lovett, Holyoake, Reynolds, Bradlaugh. En la década de 1880 sufre un enérgico reto, pero la tradición y la retórica todavía están vivas en Blatchford y en el llamamiento popular de Lloyd George. Casi podemos decir que Paine estableció un nuevo marco dentro del cual estuvo confinado el radicalismo durante cerca de cien años, tan claro y tan bien definido como el constitucionalismo al que reemplazaba. ¿Cuál era este marco? Ya lo hemos visto, el desprecio por los principios monárquicos y hereditarios:

> Desapruebo los gobiernos monárquicos y aristocráticos, por muy reformados que estén. Las distinciones hereditarias y el orden privilegiado de toda especie (...) necesariamente deben contrarrestar el progreso del perfeccionamiento humano. De ahí se deduce que no me cuento entre los admiradores de la Constitución británica.

Las palabras resultan ser de Wordsworth, en 1793. Y también son de Wordsworth las retrospectivas líneas que reviven, más que cualquier otro, el optimismo de aquellos años revolucionarios, cuando —caminando con Beaupuy— se encontró a una «hambrienta» muchacha campesina:

Y mi amigo ante la visión
Dijo con inquietud: «Es contra *eso*
Contra lo que luchamos», yo, como él, creía
Que se extendía un espíritu benigno
Al que nada se podría resistir, aquella miseria
Absoluta, en poco tiempo
Desaparecería, para que viésemos la tierra
Libre de cercas en su deseo de recompensar
A las sumisas, humildes criaturas del trabajo,
Aniquiladas para siempre las instituciones
Que legitimaban la exclusión, la ostentación vacía
Abolidos el Estado materialista y el poder cruel,
Ya fuese por edicto de uno o de unos pocos;
Y finalmente, como culminación de todo,
Que viésemos al pueblo detentando un gran poder
Para poder disponer sus propias leyes; y por consiguiente
tuviésemos mejores días para toda la humanidad.[37]

Un optimismo que Wordsworth iba a perder al cabo de poco, pero al que el radicalismo se adhería con tenacidad, basándolo en premisas que Paine no se había detenido a examinar: una fe ilimitada en las instituciones representativas; en el poder de la razón; en palabras de Paine: «una suma de buen sentido que yace en un estado latente» entre el pueblo llano, y en la creencia de que «el Hombre, si no fuera corrompido por los Gobiernos, es, por naturaleza, el amigo del Hombre, y esta naturaleza humana no es perversa en sí misma». Y todo eso expresado en un tono intransigente, impetuoso e incluso presuntuoso, con el recelo del hombre autodidacto respecto a la tradición y las instituciones académicas —«se sabía de memoria todos sus propios escritos y no sabía nada más», fue el comentario de uno de los conocidos de Paine— y una tendencia a esquivar los problemas teóricos complejos con un poco de empirismo y un llamamiento al «Sentido Común».

Tanto la fortaleza como las debilidades de este optimismo se reprodujeron una y otra vez en el radicalismo de la clase obrera del siglo XIX. Pero los escritos de Paine no iban dirigidos en especial a la población obrera, como algo distinto de los labradores, los

[37] *And at the sight my friend / In agitation said, «'Tis against that / That we are fighting», i with him believed / That a benignant spirit was abroad / Which might not be withstood, that poverty / Abject as this would in a little time / Be found no more, that we should see the earth / Unthwarted in her wish to recompense / The meek, the lowly, patient child of toil, / All institutes for ever blotted out / That legalised exclusion, empty pomp / Abolished, sensual state and cruel power, / Whether by edict of the one or few; / And finally, as sum and crown of all, / Should see the people having a strong hand / In framing their own laws; whence better days / To all mankind.*

hombres de oficio y los profesionales. La suya era una doctrina adecuada para la agitación entre «innumerables miembros»; pero no ponía en cuestión ni los derechos de propiedad de los ricos, ni las doctrinas del *laissez faire*. Sus propias relaciones se daban, muy claramente, con hombres de las clases no representadas de fabricantes y comerciantes; con hombres como Thomas Walker y Holcroft; con la Sociedad Constitucional más que con la S. C. L. Sus propuestas de un impuesto gradual sobre la renta anticipan ideas de más largo alcance sobre redistribución de la propiedad; pero iban dirigidas a la aristocracia de grandes propietarios, de la que le disgustaba el principio hereditario junto con la costumbre de la primogenitura. En términos de democracia política deseaba igualar todas las distinciones y privilegios heredados, pero no contemplaba la igualación económica. En la esfera política, todo hombre debe tener iguales derechos como ciudadano; en la esfera económica, debe continuar siendo patrono o empleado, y el Estado no debería interferir ni en el capital, ni en los salarios. *Los derechos del hombre* y *La riqueza de las naciones* deberían complementarse y nutrirse uno a otra. Y también en eso, la tradición principal del radicalismo obrero del siglo XIX tomó su carácter de Paine. Hubo épocas, en los momentos álgidos de los owenitas y los cartistas, en que otras tradiciones llegaron a ser dominantes. Pero después de cada recaída, el sustrato de los supuestos painitas quedaba intacto. La aristocracia era el objetivo principal, su propiedad podía ser amenazada —incluso por lo que se refiere a la nacionalización de la tierra y al impuesto único de Henry George— y sus rentas consideradas como exacción feudal de la época del «bastardo francés» y sus «bandidos armados»; pero —por muy fuerte que fuera la lucha de los *trade unionists* contra sus patronos— el capital industrial se consideraba como el fruto de una empresa y, por consiguiente, fuera del alcance de la intervención política. Hasta la década de 1880, por lo general, el radicalismo obrero permaneció paralizado dentro de este marco.

Otro elemento que Paine aportó a la tradición del siglo XIX: el verdadero painita —Carlile o James Watson o Holyoake— era también un librepensador. «Mi religión es hacer el bien», escribió Paine en *Los derechos del hombre*, y dejó aquí la cuestión. Pero se consideraba a sí mismo como el paladín de esos derechos contra «la era de la ficción y la superstición política, y de la astucia y el misterio»; y era natural que completase su trabajo con *La edad de la razón*, una serie ininterrumpida de improperios contra la religión del Estado y toda suerte de triquiñuelas de los curas. Paine escribió, no como un ateo, sino como un deísta; la primera parte, escrita en Francia en 1793 bajo la sombra de la guillotina, veía pruebas de la existencia de un Dios en el acto de la creación

y en el mismo universo, y apelaba a la razón como opuesta al misterio, el milagro o la profecía. En 1795, el libro fue publicado en Inglaterra por Daniel Isaac Eaton, quien sufrió no menos de siete procesos, y hacia 1812, 15 meses de prisión y tres años de destierro, por sus actividades como impresor. A pesar de las descaradas provocaciones de su tono, *La edad de la razón* contenía pocas cosas que pudieran sorprender a los deístas del siglo XVIII o a los unitaristas avanzados. Lo nuevo era el público popular al que atraía Paine y la gran autoridad de su nombre. La segunda parte, publicada en 1796, también por el valiente Eaton,[38] era un ataque a la ética del Antiguo Testamento y la veracidad del Nuevo, un atropellado ensayo de crítica bíblica:

> He (...) recorrido la Biblia, como un hombre recorrería un bosque con una hacha a su espalda y cortaría árboles. Ahí están, y los curas, si quieren, los pueden volver a plantar. Quizá podrán clavarlos en el suelo, pero nunca conseguirán hacerlos crecer.

Hay que decir que existen otros usos para los bosques. Blake reconocía la fuerza y la acometida de los argumentos de Paine, parafraseándolos en su propia taquigrafía inimitable:

> La Biblia es un completo engaño del Estado y, aunque el pueblo lo vio siempre, nunca pudo quitárselo de encima. Otro argumento es que todos los comentaristas de la Biblia son unos bellacos falsos e intrigantes, que con la esperanza de tener una vida mejor adoptan la religión del Estado (...) Podría nombrar a un centenar de ellos.

Pero Paine era incapaz de leer cualquier parte de la Biblia como —en palabras de Blake— «un Poema de imposibilidades verosímiles». Para muchos de los seguidores ingleses de Paine, durante los años de la represión, *La edad de la razón* era «una espada enviada para dividir». Algunos jacobinos que seguían perteneciendo a las iglesias disidentes o metodistas se sintieron enojados tanto con el libro de Paine, como con la oportunidad que daba a sus enemigos de montar un renovado ataque contra los «ateos» y los «republicanos». Las autoridades, por su parte, consideraron que la última ofensa de Paine superaba todos los ultrajes previos: había cogido los períodos moderados de los cómodos pastores unitaristas y el escepticismo de Gibbon, los había traducido a un inglés rudo y polémico y los había lanzado a los humildes. Ridiculizaba la autoridad de la Biblia con argumentos que podía entender un minero o una muchacha campesina:

[38] Eaton publicó una «Tercera Parte» en 1811 y fue sentenciado en 1812, a la edad de 60 años, a otros 18 meses de prisión y a la picota. T. S. Howell, *State Trials*, 1823, XXXI, pp. 927 y ss.

la persona a la que llaman Jesucristo, engendrada, dicen, por un espíritu, al que denominan santo, en el cuerpo de una mujer comprometida en matrimonio y casada más adelante, y a la que llaman virgen, setecientos años después de que esta absurda historia fuera contada (...) ¿podría creerse alguien a cualquier muchacha con un hijo que, hoy en día, dijera que ella había sido fecundada por un espíritu y que un ángel se lo había anunciado?

Cuando consideramos las bárbaras y perniciosas supersticiones que inculcaban en esa época las iglesias y las escuelas dominicales,[39] podemos darnos cuenta del efecto liberador que los escritos de Paine tuvieron en muchos espíritus. Ayudaba a los hombres a luchar, libres de la capa de respeto religioso que reforzaba el respeto debido al magistrado y al patrono, y lanzó a muchos artesanos del siglo XIX por un camino de fuerte independencia intelectual e investigación. Pero también debemos recordar las limitaciones de la «razón» de Paine: tenía labia, pero también una falta de recursos imaginativos que trae a la mente una de las críticas de Blake a la «visión única».[40] En el Libro del Eclesiastés, Paine sólo podía ver «la reflexión solitaria de un libertino maltrecho (...) que, evocando escenas de las que ya no puede disfrutar, exclama, ¡*Todo es vanidad*! Una gran parte de la metáfora y de los sentimientos es oscura...».

La edad de la razón no fue la única fuente del pensamiento libre del siglo XIX. En la década de 1790, se divulgaron otros muchos tratados y traducciones —compendios de Voltaire, D'Holbach, Rousseau— en los círculos jacobinos, de los cuales el más influyente fue *Ruins of Empire* de Volney. Era éste un libro más profundo e imaginativo que el de Paine, un original estudio comparativo sobre religión. Además, la alegoría de Volney sobre la evolución de las triquiñuelas de los curas se hacía corresponder con la alegoría del desarrollo del despotismo político; en su conclusión ofrecía un mensaje más general de tolerancia e internacionalismo que Paine. A diferencia de *Political Justice* de William Godwin, cuya influencia se redujo a un pequeño círculo sumamente culto,[41] el *Ruins* de Volney se publicó en forma de libro de bolsillo barato y estuvo en las

[39] Véase más adelante, cap. 11.

[40] Referencia a una carta de William Blake a Thomas Butt (22 de noviembre de 1802) en la que Blake indica: «May God us keep From Single vision & Newton's sleep» (Que Dios nos proteja de la visión única y del sueño de Newton). Blake se oponía al carácter unívoco del esquema mental newtoniano, en favor de una visión que hallara en cada elemento múltiples significaciones. *(N. del ed.)*

[41] El anarquismo filosófico de Godwin sólo llegó a un público obrero después de las guerras y entonces lo hizo, principalmente, a través de las notas a *Queen Mab* de Shelley, en las ediciones no autorizadas de Richard Carlile.

bibliotecas de muchos artesanos durante el siglo XIX. Su capítulo quince, la visión de una «Nueva Era», se divulgó con frecuencia como un folleto. En él, el narrador ve a una nación civilizada decidida a dividirse en dos grupos: los que «mediante trabajos útiles contribuyen al mantenimiento y conservación de la sociedad», por una parte, y sus enemigos por la otra. La abrumadora mayoría se encuentra en el primer grupo: «trabajadores, artesanos, hombres de oficio y toda profesión útil a la sociedad.» El segundo era «un pequeño grupo, una fracción sin valor»; «nadie, sino curas, cortesanos, contables públicos, jefes de tropas, en resumen, los representantes civiles, militares o religiosos del gobierno». Entre los dos grupos tiene lugar un diálogo:

> *Pueblo*: ¿Qué trabajo realizáis en la sociedad?
> *Clase privilegiada*: Ninguno, nosotros no estamos hechos para trabajar.
> *Pueblo*: Entonces, ¿cómo habéis adquirido vuestra riqueza?
> *Clase privilegiada*: Preocupándonos de gobernaros.
> *Pueblo*: ¡Gobernarnos! Nosotros trabajamos y vosotros disfrutáis; nosotros producimos y vosotros derrocháis; la riqueza mana de nosotros y vosotros la absorbéis. Hombres privilegiados, clase separada del pueblo, formad una nación aparte y gobernaros vosotros mismos.

Unos pocos de la clase privilegiada se unen al pueblo —continúa la visión—, pero los demás intentan intimidar al pueblo con tropas. Sin embargo, los soldados tiran sus armas al suelo y dicen: «Somos parte del pueblo.» A continuación, la clase privilegiada intenta engañar al pueblo con los curas, pero éstos son rechazados: «Curas y cortesanos, vuestros servicios son demasiado caros; en lo sucesivo tomaremos vuestros asuntos en nuestras manos.» Por un curioso efecto de traducción, los puntos de vista de Volney parecen más radicales en inglés que en francés. La noción del Estado u orden aristocrático parasitario se expone como la «clase» más generalizada de ricos y ociosos. De ahí arrancaría la sociología del radicalismo de posguerra, que dividía la sociedad entre las «Clases Productivas» o «Útiles» por un lado, y los cortesanos, los detentadores de prebendas, los poseedores de fondos, los especuladores y los parasitarios intermediarios por el otro.[42]

Sin embargo, Volney fue una influencia algo posterior. Paine dominó el radicalismo popular de los primeros años de la década de 1790. Es cierto que su torpe mentalidad polémica dio una estrechez de miras al movimiento que —con la euforia más sofisticada de Godwin— fue agriamente caricaturizado por los reformadores

[42] Véase especialmente la discusión de Wade y el *Gorgon*, más adelante, pp. 820 y ss.

desencantados, cuando se pasó de la Convención revolucionaria francesa al bonapartismo, por la vía del terror. La crítica y la caricatura, expresadas con los genios combinados de Burke, Wordsworth y Coleridge, han dominado las opiniones de muchos estudiosos contemporáneos expuestos, ellos mismos, a experiencias similares de desencanto revolucionario durante los pasados veinticinco años.

Ciertamente, entre algunos de los discípulos de Godwin y de Paine había una actitud mesiánica, de elegidos por los astros, que les hacía proclives a la aceptación de ideas superficiales —y a la larga vulgares— de la perfectibilidad humana:

> ¡Oh, Paine! junto a Dios, cuán infinitamente están millones de seres en deuda contigo por el pequeño residuo de sus libertades (...) Alejandros, Césares, Fernandos, Capetos, Federicos, Josés y Zarinas han (...) luchado ferozmente para esclavizar a la humanidad; pero te estaba reservado (...) ondear los estandartes celestiales de *Los derechos del hombre*, sobre las tambaleantes bastillas de Europa; romper los grilletes del despotismo de los tobillos de millones de seres y destruir aquellos yugos de opresión (...) preparados para los cuellos de más millones de seres aún por nacer.[43]

Siempre se encuentran actitudes como ésta en períodos de entusiasmo revolucionario. Pero si se aplica el mito de «totalitarismo» jacobino al contexto inglés, entonces es necesario refutarlo con las realidades más simples. Paine y sus seguidores ingleses no predicaban el exterminio de sus adversarios, sino que predicaban contra Tyburn y el sanguinario código penal. Los jacobinos ingleses abogaban por el internacionalismo, por el arbitrio en lugar de la guerra, por la tolerancia hacia los disidentes católicos y librepensadores, por la apreciación de la virtud humana en el «pagano, turco o judío». Mediante la agitación y la educación, pretendían transformar a «la muchedumbre», en palabras de Paine, de «seguidores de la *facción*» en seguidores del «*estandarte* de la libertad».

Esto no significa desechar las acusaciones contra algunos jacobinos ingleses, de ideas doctrinarias y experimentalismo moral frívolo, cuya expresión más notable se encuentra en el libro III de *Excursión* de Wordsworth. Estos han sido, a menudo, los vicios de la «izquierda». Paine tenía poco sentido histórico, su visión de la naturaleza humana era superficial y el suyo es un tipo de optimismo («No creo que la Monarquía y la Aristocracia se mantengan por siete años más en cualquiera de los países ilustrados de Europa») que la mentalidad del siglo XX encuentra manido y tedioso. Pero en nuestra época, la reacción contra la interpretación *whig* o

[43] Ciudadano Randol, de Ostende, *A Political Catechism of Man*, 1795, p. 8.

marxista de la historia ha sido tan grande, que algunos estudiosos han propagado una inversión ridícula de los papeles históricos: los perseguidos se ven como precursores de la opresión y los opresores como víctimas de la persecución. Y por ello, nos hemos visto obligados a reexaminar esas verdades elementales. Fue Paine quien depositó su fe en la libre actuación de la opinión en la «sociedad abierta»: «hoy no se le puede decir a la humanidad que no debe pensar o que no debe leer»; también fue Paine quien vio que en los debates constitucionales del siglo XVIII «la nación siempre estaba excluida del tema». Incluyendo a la nación *en* el tema, estaba obligado a poner en marcha unas fuerzas que no podía ni controlar ni prever. En eso consiste la democracia.

5

Plantar el árbol de la libertad

Debemos ahora volver a Thomas Hardy y a sus compañeros, que se reunieron en *The Bell*, en la Exeter Street, en enero de 1792. Hemos hecho este largo rodeo para sortear la muralla china que separa el siglo XVIII del siglo XIX, y la historia de la agitación obrera de la historia cultural e intelectual del resto de la nación. En Inglaterra los acontecimientos de la década de 1790 se ven, demasiado a menudo, como un destello que se reflejara de la toma de la Bastilla.[1] Pero los elementos que cristalizaron mediante el ejemplo francés —las tradiciones disidentes y libertarias [*libertarian*]— se remontan muy lejos en la historia inglesa. Y la agitación de la década de 1790, aunque sólo duró cinco años (1792-1796), fue extraordinariamente intensa y de largo alcance. Alteró las actitudes subpolíticas del pueblo, afectó los alineamientos de clase e inició tradiciones que se extienden hacia adelante hasta el presente siglo. No fue sólo agitación en torno a Francia, aunque los acontecimientos franceses a la vez la inspiraron y la complicaron. Fue una agitación inglesa, de unas dimensiones impresionantes, en favor de una democracia inglesa.[2]

El ejemplo francés rompió la compuerta del constitucionalismo. Pero el año fue 1792, no 1789, y las aguas que fluyeron a través de ella fueron las de Tom Paine. Una vía para acercarnos a estos acontecimientos son algunas impresiones del norte de Inglaterra en la segunda mitad de 1792. En verano, el ministro de la Guerra consideró que la situación era suficientemente seria como para

[1] Para las sociedades populares, véase G.S. Veitch, *The Genesis of Parliamentary Reform*, 1913; W.P. Hall, *British Radicalism*, 1791-97, Nueva York, 1912, y P.A. Brown, *The French revolution in English History*, 1918. Véase también J. Deschamps, *Les Iles Britanniques et la Revolution Française*, Bruselas, 1949; H. Collins, «The London Corresponding Society», en *Democracy and the Labour Mouvement*, compilado por J. Saville, 1954; W.A.L. Seaman, *British Democratic Societies in the French Revolution*, tesis doctoral no publicada, Londres, 1954.

[2] Por supuesto, también fue una agitación, si cabe más intensa, en favor de la independencia de Irlanda y la democracia en Escocia. Véase H.W. Meikle, *Scotland and the French Revolution*, Glasgow, 1912, R.B. Madden, *The United Irishmen*, 1842-1846.

enviar de viaje al lugarteniente del general ayudante para que averiguase la disposición de las tropas y su fiabilidad en un momento de emergencia. En Sheffield, «encontré que las doctrinas sediciosas de Paine y la gente facciosa, que intentan perturbar la paz del país, se habían extendido hasta un punto mucho más allá de lo que imaginaba». En Sheffield vio un «centro de todas sus maquinaciones sediciosas»: dos mil quinientos «de los trabajadores manuales más bajos» estaban inscritos en la principal asociación partidaria de la reforma —la Sociedad Constitucional—: «Ahí leían y comentaban las publicaciones más agresivas, así como su correspondencia no sólo con las sociedades que dependían de ella, en las ciudades y los pueblos vecinos, sino con aquellos que estaban (...) en otras partes del reino.»[3]

En el otoño y el invierno de 1792, Wilberforce, el diputado por Yorkshire, recibió noticias alarmantes de varios corresponsales. Wyvill le escribió acerca de «la actitud del pueblo bajo en el condado de Durham»:

> Una cantidad considerable de gente ha manifestado descontento hacia la Constitución, en Bernard Castle, y se han escrito en la plaza del mercado[4] las palabras «Abajo el rey», «Libertad» e «Igualdad». Durante los últimos disturbios entre los marineros en Shields y Sunderland, éstos se dirigieron al general Lambton de este modo: «¿Ha leído usted esta pequeña obra de Tom Paine?» «No». «Pues léala; a nosotros nos gusta mucho. Usted tiene una gran hacienda, general; pronto la dividiremos entre nosotros.»[5]

En noviembre un corresponsal escribía directamente a Pitt, desde North Shields, describiendo las huelgas y los motines de los marineros («P.S. Es espantoso narrarlo, en este momento la muchedumbre está conduciendo a algunos marineros y oficiales, que se han mostrado renuentes a atenerse a su modo de proceder, desnudos a través de la ciudad»), en términos que rayan en el pánico:

> Cuando miro alrededor y veo este país cubierto de miles de mineros, marineros, carreteros y otros trabajadores, formidables compañeros profundamente impresionados con las doctrinas de la igualdad y en la actualidad compuestos de una materia tan inflamable que la más mínima chispa lo convertirá en una llamarada, no puedo dejar de pensar que la indolencia de los magistrados es muy censurable.[6]

[3] Citado en Aspinall, *The Early English Trade Unions*, 1949, pp. 4-5.

[4] En el original: *market-cross*. En Inglaterra se acostumbraba erigir cruces en los lugares de reunión y, por excelencia, en el mercado. Luego estas palabras han pasado a designar el mercado. (*N. de la T.*)

[5] R. I. y S. Wilberforce, *Life of William Wilberforce*, 1838, II, p. 2.

[6] De Powditch a Pitt, 3 de noviembre de 1792, H. O. 42.22.

Un hombre importante le escribió a Wilberforce desde Leeds acerca de «la dañina obra de Paine (...) comprimida en un folleto de seis peniques, y vendida y distribuida con profusión (...) La puedes ver en las casas de los oficiales aprestadores de paños. Los soldados están conchabados por todas partes». «El estado del país (...) parece muy crítico», anotó Wilberforce en su diario e informó a su corresponsal de Leeds: «Estoy pensando en proponerle al arzobispo de Canterbury (...) que fije un día de ayuno y humillación.» Pero desde Leeds llegaron mejores noticias: una muchedumbre leal había desfilado por las calles,

> llevando una imagen de Tom Paine en lo alto de un palo, con una cuerda alrededor del cuello sostenida por un hombre que estaba detrás y que continuamente azotaba la efigie con un zurriago de carretero. Al final la imagen se quemó en la plaza del mercado, mientras la campana del mercado doblaba lentamente (...) En todos los rostros había una sonrisa (...) «Dios salve al rey» resonaba en las calles.[7]

Sin embargo, las calles de Sheffield presenciaron escenas de un carácter muy diferente. Se convocaron manifestaciones a finales de noviembre para celebrar las victorias de los ejércitos franceses en Valmy y el *Sheffield Register*, un periódico semanal que daba apoyo a los reformadores, informó de ellas el 30 de noviembre de 1792. Una procesión de cinco o seis mil personas llevó a través de las calles un buey asado descuartizado, entre disparos de artillería. En la procesión había:

> una caricatura que representaba a *Britannia*,[8] Burke cabalgando sobre un cerdo y una figura, cuya parte superior era el retrato del Ministro Escocés,[9] y la parte inferior la de un Asno (...) El estandarte de la Libertad yacía roto en el suelo, en él estaba escrito: «La Verdad es Mentira»; el Sol salía detrás de una Nube y el Ángel de la Paz extendía con una mano hacia abajo los «Derechos del Hombre» y tendía la otra para levantar a *Britannia*.

«Jamás había visto un grupo de villanos tan decidido y enérgico», subrayó un observador hostil. Hay algo poco habitual en ello: mineros, marineros, aprestadores de paños, cuchilleros; no eran sólo los tejedores y los trabajadores de Wapping y Spitalfields, cuyas pintorescas y ruidosas manifestaciones habían salido en apoyo de Wilkes, sino obreros de pueblos y ciudades de todo el país que exigían derechos *generales* para ellos. Fue esto —y no el Terror francés— lo que provocó el pánico entre las clases propietarias.

[7] Wilberforce, *op. cit.*, II, pp. 1-5.
[8] Nombre de la personificación de Gran Bretaña en una mujer. (*N. de la T.*)
[9] Henry Dundas, ministro del Interior.

Lo podemos ver si nos fijamos más atentamente en los acontecimientos que rodearon la publicación de *Los derechos del hombre*. Las primeras sociedades populares no se formaron hasta más de dos años después de la toma de la Bastilla. Entre las clases medias y altas había una buena disposición para acoger los primeros acontecimientos de la Revolución; incluso los tradicionalistas argüían que Francia se estaba alineando tardíamente con las ideas británicas de la «Constitución mixta». Los disidentes —y particularmente el doctor Price— fueron de los primeros en aprovechar el ejemplo francés, trazando analogías con Gran Bretaña y derivando de la Gloriosa Revolución el derecho a pedir cuentas a su propio «juez supremo». La agitación en favor de la revocación de los impedimentos contra los disidentes —las *Test and Corporation Acts*— alcanzó su punto álgido en el invierno de 1789-1790; y en el clima de grandes pasiones que creó esta campaña, así como el rechazo de la Revocación, se formaron las primeras Sociedades Constitucionales provinciales de los reformadores, a la vez que los primeros clubes de partidarios de la «Iglesia y el Rey», de sus aristocráticos oponentes. Las *Reflections* de Burke, en las que se criticaba al doctor Price, fueron el primer signo importante de una reacción general, que precedió a la proclamación de la república francesa y al primer terror contra los contrarrevolucionarios. En verdad, Burke sorprendió a muchos reformadores circunstanciales, entre los que se habían contado Pitt y el propio Burke durante un tiempo, e incluso a los tradicionalistas, debido a la vehemencia de sus argumentos. Como hemos visto, los motines de Birmingham favorables a la «Iglesia y al Rey», del verano de 1791, apenas pertenecen a la era «revolucionaria francesa». Aunque el pretexto para los motines fue un banquete para celebrar el aniversario de la caída de la Bastilla, tanto la propaganda de los jacobinos como la de los anti jacobinos apenas había penetrado en el pueblo. A partir de mayo de 1792, las manifestaciones anti jacobinas como las que describe Wilberforce en Leeds estuvieron mejor organizadas, compuestas más a menudo por personas desmoralizadas y esbirros y dirigidas de forma más abierta a la intimidación de los reformadores plebeyos.

Sin embargo, los motines de Birmingham suponen un momento de transición.[10] La evidente complicidad y satisfacción de las autoridades indignaron y fortalecieron a los reformadores que, en otras muchas partes del país, habían celebrado la caída de la Bastilla sin que se les importunara. También sirvieron, de forma aviesa, como

[10] Tienen un significado adicional, porque inhiben el desarrollo ulterior del movimiento radical en Birmingham. Si no hubiese sido por los motines, Birmingham —con sus numerosos pequeños menestrales y artesanos— se podría haber convertido en un centro jacobino dirigente, junto con Norwich y Sheffield.

un anuncio de sus actividades, en un momento en que la primera parte de *Los derechos del hombre* estaba aumentando su popularidad. Algunos magistrados de Lancashire detectaron un «malhumor general» al que los sucesos de Birmingham habían contribuido y lo relacionaban con «un espíritu de conspiración muy generalizado entre todo tipo de trabajadores y artesanos que se encuentran en un estado de descontento en relación a todo control legal».[11] Quizá como réplica a los sucesos de Birmingham, en agosto, en Londres, Horne Tooke, anterior lugarteniente de Wilkes, presidió una «Reunión Exclusiva de los Amigos de la Paz Universal y la Libertad» en la taberna Thatched House, en la que se hizo público un *Comunicado y Declaración*, en forma de cuartillas impresas, que señalaba en términos directos la importancia del ejemplo francés para Gran Bretaña.

El paso se acelera cuando, en el invierno de 1791-1792, se fundan varias sociedades reformistas en las provincias y en Londres. En febrero de 1792, se publicó la segunda parte de *Los derechos del hombre*, con su decisivo capítulo «social». En marzo se reorganizó la Sociedad Constitucional,[12] con Horne Tooke como líder, que iba a actuar como enérgico mediador entre las diferentes secciones de los reformadores. En abril varios pares *whigs* y parlamentarios fundaron una selecta Sociedad de Amigos del Pueblo, uno de cuyos objetivos era *contrarrestar* el extremismo inconstitucional de Paine y cuya principal aportación positiva fue la publicación del informe de una comisión que había investigado, con meticulosidad fabiana, el estado de la representación parlamentaria, la corrupción y el favoritismo. En mayo se hizo pública una proclama real contra las publicaciones sediciosas, dirigida en particular contra Paine. Aquel verano los ejércitos austroprusianos invadieron Francia; el rey y la reina fueron detenidos y se inició el primer terror contra los partidarios del *ancien régime*. La Convención se reunió en septiembre y se proclamó el primer año de la República. En noviembre John Reeves fundó su asociación anti jacobina; en diciembre Paine fue proscrito, *in absentia*, y se condenaron *Los derechos del hombre* como libelo sedicioso. En enero de 1793 el rey Luis fue ejecutado y en febrero empezó la guerra entre Inglaterra y Francia.

Si se insertan los acontecimientos así, equivocadamente, pueden resultar engañosos. Lo que es notable es el drástico cambio que tuvo lugar en los doce meses que van entre febrero de 1792 y febrero de 1793. Al principio de aquel año, Pitt esperaba, con toda confianza,

[11] Aspinall, *op. cit.*, p. 1.

[12] Es decir, la Sociedad de Londres, o nacional, para la Información Constitucional, que no tenía ramas provinciales. Las Sociedades Constitucionales, como las de Sheffield, Manchester y Derby, mantenían correspondencia con Londres —y a menudo con la S. C. L. así como con la S. I. C.— pero su fundación y su dirección eran independientes.

«quince años» de paz. Más de seis meses después, todavía tenía esperanzas de beneficiarse de la confusión de Francia, mientras mantenía la neutralidad inglesa. La proclama de mayo de 1792 significó la primera alarma seria de parte del gobierno por lo que se refiere a la propaganda painita, pero éste todavía se consideraba un tema puramente doméstico. Tres factores alteraron la situación. Primero, la rápida radicalización de la Revolución francesa después de las matanzas de septiembre. Segundo, la amenaza directa a los intereses ingleses y al equilibrio diplomático en Europa que representaba el fervor expansionista de la nueva República. Tercero, los peligrosos signos de confluencia entre el optimismo revolucionario en Francia y el creciente movimiento jacobino en casa. En noviembre de 1792, la Convención había hecho público su famoso decreto de «fraternidad y ayuda» a todos los pueblos. Más tarde, en el mismo mes, delegaciones fraternas de Londres y Escocia asistieron a la Convención y un diputado, Grégoire, saludó a la nueva república que pronto surgiría a las orillas del Támesis. Paine, en su exilio francés, fue elegido diputado por el Pas-de-Calais. Hacia diciembre se confirmó la política expansionista de los vacilantes girondinos, en Saboya, Renania, Niza y Bélgica; y se gritaba el eslogan «Guerra a los *châteaux*; paz en las casas de los campesinos». Las ocasiones reales para la guerra —la ejecución del rey Luis y el control del Escalda— concluyeron los doce meses que habían transformado a Pitt, de primer ministro del asentamiento económico, de la paz y la reforma paulatina, en el arquitecto diplomático de la contrarrevolución europea.[13] Y esta no fue la transformación de un hombre, sino la de una clase: la de los patricios, así como la de la *bourgeoisie* comercial e industrial, que habían puesto en Pitt su esperanza de racionalización económica y reforma política prudente.

De estos factores, generalmente se subestima el tercero: la profundidad y la intensidad de la agitación democrática en Inglaterra. El pánico y la ofensiva contrarrevolucionaria de los propietarios comenzaron en Inglaterra algunos meses antes de que se produjeran, en Francia, la detención del rey y las matanzas de septiembre. Cuando esto último tuvo lugar, todos los órganos de la autoridad utilizaron los medios disponibles para dar publicidad a los sufrimientos de las víctimas de la guillotina y de los *émigrés* franceses, no sólo a partir de un sentimiento de conmoción, sino también —y, quizá, en primer lugar— como un medio de contrarrestar la propaganda jacobina inglesa.

[13] Véase G. Lefebvre, *The French Revolution*, 1962, pp. 274-283. (Hay trad. cast.: *1789: La Revolución Francesa*, Laia, Barcelona, 1974.)

El éxito de la segunda parte de *Los derechos del hombre* fue, verdaderamente, fenomenal. La estimación, que se hacía en un folleto de 1793, de que las ventas alcanzaron un total de doscientos mil ejemplares en aquel año ha sido ampliamente aceptada y esto en una población de diez millones.[14] La segunda parte llegó rápidamente a una sexta edición, patrocinada por la Sociedad Constitucional y sociedades locales. Hannah More lamentaba que «los amigos de la insurrección, la infidelidad y el vicio llevaran tan lejos sus esfuerzos como para cargar asnos con sus perniciosos folletos y los repartieran no sólo por las casas de los campesinos y las carreteras, sino por las minas y los pozos de carbón».[15] En Sheffield se decía que «todos los cuchilleros» tenían un ejemplar. En Newcastle (Staffordshire) se decía que las publicaciones de Paine estaban «casi en todas las manos», y particularmente en las de los oficiales alfareros: «más de las dos terceras partes de este populoso vecindario están maduras para una revuelta, especialmente la clase más baja de habitantes.»[16] El libro de Paine se encontraba en las minas de estaño de Cornualles, en los pueblos de Mendip, en las Highlands de Escocia y, un poco más tarde, en la mayor parte de Irlanda. «Las partes septentrionales de Gales —lamentaba un corresponsal— están infestadas de predicadores metodistas itinerantes que disertan largamente sobre *Los derechos del hombre* y atacan al Gobierno Regio.»[17] «El libro —escribió un corresponsal inglés— se ha vuelto tan corriente hoy en día en este país como *Robinson Crusoe* y *El progreso del peregrino*.»[18]

En el proceso *in absentia* de Paine, el fiscal de la corona se quejaba de que *Los derechos del hombre* se «pone en manos de sujetos de todo tipo, incluso se envuelven con él los dulces de los niños». Dundas explicó que la proclama real de mayo de

[14] Las Reflections de Burke se vendían a 3s, y durante los dos primeros años se vendieron treinta mil ejemplares de las mismas. La primera parte de *Los derechos del hombre* también costaba 3s, y se vendieron cincuenta mil ejemplares en 1791. Hacia 1802, Paine declaraba que las dos partes habían alcanzado una tirada de cuatrocientos mil o quinientos mil ejemplares —y en 1809, se declaraban millón y medio— pero eso incluye las enormes ventas en Irlanda así como las traducciones europeas. Me inclino a aceptar la estimación de una venta de doscientos mil ejemplares en Inglaterra, Gales y Escocia, teniendo en cuenta las dos partes, y también las ediciones abreviadas que publicaron los clubes locales, de 1791 a 1793, aunque R. D. Altick nos advirtiera de que «ni una sola obra de ninguna literatura (…) se ha acercado jamás a esa tirada» Véase *The English Common Reader*, 1957, pp. 69-73.

[15] W. Roberts, *Memoirs of Mrs. Hannah More*, 1834, II, pp. 424-425.

[16] J. Massey, 22 de noviembre de 1792, H. O. 42.22; F. Knight, *The Strange Case of Thomas Walker*, 1957, p. 117.

[17] «Memorandum on Clubs», octubre 1792, en H. O. 42.22. Para el jacobinismo en Gales, véase D. Davies, *The Influence of the French Revolution on Welsh Life and Literature*, Camarthen, 1926, y M. P. Jones, «John Jones of Glan-y-Gors», *Trans. Cymmrodorian Society* (1909-1910).

[18] Benjamin Vaughan, 30 de noviembre de 1792, H. O. 42.22.

1792 estaba justificada «cuando grandes grupos de hombres en importantes ciudades industriales abrazaban y hacían circular doctrinas de tendencia tan perniciosa». Se afirmó con claridad que el bajo precio de las ediciones abreviadas agravaba el delito. La proclama se corroboró mediante reuniones cuidadosamente patrocinadas por todo el país. Los magistrados locales y el clero promovieron la elaboración de comunicados leales que condenaran a Paine y se formaron sociedades de la *gentry* «para mantener inviolable la gloriosa Constitución de la vieja Inglaterra». Se imprimieron veinte mil ejemplares de un panfleto difamatorio atacando a Paine, que fueron subvencionados a través del fondo del Servicio Secreto.[19] Paine replicó a este montaje para atacarle con una provocativa *Letter Addressed to the Addressers* en la que también la emprendió con los aristocráticos Amigos del Pueblo y ridiculizó el uso de peticiones como medio de reforma:

> Considero que la reforma del Parlamento, mediante la solicitud al Parlamento (...) es un asunto inútil y gastado, acerca del cual la nación está cansada (...) El derecho, y el ejercicio de este derecho, pertenece sólo a la nación y el medio apropiado es una convención nacional, elegida para ese fin por todo el pueblo.[20]

Esta forma de hablar, con un rey bajo arresto al otro lado del canal como consecuencia de una Convención Nacional, era revolucionaria. Pero antes de que se publicase la *Letter*, el propio Paine había cruzado el canal para evitar la detención. Sus últimas palabras fueron una carta, dirigida al fiscal general, desde «París, 11 de noviembre del primer año de la República», para ser leída en su proceso. Una sentencia contra él —decía— significaría lo mismo que una sentencia contra «el Hombre de la Luna»: en realidad, significaría una sentencia contra los derechos del pueblo de Inglaterra.

> Señor, las cosas se están poniendo demasiado serias para jugar con procesos judiciales (...) Los terribles ejemplos que han tenido lugar aquí, con hombres que hace menos de un año se sentían tan seguros como cualquiera de los que procesan, ya sean Jueces, Jurados o el Fiscal de la Corona lo puede estar en Inglaterra, deberían tener algún peso en su situación. Que el gobierno de Inglaterra es de una gran, si no la mayor, perfección en el fraude y la corrupción que siempre existió desde que se crearon los gobiernos es algo que no puede serle desconocido (...) ¿Es posible que usted, o puedo creer (...) que la capacidad de un hombre como el señor Guelp, o cualquiera de sus libertinos hijos, sea necesario para el gobierno de una nación?[21]

[19] En el invierno de 1792-1793; véase A. Aspinall, *Politics and the Press*, 1949, pp. 152-153.

[20] Paine, *loc. cit.*, p. 56. Eaton, que publicó la *Letter*, fue procesado, pero, en esta ocasión, fue absuelto por un amistoso jurado.

[21] Publicada íntegramente en *Proceedings on the Trial... against Thomas Paine*, 1793, de Joseph Gurney.

Pero incluso antes de que Paine adoptara un tono tan agresivo, sus escritos habían servido de piedra de toque para distinguir los diversos acentos entre los reformadores. Los aristocráticos Amigos del Pueblo se esmeraban en asegurar su lealtad hacia el acuerdo de 1688, en separarse de cualquier idea de Convención Nacional y del «ambiguo lenguaje de engaño» de Paine, «que (...) tiende a estimular un espíritu de innovación del que ningún saber es capaz de prever el efecto y ninguna habilidad puede dirigir el curso» (mayo de 1792).[22] Christopher Wyvill, el caballero reformador del Yorkshire, publicó *A Defence of Dr. Price* (1791) contra Burke, en la que aprovechaba la ocasión para deplorar los «dañinos efectos» de la obra de Paine, porque contribuían a «incitar a las clases más bajas del Pueblo hacia actos de violencia e injusticia».[23] Después de la publicación de la segunda parte de *Los derechos del hombre*, el tono de Wyvill se endureció. En su correspondencia a escala nacional con reformadores moderados ejercía su considerable influencia para instarles a crear una contra-agitación que aminorase el efecto de los «inoportunos y (...) perniciosos consejos del señor Paine». En abril de 1792, urgía a la Sociedad Constitucional de Londres para que se separase del «partido popular»:

> Como el señor Paine (...) basa sus propuestas en ofrecer pensiones a los pobres que deben ser extraídas de la riqueza superflua de los ricos, pensé que la tendencia extremadamente peligrosa de esas doctrinas inmorales exigía una oposición.

Sin duda alguna lo que produjo mayor alarma en Wyvill fue el agudo espíritu de antagonismo de clase cristalizado por la vinculación que hacía Paine de las demandas políticas con las económicas. «Es desafortunado para la causa pública —escribió a un caballero de Sheffield en mayo de 1792— que el señor Paine optara por este terreno inconstitucional, y haya formado un partido en favor de la República entre las clases más bajas del pueblo, ofreciéndoles la perspectiva de saquear a los ricos.»[24]

En la Sociedad Constitucional de Londres, de la que el propio Paine era miembro, los painitas eran más numerosos que los partidarios de Wyvill. La Sociedad había dado oficialmente la bienvenida a la primera parte de *Los derechos del hombre*, mientras que, al mismo tiempo, aprobaba una resolución general confirmando su apoyo a la Constitución mixta (marzo y mayo de 1791). Durante el resto del año los moderados perdieron terreno ante el inflexible

[22] Wyvill, *Political Papers*, III, Apéndice, pp. 154-155.
[23] *Ibid.*, III, Apéndice pp. 67-68. Debe decirse en favor de Wyvill que se opuso a cualquier procesamiento de Paine.
[24] *Ibid.*, V, pp. 1, 23-24, 51.

comandante Cartwright, el oportunista pero emprendedor Horne Tooke, el procurador jacobino John Frost y el círculo más cercano a Paine. «¡Por la Nueva Jerusalén, por el milenio y por que la paz y la eterna beatitud estén en el alma de Thomas Paine!», le escribió el dramaturgo Thomas Holcroft extáticamente a Godwin. En la reorganización de la Sociedad, a principios de la primavera de 1792, los partidarios de Paine obtuvieron un control incontestable. La segunda parte de *Los derechos del hombre* fue oficialmente bienvenida —y en particular las propuestas «sociales»— y la Sociedad inició una política de agitación mucho más enérgica. Tooke y Frost ayudaron a Hardy a promover la Sociedad de Correspondencia. Se empezó a mantener correspondencia con sociedades provinciales y, en mayo de 1792, con el Club Jacobino de París. Se publicaron octavillas, folletos y ediciones baratas de Paine y la Sociedad abrió una suscripción pública para la defensa de Paine, mientras que, en noviembre y diciembre de 1792, John Frost fue a París como delegado de la Sociedad, donde asistió al proceso del Rey. Las simpatías painitas de la S. C. L. y de las sociedades provinciales de Manchester, Norwich y Sheffield se declararon de igual modo. Thomas Cooper, un joven comerciante y unitarista de Bolton, además de un propagandista muy capaz, fue dominado por el entusiasmo cuando apareció la segunda parte:

> Me ha entusiasmado más que nunca desde el punto de vista político. Rebosa buen sentido por todas partes (...) intensificado además con una abundancia de material difamatorio. Lo considero una auténtica joya de libro (...) Burke no tiene nada que hacer para siempre jamás.[25]

Así pues, 1792 fue el *annus mirabilis* de Tom Paine. En doce meses su nombre se convirtió en una palabra familiar. Había pocos lugares en las Islas Británicas a los que su libro no hubiese llegado. Sirvió de piedra de toque al dividir a los caballeros reformadores y los patricios *whigs* de una minoría de industriales y profesionales radicales que buscaban una alianza con los trabajadores y los artesanos, aprobaban las propuestas sociales y económicas de Paine y tenían la vista puesta en dirección a una república. La decisión de Pitt, aplazada durante mucho tiempo, de procesar a Paine señaló el inicio de la era de la represión. La proscripción de Paine, y la prohibición de *Los derechos del hombre*, estuvo precedida y acompañada por un esfuerzo continuado, por parte de la autoridad, de enfrentarse con los reformadores. «Ahora que lo hemos puesto en marcha —escribió Paine a Walker en el verano de 1792— debemos seguir con las publicaciones baratas. Esto confunde a la *gentry* de

[25] Citado en Knight, *op. cit.*, pp. 63-64.

la corte más que cualquier otra cosa, porque es un terreno al que no están acostumbrados.»[26] Pero la «*gentry* de la corte» montó su propia ofensiva de publicaciones y estimuló su propia «regularidad de reloj» en los movimientos de sus seguidores. La Asociación para la Protección de la Propiedad contra los Republicanos y los *Levellers* de Reeves consolidó y reforzó numerosas sociedades de magistrados y de la *gentry*, que ya estaban formadas, sólo en réplica a las sociedades populares. En el invierno de 1792-1793, éstas intentaron reavivar e inflamar la técnica de la violencia de la muchedumbre, que tan efectiva había sido en Birmingham el año anterior. En diciembre de 1792, una muchedumbre embriagada fue dirigida, intencionadamente, contra los establecimientos de Thomas Walker en Manchester. Éste y sus partidarios se defendieron con éxito disparando al aire. «Se utilizaron las mismas estratagemas que en una elección impugnada —escribió Walker—. Se reunieron grupos en distintas tabernas, y desde allí desfilaron por las calles encabezados por un violinista y llevando un tablero en el que estaba escrito Iglesia y Rey.»[27]

Se fomentaron por todo el país manifestaciones contra Tom Paine, del tipo de las de «Guy Fawkes», semejantes a lo que se le contaba a Wilberforce desde Leeds. En el pequeño municipio tejedor de Ripponden, situado en los Peninos, un próspero abogado anotó en su diario del 7 de enero de 1793, que había pagado 10 s y 6 d a alguna gente «que paseó la efigie de Tom Paine y disparó contra ella».[28] El propietario de un molino de Heckmondwike se hizo pasar por Paine y se exhibió leyendo *Los derechos del hombre* por las minas de carbón: su máscara se trasladó a un muñeco de paja que fue arrastrado por todo el pueblo y «ejecutado». Cerca de Littletown se rompió a trozos una imagen de madera de Paine con un mazo, con tal vigor que sangraron las manos del verdugo.[29] En diciembre de 1792:

> La efigie de Thomas Paine fue transportada en un trineo, con gran solemnidad, desde el castillo de Lincoln hasta la horca, y luego colgada, en medio de una gran multitud de espectadores. Después de estar colgada el tiempo acostumbrado, fue llevada a la colina del castillo y allí colgada en un palo que se había plantado con ese fin. Por la tarde se hizo un gran fuego debajo de la efigie, que (...) quedó reducida a cenizas, en medio de las aclamaciones de varios centenares de personas acompañadas por una gran banda de música que tocaba *Dios Salve al Rey*.

[26] Blanchard Jerrold, *The Original*, 1874, p. 41.
[27] Walker, *op. cit.*, p. 55. Véase también el excelente relato que se hace en Knight, *op. cit.*, y A. Prentice, *Historical Sketches of Manchester*, 1851, pp. 419 y siguientes.
[28] J. H. Priestley, «John Howarth, Lawyer», *Trans. Halifax Antiq. Soc.*, 1949.
[29] Frank Peel, *Spen Valley: Past and Present*, Heckmondwike, 1893, pp. 307-308.

Se formaron secciones de la Asociación de Reeves incluso en las pequeñas ciudades de mercado de Brigg y Caistor; entre sus muchos objetivos se hallaba —para citar a la Sociedad de Caistor— el de realizar un esfuerzo de «vigilancia y actividad para descubrir y llevar ante la Justicia a todas las personas que, mediante la publicación o la distribución de periódicos o escritos sediciosos, o entrando a formar parte de asociaciones ilegales o conspiraciones, pudieran intentar perturbar la paz pública».[30]

Si la distribución de *Los derechos del hombre* fue a escala nacional, también lo fue la promoción de sociedades anti jacobinas. Por lo tanto, apenas el impulso revolucionario había empezado a reunir fuerzas en Inglaterra, fue sometido a un asalto contrarrevolucionario respaldado por los recursos de la autoridad establecida. «A partir de entonces», ha señalado Georges Lefebvre:

> siempre que el pueblo se agitaba, los líderes de toda Europa coincidían en que se le debía devolver a la cordura, como establecía la tradición. El mismo éxito de la Revolución francesa provocó un proceso, fuera de sus fronteras, exactamente contrario a la serie de sucesos que habían asegurado su victoria en Francia.[31]

Pero esas manifestaciones de lealtad cuidadosamente alentadas, por muy populares que el soborno momentáneo y la permisividad las pudieran hacer, tenían un creciente aspecto artificial. Cada hoguera que se hacía con la efigie de Paine servía, de una manera involuntaria, para encender las diferencias entre la Constitución de la *gentry* y los derechos del pueblo. Las acciones favorables a la «Iglesia y al Rey» son, cada vez, menos un ciego *pogromo* prejuicioso contra un grupo foráneo y más una escaramuza en una guerra civil política. Thomas Walker repudiaba a la muchedumbre que le había atacado, como «miserables instrumentos de una facción sin escrúpulos». «Todo (...) seguirá tranquilo si se deja actuar al pueblo por sí mismo; o mejor dicho, la Muchedumbre, como el pueblo, en mi opinión, está con nosotros.»[32]

¿Hasta qué punto tenía razón Walker? De todas las preguntas, ésta es la más difícil de responder. Y nos podemos dirigir una vez más a una breve narración de los sucesos de los dos años que siguen.

Después de cada gran cambio en la actitud popular, tiene lugar, por lo común, un endurecimiento y una contracción. Y esto se reforzó durante los primeros meses de 1793 por tres causas: la ejecución del rey francés, el inicio de la guerra y el comienzo de la

[30] *Stamford Mercury* (8 de diciembre de 1792 — 1 de enero de 1793). Estoy en deuda con el señor Rex Russell por esta referencia.
[31] Lefebvre, *op. cit.*, p. 187.
[32] Knight, *op. cit.*, pp. 101-105.

persecución legal de los reformadores. Entre estos últimos estaban: por una parte, un pastor disidente, el reverendo William Winterbotham, encarcelado durante cuatro años por un sermón que apenas proclamó más que la responsabilidad del soberano, lo que ya había popularizado el doctor Price; por otra, John Frost, el procurador, condenado a la picota y a dieciocho meses de encarcelamiento por actuar como delegado inglés en la Convención francesa, pero bajo el pretexto de haber dicho, en un café de Marylebone: «Estoy a favor de la igualdad (...) Por esta razón, ¡abajo los reyes!». Además, un impresor llamado Holt estuvo durante cuatro años en prisión, en Newark, por reeditar uno de los primeros comunicados de la Sociedad Constitucional. En Leicester, el librero Richard Phillips, que publicaba el pro-reformista *Leicester Herald*, fue encarcelado durante dieciocho meses, al parecer, por vender *Los derechos del hombre*. Y muchos hombres humildes fueron hostigados de múltiples formas. Las autoridades se esforzaron, con gran éxito, por apostar espías en las sociedades populares. Ya en el otoño de 1792, ciento ochenta y seis taberneros de Manchester habían firmado una declaración en la que se negaba el uso de sus salas a «cualquier club o sociedades (...) que sean proclives a poner en práctica lo que tan *ardiente y devotamente desean* aquellos infernales, a saber, la destrucción de este país». Los que no habían firmado recibieron una visita en la que se les advirtió que sus licencias no serían renovadas. Se situaron vistosos carteles sobre los mostradores: «AQUÍ NO SE ADMITEN JACOBINOS.» «Los enemigos de la reforma que hay en esta ciudad» —escribía el secretario de la sociedad para la reforma de Manchester a la S. C. L.— «están empleando todos sus poderes para paralizar el noble espíritu de la libertad.»[33]

Las mismas formas de intimidación cuasi-legales se emplearon en Londres, donde las secciones de la S. C. L. fueron hostigadas de taberna en taberna: «Se puso rápidamente en pie una caza oficial de la herejía, en casi todas las ciudades desde Portsmouth hasta Newcastle y desde Swansea hasta Chelmsford.»[34] En Ipswich, los magistrados disolvieron un Club de Discusión que se reunía en una cervecería, y que «se componía de una gente muy inferior». En Wiltshire, se despidió a un maestro por «expresiones traidoras»; en pueblos de Northamptonshire tuvo lugar un puerta a puerta

[33] T.S. 11.3510 A(3): A. Prentice, *Historical Sketches of Manchester*, 1851, pp. 7-8. Para acciones similares contra los taberneros de Leicester, véase A. Temple Patterson, *Radical Leicester*, Leicester, 1954, p. 71. Para los procesamientos provinciales véase R. Phillips, *Original Papers Published in the Leicester Herald &c.*, Cárcel de Leicester, 1793: *Account of the Trial of Alexander Whyte*, Baker, Newcastle, 1793: Daniel Holt, *Vindication of the Conduct and Principles of the Printer of the Newark Herald*, Newark, 1794.

[34] P. A. Brown, *op. cit.*, p. 85.

para solicitar lealtad. Se nombraron delegados en varios distritos para visitar las librerías y procesar a cualquiera que se le encontrara vendiendo *Los derechos del hombre*. Por último, se encarceló a un cartelero analfabeto por colgar carteles favorables a la reforma.

Tampoco los acontecimientos externos facilitaron el trabajo de los jacobinos ingleses. No existe la menor duda de que la guerra contra Francia, impopular desde un principio, reactivó la antigua tradición de sentimiento antigalo entre la población. Cada nueva ejecución, relatada con todo lujo de detalles —las matanzas de septiembre, el rey, María Antonieta—, daba pábulo a esos sentimientos. En septiembre de 1793, los amigos de Paine, los girondinos, fueron expulsados de la Convención y sus líderes enviados a la guillotina; mientras que el propio Paine fue encarcelado en la cárcel de Luxemburgo (París), la última semana de 1793. Esas experiencias provocaron la primera fase de un desencanto profundo en una generación intelectual que había identificado sus ideas con la causa de Francia de una forma demasiado fervorosa y utópica. Nunca se volvió a recuperar la unidad que había en 1792 entre los reformadores intelectuales y plebeyos.

En 1794, la fiebre de la guerra se intensificó. Se formaron cuerpos de voluntarios, se hicieron suscripciones públicas y las ferias tradicionales se volvieron ocasiones propicias para las demostraciones militares. El gobierno aumentó las subvenciones a —así como la influencia sobre— la prensa diaria y, para ello, se multiplicaron los panfletos populares anti jacobinos. En Exeter circuló una octavilla:

> en cuanto a los que no les gusta (...) la constitución actual, dejemos que reciban su merecido, es decir, un dogal y una horca, y luego que los quemen, no en efigie, como lo fue Paine, sino en persona, ante lo cual, cualquier corazón leal dirá Amén.

En Birmingham, un procaz folletista anti jacobino, *Job Nott*, se dirigía a los reformadores:

> Largaos (...), pensad sólo en la nueva horca (...) podéis constar en el *Almanaque de Newgate* (...) La deportación quizá os reforme (...) merecéis ser ensalzados en grado sumo (...) ¿Nunca visteis la nueva horca?

En las parroquias de Londres donde la influencia de la Asociación de Reeves era la más fuerte, se hicieron investigaciones puerta a puerta. En el barrio de St. Anne se llevaba un registro con «el aspecto, la edad, el empleo, etc., de los huéspedes y los extranjeros». En St. James se hizo un llamamiento a todos los habitantes para que denunciasen por «falta de civismo» a todas

las gobernantas que no obligasen a sus criados, trabajadores y aprendices a firmar una declaración de lealtad hacia la Constitución, tampoco se le daba trabajo a ningún hombre de oficio que no hubiese sido acreditado por los agentes de Reeves, y a los taberneros que no diesen información sobre «personas sospechosas» se les negaba la licencia. Los miembros del Comité de Reeves hicieron colectas de chalecos de franela para las tropas, como una forma complementaria de atestiguar su lealtad. De la colecta de chalecos pasaron a la de «mitones, calzones, gorras, camisas, pelucas galesas, medias, zapatos, pantalones, botas, sábanas, sobretodos, capotes, zamarras, mantas».[35]

La existencia, en época de guerra, de una caza de herejes de esas proporciones no *demuestra* la existencia generalizada de la herejía. En esos momentos la «lealtad» siempre supone la existencia de la «traición», aunque sólo sea para darse importancia a sí misma. Y sin embargo, las efusiones de los folletos, los sermones y los ataques a determinados jacobinos en lugares remotos indican algo más que una «fiebre de guerra» o una culpabilidad e intranquilidad por parte de las clases propietarias. En abril de 1794, una pandilla de brutos armados con porras, a su paso por Middleton camino de Royton, aterrorizaron al joven Samuel Bamford con sus maldiciones y roturas de cristales dedicadas a los «painitas». En Royton destrozaron la taberna llamada *The Light Horseman*, en la que los reformadores estaban reunidos, y apalearon a toda la concurrencia. Mientras tanto, los jueces se negaron a salir de su casa, a pocos metros de la escena del tumulto, y el párroco, situado en un pequeño montículo, les señalaba fugitivos a los rufianes: «¡Ahí va uno, (...) Es un jacobino; y aquel es otro!»[36] Parece que las autoridades percibieran alguna mudanza en la opinión de las masas, alguna alteración subterránea en su actitud; no tan grande como para convertir a la nación inglesa en painita y jacobina, pero suficiente para que estuviese dispuesta a hospedar y a tolerar a los sediciosos. Algún hecho insignificante podía bastar para poner en llamas toda aquella «materia inflamable». Se debía vigilar e intimidar a los reformadores, se debía aislar y rodear de sospecha a las sociedades, se debían permitir y estimular los prejuicios del ignorante. En particular, los objetivos de la intimidación eran los profesionales con acceso a las imprentas, las librerías, el púlpito o la tribuna, que tenían contacto con los reformadores plebeyos.

[35] Varios de los ejemplos de este párrafo están extraídos de un folleto anónimo: *Peace and Reform; against War and Corruption*, 1794. Para las publicaciones anti jacobinas (incluyendo a «Job Nott») véase también R. K. Webb, *The British Working Class Reader*, 1955, pp. 41-51; M. J. Jones, *Hannah More*, Cambridge, 1952, cap. 6.

[36] Bamford, *Early Days*, edición de 1893, pp. 55-56.

Podemos encontrar una confirmación de esa mudanza en las actitudes de lo inarticulado —o en la configuración de la sensibilidad de los pobres— en un lugar inesperado. Los años 1793 y 1794 contemplaron una súbita emergencia de las fantasías milenaristas, en una escala que desde el siglo XVII había sido desconocida. En lugar de la «Nueva Jerusalén» de Holcroft, que era un concepto racional, o la «Jerusalén» de Blake, que era una imagen visionaria —aunque debía al antecedente milenarista más de lo que han advertido los críticos—, los pobres y los crédulos encontraron un profeta más apropiado en Richard Brothers, un capitán de marina retirado con media paga. A principios de 1794, se publicó su *Revealed Knowledge of the Prophecies and Times*. Sus profecías combinaban un gran conocimiento en cuanto a las intenciones del Todopoderoso, con la parafernalia habitual del Libro de la Revelación, y se expresaban en un lenguaje que combinaba la «materia inflamable» de la disidencia de los pobres, con la de una era revolucionaria:

> Todas las naciones han apurado el vino de la ira de la fornicación de Babilonia, y los reyes de la tierra han incurrido en fornicación con ella, y los comerciantes de la tierra se han hecho ricos gracias a la abundancia de sus exquisiteces.

Entre sus visiones se encontraba la de «un amplio río que corría a través de Londres, teñido de sangre humana». Una de sus predicciones, que Londres sería destruido en una fecha determinada, coincidió por casualidad con una tempestad de truenos de una fuerza excepcional. John Binns, en su camino hacia una reunión de la S. C. L., se refugió en una cervecería en la que, para su diversión y sorpresa, se encontró a la gente esperando la consumación de todas las cosas.[37] Un poco después Richard Brothers declaró que Londres había sido perdonada sólo gracias a su intervención en el último minuto; y puesto que poseía, evidentemente, tal influencia con el Todopoderoso, sus seguidores se doblaron de golpe.

Se publicó —no está claro si con su autorización o sin ella— un folleto de ocho páginas de *La Profecía de Brothers de todos los Extraordinarios y Maravillosos Sucesos que ocurrirán (...) pronosticando la Caída del Papa; una Revolución en España, Portugal y Alemania; la Muerte de Ciertas Personas Importantes de este y otros Países. Así como una terrible Hambruna, Peste y Terremoto.* En Inglaterra habría «pena y gran dolor, junto con una alegría indecible»; «los orgullosos y altaneros serán humillados, incluso hasta el polvo; pero los virtuosos y los pobres florecerán sobre las ruinas de los malvados; los Palacios serán .... y las Casas de los campesinos serán ....». Y en cuanto al hambre, la peste y el terremoto, se debían entender como una metáfora:

[37] Binns, *op. cit.*, pp. 47-48.

El hambre destruirá sólo a las orugas de *España* y (...) La peste acabará con las langostas que devoran la cosecha de la laboriosidad; y el terremoto engullirá al monstruoso *Leviatán*, con todo su séquito. De todo esto se alegrarán los pobres, los honrados, los virtuosos y los patriotas.

Francia debe sangrar de nuevo, pero no manará sangre contaminada. *Italia* arrojará al Anticristo de su trono.

Turquía y *Rusia* se sumirán en una guerra que acabará con la destrucción de la Corte otomana, la religión mahometana, el Imperio ruso y la Iglesia griega. Cuando finalicen estos signos de misericordia, habrá una era de hermandad universal.

Todo será como un solo pueblo, y de un solo espíritu (...) el *Cristiano*, el *Turco*, y el *Pagano* ya no se distinguirán el uno del otro.

Añadía:

Ha llegado el momento, y ahora está cayendo la prostituta de Babilonia, y caerá para no levantarse más. Salid, pues, vosotros Hijos de la Luz Eterna, y enseñad a los Hijos de la Ignorancia y la Oscuridad (...)

Entonces no habrá más guerra, ni escasez, ni crueldad; todo será paz, abundancia y virtud.

La influencia de Brothers puede haber sido mucho mayor de lo que se ha supuesto.[38] Algunas de sus vagas predicciones no podían, aparentemente, dejar de cumplirse, y la victoria de los ejércitos ingleses las devolvió a la memoria. Los miembros de la S. C. L. solían visitarle: quizá incluso le incitaban. Un miembro del Parlamento estuvo dispuesto —como habitualmente ocurre— a testificar con respecto a la autenticidad de los poderes proféticos de Brothers. William Sharp, el famoso grabador y reformador político, se convirtió en discípulo suyo. El Consejo Privado le tomaba bastante en serio como para detenerle, en marzo de 1795, y asegurar su confinamiento en un manicomio durante los años siguientes. Sus seguidores, como George Turner de Leeds, siguieron agitando para que le dejaran libre —amenazando con la destrucción de la Babilonia inglesa si el profeta continuaba confinado— hasta el cambio de siglo y de ese modo prepararon el camino para el culto, incluso mayor, de Joanna Southcott.[39] Se desarrollaron escuelas proféticas rivales y se hizo mucha manipulación por medio del Libro de la Revelación. Mientras, los pastores metodistas y baptistas intentaban extirpar esta nueva herejía. En 1798, un «Verdadero predicador baptista» luchaba con su grey, que se encontraba entre los pobres

[38] Véase Cecil Roth, *The Nephew of the Almighty*, 1933; G.R. Balleine, *Past Finding Out*, 1956, cap. 4; R. Southey, *Letters from England by Don Manual Alvarez*, 1808, 2.ª edición, III, pp. 223 y siguiente.

[39] G. Turner, *A Call to All the World*, Leeds, 1800. Para Joanna Southcott, véase más adelante, pp. 421-426.

de Norwich, Wisbech y Liverpool, administrando golpe a golpe la Revelación, distanciándoles de un encuentro tan concreto con Lucifer y haciéndoles volver al peregrinaje del espíritu:

> El espíritu de Cristo no se inclina a confraternizar con la humanidad en una situación de trato mundano o político. Llama a individuos del mundo y les considera sólo como extranjeros y peregrinos en la tierra. Del mismo modo que (...) un viajero, que se apresura en dirección a su esposa y su familia en la distancia, donde centra toda su felicidad, podría interferir en las regulaciones internas de cada ciudad y pueblo por los que pasa; debería entrometerse un cristiano como aquel en la constitución.

Y con respecto al milenio, estaba situado resueltamente en el mundo, cuando: «El altivo y el humilde, el opresor y el oprimido serán reducidos a un mismo nivel. El caprichoso tirano y sus indigentes vasallos; el par rico, y el pobre abandonado, recibirán una sentencia equitativa e imparcial.»[40]

El espíritu milenarista que hizo acto de presencia en Wisbech y Liverpool denotaba una inquietud, que la autoridad menospreció como «el espíritu de innovación», un indefinido optimismo social de los crédulos que era afín a las aspiraciones revolucionarias de los más sofisticados. «Está próximo el momento, a pesar de todo —había escrito Burns—, en que todo el mundo, el hombre con el hombre/serán hermanos.»[41] «El hombre no puede existir sino gracias a la hermandad», se hizo eco Blake; y en sus propios «libros proféticos» y su hermosa visión de Jerusalén, subyace el mismo espíritu:

> En mis cambios cada tierra se mueve
> y mi patria va a cada tierra,
> mutuamente edificaremos Jerusalén,
> corazón a corazón y mano en mano.[42]

El espíritu, ya sea en su forma visionaria o supersticiosa, es una curiosa paradoja del advenimiento de «la era de la razón». Pero en cuanto a la capacidad de modificar actitudes y nutrir nuevas aspiraciones, quizá fue una influencia tan perdurable como los argumentos de Tom Paine.

---

40 S. Fisher, *Unity and Equality in the Kingdom of God*, Norwich, 1798; *The Christian's Monitor*, Wisbech, 1798.

41 *It's comin'yet, for a'that, when man to man, the world o'er, Shall brithers be for a'that.*

42 *In my Exchanges every Land/Shall walk, & mine in every Land/Mutual shall build Jerusalem, /Both heart in heart & hand in hand.*

Tal vez el hecho de que las sociedades populares sobrevivieran a los golpes y a la caza de brujas de los primeros meses de 1793 sea un testimonio de la clase de entusiasmo que se despertó en 1792. Donde las sociedades estaban bien consolidadas en 1792, mantuvieron la mayor parte de su terreno e incluso mejoraron su organización: eso fue cierto para Londres, Sheffield y Norwich, y posiblemente para Derby y Nottingham. Muchas sociedades sufrieron alguna disminución en la afiliación y el abandono de muchos de sus influyentes partidarios de la clase media. Manchester —con Thomas Walker en espera de juicio por alta traición, por haber defendido sus locales contra la muchedumbre— se debilitó mucho, mientras que la Sociedad Constitucional de Leicester se disolvió cuando Phillips fue encarcelado. Pero en ambos centros continuaron existiendo sociedades más plebeyas, después de que hubiesen caído los respetables grupos matrices. En Manchester el terreno era compartido por la Sociedad Constitucional de Walker y las Sociedades Reformistas y Patrióticas, de las que se afirmaba estaban compuestas por «trabajadores manuales de la clase más baja».[43]

Sheffield, la sociedad más fuerte, que había registrado cerca de dos mil socios en 1792, parece haberse visto muy poco afectada. En abril aprobó una serie de resoluciones condenando abiertamente la guerra. En mayo registró cerca de diez mil firmas recogidas para una petición nacional en favor del sufragio masculino adulto. Norwich, antiguo baluarte de la disidencia, con profusión de pequeños maestros y artesanos con una fuerte tradición de independencia, pudo incluso sobrepasar a Sheffield como principal centro del jacobinismo, aunque los documentos del movimiento son incompletos. En agosto de 1792, cuando la Sociedad de Norwich para la Revolución costeó una edición barata de *Los derechos del hombre*, declaraba tener cuarenta y ocho clubes asociados. Hacia octubre declaraba que los «hermanos asociados» no eran menos de dos mil.[44] En marzo de 1793 seguía siendo el centro de una constelación de pequeños clubes, que tenía «entre treinta y cuarenta sociedades independientes —en la ciudad— junto con otras muchas en los pueblos rurales».[45] Pero el tono de una carta que enviaron a la S. C. L. sugiere que se habían encontrado dificultades:

[43] Memorándum en T.S. 11.3035. Entre los que estaban acusados junto con Walker había artesanos de estas sociedades: William Paul, teñidor de papel; James Cheetham, sombrerero; Oliver Pearsall, tejedor; véase J. Gurney, *The Whole Proceedings on the Trial... of T. Walker and Others*, 1794, Apéndice, pp. 122-126.

[44] T.S. 11.3510 A (3).

[45] *Report of the Committee of Secrecy of the House of Commoms*, 1794, p. 140.

cuando pensamos cuánto sudor y trabajo y hambre para sostenerlo, sólo podemos estar convencidos de que existe un plan entre los propietarios de la tierra y los comerciantes para mantener al pueblo en vasallaje; porque ellos devoran al pueblo como comen pan; (...) la influencia de la aristocracia y la jerarquía se está volviendo muy alarmante, porque han absorbido y han engullido al pueblo; pero se extiende un rumor desde el sur, y es terrible para los tiranos.[46]

La situación en Londres es más difícil de determinar. La Sociedad Constitutional parece haberse reducido gravemente después del principio de la guerra y hasta el otoño de 1793 sus actividades fueron escasamente más allá de la aprobación de mociones formales. También la S. C. L. encontró grandes dificultades. En los últimos meses de 1792 había declarado una afiliación de varios miles. En enero de 1793, según un espía que estaba en el proceso de Hardy, se tomaron medidas para subvencionar el alquiler de las salas de reunión de las secciones de Spitalfields y Moorfields, que, aunque pobres, eran «tan numerosas como todas las demás secciones juntas». Pero resultó necesario reformar la sección de Moorfields en septiembre, junto con otra que «parecía muy violenta (...) del *Bandy-legged-walk* en el Grove». La S. C. L. sólo consiguió reunir seis mil firmas para la petición nacional, a pesar de la energía invertida por el comité: Joseph Gerrald recogió doscientas firmas y huellas digitales de los reclusos, por deudas, de la prisión del Tribunal Real.[47] El 30 de mayo de 1793, de acuerdo con el espía, «el señor Hardy propuso que la sociedad se disolviera durante tres meses. Se rechazó la proposición». «Hemos hecho frente a los locales y al subsidio de los clubes», escribía Hardy, con más confianza, a una nueva Sociedad Constitucional de Leeds, en julio:

Se nos ha injuriado en el Senado, calumniado en público, perseguido en privado y expulsado de las tabernas, y a pesar de todo seguimos reuniéndonos todos en gran número (...) y nuestra doctrina sigue ganando numerosos prosélitos.[48]

La confianza no estaba fuera de lugar, ya que en verano se dio un definitivo restablecimiento de la correspondencia provincial —con viejas sociedades que se reavivaban o con sociedades formadas de nuevo— para la cual la S. C. L., más que la Sociedad Constitucional, hacía las funciones de centro. Una sociedad de Birmingham, que se

[46] *Ibid.*, p. 150. Donde dice «el Sur», léase «Francia».
[47] El relato de un informador [en T. S. 11.3510 A (3)] enumera veintinueve secciones, en abril de 1793, de las cuales por lo menos dieciséis estaban activamente comprometidas en la recogida de firmas.
[48] *Report of the Committee of Secrecy*, 1794, pp. 152, 154; un estudiante en el Colegio de Abogados, *Trial of Thomas Hardy*, 1794, pp. 142, 144; F. Knight, *op. cit.*, p. 134.

había formado en los últimos meses de 1792, extendió sus actividades con prudencia a principios del verano y recibió una especial bienvenida: «Vuestro crecimiento numérico pronto acabará con el estigma que ha recaído sobre vuestra ciudad debido al comportamiento injustificable de una muchedumbre favorable a la Iglesia y al Rey.» Desde Leeds, una nueva sociedad formada por «un grupo de pobres trabajadores manuales» solicitó poder ser admitida en «fraternización» con la Sociedad Constitucional de Londres:

> La tiranía aristocrática y la ignorancia democrática parecen extenderse e intimidar, hasta un punto tan asombroso, en la ciudad de Leeds, que en general se nos contempla más como monstruos que como amigos del pueblo, y creo que durante estos últimos seis meses la parte más ignorante del pueblo, debido a las insinuaciones de la aristocracia y de los curas, ha esperado que cayésemos sobre ellos y les destruyésemos (...) Somos un total de cerca de doscientos y constantemente aumentamos.

En julio, nuevas sociedades, de Hertfordshire y Tewkesbury, escribieron a la S. C. L. «Vuestro compañero ciudadano, y colaborador en la gloriosa causa de la libertad», que así firmaba el secretario de Tewkesbury, describía como:

> La quema de la efigie de Thomas Paine, junto con las *benditas consecuencias* de la guerra presente, han hecho más bien a la causa que los argumentos más trascendentes; es asombroso el aumento de los amigos de la libertad, y el espíritu de investigación que se ha extendido por las calles; excepto alguna mujer vieja, todo el mundo habla de política.

En agosto, la S. C. L. renovó la correspondencia con las sociedades de Derby, Stockport, Manchester, Nottingham y Coventry —les pidió que «propusieran un modo más seguro de transmisión de las cartas que el servicio de correos»— y tenía algunos planes, aplazados por el momento, de pedirles que adoptaran el mismo nombre y formaran una Sociedad Universal. Los libros de actas de la Sociedad muestran unas reuniones muy concurridas y bien dirigidas, la formación de nuevas secciones y una afluencia de nuevos miembros a las viejas.[49]

Las sociedades populares habían resistido su primera tormenta. Pero de ella salieron con significativos cambios de acento y tono. El nombre de Paine quedó relegado a un segundo plano y su abierto tono republicano dejó paso a un énfasis renovado sobre la recuperación de la «pureza» de la Constitución. En junio de 1793, a modo de ejemplo, la S. C. L. llegó hasta el punto de definirlo en términos

[49] *Report of the Committee of Secrecy*, 1794, pp. 148-157; Actas de la S. C. L., Ad. MSS. 27812.

del acuerdo de 1688. Mas, aunque estas modificaciones se hacían necesarias debido a la intención evidente de las autoridades de procesar cualquier retórica que fuese más allá de estos límites, en otros aspectos la persecución condujo a una radicalización de las sociedades. En primer lugar, ahora el paso no lo marcaba Londres, sino Escocia, Sheffield, Norwich. En segundo lugar, aunque unos pocos apasionados miembros de las profesiones compartieran la dirección junto con artesanos como Hardy y Baxter en Londres —Joseph Gerrald, Maurice Margarot, John Thelwall—, la gran mayoría de los reformadores organizados en sociedades, en 1793, eran artesanos, asalariados, pequeños menestrales y hombres de oficio. Y dos temas nuevos se subrayan con gran insistencia: las injusticias económicas y las soluciones sociales, así como la imitación del ejemplo francés en cuanto a formas de organización y de procedimiento.

Thomas Hardy, a juzgar por sus libros de notas, era un organizador capaz y concienzudo, un honroso ejemplo para la multitud de secretarios voluntarios que le iba a seguir. Según Binns, «vestía con sencillez, hablaba francamente sin adoptar nunca un aire pretencioso». Maurice Margarot, un presidente de la S. C. L., era hijo de un comerciante de vinos. Había pasado gran parte de su infancia en Portugal y Suiza, donde cursó estudios en la Universidad de Ginebra, y a veces se le llamaba el «francés». Era enérgico y atrevido, pero estaba gravemente afectado por el defecto característico de los jacobinos ingleses: la infatuación.[50] Joseph Gerrald y John Thelwall estaban más cerca que cualquier otro del temple necesario para convertirse en líderes y teóricos nacionales. Gerrald, brillante alumno del doctor Samuel Parr, llamado el «*Whig* Johnson» y decano de la erudición del West Country, era un acérrimo partidario de la peligrosa propuesta de Paine: la convocatoria de una Convención Nacional de los reformadores ingleses.[51] Fue esta amenaza de un acuerdo general de los reformadores y de una alianza entre los reformadores ingleses y escoceses y los Irlandeses Unidos —amenaza todavía más seria y creciente— lo que resolvió al gobierno para actuar.

El dilema de las autoridades surgió de la paradoja del constitucionalismo. Aunque había legislación suficiente para que los magistrados locales impusieran condenas sumarias, los fiscales de

[50] Apuntes en *D. N B.*; Binns, *op. cit.*, p. 42; M. Roe, «Maurice Margarot: A Radical in Two Hemispheres», *Bulletin of the Institute of Historical Research*, XXXI, 1958, p. 68.

[51] Véase Joseph Gerrald, *A Convention the only Means of Saving Us from Ruin*, 1793, pp. 111 y siguientes, y Henry Collins, «The London Corresponding Society», en *Democracy and the Labour Movement*, compilado por Saville, 1954, pp. 117-118. Para Thelwall, véase más adelante, pp. 183-186.

la corona estaban poco dispuestos a aconsejar mayores procesamientos. La ley de sedición estaba poco definida y el fiscal general se veía en la situación de elegir entre la espantosa acusación de alta traición o la acusación menor de libelo sedicioso. Pero la ley sobre el libelo de Fox, que convertía al jurado en juez, tanto del asunto como del hecho, entró a formar parte del código penal durante los moderados primeros meses de 1792. Quizá este fue el mayor servicio de Fox al pueblo llano, que se aprobó en la última hora, antes de que el rumbo girara hacia la represión.[52] Así, en Inglaterra, el gobierno se enfrentó con una serie de obstáculos: una ley poco definida, el sistema de jurado —que por dos veces humilló a la autoridad, al absolver a Daniel Eaton y a Thomas Walker en 1794—, una oposición foxita poco numerosa, pero brillante, entre cuyos componentes estaban el gran abogado Thomas Erskine, que condujo la defensa en diversos procesos, y una opinión pública saturada de retórica constitucionalista y dispuesta a salir prestamente en defensa ante cualquier caso de usurpación de las libertades individuales.

Pero la ley escocesa era distinta. Ahí los jueces eran parciales o dóciles, los jurados se podían escoger impunemente. Además, ahí los «Amigos del pueblo» escoceses habían hecho una Convención Nacional en diciembre de 1792. Los procesos que se hicieron en Escocia, en 1793-1794, no sólo estaban dirigidos a las activas sociedades jacobinas escocesas, también lo estaban a las sociedades que había en Inglaterra. El primer golpe se asestó en agosto de 1793, cuando Thomas Muir, el líder escocés más dotado, fue condenado a catorce años de deportación, después de una escandalosa parodia de proceso. Braxfield, el secretario del juez, se comportó de forma más virulenta que la acusación: «Vamos, señor Horner, vamos, ayúdenos a colgar a uno de esos condenados sinvergüenzas», le susurró a un miembro del jurado que pasaba por detrás del tribunal. En su acusación ante el jurado, presentó como un agravante el talento de Muir y el hecho de que hiciese propaganda entre «campesinos ignorantes, y entre las clases más bajas, haciendo que interrumpiesen su trabajo»: «El señor Muir debería haber sabido que a aquella chusma no se le podía prestar atención. ¿Qué derecho tienen a la representación? (...) Un gobierno (...) debería ser exactamente igual que una corporación; y en este país se compone de los que tienen intereses en la tierra, sólo ellos tienen derecho a ser representados.» Una sola cosa, hizo saber al jurado, no requiere «prueba alguna»: «la

[52] La tercera lectura del proyecto de ley se aprobó el 21 de mayo de 1792, en la Cámara de los Lores, el mismo día que se hizo pública la proclama contra los escritos sediciosos. El presidente de la Cámara de los Lores, lord Thurlow, pronosticó «la confusión y la destrucción de la ley de Inglaterra».

Constitución inglesa es la mejor que jamás existió desde la creación del mundo, y no es posible mejorarla.» Sus doctos colegas, jueces, asintieron en todo, uno de ellos —lord Swinton— opinaba que el delito de sedición comprendía «todo tipo de delito, asesinato, robo, rapiña, incendio (...) Si se tuviera que buscar el castigo adecuado al delito, no se encontraría en nuestras leyes, ahora que por fortuna se ha abolido la tortura».[53] En septiembre siguió un segundo golpe: el reverendo T. F. Palmer, un pastor unitarista inglés y miembro de la junta del Queen's College de Cambridge, que entonces ejercía su ministerio en Dundee, fue procesado en Perth. Su «delito» era el de inducir a la lectura de Paine y pertenecer a los Amigos de la Libertad de Dundee, que se describía como una sociedad de «viles tejedores y trabajadores manuales». Un tribunal de cocodrilos lloró copiosamente mientras le condenaba al «más leve castigo» de siete años de deportación en Botany Bay.

Dos profesionales con talento, que habían sido incondicionales en su voluntad de cooperar con los reformadores plebeyos, recibieron un castigo ejemplar. Ambos soportaron sus procesos con gran firmeza y dignidad. Mas los reformadores escoceses, sobre cuyas cabezas se cernían ahora esas sentencias, no se dejaron intimidar. Les parecía que una mayor unidad con las sociedades inglesas les proporcionaría alguna protección, e impulsaron una primera Convención Nacional. Hardy, Margarot y Gerrald estuvieron de acuerdo y se convocó una convención que se reuniría en Edimburgo, en un plazo de menos de tres semanas. La S. C. L. nombró como delegados a Margarot y a Gerrald, y se les confirmó el nombramiento en el primer acto público, en Hackney, el 24 de octubre de 1793. Asistieron varios miles de seguidores junto con los curiosos atraídos por los rumores de que los jacobinos franceses habían desembarcado, o de que «Tom Paine había venido para plantar el árbol de la libertad». Las actas registran fielmente los gastos que se aprobaron para los delegados —10 libras para el billete de ida y vuelta y 4 libras para gastos durante el viaje, más 9 libras para los gastos diarios en Edimburgo—; durante las siguientes semanas la sociedad sufrió fuertes presiones para recoger esos «fondos», pero hubo al final suficiente dinero como para enviar a los delegados a las antípodas.

La invitación se conoció con insuficiente antelación para que las sociedades provinciales pudiesen recoger el dinero necesario para enviar delegados. Sheffield fue la única excepción. El primero de noviembre, esta sociedad mandó una irónica carta a la Sociedad Constitucional de Londres criticándola por su inactividad:

[53] Lord Cockburn, *op. cit.*, 1, pp. 175 y siguientes. Véase también Meikle, *op. cit.*, cap. 6; *The Life and Trial of Thomas Muir*, Rutherglen, 1919.

Las medidas últimamente adoptadas en el reino hermano, medidas tan opuestas a (...) una Constitución libre, como el fuego y el agua (...) han sido contempladas, hasta ahora, con un grado de apatía tal por parte de las grandes asociaciones del reino, a las que nosotros, pequeños grupos del país, admiramos como ejemplos, ya que ellas se intitulan patrióticas, como «La Sociedad para la Información Constitucional de Londres», «Los Amigos del Pueblo», (...) que por aquí casi empezamos a pensar que ya es el momento de podar aquellos brotes de libertad (...) para que no queden expuestos al peligro de arruinarse debido a aquellas aletargantes heladas.

Nombraba como delegado en Edimburgo a M.C. Brown, un «actor» convertido en procurador, que también fue designado para representar a la sociedad en Leeds. Las sociedades de Norwich autorizaron a Margarot para representarlas y le ayudaron con «fondos». Hay una nueva nota de desesperación en el aire, a la que contribuyeron los veredictos escoceses, la victoria francesa en Valenciennes, el aumento de los precios y del desempleo y el auténtico atrevimiento de convocar una convención. La sociedad de Birmingham lamentaba su incapacidad para enviar un delegado:

como consecuencia de la guerra del señor Pitt a la humanidad, que casi ha aniquilado completamente el comercio en esta ciudad, y ha conducido a muchos de nuestros mejores miembros y trabajadores manuales al otro lado del Atlántico (...) Sin embargo, sobre todo (...) ha tendido a reducir sumamente el orgullo, a mitigar la malicia y a confundir muchas de las estratagemas de los enemigos de la reforma (...) y ha conquistado muchos prosélitos para la causa de la libertad.

También en Sheffield se sentían los efectos de la guerra:

Tenemos muchos miles de socios, pero como una gran mayoría de ellos son trabajadores, la guerra, que ha privado de *todo* empleo a muchos de ellos y, a casi todos, de la *mitad* de sus ingresos, nos ha mutilado más que a cualquier otra ciudad en el reino.[54]

Margarot y Gerrald sabían perfectamente el peligro que corrían. Estaban llevando «provisiones» de solidaridad moral a sus camaradas escoceses que, si se les negaban en este momento, hubieran tenido como resultado la desmoralización de los movimientos escocés e inglés. Y estaban desafiando al tribunal de Braxfield a tratar a un inglés como había tratado a Muir y a Palmer. Las provisiones apenas llegaron a tiempo. La convención de Edimburgo se había reunido brevemente, a finales de octubre, y se había disuelto en ausencia de los delegados ingleses. A su llegada se volvió a convocar precipitadamente, con mayor fuerza que antes, y Margarot,

[54] *Report of the Committee of Secrecy*, 1794, pp. 160-165.

Gerrald y el secretario escocés, Skirving, controlaron los procedimientos. Se reunió durante las dos últimas semanas de noviembre y la primera de diciembre de 1793, en que fue disuelta y sus principales dirigentes fueron detenidos. Antes de eso, Margarot y Gerrald habían pedido más fondos a Hardy que les permitiesen visitar las principales sociedades escocesas: «ninguna excusa puede ser válida para hacernos volver, a no ser que esté basada en el *miedo*; y debemos recordarle que es nuestro problema, no el suyo». Los procedimientos de la Convención fueron moderados, aunque un tanto histriónicos, pero determinadas circunstancias le dieron un color más revolucionario: el hecho mismo de que la Convención se reuniera, la presencia de observadores de Irlandeses Unidos y las formas de procedimiento y discurso al estilo francés, aunque el término «ciudadano» hacía mucho tiempo que se utilizaba en Sheffield, que retoñaban en el clima pro-galo de Edimburgo. Las actas se dataron como «Primer Año de la Convención Británica» y se aprobó una resolución, cuyos términos fueron puestos a discusión en los juicios subsiguientes, que autorizaba la convocatoria de una primera convención de emergencia en un lugar secreto, en caso de que se suspendiese el *hábeas corpus* o se introdujese legislación contra los reformadores.[55]

Siguieron los juicios, del tipo de los de Muir y Palmer. Skirving y Margarot salieron airosos: se les condenó a catorce años de deportación. «Señores míos, sé que lo que estos dos días se ha hecho volverá a ser juzgado; ese es mi consuelo y mi esperanza», dijo Skirving cuando abandonaba el tribunal. A Margarot, que fue acompañado al juicio por una procesión que sostenía un «árbol de la libertad» en forma de M sobre su cabeza, se le fue la mano, en una sobreactuación, y se mostró demasiado anhelante de la corona del martirio. Pero recusó a Braxfield, con gran audacia, por haberse jactado, en una cena anterior al proceso, de que él hubiese hecho azotar a los reformadores antes de deportarlos y que «la muchedumbre sería lo mejor para verter un poco de sangre». Según el recuerdo de lord Cockburn, que le había visto de pequeño, era «una pequeña y oscura criatura, vestida de negro, con medias de seda y botones de metal blanco, algo parecido a la idea que uno se hace de un francés canijo, un ser de lo más insolente e irritante».[56]

[55] De acuerdo con el proceso, en el caso de que se diesen otras circunstancias, incluido el desembarco de tropas francesas en Gran Bretaña. Véase también «A Member» en *Account... of the British Convention*, 1794, pp. 24, 34, 45; Meikle, *op. cit.*, cap. 7.

[56] Cockburn, *op. cit.*, II, p. 25. El exceso de histrionismo en el carácter de Margarot parece confirmarse en su historia subsiguiente. Escribió una carta muy indiscreta a Norwich, mientras estaba a la espera de ser deportado a las galeras, en Spithead: «Se

Joseph Gerrald obtuvo la libertad bajo fianza, volvió a Londres para informar a la S. C. L. y a liquidar sus asuntos, y regresó para afrontar el proceso, en marzo de 1794. No tenía necesidad de hacerlo; sus compañeros y amigos le pidieron que hiciera caso omiso de su libertad bajo fianza. Su naturaleza se había debilitado a causa de la enfermedad cuando estuvo en las Indias Occidentales en la década de 1780 y la deportación suponía probablemente una sentencia de muerte, como así ocurrió. Pero él argumentaba que su «honor estaba en juego», no ante los tribunales escoceses, sino ante los hombres más humildes que «se han puesto en peligros similares debido a la influencia de mis propios argumentos». Sólo brindó una provocación al rechazar empolvarse el cabello a la moda «legitimista» y comparecer ante el tribunal «con el cabello sin empolvar, que le caía libremente por detrás, el cuello casi desnudo y la camisa con cuellos amplios y doblados. Este era la indumentaria francesa de la época». Por lo demás, en opinión de lord Cockburn, «jamás los modales y el tono de un acusado contrastaron de forma más asombrosa con los de sus jueces».[57] Cuando Gerrald insistió en que Jesucristo había sido, él mismo, un reformador, Braxfield les comentó a sus compañeros jueces, riendo entre dientes: «Le sirvió de mucho, *le colgaron*.» Gerrald, que tenía preparación legal, siguió el ejemplo de otros reformadores al dirigir su propia defensa. Sin apartarse ni una sílaba de las demandas de los reformadores, se inspiró ampliamente en Hooker, Locke y Blackstone al argumentar el derecho a la agitación en favor de la reforma. Fue un proceso constitucionalista que puso al descubierto la retórica del constitucionalismo:

> La palabra *¡Constitución, Constitución!* se hace resonar en nuestros oídos con una perseverancia incesante. Ese es el *talismán* que los enemigos de la reforma sostienen sobre las cabezas de los crédulos y los simples; y, al igual que hechiceros viejos y perversos, cuando ya les han atrapado en el hechizo, se aprovechan de la somnolencia que produce su engaño. Pero escuchar a los chambelanes y a los pensionistas hablar de una Constitución, cuando el conjunto de sus vidas es una violación constante de sus principios, es como un monje que predicase el aumento de población.[58]

rumorea (...) que se han hecho a la mar setenta veleros franceses; si es cierto (...) el resultado probablemente será una incursión. Por Dios, mis estimados amigos, no bajéis la guardia.» (10 de marzo de 1794). Committe of Secrecy, p. 81. Riñó con sus compañeros de prisión cuando salió, y alrededor de su nombre aleteó la sospecha. Fue la única víctima que volvió —en 1810— y entonces se reincorporó en parte a la política radical, hasta su muerte en 1815. Véase M. Roe, «Maurice Margarot», *op. cit.*

[57] Cockburn, *op. cit.*, II, pp. 41-43.

[58] *Trial of Joseph Gerrald*, Edimburgo, 1794, pp. 197-198, 241. Gerrald pudo haber ejercido en los Tribunales de Pensilvania, en la década de 1780; véase *Trial of Gerrald*, Glasgow, 1835, p. 4.

Asimismo se recoge:

> Cuando se ve al señor Gerrald (...) haciendo discursos como el que ustedes han oído hoy —observó Braxfield en su «acusación» ante el jurado— le considero como un miembro de la sociedad muy peligroso, porque me atrevería a decir que tiene suficiente elocuencia como para persuadir al pueblo de que se levante en armas (...) ¡Oh, señor! ¡Señor! —interpuso el acusado— ésta es una forma muy deshonesta de dirigirse a un jurado.

A Gerrald le cayeron 14 años. Él y Skirving fallecieron menos de un año después de su llegada a Nueva Gales del Sur.[59] Braxfield y los misterios de la «ley escocesa» se han hecho demasiado famosos, en manos de los historiadores ingleses, por esos veredictos. Eran veredictos tanto del gobierno inglés como de la judicatura escocesa. Pitt, Dundas, Loughborough, Thurlow se cuidaron de defender cada punto y cada coma de los procesos, en los debates parlamentarios subsiguientes. Dundas pensaba que los jueces habían mostrado, al conceder la sentencia, una «prudencia digna de confianza». Pitt, tratando de eludir un ataque más perjudicial por parte de Fox, pensaba que los jueces hubiesen sido «sumamente culpables» si *no* hubiesen utilizado sus poderes facultativos para castigar a «aquellos atrevidos delincuentes» y silenciar «doctrinas tan peligrosas para el país». Los reformadores se esmeraban en señalar que esas doctrinas, en apariencia, diferían muy poco de las que Pitt había defendido en la década de 1780. Por su parte, Wilberforce «ridiculizó que la idea de humanidad se pudiese aplicar al señor Palmer, aunque él no se había leído el proceso»; «declaró, con cargo a su responsabilidad, que no concebía el que la sentencia se debiera suspender».[60]

La persecución, como sabemos, es un arma de dos filos. En la década siguiente, cuando se hacía referencia a los años anteriores, no se hablaba de la época de Braxfield, sino —como De Quincey— de la «época de Gerrald». La imagen de Tom Paine, al otro lado del mar, conspirando junto con los enemigos del Rey, podía inspirar miedo u odio. Pero la imagen de un hombre enfermo, que regresaba voluntariamente a hacer frente a ese tipo de «juicio», no podía inspirar nada parecido. Además, de manera curiosa, el prejuicio nacional ayudó a la causa de los reformadores. La culpabilidad que sentía el moderado «inglés libre por

[59] Gerrald estuvo retenido durante más de un año en Newgate y otras prisiones de Londres, y hay algunas razones para suponer que se le ofreció el perdón a cambio de que renunciara a sus principios.

[60] Una vez más, se encuentra un resumen brillante de los debates en Cockburn, *op. cit.*, II, pp. 133-149.

nacimiento» quedaba aliviada por el pensamiento de que tales cosas podían ocurrir en Escocia, pero no «aquí». El repentino cambio de opinión entre los ingleses «decentes y respetables» se hace patente con la tercera absolución de Eaton, en febrero de 1794, y la absolución de Thomas Walker en abril. Fue lo suficientemente fuerte como para refrenar los sentimientos de horror que había creado el Terror de Robespierre. Gerrald y sus compañeros, con su ejemplo, contribuyeron materialmente a salvar las vidas de Hardy, Tooke y Thelwall. Con su sacrificio, ayudaron a que Inglaterra se salvase de un Terror Blanco.

El ejemplo de las víctimas escocesas, en vez de intimidar, fortaleció a las sociedades inglesas. Cuando John Frost, que había sido encarcelado el año anterior, fue puesto en libertad, el 19 de diciembre de 1793, habiendo sufrido un colapso, se le condujo triunfalmente por las calles de Londres y la multitud se detuvo ante la casa del príncipe de Gales para mofarse. John Thelwall, que había reemplazado a Gerrald como teórico más capacitado de la S. C. L., inició una serie de conferencias para recoger fondos para la defensa de los prisioneros. El 17 de enero de 1794, Gerrald, que era miembro de las dos sociedades y que en aquel momento estaba en libertad bajo fianza, asistió a una reunión de la Sociedad Constitucional, que había sido devuelta a la actividad; le eligieron por aclamación para presidir la reunión y aprobaron la resolución de «oponerse a la tiranía con los mismos medios con los que ésta se ejerce». «La rebelión contra los Tiranos —había recordado una vez Gerrald a los reformadores ingleses— es obediencia a Dios.» Tres días más tarde, la *Globe Tavern* estaba tan atestada durante una reunión general de la S. C. L., que el suelo cedió. Se propuso una nueva Convención británica, que esta vez tendría lugar en territorio inglés. El ciudadano John Martin, desde la presidencia, presentó una provocativa alocución:

> Nos encontramos ante un problema. Debemos escoger ahora mismo, o la libertad, o la esclavitud para nosotros y para la posteridad. ¿Vais a esperar hasta que se construyan cuarteles en todas las poblaciones y hasta que los de Hesse y Hanover, *subvencionados*, nos dominen?

Cuatro días más tarde, la Sociedad Constitucional acordó que «la Sociedad de Correspondencia de Londres había merecido que el país la tratase bien», y encargaron que se imprimiesen y se distribuyesen cuarenta mil ejemplares de su *Comunicado*. El efecto de este fue infundir ánimo a las sociedades provinciales. Al recibirla, escribía el secretario de Bristol, «reuní, aquella misma tarde, a tantos amigos como buenamente pude; leímos, nos azoramos, adquirimos valentía (...) vuestra segunda epístola ha avivado nuestro ánimo,

vivificado nuestro patriotismo (...) y todavía más, en la actualidad hemos aumentado considerablemente de número».[61]

Llegaron cartas de otras sociedades inactivas. Desde Newcastle, silenciosa durante mucho tiempo, llegó la noticia de que existían diversas «sociedades», que «se reúnen cada semana, y sólo admiten a los amigos que se conocen; y no han adoptado ningún nombre, sino el de grupos de lectura de periódicos». Es evidente que existían —o se reanimaban— otras muchas sociedades que no tenían correspondencia formal con la de Londres, como la sociedad de Royton o la sociedad de Halifax que se presentó por primera vez en abril de 1794, excusándose por el hecho de «haber adoptado, hasta ahora, la mayor prudencia y circunspección» en sus procedimientos: «Queremos que el público en general sepa que en esta ciudad y parroquia existen bastantes personas que se oponen violentamente (...) a toda discusión libre (...) Su rabia se vería indeciblemente satisfecha, si viesen a uno de los partidarios de la Libertad de esta ciudad, multado, puesto en la picota o encarcelado.» Durante el mismo mes, se hizo un acto público al aire libre en Halifax «al que asistieron muchos amigos de Leeds, Wakefield, Huddersfiel, Bradford y la vecindad adyacente»; se aprobaron planes para una reunión general de delegados en Bristol y una Convención Nacional. En Leicester, se reunían diversos clubes y se hacían «charlas democráticas» en tabernas. En Londres, la S.C.L. y la Sociedad Constitucional habían formado un comité conjunto para convocar una Convención, aunque la última deseara encontrar algún otro nombre. En abril, se hizo un acto público al aire libre en Chalk Farm, en el que intervinieron Thelwall y otros; se acordó que cualquier nuevo intento «de violar aquellas leyes que todavía quedan (...) se debería considerar que disolvía el pacto entre la Nación Inglesa y sus Gobernantes».[62]

Esta era la cosecha, no sólo de la persecución, sino también del aumento de los precios y de la penuria económica. Existen algunas pruebas de que la agitación se estaba introduciendo en las partes más pobres del East End. Mientras que el mitin de Hackney, en octubre, había sido una novedad, Francis Place recordaba que al acto de Chalk Farm había asistido una «inmensa multitud (...)

[61] *Report of the Committee of Secrecy*, 1794, pp. 185 y siguientes; Joseph Gerrald, *A Convention the Only Means of Saving Us from Ruin*, p. 59; *The Address published by the L.C.S.... 20 January 1794*. John Martin escribió a Margarot en la cárcel municipal de Edimburgo (22 de enero de 1794): «La Sociedad está aumentando rápidamente tanto en ánimos como en número, y los ricos están empezando a estar entre nosotros y a sentarse con placer entre los hombres honrados con mandil de cuero», T. S. 11.3510 (B).

[62] *Report of the Committee of Secrecy*, 1794, pp. 185-189; *An Account of a Meeting of the Constitutional Society of Halifax*, Halifax, 1794; P. A. Brown, *op. cit.*, pp. 111-117; A. Temple Patterson, *op. cit.*, p. 74.

con personas de todo tipo: hombres y mujeres (...) en el mayor orden que jamás presencié (...) aunque recibieron muchos insultos y provocaciones por parte de los enviados de Bow Street y diversos agentes de policía, espías e informadores del Gobierno (...), se comportaron como hombres *inteligentes y racionales*.»[63] También en abril, en Sheffield se hizo una reunión pública de seis o siete mil personas —los reformadores declararon doce mil— para protestar contra las sentencias escocesas; la presidencia la ocupó un caballero muy joven, elocuente e inseguro, de Derby, Henry Yorke, que auguraba con placer el momento en que «la imponente voz de todo el pueblo les aconsejaría a los quinientos cincuenta y ocho caballeros de St. Stephen's Chapel que se preocupasen de sus propios asuntos». «Por la noche, tipos borrachos» asaltaron las casas de los reformadores de Sheffield, y Davison, el secretario de la sociedad, concibió un plan para proporcionar «a los patriotas un número suficiente de picas como para hacerles temibles». En los procesos posteriores de Hardy y Yorke, a esto se le concedió un gran peso. La acusación lo presentaba como prueba de intento insurreccional; los testimonios de la defensa negaban el hecho o declaraban que la intención última era la autodefensa ante los desalmados partidarios de la «Iglesia y el Rey». De hecho, probablemente, podían encontrarse ambas intenciones en las sociedades. En Edimburgo, un comité fragmentario que subsistía desde la Convención británica todavía se reunía en secreto y había pasado a ser controlado por un anterior espía del gobierno, Robert Watt. Se fabricaron unas cuantas picas y hachas de combate y Watt, en una confesión agónica, declaró que se había convertido a la causa de la reforma y que estaba planeando insurrecciones simultáneas en Edimburgo, Dublín y Londres. Cualesquiera que fuesen los motivos de Watt, una veintena de tejedores y artesanos escoceses se vieron profundamente implicados en sus intrigas.[64]

Esas fueron las circunstancias que precedieron el ataque repentino de Pitt a las sociedades, en mayo de 1794. Fueron detenidos los líderes de la Sociedad Constitucional de Londres y de la S.C.L., sus papeles fueron confiscados y el Parlamento nombró un comité de materia reservada para que los examinase.[65] Se suspendió el *hábeas corpus*. En

[63] Ad. MSS. 27814. Estos mítines ayudaron a establecer un precedente importante, puesto que la convocatoria de mítines públicos por parte de plebeyos sin autoridad —y sin la intención específica de hacer alguna petición al Parlamento— era de dudosa legalidad; véase Jephson, *op. cit.*, I, p. 277.

[64] *Trial of Hardy*, *passim*; *Trial of Henry Yorke*, 1795, pp. 26, 80-81; *Trial of Robert Watt*, Edimburgo, 1795, p. 353; Meikle, *op. cit.*, pp. 150-153; *The Life and Character of Robert Watt*, Edimburgo, 1795, p. 76.

[65] Para las circunstancias de la detención de los reformadores de Londres, véase arriba, pp. 3-5.

Norwich, Isaac Saint y otros miembros del comité fueron detenidos. En Sheffield, cuyo delegado a la convención de Edimburgo, M.C. Browne, todavía estaba en espera de juicio, prendieron a Henry Yorke y a algunos miembros del comité. Richard Davison, secretario de la Sociedad, escapó a la detención y el editor del *Sheffield Register*, Joseph Gales, también fue encausado en junio por conspiración, pero huyó a América. Inmediatamente después de estas detenciones se lanzó a la opinión pública contra las sociedades, mediante «revelaciones» de conspiración en la Cámara y rumores de complots insurreccionales y conexiones entre las sociedades y los franceses. Vendedores de baladas y volantines corrieron por las calles con hojas encabezadas con «¡Traición! ¡Traición! ¡Traición!» y se colgaron carteles por toda la ciudad. Fue durante la celebración de la victoria naval del «Glorioso Primero de Junio» cuando una muchedumbre atacó la casa de la señora Hardy y un periódico de Londres se mofaba de que «la mujer murió atormentada por las visiones de su querido Tommy siendo colgado, destripado y descuartizado». Algunos clubes, alarmados, se disolvieron, mientras aquellos que se mantenían estaban ocupados recogiendo fondos para los familiares de los prisioneros. Algunos miembros de la S.C.L. fueron demandados cuando intentaban hacer una colecta para la defensa de los prisioneros. *The Times* publicó un simulacro burlesco de información de una revolución inglesa, en la que se retrataba a los prisioneros disfrutando de un poder sanguinario.[66] En Lincolnshire «se pagó a los cantores de baladas, y éstos se apostaban al final de las calles para cantar la caída de los jacobinos». Entre la gente de buen tono, incluso el silencio acerca del tema de los juicios despertaba sospechas.[67] En Nottingham tuvo lugar un acoso de jacobinos, promovido por los partidarios de la «Iglesia y el Rey», de excepcional violencia. Al igual que el año anterior, las casas de los reformadores fueron «abiertas por la fuerza y las personas arrastradas, se les pusieron dogales alrededor del cuello y se les arrojó al arroyo fangoso situado al lado de la ciudad». Un comité legitimista les pagó a los «navegantes»[68] que estaban abriendo un nuevo canal, para que atacasen a los jacobinos, a quienes el comandante se negó a proteger.[69] Más o menos en esta época, en Failsworth, un destacado jacobino fue «atado a la silla de montar del caballo de un dragón, mientras el populacho, enloquecido y fanático, le clavaba alfileres en las piernas».[70]

[66] James Parkinson, *A Vindication of the L.C.S.*, 1795, pp. 1-6; *Times* (5 de septiembre de 1794).
[67] W. Gardiner, *Music and Friends*, 1838, I, p. 222.
[68] *Navigators* (navegantes) es el nombre que recibían los trabajadores empleados en la construcción de canales, y por extensión todos quienes hacían trabajos similares de excavación. *(N. de la T.)*
[69] F.D. Cartwright, *Life and Correspondence of Major Cartwright*, 1826, I, p. 312; Blackner, *op. cit.*, pp. 396-401; Suton, *op. cit.*, pp. 193-199.
[70] B. Brierley, *Failsworth. My Native Village*, Oldham, 1895, p. 14.

Sin embargo, la Sociedad de Correspondencia de Londres estaba lejos de disolverse. Se creó un comité ejecutivo secreto de nueve, cuyos miembros más activos eran Richard Hodgson, un sombrerero, John Bone, un librero, y el «ciudadano Groves». Según un memorándum oficial, que quizá influyó en la decisión de actuar de Pitt, la S.C.L. había estado incorporando adeptos de forma intensa, durante toda la primavera. No sólo contaba con cuarenta y ocho secciones en mayo de 1794, sino que además de los hombres de oficio y los artesanos «últimamente ha aparecido entre ellos un nuevo tipo de personas, a saber: varias personas que proceden de los mozos de cuerda ribereños y dependientes de los almacenes de la *City* y algunos criados de los caballeros». Cincuenta irlandeses se unieron en grupo a una sección, a la vez que se establecían secciones en Woolwich y Deptford.[71] Después de las detenciones de Hardy, Thelwall y los demás líderes, Hodgson, Bone y el «ciudadano Groves» pudieron reunir a la mayor parte de los nuevos inscritos. En julio se informó de que «dieciocho secciones, presas del pánico, no se reunían», y de que se habían enviado delegados para revitalizarlas; pero las treinta secciones restantes seguían funcionando. De hecho, el resultado de la persecución fue acentuar más el proceso de radicalización en el seno de la Sociedad. Si bien en agosto algunas secciones se habían «dormido» y algunos miembros se habían apartado de otros, como consecuencia —observó un informador— «actualmente, la Sociedad está compuesta, principalmente, por los atrevidos y los desesperados». Antes, el lenguaje de las reuniones se había mantenido en los límites de la reforma parlamentaria: «*Ahora* se afirma abiertamente la intención de derrocar al Gobierno del país.» En otoño, cuando el sobresalto de las detenciones desapareció, se produjo un nuevo cambio en la actitud popular. Mejoró el trato hacia los prisioneros y Hardy observó que, en Newgate, los delincuentes comunes empezaban a tratar con respeto a los reformadores. Place recordaba: «Las violentas medidas del gobierno asustaban a muchos»:

> Sin embargo, muchas personas, entre las que yo me contaba, consideraban que hacerse miembros en aquel momento era loable y era el cumplimiento de un deber (...) Esto mejoró el carácter de la Sociedad, ya que la mayor parte de aquellos que ingresaban eran hombres de carácter decidido, hombres inteligentes y juiciosos, a los que no se podía hacer cambiar fácilmente de idea.[72]

[71] Memorándum con respecto a las Sociedades de Correspondencia, especialmente en el «Eastern End de la Ciudad y en la *City*», 6 de mayo de 1794, en T.S.11.3510 A (3). Según éste, Sheffield, Bristol y Norwich declararon un crecimiento similar en el mismo período.

[72] G. Wallas, *Life of Place*, p. 21. El manuscrito de Place, «*History*», debe tratarse con alguna reserva. Escrito muchos años después de los hechos, cuando era un tibio refor-

En el *interim*, la ejecutiva secreta de la Sociedad atravesó sus propios problemas. Tenía dificultades para encontrar «formas y medios adecuados para una comunicación segura» de sus cartas a los clubes provinciales. En agosto, hubiesen apresado a su miembro más capacitado, el ciudadano Hodgson, bajo una orden de prisión por alta traición, si los agentes de Bow Street no hubieran «capturado a una persona equivocada», lo que, cuando se informó a los miembros de la ejecutiva que quedaban, «provocó grandes risas». Después de eso, sólo pudo comunicarse con su ejecutiva mediante cartas que encabezaba: «En el *camino*». El 3 de septiembre, los agentes de Bow Street entraron bruscamente en la ejecutiva y detuvieron al secretario en funciones. El «ciudadano Groves» desafió su autoridad y luego condujo a los demás a una taberna para hacer una colecta para la familia del detenido. Pero al día siguiente tuvo lugar un acontecimiento más notable. Un portavoz de Hardy acusó a Groves de ser un espía del gobierno y éste se defendió en un proceso formal ante el pleno del Comité General de la Sociedad. Su discurso fue conmovedor, por su sinceridad, aunque un poco exagerado. Presentó muchas pruebas de su lealtad, así como testigos de su talante jacobino. Fue absuelto de modo triunfal.

Pero el «ciudadano Groves» *era*, de hecho, un espía; uno de los más capaces de la larga hilera que va desde Oliver hasta los años del cartismo y más allá. Después de cada reunión o ejecutiva secreta, se recibían sus informes completos para que Pitt, Dundas o el procurador del tesoro los examinasen detenidamente. Sólo gracias a su habilidad particular podemos describir de algún modo los hechos de aquellos meses.[73]

El proceso de Hardy tuvo lugar el 25 de octubre de 1794, en la Old Bailey.[74] La acusación era de alta traición. Y quizá para acentuar lo terrible de esta, diez días antes, Robert Watt —el auténtico conspirador y tal vez «agente doble»— había sido decapitado en Edimburgo. Tanto el público como el jurado sabían que a los prisioneros les iba la vida en el juicio. El único hombre de la sala de justicia que se negaba a reconocer la gravedad de los procesos era

mador benthamita, en parte es una justificación personal, en la que los «hombres inteligentes y juiciosos» —es decir, Francis Place— son ensalzados y los menos moderados son denigrados. Las conferencias de Thelwall se describen como «declaración de carácter vago» que «contenía todos los prejuicios vulgares del momento»; un breve examen del *The Tribune* pondrá de manifiesto el sesgo de esta opinión.

[73] Tanto las actas de la «ejecutiva secreta» como los informes de Groves se conservan en T. S. 11.3510 A (3). Los informes de Groves abarcan desde mayo hasta mediados de octubre de 1794; no he podido descubrir por qué se terminan, quizás, a pesar de su absolución formal, se perdió la confianza en él después de su «juicio». Para tener un ejemplo de su perspicaz información, véase más adelante, p. 179. Sobre la cuestión de los espías, más en general, véase más adelante, pp. 529 y siguientes.

[74] Sede del Tribunal Central para asuntos criminales, en Londres. *(N. de la T.)*

John Horne Tooke, que combinaba poses de fastidio con un talento irreverente, a la verdadera manera de Wilkes. Cuando le preguntaron si sería juzgado «Por Dios y su Patria», «miró al tribunal durante algunos segundos con un aire de gravedad que pocos hombres son capaces de adoptar, y sacudiendo la cabeza contestó con énfasis "*Sería* juzgado por Dios y mi patria, *pero* (...)"» A medida que lentamente avanzaba el juicio, durante ocho días, los indicios de «conspiración» peligrosa parecían más y más despreciables, y los interrogatorios caprichosos, incluso brutales, de Erskine a los testigos de la acusación los hacían aparecer todavía más endebles de lo que eran. En Hardy, el público encontró, una vez más, una de aquellas imágenes de independencia que encantaban al inglés libre por nacimiento: un plebeyo firme y juicioso que desafiaba el poder del Estado. Las circunstancias de la muerte de la señora Hardy le granjearon mayores simpatías. El nerviosismo aumentó: en provincias se hacía parar a los viajeros y a las sillas de posta por las carreteras y se les preguntaba por las noticias. La víspera del día en que se debía conocer el veredicto, se rumoreó que Hardy había sido absuelto. Se desengancharon los caballos del carruaje de Erskine y le pasearon triunfalmente por las calles. El último día —mientras el jurado se retiró a deliberar durante tres horas— las calles cercanas a la Old Bailey se vieron atestadas por una alborotada multitud: un veredicto de «culpable» sin duda hubiese provocado un motín. Un delegado de la Sociedad Patriótica de Norwich, llamado Davey, estaba en Londres para seguir los juicios. Al conocer la noticia de la absolución, volvió en silla de posta hacia Norwich, viajó toda la noche y llegó el domingo por la mañana a la hora del servicio divino. Fue directamente al templo baptista de St. Paul, cuyo pastor, Mark Wilks, era un reformador apasionado: uno de los pastores baptistas al viejo estilo, que combinaba un trabajo como granjero con su ministerio no retribuido. Cuando Davey entró, Wilks estaba en el púlpito; se interrumpió para preguntar: «¿Cuáles son las noticias, hermano?», «¡Inocente!», «Entonces, cantemos, "Alabado sea Dios del que provienen todas las bendiciones."»

El gobierno persistió con el caso contra Horne Tooke. Pero el proceso fue una fuente de humillación todavía mayor. La defensa hizo comparecer al primer ministro, Pitt, y se vio obligado a admitir que había asistido a las reuniones del condado de Wyvill en favor de la reforma. La absolución de Tooke fue seguida por un último esfuerzo, en diciembre, para asegurar una sentencia contra Thelwall. Pero el resultado fue inevitable. Quizá no del todo. Thelwall, que tenía un carácter un tanto exagerado, se había dedicado, mientras estaba en Newgate, a escribir poemas sobre el tema de Hampden, Sidney y la tiranía:

En la nociva lobreguez del calabozo
El patriota, a pesar de todo, con el corazón impávido,
Puede adoptar un aspecto alegre
—Y sonreír— ¡sabiendo que la virtud le bendice![75]

Cuando se acercaba su juicio fue presa del deseo de pronunciar una arenga ante el jurado. «Me ahorcarán si no lo hago», le dijo a Erskine. «Le ahorcarán si lo hace» fue la respuesta de Erskine. Al absolver a Thelwall, se retiraron las acusaciones contra los restantes prisioneros.

Se podría esperar que esto hubiera desencadenado un ingreso inmediato de miembros a las sociedades, pero es difícil desenmarañar los acontecimientos del año siguiente. En primer lugar, la mayor parte de las sociedades provinciales se habían disuelto durante el verano de 1794, o las demás continuaban en formas «clandestinas» que han dejado pocas pistas. Además, el Comité de Materia Reservada había anunciado de forma bastante clara el peligro de la correspondencia y los juicios habían revelado el empleo generalizado de espías del gobierno. En Sheffield la sociedad permanecía paralizada, puesto que Yorke todavía seguía en prisión: su juicio no tuvo lugar hasta julio de 1795, y fue condenado a dos años de cárcel por conspiración. Además, estos procesos sólo eran excepciones. En las provincias los magistrados tenían considerables poderes de jurisdicción sumaria y los reformadores humildes no podían esperar que Erskine fuera a defenderles.[76]

Por lo demás, todavía tenían que pagarse los costes de la defensa. En Norwich, donde todavía había ciudadanos influyentes que apoyaban a la Sociedad Patriótica, Mark Wilks predicó una serie de sermones jacobinos en la capilla de St. Paul, en abril de 1795, para sufragar los gastos de los juicios. Si bien las absoluciones habían evitado un terror generalizado —Hardy fue informado, de buena tinta, de que se habían preparado por lo menos ochocientas órdenes de detención contra reformadores y se habían firmado realmente trescientas, órdenes que se iban a cumplir inmediatamente en caso de que se obtuviese un veredicto contra él—, no obstante, los juicios revelaron lo lejos que estaba dispuesto a ir el gobierno. Las absoluciones condujeron a los publicistas del orden establecido

[75] J. Thelwall, *Poems Written in Close Confinement in the Tower and Newgate* (...), 1795, p. 9. (*Within the Dungeon's noxious gloom / The Patriot still, with dauntless breast, / The cheerful aspect can assume — / And smile — in conscious Virtue blest!*)

[76] Por ejemplo, James Hindley de Leeds fue sentenciado, en 1794, a dos años de prisión por vender escritos sediciosos. En 1794, detuvieron a George Bown, pero le dejaron en libertad después de varios meses, sin haberle hecho juicio. En Sheffield, James Montgomery, que intentaba continuar el trabajo de Joseph Gales publicando el más moderado Iris, fue encarcelado dos veces, durante tres y seis meses, en 1795. No se ha llevado a cabo una investigación sistemática en cuanto al alcance de esos procesamientos provinciales.

al punto de la incoherencia. Burke, que había participado en la preparación del informe del Comité de Materia Reservada y que ahora estaba en posesión de una pensión de cuatro mil libras al año, se convirtió, después de 1794, en el intelectual análogo a James Reeves. Consideraba que una quinta parte del electorado y casi todos los que no tenían derecho a voto eran «jacobinos puros; completamente incapaces de enmienda; objetos de eterna vigilancia». Daba por supuesto que los hombres absueltos eran «asesinos» e insistía en que los males del cuerpo político exigían «los terrores decisivos del cauterio y la cuchilla».[77]

En segundo lugar, algunos de los líderes reformadores habían tenido suficiente. La Sociedad Constitucional jamás resucitó y Horne Tooke se retiró de los asuntos públicos, hasta la elección de 1796. Hardy, después de la muerte de su esposa, se volcó en sus propios asuntos y no volvió a formar parte activa de la S.C.L. Además, en Londres, la Sociedad estaba desgarrada por la discordia. Pasaron semanas discutiendo acaloradamente si la Sociedad debía tener una nueva constitución: una parte argumentaba que *toda* constitución era un impedimento a la democracia directa y la otra argüía que con una disciplina interna más estricta se podría hacer frente a la persecución. Por otra parte, incluso la utilización casual de las palabras «nuestros líderes», en una carta, acarreó una alarma democrática dentro de la sociedad. En una confusión de personalismos, se separaron dos secciones para formar nuevas sociedades. John Bone se convirtió en secretario de la Sociedad para la Reforma de Londres, que mantenía relaciones amistosas con el grupo matriz. Parece que John Baxter inició la otra separación, una Sociedad de Amigos de la Libertad que se especializó en declaraciones libertarias grandilocuentes. Descrito por un espía como «un hombre de aspecto humilde (...) de cara delgada, con el cabello negro recogido en una coleta, americana marrón oscuro, chaleco color tabaco, cerca de los cuarenta», Baxter parece que fue partidario de tomar medidas más enérgicas y él mismo pronunciaba conferencias sobre *Resistencia a la Opresión*: «Mientras todo el poder del Estado se confíe a los propietarios de tierras, se puede decir verdaderamente, que tienen en sus manos los *resortes* de la vida y de la muerte.» Thomas Spence, que había sido profesor en Newcastle, estaba ganando partidarios con «un nuevo *Los derechos del hombre* (...) que va más allá del de Paine». La tierra de la aristocracia debe ser expropiada y las nuevas cooperativas de Spence deben ocupar su lugar:

[77] Th. Hardy, *Memoir*, pp.42-43; Mark Wilks, *Athaliah: or the Tocsin Sounded*, Norwich, 1795; Thelwall, The *rights of nature* [*Los derechos de la naturaleza*], 1796, *Letter*, I, pp.40, 56-57; Sarah Wilks, *Memoirs of the Reverend Mark Wilks*, 1821, pp.78-79; E. Burke, *Two Letters addressed to a Member of the Present Parliament*, &c., 1796.

¿Pensáis que la Humanidad disfrutará alguna vez de un grado de libertad y felicidad admisible, mediante una reforma parlamentaria, si permitimos que los terratenientes continúen existiendo? (...) Una Convención o un Parlamento del pueblo estaría eternamente en guerra con la aristocracia.[78]

Esas tensiones eran de esperar. En fecha tan temprana como octubre de 1793, ya se recoge en las actas de la S. C. L. una moción de una sección que reclamaba la expulsión de las personas que propagaban principios igualitarios. Como el coste de la vida aumentaba —y como la Sociedad hacía progresos en el este y el sur de Londres— la cuestión «social» se situó más y más en primer plano. Un folleto característico de 1794 apoyaba, como medidas de la reforma, una reducción de los impuestos y del *excise*, reforma de las *Poor Laws* y las *Game Laws*,[79] fin de las limitaciones a las *trade unions*, trabajo para los desempleados, y acabar con el *press-gang* y la obligación que pesaba sobre los taberneros de alojar a las tropas.[80] Tales demandas podían obtener una aceptación universal dentro de la Sociedad, mientras que los puntos de vista más extremos de Spence y de Baxter no llegaban a tenerlo. Por otro lado, está claro que la sociedad también estaba dividida en cuanto a las tácticas. Como ejemplo de las dos tendencias se pueden tomar a dos recién llegados al liderazgo de Londres. El mismo Place, con sus serios modales, su gran capacidad organizativa, su aplicación intelectual y su experiencia en la organización de *trade unions*, se situaba en la tradición de Hardy. Durante el verano de 1795 fue, a menudo, presidente de la reunión semanal del Comité General y, según su propio relato, consideraba que la misión principal de la sociedad era proporcionar educación política a los obreros:

estaba convencido de que los ministros seguirían hasta llevar al gobierno a una parálisis; es decir, hasta que no lo pudiesen mantener por más tiempo. Me parecía que la única oportunidad de que el pueblo tuviese o pudiese tener un gobierno bueno y barato residía en que se le enseñaran las ventajas de la representación (...) de forma que siempre que la actuación de los ministros produjese una crisis, estuviesen capacitados para dar apoyo a los más apropiados para establecer una forma de gobierno sencilla y barata. Por lo tanto aconsejé que la sociedad procediese de la forma más silenciosa y reservada que fuese posible.

[78] *The Correspondence of the L. C. S.*, 1795, pp. 4, 20-21, 26, 42-3; Hardy, *Memoir*, *passim*; P. A. Brown, *op. cit.*, pp. 142, 151; J. Baxter, *Resistance to Oppression*, 1795; Anónimo [T. Spence], *The End of Oppresion*, 1795. Para Spence, ver más abajo, pp. 186-8.

[79] *Game Laws*: leyes de caza. (*N. de la T.*)

[80] Anónimo [James Parkinson], *Revolutions without Bloodshed*, 1794. Este admirable ejemplo de las demandas jacobinas moderadas, declaradas con firmeza, se encuentra impreso en Cole y Filson, *British Working Class Movements*, pp. 48-52.

Eso es demasiado imprudente: «un gobierno sencillo y barato» es una frase de la última jerga benthamita de Place, mientras que la sociedad, en 1795, quería el fin de la represión y el sufragio masculino adulto, en razón de la libertad y la igualdad. Pero probablemente Place es preciso al decir, en fecha tan temprana como 1795, que consideraba que el papel de los reformadores obreros era *complementario* al de los reformadores de clase media y aristócratas, en el Parlamento. Los obreros no podían esperar hacer la reforma por y para ellos, sino que debían apoyar a otros que tenían «más probabilidades» de obtener concesiones. En un sentido, éste era un compromiso táctico previsor; pero esto suponía favorecer una crisis —esperando, quizá, un desajuste financiero, motines de subsistencia y tumultos entre el populacho— más que hacer una política de *precipitar* la crisis mediante la agitación popular. Es la política de aquellos hombres de oficio o artesanos, con amor propio, que preferían tender un puente hacia la clase media, que tratar de salvar el abismo que había entre ellos y los pobres levantiscos. Como tal, representa una renuncia a la agitación entre «innumerables miembros», aunque al mismo tiempo incorpora las fuerzas del autodidactismo y la organización concienzuda.[81]

La otra tendencia la representa John Binns, un joven perteneciente a una familia de gentes de oficio de Dublín, que trabajaba como fontanero en Londres. También se incorporó a la S. C. L. en 1794 y accedió rápidamente a la presidencia de comités y actos públicos. Formaba parte de la mayoría de miembros que sostenían que, inmediatamente después de las absoluciones, la sociedad debía propagar más ampliamente su mensaje, así como organizar grandes manifestaciones públicas, de modo que el gobierno «se viera obligado a conceder una reforma». Y la reforma en favor de la que luchaba era, en realidad, una reforma mediante una revolución; aunque la reforma era el objetivo declarado, anotó en sus *Recollections*: «los deseos y las esperanzas de muchos de los miembros influyentes [de la sociedad] les conducían al derrocamiento de la monarquía y al establecimiento de una república.»[82]

Hacia marzo de 1795, la Sociedad había quedado reducida, como resultado de las secesiones, sólo a diecisiete secciones.[83] Más grave todavía, la correspondencia provincial había disminuido, de

[81] G. Wallas, *op. cit.*, pp. 24-25.
[82] Binns, *op. cit.*, p. 45.
[83] En el invierno de 1794-1795, hubo otra alarma de «traición», tres miembros de la Sociedad —Smith, Higgins y Lemaitre— fueron acusados de organizar un complot para asesinar al Rey, con un dardo envenenado disparado con una escopeta de aire comprimido. La acusación había surgido de un informador rencoroso y los acusados fueron puestos en libertad sin juicio; véase J. Smith, *The Conspirators Exposed*, 1795; P. T. Lemaitre, *Narrative of Arrest*, 1795; P. C. A. 35/6.

manera que el movimiento carecía de un centro nacional. John Thelwall también dimitió, aparentemente porque, tal como él mismo explicaba, era mejor para él colaborar como conferenciante y propagandista independiente, pero más probablemente lo hizo porque estaba cansado de las disensiones. No obstante, después de las secesiones, la Sociedad parecía más unida y su actividad se reanimó. En contra de los argumentos de Place —de que los mítines públicos desencadenarían una persecución renovada y la suspensión del *hábeas corpus*— la política de Gale Jones y Binns, favorable a la agitación en la más amplia escala, resultó victoriosa en un referéndum de todas las secciones de Londres. Como resultado de ello, se hizo un gran mitin en St. George's Field a finales de junio, en apoyo del sufragio masculino adulto y los parlamentos anuales. Verdaderamente, fue la mayor manifestación pública en favor de la reforma que se había hecho nunca en Londres, incluso si reducimos la cifra de cien mil asistentes que declaraba la S. C. L. Presidió el ciudadano John Gale Jones, que pronunció un discurso de lenguaje rimbombante que está lejos de las reminiscencias benthamitas de Place:

> Somos britanos, ¿y no es la libertad nuestro derecho por nacimiento? (...) Traed vuestros látigos y potros de tortura, vosotros ministros de la venganza. Levantad vuestros patíbulos (...) ¡Erigid cuarteles en todas las calles y bastillas en todas las esquinas! Perseguid y desterrad a todos los individuos inocentes; pero no triunfaréis (...) la sangre sagrada del patriotismo, que gotea del hacha acerada, traerá consigo las semillas nacientes de la libertad.

Con todo, los manifestantes, tambaleándose bajo esas variopintas metáforas sanguinarias, se comportaron pacífica y ordenadamente, y se dispersaron con tranquilidad.[84]

Desde este momento hasta el final del año, la Sociedad creció con rapidez. Rompió el círculo, bastante reducido, de artesanos y hombres de oficio, y ganó un apoyo creciente entre la población asalariada. En junio se declararon cuatrocientos nuevos miembros, entre setecientos y ochocientos en julio; las diecisiete secciones de marzo habían pasado a ser cuarenta y una a finales de julio y setenta u ochenta hacia octubre. Entretanto, las dos sociedades que se habían separado también prosperaron. Aparecieron grupos de discusión colaboradores y clubes de lectura. El deísmo y el librepensamiento ganaron terreno, hasta el punto de que, al año siguiente, Gale Jones escribía como cosa evidente, «Aunque no profeso el cristianismo». La sociedad acuñó monedas y medallas de recuerdo,

[84] *Correspondence of L. C. S.*, 1795, pp. 4-5 *et passim*; *Tribune* (20 de junio de 1795); Ad. MSS. 27808; Anónimo, *History of Two Acts*, pp. 9 y siguientes.

para celebrar las absoluciones de 1794 y para otras ocasiones. Thelwall reunía con regularidad a un público de algunos centenares en sus conferencias, que tenían lugar dos veces por semana, y no pudo resistir jactarse de ello en las cartas que escribía a su esposa:

> Durante dos noches he tenido casi seiscientas personas (...) Dos conferencias, en particular, han sacudido los cimientos de la corrupción hasta que cada piedra del podrido edificio ha temblado. Cada frase saltaba de pecho en pecho con un contagio eléctrico, y los propios aristócratas —muchos de los cuales vinieron en tropel a escucharme— se veían a menudo obligados (...) a unirse a las aclamaciones.

Además, alrededor de las sociedades crecieron otros grupos y clubes de taberna con un nuevo estrépito de retórica republicana. Un tal «ciudadano Lee», que a veces es descrito como un metodista, publicó, desde el «Árbol Británico de la Libertad, n.º 98 Berwick Street, Soho», una serie de folletos incendiarios y provocativos, entre cuyos títulos se incluían *King Killing, The Reign of the English Robespierre* y *The Happy Reign of George the Last.* Ponía el acento, al igual que Spence, en las «asociaciones parroquiales *y* de pueblo», y también era uno de los pocos jacobinos ingleses que hacía referencia a la guillotina en términos de cálida aprobación. Probablemente fue su producción de libros de cuentos, historias jacobinas y de hojas sueltas lo que inspiró a Hannah More a contraatacar con su *Almacén de Folletos Económicos*, aunque D. I. Eaton y varias de las sociedades provinciales también se dedicaron al negocio del folleto barato.[85]

Después de junio de 1795, también se reavivó la correspondencia provincial. En agosto se hizo un mitin al aire libre en Sheffield; el presidente había sido enviado expresamente desde Londres. Se declaró una asistencia de diez mil personas.[86] Pero, por lo demás, Norwich era, con mucho, el centro provincial más imponente. En septiembre había diecinueve secciones activas de la Sociedad Patriótica y, además de los tejedores, zapateros, artesanos y tenderos que componían la sociedad, todavía tenía el apoyo cauteloso de las familias patricias de comerciantes: los Gurney y los Taylor. Al mismo tiempo, Norwich tenía un grupo de profesionales con grandes facultades, que publicaron, durante 1795, un periódico —*The Cabinet*— que quizá fue la más interesante de las publicaciones intelectuales cuasi-jacobinas del periodo. Sus artículos abarcaban desde el análisis concienzudo de los asuntos europeos y la dirección de la guerra, a través de las efusiones poéticas, hasta las disquisiciones sobre Maquiavelo, Rousseau, los

[85] *Correspondence of the L. C. S.*, 1795, pp. 4-5, 29, 35; J. G. Jones, *Sketch of a Political Tour (...)*, 1796, p. 3; Mrs. Thelwall, *Life of John Thelvall*, 1837, p. 367.
[86] *Proceedings of the Public Meeting on Crooke's Moor at Sheffield*, Sheffield, 1795.

derechos de la mujer y el socialismo godwiniano. A pesar de los muy diversos grados de énfasis, Norwich mostraba un notable consenso de sentimiento antigubernamental, que iba desde las capillas baptistas a los ambiciosos *philosophes* de *The Cabinet*, desde la «Divisa de los Tejedores», cuartel general de la Sociedad Patriótica, a la casa de Gurney, desde el foxita Coke de Holkham a los trabajadores de los pueblos cercanos a la ciudad.[87] La organización se extendía desde Norwich a Yarmouth, Lynn, Wisbech y Lowestoft. Un movimiento similar surgía en las ciudades de Medway, Chatham, Rochester, Maidstone, que se extendía desde los médicos y los profesionales a los artesanos de los muelles. Nottingham presenció un resurgimiento, una vez más, con cierto tipo de alianza entre los industriales y los calceteros. Y la *Correspondence* de la S. C. L., que se ha publicado, muestra síntomas de actividad en Leeds, Bradford, Birmingham, Leominster, Whitchurch (Salop), Melbourne (cerca de Derby), Sunbury (Middlesex), High Wycombe, Truro y Portsmouth.

«Un nuevo maestro está trabajando entre las masas: la escasez», estas son palabras de Prentice, el historiador de Manchester. 1795 fue un año de crisis, tanto en Francia como en Inglaterra. El invierno excepcionalmente duro de 1794-1795, los desajustes de la guerra, la pérdida de las cosechas, todo ello disparó los precios de las subsistencias. Mayo de 1795 es la célebre fecha de la decisión de Speenhamland, que regulaba la liberalización de los salarios en relación con el precio del pan. El precio del trigo alcanzó niveles insostenibles: 108 s el cuarto[88] en Londres, 160 s en Leicester, mientras que en algunos lugares era imposible obtenerlo. Durante el estallido sin precedentes de motines de subsistencia que barrió el país en verano y otoño, en diversas ocasiones la milicia se puso de parte de los amotinados.[89] Había signos de descontento en el ejército, Irlanda se aproximaba a la rebelión y los industriales de Norwich, Manchester y el West Riding hacían peticiones en favor de la paz. John Thelwall dedicó varias de sus conferencias más convincentes al tema de la escasez. En el Norwich jacobino —según declaró él mismo— por lo menos 25.000 trabajadores estaban pidiendo ayuda: los tipos de interés que pagaban los pobres habían alcanzado los 12 o 13 s la libra. La gran industria sedera de Spitalfields, se lamentaba, estaba abandonada:

[87] Correspondence, *op. cit.*, pp. 27-28, 63-64; Cabinet (Norwich, 1795), 3 volúmenes; Sarah Wilks, *Memoirs of the Reverend Mark Wilks*, 1821.

[88] Un cuarto (*quarter*) tiene 28 libras de peso, corresponde a 12,7 kg. Aproximadamente una arroba. *(N. de la T.)*

[89] Para los motines de 1795, véase lo escrito anteriormente, pp. 57-59. Véase también el *Morning Post* del 20 de mayo de 1795, que informa del «motín» en Oakhampton (Devon), cuando la milicia del Stafordshire «toda (...) como un solo hombre se unió al Pueblo»; T.S. 11.3431; Hammond, *Town Labourer*, edición de 1920, pp. 85-86; Maccoby, *op. cit.*, p. 90; J. H. Rose, *William Pitt and the Great War*, 1911, pp. 282-288.

Incluso en mi corto recuerdo, los niños descalzos harapientos eran muy escasos en esa parte de la ciudad (...) Recuerdo la época (...) en que un hombre que trabajase de manera regular en los campos tenía generalmente, junto al lugar donde ejercía su profesión, una pequeña casa de verano y una estrecha parcela de jardín en las afueras de la ciudad, donde pasaba su *lunes*, haciendo volar sus palomas o cultivando sus tulipanes. Pero hoy en día esos jardines están en decadencia. La pequeña casa veraniega y el recreo de los lunes no existen; y encontraréis a los pobres tejedores y a sus familias amontonados en horribles, inmundas e insalubres habitaciones, desprovistos de las más mínimas comodidades, e incluso de lo mínimo indispensable para vivir.

He aquí una imagen de la desaparición de la vieja Inglaterra que —incluso más que el tema de los «pueblos abandonados», que Thelwall también trataba— removía profundos focos de emoción en las memorias de los oficiales y artesanos jacobinos.[90]

El 26 de octubre de 1795, la S.C.L. convocó un nuevo gran acto público, en Copenhagen Fields, Islington, que fue presidido por el ciudadano John Binns, de 22 años. «Un proceder imprudente», desde el punto de vista de Place, que se negó a tomar parte oficial en el mitin. Thelwall fue uno de los disertadores principales y utilizó sus grandes poderes de oratoria para mantener a la multitud en una actitud pacífica. En este momento abrigaba un proyecto de «toda la nación (...) organizada en una gran Asociación, o Sociedad de Correspondencia, desde las islas Orcadas hasta el Támesis, desde los acantilados de Dover hasta el Land's End»; y en la reunión se aprobó una resolución de enviar representantes a las principales ciudades de todo el reino. El propio Thelwall se volvió a incorporar a la sociedad en noviembre. No se puede desechar la información de que asistieron entre cien y ciento cincuenta mil personas.[91] A pesar de que se utilizaron tres plataformas o tribunas, «ni la mitad de los espectadores se pudo acercar lo suficiente para oír una sola palabra». En esta ocasión, se dirigió una «protesta» al Rey:

¿Cómo es posible que, en medio de una aparente abundancia, nos veamos forzados de ese modo a pasar hambre? ¿Por qué si trabajamos y nos afanamos, debemos consumirnos en la miseria y en la escasez? (...) *La Corrupción parlamentaria* (...) devora como un torbellino espumoso el fruto de todos nuestros esfuerzos.

[90] *Tribune*, XXIX (23 de septiembre de 1795).

[91] Place, que en general tendía a reducir las afirmaciones retóricas, y que escribía, en 1824, al margen de una amplia experiencia de agitación política, simplemente diría que ciento cincuenta mil «eran quizás una exageración».

«Predominó la mayor armonía, regularidad y buen orden —afirma el anónimo historiador de las Dos Leyes— fue un día *consagrado a la libertad*.»[92] Tres días más tarde, hubo un día —que si bien no estuvo consagrado a la libertad— con toda seguridad, infundió miedo a la autoridad. El rey, que iba con gran pompa a inaugurar el Parlamento, fue abucheado, silbado y su carruaje apedreado: «¡Muera Pitt!», «¡Abajo la guerra!», «¡Abajo el rey!», «¡Abajo Pitt!», «¡Paz!». Quizá doscientos mil londinenses atestaron las calles. Algunos blandían pequeñas hogazas, decoradas con un crespón negro, ensartadas en palos. Un baratillero que vendía «*Los derechos del hombre* por un penique» fue detenido, rescatado y llevado en hombros de forma triunfal. La ventana del carruaje del rey se rompió, probablemente de una pedrada, pero se cuenta que cuando llegó a la Cámara de los Lores dijo con voz entrecortada: «¡Dios mío, me han disparado!»[93] Al día siguiente, cuando el rey se empeñó en ir al teatro, se despejaron las calles y fue protegido por cien hombres a pie, doscientos a caballo y quinientos policías.

La Sociedad de Correspondencia de Londres declinó toda responsabilidad, pero podía haber tenido algo que ver con aquella manifestación: en cualquier caso no podía pretender controlar la cólera de sus seguidores. La tarde posterior a los tumultos, en una taberna, un miembro de la sociedad alardeaba ante John Binns de haberse encaramado al carruaje y haber intentado asaltar al rey. En cualquier caso, la respuesta de las autoridades fue inmediata. Se hizo pública una proclama contra las reuniones sediciosas y seguidamente Pitt introdujo las Dos Leyes. Por la primera de ellas se convertía en un delito de traición el incitar al pueblo, ya fuese de palabra o por escrito, al odio o desacato al Rey, la Constitución o el Gobierno. Por la segunda, no se podía hacer ninguna reunión de más de cincuenta personas, sin notificarlo a un magistrado que tenía amplios poderes para prohibir discursos, detener oradores y disolver reuniones. Y todavía se añadió un delito capital más al código penal: el incumplimiento de las órdenes de un magistrado se podía castigar con la muerte. Una cláusula especial, dirigida a Thelwall en particular, permitía que las salas de conferencias de los reformadores se cerraran como «casas de alborotos».

El intervalo entre la introducción de esta ley (10 de noviembre) y la recepción de su aprobación real (18 de diciembre) fue el último, y el mayor, período de agitación popular. La pequeña oposición foxita luchó en cada etapa de su aprobación, y por primera

[92] *L. C. S., Account of the Proceedings of a Meeting*... 26 October 1795; Add. MSS. 27808: J. Thelwall, *An Appeal to Popular Opinion against Kidnapping and Murder*, 1796, p. 8; Thelwall, *Life*, pp. 379 y siguientes; *The History of Two Acts*, pp. 97 y ss.

[93] Anónimo, *Truth and Treason! or a Narrative of the Royal Procession*, 1795.

y última vez hizo campaña en el país junto con las sociedades populares. La S. C. L. convocó una manifestación de emergencia el 12 de noviembre —esta vez se declararon doscientas mil personas—,[94] en Copenhagen Fields: «al mitin, como es habitual en estas ocasiones —recordaba Place— asistieron hombres, mujeres y niños.» Pero ni la ocasión del mitin, ni la práctica de llevar niños eran «habituales»; y lo último es una indicación del propósito pacífico, que se convirtió en algo tradicional en el movimiento obrero posterior. En diciembre, en Marylebone Fields, la sociedad hizo una gran manifestación final, de la que existe un relato en el diario de Joseph Farington. Entre los oradores de las varias «tribunas» estaban William Frend, Thelwall y John Gale Jones. Jones, el «endomingado» cirujano, con una «afección paralítica» que le provocaba «una contracción convulsiva casi constante de la cabeza, los hombros y los brazos», tenía sin embargo «una voz excelente; fuerte, clara e inconfundible». Su intervención incluyó la amenaza de que Pitt sería conducido a una «ejecución pública»: «No hubo ningún tumulto, ni se ofendió a nadie que no levantase las manos o no se uniera a los aplausos.»[95]

Se hicieron grandes manifestaciones en todo el resto del país, casi todas en contra de las leyes. «Si dimitiera, mi cabeza rodaría en seis meses», dijo Pitt. El mayor contratiempo se produjo en el Yorkshire. Wilberforce, uno de los diputados del condado, había trabajado en privado con Pitt en «el proyecto de ley de sedición y lo había mejorado ampliándolo», y, además, se había cuidado de defender su reputación de «independencia» oponiéndose a una cláusula en la Cámara. Mientras tanto, en el Yorkshire, Christopher Wyvill, fiel a sus principios moderados, solicitó un mitin en el condado para protestar e hizo público un llamamiento, con cuatro días de anticipación —un viernes—, a todos los campesinos propietarios del West Riding para que asistieran el siguiente martes en York: «Acudid desde vuestros telares, vosotros pañeros honrados e industriosos; dejad por un día el trabajo de vuestros campos, vosotros *yeomen*[96] tenaces e independientes: acudid con el espíritu de vuestros antepasados.» Wilberforce, cuando iba de camino a la iglesia en Londres —«Permítaseme recordar el carácter peculiar de un cristiano: solemnidad en la cámara, buen humor, amabilidad y sosiego, con una secreta alerta y seriedad oculta», había anotado en su diario pocos días antes—, fue detenido por un

[94] De hecho, un *Account* publicado por la S. C. L. declaraba «por encima de 300.000» britanos.
[95] *The Farington Diary*, editado por J. Greig, 1922, I, pp. 118-119.
[96] Campesinos o labradores libres, propietarios independientes y/o arrendatarios de tierras. (*N. de la T.*)

mensaje urgente del Yorkshire. Salvando sin dificultad sus escrúpulos con respecto a viajar en domingo, se dirigió a ver a Pitt. Pitt le dijo que debía asistir al mitin del condado. Pero el carruaje de Wilberforce no estaba dispuesto. «El mío está a punto —dijo Pitt— váyase en él.» «Si descubren de quién es el carruaje en el que habéis viajado —dijo alguien del grupo— correréis el riesgo de que os asesinen.» Wilberforce hizo la «marcha forzada» hacia el norte con el coche que Pitt le había prestado. Todo el condado parecía entrar a raudales en York, los pañeros, o «*Billy-men*», lo hacían cabalgando en sus caballos de carga. Cuando Wilberforce llegó a York, el mitin, que ya había empezado, tenía un carácter duramente contrario al gobierno. Se dirigió «a la mayor reunión de caballeros y campesinos propietarios que jamás se había congregado en el Yorkshire» con una elocuencia «nunca superada», insuflando «energía y vigor a las abatidas almas de los tímidos legitimistas». La gran reputación de independencia y filantropía cristiana de Wilberforce venció sobre los *yeomen* y los pañeros del West Riding. La reunión se dividió: mientras la gran mayoría de los cuatro mil campesinos propietarios daba apoyo a la alocución de Wilberforce en favor del Rey y la Constitución, «aquel tipo loco, el coronel Thornton, se levantó vestido de uniforme» y se dirigió a la «chusma de York (...) hablando en favor de los jacobinos (...) Les dijo que muchos de los soldados estaban dispuestos a unirse a ellos cada vez que se sublevasen». Thornton terminó «despojándose de su uniforme ante la chusma», que le llevó triunfalmente en hombros hasta el Guildhall.[97]

Este es uno de aquellos momentos de la historia que parece revelar una crisis entre épocas. Aparte de las elecciones, el siguiente mitin masivo del West Riding que se hizo en York iba a ser la «Peregrinación» de Oastler, de esclavos de la fábrica (1832). Del mismo modo que el mitin de York se escindió en campesinos propietarios legitimistas y sediciosos sin derecho a voto, la sociedad del siglo XIX iba a estar dividida, en las *hustings*, entre electores y obreros, hasta 1850. Y simboliza otra división. «Entre Yorkshire y Middlesex hacen toda Inglaterra», dijo Fox. La conciencia inconformista del Yorkshire había demostrado ser vulnerable: donde no alcanzaban la iglesia y el rey, podían llegar Wilberforce y los metodistas. Pero en el Middlesex la disidencia tradicional de los hombres de oficio y los artesanos se decantó, en este momento, netamente hacia el librepensamiento. Y también eso fue consecuencia de las Dos Leyes y de las declaraciones de «lealtad» por parte de dirigentes de la Iglesia y el templo por un igual.

[97] Wilberforce, *op. cit.*, II, pp. 112-113; Wyvill, *Political Papers*, V, *passim*.

Se ha dicho que el ladrido de las Dos Leyes fue peor que su mordisco. Nunca se impuso la pena de muerte bajo sus disposiciones. Aunque el *hábeas corpus* estuvo suspendido durante ocho años, parece que sólo unos pocos fueron retenidos sin juicio por un tiempo.[98] Por supuesto, este era el ladrido que Pitt deseaba: miedo, espías, magistrados vigilantes con poderes indefinidos, de vez en cuando el castigo ejemplar. En cualquier caso, entre el ladrido y el mordisco de las Dos Leyes quedaba la barrera de un jurado inglés; y se puede poner en tela de juicio la opinión de Place (1842), según la cual «se puede decir que la mayoría de los tenderos y los obreros las aprobaron [las leyes] sin entenderlas».[99]

En todo caso, las leyes triunfaron. En un primer momento la S. C. L. arriesgó una política de desafío: se enviaron delegados a las provincias con la esperanza de reconstruir una organización nacional. Se envió a John Binns a Portsmouth, el principal apostadero naval, pero se le hizo volver cuando el comité de Londres tuvo noticia de que era seguido y vigilado y podía ser detenido. John Gale Jones viajó por las ciudades de Kent —Rochester, Chatham, Maidstone, Gillingham, Gravesent—; en Rochester encontró una sociedad que contaba con nueve secciones, en Chatham, cuando alguien del público preguntó si la reunión no sobrepasaría los cincuenta autorizados por la ley, «otro le rogó airadamente que se fuera para contribuir con su ausencia a la disminución». Se enteró de que los estibadores de Chatham se habían negado a firmar un comunicado dirigido al Rey, en apoyo a las leyes, y en su lugar, habían firmado una petición de protesta. La atención que la sociedad dedicaba a esos apostaderos navales arroja una duda sobre la resuelta negativa —varios años más tarde— de Place acerca de que algunos miembros veían con buenos ojos «la formación de una República con la ayuda de Francia». Esas visitas a los estibadores pueden ser uno de entre los varios hilos que unían a los jacobinos con los amotinados navales de Spithead y el Nore, en 1797.[100]

Luego, Jones y Binns fueron a Birmingham como representantes, allí les detuvieron mientras intervenían en un mitin, el 11 de marzo de 1796. Los juzgaron por separado, Jones fue encarcelado en 1797, pero Binns consiguió la absolución. El doctor Samuel

[98] Entre los manuscritos de Place se encuentra una «*Narrative* of John Oxlade», miembro de la S. C. L. apresado en mayo de 1798; en el documento se estima que durante los años cumbre (1798-1800) fueron encarcelados sin juicio, cerca de cuarenta miembros de la S. C. L., y cerca de treinta y cinco de los Ingleses Unidos. Véase también «Lists of Suspects» en P. C. A. 158.

[99] Wallas, *op. cit.*, p. 25.

[100] John Binns, *op. cit.*, pp. 63-64; J. G. Jones, *Sketch of a Political Tour through Rochester*, Chatham, Maidstone, Gravesend (...), 1796, pp. 27, 81; Wallas, *op. cit.*, pp. 27-28.

Parr, el viejo maestro de Gerrald, contribuyó materialmente al veredicto, sentándose directamente frente al jurado durante todo el juicio, frunciendo feroz e incrédulamente el ceño durante las pruebas de la acusación y asintiendo benignamente a cada uno de los puntos que señalaba la defensa. Mientras tanto, Thelwall, después de continuar sus conferencias bajo el disfraz de «Historia de Roma», se quedó sin salas de conferencias y fue obligado a cerrar la publicación de *The Tribune*. Recorrió East Anglia pronunciando una serie de veintidós conferencias en Norwich; pero en Yarmouth él y su público fueron brutalmente agredidos por noventa marineros armados con chafarotes y porras, a quienes se había enviado, desde una fragata atracada en el puerto, con este propósito. La Sociedad de Londres, con sus líderes ausentes o detenidos, y con una correspondencia sólo superficial con las provincias, se volvió contra sí misma y entró en una fase de disensiones y desintegración.[101]

La disensión no dejó de ser creativa. Surgió, en parte, de temas religiosos o antirreligiosos. Esos hombres se habían opuesto al Estado; ahora, muchos de ellos ansiaban oponer sus mentes a la religión del Estado. Place intervino en la publicación de una edición barata de *La edad de la razón*. El apoyo que una mayoría del comité de la sociedad dio a este proyecto motivó secesiones por parte de los religiosos.[102] Un jacobino «renegado», William Hamilton Reid, publicó un relato de la sociedad durante estos años, que lleva la marca de la autenticidad. Recomendar a los hombres como «un buen demócrata y deísta» o «no es cristiano» se convirtió en algo normal al escoger a los delegados de las secciones para el comité general. Los clubes y los grupos de lectura, perseguidos de taberna en taberna, tenían una existencia fugitiva. Se creó una sociedad de debate en el Green Dragon en Cripplegate, en 1795, y se mudó sucesivamente a Finsbury Square, Fetter Lane, la Divisa del Explorador en Little Britain, de allí a dos tabernas de Moorfields, y por fin, en 1798, a Hoxton «más allá de los límites de los agentes de policía de la ciudad»; hasta el último día las reuniones estuvieron abarrotadas. Una empresa más ambiciosa fue la inauguración de un Templo de la Razón en

[101] Binns, *op. cit., passim*; Thelwall, *Narrative of the late Atrocious Proceedings at Yarmouth*, 1796; C. Cestre, *John Thelwall*, 1906, pp. 127-129.

[102] James Powell, otro espía que consiguió ser elegido para el Comité General —y, de vez en cuando, a la ejecutiva— en 1795-1796, informó de que en septiembre de 1795 «se leyó una carta de un numeroso grupo de metodistas, que pertenecían a la Sociedad, pidiendo la expulsión de los ateos y deístas de la Sociedad». Cuando esta resolución fue rechazada, se separaron para formar «Los Amigos de la Libertad Religiosa & Civil». Powell creía que les seguirían seis secciones enteras y varios centenares de individuos: P. C. A. 38.

la primavera de 1796, en la sala de subastas de Nichol, en Whitecross Street. Sus miembros aprovisionaron y construyeron una biblioteca. No prosperó, pero preparó el terreno en el que, una generación más tarde, arraigarían los owenitas.[103]

Antes de acabar la narración, podemos hacer una pausa, hacer inventario de las sociedades y examinar qué tipo de grupos eran. Podemos tomar como ejemplos las sociedades de Sheffield y Londres, puesto que eran las más fuertes y se conocen muchas cosas acerca de ellas.

La Sociedad de Sheffield se creó, al igual que la S. C. L., a partir de una reunión de «cinco o seis trabajadores manuales (...) para hablar del altísimo precio de las subsistencias». Creció con tal rapidez que hacia enero de 1792 comprendía ocho sociedades «que se reunían cada una en un local diferente, todas la misma tarde». «No se admite a nadie sin carnet (...) y se mantiene un perfecto buen orden continuamente.» Las sociedades se reunían cada quince días, la reunión general, «a la que asistían algunos cientos», lo hacía mensualmente. Había mil cuatrocientos suscriptores (a 6 d) para la edición de un folleto de la primera parte de *Los derechos del hombre*, que se «leía con avidez en muchos de los talleres de Sheffield». En marzo de 1792, después de cuatro meses de existencia, la sociedad declaró cerca de dos mil afiliados. En mayo se adoptó un nuevo sistema de organización:

> (...) a saber, dividiéndolos en pequeños grupos o reuniones de diez personas cada una, y que esos diez escojan a un representante: diez de esos delegados constituyen otra reunión, y así sucesivamente (...) hasta que, al fin, queden reducidos a un número apropiado para constituir el Comité o Gran Consejo.

Esas secciones se describían, a la manera sajona, como *tythings*. Desde el principio, la *gentry* local se alarmó ante una sociedad que estaba compuesta por «personas del orden más bajo», pero las informaciones de personas independientes, con buena disposición hacia una reforma moderada, ponían el acento, en esos primeros meses, en el comportamiento juicioso y ordenado de sus miembros. Un corresponsal trataba de tranquilizar a Wyvill, en mayo de 1792, diciéndole que estaba compuesta de «personas de buen carácter (...) hombres de inteligencia sólida, con la mente abierta a la información». Había unos pocos cuáqueros, aunque no reconocidos por el grupo, y «varios metodistas»:

[103] W. H. Reid, *The Rise and Dissolution of the Infidel Societies of this Metropolis*, 1800, pp. 5, 9-12, 22-23.

> Una de las reuniones, en la que accidentalmente se produjo la presencia de una persona, se desarrollaba con orden y regularidad, empezó con la lectura de actas por parte del Presidente (...) y más adelante varios miembros, uno detrás de otro, leyeron pasajes seleccionados (...) para la instrucción de la reunión, todos ellos en favor de la libertad y las reformas pacíficas.[104]

De todas las sociedades, Sheffield era, en los años 1792-1794, la más puntual y cuidadosa con la correspondencia. Como era técnicamente ilegal formar una sociedad nacional, la correspondencia —junto con la admisión formal, a la afiliación honoraria, de miembros de unas sociedades a otras— fue el medio gracias al cual se mantuvo la asociación nacional. Aunque, como hemos visto, sus miembros tenían una marcada preferencia hacia el talento teatral en el estrado —M. C. Brown y Henry Yorke—, sus propios dirigentes eran todos oficiales o artesanos de las industrias de Sheffield. Sheffield era una ciudad de pequeños menestrales y de artesanos altamente cualificados y relativamente bien pagados, y, como se lamentaba el lugarteniente del general ayudante, «sin poder civil». En 1792, los dos magistrados vivían fuera de la ciudad, uno a una distancia de 14 millas del otro «que había hecho algunos esfuerzos durante los motines del año anterior, en relación con algunos cercados, vio parte de su propiedad quemada por el populacho, y desde entonces ha estado muy poco por la zona».[105] Así pues, era un centro ideal para la agitación jacobina, con poca influencia aristocrática, muchos obreros cualificados e instruidos y una tradición de independencia democrática. Entre los pocos profesionales, había varios con buena disposición: entre los primeros miembros se encontraba un «médico cuáquero» y dos pastores disidentes que aportaron pruebas para la defensa, en el juicio de Yorke; mientras que algunos acomodados maestros cuchilleros eran reformadores. Aunque destacaban en cuanto a organización, los cuchilleros de Sheffield no parecen haber encontrado ningún orador notable entre sus propias filas. Pero los testimonios que provenían de su comité, en los juicios de Hardy y Yorke, son impresionantes por su solidaridad y su negativa a ser intimidados o burlados en los interrogatorios. Un testigo del juicio de Hardy definía cuál era el objetivo de la sociedad:

[104] *Fitzwilliam Papers* (Sheffield Reference Library), F. 44 (a); Wyvill, *Political Papers*, v, pp. 43-50; H. McLachlan, *Letters of Theophilus Lindsay*, 1920, p. 132; *A Complete Refutation of the Malevolent Charges Exhibited against the Friends of Reform in and about Sheffield*, Sheffield, 1793; *Report of the Committee of Secrecy*, 1794, pp. 85, 116, 119; W. A. L. Seaman, «Reform Politics at Sheffield», *Trans. Hunter Arch. Soc.*, VII, pp. 215 y siguientes.

[105] Aspinall, *op. cit.*, pp. 4-5.

Ilustrar al pueblo, mostrar al pueblo la razón, el fundamento de todos sus sufrimientos; cuando un hombre trabaja duramente treinta o cuarenta horas al día, durante toda la semana, y no puede mantener a su familia; eso es lo que yo entiendo, mostrar al pueblo el fundamento de eso; por qué no pueden hacerlo.

«No he venido a repasar la lección, sino a decir la verdad», protestó otro cuando le repreguntaron durante el juicio de Yorke. Es posible que algunos de ellos pensaran en la rebelión armada durante la depresión —y la represión— de 1793-1794. Eran verdaderamente intransigentes en su oposición a la guerra y fueron los primeros en acudir a dar apoyo a Palmer y Muir.

Sheffield tenía una ventaja excepcional, un editor y director de periódico competente, Joseph Gales, quien tenía un periódico semanal, el *Sheffield Register*, que daba apoyo a la sociedad, aunque también se publicó durante un tiempo en Sheffield un diario más intelectual: *The Patriot*. El *Sheffield Register*, fundado en 1787, alcanzó la elevada circulación, para aquella época, de dos mil ejemplares semanales en 1794. El espíritu «democrático» del momento afectaba tanto a la política como a las costumbres: los «demócratas» reformaron la indumentaria, en vez de cabalgar paseaban a pie por el campo, abolieron todos los títulos formales, incluyendo los de «señor» o *esquire*, y —si eran jacobinos— llevaban el pelo corto. Del mismo modo, los periódicos democráticos de las provincias —el *Sheffield Register*, el *Manchester Herald*, el *Cambridge Intelligencer*, editado por Benjamin Flower, un reformador unitarista, y el *Leicester Herald*— establecieron nuevos modelos en el periodismo provincial, abandonando el «corta y pega» que se hacía copiando la prensa de Londres y presentando artículos de fondo originales. La actitud, de la que Gales fue pionero, se expresaba también en el primer número del *Manchester Herald* de 31 de marzo de 1792:

Dejaremos poco espacio a los artículos que tengan como fin el *buen tono*; para las informaciones sobre los vestidos de la corte o las intrigas cortesanas; de partidas de caza, guateques o tertulias, que sólo interesan a las mariposas de la sociedad.

El periódico de Gales, su librería y su imprenta de folletos eran una parte integrante del movimiento de Sheffield.[106]

La sociedad de Sheffield se basó desde sus comienzos en «la clase inferior de fabricantes & obreros» de la industria cuchillera.[107] Aunque se menciona la propaganda en los pueblos de los alrededores, en ningún puesto de cualquier tipo de comité figura minero o

[106] Véase Donald Read, *Press and People*, 1861, pp. 69-73; también F. Knight, *op. cit.*, p. 72, y J. Taylor, «The Sheffield Constitutional Society», *Trans. Hunter Arch. Soc.*, v, 1939.
[107] *Fitzwilliam Papers*, F. 44 (a).

trabajador rural alguno. La afiliación de la sociedad de Londres era, por supuesto, mucho más diversificada. Sus miembros provenían de muchas otras sociedades, de la tradición del Coachmaker's Hall y de la Sociedad para el Debate Libre, en la que Thelwall hizo su aprendizaje, o de las sociedades posteriores de «descreídos» que describe Reid. La S.C.L. era, con mucho, la más fuerte de todas, pero muchos grupos siguieron estando siempre en su periferia.

La Sociedad estaba organizada en «secciones», cada una de las cuales debía tener unos treinta miembros, y debía formar una nueva cuando alcanzaba de los cuarenta y cinco a los sesenta. Al Comité General, que era semanal, asistía un delegado de cada sección, a la vez que un subdelegado que no podía votar. Las secciones podían destituir a su delegado y tenían el derecho a ser consultadas acerca de las cuestiones de principio. Los cuidados libros de actas revelan un vivo intercambio entre el comité y las secciones, de modo que continuamente surgían propuestas de parte de los afiliados, que vigilaban celosamente los poderes del comité. Por otra parte, el miedo a los espías, después de 1794, llevó a que se delegasen poderes considerables a una ejecutiva, o comité de correspondencia del Comité General, que se componía de unas cinco personas.[108]

Es sumamente difícil ofrecer una estimación precisa de la afiliación de la sociedad. El punto más alto se alcanzó en otoño de 1792, la primavera de 1794 y, probablemente el más alto de todos, los últimos seis meses de 1795. La propia Sociedad hizo declaraciones abultadas, a veces muchísimos miles, mientras que los historiadores han hecho estimaciones que parecen, con mucho, demasiado modestas. A menudo se indica que la afiliación nunca sobrepasó la cifra de dos mil, la cual, pues existen buenas razones para suponerlo, fue sobrepasada tanto en Sheffield como en Norwich. El hecho de que dos miembros dirigentes del comité de 1795-1796 se contradigan totalmente en sus recuerdos no facilita la situación. Francis Place, que fue presidente coyuntural del Comité General, decía que en el verano de 1795 había setenta secciones y dos mil afiliados que realmente *se reuniesen* semanalmente. John Binns entra en más detalles. En su relato, los ingresos de la sociedad fueron durante un tiempo superiores a 50 libras por semana; a 1 d por semana, esto hubiese requerido «la asistencia regular de doce mil miembros». Puesto que muchos miembros raramente cotizaban, o sólo asistían ocasionalmente, Binns sugiere un *promedio* global de miembros que asistían de dieciocho a veinte

[108] Para una información más completa veáse H. Collins, *op. cit.*, p. 110, y para una investigación minuciosa sobre los procedimientos, véase la tesis del doctor Seaman, que no está publicada. Las normas cambiaron en varias ocasiones, la descripción que se ha hecho se basa ampliamente en las impresiones que se han obtenido a partir de los libros de actas de los primeros dos o tres años.

mil, «la gran mayoría (...) tenderos, artesanos, trabajadores manuales y obreros». Cuando fue presidente coyuntural del Comité General, en 1795-1796, el promedio de asistencia de delegados y subdelegados de secciones a la sala de conferencias de Thelwall, en Beaufort's Buildings, era de ciento sesenta a ciento ochenta.

Ambos relatos se escribieron algunas décadas después de los acontecimientos. La descripción de Place es más fiable, pero está sesgada por un deseo de debilitar el papel de los «agitadores» en la sociedad. El sesgo de Binns va en la dirección de dar un color romántico a su juventud jacobina. Uno de los problemas es estimar el número de miembros de cada sección. La norma de que las secciones debían subdividirse cuando llegaran a tener cuarenta y cinco miembros no se siguió durante los primeros años. Los registros que quedan de algunas secciones, de los años 1792-1794, muestran extremos que van desde diecisiete miembros a ciento setenta, mientras que Hardy, en sus moderadas y reservadas respuestas ante el Consejo Privado (1794), declaraba que su propia sección tenía seiscientos miembros. Pero sólo cincuenta o sesenta de esos miembros *se reunían* realmente cada semana: proporción de falta de asistencia de los afiliados que no es extraña en un movimiento popular. Margarot declaró en la Convención británica, en diciembre de 1793, que la sociedad tenía de doce a trece mil miembros: exageración casi segura. En mayo de 1794, un espía bien informado, probablemente el «ciudadano Groves», informó: «Ellos mismos dicen que suman más de dieciocho mil (...) pero eso parece completamente increíble.» En esta época, informaba, los ingresos de la sociedad, que eran de 280 libras por barrio, supondrían, a 13d por cada miembro de cada barrio, una afiliación solvente de 5.500 libras. En otoño de 1795, otro espía, Powell, informó con regularidad acerca de las relaciones semanales de nuevos miembros y asistencia de los mismos a las reuniones de las secciones. Estas muestran que aunque la estimación de Place, de algo menos de dos mil asistentes semanales regulares, es correcta, este número debe haber aparecido varias veces en los libros de la sociedad. A finales de 1795, informó Powell, «se ha hecho un Estado General de la Sociedad a partir de los Libros de las Secciones, parece que efectivamente hay más de diez mil registrados». Pero Powell consideraba que éste era un «recuento falso» porque incluía a muchos que habían dejado de asistir después de 1794, así como «muchos que inscriben sus nombres, pagan los 13d y nunca más vuelven a ir a la Sociedad». De este modo, Place y Binns se sitúan más cerca el uno del otro. Pitt podía ser muchas cosas, pero no era un tonto; difícilmente hubiera sancionado impopulares procesos por traición y las Dos Leyes por miedo a un grupo que nunca hubiese tenido más de dos mil miembros. Lo que parece

creíble, para principios de 1794 y finales de 1795, es una afiliación activa de, al menos, aquel número, una afiliación solvente de cinco mil y un registro de afiliación de más de diez mil.[109]

Los asuntos y las finanzas de la sociedad se llevaban con gran puntualidad y una rigurosa atención al principio democrático. En la crucial reunión de octubre, en la que se nombró a Margarot y a Gerrald para asistir a la Convención Británica, en 1793, se rechazó a un delegado que se ofreció a asistir voluntariamente *sin recompensa* —es decir, a su costa—, con el argumento de que esto era «contrario a los principios de nuestra sociedad». Eso —en un momento en que la sociedad estaba escasa de fondos— se hizo para subrayar el principio de pago por los servicios prestados, para impedir el control de sus asuntos por parte de hombres que tenían medios y tiempo libre. Por otra parte, recordaba Binns, «mientras fui su representante, y viajaba por sus asuntos, pagaron mis gastos con liberalidad».[110]

Las descripciones del trabajo de las secciones son variadas. Place, que estaba muy interesado en exponer un sólido certificado constitucional, puso el mayor acento en las actividades educativas: su S. C. L. no era en absoluto la de Pitt, era una precoz Asociación Educativa de los Trabajadores. Su sección se reunía en una casa privada: «Me reunía con gran número de hombres observadores, inteligentes y honrados (...) Teníamos un libro de cuotas (...) Hacíamos las reuniones los Domingos por la tarde (...) lecturas, conversaciones y discusiones»:

> El modo de proceder habitual en esas reuniones era éste. El presidente —cada hombre era presidente de forma rotativa— leía un fragmento de algún libro (...) y acto seguido se invitaba a las personas presentes a hacer comentarios, tantos como quisieran, pero sin levantarse. Luego se leía otro fragmento y se hacía una segunda invitación en la que se esperaba que dijeran algo los que todavía no habían intervenido. Luego había una discusión general.

Añade:

> Los efectos morales de la Sociedad eran verdaderamente muy grandes. Inducía a los hombres a leer libros en lugar de pasar el tiempo en las tabernas. Les enseñaba a pensar, a respetarse a sí mismos y a desear educar a sus hijos. Les elevaba en su propia opinión.[111]

[109] Los registros de las secciones y los informes de Powell se encuentran en P. C. A. 38; «Examinations before the Privy Council», T. S. 11.3509; Grove en T. S. 11.3510 (A); el relato de Place, Add. MSS 27808; Binns, *Recollections*, pp. 45-46; un miembro, *Account of the British Convention*, p. 40; *Correspondence of the L. C. S.*, 1795, pp. 29, 35. Entre junio y noviembre de 1795 ingresaron dos mil seiscientos miembros.

[110] Actas de la S. C. L., Add. MSS. 27812; Binns. *op. cit.*, p. 36.

[111] Add. MSS. 27808; G. Wallas, *op. cit.*, p. 22; R. Birley, *The English Jacobins*, 1924. Apéndice II, p. 5.

Todo esto está muy bien, es un espléndido relato de los primeros estadios de una clase autodidacta; y, conteniendo una parte importante de verdad, sólo es parcialmente cierto. Pero no podemos dejar de tener presente que Place también posaba con James Mill para que le hiciese su retrato, como el tío Tom del hombre blanco. Los informes contemporáneos de algunos espías tienen un toque de animación que a Place se le ha pasado por alto. «Casi todo el mundo habla —decía un mozo de cuerda de Londres— y siempre hay un gran ruido, hasta que se levanta el delegado. La gente es muy escandalosa y no atenderá, entonces se levanta el delegado e intenta suavizarles.» Además, sabemos que las secciones no *siempre* se reunían los domingos en casas particulares: muchas secciones, de los distritos más pobres, eran hostigadas de taberna en taberna. Y la descripción de W. H. Reid de las reuniones del club, a finales de la década de 1790 —con «canciones en las que el clero era el objeto permanente de las injurias», «pipas y tabaco», «las mesas cubiertas de publicaciones de un penique, dos peniques y tres peniques»—, parece tan creíble como —y no incompatible con— la descripción de Place.[112]

Con respecto a la composición social de la sociedad no puede haber duda. Era, por encima de todo, una sociedad de artesanos. Los registros de las secciones que nos han quedado muestran tejedores de seda, relojeros, cordobaneros, ebanistas, carpinteros y sastres. El registro de una sección de noventa y ocho miembros presenta nueve relojeros, ocho tejedores, ocho sastres, seis ebanistas, cinco zapateros, cuatro cordobaneros, tres carpinteros, tintoreros y peluqueros, dos comerciantes, pasamaneros, carniceros, calceteros, tallistas, albañiles, cortadores, pantaloneros, constructores de cujas, cocedores de porcelana, y un papelero, sombrerero, panadero, tapicero, cerrajero, trabajador del alambre, músico, cirujano, fundidor, vidriero, hojalatero, charolista, librero, grabador, mercero, almacenista y peón, y los demás que no están clasificados.[113] Si bien varios de los propagandistas más activos de la sociedad, como Gale Jones y Thelwall, eran médicos y periodistas, la mayor parte de los hombres que pertenecían al comité eran artesanos u hombres de oficio: Ashley era zapatero; Baxter, oficial de platero; Binns, fontanero; John Bone, librero en Holborn; Alexander Galloway, un constructor matemático de máquinas —para convertirse más tarde en el principal empresario de ingeniería de Londres—; Thomas Evans, pintor de estampados y, más tarde, constructor de abrazaderas patentadas; Richard Hodgson, maestro sombrerero; John Lovett, peluquero; Luffman, orfebre; Oxlade, maestro encuadernador. Otros

[112] P. A. Brown, *op. cit.*, p. 73; Reid, *op. cit.*, p. 8. El relato de Place puede describir a los artesanos y los hombres de oficio del centro de Londres, el otro relato las secciones del este y el sur.

[113] P. C. A. 38.

eran zapateros, panaderos, torneros, libreros y sastres. En junio de 1794, el «ciudadano Groves» les dio a sus patronos un informe revelador de la composición social de la sociedad:

> Hay algunos con el aspecto decente de los hombres de oficio que poseen facultades notables, pero no cultivadas, y aunque son audaces, sin embargo, son prudentes. Los delegados que responden a esa descripción son pocos. Hay otros que por su apariencia pertenecen a un orden inferior, sin duda son oficiales, que aunque parecen no tener talento y no decir nada, se muestran resueltos (...) y siempre votan a favor de todas las mociones que llevan consigo algo de osadía. El último grupo (...) que es el más numeroso, se compone del orden más bajo de la sociedad; pocos son los que alguna vez tienen un aspecto decente; algunos de ellos van sucios y andrajosos y otros tienen un aspecto de pillos tan lamentable, que se requiere cierto dominio sobre ese innato orgullo que todo hombre bien educado debe poseer, incluso para sentarse en su compañía; y he visto, en una *Oyer & Terminer*[114] que tuvo lugar en la Old Bailey, cómo se dejaba en libertad, mediante un anuncio público al final de la Sesión, a tipos mucho más decentes, por falta de acusación. Estos tienen un aspecto muy violento y parecen dispuestos a aprobar cualquier cosa que tienda a la confusión y la anarquía.[115]

Estos jacobinos ingleses eran más numerosos y se parecían con mayor exactitud al *menu peuple* que hizo la Revolución francesa de lo que se ha reconocido. Verdaderamente, se parecen menos a los jacobinos que a los *sans-culottes* de las «secciones» de París, cuyo apasionado igualitarismo apuntaló la guerra revolucionaria de la dictadura de Robespierre, de 1793-1794.[116] Sin embargo, sus baluartes no se encontraban en las nuevas ciudades fabriles, sino entre los artesanos urbanos con una tradición intelectual más larga: en la vieja ciudad industrial de Norwich, que todavía no había perdido su supremacía en la industria del estambre ante el West Riding; en Spitalfields, donde la industria sedera, con unos aprendices famosos por su turbulencia, estaba sufriendo la competencia de los algodones del Lancashire, y en Sheffield, donde muchos oficiales cuchilleros estaban a medio camino de ser pequeños menestrales. Exactamente igual que en París, en el Año II, se destacaban los zapateros. Estos artesanos llevaron las doctrinas de Paine hasta el extremo: democracia absoluta, oposición completa a la monarquía y a la aristocracia, al Estado y a los impuestos. En las épocas

[114] Comisión autorizada para oír y decidir en las acusaciones de traición y felonía. (*N. de la T.*)

[115] T.S. 11.3510A (3).

[116] *Cf.* A. Soboul, *Les sans-culottes parisiens en l'an II*, París, 1958, Libro II, y la valiosa discusión de las bases sociales de los *sectionaires* en R. Cobb, «*The People* in the French Revolution», *Past and Present*, XV (abril 1959).

de entusiasmo, eran el centro invariable de un movimiento que obtenía su apoyo de miles de pequeños tenderos, de impresores y libreros, médicos, maestros, grabadores, pequeños menestrales y clérigos disidentes, en un extremo; y de mozos, cargadores de carbón, obreros, soldados y marineros, en el otro.

El movimiento sólo produjo dos teóricos importantes y ambos revelan las tensiones que había en su seno. John Thelwall, hijo de un mercero de seda, fue el más importante. Tenía un pie en el mundo de Wordsworth y de Coleridge y el otro en el mundo de los tejedores de Spitalfields. Después de que el movimiento sufriera su declive, se hizo habitual despreciar al «pobre Thelwall»; a principios del siglo XIX, era una figura patética: vano, obsesionado por una manía de persecución que no era injustificada, ganándose la vida como maestro retórico. También tuvo la desgracia de ser un poeta mediocre, pecado que, aunque se comete cada día a nuestro alrededor, los historiadores y los críticos no pueden perdonar. Cuando De Quincey, que había sido educado «en un horror frenético al jacobinismo (...) y en la adoración del nombre de Pitt», aludía a las «pobres rimbombancias vacías propias de hombres como Thelwall», estaba simplemente expresando la opinión corriente entre los intelectuales radicales de la siguiente generación. Esta opinión le ha perseguido hasta nuestros días.

Pero era necesario algo más que una «rimbombancia vacía» para continuar como líder destacado de los jacobinos en el desenlace de los juicios de Gerrald y Margarot; para enfrentarse a un proceso por alta traición y para seguir —como no hicieron Tooke y Hardy— hasta y más allá de la época de las Dos Leyes. Para hacerlo, quizá era necesario poseer algo del temperamento de un actor. El defecto de los jacobinos ingleses fue su teatralidad y, de vez en cuando, aparecen ridículos en su exageración. Pero aquella era una época de retórica y la retórica de un *parvenu* forzosamente tiene que ser menos sosegada que la de un Burke. Seguro que se pueden perdonar las expresiones floridas de las Tribunas de la Libertad, que realmente eran tribunas de auténtica libertad: servían para darles ánimo. Además, en la prensa políticamente comprometida, entre 1793 y 1795, Thelwall era a la vez valiente y sensato. Durante el año 1793, libró una batalla pública con las autoridades de Londres para conseguir el derecho a dar conferencias y a hacer debates: después de ser llevado de sala en sala, finalmente consiguió, con la ayuda de un comité de valedores, los locales de Beaufort Buildings que sirvieron como centro de conferencias y de las actividades generales de la Sociedad en los años 1794 y 1795.[117] Cuando detuvieron a Hardy, reanimó inmediatamente la sociedad. Cuando asistían

117 Véase C. Cestre, *op. cit.*, pp. 74 y siguientes.

espías a sus conferencias, contraatacaba con conferencias sobre el sistema de espionaje; cuando se hacía algún intento de provocar un tumulto, conseguía que el público saliese de la sala con tranquilidad. Modificaba los acuerdos inmoderados y estaba alerta ante las provocaciones. Tenía un gran dominio sobre las multitudes y se cuenta que cuando en la manifestación final contra las Dos Leyes se empezó a alzar el grito «¡Soldados, soldados!», convirtió la ola de pánico en una ola de solidaridad, recomendando la doctrina de confraternización con las tropas que tenía la sociedad.

En 1795 y 1796, sus conferencias y sus escritos son mucho más profundos y consecuentes que los de cualquier otro jacobino en activo. Definió con claridad una valoración inglesa de los sucesos que transcurrían en Francia:

> Lo que me satisface de la Revolución francesa es lo siguiente: que se ha defendido y propagado como un principio de esa Revolución el que los viejos abusos no se han convertido en virtudes gracias a su antigüedad (...) que el hombre tiene unos derechos que ninguna ley o costumbre puede alienar (...) que el pensamiento debería ser libre (...) que los seres con intelecto tienen el derecho a usar sus intelectos (...) que un orden de la sociedad, aunque durante muchos años haya sido culpable de saqueo, no tiene derecho a robar y a oprimir a las demás partes de la comunidad (...) Estos son los principios que admiro y que me llevan, pese a todos sus excesos, a alegrarme de la Revolución francesa.

Durante el Terror de Robespierre se alzó para declarar que «los excesos y las violencias de Francia no habían sido el resultado de las nuevas doctrinas de la Revolución, sino de los viejos acicates de venganza, corrupción y recelo a que daban lugar las crueldades sistemáticas del viejo despotismo». Su apoyo no lo identificaba ni con los ineficaces girondinos ni con la Montaña y criticaba «la imbecilidad del partido filosófico y la ferocidad del enérgico». Pero a la muerte de Robespierre pronunció de inmediato una conferencia «sobre una semejanza de los caracteres de Pitt y Robespierre»:

> *Robespierre* oprimió injustamente a los ricos, de modo que pudo basar su popularidad entre los pobres. *Pitt* ha desatendido y, con sus guerras e impuestos consiguientes, ha oprimido a los pobres, para asegurar su popularidad entre los ricos (...) *Robespierre* estableció una Constitución libre y tiranizó oponiéndose directamente a ella. *Pitt* elogia otra Constitución *libre* y pisotea todas sus disposiciones.[118]

Todo esto requería valentía.

[118] *Tribune* (25 de abril, 23 de mayo de 1795); C. Cestre, *op. cit.*, p. 173.

Sus conferencias, pronunciadas dos veces por semana, que se publicaron en *The Tribune*, combinan la educación política con el comentario de los hechos, de una forma que nos hace pensar en Cobbett. Manifestaba un generoso espíritu de internacionalismo al encrespar a su público con la descripción de la represión contra la lucha de Polonia en favor de la independencia nacional, bajo Kosciuszco. Su radicalismo, en general, quedaba reducido al área que Paine había definido, pero ponía el acento, mucho más que Paine, en las cuestiones sociales y económicas. Se hacía eco de la demanda del artesano de ganarse la vida de manera independiente, mediante un trabajo moderado; denunciaba la legislación que penalizaba a «los pobres oficiales que se asocian (...) mientras los ricos industriales, los contratistas, los monopolistas (...) se pueden asociar a su gusto».[119] Rechazaba las ideas «de igualación (*levelling*)» y criticaba, como «especulativos» y remotos, los proyectos de nacionalización de la tierra o de pantisocracia. Defendía al industrial independiente que podía hacerse a sí mismo «con el sudor de su frente», pero «la producción era una burla, si no iba acompañada de una distribución justa (...) Si la propiedad estuviese bien distribuida, sería suficiente poca cantidad de trabajo para cubrir las necesidades y las comodidades.» Los enemigos de la distribución justa eran «el monopolio de la tierra» y los cercados, y la «acumulación de capital». Amplió *Los derechos del hombre* a *Los derechos de la naturaleza*:

> Afirmo que *todo* hombre, y *toda* mujer, y *todo* niño, debería obtener, en la distribución general de los frutos del trabajo, algo más que comida y harapos, y una miserable hamaca con una pobre manta para cubrirla; y eso, sin tener que trabajar doce o catorce horas al día (...) desde los seis años hasta los sesenta. Tienen derecho, un derecho sagrado e inviolable (...) a alguna comodidad y disfrute (...) a algún tiempo libre aceptable para participar en tales discusiones, y a algunos medios o a una información que les permita llegar a una comprensión de sus *derechos*.

Estos «derechos» incluían «un derecho a la parte del producto (...) proporcional a los beneficios del patrón» y el derecho a la educación a través del cual los hijos de los obreros pudiesen acceder a la «posición social más elevada». Además, entre muchas otras ideas y propuestas, que formaban parte de la corriente política de la clase obrera del siglo XIX —puesto que *The Tribune* y *Los derechos de la naturaleza* todavía se encontraban en la biblioteca de los radicales del siglo XIX—, Thelwall intentó trazar la ascendencia de la jornada laboral de ocho horas como la «norma» tradicional del trabajador.

---

[119] Aunque las *Combination Acts* no se aprobaron hasta 1799, éstas sólo reforzaron la legislación existente contra las *trade unions*.

Podemos afirmar que Thelwall ofreció una ideología coherente al artesano. Su revisión más detenida de *Los derechos de la naturaleza* radicó en el análisis del «Origen y Distribución de la Propiedad» y el «Sistema Feudal». Aunque, como Paine, se detuvo antes de llegar a la crítica de la acumulación privada de capital *per se*, pretendió limitar la actuación del «monopolio» y la explotación «comercial», intentando pintar una sociedad ideal de pequeños propietarios de tierra, pequeños comerciantes y artesanos, y de trabajadores cuyas condiciones y horas de trabajo, salud y vejez estuviesen protegidas.[120]

Thelwall llevó el jacobinismo a las orillas del socialismo, también lo llevó a las orillas de lo revolucionario. Ahí el dilema no estaba en su mente, sino en su situación: fue el dilema de todos los reformadores radicales hasta la época del cartismo y más allá. ¿Cómo iban a llevar a cabo sus objetivos aquellos que no tenían representación, si además sus organizaciones se enfrentaban a la persecución y a la represión? ¿Cómo lo denominaban los cartistas, fuerza «moral» o «física»? Thelwall rechazaba la política de gradualismo educativo de Place como el modo auxiliar de las clases medias. Aceptaba una agitación ilimitada, pero rechazaba el procedimiento extremo de la organización revolucionaria clandestina. Esta situación difícil era la que le iba a enfrentar —tanto a él como a reformadores posteriores— a la elección entre la retórica provocativa y la capitulación. Este dilema se iba a repetir, una y otra vez, entre 1792 y 1848. El jacobino o el cartista, que insinuaban la amenaza de unos números abrumadores, pero que retrocedían ante los preparativos de una auténtica acción revolucionaria, siempre estaban expuestos, en cualquier momento crítico, tanto a la pérdida de la confianza por parte de sus propios seguidores como al ridículo por parte de sus oponentes.

Está claro que algunos miembros de la S. C. L. estaban preparados para ir más allá. No hace falta decir que una gran parte de la información acerca de los grupos implicados en la acción ilegal quedará siempre en la oscuridad, pues ellos mismos se cuidaron de no dejar constancia en papel de su compromiso. Pero los revolucionarios de la S. C. L. se encuentran, de alguna manera, ininterrumpidamente conectados con el nombre de Thomas Spence. Spence, un pobre maestro de Newcastle —donde había desarrollado sus teorías de nacionalización de la tierra en una fecha tan temprana como 1775—, fue a Londres en diciembre de 1792. Le detuvieron por lo menos una vez por vender *Los derechos del hombre*, pero fue

[120] *Tribune*, 3 volúmenes, *passim*; Cestre, *op. cit.*, pp. 175 y siguientes; J. Thelwall, *Los derechos de la naturaleza*, 1796, Cartas I y II.

absuelto. Publicó y vendió folletos, primero en una tienda de Chancery Lane, luego en el número 8 de Little Turnstile, más tarde en el número 9 de Oxford Street y por fin en un carretón de mano en el que también vendía *saloop* (infusión de sasafrás). Según recuerdo de Place, «no medía más de metro y medio, era muy honrado, sencillo, resuelto, amaba a la humanidad y creía firmemente que llegaría un tiempo en que los hombres serían virtuosos, sabios y felices. Tenía una falta de sentido práctico para con las cosas mundanas que es difícil de imaginar.» Durante toda la década de 1790, fue una fuente de octavillas, escritos en las paredes, hojas impresas y un periódico, *Pig's Meat* (1793-1796). Entre mayo y diciembre de 1794, estuvo encarcelado durante la suspensión del *hábeas corpus*. Entre 1795 y 1797 complementó sus ventas de folletos con las monedas de recuerdo de los jacobinos. Fue encarcelado de nuevo en 1801. Cuando le dejaron en libertad, la Sociedad de Spence continuó siendo un centro de agitación hasta y más allá de, su muerte en 1814.

Es fácil que se vea a Spence, con sus periféricas panaceas y su alfabeto fonético —en el que publicó un relato de su propio proceso de 1801— como poco más que un chiflado. Pero existen algunas pruebas incompletas, que se presentaron al juicio por alta traición de 1794, acerca de armas y entrenamientos militares conectados con su tienda; mientras que en las últimas etapas de la S. C. L. algunos de los miembros dirigentes, incluyendo a Thomas Evans y Alexander Galloway, eran indudables spenceanos. Spence adoptó los argumentos de Paine contra la aristocracia hereditaria y los condujo a su conclusión: «debemos destruir, no sólo el señorío personal y hereditario, sino su causa, que es la Propiedad Privada de la Tierra»:

> Estando adecuadamente preparada la opinión pública, mediante la lectura de mis pequeños tratados (...) un pequeño contingente de parroquias sólo tiene que declarar que la tierra es suya y formar una convención de delegados parroquiales. Otras parroquias vecinas (...) seguirían el ejemplo, y mandarían también a sus delegados y de este modo surgiría instantáneamente una bella y poderosa Nueva República en su plenitud. Pasando de ese modo, en un momento, el poder y los recursos de la guerra a manos del pueblo (...) sus tiranos se volverían débiles e inofensivos (...) Y al ser privados de sus rentas y de las tierras que las producían, su poder no volvería a crecer para permitirles derrocar nuestro Templo de la Libertad.

No está claro si Spence estuvo directamente implicado en la conspiración insurreccional, como algo distinto de la incitación general. Pero verdaderamente creía en los métodos de la clandestinidad; la prensa secreta, el pasquín anónimo, el pavimento de

carboncillo, el club de la taberna, quizá el motín de subsistencia. En su juicio se describía a sí mismo como «el desinteresado abogado de la descendencia desheredada de Adán». Su propaganda tenía pocas probabilidades de ganar un séquito masivo en los centros urbanos y parece que nunca alcanzó los distritos rurales. Pero uno de sus seguidores, Thomas Evans, fue el primero en dar al socialismo agrario de Spence una aplicación más general. En su *Christian Policy, the Salvation of the Empire*, publicado al final de las guerras, pedía: «Toda la tierra, las aguas, las minas, las casas y toda la propiedad feudal estable deben volver al pueblo (...) y ser administradas en común, como las de la iglesia.» El acento todavía está en «feudal», como opuesto a riqueza comercial o industrial. Pero la definición de clase es más clara que cualquiera de las que ofrece Paine:

> Primero, establece la propiedad, los dominios nacionales, del pueblo sobre unos fundamentos equitativos y justos, y este acuerdo lo solucionará todo (...) y producirá una reforma realmente radical en todas las cosas; todos los intentos de reformar sin hacer eso *no son sino otras tantas vías de acceso a la auténtica ruina* (...) que no alterarán las relaciones de las clases de la sociedad.

El escrito de Evans pertenece, en realidad, a los años posteriores a la guerra. Pero él fue uno de los últimos secretarios de la S. C. L. y esto nos recuerda la importancia de los spenceanos como la única agrupación jacobina inglesa que consiguió mantener una continuidad ininterrumpida a través de las guerras. Y hay otra tradición particularmente vinculada a esa agrupación. *Los derechos de la mujer* y la causa de la liberación sexual fueron defendidos, en su mayor parte, por un pequeño grupo intelectual: Mary Wollstonecraft, Godwin, Blake y, más tarde, Shelley. Spence fue el único de los propagandistas jacobinos que dirigió sus escritos a las propias mujeres trabajadoras. *The Rights of Infants; or, the Imprescriptable Right of Mothers to such share of the Elements as is sufficient to enable them to suckle and bring up their Young*[121] es el título de una crítica a *Agrarian Justice* de Paine, publicada en forma de diálogo entre una mujer y un aristócrata. Puesto que las mujeres han descubierto que sus maridos son «lamentablemente negligentes e ineptos por lo que se refiere a sus propios derechos —se hace decir a la mujer— nosotras las mujeres vamos a ocuparnos directamente de los asuntos». Y en un folleto posterior, Spence defendía el derecho del pueblo común a obtener un divorcio fácil:

[121] Los derechos de los niños, o, el imprescriptible derecho de las madres a la porción suficiente de elementos como para poder amamantar y criar a sus pequeños. *(N. del E.)*

Este tema se comprende con tal emotividad en este país, que en el caso de que hubiese una revolución (...) parece que las cadenas del himen estarían entre las primeras que se romperían, y los asuntos de la vida de la familia serían traspasados a Cupido, que aunque sea un poco caprichoso, no es un Dios tan parecido a un severo carcelero.

Asimismo:

¿Qué significado tienen las reformas de gobierno o la enmienda de los agravios públicos, si el público no puede enmendar sus agravios domésticos?[122]

Después de las Dos Leyes, Place escribió:

Algunos pensaban que era peligroso, otros que era inútil, reunirse de nuevo (...) Todo el asunto empezó a deteriorarse con rapidez (...) Después de que sus miembros disminuyeran, los trabajos de la Sociedad aumentaron.

Delegaciones del Comité General tuvieron que visitar secciones inactivas o indolentes:

recuerdo haber tenido que visitar, de ese modo, hasta tres secciones en una tarde, y haber tenido que arengarlas a todas por su descuido (...) La correspondencia con el resto del país era también muy considerable.[123]

La propia sociedad se sentía rodeada de espías: si Thelwall iba a una marisquería o a una tienda *à la mode* donde servían ternera —decía Binns—, «presumiría de que la mitad de los compartimientos de la sala estaban ocupados por espías del Gobierno». «No ocurre nada —escribió un grabador amigo y colega de Blake, George Cumberland—, salvo que *Gran Bretaña* cuelga a los irlandeses, persigue a los cimarrones, alimenta la Vendée y practica el comercio de carne humana.» Sólo tenía que entrar en un café y pedir el desayuno, para

[122] Materiales sobre la vida de Spence que se encuentran en la *Place Collection*, Add. MSS. 27808; O. D. Rudkin, *Thomas Spence and his Connections*, 1927; A. W. Waters, *Trial of Spence in 1801*, &c., Leamington Spa, 1917; A. Davenport, *The Life, Writings and Principles of Thomas Spence*, 1836; T. Spence, *Pig's Meat: The Rights of Infants*, 1797, *The Restorer of Society to its Natural State*, 1801; Cole y Filson, *op. cit.*, pp. 124-128; T. Evans, *Christian Policy, the Salvation of the Empire*, 1816, pp. 14, 33, y *Life of Spence*, Manchester, 1821.

[123] Add. MSS. 27808. En verano de 1796 Place dimitió de la ejecutiva, en marzo de 1797 del Comité General, y en junio de 1797 de la sociedad. Los informes de Powell (P. C. A. 38) muestran que la entrada de nuevos miembros casi se paralizó después de la aprobación de las Dos Leyes: dieciséis secciones dejaron de reunirse en enero de 1796, mil noventa y cuatro miembros todavía se reunían con regularidad en las secciones en febrero, ochocientos veintiséis en marzo, seiscientos veintiséis en mayo, cuatrocientos cincuenta y nueve en junio, y sólo doscientos nueve en noviembre. Place fue todavía nombrado secretario auxiliar en diciembre de 1796.

que «algún hombre desconocido, pero bien vestido, se sentara en el lado opuesto de mi compartimiento».[124] Thelwall, después de haber sufrido el ataque de los marineros en Yarmouth, continuó su gira de conferencias. De nuevo le atacaron «marineros, sicarios armados y los torpes dragones» —y se le negó protección por parte de los magistrados— en actos públicos en Lynn, Wisbech, Derby, Stockport y Ashby-de-la-Zouch. Durante quince días se convirtió en director del *Derby Courier*, pero fue obligado a dejar el empleo.

Al fin había llegado al límite. Los «artesanos, tenderos, pastores disidentes, profesores» que le alojaban durante su gira por East Anglia y el norte recibían intimidaciones por todos lados. En 1797, el pánico a la invasión era creciente, se formaron asociaciones armadas leales y cuerpos de voluntarios que servían tanto contra la conspiración interna como contra los franceses.[125] Thelwall había empezado a mantener correspondencia con el joven Coleridge en 1796, que había dirigido el *Watchman* de Bristol, y a quien le gustaba su *Los derechos de la naturaleza*. «Es intrépido, elocuente y honrado—le escribía Coleridge a un amigo en 1797— (...) Si llegase el día de la oscuridad y la tempestad, es muy probable que la influencia de Thelwall sobre las clases bajas fuese grande.» Pero en el verano de 1797, los ánimos de Thelwall estaban bajos. Visitó a Coleridge en Stowey, en julio, paseó con él y con Wordsworth por el campo, y envidió su paz:

> Sería agradable
> Con intercambio bondadoso de ayuda mutua
> Cavar nuevas pequeñas parcelas de jardín, en tanto que
> Fluye la amable conversación, suspendiendo con frecuencia el brazo
> Y la pala medio hincada, mientras uno expone con vehemencia
> Y el otro escucha, sopesando cada palabra cargada de significado,
> Y meditando la respuesta adecuada.[126]

Era el año de la germinación de *Lyrical Ballads* y también los poetas eran objeto de atención por parte de un espía del gobierno, que informó acerca de su emocionante conversación con el jacobino: «un pequeño hombre resuelto, con el cabello oscuro recortado y que vestía un sombrero blanco.» Thelwall decidió renunciar a la vida pública:

[124] Binns, *op. cit.*, p. 44; D. V. Erdman, *op. cit.*, p. 272.

[125] En febrero de 1797, los franceses realmente hicieron un pequeño desembarco cerca de Fishguard, en la costa del Pembrokeshire: véase E. H. S. Jones, *The Last Invasion of Britain*, Cardiff, 1950.

[126] *It would be sweet / With kindly interchange of mutual aid / To delve our little garden plots, the while / Sweet converse flow'd, suspending of the arm / And half-driven spade, while, eager, one propounds / And listens one, weighing each pregnant words, / And pondering fit reply.*

¡Ah!, dejadme, pues, lejos de las escenas de contienda
De la vida pública —donde la voz admonitoria de la Razón
Ya no se oye, y la trompeta de la Verdad
Resuena, pero incita a la pandilla de canallas del poder
Y actos del más disparatado desorden y de sangre—.
¡Ah!, dejadme, lejos en algún vallejuelo remoto
Construir mi humilde refugio; podría ser muy feliz,
¡Mi Samuel! cerca del tuyo, de modo que a menudo pudiese
Disfrutar de tu amable conversación, ¡el más querido de los amigos![127]

Pero Coleridge se estaba cansando del «triunfo de la Verdad» y preparaba la irrupción de su propia «estridente trompeta de la sedición». Su respuesta a Thelwall fue amigable, pero firme:

en realidad creo que su retiro comportaría pocas ventajas y muchos perjuicios.[128]

Mientras tanto la S. C. L., con Binns y Jones en espera de juicio, se negó a rendirse. En las elecciones generales de 1796, se hizo una alianza informal entre los *whig* y los radicales en Westminster, donde Fox, en las *hustings*, declaró: «En la Historia Inglesa jamás existió uno [gobierno] más detestable (...) Este Gobierno ha destruido más seres humanos en sus guerras extranjeras que Luis XIV; y ha atentado contra la vida de más hombres inocentes que Enrique VIII.» Y a lo largo de los siguientes diez años la oposición foxita fue —cosa incomprensible para los historiadores de la escuela de Lewis Bernstein Namier—, junto con el sistema de jurado, la última defensa de las libertades inglesas. El propio Fox ganó en Westminster sin dificultad y uno de los que Burke consideraba «un asesino», Horne Tooke, obtuvo cerca de tres mil votos.[129] En Norwich, el patricio cuáquero, Bartley Gurney, se presentó, con el apoyo de la Sociedad Patriótica, frente a Windham, el ministro de la guerra. Al igual que en Westminster, había un amplio derecho a voto y consiguió una mayoría entre los ciudadanos residentes, pero fue arrollado por los votantes foráneos importados de Londres. En opinión de Thelwall, los «ciudadanos trabajadores» hubieran vencido si Gurney

[127] *Ah! let me then, far from the strifeful scenes / Of public life (where Reason's warning voice / Is heard no longer, and the trump of Truth / Who blows but wakes The Ruffian Crew of Power / To deeds of maddest anarchy and blood). / Ah! let me, far in some sequester'd dell, / Build my low cot; most happy might it prove, / My Samuel! near to thine, that I might oft / Share thy sweet converse, best-belov'd of friends!*

[128] J. Thelwall, *Poems Chiefly written in Retirement*, Hereford, 1801, pp. XXX, 129; Cestre, *op. cit.*, p. 142 y siguientes; H. O. 42.41; E. Blunden (comp.), *Coleridge Studies*, 1934.

[129] C. J. Fox, 5.160; sir A. Gardner, 4.814 (elegido); John Horne Tooke, 2.819 (no elegido).

no hubiese sido un inútil candidato absentista, que incluso dejó de aparecer en las *hustings*. En Nottingham, el doctor Crompton, con el apoyo jacobino, obtuvo un número de votos respetable.[130]

El derrumbamiento llegó a finales de 1796. En otoño de aquel año la Sociedad todavía tenía fuerza suficiente para publicar un importante *Moral and Political Magazine*, aunque Place advertía prudentemente que eso agotaría las finanzas, y parece que utilizó ampliamente a Thelwall para las cuestiones intelectuales. En enero de 1797, todavía pagaban cuota dieciocho secciones de la Sociedad, aunque en el mismo mes el secretario, John Bone, que se había vuelto a incorporar desde la Sociedad Reformadora, hizo pública una circular impresa para todos los miembros reprochándoles su falta de asistencia. En verano, la sociedad inició la larga tradición de la propaganda política en las calles, tomando el ejemplo de los predicadores disidentes y metodistas, que lo hacían al aire libre: cada domingo hablaban cerca de la *City* Road y en Islington, Hoxton, Hackney, Hornsey, Bethnal Green, combinando la propaganda jacobina con la defensa del deísmo y el ateísmo. También empezaron —cuenta Reid— una penetración sistemática en las sociedades de socorro mutuo: un progreso de gran importancia para la historia del *trade unionism* durante los años de ilegalidad. En julio de 1797, intentaron desafiar las Dos Leyes convocando un acto público en St. Pancras: asistió una multitud considerable que fue dispersada por los magistrados, y seis miembros de la tribuna, incluido Binns, fueron detenidos. Todavía continuaba la correspondencia provincial: en julio la Sociedad Patriótica de Norwich escribía: «Continuamos firmes en nuestro puesto (...) mejor preparados para conseguir un éxito público que para abandonar.» Pero intercambiar cartas era más difícil: se dieron cinco direcciones nuevas de tenderos cuyo correo tenía pocas probabilidades de resultar sospechoso, y «pensamos que también deberíamos cambiar la dirección de vez en cuando, como hemos dicho antes». Después de las detenciones de julio, el spenceano Thomas Evans se convirtió en secretario. En noviembre, una reunión del Comité General hizo pública una declaración que denunciaba a las «personas vacilantes» que extienden la opinión de que las asociaciones populares son infructuosas; prometía la continuación de la S. C. L. hasta el más remoto límite, pero sólo estaba firmada por siete personas.[131]

---

[130] Thelwall, *Los derechos de la naturaleza*, Carta 1, pp. 25-29. Norwich: Hon. H. Hobart, 1.622; W. Windham, 1.159 (elegido); Bartlett Gurney, 1.076 (no elegido); Nottingham: lord Carrington, 1.211; D. P. Coke, 1.070 (elegido); Doctor Crompton, 560 (no elegido).

[131] *Moral and Political Magazine of the L. C. S.*, (noviembre de 1796): P. C. A. 38; H. O. 65.1; L. C. S. Libro de cartas, Add. MSS. 27815; Reid, *op. cit.*, pp. 17-20.

Pero existen algunas pruebas de que en la S. C. L. había al menos dos sectores, en aquel momento: uno que intentaba tener una existencia casi legal y que todavía publicaba abiertamente sus procedimientos, y otro que estaba comprometido en la organización ilegal. Algunas personas —John Binns, su hermano, Benjamin y John Bone— probablemente pertenecían a ambos. Los historiadores se han burlado de las pruebas de la actividad clandestina y, sin embargo, en las circunstancias de 1796-1801, hubiese sido más sorprendente que este fenómeno no hubiese tenido lugar. Después de todo, los obreros no eran ajenos a esas formas de actuación: había correos que transmitían regularmente los asuntos ilícitos de las *trade unions* por entre todas las zonas de Inglaterra. Y aunque las autoridades manipulaban los papeles y los presentaban de forma selectiva y sensacionalista, no hay pruebas que indiquen que esos documentos, como los que se presentaban en el *Informe del Comité de Materia Reservada* en 1799, eran falsificaciones.

La «clandestinidad» jacobina nos llevaría a la colonia de ingleses emigrados en París, a la insurrección de los tejedores escoceses —en Tranent, 1797— y sobre todo a las relaciones entre los jacobinos ingleses y los Irlandeses Unidos, cuya rebelión latente se convirtió en guerra abierta en 1798. Pero los mayores presagios revolucionarios para Inglaterra fueron los amotinamientos de la marina en Spithead y el Nore, en abril y mayo de 1797. No hay duda de que las detestables condiciones en cuanto a comida, paga y disciplina precipitaron los amotinamientos, pero también existen pruebas de instigación jacobina. Entre los amotinados había miembros de la Sociedad de Correspondencia: el propio Richard Parker, almirante, contra su voluntad, de la «República Flotante» del Nore, es un ejemplo del papel de los «hombres de cuota» educados, que llevaron a la flota el lenguaje de *Los derechos del hombre*, y alguna experiencia en la organización de comités. La presencia de once mil quinientos marineros irlandeses y cuatro mil infantes de marina, también irlandeses, añadió otro ingrediente revolucionario. «Malditos sean mis ojos si entiendo vuestra jerga y vuestras largas proclamas», escribió un amotinado a los «Señores Comisarios de la Junta del Almirantazgo».

«(...) pero resumiendo, dadnos lo que nos corresponde de inmediato y no se hable más de ello, hasta que vayamos en busca de los canallas, los enemigos de nuestro país»: este puede haber sido el lenguaje de la mayoría. Pero durante una crítica semana, cuando el Támesis estuvo bloqueado, entre los amotinados se hablaba de llevarse la flota a Francia, hacia donde, por cierto, zarparon varios barcos desesperados. Lo que es notable acerca de la conducta de los marineros no es ni su «lealtad fundamental» ni su jacobinismo,

sino la «naturaleza irracional y estrafalaria» de sus cambios de actitud. Contra esa naturaleza volátil, advertía Richard Parker a sus amigos, en un último testamento:

> Recordad, no os entrometáis en las clases bajas, porque son cobardes, egoístas y desagradecidas; la menor tontería les intimidará, y a aquel a quien en un momento han alabado como su cabecilla, le mandarán a la horca sin escrúpulo alguno. Yo mismo os hago estas observaciones con dolor, pero (...) lo sé por experiencia, y muy pronto seré el ejemplo de ello.

Pero al mismo tiempo declaró que moría «como un mártir por la causa de la Humanidad».[132]

Esos grandes amotinamientos, y la rebelión irlandesa del año siguiente, fueron por supuesto sucesos de significación universal, y muestran cuán precario era el asidero del *ancien régime* inglés. Que la armada inglesa —el instrumento más importante de la expansión europea, y el único escudo entre la Francia revolucionaria y su mayor rival— proclamase que «por fin se ha restablecido la Era de la Razón» era amenazar con subvertir todo el edificio del poder mundial. Es absurdo argumentar que, como la mayoría de los marineros tenían pocas ideas políticas claras, éste fue un asunto circunscrito a las galletas del barco y los atrasos en la paga, y no un movimiento revolucionario. Esto es confundir la naturaleza de las crisis revolucionarias populares, que surgen precisamente de este tipo de conjunción entre los agravios de la mayoría y las aspiraciones articuladas por parte de la minoría con conciencia política. Pero a la vez, la actitud que la S. C. L. adoptó con respecto a los amotinados es problemática. Existen pruebas de que algunos marineros asistían a sus reuniones jacobinas en Chatham y Portsmouth, y que miembros individuales de la S. C. L. contactaron con los delegados del barco e incluso arengaron a grupos de amotinados. Se supone que un indefinido «caballero que vestía de negro» estuvo en contacto con Parker y sus compañeros; y éste pudo ser el doctor Watson que en aquel momento estaba, en verdad, trabajando en favor de una invasión francesa, pero que —según una declaración posterior— no fue reconocido por la S. C. L.[133]

---

[132] G. E. Manwaring y B. Dobrée, *The Floating Republic*, edición de Penguin, en especial pp. 200, 246, 265-268. Este relato flojea en cuanto a las pruebas de la influencia jacobina en la armada; esto se estudia de forma mucho más minuciosa en C. Gill, *The Naval Mutinies of 1797*, 1913.

[133] C. Gill, *op. cit.*, pp. 301, 319, 327, 339 y siguientes y Apéndice A; y, para Watson, declaración de Henry Hastings en P. C. A. 152, y artículo en *D. N. B.* Las sensacionales historias en cuanto a una conspiración secreta, en toda Europa, del iluminismo y la francmasonería jacobina parece que tienen fundamento por lo que se refiere a Inglaterra, aunque pueden tener alguna relación con los sucesos en Irlanda; véase Abbé Barruel,

Los amotinamientos agudizaron al máximo el conflicto de los miembros de la S. C. L., entre las simpatías republicanas y las lealtades nacionales. Más o menos hacia esta época puede distinguirse un partido progalo y revolucionario —del que formaban parte muchos emigrantes irlandeses— de los reformadores de mentalidad constitucionalista, muchos de los cuales se estaban desmoronando, como sucedía con Place. En junio de 1797, poco después del amotinamiento, fue detenido un tal Henry Fellowes cuando distribuía octavillas entre las tropas. Era un emisario de la sociedad de Londres. En una carta dirigida a John Bone, en Londres, se informaba de que, en la sociedad activa de Maidstone, había dos secciones —con una asistencia de sesenta personas—, y se pedían más octavillas —en particular para los soldados irlandeses—, así como ejemplares de la «Declaración de Bonaparte» y el *Agrarian Justice* de Paine. A continuación de estos sucesos, se aprobaron dos leyes adicionales que imponían la pena de muerte por juramentos ilícitos y por intentos de apartar a las fuerzas armadas de su lealtad.[134] Inmediatamente después se detuvo a un tal Richard Fuller y se le condenó a muerte por dirigir un discurso incendiario a un miembro de la guardia de Coldstream.

La propia sociedad de Londres adoptó una constitución nueva, mejor adaptada a la organización clandestina y a impedir la infiltración de espías. Al lado de eso, un comité secreto se reunía en la bodega del mesón de *Furnival*, en Holborn. Este era, con bastantes posibilidades, un centro de los Ingleses Unidos, que era una organización, en lo fundamental, auxiliar de los Irlandeses Unidos; en verdad, en Inglaterra las dos aparecen como prácticamente indistinguibles. Sus comunicaciones tenían lugar de palabra o con lenguaje cifrado, sus emisarios tenían santo y seña y signos:

> extendías tu mano izquierda para estrecharla con su mano izquierda, luego apretaban el primer nudillo del dedo índice, con el pulgar, y si él hacía lo mismo con el tuyo, tenías una señal inequívoca; uno decía Unidad y el otro respondía Verdad; uno decía Libertad y el otro decía Muerte.

En Londres, John Binns, Benjamin Binns y el coronel Despard estaban entre los iniciados. Un informador relató, acerca de una de las secciones que se reunía en el Gallo y Neptuno en Well Ciose Square, que «principalmente asistían Cargadores de Carbón». Si bien en el Támesis su fuerza se encontraba entre los trabajadores

Memoirs Illustrating the History of Jacobinism, trad. y notas por Hon. R. Clifford, 1798, IV, pp. 529 y ss.

[134] Esta ley contra los juramentos ilegales fue la que se utilizó contra los luditas y los «mártires de Tolpuddle».

irlandeses, también se decía que en Liverpool y Manchester tenían por lo menos cincuenta secciones, con otras secciones adicionales en las poblaciones de tejedores del sudeste de Lancashire.[135] En Manchester se obtuvo algún éxito al penetrar en la armada, donde se tomó juramento a algunos miembros de los dragones ligeros: Con la plena asistencia de Dios. Yo *n.n.* juro no obedecer al Coronel, sino al (...) pueblo. No a los oficiales, sino al Comité de Ingleses Unidos (...) y ayudar con las armas tanto como esté en mi poder a establecer un gobierno republicano en este país y en otros y ayudar a los franceses a su desembarco para liberar a este país. (El acento irlandés se traiciona incluso en la ortografía.[136])

Pero aunque la organización secreta sin duda se extendía más allá de las filas de los irlandeses, parece que en la primavera de 1798 había diferencias de puntos de vista entre los conspiradores. Por una parte los jacobinos nativos parecen haber continuado su trabajo bajo diferentes disfraces. Los «Amigos de la Libertad» de Rochdale y de Royton (verano de 1797) parecían estar vinculados a un centro de Manchester que se llamaba el «Instituto para la Divulgación del Conocimiento entre la Población Obrera de Manchester y sus Alrededores». En Bolton (febrero de 1798) un espía consiguió obtener la admisión, mediante un juramento, en los Ingleses Unidos; el líder local «recomendaba crear un Club de Lectura como algo útil para conseguir Prosélitos». En Thornley, en febrero de 1798, un sacerdote irlandés fue abordado por un compatriota y francmasón, un «Caballero Templario», que alardeó de que los Ingleses Unidos eran veinte mil en Manchester: «como yo era un *Santo Padre*» —les escribió a las autoridades—, «el hombre creyó que podía confesar sus secretos.» «Parece —escribió un clérigo de Bolton al duque de Portland en el mismo mes— que no están completamente de acuerdo en cuanto a sus deseos de intervención francesa; algunos dicen que ellos mismos pueden resolver sus asuntos.»[137]

En el invierno de 1797-1798, un sacerdote irlandés, el padre O'Coigly, anduvo entre Lancashire, Irlanda y Francia, bajo el nombre de «Capitán Jones». A principios de 1798 fue a Londres y John Binns estaba intentando encontrar un contrabandista en uno de los

[135] Un acusado interrogado en mayo de 1798 declaró que la sociedad de Manchester «había disminuido mucho —en 1796— debido a una pelea entre los Caballeros que a ella pertenecían y los Trabajadores Manuales de la Sociedad». Parece que los trabajadores manuales pasaron a formar secciones de los Ingleses Unidos, veintinueve secciones de las cuales constan en otra declaración, en H. O. 42.45.

[136] No tenía sentido mantener una ortografía incorrecta ya que no es significativa para el castellano. *(N. de la T.)*

[137] *Report of the Committee of Secrecy*, 1799, *passim*; diversas fuentes en T. S. 11.333 y 4406; P. C. A. 152, A. 158, A.161; H. O. 42.43/6.

puertos de Kent para que llevase a O'Coigly y a Arthur O'Connor a Francia, cuando los tres hombres fueron detenidos. A O'Coigly se le encontró un papel en el que se trataba la posible recepción de los franceses en Inglaterra, en caso de que se produjese una invasión. Aunque los ingleses tenían muchos motivos de queja, también les preocupaba que los franceses pudiesen reducir Inglaterra a una provincia. Por lo tanto se les aconsejó a los franceses que, al desembarcar, hiciesen pública una proclama que incluyese lo siguiente: 1. que las Islas Británicas formarían «repúblicas diferenciadas»; 2. que cada una debía escoger su propia forma de gobierno; 3. que todos los que se unieran a los invasores recibirían armas; 4. que no se impondrían más impuestos que los necesarios para sufragar los gastos de la invasión; 5. que Francia limitaría sus adquisiciones a barcos y posesiones ultramarinas que los aliados le hubiesen quitado. O'Coigly, que se negó, con gran heroísmo, a revelar quienes eran sus compañeros, fue ejecutado. Binns, que tenía una gran suerte en la vida, fue absuelto del cargo de alta traición y —antes de que se pudiese presentar otra acusación menor— se refugió con un nombre supuesto en los «condados de Derby y Nottingham, donde tenía muchos amigos».[138]

La solidaridad con la rebelión irlandesa no se limitaba a los irlandeses como Binns. El 30 de enero de 1798, la S. C. L. publicó un Comunicado a la Nación Irlandesa, firmado por R. T. Crossfield, presidente, y Thomas Evans, secretario:

> Generosa y gallarda nación:
>
> que el presente comunicado os convenza de cuán sinceramente nos solidarizamos con todos vuestros sufrimientos (...) que las naciones (...) aprendan que las «actuales circunstancias» han sido el lema del despotismo de todas las épocas y todos los países; y que cuando un pueblo permita a su gobierno violar una vez los genuinos principios de la libertad, se practicará usurpación sobre usurpación; el mal crecerá sobre el mal; la violación seguirá a la violación, y el poder engendrará poder, hasta que las libertades de todos quedarán sometidas a un dominio despótico.

Es un comunicado conmovedor, que rescata a los ingleses de la acusación de complicidad total en la represión irlandesa y que incluía un llamamiento a los soldados ingleses que estaban en Irlanda, para que se negasen a actuar como «Agentes de la esclavización de Irlanda». Además hacía decorosa la «intervención pública» de la sociedad. Evans y los miembros supervivientes del comité de la S. C. L. fueron acorralados en abril de 1798, durante

[138] *Committee of Secrecy*, 1799, *passim*; T.S. 11.333; P.C.A. 152: Binns, *op. cit.*, caps. 4 al 6.

una acalorada discusión acerca de qué tipo de acción debían llevar a cabo en el caso de que se produjese una invasión francesa. Thomas Evans era de la opinión de que el gobierno francés había traicionado la causa revolucionaria y parecía estar «más deseoso de establecer un extenso despotismo militar, que de propagar los principios republicanos». Por lo tanto, él proponía a la sociedad que sus miembros se uniesen a los voluntarios. El doctor Crossfield estaba de acuerdo con sus críticas, pero afirmaba que la S. C. L. no podía defender lo malo ante lo peor. Los agentes de Bow Street acabaron la discusión.[139]

El día anterior, habían sido atrapados el coronel Despard y tres miembros de los Ingleses Unidos. Desde luego, pueden considerarse exagerados los informes alarmistas que dio el Comité de Materia Reservada en 1799, por lo que se refiere a la fuerza de esta organización:

> Casi todas las sociedades repartidas por toda Inglaterra, que solían mantener correspondencia con la Sociedad de Correspondencia de Londres habían (...) adoptado el mismo plan de formar sociedades de Ingleses Unidos (...) y la destructiva influencia de la que procedían todavía se extendió más allá con la fundación de clubes, entre las clases más bajas de la comunidad (...) en los que se cantan canciones, se hacen brindis y se utiliza un lenguaje de la índole más sediciosa.

Pero al mismo tiempo, no hay razón para que los historiadores hayan aceptado, sin ponerla en duda, la versión de Place, según la cual la sociedad de Ingleses Unidos había nacido muerta y nunca había tenido más de una docena de miembros.[140] Place se había opuesto, desde hacía mucho tiempo, no sólo a la organización ilegal, sino a cualquier forma de agitación abierta, y había favorecido una política de moderación educativa. Se había apartado de la sociedad en 1797, y a buen seguro no disfrutaba de la intimidad de los conspiradores. Por lo que se refiere a su existencia en el Lancashire, hay pruebas contundentes; y entre los papeles del procurador del Tesoro y el Consejo Privado hay relatos de algunos informadores sobre las actividades de varias secciones de Londres. *Dos espías* declaraban pertenecer a un Comité General, con delegados de ramas dispersas en Shoreditch, Hoxton, Bethnal Green; algunos delegados recibían instrucción militar (septiembre

[139] Véase H. Collins, *op. cit.*, p. 132; R. Hodgson, *Proceedings of General Committee of L. C. S.*, Newgate, 1798; *Committee of Secrecy*, 1799, Apéndice, pp. 70-73; H. C. Davis, *op. cit.*, pp. 92-93.

[140] Add. MSS. 35142 y siguientes, 62-66. Es posible que el relato de Place haya ganado aceptación porque una organización clandestina, por su propia naturaleza, casi no deja papeles tras de sí y, por lo tanto, no tiene realidad existencial para el historiador.

de 1798) en Epping Forest; había un grupo muy concurrido que se llamaba «Hijos de la Libertad».[141] «Afortunadamente no tenemos Líder», declaraba el «Comunicado del Comité Secreto de Inglaterra dirigido al Directorio Ejecutivo de Francia» que se le encontró a O'Coigly:

> Unos pocos de los opulentos se han declarado, desde luego, amigos de la democracia, mediante discursos, pero no han actuado, se han considerado a sí mismos como algo distinto del pueblo, y el pueblo, a su vez, considerará las declaraciones en favor suyo como algo injusto y frívolo (...) Hoy, sólo esperamos con impaciencia para ver al héroe de Italia, y a los valientes veteranos de la gran nación. Miríadas saludarán su llegada con gritos de alegría.[142]

La realidad se presentaría de forma compleja. Por un lado, las «miríadas», lejos de adoptar la actitud que declaraba el Comité Secreto de Inglaterra, hacia 1798 se vieron envueltas en la ola de sentimiento patriótico levantada por la expectativa de una invasión francesa. En verdad, el Movimiento de Voluntarios de esos años pudo no alarmar a los franceses, pero era una fuerza auxiliar poderosa para los otros recursos de la Iglesia y el Estado en la represión de los jacobinos del país.[143] Probablemente Place tiene razón al decir que en los círculos extremistas de Londres había, en aquel momento, algunos conspiradores congénitos que vivían en un mundo de fantasías paranoicas de taberna, que tenían pocos contactos verdaderos y cuyos comunicados —si en Francia se les hubiese dado crédito— habrían sido completamente engañosos. Uno de esos hombres era, al parecer, el doctor Richard Watson, un antiguo miembro de la S. C. L. y a quien ya hemos observado como asociado de algún modo con los amotinamientos de la marina. En 1797 fue detenido por pasar información a Francia por la vía de Hamburgo. Puesto en libertad en 1799, «*le Citoyen* Watson» envió un memorial al Directorio francés, en el que se describía a sí mismo como «Presidente del Comité Ejecutivo de la Sociedad de Correspondencia de Londres, Miembro de la Unión Británica y Representante de las Asociaciones de Bath, Bristol, etc.» Al huir hacia Francia empezó a dirigirse a la nación inglesa en el mismo tono grandilocuente.[144]

141 Informes de John Tunbridge y Gent, P. C. A. 144..128; *Committee of Secrecy* (1799), p. 74.

142 *Report of Committee of Secrecy*, 1799, p. 74.

143 Véase J. R. Western, «The Volunteer Movement as an Anti-Revolutionary Force, 1793-1801», *English Hist. Rev.* (1956), p. 603; y para las deficiencias de los voluntarios, *The Town Labourer*, pp. 87-89.

144 Diversos documentos en P. C. A. 152; Meikle, *op. cit.*, pp. 171, 191-192; *Clef du Cabinet des Souverains*, 2 de frimario, y VII; *D. N. B.*

Pero otros conspiradores eran más serios, como iba a demostrar el coronel Despard en el cadalso, en 1803.[145] Hacia 1797, está claro que algunos de los jacobinos más extremos habían llegado a perder la esperanza con respecto a la agitación constitucional. Desde este momento en adelante, durante más de veinte años, hubo un pequeño grupo de demócratas londinenses —spenceanos o republicanos— que no veían otra esperanza que la de un *coup d'état*, ayudado quizá por armas francesas, en el que alguna acción violenta alentara a la «muchedumbre» de Londres a levantarse en su apoyo. Esta es la tradición que heredaron Arthur Thislewood y otro doctor Watson, en 1816. A finales de la década de 1790, algunos del grupo, incluyendo a Richard Hodgson y a John Ashley, zapatero y anterior secretario de la S. C. L., se refugiaron en Francia, donde todavía permanecían en 1817. El retorno de dos miembros de este grupo a Londres, durante este año, fue suficiente para motivar un informe alarmista al propio lord Sidmouth.[146]

Así, las conspiraciones jacobinas existían. Y éstos eran bastante serios como para arriesgar sus vidas y soportar la cárcel y el exilio. Pero el tipo de conspiración que hacían tenía una cierta estridencia y un ardor republicano abstracto que no iba con los tiempos. Además, con la ejecución de O'Coigly, el fracaso de la rebelión irlandesa y la detención de los dirigentes en Londres y en Manchester, la conspiración dejó de tener una existencia *nacional*. En las provincias, donde existía alguna organización clandestina, o bien se marchitaba en el aislamiento, o echaba un nuevo tipo de raíces en su propio contexto industrial. En 1799, se introdujo una legislación especial que «prohibía y suprimía por completo», citándolas por su nombre, la S. C. L. y los Ingleses Unidos. Incluso el infatigable conspirador, John Binns, creyó que no había esperanzas para una nueva organización nacional e intentó iniciar un pacto de no agresión con el Consejo Privado, aunque eso sólo tuvo como resultado que fuese invitado a cumplir condena como huésped en la cárcel de Gloucester. Cuando le detuvieron estaba en posesión de un billete que quizá era una de las últimas «coberturas» de la vieja S. C. L.:

Admitir en la temporada de la Escuela de Elocuencia.[147]

Hacia 1799, casi todos los viejos dirigentes estaban en la cárcel o en el exilio; entre los prisioneros se encontraban: Evans, Hodgson, Bone, Binns, Galloway, Despard y John Baxter. Su

[145] Para Despard, véase más adelante, pp. 520-525.
[146] G. Sangster a Sidmouth, 13 de abril de 1817, H. O. 42.163.
[147] P. C. A. 152; Binns, *op. cit.*, pp. 140-141

espectáculo en prisión dejaba mucho que desear, si se compara con el de Wilkes treinta años antes. Thomas Evans, según su propio relato, «fue trasladado a la Bastilla y allí confinado muchos meses en una celda, con el acomodo de una ciénaga de paja, una manta y una alfombrilla; no le dejaron tener libros, pluma, tinta, papel, vela y durante mucho tiempo tampoco le facilitaron fuego». Su casa fue incautada por los magistrados de Bow Street y su esposa y su hijo encerrados. Estuvo preso durante dos años y once meses. El trato de los prisioneros por parte del gobernador Aris en Colbath Fields provocó un escándalo, en cuya denuncia tuvo una parte destacada sir Francis Burdett. El hecho de que la campaña en beneficio de los prisioneros le hiciese ganar una popularidad sólo comparable con la que había disfrutado Wilkes demuestra la inclinación libertaria de la multitud de Londres. Durante años, el lema más popular de Londres fue: «¡Burdett y abajo la Bastilla!» Uno de los prisioneros a los que ayudó a conseguir la libertad fue el coronel Edmund Déspard. La historia del radicalismo del siglo XIX empieza con esos dos hombres:[148]

¿Cuál es el precio de la experiencia? ¿La compran a cambio de una canción?
¿O compran la sabiduría a cambio de una danza
en la calle? No, se compra al precio
De todo lo que tiene el hombre, su casa, su esposa, sus hijos.
La sabiduría se vende en el desierto mercado donde nadie va a comprar.
Y en el campo yermo, donde el campesino ara en vano para obtener pan.[149]

Así lo expresaba William Blake al escribir *Vala, or the Four Zoas* en 1796-1797. A medida que la corriente jacobina iba por canales más clandestinos, sus propias profecías se volvieron más misteriosas y particulares. A lo largo de los años en que siguieron los encarcelamientos, Kyd Wake, un encuadernador de Gosport, fue condenado, a finales de 1796, a cinco años de trabajos forzados y a la picota por decir: «Abajo Jorge, abajo la guerra» —el mismo Blake escapó por poco de una acusación como ésta, en 1803—; encarcelaron a Johnson, el librero y amigo de Godwin; se hicieron procesos por sedición en Lancashire y Lincolnshire; se encarceló a un cestero de Somerset por decir «Deseo que los franceses tengan

[148] T. Evans, *Christian Policy*, p. IV; *Reasoner* (26 de marzo de 1808); «*Narrative* of John Oxlade», Add. MSS. 27809; P. C. A. 161.

[149] *What is the price of Experience? do men buy it for a song? / Or wisdom for a dance in the street? No, it is bought with the price / Of all that a man hath, his house, his wife, his children. / Wisdom is sold in the desolate market where none come to buy, / And in the wither'd field, where the farmer plows for bread in vain.*

suerte».[150] El duque de Portland, en el Ministerio del Interior, dio instrucciones de que se cerraran las sociedades de las tabernas y de que se entregasen al correccional a los pequeños que vendían las hojas de Spence a ½ d.[151] En Hackney, el excéntrico erudito en lenguas clásicas, Gilbert Wakefield, levantó la vista de sus libros y dio la opinión de que las clases trabajadoras tenían poco que perder con una invasión francesa: «Dentro del área de tres millas alrededor de la casa donde estoy escribiendo estas páginas, hay una cantidad mucho mayor de seres humanos miserables, que mueren de hambre (...) que en cualquier otra porción de tierra igual, en toda la zona habitable del globo terrestre.»[152] Ni su amistad con Fox, ni su propia erudición le salvaron de la prisión. «La Bestia y la Prostituta gobiernan sin control», anotó Blake en la portada de *Apology for the Bible* del obispo Watson: «Defender la Biblia, en este año de 1798, le costaría la vida a un hombre.» Ciertamente, Kyd Wake murió en prisión, mientras que Wakefield sólo fue puesto en libertad cuando estaba a punto de morir.

La persecución acabó con los últimos intelectuales jacobinos, además de los artesanos y los trabajadores. En Francia, como le parecía a Wordsworth:

> Todo estaba silenciado por las cadenas de hierro
> Del dominio militar. Los propósitos mudables,
> Las diversas funciones y los elevados atributos
> De la acción civil, sometidos a un poder
> Formal, y detestable, y vil.
> En Inglaterra reinaba un miedo terrible al cambio;
> Los débiles eran alabados, recompensados y promovidos;
> E, impulsado por un justo desdén,
> Una vez más, me encerré en mí mismo.[153]

Ahí empezó, para una generación intelectual, el modelo de desencanto revolucionario que prefigura los modelos más burdos de nuestro siglo. Perdidas sus fantasías pantisocráticas, los arrepentidos acusaban a los jacobinos de sus propias locuras intelectuales. En el verano de 1797, andando con Thelwall por los Quantocks, los poetas llegaron a un pequeño valle apartado. «Ciudadano John —dijo

[150] T. S. 11.5390.
[151] H. O. 119.1: H. O. 65.1.
[152] G. Wakefield, *Reply to the Bishop of Llandaff*, 1798, p. 36.
[153] *All was quieted by iron bonds / Of military sway. The shifting aims, / The varied functions and high attributes / Of civil action, yielded to a power / Formal, and odious, and contemptible, / In Britain ruled a panic dread of change; / The weak were praised, rewarded, and advanced; / And, from the impulse of a just disdain, / Once more did I retire into myself.*

Coleridge—, este es un buen lugar para hablar de traición.» «No, Ciudadano Samuel —respondió Thelwall—, es más bien un lugar para olvidar que exista alguna necesidad de traición.» La anécdota prefigura el descenso hacia la «apostasía» política; muy rastrera en Southey, muy compleja en Coleridge, muy dolorosa e interrogativa en Wordsworth. «Me gustaría que escribieses un poema en verso puro —le escribió Coleridge a Wordsworth, en 1799— dirigido a quienes, como consecuencia del fracaso completo de la Revolución francesa, han abandonado todas las esperanzas de mejora de la humanidad y se están hundiendo en un egoísmo casi epicúreo, disfrazándolo bajo los suaves títulos de apego doméstico y desprecio hacia los *philosophes* visionarios.» Por esta época Thelwall se había retirado a una granja aislada en South Wales y, al llegar allí, quedó sorprendido al descubrir que un espía lo vigilaba: quizá su propia manía persecutoria. Allí, Wordsworth le hizo su última visita y fue en estos parajes desolados donde describió al *Solitario* de *The Excursión*, reflexionando sobre los errores de aquellos años del milenio.[154]

En el otro extremo, tenemos a los obreros, desorganizados y perseguidos, sin una dirección a nivel nacional, luchando para mantener algún tipo de organización ilegal. Su difícil situación queda muy bien expresada en una carta dirigida a la S. C. L. por una sociedad de Leeds, escrita en nombre de un centenar de miembros, en octubre de 1797:

> Somos principalmente obreros manuales como pocos de los hombres de oficio de aquí que son amigos de nuestra causa tienen fortaleza suficiente para darse a conocer públicamente como la influencia aristocrática es tan grande que tienen todo el comercio en sus manos de este modo tienen el poder de arruinar a cualquier hombre de oficio que denuncie la vileza de un sistema corrupto. Aquí había una excelente sociedad hace unos tres años, pero desde que los arbitrarios procesamientos de nuestros jueces actuaron de una forma tan terrible sobre nuestros amigos en general que sus espíritus se han hundido bajo el estandarte de la moderación y la llama sagrada que ardía en sus pechos casi se extinguió.

Ningún tabernero se atreve a albergarles y necesitan carnets de socios «con urgencia» «porque no hay ningún impresor en la ciudad que se atreva a hacer algo para nosotros».[155]

[154] Thelwall, a diferencia del Solitario, siguió en la política radical. Durante las guerras subsistió como profesor de elocución y reapareció en una plataforma radical en Westminster, en noviembre de 1818, «para el gran asombro de la Compañía —observó el *Gorgon*—, como un resucitado» (21 de noviembre de 1818). Después editó el *Champion*, se preocupó de seguir adelante con las sociedades y tomó parte en la agitación de la *Reform Bill* de 1831-1832. Pero no estaba a tono con el nuevo movimiento y su trabajo careció de su anterior originalidad y provocación.

[155] L. C. S. libro de cartas, Add. MSS. 27815.

Es una equivocación considerar esto como el fin, porque también era un comienzo. En la década de 1790 acaeció algo parecido a una «Revolución inglesa», de profunda importancia en la conformación de la conciencia de la clase obrera de la posguerra. Es cierto que el impulso revolucionario fue ahogado en sus albores y la primera consecuencia fueron la amargura y la desesperación. El terror contrarrevolucionario de las clases dominantes se manifestó en todos los aspectos de la vida social; en actitudes hacia el *trade unionism*, hacia la educación del pueblo, hacia sus diversiones y sus modales, hacia sus publicaciones y sus asociaciones y hacia sus derechos políticos. Durante los años de la guerra, en el milenarismo trastocado de los partidarios de Joanna Southcott y en el nuevo resurgimiento del metodismo, se puede ver el reflejo de esa desesperación entre el pueblo común. En las décadas posteriores a 1795 hubo un profundo alejamiento entre clases en Inglaterra y la población obrera se vio empujada a una situación de *apartheid* cuyos efectos —en los detalles de discriminación social y educativa— son aún perceptibles en nuestros días. Inglaterra se diferenció de otras naciones europeas en lo siguiente: que la pleamar del sentimiento contrarrevolucionario y la disciplina coincidieron con la pleamar de la Revolución industrial, a medida que avanzaban las nuevas técnicas y formas de organización industrial, los derechos políticos y sociales retrocedían. La alianza «natural» entre la impaciente burguesía industrial de ideas radicales y un proletariado en configuración se rompió tan pronto como se formó. El fermento que se dio entre los industriales y los ricos negociantes disidentes pertenece, en lo fundamental, a los años 1791 y 1792. El momento culminante del «descontento» entre los artesanos y los asalariados de Londres, Norwich y Sheffield —ya fuese a causa de la agitación jacobina o a causa del hambre— se da en 1795. Coinciden sólo durante unos pocos meses de 1792; y después de las matanzas de septiembre, todos los industriales, excepto una pequeña minoría, habían sido ahuyentados de la causa de la reforma. Si en Inglaterra no hubo revolución en la década de 1790, no fue debido al metodismo, sino a que la alianza que hubiese tenido suficiente fuerza para hacerla se desintegró. Después de 1792 no hubo girondinos que abriesen las puertas por las que pudieran entrar los jacobinos. Si hombres como Wedgwood, Boulton y Wilkinson hubiesen actuado junto con hombres como Hardy, Place y Binns —y si la pequeña *gentry* de Wyvill se hubiese unido a ellos—, Pitt o Fox se hubiesen visto obligados a conceder una amplia implantación de la reforma. Pero la Revolución francesa *consolidó* la «Vieja Corrupción» al unir a los terratenientes y a los industriales en un pánico común; y las sociedades populares

eran demasiado débiles y demasiado inexpertas para llevar a cabo una revolución o una reforma por sí mismas.[156]

Algo de eso percibió Thelwall cuando visitó Sheffield, en 1796. Se alegró de la inteligencia y la conciencia política de la *sansculotterie* de Sheffield: «Pero es un cuerpo sin cabeza. Por desgracia no tiene ningún líder.» Aunque varias personas «con propiedad e influencia considerables (...) *piensan* como ellos», ninguna tiene el valor de colaborar:

> Si por lo menos tres o cuatro personas de este lugar, con influencia por prestigio y por dinero, condujesen a esos honrados, inteligentes fabricantes y su causa, completa y públicamente —como personas de ese tipo (...) lo han hecho en Norwich—, en Sheffield, como en Norwich, la pequeña tiranía de la persecución provincial desaparecería dentro de poco.[157]

Este no era un signo de apostasía jacobina por parte de Thelwall. En 1796, se enfrentó a un dilema real: por una parte, el paternalismo reformista, que cuando —como en el caso de Gurney en Norwich— lo había visto poner en práctica le disgustaba; por otra, la exposición de los reformadores plebeyos a la represalia, en una escala que estaba destruyendo al movimiento o conduciéndolo a la clandestinidad.

Además, el movimiento tenía gran necesidad de los recursos intelectuales de aquellos hombres de la clase media educada, algunos de los cuales se encontraban muy desolados por el desencanto revolucionario. El movimiento había perdido prematuramente, debido a la emigración forzosa y voluntaria, a dos de sus propagandistas y organizadores más capacitados, Gerrald y Cooper.[158] No podría sobrevivir basándose siempre en *Los derechos del hombre* y la imitación de las formas francesas, o en las togas romanas y las blusas sajonas. En su momento culminante, en 1795, el movimiento apenas tenía cuatro años de desarrollo: su pensamiento se tenía que elaborar bajo la presión de la organización, en medio de inquietudes y acusaciones de traición, con partidarios ausentes y con un Robespierre que salpimentaba los floridos períodos de sus

[156] Para estudios sobre las conexiones entre los reformadores y los intereses industriales a principios de la década de 1790, véase E. Robinson, «An English Jacobin: James Watt», *Camb. Hist. Journal*, XI (1953-1955), p. 351; W. H. Chaloner, «Dr. Joseph Priestley, John Wilkinson, and the French Revolution», *Trans. Royal Hist. Soc.*, 5th Series, VIII (1958), p. 25.

[157] Thelwall, *Los derechos de la naturaleza*, Carta 1, p. 20.

[158] Dos de sus folletos más convincentes fueron *A Convention the Onix Means of Saving Us from Ruin*, 1793, de Gerrald y T. Cooper, *Reply to Mr. Burke's Invective against Mr. Cooper and Mr. Watt*, Manchester, 1792. Para la emigración de Cooper a Norteamérica, véase D. Malone, *The Public Life of Thomas Cooper*, New Haven, 1926.

discursos con la tétrica guillotina. Las conferencias de Thelwall se planeaban sin descanso, para un público que siempre contaba con uno de los informadores de Su Majestad. Su mejor obra —de forma significativa— no se realizó hasta la relativa calma de 1796, cuando el movimiento empezaba a desintegrarse. Apenas sorprende que los jacobinos ingleses fueran culpables de falta de madurez y fueran víctimas de su inexperiencia y que muchos de sus oradores parecieran ridículos debido a sus exageradas actitudes.

Hasta aquí, podría parecer que se trata de la constatación de la frustración y el fracaso. Pero la experiencia tenía otro aspecto más positivo en su conjunto. No fue una sola tradición, sino muchas las que tuvieron su origen en esos años. Está la tradición intelectual de Godwin y Mary Wollstonecraft, que Shelley reafirmaría. Está la tradición del deísmo y el librepensamiento: apenas habían finalizado las guerras antes de que Richard Carlile empezara a reeditar todas las obras de Paine. Está la tradición de los unitaristas avanzados y los «cristianos librepensadores», transferida por hombres como Benjamin Flower y William Frend a la *Monthly Depository* de W. J. Fox.[159] Está la tradición de Place y de los hombres de oficio y artesanos de ideas constitucionales moderadas —algunos de los cuales, como Hardy, Galloway y el propio Place prosperaron, más tarde, como pequeños o grandes patrones—, que reaparecieron en la elección de Westminster, de 1807, en apoyo del discípulo de Tooke, sir Francis Burdett y que permanecieron desde aquel momento en asociación activa.

Estas tradiciones se encarnan, no sólo en ideas, sino en personas. Aunque algunos jacobinos se retiraron y otros —John Gales, Thomas Cooper, el «ciudadano Lee», John Binns, Daniel Isaac Eaton y muchos otros— emigraron a América,[160] otros estaban alerta a todas las oportunidades de volver a iniciar la propaganda. John Gale Jones y John Frost fueron miembros, durante las guerras, de clubes de debate de Londres, donde influyeron a una generación radical más joven; y Jones siguió siendo una persona destacada en los círculos del Londres radical, hasta la década de 1820.[161] En muchos otros centros provinciales se puede dar testimonio de la

[159] Véase F. E. Mineka, *The Dissidence of Dissent*, 1944.

[160] Eaton fue el único de éstos que volvió. Véase más adelante, p. 652. También había una pequeña colonia de jacobinos ingleses émigrés en París, entre los que estaban Sampson Perry, Ashley, Goldsmith, el doctor Maxwell y John Stones, que publicaron *Argus*, contrario a Pitt y la mayor parte de ellos tuvieron una profunda desilusión con el bonapartismo. Véase S. Perry, *Argus*, 1796, p. 257; J. G. Alger, *Englishmen in the French Revolution*, 1889.

[161] Entre los que estuvieron influidos por Gale Jones y John Frost estaba el homónimo de Frost, el antiguo alcalde de Newport, que dirigió la insurrección cartista de 1839 en Gales; véase D. Williams, *John Frost*, Cardiff, 1939, pp. 13-14.

misma continuidad. Pocos centros pueden hacer ostentación de un historial tan largo como el de George Bown de Leicester, que en 1792 fue secretario de su Sociedad Constitucional, fue detenido en 1794 y todavía en 1848 escribía como defensor del cartismo partidario de la «fuerza física».[162] Pero en muchas ciudades seguían reuniéndose hombres de oficios y artesanos, contrarios a las guerras, que pensaban del mismo modo. El gran grabador, Thomas Bewick, recuerda el «grupo de partidarios incondicionales de las libertades de la humanidad», que se reunió en Newcastle en el *Blue Bell*, el *Unicorn* y el gabinete de noticias. Aquellos eran «hombres juiciosos e influyentes», «hombres de oficio distinguidos», «empleados de banca, artesanos y apoderados». Entre los que se relacionaban particularmente con Bewick había un zapatero, un constructor, un fundidor, un hojalatero, un editor, un maestro de esgrima, un caballero radical y varios actores. Les unía a todos la condena de la guerra y sus consecuencias sociales:

> Los navieros que nadaban en la riqueza, la *gentry* que giraba alrededor del fausto aristocrático, todos ellos olvidaban cuál solía ser su actitud y su comportamiento, bondadoso y amable, hacia los que pertenecían a condiciones más humildes; y parecían mirarles, demasiado a menudo, como si fuesen bazofia. También cambió la naturaleza de los granjeros. Se comportaban como si fuesen caballeros, de forma muy torpe, y en aquel momento no podían beber otra cosa que no fuese vino (...) Cuando esos presuntuosos caballeros salían del mercado, estaban dispuestos a pasar por encima de todo lo que encontrasen (...) por el camino; pero eso no era nada comparado con el orgullo y la locura que se apoderaba de sus cabezas vacías o llenas de humos, cuando iban vestidos de escarlata (...) y se les llamaba la «caballería de la *yeomanry*». No ocurría lo mismo con los laboriosos trabajadores. Sus privaciones eran grandes.[163]

Si bien entre los pequeños menestrales, los empleados y los hombres de oficio había hostilidad hacia la *gentry* y los grandes labradores, y solidaridad con el «trabajador industrioso» —y esta es una característica muy importante de la conciencia radical, que permanecerá por lo menos cincuenta años después de 1795—, sin embargo, se sentían intimidados, como los hombres de oficio de Leeds, por la «influencia aristocrática». Incluso Bewick, con su valor puritano, tenía cuidado durante las guerras de relacionarse sólo con aquellos que podían «dar ejemplo de conducta decorosa a los que tenían una actitud más violenta» y cuya indignación con «las atrocidades políticas de la época» se mantenía «dentro de unos límites». De aquí que los jacobinos plebeyos estuviesen aislados y se

[162] A. T. Patterson, *op. cit.*, pp. 70, 74; J. F. C. Harrison, «Chartism in Leicester», *Chartist Studies*, compilado por A. Briggs, 1959, p. 132; G. Brown, *Physical Force*, Leicester, 1848.
[163] T. Bewick, *A Memoir*, compilado por M. Weekley, *Cresset*, 1961, pp. 146-148, 153.

viesen obligados a replegarse sobre sí mismos y a descubrir medios de organización independiente cuasilegal o clandestina. A modo de ejemplo, en el Newcastle de Bewick, se formaron durante las guerras muchísimas sociedades de socorro mutuo que tenían su sede en las tabernas, muchas de las cuales eran sin duda «tapaderas» de la actividad de las *trade unions*, en las que antiguos jacobinos contribuían al «caluroso debate y al violento lenguaje» de las reuniones de club.[164] Aislados de las otras clases, los trabajadores manuales radicales, los artesanos y los obreros, forzosamente, tenían que fomentar tradiciones y formas de organización propias. De modo que, en tanto que los años que van de 1791 a 1795 proporcionaron el empuje democrático, fue en los años de represión cuando se puede hablar de la maduración de una inequívoca «conciencia obrera de clase».

Incluso en los años más oscuros de la guerra, se puede advertir, a pesar de todo, cómo el impulso democrático actuaba por debajo de la superficie. Éste proporcionó una afirmación de los derechos, una visión momentánea de un milenio plebeyo que jamás se extinguió. Las *Combination Acts*[165] (1799-1800) sólo sirvieron para unir de forma más estrecha los hilos de los ilegales jacobinos y las *trade unions.*[166] Incluso durante los años en que se estaba bajo la fiebre de la «invasión», continuaron fermentando nuevas ideas y nuevas formas de organización. Hay una alteración radical de las actitudes subpolíticas del pueblo, a la cual contribuyeron decenas de miles de soldados renuentes. Hacia 1811 podemos presenciar la emergencia simultánea de un nuevo radicalismo popular y de una militancia reciente en el *trade unionism*. Este fue el producto, en parte, de nuevas experiencias y, en parte, fue la inevitable respuesta a los años de reacción: «*No he olvidado el Reino del Terror en Inglaterra*; ahí tenéis el origen de mis inclinaciones políticas», escribió Ebezener Elliott, el "Rimador de las *Corn-Laws*", «cuyo padre era administrativo en una herrería cercana a Sheffield y a costa del cual se divertía de vez en cuando la *yeomanry* haciendo recular los caballos delante de sus ventanas».[167]

La historia de la agitación en favor de la reforma, entre los años 1792 y 1796, fue, en términos generales, la historia de la simultánea ausencia de reformadores de la clase media y el rápido movimiento «hacia la izquierda» de los radicales plebeyos. La experiencia marcó la conciencia popular durante cincuenta años y, a lo largo de este

[164] Véase más adelante, pp. 457-459.
[165] Leyes dirigidas contra la libre asociación. Fueron derrogadas en 1824. *(N. de la T.)*
[166] Véase más adelante, pp. 542-544.
[167] Citado en *Poor Man's Guardian* (17 de noviembre de 1932) y añade (referente a la memoria del Terror) «esto es válido en miles de ejemplos junto al del señor Elliot».

tiempo, la dinámica del radicalismo no estuvo trazada por la clase media, sino por los artesanos y los obreros. A los hombres de las sociedades populares se les denomina, correctamente, jacobinos. Algunos de sus líderes, entre los que se incluía Thelwall, estaban deseosos de aceptar el término:

> Asumo el término *Jacobinismo* sin dudar: 1. Porque nuestros enemigos nos lo han impuesto como un estigma (...) 2. Porque, aunque condeno la ferocidad sanguinaria de los últimos jacobinos en Francia, sin embargo, sus principios (...) son los que más se parecen a mis ideas de la razón y la naturaleza del hombre, de todas las que conozco (...) Utilizo el término jacobinismo simplemente para indicar *un sistema de reforma amplio y global, que no pretende basarse en las autoridades y los principios de la tradición* gótica.[168]

La peculiaridad de su jacobinismo se encontraba en el acento que pone sobre la *égalité*. En las connotaciones inglesas habituales, «*Equality*» es un término demasiado negativo para que se le aplique a doctrinas penetrantes y constructivas: al igual que a la eliminación de todas las distinciones de rango que configura sus procedimientos. El movimiento obrero de los años posteriores continuaría y enriquecería las tradiciones de la fraternidad y la libertad. Pero la propia existencia de sus organizaciones, así como la protección de sus fondos, requería la promoción de un cuadro de dirigentes experimentados: también, un cierto respeto o exagerada lealtad hacia su liderazgo, lo cual resultó ser una fuente de formas y controles burocráticos. Los jacobinos ingleses de la década de 1790 iniciaron tradiciones muy distintas. Había un prurito en la *égalité*, frente a los atropellos en las formas cometidos en el siglo XVIII, que se mostraba por ejemplo cuando lord Daer, jacobino, se sentaba con los artesanos y los tejedores como el simple «ciudadano Daer». Pero la creencia de que «un hombre es un hombre, para todo» encontraba expresión en otras formas, que pueden recordarse como una crítica según las prácticas de nuestros días. *Todos* los ciudadanos de un comité debían tomar parte en alguna de las tareas, la presidencia de los comités era a menudo rotativa, se vigilaban las pretensiones de los líderes, los procedimientos se basaban en la meditada creencia de que todos los hombres eran capaces de razonar y de desarrollar sus habilidades y de que la deferencia y las distinciones de rango eran una ofensa a la dignidad humana. Esos valores jacobinos, que aportaron mucho al cartismo, decayeron en el movimiento de finales del siglo XIX, cuando el nuevo socialismo transfirió el acento de los derechos políticos a los económicos. La fuerza de las

[168] J. Thelwall, *Los derechos de la naturaleza*, 1796, II, p. 32.

distinciones de clase y posición social en la Inglaterra del siglo XX, en parte, es una consecuencia de la falta de las cualidades jacobinas en el movimiento obrero del siglo XX.

No hace falta subrayar la importancia evidente de otros aspectos de la tradición jacobina: la tradición del autodidactismo y de la crítica racional de las instituciones políticas y religiosas, la tradición del republicanismo consciente y sobre todo, la tradición del internacionalismo. Es extraordinario que una agitación tan breve difundiera sus ideas por tantos rincones de Inglaterra.[169] Quizá la consecuencia más profunda del jacobinismo inglés, aunque es la más difícil de definir, fuera el derrumbe de los tabúes acerca de la agitación entre «innumerables miembros». Dondequiera que subsistiesen ideas jacobinas y dondequiera que se apreciasen los ejemplares escondidos de *Los derechos del hombre*, las personas no estaban dispuestas a esperar por más tiempo el ejemplo de un Wilkes o un Wyvill antes de empezar una agitación democrática. A lo largo de los años de la guerra hubo muchos Thomas Hardy en cada ciudad y en cada pueblo por toda Inglaterra, con un arcón o una estantería llena de libros radicales, ofreciendo su tiempo, intercambiando palabras en la taberna, el templo, la herrería, la zapatería, esperando el momento para volver a actuar. Y el movimiento que esperaban no pertenecía a los caballeros, los industriales o los contribuyentes: era suyo.

En una fecha tan tardía como 1849, un astuto escritor satírico del Yorkshire publicó una pieza corta sobre un cierto «político del pueblo» que daba la sensación de autenticidad. Es, típicamente, un zapatero remendón, un hombre viejo y el sabio de su población industrial:

> Tiene una biblioteca de la que se enorgullece. Es una colección de libros extraña (...) Están la Pearl of Great Price y *Twopenny Trash* de Cobbett, *El progreso del peregrino* (...) y The Go-a-head *Journal*, The Wrongs of Labour y Los derechos del hombre. La historia de la Revolución francesa y Holy War de Bunyan (...) La edad de la razón y una Biblia anticuada.
>
> Es, «por supuesto, un gran admirador de Bonaparte». «Su viejo corazón se caldea como un cuarto[170] de cerveza caliente con especias, cuando tiene noticia de una revolución que ha triunfado: un trono derribado, reyes que se van y príncipes diseminados por el extranjero. Entonces piensa que los sueños de su juventud están a punto de cumplirse.» Se permite hacer grandes metáforas sobre «el sol de la libertad» que se alza sobre la «atmósfera horizontal» y afirma tener conocimiento acerca de los acontecimientos de Rusia.

[169] W. A. L. Seaman, *op. cit.*, p. 20, da pruebas de sociedades en más de cien lugares en Inglaterra y Escocia.

[170] Cuarto de galón = 1,136 litros. *(N. de la T.)*

Recuerda el día en que apenas se atrevía a andar por las calles. Puede decir cómo le abuchearon, apedrearon y despreciaron (...) y la gente le dijo que podía dar gracias de que no le quemasen vivo alguna noche, junto con la efigie de Tom Paine (...) Sorprende a los más jóvenes cuando les habla de una época en que no había *Hábeas Corpus* (...) y el Fiscal de la Corona iba por todo el país como un león rabioso (...) Habla de un hombre que dijo (...) que el rey había nacido desnudo y por consiguiente fue deportado por sedición.[171]

La revolución que había soñado nunca ocurrió, pero sin embargo hubo revolución de una clase. Fueron los legitimistas, se lamentaba James Watt el joven en 1793, los que —espoleando a la muchedumbre contra los reformadores— se habían «entrometido» en «las clases más bajas del pueblo»:

Poco se les ocurre pensar lo peligroso que es permitir que el pueblo conozca su poder y tampoco piensan que llegará el día en que maldecirán el absurdo grito de Iglesia y Rey, y verán cómo sus propias armas se vuelven contra ellos.[172]

Después del año 1795, que casi fue de hambruna, se puede percibir el cambio en muchísimos lugares. En Nottingham, donde los jacobinos habían sido derrotados en 1794, tenían suficiente fuerza para enfrentarse y vencer a sus oponentes en combate abierto, durante las elecciones de 1796.[173] Un legitimista escandalizado escribió en 1798: «En casi todas las entradas a esta ciudad hay un poste con un cartel clavado, en el que se lee "Todos los Vagabundos serán apresados y castigados como dicta la ley". Ahora, sobre la palabra "Vagabundos" se ha pintado la palabra "Tiranos" y nadie da un paso para sacarlo.»[174] Mientras que los amotinados de la armada en 1797 declaraban: «Durante mucho tiempo hemos procurado descubrirnos como hombres, ahora hemos descubierto que lo somos. Seremos tratados como tales.»[175]

En 1812, Scott, viendo con consternación el poder del *trade unionism* escocés y del ludismo en Inglaterra, le escribió a Southey: «El país está sembrado de minas bajo nuestros pies.» Fue Pitt quien condujo a los «mineros» a la clandestinidad. Apenas se encontraban hombres como nuestro «Político del Pueblo» en las poblaciones de 1789. Las ideas jacobinas introducidas en las poblaciones de tejedores, las tiendas de los tejedores de punto de Nothingham, los cultivadores del Yorkshire y los hilanderos

[171] J. W. Cartwright al duque de Portland, 19 de junio de 1798, H. O. 42.43.
[172] Véase E. Robinson, *op. cit.*, p. 355.
[173] J. F. Sutton, *Date-book of Nottingham*, 1880, p. 212.
[174] J. W. Cartwright al duque de Portland, 19 de junio de 1798, H. O. 42.43.
[175] C. Gill, *The Naval Mutinies of 1797*, p. 300.

de Lancashire se propagaron en todos los momentos de subida de precios y de privaciones. No fue Pitt, sino John Thelwall, quien tuvo la última palabra. «Necesariamente se desarrollará una especie de espíritu socrático dondequiera que se reúnan grandes grupos de hombres»:

> el monopolio y la terrible acumulación de capital en pocas manos (...) lleva consigo, en su propia atrocidad, las semillas del remedio (...) Cualquier cosa que agrupe a los hombres (...) aunque puede dar lugar a vicios, favorece la difusión del conocimiento y, a la larga, promueve la libertad humana. Por lo tanto, todo gran taller e industria es una especie de sociedad política que ninguna ley del Parlamento puede acallar y ningún magistrado puede disolver.[176]

[176] Thelwall, *Los derechos de la naturaleza*, I, pp. 21, 24.

Segunda parte

La maldición de Adán

ENTER.
NO GENERAL BUT LUDD
MEANS THE POOR ANY GOOD

1812

«Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella has sido tomado; ya que polvo eres y al polvo volverás.»

GÉNESIS, III, 19

6
Explotación

John Thelwall no era el único que veía en cada «manufactura» un centro potencial de rebelión política. Un viajero aristocrático que visitó los valles del Yorkshire en 1792 se alarmó al descubrir una nueva hilandería en el «valle pastoril» de Aysgarth: «Ahora, hay aquí una fábrica grande y ostentosa, cuyo arroyo ha acaparado la mitad del agua de los saltos de más arriba del puente. Con el tañido de la campana y el griterío de la fábrica, todo el valle está trastornado; la traición y los sistemas igualitarios son los temas de conversación, y la rebelión puede estar próxima.» La fábrica aparecía como un símbolo de energías sociales que estaban destruyendo el mismo «curso de la Naturaleza». Encarnaba una doble amenaza hacia el orden establecido. En primer lugar la de los propietarios de la riqueza industrial, aquellos advenedizos que gozaban de una injusta ventaja sobre los terratenientes cuyo ingreso dependía de los libros del registro de sus rentas:

> Cuando los hombres acceden así a las riquezas, o cuando las riquezas que provienen del comercio se consiguen con demasiada facilidad, el infortunio se cierne sobre nosotros, hombres de ingresos medianos y renta fija; como lo hizo sobre todos los Nappa Halls y la *Yeomanry* de la tierra.

En segundo lugar, la amenaza de la población obrera industrial, a la que nuestro viajero describía con una aliterada hostilidad[1] que revela una reacción no muy alejada de la que tienen los racistas blancos, hoy en día, hacia la población de color: «La gente, es cierto, tiene trabajo; pero todos ellos se abandonan al vicio propio de la muchedumbre (...) En los ratos que las gentes no trabajan en la fábrica se aplican a la caza furtiva, al libertinaje y al pillaje.»[2]

La correlación entre la fábrica de algodoneros y la nueva sociedad industrial y la correspondencia entre nuevas formas de relaciones

[1] En la versión inglesa, el final del texto es como sigue: «(...) they issue out to poaching, profligacy and plunder.» *(N. de la T.)*

[2] *The Torrington Diaries*, compilado por C. B. Andrews, 1936, III, pp. 81-82.

de producción y sociales era algo común entre los observadores, entre 1790 y 1850. A fin de cuentas es lo que expresaba Marx, con una energía poco corriente, cuando decía: «el molino de agua lo asociamos con el señor feudal; la fábrica a vapor, con el capitalista industrial.» Y no sólo era el propietario de la fábrica lo que les parecía «nuevo» a los contemporáneos, sino también la población obrera que se había establecido en las fábricas y alrededor de ellas. «Nada más llegar a las lindes de las zonas manufactureras del Lancashire —escribió un magistrado rural en 1808— encontramos una nueva estirpe de seres, tanto por lo que se refiere a las costumbres y la ocupación como a la subordinación.»; mientras que Robert Owen afirmaba, en 1815, que «la difusión generalizada de manufacturas en todo un país da lugar a un nuevo carácter en sus habitantes (...) un cambio esencial en el carácter general del grueso de la población».

En las décadas de 1830 y 1840, los observadores todavía se sorprendían ante la novedad del «sistema fabril». Peter Gaskell, en 1833, hablaba de la población manufacturera como de «un Hércules todavía en la cuna», «sólo desde la introducción del vapor como fuerza motriz ha adquirido su importancia primordial». La máquina de vapor había «reunido a la población en densas masas» y Gaskell había visto ya en las organizaciones de la clase obrera un «*imperium in imperio* de la más detestable descripción».[3] Diez años más tarde Cooke Taylor escribía en términos similares:

> La máquina de vapor no tenía precedente, la *spinning-jenny*[4] no tiene ascendencia, la *mulé*[5] y el telar mecánico iniciaron un patrimonio imprevisto: surgieron de forma repentina como Minerva de la cabeza de Júpiter.

Pero lo que más inquietud causaba a este observador eran las consecuencias humanas de esas «innovaciones»:

> Cuando un extraño atraviesa las masas de seres humanos que se han aglomerado alrededor de las hilanderías y estampaciones (...) no puede contemplar esas «atestadas colmenas» sin sentimientos de ansiedad y aprensión que llegan a consternarle. La población, como el sistema al que pertenece, es nueva; pero está creciendo por momentos en extensión y fuerza. Es un agregado de multitudes, que nuestras ideas expresan

[3] P. Gaskell, The *Manufacturing Population of England*, 1833, p. 6; Asa Briggs, «"Class" in Early Nineteenth-century England», en *Essays in Labour History*, compilado por Briggs y Saville, 1960, p. 63.

[4] La *spinning-jenny* era una máquina de hilar con varios husos, fue inventada por James Hargreaves en 1764. *(N. de la T.)*

[5] La *mulé* era una variante de la *spinning-jenny* inventada por Samuel Crompton en 1797. En España se la conocía como «muía». *(N. de la T.)*

con términos que sugieren algo amenazador y pavoroso (...) como el lento crecimiento y la plenitud de un océano que, en un futuro no lejano, tiene que arrebatar a todos los elementos de la sociedad en la cresta de sus olas y transportarlos Dios sabe dónde. Hay poderosas energías que yacen inactivas en esas masas (...) La población manufacturera no es nueva únicamente en su formación: es nueva en sus hábitos de pensamiento y acción, que han sido conformados por las circunstancias de su condición, con poca instrucción, y menor guía, a partir de influencias exteriores.[6]

Cuando Engels describía *La situación de la clase obrera en Inglaterra en 1844* le parecía que «los primeros proletarios estaban relacionados con la manufactura, fueron engendrados por ella (...) los trabajadores fabriles, primogénitos de la Revolución industrial, han formado desde el comienzo hasta el presente el núcleo del Movimiento Obrero».

Por muy distintos que fuesen sus juicios de valor, los observadores conservadores, radicales y socialistas sugerían la misma ecuación: la energía del vapor y la fábrica de algodoneros = la nueva clase obrera. Se veía a los instrumentos físicos de la producción dando lugar, de forma directa y más o menos compulsiva, a nuevas relaciones sociales, instituciones y formas culturales. Al mismo tiempo, la historia de la agitación popular durante el período 1811-1850 parece confirmar esa imagen. Es como si la nación inglesa entrara en un crisol en la última década del siglo XVIII y surgiera con una nueva forma después de las guerras. Entre 1811 y 1813, la crisis ludita; en 1817 el motín de Pentridge;[7] en 1819, Peterloo; durante toda la década siguiente, proliferación de la actividad de las *trade unions*, propaganda owenita, periodismo radical, el movimiento por las diez horas, la crisis revolucionaria de 1831-1832, y, además de eso, la multitud de movimientos que constituyeron el cartismo. Quizá sea la escala e intensidad de esa agitación popular multiforme la que, más que cualquier otra cosa, ha dado lugar —tanto entre los observadores contemporáneos, como entre los historiadores— a la sensación de algún cambio catastrófico.

Casi todo fenómeno radical de la década de 1790 se puede encontrar reproducido, diez veces mayor, después de 1815. El puñado de panfletos jacobinos dio lugar a una multitud de publicaciones ultrarradicales y owenitas. Donde, antes, Daniel Eaton cumplía prisión por publicar a Paine, Richard Carlile y sus vendedores cumplían un total de más de doscientos años de cárcel por delitos similares. Donde las Sociedades de Correspondencia mantenían una precaria existencia en muchas ciudades, los Clubes Hampden de la posguerra

[6] W. Cooke Taylor, *Notes of a Tour in the Manufacturing Districts of Lancashire*, 1842, pp. 4-6.

[7] Sublevación que tuvo lugar en junio de 1817. (*N. de la T.*)

o las organizaciones políticas echaban raíces en las pequeñas poblaciones industriales. Y cuando toda esa agitación popular se asocia al espectacular ritmo de cambio de la industria del algodón, es natural suponer una relación causal directa. La fábrica de algodoneros aparece no ya como el agente de la Revolución industrial, sino también de la social; produce no sólo las mercancías, sino también el propio «Movimiento Obrero». La Revolución industrial, que empezó como una descripción, se invoca hoy como una explicación.

Desde la época de Arkwright hasta los tumultos de Plug[8] y más allá, la imagen que domina nuestra reconstrucción visual de la Revolución industrial es la «sombría fábrica satánica». En parte, quizá, porque es una imagen visual dramática: los edificios parecidos a cuarteles, las grandes chimeneas, los niños trabajando en la fábrica, los chanclos y las pañoletas, las viviendas arracimándose en torno de las fábricas como si éstas las hubieran parido. Es una imagen que nos obliga a pensar primero en la industria y sólo en segundo lugar en la gente relacionada con ella o que está a su servicio. En parte, porque a los contemporáneos les parecía que la fábrica de algodoneros y la nueva ciudad fabril —lo repentino de su crecimiento, la ingeniosidad de sus técnicas y la novedad o severidad de su disciplina— eran espectaculares y portentosas: un indicador más satisfactorio para el debate sobre el problema de la *«condición de Inglaterra»*[9] que aquellos *distritos* manufactureros, anónimos y dispersos, que aún más a menudo figuran en los «libros de disturbios» del Ministerio del Interior. Y de ambos se derivó una tradición literaria e histórica. Casi todos los relatos clásicos de los contemporáneos acerca de las condiciones de vida en la Revolución industrial se basan en la industria del algodón; y en su mayoría en el Lancashire: Owen, Gaskell, Ure, Fielden, Cooke, Taylor, Engels, por mencionar a unos pocos. Novelas como *Michael Armstrong* o *Mary Barton* o *Tiempos difíciles*[10] perpetúan la tradición. Y el mismo énfasis se encuentra, de manera notable, en la literatura posterior de historia económica y social.

Pero quedan muchos puntos oscuros. El algodón fue, desde luego, la industria puntera de la Revolución industrial[11] y la fábrica de algodón sirvió de modelo básico para el sistema fabril. Sin embargo, no

[8] Los cartistas recogieron 3.315.752 firmas para su segunda petición de 1842. El Parlamento se negó de nuevo a tomarla en consideración. Este mismo año hubo serias huelgas y motines en el norte de Inglaterra y en las áreas industriales. *(N. de la T.)*

[9] Se refiere a la larga polémica sobre las condiciones de vida de la población obrera inglesa durante la Revolución industrial. *(N. de la T.)*

[10] *Michael Armstrong* fue escrita por Throllope, *Mary Barton* por Gaskell y *Tiempos difíciles* es de Dickens (hay varias traducciones al castellano). *(N. de la T.)*

[11] Para una admirable exposición de las razones de la primacía de la industria del algodón en la Revolución industrial, véase E. J. Hobsbawm, *The Age of Revolution*, 1962, cap. 2. (Hay trad. cast.: *Las revoluciones burguesas*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1976, 2 vols.)

deberíamos dar por sentada cualquier correspondencia automática, o demasiado directa, entre la dinámica del crecimiento económico y la dinámica de la vida social o cultural. Porque medio siglo después del «avance decisivo» de la fábrica de algodón, alrededor de 1780, los trabajadores fabriles seguían siendo una minoría de la fuerza de trabajo adulta en la propia industria del algodón. A principios de la década de 1830, los tejedores manuales del algodón eran todavía, ellos solos, más numerosos que todos los hombres y las mujeres empleados en el hilado y el tejido de las fábricas algodoneras, laneras y sederas reunidas.[12] El hilador adulto no era aún, en 1830, más representativo de aquella figura esquiva, el «obrero medio», de lo que, en la década de 1960, lo es el obrero de la Coventry.[13]

La cuestión es importante, porque el énfasis exagerado en la novedad de las fábricas de los algodoneros puede conducir a una subestimación de la continuidad de las tradiciones políticas y culturales en la formación de las comunidades obreras. Los trabajadores fabriles, lejos de ser los «primogénitos de la Revolución industrial», eran los recién llegados. Muchas de sus ideas y formas de organización habían sido ya adoptadas por los trabajadores a domicilio, como los cardadores de lana de Norwich y el West Country, o los tejedores de cintas de Manchester. Y es discutible si la mano de obra fabril —excepto en los distritos algodoneros— «formó el núcleo del movimiento obrero» antes de los últimos años de la década de 1840; y, en algunas ciudades del norte y las Midlands, los años 1832-1834, que conducen a los grandes cierres patronales. Como hemos visto, el jacobinismo echó raíces muy profundas entre los artesanos. El ludismo fue la obra de obreros cualificados en pequeños talleres. Desde 1817 hasta el cartismo, los trabajadores a domicilio, en el norte y las Midlands, desempeñaron un papel tan destacado como la mano de obra fabril en todas las agitaciones radicales. En muchas ciudades, el núcleo real de donde el movimiento obrero extrajo ideas, organización y líderes estaba constituido por zapateros, tejedores, talabarteros y guarnicioneros, libreros, impresores, obreros de la construcción, pequeños comerciantes y otros por el estilo. El vasto mundo del Londres radical, entre 1815 y 1850, no sacó su fuerza de las principales industrias pesadas —la construcción naval tendía a declinar y los mecánicos no dejarían sentir su influencia hasta más avanzado el siglo—, sino de la multitud de oficios y ocupaciones menores.[14]

12 Estimación para el Reino Unido de 1833. Total de la fuerza de trabajo adulta en todas las fábricas textiles; 191.671. Número de tejedores manuales; 213.000. Véase más adelante, p. 346.

13 Téngase en cuenta que el libro se publicó por primera vez en 1963. *(N. de la T.)*

14 *Cf.* Hobsbawm, *op. cit.*, cap. 2.

Esa diversidad de experiencias ha llevado a algunos autores a poner en duda tanto la noción de una «Revolución industrial» como la de una «clase obrera». No hace falta detenerse en el primer reparo.[15] El término es bastante útil en su connotación habitual. En cuanto al segundo, muchos autores prefieren el término *clases* trabajadoras, que subraya la gran disparidad por lo que hace a posición, adquisiciones, calificaciones y circunstancias, que incluye en su seno aquella híbrida expresión. Y en este sentido se hacen eco de las quejas de Francis Place:

> Si el carácter y la conducta de la gente trabajadora han de deducirse a partir de los estudios, revistas, folletos, diarios, informes de las dos Cámaras del Parlamento y de los Comisionados fabriles, les encontraremos a todos mezclados en los «órdenes inferiores»; los trabajadores más cualificados y los más prudentes con los obreros más ignorantes e imprudentes y los mendigos, aunque la diferencia es muy grande y, en realidad, en muchos casos apenas admitirá comparación.[16]

Por supuesto, Place tiene razón: el marinero de Sunderland, el labriego irlandés, el baratillero judío, el asilado de un pueblo de East Anglia obligado a trabajar en una *workhouse*,[17] el cajista de *The Times*; todos podrían ser considerados por sus «superiores» como pertenecientes a las «clases bajas», aunque ni siquiera pudiesen entenderse en el mismo dialecto.

Sin embargo, cuando se han tomado todas las precauciones oportunas, el hecho destacable del período comprendido entre 1790 y 1830 es la formación de «la clase obrera». Esto se revela, primero, en el desarrollo de la conciencia de clase; la conciencia de una identidad de intereses a la vez entre todos esos grupos diversos de población trabajadora y contra los intereses de otras clases. Y, en segundo lugar, en el desarrollo de las formas correspondientes de organización política y laboral. Hacia 1832, había instituciones obreras —sindicatos, sociedades de socorro mutuo, movimientos educativos y religiosos, organizaciones políticas, publicaciones periódicas— sólidamente arraigadas, tradiciones intelectuales obreras, pautas obreras de comportamiento colectivo y una concepción obrera de la sensibilidad.

---

[15] Hay un resumen de esta controversia en E. F. Lampard, *Industrial Revolution, American Historical Association*, 1957. Véase también Hobsbawm, *op. cit.*, cap. 2.

[16] Citado por M. D. George, *London Life in The Eighteenth Century*, 1930, p. 210.

[17] Edificios públicos irlandeses destinados a emplear y dar cobijo a pobres. Su origen data de mediados del siglo XVII. *(N. de la T.)*

La formación de la clase obrera es un hecho de historia política y cultural tanto como económica. No nació por generación espontánea del sistema fabril. Tampoco debemos pensar en una fuerza externa —la «Revolución industrial»— que opera sobre alguna materia prima de la humanidad, indeterminada y uniforme, y la transforma, finalmente, en una «nueva estirpe de seres». Las relaciones de producción cambiantes y las condiciones de trabajo de la Revolución industrial fueron impuestas, no sobre una materia prima, sino sobre el inglés libre por nacimiento; un inglés libre por nacimiento tal y como Paine lo había legado o los metodistas lo habían moldeado. Y el obrero fabril o el calcetero era también el heredero de Bunyan, de derechos locales no olvidados, de nociones de igualdad ante la ley, de tradiciones artesanas. Era el objeto de un adoctrinamiento religioso a gran escala y el creador de tradiciones políticas. La clase obrera se hizo a sí misma tanto como la hicieron otros.

Considerar a la clase obrera de ese modo es defender una visión «clásica» del período frente a la actitud predominante de las escuelas contemporáneas de historia económica y sociología. Porque el territorio de la Revolución industrial, que fue primero acotado y examinado por Marx, Arnold Toynbee, los Webb y los Hammond, hoy parece un campo de batalla académico. La conocida visión «catastrófica» del período ha sido discutida punto por punto. En lugar de contemplar esa etapa al modo habitual, como de desequilibrio económico, intensa miseria y explotación, represión política y agitación popular heroica, hoy se dirige la atención hacia la tasa de crecimiento económico, así como a las dificultades del «despegue» en la reproducción tecnológica autosostenida. Ahora, el proceso de las *enclosures*[18] importa menos por su rigor en desplazar a los pobres de las aldeas, que por su éxito en alimentar una población que crecía con rapidez. Se considera que los infortunios del período se deben a las convulsiones que trajeron las guerras, a las comunicaciones defectuosas, a la inmadurez bancaria y crediticia, a los mercados inseguros y al ciclo comercial, más que a la explotación o a la competencia salvaje. El malestar popular se ve como resultado de la coincidencia inevitable de los elevados precios del trigo y las depresiones comerciales, y resulta explicable en términos de un cuadro de «tensión social» elemental derivado de esos datos.[19] En general, se sugiere que la situación del obrero industrial en 1840 era, en muchos aspectos,

[18] Proceso de aplicación del principio de propiedad absoluta de la tierra, cuya manifestación externa era el cercado de los campos. *(N. de la T.)*

[19] Véase W. W. Rostow, *British Economy in the Nineteenth Century*, 1948, especialmente las pp. 122-125.

mejor que la del trabajador a domicilio de 1790. La Revolución industrial no sería ya una época de catástrofe o de grave conflicto y opresión de clase, sino de mejora.[20]

La ortodoxia catastrófica clásica ha sido reemplazada por una nueva ortodoxia anticatastrófica, que se distingue de forma muy clara por su prudencia empírica y, entre sus exponentes más notables —sir John Clapham, doctora Dorothy George, profesor Ashton—, por una crítica adusta de la imprecisión de ciertos autores de la vieja escuela. Los estudios de la nueva ortodoxia han enriquecido la erudición histórica y han modificado y revisado el trabajo de la escuela clásica en aspectos importantes. Pero como hoy en día la nueva ortodoxia está, a su vez, envejeciendo y se encuentra atrincherada en la mayoría de los centros académicos, está expuesta, también, al desafío de la crítica. Y los sucesores de los grandes empiristas manifiestan con demasiada frecuencia una complacencia moral, una estrechez de miras y un conocimiento insuficiente de los movimientos reales de la población obrera de la época. Están más enterados de las posturas empíricas ortodoxas que de los cambios en las relaciones sociales y en las formas culturales que provocó la Revolución industrial. Lo que se ha perdido es un sentido de todo el proceso: el contexto político y social global del período. Lo que, en principio, eran aportaciones valiosas se han convertido, a través de imperceptibles etapas, en nuevas generalizaciones que los hechos pocas veces pueden confirmar, y de generalizaciones en actitudes arbitrarias.

La ortodoxia empírica se define a menudo en función de una crítica sistemática de la obra de J.L. y Barbara Hammond. Es cierto que los Hammond eran propensos a moralizar la historia y a organizar en exceso sus materiales desde el punto de vista de la «sensibilidad ofendida».[21] Muchos aspectos de su obra han sido criticados o modificados a la luz de investigaciones posteriores y nosotros pretendemos también señalar otros. Pero una defensa de los Hammond tiene que basarse no sólo en el hecho de que sus volúmenes sobre los trabajadores, con sus copiosas citas y amplia documentación, seguirán siendo una de las fuentes más importantes para estudiar este período, sino también en que a través de su narración nos aproximaron al contexto político en el que tuvo

[20] Algunas de las visiones que aquí se han bosquejado se encuentran, de forma implícita o explícita, en T.S. Ashton, *Industrial Revolution*, 1948 (hay una traducción castellana en F.C.E, México) y A. Radford, *The Economic History of England*, 2.a edición, 1960. Una variante sociológica es desarrollada por N.J. Smelser, *Social Change in the Industrial Revolution*, 1959, y una confusa popularización se encuentra en John Vaizey, *Success Story*, WEA, sin fecha.

[21] Véase E.E. Lampard, *op. cit.*, p. 7.

lugar la Revolución industrial. Para un investigador que examina los libros contables de una fábrica de algodón, las guerras napoleónicas sólo aparecen como una influencia anormal que afecta los mercados exteriores y que hace fluctuar la demanda. Los Hammond no habrían olvidado, ni por un momento, que también fue una guerra contra el jacobinismo. «La historia de Inglaterra en la época de la que se ocupan estas páginas aparece como una historia de guerra civil.» Este es el comienzo del capítulo introductorio de *The Skilled Labourer*. Y en la conclusión a *The Town Labourer*, entre otros comentarios más mediocres, hay una perspicacia que realza con imprevista claridad todo el período:

> En la época en que media Europa estaba embriagada y la otra media aterrorizada por la nueva magia de la palabra ciudadano, la nación inglesa estaba en manos de hombres que contemplaban la idea de la ciudadanía como un desafío a su religión y su civilización; que pretendían convertir deliberadamente las desigualdades de la vida en la base del Estado y acentuar y perpetuar la posición de los obreros como una clase sometida. De ahí el hecho de que la Revolución francesa haya dividido menos al pueblo francés de lo que la Revolución industrial ha dividido al pueblo de Inglaterra.

Ese «De ahí el hecho» se puede poner en duda. Y sin embargo, es en esa intuición —que la revolución que *no* tuvo lugar en Inglaterra fue tan completamente devastadora y en algunos aspectos más lacerante que la que tuvo lugar en Francia— donde encontramos una clave para la naturaleza verdaderamente catastrófica del período. En toda esa época hay tres grandes influencias, y no dos, que actúan simultáneamente. Está el tremendo crecimiento demográfico: en Gran Bretaña, de 10,5 millones en 1801 a 18,1 millones en 1841, con el mayor índice de crecimiento entre 1811-1821. Está la Revolución industrial en sus aspectos tecnológicos. Y está la *contra*-revolución política de 1792 a 1832.

Al final, tanto el contexto político como la máquina de vapor tuvieron una influencia determinante sobre la conciencia y las instituciones de la clase obrera que estaban en proceso de configuración. Las fuerzas que contribuían a la reforma política a finales del siglo XVIII —Wilkes, los negociantes de la *City*, la pequeña *gentry* de Middlesex, la «muchedumbre»; o Wyvill y la pequeña *gentry* y *yeomen*, los pañeros, los cuchilleros y los artesanos— estuvieron en vísperas de conseguir al menos algunas victorias aisladas en la década de 1790: a Pitt le correspondió el papel de primer ministro reformista. Si los hechos hubieran seguido su curso «natural», hubiera sido lógico esperar algún conflicto, mucho antes de 1832, entre la oligarquía agraria y comercial y los fabricantes y la pequeña

gentry, con la clase obrera a remolque de la agitación de la clase media. E incluso en 1792, cuando los industriales y los profesionales liberales destacaban en el movimiento de reforma, el equilibrio de fuerzas aún era ése. Pero después del triunfo de *Los derechos del hombre*, la radicalización y el terror de la Revolución francesa, y la arremetida de la represión de Pitt, sólo la plebeya Sociedad de Correspondencia se mantuvo firme contra las guerras contrarrevolucionarias. Esos grupos plebeyos, a pesar de lo pequeños que eran en 1796, formaron una tradición «subterránea» que actuó hasta el fin de las guerras. La aristocracia y los fabricantes, alarmados por el ejemplo francés y en el fervor patriótico de la guerra, hicieron causa común. El *ancien régime* inglés recobró su vigor, no sólo en los asuntos nacionales, sino también en la perpetuación de las antiguas corporaciones municipales que administraban mal las abultadas poblaciones industriales. Los fabricantes recibieron a cambio importantes concesiones y señaladamente la derogación o revocación de la legislación «paternalista» que protegía el aprendizaje, la regulación de los salarios o las condiciones de trabajo en la industria. La aristocracia estaba interesada en reprimir las «conspiraciones» jacobinas del pueblo, los fabricantes estaban interesados en frustrar sus «conspiraciones» para aumentar los salarios: las *Combination Acts* servían para ambos propósitos.

De ese modo, los obreros se vieron abocados al *apartheid* político y social durante las guerras, en las que, en parte, también tuvieron que combatir. Es cierto que eso no era completamente nuevo. Lo que era nuevo era que coincidiese con una Revolución francesa; con una conciencia creciente de la propia identidad y unas aspiraciones más amplias —se había plantado el «árbol de la libertad» desde el Támesis al Tyne—; con un aumento demográfico, en el que la pura sensación de cantidad, en Londres y en los distritos industriales, se volvió más impresionante de año en año —y a medida que crecían en cantidad, probablemente disminuía el respeto hacia el patrono, el magistrado o el párroco—; y con unas formas de explotación económica más intensas y transparentes. Más intensivas en la agricultura y en las viejas industrias domésticas, más transparentes en las nuevas fábricas y quizá en las minas. En la agricultura, los años comprendidos entre 1760 y 1820 son los años de la generalización de las *enclosures*, durante los cuales se pierden los derechos comunales, pueblo tras pueblo, y al que no tiene tierra y —en el sur— al trabajador empobrecido no le queda más remedio que sustentar a los arrendatarios, los terratenientes y los diezmos de la Iglesia. En las industrias domésticas, desde 1800 en adelante, se consolida la tendencia de que los menestrales dejen paso a los patronos más grandes —ya sean fabricantes o intermediarios— y

de que la mayoría de los tejedores, calceteros o los que hacían clavos se convirtiesen en trabajadores a domicilio asalariados con un empleo más o menos precario. Estos son los años del empleo de niños —y de mujeres, de forma clandestina— en las fábricas y en muchas áreas mineras; y la empresa a gran escala, el sistema fabril con su nueva disciplina, las comunidades de las fábricas —donde el fabricante no sólo se enriquecía con el trabajo de la «mano de obra», sino que se podía *ver* cómo se enriquecía en una generación—, todo contribuía a la transparencia del proceso de explotación y a la cohesión social y cultural de los explotados.

Podemos ver ahora algo de la naturaleza verdaderamente catastrófica de la Revolución industrial, así como algunas de las razones por las cuales en esos años se conformó la clase obrera inglesa. El pueblo estaba sometido, a la vez, a una intensificación de dos tipos de relaciones intolerables: las de explotación económica y las de opresión política. Las relaciones entre patrón y obrero se volvían más estrictas y menos personales; y aunque es cierto que eso aumentaba la libertad potencial del trabajador, puesto que el jornalero agrícola o el oficial en la industria doméstica estaba, en palabras de Toynbee, «situado a medio camino entre la condición del siervo y la condición del ciudadano», esa «libertad» hacía que percibiese con más claridad su *no* libertad. Pero en cada uno de los aspectos que buscase para resistir la explotación, se enfrentaba con las fuerzas del patrono o del Estado, y normalmente con las dos.

La mayor parte de los trabajadores sintió la crucial experiencia de la Revolución industrial en términos de cambio en la naturaleza y la intensidad de la explotación. Esta no es una idea anacrónica extraída abusivamente de la documentación. Podemos describir algunas partes del proceso de explotación tal como las veía un notable operario de la industria del algodón en 1818, el año en que nació Marx. El relato —una declaración dirigida al público de Manchester, que estaba al borde de la huelga, firmada por «Un Oficial Hilandero de Algodón»— comienza describiendo a los patronos y a los obreros como «dos clases distintas de personas»:

> En primer lugar, pues, por lo que se refiere a los patronos: con muy pocas excepciones, son un grupo de hombres que han surgido del negocio del algodón sin educación ni preparación, excepto la que hayan podido adquirir, gracias a su relación con el pequeño mundo de comerciantes en la lonja de Manchester; pero para contrarrestar ese defecto, dan unas apariencias, gracias a un ostentoso despliegue de mansiones elegantes, ajuares, libreas, parques, caballos, perros de caza, etc., que se cuidan de exhibir ante el comerciante extranjero de la forma más fastuosa. Por supuesto, sus casas son elegantes palacios que superan con mucho, en volumen y extensión, las residencias refinadas y fascinantes

que se pueden ver en los alrededores de Londres (...) pero el observador puro de las bellezas de la naturaleza y el arte combinados advertirá en ellas una deplorable falta de gusto. Educan a sus familias en las escuelas más caras, decididos a dar a su descendencia una doble ración de lo que a ellos les falta. Así, sin que apenas haya en sus cabezas una segunda intención, son materialmente pequeños monarcas, absolutos y despóticos en sus distritos particulares; y para que todo eso se mantenga, ocupan todo su tiempo en maquinar cómo obtener la mayor cantidad de trabajo a cambio del menor gasto (...) En resumen, me atreveré a decir, sin miedo a la contradicción, que se observa una mayor distancia entre el amo y el hilandero aquí, de la que hay entre el mayor comerciante de Londres y su último criado o el más humilde artesano. Desde luego no se puede comparar. Sé que es un hecho que la mayor parte de los patronos de hilanderos desean mantener bajos los salarios con el propósito de mantener a los hilanderos indigentes y sin ánimos (...) así como con el propósito de llevarse el beneficio a sus bolsillos.

Los patronos de hilanderos son una clase de hombres distinta de todos los demás maestros artesanos del reino. Son ignorantes, orgullosos y tiránicos. ¿Cómo deben ser los hombres, o mejor dicho los seres, que son los instrumentos de tales amos? Porque, durante años y años, han sido, con sus esposas y sus hijos, la paciencia personificada, esclavos y esclavas para sus crueles amos. Es inútil ofender nuestro sentido común con la observación de que aquellos hombres son libres; de que la ley protege por igual a los ricos y a los pobres, y que un hilandero puede abandonar a su amo si no le gustan los salarios que paga. Es cierto, puede, pero, ¿dónde debe ir?; por supuesto, a otro amo. De acuerdo, va. Le preguntan dónde trabajó antes: «¿Te despidieron?» No, no nos poníamos de acuerdo acerca de los salarios. Bueno, no puedo darte empleo a ti ni a nadie que deje a su amo por este motivo. ¿Por qué ocurre esto? Porque existe un abominable *pacto vigente entre los amos*, que se estableció por primera vez en Stockport, en 1802, y desde entonces se ha generalizado tanto, que abarca a todos los grandes amos en un área de muchas millas alrededor de Manchester, aunque no a los pequeños patronos: éstos están excluidos. En opinión de los grandes, son los seres más detestables que se puedan imaginar (...) Cuando se estableció el pacto, uno de sus primeros artículos fue que ningún amo debía emplear a un hombre hasta que hubiese averiguado si su último patrono le había despedido. ¿Qué debe hacer entonces el hombre? Si va a la parroquia, que es la tumba de toda independencia, le dicen: «No podemos ayudarte, si riñes con tu amo te mandaremos a prisión, y no vamos a mantener a tu familia»; de modo que el hombre se ve obligado, debido a una combinación de circunstancias, a someterse a su amo. No puede viajar y encontrar trabajo en cualquier ciudad como zapatero, ensamblador o sastre, está confinado en el distrito.

En general, los obreros son un grupo inofensivo de hombres instruidos y sin pretensiones, aunque es casi un misterio para mí el cómo adquieren esa instrucción. Son dóciles y tratables, si no se les irrita demasiado; pero esto no es sorprendente, si tenemos en cuenta que están acostumbrados a trabajar, a partir de los seis años, desde las cinco de la mañana hasta las ocho y las nueve de la noche. Dejad que uno de los defensores de la obediencia al amo se aposte en la avenida

que conduce a una fábrica, un poco antes de las cinco de la mañana, y que observe el aspecto miserable de los pequeñuelos y de sus padres, arrancados de sus camas a una hora tan temprana y en todo tipo de tiempo; dejadle que examine la miserable ración de comida, compuesta básicamente de gachas y torta de avena troceada, un poco de sal y a veces coloreado con un poco de leche, junto con unas pocas patatas y un trocito de tocino o manteca para comer; ¿comería esto un trabajador manual de Londres? En la fábrica están encerrados hasta la noche —si llegan algunos minutos tarde, se les descuenta una cuarta parte del salario— en estancias con una temperatura más elevada que la de los días más calurosos de este verano, y no se les deja tiempo en todo el día, excepto tres cuartos de hora para comer: cualquier otra cosa que coman en otro momento la deben ingerir mientras trabajan. El esclavo negro que trabaja en las Indias Occidentales, cuando trabaja bajo un sol abrasador, tiene probablemente una pequeña brisa, de vez en cuando, para airearse; tiene un trozo de tierra y un tiempo permitido para cultivarlo. El esclavo hilandero inglés no disfruta de un espacio abierto ni de las brisas del cielo. Encerrado en fábricas de ocho pisos de altura, no tiene descanso hasta que el pesado motor se detiene, y entonces se va a su casa a recuperarse para el día siguiente; no hay tiempo para mantener una agradable relación con su familia; todos están igual de fatigados y agotados. No se trata de una imagen exagerada, es literalmente cierto. Yo pregunto de nuevo, ¿se someterían a esto los trabajadores manuales del sur de Inglaterra?

Cuando la hilatura del algodón estaba en sus inicios, y antes de que se utilizaran esas terribles máquinas, llamadas máquinas de vapor, destinadas a suplir la necesidad de trabajo humano, había gran número de lo que luego se llamaron *pequeños patronos*; hombres que con un pequeño capital se podían procurar unas pocas máquinas y emplear a unos pocos trabajadores, hombres y muchachos —es decir, de veinte a treinta años—, el producto de cuyo trabajo se llevaba todo al mercado central de Manchester y se ponía en manos de los agentes de negocios (...) Los agentes lo vendían a los comerciantes, gracias a los cuales el patrono de hilanderos podía seguir trabajando en su casa y ocuparse de sus trabajadores. En aquellos días, el algodón en rama siempre se distribuía en pacas a las esposas de los hilanderos en casa, donde lo calentaban y lo limpiaban a punto para los hilanderos de la fábrica. Con ello podían ganar 8, 10 o 12 chelines a la semana, y cocinar y atender a sus familias. Pero ahora nadie tiene ese trabajo, porque todo el algodón se desmenuza con una máquina, accionada por la máquina de vapor, que se llama diablo; de modo que las esposas de los hilanderos no tienen trabajo, a no ser que vayan a trabajar todo el día en la fábrica en lo que pueden realizar niños a cambio de unos pocos chelines, cuatro o cinco por semana. En aquel momento, si un hombre no se ponía de acuerdo con su amo, le dejaba y podía emplearse en cualquier otro sitio. Sin embargo, hace pocos años cambió el cariz de las cosas. Se empezaron a utilizar las máquinas de vapor y se requería un gran capital para comprarlas y para construir edificios suficientemente grandes para que cupiesen aquéllas y seiscientos o setecientos trabajadores. La máquina producía artículos más vendibles, aunque no mejores, que los que podía hacer el pequeño patrón por el mismo precio. El resultado fue su ruina

en poco tiempo; y los prósperos capitalistas triunfaron con su caída, puesto que aquéllos eran el único obstáculo que quedaba entre ellos y el absoluto control de los obreros.

Luego surgieron diversas disputas entre los obreros y los patronos con respecto a la pulcritud del trabajo, puesto que los obreros cobraban de acuerdo con el número de madejas o yardas de hebra que producían a partir de una cantidad de algodón dada, que siempre debía ser verificada por el supervisor, cuyo interés le obligaba a inclinarse en favor del patrono y a considerar el material como más burdo de lo que era. Si el obrero no se sometía *debía emplazar a su patrón ante un magistrado*; el conjunto de magistrados en activo de aquel distrito, con la excepción de dos honestos clérigos, eran caballeros cuyo origen era el mismo que el de los patronos de hilanderos del algodón. El patrono, en general, se contentaba con enviar a su supervisor para que respondiese a cualquiera de esos requerimientos, considerando que situarse frente a frente con su sirviente era rebajarse. La decisión del magistrado era, por lo general, favorable al patrono, aunque sólo se basaba en la declaración del supervisor. El obrero no se atrevía a apelar a los tribunales a causa del gasto (...)

Estos males que se infligen a los hombres han surgido de aquel terrible monopolio que existe en aquellos distritos, en donde la riqueza y el poder están en manos de unos pocos, que, con la arrogancia en sus corazones, se creen los señores del universo.[22]

Esta lectura de los hechos, en su lógica notable, es una manifestación *ex parte* tanto como lo es la «economía política» de lord Brougham. Pero el «Oficial Hilandero de Algodón» describía hechos de una clase diferente. No es necesario que nos preocupemos por la solidez de todas sus afirmaciones. Lo que hace esta declaración es especificar, una detrás de otra, las injusticias que los obreros sentían como cambios en el carácter de la explotación capitalista: la ascensión de una clase de patronos que no tenía autoridad tradicional ni obligaciones; la creciente distancia entre el patrono y el hombre; la transparencia de la explotación en el origen de su nueva riqueza y poder; el empeoramiento de la condición del trabajador y sobre todo su pérdida de independencia, su reducción a la dependencia total con respecto a los instrumentos de producción del patrono; la parcialidad de la ley; la descomposición de la economía familiar tradicional; la disciplina, la monotonía, las horas y las condiciones de trabajo; la pérdida de tiempo libre y de distracciones; la reducción del hombre a la categoría de un «instrumento».

El hecho de que los obreros sintiesen esas injusticias de alguna manera —y que las sintiesen de forma apasionada— es suficiente en sí mismo para merecer nuestra atención. Y nos recuerda, a la fuerza, que algunos de los conflictos más ásperos de aquellos años

[22] *Black Dwarf* (30 de septiembre de 1818).

versaron sobre temas que no están englobados por los baremos del coste de la vida. Los temas que provocaron la mayor intensidad de sentimiento fueron aquellos en los que estaban en litigio valores como las costumbres tradicionales, «justicia», «independencia», seguridad o economía familiar, más que los simples temas de «pan y mantequilla». Los primeros años de la década de 1830 están encendidos por agitaciones que versaban sobre temas en los que los salarios tenían una importancia secundaria: los alfareros contra el *Truck System*;[23] los trabajadores de la industria textil en favor del proyecto de ley de las diez horas; los obreros de la construcción, en favor de la acción directa cooperativa; todos los trabajadores en favor del derecho a afiliarse a las *trade unions*. La gran huelga de la cuenca minera del noreste, en 1831, se hizo por la seguridad de empleo, los *tommy shops*[24] y el trabajo de los niños.

La relación de explotación es más que la suma de injusticias y antagonismos mutuos. Es una relación que puede verse que adopta formas distintas en contextos históricos diferentes, formas que están en relación con las formas correspondientes de propiedad y poder del Estado. La relación de explotación clásica de la Revolución industrial es despersonalizada, en el sentido de que no se admiten obligaciones durables de reciprocidad: de paternalismo o deferencia, o de intereses del «Oficio». No hay indicios del precio «justo» o de un salario justificado en relación a las sanciones sociales o morales, como algo opuesto a la actuación de las fuerzas del libre mercado. El antagonismo se acepta como intrínseco a las relaciones de producción. Las funciones de dirección o supervisión exigen la represión de todos los atributos excepto aquellos que promueven la expropiación del máximo valor excedente del trabajo. Esta es la economía política que Marx analizaba minuciosamente en *El capital*. El trabajador se ha convertido en un «instrumento» o una entrada entre las demás partidas del coste.

De hecho, ninguna empresa industrial compleja se podría dirigir con esa filosofía. La necesidad de paz industrial, de una fuerza de trabajo estable y de un cuerpo de trabajadores cualificados y con experiencia exigía la modificación de las técnicas de dirección —y, por supuesto, el desarrollo de nuevas formas de paternalismo— en las fábricas de los algodoneros hacia la década de 1830. Pero en las industrias que tenían un exceso de trabajo externo, donde siempre había una cantidad suficiente de «mano de obra» desorganizada que competía por el empleo, esas consideraciones no afectaban. Ahí, dado

[23] Sistema de pago de salarios en vales intercambiables por productos, en lugar de dinero. (*N. de la T.*)

[24] Almacenes en los que pueden cambiarse los vales que obtienen los trabajadores, en lugar de dinero, por productos. (*N. de la T.*)

que las viejas costumbres se habían erosionado y se había desechado el viejo paternalismo, la relación de explotación surgía omnipotente.

Eso no significa que podamos echar la «culpa» de cada una de las penurias de la Revolución industrial a «los patronos» o al *laissez faire*. El proceso de industrialización debe acarrear sufrimiento, en cualquier contexto social que podamos concebir, y la destrucción de las formas de vida más antiguas y apreciadas. Muchas investigaciones recientes han arrojado luz sobre las dificultades particulares de la experiencia británica: los riesgos de los mercados, las múltiples consecuencias comerciales y financieras de las guerras, la deflación de la posguerra, los movimientos en la relación real de intercambio y las presiones resultantes de la «explosión» demográfica. Además, las preocupaciones del siglo XX nos han hecho tener conciencia de la magnitud de los problemas del crecimiento económico. Se puede argüir que Gran Bretaña, en la Revolución industrial, se tropezó con los problemas del «despegue»: la fuerte inversión a largo plazo —canales, fábricas, vías férreas, fundiciones, minas, infraestructura— se hizo a costa del consumo cotidiano; las generaciones de trabajadores situadas entre 1790 y 1840 sacrificaron al futuro parte de, o todas, sus perspectivas de aumento del consumo.[25]

Todos estos argumentos merecen una atención cuidadosa. Por ejemplo, los estudios de la fluctuación de la demanda del mercado sudamericano o la crisis bancaria en el país, nos pueden decir mucho acerca de las razones del crecimiento o retraso de industrias determinadas. La crítica que se hace a la ortodoxia académica predominante no se dirige a los estudios empíricos *per se*, sino a la fragmentación de nuestra comprensión del proceso histórico completo. En primer lugar, el empirista separa determinados hechos de este proceso y los examina de forma aislada. Como se dan por sentadas las condiciones que dan lugar a los hechos, éstos aparecen no sólo como explicables en sus propios términos, sino como inevitables. Las guerras se debían pagar con una fuerte imposición fiscal; aceleraron el crecimiento de ese modo y lo retrasaron en aquel otro. Dado que esto se puede demostrar, implica que *necesariamente* fue así. Pero miles de ciudadanos ingleses de la época estaban de acuerdo con la condena que Thomas Bewick hacía de «esta guerra extremadamente malvada».[26] El peso desigual de los impuestos, los inversores en deuda pública que sacaban beneficios de la deuda nacional, el papel moneda, no eran aceptados por muchos contemporáneos como datos dados, sino que eran el punto central de una agitación radical intensiva.

[25] Véase S. Pollard, «Investment, Consumption, and *the Industrial Revolution*», *Econ. Hist. Review*, 2.ª serie, XI (1958), pp. 215-226.

[26] T. Bewick, *Memoir*, edición de 1961, p. 151.

Pero hay un segundo nivel en el que el empirista puede volver a juntar de nuevo todos esos estudios fragmentarios, construyendo un modelo del proceso histórico compuesto de una multiplicidad de elementos inevitables entrelazados, una sucesión fragmentaria. Cuando examinamos las facilidades de crédito o la relación real de intercambio, en las que cada hecho es explicable y además aparece como una causa, suficiente en sí misma, de otros hechos, llegamos a un determinismo *post facto*. Se pierde la dimensión de la intervención humana y se olvida el contexto de las relaciones de clase.

Es absolutamente cierto que existía aquello que señala el empirista. Las Ordenes Reales llevaron, en 1811, a ciertos oficios a la casi paralización; los precios crecientes de la madera, después de las guerras, aumentaron excesivamente los costes de la construcción; un cambio pasajero en la moda —encaje en vez de cinta— podía silenciar los telares de Coventry; el telar mecánico competía con el telar manual. Pero incluso estos hechos evidentes, con sus limpias credenciales, merecen ser cuestionados. ¿Consejo de quién, y por qué las Órdenes? ¿Quién sacaría más beneficio del acaparamiento con la escasez de madera? ¿Por qué deberían permanecer ociosos los telares, si decenas de miles de muchachas del país suspiraban por las cintas, pero no se podían permitir comprarlas? ¿Por medio de qué alquimia social se convertían los inventos para ahorrar trabajo en máquinas de empobrecimiento? El hecho en sí —una mala cosecha— parece estar más allá de la elección humana, pero el modo en que aquel hecho operaba tenía que ver con las condiciones de un complejo particular de relaciones humanas: ley, propiedad, poder. Cuando nos tropezamos con alguna frase sonora como ésta: «el intenso flujo y reflujo del ciclo del comercio», debemos ponernos en guardia. Porque detrás de este ciclo del comercio hay una estructura de relaciones sociales, que fomenta algunas clases de expropiación —renta, interés y beneficio— y proscribe otras —el robo, derechos feudales—, que legitima algunos tipos de conflicto —la competencia, la guerra armada— e inhibe otros —el *trade unionism*, los motines de subsistencia, las organizaciones políticas populares—; una estructura que, a los ojos del futuro, puede parecer a la vez bárbara y efímera.

Plantear esas amplias preguntas podría ser innecesario, puesto que el historiador no puede estar cuestionando siempre las credenciales de la sociedad que estudia. Pero, de hecho, todas esas preguntas fueron planteadas por los contemporáneos; no sólo por hombres de las clases más elevadas —Shelley, Cobbett, Owen, Peacock, Thompson, Hodgskin, Carlyle—, sino por miles de obreros organizados. Sus portavoces pusieron en cuestión no sólo las instituciones políticas, sino la estructura social y económica del

capitalismo industrial. Opusieron sus propios hechos y sus propios cálculos a los hechos que presentaba la economía política ortodoxa. Así, en fecha tan temprana como 1817, los tejedores de punto de Leicester propusieron, en una serie de resoluciones, una teoría del subconsumo de las crisis capitalistas:

> Que el consumo de nuestros fabricantes se debe reducir en la misma proporción en que la reducción de los salarios hace a la gran mayoría del pueblo pobre y desgraciado.
>
> Que si, en general, se dieran salarios abundantes a los trabajadores manuales de todo el país, el consumo interior de nuestras manufacturas sería, de inmediato, más del doble, y en consecuencia todo trabajador encontraría empleo pronto.
>
> Que reducir el salario del trabajador manual en este país a un nivel tan bajo que no puede vivir de su trabajo, para vender manufacturas extranjeras a un precio inferior en un mercado extranjero, es ganar un cliente fuera y perder dos en el país.[27]

Si los que tienen empleo trabajaran menos horas, y si se restringiera el trabajo de los niños, habría más trabajo para los trabajadores manuales y los desempleados podrían trabajar por su cuenta y cambiar los productos de su trabajo de forma directa, substrayéndose a los caprichos del mercado capitalista; las mercancías serían más baratas y el trabajo estaría mejor remunerado. Oponían, a la retórica del libre mercado, el lenguaje del «nuevo orden moral». El hecho de que el historiador sienta, todavía hoy, la necesidad de tomar partido se debe a que, entre 1815 y 1850, se enfrentaban puntos de vista alternativos e irreconciliables respecto del orden humano.

Apenas es posible escribir la historia de la agitación popular durante esos años, a no ser que hagamos, al menos, el esfuerzo imaginativo de entender cómo interpretaba la realidad un hombre como el «Oficial Hilandero de Algodón». Él hablaba de los «patronos», no como un agregado de individuos, sino como una clase. Como clase, «ellos» le denegaban sus derechos políticos. Si había una recesión comercial, «ellos» recortaban sus salarios. Si el comercio mejoraba, tenía que luchar contra «ellos» y su Estado para obtener cualquier porción de la mejora. Si la comida era abundante, «ellos» sacaban beneficio. Si era escasa, algunos de «ellos» sacaban más beneficio. «Ellos» conspiraban, no sobre este o aquel hecho aislado, sino sobre la relación esencial de explotación, dentro de la cual todos los hechos tenían validez. Verdaderamente había

[27] H. O. 42.160. Ver también Hammond, *The Town Labourer*, p. 303, y el testimonio de Oastler sobre los tejedores manuales, más abajo, p. 329.

fluctuaciones de mercado, malas cosechas y todo lo demás; pero, mientras que la experiencia de la explotación intensificada era constante, las causas de las penurias eran variables. Éstas afectaban a la población obrera, no de forma directa, sino a través de la refracción de un sistema particular de propiedad y poder que distribuía las ganancias y las pérdidas con una gran parcialidad.

Estas consideraciones más amplias han estado recubiertas, durante algunos años, por el ejercicio académico conocido como la «controversia acerca del nivel de vida», por la cual los estudiantes pasan y vuelven a pasar. ¿Aumentó o disminuyó el nivel de vida del grueso de la población entre 1780 y 1830, o entre 1800 y 1850?[28] Para entender el significado de la discusión, debemos repasar brevemente su desarrollo.

El debate sobre los valores es tan viejo como la Revolución industrial. La controversia acerca del nivel de vida es más reciente. La *confusión* ideológica es todavía más reciente. Podemos empezar por uno de los puntos más lúcidos de la controversia. Sir John Clapham escribió en su prefacio a la primera edición de su *Economic History of Modern Britain*, en 1926:

> La leyenda de que todo empeoró para el obrero, a partir de una fecha no especificada que se sitúa entre la preparación de la Carta del Pueblo y la Gran Exposición [1837 y 1851: E. P. T.], es dura de pelar. El hecho de que, después de la caída de los precios de 1820-1821, el poder adquisitivo de los salarios en general —por supuesto, no de todos los salarios— fuera claramente mayor de lo que había sido antes de las guerras revolucionarias y napoleónicas, encaja tan mal con la tradición que pocas veces se menciona; los historiadores sociales ignoran constantemente el trabajo de los estadísticos acerca de los salarios y los precios.

J. L. Hammond dio, en la *Economic History Review* (1930), una respuesta de dos tipos: en primer lugar, criticó las estadísticas de ingresos agrícolas que utilizaba Clapham. Éstas se basaban en la suma de los promedios del país, y luego su división por el número de condados, para llegar a un promedio nacional; como sea que la población con bajo nivel de salarios de los condados del sur era más numerosa que la de los condados con altos niveles salariales —en los que los ingresos de la agricultura se hinchaban por la proximidad de la industria—, Hammond pudo demostrar que el «promedio nacional» ocultaba el hecho de que el sesenta por ciento de la población trabajadora se encontraba en condados donde los

[28] La inutilidad de una parte de esta discusión se demuestra por el hecho de que tomando distintos grupos de datos puede llegarse a diferentes respuestas. Los del período 1780-1830 favorecen la visión de los «pesimistas»; los de 1800-1850 favorecen la de los «optimistas».

salarios estaban por debajo de la cifra «promedio». La segunda parte de su respuesta consistió en una desviación hacia las discusiones de valor —felicidad— en su forma más nebulosa e insatisfactoria. Clapham aceptó la primera parte de esta respuesta, en el prefacio a la segunda edición de su libro (1930); refutó la segunda parte con una seca prudencia («un rodeo en palabras», «asuntos más importantes») pero, sin embargo, reconoció: «Estoy profundamente de acuerdo (...) en que las estadísticas sobre bienestar material nunca pueden medir la felicidad de la población.» Además, afirmaba que cuando había criticado el punto de vista de que «todo empeoró», «no quería decir que todo mejorase. Sólo quería decir que los historiadores actuales han subrayado demasiado a menudo (...) los empeoramientos y omitido o ignorado las mejoras.» Los Hammond, por su parte, en una posterior revisión de *The Bleak Age*, edición de 1947, hicieron las paces: «Los estadísticos nos dicen que (...) están convencidos de que los salarios aumentaron y de que la mayoría de los hombres y mujeres eran menos pobres cuando ese descontento hacía ruido y estaba activo, que cuando el siglo XVIII empezaba a envejecer en un silencio de otoño. Los datos, por supuesto, son insuficientes y su significado no es muy sencillo, pero esta visión general es más o menos correcta.» La explicación al descontento «se debe buscar fuera de la esfera de las condiciones estrictamente económicas».

Hasta aquí, bien. Los historiadores sociales del período, más fecundos —pero menos consistentes—, se han tropezado con la severa crítica de un notable empirista; y finalmente ambas partes han cedido terreno. Y a pesar del acaloramiento que más tarde se ha generado, la divergencia real entre las firmes conclusiones económicas de los protagonistas es insignificante. En la actualidad, si bien ningún investigador serio está dispuesto a sostener que todo iba peor, tampoco ninguno que lo sea sostendrá que todo iba mejor. Tanto el doctor Hobsbawm —un «pesimista»— como el profesor Ashton —un «optimista»— coinciden en que los salarios reales disminuyeron durante las guerras napoleónicas y sus consecuencias inmediatas. El doctor Hobsbawm no afirma que haya con seguridad un aumento notable del nivel de vida hasta mediados de la década de 1840; mientras que el profesor Ashton observa un clima económico «más benigno» después de 1821, un «acusado movimiento hacia arriba sólo interrumpido por los retrocesos de 1825-1826 y 1831»; y en vista de las crecientes importaciones de té, café, azúcar, etc., «es difícil creer que los obreros no participaron de la ganancia». Por otra parte, su propia lista de precios de los distritos de Oldham y Manchester muestra que «en 1831 la dieta normal de los pobres apenas podía costar mucho menos que en

1791», aunque no ofrece ninguna tabla de salarios correspondiente. Su conclusión consiste en sugerir la existencia de dos grupos principales dentro de la clase obrera: «una amplia clase situada muy por encima del nivel de la mera subsistencia» y «masas de trabajadores no cualificados o poco cualificados —obreros agrícolas empleados de manera estacional y tejedores manuales, en particular— cuyos ingresos quedaban casi por completo absorbidos con el pago de las escuetas necesidades de subsistencia». «Mi *suposición* sería que el número de los que podían compartir los beneficios del progreso económico era mayor que el número de los que estaban excluidos de esos beneficios y que aquél crecía constantemente.»[29]

De hecho, por lo que se refiere al período 1790-1830, hay muy pocas mejoras. La situación de la mayoría era mala en 1790, y siguió siendo mala en 1830 —y 40 años son mucho tiempo—, pero existe algún desacuerdo en cuanto al tamaño de los grupos relativos dentro de la clase obrera. En la década siguiente el asunto no está mucho más claro. Sin duda, los salarios reales aumentaron entre los obreros organizados, durante el estallido de actividad de las *trade unions*, entre 1832 y 1834; pero el período de buenos negocios, entre 1833 y 1837, estuvo acompañado por la destrucción de las *trade unions* mediante los esfuerzos conjugados del gobierno, los magistrados y los patronos; mientras que los años 1837-1842 son de depresión. De modo que, ciertamente, en «alguna fecha no especificada que se sitúa entre la preparación de la Carta del Pueblo y la Gran Exposición» la marcha de los acontecimientos empieza a cambiar; digamos, con el *boom* del ferrocarril en 1843. Por otra parte, incluso a mediados de la década de los cuarenta la situación de grupos muy grandes de obreros continúa siendo desesperada, en tanto que la quiebra del ferrocarril condujo a los años de depresión de 1847-1848. Esto no se parece mucho a la «historia de un triunfo»; durante medio siglo del más pleno desarrollo del industrialismo, el nivel de vida todavía se mantenía —para grupos muy grandes aunque indeterminados de población— en el límite de subsistencia.

Sin embargo, esta no es la impresión que se da en muchas obras contemporáneas. Ya que, del mismo modo que una generación anterior de historiadores, que también eran reformadores sociales —Thorold Rogers, Arnold Toynbee, los Hammond—, dejaban que su solidaridad con los pobres les condujera en ocasiones

[29] La cursiva es mía. T.S. Ashton, «The Standard of Life of the Workers in England, 1790-1830», en *Capitalism and the Historians*, compilado por F.A. Hayek, pp. 127 y siguientes; E.J. Hobsbawm, «The British Standard of Living, 1790-1850», *Economic History Review*, x (agosto 1957). (De este último hay trad. cast.: «El nivel de vida en Gran Bretaña entre 1790 y 1850», en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 84-121.)

a una confusión de la historia con la ideología, hoy encontramos que la solidaridad de algunos historiadores de la economía hacia el patrón capitalista les ha conducido a una confusión de la historia con las disculpas.[30] El punto de transición estuvo marcado por la publicación, en 1954, de un simposio sobre *Capitalism and the Historians*, compilado por el profesor F.A. Hayek, que era el trabajo de un grupo de especialistas «que durante algunos años se han venido reuniendo con regularidad para tratar los problemas de la salvaguardia de una sociedad libre contra la amenaza totalitaria». Puesto que este grupo de especialistas internacionales consideraba que «una sociedad libre» era, por definición, una sociedad capitalista, los resultados de una mezcla tal de teoría económica y argumentos falaces fueron deplorables; y no lo fueron menos en la obra de uno de los colaboradores, el profesor Ashton, cuyos prudentes descubrimientos de 1949 se han trasmutado ahora —sin nuevos datos— en la categórica afirmación de que «en general, hoy día se reconoce que, para la mayoría, el aumento de los salarios reales fue substancial».[31] En este punto la controversia degeneró en una confusión. Y a pesar de los intentos más recientes de rescatarla para la investigación,[32] la controversia sigue existiendo desde muchos puntos de vista como una confusión de aseveraciones y falacias argumentales.

La controversia se divide en dos partes. En primer lugar, está la auténtica dificultad de construir tablas de salarios, de precios e índices estadísticos a partir de los abundantes pero desiguales datos. Cuando tratemos de los artesanos examinaremos algunas de las dificultades que existen al interpretar los datos. Pero en este punto empieza una serie adicional de dificultades, puesto que el término «nivel» nos conduce desde los datos susceptibles de medición estadística —salarios o artículos de consumo— hacia aquellas satisfacciones de las necesidades que los estadísticos describen a

[30] Para que el lector no juzgue con demasiada severidad al historiador, podemos recordar la explicación de sir John Clapham respecto de la forma en que el principio selectivo puede organizar la información: «Es muy fácil hacerlo de manera involuntaria. Hace treinta años leí y subrayé el libro de Arthur Young *Travels in France*, e impartí mis clases a partir de los párrafos señalados. Hace cinco años volví a leerlo, y descubrí que siempre que Young hablaba de un francés desgraciado, yo lo había subrayado, pero que muchas de sus referencias a los franceses felices o prósperos las había dejado sin señalar.» Tengo la sospecha de que durante diez o quince años, la mayor parte de historiadores de la economía se han dedicado a subrayar la información próspera y feliz del texto.

[31] T.S. Ashton, «The Treatment of Capitalism by Historians», en *Capitalism and the Historians*, p. 41. El ensayo del profesor Ashton sobre «The Standard of Life of the Workers in England», que está reimpreso en este volumen, apareció originariamente en el *Journal of Economic History* (1949).

[32] La valoración más constructiva de la controversia se encuentra en A. J. Taylor, «Progress and Poverty in Britain, 1780-1850», *History* (febrero, 1960).

veces como «imponderables». De la alimentación pasamos a las viviendas, de las viviendas a la salud, de la salud a la vida familiar, y de aquí al ocio, a la disciplina del trabajo, la educación y el juego, la intensidad del trabajo, etc. De un estándar de vida pasamos a un modo de vida. Pero las dos cosas no son lo mismo. La primera es una medición de cantidades, la segunda una descripción, y a veces una valoración, de calidades. Mientras que los datos estadísticos son apropiados para la primera, en cuanto a la segunda debemos apoyarnos ampliamente en los «testimonios literarios». Sacar conclusiones para una de ellas a partir de los datos apropiados sólo para la otra da lugar a un importante foco de confusión. A veces parece que los estadísticos sostuvieran lo siguiente: «los índices revelan un aumento del consumo *per capita* de té, azúcar, carne y jabón, *por consiguiente* la clase obrera era más feliz», mientras que los historiadores sociales respondían: «las fuentes literarias demuestran que el pueblo no era feliz, *por consiguiente* su nivel de vida debió empeorar.»

Esto es una simplificación. Pero se deben establecer argumentos sencillos. Es perfectamente posible que los promedios estadísticos y las experiencias humanas vayan en direcciones opuestas. Pueden tener lugar al mismo tiempo un aumento *per capita* de factores cuantitativos y un gran trastorno cualitativo en la forma de vida, las relaciones tradicionales y las legitimaciones de la población. La población puede consumir más bienes y a la vez ser menos feliz y menos libre. Junto con los obreros agrícolas, el grupo uniforme de población trabajadora más numeroso, durante todo el período de la Revolución industrial, era el de los criados. Muchos de ellos eran criados domésticos que vivían con la familia que los había empleado, compartían estrechas habitaciones y trabajaban excesivas horas a cambio de unos pocos chelines. Sin embargo, los podemos catalogar, con seguridad, entre los grupos más favorecidos, cuyos niveles de vida, o de consumo de alimento y vestido, mejoraron un poco, por término medio, durante la Revolución industrial. Pero el tejedor manual y su esposa, en el límite de la miseria, seguían considerando que su posición social era superior que la de un «lacayo». O de nuevo, podríamos citar aquellos oficios, como la minería del carbón, en los que los salarios reales mejoraron entre 1790 y 1840, pero lo hicieron a costa de más horas y mayor intensidad de trabajo, de modo que la persona que mantenía a la familia estaba «acabada» antes de los cuarenta años. En términos estadísticos, esta realidad revela una curva ascendente. Para las familias implicadas podía significar la depauperización.

Así, es perfectamente posible sostener dos proposiciones que, vistas por encima, parecen ser contradictorias. A lo largo del período 1790-1840, hubo una pequeña mejora en la media del nivel de vida material. A lo largo del mismo período hubo una explotación intensificada, una mayor inseguridad y una miseria humana creciente. Hacia 1840, la mayor parte de la población estaba «más acomodada» de lo que lo habían estado sus predecesores cincuenta años antes, pero había sufrido y seguía sufriendo esa pequeña mejora como una experiencia catastrófica. Con el fin de explorar esta experiencia, a partir de la cual surgió la expresión política y cultural de la conciencia de la clase obrera, debemos hacer lo siguiente: primero, estudiar la experiencia vital cambiante de tres grupos de trabajadores: los trabajadores rurales, los artesanos urbanos y los tejedores manuales;[33] segundo, hablar de algunos de los elementos menos «ponderables» del nivel de vida de la población; tercero, examinar las coacciones más íntimas que provocó la forma de vida industrial y la relación que el metodismo tiene con ellas. Por último, analizar algunos de los elementos que hay en las nuevas comunidades de la clase obrera.

[33] He seleccionado estos grupos porque parece que su experiencia tiñe más la conciencia social de la clase obrera, durante la primera mitad del siglo. La influencia de los mineros y los obreros del metal no se sentirá plenamente hasta más avanzado el siglo. Los otros grupos clave —los hilanderos del algodón— son el tema de un estudio admirable en la obra de los Hammond, *The Skilled Labourer*.

7
Los trabajadores del campo

Si analizamos la historia, entre 1790 y 1830, de los trabajadores que constituían el mayor grupo entre todas las demás ocupaciones —los agrícolas[1]— veremos las dificultades que existen a la hora de fijar «niveles». No es completamente cierto, como suponían los Hammond, que los datos sean «insuficientes». La dificultad reside, más a menudo, en su interpretación. Existe documentación abundante referente a precios y salarios de principios del siglo XIX, pero son más escasas las series continuas con cifras fiables, para el mismo trabajo o la misma región. Cualquiera que haya examinado la densa maleza de datos que hay en la *Economic History of Modern Britain* de sir John Clapham, con su diversidad de usos regionales y ocupacionales, se puede sentir ciertamente abrumado por su exuberancia. Y, desde luego, los capítulos de Clapham sobre «Organización agraria» y «Organización industrial» son, en sí mismos, una lección; pero no una lección en cuanto a la interpretación de los datos, sino en cuanto a su cualificación.

A lo largo de toda esa laboriosa investigación, el gran empirista evita todas las generalizaciones excepto una, la busca del mítico «promedio». Cuando trata de la agricultura, encontramos la «granja media», la «pequeña tenencia media», la proporción «media» de labriegos en relación con los patronos; conceptos que a menudo oscurecen más de lo que aclaran, puesto que se obtienen mezclando datos de las montañas de Gales y las tierras de cereales de Norfolk, que el propio Clapham se había tomado el trabajo de distinguir. Seguimos para encontrarnos con «el *cottager*[2] medio de un área afectada por las *enclosures*», la pérdida «media» de ingresos rurales debida a los subempleos industriales, los ingresos brutos de «esa figura más bien vaga, el trabajador inglés —incluyendo al

[1] El censo de 1831 indicaba 961.000 familias empleadas en la agricultura: el 28 por 100 de todas las familias de Gran Bretaña.

[2] Trabajador agrícola que vivía en una pequeña casa de campo y tenía un minúsculo trozo de tierra. El equivalente castellano podría ser: pegujalero, pelantrín o labrantín. (*N. de la T.*)

galés— medio», etc. Ya hemos visto que esta actividad de «promediar» puede darnos resultados muy extraños: el sesenta por ciento de los labriegos que, en 1830, vivían en condados con un bajo nivel de salarios quedaban por debajo del «promedio».[3] «En cualquier promedio —admitía Clapham— se puede esperar que más o menos el cincuenta por ciento de las cifras promediadas esté por debajo del límite.» Pero si el mismo promedio se basa en el salario convencional de un trabajador con empleo regular —es decir, si el *squire* hojea sus libros de cuentas e informa al Ministerio de Agricultura que el salario convencional de un arador o un carretero es de 12 s—, podemos esperar que todos o la mayor parte de los labriegos eventuales queden por debajo de este nivel.

Pero en el punto que trata de los ingresos complementarios y de las consecuencias de las *enclosures* —como Clapham nos remite de detalles empíricos, como las «amorosas siegas» en Glamorgan y los huertos de medio acre en Ludlow, a estimaciones «promedio»— tenemos la sensación de haber perdido el contacto con la realidad social:

> Si el cerdo y el huerto del *cottage* le producían menos al jornalero inglés medio en 1824 que en 1794 (...) es muy posible que, de nuevo por promedio, la parcela de patatas equilibrase la pérdida. Verdaderamente, la pérdida de acceso a los bienes comunales durante aquellos treinta años había empeorado la suerte de muchos hombres en muchos lugares, aunque es dudoso que la pérdida de bienestar debida a las *enclosures* de los bienes comunales, hecho el promedio para toda Gran Bretaña, fuese muy grande. El recuerdo popular lo ha exagerado, puesto que en muchas partes de Inglaterra tuvo una importancia muy pequeña, todavía menos en Gales, y en Escocia, para el simple trabajador, no tuvo ninguna.[4]

¿Qué es lo que se promedia ahora? La primera parte de su afirmación podría tener algún valor, si se pudiera demostrar que en las mismas aldeas en las que los huertos de los *cottages* se perdieron, se introdujeron las parcelas de patatas, aunque también deberíamos examinar los ingresos relativos. Pero la segunda parte, que ya se ha incorporado a la tradición, no es un ejemplo de promedio, sino de *adulteración* estadística. Se nos invita a mezclar las cifras que corresponden a las zonas de Gran Bretaña donde *tuvieron* lugar las *enclosures*, con las de las zonas donde *no tuvieron* lugar, a dividir la suma de esa solución rebajada por el número de condados, y a obtener un «promedio» de pérdida de bienestar «debido a las

[3] Véase p. 217 más arriba. Los «promedios» de los condados en los que se basa el «promedio» nacional se pueden someter exactamente a la misma crítica. Por otra parte, están calculados a partir de datos de los patronos, no de los trabajadores.

[4] *Loc. cit.*, p. 126.

enclosures». Pero esto es absurdo. No se puede sacar un promedio de cantidades desemejantes; ni se pueden dividir cantidades por condados para obtener un promedio cualitativo. Esto es lo que ha hecho Clapham.

Por supuesto, lo que estaba haciendo en realidad era ofrecer un juicio de valor provisional en relación a esa cualidad esquiva, el «bienestar», durante el período de máximas *enclosures*. Pero para hacer esto, deberían haberse introducido muchísimos más factores —tanto culturales como materiales— para sostener el juicio. Y como el juicio surge como un roble de la espesura de los detalles circunstanciales —y puesto que se le disfraza de «promedio»—, fácilmente se confunde con una afirmación de hecho.

Tampoco los hechos son tan claros como sugiere Clapham. Los ingresos agrícolas, durante gran parte del siglo XIX, se resisten tenazmente a ser reducidos a una forma estadística.[5] No sólo debemos enfrentarnos a las acusadas fluctuaciones estacionales de la demanda de trabajo, sino que tenemos por lo menos cuatro formas diferentes de relación entre patrono y empleado: 1. empleados de la explotación agrícola, contratados por año o por trimestre; 2. una fuerza de trabajo regular —en las grandes explotaciones agrícolas— con, más o menos, pleno empleo durante todo el año; 3. trabajo eventual, pagado a jornal o a destajo; 4. especialistas, más o menos cualificados, a los que se contrataba por un trabajo.

En la primera categoría, que disminuyó durante este período, se da la mayor seguridad y la menor independencia: salarios muy bajos, muchas horas de trabajo, pero casa y comida en la vivienda del agricultor. En la segunda categoría se encontrarán algunas de las mejores y algunas de las peores condiciones: el arador, que el agricultor prudente mantiene con regularidad, cuya esposa e hijos tienen preferencia en los trabajos eventuales, y que puede comprar leche y grano a precios bajos; en el otro extremo, los jóvenes peones, alojados y alimentados tan pobremente como cualquiera de los aprendices pobres de las primeras fábricas, que viven en los heniles y están sujetos a despido en cualquier momento; y en medio, «aquellos infelices a quienes la necesidad ha obligado a convertirse en esclavos de un hombre», que viven en *cottages* del patrón y «se ven forzados a trabajar todo el año a cambio, con seguridad, de

[5] Es significativo que cuando Clapham se comprometía en estimaciones de las variaciones porcentuales de salarios y coste de la vida, no confiaba en una ordenación de sus propios datos, sino en el trabajo de otros investigadores, principalmente Silberling, cuyas tablas sobre el coste de la vida han sido duramente criticadas recientemente: véase, p.e., T.S. Ashton, en *Capitalism and the Historians*. Para más precauciones respecto de las dificultades de la generalización, véase J. Saville, *Rural Depopulation in England and Wales*, 1957, pp. 15-17.

salarios bajos».[6] En la tercera categoría se da una gran variedad: trabajo indigente; mujeres y niños con salarios míseros; trabajadores migratorios irlandeses —incluyendo obreros u otros artesanos urbanos que dejaban su trabajo para aprovecharse de los altos ingresos de la cosecha—; y los trabajos a destajo sutilmente graduados, como los de la siega de las diferentes clases de heno. En la cuarta categoría, tenemos incontables usos diferentes e ingresos familiares o de subcontrato disfrazados que hacen estragos en cualquier serie estadística:

21 de marzo	Samson, construir canales de drenaje en 29 acres:	8.9
	Robert, 1 día serrando árboles desmochados:	1.9
20 de mayo	Forasteros, escardar 5 acres de trigo a 3 s 6 d:	17.6
29 de julio	Wright, segar 7 acres de trébol:	14.0
	Richardson y Pavely, limpiar la alberca del corral:	2.12.6

Esto se lee en el libro de cuentas de un agricultor de Essex en 1797.[7] «Trabajé como constructor de vallas, de bardas y a destajo haciendo cercas de seto vivo», le dijo Joseph Carter a Alexander Somerville, refiriéndose a los años 1823-1830:

> El *squire* se comportaba como si yo obtuviese de él 64 libras al año por un trabajo de aquel tipo hecho durante siete años. Pero luego no decía que la mayor parte de las veces tenía a un hombre que me ayudaba, y además a veces dos mujeres. No decía que yo pagaba más de 20 libras al año por los ayudantes.[8]

Si las cifras «no dicen eso», es imposible que muestren una multitud de otras cosas que influyen: pagos en especie o a precios reducidos; huertos y parcelas de patatas; las consecuencias de las *enclosures*; la repercusión de los impuestos, los diezmos, las leyes de caza y los impuestos para asistir a los pobres; las fluctuaciones en el empleo rural industrial; y, sobre todo, la aplicación de las *Poor Laws*, antes y después de 1834. La incidencia de los diversos agravios se siente de manera completamente distinta en diferentes momentos y diferentes lugares. En algunas áreas, y en algunas explotaciones agrícolas, el pago en especie puede ser adicional a los salarios e indicar una mejora de nivel; pero en general —nos

[6] Ministerio de Agricultura, *Agricultural State of the Kingdom*, 1816, p. 162. Una respuesta de Lincolnshire, que contrasta la situación de los *cottagers* vinculados en una hacienda con los trabajadores de otra hacienda en la que el señor le arrienda a cada uno un acre para cultivar patatas y cuatro acres para una vaca.

[7] A. F. J. Brown, *English History from Essex Sources*, Chelmsford, 1952, p. 39.

[8] A. Somerville, *The Whistler at the Plough*, Manchester, 1852, p. 262.

ha advertido un historiador de la agricultura— deberíamos considerar esos pagos como «el refinado eufemismo del *truck*[9] en la agricultura»; un medio para mantener bajos los salarios y en casos extremos prescindir completamente de los salarios en dinero.[10]

En medio de toda esta maraña de datos contradictorios —entre las consecuencias de las *Poor Laws* aquí y las nuevas parcelas de patatas allí, este derecho comunal perdido y aquel huerto del *cottage*—, el trabajador «medio» resulta ser algo más que escurridizo. Pero si bien los promedios se nos escapan, todavía podemos esbozar algunos de los procesos generales que están actuando en muchas partes del país. Y en primer lugar deberíamos recordar que el espíritu que animaba las mejoras en la agricultura, durante el siglo XVIII, estaba empujado menos por deseos altruistas de acabar con los ominosos yermos o —como reza la tediosa frase— para «alimentar a una población creciente» que por el deseo de obtener rentas más pingües y beneficios más cuantiosos. Esto se convertía, con respecto al campesino, en una actitud mezquina:

> Predomina la costumbre (...) de darles bebida tanto por la mañana como por la tarde, sea cual sea el trabajo que tienen que realizar; esta es una costumbre absurda y se debería abolir sin pérdida de tiempo. ¿Qué otra cosa puede ser más absurda que ver a un arador que para su caballo durante media hora, en un día frío de invierno, para beber cerveza?[11]

Los argumentos de los propagandistas de la *enclosure* se expresaban habitualmente en términos de valores más altos para los arriendos y rendimientos por acre más elevados. En una aldea detrás de otra, el cercado destruyó la más que precaria economía de subsistencia de los pobres. El *cottager* que no tenía prueba legal de sus derechos fue indemnizado pocas veces. Al *cottager* que podía probar su derecho se le dejaba una parcela de tierra insuficiente para la subsistencia y debía pagar una parte desproporcionada de los elevadísimos costes del cercado.

Las *enclosures*, cuando se tienen en cuenta todos los artificios, fueron un caso bastante evidente de robo de clase, puesto en práctica según las ajustadas reglas de la propiedad y la ley, establecidas por un parlamento de propietarios y abogados. La investigación reciente sugiere que las reglas del juego se observaron con más imparcialidad de la que indican los Hammond en su magnífico

[9] Se refiere al *Truck System*. Véase el glosario al final del libro. *(N. de la T.)*

[10] Para este y otros aspectos relacionados, véase la valiosa introducción de O. R. McGregor a la obra de Lord Ernle, *English Farming, Past and Present*, edición de 1961, en especial pp. CXVIII-CXXI.

[11] Rennie, Broun y Shirreff, *General View of the Agriculture of the West Riding*, 1794, p. 25.

Village Labourer. Incluso los pequeños propietarios recibieron un trato razonable, muchos comisarios de las *enclosures* actuaron concienzudamente.[12] Pero, al hacer esas útiles precisiones, es posible pasar por alto el hecho, de mayor alcance, de que aquello que se ponía en cuestión era una redefinición de la naturaleza misma de la propiedad agraria. De modo que *Chambers* y Mingay han observado que, en las *enclosures*:

> Los *ocupantes* de *cottages* de derecho comunal (...) que disfrutaban del derecho comunal en virtud de su *tenencia* del *cottage*, no recibieron indemnización porque, por supuesto, no eran los propietarios de los derechos. Esta era una distinción perfectamente adecuada entre propietario y tenedor, y no suponía fraude ni desconsideración alguna para los *cottagers* de parte de los comisarios.[13]

Pero lo que era «perfectamente adecuado» en términos de las relaciones de propiedad capitalistas implicaba, sin embargo, una ruptura del tegumento de las costumbres y el derecho de la aldea; y la violencia social del cercado consistió precisamente en la imposición drástica y total de las definiciones de propiedad capitalistas sobre la aldea. Estas definiciones, por supuesto, habían ido penetrando en la aldea durante siglos antes de las *enclosures*; pero habían coexistido con aquellos elementos autónomos y tradicionales de la estructura de la comunidad aldeana precapitalista, que —aunque sin duda se estaban desmoronando bajo la presión de la población creciente— persistieron con una notable fuerza en muchos lugares. Las *copyhold*[14] y otras tenencias familiares tradicionales todavía más imprecisas, que conllevaban derechos comunales, podían ser invalidadas legalmente aunque estuvieran aprobadas por la memoria colectiva de la comunidad. Esos pequeños derechos de

---

[12] Un resumen sólido de la investigación reciente se encuentra en J.D. Chambers y G.E. Mingay, *The Agricultural Revolution, 1750-1880*, 1966, cap. 4; véase también W.E. Tate, *The English Village Community and the Enclosure Movements*, 1967, caps. 8-10, 16. Véase también mi reseña del primer libro en el *Times Literary Supplement* del 16 de febrero de 1967, a partir de la cual he redactado los párrafos siguientes (añadidos en la edición de Penguin), en donde planteo determinadas preguntas acerca de las consecuencias sociales de las *enclosures* que estas autoridades en la materia quizás han estudiado de forma demasiado superficial. Entre el número creciente de estudios de *enclosures* particulares, he encontrado de gran ayuda la serie de publicaciones de R.C. Russell, que incluyen *The Enclosures of Barton-on-Humber and Hibaldstow*, Barton, sin fecha; *The Enclosures of Scartho and Grimsby*, Grimsby, 1964; *The Enclosures of Bothesford and Yaddlethorpe, Messingham and Ashby*, Scunthorpe, sin fecha. Cada uno de los estudios del señor Russell investiga con gran detalle el proceso real, desde su inicio hasta la concesión.

[13] Chambers y Mingay, *op. cit.*, p. 97.

[14] Tenencia de tierras que forman parte de un señorío, «a voluntad del señor de acuerdo con la costumbre del manor», por la posesión de una copia del documento guardado en el tribunal señorial. *(N. de la T.)*

los aldeanos, como espigar, acceder al combustible y el pastoreo del ganado en los caminos o en los rastrojos, que son irrelevantes para los historiadores del desarrollo económico, podían tener una importancia crítica para la subsistencia de los pobres.

Las *enclosures* fueron, ciertamente, la culminación de un largo proceso secular por medio del cual se socavaron las relaciones tradicionales de los hombres con los medios de producción agrarios. Tuvieron una profunda repercusión social porque revelan, tanto hacia atrás como hacia adelante, la destrucción de los elementos tradicionales de la sociedad campesina inglesa. Si estudiamos la agricultura inglesa del siglo XVIII, a través de las páginas de la obra de Arthur Young *Annals of Agriculture*, o los diversos informes que se prepararon, en el cambio de siglo, para el Ministerio de Agricultura, podemos suponer que las legitimidades tradicionales habían perdido fuerza desde hacía tiempo. Pero si examinamos la escena de nuevo, desde el punto de vista del aldeano, encontramos un denso racimo de derechos y costumbres que se extiende desde los bienes comunales hasta la plaza del mercado y que, tomados en su conjunto, componían el universo económico y cultural de los pobres del campo.

El profesor Chambers ha escrito con razón:

> El hecho de que los propietarios legales se apropiasen de casi todas las tierras baldías para su uso exclusivo significó arrancar la cortina que separaba al creciente ejército de campesinos de la proletarización absoluta. Sin duda, era una cortina delgada y raquítica (...) pero era real, y privar a los labriegos de ella sin proporcionarles un sustituto suponía su exclusión de los beneficios que sólo el trabajo intensificado de aquellos hacía posibles.[15]

Para los pobres, la pérdida de los bienes comunales acarreó una sensación de desplazamiento radical. En algunas de las protestas contra las *enclosures* que afloran de vez en cuando entre la documentación del Ministerio del Interior, se encuentra una excepcional nota de violencia; como testimonio de ello tenemos una carta anónima de 1799 dirigida al *esquire* Oliver Cromwell de Cheshunt Park:

> Estas líneas se las escriben los Asociados de la Parroquia de Cheshunt en defensa de los derechos de nuestra parroquia de los que vos ilícitamente estáis a punto de desheredarnos (...) Los susodichos asociados han acordado que si intentáis cercar nuestros bienes comunales, campos comunales, Lammas,[16] praderas, marismas acordamos que ante (...) ese

[15] J.D. Chambers, «*Enclosure* and Labour Supply in *the Industrial Revolution*», *Econ. Hist. Rev.* 2.ª serie, V (1952-1953), p. 336.

[16] El día de Lammas es una festividad celta de la cosecha también conocida como Lugnasad que se celebra todos los 1 de agosto. *(N. del E.)*

acto sangriento e ilícito está decidido que obtendremos la sangre de vuestro corazón si lleváis a cabo el susodicho sangriento acto. Nosotros os daremos caza, como sanguijuelas de caballo, os la daremos hasta que hayamos derramado la sangre de todos aquellos que quieren robar a los inocentes que todavía no han nacido. No podréis decir estoy a salvo de las manos de mi enemigo porque nosotros como aves de rapiña estaremos secretamente al acecho para verter sangre de los susodichos tipos cuyos nombres y moradas son como úlceras podridas en nuestras narices. Declaramos que no podréis decir estoy a salvo cuando vayáis a la cama porque deberéis estar alerta de no abrir los ojos en medio de las llamas.[17]

Los «Asociados» de Cheshunt estaban excepcionalmente organizados y decididos; consiguieron elevar al Parlamento una contrapetición, y a consecuencia de su presión se tuvieron en cuenta los derechos comunales en la concesión de la *enclosure*. Pero el tono de una carta como ésa nos recuerda que las *enclosures* se deben entender en el seno de una situación global de poder y deferencia en el campo. Los hombres de la condición social y cultural de los autores de tales cartas sólo pudieron haber recurrido a los trámites costosos y dilatorios de una cultura y un poder ajenos, en las más excepcionales circunstancias, y con la ayuda de algunos hombres con educación y recursos. El fatalismo del *cottager* frente a ese poder siempre presente, y la incidencia desigual y poco sistemática de las *enclosures* —podían pasar varias décadas entre los cercados de dos pueblos vecinos—, ayudan de algún modo a explicar la aparente pasividad de las víctimas.

Aun así, esta pasividad se puede haber exagerado; se ha investigado poco sobre las respuestas reales de los pobres ante las *enclosures*, y esta investigación presenta unas dificultades particulares porque tiene que ver con los analfabetos y no organizados, que sufrieron experiencias distintas en cientos de aldeas diferentes, durante muchas décadas.[18] Los disturbios contra las *enclosures*, el derribo de los cercados, las cartas amenazadoras, los incendios fueron más comunes de lo que suponen algunos historiadores agrarios. Se puede encontrar una razón explicativa del carácter muy poco uniforme de la resistencia por parte de los pobres en las divisiones existentes entre los mismos pobres. Un indicio de ello lo podemos encontrar en un pasaje posterior de la carta de los «Asociados» de Cheshunt:

No podemos dejar de decir que hay mucho espacio para hacer cambios ya que no podemos entender por qué esos Ruskins y unos pocos más deberían invadir nuestros comunales, cuando no hay espacio para que nadie más ponga nada (si) vos habéis cambiado los derechos del

[17] 27 de febrero de 1799, en H. O. 42.46.
[18] Hoy existe un importante estudio de los disturbios agrarios: A. J. Peacock, *Bread or Blood, The Agrarian Riots in East Anglia: 1816*, 1965.

común, su nombre en vez de ser respetado sería como un ungüento pestilente que hubiese caído sobre nosotros. Nuestra voz y la de la mayor parte de la parroquia está a favor de la regulación de los derechos comunales.

A finales del siglo XVIII, hay pruebas de una presión creciente sobre los bienes comunales y de un exceso de ganado, no sólo por parte de los *squatters*[19] y los *cottagers*, sino también por parte de los grandes ganaderos como «esos Ruskins». En una situación como ésta, las líneas divisorias entre los intereses del propietario muy pequeño y del *cottager* pobre llegaron a tener una importancia clave. El pequeño propietario estaba interesado en la limitación y regulación más estricta de los derechos comunales; por el contrario, al *cottager* o al *squatter* le interesaba que prevaleciera una definición más laxa de la costumbre. Los ojos del pequeño propietario podían brillar —como los de cualquier campesino en cualquier época y país— ante la perspectiva, a corto plazo, de tener la propiedad absoluta, aunque fuera de los cuatro o cinco acres que el cercado le podría proporcionar; pero el *cottager* que no tenía derecho alguno de propietario, lo perdía todo con el cercado. A largo plazo se podría demostrar que las conquistas de los pequeños propietarios eran ilusorias; pero la ilusión se mantuvo durante los años de las guerras francesas y la subida de precios.

En efecto, los dos objetivos principales de la operación —más alimentos y rentas más elevadas— se consiguieron durante las guerras. Las rentas aumentaron de forma notable en las zonas de *enclosures* recientes,[20] y se apoyaban a la vez en los precios y en los rendimientos por acre más altos. Cuando cayeron los precios, en 1815-1816 y en 1821, las rentas continuaron siendo altas —o disminuyeron, como siempre ocurre, lentamente— significando, de ese modo, la ruina de muchos pequeños propietarios que todavía se sostenían en sus propiedades de pocos acres obtenidas con el cercado.[21] Entre los terratenientes, las elevadas rentas sustentaban el gasto de un lujo extraordinario y ostentoso, mientras que los precios altos alimentaban las pretensiones sociales más elevadas —de las que Cobbett tanto se lamentaba— entre los agricultores y sus esposas. Este fue el cénit para aquellos «patriotas del campo» a quienes Byron descuartizó en su *Age of Bronze*.

[19] Ocupante no autorizado que cultiva una tierra en precario. *(N. de la T.)*

[20] Chambers y Mingay, *op. cit.*, pp. 84-85, estiman que el promedio de las rentas se dobló después de la *enclosure*, durante el periodo álgido de las *Enclosure Acts*; véase también F. M. L. Thompson, *English Landed Society in the Nineteenth Century*, 1963, pp. 222-226.

[21] Para ejemplos del declive de la propiedad campesina de la tierra, véase W. G. Hoskins, *The Midland Peasant*, 1957, pp. 265-268.

Pero la codicia sola no puede explicar la situación a la que fue reducido el trabajador del campo durante estos años. ¿Cómo era posible que se mantuviese al trabajador del campo en un brutal nivel de subsistencia, mientras la riqueza de los terratenientes y los agricultores aumentaba? Debemos buscar la respuesta en el tono contrarrevolucionario general de todo el período. Es probable que los salarios reales de los trabajadores del campo aumentasen en las décadas anteriores a 1790, especialmente en las áreas contiguas a los distritos manufactureros o mineros. «Es necesaria una guerra para reducir los salarios», este era el grito de alguna *gentry* del norte en la década de 1790.[22] Y los reflejos de pánico y antagonismo de clase, que se habían avivado en la aristocracia debido a la Revolución francesa, bastaron para acabar con las inhibiciones y agravar las relaciones de explotación entre patronos y empleados. Las guerras presenciaron no sólo la desaparición de los reformadores urbanos, sino también el eclipse de la *gentry* humanitaria, de la que Wyvill es un representante. Además del argumento de la codicia, se añadió otro argumento en favor de la *enclosure* generalizada: el de la disciplina social. Los bienes comunales, «el patrimonio de los pobres desde hace mucho tiempo», respecto de los cuales Thomas Bewick podía recordar a los labriegos independientes, que habían construido sus cabañas con sus propias manos, viviendo todavía en ellas,[23] eran ahora considerados como un peligroso centro de indisciplina. Arthur Young los veía como un terreno abonado para los «bárbaros», «que alimentaba una estirpe dañina de gente»; con respecto a los pantanos del Lincolnshire decía «una región tan salvaje alimenta a una estirpe de gente salvaje como el pantano».[24]

Al individualismo se sumó la ideología. Para los señores, sacar a los *cottagers* de las tierras comunales, reducir a sus trabajadores a la subordinación, menguar los ingresos complementarios, expulsar al pequeño propietario, se convirtió en una cuestión política públicamente fomentada. En un momento en que Wordsworth ensalzaba las virtudes del viejo Michael y su esposa, en su lucha por mantener sus «tierras patrimoniales», el *Commercial and Agricultural Magazine*, muchísimo más influyente, miraba al *yeoman* bajo una perspectiva diferente:

> Un pequeño agricultor malvado y perverso es como la cerda en su corral, casi un individuo aislado, que no tiene comunicación con, y por lo tanto ningún respeto por, el mundo.

[22] R. Brown, *General View of the Agriculture of the West Riding*, 1799, Apéndice, p. 13.
[23] Bewick, *op. cit.*, pp. 27 y siguientes.
[24] A. Young, *General View of the Agriculture of Lincolnshire*, 1799, pp. 223, 225, 437.

Y en cuanto a los derechos del *cottager* en la *enclosure*, «parece innecesario tener en cuenta sus demandas»:

> Pero el interés de los otros demandantes implica, en el fondo, permitir que el trabajador obtenga cierta porción de tierra (...) porque mediante esta gratificación los impuestos para asistir a los pobres disminuirán con prontitud; puesto que un cuarto de acre de tierra de huerto será una buena forma para que el campesino deje de necesitar cualquier ayuda. Sin embargo, hay que ser moderado en este benéfico intento, o corremos el peligro de transformar al trabajador del campo en un pequeño agricultor; es decir, de trasladarlo de la más provechosa a la más inútil de todas las aplicaciones de la laboriosidad. Cuando un labriego posee más tierra de la que él y su familia pueden cultivar por las tardes (...) el agricultor ya no puede contar con él para el trabajo regular, y la siega del heno y la cosecha (...) sufrirán las consecuencias hasta tal punto que (...) en algún momento se convertiría en un perjuicio nacional.

Y en cuanto a los pobres de la aldea, son «pícaros intencionados que, bajo diversos pretextos, intentan estafar a la parroquia», y «aplican todos sus recursos para practicar el engaño, que les puedan proporcionar un subsidio en dinero de los asistentes de la parroquia para sus fines ociosos y libertinos».[25]

Por supuesto, hay excepciones. Pero así es como iban las cosas entre 1790 y 1810. Aumentar la dependencia de reservas baratas de trabajo era una cuestión de política: «las aplicaciones de la laboriosidad» en beneficio del agricultor en la época de la siega del heno y la cosecha, y para la construcción de carreteras y los eventuales trabajos de vallado y drenaje que se derivaban de las *enclosures*. Tanto los terratenientes como los industriales aprobaban sinceramente lo que Cobbett llamaba la «filosofía Escocesa» (*Scotch feelosofy*) y los Hammonds denominaban «el espíritu de la época». Pero mientras que éste se ajustaba como un guante a las condiciones de la Revolución industrial, en la agricultura rivalizaba, en el mejor de los casos, con las viejas tradiciones paternalistas —el deber del *squire* hacia sus trabajadores— y con la tradición de los ingresos basados en la necesidad de las guerras francesas —las viejas costumbres de diferenciación según la edad, el estado civil, los hijos, etc. que se perpetuaron bajo el sistema Speenhamland de ayuda a los pobres—; en tanto que, en el peor de los casos, estaba forzado por la arrogancia feudal de la aristocracia hacia la estirpe inferior de los trabajadores. Hacía tiempo que la doctrina de que el trabajo encuentra su propio precio «natural», de acuerdo con las leyes de la oferta y la demanda, había empezado a sustituir la noción de salario «justo». Durante las guerras se propagó por todos los medios. «La demanda de trabajo

[25] *Commercial and Agricultural Magazine* (julio, septiembre, octubre de 1800).

debe, necesariamente, regular los salarios», escribía un magistrado rural en 1800. Y seguía para argumentar que los impuestos para asistir a los pobres, al mantener un excedente de población y favorecer los matrimonios —asegurando de ese modo una oferta de trabajo en los momentos de exceso de demanda—, bajaba el coste total de los salarios. Desde luego, demostró ser un precursor de la ciencia del «promedio»:

> Vamos a suponer que sumamos los impuestos anuales para asistir a los pobres y el monto total de los salarios en toda Inglaterra; creo que este total sería menor que la suma *exclusiva* de los salarios, en el caso de que los impuestos para asistir a los pobres no existiesen.[26]

Los motivos que condujeron a la introducción de diversos sistemas de ayuda a los pobres, que ponían en relación la ayuda con el precio del pan y el número de hijos, sin duda fueron variados. La decisión de Speenhamland, de 1795, estuvo impulsada tanto por el humanitarismo como por la necesidad. Pero la perpetuación de los sistemas Speenhamland y *roundsman*,[27] en toda su variedad, se vio asegurada por la demanda de los grandes labradores —en una actividad que tiene necesidades excepcionales de trabajo temporero o eventual— de una reserva permanente de mano de obra barata.

Después de las guerras surge un nuevo énfasis: los agricultores están mucho más dispuestos a escuchar las advertencias de Malthus en contra de «una plétora de población». Los impuestos para asistir a los pobres habían aumentado desde menos de dos millones de libras anuales en la década de 1780, hasta más de cuatro millones en 1803, y unos seis millones después de 1812. En aquel momento apareció una plétora de población, tal y como lo describiría la comisión de las *Poor Law* en 1834, como «una plétora de indolencia y de vicio». Los terratenientes y los agricultores acomodados empezaron a lamentar la pérdida de los bienes comunales —la vaca, la oca, los pastos— que habían permitido que los pobres subsistiesen sin tener que recurrir al inspector de la parroquia. Volvieron algunas vacas, las parcelas de patatas hicieron algunos avances aquí y allí y el Ministerio de Agricultura prestó un tenaz apoyo a la propaganda de la parcelación. Pero era demasiado tarde para invertir el proceso general: nunca se devolvieron unas tierras comunales —si bien se cercaron muchas más— y pocos terratenientes iban a arriesgarse arrendando tierras a un labriego: quizá cuatro acres

[26] *Ibid.*, octubre de 1800.

[27] Trabajador que necesitaba ayuda de la parroquia, al que se enviaba de una explotación agrícola a otra en busca de trabajo. Su salario se costeaba en parte a expensas del agricultor y en parte a expensas de la parroquia. *(N. de la T.)*

para una vaca, a un mínimo de 6 libras por año. Los agricultores, que habían convertido la mezquindad en una doctrina durante los años de prosperidad de la guerra, no estaban dispuestos a ser menos mezquinos cuando los precios del trigo cayeron. Además, la población de las aldeas se vio aumentada con el retorno de los soldados, los pequeños propietarios en bancarrota ingresaron en el grupo de los jornaleros, el trabajo eventual en los cercados disminuyó y la concentración de las industrias textiles en el norte y en las Midlands debilitó todavía más la situación del trabajador del campo en East Anglia, el West Country y el sur. En algunos condados, las nuevas industrias rurales o las que estaban en expansión —trenzado de paja o el encaje— proporcionaban una ayuda temporal; pero la recesión general, muy particularmente en el hilado, está fuera de toda disputa. Y como faltaban los trabajos a domicilio, aumentaba el trabajo barato de las mujeres como jornaleras agrícolas.[28]

Las rentas elevadas o los precios bajos; la deuda de la guerra y las crisis monetarias; los impuestos sobre la malta, las ventanas, los caballos; las *Game Laws* con toda su parafernalia de guardabosques, trampas de alambre con escopeta, cepos y, después de 1816, las sentencias de deportación, todas estas medidas tenían como fin apretarle los tornillos al trabajador. «Los jacobinos no hicieron esas cosas», exclamó Cobbett:

> ¿Y pretenderá el Gobierno que esto lo hizo la «Providencia»? ¡Vamos! Esas cosas son el precio de los esfuerzos que hicieron para aplastar la libertad en Francia, *para que el ejemplo de Francia no produjese una reforma en Inglaterra*. Esas cosas son el precio de aquella empresa.[29]

El labriego tampoco podía esperar encontrar un protector en el párroco «medio», que, según Cobbett, era un absentista que detentaba varios beneficios eclesiásticos al mismo tiempo y que tenía a su familia en Bath,[30] mientras un cura mal pagado atendía los servicios.

Durante casi cuatro décadas, existe una sensación de erosión de las legitimidades tradicionales y de un campo gobernado con licencia contrarrevolucionaria. «Por lo que se refiere a los *impuestos para asistir a los pobres* —escribió un «filósofo» (*feelsofer*) de Bedfordshire, el doctor Macqueen, al Ministerio de Agricultura en 1816— siempre los he visto asociados con la holgazanería y la depravación de la clase obrera»:

28 I. Pinchbeck, *Women Workers and the Industrial Revolution*, 1930, pp. 57 y siguientes.
29 *Rural Rides*, edición Everyman, 1, p. 174.
30 Ciudad situada en el oeste de Inglaterra que recibe su nombre y es famosa por sus aguas termales. (*N. de la T.*)

La moralidad y las costumbres de los órdenes más bajos de la comunidad han ido degenerando desde los momentos más tempranos de la Revolución francesa. La doctrina de la igualdad y de *Los derechos del hombre* no se ha olvidado todavía, al contrario se mantiene con fervor y se abandona a regañadientes. Consideran a sus parroquias respectivas como su derecho y su patrimonio, donde tienen derecho a recurrir.[31]

Uno tiene que esforzarse para recordar que Inglaterra también pertenecía a los trabajadores del campo.

En las parroquias del sur y el este, la larga guerra de desgaste se centró en el derecho de los pobres a recibir ayuda. Después de la pérdida de los bienes comunales, éste era el último —el único— derecho que tenía el labriego. El joven, el soltero —o el artesano de la aldea— se podía arriesgar a ir a las ciudades, a trabajar en los canales, y más tarde en las vías férreas, o a emigrar. Pero el trabajador del campo maduro que tenía una familia, tenía miedo de perder la seguridad de su *settlement*;[32] esto, junto con el apego a su propia comunidad y a las costumbres rurales, le impedía competir en masa en el mercado de trabajo industrial con los irlandeses pobres, que, todavía más infelices que él, ni siquiera tenían un *settlement* que perder. Incluso en las épocas de «escasez» de mano de obra en los distritos industriales, no se alentó su migración. Cuando los comisarios de las *Poor Laws* intentaron estimular esta emigración, después de 1814, principalmente hacia las fábricas del Lancashire y el Yorkshire —quizá para asestar un golpe contra las *trade unions*—, se dio preferencia a las «viudas con familia numerosa, o artesanos (...) con mucha familia. Los hombres adultos no podrían adquirir la cualificación necesaria para los métodos superiores de las fábricas». En Manchester y en Leeds se establecieron mercados de mano de obra, donde los propietarios de las fábricas podían escudriñar los detalles de las familias: la edad de los niños, el carácter como trabajador, el carácter moral, junto a diversas observaciones —«absolutamente saludable», «magnífico para su edad», «dispuestos a asumir el papel de padres para tres huérfanos»— como si fueran ganado de venta. Un esperanzado guardián de Suffolk añadía: «Tenemos muchas pequeñas familias como ésta, compuesta de marido y esposa que estarían dispuestos a cobrar, si usted les contrata juntos, digamos el hombre 8 s y la mujer 4 s».[33]

[31] *Agricultural State of the Kingdom* (1816), p 25.

[32] Residencia o establecimiento legal en una parroquia determinada, que le daba derecho a una persona a recibir ayuda de los impuestos para asistir a los pobres. *(N. de la T.)*

[33] *First Annual Report of the Poor Law Commissioners*, 1836, pp. 313-314; W. Dodd, *The Factory System Illustrated*, 1842, pp. 246-247. Véase también A. Redford, *Labour Migration in England, 1800-1850*, 1926, cap. 6.

Así pues, los impuestos para asistir a los pobres eran el último patrimonio del labriego. Desde 1815 a 1834, continuó la contienda. Del lado de la *gentry* y los inspectores, hacer economías, litigios en torno a los establecimientos, picar piedra y trabajos de castigo, cuadrillas de trabajadores con salarios muy bajos, las humillaciones de las subastas de mano de obra, e incluso de los hombres enganchados a los carros. Del lado de los pobres, amenazas a los inspectores, sabotajes esporádicos, un espíritu «servil y astuto» o «taciturno y malhumorado», una desmoralización evidente que está documentada, página tras página, en los informes de los comisarios de las *Poor Laws*: «Sería mejor para nosotros convertirnos inmediatamente en esclavos que trabajar bajo este sistema (...) cuando un hombre tiene el ánimo abatido, ¿para qué sirve?» En los condados del sur, que estaban bajo el sistema Speenhamland, los labriegos tenían sus propios chistes amargos: los agricultores «nos mantienen aquí [con los impuestos para asistir a los pobres] como si fuéramos patatas en un hoyo, y sólo nos cogen para utilizarnos cuando ya no pueden pasar sin nosotros».[34]

Esta es una descripción acertada. Cobbett tenía razón en cuanto a la descripción de las causas, cuando lanzaba sus improperios contra la despoblación rural masiva, pero se equivocaba en las conclusiones. Parece probable que las *enclosures* —particularmente de las tierras de labranza del sur y del este durante las guerras— no tuvieron como consecuencia la despoblación general. Al mismo tiempo que los trabajadores del campo emigraban —en oleadas, desde las aldeas a la ciudad, y de condado en condado—, el crecimiento demográfico general compensó de sobras la pérdida. Después de las guerras, cuando cayeron los precios y los agricultores ya no pudieron «tener un escape para nuestros jóvenes en el ejército o la armada» —un poder disciplinario útil en manos de un magistrado rural—, la queja fue acerca del «exceso de población». Pero, después de que se aplicasen las nuevas *Poor Laws* en 1834, se demostró que en algunos pueblos ese «exceso» era ficticio. En esos pueblos la mayor parte del coste de la mano de obra se cubría a través de los impuestos para asistir a los pobres; los jornaleros eran contratados de vez en cuando o por medio día y luego devueltos a la parroquia. «Si hay una helada les despiden —decía un inspector—, cuando empieza la temporada vienen a mí y los contratan de nuevo. Los agricultores convierten mi casa en lo que en nuestro oficio llamamos una lonja.» El tiempo húmedo crea «excedente»; la cosecha «escasez». Los patronos, recelosos de subvencionar la mano de obra

[34] *First Annual Report of the Poor Law Commissioners*, 1836, p. 212. El mismo chiste se «entendía a la perfección» en Wiltshire en 1845; pero en este caso el «hoyo» se había convertido en un asilo de pobres: A. Somerville, *op. cit.*, p. 385.

de sus vecinos a través de los impuestos para asistir a los pobres, despedirían a sus propios labriegos y solicitarían su trabajo a través del inspector: «Fulano ha despedido a dos de sus hombres; si yo tengo que pagar por sus salarios, él debe pagar por los vuestros; por lo tanto, tenéis que ir.» Es un sistema abierto a infinitas combinaciones de embrollos, despilfarro y extorsión; y también abierto a unos pocos trucos por parte de los jornaleros. Pero —aparte de las picardías y la terquedad absoluta— iba dirigido a una única cosa: destruir el último vestigio de control, por parte del labriego, de su propio salario o de su vida como trabajador.[35]

«Un sistema —reza la sesgada frase de la economía política de la época, cuando tiene que referirse a Speenhamland— que ha roto los vínculos de mutua dependencia entre el patrono y su empleado.» En realidad, el trabajador del campo del sur había quedado reducido a una dependencia total en relación con los patronos como clase. Pero el trabajo esclavo es «antieconómico», en particular cuando se les impone a los hombres que alimentan agravios a través de derechos perdidos y a las resistencias rudimentarias del «inglés libre por nacimiento». Es «antieconómico» supervisar las cuadrillas de trabajadores, aunque esto se hizo durante muchos años en los condados del este. Durante la mayor parte del año los labriegos trabajan en grupos de dos o tres con el ganado, en los campos, haciendo trabajos de cercado, por su propia iniciativa. A lo largo de esos años, la relación de explotación se intensificó hasta el punto en que, simplemente, dejó de «salir a cuenta»; quienes constituían este tipo de mano de obra pobre pasaron a ser rateros de nabos, gorrones de cervecería, cazadores furtivos y vagos. Era más fácil emigrar que resistir, porque reforzar las relaciones de explotación significaba reforzar la represión política. El analfabetismo, el agotamiento, la emigración de los ambiciosos, los listos y los jóvenes de las aldeas, la sombra del *squire* y el párroco, el violento castigo contra los que participaban en tumultos de subsistencia o contra las *enclosures* y contra los cazadores furtivos; todo esto se conjugaba para inducir al fatalismo e inhibir la articulación de los agravios. Cobbett, el mayor tribuno de los trabajadores del campo, tenía muchos partidarios entre los agricultores y en las pequeñas ciudades de mercado. Posiblemente, antes de 1830, muchos labriegos no conociesen su nombre o no comprendiesen cuál era su propósito. Cuando Cobbett pasaba cabalgando por la Cuesta Maldita (*Accursed Hill*) de *Old Sarum*, se encontró a un jornalero que regresaba del trabajo:

[35] Véase A. Redford, *op. cit.*, pp. 58-83; y en cuanto a los excedentes ficticios, *First Annual Report of the Poor Law Commissioners*, 1836, pp. 229-238; W. T. Thornton, *Over-Population*, 1846, pp. 231-232.

Le pregunté cómo le *iba*. Dijo: «Muy mal». Le pregunté cuál era la causa. Dijo: «Tiempos difíciles.» «¿Qué *tiempos*?» —dije— «¿Hubo jamás un verano más bueno, una cosecha mejor?» «¡Ah!» —dijo— «así y todo, *ellos* hacen que sea mala para los pobres.» «¿*Ellos*?» —dije— «¿Quiénes son *ellos*?» Se mantuvo en silencio. «¡Oh, no, no! amigo mío», —dije— «no son *ellos*; es esta Cuesta Maldita la que te ha robado.»[36]

A lo largo de las guerras, la «gran fábrica de la sociedad» se sustentó sobre esa «afligida (...) base rústica». «Son las esposas de esos hombres —escribió David Davies— quienes crían a esas robustas camadas de hijos que, además de suministrar al campo los brazos que necesita, llenan los vacíos que deja la muerte de continuo en los campos y las ciudades.»[37] Después de las guerras, con la subida de precios y el retorno de los soldados a sus pueblos, se produjo algún estímulo de revuelta. «No estamos dispuestos a soportar por más tiempo la carga que ahora ha recaído sobre nosotros», rechazaba una carta del distrito de Yeovil, firmada con un corazón sangrante: «Sangre, sangre y sangre, debe haber una revolución general.»[38] Pero la misma violencia de estas amenazas sugiere una sensación de impotencia. Sólo en 1816, en East Anglia, donde los jornaleros eran contratados en grandes cuadrillas, estallaron disturbios serios. A la demanda de un salario mínimo de 2 s por día se unió la demanda de un máximo de precios. Hubo motines de subsistencia, recaudaciones forzosas de dinero de la *gentry* y destrucción de máquinas trilladoras. Pero el desorden se reprimió brutalmente y provocó la vuelta a la clandestinidad de la caza furtiva, la carta anónima y la quema de los almiares de grano.[39]

Cuando llegó la revuelta, en 1830, con una muchedumbre curiosamente vacilante y no sanguinaria —«la turbulencia de los hombres libres desmoralizados»—, se afrontó con la misma sensación de ultraje que hubiese provocado un levantamiento de los «negros». «Exhorté a los magistrados a que cabalgasen», consignaba el vencedor de Waterloo:

> cada uno a la cabeza de sus propios criados, partidarios, mozos de cuadra, monteros, guardabosques armados con látigos, pistolas, escopetas y todo lo que pudiesen tener, y atacasen con coordinación (...) a esas muchedumbres, las dispersaran, las destruyesen y que cogiesen y pusieran en prisión a los que no pudieran escapar.[40]

---

[36] *Rural Rides*, edición Everyman, II, pp. 56-57.
[37] W. Belsham, *Remarkes on the Bill for the Better Support... of the Poor*, 1795, p. 5; D. Davies, *The Case of Labourers in Husbandry*, 1795, p. 2.
[38] Carta adjunta a la de Moody a Sidmouth, 13 de mayo de 1816, H. O. 42.150.
[39] H. O. 42.149/51. Para las cuadrillas de trabajadores en East Anglia, véase W. Hasbach, *History of the English Agricultural Labourer*, 1908, pp. 192-204.
[40] *Wellington Despatches*, serie segunda, VIII, p. 388, cit. en H.W.C. Davis, *op. cit.*, p. 224.

Sin embargo, no fue el duque, sino el nuevo gabinete *whig*, que aprobaría el Proyecto de reforma, el que envió comisiones especiales para aterrorizar a los insurgentes. Asimismo fue el órgano del radicalismo de la clase media, *The Times*, el que encabezó la demanda de ejemplos de severidad. Se siguió el consejo:

> El 9 de enero [1831], se dictó sentencia de muerte contra veintitrés acusados por la destrucción de una máquina de papel en Buckingham; en Dorset, el día 11, contra tres por obtener dinero mediante extorsión, y contra dos por robo; en Norwich, fueron condenados cincuenta y cinco acusados por rotura de máquinas y amotinamiento; en Ipswich, tres por obtener dinero mediante extorsión; en Petworth, veintiséis por rotura de máquinas y amotinamiento; en Gloucester, más de treinta; en Oxford, veintinueve; y en Winchester, de más de cuarenta acusados, seis pasaron a ser ejecutados (...) En Salisbury, fueron condenados cuarenta y cuatro acusados.[41]

Y de nuevo fue un gabinete *whig* el que, tres años más tarde, decretó la deportación de los jornaleros de Tolpuddle, en Dorsetshire, que habían cometido la insolencia de formar una *trade union*.

Esta revuelta de los labriegos rurales se extendió más ampliamente por East Anglia y las Midlands, así como en los condados del sur, y duró más tiempo de lo que se trasluce en la narración de los Hammond. Han sobrevivido unos pocos relatos de primera mano, de la parte de los trabajadores del campo. En 1845, Somerville tomó nota de la historia de Joseph Carter, un jornalero de Hampshire del pueblo de Sutton Scotney —uno de los lugares donde se inició la revuelta— que fue condenado a ser deportado por su participación en ella, y que estuvo durante dos años en las galeras de Portsmouth. «Todo el mundo se sintió impulsado a ir —decía Carter—. Nadie se negó»:

> Yo estuve en la reunión en aquella casa de la esquina, allí, al otro lado de la calle, la noche en que Joe Mason nos leyó a todos la carta que provenía de Overton. La carta no estaba firmada. Pero Joe dijo que sabía de quién era. Joe era un hombre instruido. La carta, yo lo sé, era del viejo D....s, que bien muerto esté, y venía de Newton, nunca vino de Overton. Decía que teníamos que parar el trabajo y que los hombres de Sutton tenían que salir al campo y parar los arados. Tenían que mandar las caballerías a los agricultores para que se las arreglasen ellos solos e iban a llevar hombres con ellos. E irían y sacarían a los hombres de los establos. Y todos irían a romper las máquinas que los agricultores habían comprado para hacer la trilla (...)

[41] A. Prentice, *Historical Sketches of Manchester*, p. 372. En total, fueron ahorcados nueve labriegos, cuatrocientos cincuenta y siete fueron deportados y casi cuatrocientos encarcelados. Véase J. L. y B. Hammond, *The Village Labourer*, caps. x y xi.

Bien, en cuanto a la carta, Joe Mason la leyó. Entonces no sabíamos de quién era. Pero ahora lo sabemos todos los de este lugar, aquel viejo D....s tenía que ver con aquello. Era un gran amigo del señor Cobbett. Solía escribirle al señor Cobbett. Nunca se metió en líos. Era demasiado buen político para meter a la gente en líos y para meterse él mismo en ellos. No, no le echo la culpa de eso al señor Cobbett. Sólo me refiero al viejo D....s, el zapatero.

Luego los trabajadores recogieron dinero, o lo obtuvieron por extorsión, de la *gentry* y los agricultores, e hicieron tesorero a Joseph Carter:

Dijeron que yo era honrado y me lo dieron para que lo guardase. En cierto momento tuve 40 libras: 40 libras, chelín por chelín. Desde entonces, mucha gente me ha dicho que debería haberme ido con él. Una vez pensé en hacerlo. Llegó el coche cuando estábamos en la carretera de Londres y me vino a la cabeza subir al coche con las 40 libras, y desentenderme de todo el asunto. Pero pensé que dejaba a mi esposa y que todos me llamarían vagabundo, y el coche pasó de largo (...)

No era necesario que me pusiesen a prueba. Vinieron una y otra vez cuando estaba en la prisión de Winchester, para hacerme hablar en contra de los dos Mason. Me ofrecieron la absolución con decirles simplemente lo que sabía acerca de ellos. Si hubiese dicho lo que sabía, les hubiesen colgado, tan seguro como colgaron a Borrowman, a Cooke y a Cooper. Me llevaron junto con otros prisioneros a verles colgados. Con eso intentaban asustarnos para que dijésemos todo lo que sabíamos unos de otros. Pero yo no me iba a chivar. Así a Mason sólo lo deportaron y también me deportaron a mí. La muchedumbre me arrastró contra mi voluntad, pero eso no era suficiente para chivarme, porque como ves, yo seguí estando con ellos (...) Fueron los compañeros jóvenes quienes lo hicieron.[42]

La revuelta de los jornaleros fue un auténtico estallido de destrucción de máquinas, con pocos indicios de una motivación política ulterior. Aunque se destruyeron almiares de grano y otras propiedades —así como maquinaria industrial en los distritos rurales—, el principal ataque fue contra las máquinas trilladoras, que, a pesar de los sermones futuristas, desplazaban de manera evidente a los casi famélicos trabajadores. Por lo tanto, la destrucción de las máquinas tenía, de hecho, como resultado cierto alivio momentáneo.[43] Pero es posible que entre los «compañeros jóvenes» se divulgasen ideas políticas de mayor trascendencia.[44] Un hombre

[42] A. Somerville, *op. cit.*, pp. 262-264.
[43] Véase E. J. Hobsbawm, «The Machine-Breakers», *Past and Present* (1 de febrero de 1952), p. 67. (Hay trad. cast.: «Los destructores de máquinas» en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 16-35.)
[44] Tuvo amplia repercusión lo que, al parecer, dijo un labriego de Kent: «Este año destruiremos las hacinas y las máquinas trilladoras. El año que viene les tocará a los pá-

«instruido» como Joe Mason puede prefigurar a George Loveless. Remendones radicales como D....s podían encontrarse en la mayor parte de las pequeñas ciudades de mercado. Es tentador sugerir que en Norfolk las agitaciones de los jacobinos y los radicales habían dejado algunas huellas en los pueblos. En Lincolnshire, en 1830, se hicieron los más enérgicos esfuerzos para intimidar a los labriegos que habían leído el *Register* de Cobbett.[45] Pero si bien se estaba despertando una conciencia política, ésta no alcanzó el punto necesario para que los trabajadores urbanos y rurales pudiesen formar organizaciones comunes o hiciesen causa común, hasta varios años después de que la revuelta de los labriegos hubiese sido reprimida.[46]

La revuelta de 1830 no dejó de tener resultados por completo. En los condados del sur condujo a una elevación temporal de los salarios. Y, de forma indirecta, dio un empujón final a la «Vieja Corrupción». Muchos agricultores, y unos pocos miembros de la *gentry*, se habían avergonzado de la cuestión, habían negociado con las muchedumbres o les habían dado un apoyo pasivo. La revuelta, por una parte socavó la confianza de la *gentry* y, por otra, contribuyó a que surgiera la agitación en favor de la reforma de los años 1831-1832. «La característica importante del asunto —escribió Cobbett— es que la *clase media*, que anteriormente siempre se había alineado, hablando en general, contra la *clase obrera*, está ahora *con ella* en corazón y en pensamiento, aunque no siempre en acto (...) Entre los hombres de oficio, incluso los de la metrópolis, *99 de cada 100 están del lado de los jornaleros*.»[47] La aristocracia perdió «prestigio»: la necesidad y la urgencia de la reforma se hizo más evidente. Y desde este momento en adelante se puede ver un desarrollo político articulado entre los jornaleros rurales: bolsas de *trade unionism* en la década de 1830; el padre de Joseph Arch —«firme como el Pasado, un hombre perseverante»— represaliado en 1835 por negarse a firmar una petición en favor de las *Corn Laws*; una propagación de secciones cartistas en East Anglia y el sur.

Pero los agravios de los jornaleros tuvieron, por así decirlo, una existencia delegada, ensortijados con las otras hebras que componían la conciencia de la clase obrera urbana. Aunque —a diferencia de Francia o Irlanda— nunca dio lugar a una agitación nacional coherente, el mar de fondo de la protesta rural siempre

---

rrocos, y el tercer año les declararemos la guerra a los hombres de Estado»; véase, como ejemplo, octavilla en H.O. 40.25.

[45] Véase J. Hughes, «Tried Beyond Endurance», *The Landworker* (noviembre, 1954).

[46] En 1833, James Watson hizo un llamamiento a los miembros de la National Union of Working Classes para que hiciesen un esfuerzo especial para crear secciones entre los trabajadores rurales. *Working Man's Friend* (3 de agosto de 1833). Véase también *Radical Reformer* (19 de noviembre de 1831).

[47] *Political Register* (4 de diciembre de 1830).

volvía al acceso a la *tierra*: «Los tiempos solían ser mejores antes de que Bedlow fuese cercado (...) Estaríamos contentos de vivir en un *rood*[48] de tierra y pagar la renta máxima por él» (*Petición de los Labriegos de Buckinghamshire*, 1834); «(...) pequeñas parcelas de tierra para que los trabajadores las cultivasen con una laya» (*Petición de los Labriegos de Essex*, 1837); «Deseaba que todo jornalero tuviese tres o cuatro acres de tierra a la misma renta que pagaban los agricultores. Pagarían esto y estarían contentos. (Fuertes aplausos)» (*Discurso de un jornalero de Wiltshire*, 1845). Cuando el jornalero o sus hijos se trasladaban a la ciudad, esta aspiración permanecía. Y cuando los diezmos, las *Game Laws* y las máquinas trilladoras se habían olvidado, la sensación de haber perdido unos derechos persistía; o, como dice Clapham, se «exageraba» en «el recuerdo popular». Veremos cómo Cobbett y Hunt, ambos agricultores, ayudaron a configurar el nuevo radicalismo urbano; pero los recuerdos rurales se alimentaron en la cultura de la clase obrera urbana a través de innumerables experiencias personales.[49] A lo largo del siglo XIX, el obrero urbano elaboró de forma articulada el odio al «hacendado aristócrata», que quizá su abuelo había alimentado en secreto: le gustaba ver al *squire* repudiado en horribles melodramas, e incluso prefería un Comité Protector a la caridad de lady Bountiful; consideraba que el terrateniente no tenía «derecho» a su riqueza, mientras que el propietario de la fábrica, aunque fuese con medios poco honrados, se la había «ganado». La respuesta de los miembros urbanos de las *trade unions* ante la deportación de los labriegos de Tolpuddle fue inmediata y abrumadora; y ante las luchas posteriores de la *Arch's union* apenas fue menor. Y el anhelo de tierra emerge una y otra vez, entremezclado con el deseo de «independencia» de los trabajadores a domicilio, desde los tiempos de Spence hasta el *Land Plan* cartista y más allá. Quizá sus vestigios se encuentren aún hoy entre nosotros, en las parcelas y los pequeños huertos. La tierra siempre lleva consigo asociaciones —de posición social, seguridad, derechos— más profundas que el valor de su cosecha.

La influencia de esto la encontramos, en un momento tan temprano como la década de 1790, en el odio jacobino hacia la aristocracia terrateniente. Esta fue una característica perdurable del radicalismo de los artesanos, alimentada por la *Agrarian Justice* de Paine y la propaganda de Spence en favor de la nacionalización

[48] Medida de superficie para medir tierras, que tiene unos 40 *poles* o *perches* (medidas de longitud que equivalen a 5,029 m), pero que pueden variar localmente. *(N. de la T.)*

[49] Richard Hoggart ha dado testimonio respecto de la supervivencia de recuerdos rurales entre la clase obrera de Leeds, en la década de 1930. Véase *Uses of Literacy*, 1957, pp. 23-25.

de la tierra. Durante la fuerte depresión de la posguerra, el doctor Watson y otros oradores se ganaron un gran apoyo por parte de los desempleados, los soldados y marineros licenciados que asistieron a los mítines de Spa Fields:

> los oficios y el comercio han sido aniquilados, pero la tierra, por naturaleza, todavía estaba preparada para sostener a la humanidad. La tierra siempre es suficiente para que el hombre supere la miseria (...) si por lo menos tiene una pala y un azadón.»[50]

En la década siguiente, a medida que el owenismo cambió de forma entre sus seguidores plebeyos, el sueño de una comunidad cooperativa basada en la tierra adquirió una fuerza extraordinaria.
Y de ese modo, al mito político de la libertad inglesa anterior al «Bastardo normando y su ejército de bandidos», se le añadió el mito social de la edad de oro de la comunidad aldeana antes de las *enclosures* y antes de las guerras:

> En eso reside que podamos ver la restauración de los viejos tiempos de Inglaterra, de la vieja comida inglesa, las viejas fiestas inglesas, y la vieja justicia inglesa, y que cada hombre viva con el sudor de su frente (...) cuando el tejedor trabajaba en su propio telar y desentumecía sus miembros en su propio campo, cuando las leyes reconocían el derecho del pobre a una abundancia de todo.

Quien lo dice es Feargus O'Connor, el líder cartista, que le daba proporciones gargantuescas al mito; pero Cobbett, Hunt, Oastler y otros muchos líderes radicales contribuyeron a ello. Se olvidaron del feroz código penal, las privaciones, los correccionales de la vieja Inglaterra; sin embargo, el mito de la comunidad paternalista perdida se convirtió en una fuerza de derecho propio, quizá una fuerza tan poderosa como las proyecciones utópicas de Owen y los socialistas. Decir que era un «mito» no quiere decir que todo fuera falso; más bien era un montaje de recuerdos, un «promedio» en el que cada pérdida y cada injuria queda insertada en un total. En su juventud, «el Viejo Robin» le dice al propietario de la fábrica —en un folleto de O'Connor—: «Todas esas calles nuevas que están detrás de la casa del señor Twist y el señor Grab y el señor Screw (...) eran *open fields*,[51] y los niños solían ir allí a los ocho, nueve, diez, once, sí, y a los doce años a emplear su tiempo jugando al críquet, al lazo, a las bolas y a la pelota (...) y a la pídola.» Luego vino la época «en que la gente rica aterrorizó a la gente pobre hasta sacarla de sus cabales con su «Ya viene» y «ellos ya vienen». «¿Quiénes son "ellos", Robin?»:

[50] W. M. Gurney, *Trial of James Watson*, 1817, I, p. 70.
[51] Sistema por el que la tierra cultivable de un pueblo se separaba en diversas porciones o franjas no cerradas y se distribuía entre los aldeanos. *(N. de la T.)*

Pues, *Boney*[52] y los franceses, seguro. Bien, fue la época en que la gente rica asustó a la gente pobre y le robó toda la tierra. Todo esto era comunal, señor Smith (...) Todo, a la derecha y a la izquierda, más allá de la prisión y los cuarteles todo era comunal. Y toda la gente de Devil's Dust tendría una vaca, o un burro, o un caballo en los pastos comunales, y jugarían a críquet y a carreras y a lucha libre (...)

(...) Construyeron el cuartel en un extremo y la iglesia en el otro (...) y, por fin, todo el pueblo tuvo que vender la vaca para pagar al abogado molinero, y al abogado recaudador (...) y ahora el hijo de uno de ellos es alcalde, y el del otro (...) es director de un banco. Sí, querido, muchos de los hombres honrados fueron colgados y deportados lejos de las viejas tierras comunales.[53]

Es una ironía histórica que no fuesen los jornaleros rurales, sino los obreros urbanos los que organizaron la mayor agitación coherente a nivel nacional en favor del retorno de la tierra. Algunos de ellos eran hijos y nietos de jornaleros, cuyo talento se había agudizado con la vida política de las ciudades, liberados de las sombras del *squire*. Algunos —los que apoyaban el *Land Plan*— eran tejedores y artesanos de ascendencia rural: «mi padre y mi abuelo y toda la gente de mi pueblo trabajaban la tierra y ésta no acabó con ellos, ¿por qué debería acabar conmigo?»[54] Enfrentado con los tiempos difíciles y el desempleo en los desiertos de ladrillo de las crecientes ciudades, el recuerdo de los derechos perdidos se alzó con la nueva amargura de la privación.

Nos hemos desviado lejos de los promedios. Esa era nuestra intención. Porque no podemos hacer un promedio del bienestar. Hemos atisbado algo de la otra cara del mundo de las novelas de Jane Austen y los que vivieron en aquella cara *experimentaron* el período como bastante catastrófico. «Cuando los agricultores se convirtieron en *gentlemen* —escribió Cobbett— sus jornaleros se convirtieron en *esclavos*.» Si es posible argumentar que, al final del proceso, hubo mejora, debemos recordar que la mejora fue para otra gente. Cuando comparamos a un labriego de Suffolk con su nieta que trabaja en una fábrica de los algodoneros, estamos comparando no dos niveles, sino dos formas de vida.

Sin embargo, hay dos puntos importantes que cabe señalar acerca de esos promedios. El primero es que, dadas las mismas cifras, es posible demostrar tanto un relativo declive como un aumento absoluto de la pobreza. La agricultura es una actividad con una demanda de trabajo inelástica: si en 1790, se necesitaban diez jornaleros en una explotación agrícola determinada, en 1830 podrían ser diez u —con arados perfeccionados y máquinas trilladoras— ocho. Podríamos demostrar que el jornalero o el carretero que tenían su empleo regular aumentaron sus

52 Se refiere a Bonaparte. (*N. de la T.*)
53 F. O'Connor, *The Employer and the Employed*, 1844, pp. 15, 41-42, 56.
54 *The Labourer*, 1847, p. 46.

salarios reales durante este período; mientras que el aumento demográfico de la aldea —trabajo eventual y desempleados— conducía a un aumento absoluto del número de los pobres. Y aunque esto podía ser más evidente en la agricultura, la misma hipótesis podría surgir en nuestra mente cuando tratemos la visión de conjunto a nivel nacional. Si, por mor de la discusión, tomamos la hipótesis de que un cuarenta por ciento de la población (10,5 millones) vivía por debajo de un nivel de pobreza determinado en 1790, pero en 1841 sólo el treinta por ciento de la población (18,1 millones) continuaba en la misma situación; sin embargo, nos encontramos con que el número absoluto de pobres habrá aumentado desde, más o menos, cuatro millones hasta bastante más de cinco millones. Se «notará» más pobreza, y por otra parte, habrá, de hecho, más gente pobre.

Esto no es hacer malabarismos con las cifras. Es posible que lo que ocurriese fuera algo de ese estilo. Pero a la vez ninguna valoración de los promedios de este tipo nos puede decir algo acerca de las relaciones humanas «medias». Para juzgarlas, estamos obligados a abrirnos camino como podamos a través de las problemáticas fuentes de información subjetivas. Y una opinión sobre este período debe incluir, con seguridad, alguna impresión del *gentleman* inglés «medio». No debemos aceptar el improperio de Cobbett: «la más cruel, la más insensible, la más brutal e insolente» de las criaturas de Dios. Pero tampoco debemos retroceder a algunas de las más sospechosas ideas que han reaparecido desde hace poco tiempo: «Los *gentlemen* rurales ingleses eran, ciertamente, quizá la más notable clase de hombres que jamás haya producido sociedad alguna en cualquier parte del mundo.»[55] En lugar de ésta, podemos dar la opinión de un trabajador del campo de Norfolk, en una carta anónima dirigida a los *gentlemen* de Ashill:

> Nos habéis sometido ya a la carga más pesada y nos habéis uncido al yugo más severo que jamás conocimos. Es demasiado cruel para soportarlo, a menudo nos habéis cegado diciéndonos que toda la culpa era de los que tienen un escaño en el Parlamento, pero (...) ellos no tienen nada que ver con la regulación de esta parroquia.
>
> Hacéis lo que queréis, les robáis a los pobres sus derechos comunales, roturáis la hierba que Dios mandó crecer para que el pobre pueda alimentar una vaca, un cerdo, un caballo y no un asno; dejáis inmundicias y piedras en el camino para impedir que crezca la hierba (...) Hay cinco o seis de vosotros que tenéis toda la tierra de esta parroquia en vuestras manos y desearíais ser ricos y matar de hambre a todos los demás pobres (...)
>
> Hemos contado que somos sesenta por cada uno de vosotros: por consiguiente ¿deberíais gobernar, siendo tantos contra uno?[56]

[55] R. J. White, *Waterloo to Peterloo*, 1957, pp. 40-44.
[56] Carta adjunta a la del reverendo Edwards a Sidmouth, 22 de mayo de 1816, H. O. 42.150.

Pero el odio especial de la comunidad rural se reservaba para el clero que consumía el diezmo. «Prepara tu perversa alma para la muerte», ésta es la amenaza que recibió un vicario de Essex en 1830, dentro de la carta había dos fósforos: «Tú y tu pandilla sois los más miserables de esta parroquia.» El párroco de Freshwater, en la isla de Wight, recibió una intimidación todavía más explícita de uno de sus parroquianos, en forma de un fuego suave acompañado de una carta. «Durante los últimos veinte años hemos vivido en una condición miserable para mantener tu maldito orgullo»:

> Lo que hemos hecho ahora es luchar contra nuestra Voluntad, pero tu corazón es tan duro como el corazón de un faraón (...) De modo que, de momento y por este fuego, no te lo debes tomar como una ofensa, porque si no te lo hubieses merecido no lo hubiésemos hecho. En cuanto a ti mi viejo amigo suerte que no estabas aquí, de lo contrario me temo que te hubieras asado, y si eso hubiese ocurrido cómo se hubieran reído los agricultores al ver a su párroco asado al fin.

Y finalizaba el escritor con el mismo humor:

> Y en cuanto a este pequeño fuego, no te asustes, cuando quememos tu granero será mucho peor.[57]

[57] Cartas adjuntas a las del reverendo W. M. Hurlock, 14 de diciembre de 1830, y el mismo reverendo Deán Wood, 29 de noviembre de 1830, en H. O. 52.7.

8
Artesanos y otros

Si en la agricultura el promedio es esquivo, no lo es menos cuando nos referimos a los trabajadores de la industria urbana. Todavía en 1830, el obrero industrial característico no trabajaba en una fábrica o factoría, sino, como artesano o «trabajador manual», en un pequeño taller o en su propia casa, o como peón, en empleos callejeros más o menos eventuales, en solares para edificación, en los muelles. Cuando Cobbett dirigía su *Political Register* hacia la gente común, en 1816, no lo hacía a la clase obrera, sino a los «Oficiales y Peones». Debajo del término «artesano» había grandes diferencias de grado, desde el próspero maestro artesano que tenía mano de obra empleada por cuenta propia y que era independiente de cualquier patrón, a los explotados peones de buhardilla. Por esa razón, es difícil dar cualquier estimación precisa del número y la posición social de los artesanos en los diferentes oficios. Los cuadros referentes a oficios del censo de 1831 no se esfuerzan en diferenciar entre el patrón, el que trabaja por cuenta propia y el peón.[1] Después de los jornaleros del campo y los criados domésticos —para Gran Bretaña, en 1831, se cuentan 670.491 mujeres empleadas en el servicio doméstico—, los oficios relacionados con la construcción componían el siguiente grupo más numeroso que daba trabajo a un conjunto de trescientos cincuenta a cuatrocientos mil hombres y muchachos en 1831. Dejando de lado las industrias textiles, en las que aún predominaba el trabajo a domicilio, el oficio artesano independiente más numeroso era el de la zapatería, con una estimación de 133.000 trabajadores masculinos adultos para 1831, seguido de la sastrería, con 74.000; estas cifras incluyen al patrón, al zapatero remendón o al sastre rural, al trabajador a domicilio, al tendero y al artesano propiamente dicho. Con respecto a

[1] Más tarde, Mayhew describió las estadísticas sobre ocupación como «crudas, no digeridas y esencialmente acientíficas», un documento «cuya insuficiencia es una desgracia nacional para nosotros, puesto que en ellas se encuentran revueltas las clases negociantes y trabajadoras en la más compleja confusión, y los oficios se hallan clasificados de una forma que avergonzaría al simple principiante».

Londres, el mayor centro artesano del mundo, para el que la doctora Dorothy George parece prestar su autoridad a una estimación grosera de cien mil oficiales de todo tipo a principios del siglo XIX, sir John Clapham nos informa:

> el típico obrero cualificado de Londres no era ni empleado de una fábrica de cerveza, ni carpintero de navíos, ni tejedor de seda, sino miembro de los oficios de la construcción, o zapatero, sastre, ebanista, impresor, relojero, joyero, panadero, (...) para mencionar los oficios principales, cada uno de los cuales tenía unos dos mil quinientos miembros adultos en 1831.[2]

Los salarios de los artesanos especializados, a principios del siglo XIX, estaban a menudo menos determinados por «la oferta y la demanda» en el mercado de trabajo que por nociones de prestigio social o «costumbre». La regulación tradicional de salarios puede abarcar muchas cosas, desde la posición conferida al artesano rural por la tradición, a la intrincada regulación institucional en los centros urbanos. La industria estaba todavía ampliamente dispersa por todas las zonas rurales. El calderero, el afilador y el buhonero solían llevar sus cacharros y sus habilidades de hacienda en hacienda y de feria en feria. En las poblaciones grandes habría albañiles, techadores, carpinteros, carreteros, zapateros, herreros; en las pequeñas ciudades donde se hacía mercado habría talabarteros, guarnicioneros, curtidores, sastres, zapateros, tejedores y muy posiblemente alguna especialidad local como, por ejemplo, hacer estribos, aplicar encajes a las almohadas, así como todo lo relacionado con los mesones de las postas, el transporte de la producción agrícola y el carbón, la molienda, el hornear y otras cosas por el estilo. Muchos de esos artesanos rurales eran más instruidos y polifacéticos que los trabajadores urbanos —tejedores, calceteros o mineros—, con los que entraban en contacto cuando iban a las ciudades, y se sentían «superiores» a ellos. Llevaban consigo sus propias costumbres, y sin duda algunas de ellas influyeron en la fijación de salarios y la gradación de éstos en los oficios de aquellas pequeñas ciudades que se convirtieron, con el tiempo, en grandes industrias urbanas: la construcción, la fabricación de carruajes e incluso la mecánica.

En muchas de las industrias de los pueblos, los precios se regían por la tradición más que por el cálculo del coste —que rara vez se conocía—, en especial cuando se utilizaban materiales —madera o piedra— locales. El herrero podía trabajar a tanto dinero la libra en un trabajo tosco y un poco más caro si se trataba de un trabajo

[2] Para esas cifras, véase *Parliamentary Papers*, 1833, XXXVII; Clapham, *op. cit.*, en especial pp. 72-74, y cap. 5: R. M. Martin, *Taxation of the British Empire*, 1833, pp. 193, 256.

delicado. George Sturt, en su clásico estudio de *The Wheelwright's Shop*, ha descrito hasta qué punto prevalecían todavía los precios tradicionales en Farnham cuando él se hizo cargo de la empresa de la familia en 1884:

> Mi gran problema fue averiguar los precios tradicionales. Dudo que hubiera un hombre de oficio en el distrito —estoy seguro de que no había ningún ruedero— que supiese en realidad cuál era el coste de su producción, o cuáles eran sus beneficios, o si ganaba o perdía dinero en un trabajo en particular.

Gran parte del beneficio provenía de las «chapuzas» y las reparaciones. En cuanto a las carretas y los carros, «la única posibilidad que tenía de sacar beneficio hubiese sido bajando la calidad de los productos; y esto quedaba excluido debido a la idiosincrasia de los hombres que trabajaban». Estos trabajaban al ritmo que su arte exigía: «posiblemente, y de manera apropiada, exageraban el respeto por la buena hechura y el buen material»; y en cuanto al último, «ocurría con cierta frecuencia que un trabajador disgustado se negara a utilizar el material que yo le había suministrado». En el trabajador se hallaba «depositado todo el saber local respecto de cómo debía ser el buen trabajo de un carretero».[3]

Las acostumbradas tradiciones de la artesanía traían normalmente consigo rudimentarias ideas de precio «equitativo» y de salario «justo». En las primeras discusiones de las *trade unions* eran tan destacados los criterios sociales y morales —la subsistencia, la dignidad, el orgullo de ciertos valores de la artesanía, las retribuciones tradicionales para los diversos grados de destreza—, como los argumentos estrictamente «económicos». El taller de ruedero de Sturt conservaba prácticas mucho más antiguas y era el primo rural de la industria de la construcción de coches en la ciudad, en la que —a principios del siglo XIX— había una verdadera jerarquía cuyas diferencias en los salarios apenas podían justificarse por motivos económicos. «Los salarios están en proporción a la minuciosidad del trabajo», se nos dice en un *Book of English Trade* de 1818: para los que hacen el armazón, de 2 libras a 3 libras por semana; los que cepillan y pulen la madera «cerca de dos guineas»; los que construyen el carruaje de 1 libra a 2 libras; el herrero alrededor de 30 *s*; mientras que los pintores tenían su propia jerarquía: los pintores heráldicos, que adornaban con emblemas los carruajes de los grandes y los ostentosos, cobraban desde 3 libras a 4 libras, los que pintaban el armazón cerca de 2 libras, y los oficiales pintores de 20 s a 30 s. Las diferencias respaldaban, o quizá reflejaban, gradaciones de prestigio social:

[3] G. Sturt, *The Wheelwright's Shop*, 1923, caps. 10, 37.

Los primeros son los que construyen el armazón; luego vienen los que construyen el carruaje; luego los que cepillan y pulen la madera, después los herreros; luego los que hacen las ballestas: luego los ruederos, los pintores, los niqueladores, los que hacen los tirantes de la suspensión, etc. Los que construyen el armazón son los más ricos de todos y entre ellos constituyen una especie de aristocracia a la que los demás trabajadores admiran con sentimientos medio de respeto, medio de envidia. Ellos advierten su importancia y tratan a los otros con diversas consideraciones: los que construyen los carruajes tienen derecho a una especie de familiaridad condescendiente; los que cepillan y pulen la madera son considerados demasiado buenos para ser despreciados; a un capataz de los pintores lo pueden tratar con respeto, pero los operarios de los pintores como mucho se pueden ver favorecidos con una inclinación de cabeza.[4]

Estas condiciones estaban respaldadas por las actividades de una «Sociedad de Socorro Mutuo de los Constructores de Coches» y sobrevivieron a la condena, en 1819 bajo las *Combination Acts*, del secretario general y otros veinte miembros de la sociedad. Pero en este punto, es importante observar ese uso primitivo del término «aristocracia» con referencia al artesano cualificado.[5] A veces se da por supuesto que el fenómeno de una «aristocracia obrera» coincidió con el sindicalismo de los obreros cualificados de las décadas de 1850 y 1860, o incluso fue una consecuencia del imperialismo. Pero de hecho, en los años comprendidos entre 1800 y 1850 encontramos a la vez una vieja y nueva elite del trabajo. La vieja elite estaba compuesta por los maestros artesanos que se consideraban tan «importantes» como los patronos, los tenderos o los profesionales.[6] Por ejemplo, el *Book of English Trades* cataloga al boticario, al abogado, al óptico y al escribano junto al carpintero, tintorero de pieles, sastre y alfarero. En algunas industrias, la posición privilegiada del artesano sobrevivió en la producción del taller o la fábrica, merced a la fuerza de la costumbre, o a la asociación y la restricción del aprendizaje, o porque el oficio siguió siendo altamente cualificado o especializado, como el trabajo delicado y «caprichoso» de las secciones de lujo de los oficios del vidrio, la madera y el metal. La nueva elite surgió con las nuevas técnicas en el acero, la mecánica y las

[4] W. B. Adams, *English Pleasure Carriages*, 1837, citado en E. Hobsbawm, «Custom, Wages and Work-load in Nineteenth Century Industry», en *Essays in Labour History*, compilado por A. Briggs y J. Saville, p. 116. (Hay trad. cast.: «Costumbre, salarios e intensidad de trabajo en la industria del siglo XIX» en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 352-383.)

[5] Otro uso primitivo del término se encuentra en el *First Report of the Constabulary Commissioners*, 1839, p. 134, en un contexto que indica que el término se difundió en aquel momento.

[6] Para la «aristocracia» del siglo XVIII, véase M. D. George, *op. cit.*, cap. 4.

industrias manufactureras. Esto está bastante claro por lo que a la mecánica se refiere, pero incluso en la industria del algodón debemos recordar la advertencia: «no todos somos hilanderos.» Entre las mil doscientas veinticinco subdivisiones de las secciones de empleo de la industria del algodón, que se enumeran en el censo de 1841, se encuentran los inspectores, los diversos tipos de «encargados de mantenimiento» especializados que ajustaban y reparaban las máquinas, los diseñadores de dibujos para el estampado del percal y multitud de otros oficios auxiliares cualificados en los que se podían ganar salarios excepcionales.

Si bien encontramos una aristocracia especialmente favorecida en los oficios de lujo de Londres y en el límite entre las especialidades y las funciones técnicas y de dirección en las grandes industrias manufactureras, también había una aristocracia inferior de artesanos o trabajadores privilegiados casi en cada una de las industrias especializadas. Esto lo podemos detectar si miramos, por un momento, a través de la visión inquisitiva y divertida de Thomas Large, un calcetero de Leicester que formó parte de una delegación que fue a Londres en 1812, para convencer a los miembros del Parlamento en favor de un proyecto de ley para regular las condiciones en la industria calcetera.[7] Cuando hubieron llegado a Londres, los tejedores de punto —que en aquel momento no tenían una *trade union* organizada de manera permanente, sino sencillamente un comité *ad hoc* que se había formado para promover la aprobación de su proyecto de ley— se pusieron en contacto con los sindicalistas de Londres que, a pesar de las *Combination Acts*, se encontraban con facilidad en sus locales de reunión:

> Hemos ocupado la misma sala en la que se reunió el comité de carpinteros—escribió Thomas Large a sus amigos de las Midlands— cuando decidieron acelerar el último proceso sobre el sistema de corte. Hemos tenido la oportunidad de hablar con ellos sobre el tema, ellos pensaban que nosotros teníamos un fondo en virtud del principio inalterable de responder cualquier demanda en cualquier momento, y si este hubiera sido el caso, nos hubiesen dejado dos o tres mil libras: ya que en el fondo que pertenece a ese Oficio hay veinte mil libras; pero cuando supieron que nuestro oficio no guardaba ningún fondo regular para mantenerse, en lugar de prestarnos dinero, hicieron un mecánico gesto de desprecio y se hicieron señas unos a otros con miradas significativas. Exclamando, ¡Que el Señor nos bendiga! ¡Qué locos¡¡Tienen muy merecido todo lo que les ocurre! ¡Y diez veces más! ¡Siempre habíamos pensado que los tejedores de punto eran un atajo de pobres criaturas! Tipos tan faltos de espíritu como sus bolsillos lo están de dinero. ¿Qué sería de nuestro oficio si no nos asociáramos? ¡Quizá, a día de hoy, seríamos tan pobres como vosotros! ¡Mirad los otros oficios! Todos se asocian, exceptuando

[7] Véase más adelante, pp. 580-585.

a los tejedores de Spitalfields, y en qué miserable condición se encuentran. Fijaos en los sastres, zapateros, encuadernadores, batidores de oro, impresores, albañiles, sastres especializados en confeccionar abrigos, sombrereros, tintoreros de pieles, canteros, hojalateros, ninguno de esos oficios cobra menos de 30 s por semana, y de aquello a cinco guineas todo es gracias a la asociación, sin ella sus oficios estarían tan mal como el vuestro.[8]

A la lista de Thomas Large se podrían añadir muchos más. Los cajistas y los periodistas estaban en aquel momento en el límite de los 30 s, línea de privilegio, habiendo sostenido una lucha particularmente dura para organizarse frente a los patronos asociados de Londres. Algunos trabajadores cualificados eran menos afortunados. La asociación de fundidores de tipos de letras se había disuelto y se afirmaba que sus salarios eran de 18 s a la semana, por promedio, en 1818, sin haber experimentado ningún avance desde 1790. Lo mismo era también cierto para los ópticos y los constructores de cañerías. El *Gorgon* indicaba en 1819 que el salario del «trabajador manual» medio de Londres podía ser de 25 s, si se hacía un promedio para todo el año.[9] Pero en 1824, cuando se revocan las *Combination Acts* y las *craft unions* de los oficios de Londres se mostraron abiertamente, es cuando podemos hacernos una idea de la «aristocracia inferior», con la mención de algunos oficios que aparecían con mayor frecuencia en las columnas del *Trades Newspaper* de 1825. A la larga lista de Large podemos añadir los toneleros, carpinteros de navío, aserradores, calafateadores de barcos, estiradores de alambre, fundidores de piezas navales, tratantes de pieles, curtidores, cordeleros, fundidores de latón, tintoreros de seda, relojeros, peleteros y otros. Es una lista impresionante, y esos hombres, tanto en Londres como en las ciudades más grandes, constituían el mismo corazón de la cultura artesana y de los movimientos políticos de esos años. Todos estos oficios de ningún modo gozaban de los mismos privilegios. En 1825, algunos de los oficios tenían menos de cien miembros y muy pocos excedían los quinientos. Había una gran variedad que iba desde grupos excepcionalmente privilegiados, como los tapiceros, que cobraban «enormes primas» por la admisión al aprendizaje; a los zapateros, los cuales, como veremos, se encontraban ya en las garras de una crisis que les estaba degradando a la posición de trabajadores a domicilio.[10]

[8] *Records of the Borough of Nottingham 1800-1835*, 1952, VIII, de Thomas Large al Comité de Tejedores de punto, 24 de abril de 1812.

[9] Véase *Gorgon* (17 de octubre, 21 y 28 de noviembre de 1818, 6 de febrero y 20 de marzo de 1819).

[10] *Trades Newspaper* (1825-1826), *passim*.

En las provincias encontraremos parecidos e importantes grupos de artesanos privilegiados o de trabajadores especializados, no sólo en los mismos oficios, sino en oficios que apenas estaban representados en Londres. Esto era particularmente cierto para la cuchillería de Sheffield y las pequeñas industrias de mercería de Birmingham. Más adelante, continuaron existiendo, hasta muy entrado el siglo XIX, los numerosos pequeños talleres que convirtieron a Birmingham en la metrópoli de los menestrales. Los talleres del Soho de Boulton tienen un papel importante en el crecimiento económico. Pero la gran mayoría de la población de la ciudad, a finales del siglo XVIII, estaba empleada en talleres muy pequeños, ya fuera como peones o como artesanos casi independientes. Enumerar algunos de los productos de Birmingham es evocar la intrincada constelación de especialidades: hebillas, cuchillería, espuelas, palmatorias, juguetes, pistolas, botones, mangos de látigo, cafeteras, escribanías, campanas, accesorios para carruajes, máquinas de vapor, tabaqueras, cañerías de plomo, joyería, lámparas, cacharros de cocina. Southey escribió en 1807: «Cada hombre que me encontraba apestaba a aceite de ballena y esmeril»[11]

Aquí, en el Black Country, el proceso de especialización durante las tres primeras décadas del siglo XIX tendió a trasladar los procesos más simples, como la fabricación de clavos y cadenas, a las poblaciones circundantes habitadas por trabajadores a domicilio, mientras que las actividades de especialización más elevada seguían estando en la propia metrópoli de Birmingham.[12] En estos oficios artesanos el abismo, en términos psicológicos y a veces económicos, entre el pequeño menestral y el oficial especializado podía ser menor que el que había entre el oficial y el trabajador urbano no cualificado. El acceso a un oficio completo podía estar limitado a los hijos de los que ya trabajaban en él o sólo se podía comprar mediante una elevada prima de aprendizaje. La restricción con respecto al acceso a un oficio podía estar respaldada por regulaciones corporativas —como las de la Compañía de Cuchilleros de Sheffield, que no fueron abolidas hasta 1814—, alentadas por los patronos y mantenidas por las *trade unions* bajo el sobrenombre de sociedades de socorro mutuo. A principios del siglo XIX, entre estos artesanos —observaron los Webb—: «tenemos todavía la sociedad industrial dividida de manera vertical, oficio por oficio, en lugar de horizontalmente entre patronos y asalariados.»[13] De igual modo,

[11] J.A. Langford, *A Century of Birmingham Life*, 1, p. 272; C. Gill, *History of Birmingham*, 1, pp. 95-98; Southey, *Letters from England*, Carta XXVI.

[12] Véase S. Timmins (Comp.), *Birmingham and the Midland Hardware District*, 1866, p. 110 *et passim*; H. D. Fong, *Triumph of Factory System in England*, Tientsin, 1930, pp. 165-169.

[13] S. y B. Webb, *The History of Trade unionism*, edición de 1950, pp. 45-46.

podía ocurrir que sólo los obreros de una sección privilegiada de una industria determinada consiguieran restringir o aumentar las condiciones de entrada en ella. Así, un estudio reciente de los mozos de cuerda de Londres ha revelado la fascinante complejidad de la historia de una sección de trabajadores —incluyendo a los mozos de cuerda de Billingsgate— de quienes, a primera vista, se podría pensar que eran trabajadores eventuales, pero que, en realidad, se encontraban bajo la vigilancia particular de las autoridades de la *City* y que mantenían una posición privilegiada dentro del océano del trabajo no cualificado, hasta mediados del siglo XIX.[14] Con más frecuencia la distinción se establecía entre el trabajador cualificado, o que había pasado un proceso de aprendizaje, y su operario: el herrero y su *striker*,[15] el albañil y su peón, el diseñador de estampados para la tela de percal y sus ayudantes, etc.

La distinción entre el artesano y el trabajador no cualificado —en términos de posición social, organización y remuneración económica— seguía siendo tan grande, si no mayor, en el Londres de Henry Mayhew de fines de la década de 1840 y la de 1850, como lo era durante las guerras napoleónicas. «Al pasar de los operarios especializados del *West-End* a los trabajadores no cualificados del barrio este de Londres —comentaba Mayhew—, el cambio moral e intelectual es tan grande, que parece como si estuvieras en otro país con otra población»:

> Los artesanos son, casi todos sin excepción, políticos vehementes. Tienen educación suficiente y son bastante serios para calibrar su importancia en el seno del Estado (...) Los peones no cualificados son un tipo de gente diferente. Hasta ahora son tan apolíticos como los lacayos, y en lugar de sostener violentas opiniones democráticas, parecen no tener opiniones políticas en absoluto; o, si las tienen (...) más bien apuntan hacia el mantenimiento de «las cosas como están» que hacia el poder de la población obrera.[16]

En el sur, la mayor participación en las sociedades de socorro mutuo se daba entre los artesanos[17] y también era entre ellos donde la organización de las *trade unions* era más estable y continuada, donde florecieron los movimientos educativos y religiosos y donde el owenismo enraizó con mayor profundidad. De nuevo, la costumbre

[14] W. M. Stern, *The Porters of London*, 1960.
[15] Operario ayudante en las herrerías que manejaba el mazo o martillo. *(N. de la T.)*
[16] H. Mayhew, *London Labour and the London Poor*, 1862, III, p. 243. Frente a ello se debería poner la afirmación de uno de los basureros de Mayhew: «No me preocupo de la política en absoluto, pero soy cartista.»
[17] Sobre la composición social de las sociedades de socorro mutuo, véase P. H. J. H. Gosden, *The Friendly Societies in England*, Manchester, 1961, pp. 71 y siguientes.

de «deambular» estaba tan extendida entre los artesanos, que un historiador la ha descrito como «el equivalente, para el artesano, del *Granel Tour*».[18] Veremos cómo su dignidad y su deseo de independencia tiñeron el radicalismo político de los años de posguerra. Y, por otra parte, si despojamos al artesano de su oficio y de las defensas que le proporcionaba su *trade union*, era una de las figuras más miserables del Londres de Mayhew. «Los trabajadores manuales desamparados —le dijo a Mayhew el Maestro de la Wandsworth and Clapham Union— son una clase totalmente diferente de los vagabundos habituales.» Sus casas de huéspedes y sus «locales de encuentro» eran diferentes de los de los vagabundos y de la fraternidad de los «viajeros»; sólo acudirían al asilo cuando estuviesen absolutamente desesperados: «Ha ocurrido algunas veces que, antes de solicitar la entrada, han vendido la camisa y el chaleco que llevaban puestos (...) El trabajador manual pobre irá a parar al asilo como un hombre perdido, asustado (...) Cuando le vapulean es como un pájaro fuera de su jaula; no sabe dónde ir, ni cómo conseguir algo.»[19]

El artesano de Londres se vería pocas veces tan abatido, había muchos estadios intermedios antes de llegar a la puerta del asilo. Su historia cambia mucho de oficio en oficio. Y si miramos más allá de Londres hacia los centros industriales del norte y las Midlands, encontraremos otras clases importantes de trabajadores cualificados u operarios de las fábricas —mineros en algunas cuencas mineras, hilanderos de algodón, obreros de la construcción cualificados, trabajadores especializados en las industrias del hierro y del metal— que están entre aquellos a quienes el profesor Ashton describe como «con posibilidad de compartir los beneficios del progreso económico». Entre ellos estaban los mineros de Durham, en el área de Sunderland, a quienes Cobbett describió en 1832:

> Aquí no se ve nada bonito, pero todo parece tener mucho valor, y una cosa importante es que los obreros viven bien (...) Los mineros reciben 24 chelines a la semana, no pagan alquiler, el combustible no les cuesta nada y el médico tampoco les cuesta nada. Su trabajo es terrible, por supuesto, y, quizá, no reciben lo que merecerían; pero, de cualquier modo, viven bien, sus casas y su mobiliario son buenos; y (...) sus vidas son todo lo bueno que razonablemente puede esperar la parte trabajadora de la humanidad.[20]

[18] E. J. Hobsbawm, «The Tramping Artisan», en *Econ. Hist. Review*, Serie 2, III (1950-1951), p. 313. (Hay trad. Cast.: «El artesano ambulante», en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 49-83)

[19] Mayhew, *op. cit.*, I, p. 351.

[20] *Rural Rides*, II, p. 294. Frente a esta descripción se deberían situar los tempestuosos incidentes ocurridos en la cuenca minera del noreste: el surgimiento y destrucción de la

Los mineros, que en muchos distritos eran casi una «casta hereditaria», tenían fama de ser unos asalariados que comparativamente ganaban bastante:

> Los muchachos de la mina de carbón obtienen oro y plata,
> Los muchachos de la fábrica nada obtienen, sino latón.[21]

El profesor Ashton considera probable que sus salarios fueran más elevados en la década de 1840 que en cualquiera de los años de la guerra, si se exceptúa el mejor. Pero probablemente sus condiciones de trabajo eran peores.[22]

Muchos grupos como éste aumentaron sus salarios reales entre 1790 y 1840. El progreso no fue tan uniforme ni tan continuo como a veces se supone. Estaba estrechamente relacionado con el éxito o el fracaso del sindicalismo en cada industria, y frente a esa serie salarial «optimista» se debe situar el desempleo o la jornada reducida según las estaciones. Pero si sólo nos preocupásemos de los «trabajadores asociados» cualificados que tenían un empleo regular, entonces la controversia en torno al nivel de vida haría tiempo que se habría resuelto por el lado optimista.

Pero de hecho, el problema en su conjunto presenta infinitas complejidades. El estudiante que se encuentra, en su libro de texto, con una confiada afirmación de este tipo:

> En 1830, el coste de la vida era un once por ciento más elevado que en 1790, pero en este lapso de tiempo los salarios urbanos habían aumentado, al parecer, por lo menos un cuarenta y tres por ciento.[23]

debería percibir inmediatamente el peligro. No sólo se trata de que los mismos índices del coste de la vida sean objeto de una seria disputa —el propio profesor Ashton ha descrito el índice sobre el que fundamenta su propia afirmación como derivado, quizá, de la dieta de un «diabético»—,[24] deberíamos darnos también cuenta de que el índice de salarios urbanos se basa, en lo fundamental, en los salarios de trabajadores cualificados con pleno empleo. Y es precisamente aquí donde aparecen multitud de problemas adicionales. ¿Por qué razón deberíamos suponer,

---

union de Hepburn, entre 1830 y 1832, referidos en R. Fynes, *The Miners of Northumberland and Durham*, caps. 4-6, y *The Skilled Labourer*, caps. 2 y 3.

21 *Collier lads get towd and silver, / Factory lads gets nowt but brass...*

22 Véase T. S. Ashton, «The Coal-Miners of the Eighteenth Century», *Econ. Journal* (Suplemento), 1 (1928), pp. 325, 331, 334.

23 T. S. Ashton, *The Industrial Revolution, 1760-1830*, 1948, p. 158.

24 T. S. Ashton en *Capitalism and the Historians*, p. 146.

en un período de crecimiento demográfico muy rápido, que la proporción de trabajadores cualificados con empleo en relación con la de trabajadores eventuales y desempleados debería evolucionar de manera favorable a los primeros? ¿Cuál es la razón por la que los historiadores sociales encuentren repetidamente datos que sugieren que este fue un período excepcionalmente penoso para las grandes masas de la población? ¿Cómo se explica —si los años que van de 1820 a 1850 revelan un aumento apreciable del nivel de vida— que después de treinta años más de mejora incuestionable, entre 1850 y 1880, los trabajadores no cualificados de Inglaterra viviesen todavía en las condiciones de privación extrema que demostraron, para la década de 1890, Booth y Rowntree?

La primera mitad del siglo XIX debemos verla como un período de subempleo crónico, en el que los oficios especializados son como islas amenazadas por todos lados por la innovación tecnológica y la irrupción del trabajo juvenil no cualificado. Los mismos salarios por trabajo cualificado esconden a menudo una serie de deducciones obligadas: alquiler de maquinaria, pago por el uso de fuerza motriz, multas por trabajo defectuoso o indisciplina, o sustracciones forzosas de otros tipos. La subcontratación era predominante en la minería, las industrias del hierro y la alfarería, y estaba bastante extendida en la construcción, por lo cual el «intermediario» o el «capataz» emplearía él mismo a trabajadores menos cualificados; mientras que los niños —los *pieceners*[25] en las hilanderías o los *hurryers*[26] en las minas— eran tradicionalmente empleados por el hilandero o el minero. Los hilanderos de algodón de Manchester declaraban, en 1818, que un salario de 2 libras 3 s 4 d estaba sujeto a las siguientes deducciones:

1.er *piecer* por semana	0	9	2
2.º *piecer* por semana	0	7	2
3.er *piecer* por semana	0	5	3
Velas, promedio, de invierno y verano, por semana	0	1	6
Enfermedad y otros gastos no previsibles	0	1	6
Gasto (en libras)	1	5	0

[25] Jóvenes empleados en las hilanderías para mantener los bastidores llenos de algodón en rama y para unir los cabos de los hilos que se rompían. (*N. de la T.*)

[26] Literalmente, uno que va deprisa o que empuja deprisa. (*N. de la T.*)

...y quedaba un resto de 18 s 4 d.27 Pueden citarse casos similares para todas las industrias, por lo cual los salarios mencionados por los obreros tienen una fisonomía distinta de los que mencionan los patronos. El «Truck», o pago en productos, y los «tommy shops» complican todavía más el panorama; mientras que los marineros y los trabajadores ribereños estaban sujetos a extorsiones peculiares, a menudo a manos de los taberneros, por ejemplo, los descargadores de carbón del Támesis —hasta la aparición, en 1843, de una ley que les protegía—, sólo podían obtener empleo a través de los taberneros, quienes, a su vez, sólo daban empleo a los hombres que consumían un cincuenta por ciento de su salario en la taberna.28

Cuando entraba en juego un oficio, el artesano se preocupaba tanto de mantener su posición frente al trabajador no cualificado, como de presionar a los patronos. Antes de 1830, son muy pocas las *trade unions* que trataban de atender los intereses de los cualificados y los no cualificados a la vez, en el mismo oficio; y cuando los constructores, durante el período de entusiasmo owenita, adoptaron propuestas que abarcaban a los peones, establecieron muy claramente la distinción:

> Estas logias[29] se deberían componer, gradualmente, por arquitectos, canteros, albañiles, carpinteros, pizarreros, yeseros, fontaneros, vidrieros, pintores; y también picapedreros, ladrilleros y peones tan pronto como se puedan preparar con mejores costumbres y más conocimiento que les permita actuar por sí mismos, ayudados por las otras secciones que tendrán un interés muy grande en mejorar el espíritu, la moral y la condición general de sus familias en el menor tiempo posible.[30]

Pero también debemos tener presente la *inseguridad* general de muchos oficios en un período de rápidas innovaciones técnicas y de débiles defensas de las *trade unions*. El invento devalúa simultáneamente los viejos oficios y encumbra otros nuevos. El proceso es poco uniforme. En fecha tan tardía como 1818, el *Book of English Trades* —un libro de bolsillo que se basa principalmente en los oficios de Londres— no cataloga los oficios de mecánico, constructor de máquinas de vapor o constructor de calderas; el tornero se consideraba todavía principalmente como ebanista y las

[27] *Black Dwarf* (9 de septiembre de 1818). Sin embargo el reconocimiento de las cuotas de una asociación mutua para enfermedad —y posiblemente de la *trade union*— como «gastos» necesarios indica una mejora en los niveles de vida.

[28] Véase G. W. Hilton, *The Truck System*, Cambridge, 1960, pp. 81-87 *et passim*.

[29] Taller de un grupo de *freemasons*. El *freemason* (francmasón) era miembro de un grupo determinado de canteros cualificados que iban de ciudad en ciudad trabajando en construcciones importantes. Se reconocían unos a otros por signos secretos y contraseñas. Por extensión se refiere a los talleres de cualquier oficio. *(N. de la T.)*

[30] *Pioneer* (septiembre 1833), en R. Postgate, *The Builder's History*, 1923, p. 93.

destrezas del mecánico se encuadraban en las del «maquinista»: un versátil maestro de muchos oficios, «considerablemente ingenioso y con un gran conocimiento mecánico» que «necesita del talento y la experiencia del ensamblador, el fundidor de latón y hierro, el herrero y el tornero, en su más amplia diversidad». Sólo diez años más tarde se publicó *The Operative Mechanic and British Machinist*, con no menos de novecientas páginas, que mostraba la extraordinaria diversidad de lo que en otro tiempo había sido el oficio de *mill-wright*.[31] Y la separación de nuevos oficios la podemos observar en la formación de las primeras sociedades o *trade unions* que más tarde iban a organizar los mecánicos; los bien organizados clubes de oficio de los *mill-wrights* dan lugar, a finales del siglo XVIII, a la *Friendly Society of Iron-moulders* (1809), la *Friendly and Benevolent Society of Vicemen and Turners* (Londres, 1818), la *Mechanic's Friendly Union Institution* (Bradford, 1822), *Steam Engine Makers Society* (Liverpool, 1824) y la *Friendly Union of Mechanics* (Manchester, 1826).

Pero la progresión de estas sociedades no nos debería llevar a suponer que se da un historial de avance continuo a medida que se establecen nuevos oficios. Por el contrario, puesto que el *mill-wright* era un aristócrata, al menos en Londres, que se encontraba protegido a la vez por su propia organización, que era tan poderosa que se esgrimió su existencia como razón para aprobar las *Combination Acts*,[32] y por las restricciones al aprendizaje, y que mantenía un salario de dos guineas en los primeros años del siglo XIX, la revocación de las cláusulas sobre aprendizaje del *Elizabethan Statute of Artificers* en 1814 le dejó expuesto a una seria competencia. En 1824, Alexander Galloway, que había sido secretario adjunto de la S. C. L. y era entonces uno de los patronos de mecánica importantes de Londres, puso de manifiesto que, después de la revocación, «cuando un hombre podía trabajar en cualquier empleo, tanto si había servido en él uno, dos, tres o ningún año, aquello decapitó todas las asociaciones». Los viejos *mill-wrights* estaban «tan derrotados por los nuevos trabajadores, que podríamos pasar sin ellos», mientras que el trabajo a destajo y otros incentivos completaban el desconcierto de los sindicalistas. A los *mill-wrights*, que «solían mofarse y desdeñar la reputación de un mecánico» considerándolo un oficio

[31] Diseñador o constructor de molinos o de maquinaria para molinos. *(N. de la T.)*

[32] Según un cierto «Statement of facts respecting the Journeymen *Mill-wrights*» en P.C.A. 158, los *mill-wrights* habían aumentado sus salarios desde 2 s 6 d a 3 s por día en 1775 y a 4 s 6 d por día en 1799. Los oficiales trabajaban para pequeños menestrales que a su vez estaban empleados por «cerveceros, molineros y diversos fabricantes», y cuyos talleres se paraban por cualquier huelga. De aquí que los oficiales en huelga pudieran hacer contratos con aquellos, compitiendo con sus propios patronos.

inferior y advenedizo, les tocaba ahora el turno de desaparecer. Se podían encontrar mecánicos que no habían pasado un período de aprendizaje, por 18 s a la semana; y la aplicación del principio automático al torno —el soporte de corredera o «carretilla» de Maudslay— llevó a la afluencia de los jóvenes y los no cualificados.

Por lo tanto ni siquiera esta industria —que seguramente es una de las más notables en relación a la introducción de nuevas técnicas— muestra una progresión cómoda en cuanto a posición y salarios, que sea proporcionada al ritmo de las innovaciones técnicas. Más bien, esta progresión muestra su punto más alto a finales del siglo XVIII: un declive rápido en la segunda década del siglo XIX, acompañada por una afluencia de mano de obra no cualificada y seguida del establecimiento de una nueva jerarquía y de nuevas formas de asociación. El trabajo era sumamente diferenciado, y durante algunos años, como indica la diversidad de nombres de las primeras *trade unions*, no se sabía a ciencia cierta qué oficio tendría la primacía.[33] La ascensión del mecánico especializado, en la industria de construcción de maquinaria, fue más fácil debido a la escasez de personas con su experiencia. El movimiento de la mano de obra en los primeros talleres mecánicos era prodigioso; Galloway que daba trabajo a unos ochenta o noventa hombres en 1824, declaraba que durante los doce años anteriores habían pasado entre mil y mil quinientos hombres por sus talleres; eso significa la total renovación de la mano de obra *per annum*. Agentes de algunos patronos extranjeros recorrían Inglaterra con la esperanza de atraer trabajadores cualificados hacia Francia, Rusia, Alemania y Norteamérica.[34] Naturalmente, los patronos de Londres sufrían en especial. Un agente extranjero —decía Galloway— «sólo tiene que apostarse a mis puertas cuando entran y salen, y obtener los nombres de los hombres más capaces: de ese modo se han hecho muchos contratos de este tipo». Por consiguiente, los salarios de los mejores hombres subieron constantemente mientras, hacia las décadas de 1830 y 1840, pertenecieron a una elite privilegiada. En 1845, en Messrs Hibbert y Platt's (Oldham), que era el primer taller de maquinaria textil de Gran Bretaña, con cerca de dos mil obreros empleados, se pagaban a los hombres valiosos salarios de 30 s y más. Los mecánicos —se lamentaba un obrero metodista— gastaban con

[33] Véase el testimonio de Galloway: «Nuestro negocio se compone de seis u ocho secciones diferentes: los que trabajan la madera, a los que llamamos carpinteros; éstos cuentan con buenos ebanistas, ensambladores, *mill-wrights* y otros que trabajan la madera; fundidores de hierro y de latón; herreros, fogoneros y martilladores; (...) prensadores y limadores; y torneros del latón, hierro y madera de todas las variedades.»

[34] En un esfuerzo por proteger la supremacía industrial británica, se declaró ilegal la salida del país para muchas clases de obreros especializados.

liberalidad, apostaban en las carreras de caballos y en las de galgos, adiestraban lebreles y comían carne «dos o tres veces al día». Sin embargo, ahora la rueda había dado la vuelta completa. Donde Galloway se había visto obligado a sobornar a sus mejores hombres para que se quedaran, en 1824, ahora el oficio de mecánico se había multiplicado hasta tal punto que Hibbert y Platt's podían seleccionar cuidadosamente sólo a los hombres mejor cualificados. «Vi a muchos principiantes —recuerda nuestro metodista— que fueron despedidos el mismo día, y algunos en un período de prueba todavía más corto.» El mecánico ya no podía confiar por más tiempo en la escasez de su oficio para proteger sus condiciones. Estaba obligado a volver al sindicalismo, y es significativo que Hibbert y Platt's fuese el centro de la agitación del plante de los mecánicos de 1851.[35]

También debemos tener en cuenta este solapamiento entre la extinción de los viejos oficios y el surgimiento de los nuevos. Uno detrás de otro, a medida que el siglo XIX avanza, los antiguos oficios domésticos se ven reemplazados en la industria textil: los «tundidores», los estampadores manuales de percal, los cardadores de la lana, los cortadores de fustán. Y sin embargo, hay ejemplos en sentido contrario de tareas laboriosas y mal pagadas, que se hacían a domicilio a veces realizadas por niños, que con la innovación técnica se transformaron en oficios celosamente defendidos. Así ocurrió con el cardado en la industria de la lana que se hacía con «cardas», cuyo lomo era de cuero, en el que había clavados miles de pequeños dientes de alambre; en las décadas de 1820 y 1830, este trabajo lo hacían niños al precio de ½s por 1.500 o 1.600 dientes colocados, y —nos cuentan de un pueblo pañero del West Riding— «en casi todos los hogares de los *cottages*, pequeños trabajadores que apenas si sabían andar aligeraban la monotonía de la fatigosa tarea poniendo un diente en la carda por cada habitante del pueblo, diciendo en voz alta cada nombre a la vez que insertaban el alambre que los representaba.[36] Menos de cincuenta años más tarde, las innovaciones en la maquinaria de fabricación de cardas habían permitido que la pequeña *union* del oficio de cardero y el de mantenimiento de maquinaria se situara en una posición privilegiada entre la «aristocracia» de la industria lanera.

[35] Véase The *Book of English Trades*, 1818, pp. 237-241; J. Nicholson, *The Operative Mechanic and British Machinist*, 1829; J. B. Jeffreys, *The Story of the Engineers*, 1945, pp. 9-18, 35 y siguientes; *First Report from Select Committee on Artizans and Machinery*, 1824, pp. 23-27; Clapham, *op. cit.*, I, pp. 151-157, 550; Thomas Wood, *Autobiography*, Leeds, 1856, p. 12 *et passim*. Véase también W. H. Chaloner, *The Hungry Forties: A Re-Examination*, Historical Association, 1957, en el que, sin embargo, se da a entender de manera imprudente que las buenas condiciones de los trabajadores cualificados en Hibbert y Platt's son más características de los «cuarenta» que las malas condiciones de los tejedores manuales.

[36] Frank Peel, «Old Cleckheaton», *Cleckheaton Guardian* (enero-abril 1884).

Pero cuando seguimos la historia de industrias particulares y vemos cómo surgen nuevos oficios a medida que declinan los viejos, puede ocurrir que olvidemos que el viejo oficio y el nuevo casi siempre constituían retribuciones para personas distintas. En la primera mitad del siglo XIX, los industriales favorecían cada innovación que les permitía prescindir de los artesanos varones adultos y reemplazarlos con mujeres o mano de obra juvenil. Incluso cuando se reemplazaba un oficio viejo con un nuevo proceso que exigía la misma o mayor destreza, pocas veces encontramos a los mismos trabajadores trasladados del uno al otro, o desde la producción doméstica a la fábrica. La inseguridad y la hostilidad frente a la maquinaria y la innovación, no era el resultado del simple prejuicio y, como a la sazón suponían las autoridades, del conocimiento insuficiente de la «economía política». El tundidor o el cardador de lana sabían bastante bien que, aunque la nueva maquinaria le podía ofrecer un empleo cualificado a su hijo, o al hijo de cualquier otro, a él no le ofrecería ninguno. Las recompensas de la «marcha del progreso» siempre parecían ser cosechadas por otros.

Cuando estudiemos el ludismo veremos esto con más claridad. Pero aun así, sólo estamos en la orilla del problema, porque esas inseguridades particulares eran sólo un aspecto de la inseguridad *general* de todos los oficios durante este período. La misma noción de regularidad en el empleo —en un puesto de trabajo, durante un número de años, por una cantidad regular de horas y un nivel salarial— es anacrónica. Hemos visto que en la agricultura el problema crónico era el del empleo a tiempo parcial. También era este el problema en la mayoría de industrias y en la experiencia urbana por lo común. El trabajador cualificado, que había seguido un proceso de aprendizaje, era propietario de sus herramientas de trabajo y trabajaba en un oficio durante toda la vida, era una minoría. Es de todos conocido que en los primeros estadios de la industrialización, las ciudades en crecimiento atraían mano de obra desarraigada y migratoria de todo tipo; esta es todavía la experiencia actual en África y Asia. Incluso los trabajadores establecidos pasaban con rapidez por una sucesión de empleos. Las series salariales extraídas de los sueldos que se pagaban en los oficios cualificados no nos ofrecen la realidad desagradable, e imposible de reducir a estadísticas, del ciclo del desempleo y del trabajo eventual que aparece en los recuerdos de un cartista del Yorkshire, que evocan su mocedad y su juventud desde finales de la década de 1820 hasta la de 1840:

Los años de colegio que se cuentan en *Tom Brown*[37] no significaban mucho para mí, puesto que nunca en mi vida asistí a un día de escuela; cuando era muy joven tuve que empezar a trabajar, y me sacaban de la cama entre las cuatro y las cinco en punto (...) en verano, para ir con un asno a una milla y media de distancia y luego participar en el ordeño de diversas vacas; y por la tarde tenía que ir de nuevo con la leche, y se harían las ocho antes de que acabara. Más tarde fui a un taller de cardas y allí tenía que hincar mil quinientos dientes de carda por ½s. Desde 1842 a 1848 no llegué a cobrar 9/- de salario semanal por término medio; el asilo y el trabajo eran difíciles de conseguir en aquella época y los salarios eran muy bajos. He sido tejedor de lana, cardador de lana, peón caminero en el ferrocarril y en el desmonte en la cantera, por todo ello declaro que conozco un poco la situación de las clases trabajadoras.[38]

Hay algunas pruebas que indican que el problema empeoraba alrededor de las décadas de 1820 y 1830 y durante los años cuarenta. Es decir, mientras los salarios evolucionaban, lenta pero favorablemente, en relación al coste de la vida, la proporción de trabajadores crónicamente subempleados evolucionaba de manera desfavorable en relación a los que tenían pleno empleo. Henry Mayhew, que dedicó una sección de su gran estudio de los pobres de Londres al problema del trabajo eventual, creía que éste era el punto capital del problema:

En todos los oficios hay (...) un *exceso de mano de obra*, y esto sólo tendería a darle al empleo de un amplio número de trabajadores un carácter eventual más que regular. En los oficios, en general, se hace el cálculo de que una tercera parte de la mano de obra está plenamente empleada, una tercera parte lo está parcialmente y una tercera parte está desempleada durante el año.[39]

Mayhew era sin comparación el mejor investigador social de mediados de siglo. Perspicaz, irónico, objetivo y, sin embargo, compasivo, sabía apreciar todas las particularidades desagradables que se le escapan a la medición estadística. En una época de investigación, buscaba los hechos que quienes trabajan con cifras olvidaban; escribió conscientemente a contra corriente de las ortodoxias de su época, poniendo de manifiesto sus propias terribles «leyes» de la economía política: «los salarios insuficientes provocan

[37] Referencia a la novela *Tom Brown's Schooldays* (1857) de Thomas Hughes, novela de ambientación escolar que se convirtió en un éxito y que se basa, en buena parte, en las propias experiencia de su autor. En el Reino Unido gozó de una gran influencia sobre este género de novelas. (*N. del ed.*)

[38] B. Wilson, *The Struggles of an Old Chartist*, Halifax, 1887, p. 13. El que trabajaba en el «desmonte de la cantera» era un cantero.

[39] Mayhew, *op. cit.*, II, p. 338. Las partes de la obra de Mayhew en las que me he basado más ampliamente para las próximas páginas incluyen su relato sobre los sastres y los zapateros en el *Morning Chronicle*, 1849, y *London Labour and the London Poor*, II, pp. 335-382, III, pp. 231 y siguientes.

un exceso de trabajo» y «el exceso de trabajo provoca los salarios insuficientes». Sabía que cuando un viento del este obstruía el paso por el Támesis, veinte mil estibadores de sus muelles quedaban de inmediato sin trabajo. Conocía las fluctuaciones estacionales del negocio de la madera o de la confección de gorras y la repostería. Se tomaba la molestia de averiguar durante cuántas horas y por cuántos meses al año estaban en realidad empleados los barrenderos y los carreteros que trajinaban basuras. Asistió a reuniones de los que trabajaban en los oficios que investigaba y tomaba nota de sus historias de vida. Si, como sugiere el profesor Ashton, la controversia sobre el nivel de vida se basa realmente en una «estimación» respecto de qué grupo tenía un mayor crecimiento, los que «tenían la posibilidad de participar de los beneficios del progreso económico» y «los que se hallaban excluidos», entonces la estimación de Mayhew merece nuestra atención.

Mayhew nos da su estimación de la siguiente forma:

> si calculamos que las clases trabajadoras totalizan entre cuatro y cinco millones de personas, creo que podemos afirmar con seguridad, teniendo en cuenta cuántos dependen de épocas particulares como las estaciones, las modas y las casualidades para obtener empleo, y teniendo en cuenta la gran cantidad de sobretrabajo y de trabajo chapucero que hay en casi todos los oficios (...), la cantidad de mujeres y niños que son incorporados continuamente a las diversas actividades manuales con el fin de reducir los ingresos de los hombres, en algunos casos el desplazamiento de trabajo humano por parte de la maquinaria (...), teniendo en cuenta todas estas cosas, afirmo que creo que podemos concluir que (...) apenas hay suficiente trabajo para el empleo *regular* de la mitad de nuestros trabajadores, de modo que sólo 1.500.000 de ellos tienen pleno empleo de forma constante, mientras que 1.500.000 más sólo están empleados la mitad de su tiempo, y los 1.500.000 restantes están completamente desempleados obteniendo *de vez en cuando* trabajo por un día debido al desplazamiento de alguno de los otros.[40]

Esto no pasa de ser una simple estimación, un intento de captar, en términos estadísticos, las complejidades de la experiencia de Londres. Pero se basa en otros hallazgos; en particular, que «por norma general (...) los hombres de cada oficio que pertenecían a una asociación comprenden más o menos a uno de cada diez del conjunto».[41] Los salarios de los hombres asociados eran los que

[40] Mayhew, *op. cit.*, II, pp. 364-365. *Cf. Mechanics Magazine* (6 de septiembre de 1823): «Es evidente que la razón por la cual no hay trabajo para la mitad de nuestra población es que la otra mitad trabaja el doble de lo que debería.»

[41] Según los datos que Mayhew presenta en otras partes, referentes a los ebanistas y los sastres, esto sería una exageración: quizás una cifra más probable sea uno de cada quince o uno de cada dieciséis.

estaban regulados por la tradición y la presión de las *trade unions*; los salarios de los hombres que no pertenecían a una asociación estaban «determinados por la competición». En Londres, hacia la década de 1840, había una demarcación clara entre las partes «honrosas» y «deshonrosas» de los mismos oficios; y los oficios en los que esta división era escandalosa incluían a los ebanistas, carpinteros y ensambladores, los que confeccionaban zapatos y botas, los sastres y todos los que trabajaban en la pañería y la industria de la construcción. La parte honrosa comprendía las secciones de lujo y calidad; la parte deshonrosa comprendía todo el abanico de lo «feo y barato»: los vestidos de confección, el mobiliario ostentoso u ordinario, costureros chapados y espejos baratos, trabajo subcontratado, por los *lumpers*,[42] en la construcción de iglesias, trabajo contratado para la armada o el gobierno.

En varios oficios, que Thomas Large había apuntado como a la vez organizados y bien pagados en 1812, se produjo un serio deterioro en cuanto a la posición social y al nivel de vida de los artesanos durante los siguientes treinta años. La degradación de los oficios adoptó muchas formas, y a veces sólo se consumaba después de un intenso conflicto, en algunos casos en fecha tan tardía como la década de 1830. Cuando William Lovett, que había sido aprendiz de cordelero en Penzance, fue a Londres en 1821 y —como no encontraba empleo en su propio oficio— intentó obtener trabajo como carpintero o ebanista, la distinción entre los oficios honrosos y deshonrosos todavía no era tan marcada. El hecho de no haber pasado el aprendizaje pesaba mucho contra él, pero después de algunas experiencias malas en un taller deshonroso, y experiencias peores al intentar vender sus propios productos por las calles, por fin consiguió empleo en un gran taller de ebanistería. Cuando descubrieron que no había hecho el aprendizaje:

> (...) hablaban de «ponerme encima a *Mother Shorney*», éste es un término en la jerga del oficio que significa esconderte tus herramientas, estropear tu trabajo y molestarte de tal modo que por fin te vayas del taller (...) Tan pronto (...) como supe sus intenciones (...) pensé que lo mejor era convocar una reunión de taller y exponer mi caso ante ellos. Para convocar una reunión de este tipo, el primer requisito era encargar una cantidad respetable de bebida —en general un galón[43] de cerveza—, y luego golpear el martillo y el garfio, los cuales haciendo un sonido similar al de una campana son una llamada que hace que todo el taller se agrupe alrededor de tu banco. Luego se elige un presidente y te invita a exponer tus problemas.

[42] Pequeño contratista. (*N. de la T.*)
[43] Medida de capacidad que equivale a 4,546 litros. (*N. de la T.*)

La explicación que hizo Lovett de su difícil situación satisfizo a los hombres; «pero las peticiones de bebida que me hacían algunos individuos, a cambio de enseñarme cómo hacer algún tipo particular de trabajo, junto con las multas y las cuentas del taller, a menudo ascendían a siete u ocho chelines por semana, que tenía que descontar de mi guinea».[44] Diez o veinte años más tarde no hubiese conseguido obtener empleo en un taller respetable o asociado: la influyente Sociedad de Ebanistas, de la que el propio Lovett llegó a ser presidente, había consolidado la posición de sus miembros en las ramas de calidad del oficio y había cerrado las puertas a la masa de mano de obra sin aprendizaje o semicualificada que clamaba desde fuera. Al mismo tiempo, el oficio deshonroso había proliferado;[45] los intermediarios habían instalado «mataderos» o grandes almacenes de mobiliario, y los pobres *garret-masters*[46] de Bethnal Green y Spitalfields empleaban a sus propias familias y a «aprendices» en hacer sillas y mobiliario de bajísima calidad para vender en los almacenes a precios de regalo. Incluso los obreros más desafortunados comprarían o reunirían poco a poco madera para construir costureros o mesas de baraja que vendían por las calles o saldaban a precios reducidos en las tiendas del East End.

La historia de cada oficio es distinta. Pero es posible indicar el esbozo de un modelo general. Aunque se acepta en general que los niveles de vida declinaron durante los aumentos de precios de los años de las guerras —y esto es verdaderamente cierto para los labriegos, los tejedores y los trabajadores no organizados en su conjunto—, con todo la guerra estimuló muchas industrias y contribuyó al pleno empleo. En Londres el arsenal, los astilleros y los muelles estaban llenos de actividad y había grandes contratos del gobierno para la confección de ropa y equipamientos destinados a los cuerpos militares. Birmingham prosperó de manera similar hasta los años del bloqueo continental. Los últimos años de la guerra presenciaron una erosión generalizada de las restricciones en el aprendizaje, tanto en la práctica como en la legislación, que culminaron en la revocación de las cláusulas de aprendizaje del *Elizabethan Statute of Artificers*, en 1814.

[44] W. Lovett, *Life and Struggles in Pursuit of Bread, Knowledge, and Freedom*, edición de 1920, I, pp. 31-32. Para la vieja costumbre de «pagar el derecho de ingreso» y el *maiden garnish* —cuando el obrero nuevo o el aprendiz tenían que invitar a beber a todo el taller—, véase J. D. Burn, *A Glimpse of the Social Condition of the Working Class*, sin fecha, pp. 39-40.

[45] Mayhew, III, p. 231, habla de 600-700 trabajadores asociados, y 4.000-5.000 trabajadores no asociados.

[46] Ebanista o cerrajero que trabajaba por cuenta propia, en general en unas condiciones muy precarias. De ahí el nombre que equivaldría a maestros de buhardilla. *(N. de la T.)*

Acorde con su posición social, los artesanos reaccionaron enérgicamente ante esa amenaza. Debemos recordar que en aquella época había muy poca escolarización y no existían ni institutos mecánicos ni escuelas técnicas, y que la técnica y el «misterio» del oficio se transmitían casi por completo mediante el precepto y el ejemplo en el taller, por parte del oficial a su aprendiz. Los artesanos consideraban este *secreto* como *propiedad* suya y afirmaban su derecho incuestionable al «uso y disfrute privado y exclusivo de sus (...) artes y oficios». En consecuencia, no sólo opusieron resistencia a la revocación, formándose en Londres un «consejo de oficios nacientes» y recogiendo 60.000 firmas a nivel nacional para una petición dirigida a *reforzar* las leyes del aprendizaje,[47] sino que hay pruebas de que, como consecuencia de la amenaza, los clubes de oficios se reforzaron realmente, de modo que muchos artesanos de Londres salieron de las guerras en una situación comparativamente fuerte.

Pero en este punto las historias de los diferentes oficios empiezan a divergir. La presión de la marea de los trabajadores no cualificados, que golpeaba las puertas, se abrió camino de distintas formas y con diversos grados de violencia. En algunos oficios la demarcación entre un oficio honroso y otro deshonroso podía detectarse ya en el siglo XVIII.[48] El hecho de que el oficio honroso hubiese mantenido su posición a pesar de la existencia, desde hacía mucho tiempo, de esta amenaza, se puede explicar por varias razones. Gran parte de los oficios del siglo XVIII se dedicaba a los artículos de lujo, lo cual exigía una calidad de hechura que no podía obtenerse con trabajo mal pagado. Además, en las épocas de pleno empleo, el oficio deshonroso a pequeña escala podía ofrecer, en realidad, mejores condiciones que aquellos oficios de los hombres que pertenecían a una asociación. Así, el *Gorgon* observó, en 1818, a propósito de los ópticos y los fundidores de tipos de imprenta, que habían aumentado:

> una pequeña clase de hombres de oficio, llamados *garret-masters*, que no sólo venden sus manufacturas a precio más bajo que las de aquellos que poseen un gran capital y que tienen el oficio en una escala más extensiva, sino que en realidad pagan salarios más elevados a los hombres que emplean. Creemos que esto es lo que ocurre en todos los oficios.[49]

[47] Véase T. K. Derry, «Repeal of the Apprenticeship Clauses of the Statute of Apprentices», *Econ. Hist. Review*, III (1931-1932), p. 67. Véase también p. 570.

[48] La doctora Dorothy George observa que hay *garret-masters* y *chamber-masters* entre los relojeros y los zapateros; véase *London Life in the 18th Century*, pp. 172-175, 197-198. Véase también E. W. Gilboy, *Wages in Eighteenth Century England*, Cambridge, Mass., 1934.

[49] *Gorgon* (21 de noviembre de 1818).

El perfil de esta demarcación se puede ver en la diferenciación que existía entre los sastres *Flint* y *Dung*, y entre los agresivos y bien organizados zapateros que confeccionaban zapatos para las damas y los trabajadores del oficio de confección de botas y zapatos para hombres. Sin embargo, los zapateros de ambos grupos fueron de los primeros que experimentaron de lleno el efecto del influjo de los trabajadores «ilegales». La posición de los londinenses se debilitó con el crecimiento de la gran industria de la bota y el zapato, en la que predominaba el trabajo a domicilio, de Northamptonshire y Staffordshire.[50] Allen Davenport, un socialista spenceano, recogió algunos incidentes de la historia de los zapateros de Londres:

> En 1810 empecé a trabajar para el señor Bainbridge, y entonces fue cuando asistí por primera vez a una reunión de taller, porque todos los talleres donde había trabajado con anterioridad estaban desconectados de cualquier reunión (...) quizá se les consideraba demasiado insignificantes (...) Fui recibido con amabilidad por los miembros de la quinta sección de operarios de mujeres —es decir, los que confeccionaban zapatos de mujer—, que luego se reunió en el York Arms, en Holborn: y en muy poco tiempo me convertí en delegado (...) Desde que ingresé hasta 1813, la de operarios de mujeres adquirió una gran fuerza en cuanto al número de sus miembros y experimentó un aumento considerable en cuanto a recursos pecuniarios. Teníamos a la vez catorce divisiones en Londres, que además de formar parte de la *union*, mantenían correspondencia regular con gente del oficio en cada ciudad y población de alguna importancia, por todo el reino. Pero hacia esta época el oficio inició un pleito contra un patrono que había empleado a un trabajador ilegal y se negaba a despedirle. El caso fue llevado a los Tribunales Reales por dos inteligentes compañeros de taller (...) ayudados por un abogado (...) Ganamos el caso, pero el proceso le costó al oficio cien libras que fueron dinero malgastado, porque casi inmediatamente después se revocó la ley de Elizabeth que consideraba ilegal que un patrono emplease a un hombre que no hubiese hecho el aprendizaje en nuestro oficio; y entonces el oficio quedó abierto a todo el mundo.

En la primavera de 1813, la *union* sostuvo una huelga en apoyo de una lista de precios detallada: «se concedieron todas las demandas y volvimos cómodamente a nuestro trabajo»:

> Pero algunos de los miembros más turbulentos, embriagados por el éxito de la última huelga, propusieron alocadamente que empezásemos otra huelga pocas semanas después (...) Esta arrogante forma de proceder suscitó una crisis en el oficio; los patronos, que hasta aquel momento no estaban asociados y no se conocían unos a otros, se alarmaron, se

[50] Véase Clapham, *op. cit.*, I, pp. 167-170; M. D. George, *op. cit.*, pp. 195-201; A. Fox, *History of the National Union of Boot and Shoe Operatives*, Oxford, 1958, pp. 12, 20-23. Para el reglamento de los Oficiales de la Confección de Botas y Zapatos, 1803, véase Aspinall, *op. cit.*, pp. 80-82.

reunieron y formaron una asociación y, al estar completamente organizados, resistieron la huelga; los hombres fueron derrotados y dispersados a los cuatro vientos y cientos de hombres, mujeres y niños sufrieron las mayores privaciones durante el invierno siguiente. En esta huelga sitúo la fecha de la caída del poder de los trabajadores, y el inicio del despotismo entre los patronos zapateros.[51]

Se puede calibrar el encarnizamiento de la lucha de los zapateros por el extremo radicalismo de muchos de sus miembros a lo largo de los años de posguerra. Los que confeccionaban zapatos para las damas alcanzaron su posición en los años del *boom*, 1820-1825; pero la recesión de 1826 mostró su debilidad inmediatamente. Los hombres organizados se encontraban rodeados de multitud de pequeños talleres «deshonrosos», en los que *snobs* o *translators*[52] confeccionaban zapatos a 8 d o 1 s el par. En el otoño de 1826, algunos de sus miembros fueron procesados por motín y asalto a raíz de una huelga de una duración de siete o más semanas; se afirmaba que un sindicalista le había dicho a un «esquirol» que «le deberían haber sacado el hígado por trabajar a un precio inferior».[53] Pero los obreros del ramo de la confección de botas y zapatos, a pesar de todo, mantuvieron algún tipo de organización nacional, y en la gran ola de creación de *unions*, de 1832-1834, los trabajadores a domicilio de Northamptonshire y Staffordshire se incorporaron a la misma lucha por la «igualación».[54] Sólo la destrucción generalizada del sindicalismo en 1834 les privó de su categoría de artesanos.

Los sastres mantuvieron su categoría de artesanos durante bastante más tiempo. Podemos tomar su *union* como modelo de las *trade unions* cuasilegales de los artesanos.[55] En 1818 Francis Place publicó el relato más completo que poseemos acerca de su actuación. Gracias a la organización eficaz los sastres de Londres habían conseguido empujar hacia arriba sus salarios durante la guerra, aunque probablemente quedándose un poco por detrás del avance del coste de la vida. Las cifras son las siguientes —en el promedio que ofrece Place—: 1795, 25 s; 1801, 27 s; 1807, 30 s; 1810, 33 s; 1813, 36 s. Con cada avance la resistencia de los patronos se volvió más firme: «En cualquiera de esos períodos, no se obtuvo un solo chelín que no fuese a la fuerza.» Y en los numerosos locales de reunión de

[51] *Life* de Davenport, reimpreso en National Co-operative Leader, 1861. Estoy en deuda con el señor Roydon por dirigir mi atención hacia esta fuente.

[52] La primera palabra hace referencia a los zapateros remendones. La segunda se refiere en particular a los remendones que remozan los zapatos viejos. *(N. de la T.)*

[53] *Trades Newspaper* (10 de septiembre, 10 de diciembre de 1826).

[54] Véase más adelante, p. 466, para la organización en Nantwich.

[55] Place consideraba que la asociación de los sastres era «con mucho, la más perfecta de todas». Pero, por supuesto, tenía la oportunidad excepcional de descubrir sus secretos.

los sastres *Flint* se llevaban libros con los nombres de los miembros, y los patronos las utilizaban virtualmente como agencias de colocación.[56] «Nadie está autorizado a pedir empleo», los patronos tienen que recurrir a la *union*. El trabajo se asignaba por lista de tanda y la *union* disciplinaba a quienes «no eran buenos trabajadores». Los sastres tenían una suscripción doble, la cotización más grande se reservaba para los subsidios y la más pequeña para las necesidades de la propia *union*. Estaban obligados a hacer una jornada laboral de doce horas, excepto en las épocas de pleno empleo. Había recaudaciones para los desempleados y se podían hacer recaudaciones especiales cuando se preparaba una huelga, con respecto a lo cual los miembros no hacían preguntas, incluso en el caso de que no se les hubiese explicado el objetivo. La dirección real de la *union* se protegía cuidadosamente de la persecución a que estaba sujeta bajo las *Combination Acts*. Cada local de reunión tenía un representante:

> escogido mediante una especie de acuerdo tácito, con frecuencia sin que una gran mayoría sepa quién ha sido escogido. Los representantes forman un comité, y escogen de nuevo, de forma algo parecida, un comité muy pequeño, en el que, en ocasiones muy especiales, reside todo el poder.

«Ninguna ley podía suprimirlo —escribió Place—, nada excepto la falta de reserva entre los mismos hombres podía impedir su existencia.» Y de hecho los «Caballeros de la Aguja» parecían sumamente fuertes, al menos hasta la recesión de 1826. Su organización se podría describir con imparcialidad como «casi un sistema militar». Pero en el propio relato de Place se escondía un presentimiento de debilidad:

> Están divididos en dos clases, llamadas *Flints y Dungs*; los *Flints* tienen más de treinta locales de reunión, y los *Dungs* alrededor de nueve o diez; los *Flints* trabajan por días, los *Dungs* por días o por piezas. Entre ellos existía una gran hostilidad anteriormente, porque los *Dungs* trabajaban en general a cambio de salarios más bajos, pero durante los últimos años no ha habido grandes diferencias en los salarios (...) y en algunas de las últimas huelgas, habitualmente ambas partes han hecho causa común.

Esto puede verse como un intento impresionante de mantener al oficio deshonroso en algún tipo de relación organizativa con los «*Flints*», que eran extremadamente conscientes de su posición social. En 1824, Place calculaba una proporción de un *Dung* por cada tres *Flints*; pero los «*Dungs* trabajan muchas más horas y

[56] *Cf.* anuncios como éste en los periódicos: «Trabajador competente para dirigir cualquier obra en la rama de la construcción, se puede conseguir dirigiéndose a los siguientes locales.» (oficiales carpinteros, en *Trades Newspaper* 17 de julio de 1825).

sus familias les ayudan». Hacia principios de la década de 1830, la marea del oficio barato y de confección ya no se podía refrenar por más tiempo. Los «Caballeros» fueron por fin degradados en 1834, sólo después de un conflicto formidable, en el que se dijo que veinte mil estaban en huelga bajo el lema de «igualación».[57]

John Wade todavía podía hablar de los sastres de Londres de 1833, como trabajadores «que tienen una remuneración más elevada de la que recibe por regla general la gente trabajadora de la metrópoli». En verdad, los citaba como un ejemplo de artesanos que gracias a la fuerza de su asociación habían «fortalecido sus propios intereses frente a los intereses del público y de otras gentes trabajadoras».[58] Sin embargo, cuando Mayhew empezó su investigación para el *Morning Chronicle*, en 1849, citaba a los sastres como uno de los peores ejemplos de industria explotada, «barata y de mala calidad». Mayhew calculaba que de los 23.517 sastres de Londres, en 1849 había 2.748 maestros sastres independientes. De los restantes, 3.000 eran hombres asociados en el oficio honroso —en comparación con los 5.000 o 6.000 que lo estaban en 1821—, y los 18.000 que estaban en el oficio deshonroso dependían completamente para sus ingresos de grandes intermediarios de los negocios del *slop*[59] o de la confección.

La situación de Londres no debería considerarse excepcional, aunque Londres fuese la Atenas del artesano. Y es importante observar que existe un modelo de explotación que contradice las pruebas de las tablas salariales recopiladas a partir de los precios de la mano de obra que se hallaba en los oficios honrosos. Éste adopta la forma tanto de la desintegración de las restricciones y las condiciones tradicionales, como de las defensas de las *trade unions*. En general es cierto que los oficios «artesanos» atravesaron dos períodos críticos de conflicto. El primero fue en 1812-1814, cuando las regulaciones referentes al aprendizaje fueron revocadas. Aquellos oficios, como el de los zapateros y el de los sastres, que tenían ya una organización fuerte, fueran las *unions* o los clubes del oficio, pudieron defender en alguna medida su situación después de la revocación, mediante huelgas y otras formas de acción directa, aunque en los mismos años se diera una mayor organización entre los patronos. Pero la consolidación en talleres «asociados» cerrados, entre 1815 y 1830, se

[57] *Gorgon* (26 de septiembre, 3 y 10 de octubre de 1818); *First Report (...) Artizans and Machinery*, 1824, pp. 45-46; Colé y Filson, *op. cit.*, pp. 106-107; [T. Carter], *Memoirs of a Working Man*, 1845, pp. 122-124. Para la huelga de 1834, véase G. D. H. Cole, *Attempts at General Union*, 1953. Para el antagonismo entre los organizados sombrereros y los deshonrosos «alcornoques», véase J. D. Burn, *op. cit.*, pp. 41-42, 49-50.

[58] J. Wade, *History of the Middle and Working Classes*, 5.ª edición, 1835, p. 293.

[59] Prendas de vestir, de confección, baratas y de mala calidad. *(N. de la T.)*

hizo a un precio. Se mantuvo a los «ilegales» fuera de las mejores partes del oficio sólo para aumentar el número de los que estaban fuera, en el desorganizado oficio «deshonroso». El segundo período crítico es 1833-1835, cuando, en la cresta de la gran ola de las *trade unions*, se hicieron intentos de «igualar» las condiciones, disminuir las horas de trabajo en el oficio honroso y suprimir el trabajo deshonroso. Esos intentos, señaladamente el de los sastres de Londres, no sólo fracasaron ante las fuerzas conjugadas de los patronos y el gobierno, además condujeron a un deterioro, al menos temporal, de la posición de los trabajadores «asociados». Los historiadores de la economía deberían considerar los casos de los mártires de Tolpuddle y de los grandes cierres patronales de 1834 como algo tan importante para todas las clases de trabajo como los radicales y los sindicalistas de la época consideraron que lo habían sido.[60]

Pero este conflicto entre los artesanos y los grandes patronos sólo fue parte de un modelo de explotación más general. La parte deshonrosa del oficio creció con el desplazamiento de los pequeños menestrales, que empleaban a unos pocos oficiales y aprendices, por parte de grandes «fábricas» e intermediarios, que empleaban trabajadores a domicilio o subcontrataban; con el hundimiento de cualquier protección significativa del aprendizaje —excepto en la honrosa isla— y el influjo de las mujeres y los niños, no cualificados; con el aumento de horas y de trabajo los domingos; y con la rebaja de los salarios, los precios del trabajo a destajo y por tarea realizada. La forma y la extensión del deterioro está en relación directa a las condiciones materiales de la industria: el coste de las materias primas, las herramientas, la cualificación necesaria, las condiciones que favorecen o desalientan la organización de las *trade unions*, la naturaleza del mercado. Así, los ebanistas y los zapateros podían obtener sus materiales baratos y ser propietarios de sus propias herramientas, de modo que el artesano sin empleo se establecía como *garret-master* o *chamber-master*,[61] con toda su familia trabajando —y quizá otros menores— cerca de siete días a la semana y vendiendo los productos por cuenta propia. Los carpinteros que necesitaban una inversión más costosa no tuvieron otra salida que los «grandes talleres» en los que se mantenía un ritmo infernal de producción de objetos de apenas valor bajo la vigilancia de un capataz, y donde cada hombre que se quedaba atrás era despedido. Los trabajadores de sastrería, que pocas veces podían adquirir sus propias telas, se volvieron totalmente dependientes de los intermediarios que cultivaban el trabajo externo a precios de

[60] La mejor descripción —aunque todavía incompleta— de este segundo período se encuentra en G. D. H. Cole, *Attempts at General Union*.

[61] Zapatero que trabaja en su propia casa. *(N. de la T.)*

explotación. La costura —un oficio notoriamente «explotado»— la hacían costureras, a menudo inmigrantes del campo o de pequeñas ciudades, en talleres contratados por establecimientos más grandes. El trabajador de la construcción, que no podía ni comprar sus ladrillos ni vender por su cuenta parte de la catedral que construía por las calles, se encontraba a merced del subcontratista; incluso el trabajador cualificado «asociado» esperaba que le despidiesen en los meses de invierno; y ambos tipos de trabajadores intentaban con frecuencia escapar de su situación apurada mediante la construcción especulativa directa; «la tierra —como dice Clapham— alquilada a cambio de promesas, los materiales conseguidos a base de créditos, con una hipoteca sobre la casa a medio construir, antes de ser vendida o arrendada, y un elevado riesgo de quiebra».[62] Por otra parte, el constructor de carruajes, el constructor de navíos o el mecánico que no eran propietarios de todas sus herramientas ni adquirían sus propios materiales, estaban, sin embargo, bien situados, en razón del carácter de su trabajo y de la escasez de personas de su oficio, para mantener o extender las defensas de la *trade union*.

En los viejos centros provinciales tuvo lugar un hundimiento parecido de la categoría del artesano. Se dan muchas complejidades y modificaciones. Por un lado, la industria de botas y zapatos de Stafford y de Northamptonshire había perdido desde hacía tiempo su carácter artesano y se llevaba a cabo a domicilio, en un momento en que los zapateros de Londres estaban todavía intentando frenar un tipo de oficio deshonroso. Por otra parte, la especialización extrema de la industria cuchillera de Sheffield —junto con las tradiciones políticas y de las *trade unions*, excepcionalmente fuertes, de unos obreros que habían sido los más resueltos jacobinos— había conducido al mantenimiento de la posición del trabajador cualificado en un mundo intermedio de semi-independencia, en donde trabajaba para un comerciante —y, a veces, para más de uno—, alquilaba su fuerza motriz en la «rueda pública» y observaba de manera estricta las listas de precios. A pesar de la Declaración de los Cuchilleros de Sheffield (1814) que abolía las restricciones que habían limitado el oficio a los hombres avecindados[63] y que daba paso a una situación en la que «cualquier persona puede trabajar en los oficios asociados sin necesidad de estar avecindado, y puede tomar cualquier número de aprendices por el tiempo que sea», las *unions* eran suficientemente fuertes —a veces con la ayuda del «robo y

[62] Clapham, *op. cit.*, I, p. 174.
[63] En el original inglés *freemen*, hombres que poseían los derechos de ciudadanía o vecindad de una ciudad. (*N. de la T.*)

la destrucción» y otras formas de intimidación— para frenar el avance de los no cualificados, aunque existía la amenaza continua de los «pequeños menestrales», a veces hombres «ilegales» u oficiales que trabajaban por cuenta propia, que intentaban rebajar los precios para competir con el oficio legal.[64] En las industrias de Birmingham se encuentran todo tipo de variantes, desde el gran taller, pasando por los laberintos de los pequeños talleres y los oficiales que trabajaban por cuenta propia, honrosos y deshonrosos, a los trabajadores a domicilio medio desnudos y degradados que vivían en las poblaciones donde se fabricaban clavos. Una descripción de Wolverhampton en 1819, nos muestra cómo aparecía el *garret master* en una época de depresión:

> El orden de las cosas (...) está completamente invertido. Hoy día, el último recurso del famélico oficial es establecerse como patrono, su patrono no le puede dar trabajo del que sacar cualquier beneficio y se ve obligado por lo tanto a despedirle; entonces el pobre infeliz vende su cama y compra un yunque, se procura un poco de hierro, y cuando ha manufacturado unos pocos artículos, los vende por ahí (...) a cambio de lo que le den (...) Antes podría haber cobrado 10 s a la semana trabajando como criado; pero ahora es afortunado si obtiene 1 s trabajando como patrono fabricante.[65]

En la industria de tejido de cintas de Coventry había otra situación intermedia, a medio camino entre trabajador a domicilio y artesano: los tejedores que conservaban una condición artesana precaria, eran propietarios de sus costosos telares y a veces empleaban a un mancebo; mientras que otros tejedores de la ciudad estaban empleados en talleres o fábricas por salarios equiparables, pero hacia el norte, en los pueblos tejedores había una amplia fuente de reserva de tejedores medio desempleados, que trabajaban a precios degradados como trabajadores a domicilio eventuales.[66]

Desde un punto de vista, puede considerarse que la auténtica industria a domicilio es aquella que ha perdido completamente su categoría artesanal y en la que no queda parte «honrosa» alguna del oficio:

---

[64] T. A. Ward (comp. A. B. Bell), *Peeps in to the Past*, 1909, pp. 216 y siguientes; S. Pollard, *A History of Labour in Sheffield*, Liverpool, 1959, cap. 2; Clapham, *op. cit.*, I, p. 174.

[65] *New Monthly Magazine* (1 de julio de 1819), citado por S. Maccoby, *op. cit.*, p. 335. Véase también T. S. Ashton, «The Domestic System in the Early Lancashire Tool Trade», *Econ. Journal* (Suplemento, 1926-1929), I, pp. 131 y siguientes.

[66] Véase el lúcido relato en J. Prest, *The Industrial Revolution in Coventry*, Oxford University Press, 1960, caps. 3 y 4.

Se puede decir que el trabajo capitalista a domicilio está establecido por completo sólo cuando el material pertenece al patrono comerciante y se le devuelve después de que el proceso, para el cual se necesita la destreza del trabajador a domicilio, se ha completado: la lana distribuida para ser hilada, el hilo distribuido para ser tejido, la camisa distribuida para «coser las costuras, poner escudetes y ribetes», el cuero que es devuelto en forma de botas.[67]

Clapham estimaba que esta era la «forma predominante» de organización industrial durante el reinado de Jorge IV; y si añadimos a los verdaderos trabajadores a domicilio —tejedores manuales, los que hacían clavos, la mayor parte de los cardadores, los que hacían cadenas, algunos trabajadores del calzado, los tejedores de punto, los cortadores de fustán, los guanteros, algunos alfareros, las encajeras de bolillos y muchos más—, el número de los que trabajaban en las partes «deshonrosas» de los oficios artesanos urbanos y de Londres probablemente siguió siendo dominante hasta 1840.

Más adelante estudiaremos al tejedor como ejemplo del trabajador a domicilio. Pero existen algunos aspectos generales que ponen en relación a los trabajadores a domicilio y a los artesanos. En primer lugar, no vale la pena dar razones convincentes de la situación de los tejedores o de los trabajadores del *slop* como «ejemplos del declinar de los viejos oficios que estaban siendo desplazados por un proceso mecánico»; ni tampoco aceptaremos la afirmación, en su contexto peyorativo, de que «los ingresos más bajos se daban, no entre los que trabajaban en la fábrica, sino entre los trabajadores a domicilio, cuyas tradiciones y métodos eran los del siglo XVIII».[68] Lo que nos sugieren estas afirmaciones es que estas condiciones se pueden, de algún modo, separar en nuestra mente del verdadero impulso de mejora de la Revolución industrial; pertenecen a un orden preindustrial «más viejo», en tanto que los auténticos rasgos del nuevo orden capitalista se pueden ver donde hay vapor, operarios de las fábricas y mecánicos que comen carne. Pero el número de los que trabajaban en la industria doméstica se multiplicó enormemente entre 1780 y 1830; y muy a menudo *el vapor y la fábrica eran los multiplicadores*. Los que empleaban a los trabajadores a domicilio eran las fábricas de hilo y las fundiciones que hacían varillas para clavos. La ideología puede desear exaltar una y desacreditar a la otra, pero los hechos nos deben llevar a decir que cada una era un componente complementario de un solo proceso. Este proceso multiplicó primero a los trabajadores manuales —estampadores manuales de percal, tejedores, cortadores de fustán, cardadores— y luego hizo desaparecer su sustento con la nueva maquinaria. Además, la degradación de los trabajadores a domicilio muy pocas

[67] Clapham, *op. cit.*, I, p. 179.
[68] F. A. Hayek y T. S. Ashton en *Capitalism and the Historians*, pp. 27-28, 36.

veces fue tan simple como indica la frase «desplazados por un proceso mecánico»; se llevó a cabo con métodos de explotación parecidos a los que había en los oficios deshonrosos y a menudo precedió a la competencia de la máquina. Tampoco es cierto que «las tradiciones y los métodos» de los trabajadores a domicilio «fueran los del siglo XVIII». El único grupo amplio de trabajadores a domicilio de aquel siglo cuyas condiciones anticiparon las de los proletarios a tiempo parcial del siglo XIX que hacían trabajo a domicilio son los tejedores de seda de Spitalfields; y esto debido a que la «Revolución industrial» en la seda precedió a la del algodón y la lana. En verdad, podemos decir que el trabajo a domicilio explotado a gran escala fue tan intrínseco a esta revolución, como lo fue la producción fabril o el vapor. Por lo que se refiere a las «tradiciones y métodos» de los trabajadores del *slop* en el oficio deshonroso, éstos, por supuesto, han sido endémicos durante siglos dondequiera que hubiese mano de obra barata y abundante. Sin embargo, debió aparecer como un cambio serio de las condiciones de los artesanos londinenses de finales del siglo XVIII.

Lo que podemos afirmar con seguridad es que el artesano *sentía* que su posición social y su nivel de vida estaban amenazados o se habían deteriorado entre 1815 y 1840. La innovación técnica y la superabundancia de mano de obra barata debilitaban su posición. No tenía derechos políticos y el poder del Estado se utilizaba, aunque sólo fuese de manera caprichosa, para destruir sus *trade unions*. Como demostró claramente Mayhew, el pago de un sueldo insuficiente en los oficios deshonrosos no sólo provocaba el trabajo excesivo, también provocaba que hubiese *menos* trabajo por todos lados. Esta experiencia es la que subyace a la radicalización política de los artesanos y, de forma más drástica, de los trabajadores a domicilio. Las injusticias reales e imaginadas se combinan para dar forma a su cólera: el prestigio perdido, la degradación económica directa, la pérdida del orgullo del oficio a medida que éste se envilecía, las perdidas aspiraciones de llegar a ser patronos, como todavía podían esperar los hombres de la generación de Hardy y Place. Los hombres que estaban «asociados», aunque eran más afortunados, no eran los menos radicales; muchos de los líderes de la clase obrera de Londres y las provincias provenían, lo mismo que William Lovett, de ese estrato social. Sólo habían podido mantener su posición social gracias a su ingreso en la militancia en las *trade unions*; y su forma de ganar el sustento les proporcionaba una educación corriente en los vicios de la competencia y las virtudes de la acción colectiva. Presenciaban cómo los vecinos o compañeros de taller menos afortunados, debido a un accidente o a su debilidad por la bebida, caían en los más bajos fondos. Quienes se encontraban en esos fondos eran los más necesitados, pero también quienes menos tiempo tenían de reflexión política.

Si los trabajadores del campo suspiraban por la tierra, los artesanos aspiraban a la «independencia». Esta aspiración tiñe gran parte de la historia del radicalismo primitivo de la clase obrera. Pero en Londres el sueño de convertirse en un pequeño menestral, que todavía era fuerte en la década de 1790 y aún lo era en Birmingham en la década de 1830, no podía sostenerse, en las décadas de 1820 y 1830, frente a las experiencias de los *chamber* o *garret-masters*; una «independencia» que significaba la esclavitud de toda la semana respecto de los almacenes o a los talleres de *slop*. Esto nos ayuda a explicar la súbita oleada de apoyo al owenismo, a finales de la década de 1820; las tradiciones de las *trade unions* y la aspiración a la independencia estaban entrelazadas en la idea del control social de los propios medios de subsistencia: se trataba de una independencia *colectiva*.[69] Cuando la mayor parte de las empresas owenitas fracasaron, el artesano de Londres todavía luchó hasta el final: cuando se acabaron el cuero, la madera y la tela, pasaron a engrosar el tropel de los vendedores callejeros que pregonaban la venta de cordones de zapato, de naranjas o nueces. Principalmente se trataba de trabajadores rurales que ingresaron en los «grandes talleres». El artesano de origen londinense apenas podía soportar el ritmo, pero tampoco quería convertirse en un proletario.

Quizá no hemos clarificado los índices salariales, pero hemos propuesto una forma de interpretar y criticar esos índices tal y como se nos presentan ahora. En particular, debemos averiguar siempre si las cifras se han obtenido a partir de los trabajadores asociados o no asociados y cuán lejos llegó la división, en cualquier oficio y en cualquier momento determinado. Hubo ciertas experiencias comunes a la mayor parte de oficios e industrias. Unas pocas no se vieron afectadas durante la depresión de la posguerra, y la mayor parte de ellas fueron boyantes entre 1820 y 1825; por supuesto, en un período como aquel, con el mayor índice de pleno empleo, los oficios deshonrosos podían extender realmente su radio de acción y pasar casi inadvertidos, puesto que no amenazaban la situación de los obreros asociados. Los doce meses posteriores a la revocación de las *Combination Acts* fueron un período de optimismo excepcional, cuando la prosperidad general, junto con el agresivo sindicalismo, llevó a considerables avances por parte de muchos grupos de trabajadores. En el verano de 1825, se publicó un informe de las alfarerías en el *Trades Newspaper*, que admitía su situación de prosperidad en un lenguaje completamente insólito en el periodismo radical u obrero de la época. «Sería difícil señalar un período (...) en el que las clases trabajadoras, excepción hecha de

[69] Véase la discusión del owenismo más adelante, pp. 831-858.

los tejedores, hayan disfrutado de un grado más elevado de bienestar.» Las alfarerías habían sido sacudidas, durante los ocho meses anteriores, por una verdadera oleada de huelgas:

> En Staffordshire, los carpinteros fueron los primeros en ponerse en huelga, y luego todos los demás oficios tomaron el relevo por turno. Los mineros sabían que los alfareros no podían seguir adelante sin ellos, y cuando los últimos hubieron obtenido un avance, no se levantó ni un solo pico, ni se bajó un solo cubo (...) Los alfareros resistieron un segundo momento y jugaron sus cartas con la siguiente declaración, que un trabajador ordinario hoy en día cobra 6s al día, mientras que un oficial de mayor categoría que trabaje a destajo ingresa realmente 3 libras a la semana. Incluso los sastres se negaron tenazmente a cortar, coser, planchar o hacer las costuras o acolchar un cuello, a menos que supieran la razón detallada; mientras que los animosos barberos (...) insistían en obtener un anticipo del 50 por 100.[79]

Gran parte de estas conquistas se perdieron en 1826, se recuperaron en los tres años siguientes y se volvieron a perder de nuevo a principios de la década de 1830. Y dentro de esta historia más amplia se encuentran las historias particulares de los oficios individuales. En general, en aquellas industrias en las que se necesitaba mucho capital, técnica y maquinaria el artesano perdió algo de su independencia, pero pasó a ser, por etapas bastante sencillas, un proletario especializado e incluso privilegiado: el *mill-wright* se convirtió en mecánico o trabajador del metal, el oficio de constructor de navíos estaba todavía dividido entre los oficios de la construcción naval. En aquellas industrias en las que se podía prescindir de trabajo o se podía hacer entrar mano de obra joven o no cualificada, el artesano conservaba algo de su independencia, pero sólo al precio de una inseguridad creciente y una seria pérdida de categoría.

Lo que más nos interesará, cuando volvamos a la historia política de los años de la posguerra, es el punto de vista del artesano. Podemos ser, por lo tanto, más impresionistas al tratar a aquellos que vivían en los bajos fondos indignos de aquel. De hecho, se conoce menos acerca de los trabajadores no cualificados durante las primeras décadas del siglo XIX, puesto que no tenían *unions*, pocas veces tenían líderes que articulasen sus agravios y pocos comités parlamentarios investigaron su situación a no ser como problema sanitario o de vivienda. El artesano degradado pocas veces tenía las condiciones físicas o las aptitudes necesarias para incorporarse a las penosas tareas semicualificadas o no cualificadas. Estos grupos de ocupación o bien se reclutaban a sí mismos

---

[79] *Trades Newspaper* (24 de julio de 1825). Véase también W. H. Warburton, *History of T. U. Organization in the North Staffordshire Potteries*, 1931, pp. 28-32.

o se ampliaban por medio de los inmigrantes rurales o irlandeses. Algunos de ellos ganaban buenos salarios a cambio de un trabajo irregular, en los muelles, como peones camineros o paleadores. Éstos se transforman en los «afortunados», o trabajadores eventuales; y los que se encontraban totalmente sin empleo e inmigraban a la ciudad podían quedar reducidos, al igual que el joven William Lovett cuando por primera vez llegó a Londres, a «una hogaza de pan de un penique al día y un trago de la fuente más cercana durante varias semanas seguidas». Él y un compatriota de Cornualles:

> en general nos levantábamos a las cinco de la mañana y andábamos por todas partes preguntando en diferentes talleres y edificios hasta las nueve; luego comprábamos una hogaza de un penique y la dividíamos entre los dos; luego volvíamos a andar por ahí hasta las cuatro o cinco de la tarde, hora a la que terminábamos nuestro día de trabajo con otra hogaza repartida; y nos íbamos a la cama muy temprano con los pies cansados y hambrientos.[71]

Pero esta disciplina austera para hacer que se estiren los últimos y pocos peniques era muy poco frecuente. La inseguridad habitual en el empleo, como saben todos los investigadores sociales, desalienta la previsión y da lugar al familiar ciclo de penuria alternado con las ocasionales parrandas con mucho gasto de dinero, cuando se tiene trabajo. Aquellos para quienes el «azar» se había convertido en una forma de vida —vendedores callejeros, mendigos y gorrones, pobres, delincuentes ocasionales y profesionales, el ejército— eran distintos de los peones: mozos de cuadra, barrenderos, trabajadores ribereños, peones de albañil, carreteros, etc. Algunos de los vendedores callejeros eran negociantes prósperos, otros eran sablistas incorregibles; otros, como los vendedores ambulantes, charlatanes y los vendedores de baladas, constituían una antítesis cómica y devastadora de las tesis sentenciosas de Edwin Chadwick y del doctor Kay. El entendimiento se queda anonadado ante los recursos de los seres humanos para sobrevivir, recolectando excrementos de perro o vendiendo pamplinas o escribiendo cartas a 1d o 2d por un tiempo determinado: para las cartas de amor «se necesita el mejor papel con orla dorada, un sobre de lujo y un diccionario». Verdaderamente, hacia la década de 1840, la mayor parte de los vendedores callejeros eran desesperadamente pobres. Siguiendo una profunda inspiración estadística, podemos aventurar la opinión de que el nivel de vida del delincuente medio —sin contar a las prostitutas— aumentó durante este período hasta el establecimiento de un cuerpo de policía eficaz, a finales de la década de 1830, puesto que las oportunidades de

[71] Lovett, *op. cit.*, 1, pp. 25-26.

robar en los almacenes, los mercados, las gabarras de los canales, los muelles y los ferrocarriles se multiplicaban. Con toda probabilidad muchos trabajadores eventuales complementaban de ese modo sus ingresos. Parecería que el auténtico delincuente profesional o «viajante», según su propia confesión, tenía un nivel de vida espléndido: se le puede considerar un «optimista». El nivel de las madres solteras, excepto en los distritos donde el trabajo femenino era abundante, como en el Lancashire, probablemente descendió: habían cometido una ofensa no sólo contra Wilberforce, sino contra Malthus y las leyes de la economía política.

Hubo una época en que una viuda con seis hijos de entre cinco y quince años, que viviese en una ciudad fabril, podía considerarse afortunada; y en la que un mendigo ciego era un «aristócrata» de la fraternidad de los vagabundos, con quien intentaban viajar quienes tenían la vista normal y quienes estaban sanos para compartir sus ingresos. «Un hombre ciego puede encontrar un guía para ir a cualquier sitio, porque sabe que obtendrá algo con seguridad», le dijo a Mayhew el ciego vendedor de cordones de zapatos. Viajando de casa de huéspedes en casa de huéspedes, desde mi Northumberland nativo hacia abajo, y llegando a ser «avisado en los trucos» del mendigar, «estuve cada vez más y más complacido con esta vida, y me preguntaba cómo cualquiera podía vivir de otro modo». Cuando por fin llegó a Londres, «a medida que andaba por las calles (...) no sabía si yo iba por las calles o si eran ellas las que me llevaban».[72]

Entre los optimistas también se encontraban los sumamente profesionales «sablistas», que tenían tantos disfraces como un transformista, y que se hacían eco de los cambios, según la situación del oficio, a base de apropiarse de las desgracias de otros: «el respetable hombre de oficio arruinado o el caballero juerguista venido a menos», «el hurto del trabajador manual indigente», «los marineros del portazgo en los canales»:

> Salí (...) como uno de la Brigada Shallow, vestido con una camisa y unos calzones Guernsey o unos pantalones andrajosos. Era una comitiva de cuatro. Sólo nos ganábamos justo la vida: 16 s o 1 libra entre todos. Solíamos abordar a todo aquel que se nos cruzaba —cargadores de carbón incluidos— capitanes de barcos de pesca. «Bien, mi noble capitán de pesquero —solíamos decir—, que nos disparen fuego y metralla desde vuestro arsenal de babor, a nosotros, *bulldogs* de Nelson.» (...) La Shallow se hizo tan conocida en Londres que los suministros escasearon y abandoné la armada de tierra. Los naufragios se volvieron algo tan corriente en las calles, sabe, que la gente ya no se preocupaba de ellos.[73]

[72] Mayhew, I, p. 452.
[73] *Ibid.*, I, p. 461. Durante algunos años después de las guerras, el mayor grupo de mendigos de Londres se componía de verdaderos marineros licenciados: *Fourth Report*

Los impostores, que estudiaban el mercado y eran ágiles para cambiar los surtidos de sufrimiento para satisfacer la cansada e inelástica demanda de compasión humana, tenían mejor suerte que las auténticas víctimas, que eran demasiado orgullosas o demasiado inexpertas para poner a la venta su propia miseria y sacar provecho de ella. Hacia la década de 1840 se conocían muchos de los trucos de los impostores; y el hombre de clase media, a menos que tuviese el conocimiento de la humanidad que poseían Dickens y Mayhew, veía en todas las palmas abiertas la prueba de la holgazanería y el fraude. Y por lo que se refiere al centro de Londres o de las grandes ciudades, podía estar perfectamente en lo cierto, puesto que andaba por un mundo surrealista: la palma abierta podía ser la de un receptador de cosas robadas; el hombre medio desnudo en medio de la nevada podía estar haciendo el «truco de tiritar»—«un buen truco en una estación bastante inclemente (...) no era tan buen recurso por dos tembleques al día como era antes»—; el niño sollozando en el arroyo sobre un paquete de té derramado y una historia sobre el cambio perdido, podría haber sido aleccionado por su madre para el timo. El minero que había perdido ambos brazos era un hombre que merecía la envidia por parte de los demás y: «Está el hombre con una pierna, que se sienta en el pavimento y cuenta una larga historia acerca de la vagoneta que le había atropellado en la mina. Lo hace muy bien, notablemente bien.»[74]

La mayor parte de las peores víctimas no estaban allí. Seguían, con sus familias, en las buhardillas de Spitalfields; los sótanos de Ancoats y el sur de Leeds; en las aldeas de trabajadores a domicilio. Podemos estar bastante seguros de que el nivel de vida de los pobres declinó. Los treinta años que conducen hasta las nuevas *Poor Laws* de 1834 presencian los continuos intentos de rebajar los impuestos para asistir a los pobres, acabar con la beneficencia fuera de los asilos o promover los asilos de nuevo tipo.[75] Crabbe escribió en *The Borough* (1810), no sobre una de las «Cárceles» de Chadwick, sino sobre un modelo anterior:

> No me gusta vuestro plan; con un número
> Habéis puesto a vuestros pobres, a ese grupo digno de lástima;
> Allí, en una casa, para toda la vida,
> El palacio de los pobres, al cual detestan ver:
> Aquel edificio gigantesco, con aquel elevado muro que lo rodea,
> Aquellos paseos desnudos, aquel vestíbulo grandioso e imponente

of the Society for the Suppression of Mendicity, 1822, p. 6.

[74] *Ibid.* I., p. 465.

[75] Véase J. D. Marshall, «The Nottinghamshire Reformers and their Contribution to the *New Poor Law*», *Econ. Hist. Review*, 2.ª serie, XIII (3 de abril de 1961).

Aquel reloj grande y estrepitoso, que da cada temida hora,
Aquellas verjas y cerraduras, y todos aquellos signos de poder:
Es una cárcel, con un nombre más suave,
En la que pocos viven sin miedo o vergüenza.[76]

La ley de 1834 y su aplicación subsiguiente, por parte de hombres como Chadwick y Kay, fue quizá el intento más prolongado, en la historia de Inglaterra, de imponer un dogma ideológico desafiando la evidencia de la necesidad humana. Ninguna discusión acerca del nivel de vida después de 1834 puede tener sentido, si no se analizan las consecuencias, a medida que preocupadas comisiones de vigilantes intentaban aplicar las insensatas circulares de órdenes de Chadwick referentes a la abolición o a la restricción salvaje de la beneficencia al margen de los asilos, en los centros industriales deprimidos; y si no sigue la pista al celo misional de los comisarios auxiliares en su intento de llevar la doctrinaria luz del benthamismo malthusiano al empírico norte. La doctrina de la disciplina y el control fue, desde el principio, más importante que la de la «menor elegibilidad» material.[77] el Estado más ingenioso hubiera encontrado difícil crear instituciones que simulasen condiciones peores que las de los *garret-masters*, los trabajadores de Dorset, los tejedores de punto y los que hacían clavos. Se desplazó la política de la miseria sistemática, poco práctica, por la de la disuasión psicológica: «trabajo, disciplina y control.» «Nuestra intención —dijo un comisario auxiliar— es hacer que los asilos se parezcan a las cárceles tanto como sea posible»; y otro añadía, «nuestro objetivo (...) es establecer allí dentro una disciplina tan severa y repulsiva como para convertirlo en un espanto para los pobres e impedir que ingresen». El doctor Kay señalaba con satisfacción sus éxitos en Norfolk; la reducción de la dieta demostró ser menos eficaz que «una observación minuciosa y regular de la rutina», los ejercicios religiosos, el silencio durante las comidas, «la obediencia inmediata», la separación total de sexos, separación de familias —incluso en el caso de que fuesen del mismo sexo—, trabajo en una reclusión absoluta. «He observado», anotaba en ese bastardo inglés ceremonial que algún día será tan chocante como las empulgaderas y los cepos:

[76] *Your plan I love not; with a number you / Have placed your por, your pitiable few; / There, in one house, throughout their lives to be. / The pauper-palace which they hate to see: / That giant building, that high-bounding Wall, / Those bare-worn walks, that lofty thund'ring hall! / That large loud clock, which tolls each dreaded hour, / Those gates and locks, and all those signs of power: / It is a prison, with a milder name, / Which few inhabit without dread or shame.*

[77] Se tenía la intención de que las condiciones de los pobres en los asilos después de 1834 fueran «menos elegibles» que las de los peones peor situados, que estaban fuera de ellos.

que se había conservado la costumbre de permitirles a los pobres retener sus posesiones mientras vivían entre las paredes del asilo, cajas, porcelana, prendas de vestir, etc (...) Por lo tanto, mandé que esos artículos fueran puestos en poder de varias gobernantas (...) y fueran depositados en la despensa. Al efectuar esos cambios en el asilo de la Cosford *Union*, el señor Plum encontró grandes cantidades de pan escondidas en las cajas —lo cual muestra cuán abundante es la dieta—, y asimismo encontró jabón y otros artículos hurtados de los almacenes del asilo (...) La mañana siguiente a este cambio doce mujeres pobres y sanas abandonaron la casa, diciendo que preferían trabajar fuera.

Ni las viudas con hijos, ni los viejos y los achacosos, ni los enfermos —seguía el doctor Kay, en pleno alarido al estilo de Chadwick— deberían librarse de esas humillaciones del asilo, por miedo a mantener la imprevisión y la impostura, y de socavar las motivaciones para la laboriosidad... la frugalidad... la prudencia... los deberes filiales... esfuerzos independientes de los labriegos durante sus años de capacidad y actividad...

¡Fue una notable victoria para el doctor Kay y el señor Plum! ¡Doce mujeres sanas se habían convertido en frugales y prudentes —¿quizá se habían transformado por arte de encantamiento de pesimistas en optimistas?— de golpe! Y sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, los informes incompletos de cuatrocientas cuarenta y tres *unions* de Inglaterra y Gales en las que estaban en funcionamiento las nuevas cárceles desde hacía tres meses de 1838 —con exclusión, entre otras áreas, del Lancashire y el West Riding— daban la cifra de 78.536 asilados. Hacia 1843 la cifra había subido hasta 197.179. El testimonio más elocuente de la intensidad de la pobreza reside en el hecho de que a pesar de todo, los pobres acudían a los asilos.[78]

[78] El testimonio del doctor Kay se encuentra en G. Cornewall Lewis, *Remarks on the Third Report of the Irish Poor Inquiry Commissioners*, 1837, pp. 34-35; los informes de los asilados en 1838, en el *Fifth Report of the Poor Law Commissioners*, 1839, pp. 11, 181; un ejemplo de las «insensatas» cartas de órdenes de Chadwick, cuando se contrastan con la necesidad de beneficencia durante la depresión industrial, se encuentra en su correspondencia con los vigilantes de Mansfield, *Third Annual Report P. L. C.*, 1837, pp. 117-119; *Tenth Annual Report*, 1844, p. 272. Entre la extensa literatura sobre las *Poor Laws*, recomiendo la lúcida descripción de la resistencia a ella en el norte, que se encuentra en C. Driver, *Tory Radical*, 1946, caps. 25 y 26.

9
Los tejedores

La leyenda de los buenos tiempos de antaño está constantemente presente en la historia de los tejedores del siglo XIX. Los recuerdos más intensos son los del Lancashire y el Yorkshire. Pero los recuerdos prevalecen en la mayor parte de Gran Bretaña y en la mayoría de las ramas de la industria textil. Por ejemplo, de los calceteros de las Midlands, en la década de 1780:

> Para la víspera de fiesta, el calcetero tenía guisantes y judías en su abrigado huerto, y un buen barril de espumosa cerveza.

Tenía «un traje de diario y uno para los domingos y mucho tiempo libre».[1] Acerca de los tejedores de Gloucester se decía:

> Sus pequeños *cottages* parecían felices y contentos (...) ocurría a menudo que un tejedor pedía ayuda a la parroquia (...) La paz y la satisfacción perduraban en la frente del tejedor.[2]

Del barrio de tejedores de lino de Belfast:

> un barrio que en una época fue notable por su pulcritud y su orden; recordaba sus casas blanqueadas y sus pequeños jardines floridos, y el aspecto decente de sus familias en los mercados o en el culto público. Esas casas eran ahora un montón de suciedad y miseria.[3]

La doctora Dorothy George, en su lúcida y persuasiva obra *England in Transition*, ha argumentado que la «época dorada», en general, fue un mito. Y sus argumentos se han impuesto.

---

[1] W. Gardiner, *Music and Friends*, 1838, I, p. 43. Véase también M. D. George, *England in Transition*, edición Penguin, 1953, p. 63.

[2] T. Exell, *Brief History of the Weavers of Gloucestershire*, citado en E. A. L. Moir, «The Gentlemen Clothiers», en H. P. R. Finberg (comp.), *Gloucestershire Studies*, Leicester, 1957, p. 247.

[3] Emmerson Tennant, miembro del Parlamento por Belfast, en la Cámara de los Comunes, el 28 de julio de 1835. Véase también, para los tejedores de seda de Spitalfields, el relato de Thelwall, aparecido con anterioridad, pp. 145-146.

Quizá lo han hecho con demasiada facilidad. Al fin y al cabo, si erigimos el bolo de una «edad de oro» no será difícil derribarlo. Verdaderamente, la situación de los tejedores de seda de Spitalfields en el siglo XVIII no era envidiable. Y es cierto que la organización capitalista de las industrias de la lana y el estambre del sudoeste y de Norwich pronto dio lugar a muchas formas de antagonismo que mostraban de antemano procesos desarrollados de forma más tardía en el Lancashire y el Yorkshire. Es cierto que las condiciones de las comunidades de tejedores del siglo XVIII fueron idealizadas por Gaskell en su influyente obra *Manufacturing Population of England* (1833); y por Engels cuando, siguiendo a Gaskell, evocó una imagen de los abuelos de los obreros de las fábricas de 1844 «llevando una vida virtuosa y pacífica con toda devoción y honradez».

Pero la realidad de un siglo XVIII con penuria y conflicto por un lado, y la idealización del siglo XIX por el otro, no acaban con el problema. Los recuerdos perduran. Y lo mismo ocurre con la abundante información que no permite una fácil interpretación. La existencia de ingresos complementarios que provenían de la agricultura en pequeña escala o simplemente de estrechas franjas de huerta, del hilado, del trabajo durante la cosecha, etc., está confirmada para la mayor parte del país. Han llegado pruebas arquitectónicas hasta nuestros días que testimonian la solidez de muchas pequeñas aldeas de tejedores de finales del siglo XVIII, situadas en los Peninos. Hoy en día, el error más común no es el de Gaskell y Engels, sino el del optimista que emborrona la naturaleza difícil y dolorosa del cambio de posición social, desde la de artesano a la del deprimido trabajador a domicilio, con algunas frases consoladoras como las siguientes:

> La visión de que el período anterior a la Revolución industrial fue una especie de edad de oro es un mito. Muchos de los males de la primera época de la fábrica no fueron peores que los de un período anterior. Los hilanderos y los tejedores domésticos del siglo XVIII habían sido «explotados» por los pañeros de manera tan despiadada como los obreros de las fábricas fueron «explotados» por los fabricantes en la década de 1840.[4]

De entre las relaciones tejedor-patrono que se encuentran en el siglo XVIII, podemos distinguir cuatro tipos: 1) La relación cliente-tejedor, el Silas Marner[5] que vivía en una situación de independencia en un pueblo o ciudad pequeña, de forma muy parecida a un maestro en sastrería, realizando los encargos para los clientes. Su

[4] Introducción de W.O. Henderson y W.H. Chaloner a F. Engels, *Condition of the Working Class in England in 1844*, 1958, p. XIV.

[5] Personaje principal de una novela de George Elliot que tiene por título el mismo nombre. Hay traducción castellana en Alianza Editorial. *(N. de la T.)*

número era decreciente, y aquí no debemos preocuparnos de él. 2) El tejedor, con la categoría de artesano superior, que trabajaba por cuenta propia, y lo hacía por piezas para una selección de patronos. 3) El oficial tejedor, que trabajaba en el taller del maestro pañero o, más comúnmente, en su propia casa y con su propio telar para un solo patrono. 4) El agricultor o pequeño propietario que también era tejedor y sólo trabajaba a tiempo parcial en el telar.

Los tres últimos grupos se interseccionan unos con otros, pero es útil hacer las distinciones. Por ejemplo, a mediados del siglo XVIII, en Manchester los oficios de la mercería y el tejido de telas de cuadros eran ampliamente controlados por tejedores-artesanos (grupo 2) con un elevado grado de organización. A medida que la industria del algodón se expandía, en la segunda mitad del siglo, más y más agricultores con pequeños trozos de tierra (grupo 4) se sentían tentados, gracias a los elevados salarios, de convertirse en tejedores a tiempo parcial. Al mismo tiempo, la industria lanera del West Riding seguía estando ampliamente organizada sobre la base de pañeros con pequeños talleres, en donde ellos mismos trabajaban, que empleaban a un puñado de mancebos y aprendices (grupo 3) en su propia unidad doméstica. Podemos simplificar las diversas experiencias de los años que van de 1780 a 1830, si decimos que estos años presenciaron la fusión de los tres grupos en uno solo cuya categoría se degradó en gran medida: el grupo de los proletarios a domicilio, que trabajaban en su propia casa, unas veces eran propietarios y otras veces alquilaban el telar, y que tejían el hilo según las órdenes del agente o representante de una fábrica o de algún intermediario. Perdieron la categoría y la seguridad que podían esperar los grupos 2 y 3, y los ingresos complementarios del grupo 4; se vieron expuestos a condiciones que, a juicio del artesano de Londres, eran completamente «deshonrosas».

Entre los tejedores del norte, los recuerdos de la condición perdida se basaban en experiencias auténticas y persistieron mucho más tiempo. En el West Country, hacia finales del siglo XVIII, los tejedores eran ya trabajadores a domicilio, empleados por el gran *gentleman* pañero que «compra la lana, paga por el hilado, tejido, batanado, teñido, tundido y apresto, etc.», y que podía dar trabajo hasta a mil obreros que trabajasen en esos procesos. Un testimonio del Yorkshire, de 1806, comparaba los dos sistemas. En el West Country,

> no existe lo que nosotros, en el Yorkshire, denominamos el sistema doméstico; al decir sistema doméstico, me refiero a los pañeros con pequeños talleres que viven en pueblos o en lugares aislados, con todas sus comodidades, sosteniendo el negocio con su propio capital (...) Tengo entendido que en el oeste de Inglaterra ocurre exactamente lo

contrario, allí el pañero es igual que el obrero común de una fábrica en el Yorkshire, excepto en que vive en una casa independiente; en el oeste le entregan la lana para que la teja, en el Yorkshire es propiedad del propio trabajador.[6]

Pero en la industria doméstica del Yorkshire, en el siglo XVIII, la lana era propiedad, no del tejedor, sino del maestro pañero que tenía un pequeño taller. La mayor parte de los tejedores eran oficiales que trabajaban para un solo pañero y, por mucho que luego se haya idealizado, estaban en una situación de dependencia. En un «Poema Descriptivo de las Costumbres de los Pañeros, compuesto hacia el año 1730»,[7] encontramos una imagen «idílica» de la vida de los pañeros. Nos muestra a los tejedores —no sabemos si Tom, Will, Jack, Joe y Mary son mancebos, aprendices o hijos e hijas del «Maestro»— comiendo en una misma mesa, después de haber empleado el «tiempo con las manos y los pies/¡Desde las cinco de la madrugada hasta las Ocho de la noche»:

Maestro—: Muchachos, os ruego que trabajéis con ahínco,
El paño debe estar listo el próximo día de mercado.
Y Tom tiene que ir mañana a casa de los hilanderos,
Y Will tiene que ir a buscar las bobinas;
Y Jack, mañana debe levantarse pronto,
E ir a la casa de aprestos para aprestar los paños,
Y hacer que os preparen el urdido de la pieza
Para que podáis montarla en el telar.
Joe, ve a darle pienso a mi caballo
Pues mañana quiero ir a los Wolds;
Así que encárgate de limpiar mis botas y mis zapatos,
Porque mañana me levantaré ¡muy *temprano*!
Mary, aquí hay lana, cógela y tiñela
¡Es aquella que está en el hatillo!
Ama—: Tal y como me estás diciendo qué trabajo debo hacer,
Creo que es más necesario que zurza tu camisa,
Te ruego que me digas, ¿quién debe sentarse en el torno de hilar?
¡Y nunca hay un bizcocho en la cesta!
Y nosotras tenemos que cocer al horno, amasar y mezclar,
Y ordeñar y mandar a los niños a la escuela,
Y hacer pastelitos de frutas para los muchachos,
E ir a buscar levadura, enferma y todo

[6] Citado por E. A. L. Moir, *op. cit.*, p. 226. Para la industria del oeste de Inglaterra, véase también D. M. Hunter, *The West of England Woolen Industry*, 1910, y J. de L. Mann, «Clothiers and Weavers in Wiltshire during the Eighteenth Century», en L. S. Presnell (comp.), *Studies in the Industrial Revolution*, 1960.

[7] La copia del manuscrito que se encuentra en la Leeds Reference Library ha sido transcrita por F. B. en *Publications of the Thoresby Society*, XLI, Parte 3, N.º 95 (1947), pp. 275-279; hay resúmenes en H. Heaton, *Yorkshire Woollen and Worsted Industries*, 1920, pp. 344-347. El libro del profesor Heaton sigue siendo la principal autoridad sobre la industria doméstica en el Yorkshire durante el siglo XVIII.

Y fregar platos mañana, tarde y noche,
Y lavar las escudillas con agua caliente y desnatar la leche,
¡E ir otra vez a por los niños cuando anochece![8]

La imagen nos induce a establecer una comparación con la nostálgica reconstrucción de Cobbett de las relaciones patriarcales que se establecían entre el agricultor del sur con pocas tierras y sus labriegos, que compartían su mesa y su suerte en el siglo XVIII. Es una imagen creíble de una época en que, en los distritos de Halifax y Leeds, casi todos los procesos de la fabricación del paño tenían lugar en una sola unidad doméstica. Hacia finales del siglo XVIII serían necesarias algunas modificaciones. El patrono ya no compraría la lana en los Wolds[9]—ahora podía comprar el hilo directamente a una hilandería— y los procesos de acabado se encargarían a talleres especializados. Ni era tan «libre» el mercado para sus piezas, aunque la última de las grandes Lonjas de Paños del *yeoman* se construyese en fecha tan tardía como 1779, y en la década de 1790 se estableciera una nueva lonja pirata en Leeds, en la que los comerciantes no autorizados, los «zapateros y hojalateros» que no habían hecho el aprendizaje y los tejedores que trabajaban por cuenta propia vendían sus paños. El pañero con un pequeño taller se iba haciendo progresivamente dependiente de los comerciantes, los agentes comerciales o las fábricas. Si tenía éxito, podía convertirse en un pequeño capitalista, que emplease a quince o veinte tejedores, muchos de los cuales trabajaban en sus propias casas. Si no lo tenía, podía encontrarse en la situación de perder su propia independencia; si perdía su beneficio al hacer un simple pago del trabajo encargado, podía quedar reducido a tejer el hilo bajo las órdenes de un intermediario. En los períodos malos para el oficio podía quedar endeudado con el comerciante. Estaba en camino de convertirse en un simple tejedor manual y, a medida que la competencia se hacía más intensa, la economía doméstica del ama de la casa se perdió debido a las exigencias del oficio.

[8] Quoth Maister —'Lads, work hard, I pray, / 'Cloth mun be pearked next Market day. / 'And Tom mun go to-morn to t'spinners, / 'And Will mun seek about for t'swingers; / 'And Jack, to-morn, by time be rising, /'And go to t'sizing house for sizing, /'And get you web, in warping, done / 'That ye may get it into t'loom. / 'Joe —got give my horse some corn / 'For I design for t'Wolds to-morn; / 'So mind and clean my boots and shoon, / 'For I'll be up it 'morn right soonl / 'Mary —there's wooltak thee and dye it / 'Ti's that 'at ligs i th'clouted sheet!'/ Mistress: 'So thou's setting me my wark, / 'I think I'd more need mend thy sark, / 'Prithie, who mun sit at' bobbin wheel? / 'And ne'er a cake at top o' the' creel! / 'And we to bake, and swing, to blend, / 'And milk, and barns to school to send, / 'And dumplins for the lads to mak, / 'And yeast to seek, and 'syk as that'! / 'And washing up, morn, noon and neet, / 'And bowls to scald, and milk to fleet, / 'And barns to fetch again at neet!

[9] Se usa en designaciones específicas de ciertas regiones montañosas de Inglaterra, por ejemplo, la zona montañosa del este y North Riding (Yorkshire Wolds). *(N. de la T.)*

Estos procesos fueron lentos y al principio no fueron excepcionalmente dolorosos. Entre quienes cabalgaron hacia York para votar por Wilberforce en 1807, había cientos de pañeros *yeomen*. Las complicadas subdivisiones de la industria permitieron a algunos menestrales sostenerse todavía durante cincuenta años más, mientras otros creaban pequeños talleres de acabado y de tundido. Además, el gran aumento de la producción de hilo forzaba una demanda especial sobre el trabajo del tejedor; entre los años 1780 y 1820, la pérdida de independencia y de categoría del pañero se vio paliada hasta cierto punto por la abundancia de trabajo. Y, si bien la categoría del Maestro, en algunos casos, estaba descendiendo y asemejándose a la de sus oficiales, la de Tom, Will, Jack y Joe parecía estar ascendiendo. A medida que los agentes comerciales y las fábricas buscaban tejedores, el oficial ganaba alguna independencia respecto del maestro pañero. Ahora podía elegir cuidadosamente a sus patronos. Esa fue, tanto por lo que se refiere a la lana como al algodón, la «época dorada» del oficial tejedor.

Las relaciones que se describen en el poema, para los primeros años del siglo XVIII, son idílicas sólo en un sentido patriarcal. En el debe, el mancebo no gozaba de una independencia mayor, con respecto a su amo, que la mano de obra con contrato anual en la explotación agrícola. El aprendiz de la parroquia, si se colocaba con un mal amo, estaba durante años en una situación cercana a la servidumbre. En el haber, el mancebo se consideraba más un «pañero» que un simple tejedor; su trabajo era variado, la mayor parte de él se realizaba en el telar, pero alguno tenía lugar fuera; tenía alguna esperanza de obtener crédito para comprar lana y convertirse en menestral por cuenta propia. Si trabajaba en su propia casa, en vez de hacerlo en el taller del amo, no estaba sujeto a disciplina alguna excepto la de su forma de hacer. Las relaciones entre los menestrales y sus trabajadores eran personales y algunas veces estrechas: seguían las mismas costumbres y eran fieles a los mismos valores comunitarios:

> Los *little makers*[10] (...) eran hombres que no se descubrían ante nadie, y no reconocían derecho alguno, por parte del *squire* ni del párroco, a hacer preguntas o entrometerse en sus asuntos (...) Su brusquedad y su forma simple de expresarse podía resultar a veces ofensiva (...) Si el *little maker* (...) ascendía alguna vez lo suficiente como para emplear a unos pocos de sus vecinos, no por ello dejaba de trabajar con sus propias manos, sino que trabajaba tan duro o quizá más que cualquiera de los que había empleado. No pretendía tener ninguna superioridad ni en la forma de hablar ni en la de vestir.[11]

[10] Fabricantes con pequeños talleres, equivalentes a menestrales. *(N. de la T.)*
[11] Frank Peel, «Old Cleckheaton», *Cleckheaton Guardian* (enero-abril de 1884). Peel, historiador local de gran precisión, escribía hacia la década de 1830 en una zona del West

El maestro pañero fue el campesino, o pequeño *kulak*, de la Revolución industrial; y con respecto a él se puede establecer la fama de franqueza e independencia del Yorkshire.

En la industria del algodón la historia es distinta. En ésta, la unidad de producción media es mayor y se pueden encontrar relaciones parecidas a las de Norwich y el oeste de Inglaterra desde finales del siglo XVIII. Hacia la década de 1750, los merceros y los tejedores de tela de cuadros de Manchester habían organizado poderosas sociedades del oficio. Estaban ya intentando mantener su posición por medio de resistir el influjo de la mano de obra que no había hecho el aprendizaje. Los trabajadores «ilegales» empezaron a «multiplicarse tan deprisa que aparecían uno detrás de otro». En verano, se quejaban los tejedores, esos hombres «acudían a trabajar al campo, por ejemplo a jornal», y en otoño «volverían de nuevo al telar y estarían satisfechos de trabajar a cualquier precio, o conformarse con hacer cualquier tipo de trabajo servil, antes que morir de hambre en invierno; y las condiciones a las que se resignaban, se convirtieron pronto en norma general».[12] Cuando los tejedores de telas de cuadros intentaron, en 1759, asegurar la imposición legal de las restricciones al aprendizaje, el juez del *Assize* dictó una sentencia desfavorable en la que se dejaban de lado las leyes del país en favor de las *todavía no establecidas* doctrinas de Adam Smith. Si se imponía el aprendizaje, «aquella libertad de establecer oficios (el fundamento de la actual condición floreciente de Manchester) [sería] destruida»:

> En los inicios del oficio, las leyes de la reina Elizabeth podían estar bien pensadas para el bienestar público; pero ahora, cuando ha alcanzado la perfección que podemos observar, quizá sería útil revocar dichas leyes, porque tienden a estorbar y a restringir aquel conocimiento que al principio era necesario obtener como norma.

Y en cuanto a las asociaciones, «si los inferiores tienen que dar órdenes a sus superiores, si el pie aspira a ser la cabeza (...) ¿con qué fin se promulgan las leyes?». Era el «deber indispensable de cada uno, como amigo de la comunidad, esforzarse por reprimirlas en sus inicios».[13]

Este notable veredicto se anticipaba en más de medio siglo a la revocación real del *Statute of Artificers*. Aunque de ningún modo desaparecieron sus organizaciones, los tejedores quedaron sin la menor sombra de protección legal, cuando el gran crecimiento de la producción de hilo que provenía de las primeras hilanderías

Riding, en donde los maestros pañeros persistieron durante más tiempo.

12 Véase A. P. Wadsworth y J. de L. Mann, *The Cotton Trade and Industrial Lancashire*, Manchester, 1931, p. 348.

13 *Ibid.*, pp. 366-367.

condujo a la asombrosa expansión del tejido por todo el sudeste del Lancashire. Es bien conocida la descripción hecha por Radcliffe de estos años en las tierras altas de los Peninos:

> como los talleres de tejido eran insuficientes, todos los trasteros, incluso los graneros viejos, los almacenes para carretas y los cobertizos de cualquier tipo se separaron, se abrieron ventanas en las paredes y se adecuaron todos para ser talleres de tejido. Al agotarse por fin este modo de hacer espacio, surgieron en todas direcciones nuevos *cottages* de tejedores con sus telares.[14]

Fue el telar y no la hilandería quien atrajo a los inmigrantes por miles. A partir de la década de 1770 en adelante, empezó la gran colonización de las tierras altas: Middleton, Oldham, Mottram, Rochdale. Bolton pasó de tener 5.339 habitantes en 1773 a tener 11.739 en 1789; al principio de las guerras, «a pesar del gran número que se han enrolado, no se consiguen con facilidad casas para la clase obrera; y el verano pasado se construyeron muchas casas en las afueras de la ciudad, que ahora ya están ocupadas».[15] Los agricultores con pequeñas explotaciones se transformaron en tejedores, y los trabajadores agrícolas y los artesanos inmigrantes ingresaron en el oficio. Radcliffe describió los quince años que van desde 1788 a 1803 como «la época dorada de este gran oficio» para las comunidades tejedoras:

> Sus viviendas y pequeños huertos limpios y bien arreglados; toda la familia bien vestida; los hombres cada uno con un reloj en su bolsillo, y las mujeres vestidas cada una a su gusto; la iglesia llena a rebosar todos los domingos; todas las casas bien amuebladas con un reloj de pared de elegante caoba o una caja lujosa; distinguidos servicios de té de Staffordshire (...) Alfarería de Birmingham y baterías de Sheffield para uso cotidiano u ornamento (...) muchas de las familias de los *cottages* tenían su vaca.[16]

Aquí la experiencia y el mito se encuentran entrelazados, al igual que en el relato de Gaskell acerca de las familias de tejedores que ganaban 4 libras a la semana en el cambio de siglo y en la descripción de Bamford de sus propios *Early Days* en Middleton. A través de un viejo diarista de Oldham sabemos que la prosperidad no se extendía hasta los tejedores de fustán, que constituían la rama más burda del oficio.[17] De hecho, probablemente sólo una minoría de tejedores

[14] W. Radcliffe, *Origin of Power Loom Weaving*, Stockport, 1828, p. 65.

[15] J. Aikin, *A Description of the Country... round Manchester*, 1795, p. 262. Obsérvese el temprano uso del término «clase obrera».

[16] Radcliffe, *op. cit.*, p. 167.

[17] Véase S. J. Chapman, *The Lancashire Cotton Industry*, Manchester, 1904, p. 40. Hay indicaciones de reducciones generalizadas alrededor de 1797. Una Asociación de Teje-

alcanzaba el nivel descrito por Radcliffe, pero muchos aspiraban a él. Durante esos quince o veinte años de prosperidad moderada surge en las comunidades de tejedores un modelo cultural diferenciado; un ritmo de trabajo y ocio; en algunos pueblos, un wesleyanismo más suave y más humanizado de lo que sería en las primeras décadas del siglo XIX —en la escuela dominical de Bamford le enseñaron tanto a escribir como a leer—, con líderes de clase y predicadores locales entre los tejedores; una agitación de radicalismo político y una profunda adhesión a los valores de la independencia.

Pero la prosperidad ocasionada por el vertiginoso aumento de producción de hilo hecho a máquina enmascaraba una pérdida de categoría más esencial. Es precisamente en la «época dorada» cuando el artesano, u oficial tejedor, se convierte en el genérico «tejedor manual». Excepto en algunas ramas especializadas, los viejos artesanos —habiendo sido totalmente derribados los muros del aprendizaje— quedaron equiparados con los nuevos inmigrantes; a la vez que muchos agricultores-tejedores abandonaron sus pequeñas explotaciones agrícolas para centrar su actividad en el telar. Reducidos a una dependencia completa respecto de la hilandería o de los *putters-out*[18] que llevaban hilo a las tierras altas, los tejedores estaban ahora expuestos a las reducciones salariales una vez tras otra.

La reducción de los salarios había sido sancionada desde hacía tiempo, no sólo por la codicia del patrono, sino por la teoría ampliamente difundida de que la pobreza era un estímulo fundamental para la industria. El autor de *Memoirs of Wool* estaba probablemente pensando en la industria del oeste de Inglaterra cuando escribió:

> Es un hecho bien conocido (...) que la escasez, hasta cierto punto, fomenta la industria, y que el fabricante que subsiste con tres días de trabajo estará ocioso y borracho el resto de la semana (...) Los pobres que viven en los condados manufactureros nunca trabajarán, en general, más tiempo del que les es exactamente necesario para vivir y mantener sus vicios semanales (...) Podemos afirmar con justicia que la reducción de salarios en la manufactura de la lana sería una bendición nacional y una mejora, y no sería un perjuicio real para los pobres. Gracias a ello, podríamos mantener nuestra industria, sostener nuestras rentas, y reformar al pueblo por añadidura.[19]

dores de Algodón, con sede en Bolton, afirmaba que los salarios se habían reducido una tercera parte entre 1797 y 1799; reverendo R. Bancroft, 29 de abril de 1799, P.C.A. 155; A. Weaver, *Address to the Inhabitants of Bolton*, Bolton, 1799; Radcliffe, *op. cit.*, pp. 12-11. Pero los salarios parecen haber alcanzado su máximo de 45 s a 50 s por semana, en Blackburn en 1802; *Blackburn Mail* (26 de mayo de 1802).

[18] Término derivado del verbo *to put out*: dar trabajo para que se realice fuera del establecimiento industrial o para que lo haga alguien que no tiene un empleo regular. *(N. de la T.)*

[19] J. Smith, *Memoirs of Wool*, 1747, II, p. 308.

Pero esta teoría la encontramos, de manera casi universal, entre los patronos, así como entre muchos magistrados y clérigos, y también la encontramos en los distritos algodoneros.[20] La prosperidad de los tejedores generó sentimientos de viva alarma en las mentes de algunos patronos y magistrados. Escribía un magistrado en 1818: «Hace algunos años los tejedores recibían unas retribuciones tan excesivas que trabajando tres o cuatro días a la semana se podían mantener con relativo nivel de lujo. (…) Gastaban gran parte de su tiempo y su dinero en las cervecerías, y en su casa la mesita del té estaba provista, dos veces al día, con una botella de ron y el mejor pan de trigo con mantequilla.»[21]

Durante las guerras napoleónicas, las reducciones las impusieron a veces los grandes patronos, a veces los patronos menos escrupulosos, a veces los menestrales o los tejedores que trabajaban por cuenta propia y que producían para las *commission houses*.[22] Cuando los mercados estaban inactivos, los fabricantes sacaban partido de la situación dando trabajo a los tejedores que estaban desesperados por encontrar cualquier trabajo a cualquier precio; por esa razón les obligaban a «fabricar gran cantidad de productos en un momento en que no eran en absoluto necesarios».[23] Cuando volvía a haber demanda, entonces lanzaban los productos al mercado a precio de saldo; de modo que después de cada recesión menor se daba un período en el que el mercado se hallaba abarrotado de mercancías baratas que, de ese modo, mantenían bajos los salarios al mismo nivel que tenían en la época de recesión. Las prácticas de algunos patronos eran sumamente desaprensivas, tanto por lo que hace a la deducción de penalizaciones por trabajo defectuoso como a la estafa en el peso del hilo. Sin embargo, a la vez que los salarios bajaban sin parar, el número de tejedores siguió creciendo durante las tres primeras décadas del siglo XIX; porque el tejido, junto con el trabajo no cualificado en general, constituía el gran recurso de los desempleados del norte. El tejido del fustán era pesado, monótono, pero se aprendía con facilidad. Los obreros agrícolas, los soldados desmovilizados, los inmigrantes irlandeses: todos seguían engrosando la mano de obra disponible.

Las primeras reducciones fuertes generalizadas tuvieron lugar en el cambio de siglo: se produjo una mejora a partir de los últimos dos años de las guerras, seguida por una nueva reducción después

[20] Véase Wadsworth y Mann, *op. cit.*, pp. 387 y siguientes.
[21] Aspinall, *op. cit.*, p. 271.
[22] Casas que subcontrataban trabajo, llamadas también «mataderos». *(N. de la T.)*
[23] Petición de los tejedores en favor de un proyecto de ley de salario mínimo, 1807, suscrito —según se afirma— por ciento treinta mil tejedores de algodón; véase J. L. y B. Hammond, *The Skilled Labourer*, p. 74.

de 1815 y una disminución ininterrumpida después. La primera petición de los tejedores, desde 1790 en adelante, fue de un salario mínimo legal; demanda a la que dieron apoyo algunos patronos como forma de imponer unas condiciones justas de competencia con sus rivales menos escrupulosos. Al rechazo de esta petición por parte de la Cámara de los Comunes, siguió una huelga durante la cual de diez a quince mil tejedores se manifestaron en días sucesivos en St. Georges Fields, Manchester. La manifestación fue dispersada, por orden de los magistrados, con derramamiento de sangre; y la actitud plenamente vengativa de las autoridades se hizo patente con el juicio y posterior encarcelamiento, por parte del Estado, de un destacado fabricante, el coronel Joseph Hanson de los Voluntarios, quien había prestado su apoyo al proyecto de ley de salario mínimo, por el delito de cabalgar entre los tejedores profiriendo «palabras rencorosas e incendiarias»: «Persiste en tu causa y seguro que triunfarás. Hoy, ni Nadin ni nadie de su banda te impedirán nada. *Gentlemen*, no podéis vivir de vuestro trabajo (...) Mi padre era tejedor; a mí me enseñaron el oficio de tejer; soy un auténtico amigo de los tejedores.» Más tarde, los tejedores rindieron homenaje al coronel Hanson en forma de una copa de plata, en la compra de la cual contribuyeron 39.600 personas. «Los efectos de ese desafortunado juicio —comentaba el historiador de Manchester, Archibald Prentice— se dejaron sentir durante mucho tiempo como una ofensa. Introdujeron aquel resentimiento de los empleados contra los patronos que se manifestó en 1812, 1817, 1819 y 1826.»[24]

Las fechas que ha escogido Prentice son las de la destrucción de telares mecánicos (1812, 1826), de la marcha de los tejedores de mantas (1817) y Peterloo (1819). Sin esperanza alguna de protección legal, los tejedores se dirigieron de manera más directa hacia los canales del radicalismo político.[25] Pero durante algunos años después de 1800, una alianza entre el metodismo y el gamberrismo de los partidarios de la «Iglesia y el Rey» mantuvo a la mayor parte de los tejedores como «legitimistas» políticos. Se dijo que veinte mil de ellos se alistaron en los Voluntarios al principio de las guerras, y que hubo un tiempo en que a uno le podían derribar de un golpe si criticaba la monarquía o la lista de los que cobraban una pensión real. «Tengo a la vista a dos o tres individuos —declaró un testigo de Bolton ante la Comisión Especial que investigaba sobre los tejedores manuales en 1834— que estuvieron en grave peligro por el hecho de ser reformadores de la vieja escuela.» Después de las guerras fue cuando se inició la verdadera corriente radical; y en 1818

[24] *State Trials de Howell*, vol. XXXI, pp. 1-98; Prentice, *op. cit.*, p. 33.
[25] Para los sucesos que conducen al ludismo (1812), véase más adelante, p. 585.

tuvo lugar una segunda confrontación crítica entre los tejedores y sus patronos. Fue el año de la gran huelga de hilanderos de algodón de Manchester, y del primer intento impresionante de sindicalismo generalizado: la *Philanthropic Hercules*. Una vez más los tejedores se pusieron en huelga, reunieron las lanzaderas y las encerraron en las capillas o los talleres, y no sólo lo hicieron en Manchester, sino en todas las ciudades de tejedores: Bolton, Bury, Burnley. La huelga finalizó con unas concesiones efímeras de parte de los patronos, y con el procesamiento y el encarcelamiento de varios de los líderes de los tejedores.[26] Fue el último movimiento de huelga general eficaz de los tejedores del Lancashire; después de esto, en la mayoría de las ramas los salarios siguieron siendo rebajados —9 s, 6 s, 4 s 6 d e incluso menos semanalmente por un trabajo sin regularidad— hasta la década de 1830.

Atribuir la causa de la degradación de las condiciones de los tejedores al telar mecánico constituye una simplificación excesiva.[27] La situación social de los tejedores se había quebrantado hacia 1813, en un momento en que el número total de telares mecánicos en el Reino Unido se estimaba en dos mil cuatrocientos y en que la competencia de lo mecánico con lo manual era en gran parte psicológica. El cálculo de telares mecánicos aumenta a catorce mil en 1820, pero incluso entonces el telar mecánico era lento y tosco y todavía no se había adaptado al sistema Jacquart, de modo que no podía tejer modelos con dibujos complejos. Puede argumentarse que el mismo bajo precio y la abundancia de mano de obra para el telar manual *retrasaron* la invención mecánica y la inversión de capital en el tejido. La degradación de los tejedores se parece mucho a la de los obreros de los oficios artesanos deshonrosos. Cada vez que se les rebajaban los salarios, su situación era más indefensa. Ahora el tejedor tenía que trabajar más horas por la noche para ganar menos; al trabajar más aumentaba la posibilidad de que otros quedaran sin empleo. Incluso los partidarios de la nueva «economía política» estaban horrorizados. «¿Ha visto alguna vez el doctor A. Smith un estado de cosas como éste?», exclamó un patrono humanitario, cuya honorable práctica fue la causa de su propia ruina:

> Es inútil leer su libro para encontrar remedio a una enfermedad que ni siquiera se imaginaba que existía, a saber: cien mil tejedores hacían el trabajo de ciento cincuenta mil cuando no había demanda —como se

[26] Hammond, *op. cit.*, pp. 109-121. Los documentos del Ministerio del Interior sobre la huelga de 1818, utilizados por los Hammond, son hoy asequibles por completo en Aspinall, *op. cit.*, pp. 246-310.

[27] Se pueden ver procesos similares en la industria del tejido de seda de Spitalfields, en el siglo XVIII, en los que el telar mecánico no intervino para nada. Véase M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, p. 187.

dice—, y lo hacían por la mitad de la manutención y el resto lo pagaban con los impuestos para asistir a los pobres, ¿podía imaginarse que los beneficios de una manufactura fueran lo que un patrono pudiera exprimir, más que otro, de los fatigosos ingresos de los pobres?[28]

«Cien mil tejedores hacían el trabajo de ciento cincuenta mil»: esta es la esencia de los oficios deshonrosos, como más tarde observó Mayhew para Londres; una reserva de mano de obra excedente, empleo a tiempo parcial, indefensión y la rebaja continua de los salarios de unos y otros. Las mismas circunstancias del trabajo de los tejedores, especialmente las de las pequeñas aldeas de las tierras altas, constituían un obstáculo adicional para el sindicalismo. Un tejedor de Salford explicaba esas condiciones ante la Comisión Especial de 1834:

> Las mismas circunstancias particulares en que se encuentran los tejedores manuales excluyen la posibilidad de que tengan el menor control sobre el valor de su propio trabajo (...) El hecho de que incluso los tejedores de un mismo patrono estén diseminados por un vasto distrito ofrece a ese patrono la continua oportunidad, si está dispuesto a hacerlo, de utilizar a sus tejedores como medios para reducir los salarios de unos y otros de manera alternativa; a algunos les dirá que otros están tejiendo por mucho menos y que no deben cobrar más o se quedarán sin trabajo, y a su vez les dice lo mismo a los demás (...) Ahora bien, la dificultad y la pérdida de tiempo que les acarrearía a los tejedores el descubrir la verdad o falsedad de esa afirmación, el miedo de que, en el ínterin, otros se entrometieran y le dejaran sin el trabajo que se le había ofrecido en aquellas condiciones (...), la envidia y el resentimiento encendidos en todos los espíritus, con su tendencia a dividirles por lo que hace a sentimientos y opiniones, todo se confabula para que la reducción se lleve a cabo, con seguridad.

El declive de los tejedores de lana y estambre del Yorkshire siguió un curso paralelo, aunque se rezagaran unos quince años o más con respecto a los cambios en el algodón. Las pruebas que se presentaron ante la Comisión del Oficio de la Lana de 1806 ponían de manifiesto que el sistema doméstico todavía dominaba la industria lanera. Pero los *little makers* iban disminuyendo: «muchas de las casas que antes eran ocupadas por patronos, ahora son casas de obreros»; mientras que, al mismo tiempo, los fabricantes comerciantes reunían una cantidad de telares manuales, así como de procesos de acabado, bajo un solo techo en «fábricas» no mecanizadas. «Una fábrica —decía un testigo— es el lugar en el que trabajan quizá unos doscientos obreros en un solo y el mismo edificio.» Las

[28] Hammond, *op. cit.*, p. 123. Véase también la impresionante declaración de los tejedores de Manchester en 1823, en el libro de los Hammond, *Town Labourer*, pp. 298-301.

fábricas —en particular las de Benjamin Gott de Leeds— dieron lugar a un acerbo disgusto tanto entre los menestrales como entre los oficiales, puesto que les estaban quitando los mejores clientes y estaban contratando trabajadores «ilegales» en los procesos de acabado, en los que los aprestadores o los tundidores estaban sumamente organizados. La riqueza, declaraba un testigo, «ha ido cada vez más a los contratistas». Los oficiales se quejaban de que las fábricas daban más trabajo a los tejedores a domicilio en las épocas de actividad, y les dejaban sin trabajo en las épocas de inactividad sin el menor escrúpulo, mientras que los maestros pañeros que tenían pequeños talleres todavía intentaban encontrar trabajo para sus propios mancebos. Además, incluso antes de la mecanización, las «fábricas» que tenían telares manuales vulneraban prejuicios morales profundamente arraigados. Entre los tundidores y los tejedores existía una *trade union* —la Comunidad de los Pañeros o «la Tradición»— cuyo objetivo declarado era unirse con los pañeros que tenían pequeños talleres para solicitar la restricción de las fábricas y la obligatoriedad del aprendizaje.[29]

Ni los *little makers*, ni los oficiales recibieron respuesta satisfactoria alguna que proviniese de la Cámara de los Comunes: sus peticiones sólo sirvieron para llamar la atención sobre su asociación y sobre los viejos estatutos paternalistas que un poco después fueron abolidos. En los distritos pañeros de Leeds y el valle de Spen, los pañeros que tenían pequeños talleres fueron tenaces y su declive se prolongó durante unos cincuenta años más. En los distritos de Bradford y Halifax, que trabajaban mayoritariamente el estambre, y en el distrito lanero suntuario al sur de Huddersfield, fue donde el *putting-out system*[30] se desarrolló más plenamente hacia la década de 1820; y, al igual que en el algodón, los tejedores fueron las víctimas del recorte de los salarios y de los comisionistas que almacenaban existencias de productos de precios rebajados.

Del mismo modo que los tundidores eran la elite artesana de la industria lanera, los cardadores eran los trabajadores de elite del estambre. Al controlar un cuello de botella en el proceso de fabricación, estaban en situación de mantener su posición tanto tiempo como pudiesen limitar la entrada a su oficio. Y esto lo habían conseguido con bastante éxito, gracias a su extraordinaria organización de *trade union* que se remontaba por lo menos a la década de 1740. A principios del siglo XIX, a pesar de las *Combination Acts*, tenían una organización nacional eficaz, una constitución imponente, con todos los inconvenientes de una *union* clandestina, y la fama de

[29] Véase más adelante, pp. 570-572.
[30] Organización de una red de trabajo a domicilio por parte de los comerciantes empresarios o *putters-out*. (*N. de la T.*)

rebeldía e indisciplina en cuanto a la organización del tiempo: «Vienen el lunes por la mañana, y cuando hayan encendido el fuego de la marmita de la carda, a menudo se irán y quizá no volverán hasta el miércoles, o incluso el jueves.(...) Siempre hay un banco de más en el taller, en el que pueden descansar los *ambulantes*.»[31]

En febrero de 1825, la fiesta en honor del obispo Blaize, el santo de los cardadores, se celebró en Bradford con una gran magnificencia.[32] En junio, como si fuera para señalar la transición hacia el nuevo industrialismo, se inició la huelga más dura de la historia de Bradford, en la que participaron veinte mil cardadores y tejedores, que tuvo una duración de veintitrés semanas y acabó en una derrota total para los huelguistas.[33] Las *Combination Acts* habían sido revocadas el año anterior. Habiendo empezado en demanda de mejoras salariales y racionalización, la huelga devino una lucha por el reconocimiento de la *union* y los patronos llegaron al punto de despedir de las hilanderías a todos los niños cuyos padres se negasen a firmar un documento de renuncia a la *union*. La contienda fue considerada como algo crucial en todo el país, y se recogieron más de 20.000 libras de ayuda para los fondos de la huelga. Después de la derrota, el cardador, de la noche a la mañana, pasó de ser un artesano privilegiado a ser un trabajador a domicilio indefenso. Las restricciones en el aprendizaje se habían acabado y, durante los años anteriores a 1825, miles de trabajadores se habían sentido atraídos hacia el oficio debido a los elevados salarios. Aunque algunos cardadores trabajaban en grandes talleres, para otros lo acostumbrado había sido reunirse en grupos de tres o cuatro que compartían un taller independiente. Ahora veían cómo aumentaba su número debido a cientos de recién llegados cuyo insalubre oficio se llevaba a cabo en sus propias casas. Aunque hacia 1825 existía ya maquinaria para el cardado, su utilidad era dudosa para el cardado de calidad; y el hecho de que la mano de obra para la carda fuera barata permitió que la amenaza de la maquinaria se mantuviera durante más de veinte años sobre sus cabezas. Durante este tiempo los cardadores siguieron distinguiéndose por su independencia y su política «democrática». La *union* calculó que en 1825 había siete mil u ocho mil empleados en el oficio, en Bradford; veinte años más tarde todavía había diez mil cardadores manuales en el distrito. Muchos de ellos llegaron, durante la década de 1820, desde los distritos agrícolas:

[31] *Book of English Trades*, 1818, p. 441.
[32] Véase más adelante, pp. 464-465.
[33] Para conocer relatos de la huelga, véase J. Burney, *History of Wool and Woolcombing*, 1889, pp. 166 y siguientes; J. James, *History of the Worsted Manufacture*, 1857, pp. 400 y siguientes; *Trades Newspaper* (junio-septiembre de 1826); W. Scruton, «The Great Strike of 1825», *Bradford Antiquary*, 1888, 1, pp. 67-73.

> Venían de Kendal, North Yorkshire, Leicester, Devonshire e incluso de Emerald Isle; de modo que si se permanecía una hora en una taberna —el cardador la llamaba la hora sedienta— se podía oír una perfecta Babel de dialectos diferentes (...) Su apego a la vida rural estaba claro por el hecho de que durante la siega del heno y la cosecha, abandonaban sus cardas, cogían su guadaña (...) y se iban a segar a su propia tierra (...) También eran aficionados a los pájaros, y a menudo transformaban sus talleres de carda en perfectos aviarios (...) Algunos cardadores tenían talento para la elocución y podían recitar con una capacidad maravillosa (...) Otros eran tan hábiles en la representación dramática que llegaban al extremo de constituir compañías.

Así reza un relato de Bradford.[34] Un relato que proviene de Cleckheaton se expresa en términos más sombríos:

> Quizá no existió jamás una clase de trabajadores más desgraciados que los viejos cardadores de lana. Todo el trabajo se hacía en sus propias casas, ocupando la mejor parte de sus *cottages*. Toda la familia, de seis u ocho miembros a veces, tanto hombres como mujeres, trabajaban juntos alrededor de una «marmita de carda» calentada con carbón vegetal, cuyos humos tenían un efecto nocivo sobre su salud. Si a eso añadimos que el taller era a la fuerza el dormitorio, no nos sorprenderá que los cardadores de lana estuviesen ojerosos de manera casi invariable (...) y que muchos de ellos no viviesen ni la mitad de sus días.

También sus esposas debían «permanecer a menudo atadas a la tarea y trabajar desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche como sus maridos».

> Otra peculiaridad de los cardadores de lana era que, sin excepción, eran políticos exaltados (...) El movimiento cartista no tuvo otros partidarios más entusiastas que ellos; su único libro de estudio era la *Northern Star*.[35]

Quizá ningún otro grupo fue arrojado, de forma tan precipitada, de las condiciones «honrosas» a las «deshonrosas» como los cardadores de lana. Los tejedores de estambre y de lana no habían conocido una posición tan privilegiada como la de los cardadores del siglo XVIII; y en un primer momento resistieron de manera menos resuelta a medida que sus salarios disminuían. En fecha tan tardía como 1830, el mayor patrono de tejedores manuales de Bradford escribía:

[34] W. Scruton, *Bradford Fifty Years Ago*, Bradford, 1897, pp. 95-96.

[35] Frank Peel, *op. cit.*, La situación de los cardadores en la década de 1840 se describe en J. Burney, *op. cit.*, pp. 175-185; su repentina desaparición debido al perfeccionamiento de la maquinaria del cardado, en Bradford a finales de la década de 1840, es descrita por E. Sigsworth en C. Fay, *Round About Industrial Britain, 1830-1850*, 1952, pp. 123-128; para su extinción en Halifax en 1856, véase E. Baines, *Yorkshire Past and Present*, II, p. 145.

Los tejedores son, de todos los tipos con los que tenemos que tratar, los más disciplinados y trabajadores, nunca en ningún momento, que yo sepa, han forzado un aumento de salarios, sino que se han resignado a todas las privaciones y sufrimientos con una paciencia y un dominio de sí mismos casi sin igual.[36]

Dos años más tarde, Cobbett fue a caballo por el distrito de Halifax e informó que:

Es verdaderamente lamentable contemplar a tantos miles de trabajadores, que anteriormente ganaban 20 o 30 chelines por semana, obligados ahora a vivir con 5s, 4s o incluso menos (...) Es de lo más pesaroso contemplar a esos trabajadores en esta situación, porque todavía conservan el carácter franco y valiente que adquirieron en los días de su independencia.[37]

La depresión en el oficio «de lujo» de Huddersfield había continuado sin interrupción desde 1825. En 1826, había tres mil quinientas familias en el registro de pobres de Delph, en el distrito de Saddleworth, y se dio cierta extensión del sistema industrial Speenhamland, que ya se aplicaba en algunos distritos algodoneros del Lancashire, por el cual los tejedores que todavía tenían trabajo recibían ayuda que provenía de los impuestos para asistir a los pobres, reduciendo de ese modo sus salarios todavía más. En Saddleworth, por ejemplo, los tejedores recibían, por dos días de trabajo a la semana, 12 libras de harina de avena al día. En Huddersfield, una comisión de los patronos verificó que, en 1829, de una población de veintinueve mil personas había más de trece mil que —cuando dividían el salario entre todos los miembros de la familia— subsistían con 2d al día por cabeza. Pero esta fue una curiosa «depresión» en la que la producción real de paño de lana sobrepasó la de cualquier período anterior. Las condiciones de los tejedores se atribuyeron abiertamente al «abominable sistema de reducir los salarios».[38]

Una vez más el declive precedió a la competencia seria con el telar mecánico. La mecanización no se introdujo en el tejido del estambre, a cualquier escala, hasta finales de la década de 1820; en los géneros de lana «de lujo» hasta finales de la década de 1830, y entonces sólo parcialmente; mientras que el telar mecánico no se adaptó de manera eficaz al tejido de alfombras hasta 1851. Incluso donde se daba una competencia directa con el telar mecánico, la

[36] Citado en W. Cudworth, *Condition of the Industrial Classes of Bradford & District*, Bradford, 1887.
[37] *Political Register*, 20 de junio de 1832.
[38] W. B. Crump y G. Ghorbal, *History of Huddersfield Woollen Industry*, Huddersfield, 1935, pp. 120-121.

velocidad de tejido aumentó sólo muy lentamente hasta conseguir triplicar o cuadruplicar la producción del telar mecánico.[39] Pero se produjo sin duda una reacción en cadena, a medida que los tejedores eran sacados a la fuerza de los algodones y fustanes bastos, empezaron a hacer tejidos de calidad o seda o estambre y de ahí a la ropa de lana «de lujo» o a las alfombras.[40] Durante diez, quince o veinte años, el tejido mecánico, en realidad, siguió siendo en muchas ramas del textil un auxiliar del tejido manual. Informó un testigo a la Comisión Especial, de forma un tanto ilógica:

> En Halifax hay dos fábricas muy grandes, de dos hermanos —los señores Akroyd—; el uno teje con telares mecánicos y el otro con telares manuales (...) Tienen que vender sus mercancías compitiendo el uno con el otro, por lo tanto tienen que situar sus salarios en un punto de comparación tan cercano como sea posible (...) para tener beneficio.[41]

En este caso el telar mecánico podría aparecer como un recurso para reducir los salarios de los tejedores manuales y *viceversa*. Desde otro punto de vista, el fabricante estaba satisfecho con un arreglo que le permitiera sostener el negocio regular con sus naves de telares mecánicos, y en las épocas de mayor actividad en el negocio dar más trabajo a los trabajadores manuales que soportaban por sí mismos los costes de los gastos fijos debidos al alquiler, el telar, etc. «En el caso de que haya una demanda decreciente —informaba el comisario auxiliar que investigaba en el West Riding en 1839—, el

[39] Este es un argumento técnico difícil. Los testigos que comparecieron ante la Comisión Especial para las Demandas de los Tejedores del Telar Manual no coincidían en cuanto a si se debía estimar la proporción media de producción de tejidos de algodón sencillos en telares mecánicos y manuales en 3 a 1 ó 5 a 1. Se afirmaba que el *dandyloom*, un tipo de telar manual que funcionaba mecánicamente por lo que se refiere al movimiento de la tela en el telar, y a cuyo ritmo se debía adaptar el tejedor mediante acelerados movimientos de la lanzadera manejada de forma manual, trabajaba al mismo ritmo que el telar mecánico, pero con unos grandes costes en cuanto a la salud del tejedor. En el estambre, J. James estimaba que en el West Riding había 2.768 telares mecánicos en 1835, en comparación con los 14.000 manuales que se estimaban en el distrito de Bradford en 1838; hacia 1841, había 11.458 telares mecánicos en el West Riding. Las estimaciones que aparecen en el *Leeds Times* (28 de marzo, 11 de abril de 1835) indican que el tejedor de estambre que trabajaba en un telar mecánico —en general una muchacha o mujer que atendía dos telares— podía producir de dos y media a tres veces más que el tejedor manual. Pero durante los quince años siguientes la velocidad de los movimientos de la lanzadora de un *six-quarter loom* pasó a ser más del doble (H. Forbes, *Rise, Progress, and Present State of the Worsted Manufactures*, 1852, p. 318). El telar mecánico Crossley para alfombras, patentado en 1851, podía tejer a una velocidad de 12 a 14 veces mayor que el telar manual («Reminiscences of Fifty Years by a Workman», *Halifax Courier*, 7 de julio de 1888).

[40] Véase *S. C. on Hand-loom Weavers' Petitions*, 1835, p. 148 (2066).

[41] *Ibid.*, 1835, p. 60 (465-466).

fabricante que emplea telares mecánicos a la vez que telares manuales hará trabajar por supuesto su capital fijo tanto como sea posible. De ahí que prescinda en primer lugar de los servicios del tejedor manual.»

Las condiciones de la mayor parte de los tejedores, desde la década de 1820 a la de 1840 y más allá, se mencionan como «indescriptibles» o como «conocidas». Sin embargo, merecen ser descritas y mejor conocidas. Había grupos escogidos de tejedores que mantuvieron su categoría de artesanos gracias a alguna habilidad especial, hasta la década de 1830; los tejedores de paños de Leeds estaban mejor situados que la mayoría, mientras que los tejedores de estambre de Norwich, cuyas tradiciones jacobinas y sindicales eran excepcionalmente fuertes, consiguieron mantener altos los salarios en la década de 1830, gracias a la combinación de formar piquetes, intimidar a los patronos y a los trabajadores «ilegales», la política municipal y la violenta oposición a la maquinaria; todo lo cual contribuyó a la sustitución de la industria de Norwich por parte de la del West Riding.[42] Pero la gran mayoría de los tejedores vivía al borde —y algunas veces más allá del borde— de los límites del hambre. La Comisión Especial sobre Emigración (1827) recibió información respecto a las condiciones de vida en algunos distritos del Lancashire que parecen una anticipación del hambre irlandesa de las patatas:

> Mientras visitábamos a los pobres, una persona casi famélica nos pidió, a la señora Hulton y a mí, que entráramos en una casa. Allí encontramos a un lado del fuego a un hombre muy viejo, que parecía moribundo, al otro lado a un joven de unos dieciocho años con un crío en sus rodillas, cuya madre acababa de morir y ser enterrada. Ya nos íbamos de esta casa, cuando la mujer dijo: «Señor, no lo ha visto todo.» Subimos las escaleras, y, bajo algunos andrajos, encontramos a otro hombre joven, el viudo; y al doblar los harapos, que él mismo era incapaz de retirar, descubrimos a otro hombre que estaba muriendo, y que murió durante el día. No tengo la menor duda de que la familia estaba realmente muriendo de hambre en aquel momento.

La información provenía de West Houghton, donde la mitad de los cinco mil habitantes estaban «totalmente desprovistos de lecho y casi totalmente desprovistos de vestidos». Seis de ellos fueron descritos en el proceso real de morir de hambre.

42 En el *First Report of the Constabulary Commissioners*, 1839, pp. 135-146, aparece, desde el punto de vista de los patronos, una descripción de la fuerza del Comité de Tejedores de Norwich durante su resistencia a «esa cosa sucia que se llama trabajo a bajo precio». Véase también J. H. Clapham, «The Transference of the Worsted Industry from Norfolk to the West Riding», *Econ. Journal*, XX.

Es cierto que los salarios citados para esos años, de 10 s a 4 s, quizá sólo representan uno de los varios salarios de la misma familia, puesto que muchas viudas, niñas o jóvenes trabajaban en un segundo o tercer telar. Pero los salarios también escondían pagos o deducciones adicionales. Los tejedores de estambre de Bradford, en 1835, afirmaban que de un salario medio de 10 s habría un desembolso de 4 d por aprestar, 3 d por montar la urdimbre en el telar, 9½ d por devanar la trama, 3½ d para luz y aún se deberían añadir 4 d por la inversión, el desgaste y las reparaciones del telar. Si a eso se añadía el desembolso por el alquiler (1 s 9 d) y el fuego y la colada (1 s 6 d), las deducciones sumaban en total 5 s 3 d, aunque cuando la esposa o el hijo también trabajaban en un segundo telar, esos gastos generales se podían repartir entre dos salarios.[43] En algunos casos el mismo tejedor alquilaba el telar, en otros casos era propietario, pero tenía que alquilar al patrono los engranajes o lizos para tejer según la muestra. Muchos tejedores estaban en un perpetuo estado de endeudamiento respecto del *putter-out*, deshaciéndose de la deuda mediante entregas de su trabajo, y en una situación en la que eran incapaces de rechazar cualesquiera salarios por bajos que fueran.

A medida que empeoraban sus condiciones, debían invertir más y más tiempo en trabajos no remunerados: llevando y yendo a buscar trabajo, y una serie de cosas más. «Aún recuerdo el tiempo», escribía un observador en 1844,

> en que los fabricantes alquilaban habitaciones en los distritos, y las tramas y las urdimbres se les llevaban a caballo o en carro, para facilitar el trabajo de los tejedores, y el patrono preguntaba por el empleado; pero hoy la situación es diametralmente opuesta, el trabajador no sólo emprende largos viajes en busca de trabajo, sino que está condenado a tener muchas contrariedades.[44]

Y de Pudsey proviene una descripción todavía más gráfica de todo este trabajo adicional no remunerado:

> Cuando el oficio no iba mal, era muy común ver a los tejedores y los hilanderos yendo de un lugar a otro en busca de trabajo (...) Si lo conseguían era, en general, a condición de que a cambio ayudasen a desempaquetar la lana; es decir, abrían los fardos, luego seleccionaban los vellones de lana, sacando las partes más bastas, que se llamaban el *britch*, lo ponían en grandes sábanas y luego iban al molino y ayudaban a limpiarlo y luego a «tintarlo» o teñirlo (...) Todo esto se hacía a cambio de nada, a no ser en algunas ocasiones una pequeña paga para un poco de cerveza o pan y queso (...) Cuando el torcedor había sacado la primera

[43] *Leeds Times* (7 de marzo de 1835).

[44] R. Howard, cirujano, *History of the Typhus of Heptonstall-Slack*, Hebden Bridge, 1844.

tanda de hilaza, a menudo se convertía en un serio problema saber a quién le tocaba quedársela, y con frecuencia el modo de decidirlo sería echarlo a suertes (...) Cuando la tela estaba deformada se llevaba a cabo el proceso de aprestado y, por norma, los tejedores tenían que comprar su propio apresto (...) Después de aprestar la tela, uno de los procesos más críticos es tenderla al aire libre para el secado (...) Se escoge un lugar, se sacan los bastidores de la tela, y si hiela, se coge un pico con el fin de hacer agujeros en el suelo para poner estacas que sirvan para atar los extremos de la tela (...) A veces se puede ver a un hombre y a su esposa de rodillas sobre la nieve, con una tela para secar.

Después, el trabajo de tejer, a última hora de la tarde a la luz de una vela o una lámpara de aceite, con «un muchacho o una muchacha o quizá la esposa del tejedor, de pie a un lado del telar atentos para ver cuando se rompía un hilo, mientras el tejedor vigilaba el otro lado, puesto que si se rompía un hilo y arrancaba otro se podían romper una docena más». Y después de tejer, había que volver a hacer media docena de trabajos más antes de que el trajinero se llevase la pieza a Leeds:

> Toda esa labor de más, afirmamos, se hacía a cambio de nada (...) Además, no era extraño que, cuando ya habían hecho el trabajo, los tejedores no consiguieran cobrarlo hasta algún tiempo después (...) No podemos asombrarnos de que al tejedor manual se le llegase a llamar «aldaba de la pobreza».[45]

Algunas de esas prácticas no se daban en el algodón, o en todo caso, se habían incorporado, en el estambre y desde hacía tiempo, a los procesos especializados. Son un indicador de lo anticuado del oficio de la lana en pequeña escala. Pero en los distritos tejedores del estambre y los productos laneros de lujo había también formas de trabajo que suponían pérdidas de tiempo. Entre las pequeñas aldeas dispersas de la tierra alta era conocido el «caballo de carga humano»: el hombre o la mujer que alquilaba su trabajo para transportar las pesadas piezas acabadas, cinco o incluso diez millas, por los caminos de los páramos. Las mayores poblaciones de trabajadores a domicilio, deprimidas en extremo, se encontraban en los distritos tejedores situados en los alrededores de centros como Bradford, Keighley, Halifax, Huddersfield, Todmorden, Rochdale, Bolton, Macclesfield. La Comisión Especial de 1834 informó que consideraba que «no sólo no se habían exagerado los sufrimientos de ese amplio y valioso grupo de trabajadores, sino que durante años habían continuado hasta llegar a un extremo y una intensidad que apenas se podían creer o imaginar». Cuando John Fielden testificó ante la misma Comisión en 1835, declaró que un gran número

[45] J. Lawson, *Letters to the Young on Progress in Pudsey*, Stanningley, 1887, pp. 26-30.

de tejedores no podía obtener suficientes alimentos del tipo más sencillo y barato; iban vestidos con harapos y estaban avergonzados de mandar a sus hijos a la escuela dominical; no tenían muebles y en algunos casos dormían sobre paja; trabajaban «a menudo dieciséis horas al día»; estaban desmoralizados por el abatimiento y debilitados por la subalimentación y la mala salud. Las adquisiciones que habían conseguido en la «época dorada» se habían desvanecido de los hogares de los tejedores. Un testimonio de Bolton declaraba:

> Por lo que puedo recordar, casi todos los tejedores que yo conocía tenían una cómoda en su casa y un reloj y sillas y camas con somier y candelabros e incluso cuadros, artículos de lujo; y ahora me encuentro con que aquello ha desaparecido, ha ido a parar a las casas de los obreros, o a las de las personas de clase más alta.

El mismo testigo, un fabricante, sólo podía «recordar un caso en que uno de mis tejedores se comprase una chaqueta, durante muchos años». Un basto cobertor, que valía 2s 6d cuando era nuevo, servía a menudo como manta; «he visto muchas casas que sólo tenían dos o tres taburetes de tres patas y he visto algunas sin un taburete o una silla, sólo con un cajón de té para guardar sus ropas y sentarse encima».

Por lo que se refiere a la dieta del tejedor pobre y su familia, hay unanimidad: harina de avena, torta de avena, patatas, gachas de avena y cebolla, leche cuajada, melaza o cerveza elaborada en casa, y como cosas de lujo té, café, bacon. «Muchos de ellos —afirmaba Richard Oastler— no saben lo que es probar carne fresca de año en año (...) y sus hijos irán a veces a Huddersfield a mendigar y traerán un trozo a casa, y esto constituye un verdadero lujo.» Si hacía falta tener una confirmación, ésta la aportaron las cuidadosas investigaciones de los Comisarios Auxiliares que viajaron por el país después del nombramiento de la Comisión Real en 1838. Quizá las peores condiciones fueran las que se encontraron en los sótanos de las viviendas de las grandes ciudades —Leeds y Manchester— donde los desempleados irlandeses intentaban ganarse unos pocos chelines con el telar.

Pero es fácil suponer que los tejedores de las zonas rurales que vivían en sólidos *cottages* de piedra, con amplias ventanas divididas por el parteluz de los talleres de tejido, en las hermosas tierras altas de los Peninos —en la zona alta del valle del Calder o Wharfedale, Saddleworth o Clitheroe— gozaban de atractivos que les compensaban por su pobreza. Un cirujano que investigó una epidemia de tifus en una pequeña aldea cerca de Heptonstall, un pequeño pueblo lanero floreciente durante la Guerra Civil, nos ha dejado una imagen terrible de la muerte de una de esas comunidades. Aunque

estaba situada arriba en los páramos, las provisiones de agua estaban contaminadas: un riachuelo que discurría por la superficie, contaminado por un matadero, se convertía en verano en «un criadero de nauseabunda vida animal». La alcantarilla pasaba directamente por debajo de las losas de uno de los *cottages* de los tejedores. Las casas eran húmedas y frías, los pavimentos estaban por debajo del nivel de la tierra: «Se puede decir con justicia que la harina de avena y las patatas son casi lo único que les permite subsistir», junto con la leche fermentada y la melaza. Si no podían conseguir té o café, se preparaban una infusión de menta, tanaceto o hisopo. Pero incluso de esta dieta «de ningún modo tienen suficiente (...) Los habitantes están sufriendo un rápido deterioro». La atención médica y los gastos del entierro se pagaban, en general, con los impuestos para asistir a los pobres; sólo una de cada diez mujeres recibía atención médica durante el parto:

> ¿Cuál es la situación de la esposa del tejedor manual durante los esfuerzos del parto? Está de pie, con una mujer a cada lado, sus brazos alrededor de los cuellos de aquéllas; y, en los dolores de dar a luz, casi derriba a sus sostenes; y en estas condiciones tiene lugar el nacimiento (...) ¿Y por qué se hace así? La respuesta es porque no hay mudas de ropa de cama.

Exclamaba ese humanitario cirujano:

> Cómo consiguen subsistir es algo que desconcierta a las propias facultades de ver y oír.[46]

La reacción contemporánea contra «los Hammond» ha llegado tan lejos que es casi imposible citar estas fuentes, donde las hay en superabundancia para esos años, sin ser acusado de intenciones peyorativas. Pero es necesario hacerlo porque, sin ese pormenor, es posible que la mirada pase por encima de la frase «la decadencia de los tejedores manuales» sin darse en absoluto cuenta de la escala de la tragedia que tenía lugar. Las comunidades de tejedores —algunas situadas en el West Country y los Peninos, con trescientos y cuatrocientos años de existencia ininterrumpida, algunas de fecha mucho más reciente pero, sin embargo, con sus propias pautas y tradiciones culturales— se estaban literalmente extinguiendo. Los patrones demográficos de Heptonstall-Slack eran extraordinarios: en una población de trescientas cuarenta y ocho personas, más de la mitad tenían menos de veinte años —de éstos, ciento cuarenta y siete estaban por debajo de los quince—, mientras que sólo había treinta

[46] R. Howard, *op. cit.*, *passim*.

por encima de los veinticinco años; estos datos no representan una comunidad creciente, sino una baja esperanza de vida. Durante los catastróficos años de las décadas de 1830 y 1840, cuando el telar mecánico, la afluencia irlandesa y la nueva *Poor Law* remataron lo que ya había iniciado el recorte de los salarios, se produjeron —junto con las esperanzas insurreccionales de los tejedores cartistas— las historias más horripilantes: los clubes de entierro de los niños —en los que cada alumno de la escuela dominical contribuía con 1d a la semana a su propio funeral o al de un compañero—; la difusión y seria discusión de un folleto, firmado por «Marcus», que estaba en favor del infanticidio. Pero esta no es toda la historia. Hasta que tuvieron lugar esos sufrimientos finales, los miembros de las comunidades más antiguas de tejedores preferían con mucho la forma de vida que éstas les ofrecían, frente a los niveles de vida material más elevados de las ciudades fabriles. El hijo de un tejedor del distrito de Heptonstall, que en la década de 1820 era un chiquillo, recordaba que los tejedores «tuvieron sus buenos tiempos». «El humo de la fábrica (...) no ensuciaba la atmósfera.»

> No había sirena alguna que les llamase a las cuatro o a las cinco (...) había libertad para empezar y dejar de trabajar cuando quisieran (...) Por las tardes, mientras trabajaban, en las celebraciones de las escuelas dominicales, los hombres y mujeres jóvenes se unirían con entusiasmo al canto de los himnos, mientras el ritmo musical de las lanzaderas marcaría el tiempo.

Algunos tejedores obtenían frutas, hortalizas y flores de sus huertos. «Mi trabajo estaba al lado del telar, y cuando no devanaba, mi padre me enseñaba a leer, a escribir y aritmética.» Un niño de la fábrica de Keighley, que a la edad de dieciocho años había dejado la fábrica por un telar manual, informó a la Comisión Sadler (1832) que prefería «con mucho» el telar a la fábrica: «Estoy más relajado; puedo mirar a mi alrededor y salir y refrescarme un poco.» En Bradford, los tejedores tenían la costumbre de reunirse en el descanso de la comida a mediodía:

> y charlar con otros tejedores y cardadores sobre las noticias o contar chismes del momento. Algunos de estos grupos pasarían una hora hablando del engorde del cerdo, de la cría de la gallina y de la caza de pájaros y de vez en cuando habría disputas muy acaloradas sobre la gracia redentora, o acerca de si el bautismo de los niños o la inmersión de los adultos era la forma correcta y bíblica de realizarlo. Más de una vez he visto a varios hombres dispuestos a pelear unos contra otros por este (...) tema.[47]

[47] J. Greenwood, «Reminiscences», *Todmorten Advertiser* (10 de septiembre de 1909); J. Hartley, «Memorabilia», *Todmorten and District News* (1903); W. Scruton, *op. cit.*, p. 92.

Una mezcla única de conservadurismo social, orgullo local y elaboración cultural componía la forma de vida de la comunidad tejedora del Yorkshire o el Lancashire. Estas comunidades eran, en un sentido, ciertamente «atrasadas»; se adherían con igual fuerza a sus tradiciones dialectales y a sus costumbres regionales como a la enorme ignorancia médica y a las supersticiones. Pero cuanto más de cerca observamos su modo de vida, más inadecuadas nos parecen las nociones simples de progreso económico y de «atraso». Además, entre los tejedores del norte había verdaderamente un fermento de hombres autodidactos y organizados que habían alcanzado logros considerables. Cada distrito tejedor tenía sus tejedores poetas, biólogos, matemáticos, músicos, geólogos, botánicos: el tejedor viejo de *Mary Barton* está sacado con certeza de la vida real. Hay museos del norte y sociedades de historia natural que todavía poseen relaciones o colecciones de lepidópteros hechas por los tejedores; a la vez que existen relatos sobre tejedores de aldeas aisladas que enseñaban geometría dibujando con tiza sobre las losas del suelo y que ansiaban discutir sobre cálculo diferencial.[48] En algunos tipos de trabajo sencillo con hilo resistente se podía realmente apoyar un libro en el telar y leer mientras se trabajaba.

También existe poesía de los tejedores, alguna de tipo tradicional, otra más sofisticada. Las baladas de «Jone o' Grinfilt» del Lancashire atravesaron un ciclo patriótico a principio de las guerras —con contrabaladas jacobinas— y continuaron durante la época cartista hasta la guerra de Crimea. La más conmovedora es la canción de «Jone o' Grinfilt el joven», al final de las guerras:

Soy un pobre tejedor, como muchos ya sabéis,
No tengo qué comer ni ropa que vestir,
Todo lo que hay en casa no vale ni seis peniques,
Mis zuecos y mis botas están rotos y voy sin calcetines;
Y que luego te manden a la guerra
A reventar y hacerlo lo mejor que puedas.
El cura de la parroquia hace mucho que nos dice,
Que vendrán días mejores si tengo la lengua quieta,
La he tenido tanto tiempo que no puedo ni respirar,
Tal vez me quiera decir que al final reventaré;
Él se lo pasa muy bien, maldiciendo al diablo,

[48] Véase también J.F.C. Harrison, *Learning and Living*, 1961, p. 45; y M.D. George, *op. cit.*, p. 188, para los tejedores de Spitalfields. Esas tradiciones también eran fuertes en el West Country, Norwich y, de forma más señalada, entre los tejedores escoceses. En Spitalfields, los tejedores de seda daban apoyo a sociedades de matemáticas, historia, floricultura, entomología, recitación y música: G.I. Stigler, *Five Lectures on Economic Problems*, 1949, p. 26.

Pero sin dar golpe en su vida.
Llevamos seis semanas y cada día nos parece el último,
Esperando y dando vueltas, y hasta la fecha en ayunas;
Viviríamos de agujas, si se pudiesen tragar,
Las gachas de Waterloo son lo mejor que comimos;
Y a decir verdad, poca gente veo
Que viva mejor que yo.[49]

Irrumpen los alguaciles y después de un forcejeo se llevan el mobiliario:

Le he dicho a mi Marget, acostado con ella en el suelo:
Nunca estaremos más bajos en este mundo, estoy seguro.[50]

Cuando le lleva la pieza al patrono, le dicen a Jone que está en deuda porque por la última pieza le dieron sobrepaga. Sale del almacén desesperado y vuelve con su mujer:

Mi Marget dice: si tuviésemos ropa que ponernos,
Nos iríamos a Londres para ver la gran ciudad;
Y, si una vez allí, las cosas no nos fuesen mejor,
Quién sabe lo que haríamos, luchando hasta el final,
No tenemos nada contra el rey, pero queremos justicia,
Y quién sabe a lo que puedes llegar cuando te hieren.[51]

El otro tipo de tejedor poeta era el autodidacta. Un ejemplo notable fue Samuel Law, un tejedor de Todmorden, que publicó un poema en 1772 siguiendo el modelo de las *Seasons* de Thomson. El poema tiene poco valor literario, pero revela un conocimiento de

[49] *Aw'm a poor cotton-wayver, as mony a one knaws, / Aw've nowt t'ate i' th' heawse, un' aw've worn eat my cloas, / Yo'd hardly gie sixpence fur o' aw've got on, / Meh clogs ur' booath baws'n, un' stockins aw've none; / You'd think it wur hard, to be sent into th'warld / To clem unilo best 'ot yo' con. / Eawr parish-church pa'son's kept tellin'us lung, / We'st see better toimes, if aw'd but howd my tung; / Aw've howden my tung, toll aw con hardly dran breoth. / Aw think i' my heart he meons t'clem me to deoth; / Aw knaw he lives weel, wi'backbitin' the de'il. / Bur he never pick'd o'er in his loife. / Wey tooart on six weeks, thinkin'aich day wur th'last, / Wey tarried un' shifted, till neaw wey're quite fast; / Wey liv't upo' nettles, whoile nettles were good, / Un' Wayterloo porritch wur' the best o' us food; / Aw'm tellin' yo' true, aw con foind foak enoo. / Thot're livin' na better nur me (...)*

[50] *Aw said to eawr Marget, as wey lien upo' th' nor, / 'Wey ne'er shall be lower i' this wo'ald, aw'm sure (...)*

[51] J. Harland, *Ballads and Songs of Lancashire*, 1865, pp. 223-227. (*Eawr Marget declares, if hoo'd, if hoo'd clooas to put on, / Hoo'd go up to Lunnon to see the great mon; / Un' if things didno' awter, when theere hoo had been. / Hoo says hoo'd begin, un' feight blood up to th' e'en, / Hoo's nout agen th' king, bur hoo loikes a fair thing, / Un' hoo says hoo acon tell when hoo's hurt*)

Virgilio, Ovidio y Homero, en sus versiones originales, y también conocimientos de biología y astronomía:

> Sí, el largo día, y en cada melancólico atardecer,
> Meditaba en el telar (...),
> Mientras tanto, tejía la florida y ondeante tela,
> Con dedos más fríos que el témpano de hielo;
> Y a menudo, mi entera complexión de hombre,
> La recorrían oscuros y fríos horrores, y un malestar.[52]

Otros tejedores poetas posteriores transmiten a menudo poco más que patetismo, los tímidos esfuerzos por emular las formas literarias ajenas, en particular la «poesía de la naturaleza», que poco recoge de la experiencia real de los tejedores. Un tejedor, que de 1820 a 1850 trabajó en un telar manual y luego obtuvo trabajo en una fábrica con telares mecánicos, lamentaba las consecuencias que el cambio había operado en sus versos:

> Entonces trabajaba en una habitación pequeña, dominando con la vista el cementerio de Luddenden. Solía salir por los campos y los bosques (...) durante las horas de las comidas, y escuchar los sonidos de los pájaros veraniegos, o contemplar las temblorosas aguas del Luddon (...) Algunas veces me despertaba de esos ensueños alguna doncella abandonada, enferma de amor, que (...) había lanzado los lamentos de su corazón al ingrato viento. Entonces iba a casa y escribía (...) Pero todo esto se acabó; tengo que continuar trabajando en medio del estruendo de la maquinaria.

Es triste que los años de autodidactismo sólo tuviesen como resultado una pátina de tópicos. Pero era el logro en sí mismo lo que producía satisfacciones auténticas; como persona joven a finales de la década de 1820, sus observaciones de la naturaleza parecen tener una base mucho más sólida que sus observaciones de doncellas enfermas de amor:

> Coleccionaba insectos junto con varios jóvenes del pueblo. Creamos una biblioteca (...) Creo que un compañero y yo (...) reunimos veintidós grandes cajas de insectos; ciento veinte tipos diferentes de huevos de pájaros británicos; además de una gran cantidad de conchas —de tierra y de agua—, fósiles, minerales, monedas antiguas y modernas.[53]

[52] *A Domestic Winter-piece...* de Samuel Law, natural de Barewise, cerca de Todmorden, tejedor del Lancashire (Leeds, 1772). (*Yes, the day long, and in each evening gloom, / I meditated in the sounding loom (...) / Meanwhile, I wove the flow'ry waved web, / With fingers colder than the icy glebe; / And oftentimes, thro' the whole frame of man, / Bleak chilling horrors, and a sickness ran.*)

[53] W. Heaton, *The Old Soldier*, 1857, pp. XXIII, XIX.

Samuel Bamford hace las veces de puente entre las tradiciones populares de las comunidades del siglo XVIII, que persistieron largo tiempo en el siguiente siglo, y los logros de tipo intelectual con una mayor conciencia de sí mismos que tuvieron lugar en las primeras décadas del siglo XIX. Entre estos dos períodos se dan dos experiencias profundamente transformadoras: la del metodismo y la del radicalismo político.[54] Pero por lo que se refiere al fermento intelectual, deberíamos recordar también la cantidad de pañeros con pequeños talleres que quedaron reducidos a la categoría de tejedores,[55] y que trajeron consigo logros educativos y pequeñas bibliotecas.

La expresión más completa de los valores de las comunidades de tejedores pertenece a la historia del movimiento cartista. Una elevada proporción de los dirigentes cartistas locales del norte y las Midlands eran trabajadores a domicilio, cuyas experiencias formativas tuvieron lugar en los años que van de 1810 a 1830. Entre ellos se encuentran Benjamin Rushton de Halifax, nacido en 1785 y que en 1832 era ya un «veterano» reformador. O William Ashton, un tejedor de lino de Barnsley nacido en 1806, deportado en 1830 por supuesta complicidad en tumultos sucedidos durante las huelgas, que fue puesto en libertad en 1838 y regresó de Australia gracias a las suscripciones de sus compañeros tejedores, para desempeñar un papel dirigente en el movimiento cartista y sufrir un nuevo período de encarcelamiento. O Richard Pilling, un tejedor manual que había pasado a los telares mecánicos, y al que se conocía como el «Padre» de los motines de Plug en el Lancashire. O John Skevington, predicador local de los metodistas primitivos, calcetero y dirigente cartista de Loughborough; William Rider, un tejedor de paño de Leeds, y George White, un cardador de lana de Bradford.[56]

La trayectoria de estos hombres nos conduciría más allá de los límites de este estudio. Pero el radicalismo del Lancashire de los años 1816-1820, fue en gran medida un movimiento de tejedores, y la *formación* de estos últimos dirigentes se dio en las comunidades de ese tipo. Lo que aportaron al primer movimiento obrero apenas puede ser sobreestimado. En la medida que se mantenían

[54] Para el metodismo y los tejedores, véase el capítulo 11, más adelante. Para el radicalismo político de la posguerra, véase más adelante, pp. 694-696.

[55] John Fielden declaró ante la Comisión Especial de 1835: «Pienso que por lo menos las tres cuartas partes de los fabricantes del vecindario en el que vivo han sido reducidos a la pobreza.»

[56] Para Rushton, véase más adelante, pp. 438-440. Para Ashton, diversas fuentes en la Barnsley Reference Library. Para Pilling, véase *Chartist Trials*, 1843. Para Skevington, véase J. F. C. Harrison, «Chartism in Leicester», en A. Briggs, *Chartist Studies*, 1959, pp. 130-131. Para White Rider, véase Harrison, «Chartism in Leeds», *ibid.*, pp. 70 y siguientes.

los recuerdos de su «época dorada» tenían, al igual que los artesanos de la ciudad, una sensación de posición social perdida y con ella fomentaban los valores de la independencia. En este sentido, en 1816, proporcionaron un público natural para Cobbett. Aparte de la enojosa cuestión del desfalco de hilo, casi todos los testimonios hablaban en favor de la honradez y la independencia de los tejedores: «tan leales, honrados y dignos de confianza como cualquier cuerpo colectivo entre los súbditos de su Majestad.»[57] Pero poseían, en mayor medida que los artesanos de la ciudad, un profundo igualitarismo social. Del mismo modo que su forma de vida, en los mejores años, había sido compartida por la comunidad, los sufrimientos eran los de toda la comunidad; y quedaron tan degradados que no existía clase alguna de trabajadores no cualificados o eventuales que estuviese por debajo de ellos y frente a la cual hubiesen erigido muros protectores de tipo económico y social. Esto confería a su protesta una resonancia moral particular, cuando se expresaba en lenguaje owenita o bíblico; hacían un llamamiento a los derechos fundamentales y a las nociones elementales de solidaridad y de comportamiento humanos, más que a intereses sectoriales. Al pedir mejoras lo hacían como comunidad entera, y las ideas utópicas de volver a crear la sociedad de nuevo, de golpe —las comunidades owenitas, la huelga general universal, el *Land Plan* cartista—, se extendieron entre ellos como fuego en un pajar. Pero en esencia el sueño que surgió con formas muy distintas era el mismo: una comunidad de pequeños productores independientes, que intercambiasen sus productos sin la distorsión de los patronos y los intermediarios. En fecha tan tardía como 1848, un tejedor de lino de Barnsley, un compañero que había sido deportado junto con William Ashton, declaró ante la Convención Cartista Nacional que cuando se ganara la Carta «dividirían la tierra en pequeñas casas de labranza, y darían a todos los hombres la oportunidad de ganar su sustento con el sudor de su frente».[58]

Llegados a este punto deberíamos informarnos con mayor rigor acerca de la situación real de los tejedores en la década de 1830 y de los remedios posibles. Se acostumbra a describir su situación como «sin esperanza», en un oficio «enfermo» u «obsoleto», librando una «batalla perdida» y encaminado a una «decadencia inevitable». Por otra parte, se puede afirmar que hasta finales de la década de 1820 se utilizó el telar mecánico como una *excusa* para desviar la atención de otras causas de su decadencia.[59] Hasta 1820 es difícil dar

[57] Radcliffe, *op. cit.*, p. 107.
[58] *Halifax Guardian* (8 de abril de 1848).
[59] G.H. Wood, *History of Wages in the Cotton Trade*, 1910, p. 112, ofrece salarios medios para los tejedores de algodón que fluctúan desde 18 s 9 d (1797); 21 s (1802); 14 s

una razón fundada para la competencia *directa* entre el telar mecánico y el manual; aunque los telares mecánicos se multiplicaban, se olvida a veces que el consumo de algodón estaba aumentando al mismo tiempo.[60] Algo parecido es cierto para la industria del estambre hasta 1835; y en otras ramas de la lana hasta la década de 1840.[61] Así, hubo dos fases en el declive de los tejedores manuales. La primera, hasta 1830 o 1835, en la que el telar mecánico fue una causa secundaria que avanzaba con lentitud, aunque en términos psicológicos desempeñaba un papel más importante —y, en ese sentido, era un mecanismo para reducir los salarios—; la segunda, en la que los productos del telar mecánico realmente desplazaron los productos manuales. La mayor reducción de salarios —digamos, de 20 s a 8 s— tuvo lugar en la primera fase.

¿Eran inevitables las dos fases? En opinión de la mayor parte de los historiadores parecería que lo fueron, aunque a veces se apunta que los tejedores podrían haber recibido una mayor asistencia o consejo. En opinión de muchísimos de sus contemporáneos —incluyendo a los tejedores y a sus representantes— no lo eran. A la primera fase del declive contribuyeron una docena de factores, que comprendían las consecuencias generales de la década deflacionaria de la posguerra; pero las causas subyacentes serían, al parecer: primero, el deterioro tanto de la tradición como de la protección de las *trade unions*; segundo, el hecho de que los tejedores estuviesen expuestos a las peores formas de recorte de salarios; tercero, la sobresaturación del oficio por parte de los desempleados para quienes se había convertido en «el último refugio de los fracasados». Un fabricante de Bolton definía la causa eficiente de forma sucinta:

(1809); 8 s 9 d (1817); 7 s 3 d (1828); 6 s (1832). Estos datos, probablemente, subestiman el declive: en muchos distritos, en la década de 1830, el promedio era verdaderamente de 4 s 6 d. En la mayoría de ramas del estambre y la lana, el declive era el mismo, empezando un poco después y cayendo pocas veces con tal lentitud. Quienes prefieran las estadísticas pueden consultar las voluminosas pruebas de los Informes de la Comisión Especial y de los Comisarios Auxiliares; se encuentran útiles cuadros estadísticos en *S. C. on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834, pp. 432-433, 446; y en J. Fielden, *National Regeneration*, 1834, pp. 27-30.

[60] Estimación de telares mecánicos de algodón en Inglaterra: 1820, 12.150; 1829, 55.000; 1833, 85.000. Estimación del consumo de torzal en libras de peso: 1820, 87.096 millones de libras; 1829, 149.570 millones de libras. Estimación del número de tejedores manuales de algodón en el Reino Unido: 1801, 164.000; 1810, 200.000, 1820, 240.000; 1830, 240.000; 1833, 213.000; 1840, 123.000. Véase N. J. Smelser, *Social Change in the Industrial Revolution*, 1959, pp. 137, 148-149, 207.

[61] En la parroquia de Halifax, en donde predominaba el estambre, el consumo de lana dio un salto desde los 3.657.000 de libras, en 1830, a los 14.423.000 de libras, en 1850. Durante el mismo período, los telares mecánicos para estambre pasaron de ser algunos cientos, a ser cuatro mil. En el sector del estambre de Bradford, la proporción de telares mecánicos respecto de telares manuales, en 1836, era todavía de tres mil a catorce mil, más o menos.

Opino que desde el mismo principio de la fabricación de muselinas en Bolton, el oficio de tejer ha estado sujeto a reducciones arbitrarias que empezaron a un ritmo muy rápido. Se suponía que la remuneración del trabajo encontraría un nivel adecuado; pero ya desde el principio, cualquier fabricante ha podido ofrecer un ejemplo de reducción de salarios; y sé de cierto que cuando no podían obtener por las mercancías un precio como el que pensaban que debían obtener, inmediatamente empezaban a reducir los salarios de los tejedores.

Pero al mismo tiempo, en Bolton, en 1834 —que fue un buen año— «no hay tejedores sin empleo; no hay peligro de que alguien esté sin empleo en esta época».[62]

La intervención del Estado tuvo una influencia directa en la desintegración de la tradición y el sindicalismo. Ésta fue «inevitable» sólo si aceptamos la ideología dominante y el tono contrarrevolucionario de esos años. Los tejedores y sus defensores oponían a esta ideología un análisis contrario y políticas contrarias, que se centraban en la demanda de un salario mínimo regulado que se impusiera desde comisiones del oficio compuestas por fabricantes y tejedores. Daban una negativa directa a las homilías de «la oferta y la demanda». A la pregunta de por qué no se debía dejar que los salarios encontrasen su propio «nivel», un tejedor de seda de Manchester respondió que entre «lo que se llamaba capital y trabajo» no había semejanza alguna:

En cuanto al capital, puedo afirmar que no es otra cosa que la acumulación de los productos del trabajo (...) Siempre llevan el trabajo al mercado quienes no tienen nada más que guardar o que vender y que, por lo tanto, deben desprenderse de él inmediatamente (...) ¿Puedo embotellar el trabajo que (...) podría realizar esta semana, si, a imitación del capitalista, me niego a desprenderme de él (...) porque me ofrecen un precio inadecuado por él? ¿Puedo conservarlo en salmuera? (...) Estas dos distinciones entre la naturaleza del trabajo y del capital —a saber, que el trabajo siempre lo venden los pobres y siempre lo compran los ricos, y que el trabajo no se puede almacenar de ningún modo, sino que se debe vender o perder en cada momento—, son suficientes para convencerme de que el trabajo y el capital jamás pueden, en justicia, estar sujetos a las mismas leyes.[63]

Los tejedores veían con claridad, declaraba Richard Oastler, que «*el capital y la propiedad están protegidos y su trabajo se deja a la suerte*». El testimonio de Oastler ante la Comisión Especial, al ser asediado a preguntas por uno de los partidarios de la «economía política», pone de manifiesto los puntos de vista alternativos acerca de la responsabilidad social:

[62] *S. C. on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834, p. 381 (4901), p. 408 (5217).
[63] *Ibid.*, 1835, p. 188 (2686).

[*Oastler*] Se debería reducir el tiempo de trabajo, y (...) el Gobierno debería crear una comisión (...) escogida por los patronos y los trabajadores (...) que decidiera la cuestión de cómo se deben regular los salarios (...)
P. ¿Pondría usted fin a la libertad de trabajo?
R. Pondría fin a la libertad para el asesinato y a la libertad de emplear trabajadores más allá de su fuerza; pondría fin a todo aquello que impide que el trabajador pobre se gane bien la vida con un trabajo justo y razonable; y le pondría fin porque destruye la vida humana.
P. ¿Tendría el resultado deseado?
R. Estoy seguro de que el resultado actual del trabajo libre es la pobreza, el dolor y la muerte (...)
P. Suponga que tuviera que aumentar el precio de forma muy considerable, y (...) ¿podría dejar de exportar mercancías?
R. Podemos consumirlas en el país.
P. No consumirían tantas, ¿no es cierto?
R. El triple y mucho más, porque los trabajadores estarían mejor pagados y ellos las consumirían. Los capitalistas no consumen las mercancías, y ahí está la gran equivocación (...) Si los salarios fueran más elevados, el trabajador podría vestirse (...) y alimentarse (...) y aquellos trabajadores son, después de todo, los grandes consumidores de la producción agrícola e industrial, y no el capitalista, porque un gran capitalista, por muy rico que sea, sólo viste un abrigo cada vez, a lo sumo, en verdad rara vez viste dos abrigos a la vez; pero mil obreros que pudiesen comprar mil abrigos, mientras que ahora no pueden comprar ni uno, aumentarían sin duda el comercio.

Por lo que se refiere a las *commission-houses* o «mataderos», Oastler abogaba por la intervención legislativa directa:

Jamás hacéis una ley en esta Cámara que no limite la libertad; hacéis leyes para impedir a la gente que robe, esto es una limitación de una libertad del hombre; y hacéis leyes para impedir que los hombres asesinen, esto es una limitación de una libertad del hombre (...) Y yo debería afirmar que esos trabajadores de los mataderos no deben hacer lo mismo.

Los capitalistas «parecen ser seres de un orden privilegiado, pero nunca supe por qué lo eran».[64]

«Ahí está la gran equivocación»: los tejedores que tejían telas, mientras ellos mismos vestían harapos, eran educados a la fuerza en el error corruptor de la economía política ortodoxa. Antes de que se diera la competencia del telar mecánico —y mientras todavía aumentaban numéricamente— los tejedores del Lancashire ya cantaban su triste «Lamento»:

[64] *S. C. on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834, pp. 283-288.

Vosotros caballeros y hombres de negocios, que os enseñoreáis a voluntad,
Dignaos mirar a esa pobre gente; es suficiente para haceros llorar;
Dignaos mirar a esa pobre gente, cuando cabalgáis arriba y abajo,
Creo que hay un Dios por encima de todos que rebajará vuestro orgullo.
Coro: Vosotros tiranos de Inglaterra, quizá
vuestra estirpe desaparezca pronto,
Quizá se os pidan cuentas de todo lo que habéis hecho de forma abusiva.
Bajáis nuestros salarios, da vergüenza contarlo;
Vais a los mercados y decís que no podéis vender;
Y cuando os preguntamos cuándo se arreglarán los malos tiempos,
Nos respondéis con rapidez: «Cuando se acaben las guerras»[65]

Los vestidos de los hijos de los tejedores son harapos, mientras
«los vuestros visten tan monos como micos de feria»:
Los domingos vais a la iglesia, estoy seguro
que no es otra cosa que arrogancia,
No puede haber religión donde la humanidad se deja de lado;
Si el lugar del cielo va a ser como el de la Bolsa,
Nuestras pobres almas no deben acercarse allí,
sino vagar como oveja perdida.
Vuestras mesas están cubiertas de los más exquisitos manjares.
Con buena cerveza y coñac fuerte, para que
vuestros rostros se pongan colorados;
Invitáis a una serie de visitas —lo cual constituye todo vuestro placer—
Y conspiráis juntando vuestras cabezas para
que nuestros rostros palidezcan.
Decís que *Bonyparty* ha sido la ruina total,
Y que tenemos motivo para rezar por su derrota;
Ahora *Bonyparty* está muerto y ha desaparecido, y se ha visto claramente
Que nuestros mayores tiranos son nuestros propios *Boneys*.[66]

[65] *You gentlemen and tradesmen, that ride about at will, / Look down on these poor people; it's enough to make you crill, / Look down on these poor people, as you ride up and down, / I think there is a God above will bring your pride quite down. / Chorus: You tyrants of England, your race may soon be run, / You may be brought into account for what you've sorely done / You pull down our wages, shamefully to tell; / You go into the markets, and say you cannot sell; / And when that we do ask you when these bad times will mend, / You quickly give an answer. 'When the wars are at an end'.*

[66] J. Harland, *op. cit.*, pp. 259-261. (*You go to church on Sunday, I'm sure it's nought but pride, / There can be no religion where humanity's thrown aside; / If there be a place in heaven, as there is in the Exchange, / Our poor souls must not come near there; like lost sheep they must range. / With the choicest of strong dainties your tables overspread, / With good ale and strong brandy, to make your faces red; / You call'd a set of visitors —it is your whole delight— / And you lay your heads together to make our faces white. / You say that Bonyparty he's been the spoil of all, / And that we have got reason to pray for his downfall; / Now Bonyparty's dead and gone, and it is plainly shown / That we have bigger tyrants in Boneys of our own.*)

A su ira y a sus sufrimientos se añadía la transparencia de su explotación: nada del sistema que llevaba tropas a Peterloo o permitía a sus patronos erigir grandes mansiones en los distritos manufactureros les parecía «natural» o «inevitable».

Los historiadores que dan por sentado que la regulación de los salarios era «imposible» no se han molestado en presentar un ejemplo que pudiese ser rebatido. Las propuestas de John Fielden de un salario mínimo estudiado en cada distrito por comisiones del oficio no eran más «imposibles» que el proyecto de ley de las diez horas que sólo se ganó después de tres décadas de agitación intensiva y frente a una oposición tenaz. Fielden tenía a su favor no sólo a los tejedores, sino a muchos de los patronos que deseaban poner límite a los menos escrupulosos y a los «mataderos». La dificultad residía no, como ha señalado el profesor Smelser, en el «sistema de valores dominante en la época», sino en la fuerte oposición de una minoría de patronos y en el carácter del Parlamento, al cual elogia el profesor Smelser por su éxito en «manejar» y «canalizar» los «injustificados síntomas de alboroto» de los tejedores.[67] En 1834 la Cámara nombró una Comisión Especial presidida por un comprensivo fabricante de Paisley, John Maxwell. Él y John Fielden, que era miembro de la Comisión, aseguraron que estuviese provista de testigos comprensivos. La Comisión, aunque expresando una profunda preocupación por la situación de los tejedores, no llegó a ninguna recomendación firme en 1834; pero en 1835, después de recoger pruebas adicionales, se pronunció con un inequívoco informe en favor de la propuesta de ley sobre el salario mínimo de Fielden: «el resultado de la medida sería quitarles a los patronos que pagan peor el poder que tienen en la actualidad de regular los salarios.» Era imprescindible hacer una prueba de la aplicación de esta medida, y «se demostrará al menos, que el Parlamento se ha compadecido de su dolor, y ha prestado oídos a sus súplicas de ayuda»:

> En cuanto a la opinión de que el Parlamento no puede y no debe intervenir en casos de esta naturaleza, Vuestra Comisión se opone decididamente. Por el contrario, cuando el bienestar y la felicidad de cualquier número considerable de súbditos británicos está en juego, Vuestra Comisión cree que el Parlamento no debería perder un momento para informarse y, si es posible, poner en marcha el remedio.
>
> Vuestra Comisión, por lo tanto, sugiere que se presente inmediatamente un proyecto de ley de la naturaleza del que proponía el señor Fielden.[68]

[67] Véase N. J. Smelser, *op. cit.*, p. 247. Para hacer justicia al profesor Smelser, debería añadirse que el libro, aunque profundamente insensible en sus argumentos generales, contiene algunas valiosas ideas sobre el efecto de los cambios tecnológicos en las relaciones familiares de los obreros del algodón.

[68] *S. C. on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1835, p. xv. He citado esta parte del informe con el fin de corregir las informaciones incorrectas que hay en Smelser, *op. cit.*, pp. 263-

Siguiendo estas recomendaciones, John Maxwell presentó realmente un proyecto de ley el 28 de julio de 1835. La fuerza de la oposición se expresó en un discurso de Poulett Thomson:

> ¿Era posible que el Gobierno del país fijara una tarifa para los salarios? ¿Era posible que el trabajo del hombre no debiera ser libre?

Una medida como aquella constituiría «un acto de tiranía». El doctor Bowring y Edward Baines, del *Leeds Mercury*, aconsejaban a los tejedores que se ayudasen a sí mismos haciendo que sus hijos aprendieran otros oficios. El *Hansard* consideró que John Fielden era «inaudible». Se rechazó el proyecto de ley por 41 votos contra 129. Propuesto de nuevo por Maxwell en 1836, su segunda lectura fue pospuesta repetidas veces y finalmente abandonada. Vuelto a presentar en mayo de 1837 por Maxwell en una moción por la suspensión, se negó el permiso de presentar una propuesta de ley por 39 votos contra 82. En las garras de una legislatura del *laissez faire*, los fabricantes de Paisley y Todmorden —muchos de cuyos miembros estaban al borde del hambre— siguieron luchando. John Fielden propuso presentar un nuevo proyecto de ley el 21 de diciembre de 1837; rechazado por 11 votos contra 73. Pero entonces Fielden se mantuvo firme e hizo saber que se opondría a cualquier proyecto de ley referente a dinero hasta que la Cámara hiciese algo. Esta vez fue «audible». Se nombró una Comisión Real, que estaba firmemente controlada por aquel *decano* de la «economía política» ortodoxa, Nassau Senior, y se inició otra etapa de «manejo y canalización». En 1838, los comisarios auxiliares recorrieron los distritos afectados, prevenidos por Senior de que deberían «combatir muchas teorías predilectas, y puede que defraudar esperanzas imprecisas o exageradas, pero abrigadas durante mucho tiempo». Por muy humanos e inteligentes que, en algunos casos, fueran esos hombres que investigaron minuciosamente las condiciones de los tejedores, eran, sin embargo, ideólogos del *laissez faire*. Sus informes —y el informe final de la Comisión— se publicaron en 1839 y 1840. El árido informe del comisario auxiliar para el West Riding indica que —a menos que fuera para el uso de futuros historiadores sociales— no había necesidad alguna de encargar su trabajo: «La conclusión general que me he esforzado por establecer es que es labor de la legislación acabar con todas las restricciones que afectan a la acumulación de capital y aumentar de ese modo la *demanda* de trabajo; pero en cuanto a la *oferta* del mismo no tiene por qué intervenir.» Pero éste era ya su punto de partida. «Ni el poder del Zar de Rusia», se decía,

264. y Clapham, *op. cit.*, 1, p. 552.

> pudo aumentar los salarios de los trabajadores en una situación similar (...) lo único que queda por hacer, por lo tanto, es instruir a los tejedores manuales respecto de su situación real, aconsejarles que abandonen el oficio y que se guarden de dirigir a sus hijos hacia él, del mismo modo que se guardarían de cometer los crímenes más atroces.[69]

Todo este «manejar y canalizar» tuvo por lo menos dos resultados: convirtió a los tejedores en cartistas partidarios inveterados de la «fuerza física» e hizo que hubiese, sólo en el algodón, cien mil tejedores menos en 1840 que en 1830. Sin duda alguna, la propuesta de ley de Fielden sólo hubiese sido parcialmente eficaz, sólo hubiese proporcionado un ligero alivio a medida que la competencia del telar mecánico aumentaba en la década de 1830, y podría haber trasladado el aumento del empleo a tiempo parcial hacia alguna otra industria. Pero debemos ser escrupulosos en cuanto a las palabras: el «ligero alivio» en la década de 1830 podría haber sido la diferencia entre la muerte y la supervivencia. «Pienso que ha habido ya una demora demasiado larga —dijo Oastler ante la Comisión Especial de 1834—, creo que la demora ocasionada en este problema ha enviado a muchos cientos de trabajadores británicos a sus tumbas.» De los cien mil tejedores que perdió el Lancashire en aquella década, es probable que sólo una minoría encontrara otros empleos: una parte de la mayoría murieron dentro de su plazo natural, mientras que la otra parte simplemente «murieron» prematuramente.[70] Se sabe que a algunos de ellos los debieron mantener sus hijos que habían entrado a trabajar en las fábricas. Pero fue en 1834 cuando la misma legislatura que se había considerado incapaz de ofrecerles cualquier medida de apoyo golpeó directa y activamente sus condiciones de vida mediante la propuesta de enmienda a la *Poor Law*. La beneficencia —que era el recurso de muchas comunidades, a veces en una escala del tipo de Speenhamland— fue, por lo menos en teoría, reemplazada por las «Bastillas»[71] a partir de los últimos años de la década de 1830. El resultado fue verdaderamente catastrófico. Si el profesor Smelser analizase el «sistema de valores dominante» de los tejedores, descubriría que les disgustaba *todo* tipo de subsidio para los pobres, pero para el asilo malthusiano los valores de la independencia y del matrimonio eran un tabú absoluto. La nueva *Poor Law* no sólo

[69] *Journals of House of Commons* y *Hansard*, *passim*; *Reports of Hand-Loom Weavers' Commissioners*, 1840, parte III, p. 590; A. Briggs, *Chartist Studies*, pp. 8-9.

[70] Véase el diario de W. Varley, un tejedor, en W. Bennett, *History of Burnley*, Burnley, 1948, III, pp. 379-389; (febrero, 1827): «el mal y la enfermedad imperan por todas partes, y es normal que así sea, por el hambre y el duro trabajo a que están sometidos los pobres (...) la viruela y el sarampión se llevan a los niños a razón de dos o tres por casa.»

[71] En inglés *Bastilles*, sinónimo de cárcel. Eran los nuevos asilos para los pobres. *(N. de la T.)*

le negó la ayuda al tejedor y a su familia y le *mantuvo* en el oficio hasta el fin, sino que en realidad condujo a otros —como a algunos de los irlandeses pobres— al seno del oficio. «No puedo contemplar este estado de cosas sin perder la paciencia», dijo un tejedor de muselinas de Bolton a la Comisión de 1834:

> Mi situación es la siguiente: en este momento, dentro de un año cumpliré sesenta años, y calculo que en el lapso de ocho años me habré convertido en un pobre. Me es imposible, por mucho que me esfuerce, ganar un chelín más; y cuando tengo salud necesito todos mis esfuerzos para mantener el alma y el cuerpo juntos (...) No oculto mis sentimientos sobre este tema, como lo haría cualquier hombre en las mismas circunstancias; veo el presente proyecto de enmienda de la *Poor Law* como un sistema de coerción sobre el pobre, y que dentro de muy poco tiempo estaré bajo su terrible actuación. No he merecido esto. Soy un hombre leal, con un gran cariño por las instituciones de mi país, y soy un amante de mi país. «Inglaterra, con todos tus defectos, y sin embargo, te amo», es el lenguaje de mi alma.[72]

En estos distritos tejedores, como Ashton, donde el párroco cartista, Joseph Raynor Stephens, hacía discursos insurreccionales; Todmorden, donde Fielden desafió abiertamente la ley; Huddersfield y Bradford, la resistencia a la *Poor Law* fue violenta, prolongada e intensa.

Pero cuando se inició la segunda fase del declive de los tejedores, es decir, la competición plena con los telares mecánicos, ¿qué soluciones había? Escribió Clapham: «Es difícil decir qué decreto que no fuesen pensiones del Estado para los tejedores, la prohibición del telar mecánico o la prohibición del adiestramiento en el tejido con telar mecánico, hubiese tenido la más mínima utilidad.»[73] Estas no se encontraban entre las peticiones de los mismos tejedores, aunque ellos protestaban contra:

> el uso sin restricción —o, más bien, el abuso— de maquinaria mejorada y perfeccionada continuamente (...)
> (...) el descuido en cuanto a proporcionar empleo y manutención de los irlandeses pobres, que se ven obligados a invadir el mercado de trabajo inglés en busca de un pedazo de pan.
> (...) La adaptación de las máquinas, en cada uno de sus perfeccionamientos, a los *niños*, los *jóvenes* y las *mujeres*, lo cual supone la expulsión de quienes deberían trabajar: los hombres.[74]

---

[72] *Loc. cit.*, 1834, pp. 456-460.
[73] Clapham, *op. cit.*, 1, p. 552.
[74] *Report and Resolutions of a Meeting of Deputies from the Hand-Loom Worsted Weavers residing in and near Bradford*, Leeds, Halifax &c., 1835.

La respuesta de los tejedores a la maquinaria fue, como indican estas resoluciones, más perspicaz de lo que se supone a menudo. Rara vez tuvo lugar la destrucción directa de telares mecánicos, excepto cuando su introducción coincidía con una desgracia extrema y el desempleo (West Houghton, 1812; Bradford, 1826). Desde finales de la década de 1820, los tejedores hicieron tres propuestas constantes.

Primero, propusieron un impuesto sobre los telares mecánicos para igualar las condiciones de la competencia, parte del cual se podría destinar a la ayuda de los tejedores. No se debe olvidar que el tejedor manual no sólo estaba él mismo gravado por los impuestos para asistir a los pobres, sino que pagaba una pesada carga en impuestos indirectos: «El telar mecánico les ha quitado el trabajo; su pan está gravado; su malta está gravada; su azúcar, su jabón y casi todas las cosas que usan y consumen están gravadas. Pero el telar mecánico no paga impuesto alguno», así rezaba una carta de 1835 de los tejedores de paños de Leeds.[75] Cuando tratamos los detalles de los asuntos financieros, a veces olvidamos las disparatadas y explotadoras bases del sistema impositivo posterior a las guerras, así como su función redistributiva, de los pobres hacia los ricos. Entre otros artículos gravados con impuestos se encontraban los ladrillos, el lúpulo, el vinagre, las ventanas, el papel, los perros, el sebo o las naranjas, que eran un artículo de lujo para los niños pobres. En 1832, de unos ingresos de 50 millones de libras, recaudados en su mayor parte mediante los impuestos indirectos sobre artículos de consumo corriente, se gastaron más de 28 millones de libras esterlinas en la Deuda Nacional y 13 millones de libras en el ejército, en contraste con las 356.000 libras gastadas en servicios civiles y las 217.000 libras en la policía. Un testigo dio el siguiente resumen de los impuestos que probablemente recaían cada año sobre el trabajador, ante la Comisión Especial en 1834:

> N.º 1. Impuesto sobre la malta, 4 libras, 11 s, 3 d / N.º 2. Sobre el azúcar, 17 s 4 d / N.º 3. Té o café, 1 libra 4 s / N.º 4. Sobre el jabón, 13 s / N.º 5. Sobre la vivienda, 12 s / N.º 6. Sobre los víveres, 3 libras / N.º 7. Sobre los vestidos, 10 s / Total de los impuestos que pesan sobre el trabajador anualmente, 11 libras 7 s 7 d. Suponiendo que un trabajador gana al día 1 s 6 d, y calculando que trabaja 300 días al año —cosa que muchos trabajadores hacen—, el ingreso será de 22 libras 10 s; así, se reconocerá que por lo menos se le extrae, 100 por 100, o la mitad de sus ingresos mediante los impuestos (...) porque haga lo que haga, comer, beber o dormir paga impuestos de un modo u otro.[76]

[75] *Leeds Times* (25 de abril de 1835).

[76] *S.C. on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834, pp. 293 y siguientes. El testigo, R. M. Martin, fue autor de *Taxation of the British Empire*, 1833.

El resumen abarca artículos que pocos tejedores podían comprar, incluyendo, demasiado a menudo, el mismo pan:

> Tejedor que tienes el pan tasado, todos pueden ver
> En qué te ha beneficiado este impuesto,
> Y tus hijos, con un destino infame,
> Cantando himnos por un vergonzoso mendrugo de pan,
> Hasta que las piedras de todas las calles
> Conozcan sus pequeños pies desnudos.[77]

Así reza una de las *Corn Law Rhymes* de Ebenezer Elliott.[78]

No es sorprendente que los ataques de Cobbett a los inversores en deuda pública encontrasen una buena acogida y que Feargus O'Connor se ganara en primer lugar el aplauso de los que llevan «chaquetas de fustán y barbas sin afeitar» del norte, pulsando la misma nota: «Pensáis que no pagáis nada, cuando, en realidad, todo lo pagáis vosotros. Sois vosotros quienes pagáis seis u ocho millones en impuestos para mantener el ejército; ¿y, para qué? para mantener los impuestos.»[79] Ciertamente, no parece más «imposible» poner un impuesto sobre los telares mecánicos que sobre las ventanas, las naranjas o los ladrillos.

Las otras dos propuestas eran relativas a la limitación de horas de trabajo en las fábricas que tenían telares mecánicos y al empleo de tejedores masculinos adultos en los telares mecánicos. La primera de ellas constituyó un poderoso influjo que condujo a muchos tejedores de telares manuales a apoyar la agitación en favor de las diez horas. Sobre este tema se creó una difícil situación, desde la década de 1830 hasta la actualidad, con la acusación hecha a los hombres de «refugiarse en las faldas de las mujeres» o de utilizar la situación de los niños como pretexto para su propia demanda de una jornada laboral más corta. Pero, de hecho, los operarios y los tejedores declararon abiertamente su objetivo. En su modelo alternativo de economía política se hallaba intrínseco el hecho de que una jornada laboral de menos horas en la fábrica aligeraría el trabajo de los niños, permitiría hacer una jornada de trabajo más corta a los obreros adultos y extendería el trabajo disponible de manera más amplia entre los trabajadores manuales y los desempleados. En el segundo caso, mientras que el hilado con una *spinning mule* estaba en general reservado a los obreros, el telar mecánico estaba atendido más a menudo por mujeres o jóvenes. Y aquí debemos observar con más detención las razones de los tejedores para oponerse al sistema fabril.

[77] *Bread-tax'd weaver, all can see / What that tax hath done for thee, / And thy children, vilely led, / Singing hymns for shameful bread, / Till the stones of every street / Know their little naked feet.*

[78] E. Elliott, *The Splendid Village*, &c., 1834, 1, p. 72.

[79] *Halifax Guardian* (8 de octubre de 1836).

«Razón» no es la palabra apropiada, ya que el conflicto se da entre dos modos o formas de vida distintos desde el punto de vista cultural. Hemos visto que incluso antes de la aparición del telar mecánico, a los tejedores de lana les disgustaban las fábricas con telares manuales. En primer lugar, se resentían por la disciplina: la campana o la sirena de la fábrica; el cronometraje que hacía caso omiso de la mala salud, la organización doméstica o la elección de ocupaciones más variadas. William Child, un oficial tejedor que fue castigado por sus actividades con «la Tradición» de 1806, se negó a entrar en una fábrica con telares manuales debido a sus reparos a «estar obligado a ir con exactitud a tal hora y tal minuto, y al mal trato que allí se daba»:

> Cuando un trabajador auxiliar trabajaba en casa podía hacer el trabajo en sus ratos libres, aquí debes llegar a la hora: la campana suena a las cinco y media, y luego de nuevo a las seis, luego se daban diez minutos para que la puerta estuviera abierta; cuando expiraba el minuto undécimo, se cerraba la puerta ante cualquiera, ya fuese hombre, mujer o niño; tienes que esperar ahí en la puerta o volver a casa hasta las ocho.[80]

En la «época dorada» una queja frecuente de los patronos había sido que los tejedores celebraban «San Lunes» —y algunas veces hacían fiesta los martes— acabando el trabajo los viernes y los sábados por la noche. Según la tradición, los primeros días de la semana el telar iba al ritmo lento de «*Tiempo de sobra. Tiempo de sobra*».[81] Pero durante el fin de semana el telar repiqueteaba, «Queda un día. Queda un día».[82] Sólo una minoría de tejedores del siglo XIX habrían tenido una vida tan variada como el tejedor pequeño propietario cuyo diario, en la década de 1780, le describe tejiendo en los días húmedos y faenando —acarreando, cavando y drenando, segando, batiendo mantequilla— en los días de buen tiempo.[83] Pero debió de existir variedad de algún tipo, hasta en los peores tiempos: aves de corral, algunos huertos, las «vigilias» o las fiestas e incluso un día de caza con perros:

> Venga, todos vosotros tejedores de algodón, debéis levantaros muy temprano, Porque tenéis que trabajar en las fábricas desde la mañana hasta la noche. No podéis ir dos o tres horas al día a vuestros huertos, porque tenéis que estar a sus órdenes, y mantener sus lanzaderas en movimiento.[84]

[80] *Committee on the Woolen Trade*, 1806, p. 111 *et passim*.
[81] Plenty of time. Plenty of time. (*N. de la T.*)
[82] A day t'lat. A day t'lat. (*N. de la T.*)
[83] T. W. Hanson, «Diary of a Grandfather», *Trans. Halifax Antiq. Soc.*, 1916.
[84] J. Harland, *op. cit.*, p. 253. (So, come all you cotton-weavers, you must rise up very soon, / For you must work in factories from morning until noon: / You mustn't walk in your garden for two or three hours a-day, / For you must stand at their command, and keep your shuttles in play.)

«Estar a sus órdenes», esta era la afrenta que dolía más profundamente. Porque, en el fondo, el tejedor sentía que era el verdadero *hacedor* de la tela, y sus padres recordaban la época en que el algodón o la lana se hilaban también en casa. Hubo un tiempo en que se creyó que las fábricas serían una especie de asilos para los niños pobres; e incluso cuando desapareció este prejuicio, entrar en la fábrica suponía descender, en cuanto a posición social, desde la del trabajador con interés propio, por muy pobre que fuese, a la del empleado o «mano de obra».

Además, dolía por los efectos que ejercía el sistema fabril sobre las relaciones familiares. El tejido había ofrecido un empleo a toda la familia, incluso cuando el hilado se había alejado del hogar. Los niños pequeños devanando las bobinas; los muchachos más mayores vigilando las imperfecciones, repasando la tela o ayudando a tirar la lanzadera en el telar ancho; los adolescentes trabajando en un segundo o tercer telar; la esposa alternando el tejido con sus tareas domésticas. La familia estaba junta, y por muy pobres que fuesen las comidas, al menos se podían sentar juntos en momentos escogidos. Alrededor de los talleres de tejido se había desarrollado un modelo completo de vida familiar y comunitaria; el trabajo no impedía conversar y cantar. Las hilanderías —que sólo daban empleo a sus hijos— y más adelante las naves de telares mecánicos, que en general sólo empleaban a las esposas o a los adolescentes, fueron objeto de resistencia hasta que la pobreza derribó todas las defensas. Aquellos lugares se consideraban «inmorales»: lugares de licencia sexual, lenguaje soez, crueldad, accidentes violentos y costumbres extrañas.[85] Los testigos ante la Comisión Especial destacaban ahora una objeción y después otra:

> a nadie le gustaría trabajar en un telar mecánico, no les gusta, hay tal martilleo y estruendo que podría volver locos a algunos hombres; y además, tendría que estar sujeto a una disciplina que ningún tejedor de telar manual estaría dispuesto a aceptar jamás.
>
> (...) todas las personas que trabajan en el telar mecánico lo hacen a la fuerza, porque no pueden vivir de otra forma; en general son personas que han tenido aflicciones familiares y cuyos negocios han fracasado (...) tienen tendencia a ir como pequeñas colonias a colonizar las fábricas.

---

[85] Véase la declaración de los tejedores de Manchester (1823): «Los males de la vida fabril son incalculables (...) Allí se mezcla la juventud, ignorante y sin control, de ambos sexos (...) sin ningún tipo de vigilancia de los padres (...) Confinados en un calor artificial en perjuicio de su salud (...) El espíritu expuesto a la corrupción, y la vida y los miembros expuestos a la Maquinaria (...) consumiendo una juventud en la que los cuarenta años de edad equivalen a los sesenta en constitución física.» (Hammond, *The Town Labourer*, p. 300).

Un testigo de Manchester, que había perdido un hijo en un accidente en la fábrica, declaró:

> He tenido siete hijos, pero si tuviera setenta y siete nunca mandaría a uno de ellos a una hilandería (...) Uno de los reparos que tengo contra ellas es que su moralidad está muy corrupta (...) Tienen que estar en las fábricas desde las seis de la mañana hasta las ocho de la noche, por consiguiente no tienen medios de instrucción (...) no se les da buen ejemplo.

Y añade: «Por mi parte estoy resuelto a que, si inventan máquinas para sustituir el trabajo manual, deban encontrar muchachos de acero para atenderlas.»[86]

Por último, tenemos todas estas objeciones, no tomándolas por separado, sino tomándolas como indicadores del «sistema de valores» de la comunidad. Este sería un material verdaderamente valioso para un estudio de sociología histórica, puesto que, en la Inglaterra de la década de 1830, tenemos una «sociedad plural», con comunidades de fábrica, de tejedores y agrícolas que se influyen unas a otras, con diferentes tradiciones, normas y expectativas. La historia de los años que van desde 1815 a 1840 es, en parte, la historia de la confluencia de las dos primeras en una agitación política común —radicalismo, reforma de 1832, owenismo, campaña en favor de las 10 horas, cartismo—; mientras que la última etapa del cartismo es, en parte, la historia de su frágil coexistencia y su disociación final. En las grandes ciudades como Manchester o Leeds en donde los tejedores manuales compartían muchas de las tradiciones de los artesanos, se casaban entre ellos y pronto enviaron a sus hijos a las fábricas, estas distinciones eran menos marcadas. En los pueblos de tejedores de las tierras altas, las comunidades tenían un sentido de clan mucho más fuerte; despreciaban a la «gente de la ciudad», todos ellos hechos de «desperdicios y mendrugos hervidos».[87] Durante años, en áreas como Saddleworth, Clitheroe, la zona alta del valle del Calder, los tejedores de las aldeas de las laderas se mantuvieron alejados de las fábricas situadas en el fondo de los valles, adiestrando a sus hijos para que ocupasen sus lugares en el telar.

Verdaderamente, después, hacia la década de 1830, podemos empezar a hablar de una ocupación «condenada», que en parte estaba autocondenada por su propio conservadurismo social. Pero incluso en los lugares en que los tejedores aceptaban su destino, el consejo de la Comisión Real de «abandonar el oficio» a menudo no venía al caso. Los niños podían encontrar un puesto de trabajo en las fábricas o las hijas crecederas empezar a trabajar en el telar mecánico;

[86] S. C. *on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834, p. 428 (5473), p. 440 (5618); p. 189 (2643-6).
[87] Edwin Waugh, *Lancashire Sketches*, 1869, p. 128.

Si entráis en un taller de tejido, en el que hay tres o cuatro pares
de telares,
Todos están desocupados, son estorbos en las habitaciones;
Y si preguntáis la razón, la vieja madre os dirá sencillamente,
Mis hijas los han abandonado y se han ido a tejer con vapor.[88]

Pero esto no siempre era posible. En muchas fábricas, los hilanderos o la mano de obra existente tenían prioridad para sus propios hijos. Donde eso tenía lugar, a la vergüenza de los tejedores se añadía su dependencia respecto de su esposa y sus hijos, la forzosa y humillante inversión de los papeles tradicionales.

Hay que recordar la falta de equilibrio entre trabajo juvenil y adulto en el primer sistema fabril. A principios de la década de 1830, entre una tercera parte y una mitad de la mano de obra —para todo tipo de trabajo— de las hilanderías tenía menos de veintiún años. En el estambre, la proporción de mano de obra juvenil era bastante más elevada. De los adultos, bastante más de la mitad eran mujeres. El doctor Ure hacía una estimación de una mano de obra adulta en todas las fábricas textiles del Reino Unido, a partir de los informes de los inspectores de fábrica en 1834, de 191.671, de los cuales 102.812 eran mujeres y solamente 88.859 eran hombres.[89] El modelo de empleo masculino está bastante claro:

En las fábricas de algodón del Lancashire, los salarios de los hombres en el grupo de edad en que hay el mayor número de empleados —de los once a los dieciséis años— son de una media de 4 s y 10½ d a la semana; pero en el siguiente grupo de edad de cinco años, de los dieciséis a los veintiuno, el promedio aumenta a los 10 s y 2½ d por semana; y por supuesto, el fabricante tendrá tan pocos como pueda a ese precio (...) En el siguiente grupo de edad de cinco años, de veintiuno a veintiséis, el promedio de salarios semanales son 17 s 2½ d. Aquí hay un motivo todavía más fuerte para no seguir empleando hombres en la medida que ello sea posible. En los dos grupos de edad subsiguientes el promedio salarial todavía aumenta más, hasta 20 s 4 d, y 22 s 8½ d. En este nivel salarial sólo se empleará a aquellos hombres que son necesarios para realizar un trabajo que requiera una gran fuerza física, o una gran cualificación en algún arte, oficio o ministerio (...) o personas empleadas en cargos de confianza.[90]

---

88 J. Harland, *op. cit.*, p. 253. (*If you go into a loom-shop, where there's three or four pairs of looms, / They all are standing empty, encumbrances of the rooms; / And if you ask the reason why, the old mother will tell you plain, / My daughters have foresaken them, and gone to weave by steam.*)

89 A. Ure, The *Philosophy of Manufactures*, 1835, p. 481; J. James, *History of the Worsted Manufacture*, pp. 619-620; James, *Continuation of the History of Bradford*, 1866, p. 227. Los informes subestiman, a menudo, la mano de obra juvenil.

90 Ure, *op. cit.*, p. 474.

Debemos señalar dos aspectos evidentes, pero importantes, acerca de este modelo de empleo. El primero —que ya lo hemos apuntado en relación a los oficios «deshonrosos»— es que no podemos separar de manera artificial en nuestras mentes los salarios «buenos» de las fábricas, de los salarios malos de las industrias «anticuadas». En un sistema que se basa en la discontinuidad del empleo de los varones adultos «en la medida que ello sea posible», el salario del obrero fabril cualificado y el salario del obrero no cualificado desplazado de la fábrica a los dieciséis o los veintiún años se debe inscribir en las dos caras de la misma moneda. En realidad, en las industrias textiles laneras, los trabajadores jóvenes desplazados de las fábricas a veces se veían obligados, antes de cumplir los veinte años, a volver al telar manual. El segundo punto es que el tejedor de telar manual, varón y adulto, incluso cuando las privaciones vencían sus prejuicios, tenía pocas oportunidades más que el trabajador agrícola de encontrar empleo en una fábrica. Pocas veces se adaptaba al trabajo de la fábrica. No tenía ni una «gran fuerza física» ni cualificación en cualquier oficio de la fábrica. Uno de los patronos mejor dispuestos, John Fielden, recordaba respecto del año 1835:

> Semanalmente acudían a mí multitud de tejedores de telar manual que se hallaban en una situación tan apremiante como para verse obligados a buscar un trabajo como aquel, y tanto a mí como a mis compañeros nos causaba un gran dolor estar (...) obligados a negarles el trabajo a la mayoría de los que lo pedían.[91]

En los oficios artesanos del Lancashire, a principios de la década de 1830, los salarios eran razonablemente elevados: entre los fundidores de hierro, los mecánicos, los zapateros, los sastres y los trabajadores de la construcción cualificados oscilaban entre 15 s y 25 s; y en las industrias mecánicas eran todavía más altos. Pero esos sueldos se habían alcanzado sólo gracias a la fuerza de la organización, uno de cuyos objetivos era mantener alejados de la fábrica a los jóvenes despedidos y a los tejedores de telar manual. Si el tejedor hubiese podido cambiar de ocupación hacia otro oficio *artesano* —o hubiera podido colocar a sus hijos de aprendices—, el conservadurismo social no lo hubiese impedido. Había un cierto prejuicio comprensible contra el trabajo no cualificado, era considerado como una pérdida definitiva de categoría. «Jone o' Grinfilt» declara en el punto álgido de sus tribulaciones:

> Pero dejaré este oficio, y trabajaré con una azada.
> O iré a picar piedra a la carretera.[92]

[91] J. Fielden, *The Curse of the Factory System*, 1836, p. 68.
[92] But aw'll give o'er this trade, un work wi' a spade. / Or goo un' break stone upo' th' road...

Pero incluso aquí había dificultades. El tejedor de seda de Manchester que expuso los elementos de una teoría obrera del valor a la Cámara de los Comunes había fracasado en su intento de obtener trabajo como mozo de cuerda, con unos salarios de 14 s a 15 s. La constitución física de los tejedores pocas veces era apta para realizar trabajos pesados no cualificados —los salarios de los peones de albañil y los «paleadores» eran de 10 s o 12 s—, y competían con los labriegos irlandeses que eran más fuertes y estaban dispuestos a trabajar por menos dinero.[93] Y mientras que los tejedores de las grandes ciudades encontraban sin duda trabajos sueltos mal pagados muy variados, el tejedor rural de mediana edad no podía trasladar su casa y su familia:

> El cambio tuvo un efecto terrible en los espíritus de algunos tejedores viejos de telar manual (...) Vimos a un viejo tejedor de Pudsey con lágrimas en los ojos mientras (...) contaba las buenas cualidades de su telar. Sí, estaba sujeto como debe estar un telar, y se balanceaba de un lado a otro como un telar debe hacerlo, la lanzadera volvía con facilidad y hacía su trabajo sin trabas y admitía cualquier cantidad de trama. Cuando el telar llegó desde uno de los mejores talleres de construcción de telares de Inglaterra (...) todos los vecinos vinieron a verlo, lo admiraron y lo codiciaron. Pero ahora durante algún tiempo tanto este telar como otros (...) han enmudecido y están cubiertos de polvo y de telarañas.[94]

La historia de los tejedores de telar manual afecta en multitud de aspectos a la cuestión general de los niveles de vida durante la Revolución industrial. En sus primeras etapas parece proporcionar pruebas al lado «optimista»: las hilanderías son los multiplicadores que atraen a miles de trabajadores a domicilio y aumentan su nivel de vida. Pero a medida que su nivel de vida aumenta, su posición social y sus defensas disminuyen; y desde 1800 a 1840 el balance es casi absolutamente «pesimista». Si vamos a enjuiciar los niveles de vida de esos años, no en términos «futuristas», sino en los términos de las generaciones vivas que los experimentaron, entonces debemos ver a los tejedores como un grupo que no sólo no «compartió los beneficios» del progreso económico, sino que sufrió una decadencia drástica. Puesto que las textiles fueron las principales industrias de la Revolución industrial, y puesto que había muchos más adultos involucrados en las ramas del tejido que en las del hilado, esta parecería ser una forma tan válida de describir la experiencia

[93] Los salarios que aquí se apuntan son los que dio como promedio la Cámara de Comercio de Manchester en 1832: véase *First Annual Report*, P. L. C., 1836, p. 331, y *British Almanac*, 1834, pp. 31-61.
[94] J. Lawson, *Progress in Pudsey*, pp. 89-90.

de esos años como cualquier otra. La historia tradicional, quizá debido a cuestiones de estilo dramático, fija su atención sobre el factor multiplicador —la *spinning mule*, la fábrica y el vapor—; nosotros hemos observado a la gente que se multiplicó.

Los «optimistas» reconocen, por supuesto, la situación de los tejedores; en todos los relatos hay alguna salvedad, que exceptúa a «unos pocos y reducidos grupos de población especialmente infelices, como los tejedores de telar manual», «un pequeño grupo en una comunidad que florece», o «bolsas de desempleo tecnológico».[95] Pero como muy bien sabía Clapham, los tejedores no se pueden describir de ningún modo como un «pequeño» grupo antes de los últimos años de la década de 1840. Los tejedores eran, y probablemente lo habían sido durante algunos cientos de años, el mayor grupo singular de trabajadores industriales de Inglaterra. Fueron los labradores de nuestras principales industrias. En algún momento entre 1820 y 1840 llegaron a ser los terceros en las listas de ocupación, después de los trabajadores agrícolas y los criados domésticos, y sobrepasando con mucho cualquier otro grupo industrial: «Nunca se hizo un censo de ellos [por ejemplo, de telares en el Reino Unido]; pero no pudieron ser menos de quinientos mil y debieron ser muchos más.»[96] Las estimaciones para el Reino Unido, incluyendo los telares de algodón, lana, seda, hilo, lino, así como las ramas especializadas como el tejido de cintas, pero excluyendo a los tejedores de punto, se elevaban algunas veces hasta setecientos cuarenta mil, pero en muchas familias habría dos, tres y cuatro telares. La estimación de la Comisión Especial de 1834-1835 de que de ochocientas mil a ochocientas cuarenta mil personas eran completamente dependientes del telar debe ser lo más exacto que podemos obtener.

El persistente mito de la libertad en una ideología anticuada permite que no hacer nada y dejar que las fuerzas económicas «naturales» inflijan daño a una parte de la comunidad constituya una justificación completa para una legislatura. El telar mecánico proporcionó una excusa de oro tanto al Estado como a los patronos. Pero, del mismo modo, podríamos considerar la historia de los tejedores como la expresión de la situación sumamente anormal que existía durante la Revolución industrial. En la historia de los tejedores tenemos un caso paradigmático de la actuación de un sistema represivo y explotador sobre un grupo de trabajadores sin las defensas de las *trade unions*. El gobierno no sólo intervino contra sus organizaciones políticas y sus

[95] Clapham, *Economic History*, I, p. 565; F. A. Hayek en *Capitalism and the Historians*, p. 28; R. M. Hartwell, «The Rising Standard of Living in England, 1800-1850», *Econ. Hist. Review*, 2.ª serie, XIII (abril 1961).

[96] Clapham, *op. cit.*, I, p. 179.

trade unions, también impuso a los tejedores el dogma negativo de la libertad del capital de forma tan intransigente como lo iba a hacer sobre las víctimas del hambre irlandesa.

Hoy en día todavía está presente el fantasma de este dogma. El profesor Ashton lamenta que los factores financieros retrasaran la inversión en telares mecánicos:

> A veces se sugiere que los «males» de la Revolución industrial se debieron a la rapidez con que aquélla se produjo: el caso de los trabajadores textiles a domicilio indica exactamente lo contrario. Si en el tejido hubiese habido un hombre como Arkwright, si los tipos de interés se hubiesen mantenido bajos, si no hubiese habido inmigraciones ni subsidios con la *Poor Law*, la transferencia a la fábrica se hubiese realizado con rapidez y con menos sufrimiento. Tal y como se produjo, grandes cantidades de trabajadores manuales siguieron, durante más de una generación, librando una batalla perdida contra la energía del vapor.[97]

Pero, como hemos visto, para los patronos de los telares mecánicos no era una «batalla», sino una gran ventaja tener una fuerza de trabajo barata adicional, como recurso en los buenos tiempos y como medio de mantener bajos los salarios de las mujeres y las chicas —de 8 s a 12 s en Manchester, en 1832— que atendían los telares. Además, apenas había «transferencia hacia la fábrica». Si la introducción del telar mecánico hubiese sido más rápida, sus consecuencias —siendo todo lo demás igual— habrían sido incluso más catastróficas.

Algunos historiadores de la economía parecen no estar dispuestos —quizá debido a un «progresismo» encubierto, que iguala el progreso humano con el crecimiento económico— a afrontar el hecho evidente de que la innovación tecnológica durante la Revolución industrial, hasta la época del ferrocarril, desplazó, excepto en las industrias del metal, al obrero cualificado adulto. Los obreros desplazados de ese modo pasaban a engrosar la provisión ilimitada de mano de obra barata que se empleaba en los penosos trabajos de pura fuerza humana muscular, que eran tan pródigos en la época. Había poca mecanización o ninguna en las minas, en los muelles, las ladrillerías, las fábricas de gas, la construcción, en la construcción de canales y tendidos de ferrocarril, en el acarreamiento y el porteo. El carbón todavía se subía a hombros por las largas escaleras de las bodegas de los barcos; en Birmingham todavía se podían alquilar hombres, en la década de 1830, por 1 s al día para acarrear arena en carretillas nueve millas por carretera y nueve millas de vuelta sin carga. La disparidad de salarios de un mecánico —de 26 s

[97] T. S. Ashton, *The Industrial Revolution*, p. 117.

a 30 s—, o un carpintero —24 s—, y el paleador —de 10 a 15 s—, o el tejedor —digamos 8 s— en 1832 es tal que no podemos dejar que la explique sólo el conservadurismo social. Indica que los trabajos cualificados son los excepcionales y que las condiciones en el trabajo manual no cualificado o en las industrias domésticas, lejos de ser «especialmente infelices» eran características de un sistema diseñado por los patronos, los legisladores y los ideólogos para abaratar el trabajo humano de todas las formas posibles. Y el hecho de que el tejido llegara a estar sobresaturado en un momento en que las circunstancias eran de rápido declive es una confirmación elocuente. En las industrias domésticas, escribió Marx, era donde la explotación era más «desvergonzada», «porque en esos últimos reductos de las masas que se han vuelto "superfluos" debido a la industria y la agricultura modernas, la competencia por el trabajo alcanza sus máximas cotas».[98]

Por supuesto, hay un argumento «futurista» que merece atención. De hecho, es un argumento que muchos obreros, que vivieron hasta llegar a tiempos mejores, aceptaron. Uno de esos obreros comentaba, a pesar de haber sufrido plenamente la transición:

> los tejedores del telar mecánico no tienen que comprarse los telares y una *jenny* que hile para ellos; o las bobinas, frascos y canastos; o pagar renta e impuestos para establecerse; tampoco tienen que pagar velas, o gas y carbón para iluminar y calentar el taller. No tienen que pagar las reparaciones por el desgaste (...) no tienen que comprar lanzaderas, recogedores, aparadores, mostradores, guiahilos, estacas, mallas y cuerdas (...) No tienen que atarse a los pedales y bancos (...) ni deben vendar su muñeca para reforzarla (...) No tienen que ir a buscar hilazas ni preparar el urdido, reforzar los orillos, aprestar, sacar los tejidos a secar, estirarlos en el tendedero, sacarlos, humedecerlos y teñirlos; ni, además de todo, tendrían que seleccionar la lana, limpiarla y teñirla y *hacerlo todo a cambio de nada*.[99]

Si contemplamos el trabajo de los tejedores de telar manual bajo esta perspectiva, éste era verdaderamente penoso y obsoleto, y cualquier transición, por muy llena de sufrimiento que estuviese, estaría justificada. Pero este es un argumento que desestima el sufrimiento de una generación a cuenta de las ganancias del futuro. Para quienes sufrieron, este consuelo retrospectivo no sirve de nada.

[98] *El capital*, edición de 1938, p. 465. (Hay trad. cast. en OME, 40 (1976), 41 (1970), 42 (1980), Crítica, Barcelona.)

[99] J. Lawson, *op. cit.*, p. 91.

10
Niveles de vida y experiencias

I. Los bienes

La controversia que se refiere a los niveles de vida durante la Revolución industrial posiblemente ha adquirido mayor valor cuando ha abandonado la búsqueda, un tanto irreal, de los niveles salariales de unos hipotéticos obreros medios y ha dirigido su atención hacia los artículos de consumo: alimentos, vestidos, vivienda, y, además de éstos, salud y mortalidad. Muchos de los aspectos expuestos a debate son complejos, y todo lo que aquí se puede intentar ofrecer son observaciones acerca de una discusión que continúa. Cuando tomamos en consideración cantidades mensurables, parece claro que, entre los años 1790 y 1840, el producto nacional aumentaba con mayor rapidez que la población. Pero es extremadamente difícil establecer cómo se distribuía este producto. Incluso en el caso de que dejemos otras consideraciones de lado —¿Qué parte de este aumento salía fuera debido a la desfavorable relación real de intercambio? ¿Qué parte se dirigía a inversiones de capital, más que a artículos de consumo?—, no es fácil descubrir qué parte de este aumento iba a los diferentes sectores de la población.

El debate acerca de la dieta de la población durante la Revolución industrial versa principalmente sobre cereales, carne, patatas, cerveza, azúcar y té. Es probable que el consumo *per capita* de trigo disminuyese, desde los niveles de los últimos años del siglo XVIII, durante las cuatro primeras décadas del siglo XIX. El señor Salaman, el historiador de la patata, ha ofrecido un convincente relato, punto por punto, de la «batalla de la hogaza», mediante la cual los terratenientes, los labradores acomodados, los párrocos, los fabricantes y el gobierno mismo intentaron hacer pasar a los labriegos de una dieta de trigo a una de patatas. El año crítico fue 1795. Después, la necesidad del tiempo de guerra reemplazó los argumentos referentes a los beneficios de reducir a los pobres a una dieta básica barata.

El aumento del área cultivada de patatas durante las guerras no se puede atribuir sólo a la escasez de trigo: «había alguna deficiencia, pero la división desigual entre las diferentes clases de la sociedad, que era resultado de los precios excesivos, fue un factor mucho más poderoso.» La gran mayoría de la población inglesa, incluso en el norte, había pasado, hacia 1790, de los cereales más bastos al trigo; y el pan blanco se consideraba celosamente como un símbolo de su posición social. El trabajador rural del sur se negaba a dejar su dieta de pan y queso, incluso cuando se encontraba al borde de la inanición; y durante casi cincuenta años tuvo lugar una guerra dietética regular entre las clases, con las patatas invadiendo el terreno del pan en el sur, y con la harina de avena y las patatas invadiendo en el norte. En realidad, el señor Salaman descubre en la patata un estabilizador social más eficaz incluso que el que Halévy encontró en el metodismo:

> el consumo de la patata (...) permitió, de hecho, que los obreros sobrevivieran con el mínimo salario posible. Es probable que, de este modo, la patata prolongara y fomentara el empobrecimiento y la degradación de las masas inglesas, durante otro centenar de años; pero seguramente, la alternativa no era otra que la revolución sangrienta. El hecho de que Inglaterra escapase a tal trastorno violento, en las primeras décadas del siglo XIX, (...) se debe anotar, en gran medida, en el haber de la patata.[1]

Hoy en día, los expertos en nutrición nos informan de que la patata está llena de virtudes, y verdaderamente, siempre que los niveles de vida subieron de forma suficiente para que la patata fuese un artículo añadido que proporcionaba variedad a la dieta, ello fue un logro. Pero la sustitución del pan o la harina de avena por las patatas se vivió como una degradación. Los inmigrantes irlandeses con su dieta de patatas —Ebezener Elliott les llamaba «hordas irlandesas alimentadas de raíces»— constituían un testimonio elocuente, y muchísimos ingleses estaban de acuerdo con Cobbett acerca de que los pobres eran víctimas de una conspiración para reducirlos al nivel de los irlandeses. Durante toda la Revolución industrial, los precio del pan y de la harina de avena fueron el índice principal del nivel de vida, en opinión de la población. Cuando, en 1815, se aprobaron las *Corn Laws*, las tropas tuvieron que defender las cámaras del Parlamento de los ataques de la población. Entre las pancartas que había en Peterloo, destacaban las que decían: «No a las *Corn Laws*», y las cosas siguieron como estaban, especialmente en el Lancashire, hasta la agitación de la década de 1840 contra las *Corn Laws*.

[1] R.N. Salaman, *The History and Social Influence of the Potato*, Cambridge, 1949, en especial las pp. 480, 495, 506, 541-542. J.C. Drumond y A. Wilbraham, los historiadores de *The Englishman's Food*, 1939, también consideran que este es un período de declive.

La carne, como el trigo, acarreaba sentimientos de posición social muy por encima de su valor dietético. El Roast Beef de la Vieja Inglaterra era el orgullo del artesano y la aspiración del labriego. Una vez más, el consumo *per capita* disminuyó probablemente entre 1790 y 1840, pero las cifras están en discusión. La discusión gira en torno al número y al peso de las reses sacrificadas en los mataderos de Londres. Pero incluso en el caso de que estas cifras estén establecidas, no podemos todavía estar seguros respecto de qué sectores de la población consumían carne y en qué proporciones. Verdaderamente, la carne sería un indicador sensible de los niveles de vida, puesto que era uno de los primeros artículos en los que se debe haber gastado cualquier aumento de los salarios reales. Los trabajadores estacionales no planificaban meticulosamente su consumo sobre cincuenta y dos comidas de domingo; más bien, gastaban el dinero cuando tenían trabajo y durante el resto del año tomaban lo que la fortuna les deparaba. «En los largos y hermosos días de verano», le contaron a Henry Mayhew,

> la hija pequeña de un obrero de una ladrillería solía encargarle al carnicero chuletas y otros manjares selectos, diciendo: «Por favor, señor, a mi padre no le importa el precio ahora mismo; pero quiere unas buenas chuletas, señor, y tiernas, por favor (...) porque es ladrillero.» En invierno la cosa era como sigue: «Oh, por favor, señor, aquí tiene una monedita de cuatro peniques, y debe darme algo barato para mi padre. No le importa qué trozo sea mientras sea barato. Estamos en invierno y no tiene trabajo, señor, porque es ladrillero.»[2]

Los londinenses tendían a tener unos niveles de expectativas mayores que los labriegos de provincias. En el punto más bajo de la depresión de 1812, un observador tuvo la impresión de que a los pobres de Londres les iba mejor que a los del norte y el oeste:

> Los pobres de la metrópoli, a pesar del enorme precio de los productos de primera necesidad, viven en realidad, comparativamente, de manera confortable. El peón más humilde aquí consigue carne —carne comestible— con frecuencia, y siempre consigue pan y queso, con algún tipo de cerveza, para sus comidas; en cambio un campesino del West Country no puede conseguir esta comida para su familia.[3]

Por supuesto, había una variedad de «carnes» inferiores en venta: arenques ahumados, arenques salados, pies de vaca, pies de oveja, orejas de cerdo, albóndigas, callos y morcillas. Los teje-

[2] Mayhew, *op. cit.*, II, p. 368.
[3] *Examiner* (16 de agosto de 1812).

dores rurales del Lancashire despreciaban la comida de la ciudad y preferían la carne de animales muertos a cuchillo —una frase que sugiere, a la vez, la supervivencia de su propia economía de la cría directa del cerdo y la sospecha de que la carne de la ciudad no estaba en buenas condiciones—; si se veían obligados a comer en la ciudad, «cada bocado se tragaba en medio de dolorosas especulaciones en torno a qué debía ser el cuadrúpedo cuando estaba vivo y sobre la razón concreta en la que se había producido su muerte».[4] Para los habitantes de la ciudad, no era algo nuevo estar expuestos a los alimentos impuros o adulterados; pero a medida que la proporción de los trabajadores urbanos aumentaba, la exposición devenía peor.[5]

No hay duda de que el consumo *per capita* de cerveza disminuyó entre 1800 y 1830, y tampoco hay duda de que el consumo *per capita* de té y de azúcar aumentó; mientras que entre 1820 y 1840 se produjo un notable aumento en el consumo de ginebra y whisky. Una vez más, esta es una cuestión tanto cultural como dietética. La cerveza se consideraba —por parte de los labriegos agrícolas, los descargadores de carbón, los mineros— como algo fundamental para realizar cualquier tarea pesada —para «restituir el sudor»—, y en algunas zonas del norte la cerveza era sinónimo de «bebida». La fabricación casera de cerveza de poca calidad era tan esencial para la economía doméstica que «si una mujer joven sabe cocer tortas de avena y hacer buena cerveza, se considera que será una buena esposa»; mientras que «algunos jefes de clase metodista dicen que no podrían dirigir sus clases sin darles una jarra de bebida».[6] La disminución se atribuyó de manera directa al impuesto de la malta; un impuesto tan impopular que algunos contemporáneos lo consideraban como una incitación a la revolución. Abolid el impuesto de la malta, argumentaba un magistrado eclesiástico en 1816, y el obrero:

> irá alegremente a su trabajo diario, y lo hará con energía viril y satisfacción, y sentirá apego por su casa, su familia y, por *encima de todo*, su país, que le permite compartir, junto con sus superiores, esa sencilla y saludable bebida, a lo cual aspira un pobre, más, por supuesto, que a cualquier otra cosa que le pueda conceder un Parlamento Británico.[7]

[4] E. Waught, *Lancashire Sketches*, pp. 128-129.
[5] Véase J. Burnet, «*History* of Food Adulteration in Great Britain in the Nineteenth Century», *Bulletin of Inst. of Historical Research* (1959), pp. 104-107.
[6] J. Lawson, *op. cit.*, pp. 8, 10.
[7] *Agricultural State of the Kingdom*, 1816, p. 95.

El impuesto adicional sobre la cerveza fuerte condujo a una extensa evasión fiscal, y los «despachos clandestinos» proliferaron, como aquel en el que casi asesinaron a Samuel Bamford como sospechoso de ser un recaudador del *excise*, hasta que uno de los bebedores lo reconoció como un radical *bona fide* «en activo».

Sin duda, los impuestos tuvieron como resultado reducir la producción casera de cerveza y el consumo casero de ésta y, del mismo modo, hicieron que la bebida fuese cada vez menos una parte de la dieta normal y más una actividad externa a la casa. En 1830 se revocó el impuesto sobre la cerveza fuerte y se aprobó la *Beer Act*, y en cinco años aparecieron treinta y cinco mil cervecerías, como si de setas se tratase. El aumento en el consumo de té se dio, en parte, como reemplazo de la cerveza y, quizá también, de la leche; y una vez más, muchos contemporáneos —con Cobbett a la cabeza— vieron en ello pruebas de deterioro. El té se consideraba un sustituto y, junto con el mayor consumo de alcohol, como un indicador de la necesidad de estimulantes debido a las excesivas horas de trabajo con una dieta inadecuada. Pero hacia 1830 el té se juzgaba como algo indispensable: las familias que eran demasiado pobres para comprarlo, pedían a los vecinos las hojas de té utilizadas, o incluso imitaban su color echando agua hirviendo sobre una corteza de pan tostado.[8]

En resumen, es un recuerdo común. En cincuenta años de la Revolución industrial, la participación de la clase obrera en el producto nacional casi había disminuido en relación con la participación en el mismo de las clases propietarias y profesionales. El obrero «medio» permanecía muy cerca del nivel de subsistencia en un momento en que se hallaba rodeado por la evidencia del crecimiento de la riqueza nacional, gran parte de la cual era claramente el producto de su propio trabajo, y pasaba, por medios igualmente claros, a manos de sus patronos. En términos psicológicos, esto se sentía en gran medida como una disminución de los niveles de vida. Su propia parte de los «beneficios del progreso económico» consistía en más patatas, unas pocas prendas de vestir de algodón para su familia, jabón y velas, un poco de té y azúcar, y un buen número de artículos que constan en la *Economic History Review*.

[8] Para tener una indicación de los puntos que aquí se discuten, véanse los artículos sobre el nivel de vida de los autores T. S. Ashton, R. M. Hartwell, E. Hobsbawm y J. Taylor citados con anterioridad.

II. Las viviendas

Los datos referentes al entorno urbano no son mucho más fáciles de interpretar. A finales del siglo XVIII había trabajadoress agrícolas que vivían con sus familias en casuchas de una sola habitación, húmedas y por debajo del nivel del suelo: cincuenta años más tarde esas condiciones eran menos frecuentes. A pesar de todo lo que se pueda decir acerca de la construcción no planificada de mala calidad y de la especulación que se desarrolló en las ciudades industriales en crecimiento, las casas propiamente dichas eran mejores que aquellas a las que estaban acostumbrados muchos de los inmigrantes del campo. Pero a medida que las ciudades industriales envejecían, los problemas de suministro de agua, saneamiento, superpoblación y de la utilización de las viviendas para actividades industriales se multiplicaron hasta llegar a las espantosas condiciones que revelaron las investigaciones sobre vivienda y condiciones sanitarias realizadas en la década de 1840. Es cierto que las condiciones en los pueblos rurales o las pequeñas aldeas de tejedores pudieron ser tan malas como las de Preston o Leeds. Pero la magnitud del problema era verdaderamente peor en las grandes ciudades, y la multiplicación de las malas condiciones facilitaba la propagación de las epidemias.

Además, las condiciones en las grandes ciudades eran —y se vivían como tales— más enérgicamente ofensivas y molestas. El agua de la aldea, si nacía cerca del cementerio, muy bien podía ser impura: pero al menos los aldeanos no tenían que levantarse por la noche y hacer cola para tener un turno en la única cañería que abastecía varias calles, ni tenían que pagar por ello. A menudo, el habitante de la ciudad industrial no podía escapar al hedor de los residuos industriales y las cloacas abiertas, y sus hijos jugaban por entre los desperdicios y los muladares privados. Después de todo, algunos de los testimonios continúan existiendo hoy en día en el paisaje industrial del norte y de las Midlands.

Hoy, este deterioro del entorno urbano nos disgusta, como disgustó a muchos contemporáneos, por ser una de las consecuencias más desastrosas de la Revolución industrial, tanto si se considera en términos estéticos, en términos de comodidades para la comunidad o en términos de sanidad y densidad de población. Además, esto ocurrió de manera más acentuada en algunas de las áreas de salarios altos, en las que los datos «optimistas» relativos a la mejora de los niveles de vida están mejor fundamentados. El

sentido común nos aconsejaría tomar en consideración los dos tipos de datos a la vez; pero, en realidad, se han dado diversos argumentos como atenuantes. Se han encontrado ejemplos de propietarios modelo de fábricas que se preocupaban por las condiciones de vivienda de sus empleados. Esto nos puede conducir a pensar mejor acerca de la naturaleza humana, pero no hace otra cosa que tocar el problema general de refilón, al igual que los admirables hospitales de caridad afectaban probablemente los índices de mortalidad sólo en una décima. Además, la mayor parte de los experimentos serios de comunidades modelo, aparte de New Lanark, datan de después de 1840; o de después de que la opinión pública se despertase con las investigaciones sobre las Condiciones Sanitarias de las Clases Trabajadoras (1842) y la Higiene de las Ciudades (1844), y fuera alertada por las epidemias de cólera de los años 1831 y 1848. Los experimentos de este tipo anteriores a 1840, como el de los Ashworths en Turton, tuvieron lugar en poblaciones fabriles autosuficientes.

También se sugiere que el empeoramiento de las condiciones se puede dispensar de algún modo porque no era culpa de nadie, y menos de los «capitalistas». No se puede encontrar a ningún bribón que responda al nombre de *Jerry*.[9] Algunas de las peores construcciones fueron emprendidas por intermediarios con pequeños negocios, negociantes especuladores de poca monta o incluso obreros de la construcción que trabajaban por cuenta propia. Un investigador de Sheffield situaba la culpa entre el propietario de la tierra, el pequeño capitalista, que ofrecía préstamos a elevadas tasas de interés, y el pequeño constructor especulativo «que sólo podía disponer de unos pocos cientos de libras», y algunos de los cuales «en realidad, no pueden ni siquiera escribir sus nombres».[10] Los precios se mantenían altos debido a los impuestos sobre la madera del Báltico, los ladrillos, las baldosas y las pizarras; y el profesor Ashton puede disculpar completamente a todos los acusados: «sin ningún género de dudas quienes tuvieron la culpa no fueron la máquina, ni la Revolución industrial, ni siquiera el albañil especulador o el carpintero.»[11] Todo esto puede ser cierto: de todos es sabido que la vivienda de la clase obrera proporciona ejemplos del proverbio según el cual todas las pulgas tienen «pulgas menores que les piquen». En la década de 1820, cuando muchos tejedores de Lancashire hicieron una huelga de alquileres, se dijo que algunos propietarios de *cottages* se vieron arrojados a subsistir de los

[9] Abreviación de *jerry-builder*. Un *jerry-builder* es un especulador cuyo negocio consiste en construir casas con materiales de mala calidad. *(N. de la T.)*
[10] G.C. Holland, *The Vital Statistics of Sheffield*, 1843, pp. 56-58.
[11] *Capitalism and the Historians*, pp. 43-51.

impuestos para ayudar a los pobres. En los barrios pobres de las grandes ciudades, se citaba a los taberneros y los tenderos con pequeños establecimientos entre los propietarios de los peores «rediles» o madrigueras humanas, hechos de mortero que se desmoronaba. Pero nada de eso mitiga ni pizca las condiciones reales; ni puede, la discusión sobre la correcta asignación de responsabilidades, disculpar un proceso por el cual algunos hombres estuvieron en condiciones de vivir a costa de las necesidades de otros.

Una observación más valiosa es la que subraya en qué medida, en algunas ciudades más antiguas, las mejoras del pavimento, alumbrado, alcantarillado y limpieza de los barrios pobres se pueden situar en el siglo XVIII. Pero en el ejemplo de Londres, que a menudo se cita, no está de ningún modo claro si las mejoras que se hicieron en el centro de la *City* se extendieron al East End y a los distritos portuarios, o hasta qué punto se mantuvieron durante las guerras. De suerte que el reformador sanitario, doctor Southwood Smith, daba la siguiente información de Londres en 1839:

> Mientras que se han hecho esfuerzos sistemáticos, a gran escala, para ensanchar las calles (...) para extender y perfeccionar el desagüe y el alcantarillado (...) en los lugares donde residen las clases más ricas, nada en absoluto se ha hecho por mejorar la situación de los distritos que habitan los pobres.[12]

Las condiciones en el East End eran tan nocivas que los doctores y los funcionarios de las parroquias arriesgaban sus vidas en el curso de la realización de sus deberes. Además, como señalaron los Hammond, donde se encontraban las peores condiciones era en las ciudades *boom* de la Revolución industrial: «lo que sufrió Londres, durante la revolución comercial, lo sufrió el Lancashire a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX.»[13] Casi con seguridad, Sheffield, una ciudad antigua y comparativamente próspera con una elevada proporción de artesanos cualificados, vio una mejora en las condiciones de vivienda —a pesar de los *jerry-builders*— durante la primera mitad del siglo XIX, con un promedio, en 1840, de cinco personas por vivienda, la mayoría de las cuales eran artesanos que alquilaban un *cottage* familiar para ellos solos, que tenía una sala y dos dormitorios. Las pruebas más atroces de deterioro —densa superpoblación, viviendas en sótanos, suciedad indescriptible—

[12] *Fifth Annual Report of the Poor Law Commisioners*, 1938, p. 170. Véase también el *Fourth Report*, 1838, Apéndice A, N.° 1.

[13] Véase M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, cap. 2; *England in Transition*, Penguin, p. 72; Hammond, *The Town Labourer*, cap. 3 y prefacio a la segunda edición; doctor R. Willan, «Observations on Disease in London», *Medical and Physical Journal* (1800), p. 299.

se encuentran en los distritos textiles y en las ciudades que más expuestas estaban a la inmigración irlandesa: Liverpool, Manchester, Leeds, Preston, Bolton, Bradford.[14]

Por último, se indica con pesada repetición que los barrios pobres, los ríos fétidos, el expolio de la naturaleza y los horrores arquitectónicos pueden perdonarse, porque todo ocurrió de forma tan rápida y tan fortuita, bajo una intensa presión demográfica, sin premeditación y sin experiencia previa: «La causa de la miseria fue más a menudo la ignorancia que la avaricia».[15] De hecho, ambas cosas se pueden demostrar, y no está de ningún modo claro que una característica sea más benigna que la otra. El argumento es válido sólo hasta cierto punto; hasta el punto en que, en la mayor parte de las grandes ciudades, en las décadas de 1830 o 1840, doctores y reformadores sanitarios, benthamitas y cartistas, libraron repetidas batallas en favor de la mejora y contra la inercia de los que detentaban la propiedad y la demagogia de los contribuyentes del «gobierno barato». Hacia esta época los obreros estaban virtualmente segregados en sus hediondos enclaves, y las clases medias mostraron su auténtico parecer respecto de las ciudades industriales, yéndose tan lejos de ellas como el transporte ecuestre las hiciese accesibles. Incluso en Sheffield, ciudad comparativamente bien construida: «Todas las clases, excepto la de los artesanos y los tenderos necesitados, se sienten atraídas por las comodidades y el retiro del campo. El abogado, el fabricante, el abacero, el pañero, el zapatero y el sastre fijan sus residencias principales en algún lugar hermoso.» De los sesenta y seis abogados que había en Sheffield en 1841, cuarenta y uno vivían en el campo, y diez de los veinticinco restantes eran recién llegados a la ciudad. Los pobres, en sus patios interiores y sótanos vivían:

> ocultos a la vista de las categorías más altas, por las moles de los almacenes, las fábricas, los depósitos y los locales industriales, y son menos conocidos para sus acaudalados vecinos —que viven principalmente en los espacios abiertos de Cheetham, Broughton y Chorlton— que los habitantes de Nueva Zelanda o Kamchatka.
>
> Los ricos pierden de vista a los pobres, o sólo los reconocen cuando su atención se ve obligada a constatar su existencia, debido a su aparición como vagabundos, mendigos o delincuentes. Hemos perfeccionado el proverbio «Medio mundo ignora cómo vive la otra mitad», cambiándolo por «Medio mundo *no se preocupa* de cómo vive la otra mitad». Ardwick sabe menos acerca de Ancoats que acerca de China.[16]

[14] G.C. Holland, *op. cit.*, p. 46 *et passim*. En la obra de J.F.C. Harrison, *Learning and Living*, 1961, pp. 7-20, se encuentra una excelente descripción del entorno urbano de los obreros de Leeds a mediados de siglo.

[15] R.M. Hartwell, *op. cit.*, p. 413.

[16] G.C. Holland, *op. cit.*, p. 51; W. Cooke Taylor, *Notes of a Tour in the Manufacturing Districts of Lancashire*, 1842, pp. 12-13, 160.

Ciertamente, el índice de crecimiento demográfico sin precedentes y la concentración en las áreas industriales hubiesen creado problemas importantes en cualquier sociedad conocida, y sobre todo en una sociedad cuya racionalidad se hallaba en la búsqueda del beneficio y en la hostilidad hacia la planificación. Deberíamos contemplar éstos como los problemas del industrialismo, agravados por los ataques de rapiña del capitalismo del *laissez faire*. Pero, por muy definidos que estén los problemas, las definiciones no son más que diferentes formas de describir o interpretar los mismos hechos. Y ninguna visión general de los núcleos industriales puede pasar por alto la evidencia de la devastación visual y la privación de comodidades. Al fin y al cabo, el siglo que reedificó Bath no estaba desprovisto de sensibilidad estética ni ignoraba la responsabilidad cívica. Las primeras etapas de la Revolución industrial presenciaron un declinar de ambas; o, por lo menos, una drástica lección de que esos valores no se iban a hacer extensivos a la clase obrera. Por muy espantosas que fueran las condiciones de los pobres en las grandes ciudades antes de 1750, sin embargo en siglos anteriores la ciudad encarnaba ciertos valores cívicos y bellezas arquitectónicas, cierto equilibrio entre oficios, comercio y manufactura, cierto sentido de la variedad. Las *Coketowns* fueron quizá las primeras ciudades de más de diez mil habitantes que se dedicaron de forma tan absoluta al trabajo y a la «acción».

III. La vida

Los problemas de la salud y la longevidad aún presentan mayores dificultades de interpretación. Hasta hace poco tiempo era ampliamente aceptado que el factor principal de la «explosión» demográfica en Gran Bretaña, entre 1780 y 1820, era el descenso de la tasa de mortalidad, y en particular el descenso de las tasa de mortalidad infantil. Por lo tanto, era razonable suponer que ello era resultado de las mejoras en los conocimientos médicos, la nutrición —la patata—, la higiene —el jabón y la camisa de algodón—, el abastecimiento de agua o la vivienda. Pero, hoy en día, se ha puesto en cuestión toda esta línea de razonamiento. La «explosión»

demográfica puede considerarse un fenómeno europeo, que tiene lugar de manera simultánea en Gran Bretaña, en Francia, y en España e Irlanda, donde muchos de esos factores no actuaban con la misma intensidad. En segundo lugar, en el presente los demógrafos discuten los datos que se habían aceptado y se han propuesto sólidos argumentos que ponen un énfasis renovado en el ascenso de la tasa de natalidad, más que en el descenso en la tasa de mortalidad, como factor causal.[17]

Si aceptamos el punto de vista del doctor Krause respecto de que la tasa de natalidad aumentó después de 1781 y descendió después de 1831 y de que «no se observa ningún cambio importante en la tasa de mortalidad», esto de ningún modo proporciona pruebas en cuanto a una mayor salud o longevidad de la clase obrera. Es interesante observar que la tasa de fertilidad —es decir, el número de niños de 0 a 4 años por 1.000 mujeres, de los grupos de mujeres en edad de tener hijos— era más elevada en 1821: primero, en el núcleo central de la Revolución industrial: Lancashire, el West Riding, Cheshire, Staffordshire; segundo, en los «condados de la *Poor Law*» más maltratados del sur. A primera vista, parecería que esto aporta confirmación a los argumentos malthusianos —tan ampliamente defendidos en la época y que tanto disgustaban a Cobbett— de que la beneficencia del tipo Speenhamland y las oportunidades de empleo en las fábricas, incluyendo el trabajo de los niños, contribuían a aumentar la tasa de natalidad. No es necesario suponer que los padres decidían, conscientemente, tener más hijos para proveerse de asalariados adicionales o para tener derecho a los impuestos para asistir a los pobres. Un aumento en la tasa de natalidad podría explicarse en términos de la ruptura de los modelos tradicionales de comunidad y vida familiar —tanto el sistema Speenhamland como las fábricas pudieron debilitar los tabúes contra el matrimonio temprano y «desprovisto»—, el debilitamiento de la costumbre de que los criados agrícolas y los aprendices vivieran en la casa, el impacto de las guerras, la concentración en nuevas ciudades o incluso la selección genética de las más fértiles. Además, un aumento de la tasa de natalidad no puede considerarse, desde luego, como una prueba del aumento de los niveles de vida.[18] A principios del siglo XIX, el hecho de que los más pobres y los más «desprovistos» de entre los obreros tuviesen las familias más numerosas, era un tema que continuamente trataban

[17] Véase especialmente J. T. Krause, «Changes in English Fertility and Mortality, 1781-1850», *Econ. Hist. Review*, 2.ª serie, XI, N.º 1 (agosto 1958), y «Some Neglected Factors in the English Industrial Revolution», *Journal of Economic History*, XIX (4 de diciembre de 1959).

[18] Véase J. T. Krause, «Some Implications of Recent Work in Historical Demography», *Comparative Studies in Society and History*, I, 2 (enero 1959).

los observadores; mientras que en Irlanda hizo falta la lacerante experiencia del Gran Hambre para que se alterase todo el modelo matrimonial de la vida campesina irlandesa.[19]

Los argumentos son complejos y, por el momento, es mejor dejárselos a los demógrafos. Pero hemos llegado a un punto en el que los datos, que tradicionalmente se han interpretado a partir del supuesto de que la tasa de mortalidad descendía, requieren que los examinemos de nuevo. Al parecer, los avances médicos sólo pudieron tener una mínima influencia sobre la esperanza de vida de la población obrera antes de 1800. Es posible que a mediados del siglo XVIII tuviera lugar algún descenso real en Londres y otras ciudades «artesanas» más antiguas, al cual contribuyó la disminución del consumo de ginebra y los primeros esfuerzos dedicados a la mejora de las condiciones sanitarias y la educación. También es posible que los comienzos de la «explosión» demográfica daten de mediados de este siglo y surjan del declive de las epidemias debido a «cambios en la virulencia y la resistencia, sobre los cuales el esfuerzo humano no tenía ninguna influencia».[20] El crecimiento demográfico inicial se apoyó en una larga serie de buenas cosechas y en una mejora de los niveles de vida que pertenecen, no a los últimos, sino a los primeros años de la Revolución industrial. A medida que la Revolución se aceleraba y a medida que vamos encontrando las condiciones clásicas de superpoblación y desmoralización en las grandes ciudades que crecen con rapidez —engrosadas por una multitud de inmigrantes desarraigados—, se produce un serio deterioro en la salud de las poblaciones urbanas. En las primeras tres o cuatro décadas del siglo XIX, la tasa de mortalidad infantil era mucho más elevada —y a veces era el doble— en las nuevas ciudades industriales que en las áreas rurales. «Ni el diez por ciento de los habitantes de las grandes ciudades disfrutan de plena salud», declaró el doctor Turner Thackrah de Leeds;[21] y existen abundantes testimonios literarios, muchos de ellos pertenecientes a médicos, relativos a la incidencia de la enfermedad, malnutrición, mortalidad infantil

[19] K. H. Connell, «The Land Legislation and Irish Social Life», *Econ. Hist. Review*, XI (1 de agosto de 1958).

[20] T. McKeown y R. G. Brown, «Medical Evidence Related to English Population Changes in the Eighteenth Century», *Population Studies* (noviembre 1955). Véase también J. H. Habakkuk, «English Population in the Eighteenth Century», *Econ. Hist. Review*, VI, 2 (1953); G. Kitson Clark, *The Making of Victorian England*, 1962, cap. 3; y para un análisis minucioso de los datos económicos y demográficos de una región, J. D. Chambers, «The Vale of Trent, 1670-1800», *Economic History* Society, suplemento, 1957.

[21] *The Effects of Arts, Trade and Professions... on Health and Longevity*, 1832, compilado por A. Meiklejohn, 1957, p. 24.

y malformaciones laborales entre la población obrera. La información es, a veces, contradictoria, particularmente en cuanto a las consecuencias del trabajo infantil en las fábricas, ya que, en el punto culminante de la agitación en favor de las diez horas, en la década de 1830, los médicos argumentaban, algunas veces, representando intereses opuestos. Pero ya era hora de que se pusiera fin a la tendencia de los historiadores «optimistas» a despreciar, como «sesgada», la información de los médicos favorable a las demandas de los reformadores, mientras se aceptaba como «objetiva» y autorizada la información de los testimonios médicos solicitados para dar apoyo a la causa de los patronos.[22]

El *Primer Informe del Registrar-General*[23] (1839) mostraba que cerca de un veinte por ciento de la tasa de mortalidad total se atribuía a la tisis: una enfermedad que se asociaba normalmente a la pobreza y la superpoblación, tan frecuente en las zonas rurales como en las urbanas. De noventa y dos muertes de obreros jóvenes y adultos de una fábrica lanera de Leeds, entre los años 1818-1827, por lo menos veintidós se atribuyeron a la tisis o «consunción», las dos categorías siguientes eran «agotado» o «demasiado viejo» (9) y asma (7). Es interesante examinar las cifras más detalladas presentadas por el doctor Holland, médico del Hospital General de Sheffield, y que abarcan las causas de muerte del registro del distrito de Sheffield, durante los cinco años que van de 1837 a 1842. De las 11.944 muertes de este período, incluyendo a los niños, se citaron las siguientes enfermedades como causantes de la muerte de más de cien personas, en el período de cinco años:

1.	Tisis	1.604
2.	Convulsiones	919
3.	Inflamación de los pulmones	874
4.	Decaimiento físico	800
5.	Accidentes (declarados por el *Coroner*)	618
6.	Fiebre, escarlatina	550
7.	Debilidad	519
8.	Dentición	426
9.	Infección intestinal	397
10.	Infección cerebral	351

[22] El único respaldo para esa forma de interpretar los datos parecería ser la discusión impresionista y sumamente insatisfactoria de las pruebas médicas sobre el trabajo de los niños que se halla en W. H. Hutt, «The Factory System in the Early Nineteenth Century», *Economics* (marzo 1926); vuelto a publicar en *Capitalism and the Historians*, pp. 166 y siguientes. Véase más adelante, p. 373.

[23] Funcionario jefe de la Oficina del Registro General. (*N. de la T.*)

11.	Consunción	346
12.	Sarampión	330
13.	Viruela	315
14.	Tos ferina	287
15.	Inflamaciones diversas	280
16.	Fiebre común	255
17.	Asma	206
18.	Garrotillo	166
19.	Parálisis	107
20.	Afección hepática	106

No es necesario señalar la insuficiencia de los diagnósticos: no constan ni la gastroenteritis ni la difteria. El doctor Holland comentó que las declaraciones no eran «muy de fiar»: la «consunción» así como muchos de los casos de «asma» se deberían atribuir a la tisis. Y por lo que se refiere a *un* solo caso de muerte por «falta de alimentos»:

> Muy limitada debe ser la observación de cualquier médico, que no le haya llevado a la conclusión de que las muertes de cientos de personas de esta ciudad se deben atribuir a una carencia de las cosas indispensables para vivir. Puede que mueran de enfermedad, pero ésta es ocasionada por el hecho de vivir en la pobreza, conjugada con el excesivo esfuerzo en el trabajo.

Sin embargo, las cifras de Sheffield sólo muestran sesenta y cuatro muertes por parto durante los cinco años: muertes en las que los errores de diagnóstico apenas son probables. Esto representa una mejora drástica respecto de los cien años anteriores, a la cual pudieron contribuir de manera fundamental la disminución de las fiebres puerperales, los avances de la higiene y la asistencia a las parturientas. Pero si en todas las clases disminuía la mortalidad maternal las madres de la clase obrera sobrevivían sólo para parir más hijos cuyas oportunidades de vivir, en los centros industriales, disminuían. Y la mortalidad infantil era elevada, debemos recordar que el período crítico de la vida de un niño no era de 0 a 1 año, sino de 0 a 5 años. De este modo, de las 11.944 muertes de Sheffield en este período, la distribución por edad es la siguiente:

Menos de 1 año	2.893
1 año	1.511
De 2 a 4 años	1.544

Esto nos da un total de 6.038 muertes por debajo de los cinco años, y las 5.906 restantes se distribuyen entre los otros grupos de edad. La tasa de mortalidad infantil —de 0 a 1 año— en Sheffield en esta época era aproximadamente de doscientos cincuenta por mil, mientras que la tasa de mortalidad —de 0 a 5 años— era de quinientos seis por mil. Más o menos lo mismo es cierto para Manchester donde, según observó el doctor Kay, «más de la mitad de la prole de los pobres (...) muere antes de acabar el quinto año», y donde el informe del *Registrar-General* (1839) indicaba un índice de muertes en el grupo de edad de 0 a 5 años de quinientos diecisiete por mil. Pero estas cifras subestiman —y quizá subestiman seriamente— la tasa real de mortalidad infantil, porque los centros industriales eran continuamente engrosados por inmigrantes adultos. Así, el censo de 1851, que registraba los lugares de nacimiento, mostraba que «en casi todas las grandes ciudades los inmigrantes que provenían de otros lugares excedían en número a las personas nacidas en la ciudad»; y las muertes de los inmigrantes tendrían el efecto de diluir continuamente los datos reales de mortalidad infantil. El crecimiento de las ciudades grandes no se puede atribuir, antes de 1840, a una tasa de crecimiento natural mayor que la del campo. Si el punto de vista tradicional es cierto, y el grueso de la población, en los centros más antiguos, ciudades con mercado y pueblos, se beneficiaba en algún grado en cuanto a su salud de los productos y el conocimiento sanitario de la Revolución industrial, los que producían aquellos bienes no lo hacían. A uno se le ocurre la idea de que en los centros industriales en los que se ganaban salarios elevados, se engendraba una generación tras otra de niños, más de la mitad de los cuales morían antes de que supiesen hablar; mientras que en las zonas rurales donde se ganaban salarios bajos, los niños se mantenían vivos gracias a los impuestos para asistir a los pobres, con fin de suplir, mediante la migración, la cuantiosa mano de obra adulta de las ciudades.[24]

No hay razón para suponer que la salud de los obreros adultos de las fábricas estuviera por debajo de la media, y hay algunos datos que sugieren que la salud de los hilanderos de algodón mejoró entre 1810 y 1830 y con mayor rapidez a partir de entonces a medida que se restringió el horario, se pusieron protecciones en la maquinaria, y el espacio, la ventilación y el encalado de las paredes se mejoraron. Pero sus hijos parecen haber sufrido junto con el resto de la mano de obra. En un informe encargado por parte de los empresarios de Manchester en 1833, se veía que los hilanderos casados estudiados

[24] G. C. Holland, *op. cit.*, cap. 8; J. P. Kay, *The Moral and Physical Condition of the Working Classes employed in the Cotton Manufacture of Manchester*, 1832; *First Annual Report of the Registrar-General*, 1839, *passim*; A. Redford, *op. cit.*, p. 16.

habían tenido 3.166 hijos —un promedio de cuatro y medio por cada matrimonio—: «de esos niños, 1.922, es decir el 60,5 por 100, estaban vivos, y 1.244, es decir el 39,5 por 100, habían muerto.»[25] Se puede razonablemente suponer que el 39,5 por 100 podría aumentar hasta el 50 por 100 en el momento que los niños, que eran muy pequeños cuando se hizo el informe, alcanzaran la edad de cinco años o no llegaran a ella. Esta elevada mortalidad infantil entre los hijos de los obreros, que a menudo se citan como los beneficiarios de la Revolución industrial, puede atribuirse en parte a las condiciones generales de salud ambiental. También se puede haber debido a la deformación característica y al estrechamiento de los huesos pélvicos, en las chicas que habían trabajado desde la infancia en las fábricas, que contribuían a los partos difíciles;[26] la debilidad de los niños nacidos de madres que trabajaban hasta la última semana del embarazo, pero sobre todo a la falta de un cuidado apropiado de los niños. Las madres, por miedo a perder el empleo, volvían a la fábrica tres semanas después, o menos, del nacimiento; todavía más, en algunas ciudades del Lancashire y el West Riding, en la década de 1840, se llevaban los niños a las fábricas para amamantarlos en el descanso de la comida. Las madres solteras, que quizá habían trabajado en la fábrica desde la edad de ocho o nueve años, no tenían preparación doméstica; la ignorancia en cuestiones médicas era espantosa; los padres eran víctimas de supersticiones fatalistas, que algunas veces fomentaban las iglesias; se utilizaban los narcóticos, particularmente el láudano, para tranquilizar a los bebés que lloraban. Los recién nacidos y los pequeños que empezaban a andar se dejaban al cuidado de parientes, viejas nodrizas o niños que eran todavía demasiado pequeños para encontrar trabajo en la fábrica. A algunos les daban sucios muñecos de trapo para chupar, «a los que se ataba un mendrugo de pan remojado en leche y agua», y se podía ver a los pequeñuelos de dos y tres años «correteando arriba y abajo con esos trapos en la boca, alrededor de las fábricas».[27]

Uno que era él mismo un lisiado escribió:

> Un peón de fábrica se puede reconocer con facilidad cuando anda por las calles; es casi seguro que tiene algunas articulaciones mal. O bien tiene las rodillas hacia adentro, los tobillos hinchados, un hombro más bajo que el otro, o es cargado de espaldas, el pecho hundido por ambos lados, o está deformado de algún modo.[28]

[25] W. Cooke Taylor, *op. cit.*, p. 261

[26] Véase la información del doctor S. Smith, de Leeds, en *Poor Man's Advocate* (5 de mayo de 1832). La baja incidencia de las muertes maternas en el parto, en Sheffield, se puede relacionar quizá con el hecho de que menos chicas jóvenes trabajaban en empleos que requerían estar de pie durante doce o catorce horas al día.

[27] W. Dodd, *The Factory System illustrated*, 1842, p. 149.

[28] *Ibid.*, pp. 112-113.

Pero esto mismo era cierto para muchas profesiones industriales, tanto si se hacían dentro como fuera de la fábrica. Si a los hilanderos pocas veces se les daba trabajo después de los cuarenta —y quienes lo conseguían era a través de un largo proceso selectivo que eliminaba a los débiles—, lo mismo ocurría con los mineros o los cuchilleros viejos. El doctor Thackrah encontró una gran incidencia de enfermedad laboral entre los emborradores y los traperos, mientras que el doctor Holland escribió un tratado detallado sobre las enfermedades y los accidentes entre los amoladores de Sheffield. Hemos visto las malas condiciones de trabajo de los cardadores de lana a domicilio, mientras que los tejedores estaban también sujetos a deformidades. Lo mismo es cierto para los obreros del vidrio en los Mendips, los de las panaderías o los de muchos de los oficios mal pagados de Londres. Los sastres tenían una deformidad característica de los hombros y el pecho, que era resultado de estar sentado cada día durante muchas horas «con las piernas cruzadas sobre un banco».

El doctor Turner Thackrah veía poca diferencia entre los peores empleos domésticos y las hilanderías. Los niños que salían de las hilanderías de Manchester le parecían:

> casi todos con mal aspecto, pequeños, enfermizos, descalzos y mal vestidos. Muchos *parecían* no tener más de siete años. Los hombres, en general de dieciséis a veinticuatro años, y ninguno de edad, estaban casi tan pálidos y delgados como los niños. Las mujeres eran las que tenían un aspecto más tolerable.

Los comparaba con los obreros de las fábricas de menor tamaño y los talleres de acabado del West Riding: «los fornidos obreros que lavaban los paños, los robustos torcedores, los sucios pero alegres *pieceners* con sus caras sonrosadas.» Observando a los obreros del algodón:

> Vi, o creí ver, una estirpe degenerada —seres humanos mal desarrollados, debilitados y depravados— hombres y mujeres que no iban a llegar a viejos, niños que jamás llegarían a ser adultos saludables.

Puso en cuestión los datos sobre salud recogidos por los patronos del algodón, puesto que la mayor parte de los obreros varones eran desechados en los primeros años de su edad adulta, y el hilandero de algodón a quien le faltasen las fuerzas moriría en algún otro oficio. Tanto en las nuevas fábricas como en muchos de los viejos oficios domésticos, los obreros viejos parecían «enormemente inferiores, en cuanto a fuerza y aspecto, comparados con los campesinos viejos».[29]

[29] Trackrah, *op. cit.*, en especial las pp. 27-31, 146, 203-205.

Tenemos que ver el multiplicador y el multiplicando al mismo tiempo. Frente al, sin duda, amplio número de niños que estaban lisiados para la fábrica, tenemos que poner el número de víctimas del raquitismo entre los hijos de los tejedores y de los trabajadores a domicilio en general. Hacia 1830, se daba por supuesto que el obrero urbano industrial medio estaba mal desarrollado y no estaba capacitado, debido a su debilidad física, para el trabajo manual pesado que estaba reservado a los irlandeses pobres; cuando el hilandero de algodón se quedaba sin trabajo estaba indefenso, o, como mucho, podía esperar que le emplearan para «hacer recados, servir a los vendedores del mercado, vender alfileres y fruslerías, baladas, cintas y encajes, naranjas, pan de jengibre».[30]

Mientras las principales estadísticas demográficas estén en discusión, cualquier conclusión debe ser provisional. Nada debería llevarnos a subestimar las espantosas tasas de mortalidad de Londres durante la «epidemia» de la ginebra de principios del siglo XVIII. Pero al parecer, las condiciones de vida y de trabajo de los artesanos y de algunos trabajadores rurales eran más saludables en la segunda mitad del siglo XVIII, que las de los obreros de las fábricas o los trabajadores a domicilio de la primera mitad del siglo XIX. Si Londres y Birmingham muestran un descenso en la tasa de mortalidad durante estos años, quizá se debe a que siguieron siendo en gran medida ciudades «artesanas» con niveles elevados de cuidado de los hijos y unas condiciones de trabajo algo más saludables. En el norte industrial, en las alfarerías y en la mayor parte de cuencas mineras, la mortalidad infantil aumentó y la vida se volvió más corta y más difícil. Quizá como resultado de ello, aumentó el consumo de alcohol y el uso de opiáceos, añadiéndose a los riesgos de las enfermedades laborales. Y la miseria absoluta puede haber contribuido a aumentar el índice de reproducción. El doctor Holland encontró a «los más disolutos, imprudentes y poco previsores» entre los obreros peor pagados y menos organizados de Sheffield: «al afirmar que, cuanto más miserable es la condición de los artesanos más jóvenes se casan, lo hacemos a partir de extensas investigaciones.»[31]

Si aceptamos que la tasa nacional de mortalidad —y más en particular la tasa de mortalidad infantil— presentó un leve descenso durante las primeras cuatro décadas del siglo XIX, debemos preguntar todavía a las estadísticas exactamente las mismas cuestiones que hemos visto en cuanto a los salarios y los artículos de

[30] W. Dodd, *op. cit.*, p. 113.
[31] G. C. Holland, *op. cit.*, pp. 114-115.

consumo. No hay razón para suponer que los niños moribundos o la enfermedad se distribuyesen de forma más equitativa que los vestidos o la carne. En realidad, sabemos que no ocurría. El hombre adinerado raras veces podía —como observó Oastler— vestir dos abrigos a la vez, pero su familia tenía diez veces más oportunidad de obtener un diagnóstico, medicinas, enfermeros, dieta, espacio, tranquilidad. Se han hecho intentos para establecer la edad promedio de fallecimiento según los diversos grupos sociales en varios centros urbanos, en 1842:

	Gentry	Gentes de oficio	Obreros
Rutlandshire	52	41	38
Truro	40	33	28
Derby	49	38	21
Manchester	38	20	17
Bethnal Green	45	26	16
Liverpool	35	22	15

En Leeds, donde se estimaba que las cifras eran 44, 27, 19, la media *global* de los tres grupos era veintiuno. En Halifax, una parroquia amplia y dispersa, que tenía un resultado favorable en cuanto a tasa de mortalidad al ser comparada con otros centros más concentrados, un médico local calculaba que el promedio de edad de defunción para la «*gentry*, los fabricantes y sus familias» era de cincuenta y cinco años; para los tenderos, veinticuatro años; para los obreros, veintidós años.[32]

Los demógrafos estarían en lo cierto al considerar éste como «un dato literario más que estadístico». Pero sugiere que un descenso sustancial de la mortalidad infantil y un aumento de la esperanza de vida entre varios millones de las clases medias y la aristocracia del

[32] *Report on the Sanitary Condition of the Labouring Classes*, 1842, p. 153; G. C. Holland, *op. cit.*, p. 128; para Halifax, doctor Alexander, citado en W. Ranger, Report... Halifax, 1851, pp. 100 y siguientes; para más datos, véase James Hole, *The Homes of the Working Classes*, 1866, pp. 18 y siguientes.

trabajo ocultarían, en promedios nacionales, un empeoramiento de la situación de la clase obrera en general. Y en esta opinión, se nos adelantó el doctor Holland de Sheffield:

> No tenemos ningún género de dudas al afirmar que los sufrimientos de las clases trabajadoras, y por consiguiente la tasa de mortalidad, son mayores en la actualidad que en épocas anteriores. Por supuesto, en la mayor parte de distritos fabriles es espantoso ver la tasa de mortalidad en estas clases, cuando se puede estudiar sólo respecto de ellas *y no en relación a toda la población*. El supuesto avance, por lo que se refiere a la longevidad, proviene principalmente de (...) una clase media relativamente mucho más numerosa que la que anteriormente existía.

Las «estadísticas groseras —seguía diciendo— pueden engañarnos»:

> en la creencia de que la sociedad mejora progresivamente por lo que se refiere a su condición física y social, cuando, en realidad, la clase más numerosa puede estar en situación estacionaria o en proceso de deterioro.[33]

IV. La infancia

Ya hemos tocado el tema del trabajo infantil, pero merece un análisis adicional. En un sentido, es curioso que la cuestión se pueda aceptar como polémica: se produjo un aumento drástico de la intensidad de explotación del trabajo infantil entre 1780 y 1840, y todo historiador que esté familiarizado con las fuentes sabe que eso ocurrió así. Fue cierto en las minas, tanto en los ineficaces pozos a pequeña escala, en donde los pasadizos eran tan estrechos algunas veces que los niños podían pasar más fácilmente por ellos, como en diversos yacimientos de carbón mayores, en los que —a medida que la veta de carbón se alejaba del pozo— se requerían niños para trabajar como *hurryers* y para accionar las portillas de ventilación. En las fábricas la fuerza de trabajo infantil y juvenil aumentaba de año en año; y en varios

[33] G. C. Holland, *op. cit.*, p. 124.

de los oficios «deshonrosos» o que se hacían a domicilio aumentaron las horas de trabajo y éste se intensificó. ¿Qué queda, entonces, por discutir?

Pero los «optimistas» han rodeado la cuestión de tantas reservas, desde la época de los Hammond, que casi podría sospecharse que existe una conspiración para justificar el trabajo de los niños. Se dice que no había «nada nuevo» en ello; que las condiciones eran tan malas en las «viejas» industrias como en las nuevas; que gran parte de la información es partidista y exagerada; que las cosas ya estaban mejorando antes de que tuviera lugar la protesta de la década de 1830; que los propios obreros eran los peores culpables del trato que recibían los niños; que la protesta provino de partes «interesadas» —terratenientes hostiles a los fabricantes o sindicalistas adultos que querían una limitación de horas para sí mismos— o de los intelectuales de clase media que no sabían nada acerca del asunto; o que, paradójicamente, todo el problema revela, no el infortunio y la insensibilidad, sino la creciente humanidad de la clase de los patronos. Pocas cuestiones se han perdido de igual modo para la historia, mediante una mezcla liberal de argumentos amañados e ideología.

El trabajo de los niños no era nuevo. Antes de 1780, el niño era una parte intrínseca de la economía agrícola e industrial, y lo siguió siendo hasta que la escuela le liberó. Algunas de sus ocupaciones —deshollinadores o grumetes— eran peores que cualquier cosa excepto las peores condiciones en las primeras fábricas: un huérfano cedido como «aprendiz», por parte de la parroquia, a un Peter Grimes[34] o a un minero borracho que trabajaba en una pequeña galería de una mina de carbón estaría sujeto a una crueldad y a un aislamiento aún más espantoso.[35] Pero es una equivocación generalizar, a partir de ejemplos tan extremos, por lo que se refiere a las actitudes predominantes antes de la Revolución industrial; y, de todos modos, uno de los puntos importantes de la historia de Peter Grimes es su reducción al ostracismo por parte de las mujeres de la comunidad de pescadores, así como la culpabilidad que le conduce a la tumba.

La forma predominante de trabajo infantil se daba en el hogar o en el seno de la economía familiar. Los niños que apenas sabían caminar se podían poner a trabajar trayendo y llevando cosas. Uno de los hijos de Crompton recordaba que le pusieron a trabajar «poco después de que supiese andar»:

[34] Personaje principal y título de una historia rimada de George Crabbe (1755-1832) a partir de la cual Benjamin Britten (1913-1976) compuso, en 1945, una ópera con el mismo título. (*N. de la T.*)

[35] Véase M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, cap. 5.

Mi madre solía pasar el algodón en rama por un cedazo de alambre. Luego lo ponía en un lebrillo hondo y oscuro con una fuerte lejía de jabonaduras. Entonces, mi madre me arremangaba las enaguas alrededor de la cintura y me ponía dentro del cubo para que pisoteara el algodón que estaba en el fondo (...) Este proceso seguía hasta que el lebrillo estaba tan lleno que ya no podía mantenerme de pie con seguridad en su interior, en aquel momento ponía una silla al lado y yo me cogía en el respaldo.

Otro hijo recordaba que «cuando tenía siete años le ponían encima de un escabel para extender el algodón sobre un aparato que preparaba el hilado, mientras otro hermano mayor hacía girar la rueda para ponerlo en marcha».[36] Luego venía la tarea de devanar las bobinas y cuando se llegaba a los diez u once años, el hilado o —si las piernas eran bastante largas para alcanzar los pedales— un turno en el telar. Tan profundamente arraigado estaba el trabajo infantil en las industrias textiles, que a menudo éstas se presentaban como algo envidiable para los obreros de otros oficios en los que los hijos no podían ser empleados y acrecentar de este modo los ingresos familiares. Al mismo tiempo, las primeras «factorías» de la industria lanera, que trabajaban con telares manuales, se encontraron con oposición en la idea de que conducirían al desempleo de los niños. Si el sistema fabril llegaba a ser predominante, declaró un testigo en 1806:

sacará a todos los obreros pobres de sus habitaciones y sus hogares, y les llevará a la fábrica, y allí (...) no tendrán la ayuda y la asistencia de sus familias que antes tenían en casa. Suponiendo que yo fuera padre de cuatro, cinco o seis hijos, y uno de ellos tuviera catorce, otro doce y otro diez años; si trabajase en casa con mi familia, les podría dar empleo: uno devanar bobinas, otro trabajar en el telar y el otro en la *jenny;* pero si voy a trabajar a la fábrica no me dejarán tener a los muchachos, sino que debo dejar que se echen a perder por el ancho mundo.[37]

Para los valores contemporáneos esto era penoso, incluso brutal. En todos los hogares las chicas se ocupaban de hornear, hacer cerveza, limpiar y dedicarse a las tareas domésticas. En la agricultura, los niños —a menudo mal vestidos— trabajaban con buen o mal tiempo en los campos o alrededor de la casa labriega. Pero si lo comparamos con el sistema fabril, hay importantes diferencias. Había alguna variedad en las tareas, y la monotonía es particularmente cruel para los niños. En circunstancias normales, el trabajo sería intermitente: seguiría un ciclo de tareas, e incluso las ocupaciones regulares, como devanar bobinas, no sería necesario hacerlas todo el día a no ser en

[36] G. F. French, *Life of Samuel Crompton*, 1859, pp. 58-59, 72; véase también B. Brierley, *Home Memories*, Manchester, 1886, p. 19.
[37] *Committee on the Woollen Trade*, 1806, p. 49.

circunstancias especiales, como por ejemplo si había uno o dos niños al servicio de dos tejedores. Ningún niño tenía que pisar algodón en un cubo durante ocho horas al día y durante seis días a la semana. En resumen, podemos suponer que se daba una introducción gradual al trabajo, relacionada de algún modo con las capacidades del muchacho y su edad, entremezclado con llevar recados, coger moras, recoger leña o jugar. Y sobre todo, el trabajo se hacía en el seno de la familia y bajo el cuidado de los padres. Es cierto que las actitudes de los padres hacia los hijos eran excepcionalmente severas en el siglo XVIII. Pero no se puede argumentar que hubiese un sadismo generalizado o falta de cariño.

Otras dos circunstancias confirman esta interpretación: la persistencia, durante el siglo XVIII, de juegos, danzas y deportes que apenas hubiese sido posible si los niños hubiesen estado confinados las mismas horas en la fábrica; y la resistencia de los trabajadores manuales a mandar a sus hijos a las primeras fábricas, lo que constituyó una de las causas de que en ellas se emplease a los aprendices pobres. Pero no sólo fue la fábrica lo que condujo a la intensificación del trabajo infantil entre los años 1780 y 1830; y, quizá, ni siquiera fue lo fundamental. Fue en primer lugar, el mismo hecho de la especialización, la diferenciación creciente de los papeles económicos y la ruptura de la economía familiar. Y, en segundo lugar, el fracaso del humanitarismo de finales del siglo XVIII y el clima contrarrevolucionario de las guerras, que alimentó los áridos dogmatismos de la clase patronal.

Volveremos sobre el segundo punto. Por lo que se refiere al primero, casi todos los vicios conocidos en el siglo XVIII se perpetuaron en las primeras décadas del XIX, pero de forma intensificada. Como sabía Dickens, Peter Grimes se podía encontrar al igual en el Londres victoriano que en el Aldeburgh georgiano. Los informes de las comisiones que trataban el asunto del empleo de los niños, de 1842, mostraban un nuevo modelo de Juntas Tutelares en Staffordshire, Lancashire y Yorkshire que todavía se desembarazaban de los muchachos pobres de seis, siete y ocho años colocándolos como aprendices con mineros, con una guinea de propina «para ropa». Los muchachos estaban «totalmente en poder de los *butties*»[38] y no recibían un solo penique de paga; un chico de Halifax al que su patrono le pegaba y le tiraba trozos de carbón se escapó, durmió en galerías abandonadas y comió «durante mucho tiempo las velas que encontraba en los pozos que los mineros abandonaban por la noche».[39] La mezcla de terror y fatalismo de los niños se revela a través de sus lacónicas explicaciones. Una niña de ocho años,

[38] Intermediarios que contrataban trabajadores para extraer carbón o mineral a tanto por tonelada. (*N. de la T.*)

[39] *Children's Employment Commission*, Mines, 1842, p. 43.

empleada durante trece horas al «día», para abrir y cerrar trampillas: «Tengo que manipular la trampilla sin ninguna luz y estoy asustada (...) A veces, cuando tengo una luz, canto, pero no lo hago en la oscuridad; entonces no me atrevo.» O Patience Kershaw, de diecisiete años, quien trataba sobre los pros y los contras de distintos empleos:

> la calva que tengo en la cabeza me la hice empujando cargas; mis piernas jamás se han hinchado, pero a mis hermanas sí les ocurrió cuando fueron a la fábrica; empujo a toda prisa las cargas una milla o más por debajo del suelo y luego de vuelta; pesan tres quintales (...) Los picadores para quienes trabajo van desnudos excepto sus gorras (...) algunas veces me pegan, si no voy bastante deprisa (...) Preferiría trabajar en una fábrica que en una mina de carbón.[40]

Esto no es otra cosa que la multiplicación de las peores condiciones del siglo XVIII. Pero la especialización y la diferenciación económica llevó a que se les dieran, a los niños que trabajaban fuera de las fábricas, tareas especiales pagadas a destajo y que requerían una monótona aplicación de trabajo durante diez, doce o más horas. Ya hemos citado con anterioridad la población de carderos de Cleckheaton, en la que «pequeñuelos de cuatro años de edad (...) estaban hora tras hora haciendo la monótona tarea de clavar los alambres en las cardas con sus minúsculos dedos, hasta que sus pequeñas cabezas estaban aturdidas, sus ojos rojos y doloridos y los más débiles crecían encorvados y contrahechos». Esto todavía se podía hacer en casa, y los datos indican que el trabajo infantil mal pagado de este tipo incluso aumentó, durante las primeras décadas del siglo, en la mayoría de industrias a domicilio, en las industrias rurales —trenzado de paja, encaje—, y en los oficios deshonrosos.[41] El delito del sistema fabril fue heredar las peores características del sistema doméstico en un contexto que no tenía ninguna de las compensaciones domésticas: «sistematizó el trabajo infantil, pobre y libre, y lo explotó con una persistente brutalidad.»[42] En el hogar, las condiciones del niño debieron variar de acuerdo con el carácter de los padres o del patrono, y hasta cierto punto su trabajo debió ser escalonado de acuerdo con su habilidad. En la fábrica, la maquinaria determinaba el ambiente, la disciplina, la velocidad y la regularidad del trabajo y las horas de trabajo, tanto para los frágiles como para los fuertes.

[40] *Ibid.*, pp. 71, 80.

[41] Hay que señalar que algunos de los ejemplos más terribles de *El capital* de Marx están tomados de la Comisión de Empleo de los Niños de la década de 1860.

[42] H. L. Beales, *The Industrial Revolution*, 1928, p. 60.

No es necesario que repitamos la crónica, larga y miserable, de los niños en la fábrica, desde los primeros aprendices pobres de la fábrica hasta la agitación fabril de las décadas de 1830 y 1840. Pero, puesto que hoy en día se divulgan consoladoras ideas referentes a las «exageradas» historias de los contemporáneos y los historiadores, deberíamos tratar algunas de estas afirmaciones. La mayor parte de ellas se encuentran en un provocativo, casi frívolo, artículo publicado por el profesor Hutt en 1926. Una cucharada de zumo de limón a veces es buena para el sistema, pero no podemos vivir siempre de zumo de limón. Este artículo flojo, apenas documentado y a menudo directamente engañoso ha aparecido citado en notas a pie de página hasta nuestros días, y se ha vuelto a publicar en *Capitalism and the Historians*.[43] Casi cada uno de los puntos que introduce había sido previsto y refutado en los argumentos de los partidario de las diez horas y particularmente en el comedido y bien documentado libro de John Fielden, *The Curse of the Factory System* (1836).

Sería aburrido volver a tratar de nuevo todos los puntos. Es cierto —y este es un aspecto que se cita con frecuencia— que la información expuesta ante la Comisión Sadler de 1832 era parcial; y que historiadores como los Hammond y Hutchin y Harrison —pero no Fielden o Engels—, pueden ser criticados por basarse en ella de forma demasiado acrítica. Con la ayuda de Oastler, los Comités para la Reducción de la Jornada Laboral, de los obreros, organizaron la recogida de datos —particularmente del West Riding— para presentarlos ante esa Comisión; su presidente, Michael Sadler, fue el principal defensor parlamentario del proyecto de ley de las diez horas; y su información se publicó antes de que se recogiera alguna otra de parte de los patronos. Pero de ello no se deduce que la información presentada ante la Comisión Sadler pueda, por lo tanto, ser calificada de falsa. En realidad, cualquiera que lea el grueso de la información encontrará que tiene una autenticidad que empuja a creerla, aunque se debe tener el cuidado de distinguir entre testimonios, y de observar las diferencias entre algunas de las peores condiciones en las fábricas pequeñas en los centros industriales menores —por ejemplo, Keighley y Dewsbury— en comparación con las condiciones en las fábricas mayores de las grandes ciudades algodoneras. No existe ningún tipo de fundamento para las afirmaciones hechas por el profesor Hutt acerca de que la Comisión de Fábrica nombrada —debido a la insistencia de los patronos— durante el siguiente año, aportara «respuestas verdaderas a casi todas las acusaciones hechas ante la comisión [de Sadler]». Gran

43 W.H. Hutt, «The Factory System of the Early Nineteenth Century», *Economica* (marzo de 1926).

parte de la información presentada ante la Comisión de Fábrica tiende hacia conclusiones diferentes. Además, cuando la información es contradictoria, uno queda perplejo ante el razonamiento lógico por el cual se nos pide que demos preferencia, sin duda alguna, a lo que alegan los patronos —y sus vigilantes— frente a lo que aducen sus empleados.[44]

Quienes, corno los profesores Hutt y Smelser, ensalzan la información de la Comisión de Fábrica (1833), como opuesta a la de la Comisión Sadler, son culpables del mismo error del que se acusa a los Hammond. Correcta o equivocadamente, Oastler y el Comité para la Reducción de la Jornada Laboral consideraban que el nombramiento de aquella Comisión era una medida deliberada de dilación y que sus comisarios eran instrumentos de los patronos. Como cuestión política se negaron a testimoniar ante ellos. Se vigilaban atentamente los movimientos de los Comisarios Auxiliares en los distritos fabriles. Se les criticaba por comer y beber con los propietarios de las fábricas y por dedicar sólo una parte irrisoria de su tiempo en las tareas de inspección. Se observó que antes de sus visitas, se encalaban y se limpiaban las fábricas, y los niños que tenían menos edad de la autorizada eran quitados de la vista. Los obreros se contentaban organizando manifestaciones hostiles.[45] Las informaciones de los comisarios recibieron tantas críticas de parte de los obreros como recibió la Comisión Sadler por parte de los empresarios.

Uno de los testigos de Sadler declaró:

> Uno de mis vecinos me pidió que le recomendase a la Comisión ir al Puente de Leeds a las cinco y media de la mañana, mientras pasan los pobres niños de las fábricas, y en una sola hora de estar allí recogerán más información que la que obtendrían en siete años de investigación. He visto a algunos niños corriendo hacia la fábrica y llorando, con un mendrugo de pan en la mano que es todo lo que deben comer hasta las doce de la noche; lloraban por miedo a llegar demasiado tarde.

Incluso si dejamos de lado las historias de los vigilantes sádicos, en aquel momento empezaba un día, para multitudes de niños, que no acabaría hasta las siete o las ocho; y en las últimas horas del cual, los niños lloraban o se dormían de pie, con las manos sangrando debido a la fricción del hilo al «unir las hebras», incluso

[44] *Capitalism and the Historians*, pp. 165-166. El profesor Hutt repite incluso el chismorreo de los patronos y del doctor Ure, como por ejemplo la acusación infundada de que John Doherty había sido declarado culpable de «agresión grave» a una mujer.

[45] Véase The *Voice of the West Riding* (1 de junio de 1833): «Los hombres de Leeds —las clases trabajadoras— han cumplido su deber notablemente. Se han negado con indignación a cooperar con un grupo de hombres que, si tuvieran el más mínimo sentido de la honestidad, hubiesen dejado que los Tiránicos Señores de las Fábricas hiciesen su propio trabajo sucio.» También *ibid*, (15 y 22 de junio de 1833) y Driver, *op. cit.*, cap. 10.

sus padres les abofeteaban para mantenerlos despiertos, mientras los vigilantes patrullaban con la correa. En las fábricas de las zonas rurales que funcionaban con energía hidráulica, cuando había trabajo «acumulado», comúnmente se trabajaba por la noche o se hacían jornadas de catorce y dieciséis horas. Si bien el profesor Hutt no considera esto como «crueldad sistemática», los empresarios humanos como Fielden y Wood no tenían la menor duda de que sí lo era.

Tampoco hay misterios por lo que se refiere a la actitud de los obreros adultos, muchos de los cuales eran padres o parientes de los niños. Como ha demostrado el profesor Smelser,[46] la economía familiar del sistema doméstico se perpetuó en la fábrica en un sentido. Los ingresos de los niños eran un componente fundamental del salario familiar. En muchos casos, aunque probablemente no en la mayoría, el hilandero adulto o el obrero podía ser pariente del niño que trabajaba para él. La demanda de reducción de horas tanto para los adultos como para los niños era una necesidad por el hecho de que trabajaban en un proceso común; si sólo se reducía el horario de los niños, no podría evitarse la distracción del adulto o el hecho de que los niños trabajasen en turnos dobles, alargando de este modo la jornada laboral del adulto. La reducción sólo se podía garantizar con la detención real de la maquinaria de la fábrica. Pero que los adultos también se plantaran para beneficiarse de la reducción de horarios no significa que fueran indiferentes a las consideraciones de tipo humano ni tampoco justifica la sugerencia ofensiva de que las grandes peregrinaciones y manifestación en nombre de los niños de las fábricas, en la década de 1830, fueran hipócritas.

Es absolutamente cierto que los padres no sólo necesitaban los ingresos de sus hijos, sino que esperaban que éstos trabajasen. Pero aunque unos pocos de los obreros se comportaban de forma brutal incluso con sus propios hijos, los datos indican que la comunidad fabril esperaba que se observasen ciertos niveles de humanidad en el trato. Un hilandero de la zona de Dewsbury, que se distinguía por su mal carácter y porque les pegaba a los niños con el torno para torcido, «no consiguió que trabajase nadie para él en toda la ciudad y se fue a otro lugar». Son frecuentes las historias de padres que se vengaban de los obreros que maltrataban a sus hijos. Así, un testigo ante la Comisión Sadler describió cómo, cuando era un niño, el torcedor le pegó: «Uno de los jóvenes que trabajaba para el cardero salió y fue a buscar a mi madre. Ella entró (...) y me preguntó cuál era el instrumento con el que me había golpeado, pero no me atreví a decírselo; algunos

[46] N. J. Smelser, *op. cit.*, en especial los caps. 9 y 10.

de los espectadores señalaron el instrumento (...) y entonces ella lo cogió (...) y lo blandió contra la cabeza del tipo, y le puso uno o los dos ojos morados.»[47]

Este hecho concuerda poco con las afirmaciones que se hacen a la ligera respecto de la indiferencia general de los padres. Los testimonios de los dos Informes indican que la fuente de la crueldad provenía de la propia disciplina de la maquinaria, complementada con profusión por la actuación de los vigilantes o, en las fábricas pequeñas, del patrono. Decir que prácticas comunes a industrias enteras se continuaban «contra la voluntad y contra el conocimiento de los patronos» es algo que no requiere refutación. Es cierto que muchos padres hacían la vista gorda al empleo de sus hijos que no llegaban a la edad legal decretada en 1819 y 1833. Hay que decir en honor a hombres como Doherty y de los Comités para la Reducción de la Jornada Laboral que hicieron una enérgica campaña entre los obreros contra tales males, fomentando la dignidad entre los degradados y explicando el valor de la educación entre los ignorantes. El Movimiento Fabril también comprometió a muchos cientos de personas que no eran obreros fabriles: los tejedores que deseaban «amordazar al monstruo del vapor»; los padres desplazados de las fábricas por los jóvenes y que se mantenían gracias a los ingresos de sus hijos. En 1833, Gaskell observó que el descontento de los obreros se debía menos a los simples problemas salariales que a «la separación de las familias, la destrucción de los hogares, la ruptura de todos aquellos lazos que unen el corazón del hombre a la mejor parte de su naturaleza; es decir, sus instintos y sus sentimientos sociales».[48] El Movimiento Fabril, en sus primeras etapas, representaba menos un crecimiento del humanitarismo de la clase media que una afirmación de los derechos humanos por parte de los mismos trabajadores.

De hecho, pocos argumentos son tan especiosos como el que dice: dado que en el siglo XVIII se toleraba el trabajo infantil ilimitado, pero éste, en sus nuevas y más intensas formas, se volvió menos tolerable en la década de 1830, ello constituye un signo del creciente humanitarismo de «la época». El profesor Hayek ha hecho referencia a «este despertar de la conciencia social», a este «creciente conocimiento de hechos que antes habían pasado desapercibidos (...) El sufrimiento económico se volvió más visible y pareció menos justificado, puesto que la riqueza general crecía más rápido que nunca». El profesor Ashton ha ofrecido una variante de

[47] Frente a estas historias tenemos que situar los espantosos relatos de sadismo, que los mismos obreros adultos empleaban con los aprendices pobres, durante el período de las guerras. Véase J. Brown, *Memoir of Roben Blincoe*, Manchester, 1832, pp. 40-41.

[48] P. Guskell, The *Manufacturing Population of England*, p. 7.

este argumento. Las Comisiones Reales y los comités parlamentarios de investigación, de principios del siglo XIX, «son una de las glorias de la primera época victoriana. Señalaron una aceleración de la conciencia social, una sensibilidad hacia la desgracia, que no se había puesto de manifiesto en ningún otro periodo ni país». Y ha mostrado un apasionamiento desacostumbrado en su defensa de los investigadores parlamentarios:

> una generación que tuvo el espíritu emprendedor y la laboriosidad de reunir los hechos, la honestidad de revelarlos y la energía de emprender la tarea de la reforma, ha sido presentada hasta la calumnia como la autora, no de los *Blue Books*,[49] sino de los propios males.[50]

Los *Blue Books*, a principios del siglo XIX, eran útiles para muchos propósitos, pero la reforma era uno de los últimos. Las investigaciones parlamentarias se realizaban como respuesta rutinaria a las peticiones; como un medio de «manejar y canalizar» el descontento, aplazar decisiones o apartar de sus propósitos a los miembros del Parlamento que no se comportaban adecuadamente; o puramente debido a un exceso de oficiosidad utilitarista. El declive de Irlanda a través de sufrimientos consecutivos hasta llegar al punto culminante, aparentemente inevitable, de la Gran Hambre estuvo acompañado por la ausencia de cualquier medida importante de mitigación; y por un promedio de cinco investigaciones parlamentarias por año.[51] Los tejedores de telar manual y los tejedores de punto fueron debidamente investigados mientras morían de hambre. Ocho investigaciones en diez años precedieron el establecimiento de la policía. Es aleccionador el hecho de que las investigaciones tuvieran como resultado la acción en el último caso, pero no en los anteriores. El señor Gradgrind se repuso con toda seguridad después de 1815, pero como muy bien sabía Dickens no representaba un «despertar de la conciencia social» o «sensibilidad hacia la desgracia», sino la eficacia, el gobierno centralizado con pocos gastos, el *laissez faire* y la «economía política» sólida.

Los *Blue Books* —al menos hasta que lleguemos a las grandes investigaciones sobre sanidad— no eran el producto de «una época» o el fruto de «una generación», sino un campo de batalla en el que luchaban reformadores y obstruccionistas, y en el que las causas humanitarias, las más de las veces, eran enterradas. Y

[49] Uno de los informes oficiales del Parlamento y del Consejo Privado, que se publica con cubiertas azules. *(N. de la T.)*

[50] *Capitalism and the Historians*, pp. 18-19, 35-36.

[51] Véase E. Strauss, *Irish Nationalism and British Democracy*, 1951, p. 80; y el comentario del señor Strauss: «La ignorancia de los hechos no fue una de las causas de la miseria irlandesa durante el siglo XIX».

por lo que se refiere a las clases más elevadas, lo que vemos en la década de 1830 no es un nuevo «despertar de la conciencia», sino la erupción casi volcánica, en distintos lugares y entre distintas gentes, de una conciencia social que había estado inactiva durante las guerras napoleónicas. Esta conciencia es verdaderamente evidente en la segunda mitad del siglo XVIII. La campaña para proteger a los deshollinadores, en la que participó Hanway, alcanzó el *statute-book*[52] en 1788, frente a una reducida oposición. Durante las guerras volvieron todos los abusos, y todos los intentos de asegurar una nueva protección legislativa, después de aquellas, chocó con una oposición frontal y fueron rechazados en la Cámara de los Lores; puesto que, si se hubiese prescindido de los chicos, sus señorías tendrían que haber reformado sus chimeneas.[53] Todo el honorable trabajo de Howard en nombre de los prisioneros dejó una impresión poco perdurable, cuando las condiciones retrocedieron después de su muerte. Hemos advertido ya cómo la infección de odio de clase y de miedo corrompió la conciencia humanitaria. Es cierto que la *Peel's Act* de 1802 destaca en esta situación de ofuscación, pero su aplicación se limitaba a los aprendices pobres y era menos un precedente para una nueva legislación que un intento de extender las salvaguardas tradicionales del aprendizaje en un nuevo contexto. Lo más importante —y lo más desastroso para los niños que trabajaban en la fábrica— fue la atrofia de la conciencia de la *gentry* rural, los únicos hombres que tenían la autoridad o la obligación tradicional de proteger a los pobres.

No hay nada que confirme mejor esta atrofia, y la profunda alienación de las clases, que la forma que tomó el «despertar» real cuando tuvo lugar. Multitud de *gentlemen* y de profesionales que prestaron algún apoyo a las causas humanitarias en las décadas de 1830 y 1840 parecen haber estado viviendo, en la década de 1820, en medio de los populosos distritos manufactureros, inconscientes de los abusos que tenían lugar a pocos cientos de metros de sus puertas. El mismo Richard Oastler vivía en las afueras de Huddersfield, pero no se dio cuenta de la existencia del trabajo infantil hasta que el fabricante de Bradford, John Wood, le habló de él. Cuando sacaron a las niñas medio desnudas de los pozos de las minas, las lumbreras locales parecieron estar auténticamente sorprendidas: «El señor Holroyd, procurador, y el señor Brook, cirujano, que ejercen su profesión en Stainland, estaban presentes, y confesaron que, aunque vivían a pocas millas de aquí, no habían podido creer que existiera un sistema de crueldad no cristiana como éste.»[54] Olvidamos por cuánto tiempo los abusos pueden seguir siendo «desconocidos» hasta que son evidentes;

[52] Serie completa de los volúmenes que forman el registro oficial de las leyes. (*N. de la T.*)
[53] Véase J. L. y B. Hammond, *The Town Labourer*, pp. 176-193.
[54] *Children's Employment Commission*, Mines, 1842, p. 80.

por cuánto tiempo la gente puede contemplar la miseria y no advertirla, hasta que la propia miseria se rebela. Según la visión de los ricos, entre 1790 y 1830, los niños de las fábricas eran «activos», «laboriosos», «útiles»; se les mantenía lejos de sus jardines y huertos y eran baratos. Si surgían remordimientos de conciencia, en general, se podían silenciar mediante los escrúpulos religiosos, como subrayó un miembro honorable acerca de los deshollinadores en 1819: «Los muchachos que generalmente trabajaban en esta profesión no eran los hijos de los pobres, sino hijos de hombres ricos engendrados de manera ilícita.»[35] Esto demuestra un delicado sentido de la propiedad moral, así como una completa ausencia de prejuicio de clase.

Pero la conciencia de «los ricos» en esta época está llena de complejidad. El argumento de que los exaltados ataques *tory* hacia los abusos del industrialismo, en la década de 1830, expresados por hombres como Sadler, Shaftesbury, Oastler o Disraeli, eran poco más que la venganza de los intereses de los terratenientes sobre los fabricantes y su Liga *Anti-Corn Law* tiene cierto sentido en términos de «política de partido». Es cierto que revelaban profundas fuentes de resentimiento y de inseguridad entre los tradicionalistas ante las innovaciones y el poder creciente de la clase media adinerada. Pero incluso una lectura apresurada de *Sybil*, de la vida de Shaftesbury escrita por los Hammond o de la impresionante vida de Oastler escrita por Cecil Driver nos revelará la superficialidad de cualquier valoración que se limite a esos términos. Parece que seamos testigos de una mutación cultural; o, como en el caso del constitucionalismo del siglo XVIII, de una retórica aparentemente hueca y convencional que se encendió, en espíritus individuales, como una creencia meditada y apasionada.

Además, junto con los viejos argumentos del paternalismo *tory* tenemos la nueva influencia del romanticismo frustrado. En su repugnancia hacia la Ilustración, Wordsworth, Coleridge y Southey habían reafirmado certidumbres tradicionales, «los instintos del hombre natural y social». En su vuelta hacia el orden, la autoridad, el deber, no habían olvidado la enseñanza de Rousseau acerca de los niños. En el Libro VIII de *The Excursion*, Wordsworth condenaba el sistema fabril por contraste con la vieja economía familiar rural:

¡Las habitaciones vacías! o por ventura
La madre sola, sin ninguna ayuda
Para mecer la cuna de su inquieto bebé;
Ninguna hija a su alrededor, que esté ocupada en el torno de hilar,
O que le cuente los pequeños progresos diarios

[35] Citado en *The Town Labourer*, p. 190.

De las tareas del hogar; ningún delicado arte
De bordado; ninguna actividad en el fuego,
En el que en un tiempo se preparó con orgullo la comida;
Nada para hacer que corra el día, o para animar el espíritu;
¡Nada que alabar, que enseñar o que ordenar!
El Padre, si por ventura todavía sigue haciendo
Sus antiguas tareas, va al campo o al bosque
Sin que le sigan o le precedan sus hijos;
Acaso estuvieran ociosos; pero lo estaban bajo *su* mirada;
Respirando el aire fresco y pisando la verde tierra:
Hasta que acabó la corta fiesta de su infancia,
¡Para no volver jamás! Hoy se ha perdido este derecho de nacimiento.[56]

La equivocación, hoy en día, es suponer que el sentimiento paternalista debe ser distante y lleno de superioridad. Puede ser apasionado y comprometido. Esta corriente del radicalismo social tradicionalista que va desde Wordsworth y Southey pasando por Carlyle y más allá, parece contener, tanto en su origen como en su desarrollo, una dialéctica por la cual apunta continuamente conclusiones revolucionarias. El punto de arranque de los tradicionalistas y de los jacobinos era el mismo. Thelwall exclamaba: «Qué otra cosa es una inmensa fábrica, sino una prisión corriente, en la que una desventurada multitud está condenada al libertinaje y al duro trabajo, para que un individuo pueda elevarse a la opulencia desmesurada.»[57] «Detesto el sistema fabril», declaraba su compañero jacobino, Thomas Cooper, que había sufrido las primeras etapas de la Revolución industrial en el Lancashire: «En este sistema se debe convertir a una gran proporción de la población en meras máquinas ignorantes, viciosas y brutales, para que el excedente de sus doce o catorce horas de trabajo diarias pueda ir a parar a los bolsillos y suministrar los lujos de los ricos, capitalistas comerciales y fabricantes.»[58] Southey puso furioso al «filósofo» de los fabricantes, el doctor Andrew Ure,

[56] *The habitations empty! or perchance / The Mother left alone —no helping hand / To rock the cradle of her peevish babe; / No daughters round her, busy at the wheel, / Or in dispatch of each day's little growth / Of household occupation; no nice arts / Of needle-work; no bustle at the fire, / Where once the dinner was prepared with pride; / Nothing to speed the day, or cheer the mind; / Nothing to praise, to teach, or to command! / The Father, if perchance he still retain / His old employments, goes to field or wood / No longer led or followed by the sons; / Idlers perchance they were — but in his sight; / Breathing fresh air and treading the green earth: / Till their short holiday of childhood ceased, / Ne'er to return! That birthright now is lost.*

[57] *Monthly Magazine* (1 de noviembre de 1799). Estoy en deuda con el doctor D. Erdman por esta referencia.

[58] T. Cooper, *Some Information Respecting America*, 1794, pp.77-78.

con su condena, incluso más radical, del sistema fabril como «un quiste, una excrecencia fungosa del cuerpo político».[59] A pesar de que los jacobinos y los *tories* están en polos políticos opuestos, entre ellos se dan continuos intercambios de destellos de sentimiento y argumentación. Los profetas de la «marcha del intelecto» —Brougham, Chadwick, Ure— parecen pertenecer a un mundo diferente. Siempre que los tradicionalistas *tories* iban más allá de la discusión de ideas acerca del sistema fabril e intentaban dar rienda suelta a sus sentimientos en la acción, se veían obligados a una embarazosa alianza con los sindicalistas o los radicales obreros. La clase media liberal sólo veía en ello la prueba de la hipocresía de los *tories*. Cuando Sadler luchó por su escaño en Leeds —y perdió— en las elecciones del proyecto de ley de la Reforma de 1832, un tendero que escribía un diario observó: «(...) nadie le apoyaba excepto unos pocos que están bajo el yugo de la tiranía y unos pocos radicales de la clase más baja, ha sido obra de *Bony* que el viejo Partido *Tory* se vea obligado a volverse radical en todas y cada una de las cosas para mantener su sistema.»[60] Dos años más tarde, con la promulgación de la *Poor Law*, que con sus disposiciones malthusianas y chadwickianas atropellaba todo «instinto del hombre natural y social», pareció que se les presentaba a unos pocos *tories* radicales una elección definitiva entre los valores del orden y los de la humanidad. La mayoría se retiraron y se contentaron con proyectos de diferente tipo para una mejora humanitaria; pero unos pocos estaban preparados para asociarse, no sólo con los cobbettitas, sino con los owenitas, los librepensadores y los cartistas. Joseph Raynor llegó incluso a hacer llamamientos para incendiar las «Bastillas» y Oastler fomentó la desobediencia civil —algunas veces, muy incivil— y, en su papel de protector de los niños de la fábrica, incluso recomendó el uso del sabotaje industrial contra los propietarios de las fábricas que violaran la ley:

> En este caso imprimiré una pequeña tarjeta que trate sobre *Inutilizar* y *Arena* y *Clavos Oxidados*, con directrices precisas y muy explícitas, que harán que esos transgresores de la ley miren a su alrededor y se arrepientan de haber sido tan locos como para reírse de la Ley y del Rey. Esas cartas mías deberán ser entonces el catecismo de los niños de la fábrica.[61]

[59] R. Southey, *Sir Thomas More: or Colloquies*... 1829, I, p. 711; A. Ure, The *Philosophy of Manufactures*, 1835, pp. 277-278. Véase también Raymond Williams, *Culture and Society*, Penguin, 1961, pp. 39 y siguientes.
[60] MS. *Diario* de Robert Ayrey, Leeds Reference Library.
[61] C. Driver, *op. cit.*, pp. 327-328.

Durante diez años Oastler pisó los límites de la revolución, pero el título que le puso a una de sus publicaciones fue *The Home, the Altar, the Throne, and the Cottage*.

Difícilmente podemos atribuir esta erupción de compasión a una «época» que, a la vez, encarceló a Stephens y vilipendió a Oastler. Muchos de los que realmente se esforzaron en favor de los niños de la fábrica durante los primeros años se enfrentaron con los malos tratos, el ostracismo por parte de su clase y algunas veces con pérdidas personales. Y, como ha señalado el señor Driver, el momento crucial en la trayectoria de Oastler no fue la toma de conciencia respecto del trabajo infantil, sino el *Fixby Hall Compact* entre él mismo y los sindicalistas radicales. La toma de conciencia no fue, en todo caso, característica del *toryismo* como conjunto. Si quisiéramos analizar minuciosamente la conciencia *tory* del año 1800 o del 1830, deberíamos empezar por la actitud del *squire* hacia sus propios labriegos. Verdaderamente, se puede encontrar un antecedente cultural del humanitarismo de la década de 1830, tanto en el paternalismo *tory* como en las tradiciones más sumisas de servicio y «buenos trabajos» de la disidencia liberal. Pero, como una verdadera fuerza, sólo aflora aquí y allí, en mujeres y hombres individuales. Oastler y Bull no son más representativos de los *tories*, de lo que Fielden y la señora Gaskell lo son de la conciencia liberal inconformista.

Si Tawney tenía razón y el trato que recibía la infancia y la pobreza son las dos «piedras de toque» que revelan «el verdadero carácter de una filosofía social»,[62] la que sale peor parada de esta prueba, en 1830, es la tradición liberal e inconformista. Es cierto que hay un humilde mundo crepuscular, medio escéptico, medio disidente, del cual provendría gran parte de lo mejor de la temprana vida intelectual y espiritual victoriana. Pero es igualmente cierto que durante los años que van desde 1790 a 1830 se produce un espantoso declinar de la conciencia social de la disidencia. Y sobre todo están los proverbiales empresarios inconformistas, con sus vigilantes metodistas, con su odiosa fama de mentores de los niños en los días laborables, trabajando para sus fábricas hasta cinco minutos antes de la medianoche del sábado y obligando a los niños a que asistieran a la escuela dominical el *Sabbath*.[63]

La imagen está sacada, en parte, de la novela de Francés Trollope, *Michael Armstrong, The Factory Boy*, 1840, en la que «los señores Robert y Joseph Tomlins, los dos circunspectos *gentlemen*, como corresponde a la fábrica (...) asisten en persona todos los domingos por la mañana para comprobar que tanto los niños como el maestro aprovechan el tiempo». Es una imagen de ficción y pintoresca, que pertenece quizá

[62] R. H. Tawney, *Religion and the Rise of Capitalism*, Penguin, p. 239.

[63] Séptimo día de la semana, considerado día de descanso religioso, en la tradición judía corresponde al sábado; en la cristiana al domingo. *(N. de la T.)*

más a 1820 que a 1840, que es más aplicable a las fábricas rurales apartadas en las que sobrevivía el sistema de los aprendices de la parroquia, que a cualquier gran ciudad algodonera. Pero las condiciones que describe la señora Trollope en *Deep Dale*,[64] en el Derbyshire, pueden encontrarse todavía, en la década de 1830, en muchos valles aislados tanto del lado de los Peninos que corresponde al Lancashire como en el del Yorkshire. Un viaje de investigación a la zona alta del río Calder, emprendido por un propagandista de las diez horas y en el que se prestó una atención especial a las reacciones del clero local, muestra la complejidad de cualquier generalización. En Ripponden el vicario se negó a dar su apoyo, pero la capilla metodista fue prestada para hacer un mitin en favor de las diez horas. En Hebden Bridge un viejo predicador metodista laico declaró que él siempre predicaba contra el sistema fabril «porque, dice, podemos predicar hasta que nuestras lenguas hiendan el paladar de nuestras bocas, ¡pero nunca haremos nada bueno mientras se permita que el sistema funcione como en la actualidad!» Pero se había hecho tan detestable, que el empresario metodista local, en Mytholmroyd, cerraba siempre la capilla cuando le tocaba predicar. En Sowerby Bridge, el reverendo Bull, hermano del párroco Bull de Bierley, famoso compañero de Oastler durante la agitación en favor de las diez horas, negó su apoyo y se mostró seguro de que la benevolencia de los patronos «no se puede superar». Un grupo de obreros, al pasar ante la capilla metodista construida por uno de los empresarios, el señor Sutcliffe, «se volvieron hacia la capilla y desearon que se fuera al infierno y el señor Sutcliffe con ella». «Dije que estaba muy mal, porque el señor Sutcliffe había construido la capilla para su provecho. Otro dijo entonces: "Maldito sea, le conozco, he tenido buena muestra de él, y considero que una esquina de esta capilla es mía, y que toda ella pertenece a sus obreros".»[65] El valle del Cragg, un afluente aislado del Calder, era un verdadero *Deep Dale*. Un pastor del que se desconoce la filiación declaró:

> Si había algún lugar en Inglaterra que necesitaba intervención legislativa, era este lugar, porque trabajaban quince y dieciséis horas al día con frecuencia, y algunas veces toda la noche: ¡oh! éste es un sistema asesino, y los propietarios de las fábricas son la plaga y la desgracia de la sociedad. Las leyes humanas y divinas son insuficientes para tenerles a raya; no hacen caso del proyecto de ley de Hobhouse y dicen: *Dejad que el Gobierno haga las leyes que se le antoje, que en este valle saben cómo hacer pasar por ellas carros y carretas.*

---

64 «Valle Profundo». *(N. de la T.)*

65 Se cree que muchos propietarios de fábricas tenían un fondo especial que provenía de las multas que ponían a sus obreros, y que lo dedicaban a fines caritativos o a la construcción de capillas. En Dewsbury hay una gran capilla que se conoce todavía, entre la generación vieja, como «la capilla del hilo roto» debido a las multas que se cobraban por los hilos que se rompían.

Explicó la historia de un muchacho al que había enterrado hacía poco, le habían encontrado durmiendo de pie con los brazos llenos de lana y le habían golpeado para mantenerle despierto. Aquel día trabajó diecisiete horas; su padre le llevó a casa, no pudo ingerir la cena, se despertó a las cuatro de la mañana y les preguntó a sus hermanos si podían ver las luces de la fábrica porque tenía miedo de llegar tarde y luego murió. Su hermano menor, de nueve años, había muerto con anterioridad; el padre era «sensato y laborioso», era maestro de la escuela dominical. El cura anglicano del lugar dio su apoyo sin reservas en favor de la limitación del trabajo infantil:

> He visto cómo los pobres de este valle estaban oprimidos, y he creído que era mi deber revelarlo (...) Tengo el deber, desde la responsabilidad que se desprende de la naturaleza de mi cargo, de contrastar esta realidad con la verdad liberal y bondadosa del Evangelio (...) Y donde se ejerce la opresión, ésta en general recae de la forma más pesada sobre aquellos que son menos capaces de soportarla (...) porque la viuda no tiene marido y sus hijos no tienen padre terrenal (...) a menudo les vemos muy maltratados.

A consecuencia de sus sermones —y de protestas personales a los patronos—, los propietarios de las fábricas maldijeron e injuriaron a él y a sus hijas en las calles. A las denuncias siguió un mitin de protesta que fue anunciado con carteles del estilo característico de Oastler:

> Sois más tiránicos, más hipócritas que los tratantes de esclavos de las Indias occidentales. Vuestra cacareada *liberalidad* (...) Demostraré que vuestro alarde de *piedad* es, en realidad, *tiranía* (...) ni más ni menos que *blasfemia* (...) Vuestro sistema de *palizas* —de *multas*, de *turnos alargados*, de *truck*, de *limpieza de la maquinaria durante el tiempo de la comida*— de *trabajo en domingo*, de *salarios bajos* (...) Todo ello debe someterse a la prueba de la *investigación pública*.

El mismo sábado por la noche, cuando regresaba del mitin, declaró Oastler:

> Vi dos fábricas que brillaban a toda furia en el valle. Sus ocupantes, pobres pequeños sufridores, tenían que permanecer allí hasta las 11:30, y descubrí que el propietario de una de ellas era un destacado murmurador, rezador e hipócrita religioso.[66]

[66] G. Grabtree, obrero, *Brief Description of a Tour through Calder Dale*, 1833; *Voice of the West Riding*, 20 (27 de julio de 1833); *Account of a Public Meeting Held at Hebden Bridge* (24 de agosto de 1833).

Debemos volver al metodismo y ver por qué su misión particular consistió en actuar como justificadora del trabajo infantil.[67] No hay ninguna duda de que el párroco Bull tenía principalmente en la cabeza a los empresarios inconformistas, cuando atacaba a la «estirpe» de los patronos:

> una estirpe, cuya sabiduría toda consiste en aquella astucia que les permite inventar los medios más baratos para obtener la mayor cantidad de trabajo posible de los obreros más jóvenes que sea posible, en el mínimo tiempo posible, a cambio de los mínimos salarios posibles (...) Una estirpe de hombres de los cuales Agur hubiese dicho: *existe una generación, ¡oh, qué orgullosa es su mirada! y sus párpados están abiertos. Existe una generación cuyos dientes son como espadas, y sus molares son como cuchillos para devorar a los pobres de la superficie de la tierra, y a los necesitados de entre los hombres.*[68]

Por otra parte, aunque la efectiva complicidad unánime de parte del inconformismo oficial se exponía a los ataques bíblicos de Bull y Oastler, así como a los de los obreros del Comité para la Reducción de la Jornada Laboral —algunos de los cuales habían aprendido a leer en las escuelas dominicales de los propietarios de las fábricas—, de ningún modo se debe suponer que la iglesia oficial estuviese trabajando de manera unitaria y sin remisión en favor de los niños. Por cierto, lo dice el mismo Shaftesbury —quien con seguridad hubiese creído a la iglesia si ello hubiese sido conveniente— que con la notable excepción de Bull, el clero anglicano en tanto «un cuerpo (...) no hará nada».[69]

Así pues, la afirmación referente a un «despertar de la conciencia» es engañosa. Lo que hace es minimizar el verdadero frenesí de piedad que conmovió a la escasa veintena de profesionales del norte que adoptaron la causa de los niños; empequeñecer la violencia de la oposición con la que se enfrentaron, y que les condujo en ocasiones a posiciones casi revolucionarias; y —como han tendido a hacer los historiadores humanitarios— a subestimar el papel que desempeñaron en la agitación a lo largo de veinte años agotadores, o más, hombres como John Doherty y el Comité para la Reducción de la Jornada Laboral que era propio de los trabajadores. Más recientemente, un escritor ha examinado el problema con ese aire de fastidio apropiado a la holgada conciencia de la Era Nuclear. El lector moderno, dice, «bien dis-

[67] Sin embargo, es interesante señalar que Cecil Driver, *op. cit.*, p. 110, dice que los Metodistas Primitivos prestaban a menudo sus templos a Richard Oastler.
[68] *Manchester and Salford Advertiser* (29 de noviembre de 1835).
[69] E. Hodder, *Life of Shaftesbury*, edición de 1887, pp. 175, 378.

ciplinado por su familiaridad con los campos de concentración» se queda «comparativamente impasible» ante el espectáculo del trabajo infantil.[70] Se nos puede permitir pues reafirmar un punto de vista más tradicional: que la explotación de los niños pequeños, a esa escala y con esa intensidad, fue uno de los sucesos más vergonzosos de nuestra historia.

[70] R. M. Hartwell, «Interpretations of *the Industrial Revolution* in England», *Journal of Econ. Hist.*, XIX (2 de junio de 1959).

11
El poder transformador de la cruz

I. La maquinaria moral

Puritanismo, disidencia, inconformismo: el declive desemboca en una capitulación. La *disidencia* todavía lleva consigo el sonido de la resistencia frente a Satanás y a la Prostituta de Babilonia, el *inconformismo* es modesto y está lleno de disculpas: pide que le dejen solo. Mark Rutherford, uno de los pocos que comprendió la completa desolación de la historia interna del inconformismo del siglo XIX —y que, sin embargo, es en sí mismo una prueba de los valores que de algún modo sobrevivieron—, describió en su *Autobiography* la forma tradicional del servicio durante su juventud:

> En general, empezaba con una confesión de que todos éramos pecadores, pero nunca se confesaban los pecados individuales, y luego seguía una especie de diálogo con Dios, que se parecía mucho a los discursos que he oído, en los últimos años, en la Cámara de los Comunes, hechos por los promotores de las peticiones dirigidas a la Corona y los que les dan apoyo, en las sesiones de apertura del Parlamento.

El ejemplo se ha tomado de los calvinistas independientes, pero también servirá de manera excelente para describir la actitud del metodismo ante la autoridad temporal. Esta capitulación estaba implícita en el origen del metodismo: en el *torysmo* de su fundador y en su actitud ambivalente ante la iglesia oficial. Desde el principio los wesleyanos se situaron de manera ambigua entre la disidencia y la oficialidad, e hicieron todo lo que estuvo a su alcance para combinar las peores características de ambas, sirviendo como justificadores de una autoridad a cuyos ojos eran un objeto de ridículo o de condescendencia, pero jamás de confianza. Después de la Revolución francesa, las conferencias anuales sucesivas manifestaron siempre su sumisión y su cejo para combatir a los

enemigos del orden establecido; y llamaron la atención en cuanto a su actividad para «elevar el nivel de moralidad pública, y promover la lealtad entre las categorías medias, así como la subordinación y la laboriosidad entre los órdenes más bajos de la sociedad».[1] Pero los metodistas pocas veces eran admitidos como interlocutores de la oficialidad y cuando esto ocurría lo eran sólo por la puerta trasera; nunca fueron condecorados con ninguno de los honores del rango y si hubiesen sido mencionados en los despachos, probablemente se habría entorpecido el tipo de espionaje moral que acometían con mayor facilidad.

Durante las guerras se observó un aumento notable de los partidarios del metodismo.[2] También se asistió —nos dice Halévy— a «un declive ininterrumpido del espíritu revolucionario» entre todas las sectas inconformistas. El metodismo es muy destacable durante las guerras por dos cosas: en primer lugar, sus avances fueron mayores entre la clase obrera industrial; en segundo lugar, los años posteriores a la muerte de Wesley presencian la consolidación de una nueva burocracia de ministros eclesiásticos, que consideraban como su deber manipular la sumisión de sus seguidores y disciplinar toda tendencia que se desviara en el seno de la Iglesia y que pudiera ofender a la autoridad.

En eso fueron muy eficaces. Durante siglos la iglesia oficial había predicado a los pobres los deberes de la obediencia; pero estaba tan lejos de ellos —y su distancia casi nunca fue mayor que en aquella época de absentismo y vida plural— que sus homilías habían dejado de surtir efecto. El respeto del campo se basaba en la amarga experiencia del poder del *squire*, más que en cualquier convicción interior. Y hay pocas pruebas respecto de que el movimiento evangélico en el seno de la Iglesia encontrase un éxito mucho mayor: muchos de los folletos de medio penique, de Hannah More, se dejaban para cubrir los suelos de los alojamientos de los criados de las grandes casas. Pero los metodistas —o muchos de ellos— *eran* los pobres. Muchos de sus folletos eran confesiones de pecadores arrepentidos, de entre los pobres; muchos de sus predicadores locales eran hombres humildes que hallaban las imágenes para su discurso, como dijo uno de ellos, «en lo que había detrás de mi *spinning-jenny*». Y la gran expansión que se produjo después de 1790 fue en los distritos mineros y fabriles. Junto con las Salems y Bethels, más

[1] Citado en Halévy, *op. cit.*, III, p. 53. Para tener información sobre la postura política del metodismo durante estos años, véase E. R. Taylor, *Methodism and Politics, 1791-1850*; y R. F. Wearmouth, *Methodism and the Working Class Movements of England, 1800-1850*, 1937, en especial los capítulos que tratan sobre «The Methodist Loyalty» y «The Methodist Neutrality». Véase también *The Town Labourer*, cap. 13, «The Defences of the Poor».

[2] Véase más adelante, p. 427.

viejas, las nuevas capillas de ladrillo de Brunswick y Hanover proclamaban la lealtad al metodismo. «He oído cosas extraordinarias acerca de vuestro anfiteatro de Liverpool», escribió un pastor al reverendo Jabez Bunting en 1811: «Se necesitarán unos poderosos pulmones para que las palabras lleguen de un extremo al otro de él. En Bradford y en Keighley están construyendo templos casi tan amplios como la Capilla de Carver Street de Sheffield. ¿En qué se convertirá el metodismo en pocos años?»[3]

Jabez Bunting, cuyo ministerio activo abarca plenamente medio siglo, era la figura dominante del wesleyanismo ortodoxo, desde la época del ludismo hasta los últimos años del movimiento cartista. Su padre, un sastre de Manchester, había sido un «Radical de pies a cabeza» que «se adhirió apasionadamente a la causa de los primeros revolucionarios franceses», pero no por ello fue menos metodista.[4] Pero a finales de la década de 1790, y después de la separación de la Nueva Conexión Kilhamita, surgió un grupo de pastores más jóvenes, entre los cuales se hallaba Bunting, cuya preocupación principal era eliminar la mancha jacobina del metodismo. En 1812, Bunting ganó distinción al renegar de los metodistas luditas; al año siguiente, en Leeds, contaba «entre sus asiduos oyentes con varios magistrados *tory* de la vieja escuela, partidarios de la Iglesia y el Rey, que, probablemente, jamás habían cruzado el umbral de un templo disidente».[5] Él y sus compañeros de ministerio —de los cuales uno de los más detestables se llamaba reverendo Edmund Grindrod— eran sobre todo organizadores y administradores, ocupados con las interminables intrigas de la Conexión y un exceso de celo disciplinario. Los sucesores de Wesley continuaron con el desagrado de éste hacia la anarquía de carácter autónomo de la Vieja Disidencia, con la autoridad que se le concedía a la Conferencia Anual, escorada con los ministros que el propio Wesley había designado, y su Comité de Privilegios (1803). Los metodistas primitivos fueron expulsados porque se temía que sus reuniones al aire libre derivaran en «tumultos» y sirvieran de precedentes políticos, como de hecho lo fueron; los «metodistas» de *tent methodists* y los cristianos de la Biblia, o bryanitas, fueron sometidos a disciplina de forma similar; se les prohibió predicar a las mujeres; se reforzaron los poderes de la Conferencia y de los inspectores de circuito. Se alentó el espionaje de las flaquezas morales de los demás; se hizo más severa la disciplina dentro de las clases; y, después de 1815, se

[3] T. P. Bunting, *Life of Jabez Bunting*, D. D., 1887, p. 338.
[4] *Ibid.*, p. 11. Es interesante señalar que el padre de Oastler, un pañero de Leeds, también era metodista y partidario de Tom Paine. En su madurez, la opinión de Oastler acerca del metodismo apenas si fue algo más lisonjera que la de Cobbett.
[5] J. Wray, *Methodism in Leeds*, Leeds Reference Library.

expulsó o se borró del «proyecto» a muchos predicadores locales tanto por «reincidencias» de tipo político, como religioso. En el libro de actas de los predicadores locales de Halifax, encontramos la siguiente entrada: «Hno. M. acusado de asistir a una reunión política, cuando debería haber estado en su clase» (16 de diciembre de 1816); también encontramos allí el alarmado escrito de un corresponsal de Newcastle a Bunting:

> un tema de dolorosa y penosa preocupación, que dos de nuestros predicadores locales, de North Shields, han asistido al inmenso mitin de los Reformistas Radicales (...) Espero que ninguna parte considerable de nuestros hermanos se encuentre entre los Radicales; pero un pequeño número de nuestros líderes están entre los amigos más acérrimos de su espíritu y proyecto (...) y un sentido equivocado de la hermandad ha hecho que algunos de los auténticamente devotos se pongan de su lado. Por lo que se refiere a las amonestaciones, me alegro de decir que varios miembros han dejado sus clases, ya que han adoptado casi toda la organización metodista, de modo que entre ellos son completamente corrientes los términos «jefes de clase», «reuniones de distrito», etc., etc. Si los hombres se tienen que adiestrar a estar frente a una multitud con serenidad y adquirir soltura para hablar en público, en las reuniones misionales y bíblicas y luego empiezan a emplear la terrible arma moral que han obtenido de ese modo para poner en peligro la misma existencia del Gobierno del país, verdaderamente *nosotros* podemos empezar a temblar.

Esto ocurría en 1819, el año de Peterloo. La respuesta del Comité Metodista de Privilegios a los sucesos de ese año fue hacer pública una circular, que «tiene vestigios claros» de la redacción de Bunting, que expresaba:

> una firme y decidida desaprobación de ciertas reuniones tumultuosas que se han presenciado últimamente en diversas partes del país; en las cuales han sido reunidas grandes masas de población de forma irregular, a menudo bajo pancartas con las inscripciones más sorprendentes e impías (...) planeadas, a la vez desde los principios paganos, las teorías políticas disparatadas y engañosas, y las arengas incendiarias y violentas (...) para desprestigiar a todo gobierno e introducir el descontento universal, la insubordinación y la anarquía.[6]

Al menos Wesley había sido un valiente caballo de guerra: jamás se había excusado a sí mismo. Era un exaltado que se había mantenido en pie en la plaza del mercado para que le apedreasen. Bunting, con su «sólida y matemática manera de hablar», es un carácter menos admirable. Su propio consejo era «adaptar tus principios a

[6] T. P. Bunting, *op. cit.*, pp. 527-528.

tus exigencias». «En nuestro trato familiar», informaba un amigo de la época de su ministerio juvenil a su hijo:

> su conversación era uniformemente seria e instructiva. Al igual que su ministerio en el púlpito, todas las palabras tenían su lugar apropiado y todas las frases podrían haber sido meditadas con anterioridad (...) Algunas veces el irrefrenable ingenio de tu querida madre interrumpía de pronto nuestra seriedad; pero jamás se le vio de otro modo que en su carácter adecuado como ministro del evangelio de Cristo.

El sabatismo intransigente de Bunting se paraba a corta distancia de donde empezaba su propia conveniencia: «No dudaba en emplear animales, en el necesario cumplimiento de su trabajo pastoral; aunque siempre con la reserva que se imponía a sí mismo.» Respecto de los niños era otro problema. A menudo estamos tentados de perdonar al metodismo alguno de sus pecados, cuando recordamos que, al menos, proporcionaba una rudimentaria educación a los niños y a los adultos en sus escuelas dominicales; y a veces se recuerda la feliz imagen dada por Bamford de la escuela de Middleton a finales de la década de 1790, a la que asistían «los grandes muchachos de los mineros del carbón y sus hermanas», y los hijos de los tejedores y los labriegos de Whittle, Bowlee, Jumbo y el White Moss. Pero precisamente *esta* imagen de indisciplina de los primeros metodistas es lo que Bunting no podía perdonar. Cuando, durante su ministerio en Sheffield en 1808, vio que se les enseñaba a *escribir* a los niños en la escuela dominical su indignación no tuvo límites. Aquello era «una terrible ofensa al *Sabbath*». Por lo que se refiere a la impropiedad teológica, no podía haber duda alguna: para los niños aprender a leer las Escrituras era un «bien espiritual», mientras que escribir era un «arte secular» del que podía resultar un «provecho temporal». La batalla, de la cual Bunting salió victorioso, empezó en Sheffield, con James Montgomery, que había sido «jacobino», defendiendo la causa de los niños en el *Sheffield Iris*. Se repitió de nuevo al año siguiente en Liverpool (1809) con el mismo resultado; y Bunting estuvo en la vanguardia de un movimiento que tuvo un éxito muy amplio en extirpar esa perniciosa «violación» del Día del Señor, hasta la década de 1840. Esta fue, por cierto, una de las formas en que Bunting demostró su valía a nivel nacional.[7]

Quizá era necesaria esta valía para espolear a los niños durante los seis días de la semana. En el caso de Bunting y de sus compañeros parece que tropecemos con una deformidad de la

[7] *Ibid.*, pp. 295-297, 312-314, 322-323; Bamford, *Early Days*, pp. 100-101. Es justo señalar que la iglesia oficial y otras sectas inconformistas también prohibieron enseñar a escribir en domingo.

sensibilidad, complementaria de las deformidades laborales de los niños de la fábrica cuyo trabajo no condenaban. En toda la copiosa correspondencia del período de sus primeros ministerios en los núcleos industriales —Manchester, Liverpool, Sheffield, Halifax y Leeds, 1804-1815—, entre interminables pequeñas disputas de la Conexión, tonterías moralistas y salaces investigaciones de la conducta privada de mujeres jóvenes, ni él ni sus colegas parecen haber tenido ni un solo escrúpulo respecto de las consecuencias del industrialismo.[8] Pero los líderes más jóvenes del metodismo no sólo eran culpables de complicidad con el hecho del trabajo infantil por omisión. Debilitaron a los pobres desde su interior, añadiéndoles el ingrediente activo de la sumisión; y alentaron dentro de la iglesia metodista aquellos aspectos más adecuados para componer los elementos psíquicos de la disciplina laboral, de la cual estaban muy necesitados los fabricantes.

En fecha tan temprana como 1787, el Robert Peel de la primera época escribió: «He dejado la mayor parte de mis talleres del Lancashire bajo la dirección de metodistas, y me sirven maravillosamente bien.»[9] Weber y Tawney han analizado de forma tan completa la interpenetración del modo de producción capitalista y la ética puritana que a primera vista poco se puede añadir. Se puede ver el metodismo como una simple extensión de esta ética en un medio social cambiante y en el hecho de que el metodismo, en la época de Bunting, demostrase estar excepcionalmente bien adaptado, gracias a su exaltación de los valores de la disciplina y el orden y a su opacidad moral, tanto a los propietarios de fábricas, que lo eran por su propio esfuerzo, y a los fabricantes, como a los capataces, vigilantes y grupos que estaban inmediatamente por debajo de los patronos; tenemos a mano un argumento de tipo «económico». Y este argumento —que el metodismo servía como autojustificación ideológica para los patronos-fabricantes y para sus satélites— contiene una parte importante de la verdad. Por cuanto, John Wesley —en un pasaje que a menudo se cita— preveía y deploraba a la vez:

> la religión debe dar lugar a un tiempo a la laboriosidad y a la frugalidad, y éstas sólo pueden producir riqueza. Pero a medida que la riqueza aumenta, lo mismo harán la soberbia, la ira y el amor al mundo (...)

[8] La única causa humanitaria a la que los metodistas como Bunting dieron un apoyo coherente fue a la agitación antiesclavista; pero a medida que pasan los años y el tema se saca a relucir una y otra vez, se empieza a sospechar que aquello que mantenía en alto su estandarte era menos un vestigio de conciencia social que un deseo de desarmar a la crítica.

[9] L. Tyerman, *John Wesley*, 1870, III, p. 499. Véase también J. Sutcliffe, *A Review of Methodism*, York, 1805, p. 37.

¿Cómo es posible entonces que el metodismo, que es una religión del corazón, aunque hoy florezca como un laurel, pueda continuar en el mismo estado? Porque los metodistas en todos los lugares crecen diligentes y frugales; en consecuencia aumentan sus bienes. Por tanto, aumentan en proporción la soberbia, la ira, el deseo de la carne, el deseo de los ojos y el orgullo de la vida. Así, aunque permanezca la forma de la religión, el espíritu se desvanece rápidamente.

Muchos propietarios de fábricas metodistas —y, por supuesto, el mismo Bunting— podrían servir como confirmación de ello a principios del siglo XIX.[10] Y sin embargo, el argumento se tambalea en un punto crítico. Porque exactamente en este momento el metodismo obtuvo su mayor éxito al servir *simultáneamente* como religión de la burguesía industrial —aunque en este grupo compartía el terreno con otras sectas inconformistas— y de amplios sectores del proletariado. Ni puede haber duda alguna respecto de la lealtad, profundamente arraigada, de muchas comunidades de la clase obrera —de igual modo entre los mineros, los tejedores, los obreros industriales, los marineros, alfareros y trabajadores rurales— a la iglesia metodista. ¿Cómo fue posible para el metodismo desempeñar, con una energía tan notable, este doble servicio?

Este es un problema que ni Weber ni Tawney trataron. Los dos estaban preocupados, fundamentalmente, por el puritanismo de los siglos XVI y XVII, y por la génesis del capitalismo comercial; ambos se dedicaron, de manera principal, al desarrollo psíquico y social de la clase media, el primero subrayando el concepto puritano de una «llamada», el segundo los valores de la libertad, la autodisciplina, el individualismo y la ambición. Pero en los dos argumentos está intrínseco que el puritanismo contribuyó a la energía psíquica y a la coherencia social de los grupos de la clase media que se sentían «llamados» o «elegidos» y que se hallaban comprometidos, con algún éxito, en actividades ambiciosas. ¿Cómo debió, entonces, una religión como ésta atraer al naciente proletariado cuya masificación, en un período de dureza excepcional, no les predisponía a ningún sentido de llamada colectiva, cuyas experiencias en el trabajo y en sus comunidades favorecían los valores colectivos más que los individuales, y cuyas virtudes de frugalidad, disciplina o ambición proporcionaban beneficios a sus patronos más que éxito a ellos mismos?

Tanto Weber como Tawney aducen, ciertamente, poderosas razones referentes a la *utilidad*, desde el punto de vista de los patronos, de que se extendieran los valores puritanos o pseudopuritanos a la clase obrera. Tawney analizó la «Nueva Medicina para la

[10] Véase W. J. Warner, *op. cit.*, pp. 168-180.

Pobreza», con su denuncia de la pereza y la negligencia del trabajador, y su cómoda creencia de que —si el éxito era una señal de elección— la pobreza era, en sí misma, una prueba de vileza espiritual.[11] Weber ponía más énfasis en la cuestión crucial para la clase obrera: la disciplina en el trabajo. «Dondequiera que el capitalismo moderno ha empezado su tarea de incrementar la productividad del trabajo humano mediante el incremento de su intensidad —escribió Weber— se ha encontrado con la resistencia enormemente terca del (...) trabajo precapitalista.»

> La economía capitalista de los tiempos presentes es un cosmos inmenso en el que nace el individuo y que se le presenta (...) como un orden de cosas inalterable en el que debe vivir. Obliga al individuo, en la medida que se halla implicado en el sistema de relaciones de mercado, a ajustarse a las reglas de funcionamiento capitalistas.

Pero, cuando surgió el capitalismo industrial, esas reglas de funcionamiento se veían como limitaciones antinaturales y odiosas: el campesino, el trabajador rural de los pueblos que no habían sufrido el proceso de cercado, incluso el artesano urbano o el aprendiz, no medían la remuneración del trabajo exclusivamente en términos de ingresos monetarios y se rebelaban contra la idea del trabajo disciplinado semana tras semana. En la forma de vida que describe Weber —de manera poco satisfactoria— como «tradicionalismo», «un hombre por naturaleza no desea ganar más y más dinero, sino vivir simplemente de la forma que está acostumbrado y ganar lo que sea necesario con este objeto». Incluso el pago a destajo y otros incentivos pierden su eficacia en un punto determinado, si no existe una coacción interna; cuando ha ganado suficiente, el campesino abandona la industria y vuelve a su pueblo, el artesano se emborracha. Pero, al mismo tiempo, la disciplina opuesta de los salarios bajos es ineficaz en un trabajo que requiere atención o responsabilidad. Lo que se necesita —y aquí Fromm amplía la explicación de Weber— es una «coacción interna» que demostraría ser «más eficaz en canalizar todas las energías hacia el trabajo de lo que cualquier otra coacción externa pueda serlo jamás»:

> Contra la coacción externa siempre hay cierta dosis de rebeldía que impide la eficacia del trabajo o incapacita a la gente para realizar cualquier tarea específica que requiera inteligencia, iniciativa y responsabilidad (...) Sin duda el capitalismo no se hubiese podido desarrollar si no se hubiera canalizado la mayor parte de la energía humana hacia el trabajo.

[11] R. H. Tawney, *op. cit.*, pp. 227 y siguientes.

Hay que convertir al trabajador «en su propio capataz de esclavos».[12]

Los ingredientes de la coacción no eran nuevos.[13] Weber apuntó las dificultades que tuvieron los patronos en las industrias de «putting-out» —en particular en el tejido—, durante el siglo XVII, como consecuencia de los hábitos irregulares de trabajo de los obreros: embriaguez, desfalco de hilo, etc. En la industria lanera del oeste de Inglaterra —en Kidderminster— el eclesiástico presbiteriano Richard Baxter realizó un cambio notable, con su ministerio, en las relaciones laborales; y muchos de los elementos de la disciplina de trabajo metodista se pueden hallar completamente formulados en su *Christian Directory* de 1673.[14] A lo largo del siglo XVIII, los propietarios de las minas, los fabricantes laneros del norte y los algodoneros se encontraban con dificultades parecidas. En general, los mineros del carbón recibían una paga mensual; la queja era que «son de natural turbulento, apasionado y tienen un carácter y un comportamiento rudos»:

> Sus ingresos son cuantiosos e *inciertos*, y su empleo es una especie de trabajo a destajo, cuyo beneficio pocas veces se puede determinar con anterioridad. Esta circunstancia hace que adquieran los hábitos derrochadores de un jugador (...) Otro rasgo del carácter del minero del carbón es su predilección por los cambios de situación (...) Los cambios anuales son casi tan habituales en los mineros, como el paso de las estaciones (...) Cualesquiera que sean los favores que pueda haber recibido, está dispuesto a considerarlos todos invalidados con el rechazo de una sola petición.[15]

El tejedor que además era pequeño propietario tenía fama de abandonar su trabajo cuando sucedía cualquier emergencia agrícola; la mayor parte de los obreros del siglo XVIII cambiaban con mucho gusto sus empleos por un mes de trabajo en la cosecha; muchos de los obreros adultos de las primeras hilanderías tenían

[12] Weber, *op. cit.*, en especial pp. 54, 60-67, 160-161, 178; E. Fromm, *The Fear of Freedom*, edición de 1960, p. 80 (hay trad. cast. en Ediciones Paidós, *El miedo a la libertad*)

[13] Esta disciplina de trabajo tampoco se limita al metodismo. Aquí tratamos el metodismo como el ejemplo sobresaliente de tendencias que también corresponden a la historia del evangelismo y de la mayor parte de sectas inconformistas durante la Revolución industrial.

[14] Weber, *op. cit.*, pp. 66-67, 282; Tawney, *op. cit.*, pp. 198 y siguientes. Los escritos de Baxter eran lecturas preferidas entre los primeros metodistas, y se reimprimieron muchas veces en las primeras décadas del siglo XIX.

[15] *Report of the Society for Bettering the Condition of the Poor*, I, 1798, pp. 238 y siguientes: relato de los mineros del carbón del duque de Bridgewater, cerca de Manchester. Los mineros del carbón del duque tenían fama de ser «más morales» que la mayoría, y «algunos de los representantes del duque son personas religiosas y han fundado escuelas dominicales».

«hábitos relajados y errabundos, y pocas veces permanecían por mucho tiempo en el establecimiento».[16]

Algunos de los problemas de dirección de las primeras empresas se indican en la lista de multas de los talleres Etruria de Wedgwood:

- Cualquier obrero que golpee, o maltrate de forma parecida, a un vigilante perderá su empleo.
- Cualquier trabajador que tenga cerveza o licor en la fábrica durante las horas de trabajo, pagará un multa de 2 _.
- Cualquier persona que practique el juego de pelota contra cualquiera de las paredes en las que hay ventanas, pagará una multa de 2 _.[17]

Tanto si sus obreros estaban empleados en una fábrica como si lo estaban en sus casas, el patrono-fabricante de la Revolución industrial estaba obsesionado con estos problemas de disciplina. Los trabajadores a domicilio necesitaban, desde el punto de vista de los patronos, ser educados en cuanto a los hábitos «metódicos», atención meticulosa a las instrucciones, cumplimiento de los contratos a tiempo y en cuanto a la maldad de malversar los materiales. Hacia la década de 1820 —nos dice un contemporáneo— «la gran mayoría de los Tejedores» estaban «profundamente imbuidos de las doctrinas del Metodismo». Algunos de los hombres que, gracias a sus propios esfuerzos, eran ahora sus patronos, eran metodistas o disidentes cuya frugalidad, como había predicho Wesley, había producido riqueza. Éstos tenderían a favorecer a sus compañeros de religión, ya que en ellos encontraban una «garantía de buena conducta» y «una conciencia de la importancia del carácter».[18] Las tradiciones «artesanas» de los tejedores, con su acento en los valores de la independencia, ya les había preparado para alguna variante de la religión puritana.[19] Y ahora, ¿qué decir de los obreros fabriles?

En el libro del doctor Andrew Ure, *Philosophy of Manufactures* (1835) —un libro que, con su invocación satánica, influenció mucho a Engels y a Marx—, encontramos una completa anticipación del argumento de tipo «económico» que explica la función de la religión como disciplina del trabajo. Para Ure, el término «fábrica»:

[16] A. Redford, *op. cit.*, pp. 19-20. En fecha tan tardía como la década de 1830, Samuel Greg se lamentaba de «ese espíritu inquieto y migratorio que es una de las características peculiares de la población fabril».

[17] V. W. Bladen, «The *Potteries* in *the Industrial Revolution*», *Econ. Journal* (suplemento), 1926-1929, I, p. 130. Véase también M. McKendrick, «Josiah Wedgwood and Factory Disciple», *His. Journal*, IV, i (1961), p. 30. La intención de Wedgwood era «convertir a los Hombres en Máquinas que no se puedan equivocar».

[18] R. Guest, *A Compendious History of the Cotton Manufacture*, 1823, pp. 38, 43.

[19] Durante el siglo XVII las sectas puritanas tenían muchos seguidores entre los tejedores, pero —si exceptuamos el oeste de Inglaterra— esta tradición tuvo una corta vida durante los primeros años del siglo XVIII.

conlleva la idea de un vasto autómata compuesto por varios órganos mecánicos e intelectuales, que actúan con una coordinación ininterrumpida para la producción de un objeto común, y todos ellos están subordinados a una fuerza motriz que se regula de forma automática.

«La dificultad principal» del sistema fabril no se hallaba tanto en la tecnología como en la «organización de los diferentes miembros del aparato en un cuerpo cooperativo», y, sobre todo, «en el adiestramiento de los seres humanos para que renunciasen a sus hábitos de trabajo poco regulares y se identificasen con la regularidad invariable del complejo autómata»:

> La hercúlea empresa, la noble consecución de Arkwight, fue idear y poner en práctica un código de disciplina logrado, que fuese adecuado a las necesidades de celeridad de la fábrica. Incluso en la actualidad, cuando el sistema está perfectamente organizado y el trabajo ha sido aligerado al máximo, se hace casi imposible convertir a las personas que han pasado la pubertad, tanto si provienen de ocupaciones rurales como artesanas, en mano de obra fabril útil. Después de luchar durante un período de tiempo para someter sus hábitos apáticos o levantiscos, o bien renuncian espontáneamente al empleo, o los vigilantes les despiden debido a su poca atención.

«Someter los caracteres obstinados de los obreros, acostumbrados a paroxismos irregulares de actividad, requería, de hecho, un hombre de nervio y ambición napoleónicos (...) Esto era Arkwight.» Además, cuanto más cualificado era un obrero, más difícil de someter a disciplina se volvía, «más terco, y (...) un componente menos adecuado de un sistema mecánico, en el que, debido a irregularidades circunstanciales, se podían provocar grandes perjuicios al conjunto». Por ello, los fabricantes tenían la intención de eliminar cualquier proceso que exigiera «una habilidad y una regularidad de manipulación particular, (...) de manos del *astuto* trabajador» y ponerlo a cargo de un «mecanismo regulado de forma tan automática, que hasta un niño pudiese supervisarlo». «Por lo tanto, el gran objetivo del fabricante moderno es, mediante la unión del capital y la ciencia, reducir la tarea de sus obreros al ejercicio de vigilancia y destreza, facultades (...) que en los jóvenes alcanzan la perfección con rapidez.»[20]

[20] Ure, *op. cit.*, pp. 13-21. *Cf.* también p. 23: «De hecho, el objetivo permanente y la tendencia de todas las mejoras de la maquinaria es reemplazar totalmente el trabajo humano, o disminuir su coste, sustituyendo el trabajo de los hombres por la laboriosidad de las mujeres y los niños; o el de los artesanos cualificados por el de simples peones.» Como expresión de las intenciones de los propietarios de las fábricas es interesante y aplicable a la industria textil; pero como expresión de una «ley» del desarrollo capitalista, quizá Marx y Engels dieron demasiado crédito a las afirmaciones de Ure.

Para los niños, la disciplina del vigilante y de la maquinaria podían ser suficientes; pero para los que habían «pasado la pubertad» eran necesarias coacciones internas. De ahí que Ure dedicara una parte de su libro a la «Economía Moral del Sistema Fabril», y un capítulo especial a la religión. El obrero irredento era una criatura terrible a los ojos de Ure; una víctima de «los demagogos astutos»; continuamente dado a las conspiraciones y las asociaciones secretas; capaz de cualquier atrocidad contra sus patronos. Los elevados salarios que cobraban los hilanderos de algodón les permitían «comer caprichosamente durante los achaques nerviosos provocados por una dieta demasiado rica y excitante para sus actividades que se desarrollaban en locales cerrados»:

> Las fábricas concentran, de forma natural, a un gran número de población en un espacio reducido; dan todas las facilidades para las conspiraciones secretas (...); comunican información y energía a los espíritus vulgares; con sus generosos salarios proporcionan los recursos pecuniarios de la revuelta.

En tales circunstancias, las escuelas dominicales constituían un «espectáculo sublime». El comité de la escuela dominical de Stockport, construida en 1805, se felicitaba por el «decoro» que se había mantenido en la ciudad, en 1832, en una época en que reina la «excitación política» por doquier: «es casi imposible acercarse a la ciudad (...) sin tropezar con una o más de esas silenciosas fortalezas, que una sabia generosidad ha construido frente a los abusos del vicio y la ignorancia.» Y Ure extraía una lección moral de ello, no sólo respecto de la subordinación política general, sino respecto del propio comportamiento en la fábrica: «Una mirada experimentada detecta con facilidad la inobservancia de la disciplina moral, en cualquier establecimiento, por el desorden del sistema general, las irregularidades de las máquinas individuales, la pérdida de tiempo y de material.» El simple pago de los salarios jamás podría asegurar unos «servicios cuidadosos». El patrono que descuidase las consideraciones y fuese él mismo «un extraño para las abnegadas bendiciones del Evangelio»:

> sabe que está destinado exclusivamente al servicio de vigilancia, y por lo tanto ejercerá la más estrecha vigilancia para impedir que sus obreros le dominen, pero lo hará en vano; ellos en su totalidad, como si de un instinto natural se tratase, conspiran contra un patrono como él. Por mucho que se esfuerce, nunca podrá imponer un funcionamiento superior.
>
> Por lo tanto, es de sumo interés para todo empresario *organizar su maquinaria moral sobre principios tan sólidos como los de la mecánica*, porque de otro modo nunca dispondrá de las manos aplicadas, los ojos vigilantes y la cooperación rápida que son esenciales para la excelencia

del producto (...) De hecho, no hay otro caso al que se pueda aplicar mejor la verdad Evangélica: «*La Piedad es un gran beneficio*, que a la administración de una gran fábrica.»[21]

De este modo se completa el argumento. El sistema fabril exige una transformación de la naturaleza humana, los «paroxismos de trabajo» del artesano y el trabajador a domicilio se deben someter a disciplina hasta que el trabajador se adapte a la disciplina de la máquina.[22] ¿Pero, cómo se les deben inculcar esas virtudes disciplinarias a aquellos cuya Piedad, probablemente, no les reportará ningún beneficio temporal, a no ser que lleguen a ser vigilantes? Sólo se puede conseguir inculcando «la primera y gran lección (...) que el hombre debe esperar su completa felicidad, no en el presente, sino en un estado futuro». El trabajo se debe emprender como un «*acto de virtud puro* (...) inspirado por el amor a un Ser superior, que actúa (...) sobre nuestra voluntad y nuestros afectos»:

¿Dónde encontrará la humanidad este poder transformador? En la cruz de Cristo. Es el sacrificio que borra la culpa del pecado; es el móvil que acaba con el amor al pecado; mortifica al pecado mostrando que su vileza es imborrable si no es con esta terrible expiación; expía la desobediencia; motiva la obediencia; proporciona fuerza para la obediencia; hace que la obediencia sea factible; la convierte en aceptable; la hace de algún modo inevitable, porque la convierte en necesaria; no sólo es, por fin, el motivo para la obediencia, sino el modelo de ella.[23]

Así pues, Ure es el Richard Baxter de *Cottonopolis*.[24] Pero llegados a este punto debemos descender desde sus alturas trascendentales para considerar, con mayor brevedad, los problemas mundanos de la teología. Es evidente que, en 1800, había suficientes sofismas en la teología de todas las iglesias inglesas asequibles, para reforzar el propio sentido de autoestima de los fabricantes. Tanto si tenía una fe jerárquica, como si se sentía elegido, o consideraba que su éxito era una prueba de gracia o de piedad, sentía pocos impulsos para cambiar su residencia junto a la fábrica en Bradford, por una celda monástica en Bardsey Island. Pero la teología metodista, gracias a su oportunismo inmoral, estaba mejor adaptada que cualquier otra para servir como religión de un proletariado cuyos miembros no tenían la más mínima razón, por lo que a experiencia social se refiere, para considerarse «elegidos». Wesley parece haber prescindido, en su teología, de los

[21] *Ibid.*, III, caps, 1 y 3. La cursiva es mía.
[22] *Cf.* D. H. Lawrence en *The Rainbow*: «Creen que deben transformarse para adecuarse a la mina y al empleo, en vez de transformar las minas y los empleos para que se adecúen a ellos. Es más fácil.»
[23] Ure, *op. cit.*, pp. 423-425.
[24] La Ciudad del Algodón, es decir, Manchester. *(N. de la T.)*

mejores elementos del puritanismo y haber seleccionado, sin vacilar, sus peores elementos: si en términos de clase el metodismo era hermafrodita, en términos doctrinales era un mulo. Ya hemos observado la ruptura del metodismo con las tradiciones intelectuales y democráticas de la Vieja Disidencia. Pero en cambio, las doctrinas de sumisión a la autoridad de Lutero podrían haber servido como texto para cualquier conferencia wesleyana de los años posteriores a 1789:

> Incluso en el caso de que los que detentan la autoridad sean malvados o no tengan fe, no obstante la autoridad y su poder es buena y proviene de Dios (...)
>
> Dios preferiría sufrir que exista el gobierno, sin importarle cuán malvado fuera, que permitir a la canalla que se amotinase, sin importarle cuán justificado estuviera que lo hiciesen.

Sin embargo, Jabez Bunting, a diferencia de Lutero, jamás hubiese admitido la idea de que se pudiese «justificar» a la canalla. Se han apuntado a menudo los sesgos luteranos generales del *wesleyanismo*.[25] La adhesión de Wesley a la doctrina de la universalidad de la gracia era incompatible con la idea calvinista de la «elección». Si la gracia era universal, también lo era el pecado. Cualquier hombre que se declarase culpable de pecado podría ser visitado por la gracia y podría saberse redimido por la sangre de Cristo. Así, lejos como está de ser una doctrina del igualitarismo espiritual, al menos supone la existencia de una igualdad de oportunidades en el pecado y en la gracia, tanto para los ricos como para los pobres. Y como religión «del corazón» más que del intelecto, los más simples y menos educados podían tener esperanza de alcanzar la gracia. En este sentido, el metodismo suprimía todas las barreras doctrinales y sociales y abría sus puertas de par en par a la clase obrera. Y esto nos recuerda que también el luteranismo era una religión de los pobres; y que, como anunció Munzer y Lutero aprendió a su costa, el igualitarismo espiritual tenía tendencia a rebasar sus orillas y a fluir por los canales temporales, ocasionando de ese modo una tensión constante en los credos luteranos que también se reprodujo en el metodismo.

Pero la redención de Cristo era sólo provisional. En este punto la doctrina de Wesley no estaba establecida. Jugaba con la idea de que la gracia era perpetua una vez que había visitado al penitente, y de este modo una forma desaparecida de calvinismo —ahora el

[25] Weber, cuando trata brevemente el metodismo en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, exagera los elementos calvinistas de su teología, y por esa razón no capta su especial capacidad de adaptación como religión del proletariado. Así, lleva demasiado lejos el sentido de «llamada» entre los wesleyanos, en especial cuando intenta aplicarlo a la «llamada» del obrero, una doctrina que en Inglaterra tiene menos importancia que la de la sumisión y la obediencia.

«elegido» se había convertido en el «redimido»— volvía a entrar por la puerta trasera. Pero a medida que el siglo XVIII avanzaba lentamente la doctrina de la justificación mediante la fe se consolidaba, quizá debido a la evidencia de que multitud de quienes habían sido «redimidos» en las campañas del resurgimiento recaían en sus viejas costumbres después de años o sólo meses. De este modo, se convirtió en doctrina que el perdón del pecado sólo duraba mientras el penitente siguiera sin pecar. Los hermanos y hermanas que habían sido «redimidos» se encontraban en un estado condicional, de elección provisional. Siempre era posible «recaer», y, teniendo en cuenta la fragilidad humana, eso era, a los ojos de Dios y de Jabez Bunting, más que probable. Además Bunting se esmeró en señalar que desde el punto de vista de Dios:

> La naturaleza del pecado no cambia, mediante el perdón del pecador, para que deje de ser «censurable en extremo». Se perdona el castigo y desaparece la obligación de sufrir dicho castigo; pero por naturaleza todavía lo merece, aunque graciosamente se perdone. De ahí provienen la conveniencia y el deber de seguir confesando y lamentando incluso los pecados perdonados. Aunque estemos libres de sus perjudiciales consecuencias gracias a un acto de clemencia divina, deberíamos seguir recordando que nuestro lugar apropiado ante Dios es el polvo de la humillación.[26]

Pero existen complejidades adicionales para la doctrina. Sería presuntuoso suponer que un hombre se pudiese salvar *a sí mismo* mediante un acto de voluntad propia. La salvación era prerrogativa de Dios y todo lo que un hombre podía hacer era prepararse para la redención mediante la humillación absoluta. Sin embargo, una vez convencido de la gracia e introducido completamente en la hermandad metodista, «recaer» no era una cuestión que un hombre o una mujer pudiesen tomar a la ligera. Podía significar la expulsión del único grupo comunitario que conocían en el desierto de la Revolución industrial; y significaba el miedo, siempre presente, a una eternidad futura de castigo espeluznante:

> Hay un infierno espantoso
> Y tormentos perpetuos,
> Donde los pecadores deben vivir con los demonios
> En medio de la oscuridad, el fuego y las cadenas.[27]

[26] Jabez Bunting, *Sermon on Justification by Faith*, Leeds, 1813, p. 11. La metáfora de Bunting nos recuerda que en enero del mismo año (1813), algunos luditas habían sufrido las máximas «consecuencias penales» en la horca, mientras que otros habían visto su pena «graciosamente rebajada» a cuarenta años de deportación.

[27] *There is a dreadful hell / And everlasting pains, / Where sinners must with devils dwell / In darkness, fire and chains.*

Entonces, ¿cómo seguir en gracia? No mediante las buenas obras, puesto que Wesley había elevado la fe por encima de las obras: «Sólo debéis ocuparos de salvar las almas.» Las obras eran las trampas de la soberbia y las mejores obras estaban mezcladas con la escoria del pecado; aunque —mediante otra estratagema oportunista— las obras podían ser una *señal* de gracia. Aquí nos encontramos con un calvinismo residual dirigido a los propietarios de las fábricas y a los tenderos. Puesto que este mundo es la antesala de la eternidad, las cosas temporales como la riqueza y la pobreza importan muy poco: los ricos podrían dar pruebas de gracia sirviendo a la iglesia: particularmente, construyendo templos para sus propios obreros. Los pobres eran afortunados por tener menos tentaciones provenientes «del deseo de la carne, el deseo de los ojos y el orgullo de la vida». Tenían más probabilidades de permanecer en gracia, no debido a su «llamada», sino porque debían hacer frente a menos tentaciones de recaer.

Se presentaban tres medios seguros de preservar la gracia. Primero, a través del servicio a la misma iglesia, como jefe de clase, predicador local o en ocupaciones más humildes. Segundo, a través del cultivo de la propia alma, en los ejercicios religiosos, la lectura de los tratados, pero sobre todo en los esfuerzos por reproducir las convulsiones emocionales de la conversión, contrición de los pecados, penitencia y visita de la gracia. Tercero, a través de una metódica disciplina en todos los aspectos de la vida. Sobre todo, en el trabajo mismo —que, al ser humilde y desagradable, no se debe confundir con las buenas obras—, que se lleva a cabo sin ulteriores motivos que no sean, como dijo el doctor Ure, «un acto de virtud puro», hay una señal evidente de gracia. Además, la maldición de Dios sobre Adán, cuando fue expulsado del Jardín del Edén, daba un apoyo doctrinal irrefutable a la bendición del trabajo arduo, la pobreza y el dolor durante «todos los días de tu vida».

Podemos ver ahora la extraordinaria correspondencia entre las virtudes que el metodismo inculcaba y los *desiderata* del utilitarismo.[28] El doctor Ure señala el punto de confluencia, en su consejo al propietario de la fábrica de «organizar su maquinaria moral sobre principios tan sólidos como los de la mecánica». Desde este punto de vista, el metodismo fue el desierto paisaje interior del utilitarismo en una época de transición hacia la disciplina laboral del

[28] Weber y Tawney, por supuesto, dirigen su atención al desarrollo paralelo de los dogmas puritano y utilitario: cf. Tawney, *op. cit.*, p. 219: «Algunos de los eslabones de la cota de malla utilitarista habían sido forjados por los teólogos puritanos del siglo XVII.» Sin embargo, fue el metodismo el que forjó los últimos eslabones de las cadenas utilitaristas que ataban al proletariado.

capitalismo industrial. A medida que los «paroxismos de trabajo» del trabajador manual se disciplinan y sus impulsos hacia la inactividad se ponen bajo control, aumentan sus paroxismos emocionales y espirituales. La otra cara de la moneda del deshumanizado estilo en prosa de Edwin Chadwick y el doctor Kay son los rastreros folletos de confesiones. La «marcha del intelecto» y la represión del corazón van al unísono.

Pero Wesley había declarado que el metodismo era, por encima de todas las cosas, una «religión del corazón». Precisamente sus diferencias más marcadas respecto de las sectas puritanas más viejas estaban en el «entusiasmo» y los éxtasis emocionales.[29] Podríamos apuntar algunas de las etapas acostumbradas de la experiencia religiosa, a partir de un folleto característico que describe la conversión de un marinero, Joshua Marsden, durante la década de 1790. Estos folletos siguen, normalmente, un modelo convencional. En primer lugar, están las descripciones de una juventud pecaminosa: maldiciones, juego, embriaguez, pereza, sexualidad disoluta o simple «deseo de la carne».[30] Luego sigue, o bien alguna experiencia dramática que hace al pecador consciente de la muerte —una curación milagrosa de una enfermedad mortal, un naufragio o la muerte de la esposa o los hijos—, o bien algún encuentro casual con la palabra de Dios, en el que el pecador empieza mofándose, pero acaba por descubrir el camino de la salvación. Nuestro marinero pasó por todas estas experiencias. Un naufragio le dejó «temblando de horror al borde del abismo húmedo y ardiente. Entonces los fantasmas de sus pecados pasados pasaron por delante de él con pálidas formas.» Una grave enfermedad «le condujo, sollozante y traspasado de dolor, a un trono de gracia», «extinguidos y consumidos sus deseos sensuales», y «le mostró el horror de morir en la ignorancia de Cristo». Cuando un amigo le invitó a una reunión de clase metodista, «su corazón se deshizo en sollozos como el de un niño. Las lágrimas corrían por sus mejillas como riachuelos.» A continuación viene la larga prueba de la intercesión para el perdón y la lucha con la tentación de reincidir en la anterior vida de pecado. Sólo la gracia puede abrir «los siete sellos de lacre con los que la ignorancia, la soberbia, la falta de fe, la enemistad, el egoísmo, la lujuria y la codicia cierran el corazón del pecador». Una y otra vez sucumbe el penitente, durante su «noviciado», a «tentaciones» oscuramente indicadas:[31]

---

[29] Exceptuando, por supuesto, a los baptistas, particularmente en Gales.

[30] Para un ejemplo sacado de este folleto, véase p. 48 más arriba.

[31] El lenguaje sugiere a menudo que el componente objetivo del «pecado» era la masturbación. Y esto se podía deducir claramente de tres hechos: 1) La naturaleza introvertida del estado de abstracción en que se hallaba el penitente. 2) La obsesiva enseñanza

A pesar de todo, a veces era arrebatado por la violencia y el ímpetu de la tentación, que atraía sobre él toda la angustia de un espíritu desesperado. Después de ser vencido por el pecado, redoblaría sus plegarias (...) A veces el miedo de morir en estado de culpa agitaba mucho su espíritu, y le impedía dormirse por miedo a despertarse en la vida eterna.

Cuando el «deseo de la carne» ha sido humillado hasta cierto punto, el «Enemigo» pone tentaciones espirituales más sutiles en el camino del penitente. Entre ellas, la más importante es *cualquier* actitud que conduzca a la «dureza de corazón»: la frivolidad, la soberbia, pero sobre todo la tentación de «comprar la salvación» con buenas obras en vez de esperar con paciencia hasta «recibirla como obsequio de Dios, a través de las virtudes infinitas del sangrante Redentor». La doctrina de las buenas obras es «esa doctrina hebrea y católica de la valía humana». Así, la «dureza de corazón» es cualquier rasgo del carácter que se resista a la sumisión completa:

Antes de que Dios pueda perdonarnos libremente (...) debe aplastar nuestra falsedad, marchitar la flor de la esperanza altanera, quitar el sostén de la confianza en uno mismo, despojarnos de la envoltura de la virtud no cristiana, detener la jactancia farisea de independencia, y conducir al pecador, culpable, avergonzado, ruboroso, desesperado, a los pies de la Cruz.

Llegados a este punto de humillación, «todas sus esperanzas parecían un yermo desierto». Pero «ahora había llegado el momento de la redención». En la fiesta del amor del templo metodista, el penitente se arrodillaba en el reclinatorio «y, en una situación de tormento del alma, empezaba a luchar con Dios». Aunque «el enemigo se enfurecía y avanzaba hacia él como una marea»,

Algunos de los líderes, con algunas mujeres piadosas, entraron en la galería y se unieron para interceder por él ante el trono de gracia: cuanto más rezaban, más aumentaba su dolor y su carga, hasta que por fin quedó casi agotado; y empezó a sudar (...) y se tendió en el suelo del reclinatorio casi sin poder moverse. Sin embargo, este fue el momento de la redención (...) Sintió lo que no puede describir palabra alguna, y pareció que algo, como la presencia de Dios que penetraba en su cuerpo, se posaba en él; se levantó de un salto y sintió que podía confiar en Cristo gracias a la fe.

---

metodista referente a lo pecaminoso de los órganos sexuales. 3) El hecho de que se esperaba que los hijos de los metodistas adquiriesen sentido del pecado hacia la edad de la pubertad. Véase G. R. Taylor, *The Angel Makers*, 1958, p. 326, para el aumento de la literatura sobre este tema durante esos años.

A partir de este momento la «carga del pecado disminuyó». «La nueva creación se manifestó con nuevas bellezas morales: amor, alegría, esperanza, paz, respeto filial, gozo en Cristo, tierna confianza, deseo de una comunión más estrecha y una conformidad más plena (...) Un nuevo reino de virtud se estableció en su corazón.» La gloria de Dios se convirtió en «el fin de cada acción». Pero la salvación era condicional; la creencia en la gracia coexistía con el conocimiento de que el hombre «es un pobre, ciego, perdido, desdichado, miserable y (sin la gracia divina) indefenso pecador».[32]

Nuestro pecador ha sido pues «trasladado desde el poder de Satanás al reino y a la imagen del querido Hijo de Dios». Y en la fantástica expresión figurada podemos ver la penosa experiencia psíquica mediante la cual la estructura del carácter del rebelde labriego o artesano preindustrial se reconvirtió de manera violenta en la del sumiso obrero industrial. Aquí está, por cierto, el «poder transformador» de Ure. Es un fenómeno, que podría considerarse casi diabólico en su penetración hasta las mismas fuentes de la personalidad, dirigido a la represión de las energías emocionales y espirituales. Pero «represión» es un término engañoso; no se trató tanto de inhibir esas energías como de desplazarlas de su expresión en la vida personal y social, y confiscarlas para ponerlas al servicio de la iglesia. Los templos ennegrecidos, parecidos a cajas, se levantaban en los distritos industriales como grandes trampas para la psique humana. Dentro de la misma iglesia había un drama emocional constante de reincidentes, confesiones, incursiones contra Satanás y ovejas descarriadas; uno sospecha que, en particular, la hermandad piadosa encontró en esto uno de los grandes «consuelos» de la religión. Para los más intelectuales había el drama espiritual de:

> pruebas, tentaciones, muerte del alma, dudas, luchas, tristeza, manifestaciones, victorias, frialdades, delirios, persecuciones, redenciones, ayudas, esperanzas, respuestas a la plegaria, interposiciones, consuelos, quejas (...) convulsiones del alma, profesiones de fe, guías a través de los laberintos de las oscuras dispensas (...) pruebas de fuego, y socorro en el momento de hundirse.[33]

Pero lo que se debe subrayar es el *carácter intermitente* del sentimentalismo wesleyano. Lo que más a menudo destacaban los contemporáneos del carácter cotidiano del metodismo, o de la vida doméstica metodista, era su actitud metódica, disciplinada y

[32] Joshua Marsden, *Sketches of the Early Life of a Sailor* (autobiografía en tercera persona), Hull, sin fecha, *passim*.
[33] *Sketches of the Early Life of a Sailor*, pp. 104, 111.

reprimida. Es la paradoja de una «religión del corazón» que sería célebre por la inhibición de toda espontaneidad. El metodismo sólo aprobaba las «emociones del corazón» cuando se daban en acontecimientos de la iglesia; los metodistas escribieron himnos, pero no poesía secular importante; durante estos años, la idea de un amante metodista apasionado es ridícula: «Evita todo tipo de pasiones», aconsejaba Wesley. Aunque la palabra es desagradable, es difícil no ver en el metodismo de estos años una forma ritualizada de masturbación psíquica. Las energías y las emociones que eran peligrosas para el orden social, o que simplemente eran improductivas, en el sentido del doctor Ure, se liberaban en la inofensiva forma de esporádicas fiestas del amor, vigilias nocturnas, reuniones musicales o campañas de resurgimiento. En estas fiestas del amor, después de los himnos y del ceremonial corte del pastel o del bizcocho de agua, hablaba el predicador, de una tosca manera emocional, de sus experiencias espirituales, tentaciones y luchas con el pecado: «Mientras el predicador está así ocupado, del público salen susurros, gemidos, deseos piadosos, y (...) exclamaciones de plegaria o elogio, en todas las direcciones.» En la tensión que seguía a esto, los miembros individuales de la congregación se levantaban y hacían sus confesiones íntimas de pecado o tentación, que a menudo tenían una implicación sexual. Un observador advirtió la «timidez y los signos evidentes de agitación interior de que habían dado muestras las más jóvenes de entre las mujeres, justo antes de levantarse para hablar».[34]

El metodismo —escribió Southey— convirtió la religión en «una cuestión de sensación y pasión, anhelando perpetuamente sentimientos y excitantes».[35] Esos orgasmos de sentimiento del *Sabbath* hacían posible, con mayor facilidad, la firme canalización cotidiana de esas energías hacia la consumación del trabajo productivo. Además, puesto que la salvación nunca estaba asegurada y las tentaciones estaban por todas partes al acecho, había un estímulo constante para el comportamiento «discreto y laborioso» —signo visible de la gracia— todas las horas del día y todos los días del año. Las consecuencias de la indisciplina en el trabajo podían ser no sólo «el saco»,[36] sino además las llamas del infierno. Dios era el vigilante más atento de todos. Incluso colgaba sobre la campana de la chimenea la frase, «Dios me ve».

[34] Joseph Nightingale, *Portraiture of Methodism*, 1807, pp. 203 y siguientes.
[35] R. Southey, *Life of Wesley and Rise and Progress of Methodism*, edición de 1890, pp. 318 y siguientes.
[36] Castigo que consistía en ser metido dentro de un saco, cosido éste y luego ahogado. En la antigua Roma era el castigo reservado a los parricidas. *(N. de la T.)*

Al metodista se le había enseñado no sólo a «soportar su Cruz» de pobreza y humillación; la crucifixión era, tal como opinaba Ure, el mismo modelo de su obediencia: «Los verdaderos seguidores de nuestro Cordero sangrante, morimos Ahora en Tu cruz cotidiana.»[37] El trabajo era la Cruz de la que pendía el obrero industrial «transformado».

Pero esta nueva dirección de los impulsos no se podía realizar sin una desorganización central de la personalidad humana. Podemos analizar por qué Hazlitt describió a los metodistas como «una colección de religiosos inválidos».[38] Si Wesley tomó su autoritarismo de Lutero, de los eclesiásticos puritanos ingleses del metodismo del siglo XVII adoptó la falta de alegría: una vida metódica y disciplinada «combinada con la evitación estricta de todos los placeres espontáneos».[39] De ambos adoptó el sentido casi maniqueo de culpabilidad en la perversión del hombre. Y, como adiciones gratuitas, los Wesley absorbieron y transmitieron en sus himnos y escritos el extraño fenómeno de la necrofilia de principios de siglo XVIII y las perversas metáforas que constituyen el aspecto menos agradable de la tradición morava. Weber ha apuntado la conexión que hay entre la represión sexual y la disciplina de trabajo en las enseñanzas de eclesiásticos como Baxter:

> El ascetismo sexual del puritanismo sólo difiere en grado, no en cuanto a principio fundamental, del de la vida monástica; y debido a la concepción puritana del matrimonio, su influencia práctica tiene mayor alcance que la del segundo. Puesto que la relación sexual sólo se permite, incluso dentro del matrimonio, como el medio ordenado por Dios para aumentar Su gloria de acuerdo con el mandato *Creced y multiplicaos*. Junto con una moderada dieta vegetariana y baños fríos, se da la misma prescripción para todas las tentaciones sexuales que contra las dudas de tipo religioso y una sensación de indignidad moral: *Trabaja con ahínco para ganar tu* llamada.[40]

El metodismo está impregnado de enseñanzas referentes a lo pecaminoso de la sexualidad y a la extremada maldad de los órganos sexuales. Estos —y en especial los órganos sexuales masculinos,

[37] J. E. Rattenbury, *The Eucharistic Hymns of John and Charles Wesley*, 1948, p. 240:
Arrojamos nuestro pecado a ese fuego
Que tu sacrificio purificó,
Y todo deseo vil y vano
Al juicio diario de la cruz.
[38] W. Hazlitt, «On the Causes of Methodism», *The Round Table* (1817), *Works*, IV, pp. 57 y siguientes.
[39] Weber, *op. cit.*, p. 53.
[40] *Ibid.*, pp. 158-159.

puesto que iba en aumento la opinión de que las mujeres no podían sentir «el deseo de la carne»— eran las ciudadelas carnales visibles de Satanás, la fuente de continuas tentaciones y de incontables impulsos sumamente desordenados —a menos que estuvieran dirigidos a la procreación intencionada y piadosa— e improductivos.[41] Pero la obsesiva preocupación del metodismo por la sexualidad es, en sí misma, reveladora del pervertido erotismo de las metáforas metodistas. Hemos observado ya, en la conversión de John Nelson, la identificación de Satanás con el falo. Habitualmente, Dios es una simple imagen del padre, vengativa, autoritaria y prohibitiva, ante quien Cristo debe interceder, el Cordero del sacrificio «sangrante e implorando Gracia/ Para todas las Almas Humanas». Pero la asociación de Cristo a una imagen sexual femenina —o, con mayor frecuencia, ambivalente— es más complicada y desagradable.

Aquí nos enfrentamos a estratos y más estratos de simbolismo contradictorio. Cristo, que es la personificación del amor al que se dirigen la gran mayoría de los himnos wesleyanos, es a veces maternal, edípico, sexual y sadomasoquista. A menudo se ha subrayado la extraordinaria asimilación de las heridas y las imágenes sexuales en la tradición morava. El hombre, como «gusano» pecador, debe encontrar «alojamiento, cama y comida en las heridas del Cordero». Pero la metáfora sexual se transfiere con facilidad a la metáfora del útero. La «querida pequeña abertura del sagrado, amado e infinitamente bello pequeño costado» es también el refugio del pecado en el que «el Regenerado descansa y respira»:

Oh, querida abertura del Costado hendido
Deseo vivir dentro de ti (...)
Ahí, en la alegría divina del Costado hendido,
Pasaré mis Días futuros.
Sí, sí, permaneceré por siempre
Ahí, donde tu Costado fue hendido.[42]

Aquí parecen estar asimiladas la metáfora sexual y «de regresión al útero». Pero después de que los Wesley rompieran con los hermanos moravos, el lenguaje de sus himnos y la acusación persistente de

[41] Sólo teniendo en cuenta hasta qué punto esta obsesión impregnó la cultura inglesa —y en particular la cultura de la clase obrera— puede llegar a entenderse por qué Lawrence se sintió impulsado a escribir *Lady Chaterley's Lover*. (Hay trad. cast.: *El amante de Lady Chaterley*, Alianza Editorial, Madrid, 1980.)

[42] Véase R.A. Knox, *Enthusiasm*, Oxford, 1950, pp. 408-417; G.R. Taylor, *op. cit.*, pp. 166-167. (*O precious Side-hole's cavity / I want to spend my life in thee... / There in one Side-hole's joy divine, / I'll spend all future Days of mine. / Yes, yes, I will for ever sit / There, where thy Side was split.*)

herejía antinomiana entre las comunidades moravas llegaron a ser un escándalo público. En los himnos de John y Charles Wesley se reprimió de manera consciente la metáfora sexual abierta y se dio paso a la metáfora del útero y las entrañas:

¡Venid, hermanos míos, pecadores, venid,
Gimiendo bajo vuestra carga de pecado!
Su corazón sangrante os hará sitio,
Su costado abierto os acogerá.[43]

Esta metáfora está, sin embargo, subordinada a la abrumadora imagen del sacrificio de la sangre, como si las tradiciones subterráneas del sacrificio mitraico de la sangre, que preocupaban a la iglesia cristiana primitiva, salieran de pronto a borbotones en el lenguaje de los himnos metodistas del siglo XVIII. Ahí está el «amor sangrante» de Cristo, la sangre del Cordero del sacrificio en la que deben bañarse los pecadores, la asociación del sacrificio con la culpa del penitente. Ahí está la «fuente» que «brota de Su costado,/ Abierta de modo que todos puedan entrar»:

La fuente de Tu sangre todavía
Se mantiene abierta de par en par para los pecadores;
Ahora, incluso ahora, Señor mío y Dios mío,
Me purifico en Tu costado.[44]

Y el lenguaje del sacrificio, el masoquismo y lo erótico, todos encuentran un nexo común en el mismo simbolismo de la sangre:

Estamos sedientos de Tu preciosa sangre,
Languidecemos por descansar en tus heridas,
Anhelamos el alimento inmortal,
Y suspiramos por regalarnos con todo Tu amor.[45]

La unión con el amor de Cristo, en especial en la eucarística «fiesta del matrimonio», en la que la iglesia, colectivamente, «se ofrece a sí misma a Dios» mediante la «ofrenda a Dios del Cuerpo

---

[43] *Come, O my guilty brethren, come, / Groaning beneath your load of sin! / His bleeding heart shall make you room, / His open side shall take you in (...)*

[44] *Still the fountain of Thy blood / Stands for sinners open'd wide; / Now, even now, my Lord and God, / I wash me in Thy side.*

[45] *We thirst of drink Thy precious blood, / We languish in Thy wounds to rest, / And hunger for immortal food, / And long on all Thy love to feast.*

de Cristo»,[46] une los sentimientos de mortificación de sí mismo, la añoranza por el olvido del útero y el deseo sexual atormentado, «escondidos en el pecho del Salvador»:

> Aquí es donde me gustaría para siempre morar,
> Y ni por un momento salir,
> Escondido en la hendidura de Tu costado.
> Eternamente asido a Tu corazón.[47]

Es difícil imaginarse una desorganización más sustancial de la vida humana, una corrupción de las fuentes de la espontaneidad que se refleja, inevitablemente, en todos los aspectos de la personalidad. Puesto que la alegría estaba asociada con el pecado y la culpa, y el dolor —las heridas de Cristo— con la bondad y el amor, todos los impulsos quedaban transformados en sus contrarios, y llegó a ser algo natural el suponer que un hombre o un niño sólo alcanzaban la gracia a los ojos de Dios cuando realizaban tareas dolorosas, laboriosas o abnegadas. Trabajar y afligirse era hallar placer, y el masoquismo era «Amor».

Estas extrañas metáforas se mantuvieron durante los años de la Revolución industrial, no sólo en los himnos metodistas, sino también en la retórica de los sermones y las confesiones. Todo ello no pasó inadvertido. «La Divinidad se personifica y se encarna en la más grande de las imágenes», comentaba Leigh Hunt en un ensayo *Sobre las Indecencias y los Éxtasis Profanos del Metodismo*: «Si debemos dirigirnos a Dios con un lenguaje de afecto mundano, ¿por qué no dirigirnos a él como a un padre en vez de como a un amante?»[48] Pero hacia finales del siglo XVIII, la tradición metodista estaba sufriendo un triste cambio. La negación o la sublimación del amor empezaba a tender hacia el culto a su opuesto: la muerte. El propio Charles Wesley había escrito más de un himno que presagiaba este cambio:

---

[46] J. E. Rattenbury, *op. cit.*, p. 132.

[47] *Ibid.*, pp. 109-111, 202-204, 224-234; y J. E. Rattenbury, *The Evangelical Doctrines of Charles Wesley's Hymns*, 1941, p. 184. Este tema merece que los especialistas le presten atención de nuevo y que ésta sea mayor. El estudio del señor G. R. Taylor sobre *The Angel Makers* es sugerente, pero su intento de encontrar una explicación «sexual» del cambio histórico, en las orientaciones paternas y maternas que se dan a los hijos, se lleva hasta el punto del absurdo. (*This there I would always abide, / And never a moment depart, / Conceal'd in the cleft of Thy side, / Eternally held in Thy heart.*)

[48] El editor del *Examiner An Attempt to shew the Folly and Danger of Methodism*, 1809, en [Leigh Hunt], en especial pp. 54-64, 89-97. El lenguaje también exponía a los metodistas a las acusaciones de que las fiestas del amor, las vigilias nocturnas y el fervor del resurgimiento se convertían en ocasiones de relaciones sexuales ilícitas. Entre los críticos moderados, Nightingale desechaba estas acusaciones, Leigh Hunt les daba crédito y Southey se reservaba la opinión. Véase la literatura de gente canalla como: Un Profesor, *Confesiones of a Methodist*, 1810.

¡Ah, hermosa aparición de la Muerte!
Ninguna otra visión en la tierra es tan bella.
Ni todos los alegres espectáculos que *respiran*
Se pueden comparar con un cuerpo muerto.[49]

Aquí, la tradición metodista es ambivalente. Por un lado, los predicadores metodistas perfeccionaron sus técnicas para provocar paroxismos de miedo a la muerte y a los dolores ilimitados del infierno. Los niños, desde la edad en que aprendían a hablar, eran aterrorizados con las imágenes de infinito castigo por el más leve mal comportamiento. Sus noches se convertían en algo espeluznante con la lectura del *Book of Martyrs* de Fox y otras parecidas.[50] Pero al mismo tiempo, los que sabían leer se vieron inundados, a lo largo de los primeros años del siglo XIX, con los folletos que celebraban la «Muerte Sagrada». Ninguna revista metodista o evangélica, ya fuera para los mayores o para los niños, estaba completa sin una escena del lecho de muerte en la que, como también advirtió Leigh Hunt, la muerte era a menudo anticipada en el lenguaje de una novia o un novio impaciente por la noche de boda. La muerte era el único fin que se podía desear sin culpa, era la recompensa de paz después de una vida de sufrimiento y trabajo.

En los últimos años, la historia del metodismo la han escrito, hasta tal punto, defensores o seglares imparciales que intentaban hacer concesiones a un movimiento que no podían entender, que nos provoca sobresalto la opinión de Lecky, a finales del siglo XIX: «Pocas veces ha existido un sistema más detestable de terrorismo religioso, un sistema que estuviera hecho más a medida para trastornar y arruinar el intelecto y para oscurecer y amargar una naturaleza sensible.»[51] La figura del reverendo Jabez Branderham —modelado casi con seguridad sobre la imagen de Jabez Bunting—, que aparece en la macabra pesadilla de Lockwood al principio de *Cumbres borrascosas*, se cernía sobre la Revolución industrial: «¡Buen Dios! Qué sermón, dividido en *cuatrocientas noventa partes* (...) ¡y cada una de ellas tratando de un pecado distinto!» Frente a este omnipresente «¡No Debes!», que durante estos años impregnaba *todas* las creencias religiosas en diversos grados, podemos apreciar en toda su altura la talla de William Blake. En 1818, pasó de sus libros proféticos, densamente alegóricos, a una última fase de claridad proverbial en *The Everlasting Gospel*. En él

[49] *Ah, lovely Appearance of Death! / No sight upon earth is so fair. / Not all the gay pageants that breathe / Can with a dead body compare.*

[50] *Cf.* W. E. H. Lecky, *History of England in the Eighteenth Century*, edición de 1891, II, p. 585: «Las horribles imágenes [los predicadores metodistas] evocadas continuamente, emponzoñaban sus imaginaciones, les perseguían en cualquier hora de debilidad o depresión, marchitaban todas sus opiniones sobre el mundo y añadían un horror diez veces mayor a la oscuridad de la tumba.»

[51] Lecky, *op. cit.*, III, pp. 77-78.

reiteró los valores presentes en sus primeras canciones, la afirmación casi antinomiana de la alegría de la sexualidad y la afirmación de la inocencia. Casi cada línea puede considerarse como una declaración de «guerra mental» contra el metodismo y el evangelismo.[52] La «visión de Cristo» de aquellos era «el mayor enemigo» de su visión. Sobre todo, Blake negó su asentimiento a la enseñanza de la humildad y la sumisión. Esta humildad negadora era, en su opinión, la que «oscurece el Sol y la Luna», «Deforma los cielos de polo a polo»:

> Hundiendo con las espinas y el tallo
> El alma sepultada con todos sus tesoros.[53]

II. El milenarismo de la desesperación

La utilidad del metodismo como disciplina para el trabajo es evidente. Lo que ya no es tan fácil de entender es por qué tantos obreros estaban dispuestos a someterse a esa forma de explotación psíquica. ¿Cómo pudo el metodismo representar, con tamaño éxito, el doble papel de religión de los explotadores y los explotados a la vez?

Durante los años que van de 1790 a 1830[54] se pueden aducir tres razones para ello: el adoctrinamiento directo, el sentido de comunidad de los metodistas y las consecuencias psíquicas de la contrarrevolución.

---

[52] *Cf.* Wilberforce, *A Practical View of Christianity*, p. 437: «Recordad que todos somos criaturas perdidas, nacidas en el pecado y depravadas por naturaleza, la Cristiandad no reconoce ninguna inocencia o bondad de corazón.»

[53] *Rooting over with thorns & stems / The buried Soul & all its Gems.*

[54] Estos años abarcan el periodo de ascensión y dominio de Jabez Bunting y su círculo. Después de 1830 se puede observar como actúan tendencias liberalizadoras en el seno de la Conexión Metodista; y a pesar de que Bunting libró un combate determinado para cubrir la retirada, hacia la década de 1840, el metodismo entró en una nueva fase de algún modo suavizada. Por una parte, una segunda o tercera generación de propietarios de fábricas y de patronos abandonaron el metodismo a cambio de la respetabilidad de la iglesia oficial. Por otra parte, el metodismo aparece como la verdadera perspectiva de algunos que pertenecen a los grupos de tenderos con pequeños negocios, empleados de oficina y a los encargados de dirección, en quienes un radicalismo callado se ha unido a la ideología de la «ayuda a uno mismo». Véase E. R. Taylor, *op. cit.*, caps. 5, 6, y W. J. Warner, *op. cit.*, pp. 122-135.

No se puede exagerar la primera razón: el adoctrinamiento. Las escuelas dominicales evangélicas siempre fueron activas, aunque es difícil saber hasta qué punto se pueden designar sus actividades correctamente como «educativas». Los wesleyanos habían heredado de su fundador una convicción particularmente sólida respecto de la maldad natural de los niños; y ésta se expresaba —en el caso de Wesley— con una fuerza que podría haber hecho palidecer a más de un jesuita:

> Doblega su voluntad temprano. Empieza esta tarea antes de que puedan correr solos, antes de que puedan hablar claro, quizá antes de que sepan decir una palabra. Cueste lo que cueste, doblega su voluntad si no quieres condenar al chiquillo. Deja que a un niño de un año se le enseñe a temer la vara y a llorar silenciosamente. Haz que haga lo que se le ordena desde esta edad, aunque tengas que azotarle diez veces consecutivas para conseguirlo (...) Doblega su voluntad ahora, y su alma se podrá salvar y probablemente te bendecirá para toda la eternidad.[55]

En la escuela de Wesley, en Kingswood, sólo se permitían «pasatiempos» rigurosamente activos —cortar madera, cavar y cosas parecidas—, puesto que los juegos y las diversiones eran «indignos de un niño cristiano». «Destruiré o curaré —dijo Wesley, que pocas veces decía cosas que no pensaba-. *Tendré* una cosa u otra, una escuela cristiana o ninguna.» Una rápida ojeada a los materiales «educativos» que se usaban de forma corriente en las escuelas dominicales de las primeras décadas del siglo XIX revela su verdadero propósito. Los alucinantes himnos de Wesley, que se empleaban en los servicios para adultos, se sustituían por los *Divine Songs of Children* de Isaac Watts, u otras variantes moralistas de autores posteriores. Se les enseñaba a cantar a los pequeñuelos, que apenas sabían andar, que eran: «Por naturaleza y también por costumbre, un miserable esclavo del pecado.» El «penetrante ojo» de Dios, que todo lo ve, miraba sus más «secretas acciones»:

> No hay un solo pecado de los que cometemos,
> Ni una sola palabra blasfema de las que decimos,
> Que no esté escrita en tu terrible libro,
> Para el día del juicio.[56]

---

[55] Southey, *op. cit.*, p. 561. Por ejemplo, a partir de las memorias de Bamford, de la década de 1790, y a partir de la obra de Thomas Cooper, *Life*, que corresponde a la época en que trabajaba como maestro en una escuela metodista, en la década de 1820, y consideraba como una señal de gracia el hecho de que no les pegara a sus alumnos, podemos observar que las enseñanzas de Wesley fueron humanizadas por sus seguidores de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Pero véase la defensa utilitaria ortodoxa de Jabez Bunting en *Sermon on a great work described*, 1805.

[56] *There's not a sin that we commit, / Nor wicked word we say, / But in thy dreadful book 'tis writ, / Against the judgement-day.*

Una historia moral característica de la época ejemplifica la tendencia general de esta «enseñanza».[57] John Wise es hijo de «un hombre muy pobre que tenía muchos hijos y apenas conseguía pan para todos ellos aunque trabajase mucho. Tenía que trabajar con todas sus fuerzas cada día de la semana y se alimentaba de tortas de avena y harina de avena hervida con agua.» Sin embargo, su padre era un buen «rezador», que continuamente daba gracias por las bendiciones que recibía: por ejemplo, «Algunos de nosotros podrían haber muerto, pero todos estamos en el reino de los vivos». La madre de John le había enseñado el himno de Watts sobre el sol, disciplinado y trabajador:

Cuando desde la morada del este
Empieza su recorrido matutino,
Nunca se cansa, ni se para a descansar,
Sino que resplandece alrededor del mundo,
Así, como el sol, debería yo cumplir
Los deberes de este día,
Empezar mi trabajo temprano, y seguir
Andando por mi camino celestial.[58]

Los padres de John le enseñan la santidad del *Sabbath* y le entregan diversas homilías sobre el deber, la obediencia y la laboriosidad. Luego sucede la terrible historia de Betty, la hermana mala de John, que sale un domingo a pasear y vuelve mojada y cubierta de barro, y ha perdido un zapato. Su padre la reprende y lee a toda la familia el decreto de Moisés, según el cual el hombre que recogiera leña en el *Sabbath* debía ser apedreado hasta la muerte. El pecado de Betty es mucho peor que el de aquel hombre, pero por esta vez se le perdona. Pero siguen pecados peores: algunos niños hacen novillos a la escuela dominical y, en lugar de ello, van a jugar al *fútbol*. El siguiente domingo se reprende a los niños y se les cuenta la historia de los cuarenta y dos niños que se burlaban del viejo Elisha, y que fueron despedazados por orden de un Dios misericordioso. Luego los niños cantaron otro de los himnos de Watts:

Cuando los niños en su travieso juego,
Trataron de ese modo al viejo Elisha;
Y le dijeron que se fuera:

[57] *The History of John Wise, a Poor Boy: intended for the Instruction of Children*, Halifax, 1810.

[58] *When from the chambers of the east / His morning race begins, / He never tires, nor stops to rest, / But round the world he shines, / So, like the sun, would I fulfil / The duties of this day, / Begin my work betimes, and still / March on my heavenly way.*

«Lárgate tú, calvo, vete.»
Rápidamente Dios paralizó su perversa respiración,
Y envió osos rabiosos,
Que los despedazaron, miembro a miembro, hasta la muerte,
Con sangre, gemidos y lágrimas.[59]

Al final, la piedad de John y su padre se ven recompensadas por una herencia que proviene de un extraño, profundamente conmovido por su paciencia y su sumisión a la pobreza.

Podemos reírnos, pero las atrocidades psicológicas a que fueron sometidos los niños eran terriblemente reales para ellos. Podemos tener dudas en cuanto al énfasis que pone un autor reciente en el efecto represivo de la costumbre puritana de ceñir a los niños con pañales apretados y el adiestramiento anal, aunque no se puede desechar el asunto.[60] Pero a pesar de todos los tópicos que se repiten en la mayoría de los libros de texto acerca de las «iniciativas educativas» de las iglesias en esta época, las escuelas dominicales fueron un cambio espantoso, incluso para las escuelas de damas de los pueblos. La provisión para la educación de los pobres, durante el siglo XVIII, por muy inadecuada y desigual que fuera, era, sin embargo, una provisión *para educación*, de algún modo, aunque, como en el caso de la maestra de Shenstone, consistiera en poco más que nombrar las flores y las plantas. Esta situación se corrompió, durante los años contrarrevolucionarios, debido a la actitud predominante de los evangélicos, de que la función de la educación empezaba y acababa con el «rescate moral» de los hijos de los pobres.[61] No sólo se desalentó la enseñanza de la escritura, sino que muchos de los alumnos de las escuelas dominicales las dejaron sin saber leer, lo cual, teniendo en cuenta las partes del Antiguo Testamento que se consideraban más edificantes, era, por lo menos, una bendición. Otros aprendieron poco más que la pequeña que le dijo a uno de los comisarios del trabajo infantil en las minas: «Si muriese siendo una buena niña, iría al cielo; si fuera mala, sería quemada en azufre y fuego: me lo dijeron ayer en la escuela, antes no lo sabía.»[62] Mucho antes de la pubertad, el niño estaba sujeto, tanto en la escuela dominical como en casa —si sus padres eran piadosos—, al peor tipo de intimidación emocional para que

[59] *When children in their wanton play, / Serv'd old Elisha so; / And bid the prophet go his way, / 'Go up, thou bald-head, go:' / GOD quickly stopt their wicked breath, / And sent two raging bears, / That tore them limb from limb to death, / With blood. And groans, and tears.*
[60] G. R. Taylor, *op. cit.*
[61] *Cf.* Raymond Williams, *The Long Revolution*, 1961, pp. 135-136.
[62] Citado en J. L. y B. Hammond, *Lord Shaftesbury*, edición de Penguin, p. 74.

hiciera confesión de sus pecados y alcanzara un sentido de la salvación; y muchos de ellos, como el joven Thomas Cooper, se dirigían «veinte veces al día a lugares secretos, para rezar por su perdón».[63]

El epíteto de Lecky, «terrorismo religioso», no es en modo alguno un término excesivo para aplicar a una sociedad que no proporcionaba programas educativos alternativos para los hijos de los pobres. Al menos hasta que apareció el movimiento lancasteriano[64] de escuelas benéficas, en el que la idea de «rescate moral» era sustituida por auténticas intenciones educativas y por una preocupación utilitaria por preparar a los niños para los empleos industriales.[65] Pero debemos tener cuidado —y aquí llegamos a la segunda razón— de ofrecer una imagen demasiado poco afable e incompetente de las iglesias evangélicas, a partir de los testimonios de los libros de texto de las escuelas dominicales, o de los dogmas de hombres como Bunting. Lo que pretendía el pastor metodista ortodoxo es una cosa, lo que ocurría en realidad en muchas de las comunidades puede que sea otra. Los viejos metodistas «arminianos» tenían una actitud más humanitaria hacia la enseñanza en las escuelas dominicales. Los metodistas de la Nueva Conexión siempre eran más intelectuales en su forma de enfocar las cuestiones que los pertenecientes a la ortodoxia wesleyana. Ya hemos apuntado que James Montgomery, del *Sheffield Iris*, dirigió la lucha de los inconformistas de Sheffield para que se siguiera enseñando a escribir en los programas de estudios de la escuela dominical. Los profesores laicos, que ofrecían sus servicios de manera voluntaria, eran menos propensos a ser doctrinarios y existía una continua tensión que, a veces, producía resultados desiguales. «Incluso nuestras escuelas dominicales —le escribía al duque de Portland, en 1798, un pastor de Bolton— se pueden convertir en algunos casos en seminarios de la facción. Hemos descubierto uno o dos que han prestado juramento a los Ingleses Unidos, que están actuando en calidad de maestros de la escuela dominical *gratis*.»[66] Las «silenciosas fortalezas» de las escuelas dominicales de Stockport, que tanto había elogiado el doctor Ure en la década de 1830, habían sufrido un auténtico asedio —y en cierto grado se habían visto desplazadas—, entre 1817 y 1820, cuando el reverendo Joseph Harrison y la Unión Política

[63] T. Cooper, *Life*, p. 37.

[64] De Joseph Lancaster, que estableció un sistema de monitores en las escuelas. (*N. de la T.*)

[65] Creo que los autores que en la actualidad denuncian, con razón, la degradación humana que resulta del abuso comercial de los medios de comunicación, sacan las cosas de quicio cuando consideran el alcance y el carácter del adoctrinamiento de masas en períodos anteriores.

[66] Reverendo Thomas Bancroft, 12 de febrero de 1798, P. C. A. 152.

de Stockport respaldaron un movimiento radical de la escuela dominical que debió estar compuesto, en parte, por antiguos profesores y alumnos de las escuelas ortodoxas.[67]

Y procesos como éste se debieron dar no sólo en las escuelas, sino también en relación a la influencia general de las iglesias metodistas. Como dogma, el metodismo aparece como una implacable ideología del trabajo. En la práctica, este dogma se suavizaba en grados diversos, se humanizaba o se modificaba según las necesidades, los valores y las pautas de relación social de la comunidad en la que se hallaba. Después de todo, la iglesia era algo más que un edificio, y más que los sermones y las enseñanzas de su pastor. También estaba encarnada en las reuniones de clase, los grupos de costura, las actividades de recogidas de fondos, los predicadores locales que caminaban varias millas después de trabajar para asistir a pequeñas funciones en aisladas aldeas que pocas veces recibían la visita del pastor. La imagen de compañerismo entre los metodistas que se presenta, por lo común, es demasiado eufórica. Se ha acentuado hasta el punto de olvidar todas las demás características de la iglesia.[68] Pero sigue siendo cierto, y es importante, que el metodismo, con las puertas de sus capillas abiertas, ofreció a la población desarraigada y abandonada de la Revolución industrial algún tipo de comunidad para reemplazar las viejas pautas comunitarias que estaban siendo desplazadas. Por el hecho de ser una iglesia no consolidada, aunque no democrática, existía un sentido en el que los obreros se la podían apropiar; y cuanto más estrechamente unida estaba la comunidad en la que arraigaba el metodismo —poblaciones de mineros, pescadores o tejedores— más ocurría esto.

Durante esos años, el *carnet* metodista de pertenencia a la iglesia adquirió para mucha gente una importancia verdaderamente fetichista; para el obrero que emigraba podía ser la tarjeta de entrada a una nueva comunidad, cuando se trasladaba de ciudad a ciudad. En esta comunidad religiosa había, como hemos visto, su drama propio, sus propias gradaciones de posición e importancia, su propio chismorreo y una buena dosis de ayuda mutua. Había incluso un cierto grado de movilidad social, aunque muy pocos de los eclesiásticos provenían de hogares proletarios. Los hombres y las mujeres tenían la sensación de ocupar algún lugar en un mundo, por otra parte hostil, cuando formaban parte de la iglesia. Allí obtenían un reconocimiento, quizá por su discreción, o su castidad o piedad. Además había

[67] Véase D. Read, *Peterloo*, Manchester, 1957, pp. 51 y siguientes, y más adelante p. 767.

[68] El sentido del compañerismo en los primeros años de la Iglesia se expresa con benevolencia en L. F. Church, *The Early Methodist People*, 1948. Véanse también, por supuesto, los libros del doctor Wearmouth, entre muchos otros.

otras cosas positivas, como, por ejemplo, la contribución a la estabilidad de la familia y el hogar; pero sobre ello volveremos más adelante. Además, la configuración del carácter no era algo que sólo se pudiese poner al servicio de la iglesia y del patrono. Una vez operada la transferencia, encontraremos la misma dedicación, que permitía a esos hombres desempeñar esos papeles, en quienes encabezaban las *trade unions* y los clubes Hampden, que adquirían una educación por sí mismos estudiando por las noches y tenían la responsabilidad de dirigir las organizaciones obreras. Al analizar la ideología del metodismo, hemos mostrado una imagen intelectualizada. En la fluidez de la vida social, el simple sentido común, la piedad, la obstinada vitalidad de las viejas tradiciones comunitarias, todo está mezclado para suavizar sus perfiles severos.

Sin embargo, existe una tercera razón por la cual los obreros estaban expuestos, de manera excepcional, a la penetración del metodismo durante los años de las guerras napoleónicas. Es, quizá, la razón más interesante de todas, pero apenas si se la ha tenido en cuenta. Podemos aproximarnos mejor a ella si recordamos el aspecto histérico del resurgimiento metodista, baptista y de las pequeñas sectas. Durante los peores años de la Revolución industrial, en los distritos manufactureros, estaba ampliamente extendido el consumo de narcóticos. Y el epíteto de Charles Kingsley, «el opio de las masas», nos recuerda que mucha población obrera se dirigió a la religión como un «consuelo», a pesar de que los sueños inspirados por la doctrina metodista no eran muy felices. Los métodos de los predicadores del resurgimiento se destacaban por su violencia emocional: el inicio tenso, las vividas descripciones de la muerte súbita y la catástrofe, la retórica indeterminada que versaba sobre la enormidad del pecado, la oferta dramática de redención. Asimismo, las multitudes que se reunían al aire libre y las primeras congregaciones del metodismo también se caracterizaban por su «entusiasmo»: desvanecimientos, gemidos, gritos, llantos y estados de exaltación. Southey, por su parte, sugería que el resurgimiento era análogo al mesmerismo: Wesley «había provocado una nueva enfermedad, y la explicaba con una teoría teológica en vez de hacerlo con una teoría física».[69] Algunas veces esos síntomas adquirían la forma de una violenta histeria de las masas, como en el incidente de Bristol que Wesley anotó en su *Journal*, en marzo de 1788, cuando un «violento ruido (...) estalló como un relámpago por toda la reunión»:

[69] Southey, *op. cit.*, pp. 382 y siguientes.

El terror y la confusión fueron indescriptibles. Parecía una ciudad sacudida por la tormenta. Las gentes se precipitaron unos contra otros con suma violencia, los bancos se rompieron a trozos y las nueve décimas partes de la congregación parecieron ser presas del mismo pánico.

En Chapel-en-le-Frith, escribía en 1786, esta histeria se ha convertido ya en un hábito morboso:

> Algunos de ellos, quizá muchos, chillan a la vez todo lo fuerte que pueden. Algunos de ellos utilizan expresiones inadecuadas, sin duda indecentes, en las plegarias. Algunos de ellos se dejan caer como muertos y permanecen inmóviles como cadáveres; pero al cabo de un momento se levantan y gritan: *Gloria, gloria.*

Wesley condenaba este exceso de histeria, porque «desprestigiaba la auténtica labor»,[70] pero a lo largo de la Revolución industrial hubo otras muchas formas de histeria callada, que eran intrínsecas al resurgimiento metodista. Las comunidades de mineros, agricultores de las zonas montañosas o de tejedores que estaban estrechamente unidas podían, en un primer momento, resistir la campaña de predicación en los campos y las reuniones de plegaria entre ellos; luego se podía producir un «pequeño cambio entre los muertos de hambre»; y luego «el fuego prendía, como cuando se queman los matorrales de los campos comunales, ¡resplandecía magníficamente!»[71]

El ejemplo está tomado de la propaganda que se hacía en los pueblos tejedores del West Riding, entre 1799 y 1801, cuando comunidades enteras se declararon —aunque sólo fuera temporalmente— «redimidas». Y pocas veces se señala que durante los años de guerra, no sólo se produjo la mayor expansión del metodismo, particularmente entre la clase obrera del norte, sino que esto fue acompañado por nuevas demostraciones de histeria. Por ejemplo, durante los años 1805-1806, cuando gran cantidad de gentes afluyó hacia el metodismo en Bradford, «en muchas ocasiones, apenas se había anunciado el texto, cuando los gritos de las personas afligidas interrumpían al predicador, de tal modo que (...) inmediatamente el servicio se convertía en una intercesión fervorosa generalizada».[72] En 1816, un predicador de los Cristianos de la Biblia, en Devon, anotó complacido en su diario: «Mientras hablaba, cayeron tres, rezamos y en seguida cayeron algunos más, creo que fueron seis los que encontraron la paz.» Los servicios religiosos de esta secta entre los agricultores y los

[70] Véase la discusión sobre el «entusiasmo» en R. A. Knox, *op. cit.*, pp. 520-535.
[71] F. A. West, *Memoirs of Jonathan Saville*, Halifax, 1844.
[72] W. M. Stamp, *Historical Notices of Wesleyan Methodism in Bradford*, 1841, p. 85.

labriegos de los páramos iban acompañados, con frecuencia, de angustias, abatimientos, «gritos de alabanza» y «de gritos fuertes y devotos de los penitentes».[73]

Puede que el metodismo inhibiera la revolución, pero podemos afirmar con certeza que su rápido crecimiento durante las guerras fue un componente de los procesos psíquicos de la contrarrevolución. En un sentido, cualquier religión que ponga un fuerte acento en la vida futura es el milenarismo de los derrotados y los desesperados. «La visión utópica generó una visión contraria. El optimismo milenarista de los revolucionarios dio lugar, a la larga, a la formación de una actitud conservadora de resignación»; estas son palabras de Karl Mannheim al describir otro movimiento. Y él mismo nos ofrece una pista sobre la naturaleza del proceso psíquico: «El milenarismo siempre ha acompañado los estallidos revolucionarios y les ha proporcionado su espíritu. Pero cuando este espíritu mengua o abandona esos movimientos, queda, por debajo, en el mundo un delirio colectivo manifiesto y una furia desespiritualizada.»[74] Puesto que en la Inglaterra de la década de 1790, el impulso revolucionario fue sofocado antes de que alcanzara el punto del «estallido», tampoco cayó, cuando menguó la energía, en la situación de delirio. Y sin embargo, durante estas décadas, se producen muchos fenómenos que no se pueden explicar de otro modo. El auténtico milenarismo acaba a finales de la década de 1790, con la derrota del jacobinismo, el comienzo de las guerras y la reclusión de Richard Brothers en un manicomio. Pero en los siguientes quince años prosperaron diversas sectas de la Nueva Jerusalén.[75] Surgieron un profeta tras otro, como Ebezener Aldred, un pastor unitarista que estaba en un pueblo aislado en el Derbyshire Peak (Hucklow):

> Vivía allí en una especie de soledad, se volvió soñador y salvaje; interpretaba las profecías; creía ver a Napoleón en el Apocalipsis; al final, se figuraba que él era el Profeta que, sin sostenerse sobre la tierra ni el agua, proclamaría la destrucción de una gran ciudad.

Ebezener Aldred, ataviado con una ropa blanca, con su cabello gris cayendo sobre las espaldas, navegó en una barca por el Támesis, repartiendo folletos y profetizando el juicio final.[76] El radical,

---

[73] F. W. Bourne, *The Bible Christians*, 1905, pp. 36-42.

[74] K. Mannheim, *Ideology and Utopia*, edición de 1960, pp. 192-196.

[75] En marzo de 1801, Earl Fitzwilliam investigó las actividades de los seguidores de Brothers en Bradford, dirigido por Zacchaus Robinson, un tejedor, que «durante muchos años había sido un convencido metodista y lo que se denominaba un Jefe de Clase». *Fitzwilliam Papers*, F 45 (a).

[76] T. A. Ward, *op. cit.*, pp. 188-189; Eben-Eser, *The Little Book*, 1811.

el místico y el militarista se disputaron las túnicas de la Revelación: se descubrieron las tribus perdidas de Israel en Birmingham y Wapping; también se descubrieron «pruebas» de que «el Imperio Británico es la posesión particular del Mesías y su dominio naval de promisión».[77]

Pero la prueba más sobrecogedora de la existencia de una «furia desespiritualizada» se encuentra en los movimientos que rodean —y sobreviven— a la mayor de todas las profetisas, Joanna Southcott. Su primer estrafalario folleto profético, *The Strange Effects of Faith*, se publicó en 1801. La rapidez con que se extendió la fama de la hija del agricultor de Devon, que era criada doméstica, muestra el clima general de expectación delirante que existía entonces. Su llamada estaba curiosamente compuesta de muchos elementos. En ella se hallaba la viva imaginación supersticiosa de la vieja Inglaterra, que era especialmente tenaz en el West Country, de donde ella provenía. En 1811 escribió el *Tauton Courier*: «La creencia en la mediación sobrenatural está extendida de manera universal por todos los condados del oeste, y hay muy pocos pueblos que no cuenten por lo menos con una persona conocedora de la "Gramática Negra del Infierno". El Espectro de Samford ganó, durante un tiempo, sus miles de devotos.»[78] Estaban las fantásticas metáforas y el fervor de la comunión metodista, a las cuales, según Southey, Joanna había estado «vinculada con entusiasmo».[79] También, la extraña amalgama que constituía el propio estilo de Joanna, en el que se ponían versos místicos ramplones junto con prosa autobiográfica perspicaz o poco imaginativa: relatos de sus memorias de la infancia, asuntos amorosos desgraciados y encuentros entre la testaruda hija del campesino y los descreídos párrocos y la *gentry*. Y sobre todo se encontraba la miseria y el abatimiento de esos años de guerra, así como la expectación milenarista de una época en que los seguidores de Brothers vivían diariamente en la esperanza de una nueva revelación; una época en que: «Un loco publicaba sus sueños, otro sus visiones; uno había visto cómo un ángel salía del sol con una espada en la mano, otro había visto fieros dragones en el aire y ejércitos de ángeles en orden de batalla (...) Las clases bajas (...) empezaron a creer que se iban a abrir los Siete Sellos.»[80]

[77] R. Wedgwood, *The Book of Remembrance*, 1814.
[78] Citado en Alfred (24 de agosto de 1811). Véase también F. W. Bourne, *op. cit.*, pp. 55, 64-65, para los relatos de mujeres poseídas por el diablo y de una mujer «que afirmaba que ella era Cristo».
[79] Southey, *Letters from England*, 1808, segunda edición, III, p. 238.
[80] *Ibid.*, III, p. 232.

Joanna no era Juana de Arco, pero, para los pobres, compartía uno de sus atractivos: la opinión de que la Revelación podía recaer tanto en la hija de un campesino como en un rey. Se la aclamó como la verdadera sucesora de Brothers y reunió a su entorno un séquito que incluía a varios hombres y mujeres cultos. Si bien los libros proféticos de Blake se pueden considerar, en parte, como un ensayo idiosincrásico al margen de la corriente profética predominante, su conocido, William Sharp, también grabador y con pasado jacobino, entregó toda su lealtad a Joanna. Mas donde más fuerte caló la llamada de Joanna fue entre la población obrera del oeste y del norte: Bristol, el sur del Lancashire, el West Riding, Stockton-on-Tees:

¡Oh, Inglaterra! ¡Oh, Inglaterra! ¡Inglaterra! El hacha apunta hacia el árbol y éste debe ser y será cortado; no sabéis cuándo será el día de vuestro castigo (...) La medianoche se acerca para todos vosotros, y os caerá encima. Os prevengo de peligros que están ante vosotros ahora, porque está llegando el momento en que se cumplirán todas las cosas: *Quién es aquel que venía de Esaú, con ropas teñidas de Bozrah; que hablaba con razón, y tenía el poder de salvar a todos los que creían en él; pero a mis enemigos los pisaré con ira y los pisotearé con furia; porque el día de la venganza está en mi corazón y ha llegado el año de mis redimidos.*

La mayor parte de las profecías de Joanna transmiten poco más que una sensación apocalíptica y los augurios de catástrofe son tan vagos que se podían aplicar con facilidad a las crisis y trastornos de la Europa napoleónica, con el propio Bonaparte representado en la Bestia. Su estilo carecía de la particularidad revolucionaria de Brothers, pero, con toda seguridad, su apocalipsis era de un tipo en el que había que separar irrevocablemente las ovejas de los machos cabríos. «La Tierra se llenará de Mi bondad —dijo el Señor a través de Joanna— y el infierno se llenará de Mis terrores (...) Mi furia emergerá y Mi tierna benevolencia salvará completamente a todos aquellos que ahora vienen hacia Mí.» «Despierta, despierta, Oh Sión, viste tus bellos ropajes, Oh, Jerusalén: porque el día del Señor está al llegar (...) Rebajaré el orgullo de los altaneros, y elevaré el espíritu de los mansos.»

A los redimidos se les ofrecía una utopía indefinida:

Cuando redima a mi pueblo
Del poder del infierno y el pecado,
Construiré de nuevo vuestras casas,
Y pondré palacios ante vosotros;
Porque tengo guardadas minas de oro:
Los mares espumeantes llevarán a la orilla
Millones de tesoros ocultos allí dentro,

Y se verán minas de diamantes.
Tengo oro de Ofir, que llegará
Para construir de nuevo Jerusalén,
Y los primeros que sean redimidos
Pueden decir, exigimos estas promesas.[81]

Había incluso un cierto eco del «Bastardo y sus bandidos armados» de Paine, y una sugerencia de que la tierra sería devuelta a la población trabajadora:

Pero ahora quiero liberar a los herederos,
Y arrojaré a todos estos siervos,
Y los verdaderos herederos no deben dudar en absoluto;
Porque exterminaré la estirpe bastarda,
Y en su lugar pondré a los verdaderos herederos
Para que posean esta tierra.[82]

Es probable que Joanna Southcott no fuera, en absoluto, una impostora, sino una sencilla y, a veces, insegura mujer, víctima de su propio desequilibrio y credulidad, mas la opinión acerca de algunos miembros del círculo que la «promocionaba» puede ser más severa. Las transcripciones de sus «voces», tan poco imaginativas, tienen algo de patético. Los largos mensajes que el Señor le ordenaba que comunicase estaban repletos de los mejores testimonios de la habilidad de la propia Joanna:

Porque algo nuevo aparece sobre la tierra.
Os digo, que desde que creé la tierra,
Jamás hubo aquí abajo una mujer tan maravillosa.[83]

Halagada de este modo por el mejor de los *árbitros*, pudo ejercer una forma de chantaje psíquico sobre los crédulos que no era menos terrorífico que el de los predicadores de las llamas del infierno. Un día, mientras barría una casa después de una venta, «el Señor le permitió encontrar, *como por accidente*», un sello vulgar. Desde aquel

[81] *When I my people do redeem / From every power of hell and sin, / Your houses I shall build anew. / And palaces bring to your view; For golden mines I have in store: / The foaming seas shall send on shore / Millions of treasure hid therein, / And mines of diamonds shall be seen. / I've gold of Ophir, that shall come / To build Jerusalem up again, / And those that are the first redeem'd / May say, these promises we claim (...)*

[82] *But now the heirs I mean to free, / And all these bondmen I'll cast out, / And the true heirs have nought to doubt; / For I'll cut off the bastard race, / And in their stead the true heirs place / For to possess that very land (...)*

[83] *For on the earth there's something new appears. / Since earth's foundation plac'd I tell you here, / Such wondrous woman never was below (...)*

momento sus seguidores —los *Johannas* o *southcottianos*— podían obtener un sello especial de ella, una especie de pagaré que daba derecho al portador a «heredar el Árbol de la Vida, ser heredero de Dios junto con Jesucristo». La promesa del milenio sólo era asequible para «la gente que poseyera el sello», mientras los que se mofaban recibían las amenazas más terribles:

> Y ahora, si aumentan los enemigos, os digo,
> Que aumentarán con rapidez todas las aflicciones,
> Las guerras, sus tumultos jamás cesarán
> Hasta que los corazones de los hombres se vuelvan hacia mí
> Y abandonen el furor de perseguirte a ti.[84]

De este modo, miles y miles recibieron el sello: según una estimación, cien mil. Durante una época existió, ciertamente, un mercado de sellos comparable al mercado de reliquias de la Cruz de finales de la Edad Media. El desequilibrio emocional de la época se hace patente, no sólo en el entusiasmo de los *Johannas*, también en los violentos sentimientos correspondientes de las multitudes que, de vez en cuando, atacaban a los profetas subalternos de Joanna. El southcottianismo apenas era una forma de milenarismo revolucionario, no incitaba a los hombres a la acción social efectiva y casi nunca se comprometía con el mundo real. Su fervor apocalíptico era muy parecido a los fervores del metodismo: conducía a un punto de intensidad histérica, el deseo de salvación *personal*. Pero verdaderamente era un culto de los pobres. El dios de Joanna maldecía a los falsos pastores de Inglaterra —los terratenientes y gobernantes— que conspiraban para elevar el precio del pan:

> Mis acusaciones contra ellos serán graves, y mis sentencias deberán ser importantes en el país, si hacen pasar hambre a los pobres en medio de la abundancia (...) Lo que dije de Nínive, Sodoma y Gomorra, lo que dije de Tiro y Sidón, lo que dije referente a los galileos, son ahora acusaciones contra los pastores de Inglaterra.

Se resucitó la vieja metáfora de la «Prostituta de Babilonia» con una confusión desbordante, y se señalaba al «clero de todo el país» como «amantes y adúlteros» con Jezabel, que «adulteró mi Biblia como un hombre adúltero cometería fornicación con una mujer adúltera». Como en todos los cultos de los pobres, se hacía una identificación directa entre su situación y las tribulaciones de los Hijos de Israel: «igual que el Faraón persiguió a los Hijos de

[84] *And now if foes increase, I tell you here, / That every sorrow they shall fast increase. / The Wars, her tumults they shall never cease / Until the hearts of men will turn to me / And leave the rage of persecuting thee.*

Israel muy de cerca, perseguirá Satanás al pueblo que posee el Sello, mediante tentaciones interiores y sin persecuciones.» A veces, cualquier viso de sentido desaparece debajo de la avalancha de esas imágenes; en ellas los nombres propios del Antiguo Testamento luchan con los ritmos del *Ancient Pistol*:

¡Venid! ¡Venid! Dejad que Sodoma sufra su perdición. ¿Dónde está Lot ahora? ¡Fuera de peligro en Zoar! ¿Dónde está su mujer? ¿No es toda ella de sal? En la pared está escrito: Tú te diviertes de manera obscena con las entrañas de Dios (...) ¡Deja que Bel estalle en pedazos! (...) Los santos están juzgando la tierra. El omnipotente está aquí, en poder y espíritu en la palabra. ¡La espada, el caballo blanco y el Rey de reyes ha desenfundado la flameante espada! ¡Alegraos, vosotros santos, alegraos! (...) ¡Gran Og y Agag dónde estáis! ¡Las murallas de Jericó caen! Los cuernos de carneros de Josué, siete y doce, cruzan el río Jordán (...) Los reinos ungidos del Señor. Las varas o leyes de Efraim, diez en una, atadas a la falda de Judá. El Hijo del Hombre reina sobre Israel. Surgen los huesos blancos (...) Ha llegado la novia. El novio recibe el sello del matrimonio. La ley y el evangelio están ahora unidos. Aparecen la luna y el sol. Caleb y Josué cruzan triunfalmente la corriente para la restauración. ¿Dónde estáis ahora, vosotros cananeos? ¿Dónde toda vuestra gente enloquecida?

¡Marchaos, hititas! No vengáis más a hacer daño o a molestar;
Ahora los hijos de Israel triunfan y disfrutan de la tierra de Canaán.
Fijaos bien, vengo de Edom, con los ropajes manchados de sangre:
Mis hijos han sido liberados, y salvados y purificados en el torrente púrpura.[85]

El primer delirio del culto fue entre 1801 y 1804, pero se alcanzó un segundo punto álgido en 1814, cuando la envejecida Joanna tuvo un embarazo histérico y prometió que le daría a luz a Shiloh, el hijo de Dios. En el West Riding, «todo el distrito estaba infestado de profetas barbudos», mientras que Ashton, en el Lancashire, se convirtió más adelante en una especie de «metrópolis» para los *Johannas* del norte.[86] El culto demostró estar profundamente

[85] Este último pasaje no es de Joanna, sino una «pequeña parte de los pensamientos» de «un *gentleman* muy respetable» que se contaba entre sus seguidores. Todos los demás pasajes pertenecen a los escritos de Joanna. Véase *Strange Effects of Faith*, Libro 5.°, p. 235; Libro 6.°, p. 275; *A Continuation of Prophecies*, 1802, pp. 15, 48-49; *A Word in Season*, 1803, p. 17; *A Word to the Wise*, 1803, p. 32; *Sound an Alarm in My Holy Mountain*, 1804, pp. 31, 45; *A Warning to the World*, 1804, p. 8; *Copies and Parts of Copies*, &c, 1804, p. 49; *Letters and Communications*, 1804, pp. 44-45; *Answer to Five Charges in the Leeds Mercury*, 1805, pp. 20-21; *Divine and Spiritual Communications*, 1809, pp. 20, 39. Véase también G. R. Balleine, *Past Finding Out*, 1956, caps. del 1 al 7; William Sharp, *An Answer to the World*, 1806. (*Hitites be gone! no more appear to hurt or to annoy; / Now Israel's sons in peace succeed and Canaan's land enjoy. / Behold, from Edom I appear, with garments dipt in blood: / My sons are freed, and sav'd and wash'd amidst the purple flood...*)

[86] Los seguidores del culto estaban obligados a llevar barbas. Para la penetración de los southcottianos en el norte, véase J. Crossley, *Remarks and Inquires on a Sermon Preached by*

arraigado cuando la profetisa murió en la última semana de 1814, trágicamente desilusionada por su propia «Voz». Aparecieron sucesivos pretendientes a la herencia del manto profético, el más célebre de los cuales fue un cardador de lana de Bradford, John Wroe. Los varios descendientes de los southcottianos pasaron de una aberración a otra, y se mostraron capaces de súbitas manifestaciones de vitalidad mesiánica hasta los últimos años del siglo XIX.[87]

No hay duda que el culto a la Southcott causó estragos en el terreno metodista, particularmente en Bristol, el Lancashire y el Yorkshire. Ciertamente, los pocos ensayos de Joanna que abordan polémicas de tipo teológico se dirigían a los metodistas, a quienes acusaba de sostener dogmas «calvinistas», y de ese modo: «convertir al gran Creador y Padre de todos en un ser de una crueldad tal, que no hay palabras que puedan expresarlo, o lápiz que pueda describirlo, en lugar de un ser cuyo amor está en todas partes y cuya misericordia está *en todas* sus obras.»[88] Por supuesto, los metodistas tenían muchas ventajas sobre los southcottianos: estabilidad organizativa, dinero, una actitud indulgente por parte de las autoridades. Probablemente, los miembros que perdían para el culto los volvían a recuperar pronto. Pero esto no significa que podamos rechazar el culto como un mero «capricho» que no es relevante para las inalterables líneas del desarrollo social. Por el contrario, deberíamos considerar que los *Johannas* y el resurgimiento metodista de esos años están íntimamente relacionados. Las guerras fueron un momento de apogeo para los predicadores laicos itinerantes, con sus «exclamaciones pías, sus gemidos celestiales, sus desmayos angelicales»;[89] las «absolutas tonterías» que tanto enfurecían a Cobbett:

> Sus dones celestiales, sus llamadas, sus inspiraciones, los sentimientos de gracia que actúan en su interior y todo el resto de su galimatías hipócrita, constituyen un insulto enorme y monstruoso al sentido común y un gran escándalo para el país. Es inútil que hagamos alarde de nuestro *ilustrado estado*, mientras una secta como ésta aumenta diariamente.[90]

the Rev. J. Cockin, Leeds, 1806; G. Turner, *A Vindication for the Honour of God*, Leeds, 1807; W. Cooke Taylor, *op. cit.*, p. 230; F. Peel, *Nonconformity in the Spen Valley*, p. 187-188.

[87] Véase G. R. Balleine, *op. cit.*, caps. 8 al 14; W. H. G. Armytage, *Heavens Below*, pp. 274-276; y más adelante, pp. 851-854.

[88] *Divine and Spiritual Communications*, 1809, p. 33.

[89] Cartel del Teatro Real de Halifax, 1793.

[90] *Political Register* (12 de junio de 1813).

A medida que el wesleyanismo ortodoxo prosperaba, lo mismo hacían los grupos disidentes de *ranters*, los *jumpers*[91] galeses —primos de los *shakers* americanos—, los metodistas primitivos, los *tent methodists*, los «metodistas mágicos» de Delemere Forest, que entraban en trance y tenían «visiones», los bryanitas o cristianos de la Biblia, los «metodistas cuáqueros» de Warrington y los «metodistas independientes» de Macclesfield. En la Inglaterra de la guerra y la posguerra se podía ver por las calles a los misioneros del resurgimiento gritando: «¡Dirígete al Señor y busca la salvación!»

Es sorprendente no sólo la sensación de desequilibrio, sino la *transitoriedad* del fenómeno de conversión metodista. Las gráficas de adscripción a la iglesia son engañosas; lo que se produce es, más bien, una palpitación de resurgimiento, o una oscilación entre periodos de esperanza y periodos de desesperación y angustia espiritual. Después de 1795, los pobres habían entrado de nuevo en el Valle de la Humillación. Pero esta vez entraron de mala gana, mirando continuamente hacia atrás; y cada vez que resurgía la esperanza, el resurgimiento religioso se dejaba de lado, sólo para reaparecer con un fervor renovado sobre las ruinas del mesianismo político que había sido derrumbado. En este sentido, se puede considerar que el gran reclutamiento metodista, que se produce entre los años 1790 y 1830, es el milenarismo de la desesperación.

Esta no es la interpretación tradicional del periodo; y se ofrece sólo como una hipótesis que requiere una investigación más detallada. En vísperas de la Revolución francesa los metodistas afirmaban tener unos sesenta mil partidarios en Gran Bretaña. Esto sugiere que tenían poco más que un apoyo en todos, excepto unos pocos, los distritos industriales. Después las cifras mostraban un avance como sigue: 1800, 90.619; 1810, 137.997; 1820, 191.217; 1830, 248.592.[92] Los años especialmente destacados para el reclutamiento del resurgimiento fueron de 1797 a 1800, de 1805 a 1807, de 1813 a 1818, de 1823 a 1824 y de 1831 a 1834. Estos años están tan cerca de los de máxima conciencia y actividad política que el doctor Hobsbawm tiene razón al llamar la atención sobre el «marcado paralelismo entre los movimientos de conciencia religiosa, social y

[91] El nombre se aplicaba, en el siglo XVIII, a un grupo de metodistas galeses que solían saltar y danzar como parte de su culto religioso. *(N. de la T.)*

[92] *Censo del Culto Religioso. Inglaterra y Gales*, 1851 (1853), p. LXXVIII. Se afirmaba que los circuitos ortodoxos wesleyanos con más de mil miembros en 1815 eran: Londres, Bristol, Redruth, St Ives, Birmingham, Burslem, Macclesfield, Manchester, Bolton, Liverpool, Colne, Nottingham, Sheffield, Leeds, Birstal, Bradford, Halifax, isla de Man, Sunderland, Wakefield, Dewsbury, Epworth, York, Hull, Darlington, Barnard Castle, Newcastle, Shields. Véase M. E. Edwards, *The Social and Political Influence of Methodism in the Napoleonic Period*, Londres, tesis de doctorado, 1934, p. 244.

política».[93] Pero mientras que la relación entre la agitación política y la religiosa es, evidentemente, íntima, sigue siendo oscura la naturaleza de esta relación: no se debe deducir necesariamente la conclusión de que «el metodismo avanzaba cuando el radicalismo avanzaba y no lo hacía cuando éste se debilitaba».[94] Por el contrario, es posible que el resurgimiento religioso tomara el relevo exactamente en el momento en que las aspiraciones «políticas» o temporales se enfrentaran a la derrota. Así, casi podríamos ofrecer una gráfica espiritual que se iniciaría con los trastornos emocionales de gran alcance asociados con la Revolución francesa y *Los derechos del hombre*. En los primeros años de la década de 1790 encontramos un jacobinismo secular y las esperanzas milenaristas de Richard Brothers; a finales de la década de 1790 y durante la década de 1800, encontramos el resurgimiento metodista y el delirio de los *Johannas*, que más de un testigo contemporáneo consideraron como parte del mismo fenómeno y reuniendo a la misma audiencia;[95] después del ludismo (1811-1812) se produce una nueva ola de revitalización religiosa, que dio paso luego al resurgimiento político del invierno de 1816-1817. En los dos últimos años, los metodistas primitivos penetraron en los pueblos de tejedores de punto de Nottinghamshire, Derbyshire y Leicestershire, y parece que la relación entre el resurgimiento religioso y el radicalismo político fue especialmente estrecha. El domingo de la Pascua de Pentecostés de 1816, se afirma que se reunieron doce mil personas en el mitin al aire libre con acampada que tuvo lugar en Nottingham Forest. Desde el otoño de 1816 hasta el verano de 1817 parece que las energías populares están absorbidas por la agitación radical, que culmina en la «sublevación» de Pentridge de junio de 1817, en la que por lo menos un predicador local desempeñó una parte destacada. Pero el gran resurgimiento de los metodistas primitivos que en estos condados tuvo lugar en 1817 y 1818 —«uno de los más notables (...) que jamás se había experimentado»—, parece que prendió *después* del desastre de Pentridge.[96] El año de máxima actividad política de la década de la posguerra, 1819, es un año sin importancia para el resurgimiento; mientras que el fervor del resurgimiento de los años que van de 1831 a 1834

[93] *Primitive Rebels*, pp. 129-130.

[94] Véase E. J. Hobsbawm, «Methodism and the Threat of Revolution», *History Today* (1957), VII, p. 124.

[95] Véase, por ejemplo, Leigh Hunt, *op. cit.*, p. XIV.

[96] H. B. Kendall, *History of the Primitive Methodist Church*, 1919, pp. 7-8, 31. El papel del resurgimiento puede determinarse mediante el incidente legendario, registrado por Kendall, de un «ludita» de 1817 que estaba planeando un asesinato y fue detenido en su misión y llevado a un templo metodista. Para Pentirdge vease, más adelante, pp. 708-718.

puede atribuirse, en parte, a las campañas que se realizaron en los condados rurales del sur y el este, inmediatamente después de la «Última Revuelta de los Labriegos».[97]

La sugerencia es provisional. Para seguir adelante con ella deberíamos saber más acerca, no sólo de los años del resurgimiento, sino de los meses; no sólo los condados, sino las ciudades y los pueblos. Además, la relación de los metodistas primitivos o de los cristianos de la Biblia con la agitación política era muy diferente de la que tenían los wesleyanos ortodoxos. Un examen minucioso de todas las iglesias que experimentaron resurgimientos muestra, sin embargo, que su progreso no se caracteriza por un movimiento ascendente constante, salpicado de pendientes más pronunciadas, de vez en cuando, en los momentos de conversiones masivas. Tenía más bien la naturaleza de una palpitación, una oleada hacia adelante seguida de una retirada. El relato de Thomas Cooper sobre su propia conversión, en la década de 1820, puede tomarse como característica: «el ejemplo era extraordinariamente contagioso. Cientos de personas de la ciudad [Gainsborough] y del circuito empezaron a rezar por la santidad de corazón.» Durante semanas se sintió transfigurado, en un «cielo sobre una tierra de santidad». Luego, por fin, volvió a la tierra, se enojó con los niños de la escuela donde impartía clases y perdió su sensación de transfiguración:

> La experiencia de multitud de otros miembros de nuestra ciudad y de pueblos del circuito fue parecida a la mía. Y en todos los circuitos de la conexión se dio la misma. A menudo, lo que recibe el nombre de resurgimiento empieza con alguno o varios esfuerzos por conseguir la santidad. El asunto enciende el deseo en otras personas (...) y algunas veces llena, durante varios meses, a todo un circuito de agitación entusiasta. Pero invariablemente empieza el declive.[98]

Cooper nos proporciona la experiencia concreta. Pero, en términos del proceso social, podemos suponer que se daba algo parecido a una oscilación, con el resurgimiento religioso en el polo negativo, y la política radical —teñida de milenarismo revolucionario— en el positivo. La idea que los pone en contacto es siempre la de los «Hijos de Israel». En uno de los polos, el milenarismo de la desesperación podía convertir al obrero metodista en uno de los seres humanos más rastreros. Sus pastores le prevenían constantemente contra los reformadores, como «aquellos hijos del Mal»: «(...) Debíamos esperar en silencio la salvación del Señor. Cuando

[97] De forma parecida, el profesor Armytage encuentra que los años de mayor emigración de los distritos industriales, en la década de 1840, hacia la ciudad mormona de Sión fueron años de inactividad cartista. Véase más adelante, p. 854.

[98] T. Cooper, *Life*, pp. 85-86.

sea el momento, librará a su *propio y querido pueblo escogido*.»[99] Como «persona escogida» a veces le destruían sus herramientas o se le negaba el ingreso a las *trade unions*, bajo la sospecha de ser un «soplón» del patrono. Cobbett todavía llevaba más lejos el ataque contra los metodistas: «Entre las gentes del norte han servido como espías y como hombres que cobraban dinero manchado de sangre.»[100]

Por otro lado, como para confundir las expectativas que de ellos se hacían, durante el siglo XIX, surgían repetidamente obreros metodistas y predicadores locales —en grupos, aquí y allá— que eran activos trabajadores en los diferentes campos de la política de la clase obrera. Hubo unos pocos metodistas jacobinos, más metodistas luditas, muchos metodistas tejedores que se manifestaron en Peterloo, metodistas sindicalistas y cartistas. Pocas veces, exceptuando el sindicalismo de las minas y, más tarde, de la agricultura, fueron los iniciadores; este papel lo cumplían más a menudo los owenitas o los librepensadores que provenían de distintas trayectorias morales. Pero a menudo se les encontraba como fieles oradores y organizadores, que llevaban consigo —incluso después de que les expulsasen de la iglesia metodista— la confianza de sus comunidades.

Una de las razones que explica esto reside en las tensiones que existían en el corazón del wesleyanismo. Al igual que las limitaciones represivas sobre la sexualidad conllevaban el peligro continuo de provocar lo opuesto, ya fuera en la forma del puritano rebelde característica —el precursor de Lawrence— o en la forma del antinomianismo; del mismo modo, las autoritarias doctrinas del metodismo engendraban a veces antítesis libertarias [*libertarian*]. El metodismo y sus equivalentes evangélicos eran religiones políticamente muy conscientes. Durante los cien años anteriores a 1789, la disidencia, en su retórica popular, tuvo dos enemigos principales: el Pecado y el Papa. Pero en la década de 1790 se produce una reorientación del odio: se desplazó al Papa de su asiento de conminación y en su lugar se situó a Tom Paine. «El metodismo —declaró Bunting— odia la democracia tanto como odia el pecado.» Pero el continuo sermoneo contra el jacobinismo también sirvió para que se mantuviera el asunto en un lugar destacado de la conciencia pública. En las épocas de privaciones o de agitación política ascendente, toda la «hostilidad reprimida»[101]

---

[99] Estas palabras se ponen en boca de un predicador metodista en un folleto radical, *A Dialogue between a Methodist Preacher and a Reformer*, Newcastle, 1819, pero representan fielmente los sermones metodistas de la época.
[100] *Political Register* (3 de enero de 1824).
[101] *Cf.* E. Fromm, *Fear of Freedom*, edición de 1960, pp. 81-83.

en la mente del obrero metodista se podía desbordar; y entonces, con la misma rapidez de las campañas del resurgimiento, las ideas jacobinas o radicales podían extenderse «como fuego en los matorrales».

Además, deberíamos recordar la tensión que existía entre el igualitarismo espiritual y temporal característico del luteranismo. En el Antiguo Testamento, los obreros encontraban algo más que un Dios vengativo y autoritario, también encontraban una alegoría de sus propias tribulaciones. Este conjunto de simbolismos, junto con *El progreso del peregrino*, era lo que tenían en común los milenaristas, *johannas*, *jumpers* y los wesleyanos ortodoxos. Ninguna ideología es completamente absorbida por sus partidarios; en la práctica, cede de cien formas diferentes bajo la crítica del estímulo y la experiencia: la comunidad obrera inyectó sus propios valores de ayuda mutua, buena vecindad y solidaridad en los templos. Además, debemos darnos cuenta de la increíble farsa que debían parecer aquellas genealogías hebreas, los anatemas y las crónicas cuando se ponían al lado de la experiencia diaria de los tejedores o los mineros. Aquí y allá acudirían a la vista textos aplicables a casi todos los contextos, y era tan probable que apareciesen como imágenes tanto de la lucha de clases, cuanto de la peregrinación espiritual. Este fue el caso de la organización «clandestina» de 1801, acerca de la cual se informó de manera creíble que los conspiradores del Lancashire habían prestado juramento por *Ezequiel*:

> Y tú, profano impío príncipe de Israel, llegó tu día, el término del
> tiempo de la iniquidad.
> Así dice Yahvé: ¡Fuera tiara! ¡Fuera corona! Eso no será más.
> Será ensalzado lo humilde y humillado lo alto.
> ¡Ruina, ruina! ¡A ruina las reduciré!, y no serán más mientras no
> venga aquel a quien de derecho pertenecen y a él se las daré (…)
> ¡La espada! Desenvainada está la espada para degollar, bruñida para
> consumir, para fulgurar.[102]

También lo encontramos en el lenguaje de uno de los ministros no remunerados de los metodistas independientes del distrito de Newcastle, un grupo que se disolvió después de las expulsiones de los predicadores laicos radicales en 1819:

[102] R.F. Wearmouth, *Methodism and Working-Class movements, 1800-1850*, p. 61. *Ezequiel*, XXI, 25-28. Es interesante señalar que este texto también lo utilizaron los *levellers* ingleses: cf. Gerrald Winstanley, *Fire in the Bush*, 1650, «Vosotros poderes opresores del mundo (…) ¿lo recordáis? Vuestra ruina, ruina, vuestra ruina ha llegado.» Para otro ejemplo, véase más adelante, p. 555.

> Las leyes desiguales y la administración parcial clavan una espina en todos los pechos y extienden la tristeza a todos los semblantes (...) De tales gobernantes se puede decir con justicia que su cepa es la cepa de Sodoma y los campos de Gomorra; sus uvas son uvas de hiel, sus racimos son amargos; su vino es el veneno de los dragones y el veneno cruel de los áspides. Pero en el reino del Mesías, la paz fluye como un río (...) La vara de la fuerza de Dios, que crece en Sión, no es una vara de opresión.[103]

De este modo, incluso las «fortalezas» de las escuelas dominicales podían engendrar rebelión. Una hoja de colecta[104] de principios del siglo XIX, que proviene de Todmorden, en la que todos los que suscriben el fondo de apoyo a la huelga figuran en la lista con los seudónimos que han escogido, nos proporciona la impresión de este período, en el que el templo y la taberna hacían causa común en un momento de crisis industrial:

	l.	s.	d.
Uno que lamenta ver a un hombre coronado con el manto de plata del tiempo, confirma las verdades de Salomón. *Proverbios. 27, versículo 22*	0	2	6
Un tipo salado con un asno	0	0	2
Mantenerse fiel	0	0	6
Posada de la liebre y los podencos	0	0	6
Amor misericordioso, haz justicia	0	0	4
Colgad a ese viejo amigo	0	0	2
La esposa de Jam a Tum	0	0	2
Amicus	0	1	0
Posada del Rey Jorge	0	1	0
Decidle al Viejo Robertshaw que lea el versículo 13 del capítulo 22 de *Jeremías*	0	0	6
Tejedores de Eastwood	0	5	4
Si la esposa de Dick de Jos deja de quemar las notas, los viejos leños fulminantes hablarán de su gasto de media corona en una juerga del domingo	0	4	3½
Un tipo que no tiene chaqueta	0	0	2
Corta su cola y vuélvesela a coser como castigo	0	0	4

[103] Hugh Kelly, *The Stone Cut Out of the Mountain Newcastle*, 1821, p. 13; H. Kelly, *An Impartial History of Independent Methodism*, Newcastle, 1824.

[104] Cartel en posesión del autor. La lectura de *Jeremías* recomendada es: «¡Ay del que edifica su casa con la injusticia, / sus salones con la iniquidad, / haciendo trabajar a su prójimo sin pagarle, / sin darle el salario de su trabajo!»

Pero, por lo que se refiere a los años que van entre 1790 y 1830, sería tan ridículo describir la participación de predicadores metodistas laicos que eran rebeldes, así como de otros, en las agitaciones radicales extremas como una «contribución metodista» al movimiento obrero, como lo sería describir la práctica del amor libre entre los antinomianos extremos como una «contribución puritana» a la liberación sexual. Ambos son modelos culturales reactivos; pero al igual que el puritano rebelde en materia sexual, como Lawrence, sigue siendo un «puritano» en su profunda preocupación por «una relación correcta» entre hombres y mujeres, del mismo modo el metodista rebelde desde el punto de vista político mantuvo en su actividad radical o revolucionaria una seriedad moral, un sentido de la virtud y de la «llamada», una capacidad «metodista» para la dedicación continuada a la organización y, en el mejor de los casos, un alto grado de responsabilidad personal. Esto lo hallamos en los metodistas que participaron en el Levantamiento de Pentridge, uno de los cuales, ejecutado por alta traición en Derby, «había sido el predicador local más capacitado del Circuito».[105] Lo hallamos en las mejores cualidades de Samuel Bamford y en la autodisciplina que aportó a los manifestantes de 1819. Lo hallamos en Loveless, el labriego de Dorchester y «Mártir de Tolpuddle». Siempre que la agitación popular aumentaba en intensidad, esta forma de «herejía» se volvía manifiesta. En realidad, hacia la década de 1830 —a pesar de todos los intentos de la vieja guardia de Bunting para controlar la situación mediante anatemas y expulsiones— comunidades enteras, en particular de tejedores y calceteros, habían llegado a combinar su metodismo y su cartismo.

Hubo otros factores que influyeron en este proceso. Hacia principios del siglo XIX había una tensión notable entre el wesleyanismo profesionalizado de los ministros que cobraban un estipendio y el voluntarismo de los predicadores laicos. La separación de la Nueva Conexión Kilhamita no había puesto fin, de ningún modo, al resentimiento que experimentaban muchos laicos ante la cesión del gobierno supremo del metodismo ortodoxo a manos de un círculo de ministros nombrados de manera arbitraria. Una y otra vez Cobbett denominaba de forma satírica a la conferencia metodista como el «Cónclave». La presentaba como una nueva burocracia, compuesta por «el grupo de hombres más atareados y perseverantes del mundo», absorta en preservar sus intereses mundanos y en perpetuar un nuevo clero hereditario, que vivía confortablemente a costa de los peniques que cotizaban los pobres. Consideraba que la escuela de Wesley, en Kingswood, era la maquinaria para perpetuar

[105] Benjamin Gregory, *Autobiographical Recollections*, 1903, pp. 126-129.

una nueva elite.[106] Cobbett acusaba a los ministros profesionales, y no a los predicadores locales, de ser «los enemigos más implacables de la libertad en Inglaterra»:

> a pesar de lo hostil que ha sido el clero oficial a la libertad, su hostilidad no ha sido nada, en cuanto a virulencia, comparada con la de esos canallas sectarios (...) Escriben libro tras libro, tratado tras tratado. Predican un sermón infame tras otro. Protestan amargamente (...) contra los propietarios de esclavos de las Indias occidentales, pero jamás oirás una palabra suya contra los propietarios de esclavos en el Lancashire o en Irlanda. Por el contrario, le dicen continuamente a la población que debería dar gracias a Dios (...) no por tener la panza llena y la espalda abrigada, sino por esa gracia abundante de la que ellos son portadores, y por la cual sólo les cobran un penique a cada uno por semana.[107]

De todos modos, los ataques de Cobbett no eran totalmente desinteresados. En su época *tory*, había atacado a los metodistas con la misma desmesura, pero por razones opuestas, cuando descubrió que varios de los compañeros del coronel Despard eran metodistas.[108] Este era uno de sus prejuicios constantes. Y, en los primeros años de la década de 1820, estaba enfurecido, no sólo con el fuerte *torysmo* de Bunting y el «Cónclave», sino también con la facilidad con la que la iglesia metodista utilizaba los peniques de los mismos hombres que asistían a las manifestaciones radicales. Pero sin duda muchos de los predicadores laicos y de los jefes de clase compartían su desagrado por el ministerio con dedicación completa, así como las prácticas como la *pew-rent*[109] y los privilegios para los ricos. Y Cobbett se esforzaba por fomentar este desagrado: «Un hombre que haya estado toda la semana haciendo zapatos no por ello predicará peor el domingo»:

> Hay miles y miles de labradores, artesanos y fabricantes que, sin embargo, nunca intentaron predicar, y que son más capaces de hacerlo que los miembros de la Conferencia, que en su gran mayoría han sido labradores y artesanos, y se han convertido en *predicadores* porque era más agradable *predicar* que *trabajar*.

[106] «Los miembros de esta Conferencia tienen una escuela en King's Wood, ¡en la que se educan sus hijos, y no los hijos de sus congregaciones! (...) También esto se mantiene a expensas de las congregaciones (...) Los hijos que se educan de este modo, salen decididamente, a su debido tiempo, para ser *gentlemen*; es decir (...) para ser recaudadores del *excise*, recaudadores de impuestos, oficinistas y funcionarios de diversos tipos», *Political Register* (2 de enero de 1820).

[107] *Ibíd.* (3 de enero de 1824).

[108] *Ibíd.* (23 de julio de 1803): «De los seis trabajadores (...) ejecutados junto con Despard (...) tres eran metodistas, y tuvieron un maestro metodista para atenderles en los últimos momentos (...) La secta está compuesta principalmente por pobres diablos rastreros, de las grandes ciudades y centros fabriles o sus alrededores.» *Cf.* T. E. Owen, *Methodism Unmasked*, 1802.

[109] Renta que se pagaba para tener lugar, banco o reclinatorio destacado en la iglesia. *(N. de la T.)*

Los predicadores locales «piadosos y desinteresados», que no recibían remuneración alguna, estaban siendo, según la descripción de Cobbett, *«relegados a los puestos inferiores»* por la «arrogante» oligarquía de la Conferencia:

> Los Líderes de la Conferencia los miran con desprecio, los tratan como si fueran intrusos, los mandan a los pueblos pequeños para que prediquen ante media docena o una decena de personas, mientras ellos predican ante miles. Ahora bien, debería haber un acuerdo entre los metodistas de todo el reino de acudir a escuchar sólo a esos hombres desinteresados; y si la Conferencia les negase la entrada a los templos, les deberían ir a escuchar a sus propias casas, seguirles hasta los graneros o debajo de los árboles.

El otro «remedio» que Cobbett les proponía a los metodistas era *«negarse a pagar los peniques»*, o por lo menos negarse a pagárselos a todos los ministros excepto los partidarios de la reforma.[110]

No está claro si muchos metodistas siguieron el consejo de Cobbett, o si Cobbett dio este consejo, porque ya había personas que habían tomado esa iniciativa. Pero verdaderamente nos ayuda a entender el carácter de muchas sectas que se separaron —particularmente los metodistas primitivos y los cristianos de la Biblia— durante las primeras décadas del siglo XIX. Mientras que la secesión kilhamita había mostrado una escisión vertical en el seno de la iglesia, en la que se habían separado los miembros más intelectuales, las secesiones de este período fueron, sobre todo, escisiones horizontales, en las que los predicadores laicos y sus congregaciones se separaban del ministerio profesional. Los cristianos de la Biblia aparecieron porque un laico apasionado, William O'Bryan, descubrió que la oficialidad metodista se negaba a reconocer su llamada. Se dedicó a predicar de forma independiente por la zona del norte de Devon, ignorando las limitaciones disciplinarias de la sociedad, y fue expulsado como un «mendigo ambulante». Se llevó consigo a sus grupos de conversos. Al leer la biografía de Bunting junto con la de Hugh Bourne, el fervoroso *mill-wright* y ensamblador —a quien se le encargaba revisar la maquinaria, reparar maderamen o trabajar con hierro en las minas de carbón o en las «explotaciones agrícolas de montaña» en Staffordshire— que fundó los metodistas primitivos, tenemos la sensación de pasar entre dos mundos diferentes. Recordaba Bourne: «Nuestros templos eran los bancos de las minas de carbón, o cualquier otro lugar, y en nuestro modo de conversar predicábamos el Evangelio a todos, buenos y malos,

[110] *Ibid.* (27 de enero de 1820, 13 de enero de 1821).

incultos y con cultura.»[111] La oficialidad wesleyana local tenía poco interés en los conversos que hicieran Bourne y Clowes en las minas y las ciudades alfareras. El entusiasmo evangélico que condujo a las primeras reuniones al aire libre en Mow Cop (1807 y 1808) fue rechazado con prontitud.

Bunting miraba con desprecio a los obreros desde las alturas de las intrigas de la conexión, Bourne y Clowes formaban parte de la población obrera. Bunting estaba resuelto a situar al metodismo en un puesto a la derecha de la iglesia oficial: los metodistas primitivos vivían todavía en el mundo de las privaciones y las persecuciones del origen del wesleyanismo. Apenas si podemos tratar las dos iglesias en los mismos términos. La predicación de los primitivos era tan ardua como las vidas de sus congregaciones; requería, como ha dicho el doctor Hobsbawm, destacar el más agudo contraste «entre el oro de los redimidos y la negra llamarada de los condenados». Pero esto no se les predicaba a los pobres, sino que lo predicaban los *mismos* pobres. En esta y en otras sectas, los predicadores locales hacían suya la iglesia, y, por este motivo, esas sectas contribuyeron de forma mucho más directa a la historia posterior del sindicalismo y el radicalismo político que la conexión ortodoxa.[112]

Había otro contexto en el que el metodismo de *cualquier* variedad asumía, necesariamente, una forma de mayor conciencia de clase: en las áreas rurales. En un pueblo agrícola, el templo era una afrenta inevitable para el párroco y el *squire* y constituía un centro en el que el labriego ganaba independencia y dignidad. Una vez más, la influencia de los metodistas primitivos —particularmente en East Anglia— demostró ser muy notable. Pero su lógica podemos verla en un folleto de un indignado párroco rural de 1805, varios años antes de que se fundaran los metodistas primitivos.[113] Los trabajadores agrícolas convertidos al metodismo recibieron acusaciones de todo tipo de intenciones sediciosas. Decían «Que el grano y todos los demás frutos de la tierra crecen y son un regalo de la Providencia, tanto para los pobres como para los ricos». Estaban menos satisfechos con sus salarios y menos dispuestos «a trabajar horas extraordinarias como sería necesario para las exigencias de sus patronos». Peor todavía, en vez de recuperarse para el siguiente día de trabajo, se agotaban caminando varias millas los domingos para ir a escuchar al predicador. Las noches de

[111] J. T. Wilkinson, *Hugh Bourne, 1772-1852*, 1952, pp. 21-32. Véase también la vida de William Clowes escrita por el mismo autor.

[112] Véase E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels*, cap. 8. Los metodistas primitivos eran 200 en 1811, y 7.842 en 1820. Véase H. B. Kendall, *op. cit.*, p. 31.

[113] *A Letter to a County Gentleman on the Subject of Methodism*, Ipswich, 1805.

los días laborables, en lugar de irse derechos a la cama, malgastaban fuego y velas cantando himnos; una imagen que había horrorizado al párroco al verla «en algunos de nuestros *cottages* más pobres, a una hora tan tardía como las nueve (...) de una noche de invierno». Muchos años más tarde George Howell destacó la perpetuación de esas actitudes entre la *gentry*, cuando hacía observaciones sobre el caso concreto de los labriegos de Dorchester. El metodismo era «una ofensa vergonzosa en aquellos días en muchos pueblos, en especial en Dorset y otros condados del Oeste. Ciertamente, junto con la caza furtiva era la más grave de todas las ofensas».

De estas formas, se generaban continuamente tensiones en el corazón de una religión cuyos dogmas teológicos eran los de la sumisión y la santificación del trabajo. El máximo desarrollo de esta dialéctica reactiva corresponde a la historia posterior del sindicalismo entre los mineros y los trabajadores rurales, y a la historia del cartismo. Pero sus orígenes se sitúan en las décadas que van desde 1810 a 1830, cuando los líderes cartistas como Ben Rushton de Halifax y John Skevington de Loughborough atravesaban sus años de formación. Rushton, un tejedor de telar manual nacido en 1785 y predicador local con la Nueva Conexión Metodista, fue activo en la política radical en la época de Peterloo, probablemente fue encarcelado; o bien lo expulsaron, o se fue de la Conexión en la época de la llamada de Cobbett a los metodistas para que se negaran a pagar sus obligaciones. Fue activo de nuevo durante la agitación contra la *Poor Law* y en favor de los tejedores manuales a principios de la década de 1830. En 1839, en uno de los primeros de la serie de grandes mítines con acampada de los cartistas, que se hacían siguiendo el modelo de los metodistas primitivos, varios predicadores locales intervinieron junto con Rushton. Uno de ellos, William Thornton, abrió el acto con una plegaria —que «se acabe la maldad de los malvados»— y Feargus O'Connor le dio unas palmadas en la espalda diciendo: «Bien dicho, Thornton, cuando consigamos la Carta del Pueblo procuraré que te nombren Arzobispo de York.» Otro propuso una resolución que comprometiera a la reunión a «no asistir a ningún lugar de culto en el que quien administre los servicios sea enemigo de la libertad civil (...) y en cambio reunirnos en el futuro en nuestras distintas localidades de forma y manera que sea adecuada a las circunstancias de cada caso». Ben Rushton apoyó la resolución, declarando que: «Por su parte no les había dado nada a los párrocos desde 1821, y el próximo penique que les diera les haría mucho bien.» Otro predicador local, Hanson, añadió sus censuras al clero:

Predicaban a Cristo y un mendrugo, una obediencia pasiva y la ausencia de resistencia. Que el pueblo deje de ir a esas iglesias y templos —«¡Lo haremos!»—. Que vayan a escuchar a esos hombres que predican a Cristo y una panza llena, Cristo y una espalda bien abrigada, Cristo y una buena casa para vivir, Cristo y el Sufragio Universal.[114]

Los hombres como Rushton, Thornton y Hanson hicieron una contribución al movimiento cartista que no cabe valorar en exceso. Lo vemos en el carácter de los mítines al aire libre y en el fervor de los himnos cartistas, como «Uníos, Hijos de la Pobreza»:

Vosotros, pobres de espíritu, mirad a los valientes,
Que defienden vuestra justa causa:
¿Quién no les ha tratado como enemigos?
Son, como lo fue Jesús,
Perseguidos
Por hombres malos y leyes malvadas.
Sacadles de su cómoda inactividad,
Importunadles en medio de su orgullo;
Acrecentad vuestras filas, aumentad vuestro número,
Extended la Carta por todas partes:
La verdad está con nosotros,
El mismo Dios está de nuestro lado.[115]

Lo vemos en los amotinados de Plug que entraron en Halifax cantando el *Old Hundredth*. Lo vemos en los lemas, como el de la gran pancarta que los tejedores del pueblo de Rushton, en Ovenden, llevaron a una de las manifestaciones cartistas: «No les tengáis miedo, recordad al Señor, que es grande y terrible, y luchad por vuestros hermanos, vuestros hijos e hijas, vuestras esposas y vuestras casas.»[116] Lo vemos en los templos cartistas: en el Valle del Spen, donde el diácono Priestley les había dado trigo a los «pobres de Cristo», donde John Nelson había visto a Satanás en la cuesta de Gomersal, donde se encontrarían los southcottianos, los antinomianos y los metodistas luditas a principios de siglo; en la década de 1840, encontramos un templo de este tipo del cual nos queda un relato de la predicación de Rushton, sobre el texto «Los pobres que

[114] B. Wilson, *op. cit.*, p. 3; *Halifax Guardian* (25 de mayo de 1839). Hanson fue expulsado de los metodistas debido a esta intervención.

[115] *National Chartist Hymn Book. (See the brave, ye spirit-broken. / Who uphold your righteous cause: / Who against them hath not spoken? / They are, just as Jesus was,/ Persecuted / By bad men and wicked laws. / Rouse them from their silken slumbers,/ Trouble them amidst their pride; / Spread the Charter far and wide: / Truth is with us,/ God himself is on our side.)*

[116] *Halifax Guardian* (21 de abril de 1848). Véase también los lemas de 1819, más adelante, p. 743.

siempre están con vosotros». Rushton dividía a los pobres en tres clases: los tullidos y los ciegos, que eran los «pobres de Dios»; los holgazanes y los derrochadores, que merecían ser abandonados a su suerte:

> Luego, en tercer lugar, estaban los pobres que se habían afanado y habían trabajado con ahínco toda su vida, pero que se habían empobrecido, o se habían mantenido en la pobreza, debido a la perversidad de otros (...) Con una vehemente elocuencia siguió para denunciar a los hombres que rechazaban la justicia política para sus vecinos, y que los oprimían hasta que su vida se convertía en una lucha larga y desesperada por la simple existencia.

A medida que su elocuencia e indignación reunían fuerzas, «los sentimientos de la audiencia se manifestaban con apasionadas exclamaciones (...) hasta que, al fin, una persona, exaltada por la fuerte denuncia que el señor Rushton hacía de los opresores, exclamó: "¡Ay! malditos sean, malditos sean"».[117]

Aunque los hombres como Rushton aportaron un fervor moral excepcional al movimiento en muchos distritos, nada sería más equivocado que suponer que estaban predispuestos a favorecer el partido de la «fuerza moral» —como opuesto a la «fuerza física»— dentro del cartismo. Por el contrario, servían a un Dios de batallas a quien habrían comprendido los hombres del *New Model Army*; y más de unos cuantos ex-predicadores laicos estaban deseosos de hablar sobre el texto «El que no tenga espada, que venda sus ropas y compre una». Rushton —a quien un amigo había descrito como «el político más juicioso, valiente y honesto que jamás había pisado un estrado inglés»— estaba dispuesto a encabezar a los amotinados de Plug y a incurrir en otro período de cárcel; y cuando tenía sesenta años todavía hizo campaña en favor de Ernest Jones. El tejedor-predicador fue muy popular hasta su muerte; unas veces lo encontramos predicando, vestido con ropas usadas y calzado con zuecos, en un servicio de aniversario en una pequeña aldea de tejedores, ante una congregación ataviada con «sus mejores vestidos, es decir, zuecos y ropas de trabajo, incluidos largos delantales o *bishops*»; otras veces le encontramos andando muchas millas cada noche, esforzándose por mantener elevados los ánimos de algunas secciones cartistas que estaban en lucha. Una vez, un joven compañero de Rushton advirtió que sus zuecos estaban gastados hasta los calcetines: «Ay —dijo el viejo interrumpiendo sólo por un momento su discurso político—, pero piensa en la recompensa

[117] F. Peel, *Spen Valley, Past and Present*, Heckmondwike, 1893, pp. 317-319.

futura.» Su muerte, en 1853, motivó un gran funeral cartista y, puesto que Rushton había estipulado que no debía oficiar ningún sacerdote pagado, las oraciones fueron pronunciadas por Gammage y Ernest Jones.[118] Pero Jabez Bunting y Ben Rushton no pertenecían a los mismos mundos. Sólo violentando nuestra imaginación podemos concebir que el tejedor cartista y el autoritario sacerdote hubiesen coincidido alguna vez en un mismo «movimiento». Porque, ¿quién era Rushton, sino el Adán a quien el Dios de Bunting había maldecido?

[118] *Commonwealth* (16 de noviembre de 1866); *People's Paper* (2 de julio de 1853); *History of Luddenden Dean Chapel*, 1928, p. 5. Para tener información sobre un hombre de una fuerza y una integridad parecidas que pertenecía a los Metodistas Primitivos, John Skevington de Loughborough, véase Harrison, «Chartism in Leicester» en A. Briggs, *Chartist Studies*, 1959, pp. 70 y siguientes.

12
Comunidad

I. Tiempo libre y relaciones personales

El resurgimiento metodista de los años de guerra intervino en la disciplina de trabajo del industrialismo. También fue, en parte, un reflejo de la desesperación entre la población obrera. El metodismo y el utilitarismo, tomados en conjunto, componen la ideología dominante de la Revolución industrial. Pero en el metodismo vemos sólo la más clara expresión de procesos que actuaban en el conjunto de toda la sociedad. Muchas de sus características se reproducían en todas las iglesias del movimiento evangélico y en las enseñanzas sociales de algunos utilitaristas y deístas. Hannah More sostenía con la misma firmeza que Wesley el punto de vista de que era «un error fundamental considerar que los niños era seres inocentes», en vez de seres de «naturaleza corrupta y propensión al mal».[1] Y en las escuelas dominicales que promovía la Iglesia de Inglaterra en muchos pueblos, durante las décadas de 1790 y 1800, encontramos exactamente el mismo énfasis, aunque a veces utilizando un tono más paternalista, sobre la disciplina y la represión que el que hemos señalado en las escuelas de Stockport o Halifax. Su función se describe, de manera invariable, como la de conservar en los hijos de los pobres «un espíritu de laboriosidad, economía y piedad»; los maestros de las escuelas dominicales de Caistor (Lincs) tenían orden de:

> contener la ferocidad de sus indómitas pasiones, reprimir la excesiva rudeza de sus modales, corregir la repugnante y desmoralizadora obscenidad de su lenguaje, someter la tenaz rebelión de sus voluntades, convertirles en personas honradas, obedientes, educadas, laboriosas, sumisas y ordenadas.[2]

[1] H. More, *Structures on the Modern System of Female Education*, 1799, p. 44.
[2] R. C. Russell, *History of Elementary School & Adult Education in Nettleton and Caistor*, Caistor, 1960, pp. 5, 7.

Las presiones tendentes a la disciplina y el orden se extendían desde la fábrica, por una parte, y la escuela dominical, por otra, a todos los aspectos de la vida: el ocio, las relaciones personales, la forma de hablar, los modales. Junto con la mediación disciplinaria de las fábricas, las iglesias, las escuelas y los magistrados y militares, se establecieron medios cuasi oficiales para reforzar una conducta moral ordenada. El lugarteniente moral de Pitt, Wilberforce, combinó el distintivo del metodismo con el celo de la oficialidad y fue muy activo entre 1790 y 1810 en su causa. En 1797, explicó detenidamente «la gran ley de la subordinación», y fijó normas para el gobierno de los pobres:

> que su camino más humilde les ha sido asignado por la mano de Dios; que les corresponde cumplir sus deberes lealmente y sufrir con alegría sus incomodidades; que la vida presente es muy corta; que los objetos por los cuales hombres prolijos se pelean con ansia, no merecen la contienda.[3]

Hacia 1809, estaba satisfecho de que el jacobinismo ostensible ya no fuese un peligro, pero en cada manifestación de indisciplina moral veía el peligro de un resurgimiento jacobino. Escribió: «Somos sensibles a las ofensas políticas, pero parecemos sumamente insensibles ante el delito moral.»

En esto era demasiado modesto, puesto que su propia Sociedad para la Supresión del Vicio había llevado a cabo con éxito seiscientos veintitrés procesos por violar las leyes del *Sabbath*, sólo en 1801 y 1802.[4] Pero su convicción en cuanto a la íntima correlación existente entre la ligereza moral y la sedición política en las clases más bajas es una característica de su clase. Aumentaron los procesos por embriaguez y comportamiento obsceno. El viejo enemigo de Blake, el obispo Watson de Llandaff, predicó un sermón en 1804 en el que consideraba que el papel del delator común era «un noble designio (...) tanto desde un punto de vista religioso como político». Se predicó y se legisló contra las diversiones de los pobres, hasta que incluso las más inofensivas fueron consideradas bajo un aspecto aterrador. La Sociedad para la Supresión del Vicio extendió su esfera de actuación hasta «los bailes de dos peniques, las ferias de pan de jengibre y las imágenes obscenas».[5] Los que se bañaban desnudos en el mar eran perseguidos como si fueran precursores

---

[3] W. Wilberforce, *A Practical View of the Prevailing Religious System of Professed Christians*, 1797, pp. 405-406.

[4] Véase L. Radzinowicz, *op. cit.*, III, pp. 504-506, y las partes 3 y 4 *passim*. Véase también G. R. Taylor, *op. cit.*, p. 36: «(...) el período de cambio moral decisivo no se dio en la época de ascenso al trono de Victoria, ni siquiera en el siglo XIX, sino (...) durante la década de 1790-1800.»

[5] *Gorgon* (24 de abril de 1819).

de futuros potros de castigo y guillotina. «Con respecto al adulterio —escribió oscuramente John Bowdler—, al igual que está castigado de forma capital por los judíos, algunos piensan que entre nosotros (...) también debería estarlo.» Los evangélicos exhortaban a las clases altas a reformar su conducta como ejemplo para los pobres. En la propia «Sociedad» durante los años posrevolucionarios se observó una creciente reserva en los modales (...) funesta para la alegría y el humor».[6]

El proceso de disciplina social encontró contestación. El intento de los seguidores del doctor Bowdler de elaborar nueva legislación para que se encarcelara a los adúlteros fracasó en la Cámara de los Comunes. A diferencia de los castigos que se impusieron a quienes violaban el *Sabbath*, vagabundos, gitanos, bailarines y saltimbanquis, cantores de baladas, librepensadores y bañistas desnudos, la legislación contra el adulterio estaba expuesta a las objeciones porque podía perjudicar tanto la diversión de los ricos como la de los pobres. Otros intentos de intervenir en las diversiones de los pobres fueron rechazados por la Cámara de los Comunes, gracias a mayorías escasas compuestas de una parte de la inercia del *laissez faire*, una parte de la defensa foxita de la libertad del individuo y una parte de la tradicional tolerancia *tory* hacia el «pan y circo» y del desagrado por el «fanatismo» metodista. Una de las ironías de la época fue la defensa del *bull-baiting*[7] por parte de Windham, ministro de la guerra, frente a los evangélicos y los reformadores; defensa que propició que surgiera el grito de «¡Windham y Libertad!», desde los baluartes de Satanás.

Si bien los partidarios de la disciplina perdieron unas pocas escaramuzas legislativas, ganaron la batalla de la Revolución industrial; y en este proceso el temperamento «irlandés» que a menudo se atribuía a los ingleses pobres de la ciudad y del campo del siglo XVIII se tradujo en la forma de vida metódica del capitalismo industrial. Esto se puede ver con mucha claridad en las zonas rurales: en el triunfo de la economía monetaria por encima de los ritmos estacionales, «poco económicos», de la semisubsistencia campesina. En las áreas industriales se observa en la extensión de la disciplina de la sirena o el reloj de la fábrica, de las horas de trabajo a las de ocio, de los días laborables al *Sabbath*, y en el ataque al «Lunes del zapatero» y a las fiestas y ferias tradicionales.

Aunque todavía las funciones económicas de la feria del siglo XVIII tenían una gran importancia —«contrataciones» anuales, las ferias de caballos y de ganado vacuno, la venta de diversas

[6] T. Moore, *Life of Sheridan*, 1825, p. 217.
[7] Acoso de toros con perros. *(N. de la T.)*

mercancías—, tampoco debemos pasar por alto la que tenía en la vida cultural de los pobres. En los primeros tiempos de la Revolución industrial, el año del trabajador todavía se componía de ciclos de ardua tarea y comida en el mismo tajo, salpicados por días de «fiesta» en los que la bebida y la comida eran más abundantes, se compraban caprichos para los niños, como naranjas y cintas, y tenían lugar bailes, cortejos, visitas festivas y deportes. Hasta finales del siglo XIX, se mantenía todavía una red de ferias por todo el país —aunque la autoridad trataba de limitar o proscribir muchas de ellas—, a las que asistían buhoneros, fulleros, gitanos auténticos o supuestos, vendedores de baladas y vendedores ambulantes.[8] Un hombre de Northumberland que escribía un diario en 1750 describe el domingo de la Pascua de Pentecostés:

> fuimos a los juegos de cartón, con la silla de montar, la brida, el látigo, etc., todo lo necesario para galopar (...) Había muchos hombres y mujeres jóvenes que se divertían con el juego o pasatiempo que llaman «perder la cena». (...) Y después de todo esto, acababan su recreo hartándose de beber en las cervecerías y los hombres, besándose y jugueteando casi toda la noche con sus queridas.

Tres semanas más tarde tuvieron lugar los Juegos de Lebberston: «Se jugaba a los tejos una cacerola de cobre (...) y también había una paloma primorosamente engalanada y adornada con cintas de diversos colores y otros elegantes ornamentos, cuya danza realizaron las muchachas del país.»[9] En 1783, un magistrado de Bolton se lamentaba de que, en una época en que la harina de avena se vendía a dos guineas la carga:

> había tan poca apariencia de escasez en este pueblo que una tarde me encontré con una gran procesión de hombres y mujeres jóvenes con violines, guirnaldas y otras muestras de adornos rurales, bailando las *Morris dances*[10] en la carretera simplemente para celebrar un frívolo aniversario, o lo que a ellos les gusta llamar desde hace un año o dos una verbena en una miserable cervecería con el techo de paja cercana a la zona comunal.[11]

Es tentador explicar el declive de las viejas diversiones y fiestas simplemente en términos de la sustitución de los valores «rurales» por los «urbanos», pero es engañoso. Las diversiones más

[8] El lector recordará las novelas acerca de Wessex escritas por Hardy. Para una descripción de algunas de las ferias de la década de 1830, véase *First Report of the Constabulary Comission*, pp. 30-42.

[9] MS. del *Diario* de Beswick, citado en G. R. Taylor, *op. cit.*, p. 16.

[10] Danza grotesca realizada por personas disfrazadas que representan los personajes de la leyenda de Robin Hood. *(N. de la T.)*

[11] B. T. Barton, *Historical Gleanings of Bolton*, Bolton, 1881, 1, p. 263.

arraigadas, ya fuesen en la violenta forma del acoso de animales y el boxeo, o en festividades más alegres, pueden encontrarse, tanto o más a menudo, en Londres o en las grandes ciudades durante el siglo XVIII como en las zonas rurales. Siguieron existiendo durante el XIX con una fuerza que nos recuerda tanto las revoltosas tradiciones de los aprendices de Londres de la época de los Tudor, como la gran proporción de londinenses que había inmigrado desde los pueblos. La mayor festividad de todas era la Feria de San Bartolomé, con sus repertorios de fieras, carteristas, pantomimas de Arlequín y Fausto, tahúres, juegos, exhibiciones de hombres salvajes y jinetes. En 1825, el *Trades Newspaper* se quejaba: «Desde muchas semanas antes se denuncia desde el púlpito y la prensa, y se sacan a relucir historias de aprendices desviados de los caminos de la honestidad, de criadas perdidas para cualquier trabajo, de cabezas rotas y reyertas.»[12] En la década anterior las autoridades habían temido que la feria se convirtiese en «el lugar de encuentro general para la sedición y la señal para la insurrección».[13]

Por otra parte, la Revolución industrial, que vació las zonas rurales de algunas de sus industrias y destruyó el equilibrio entre la vida rural y la urbana, también creó en nuestras mentes una imagen de aislamiento rural y de «estupidez». La cultura inglesa urbana del siglo XIX era más «rural» en sus connotaciones tradicionales, por otra parte, la cultura rural era más rica de lo que a menudo suponemos. «Es una gran equivocación suponer —insistía Cobbett— que la gente se ha atontado por el hecho de permanecer siempre en el mismo lugar.» Y no se trata tanto de que la mayoría de las ciudades industriales desplazaran al campo, como de que crecieron sobre él. La configuración industrial más corriente de principios del siglo XIX era un núcleo comercial o industrial que servía como centro de un círculo de poblaciones industriales dispersas. Los grandes centros urbanos de finales del siglo XIX se formaron a medida que aquellas poblaciones se convirtieron en suburbios y las tierras labrantías se cubrieron de ladrillos.

Pero en todo este proceso no hubo nada tan violento como el hecho de forzar la ruptura de las viejas tradiciones. En el sur del Lancashire, las *Potteries*,[14] el West Riding y el Black Country, las costumbres locales, las supersticiones y el dialecto no fueron reprimidos ni trasplantados: el artesano del pueblo o la ciudad pequeña se convirtió en obrero industrial. Bamford, en su *Early Days*, ha dado testimonio del vigor de la tradición en los pueblos

12 11 de septiembre de 1825.
13 *Sherwin's Weekly Political Register* (15 de septiembre de 1817).
14 Distrito del North Staffordshire en el que se encontraban Hanley y Stoke-upon-Trent, centro principal de la industria alfarera inglesa. *(N. de la T.)*

de tejedores del Lancashire en el cambio de siglo. Había cuentos de brujas, de espectros, de hadas; el violento pugilismo y la pelea de gallos; las tradiciones, como las carreras con huevos, por Pascua, o «montar al negro»; las fiestas con sus celebraciones tradicionales: Navidad, Carnaval, el «domingo de Cymbalin» y el *Rushbearing*[15] en agosto, cuando los bailarines de la *Morris dance* se podían encontrar en Middleton, Oldham o Rochdale:

> Mis zapatos nuevos son tan buenos,
> Que si quisiera podría bailar las *morris*;
> Y si me vistiera con camisa y sombrero,
> Bailaría las *morris* con la mejor.[16]

O había el *Mischief-neet*, el primero de mayo, en el que los muchachos dejaban señales en los peldaños de la puerta de las mujeres del pueblo:

> Un arbusto de aulaga significaba una mujer con fama de deshonesta; y un arbusto de acebo, una mujer a la que aman en secreto; un cuerno de carnero especificaba que el hombre o la mujer no eran fieles al matrimonio; una rama de un árbol muy joven, verdaderamente enamorada; una ramita de abedul, una muchacha bonita.[17]

Junto a la descripción de Bamford, correspondiente a la década de 1790, podemos situar los recuerdos de Joseph Lawson, acerca de un pueblo pañero «atrasado» del West Riding —Pudsey— durante la década de 1820, en el momento de transición de las viejas a las nuevas formas de vida. Las casas estaban dispersas «como si hubiesen surgido de semillas caídas al azar», las calles sin iluminación ni pavimento, los grupos de casas comunicados por tortuosos apriscos y callejones. Las habitaciones son bajas, con pequeñas ventanas sin cristales: «Hay una gran ignorancia de los conocimientos sanitarios. Cuando un médico entra en una casa en la que hay alguien con fiebre y golpea el cristal con su bastón, la primera dosis de medicamento que le proporciona es el aire fresco.» La mayoría de las casas no tiene horno, pero tiene una *bakstone*[18] para cocer. Los suelos de piedra están enarenados, el mobiliario es sencillo y escaso: «en algunas casas hay una cómoda de roble o un cofre, una reliquia de familia, o una pequeña alacena colgada en un ángulo,

[15] Ceremonia anual de los distritos del norte que consiste en llevar juncos y guirnaldas a las iglesias y hacer alfombras o decorar las paredes con ellas. *(N. de la T.)*

[16] *My new shoon they are so good, / I cou'd doance morrice if I would; / An' if hat an' sark be drest, / I will doance morrice wi' the best.*

[17] *Early Days*, caps. 13 al 16.

[18] Losa de piedra que se calienta para cocer pan. *(N. de la T.)*

y un estante para ollas y platos de Delft.»[19] El agua es escasa, y los días de colada se puede formar una cola de veinte o treinta personas en la fuente. El carbón y las velas son muy apreciados, y en invierno los vecinos se reúnen para compartir el fuego. El pan y la cerveza se hacen en casa; el pan blanco y la carne se consideran un lujo; «los principales artículos de alimentación son: tortas de avena, pan moreno, budín de gachas de avena, leche desnatada, patatas y cerveza casera».

Esta amplia rutina se rompe con las ocasionales «festividades» o banquetes, en los que se compra «un trozo de carne de vaca» y todos van a la feria, donde se vende pan de jengibre, frutas y juguetes, y se muestran imágenes de la batalla de Waterloo, se hacen representaciones de Punch y Judy,[20] hay casetas de juego, columpios y un «mercado del amor» tradicional, en el que los hombres jóvenes cortejan a las muchachas con «presentes» de galletas de brandy y nueces. Muy pocos obreros pueden leer el periódico con suficiente soltura, aunque los periódicos se reciban —y se lean en voz alta— en la herrería, la barbería y en diversos establecimientos públicos. Muchas de las noticias todavía llegan por medio de los vendedores de folletos y los cantores callejeros. Las viejas supersticiones son una fuente de terror viva, tanto para los viejos como para los jóvenes. Hay espectros en Jumble's Well, en Bailey Gallows, en Boggard Lane; los padres, en general, castigan a sus hijos encerrándoles «en los sótanos u otros lugares oscuros para que los espíritus negros se los lleven». «Otra superstición muy seria y dañina, que prevalecía en todas partes, era la creencia de que cuando moría un niño, era la voluntad del Señor y, por lo tanto, debía ser así.» A los reformadores de la sanidad se les consideraba como «descreídos». Eran corrientes las peleas de perros y de gallos; y también era corriente, en las épocas de fiestas, «ver diversos cuadriláteros instalados, en los que hombres desnudos lucharían a veces durante una hora, hasta que no se podía reconocer a los combatientes (...)». Emborracharse era muy común, especialmente en las fiestas y durante el «Lunes del Zapatero», que celebraban los tejedores y desborradores así como los zapateros. Pero también había muchos pasatiempos menos violentos: *knur and spell*,[21] *duck knop*[22] y fútbol en las

[19] Ciudad holandesa conocida por sus baterías de cocina de loza de barro vidriado. *(N. de la T.)*

[20] Espectáculo de títeres. *Punch* es la abreviación de Polichinela, representa a un personaje jorobado, Judy es su esposa. *(N. de la T.)*

[21] Juego de la zona norte del país parecido al *trap-ball*, que consiste en lanzar una bola de madera colocada en el extremo de una trampilla, a base de golpear el otro extremo con una maza y luego darle a la pelota con la misma maza. *(N. de la T.)*

[22] Juego de chicos que se practica con un botón o una piedra, en el segundo caso se llama *duck stone*; en él puede participar un solo jugador. *(N. de la T.)*

calles. La aldea daba lugar a un fuerte sentimiento de pertenencia y era una comunidad cerrada para los forasteros, aunque fueran de lugares que sólo distaban dos o tres millas. Sobrevivían algunas tradiciones muy antiguas, como *Riding the Stang*,[23] de modo que si un hombre maltrataba a su esposa y esto se sabía, o se creía que una mujer había cometido actos impúdicos, la multitud vociferante transportaba por las calles una efigie de paja y la quemaba ante la casa del infractor o infractora.[24]

Es posible que durante los primeros años de la Revolución industrial, lejos de extinguirse las tradiciones locales, se produjera un aumento del orgullo provincial y de la valorización local. El sur del Lancashire y el West Riding no eran desiertos rurales antes de 1780, y habían sido durante dos siglos centros de industria doméstica. A medida que la disciplina fabril invadía la forma de vida de los trabajadores manuales, y a medida que se abrían las calles de la Corporación y la Coronación en donde antes estaban *Yep-fowd*, *Frogg-Hole* y *T'Hollins* (el Pardillo, el Hoyo de la Rana y Los Acebos), se agudizaba la conciencia local por la pérdida, y en la cultura de los obreros industriales se mezcla un sentimiento cuasi nacionalista con uno de clase: las nuevas máquinas contra las viejas costumbres, la tiranía de Londres o del capital «ajeno» contra el pañero local, el trabajo de los irlandeses rebajando los precios del tejedor nativo. George Condy, un importante propagandista del movimiento por las diez horas, escribió un prefacio para el *Traditions of Lancashire* de Roby (1830); Bamford sólo era uno entre los muchos autores plebeyos que seguían los pasos del «Tim Bobbin» del siglo XVIII, al ensalzar e idealizar las costumbres locales y el dialecto.

Pero esto era una resistencia consciente ante la desaparición de una antigua forma de vida y con frecuencia estaba asociada con el radicalismo político.[25] En esta desaparición, la pérdida de tiempo libre para jugar y la represión de los impulsos de diversión fueron tan importantes como la simple pérdida material de los bienes comunales y de los «espacios de juego».[26] Wesley transmitió la totalidad de las enseñanzas puritanas de Bunyan o Baxter: «Evita cualquier ligereza, como evitarías el fuego del infierno; y evita hablar con despreocupación, como evitarías maldecir o

[23] Forma de expresar la desaprobación popular, llevando a un transgresor de la norma cabalgando sobre una estaca para burla pública. *(N. de la T.)*

[24] J. Lawson, *Progress in Pudsey*, *passim*.

[25] El que acude a la mente es Cobbett. Pero quizá William Hone hizo más esfuerzos por recoger las viejas costumbres, al publicar sus *Date Book*, *Every-Day Book* y *Table Book*, así como el *Sports and Pastimes de Strutt*, todos ellos en la década de 1820.

[26] Véase la obra de los Hammond, *The Black Age*, cap. 6.

blasfemar. No toques a mujer alguna.» Los juegos de cartas, los vestidos de colores, los adornos personales, el teatro, todo estaba incluido en la prohibición metodista. Se escribían tratados contra las canciones «profanas» y el baile;[27] la literatura y las artes que no tuviesen una orientación devota eran consideradas profundamente sospechosas; el terrible *Sabbath* «victoriano» empezó a extender las redes de su opresión incluso antes del nacimiento de la reina Victoria.

Un folleto característico pone de manifiesto el alcance de la determinación metodista para desarraigar las tradiciones preindustriales de los distritos manufactureros.[28] En una reunión trimestral de Sheffield, en 1799, se había observado que algunos miembros no se habían «liberado completamente de la costumbre de *visitar* y *recibir visitas*, en la *Fiesta anual*». Estas fiestas, que se conocían por diversos nombres como «Vísperas» (Derbyshire y Staffordshire), *Rushbearing* (Lancashire) y «Veladas» (en el oeste de Inglaterra), en su origen podrían haber sido lícitas, pero habían llegado a estar «terriblemente prostituidas por los objetivos más diabólicos». Se pasaba el tiempo «comiendo y bebiendo sin moderación; hablando de cosas profanas, o por lo menos cosas inútiles; riendo y haciendo broma, practicando la fornicación y el adulterio». La más mínima participación en ellas suponía «la asociación con las obras más estériles de la oscuridad». Los pobres despilfarraban el dinero que debían haber ahorrado; muchos de ellos contraían deudas. Los metodistas que participaban en estas festividades se exponían a las costumbres mundanas de los no convertidos; la recaída era un resultado corriente. Debían rechazar alojar incluso a los amigos y parientes —que se encontraran entre los no convertidos— que pudiesen acudir; y si a tales visitantes no se les podía disuadir cuando llamaban a la puerta, entonces se les debía alojar, pero sólo bajo la condición de leerles la Biblia, hablarles de cosas sagradas y cantar himnos:

> ¡Oh, Hermanos, qué estamos haciendo! La muerte está aquí mismo. Ha empezado el tormento. Se ha desatado la ira contra los profesores estériles. La desidia del pecado pesa sobre nosotros.

[27] Los defensores de estos tratados se encontraban con algunas dificultades respecto de la referencia del Eclesiastés a «un tiempo para el baile». Pero puesto que «en la Biblia no se encuentran ejemplos de bailes, en los que los dos sexos se ejerciten al unísono», se argumentaba que sólo podía permitirse que bailasen los miembros de un sexo, separados de los del otro, y que bailasen en ocasiones sagradas a plena luz del día y en días laborables, aunque tampoco se reseñan ocasiones como éstas en la Biblia. Véase A. Young, *A Time to Dance*, Glasgow, sin fecha; y también Southey, *op. cit.*, pp. 546-549.

[28] Rev. James Wood, *An Adress to the Members of the Methodist Societies*, 1799, *passim*.

Otras costumbres que sobrevivían, como la de comer y beber en el «velatorio» del funeral, merecían la misma condena. Incluso la visita de parientes en un *Sabbath* normal no se podía permitir, excepto en casos de enfermedad repentina.[29]

El calor de la argumentación indica que en muchos lugares, como el Middleton de Bamford, la lucha entre la vieja forma de vida y la nueva disciplina fue aguda y prolongada. El relato que hacía Lawson acerca de Pudsey muestra a la «gente de iglesia» como un grupo que se mantenía *aislado* de la comunidad por su conducta sombría. Hubo muchas personas educadas en familias devotas que reaccionaron violentamente contra su educación, como William Lovett:

> el hecho de ser obligado a acudir tres veces durante el domingo a un lugar de culto, tener estrictamente prohibidos todos los libros excepto la Biblia y el Libro de Rezos, y de que no se me permitiera disfrutar de un paseo si no era a la capilla (...) son razones suficientes para explicar aquellos sentimientos juveniles. Mi pobre madre (...) creía que al gran poder que había creado las numerosas cosas alegres, divertidas y cantarinas de la tierra y el aire, se le debía complacer con los rostros solemnes, los vestidos gazmoños y el comportamiento medio soñoliento de los seres humanos; y que la religión consiste en escuchar la repetida historia de la caída del hombre.[30]

A muchos hombres de la generación de la posguerra, como Lovett, les parecía que los metodistas eran incultos y atrasados. Y esto nos hace recordar la dificultad extrema que supone generalizar respecto del tono moral y los comportamientos de las comunidades de la clase obrera durante la Revolución industrial. Está claro que, entre 1780 y 1830, tuvieron lugar cambios importantes. El obrero «medio» inglés se volvió más disciplinado, más sujeto al ritmo productivo «del reloj», más reservado y metódico, menos violento y menos espontáneo. Los deportes tradicionales fueron sustituidos por aficiones más sedentarias: «Los ejercicios atléticos de los tejos, la lucha libre, el fútbol, el *prisonbars* y la caza con arco han caído en desuso (...) ahora son aficionados a las palomas, criadores de canarios y cultivadores de tulipanes» o cosas por el estilo, se lamentaba

[29] Los velatorios eran ocasiones importantes para la relación familiar, cuando las gentes de la ciudad visitaban a sus parientes que vivían en el campo, y «la hija casada volvía a su vieja casa con sus hijos». Howitt, que los describía como «una pequeña pausa en la, por otra parte, imparable maquinaria de la servidumbre», relataba cómo los viejos de los pueblos, cuando se les preguntaba acerca de sus hijos e hijas, decían: «Bien, bien, les veremos en el velatorio». Los velatorios podían incluso con el disciplinario Wedgwood, quien decía que los velatorios «se debían celebrar aunque llegara el fin del mundo»: R. E. Leader, *Reminiscences of Old Sheffield*, Sheffield, 1876, pp. 200-202; W. Howitt, *Rural Life of England*, 1838, 1, p. 59, pp. 245-254: N. McKendrick, *op. cit.*, p. 46.

[30] Lovett, *op. cit.*, 1, p. 8.

un escritor del Lancashire en 1823.[31] Francis Place hacía a menudo comentarios sobre un cambio que, desde su punto de vista, suponía un aumento de la dignidad personal y una elevación «del carácter del obrero». «Fijaos incluso en el Lancashire», escribió un mes después de Peterloo:

> Hace pocos años, cuando un extranjero se paseaba por sus ciudades se le «miraba con malos ojos», es decir, era abucheado, y algunas veces se apedreaba a un forastero. «Bruto del Lancashire» era un apelativo común y apropiado. Hasta hace muy poco hubiese sido peligroso tener reunidos a quinientos de ellos por cualquier motivo. Al menos los panaderos y los carniceros hubiesen sido saqueados. Hoy en día, se pueden reunir cien mil personas y no tiene lugar motín alguno a continuación.[32]

En este punto la valoración se convierte en algo extremadamente difícil. A pesar de que muchos escritores contemporáneos, desde Cobbett a Engels, lamentaban la desaparición de las viejas costumbres inglesas, es absurdo considerar la cuestión sólo en términos idílicos. No todas esas costumbres eran inofensivas o pintorescas. La madre soltera castigada en un correccional, y quizá repudiada por la parroquia en la que tenía derecho a recibir la beneficencia, tenía pocos motivos para admirar a la «alegre Inglaterra». No es de lamentar la desaparición del Gin Lane (la Senda de la Ginebra), la Feria de Tyburn, de las borracheras orgiásticas, de la sexualidad animal y de los combates a muerte con zuecos tachonados con clavos de hierro en los que se ganaba un premio en dinero.

Pero, entre la vieja superstición y la nueva intolerancia, está bien tomar precauciones cuando nos encontramos con las afirmaciones de que los evangélicos fueron un medio de educación intelectual. Ya hemos advertido la tendencia de los metodistas a encerrarse en una secta, a mantener a sus miembros separados del contagio de los no convertidos y a considerarse ellos mismos como en estado de guerra civil con la cervecería y los habitantes de los baluartes de Satán. Donde los metodistas eran un grupo minoritario dentro de una comunidad, las actitudes se endurecían por ambos lados. Las profesiones de virtud y las declamaciones contra el pecado son menos reveladoras acerca de los comportamientos reales que acerca del rencor de los antagonismos. Además, el aire de principios del siglo XIX está viciado por los argumentos y contraargumentos, especialmente en los temas en que entraban en conflicto los valores de los trabajadores manuales y los obreros fabriles, o los de aquellos que se oponían o defendían el trabajo de los niños. Los críticos

[31] Guest, *op. cit.*, pp. 38-39.
[32] Wallas, *op. cit.*, pp. 145-146.

del sistema de la fábrica lo consideraban destructivo para la vida familiar y acusaban constantemente a las fábricas de ser centros de la mayor inmoralidad sexual, ya que el lenguaje soez y el comportamiento independiente de las muchachas de las fábricas sorprendían a muchos espectadores. Gaskell comparaba la inocencia idílica de los trabajadores domésticos, cuya juventud se consagraba a una libertad pagana que acarreaba la obligación del matrimonio sólo si tenía lugar la concepción, con la promiscuidad de la fábrica en la que algunos de los patronos protagonizaban escenas con las muchachas de la fábrica, que «hacen ruborizar las lascivas Saturnales de los romanos, los ritos de la Pagoda de las muchachas indias, y la vida del harén del otomano más voluptuoso».[33]

Estos relatos llenos de color suponían una ofensa no sólo para los patronos, en cuyo caso no carecían totalmente de razón, sino también para los mismos obreros. Estos señalaron que la comparación de las tasas de ilegitimidad en muchos distritos rurales arrojaba un resultado desfavorable con respecto a las de las ciudades fabriles. En muchas fábricas se obligaba a guardar el mayor decoro. Y si había «otomanos» entre los propietarios de las fábricas, también había patronos paternalistas que despedían a cualquier muchacha a la que se descubriera el menor desliz moral.

No es fácil hacer balance. Por una parte la afirmación de que la Revolución industrial mejoró la situación de las mujeres parecería no tener mucho significado si recordamos las horas de trabajo excesivas, las malas condiciones de las viviendas, el excesivo número de partos y los terribles datos de mortalidad infantil. Por otra parte, las abundantes oportunidades de empleo femenino en los distritos textiles proporcionaban a las mujeres la categoría de asalariadas independientes. La soltera o la viuda se liberaron de la dependencia respecto de los familiares o la beneficencia parroquial. Incluso las madres solteras podían, gracias al relajamiento de la «disciplina moral» en muchas fábricas, alcanzar una independencia desconocida hasta entonces. En las mayores fábricas de tejidos de seda de Macclesfield, virtuosos patronos se enorgullecían de despedir a las muchachas que cometían un solo «paso en falso». Un testigo, que contrastó este comportamiento con las costumbres de manga más ancha de Manchester, hizo una serie de observaciones que inquietaron a los moralistas:

> He observado, de forma muy generalizada (...) el caso de que, cuando las fábricas y las factorías están casi libres de madres con hijos ilegítimos, las calles están infestadas de prostitutas; y que por el contrario, donde

[33] *The Manufacturing Population of England*, p. 64.

se permite que las muchachas vuelvan a su trabajo, después de dar a luz un niño, allí las calles se encuentran comparativamente vacías de esos seres infelices.[34]

El período pone de manifiesto muchas paradojas como ésta. Los años de guerra presenciaron una superabundancia de folletos que limitaban o refutaban las reivindicaciones de los derechos de las mujeres, que se asociaban con el «jacobinismo». La subordinación de la mujer dentro del matrimonio se disponía en los términos más crudos. «Las escrituras cristianas», declaraba Paley, imponen a la esposa una obediencia en el matrimonio en términos tan imperiosos y absolutos, que parece abarcar todo lo que no sea delictivo o no sea completamente contrario a la felicidad de las mujeres».[35] Pero estos años también presenciaron la existencia de una inquebrantable tradición minoritaria, compuesta sobre todo por profesionales y artesanos radicales en las grandes ciudades, que planteaban reivindicaciones de más largo alcance que cualquiera de las planteadas antes de la Revolución francesa. Las declaraciones que habían hecho en la década de 1790 Mary Wollstonecraft, William Blake y Thomas Spence jamás fueron abandonadas por completo; se repiten, no sólo en el círculo de Shelley, sino también en las publicaciones radicales de los años de la posguerra. Se hicieron eco de ellas, mostrando su desacuerdo, el *Black Dwarf*; de manera más estridente, las publicaciones de Richard Carlile y, con mayor fuerza, Anna Wheeler, William Thompson y el movimiento owenita.[36] Pero en los distritos textiles fue donde el cambio en la situación económica de las mujeres dio lugar a la primera participación amplia de las mujeres obreras en la agitación política y social. Durante los últimos años del siglo XVIII, las sociedades femeninas de socorro mutuo y las clases metodistas femeninas les pueden haber proporcionado experiencia y confianza en sí mismas; la demanda de las mujeres de actuar como predicadores locales fue una «herejía» wesleyana persistente. Pero los años de la guerra, con la mayor demanda de trabajo no sólo por parte de las hilanderías, sino también en el telar manual, aceleraron el proceso.[37] En 1818 y 1819, se fundaron las primeras Sociedades Femeninas para la Reforma, en Blackburn, Preston, Bolton, Manchester, Ashton-under-Lyne.

[34] W. Dodd, *The Factory System Illustrated*, p. 194. Margaret Hewitt cuestiona alguna de la documentación, sobre todo las fuentes posteriores a 1840, en *Wives and Mothers in Victorian Industry*, 1958, en especial cap. 5.
[35] W. Paley, *Concise Admonitions for Youth*, 1809, p. 68. Véase también T. Gisborne, *Enquiry into the Duties of the Female Sex*, 1797, en especial las pp. 226-229.
[36] *Black Dwarf* (9 y 30 de septiembre de 1818); para Carlile y los owenitas, véase más adelante el capítulo 16.
[37] Para el aumento del número de mujeres tejedoras durante las guerras, véase Ivy Pinchbeck, *Women Workers and the Industrial Revolution*, 1930, pp. 164-166.

El relato de Samuel Bamford —si podemos darle crédito— sugiere que se produjo un repentino salto hacia adelante en cuanto a conciencia. En un mitin en el distrito de Saddleworth, que está en el límite del Lancashire y el Yorkshire:

> En el transcurso de una intervención, insistí en el derecho, y también en la corrección, de que las mujeres presentes en reuniones como aquella votasen con el brazo alzado en favor o en contra de las resoluciones. Esta era una idea nueva, y las mujeres, que asistían en gran número desde un palco elevado, se mostraron muy satisfechas. Como los hombres no discreparon, cuando se planteó la resolución las mujeres levantaron sus manos en medio de muchas risas; y desde entonces las mujeres votaron junto con los hombres en las reuniones radicales (...) Se convirtió en una costumbre, se formaron *unions* políticas femeninas, con su presidenta, sus comités y otros cargos; y a partir de nosotros, rápidamente adoptaron la misma costumbre (...) las instituciones religiosas y de caridad.[38]

Al mismo tiempo, en Newcastle, uno de los corresponsales de Jabez Bunting se lamentaba de la falta cometida por la «hermandad pía» que bordaba los estandartes de la reforma. Durante los veinte años que median entre 1815 y 1835, también se producen los primeros síntomas de actuación de *trade unions* independientes entre las mujeres obreras. John Wade, al comentar una huelga de mil quinientas carderas del West Riding en 1835, extraía la siguiente conclusión: «Los alarmistas consideran que estos síntomas de independencia femenina son más amenazadores respecto de las instituciones existentes que la educación de las clases bajas.»[39]

Pero incluso en este progreso se da una paradoja en cuanto a los sentimientos. El radicalismo de las mujeres del norte se componía de nostalgia por la condición perdida y de afirmación de derechos recién descubiertos. Según convenciones profundamente arraigadas, la posición de la mujer dependía de su éxito como ama de casa en la economía familiar, en la organización doméstica y la previsión, la elaboración de pan y cerveza, la limpieza y el cuidado de los hijos. La nueva independencia, ya fuese en la fábrica o haciendo una jornada de trabajo completa en el telar manual, que hacía posibles los nuevos derechos, se vivía simultáneamente como una pérdida personal de importancia y de independencia. Las mujeres se volvieron más dependientes del patrono o del mercado de trabajo y evocaban un pasado «dorado» en el que los ingresos domésticos que provenían del hilado, las aves de corral y cosas parecidas se podían ganar cerca de la propia casa. En los buenos tiempos la

[38] *Passages in the Life of a Radical*, edición de 1893, pp. 141-142.
[39] J. Wade, *History of the Middle and Working Classes*, 1835, pp. 570-571.

economía doméstica, al igual que la economía campesina, sostenía una forma de vida centrada en el hogar, en la que los caprichos y las coacciones interiores eran mucho más evidentes que la disciplina externa. Cada etapa de la diferenciación y la especialización industrial afectó también a la economía familiar, alterando las relaciones tradicionales entre el hombre y la mujer, los padres y los hijos, y estableciendo una diferencia más aguda entre «trabajo» y «vida». Transcurrirían cien años completos antes de que esta diferenciación trajera recompensas —en forma de aparatos que permiten ahorrar trabajo— a los hogares de las mujeres obreras. Mientras tanto, cada mañana la sirena de la fábrica separaba brutalmente a la familia y la madre, que también era una asalariada, a menudo sentía que le tocaba la peor parte tanto del mundo doméstico como del industrial.

«Hubo un tiempo en que podríamos haberos dado la bienvenida, desplegando ante vos una mesa que representara la hospitalidad inglesa, abastecida por nuestro trabajo», así se dirigían las Mujeres Reformadoras de Bolton a William Cobbett en 1819: «Hubo un tiempo, en que podríamos haberos recibido con los semblantes rosados de las mujeres Inglesas (...) Podríamos haberos mostrado nuestros *cottages*, que rivalizaban en cuanto a pulcritud y orden con el Palacio de nuestro Rey.» Las Mujeres Reformadoras de Blackburn recogían el mismo tema: sus casas «despojadas de todos sus ornamentos», sus lechos «arrancados (...) por la mano implacable del insensible recaudador de impuestos», de modo que «los tiranos que traficaban con los municipios» podían descansar en «camas de plumón» mientras que sus familias yacían sobre la paja. Sobre todo, protestaban en favor de sus hijos: «se nos rompe diariamente el corazón al verles devorar con avidez la basta comida que algunos apenas les darían a sus cerdos». Era natural que reaccionaran positivamente ante Cobbett, que pronto iba a consolidar su apoyo con su *Cottage Economy*, y también ante Oastler, que ponía mucho énfasis en «el hogar». Ni Cobbett ni Oastler dieron el más mínimo apoyo a la idea del sufragio femenino, pero tampoco las Sociedades Femeninas para la Reforma lo reivindicaron por su parte. Su papel se reducía a dar apoyo moral a los hombres, confeccionando pancartas y gorras de la libertad que se entregaban ceremoniosamente en las manifestaciones en favor de la reforma, aprobando resoluciones y discursos y aumentando el número de personas en los mítines.[40] Pero incluso estas formas

[40] Se puede observar el inicio de otra tradición en el relato de un confidente sobre la *Manchester Political Union*, del 1 de noviembre de 1819: «La *Union* es miserablemente pobre, ha tenido que pedir ayuda a la *Union* femenina porque no podía mantenerse desde el punto de vista financiero» (H.O. 42.198).

de participación motivaban el insulto por parte de sus oponentes. El *Courier* describía a las «reformadoras con enaguas» de Manchester como «mujeres degradadas», culpables de «la peor prostitución del sexo, la prostitución del corazón», «abandonando su puesto en la sociedad» y cambiando la «naturaleza sagrada» de la esposa y la madre «por los turbulentos vicios de la sedición y la impiedad». Cualquiera que fuese la opinión de Cobbett acerca del sufragio de las mujeres, no tenía segundas intenciones en cuanto a prestar ayuda a las Mujeres Reformadoras:

> ¡Es como si las mujeres no supieran hacer otra cosa que cocinar la harina de avena y barrer una casa! ¡Cómo si las mujeres no fueran inteligentes! ¡Cómo si Hannah Moore y la *gentry* hubiesen reducido a las mujeres al mismo nivel de los negros del África! ¡Cómo si Inglaterra no hubiese tenido nunca una reina![41]

II. Los rituales de la solidaridad

Una y otra vez la «desaparición de la vieja Inglaterra» elude el análisis. Si recordamos que la Revolución industrial no era una situación social consolidada, sino una fase de transición entre dos modos de vida, podemos ver las líneas de cambio con mayor claridad. Y debemos prestar atención, no sólo a la comunidad «típica» (Middleton o Pudsey), sino a muchas comunidades diferentes que coexisten unas con otras. Sólo en el sudoeste del Lancashire se podían encontrar, a pocas millas unas de otras, la cosmopolita ciudad de Manchester, a la que se dirigían emigrantes de todos los lugares del reino; o poblaciones mineras enteras, como las minas de carbón del duque de Bridgewater, que salían de una situación semifeudal; también poblaciones modelo de carácter paternalista, como Turton; asimismo, ciudades fabriles nuevas, como Bolton; y, por último, viejas aldehuelas de tejedores. En todas estas comunidades actuaban un número de influencias convergentes, todas ellas encaminadas hacia la disciplina y el desarrollo de la conciencia de la clase obrera.

[41] *Political Register* (23 de octubre, 29 de diciembre de 1819); *Courier* (15 de julio de 1819).

La comunidad obrera de principios del siglo XIX no fue producto del paternalismo o del metodismo, sino, en gran medida, del esfuerzo consciente de la clase obrera. En Manchester o Newcastle las tradiciones de las *trade unions* y las sociedades de socorro mutuo, con su acento en la disciplina y sus fines comunitarios, se retrotraen al siglo XVIII. Las reglas que sobreviven de los tejedores de artículos de mercería, en la década de 1750, muestran ya una atención meticulosa hacia los procedimientos y la etiqueta institucional. Los miembros del comité deben sentarse en un orden determinado. Las puertas deben mantenerse cerradas. Existen minuciosas regulaciones para custodiar la «caja». Se les recuerda a los miembros que «la intemperancia, el rencor y la impiedad son la plaga y el parásito que corroen las partes vitales de toda sociedad»:

> Si consideramos que esta sociedad no es una colectividad de hombres que se reúnen para regalarse con cerveza y tabaco, y para hablar de forma indiferente sobre cualquier tema, sino más bien una sociedad reunida para proteger los derechos y privilegios de un oficio por medio del cual subsisten varios cientos de personas (...) qué desagradable debe parecer ver a sus miembros revueltos de forma promiscua unos con otros, hablando de manera indiferente de cualquier tema.

Las consignas son «decencia y regularidad»; siempre se tiene la esperanza de que cuando los «*gentlemen* y los magistrados» acaten este orden «venerarán más que castigarán una sociedad como ésta».[42]

Esto representa el código del artesano con dignidad, aunque la esperanza de que tal sensatez ganara el favor de las autoridades se vería ampliamente defraudada. Hombres como Hardy y Place recibieron su educación en una escuela parecida a ésta, en Londres. Pero a medida que la Revolución industrial avanzaba, este código —a veces en forma de leyes modélicas— se extendió a sectores crecientes de la población obrera. Las gentes con pequeños negocios, los artesanos, los labriegos, todos intentaban asegurarse contra la enfermedad, el desempleo o los gastos del funeral,[43] mediante la pertenencia a *box clubes* o sociedades de socorro mutuo. Pero la disciplina que era esencial para proteger los fondos, mantener una conducta ordenada en las reuniones y la resolución de los casos conflictivos, suponía un esfuerzo de autoorganización tan grande

[42] Wadsworth y Mann, *op. cit.*, pp. 345-347.

[43] La población obrera le confería un gran valor a la ceremonia del funeral. Un funeral pobre era la desgracia social más extrema. La ceremonia ocupaba un papel importante en el folclore y preocupaba a los moribundos. «Desearía —escribió un ludita condenado— que John Rawson, John Roberts y John Roper llevasen mi féretro; querida esposa, escoge tú misma a los otros tres»; *The Surprising... History of «General Ludd»*, Nottingham, sin fecha, p. 239.

como las nuevas disciplinas de trabajo. Un examen de las reglas y preceptos de las sociedades de socorro mutuo que existían en Newcastle durante las guerras napoleónicas nos proporciona una lista de multas y penalizaciones más severas que las de un patrono del algodón de Bolton. Una Sociedad General imponía multas a cualquier miembro que «pusiera en tela de juicio» a otro miembro que recibiera subsidio de enfermedad, por emborracharse durante el *Sabbath*, por golpear a otro, «por ponerse apodos unos a otros», acudir al local del club en estado de embriaguez, usar el nombre de Dios en vano. La hermandad de los malteadores ponía multas por embriaguez en *cualquier momento*, por dejar de asistir a los funerales de hermanos o de sus esposas. Los vidrieros, que se habían fundado en fecha tan temprana como 1755, imponían multas por dejar de asistir a las reuniones, o a aquellos que se negaban a cumplir su turno en la rotación de cargos; por no guardar silencio cuando se ordenaba, por hablar a la vez, por replicar al moderador, apostar en el club o —por regla general— por revelar secretos fuera de la sociedad. Además: «Las personas infames, de mal carácter, pendencieras o desordenadas no serán admitidas en esta sociedad (...) Ningún pocero, minero del carbón, grabador o barquero debe ser admitido.» Los barqueros, para no ser menos, añadieron una norma que excluía de los beneficios a cualquier hermano que sufriera «cualquier enfermedad adquirida por yacer con una mujer deshonesta, o que tenga gonorrea o sífilis». Los hermanos serían multados por ridiculizarse o provocarse hasta encolerizarse unos a otros. La Sociedad Unánime retiraría su ayuda a cualquier miembro que, cobrando el subsidio de enfermedad, fuera visto «en cervecerías, jugando o borracho». Con el fin de mantener su unanimidad, había multas para los miembros que proponían «disertar o discutir sobre temas políticos o eclesiásticos, o del gobierno y los gobernantes». La Sociedad de Socorro Mutuo de Todos los Oficios tenía una regla parecida al *huffing*[44] cuando se juega a las damas: se imponía una multa «si cualquier miembro tiene oportunidad de multar a su hermano, y no lo hace». Los cordobaneros ponían multas por pedir tabaco o bebida antes de que el moderador abandonara la reunión. Los carpinteros y ebanistas tenían una prohibición a los «sentimientos desleales» o a las «canciones políticas».[45]

[44] Norma del juego de damas según la cual se saca del tablero, golpeándola, una ficha del oponente como penalización por haber dejado de matar una pieza que se encontraba *en prise*. (*N. de la T.*)

[45] *Laws and Orders of the Friendly Society who meet at the House of Mr Wm Forster...*, N. Shields, 1795, p. 11; *Rules and Orders of the Brotherhood of Maltsters*, Newcastle, 1796, p. 6; *Articles, Laws and Rules of the Glass-makers Friendly Society*, Newcastle, 1800, pp. 5, 11, 15; *Articles... of the Friendly Society*, Newcastle, 1804, p. 11; *Articles of the Unanimous Society*, Newcastle, 1804, p. 11; *Articles... of the Friendly Society of All Trades*, Newcastle,

Es posible que algunas de estas reglas, como la prohibición de las disertaciones y las canciones políticas, se pusiesen con una cierta ironía. Aunque algunas de estas sociedades eran clubes de enfermedad escogidos, de los que sólo formaban parte veinte o treinta artesanos que se reunían en una taberna, otros probablemente eran coberturas de la actividad de las *trade unions*; mientras que en Newcastle, como en Sheffield, es posible que después de las *Two Acts* se utilizara la formación de sociedades de socorro mutuo como tapadera de organizaciones jacobinas. Un «grupo» de una sociedad de socorro mutuo daba, en 1816, testimonio de las «regulaciones leales, patrióticas y pacíficas» de muchas de las sociedades de Newcastle, pero se lamentaba de que esas regulaciones eran a menudo insuficientes para impedir el «debate apasionado y el lenguaje violento».[46] Durante los años de guerra, las autoridades tenían profundas sospechas respecto de las sociedades, y uno de los objetivos de las reglas era asegurar su inscripción ante los magistrados locales. Pero todo aquel que esté familiarizado con los procedimientos y la etiqueta de algunas *trade unions* y clubes de obreros actuales reconocerá el origen de prácticas que todavía existen en varias de sus normas. Tomadas en su conjunto, sugieren un logro de autodisciplina y una difusión de experiencia de un nivel realmente impresionante.[47]

Las estimaciones en torno al número de miembros de las sociedades de socorro mutuo indican 648.000 miembros en 1793, 704.350 en 1803, 925.429 en 1815. A pesar de que la inscripción de las sociedades ante los magistrados, bajo la primera *Friendly Society Act* de 1793, permitía la protección de los fondos por parte de la ley si se daba el caso de que hubiese encargados morosos, un gran número, pero desconocido, de clubes no se inscribieron, ya fuese por hostilidad hacia las autoridades, inercia local, o debido a una profunda reserva que, tal y como descubrió el doctor Holland, todavía era bastante fuerte en la década de 1840 como para dificultar sus investigaciones. Antes de 1815, casi todas las sociedades tenían un carácter estrictamente local y autónomo, y combinaban las funciones de seguro de enfermedad con veladas de convivencia del club y «excursiones» o fiestas anuales. En 1805, un observador presenciaba cerca de Matlock la siguiente escena:

1804, p. 9; *Articles... of the Society of Cordwainers, Hexham*, 1806, p. 8; *Rules of the Philanthropic Society of House-Carpenters and Joiners*, Newcastle, 1812, p. 7; *Articles... of the Miners Society*, Newcastle, 1817.

46 *A Short Account of the Benevolent Society... at Messrs Angus Manufactory*, Newcastle, 1816.

47 Para la situación legal de las sociedades de socorro mutuo en esta época, véase P. H. J. Gosden, *The Friendly Societies in England, Manchester*, 1961, p. 5. Para la composición social de las sociedades, véase G. C. Holland, *op. cit.*, cap. 17.

unas cincuenta mujeres precedidas por un violinista solitario que interpretaba una tonada alegre. Era una sociedad femenina de ayuda mutua que había ido a Eyam a escuchar un sermón y ahora iba a comer en comandita, un lujo que nuestras mujeres de la sociedad de ayuda mutua de Sheffield no se permiten, sólo toman té y, en general, cantan, bailan, fuman y beben *negus*.[48]

Pocos de los miembros de las sociedades de socorro mutuo tenían una posición social más elevada que la de los oficinistas o las gentes de oficio con pequeños negocios; la mayor parte de ellos eran artesanos. El hecho de que cada hermano tuviera fondos depositados en la sociedad contribuía a la estabilidad en la afiliación y a la participación vigilante en el autogobierno. Casi no tenían miembros de la clase media y, aunque algunos patronos les veían con buenos ojos, en la práctica su conducta dejaba muy poco espacio para el control paternalista. Eran comunes los fracasos debidos a la inexperiencia como actuarios de seguros; eran frecuentes los empleados informales. Estas sociedades, que se difundieron por todos los rincones del país, fueron, a menudo de forma angustiosa, escuelas de experiencia.

En la propia clandestinidad de las sociedades de socorro mutuo y en su opacidad frente al examen a que les sometía la clase alta, tenemos una auténtica prueba del desarrollo de una cultura y unas instituciones obreras independientes. Esta fue la subcultura a partir de la cual crecieron las menos estables *trade unions*, y en la que los dirigentes de las *trade unions* hicieron su aprendizaje.[49] Las normas de las *unions*, en muchos casos, eran versiones más elaboradas del mismo código de conducta que los clubes de enfermedad. Algunas veces, como en el caso de los cardadores de lana, se complementaba con los procedimientos de las órdenes masónicas secretas:

Desconocidos, el designio de nuestras Logias es el amor y la unidad,
Nuestra protección se basa en las leyes de la equidad,
Y cuando conozcas nuestros derechos místicos,
Te revelaremos todos nuestros secretos.[50]

[48] T. A. Ward, *op. cit.*, p. 78. Véase también J. H. Priestley, «Ripponden Female Society», *Trans. Halifax Antiq. Soc.*, 1943.

[*Negus*: vino, en especial oporto o jerez, y agua caliente, endulzado y aromatizado con limón y especias. *(N. de la T.)*]

[49] Una queja continua de las autoridades era que las sociedades de socorro mutuo permitían que sus miembros retirasen fondos cuando estaban en huelga. En 1812, se describió Macclesfield como «un nido de asociación ilícita», «lleno de sociedades para la enfermedad y el entierro, que son los gérmenes de la revolución»: C. S. Davies, *History of Macclesfield*, Manchester, 1961, p. 180.

[50] E. C. Tuffnell, *The Character, Objects and Effects of Trades' Unions*, 1834, vuelto a publicar en 1934, pp. 42 y siguientes. (*Strangers, the design of all our Lodges is love and*

Después de la década de 1790, bajo el impacto de la agitación jacobina, los preámbulos a los reglamentos de las sociedades de socorro mutuo adquieren una nueva resonancia; una de las consecuencias más extrañas del lenguaje del «hombre social» de la Ilustración filosófica es su reproducción en los reglamentos de oscuros clubes de reunión que se encontraban en tabernas o «despachos clandestinos» de la Inglaterra industrial. En el Tyneside, las sociedades «sociales» y «filantrópicas» expresaban sus aspiraciones en términos que abarcaban desde frases inútiles —«una sociedad firme, duradera y amistosa», «para promover la amistad y la verdadera caridad cristiana», «el hombre no ha nacido sólo para sí mismo»— hasta imponentes afirmaciones filosóficas:

> El hombre, por la constitución de su cuerpo y la disposición de su espíritu, es una criatura formada para la sociedad (...)
>
> Nosotros, los miembros de esta sociedad, tomando en seria consideración, que el hombre está constituido como ser social (...) con una necesidad continua de asistencia y apoyo mutuo; y habiendo entretejido en nuestras naturalezas aquellos sentimientos humanos y compasivos que siempre experimentamos ante la desgracia de cualesquiera de nuestros prójimos.[51]

Las sociedades de socorro mutuo, que encontramos en comunidades de tan diverso tipo, fueron una influencia cultural unificadora. Aunque por razones financieras y legales fueron lentas en federarse entre sí, facilitaron la federación regional y nacional de las *trade unions*. Su lenguaje del «hombre social» también encaminó el desarrollo de la conciencia de la clase obrera. Unía el lenguaje de caridad cristiana y la metáfora latente de la «hermandad» en la tradición metodista y morava, con la afirmación social del socialismo owenita. Muchas de las primeras sociedades y cooperativas de consumo owenitas prolongaban sus reglamentos con la siguiente cita de Isaías (XLI, 6): «Uno a otro se ayudan, uno a otro se dicen: ¡Ánimo!» Pero todavía en la década de 1830 había en circulación una multitud de himnos y canciones de sociedades de socorro mutuo o de *trade unions* que eran elaboraciones del mismo tema.

El señor Raymond Williams ha indicado que «el elemento distintivo crucial de la vida inglesa desde la Revolución industrial está (...) en la existencia de ideas alternativas en cuanto a la naturaleza

unity, / With self-protection founded on the laws of equity, / And when you have our mystic rights gone through, / Our secrets all will be disclosed to you.)

[51] *Rules... of the Sociable Society*, Newcastle, 1812; *Articles of the Friendly Society at West Boldon*, Sunderland, 1811; *Rules of the Good Intent Society*, Newcastle, 1815; *Articles of the Unanimous Society*, Newcastle, 1804; véase también H. J. Maltby, «Early Bradford Friendly Societies», *Bradford Antiquary*, VII, 1933, para encontrar ejemplos de reglamentos con influencia metodista.

y la relación social». En contraste con las ideas de individualismo o —como mucho— de servicio de la clase media, «lo que significa propiamente "cultura de la clase obrera" (...) es la idea colectiva básica, y las instituciones, comportamientos, hábitos de pensamiento e intenciones que procedían de aquella».[52] Las sociedades de socorro mutuo no «procedían de» una idea, tanto las ideas como las instituciones surgieron en respuesta a ciertas experiencias comunes. Pero la distinción es importante. En la simple estructura celular de la sociedad de socorro mutuo, con su característica cotidiana de ayuda mutua, podemos encontrar muchas de las características que se reproducían, de manera más sofisticada y compleja, en las *trade unions*, cooperativas, clubes Hampden, organizaciones políticas y logias cartistas. Al mismo tiempo puede considerarse a las sociedades como la cristalización de un espíritu de solidaridad difundido de forma muchísimo más amplia en los detalles «densos» y «concretos» de las relaciones personales de los obreros, en el hogar y en el trabajo. Todos los testigos presenciales de la primera mitad del siglo XIX —clérigos, inspectores de fábrica, propagandistas radicales— subrayan el alcance de la ayuda mutua en los distritos más pobres. En momentos de emergencia, desempleo, huelgas, enfermedad, parto, el pobre «ayudaba sin excepción a su vecino». Veinte años después de que Place hiciera un comentario acerca del cambio en el comportamiento de los habitantes del Lancashire, Cooke Taylor se asombraba de la forma en que los obreros del Lancashire soportaban:

> La más extrema de las desdichas (...) con un elevado tono de dignidad moral, un notable sentido de la propiedad, una decencia, una limpieza y un orden (...) que no merecen el intenso sufrimiento que he presenciado. Contemplé la inmolación gradual de la población más noble y más valiosa que jamás existió en este país o en cualquier otro lugar bajo el cielo (...).
>
> Casi todos los desdichados obreros que encontré al norte de Manchester (...) estaban completamente horrorizados de verse obligados a recibir la beneficencia parroquial.[53]

Es un error considerar que esta era la *única* ética «obrera» auténtica. Las aspiraciones «aristocráticas» de los artesanos y los trabajadores manuales, los valores de la «ayuda a sí mismo» o la delincuencia y la desmoralización, también estaban ampliamente extendidos. Se libraba la batalla en torno al conflicto entre formas de vida alternativas, no sólo entre la clase media y la clase obrera, sino en el seno de las mismas comunidades obreras. Sin embargo,

[52] *Culture and Society*, edición de Penguin, pp. 312-314.
[53] Cooke Taylor, *op. cit.*, pp. 37-39. Taylor escribía en la época de la depresión del algodón de 1842.

para los primeros años del siglo XIX, es posible afirmar que los valores colectivistas dominan en muchas comunidades industriales; existe un código moral con sanciones contra el esquirol, los «instrumentos» del patrono o la mala vecindad, que además es intolerante hacia los excéntricos o los individualistas. Los valores colectivistas se sustentan de forma consciente y se propagan en la teoría política, las ceremonias de las *trade unions*, la retórica moral. En realidad, es esta conciencia colectiva de sí mismos, con su correspondiente teoría, instituciones, disciplina y valores comunitarios, lo que distingue a la clase obrera del siglo XIX de la multitud del siglo XVIII.

El radicalismo político y el owenismo a la vez se inspiraron, y enriquecieron, en esa «idea colectiva básica». Quizá Francis Place estaba en lo cierto cuando atribuía el cambio de comportamiento de las muchedumbres del Lancashire, en 1819, al avance de la conciencia política «que se extendía por todo el país desde que la Sociedad Constitucional y la Sociedad de Correspondencia habían empezado a actuar en 1792»:

> En la actualidad se puede reunir a cien mil personas y no se produce ningún motín a continuación, y ¿por qué? (...) La gente del pueblo tiene un objetivo, cuya consecución les confiere importancia ante sí mismos, les eleva en su propia opinión, y así ocurre que los mismos individuos que hubiesen sido los líderes del motín son los que mantienen la paz.[54]

Otro observador atribuía los cambios ocurridos en el Lancashire a la influencia tanto de Cobbett como de las escuelas dominicales y advertía un «cambio general y radical» en el carácter de las clases trabajadoras: «Los pobres, cuando sufren y están insatisfechos, ya no provocan motines, sino que convocan un mitin; en lugar de atacar a sus vecinos, acusan al Ministerio.»[55]

Este aumento de la dignidad propia y de la conciencia política fue un avance real de la Revolución industrial. Sirvió para desvanecer algunas formas de superstición y de deferencia e hizo que algunos tipos de opresión no se considerasen tolerables por más tiempo. Podemos encontrar testimonios abundantes por lo que se refiere al firme desarrollo del espíritu de solidaridad en la fuerza y el orgullo ceremonial de las *unions* y los clubes de oficios que surgieron, en una situación de cuasilegalidad, cuando se revocaron las *Combination Acts*.[56] Durante la huelga de cardadores de lana de Bradford de 1825, encontramos que en Newcastle, donde las sociedades de

[54] Wallas, *op. cit.*, p. 146.
[55] Un miembro del Comité de Manchester para mitigar los sufrimientos del 16 de agosto de 1819. J. E. Taylor, *Notes and Observations Critical and Explanatory on the Papers relative to the Internal State of the Country...*, 1820.
[56] Véase, más arriba, p. 270.

socorro mutuo estaban tan bien arraigadas, las *unions* que contribuían a reunir fondos para Bradford incluían herreros, *mill-wrights*, ensambladores, zapateros, marroquineros, aprestadores de piel, ebanistas, carpinteros de navíos, aserradores, sastres, cardadores de lana, sombrereros, curtidores, tejedores, alfareros y mineros.[57] Además, en cierto sentido las sociedades de socorro mutuo ayudaron a aprender e incorporar al movimiento de las *trade unions* el amor por la ceremonia y el elevado sentido de la categoría social del gremio artesano. Estas ceremonias, ciertamente, tenían todavía un notable vigor a principios del siglo XIX, en algunas de las antiguas Compañías o Cofradías con Estatutos de los maestros y maestros artesanos, cuyas ceremonias periódicas expresaban el orgullo tanto de los maestros como de sus oficiales en «el oficio». Por ejemplo, en 1802, hubo una gran celebración de jubileo de las «Cofradías» de Preston. Durante una semana de procesiones y exposiciones en las que participaron la nobleza, la *gentry*, los comerciantes, los tenderos y los fabricantes,[58] se confirió un lugar prominente a los oficiales:

> Los cardadores de lana y los obreros del algodón (...) iban precedidos por veinticuatro mujeres jóvenes, bellas y florecientes, cada una con una rama de la planta del algodón, luego seguía una máquina de hilar sostenida a hombros de los hombres y más adelante un telar erguido sobre una plataforma móvil, con obreros ocupados trabajando en él.

En Bradford, en vísperas de la gran huelga de 1825, la fiesta del obispo Blaize, de los cardadores de lana, se celebró con un esplendor extraordinario:

> -Heraldo, llevando una bandera.
> -Veinticuatro laneros a caballo, cada caballo enjaezado con un vellón de lana.
> -Treinta y ocho hilanderos de estambre y fabricantes a caballo, con chalecos de paño blanco, cada uno con una mecha de lana sobre sus hombros y un fajín de paño blanco; los cuellos de los caballos cubiertos con mallas de hilo grueso.

Y así sucesivamente, hasta que llegamos al:

> -Obispo Blaize
> -Pastor y Pastora.
> -Zagales.
> -Ciento sesenta clasificadores de lana a caballo, con capas adornadas y bandas de diversos colores.

[57] *Trades Newspaper* (11 de septiembre de 1825).

[58] Entre las cofradías representadas se hallaban los curtidores, guanteros, cordobaneros, carpinteros, carniceros, vinateros, sastres, herreros, merceros y pañeros. Véase *Leeds Mercury* (4 de septiembre de 1802).

- Treinta carderos.
- Carboneros.
- Colores de los Cardadores.
- Banda de música.
- Cuatrocientos setenta cardadores de lana, con pelucas de lana, etc.
- Banda de música.
- Cuarenta tintoreros, con escarapelas rojas, delantales azules y bandas cruzadas de color rojo y azul.[59]

Después de la gran huelga, una ceremonia como ésta no se podía repetir.

Este pasaje, que nos lleva desde la vieja perspectiva del «oficio» hasta la dualidad de las organizaciones de los patronos, por un lado, y las *trade unions* por el otro, nos sitúa en el centro de la experiencia de la Revolución industrial.[60] Pero las sociedades de socorro mutuo y las *trade unions*, al igual que las organizaciones de los patronos, trataban de mantener el ceremonial y el orgullo de la antigua tradición; es más, desde el momento en que los artesanos —o, como todavía se llaman, las gentes de oficio— fueron conscientes de que ellos eran los *productores* sobre cuya destreza los patronos ejercían la función de parásitos, todavía enfatizaron más la tradición. Con la revocación de las *Combination Acts*, sus estandartes recorrieron abiertamente las calles. En Londres, en 1825, la *union* de Calafateadores de Barcos del Támesis, fundada en 1794) presentó sus divisas: *Main et Coeur, Vigueur, Vérité, Concorde, Dépéche*, que revelan el orgullo del oficio medieval. La *union* de los Cordeleros seguía con un estandarte blanco en el que había dibujado un enjambre de abejas alrededor de una colmena: «¡Hijos de la Industria! La Unión hace la Fuerza»; y ante las casas de los patronos que les habían concedido un aumento, se detenían y saludaban. La *union* Previsora de Carpinteros de Navío del Támesis de John Gast, el abanderado de los «oficios» de Londres, los superaba a todos con un estandarte de seda azul: «Los Corazones de Roble Protegen a los Ancianos», un elegante barco tirado por seis caballos bayos, tres postillones vestidos con chaquetas azules, una banda de música, el comité, los miembros portan estandartes y banderas y delegaciones en representación del oficio que provenían de Shields, Sunderland y Newcastle. Los miembros llevaban rosetones y ramitas de roble, y en el barco había algunos carpinteros de navío viejos que vivían en los asilos que la *union*

[59] J. James, *History of Bradford*, 1866, pp. 164-167; J. Burnley, *Yorkshire Stories Retold*, Leeds, sin fecha, pp. 165-175.

[60] Para la formación de una «conciencia de clase media» entre 1780 y 1846, véase el artículo del profesor Briggs, «Middle-Class Consciousness», *Past and Present* (abril de 1956). Para la importancia de la idea del «Oficio» en el movimiento ludita, véase más adelante, pp. 588-561.

tenía en Stepney.[61] En Nantwich, en 1832, los zapateros seguían manteniendo todo el sentido de la categoría de la *union* del oficio artesano, con su estandarte, «una colección completa de insignias de órdenes secretas, sobrepellices, mandiles engalanados (...) y una corona y mantos para el Rey Crispín». En 1833, el rey cabalgó por la ciudad asistido por caudatarios, funcionarios con la «Dispensa, la Biblia, un voluminoso par de guantes, y también bellos ejemplares de botas y zapatos de señoras y caballeros»:

> Casi quinientas personas formaron parte de la procesión, vistiendo cada una de ellas un mandil blanco primorosamente adornado. Cerraba la procesión un miembro del oficio equipado de ambulante, con sus herramientas atadas a la espalda, y un bastón en la mano.[62]

Ninguna explicación sencilla será suficiente para dar cuenta del cambio evidente en los comportamientos de los obreros.[63] Tampoco deberíamos exagerar el grado del cambio. La embriaguez y los alborotos eran todavía frecuentes por las calles. Pero es cierto que los obreros aparecen a menudo más moderados y disciplinados, durante los veinte años posteriores a las guerras, cuando la mayor parte de ellos afirmaba con la mayor seriedad sus derechos. Por lo tanto no podemos admitir la tesis según la cual la moderación era sólo, o incluso principalmente, consecuencia de la propaganda evangélica. Y esto también lo podemos ver, si le damos la vuelta a la moneda y miramos el reverso. Hacia 1830 no sólo la iglesia oficial, sino también el resurgimiento metodista encontraban una fuerte oposición en la mayoría de centros obreros de librepensadores, owenitas y cristianos no sectarios. En lugares como Londres, Birmingham, el sudeste del Lancashire, Newcastle, Leeds y otras ciudades, los deístas partidarios de Carlile u Owen tenían un séquito muy numeroso. Los metodistas habían consolidado su posición, pero tendían a representar de forma creciente a las gentes de oficios y a los grupos privilegiados de obreros, y a estar moralmente aislados de la vida comunitaria de la clase obrera. Algunos de los antiguos centros del resurgimiento habían recaído en el «paganismo». Hacia la década de 1840, en el Sandgate de Newcastle, que en un tiempo se había «destacado tanto por rezar como por beber más de la cuenta, por cantar salmos y por blasfemar», los metodistas habían perdido a todos sus seguidores de entre los pobres. En zonas del Lancashire, tanto las comunidades

[61] *Trades Newspaper* (14, 21, 28 de agosto de 1825). Los calafateadores tenían unos trescientos miembros, los cordeleros doscientos, los carpinteros de navío unos mil quinientos.

[62] «Reminiscences of Thomas Dunning», compilado por W. H. Chaloner, *Trans. Lancs. & Cheshire Antiq. Soc.*, LIX, 1947. A este despliegue llamativo de fuerzas, le siguió la detención de los responsables de Nantwich en el asalto general a las *unions* en 1834.

[63] Para una discusión adicional sobre la cultura artesana, véase más adelante, pp. 761-797.

de tejedores como los obreros de las fábricas se desvincularon mucho de los templos y fueron recuperados para la corriente del owenismo y el librepensamiento:

> Si no hubiese sido por las escuelas dominicales, la sociedad hubiese llegado antes a una situación horrible (...) La impiedad aumenta de una forma extraordinaria (...) Los escritos de Carlile y Taylor y de otros infieles se leen más que la Biblia o cualquier otro libro (...) He visto, semana tras semana, cómo los tejedores se reunían en una sala, que podía dar cabida a unas cuatrocientas personas, para aplaudir a las personas que afirmaban y argumentaban que no había Dios (...) He entrado en los *cottages* que están alrededor del templo al que yo acudo, y he encontrado a veinte hombres reunidos leyendo publicaciones infieles.[64]

A menudo el owenismo y los movimientos seculares prendieron fuego «como matorrales en tierras del común», al igual que el resurgimiento religioso lo había hecho con anterioridad.

Engels, que escribía a partir de su experiencia en el Lancashire en 1844, afirmaba que «los obreros no son religiosos y no asisten a la iglesia», exceptuando a los irlandeses, «unas pocas personas mayores, y la mediana burguesía, los vigilantes, los capataces y otros por el estilo». «Entre las masas prevalece de forma casi universal una indiferencia total hacia la religión, o a lo sumo, algún rastro de deísmo.» Engels debilitó su ejemplo al exagerarlo, pero Dodd citaba una fábrica de Stockport en la que nueve de cada diez no asistían a la iglesia, mientras que Cooke Taylor, en 1842, se asombró ante el vigor y el conocimiento de las Escrituras que mostraban algunos obreros del Lancashire que atacaban la ortodoxia cristiana. «Si yo creyera que el Señor era la causa de toda la miseria que veo a mi alrededor —le dijo uno de esos hombres a un predicador metodista—, dejaría de servirle, y diría que no era el Dios en el que yo había creído.» De forma parecida, en Newcastle durante los años del cartismo cientos de artesanos y mecánicos eran librepensadores convencidos. En unos talleres que daban empleo a unas doscientas personas «no hay más de seis o siete que asistan a un lugar de culto». Un obrero afirmaba:

> Las clases trabajadoras están adquiriendo conocimientos, y cuanto más conocimientos adquieren, más amplia se vuelve la brecha que hay entre ellos y las diferentes sectas. Esto no se debe a que ignoren la Biblia. Yo mismo venero la Biblia (...) y cuando la leo (...) descubro que los profetas se mantenían entre el opresor y el oprimido, y denunciaban al que hacía mal, por muy rico y poderoso que fuese (...) Cuando los predicadores vuelvan a retomar el Antiguo Testamento, por una vez volveré a escucharles, pero no antes.

[64] Testimonio de un patrono de Bolton, S. C. *on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834.

Todas las escuelas dominicales estaban recogiendo una cosecha inesperada.[65]

El debilitamiento del dominio en las iglesias no significaba, de ningún modo, erosión alguna de la dignidad y la disciplina de clase. Por el contrario, Manchester y Newcastle, con su larga tradición de organización industrial y política, se destacaban durante los años del cartismo por la disciplina de sus manifestaciones masivas. Los ciudadanos y los tenderos sufrieron una vez la alarma de que los «terribles y salvajes mineros» entraban en Newcastle a cualquier precio; ahora en cambio, los propietarios de las minas de carbón se veían obligados a rastrear los barrios bajos para encontrar *candy-men*[66] o traperos que sustituyesen a los mineros en huelga. En 1838 y 1839, decenas de miles de artesanos, mineros y labriegos se manifestaron semana tras semana en perfecto orden por las calles, pasando a menudo a poca distancia de los militares y evitando toda provocación. «Nuestro pueblo había aprendido bien que no queríamos disturbios, sino la revolución», recordaba uno de sus líderes.[67]

III. Los irlandeses

Este análisis ha dejado de lado, por necesidad, uno de los ingredientes de la nueva comunidad obrera: la inmigración irlandesa. En 1841 se estimaba que más de cuatrocientos mil habitantes de Gran Bretaña habían nacido en Irlanda; muchas más decenas de miles habían nacido en Gran Bretaña de familia irlandesa. La gran mayoría de ellos eran católicos y se encontraban entre los trabajadores peor remunerados; la mayor parte de ellos vivían en Londres y en las ciudades industriales. En Liverpool y en Manchester una cifra que oscilaba entre la mitad y una tercera parte de la población obrera era irlandesa.

[65] Engels, *op. cit.*, pp. 125-126; Cooke Taylor, *op. cit.*, pp. 153-155; *Newcastle Chronicle*, «Inquiry into the Condition of the Poor», Newcastle, 1850, pp. 32, 56. Véase también Dodd, *op. cit.*, pp. 181, 186.

[66] Vendedor ambulante de azúcar cande. *(N. de la T.)*

[67] Fynes, *op. cit.*, p. 19; Thomas Burt, *Autobiography*, 1924, p. 34; T. A. Devyr, *The Odd Book of the Nineteenth Century*, New York, 1882, pp. 184-185.

Este no es el lugar adecuado para repetir la espantosa historia del empobrecimiento de la población irlandesa durante la primera mitad del siglo XIX. Pero los infortunios que afligieron a Irlanda provinieron menos del desastre de la patata que de las consecuencias de una contrarrevolución que tuvo lugar después de la despiadada represión de la rebelión de los Irlandeses Unidos (1798) y fue mucho más salvaje que cualquiera de las que se hicieron en Inglaterra; y de las consecuencias políticas, económicas y sociales de la *Act of Union* (1800). En 1794, un eclesiástico de la Iglesia de Irlanda, llamado William Jackson, que actuaba como mediador entre William Rowan, de los Irlandeses Unidos, y los franceses, fue detenido en Dublín en posesión de un documento que explicaba en términos generales la posición de Irlanda y las esperanzas de apoyo en el caso de una invasión francesa. La estimación —equivocada— de la población de Irlanda era de 4.500.000 habitantes,[68] de los cuales se suponía que 450.000 eran anglicanos, 900.000 eran disidentes y 3.150.000 eran católicos. Acerca de los disidentes, «el grupo más ilustrado de la Nación», se decía:

> Son republicanos convencidos, dedicados a la libertad y han estado de acuerdo de manera entusiasta con todas las etapas de la Revolución francesa. Los católicos, la gran mayoría de la población, se encuentran en el punto más bajo de la ignorancia y la necesidad, están dispuestos a cualquier cambio puesto que ningún cambio puede empeorar su situación; todo el campesinado de Irlanda, el más oprimido y afligido de Europa, se puede afirmar que es católico.

Mientras que en Inglaterra los prejuicios antifranceses «unirían a todas las categorías sociales en oposición a los invasores», en Irlanda, «un país conquistado, oprimido e insultado, el mismo nombre de Inglaterra y su poder es universalmente odioso»:

> Los disidentes son enemigos del poder inglés debido a la razón y a la reflexión, los católicos lo son por aborrecimiento del espíritu inglés.
>
> En una palabra, sea debido a la reflexión, el interés, el prejuicio, el espíritu de cambio, la miseria de la mayoría de la nación y sobre todo el aborrecimiento del espíritu inglés, como resultado de la tiranía de cerca de siete siglos, parece haber pocas dudas de que una invasión sería apoyada por la población.[69]

Se puede argumentar que los franceses perdieron Europa no ante Moscú, sino en 1797, cuando sólo una armada amotinada se interponía entre ellos y una Irlanda que estaba en vísperas de la rebelión.[70]

---

[68] El primer censo, en 1821, arrojó una cifra de 6.803.000.
[69] T.S., 11.3510 A (2); *Trial of the Rev. Wm. Jackson*, 1795, pp. 80-81.
[70] Véase E. H. S. Jones, *The Invasion that Failed*, Oxford, 1950.

Pero la invasión, cuando llegó, fue de una índole distinta: fue la invasión de Inglaterra y Escocia por parte de los irlandeses pobres. Y el escrito de Jackson nos recuerda que la emigración irlandesa fue más diferenciada de lo que a menudo se supone. Durante los años anteriores y posteriores al 98, los disidentes del Ulster, que era la provincia más industrializada, no eran los más leales, sino los más «jacobinos» de los irlandeses; mientras que sólo después de la represión de la rebelión, *The Castle*[71] fomentó el antagonismo entre los «orangistas» y los «papistas» como medio de mantener el poder. Entre los emigrantes había segadores temporeros procedentes de Connaught, pequeños propietarios de tierra fugitivos de Wexford y artesanos del Ulster, que eran tan distintos unos de otros como los labriegos de Cornualles y los hilanderos de algodón de Manchester: las célebres reyertas de los sábados por la noche se producían más a menudo entre irlandeses e irlandeses, que entre irlandeses e ingleses; tampoco eran enfrentamientos religiosos: las rivalidades de Leinster, Munster y Connaught también se reproducían en los corrales y los patios de Preston y Batley. La inmigración fue llegando por oleadas, una tras otra.[72] Entre 1790 y 1810 todavía había una mezcla considerable de protestantes y personas del Ulster, muchos de ellos gentes de oficios, artesanos, tejedores y obreros del algodón, algunos de ellos partidarios de *Los derechos del hombre*. A medida que se empezaron a sentir los efectos de la competencia económica desigual bajo la Unión, los tejedores de seda y lino y los obreros del algodón abandonaron sus industrias en decadencia por Manchester y Glasgow, Barnsley, Bolton y Macclesfield. En esta oleada llegó el joven John Doherty, que antes de los veinte años había trabajado en una hilandería en Meath, para convertirse en pocos años en el mayor de los líderes de los obreros del algodón del Lancashire.

Desde este momento en adelante se produjo más que nunca una migración católica y campesina. La *yeomanry* del Lincolnshire, señalaba un periódico en 1811, «no ha dejado de invitarles, durante muchos años, mediante un anuncio público». Esto hacía referencia a los migrantes temporeros, los segadores cuyo «espíritu de ardua laboriosidad» se elogiaba frente al «codicioso» labriego del Lincolnshire, «que está deseoso de obtener salarios excesivos a costa de la necesidad del agricultor, y a quien no satisface la paga de una guinea al día, en el punto culminante de la estación», y al que además se le reconvenía por mirar con envidia al «ayudante irlandés».[73] A medida que las rutas

[71] Se refiere al Castillo de Dublín, sede de la corte virreinal y de la administración. Se sobreentiende, en términos políticos, a la autoridad y los funcionarios que administraban el gobierno de Irlanda. *(N. de la T.)*

[72] Respecto de la considerable colonia irlandesa en el Londres del siglo XVIII, véase M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, pp. 113 y siguientes.

[73] *Boston Gazette*, en Alfred (21 de septiembre de 1811).

de migración se volvían familiares, más inmigrantes llegaban para quedarse. Sucesivos fracasos en la cosecha de patatas, en particular el hambre de 1821-1822, hicieron que aumentase la migración.

La expulsión masiva de campesinos «propietarios» entre 1828 y 1830 aumentó el número de viajeros en los atestados barcos hacia Liverpool y Bristol. Pero Inglaterra estaba «lejos de ser su Meca, y en realidad era el último lugar al que se hubiesen acercado voluntariamente». Los más afortunados, que podían ahorrar el dinero del pasaje, emigraban hacia Norteamérica y Canadá, y los más indigentes eran los que venían a este país. Una vez aquí, tan pronto como conseguían trabajo hacían esfuerzos heroicos para hacer envíos de dinero hacia Irlanda, y a menudo para ahorrar la pequeña suma necesaria para traer a los familiares y reunir a la familia en Inglaterra.[74]

Las condiciones que la mayor parte de los inmigrantes de la posguerra dejaban detrás de ellos eran, en el lenguaje de los *Blue Books*, insuficientes para mantener «las exigencias más comunes para vivir»:

> Sus viviendas son tugurios miserables, varias personas de una misma familia duermen juntos sobre la paja o sobre el suelo desnudo (...) Su comida consiste por lo común en patatas a secas, y con las patatas se ven (...) obligados a hacer sólo una comida al día (...) A veces consiguen un arenque, o un poco de leche, pero nunca comen carne excepto en Navidad, Pascua y Carnaval.[75]

Esta parte de su historia es conocida, puesto que eran la mano de obra más barata de la Europa occidental. Una página tras otra, los *Blue Books* que tratan de las condiciones sanitarias, los delitos, las viviendas, los tejedores de telar manual, están repletos de relatos sobre la miseria que los irlandeses traían consigo hacia Inglaterra: de sus viviendas en los sótanos, la escasez de su mobiliario y sus camas, las basuras delante de las puertas, el hacinamiento, la presión a la baja sobre los salarios de la mano de obra inglesa. No es necesario subrayar lo útiles que eran para los empresarios en este último aspecto. Un fabricante de seda de Manchester declaraba, «en el momento que hay una huelga y necesito conseguir mano de obra con urgencia, envío a buscar a Irlanda diez, quince o veinte familias».[76]

Pero la influencia de la inmigración inglesa fue más ambivalente y más interesante que todo esto. Paradójicamente, el mismo éxito de las presiones que efectuaron los cambios en la configuración del carácter del obrero inglés creó la necesidad de una fuerza

[74] Para la migración en general, véase Redford, *op. cit.*, pp. 114 y siguientes; para un resumen excelente de sus causas económicas y sociales, véase E. Strauss, *Irish Nationalism and British Democracy*, 1951, en especial los caps. 9 y 10.

[75] *Third Report of the Commissioners for Inquiring into the Condition of the Poorer Classes in Ireland*, 1836, p. 3.

[76] *Report on the State of the Irish Poor in Great Britain*, 1836, p. VII.

de trabajo adicional que no estuviera moldeada por la disciplina del trabajo industrial. Como hemos visto, esta disciplina exigía una dedicación metódica regular, unas motivaciones internas de seriedad, previsión y estricto cumplimiento de los contratos; en resumen, un gasto de energía controlado en los empleos cualificados o semicualificados. Por contraste, las tareas manuales pesadas que estaban en la base de la sociedad industrial exigían un pródigo gasto de pura energía física: una alternancia de trabajo intenso y relajación bulliciosa que corresponde a los ritmos de trabajo preindustriales, y para los cuales no era adecuado el artesano o el tejedor inglés, tanto debido a su debilidad física como a su temperamento puritano.

Así pues, la mano de obra irlandesa era esencial para la Revolución industrial, no sólo —y quizá no en primer lugar— debido a que era «barata» —el trabajo de los tejedores y jornaleros agrícolas era en verdad bastante barato—, sino porque el campesinado irlandés había escapado a la impronta de Baxter y Wesley. Desmoralizados en Irlanda por una economía que les situaba por debajo de la subsistencia o por el *conacre system*[77] —mediante el cual quedaban reducidos a una semiesclavitud ante los labradores, a cambio de utilizar una pequeña parcela de patatas—, habían adquirido una reputación de letargo y poca seriedad. La energía no recibía incentivos en una tierra en la que al buen arrendatario se le penalizaba duplicándole la renta. En Inglaterra eran capaces de realizar hazañas asombrosas, y mostraban:

> buena voluntad, presteza y perseverancia en los tipos de trabajo no cualificados más duros, molestos y desagradables, como, por ejemplo, ayudar a los canteros, albañiles y yeseros, excavar tierra para puertos, muelles, canales y carreteras, transportar bultos pesados, cargando y descargando barcos.

El doctor Kay, que investigó el valor de la mano de obra irlandesa entre los patronos del Lancashire en 1835, descubrió que preferían a los obreros ingleses en todas las tareas cualificadas, porque tenían «aquella perseverancia regular que el trabajo fabril exige en particular». «Los ingleses son trabajadores más regulares, limpios y hábiles y son más de fiar por lo que se refiere al cumplimiento de los contratos que se hacen entre señor y criado.» Aunque en la industria del algodón había empleados miles de irlandeses, «pocos, si es que había alguno (...) trabajaban alguna vez en los procesos superiores (...); casi todos se encuentran en talleres de preparación de la fibra para la hilatura». Casi ninguno llegaba a ocupar «puestos

[77] Tipo de contrato por temporada. *(N. de la T.)*

de confianza», y muy pocos «alcanzaban la categoría de hilanderos». Por otra parte, en las tareas no cualificadas la situación era la contraria. Un patrono de Birmingham en 1836 testimoniaba lo siguiente:

> Los peones irlandeses trabajarán siempre (...) Les considero trabajadores muy valiosos y no podríamos arreglárnoslas sin ellos. Si se les trata con amabilidad, harán cualquier cosa por ti (...) Un inglés no podría hacer el trabajo que ellos hacen. Cuando les ayudas tienen un deseo de complacer que los ingleses no tienen; preferirían morir debajo de cualquier cosa antes que ser golpeados; preferirían trabajar duramente hasta extenuarse antes de que otro hombre les sobrepasase.

«Es necesario vigilarles más, hablan más en el trabajo.» Con ellos a menudo son más eficaces los incentivos personales que los económicos; puesto que eran personas de buen carácter, trabajaban mejor para patronos afables que les fomentasen la emulación mutua. «Los irlandeses son más violentos e irritables, pero son menos tercos, taciturnos y voluntariosos que los ingleses.» Era fácil abusar de su generosidad y su carácter impulsivo; es literalmente cierto que «preferirían morir (...) antes que ser golpeados». «En su propio país tienen fama de ser perezosos y negligentes en extremo, después de cruzar el canal se convirtieron en un modelo de laboriosidad y espíritu emprendedor.» Tanto si trabajan a destajo como en cuadrillas, en los muelles o de peones camineros, «ceden a la tentación de trabajar en exceso y de arruinar su salud y su fuerza física en pocos años. Este es el caso de los mozos de cuerda, los cargadores de carbón y muchos de los peones corrientes de Londres», que eran irlandeses en una proporción elevada. Un observador en los muelles de Liverpool señaló de qué forma se cargaba la avena en un barco:

> Esos hombres —la mayoría de los cuales eran irlandeses— recibían de un golpe los sacos llenos sobre sus hombros, a medida que la grúa los bajaba, y los transportaban a través de la calle. Proseguían su pesada tarea a lo largo de las horas de trabajo de un día de verano a un ritmo uniforme e infatigable, manteniendo un trote de al menos cinco millas a la hora, ya que la distancia del barco al almacén es de cinco yardas completas (...) Haciendo este trabajo un buen peón ganaba, cobrando 16 d por saco, diez chelines al día; de modo que, en consecuencia, hacía setecientos cincuenta viajes (...) cargando a su espalda, en la mitad de la distancia, un saco lleno de avena, recorriendo así una distancia de (...) cuarenta y tres millas.

Hacia la década de 1830, algunos tipos de trabajo habían pasado totalmente a manos de los irlandeses, puesto que los ingleses o bien

se negaban a hacer tareas bajas y desagradables, o no podían seguir el ritmo de trabajo.[78]

De ese modo, los patronos obtenían, a un nivel excepcional, lo mejor de una oferta de trabajo que pertenecía al mundo preindustrial e industrial. El obrero disciplinado en el fondo detestaba su trabajo; la misma configuración del carácter que hacía posible la aplicación y la cualificación levantaba a la vez barreras de dignidad que no les hacían sumisos ante las tareas sucias o degradantes. Un patrono de la construcción, al explicar por qué los irlandeses estaban confinados al papel de trabajadores no cualificados, aportaba información:

> Casi nunca tienen habilidad manual; no profundizan en los temas; su conocimiento es rápido, pero superficial; no son buenos *mill-wrights* o mecánicos, o cualquier otra cosa que requiera reflexión (...) Si se pone un proyecto en manos de un irlandés, es necesario vigilarle constantemente, de otro modo saldrá mal, o más probablemente no se hará.

Esto se debía más a la «falta de aplicación» que a cualquier «incapacidad natural»; era un defecto de tipo «moral» y no «intelectual»: «Un hombre que no se preocupa por el mañana y que sólo vive para el momento presente, no puede someter a su espíritu a una severa disciplina y hacer esos esfuerzos pacientes y fatigosos que debe hacer un buen trabajador manual»[79] El *Report on the State of the Irish Poor in Great Britain*, que es uno de los ensayos sociológicos más impresionantes entre los que hay en los *Blue Books* de los años treinta, llega a la siguiente conclusión:

> La emigración irlandesa a Gran Bretaña es un ejemplo de población menos civilizada que se acomoda, como una especie de substrato, por debajo de una comunidad más civilizada; y sin sobrepasarla en ninguna rama de la industria, obtiene posesión de todos los sectores más bajos del trabajo manual.

Los empresarios lo encontraban «ventajoso», como observó un patrono de las *Potteries*, «puesto que la población nativa está empleada por completo en los trabajos más creativos y que requieren mayor habilidad». Sin embargo, desde el punto de vista de muchos patronos la inmigración «no ha sido un beneficio limpio». Porque los irlandeses mostraban la misma exuberancia e indisciplina

[78] *Report on the State of the Irish Poor in Great Britain*, 1836, pp. V, VII-IX, XXX-XXXI; Strauss, *op. cit.*, cap. 14, «The Irish in Great Britain»; *First Annual Report Poor Law Commissioners*, 1836, pp. 305-306; G. C. Lewis, *Remarks on the Third Report of the Irish Poor Inquiry Commissioners*, 1837, p. 24; John Wade, *History of the Middle and Working Classes*, pp. 242-243; sir G. Head, *A Home Tour of Great Britain*, 1835, pp. 190-191.

[79] *Report on the State of the Irish Poor in Great Britain*, pp. IX, XXX-XXXI.

en los momentos de descanso que en el trabajo. «Un gran número de los obreros irlandeses que trabajan en las ciudades fabriles (...) gastan sus ingresos del siguiente modo»:

> El sábado por la noche, cuando reciben sus salarios, en primer lugar pagan la cuenta en la tienda (...) y el alquiler (...) y cuando han pagado sus deudas, se van a beber tanto alcohol como les permite lo que les queda del salario. El lunes por la mañana, no tienen ni un penique.

Mantenían un «nivel de vida fijo, un poco superior al que tenían en su propio país», pero carecían de las virtudes puritanas de la economía y la sobriedad, así como de la aplicación y la previsión. Cada sábado por la noche las calles de Manchester, Liverpool y otras ciudades manufactureras eran ocupadas por cientos de irlandeses borrachos y pendencieros.

Además, las virtudes y los vicios de los irlandeses eran, por multitud de cosas, los opuestos a los de los disciplinados artesanos ingleses. Los irlandeses despreciaban, ora con violencia, ora con buen humor, la autoridad inglesa. No sólo eran las leyes y la religión de unos gobernantes extranjeros, sino que no existían sanciones comunitarias que convirtieran en motivo de vergüenza los procesos en los tribunales ingleses. Si se les trataba bien, decía un patrono, eran dignos de confianza: «Si descubren a uno de ellos cometiendo un pequeño hurto, los otros le harán el vacío.» Pero si se sabe de un irlandés que comete raterías con un patrono o agricultor impopular o que se niega a pagar el alquiler, no sólo recibe la autorización de sus compatriotas, sino su fuerza colectiva. Un patrono del algodón de Manchester declaraba que «no existe conducta temeraria de la que no hagan alarde alguna vez». Aunque estaban peleando continuamente entre ellos, se volvían como un solo hombre cuando uno de ellos era atacado por uno distinto a ellos. Cualquier intento de confiscar alambiques de destilación de alcohol conducía a guerras de chafarotes y ladrillos, en las que las mujeres irlandesas no se quedaban atrás. En la Pequeña Irlanda de Manchester, los intentos de cumplir sentencias legales referentes a alquileres, deudas o impuestos, se tenían que llevar a la práctica como pequeñas acciones militares contra la población en orden de batalla. «Es extremadamente peligroso —decía el representante de la policía de Manchester en 1836— ejecutar una orden en una fábrica en la que están empleados muchos irlandeses; éstos tirarán ladrillos y piedras contra las cabezas de los agentes a medida que suban la escalera.» Y el inspector de vigilancia de Manchester testimoniaba que:

Para detener a un irlandés en las zonas irlandesas de la ciudad, nos vemos obligados a disponer de diez, veinte o más guardianes. Aparece todo el vecindario armado; incluso las mujeres, medio desnudas, trasladan trozos de ladrillo y piedras para que los hombres los lancen. Un hombre resistirá, luchando y esforzándose, para ganar tiempo hasta que sus amigos recojan dinero para el rescate.[80]

Esos irlandeses no eran ni estúpidos ni bárbaros. Mayhew subrayaba a menudo su generosidad, sus «capacidades de expresión oral y su rapidez de percepción». Tenían un sistema de valores distinto al del artesano inglés; y uno tiene la sensación de que, cuando escandalizaban el decoro inglés, a menudo se divertían y hacían el papel de traviesos. Con frecuencia, recordaba un abogado de Bolton, cuando los sentaban en el banquillo de los acusados se hacían los locos, y presentaban a un tropel de paisanos como «testigos de su conducta», entonces mostraban un conocimiento minucioso de los procedimientos legales en sus sofismas y mareaban a los magistrados con su labia. La misma indiferencia por la veracidad convertía a muchos de ellos en mendigos consumados. Generosos como eran unos con otros, sólo ahorraban dinero para un proyecto concreto: emigrar a Canadá o casarse. Eran capaces de «ahorrar penique tras penique» durante años, para traer a sus esposas e hijos, hermanos y hermanas a Inglaterra; pero «no ahorrarán para impedir que ellos o sus hijos lleguen a la degradación de la beneficencia». Como vendedores callejeros se mantenían en los estratos más bajos, como baratilleros o traperos; su temperamento, comentaba Mayhew escuetamente, no estaba adaptado a «comprar en el mercado más barato y vender en el más caro». Respecto de las *Poor Laws* inglesas mantenían una alegre actitud de rapiña. Se aprovechaban de las anticuadas *Settlement Laws*, paseando en coches arriba y abajo del país jugando con las parroquias —y ¿quién iba a saber si Manchester era o no era la parroquia de origen de Paddy M'Guire?— y escapándose de la carreta del inspector cuando la parada les parecía agradable. Aceptaban la beneficencia parroquial «sin el menor asomo de vergüenza».[81]

Este era un elemento perturbador en la comunidad obrera en formación: un flujo aparentemente inextinguible de refuerzos para guarnecer los baluartes de Satán. En algunas ciudades, los irlandeses se encontraban parcialmente segregados en sus propias calles y barrios. En el Londres de 1850, Mayhew les encontraba en el laberinto de callejuelas cercanas a Rosemary-Lane, en cuyos recodos se

[80] *State of the Irish Poor in Great Britain*, pp. x, xvi-xvii, xx: *First Report of the Constabulary Commissioners*, 1839, pp. 167-169.

[81] H. M. Richardson, *Reminiscences of Forty Years in Bolton*, Bolton, 1885, pp. 129-131; Mayhew, *op. cit.*, I, pp. 109-121.

podían ver «golfillos despeinados, corriendo por los charcos con los pies desnudos, y muchachas sin cofia acurrucadas en sus manteletas y recostadas en los quicios de las puertas». En los sótanos de Manchester y Leeds había una segregación similar. Y también había una segregación de tipo religioso. En 1800, el número de población obrera nativa que pertenecía a la fe católica era minúsculo. La iglesia católica vio pruebas de un plan divino para recuperar Inglaterra para la Fe en la inmigración irlandesa; y dondequiera que fuesen los irlandeses, les seguían de cerca los sacerdotes. Además, este sacerdocio irlandés era más pobre y estaba más cercano al campesinado que cualquier otro que hubiese en Europa. Con una media de ingresos que se ha estimado en 65 libras al año, vivían en un sentido literal a expensas de su grey, comiendo en las casas de sus feligreses y dependiendo de su buena voluntad. Decía el obispo protestante de Waterford:

> El sacerdote debe seguir el impulso de la oleada popular, o ser abandonado en la playa para perecer (...) *Vive conmigo y como yo; no me oprimas con una sabiduría o un refinamiento superior, coge con gratitud lo que tenga a bien darte, y gánatelo estando de acuerdo con mi credo político o mi conducta.* Este (...) es el lenguaje del *cottager* irlandés hacia su sacerdote.

El obispo católico de Waterford lo confirmaba en una amonestación sorprendente a sus eclesiásticos en 1797:

> No permitáis que os conviertan en instrumentos de los ricos de este mundo, que intentarán (...) convertiros en instrumentos para oprimir a los pobres, sólo para sus fines temporales (...) Los pobres siempre han sido vuestros amigos, siempre estuvieron firmemente de vuestra parte y siguieron su religión, incluso en los peores momentos. Compartieron con vosotros y con vuestros predecesores su escasa comida (...) Si hubiesen (...) imitado la conducta de los ricos, que no sólo os cerraron sus puertas, sino que a menudo os persiguieron como si fueseis bestias salvajes, hoy no podría dirigirme al importante grupo actual de clérigos que se encuentran bajo mi autoridad espiritual.

Una iglesia que había proporcionado un sacerdote para cabalgar a la cabeza de los insurrectos en Wexford, y otro —O'Coigly— para sufrir en el patíbulo en Inglaterra, era una iglesia profundamente comprometida con las aspiraciones nacionales del campesinado. Los treinta años posteriores a 1810, Daniel O'Connell intentó que el clero, sobre todo a través de la Asociación Católica, desempeñara un papel auxiliar en la agitación política. Cuando los irlandeses pobres fueron a Inglaterra, el clero utilizó todos los medios a su alcance —un ministerio entregado y con un conocimiento del

espíritu de sus feligreses que ningún clérigo inglés podía igualar, el terror psicológico, la ayuda financiera y la exacción financiera, la presión sobre los familiares, el consuelo en la desgracia— para mantener el dominio sobre su grey; y para ello confiaron en la única forma de evangelismo apropiado para tener éxito en la Inglaterra protestante: la tasa de natalidad. Los descargadores de carbón, los peones camineros y los vendedores ambulantes ingleses eran, muchos de ellos, «paganos», sus análogos irlandeses asistían a misa. El sacerdote era la única autoridad hacia la cual los peones irlandeses mostraban algún respeto. En Bolton, un canónigo católico pudo dominar un motín, durante un sábado por la noche, cuando los magistrados habían fracasado en el intento. Cuando Mayhew acompañaba a un sacerdote durante el recorrido por su grey:

> Por todas partes salía gente corriendo para saludarle (...) Las mujeres se agolpaban en los umbrales de sus puertas y se acercaban silenciosamente desde los sótanos saliendo por las trampillas, simplemente para hacerle una reverencia (...) Incluso cuando el sacerdote andaba por la calle, los muchachos que corrían a toda velocidad se paraban en seco para que les tocase el pelo.[82]

Ciertamente, para muchos de los emigrantes el poder del cura aumentó. Después del violento desarraigo que habían sufrido, el cura era el último punto de referencia respecto de su antiguo modo de vida. Instruido, pero no lejano por lo que se refiere a la clase social, libre de la identificación con los patronos y las autoridades inglesas, conociendo algunas veces el gaélico, el cura viajaba con mayor frecuencia entre Inglaterra e Irlanda, traía noticias de la tierra y a veces de los familiares, se le podían confiar envíos, ahorros o mensajes. De ahí que la tradición cultural más perdurable que aportó el campesinado irlandés —hasta la tercera o cuarta generación— a Inglaterra, fuera la de una iglesia nacionalista y semifeudal. En los sótanos más miserables, se podían encontrar todavía algunos de los *hocus-pocus*[83] del romanismo, los cirios, el crucifijo y «las llamativas estampas coloreadas de santos y mártires» junto con la estampa de O'Connell, el «Liberador». Por contraste, la herencia enormemente rica de canción y folclore irlandés pereció en muchos casos con la primera generación. Los inmigrantes debieron continuar con las costumbres de sus pueblos durante un tiempo, haciéndose visitas en las casas de unos y otros «donde bailaban y recitaban con denuedo». Pero sus hijos abandonaron el violín, la gaita y el gaélico.

[82] *Ibíd.*, I. p. 12: E. Wakefield, *An Account of Ireland*, 1812, II, p. 557; Halévy, *op. cit.*, III, pp. 93-95; doctor Hussey, *Pastoral Letter to the Catholic Clergy*, Waterford, 1797.

[83] Conjuro o fórmula mágica que a veces hace alusión a una derivación de *hoc est Corpus*. (N. de la T.)

Si bien en algunas ciudades los irlandeses se encontraban segregados, jamás fueron reducidos a *ghetto*. Hubiese sido difícil convertir en minoría sometida a un pueblo que hablaba el mismo lenguaje y eran ciudadanos británicos según el *Act of Union*. Se produjeron gran cantidad de matrimonios mixtos. Y lo que es notable no son los roces, sino la relativa facilidad con que los irlandeses fueron absorbidos en las comunidades obreras. Por supuesto, hubo muchos alborotos, en especial en aquellos lugares donde el trabajo inglés e irlandés no cualificados entraban en una competencia directa: en la industria de la construcción o en los muelles. En las décadas de 1830 y 1840 tuvieron lugar batallas campales, con víctimas mortales, entre los peones del ferrocarril. En particular, en Londres, el sentimiento anticatólico y anti-irlandés siguió siendo fuerte; en la larga contienda parlamentaria para la Emancipación Católica (1800-1829), cada etapa tuvo lugar con un trasfondo de octavillas y baladas, y en fecha tan tardía como 1850 el nombramiento de obispos católicos provocaba la quema de efigies y el grito de «agresión papal». Mayhew conoció a «charlatanes» y «cantores» que consideraban que un buen parloteo antipapal era tan lucrativo como un buen asesinato:

> Monjes y monjas y bufones que os mantenéis a flote,
> No oiremos más la eterna canción de las bulas,
> ¡Animo! y gritad ¡Abajo el Papa!,
> ¡Y su obispo el cardenal Wiseman![84]

Pero ninguno de los cantos o letanías que Mayhew recogió contenía ninguna referencia a los irlandeses. Muchos recordaban el folclore de las quemas de Smithfiels y el sentimiento nacional, en la línea de «La Réplica del Viejo Inglés John Bull a la Bula Papal de Roma».[85] Los habitantes de los sótanos de Rosemary-Lane difícilmente podían incluirse en el folclore de la agresión extranjera.[86]

Por el contrario, había muchas razones a favor de que el radicalismo inglés o el cartismo, y el nacionalismo irlandés hiciesen causa común, aunque la alianza jamás se vio libre de tensiones. El antagonismo apenas podía adoptar formas racistas en el ejército, la armada o en las ciudades fabriles del norte, en todos los cuales los irlandeses luchaban o trabajaban codo con codo con otras víctimas que eran compañeros ingleses. Desde los tiempos

[84] *Monks and Nuns and fools afloat, / We'll have no bulls shoved down our throat, / Cheer up and shout down with the Pope, / And his bishop cardinal Wiseman.*

[85] La frase del original es: «*Old English John Bull's Reply to the Papal Bull of Ronnie.*» En inglés *bull* significa a la vez «toro» y «bula». (*N. de la T.*)

[86] Mayhew, *op. cit.*, I, pp. 243, 252-253.

de los Irlandeses Unidos y la época en que los irlandeses con sus cachiporras habían ayudado a defender la casa de Thomas Hardy, se había mantenido una alianza política consciente. Los reformadores ingleses, en general, apoyaban la causa de la Emancipación Católica. Durante años, sir Francis Burdett fue su principal líder parlamentario, mientras que Cobbett promovía la causa, no sólo en el *Political Register*, sino también en su obra, creadora de mitos, *History of the Protestant Reformation in England* (1823), en la que el origen de la «Vieja Corrupción» y de *The Thing* se remonta a la expoliación de monasterios y fundaciones caritativas por parte de los Tudor. Los propagandistas radicales también mantenían vivos los recuerdos de la salvaje represión de 1798, y Hone, Cruikshank y Wooler acosaron sin piedad a Castlereagh —el llamado «triángulo Derry-Down»— por su complicidad en torturas y palizas. Roger O'Connor, el padre de Feargus, era íntimo amigo de Burdett y fue propuesto, a la vez que Burdett, para ser candidato junto con él por Westminster. En 1828, los irlandeses radicales y contrarios a O'Connell de Londres formaron una Asociación para la Libertad Civil y Política, que contaba con el apoyo de Hunt y Cobbett, que cooperaba estrechamente con los radicales ingleses avanzados y que fue una de las precursoras de la Unión Nacional de las Clases Trabajadoras (1830), precursora a su vez de la Asociación Cartista de Obreros de Londres (1836).[87]

Así pues, se da una sucesiva alianza clara entre el nacionalismo irlandés y el radicalismo inglés, entre 1790 y 1850, avivada y confundida a veces por las fortunas de la familia O'Connor. Pero en las Midlands y en el norte, la influencia de la inmigración irlandesa era menos explícita. Durante más de veinte años después de 1798, un condado irlandés tras otro fueron barridos por disturbios agrarios, en los que las sociedades secretas —Trilladores, Caravats, Shanavests, Tommy Downshires, Carderos, Tejedores de cintas y los últimos Molly Maguires— empleaban diversas formas de terrorismo para defender los derechos de los arrendatarios, mantener bajas las rentas y los precios, resistir a los diezmos o expulsar a los terratenientes ingleses. En 1806, los Trilladores prácticamente controlaban Connaught, en 1810 los belicosos Caravats y Shanavests

[87] Véase, por ejemplo, el *Political Register* de Sherwin (19 y 26 de julio de 1817); el *Reformists' Register* de Hone (19 de julio de 1817); el *Political Register* de Cobbett (17 de enero de 1818); *Cap of Liberty* (8 de septiembre de 1819); Cole, *Life of William Cobbett*, 1924, pp. 308-309; D. Read y E. Glasgow, *Feargus O'Connor*, 1961, pp. 12-14, 19. La conexión de Roger O'Connor con el movimiento inglés se vio complicada por su pretensión de ser el rey legítimo de Irlanda (pretensión que heredó Feargus). La propuesta de Roger de presentarse por Westminster la refutó Cobbett en los siguientes términos: «No, no queremos una multitud de familias reales; la familia real que tenemos es completamente suficiente para satisfacer a cualquier nación que no carezca de toda conciencia.»

estaban activos en Tipperary, Kerry, Waterford; en 1813, los disturbios se extendieron hasta Meath, King's County y Limerick; mientras que durante el hambre de la patata de 1821-1822 los disturbios se extendieron por Munster, Leinster y partes de Connaught. Por todas partes enseñoreaban la ley de las armas, la toma de rehenes por ambas partes para ejecutarlos, las enemistades locales, el robo de armas, las colectas de dinero forzosas: las contenidas aguas del odio agrario se desbordaban en un lugar tan pronto como habían sido castigadas en otro por medio de ejecuciones y deportaciones. Las zonas rurales mostraban —se lamentaba en 1811 el procurador general de Irlanda— las «formidables consecuencias de un campesinado armado y una *gentry* desarmada». El *Lord Chief Baron* declaraba, al sentenciar a muerte a un muchacho, que apenas tenía diez años, por haber robado armas: «¿Se puede soportar que aquellas personas que durante el día trabajan, legislen por la noche? ¿Que aquellos que cultivan el suelo durante el día, promulguen leyes por la noche para gobernar el país?» Muchos inmigrantes, como Thomas Devyr de Donegal —que llegó a ser secretario de la *Chartist Northern Political Union*, estaban acostumbrados, en su juventud, a oír la «pesada marcha» de los hombres «en formación semimilitar» por las calles del pueblo durante la noche.[88]

No podemos citar biografías reales —¿qué irlandés hubiese confesado, ante un tribunal inglés, que había pertenecido a los Carderos o a los *Levellers*?—, pero, sin duda, algunos inmigrantes trajeron con ellos las tradiciones de estas organizaciones secretas. Su influencia se pondrá de manifiesto en los años 1800-1802 y durante los años luditas.[89] El movimiento rápido de hombres con los rostros tiznados por las noches, el robo de armas, el desjarretado de caballos y reses: esos eran métodos para los cuales muchos irlandeses habían tenido un entrenamiento. Además, la existencia de colonias irlandesas en todas las ciudades fabriles favorecía la comunicación rápida. Contribuían a la natural francmasonería de los desheredados; si bien los irlandeses estaban siempre prestos para pelearse, también lo estaban para ayudarse unos a otros.

Muchos de los campesinos trajeron consigo la herencia revolucionaria que habían recibido, pero no ocurrió lo mismo con los sacerdotes. La Iglesia no tenía deseo alguno de atraer la atención sobre la minoría católica creciente en Gran Bretaña o de hacer recaer sobre ella prohibiciones adicionales. En la década de 1830, la política de los sacerdotes no iba más allá de la lealtad hacia

[88] Véase Halévy, *op. cit.*, II, pp. 28-30; Wakefield, *op. cit.*, II, pp. 763 y siguientes; Strauss, *op. cit.*, pp. 88-89; Procesos de los Caravats y Shanavests, en Howell, *State Trials*, 1823, XXXI, pp. 419, 423, 464; Devyr, *op. cit.*, pp. 93, 101.
[89] Véase, más adelante, en especial las pp. 644-647.

O'Connell; y O'Connell, que había abandonado a los muy pequeños propietarios en Irlanda a cambio de su libertad, que votó en contra del proyecto de ley de las diez horas, y que aturdió y confundió a los paisanos más críticos que vivían en Inglaterra con su egoísmo, su realismo retórico y sus continuas entradas y salidas de los *whigs*, ilustra la alianza entre el nacionalismo irlandés y el radicalismo inglés en su punto más débil. De este modo, sola entre las iglesias de Inglaterra, la Iglesia católica no dio lugar a que clero «inconformista» alguno llegara a ser destacado en los movimientos radicales nacionales. Y aunque los obreros irlandeses estaban prestos a ingresar en organizaciones, la mayoría de ellos trabajaban en oficios no cualificados en los que el sindicalismo era más débil. Por lo tanto produjeron pocos líderes destacados en el movimiento inglés. John Doherty, con su tenaz interés por la organización de las *trade unions* y con su adopción consciente de algunos de los métodos organizativos de O'Connell para la Asociación Nacional para la Protección del Trabajo, 1829, fue una excepción. La influencia irlandesa es más notable en la actitud rebelde de las comunidades y los lugares de trabajo; en su reto hacia la autoridad, en el uso de la amenaza de la «fuerza física» y negarse a dejarse intimidar por las restricciones del constitucionalismo. Los irlandeses, admitió un sacerdote católico en 1836, eran «más propensos a participar en las *trade unions*, organizaciones y sociedades secretas que los ingleses». «Siempre son los oradores y los líderes de grupo», afirmaba otro testigo. Engels consideraba que «el temperamento irlandés vivo y apasionado» era el precipitado que llevaba a los obreros ingleses, más disciplinados y reservados, al punto de la acción política:

> la mezcla del temperamento irlandés, más ligero, excitable y orgulloso, con el inglés, más estable, racional y perseverante, a la larga deberá tener buenos resultados para ambos. El brutal egoísmo de la burguesía inglesa hubiese mantenido su dominio sobre la clase obrera inglesa de forma mucho más firme si la naturaleza irlandesa, generosa hasta el exceso y regida básicamente por el sentimiento, no hubiese intervenido y suavizado el frío y racional carácter inglés, en parte mediante la mezcla de las razas, en parte por el contacto de la vida cotidiana.[90]

Podemos poner en cuestión el lenguaje de Engels que habla de «naturaleza» y «raza». Pero sólo es necesario sustituir tales términos para descubrir que su opinión es válida. En una época en la que la mecánica de precisión coexistía con la construcción de túneles a pico y pala, era una ventaja para los patronos poder encontrar

[90] *Report on the State of the Irish Poor*, p. XXIII; Strauss, *op. cit.*, pp. 125-130; Engels, *op. cit.*, p. 124. Véase también Rachel O'Higgins, «The Irish Influence in the Chartist Movement», *Past and Present*, XX (noviembre, 1961), pp. 84-85.

ambos tipos de trabajo, pero el precio que tuvieron que pagar fue la confluencia del radicalismo político sofisticado con una actitud revolucionaria más primitiva y exaltada. Esta confluencia tuvo lugar en el movimiento cartista; y cuando Feargus O'Connor rompió con O'Connell y Bronterre O'Brien adaptó el socialismo de la nacionalización de la tierra a las condiciones inglesas, amenazó con suponer un peligro todavía mayor. En un momento anterior, en la década de 1790, cuando el tío de Feargus, Arthur O'Connor, fue detenido con O'Coigly y Binns en Maidstone, pareció posible unir en una estrategia revolucionaria común el jacobinismo inglés y el nacionalismo irlandés. Si O'Connor hubiese sido capaz de ganarse Irlanda como se ganó el norte de Inglaterra, el movimiento cartista y el de la Joven Irlanda podrían haber llegado a un estallido insurreccional común. Las reservas de la «fuerza moral» cartista por un lado, y la influencia de O'Connell y el clero por el otro, junto con la terrible desmoralización de la Gran Hambre, impidieron que tal cosa ocurriera. Pero esto se sitúa más allá de los límites de este estudio.

IV. Miríadas de la eternidad

Si bien podemos ahora ver con mayor claridad muchos de los elementos que compusieron las comunidades de la clase obrera de principios del siglo XIX, todavía se nos debe escapar la respuesta definitiva a la controversia sobre el «nivel de vida». Porque debajo de la palabra «nivel» siempre encontraremos tanto juicios de valor como cuestiones de hecho. Los valores —tenemos la esperanza de haberlo demostrado— no son «imponderables» que el historiador puede tranquilamente desechar con el razonamiento de que, puesto que no son susceptibles de ser medidos, la opinión de cualquiera es igual de buena que la de cualquier otro. Por el contrario, están también aquellas preguntas referentes a la satisfacción humana y a la dirección del cambio social, preguntas que el historiador debería ponderar, si la historia pretende reivindicar un lugar destacado entre las humanidades.

El historiador, o el sociólogo histórico, se debe interesar de hecho por los juicios de valor de dos formas. En primer lugar, le interesan los valores que realmente tenían los que vivieron durante la Revolución industrial. Los modos de producción antiguos y los nuevos sustentaban, cada uno de ellos, distintos tipos de comunidad con formas de vida características. Los consensos colectivos y las ideas alternativas con respecto a la satisfacción humana estaban en conflicto y, si queremos estudiar las tensiones que de ello se derivaban, no nos faltarán datos.

En segundo lugar, le interesa hacer algún tipo de juicio de valor acerca de todo el proceso que entraña la Revolución industrial, de la cual nosotros mismos somos un producto final. Lo que hace difícil la valoración es nuestra propia implicación. Sin embargo, nos ayudan a conseguir un cierto distanciamiento tanto la crítica «romántica» del industrialismo que procede de una parte de la experiencia, como el recuerdo de la tenaz resistencia gracias a la cual el tejedor de telar manual, el artesano de la ciudad o de las pequeñas poblaciones se enfrentó a esa experiencia y se aferró a una cultura alternativa. A medida que vemos cómo ellos cambian, estamos viendo cómo nosotros hemos llegado a ser lo que somos en la actualidad. Entendemos con mayor claridad lo que se perdió, lo que fue empujado a la «clandestinidad», lo que todavía queda por resolver.

Cualquier evaluación de la calidad de vida debe suponer una valoración de la experiencia de vida completa, de las múltiples satisfacciones o privaciones, tanto culturales como materiales de la población de la que se trate. También desde este punto de vista se debe aceptar la vieja visión «catastrófica» de la Revolución industrial. Durante los años que van de 1780 a 1840, la población británica sufrió una experiencia de pauperismo, incluso en el caso de que se pueda demostrar una pequeña mejora estadística de las condiciones materiales. Cuando sir Charles Snow nos dice que «con una singular unanimidad (...) los pobres han abandonado la tierra por las fábricas con tanta rapidez como las fábricas podían admitirlos», debemos responder, junto con el doctor Leavis, que la «historia real» del «problema humano en su totalidad [fue], de forma patética e incomparable, más complejo que todo eso».[91] Algunos fueron seducidos, desde el campo, por el resplandor y la promesa salarial de la ciudad industrial, pero a sus espaldas se estaba desmoronando la vieja economía aldeana. Se trasladaron menos por voluntad propia que bajo el mandato de compulsiones externas que

[91] C. P. Snow, *The Two Cultures*, 1959; F. R. Leavis, «The Significance of C. P. Snow», *Spectator* (9 de marzo de 1962).

no podían poner en cuestión: las *enclosures*, las guerras, las *Poor Laws*, el declinar de las industrias rurales, la actitud contrarrevolucionaria de sus gobernantes.

El proceso de industrialización es necesariamente doloroso. Supone la erosión de los modelos de vida tradicionales. Pero en Gran Bretaña se cumplió con una violencia excepcional. No fue mitigado por sentido alguno de participación nacional en un esfuerzo común, como ocurrió en los países que experimentaron una revolución nacional. La ideología predominante fue sólo la de los patronos. Su profeta mesiánico fue el doctor Andrew Ure, que consideraba el sistema fabril como «el gran ministerio de civilización del globo terráqueo», que difundía, «la sangre vivificadora de la ciencia y la religión a las miríadas (...) que todavía estaban sumidas "en la región y la sombra de la muerte"».[92] Pero quienes la llevaron a cabo *no experimentaron* que así fuera, más que aquellas «miríadas» que supuestamente debían beneficiarse con ella. La experiencia de pauperismo se les presentó en cientos de formas diferentes: para los trabajadores del campo, en la pérdida de sus derechos comunales y de los restos de la democracia aldeana; para el artesano, en la pérdida de categoría social de su oficio; para el tejedor, en la pérdida del sustento y de la independencia; para los niños, en la pérdida del trabajo y el juego en casa; para muchos grupos de obreros cuyos ingresos reales aumentaron, en la pérdida de seguridad, de tiempo libre y el deterioro del entorno urbano. R. M. Martin, que prestó declaración ante el Comité de Tejedores de Telar Manual de 1834, y que había regresado a Inglaterra después de estar ausente de Europa durante diez años, se sorprendió ante la evidencia del deterioro físico y espiritual:

> Lo he observado no sólo en las comunidades fabriles, sino también en las comunidades agrícolas rurales; parecen haber perdido su animación, su vivacidad, sus juegos al aire libre, sus deportes aldeanos. Se han convertido en una población sucia, descontenta, miserable, angustiada, conflictiva, sin salud, alegría ni felicidad.

Buscar explicaciones en las que el profesor Ashton ha descrito, de forma correcta, como frases «aburridas» —el «divorcio» del hombre de la «naturaleza» o «la tierra»— es engañoso. Después de la «Última revuelta de los jornaleros», los trabajadores agrícolas del Wiltshire, que se encontraban bastante cerca de la «naturaleza», se vieron en una situación mucho más degradada que las muchachas de las fábricas del Lancashire. Esta violencia tuvo lugar sobre la naturaleza *humana*. Desde un punto de vista, se puede considerar

[92] *Philosophy of Manufactures*, pp. 18-19.

como el resultado de la búsqueda del beneficio, cuando la codicia de los propietarios de los medios de producción se vio liberada de las viejas sanciones y todavía no había sido sometida a las nuevas formas de control social. En este sentido podemos interpretarlo todavía, como hizo Marx, como la violencia de la clase capitalista. Desde otro punto de vista, puede considerarse como una violenta diferenciación tecnológica entre trabajo y vida.

No es ni la pobreza ni la enfermedad, sino el trabajo, el que proyecta la sombra más oscura sobre los años de la Revolución industrial. Es Blake, él mismo artesano de formación, quien nos transmite la experiencia:

Entonces los hijos de Urizen abandonaron el arado y la grada, el telar,
El martillo y el cincel y la regla y el compás (...)
Y convirtieron todas las artes de la vida en artes de la muerte.
Despreciado el reloj de arena porque su simple hechura
Era como el arte del labrador y la noria
Que sube el agua a los aljibes, rotos y quemados
Porque su arte era como el arte de los pastores
Y en su lugar inventaron complejas ruedas, rueda sin rueda,
Para confundir a los jóvenes en su bullicio y obligar al trabajo,
De día y de noche, a las miríadas de la Eternidad, para que alisen
Y pulimenten el latón y el hierro hora tras hora, penosa habilidad,
Tenidos en la ignorancia del uso que podrían
hacer de los tiempos del saber
Trabajando penosamente para obtener una ración insuficiente de pan.
En la ignorancia de ver sólo una pequeña parte y pensar que es el Todo,
Y llamarla demostración, ciegos a las simples reglas de la vida.[93]

A veces parece que estas «miríadas de la Eternidad» hayan sido emparedadas en su trabajo como en una tumba. Sus mejores esfuerzos a lo largo de toda la vida y con el apoyo de sus propias sociedades de socorro mutuo, apenas podrán asegurarles lo que tan alto valor tenía para el pueblo: un «buen entierro». Surgían nuevas

[93] *Then left the sons of Urizen the plow & harrow, the loom, / The hammer & the chisel & the rule & compasses... / An all the arts of life they chang'd into the arts of death. / The hour glass contemn'd because its simple workmanship / Was as the workmanship of the plowman & the water wheel / That raises water into Cisterns, broken & burn'd in fire / Because its workmanship was like the workmanship of the shepherds / And in their stead intricate wheels invented, Wheel without wheel, / To perplex youth in their outgoings & to bind to labours / Of day & night the myriads of Eternity, that they might file / And Polish brass & iron hour after hour, laborious workmanship, / Kept ignorant of the use that they might spend the days of wisdom / In sorrowful drudgery to obtain a scanty pittance of bread, / In ignorance to view a small portion & think that All, / And call it demonstration, blind to all the simple rules of life.*

técnicas, persistían los viejos placeres, pero, sobre todo esto, advertimos la presión general de las largas horas de trabajo insatisfactorio bajo una severa disciplina con fines ajenos. Todos ello estaba en la base de aquella «fealdad» que, como escribió D. H. Lawrence, «traicionó el espíritu del hombre en el siglo XIX».[94] Esta impresión permanece, cuando todas las demás se desvanecen, junto con la de la pérdida de cualquier cohesión experimentada en la comunidad, excepto la que la población obrera, en oposición a su trabajo y a sus patronos, construyó para sí misma.

[94] «Nottingham and the Mining Country», *Selected Essays*, edición de Penguin, pp. 119, 122.

Tercera parte

La presencia de la clase obrera



«La revolución igualadora
[levelution] ha empezado,
Iré a casa a buscar mi pistola,
Y dispararé contra el duque
de Wellington.»

(Canción callejera de Belper)

«El pueblo no suele
prestarse a una rebelión
que sirva para el
lucimiento espectacular
de The Thing.»

William Hazlitt

13
El Westminster radical

El radicalismo popular no desapareció cuando fueron disueltas las sociedades de correspondencia, se suspendió el *hábeas corpus* y se proscribió toda manifestación «jacobina». Simplemente perdió coherencia. Durante años se convirtió en algo inarticulado debido a la censura y la intimidación. Perdió su prensa, su expresión organizada y su mismo sentido de la orientación. Pero a lo largo de las guerras está ahí, como una presencia palpable. Apenas es posible hacer un relato histórico coherente de una presencia incoherente, pero se debe hacer el intento.

En 1797, mientras la represión de Pitt se extendía por todo el país, Grey y Fox promovieron por última vez una moción, en la Cámara de los Comunes, en favor del derecho a voto de los cabezas de familia. Después de esto, Fox y su patricio residuo de *commonwealthsmen*[1] *whigs* abandonaron la Cámara en protesta contra la suspensión del *hábeas corpus* y en oposición a la guerra. Se retiraron a sus mansiones rurales, sus diversiones, su erudición, sus discusiones en Holland House y el Brooks' Club. Ricos e influyentes, no podían ser completamente excluidos de la vida política, puesto que tenían asegurada su presencia por la posesión de *rotten boroughs*[2] que iban en contra de sus propios principios.[3] Después del año 1800 dieron marcha atrás y volvieron a sentarse en sus escaños de la Cámara. Aunque las convicciones democráticas de la mayoría del grupo eran en gran parte especulativas, algunos miembros individuales —sir Samuel Romilly, Samuel Whitbread,

[1] Partidarios de la *Commonwealth* inglesa, es decir de la república de Cromwell. Se les podría denominar republicanos. *(N. de la T.)*

[2] Municipios con derecho a tener representantes en el Parlamento, que habían perdido población y por tanto su anterior importancia. Pero sus propietarios, haciendo uso del antiguo derecho, seguían nombrando representantes parlamentarios. La traducción literal es «burgos podridos», y su significado en castellano no se aleja mucho del inglés. *(N. de la T.)*

[3] Una de las ironías más singulares de la época fue la elección de Horne Tooke, en 1800, como diputado del burgo más podrido de todos: *Old Sarum*. Tooke fue destituido por un motivo técnico: que había sido ministro de la Iglesia.

H. G. Bennet— se mantuvieron una y otra vez en la Cámara para defender las libertades políticas o los derechos sociales. Entre 1797 y 1802, parecía que Fox era el único refugio para la reforma. Aquí y allá se reunían grupos para brindar a la salud de Fox y Grey, para pedir el restablecimiento de las libertades políticas o para solicitar la paz. En Norwich, antiguos jacobinos se encontraban para cosas de este estilo y en 1799 iniciaron «una Reunión Mensual abierta de los Amigos de la Libertad».[4]

Pero la más mínima prueba de la existencia de grupos como éste atraía inmediatamente la atención de los magistrados y el ataque de los propagandistas antijacobinos; entre los cuales uno de los más mordaces era un nuevo periodista, William Cobbett, que había vuelto hacía poco tiempo de los Estados Unidos donde había actuado como polemista antijacobino, y que había sido recompensado por su patriotismo al recibir ayuda de Windham, ministro de la Guerra, para fundar el *Political Register* (1802). Pero si bien los reformadores declarados fueron dispersados o arrojados a la clandestinidad, el descontento general aumentó durante los años que van de 1799 a 1802. El bloqueo continental de Napoleón supuso para Gran Bretaña la paralización de industrias, el desempleo y el alza vertiginosa de los precios de los alimentos. Los fabricantes pedían la paz y recibían el apoyo de una oleada de resentimiento contra las *Assessed Taxes*.[5] Había motines de subsistencia por todo el país. Y hay pruebas que indican la existencia de una clandestinidad insurreccional organizada.[6]

La breve Paz de Amiens, abril de 1802-mayo de 1803, inauguró un nuevo período. Por un tiempo Pitt dio paso a Addington —lord Sidmouth, más adelante—, que fue un primer ministro menos duro, aunque estaba firmemente adscrito a la misma tradición antijacobina y represiva. La guerra había durado casi diez años sin descanso, y la paz fue recibida con iluminaciones y júbilo público. El emisario de Napoleón fue paseado triunfalmente por las calles de Londres. Se destruyó la oficina de Cobbett porque el *Register* daba apoyo a la continuación de la guerra. Algunos *whigs* y reformadores curiosos, incluyendo al mismo Fox, acudieron a París en tropel para ver de cerca la nueva república. El coronel Thornton, que había lanzado a sus regimientos contra la «chusma» de York en 1795, se llevó a París una jauría para la caza del zorro, caballos y un estuche de pistolas como regalo para el Primer Cónsul.

[4] Uno del Pueblo, *The Thirty-Sixth of a Letter to the Society which met at The Angel... to Celebrate the Birth-Day of C. J. Fox*, Norwich, 1799.

[5] Impuestos que gravaban las casas habitadas, los criados varones, los carruajes, los perros, los polvos para el cabello, los escudos de armas, las ventanas, etc. *(N. de la T.)*

[6] Véase más adelante, pp. 514-526.

La paz trajo una elección general, en la que candidatos de ideas políticas avanzadas, con el apoyo de los jacobinos, tuvieron un éxito sorprendente en media docena de distritos electorales. En Kent, donde, en otro tiempo, las sociedades de correspondencia habían tenido mucha fuerza en las ciudades del Medway, un candidato foxita derrotó al diputado que tenía el escaño. En Coventry, después de serios motines, un candidato radical perdió la elección sólo por ocho votos. En Norwich, Windham, el ministro de la Guerra, perdió el escaño y fueron elegidos dos candidatos foxitas con un apoyo jacobino muy activo. En Nottingham se produjeron escenas de extraordinaria excitación cuando salió elegido un reformador con el apoyo de la corporación foxita y la jubilosa muchedumbre. En una procesión triunfante, la orquesta interpretó *Ça Ira* y *La Marsellesa*, se izó la bandera tricolor y, según un folletista antijacobino, «había una figura visible de una mujer, que representaba a la Diosa de la Razón, en un estado de ¡¡¡completa desnudez!!!». La multitud de Nottingham, comentaba Cobbett, era «en todos los aspectos (...) una muchedumbre republicana, revolucionaria». En 1803, el vencedor fue destituido por la Cámara de los Comunes, con el pretexto de que los amotinados habían intimidado a los electores, y se aprovechó la ocasión para reforzar el poder de los magistrados rurales en las ciudades fabriles.[7]

Pero la elección más sensacional tuvo lugar en el Middlesex, antigua circunscripción electoral de Wilkes. Durante los tres años anteriores, se habían sacado a la luz algunos escándalos referentes al «*hábeas corpus* de los prisioneros» de la S. C. L. y los Ingleses Unidos, retenidos sin juicio en la prisión de Coldbath Fields, bajo el régimen del gobernador Aris. Sir Francis Burdett, miembro del Parlamento y amigo de Horne Tooke, recibió una llamada de las víctimas, escrita sobre las guardas de un libro —según relato posterior de Cobbett— con una astilla de madera mojada en sangre. Halló a varios de los prisioneros demacrados, «simples esqueletos humanos», y se hizo cargo de sus casos —en particular del caso del coronel Despard— dentro y fuera de la Cámara de los Comunes. De la noche a la mañana, se convirtió en el héroe de la multitud de Londres, y pronto estalló el grito: «¡Abajo la Bastilla!». En 1802, se presentó por el Middlesex frente al diputado que ocupaba el escaño,

[7] J. Bowles, *Thoughts on the late General Election, as demonstrative of the Progress of Jacobism*, 1802, pp. 3-4; y *Salutary Effects of Vigour*, 1804, p. 141. Los reformadores desmintieron coléricamente a Bowles con respecto a la afirmación de que había una mujer desnuda: véase *Ten Letters on the Late Contested Election at Nottingham*, Nottingham, 1803, pp. 24-25; Sutton, *Date-Book of Nottingham*, p. 244. El secreto reside, quizás, en la referencia a una mujer que había en la procesión y que «iba ataviada con unos ropajes de color salmón o color carne»: *Letter to John Bowles*, Nottingham, 1803, p. 9.

un defensor del ministerio llamado Mainwaring que además era un magistrado asociado al gobernador Aris. La campaña centró la atención del país; John Frost, a quien habían puesto en la picota en 1794, era uno de los representantes de Burdett, y otros antiguos jacobinos y detenidos le ayudaron en su campaña. Cobbett, que todavía era *tory*, lamentaba que:

> La calle que va de Picadilly a las *hustings* en Brentford es una escena de confusión y sedición como jamás se había visto, a no ser en los alrededores de París, en los momentos más terribles de la revolución (...) La calle (...) está llena de infelices harapientos de St Giles que gritan en voz muy alta «Sir Francis Burdett y abajo la Bastilla»; y en las *hustings* diariamente hay media docena de condenados que han cumplido su pena en el correccional, que se dedican a divertir a la chusma diciendo abominaciones sobre el señor Mainwaring.

La victoria de Burdett fue una señal para la iluminación, en una escala casi igual a la de la celebración de la paz. «Esto tendrá consecuencias terribles —se lamentaba Cobbett—, envalentonará y hará crecer la parte turbulenta y deshonesta de esta metrópolis monstruosamente hipertrofiada y disoluta».[8]

Incluso Lancaster vio una disputa en la que una dama se dirigía a una «multitud jacobina» diciéndoles que «la contienda era entre zapatos y zuecos de madera, entre camisas delicadas y bastas, entre los opulentos y los pobres y que el pueblo lo era todo, si se decidía a defender sus derechos».[9] Parecía que estaba madurando un movimiento de mayor fuerza que el de 1792-1795. Con sólo cinco años de paz, se podría haber cambiado el curso de la historia inglesa. Pero los hechos sucedieron de tal modo que lo sumieron todo en la confusión. En noviembre de 1802, el coronel Despard fue detenido con una acusación de alta traición, en enero era ejecutado.[10] Durante el invierno de 1802-1803 las relaciones entre Gran Bretaña y Francia se hicieron ásperas. En mayo de 1803, los dos países estaban de nuevo en guerra.

Pero ésta, para muchos reformadores, apareció como otro tipo de guerra. En 1802, Napoleón se había convertido en Primer Cónsul vitalicio; en 1804 aceptó la corona como emperador hereditario. Ningún seguidor auténtico de Paine pudo digerir eso. El jacobino común quedó tan profundamente decepcionado por esto como consternados habían quedado los reformadores más moderados a causa

[8] Elegidos: Byng (*whig*), 3.843; Burdett (radical), 3.207. No elegidos: Mainwaring (*tory*), 2.936. Véase el *Political Register* de Cobbett del 10, 17, 24 de julio de 1802; J.A. Alger, *Napoleon's British Visitors and Captives*, 1904; J. Dechamps, *Les Iles Britanniques et la Revolution Française*, Bruselas, 1949, cap. 5; M. W. Patterson, *Sir Francis Burdett*, 1931, caps. 4 y 7.

[9] J. Bowles, *Thoughts on the late General Election*, p. 63.

[10] Véase más adelante, pp. 521-527.

de Robespierre. Por mucho que hubiesen intentado mantener un distanciamiento crítico, la moral de los reformadores ingleses estaba estrechamente vinculada a la suerte de Francia. El Primer Imperio asestó un golpe al republicanismo inglés del que jamás se recobró por completo. *Los derechos del hombre* habían sido sumamente vehementes en su condena a los tronos, las instituciones góticas, las distinciones hereditarias; a medida que seguía la guerra, el acuerdo de Napoleón con el Vaticano, su comportamiento como rey y su exaltación de una nueva nobleza hereditaria, despojaron a Francia de todo su magnetismo revolucionario. Incluso se desvaneció el *Ça Ira* de las memorias de la multitud de Nottingham. Si el Árbol de la Libertad debía crecer, tenía que ser injertado en un tronco inglés.

Para muchos, ahora Francia se aparecía como un rival comercial e imperial, como el opresor de los pueblos español e italiano. Entre 1803 y 1806 la *Grande Armée* se mantuvo expectante al otro lado del Canal, acechando sólo el dominio de los mares. «El jacobinismo está muerto y enterrado —declaró Sheridan, que había entrado personalmente a formar parte del ministerio de Addington, en diciembre de 1802—. ¿Y quién lo ha hecho? Pues, el que ya no se puede llamar por más tiempo hijo y paladín del jacobinismo: Bonaparte.» Y Windham, con su reciente derrota en Norwich, hizo un llamamiento extraordinario en la Cámara, en favor de la unidad nacional frente a la vuelta al estado de guerra:

> A los jacobinos me dirigiría, no como amantes del orden social, del buen gobierno, de la monarquía, sino como hombres de espíritu, como amantes de lo que ellos llaman libertad, como hombres de sangre caliente y orgullosa; yo les preguntaría si están satisfechos de sucumbir bajo el yugo y ser aniquilados por Francia.[11]

Con el reanudamiento de la guerra, los voluntarios hacían instrucción todos los domingos. Quizá, de todos modos, no eran tan populares como hicieron ver los propagandistas contemporáneos y como los presenta la leyenda patriótica. En cualquier caso, «voluntarios» es un nombre inapropiado. Los oficiales se presentaban con mucha mayor disposición que la tropa heterogénea, poco disciplinada, incurablemente antimilitarista, que perdía su día de descanso. También se tuvo mucho cuidado de que las armas no llegasen a manos de los descontentos. «En las grandes ciudades —decía Sheridan en nombre del gobierno— como Birmingham, Sheffield y Nottingham, preferiría que se formaran asociaciones de las clases más altas, y en el campo y los pueblos asociaciones de las más bajas.» En Norwich, *The Times* informaba, en 1804:

[11] *Cobbett's Parliamentary Debates*, II, suplemento, 1667, 1752.

> El pueblo común de la ciudad (...) y sus alrededores siente aversión hacia el sistema de voluntariado. El lunes hicieron un intento, particularmente las mujeres, de impedir que el regimiento de voluntarios de Norwich pasara revista. Maltrataron e insultaron a los oficiales, y acusaron a los voluntarios de ser la causa del reducido tamaño de las hogazas de pan y de la subida del grano.

Los hijos del *squire*, del procurador y del fabricante se divertían cabalgando ataviados de manera elegante y asistiendo a los bailes de los voluntarios. Entre la aristocracia y la clase media nació una comprensión, que dio lugar a ese *esprit de corps* que más tarde les iba a dar la victoria sobre el terreno en Peterloo; mientras, en los bailes sus hermanas escogían maridos que facilitaban esa fertilización cruzada entre la riqueza hacendada y la comercial que caracterizó la Revolución industrial inglesa. La tropa recibía pocas de estas recompensas: en un pueblo de Northumberland, con un elevado porcentaje de «voluntarios», «se ofrecieron trece para servir en infantería, veinticinco en la caballería, ciento treinta como guías, doscientos sesenta como conductores de carretas y trescientos como conductores de ganado».[12]

Pero a pesar de esta tendencia subterránea, Sheridan tenía razón: el jacobinismo como movimiento que se inspiraba en Francia estaba prácticamente muerto. Verdaderamente, entre 1802 y 1806 hubo un resurgimiento del sentimiento patriótico popular. Si se admiraba a «Boney» era como soldado, no como encarnación de los derechos populares. Gran Bretaña se vio inundada de folletos, publicaciones y cuentos patrióticos. Si bien por una parte las mujeres de Norwich se resistieron y los habitantes de Northumberland se hicieron los locos, por otra, miles de tejedores del Lancashire se unieron a los voluntarios. Nelson era un héroe de guerra tan popular como no se había conocido en Inglaterra desde Drake. Se creía que era un hombre que simpatizaba con los derechos populares y se recordaba su intervención en favor de la vida del coronel Despard. La agridulce victoria de Trafalgar (1805) fue motivo para cientos de baladas y tema de conversación en todas las tabernas y las pequeñas aldeas. En 1806, el mismo Fox, en el último año de su vida, se unió a la coalición nacional —el «Ministerio de Todos los Talentos»— y se resignó a la continuación de la guerra.[13]

[12] *Cobbett's Parliamentary Debates*, IV, 1191, 1362; *The Times* (5 de noviembre de 1804). Para tener información contemporánea de la reconciliación entre la hacienda y el comercio en los voluntarios, véase el diario de Sheffield de T. A. Ward, *Peeps into the Past*, *passim*. Asimismo, Jane Austen.

[13] Sobre literatura del patriotismo popular, véase F. Klingberg y S. Hustvedt, *The Warning Drum (...) Broadside of 1803*, Universidad de California, 1944. Incluso John Thelwall contribuyó con un *Poem and Oration on the Death of Lord Nelson*, 1805.

Una vez más, el radicalismo no se extinguió, pero la expresión de los argumentos se tamizó hasta hacerse irreconocible. Antiguos jacobinos se convirtieron en patriotas, tan ansiosos de denunciar a Napoleón por su apostasía de la causa republicana, como lo estaban los legitimistas de denunciarle por la usurpación de la Casa de Borbón. En 1808, John Bone, que había sido secretario de la S. C. L., hizo un intento significativo para reavivar la vieja causa, al publicar el *Reasoner*, un diario que daba apoyo a la vez a la guerra y a muchas de las viejas demandas «jacobinas».[14] Otros, como Redhead Yorke de Sheffield fueron víctimas de las coacciones clásicas de la culpa y el deseo de autoexculparse, que tan conocido es de los románticos desencantados de épocas más recientes; Yorke, hacia 1804, se había convertido en un propagandista «antijacobino» tan virulento que condujo a Cobbett hacia los reformadores, como resultado del más completo disgusto.

En esa dirección sumamente inesperada fue hacia donde sonó la primera nota del nuevo radicalismo. Puesto que las mismas influencias que habían dispersado el jacobinismo de viejo tipo habían sido la causa de que el antijacobinismo de viejo tipo perdiese parte de su fuerza. Si Napoleón era un enemigo porque era un déspota que había concentrado todo el poder en sus manos, ¿qué se podía decir de Pitt, que, instalado en el poder desde 1804 hasta su muerte, a principios de 1806, había erosionado las libertades británicas, encarcelado a hombres sin juicio previo, sobornado a la prensa y utilizado todas las formas de la influencia ministerial para reforzar su poder? Cobbett, el belicoso periodista *tory*, que bajo ningún concepto podía ser acusado de jacobinismo, hizo un viraje brusco en 1804 y empezó a aguijonear al Ministerio con polémicas:

> La marea ha cambiado: del entusiasmo popular se ha pasado al despotismo; la exaltación de Bonaparte al puesto de Cónsul vitalicio inició el gran cambio en el espíritu de los hombres, que se ha completado con su más reciente proclamación —es decir, como Emperador—, y que no sólo acaba con el peligro de ser sospechoso del predominio de ideas en favor de la libertad, sino que tiende a despertar sospechas de otro tipo, a hacernos temer que, gracias a la inmensa influencia, todavía creciente, que se ha depositado en manos del ministro, por parte del sistema de deuda consolidada y de emisión de papel moneda, podemos, de hecho, aunque no de palabra, convertirnos en poco más que esclavos y además, no en esclavos del rey sino del ministro de turno (...)

[14] Este periódico, honradamente bautizado, fracasó por falta de apoyo. Véase *Reasoner* (16 de abril de 1808).

No está de ningún modo clara la lógica con que se conecta el despotismo de Napoleón con el de Pitt; Cobbett, que tan convincente era en la argumentación detallada, a menudo soltaba bravatas en los planteamientos generales. Pero el significado de lo que decía, con una fuerza y una frecuencia crecientes, estaba claro. Se debía luchar contra el despotismo tanto en el propio país como en otras partes. La prensa estaba comprada. El Ministerio era ineficaz y corrupto al mantener a una muchedumbre de «aduladores cortesanos, parásitos, pensionistas, senadores sobornados, directores, contratistas, especuladores, lores mercenarios y ministros del estado». La *Civil List*[15] era una forma de soborno faccional que se basaba en el dinero que se recaudaba con unos impuestos excesivos. El *nouveau riche* advenedizo, que se había hinchado con la guerra, amenazaba los derechos del rey y las libertades del pueblo. Sólo una Gran Bretaña libre podría resistir una invasión extranjera. En una singular mezcla de *torysmo* y radicalismo acusaba, no a los reformadores, sino al Ministerio de «(...) intentar sembrar las semillas de la discordia entre [el pueblo]; dividirlo de nuevo entre jacobinos y antijacobinos; tramar un pretexto para tomar medidas de extraordinaria coerción; crear descontento y deslealtad, acobardar el brazo de la guerra y dejarnos postrados a los pies del enemigo».[16]

Las palabras de Cobbett fueron tan notables como su oportunidad. Mainwaring había dado al traste con los resultados electorales de 1802, mediante una petición a la Cámara. En 1804 hubo una elección complementaria en el Middlesex, en la que se emplearon todos los recursos ministeriales para derrotar a sir Francis Burdett y sustituirlo por el hijo de Mainwaring. Burdett apenas podía considerarse como un reformador con la talla de un líder nacional. Era un patricio radical que moldeaba conscientemente su táctica sobre la de Wilkes,[17] y que había adquirido una gran riqueza a través de su matrimonio con la señorita Sophia Coutts. Aunque era muy teatral en las *hustings*, demostró ser un líder reformador débil en la Cámara durante los diez o quince años siguientes. Pero era uno de los pocos portavoces nacionales de la reforma al que se podía escuchar. No intentó borrar la mancha de jacobinismo que le reportó su amistad con Horne Tooke y Arthur O'Connor. En 1804 se mantuvo firme, y mientras el populacho lanzaba gritos

[15] Término que designa la relación de gastos correspondientes al mantenimiento de la casa real inglesa y los honores y dignidades de la corona. *(N. de la T.)*

[16] *Political Register* (1 de septiembre de 1804).

[17] «Haré (...) todos los esfuerzos posibles —dijo en las *hustings* en 1804— para que 45 y Libertad vayan juntos para siempre.»

[Con 45 se refiere a las 45 libras de renta anual que había que poseer como mínimo para tener derechos políticos. *(N. de la T.)*]

de ¡Abajo la bastilla!, él manifestaba abiertamente su desprecio hacia los *whigs* y los *tories* por igual. Durante cincuenta días los sondeos oscilaron entre Mainwaring y Burdett. Cada día, al final del sondeo, Burdett se dirigía a las multitudes inmensas y excitadas, hacía llamamientos a los propietarios del Middlesex bajo el lema de «Independencia», y les incitaba una y otra vez a «ser activos en las votaciones». ¿Podrían tener, los electores del Middlesex, «una voz independiente y libre», o iba a estar a perpetuidad el escaño en manos de «una combinación de intereses de destiladores, taberneros y cerveceros, de magistrados y contratistas»? Cada día, después de la votación, Mainwaring se presentaba para dirigirse a la multitud de las *hustings* y le impedían hablar con abucheos y gritos. Los seguidores de Mainwaring llenaron la ciudad de Londres de carteles difamatorios referentes a Burdett y sus conexiones «jacobinas», expresaban dudas acerca de sus votantes y se ganaban a todos los electores susceptibles de ser influidos: «los oficinistas, los cantores de salmos y campaneros de Westminster», «agentes de policía, especuladores y cazadores de ladrones». Al decimoquinto y último día, parecía que Burdett tenía mayoría por un voto: Burdett, 2.833; Mainwaring, 2.832. Una multitud jubilosa le paseó triunfalmente por las calles de Londres, «en medio de un desfile que parecía un bosque móvil: los carruajes y los hombres a caballo iban cubiertos de ramas verdes», mientras que las orquestas tocaban *Rule Britannia* y ondeaba una bandera sobre el carruaje de Burdett, que tenía pintado a Hércules pisando a la Hidra. A la mañana siguiente el *sheriff* invirtió la decisión alegando una cuestión técnica que había cambiado el resultado en el momento del cierre de la votación. Pero la moral de triunfo era completa.[18]

Cobbett estaba en lo cierto al hablar de una marea cambiante. Su propio apoyo a Burdett —impensable dos años antes— era una señal del cambio. El hecho de que tantos propietarios se hubiesen manifestado en favor de Burdett indicaba la existencia de una agitación poco habitual entre las gentes de oficio, los profesionales y la pequeña *gentry*, y los maestros artesanos. Estos grupos tenían una serie de motivos de queja, algunos de ellos desinteresados —por ejemplo, la demanda de los viejos gritos de «libertad» e «independencia»—, algunos otros interesados; por ejemplo, los contratos que hacía el gobierno para la construcción de carruajes, guarniciones y ropa militar eran normalmente para unas pocas empresas grandes o para los intermediarios, pasando por encima de la multitud de pequeños maestros o de maestros artesanos. Cobbett, en 1804-1806, no estaba comenzando sino creciendo

[18] *Cobbett's Political Register* (25 de agosto de 1804).

junto *con* una nueva marea reformista. Durante los años que siguieron, su *Register* proclamó un radicalismo agresivo y poco coherente, cuya característica más impresionante era airear cada abuso particular y tratarlo con un detalle individualizado. Cobbett denunció la mala administración civil y militar, el desfalco de los fondos públicos, la venta de comisiones por parte de la amante del duque de York y los malos tratos en el ejército con una fuerza que captaba la atención de hombres de diferentes opiniones, para muchos de los cuales los alineamientos de la década de 1790 habían perdido su significado. Precisamente *porque* Cobbett todavía era, en cierto modo, un *tory*, que rememoraba un ideal sentimental de un pueblo tenaz, independiente y franco que despreciaba la riqueza y el rango pero era leal a su Constitución, evitó los prejuicios antijacobinos y permitió que los reformadores se reagrupasen.

Pero el triunfo de Burdett fue posible a causa de la multitud de Londres, mucho más radical. En 1806 el sentimiento popular encontró otra salida y se volcó plenamente en el proceso electoral de Westminster. Mientras que en el Middlesex tenían derecho a voto sólo los propietarios, Westminster era una de las pocas circunscripciones «abiertas» del sur de Inglaterra, con sufragio para los cabezas de familia, lo cual incluía a muchos maestros artesanos y a algunos oficiales en el derecho al voto. Desde 1780, uno de sus dos escaños era controlado por Fox. Horne Tooke se había presentado para el otro escaño y había obtenido un número de votos respetable, en 1790 y 1796, pero el escaño había ido a parar a manos de un candidato del Ministerio por un acuerdo tácito: «El partido de Pitt designó a uno de los diputados y el partido de Fox designó al otro; y ambos partidos detestaban cualquier cosa que se pareciese a una elección real. El asunto se acordó en una reunión conjunta de las dos facciones, igual que los ladrones hacen el reparto del botín.»[19]

A la muerte de Fox, el escaño quedó disponible para la facción *whig* y el duque de Northumberland se arrogó el derecho de nombrar candidato a su hijo, lord Percy, que fue «elegido» sin contienda electoral. Francis Place contemplaba con disgusto cómo los criados del duque, vestidos de librea, lanzaban trozos de pan y queso y repartían cerveza entre la multitud servil y batalladora.[20] En un momento en que estaba próxima una elección general, Cobbett dirigió cuatro cartas abiertas a los electores de Westminster. Los motivos eran simples:

[19] Véase el relato partidista de Cobbett acerca de la contienda electoral escrito doce años más tarde, *Political Register* (17 de enero de 1818).

[20] Véase más arriba, p. 101.

En el caso de que un desconocido oyese a algunas personas hablar de una elección para Westminster creería que los electores eran los fiadores o, como mucho, los simples criados domésticos de unas pocas grandes familias. El problema (...) parecer ser no qué hombre quieren escoger los electores, sino qué hombre prefieren unos cuantos nobles.

Los electores deberían afirmar su independencia y desembarazarse del respeto y el miedo a la influencia:

Sois casi *veinte mil*. Vuestros oficios y empleos son (...) tan imprescindibles para vuestros patronos como vuestros patronos lo son para vosotros. Si os despiden de una casa, siempre habrá otra dispuesta a recibiros; si perdéis un cliente, ganaréis otro.

En particular, «los *oficiales*, que constituyen una buena parte de los electores de Westminster, me parece que están completamente fuera del alcance de la seducción». Los patronos que intentasen forzar el voto de sus empleados deberían ser expuestos al «desprecio público»; «los artesanos de un taller que sean llevados a las *hustings* bajo el mandato de su patrono, quedan degradados al mismo nivel que el ganado». A menos que se ofreciese algún candidato independiente para las elecciones generales, «Westminster se situaría (...) a un nivel equivalente al de *Old Sarum* o Gatton».[21]

Los *tories* presentaron al almirante Hood. Los *whigs* presentaron al antiguo compañero de Fox, Sheridan, que ahora era ministro de Marina del gobierno de coalición y cobraba un sueldo de 6.000 libras al año. Cobbett y los reformadores no tenían nada en común con él. A última hora, se ofreció un candidato que personificaba el estado de confusión existente en el terreno radical. James Paull, hijo de un sastre de Perth, era un comerciante de la India que se había enriquecido gracias a su propio esfuerzo y que había vuelto a Inglaterra en 1804 con la intención de participar en el proceso del gobernador general Wellesley. Fue adoptado por el círculo de Fox, que en aquel momento tenía el apoyo del príncipe de Gales, y como hombre que tenía posibilidades de poner en un aprieto a la administración de Pitt, se le encontró, en 1805, un escaño en el *rotten borough* de Newtown, Isla de Wight. El ataque contra Wellesley se emprendió a su debido tiempo. Pero cuando los foxitas entraron a formar parte de la coalición, se le dijo a Paull en privado que dejase correr el asunto o, al menos, «que me lo tomase con calma». Y cuando Paull rechazó la propuesta con indignación, se encontró que, a la disolución del Parlamento, le expulsaron de su escaño en Newtown, y que los hombres que él ingenuamente había creído que apoyaban su causa de todo corazón le repudiaban. Su respuesta fue presentarse a las *hustings* de Westminster.

[21] *Ibid.* (9 de agosto, 20 y 27 de septiembre de 1806).

Paull pasó brevemente por la historia radical y nadie se ha molestado en buscar información acerca de él. Tradicionalmente se le ha descalificado describiéndole como un hombre bajito y pendenciero que tenía una cuestión personal en el asunto de Wellesley. Sin embargo, su agravio era más que personal. La arrogancia, la brutalidad y la mala fe de Wellesley en sus relaciones con Oudh están fuera de ninguna duda. No hay razón para suponer que Paull no estuviese coléricamente ofendido por esos «actos de capricho, agresión y tiranía» cometidos en la India, y que él comparaba con aquellos que «diariamente le reprochamos» a Francia. Si bien estos temas eran lejanos para los electores de Westminster, Paull imponía respeto como hombre al que tanto los *whigs* como los *tories* querían silenciar. Cobbet escribió más tarde:

> Lo que a nuestro hombre le faltaba en cuanto a talento y conocimiento, lo compensaba ampliamente en cuanto a *laboriosidad* y *valor*. Era un hombre de tamaño diminuto, pero lo que en él había era bueno. Era atrevido, en cada pulgada de su cuerpo: era un auténtico gallo de pelea.

Sabía pocas cosas de la política inglesa, no tenía una gran elocuencia como orador o una gran fuerza como escritor, pero tampoco tenía inhibiciones políticas o ambiciones. En las tres semanas de campaña, se creó una nueva alianza de los reformadores: sir Francis Burdett, el patricio radical, presentaba a Paull como candidato en las *hustings*; Cobbett, el reformador práctico, dirigía su campaña; y el comandante Cartwright, el veterano defensor del sufragio universal masculino, recibió la palabra de Paull de que sería un reformador parlamentario.

Cobbett recordaba, «tuvimos que luchar contra toda la fuerza de la facción de los *boroughs*, que se había unido contra nosotros en una abierta, activa y desesperada acción hostil». Durante los primeros cuatro días, los sondeos daban como ganador a Paull, mientras que Hood y Sheridan, que se habían burlado de las posibilidades de aquel, formaban una coalición en su contra. Folletos, pasquines y canciones se esparcieron por todo Londres:

> ¡Mirad! La corrupción está al acecho bajo el disfraz de la Libertad,
> ¡Hombres libres! Reunid a vuestras legiones y
> proteged vuestro valioso premio,
> Ondead vuestros estandartes en alto, a la hermosa llamada de la Libertad.
> Gritad bien alto la consigna: *¡Independencia y Paull!*
> Dejad que esa pandilla de cazadores de puestos
> despotriquen contra nuestra política,

Que nos llamen jacobinos, traidores y otras
tonterías infundadas como ésas;
Estamos dispuestos, con nuestro Rey, a resistir o morir.
Por tanto, éxito para nuestra causa: *¡Independencia y Paull!*
Él es el amigo de los pobres y de la libertad del hombre,
Y aligerará nuestros impuestos tan pronto como pueda.[22]

Los oponentes de Paull ridiculizaban sus humildes orígenes y su aspecto:

¿(...) Quién es ese tipo exageradamente pequeño y extraño,
Que parece un ratero sacado a rastras del arroyo?[23]

En un lado, declaraba Cobbett, estaban «los conocidos de los *placemen*[24] y los pensionistas», los «recaudadores, magistrados, policías y el clero dependiente», y el séquito personal de Sheridan compuesto por «comediantes, tramoyistas, despabiladores y personas con (...) vocaciones inmorales». En el otro lado, se encuentran indicios del primer intento de crear una organización electoral democrática entre los artesanos y los oficiales; comités de parroquia para solicitar el voto; y el apoyo organizado entre los clubes de oficio de los oficiales zapateros, impresores y sastres. Una noche tras otra, la multitud paseaba triunfalmente a Paull por las calles.

James Paull no ganó el escaño, pero sólo quedó 300 votos por detrás de Sheridan[25] y la campaña quebró el dominio de las dos facciones sobre Westminster. «Esa era la *lucha real* —declaró Cobbett-. Ese fue el *triunfo real* de la libertad en Westminster.» Cuando, al año siguiente, llegó la victoria auténtica, Paull no participó en ella. En 1806, Burdett había perdido en el Middlesex; algunos propietarios estaban asustados por su extremismo, aunque todavía recibía vítores en las *hustings* y, cuando fue derrotado, «la mayor parte de las casas de Kensington y Knightsbridge se iluminaron y todo en conjunto tuvo más la apariencia de un triunfo». Pero también fracasó por otra razón, típicamente quijotesca. En anteriores elecciones, Burdett había utilizado su gran riqueza con liberalidad, siguiendo la forma

[22] *Lo! Corruption stalks forward in Liberty's guise, / Freemen! rally your legions, and guard your rich prize, / Wave your banners on high, at fair Liberty's call— / Shout the watch-word aloud -- Independence and Paull! / Let the place-hunting crew 'gainst our politics rant, / Call us Jacobins, Traitors, and such idle cant; / With our King we're determined to stand or to fall— / So success to our cause— Independence and Paull! I He's the friend of the poor, and the freedom of man, / And will lighten our taxes as fast as he can...*

[23] *...who is that odd little fellow beyond, / Who looks like a pickpocket dragg'd to a pond?*

[24] Persona que ocupa un cargo, o intenta ocuparlo, al servicio del rey o del Estado, por motivos de interés y no por su cualificación para el mismo. *(N. de la T.)*

[25] Hood, 5.478; Sheridan, 4.758; Paull, 4.481.

tradicional de las maniobras electorales, con el trapicheo y la compraventa de votantes al por mayor, y probablemente con tanto engrase general de vino y dinero como utilizaban sus oponentes. Ahora le importunaron con acusaciones de soborno, a la vez que Cobbett, que en aquel momento era su aliado, había estado protestando durante 1806 en demanda de austeridad electoral. En una famosa elección complementaria en Honiton en 1806, Cobbett había pedido la absoluta prohibición del soborno y el trapicheo y que los candidatos se comprometieran solemnemente a no aceptar ni cargo ni dinero públicos si resultaban elegidos. En consecuencia, Burdett adoptó una actitud austera, pero, no contento con ello, se negó a hacer otra cosa que aparecer cada día en las *hustings* y hacer llamamientos a los «electores independientes» para que acudieran espontáneamente. No se pediría el voto, no se negociaría, no se pondrían carruajes a disposición de los votantes más viejos, no habría organización de ningún tipo. Cuando sus seguidores formaron un comité, lo rechazó ante las *hustings* y les instó a que confiasen en el «principio público por sí solo». La confianza dividió su voto por la mitad.

En 1807, otra elección general les dio una oportunidad a los reformadores. Una semana tras otra, Cobbett dirigió cartas, desde el *Political Register*, a los electores de Westminster dando la alerta. Los seguidores de Paull estuvieron dispuestos y se formó un comité que invitó a Burdett a luchar por el otro escaño. Pero Burdett había abandonado:

> Con los omnipotentes medios de corrupción que están en poder de nuestros malversadores, toda lucha es inútil. Debemos esperar a que se produzca nuestra enmienda y regeneración, hasta que la corrupción haya agotado los medios de corrupción (...) Hasta que llegue este momento, solicito retirarme de todo servicio parlamentario.

Un grupo de representantes le cumplimentó y le preguntó si, en el caso de resultar elegido sin su permiso o intervención, estaría dispuesto a aceptar el escaño. A lo que Burdett dio un fatigado consentimiento: «Si fuera elegido por Westminster (...) debo obedecer la llamada (...) pero no gastaré una guinea, ni haré absolutamente nada para contribuir a esta elección.» Era peor tener que perseguirle. Con este asentimiento pasivo, el comité de Westminster se preparó para presentar a Burdett y a Paull como compañeros para los dos escaños. Pero Burdett parecía tener deseos de deshacerse del candidato plebeyo que tenía por compañero, debido a lo cual el «gallo de pelea» se encolerizó y retó a Burdett a un duelo del que ambos salieron heridos: Paull recibió heridas tan serias que sus seguidores retiraron su candidatura. En vísperas del decimoquinto día de sondeo, la causa de los reformadores parecía haberse alborotado y ridiculizado

a sí misma hasta límites insospechados.[26] La candidatura de última hora de un marinero radical poco conocido, lord Cochrane, trajo consigo un ligero resurgimiento de las esperanzas, pero la mañana en que empezó la votación, los miembros del comité de Burdett «estaban muy deprimidos»:

> No teníamos dinero, ni medios para darnos a conocer, nadie se nos había unido, los *tories* nos despreciaban y los *whigs* se burlaban de nosotros. Lo que peor nos sentaba era que se burlasen, (...) quienes hubiesen sido capaces de aguantar el insulto no podían soportar que se rieran de ellos.

Pero sólo quince días después, los artesanos y los tenderos de Westminster sacaban en hombros a Burdett y a Cochrane en un tumultuoso triunfo. Burdett había quedado muy por delante de los demás, mientras que Cochrane había ganado el segundo escaño con una mayoría de mil votos por encima de Sheridan. Cochrane sintió tanta lástima por Sheridan a lo largo del último día de la votación, que se llevó a sus inspectores y le permitió recontar varias veces a sus votantes para que alcanzase una derrota más digna. Desde entonces, excepto en un curioso episodio de 1819, el radicalismo jamás volvió a perder Westminster. La única circunscripción electoral popular de Londres, en la que estaban situados los edificios del Parlamento, la habían ganado hombres que casi toda la prensa designaba como «jacobinos».[27]

Esta no era una acusación tan descabellada como parece. En 1806 había tenido lugar un incidente interesante. Paull fue informado de que un destacado miembro de su comité era un conocido jacobino de origen francés: el señor Lemaitre. Horrorizado, exigió que Lemaitre abandonase los salones del comité y le pidió a Cobbett que le transmitiera el mensaje. Cobbett intentó cumplir la sentencia de despido de la manera más amable que pudo, pero se encontró con un hombre más enérgico de lo que había esperado. Ciertamente, Lemaitre era un antiguo jacobino: era constructor de cajas de reloj y miembro activo de la S. C. L., le habían detenido durante el pánico de «la conspiración de Pop-Gun» de 1794-1795, le volvieron a encarcelar sin juicio en 1796 y le detuvieron una vez más entre 1798 y 1801. En resumen, había estado «confinado gran parte del tiempo entre la edad de dieciocho y veinticinco años».

[26] Sobre este incidente, véase *Annual Register* (1807), pp. 425-428, 632-639; M. D. George, *Catalogue of Political and Personal Satires*, 1947, VIII, pp. 528-529.
[27] Cochrane ocupó su escaño hasta 1818, año en que dimitió para acudir en ayuda de las repúblicas sudamericanas. Burdett siguió siendo diputado por Westminster hasta 1837, cuando con un gesto quijotesco final, cruzó la sala de la Cámara, renunció al escaño y volvió a presentarse de nuevo, ahora como conservador, sólo para barrer para casa. Paull fue menos afortunado: sobrevivió al duelo poco más de un año, muriendo en 1808.

Cuando le dejaron en libertad, ayudó a Burdett en las elecciones del Middlesex y en ellas adquirió una experiencia considerable. Al entrar en los salones del comité de Paull, durante el tercer día de las votaciones, descubrió que el comité «no tenía ni un plan ni un sistema para regular los asuntos electorales». Durante varios días trabajó desde primera hora de la mañana hasta medianoche para organizar un plan electoral eficaz. Plan que ahora sacó a colación ante Cobbett. «Por mi honor, señor Lemaitre, esta es la única cosa realmente útil que he visto en este comité hasta ahora», exclamó Cobbett. Presentó sus excusas y Lemaitre permaneció.

La victoria de 1807 fue, por entero, obra del comité de Westminster. Varios de sus miembros clave habían pertenecido al comité de la S. C. L. Lemaitre tenía un plan bien preparado con antelación, de solicitud de votos calle por calle y patio por patio. En el tercer piso de «una tienda de ginebra llamada la Britannia Coffee House», Francis Place trabajó durante tres semanas sin cobrar, desde el amanecer hasta la medianoche, llevando cuidadosamente las cuentas, cotejando los resultados electorales y preparando informes para el Comité General. Richter, otro ex detenido, era su lugarteniente. «Todos éramos personas desconocidas», escribió Place:

> no había ningún hombre notable entre nosotros, ninguno que fuese conocido en general por los electores, no se podía haber reunido un grupo de personas más insignificante para hacerse cargo de una tarea tan importante como una elección en Westminster contra la riqueza y el rango, el nombre y la influencia (...)

«Sus oponentes se reían de ellos porque eran «don nadies, simples sastres y barberos (...) Se burlaban de nosotros por nuestra locura y nos condenaban por nuestro atrevimiento». Tanto los principios como la escasez de fondos exigían austeridad electoral:

> no habría consejeros pagados, ni procuradores, ni inspectores, tampoco habría solicitadores de votos, ni sobornos, ni pago de tarifas, ni trapicheos, ni escarapelas, ni tampoco guardias pagados, excepto dos para guardar las puertas de la sala del comité.

No se gastaba dinero alguno, si no era por decisión votada en el comité. La mayor partida, con mucho, de gastos —hasta que se compraron las banderas, las cenefas y las cintas del triunfo— estaba destinada a la impresión de octavillas y carteles. En Place, que sólo abandonó la sala del comité una vez para votar, el comité tenía a un organizador genial.[28]

[28] El relato de las elecciones de 1806 y 1807 se ha basado ampliamente en el *Political Register* (1806 y 1807), *passim*; Ibíd. (17 de enero de 1818); *Political Review* de Flower (mayo de 1807); recuerdos de Place, en Wallas, *op. cit.*, pp. 41-47, y en Cole y Filson, *British*

Debemos intentar ahora hacer un cierto examen de la posición del radicalismo inglés en 1807. En primer lugar, el término «radicalismo» sugiere tanto una idea de amplitud como de imprecisión en el movimiento. Los jacobinos de la década de 1790 se identificaban con claridad por su lealtad hacia *Los derechos del hombre* y hacia ciertas formas de organización abierta. El «radicalismo» llegó a abarcar tendencias muy diversas a medida que avanzaba el siglo XIX. En 1807 denota tanto acerca del valor y el tono del movimiento como acerca de cualquier doctrina. Indicaba una oposición intransigente al gobierno: desprecio hacia la debilidad de los *whigs*, oposición a las restricciones de las libertades políticas, denuncia abierta de la corrupción y del «sistema de Pitt» y apoyo general a la reforma parlamentaria. En las cuestiones sociales y económicas, y aunque el radicalismo más coherente era el del populacho de Londres, era lo bastante amplio como para incluir a veces el malestar de los fabricantes o de la pequeña *gentry*.

A pesar de la confusión, las contiendas electorales de 1806 y 1807 tuvieron una importancia real. La causa de la reforma se articuló una vez más. En la Cámara había dos radicales extremos, elegidos por un electorado plebeyo. Existía una revista semanal, editada con talento, que la administración difícilmente podía prohibir y que había demostrado estar fuera del alcance tanto de la influencia *tory* como de la *whig*. Incluso el «padre de la reforma», el comandante Cartwright, había obtenido una renovada popularidad.[29] Se oye por primera vez un nombre, el de un *gentleman* agricultor, Henry Hunt, que hizo público un llamamiento a los propietarios del Wiltshire para que siguieran el ejemplo de Westminster. En la misma ciudad se había construido un nuevo tipo de organización electoral; y el comité de Westminster no se autodisolvió, sino que permaneció durante muchos años como prototipo de las organizaciones para la reforma en la época de la posguerra. Durante los siguientes quince años nombres como Burdett, Cartwright, Cobbett, Hunt, Place se destacan en la historia del radicalismo articulado. Burdett siguió

Working Class Movements, pp.79-81; Anón., *History of the Westminster and Middlesex Elections*, 1807, pp. 15. 36-37. 145. 157. 345. 379. 437; Comité de Westminster, *An Exposition of the Circumstances which gave rise to the Election of Sir F. Burdett, Bart...*, 1807. Véase también M. W. Patterson, *Sir F. Burdett*, 1931, 1, cap. 10; G. D. H. Cole, *Life of Cobbett*, caps. 9 y 10; C. Lloyd, *Lord Cochrane*, 1947, II parte, cap, 1; S. Maccoby, *English Radicalism, 1786-1832*, pp. 207-208. El relato de Cobbett, aunque no es completamente fiable, es un correctivo para los relatos que proporciona Place, y que se han aceptado de forma demasiado acrítica, que no tienen en cuenta la importancia de las elecciones del Middlesex de los años 1802 y 1804, ridiculizan a Paull y atribuyen el éxito de 1807 sólo al genio organizativo de Place.

[29] Además de dar apoyo a Paull y Burdett, Cartwright se presentó en 1806 en su propia ciudad de Boston, sacó 59 votos frente a los 237 que obtuvo el candidato victorioso.

siendo durante varios años el preferido de la multitud de Londres. Cartwright, cuya firmeza sobrevivió a todos los giros de los acontecimientos, promovería los primeros Clubes Hampden. Cobbett fue avanzando, paso a paso, desde la «independencia» a la denuncia completa de la «Vieja Corrupción»; y, por supuesto, de los radicales débiles como Burdett y Place. Hunt actuaría, ora como aliado de Cobbett, ora como su rival, oponiendo su maestría en la oratoria de masas a la maestría polémica de Cobbett. Place desarrollaría la política de la penetración reformista y de la alianza entre los artesanos y las clases medias, y actuaría como enlace entre los reformadores benthamitas, las *trade unions* y los grupos de debate plebeyos.

La victoria de 1807 estuvo a medio camino entre las técnicas patricias de Wilkes y las formas más avanzadas de organización democrática. Los avances fueron importantes. Se le había dado un nuevo significado a la idea de «independencia». Hasta entonces, el término había sido un sinónimo de opulencia e interés terrateniente: a menudo se recomendaba a los candidatos *tories* y *whigs* en las *hustings* por su riqueza que, supuestamente, les hacía «independientes» de la necesidad de buscar favores o puestos de los ministros o el rey. La idea de independencia de Cobbett hacía hincapié en el deber de los electores, ya fuesen propietarios, gentes con negocios o artesanos, de mantenerse libres del mecenazgo, el soborno y el clientelismo por su propio esfuerzo. El Comité de Westminster todavía había ido más lejos; en tanto que habían organizado la victoria de manera independiente de sus propios candidatos, el *menu peuple* de Westminster había surgido como una fuerza de derecho propio. Además, habían aportado un ejemplo sorprendente de la eficacia de un nuevo tipo de organización electoral, que no dependía de la riqueza o influencia del candidato sino de los esfuerzos voluntarios de los electores. En este sentido, el pueblo de Westminster tuvo la sensación de que la victoria le pertenecía.

Sin embargo, sería equivocado sugerir que el Comité de Westminster dirigía un movimiento «populista» independiente que todavía tenía muy poco de obrero. El electorado, que comprendía cerca de dieciocho mil cabezas de familia en 1818,[30] incluía a muchos artesanos independientes y a algunos artistas. Pero su tono se lo conferían, de forma progresiva, los maestros con pequeños talleres y las gentes de oficio. El grado de radicalismo de esos grupos fue un factor importante en la vida política de la posguerra y tuvo una influencia en un sector de las libertades inglesas que demostró ser una fuente de problemas para las autoridades. La mayoría de los procesos judiciales políticos y contra la prensa

[30] *Gorgon* (4 de julio de 1818).

tuvieron lugar en Londres y los jurados salían de este medio social. Los tenderos y las gentes de oficio habían convertido los jurados de la década de 1790 en algo conflictivo. Entre los papeles del procurador del Tesoro se han conservado las listas de posibles jurados para los casos de Despard o de O'Coigly, que muestran con qué cuidado los funcionarios judiciales de la corona intentaban eliminar a los simpatizantes jacobinos de los jurados.[31] A pesar de sus precauciones, las autoridades recibieron nuevas humillaciones de manos de los jurados de Londres entre 1817 y 1819.[32] A partir de entonces, los jurados se volvieron más sumisos, en parte porque las autoridades desarrollaron nuevos refinamientos del sistema de jurados especiales y otros medios de «amañarlos», en parte porque el radicalismo de la *City* —y sus representantes como Aldermen Waithman y Wood— empezaban a estar más y más distanciados del movimiento plebeyo.

Así, la victoria de Westminster apenas les perteneció a los artesanos, por mucho que hubiesen contribuido a ella. Y la misma victoria fue ilusoria en parte. Aparte del hecho de que el requisito de poseer propiedades reducía la elección de los candidatos a los hombres acaudalados, nadie en el Comité General de Place —y Place menos que ninguno— hubiese concebido presentar a uno de ellos como candidato. El escaño era de Burdett, y la función del Comité era apoyarle. Además, el Comité demostró tener, durante los últimos años, serias limitaciones como organización democrática. En 1807 se había creado en el centro de un nuevo impulso democrático. En los últimos años se convirtió fundamentalmente en un grupo que se nombraba a sí mismo —o, como lamentaba Cobbett, en un *caucus*[33]— y que estaba en parte bajo el control de Burdett y en parte representaba a gentes de oficio y a patronos como Place. Hacia el final de las guerras, Place se había convertido en el confidente de Bentham y James Mill. Se volvió más y más hostil hacia Hunt y Cobbett y hacia los métodos de agitación relacionados con los «innumerables miembros». El Comité de

[31] En una de esas listas, de las cuales se iban a sacar los jurados, los nombres estaban marcados con una B (bueno), una M (malo) y una D (dudoso). La mayoría de las M correspondían a gentes de oficio, como un constructor de balanzas, un vendedor de cristalería, un abacero, un velero y diversos cerveceros: un cervecero de Southwark estaba marcado con «muy M». T. S. 11.333.

[32] El jurado que absolvió al doctor Watson de su participación en los motines de Spa Fields (1817) tenía como presidente a un encargado de un despacho de lotería, y los miembros que lo componían eran un botonero, un herrero que hacía áncoras, un pañero de lana, un peluquero que hacía postizos, un quincallero, un platero, un mercero, un zapatero, un trajinero y un farmacéutico; *People* (21 de junio de 1817).

[33] El uso que se hace de este término en Gran Bretaña es en un sentido estrictamente disciplinario, en particular referido al manejo de las elecciones y al control de los votantes. *(N. de la T.)*

Westminster era un lugar útil desde el cual se podía practicar el enchufismo de forma discreta, según los intereses del moderado y aplicado artesano. Cuando el escaño de Cochrane quedó vacío, en 1818, se prescindió del candidato de Cobbett, el comandante Cartwright, en favor del benthamita radical Hobhouse. El Comité se fue desvinculando progresivamente de la población obrera de Londres, en la misma proporción que crecía el sentido de aprobación de sí mismo de Place y su disgusto hacia las manifestaciones y las *hustings*.[34]

En parte, este era un resultado inevitable de la situación en que se encontraban los radicales de 1807. El antijacobinismo no había desaparecido de ningún modo. Cobbett consiguió abrir brecha en la censura casi por accidente, y apenas había otra prensa radical regular. En 1810, el propio Cobbett fue encarcelado durante dos años a causa de sus ataques relativos a los abusos de malos tratos en el ejército. El Comité de Westminster sobrevivió como organización electoral, pero las autoridades no tenían la menor intención de permitir un nuevo crecimiento de los clubes populares. Cuando John Gale Jones, el antiguo líder de la S. C. L., excedió los límites de la prudencia en los debates que había organizado en The British Forum, frente al Covent Garden, la Cámara de los Comunes le confinó en Newgate (1810). Y cuando Burdett denunció la ilegalidad de su acción, la Cámara confinó a Burdett en la Torre. Es cierto que casi toda la población de Londres parecía estar del lado de Burdett. Al principio, Burdett se negó a someterse a la Cámara, adoptando la política de desafío de Wilkes y atrincherándose en su casa de Piccadilly. Lord Cochrane se dirigió allí en un coche de alquiler, hizo rodar un barril de pólvora a través de la puerta y se preparó para sembrar de minas todas las entradas y para defender a Burdett con las armas. La gente se apiñó en las calles, y parecía inevitable que se produjesen revueltas de la misma magnitud que las de 1780. El mismo Place pensaba que el ejército estaba tan descontento que era posible alguna insurrección espasmódica, pero la misma naturaleza del incidente, con los teatrales ecos de Wilkes y la confusión entre los líderes radicales, subraya la debilidad de los reformadores. Incluso cuando encabezaban una marea revolucionaria, no tenían organización ni política coherente. Las leyes que ilegalizaron las sociedades de correspondencia, que convocaban reuniones políticas abiertas, habían atomizado el movimiento, de modo

[34] Para una visión del funcionamiento del comité, véase A. Aspinall, «The Westminster Election of 1814», *Eng. Hist. Rev.*, XL (1925).

que el comportamiento individualista y pendenciero de sus líderes era una consecuencia de su situación como «voces» más que como organizadores.

El radicalismo siguió siendo un movimiento defensivo, un movimiento de protesta articulado, que recibía el apoyo de un descontento popular muy extendido. No era todavía una fuerza ofensiva. Si queremos entender el extremismo de Burdett y Cochrane, en 1810, sólo tenemos que leer a Byron. Estos hombres despreciaban la lucha por el poder y las riquezas, la hipocresía de su propia clase y las pretensiones de los nuevos ricos. En su frustración, soñaban quizás, algunas veces, con algún tipo de espasmo revolucionario que derrumbase toda la estructura de la «Vieja Corrupción». Si queremos entender la ira de Cobbett, sólo es necesario que pensemos en las cosas que le enojaban: los contratos que proporcionaban pingües beneficios, los viles escándalos de los duques reales, las subidas de los alquileres y los impuestos y el empobrecimiento de los braceros rurales, los subsidios ministeriales a la prensa, la destrucción de las diversiones populares por parte de los delatores de la Sociedad contra el Vicio. El descontento crecía por cientos de razones. La hostilidad hacia el *press-gang*, los agravios de los soldados mutilados, el agravio de los artesanos desbancados por las empresas, que aparecían de la noche a la mañana, con contratos para la guerra, y, después de Trafalgar, la creciente resaca de oposición hacia una guerra que parecía infinita y sin objetivo.

Escribía un pastor disidente de Sheffield en 1808:

> Es muy probable que, siempre que la humanidad se organice en sociedades para la creación de aquel reino en el que las *espadas* se convertirán en *arados* (...) los grandes hombres sean quienes, sobre todo, se opongan a esta tarea gloriosa; en especial, se puede esperar oposición de los *Generales, Almirantes, Contratistas, Representantes* y otros por el estilo; y muchos de los defensores del *Pacífico reino de Cristo* pueden esperar un trato severo en sus malvadas manos.

«El reino de Cristo» se establecerá en el mundo, sólo después de «mucha resistencia y de sangre», puesto que el «Diablo y sus enviados» no permitirán que sea de otra forma:

> ¡Cuán a menudo he visto a pobres viudas y madres empeñar sus prendas más necesarias para salvar a sus maridos o a sus hijos de las garras de un *reclutador truhán e implacable*! ¡Oh, Dios! A cuántas desgracias están condenados los pobres (...)
>
> ¡Oh, pobreza! ¡Tú eres la ofensa imperdonable! (...) ¡No tienes derechos, ni cartas de privilegios, ni inmunidades, ni libertades!

Ven aquí, *viejo* Satán, viejo *asesino* y haré contigo lo mismo que tú hiciste con uno mejor que yo; luego, te llevaré a «una montaña sumamente grande y elevada, y te mostraré todos los reinos de este mundo *cristiano* y su gloria» (...) Ahora, Satán, mira hacia la *cristiandad* y contempla el abigarrado grupo; Biblias, Espadas-Iglesias, Cuarteles-Capillas, Fortalezas-Ministros de la paz vestidos de negro y hombres de guerra vestidos de rojo y azul: unos *pocos* hombres que actúan como *Salvadores*; millones de hombres cuya única ocupación es sistematizar y practicar la destrucción de los hombres (...) Los verdaderos *Hijos de la Paz* muy poco apreciados, oscuros, olvidados y despreciados. Los *Héroes del Asesinato* y el Saqueo exaltados, alabados, recibiendo honores y pensiones e *inmortalizados*.[35]

Esta es una voz salida de la vieja Inglaterra de Winstanley y Bunyan, pero de una vieja Inglaterra que ha empezado a leer a Cobbett. Y nos recuerda lo lejanas que son las elecciones de Westminster para Sheffield, Newcastle o Loughborough. En las tabernas y los cafés de la ciudad, los radicales se podían reunir para discutir y podían sentir la fuerza de su número. De todos los centros provinciales en donde había penetrado la propaganda jacobina con mayor profundidad, sólo Norwich y Nottingham tenían un sufragio lo bastante amplio como para que los radicales pudiesen utilizar el proceso electoral. Birmingham, Manchester, Leeds y la mayor parte de los centros industriales en crecimiento no tenían representación alguna en la Cámara no reformada. Allí, y en las ciudades más pequeñas y los pueblos industriales, la Iglesia y los magistrados vigilaban cualquier signo de «sedición»; incluso un suscriptor del *Register* de Cobbett se podía encontrar en la situación de ser marcado. El reformador se sentía aislado, «oscuro, olvidado y despreciado». El triunfo de Westminster sumió en una oscuridad mayor la represión de las provincias.

De ahí que el movimiento radical tomase formas notablemente diferentes en las Midlands y en el norte industrial, una diferencia que influiría en los hechos durante medio siglo. En Londres, los canales entre los reformadores de la clase media y los de la clase obrera permanecieron abiertos; la forma característica de organización era el comité, en donde unos cuantos profesionales trabajaban junto con artesanos autodidactas que tendían a despreciar el atraso político de los peones y de los pobres, desmoralizados y delincuentes. A medida que la represión se suavizó, el foro, la sociedad de debate y el grupo de

[35] Beaumont, Ministro del Evangelio de la Paz, *The Warrior's Looking-Glass*, Sheffield, 1808. Probablemente el autor era un pastor baptista. Para una nota parecida de protesta cristiana radical contra la guerra, véase el *Cambridge Intelligencer*, y cartas en el *Tyne Mercury*, por ejemplo, el 5 de enero de 1808.

discusión revivieron. Las periódicas elecciones de Westminster cumplieron con el papel, al menos, de ser una válvula de seguridad y fueron una sanción para los tumultos. En las Midlands y en el norte, el radicalismo fue abocado a la clandestinidad, al mundo de las ilegales *trade unions*; llegó a estar asociado con las injusticias industriales, las reuniones secretas y los juramentos. Hasta 1815, ni Burdett ni Cobbett eran conocidos en los centros de la Revolución industrial. El Comité de Westminster no tenía mensaje alguno para los luditas. Al norte del Trent nos encontramos con la tradición ilegal.

14
Un ejército de reparadores

I. La Linterna Negra

«¡He aquí la cabeza de un traidor!» En febrero de 1803, el verdugo levantó la cabeza de Edward Marcus Despard ante la multitud de Londres. Él y otros seis compañeros habían sido declarados culpables de alta traición —incluyendo la muerte del rey— y todos ellos murieron con valor. Despard declaró que era inocente de aquella acusación, pero que moría porque era «amigo de los pobres y oprimidos». La multitud estaba furiosa y compasiva. La prensa de Londres temía que si las víctimas eran conducidas por las calles y ejecutadas en Tyburn o Kennington Common, en vez de serlo en Southwark, hubiera disturbios e intentos de rescate. Entre quienes presenciaron la ejecución se encontraba un joven aprendiz llamado Jeremiah Brandreth. Catorce años más tarde, su propia cabeza era alzada ante la multitud, delante del castillo de Derby: «¡He aquí la cabeza de un traidor!»

Entre Despard y Brandreth se extiende la tradición ilegal. Es una tradición que jamás será rescatada de la oscuridad. Pero podemos aproximarnos a ella desde tres direcciones: primero, tomando en consideración algunas pruebas referentes a la «clandestinidad» entre 1800 y 1802 que todavía sobreviven; segundo, a partir de una cierta crítica de las fuentes históricas; y tercero, a partir del estudio de la tradición cuasilegal de las *trade unions*. Si no tomamos esta precaución, no podremos entender el movimiento ludita y los años de posguerra de la sublevación de Pentridge, a Oliver el espía y la conspiración de la calle Cato.

Hemos visto el origen de la tradición ilegal en las oscuras sociedades de los «Ingleses Unidos» a finales de la década de 1790.[36] En 1800 y 1801 tuvo lugar por toda Inglaterra un estallido

[36] Véase más arriba, pp. 193-198.

de amotinamientos. En su mayoría eran motines de subsistencia, provocados por la escasez y la subida vertiginosa de los precios durante el bloqueo continental de Napoleón. Pero también hay indicios de algún modo rudimentario de organización. Se habían anunciado por adelantado, mediante octavillas, varios motines y «huelgas» de consumidores, en una escala que indica la existencia de una organización de comités que tenían acceso a la imprenta. Desde Londres, en septiembre de 1800:

> Compatriotas,
> ¿Por cuánto tiempo estaréis dispuestos a aguantar, mansa y cobardemente, que abusen de vosotros y medio os maten de hambre una pandilla de esclavos mercenarios y lacayos del Gobierno? ¿Podéis soportar todavía que sigan disfrutando de sus amplios privilegios, mientras vuestros hijos lloran por un trozo de pan? ¡No! No permitamos que existan ni un solo día más. Nosotros tenemos la soberanía, salid pues de vuestro letargo. Acudid el lunes al Mercado de Cereales.

Durante seis días se produjeron tumultos en el Mercado de Cereales. En noviembre, las octavillas convocaban a las «Gentes de oficio, artesanos, oficiales, peones, etc., a reunirse en Kennington Common»; reunión que sólo fue impedida mediante una demostración de fuerza militar. En Portsmouth, los trabajadores de los astilleros decidieron «abstenerse de consumir mantequilla, nata, leche y patatas» hasta que bajasen los precios. En Nottingham, sacaron a pedradas de un teatro a algunos oficiales del ejército que pretendían que el público cantase «Dios salve al Rey». También en Nottingham, donde todavía a finales de siglo se plantaba el Árbol de la Libertad con una ceremonia anual, las autoridades interceptaron una carta que describía con entusiasmo un motín por alimentos, que había tenido éxito, por «la conducta del pueblo que resistió los disparos de la *Yeomanry* con un valor tan inalterable que los *Gentlemen* quedaron sorprendidos». Pero el escritor añadía un comentario significativo. La multitud ya no estaba dividida en las facciones de «jacobinos» y partidarios de la «Iglesia y el Rey»: «Lo que más aterrorizó a los *Gentlemen* fue contemplar la Unión de partidos, que no hubiese (...) painitas ni se oyese ninguna canción como Dios salve al Rey.» Aquí había un cambio importante en las actitudes populares, en las respuestas subpolíticas de «la muchedumbre».[37]

Mientras tanto, llegaban informes alarmantes al Ministerio del Interior. Parece que los peores centros en conflicto eran Nottingham, el Lancashire industrial, donde se decía que seguían siendo activos

[37] H.O. 65.1; J. Ashton, *Dawn of the Nineteenth Century in England*, 1906, p. 19; D. V. Erdman, *Blake, Prophet against Empire*, pp. 317-319; Hammond, *The Town Labourer*, p. 291.

los Irlandeses y los Ingleses Unidos, y el West Riding. Podemos juntar todo lo que se conoce con respecto a la última región. La organización se extendió desde el Sheffield jacobino hacia fuera. En septiembre de 1800, se encontró una octavilla clavada abiertamente en un taller: «el R_ J_ y el Labrador están ocupados llenando los estómagos vacíos de los pobres con bayonetas.» En diciembre, los magistrados de Sheffield creyeron necesario hacer pública una proclama contra las reuniones «muy concurridas» que tenían lugar en los campos por las noches. Se le enviaron varios informes a Earl Fitzwilliam, *Lord-Lieutenant*[38] del condado. En una de esas reuniones, que estaba anunciada para estudiar los medios más adecuados para reducir el precio de las provisiones, un espía oyó hablar de picas y armas; cuando reconocieron al espía, le expulsaron. La población se incorporaba a las sociedades secretas y prestaba juramento solemne de confabulación: «existe un sistema de organización que avanza —los comités secretos— y una preparación de armas con ánimo hostil.» Cerca de Sheffield tenían lugar frecuentes reuniones: «por la noche a las diez, un orador enmascarado arenga a la población, lee cartas de sociedades lejanas a la luz de una vela y luego, inmediatamente, las quema.» No se admitía a nadie en el campo si no daba el santo y seña a un grupo de centinelas.[39]

Hacia marzo de 1801, la alarma se había extendido hasta Leeds y Huddersfield, donde los magistrados temían que «entre los órdenes más bajos se proyectase una insurrección». Había «personas que iban de un lado para otro intentando persuadir al pueblo de que se juramentase para apoyarse mutuamente en la demanda de regular y bajar el precio de los productos de primera necesidad». Una carta de los magistrados del Lancashire afirmaba que en enero había tenido lugar algún tipo de reunión representativa de «delegados» del Yorkshire, Birmingham, Bristol y Londres, en el vecindario de Ashton-under-Lyne. Al mismo tiempo, expiró el plazo de las *Two Acts* de Pitt, aprobadas a finales de 1795, que prohibían las reuniones sediciosas y suspendían el *hábeas corpus*. Aunque cualquier tipo de correspondencia organizada entre grupos individuales siguió siendo ilegal, una vez más volvió a ser técnicamente lícito convocar reuniones públicas. En cuestión de semanas se habían convocado mítines de protesta, a menudo mediante octavillas escritas a mano, en multitud de lugares muy alejados unos de otros. En el Yorkshire, se convocaron mítines en Sheffield, Wakefield, Dewsbury, Bingley. En Bingley a principios de abril, se distribuyeron secretamente octavillas por debajo de las puertas y en los puestos del mercado, que llamaban a la población a asistir a una manifestación de la «Asociación de Amigos de la Libertad». El

[38] Principal autoridad ejecutiva de un condado, jefe de la magistratura nombrado por el soberano. (*N. de la T.*)

[39] *Fitzwilliam Papers*, F 44 (d), (e).

objetivo del mitin era manifestarse contra el precio excesivo de los víveres, «desenmascarar el fraude y cualquier tipo de gobierno hereditario, disminuir la presión de los impuestos, proponer planes para la educación de la infancia indefensa y el mantenimiento confortable de los viejos y los afligidos (...) extirpar la horrible práctica de la guerra»:

> ¿Vais a soportar que abuse de vosotros una mayoría de lacayos mercenarios, alcahuetes del gobierno: tratantes de granos, *placemen*, pensionistas, parásitos, etc., mientras vosotros morís de hambre por falta de pan? No permitamos su existencia ni un día más, nosotros tenemos la Soberanía (...) Sacad la Constitución de su escondrijo y que esté abierta al examen público; haced que la tierra tiemble hasta su mismo centro.[40]

«Parece que hay agitación —informaba un Comité de Materia Reservada de la Cámara de los Comunes— para convocar de pronto numerosos mítines en diferentes partes del país, el mismo día a la misma hora, hasta un punto que, si no se impide, puede poner materialmente en peligro la paz pública.» Hacia finales de abril, se volvió a poner en vigor la *Seditious Meetings Act* y se suspendió el *hábeas corpus* por otro año.

Inmediatamente, la agitación volvió de nuevo a la clandestinidad. Una vez más, podemos intentar seguir su historia en el West Riding.

Durante el verano de 1801 siguieron las reuniones, principalmente por la noche, y Batley, Ossett y Saddleworth se añadieron a la lista de centros de la agitación. En julio de 1801, parece que se reunió en Halifax algún tipo de comité representativo, con delegados de las ciudades textiles y un orador de Sheffield. Se habló de prestar juramento o «unirse» a los Británicos o Ingleses Unidos, cuyo principal centro de actividades pudo estar al otro lado de los Peninos, en Bolton. A todos los que ingresaban se les exigía responder afirmativamente a tres preguntas: 1) ¿Deseaban un cambio total de sistema? 2) ¿Estaban dispuestos a arriesgarse en una lucha para liberar el futuro? 3) «¿Estás dispuesto a hacer todo lo que esté en tu mano para crear el espíritu del amor, la hermandad y el afecto entre los amigos de la libertad y a no perder ninguna oportunidad de dar toda la información política que puedas?» Desde Leeds se informa de otra reunión representativa que había tenido lugar en agosto; se pospuso, según un magistrado, con una resolución de que no había «motivo para hacer otros mítines adicionales hasta que los franceses desembarcaran». Un magistrado de Wakefield asintió: «(...) su objetivo es una revolución y el levantamiento de los descontentos depende completamente de que el enemigo invada el país.»[41]

[40] *Ibid.*, F.45 (a).
[41] *Ibid.*, F.45 (a), (d).

Por aquel entonces las reuniones se habían extendido tanto que se mencionaban en el *Leeds Mercury*, cuyo editor, Edward Baines, había sido en otro tiempo secretario de un club «jacobino» de Preston, pero que ahora estaba ansioso por desvincularse completamente de «todas las asociaciones secretas con fines políticos». Desde un editorial observó que la costumbre de hacer reuniones políticas nocturnas se había vuelto «muy frecuente». Había razones de peso para suponer que estaban motivadas por «malos designios» y alguna sospecha de que existía una correspondencia secreta con Francia. Acusaba a los reformadores de esconderse en «oscuras madrigueras como bandidos criminales». El escrito de Baines motivó una dura réplica por parte de Benjamin Flower, cuyo *Cambridge Intelligencer* fue, junto con el *Sheffield Iris* de Montgomery, el último de los periódicos de los reformadores que luchó hasta el siglo XIX. En noviembre de 1800, Flower había publicado un llamamiento general para hacer una manifestación pública en favor de la paz: el pueblo —decía— «se da cuenta y es consciente de que el resultado de la guerra y los impuestos [es] elevar el precio de todos los productos de consumo». Ahora Flower acusaba a Baines de ser un «contemporizador», de ayudar a los propagandistas de la «Iglesia y el Rey», de difamar a los reformadores, que no tenían otra alternativa que reunirse en secreto, con el libelo de la «correspondencia francesa» y de alentar además: «este sistema corrupto y disoluto que ha arrasado una gran parte de Europa, asesinado a millones de nuestros semejantes, le ha robado al pueblo de este país sus más valiosos derechos y ha llevado el reino al borde de la ruina.» Esta brecha, que se abría entre el viejo radicalismo painita de hombres como Flower, que no temían el riesgo de ser procesados o de hacer agitación entre las masas de descontentos, y el cauteloso radicalismo «constitucional» de tipo *whig* de Baines, iba a crecer en cuanto a trascendencia a medida que avanzaba el siglo XIX.[42]

Parece que, cuando se ratificaron los preparativos de la paz en octubre, hubo una tregua interrumpida sólo por la alegría popular. Más tarde, en el invierno de 1801-1802 se volvieron a hacer de nuevo informes sobre reuniones «nocturnas» en el West Riding, y de protestas contra el impuesto sobre la malta, el impuesto sobre las ventanas y las restricciones a la libertad. Aunque la paz llegó en marzo de 1802, las reuniones nocturnas siguieron y, a pesar de todos sus esfuerzos, los magistrados no pudieron identificar a ninguno de sus líderes. En una carta del alcalde de Leeds a Earl Fitzwilliam, de agosto de 1802, hay un relato completo de una reunión:

[42] *Leeds Mercury* (1 de agosto de 1801); E. Baines, *Life of Edward Baines*, 1851, p. 51; *Cambridge Intelligencer* (15 de noviembre de 1800, 8 de agosto de 1801).

Con respecto a las reuniones nocturnas, éstas siguen, aunque nunca se sabe el lugar hasta que se realizan. El viernes por la noche, cerca de la medianoche, se hizo una reunión en el camino de una hondonada o estrecho valle que está a unas seis millas de Leeds y unas dos de Birstall, a cierta distancia de cualquier carretera pública. Un hombre que merece toda mi confianza me asegura que intentó formar parte del grupo, pero se encontró con que, a cierta distancia, había vigilantes por todas partes, el más lejano de ellos se le acercó e intentó que se fuera en otra dirección. Al continuar adelante se encontró con otra línea móvil de vigilantes, que le preguntaron qué quería y al insistir él en que quería llegar al grupo de hombres de la Linterna Negra, hicieron un silbido y oyó tales expresiones y tonos de voz que le disuadieron de su propósito. De lo que alcanzó a oír podía recordar con facilidad que se esperaba a algunas personas en particular a las que llamaban *gentlemen* y que todavía no habían llegado (...)

Por otra fuente de la que me puedo fiar, sé que el comité que forma la Linterna Negra, y en el que el viernes por la noche debieron participar unos doscientos hombres, está compuesto por quienes han discutido el tema con otros nueve y les han admitido bajo juramento, cada uno de los cuales a su vez, *ad infinitum*, se convierte en miembro del Comité por el mismo sistema. Los temas sobre los que disertan los líderes y el cemento que les mantiene a todos unidos son la «Abolición de todos los impuestos, y el disfrute de sus derechos». «Hacia Navidad deberían poder alcanzar sus objetivos y en una noche tendría lugar el levantamiento en todas partes.»[43]

Cualquiera que fuese su organización, tenían acceso a la imprenta. En junio de 1802, un magistrado del West Riding envió al Ministerio del Interior una pequeña octavilla que contenía una «Proclama a los Británicos Unidos». Proponía unir «en una cadena de entendimiento» a todos aquellos que pretendieran derrocar a los opresores de la nación:

Llaman traición a la libertad independiente de un pueblo sabio, porque temen que la justicia caiga sobre sus culpables cabezas.[44]

En otoño, procesaron a dos hombres de Sheffield, William Lee y William Ronkesley, por prestar juramentos secretos. Se afirmaba que, entre octubre de 1801 y agosto de 1802, habían pertenecido a una asociación secreta, que tenía mil miembros en Sheffield y que había fabricado picas y tenía depósitos de armas enterradas. Los que mandaban la organización eran «Directores y Jefes» que adiestraban a los miembros por las noches. Sus objetivos eran inconcretos, pero, escribió el alcalde de Leeds a Fitzwilliam, «existe una idea entre los pobres, de que no deberían pagar los impuestos (...) Miles

[43] H. O. 44.66, transcrito por completo en Aspinall, *Early English Trade Unions*, pp. 52-53. El original se encuentra en *Fitzwilliam Papers*, F.45 (d).

[44] R. Walker, a H. O. 28 de junio de 1802 (carta adjunta), H. O. 42.64.

de ellos albergan la *secreta* convicción y alientan la esperanza de que las cosas están madurando».[45] Lee y Ronkesley fueron condenados a siete años de deportación.[46]

En noviembre detuvieron a Despard y sus compañeros en Londres. En diciembre llegaron más informes acerca de la preparación de armas en Sheffield. En fecha tan tardía como agosto de 1803, un informador le dijo a Fitzwilliam que los juramentos y la fabricación de picas continuaban. La organización secreta «ha impregnado a la gran mayoría de la población de los distritos manufactureros de este país», le escribió al ministro, a pesar de su escepticismo habitual. «Un gran número de miembros del Ejército y la Milicia estaban juramentados», con el mismo juramento que se había prestado en el asunto de Despard. Entre los distritos había enviados especiales: «Muy poca cosa se confía al papel, pero cualquier cosa que sea se destruye inmediatamente después de ser comunicada.» Por otra parte: «Los dirigentes jamás se reúnen en sus propias ciudades: cuando tienen motivo para consultar se van lejos de sus casas.»[47] Después de esto la Linterna Negra parece apagarse.

Durante el mismo período, llegaron informes parecidos del sur del Lancashire y de las Midlands. Sin duda, existía algún tipo de organización clandestina que intentaba convertir el descontento respecto de la subida de los precios y la escasez de víveres en un canal revolucionario. Existen demasiadas pruebas, y éstas provienen de fuentes demasiado independientes, para que se pueda sostener la ficción histórica aceptada de que la «sedición» no existía a no ser en las imaginaciones de los ministros, magistrados y espías. Pero en este punto las fuentes sólo nos conducen a la oscuridad. ¿Tenían los «Británicos Unidos» alguna existencia real a nivel *nacional*. ¿Estaba el coronel Despard en conexión con ella y con las organizaciones clandestinas del Lancashire y el West Riding? ¿Había vínculos con Francia y con Robert Emmet en Dublín? ¿Siguió existiendo la organización clandestina después de 1802?

El proceso contra Despard reveló poco, aunque sugirió mucho. El coronel Despard procedía de una familia de terratenientes irlandesa y tenía un distinguido historial militar. Nelson, que fue citado por la defensa para declarar en el juicio, declaró: «Estuvimos juntos en tierras españolas. Dormimos muchas noches juntos, vestidos sobre el suelo, hemos medido juntos la altura del muro

[45] J. Dixon, 17 de julio de 1802; W. Cookson, 27 de julio de 1802; J. Lowe, 3 de diciembre de 1802, todo en *Fitzwilliam Papers*, F.45 (d).

[46] L. T. Rede, *York Castle in the Nineteenth Century*, pp. 198-201.

[47] *Fitzwilliam Papers*, F.45 (e). El informador, añade Fitzwilliam, es «un hombre juicioso y laborioso, no es joven, pero no creo que haya muchas razones para considerar que sea la frívola mentira de un charlatán poco serio».

enemigo. Y en todo ese tiempo (...) ningún otro hombre hubiera mostrado una fidelidad más apasionada a su soberano y a su país que el coronel Despard.»[48] Nelson tenía tan bien conceptuado a su camarada de armas que había esperado que llegase a uno de los puestos más distinguidos dentro del ejército. Pero todo esto había ocurrido muchos años antes; los dos hombres no se habían vuelto a ver desde 1780. A partir de 1772, Despard había servido de forma continuada en las Indias Occidentales y en la Honduras inglesa, hasta su retirada con media paga en 1790. En apariencia fue el prototipo de muchos oficiales de aquella época que, al no poseer riqueza ni influencia suficientes para obtener reconocimiento, se encontraron con que les estafaban en la promoción, les adelantaban los bobos de capirote que tenían intereses en la corte, recibían acusaciones de mala conducta de parte de sus rivales y se quedaban sin poder hacer nada, durante años, en los pasillos del poder.[49] En Despard podemos encontrar algo de la misma mezcla de agravios privados de un oficial en activo y del descontento general respecto de la corrupción y la falta de sinceridad de la vida política que convirtieron a lord Cochrane en un radical.

Pero además, Despard era irlandés, y alrededor de 1796 o 1797, se había llegado a *comprometer* tan profundamente con la causa de la independencia irlandesa que, tanto en el comité de la Sociedad de Correspondencia de Londres como en los círculos más oscuros de los Irlandeses Unidos y los Ingleses Unidos de Londres, era el representante de aquella. Formaba parte del grupo con el que había contactado O'Coigly en la taberna *Furnival*.[50] A principios de 1798, el Consejo privado había recibido diversas informaciones referentes a sus actividades que sugerían que estaba creando una organización *militar* clandestina, en la cual se mezclaban los estilos del soldado de fortuna isabelino y del revolucionario del siglo XIX. Aunque los fines de la organización eran jacobinos, a quienes se alistaban al servicio de Despard se les prometía un rango elevado y una recompensa en el caso de triunfar. Encarcelado durante la suspensión del *hábeas corpus* entre 1798 y 1800, el caso de Despard fue importante entre quienes formaban parte de la agitación «¡Abajo la Bastilla!», de sir Francis Burdett y de la multitud de Londres. Parece que cuando le dejaron en libertad, en 1800, volvió a ponerse manos a la obra para crear su ejército revolucionario.

---

[48] *Cf. London Gazette* (18 de julio de 1780); «Apenas se disparó alguna arma pero la apuntó el capitán Nelson, del Hinchinbroke, o el lugarteniente Despard, mecánico primero.»

[49] Para la temprana carrera de Despard, véase sir Charles Ornan, *The Unfortunate Colonel Despard*, 1922; J. Bannantine, *Memoirs of E.M. Despard*, 1799.

[50] Véase más arriba, p. 195.

Le detuvieron la última semana de noviembre de 1802, en el *Oakley Arm's*, en Lambeth, en compañía de casi cuarenta obreros y soldados. En su proceso, se probaron algunos hechos fuera de toda duda. Despard y algunos de sus asociados se habían reunido, durante los meses anteriores y una tras otra, en las tabernas del Londres obrero: *The Flying Horse* en Newington, *The Two Bells* y *The Coach and Horses* en Whitechapel, *The Ham and Windmill* en Haymarket, *The Brown Bear* y *The Black Horse* en St. Gile's, *The Bleeding Heart* en Hatton Garden. En todos estos lugares su compañía estaba constituida por obreros y soldados, con una elevada proporción de irlandeses, y verdaderamente se discutía algún tipo de conspiración jacobina.

Durante su juicio o también en la prensa del momento se alegaron otros hechos que deben contemplarse de forma más crítica. Así, se dijo que guardias jacobinos, tanto en los cuarteles de Chatham como en los de Londres, habían alistado un número considerable de seguidores, vinculados a la conspiración por juramentos secretos. A los prisioneros se les encontraron documentos referentes a los «objetivos constituyentes» de su sociedad:

> La independencia de Gran Bretaña e Irlanda. Una igualación de los derechos civiles, políticos y religiosos. Una provisión holgada para las familias de los héroes que caerán en la lucha.
>
> Una recompensa liberal para los méritos destacados. Estos son los objetivos por los cuales luchamos, y para conseguir estos objetivos juramos estar unidos.[51]

Se había invitado a los soldados a incorporarse a esta «Sociedad en favor de la Constitución» con el fin de «luchar para romper las cadenas del cautiverio y la esclavitud». La organización tenía —según se decía— por lo menos siete divisiones y ocho subdivisiones sólo en Southwark, con divisiones adicionales en el *borough*, Marylebone, Spitalfields y Blackwall, sobre todo entre los «jornaleros, oficiales y soldados rasos», marineros sin trabajo y estibadores irlandeses. Era una organización paramilitar, con «diez hombres en cada compañía y, cuando ascendían a once, el undécimo tomaba la dirección» de una nueva compañía. Cada compañía estaba dirigida por un «capitán», cada grupo de cinco compañías constituía una «subdivisión» dirigida por un «coronel». Por otra parte, si bien éste era el modelo, no parece que se llevara a la práctica de forma general. Según un testigo, Despard decía que: «una organización regular en Londres constituye un peligro para nosotros, porque está bajo la

[51] En el Yorkshire, en 1802, se encontraron unos documentos idénticos; *Fitzwilliam Papers*, F.45 (d).

vigilancia del Gobierno; pero una organización regular en el campo es necesaria y, creo, general.» Una organización de este tipo en Londres sería «una imposibilidad moral». Pero citaba Leeds, Sheffield, Birmingham, Manchester y Chatham como centros «rurales» en donde ya existían organizaciones semejantes y con las cuales afirmaba estar en contacto.

El proceso trajo a colación otras acusaciones adicionales. El coronel Despard y su ejército revolucionario fueron acusados de preparar un *coup d'état* inminente. Se iban a tomar por asalto la Torre y el Banco, los cuarteles serían tomados desde dentro, se abrirían las prisiones y se asesinaría o se haría prisionero al Rey. Se afirmaba que Despard había dicho: «Lo he meditado todo profundamente y Dios sabe que tengo el corazón endurecido.» Entre los conspiradores se conocía a los miembros del gabinete como «los Devoradores de Hombres». El asalto a la Torre o la detención del Rey serían la señal para que la multitud de Londres se sublevase; y los coches del correo, que abandonaban Londres desde un punto central situado en Piccadilly, serían «detenidos como señal para los habitantes del campo de que en la ciudad se habían sublevado».

No existen pruebas reales que indiquen que el proceso contra Despard fuese una «estratagema», aunque en aquel momento se creyese ampliamente en su inocencia[52] y se haya transmitido esta idea a través de la tradición *whig* de la historia. Es cierto que los testigos de la corona eran personas de mala reputación; en particular John Emblin, un antiguo relojero jacobino, y uno de los guardias, que volvieron en su contra las pruebas del Rey; además el guardia declaró en contra de la vida de su propio hermano. También es cierto que buena parte de las pruebas referentes a la conspiración en el ejército sólo implicaban a Despard de forma indirecta y pudieron ocurrir con independencia de él o incluso en contra de su opinión; mientras que los detalles más coloristas referentes al intento de asesinato del Rey y al asalto de la Torre pudieron haber sido inventados para la ocasión. Por otra parte, ni Despard ni su defensa dieron la más mínima explicación a propósito del objeto de aquellas frecuentes reuniones en oscuras tabernas de Londres, en las que un *gentleman* de la categoría de Despard era un cliente desacostumbrado. Despard sólo rompió el silencio que había mantenido durante su proceso y el de sus compañeros de conspiración, después de que se dictara la sentencia de muerte. Y entonces lo hizo para protestar:

[52] Véase, por ejemplo, C. F. Mortimer, «A Christian Effort to Exalt the Goodness of the Divine Majesty, even in a Memento», en *Edward Marcus Despard, Esq. And Six Other Citizens, undoubtedly now with God in Glory*, 1803, que cita a *Mateo* XXVIII, 12: «Dieron grandes sumas de dinero a los soldados», etc.

Vuestra Señoría me ha atribuido el papel de persuasor de esos hombres. No creo que nada de lo que ha aparecido en el proceso o las pruebas alegadas contra mí prueben que soy el persuasor de esos hombres.

En las circunstancias en que se dijo, esto sólo se podía tomar como una admisión de que existía una conspiración, pero que Despard, lejos de iniciarla, se introdujo en ella por medio de otras personas, respecto a la identidad de las cuales mantuvo un leal silencio.

«El coronel Despard —escribió treinta años más tarde Francis Place, que había trabajado con él en el comité de la S.C.L.— era (...) un hombre caballeroso, singularmente apacible; un hombre con un corazón singularmente bueno.» El «orador» Hunt, cuyo primer contacto con las ideas jacobinas lo tuvo cuando, estando encarcelado por la judicatura real, se encontró con Despard, escribía de una manera similar, «un caballero apacible». ¿Debemos aceptar los relatos que dicen que su grupo de partidarios era «microscópico» o que «es difícil explicar la locura de su conspiración a no ser que estuviera trastornado»?[53] La situación de Irlanda en 1798 era suficiente para trastornar la mente de cualquier patriota irlandés. Y si suponemos —como razonablemente podemos hacer— que Despard y su círculo tenían acceso a antiguos contactos de la S.C.L. así como de los «Irlandeses Unidos» en Inglaterra,[54] y que existía algún vínculo impreciso entre ellos y una organización como la Linterna Negra en el Yorkshire,[55] entonces la conspiración era un asunto serio. Además, los motines de la flota nos recuerdan que de ningún modo, era inconcebible la existencia de una organización revolucionaria en el ejército. Al igual que la armada, el ejército hervía de injusticias respecto de la paga, el alojamiento, el cuidado de los familiares, la disciplina y los malos tratos. A los soldados, entre los que había muchos irlandeses, se les permitía vestirse de paisano por las tardes y mezclarse con los obreros y los artesanos en las tabernas de Londres. Había pocas precauciones de seguridad y los emisarios jacobinos podían acceder con facilidad a los alojamientos de los soldados en los cuarteles, como lo harían Bamford y Mitchell en 1817. Hoy en día nos parecería inverosímil que un guarda granadero bautizara a su hijo «Bonaparte», pero

[53] Véase Cole y Postgate, *The Common People*, p. 163; H. W. C. Davis, *The Age of Grey and Peel*, p. 95.

[54] Al menos otro de los conspiradores, Charles Pendrill, había sido con anterioridad un miembro dirigente de la S.C.L. Estuvo encarcelado, en 1798-1800, en la prisión de Gloucester junto con Binns. Era oficial zapatero —anterior patrono—, de la calle Tooley. Aunque se le citó en los juicios como uno de los principales conspiradores, se le dejó en libertad con la amnistía decretada después de ejecutar a Despard y sus asociados; reapareció haciendo un papel conspirativo similar en 1817. Véase más adelante, p. 531-532.

[55] En 1801 detuvieron a varios «Ingleses Unidos» en Bolton, y uno de ellos, Callant, fue ejecutado más tarde bajo la acusación de apartar a los soldados de su deber; W. Brimelaw, *Political History of Bolton*, 1882, I, p. 14; G. C. Miller, *op. cit.*, p. 404.

este era el caso de uno de los asociados de Despard. La afirmación de la corona de que por lo menos trescientos soldados del tercer batallón de los guardas y treinta o cuarenta del primer batallón estaban implicados en la conspiración puede parecer poco probable; pero las seis víctimas seleccionadas junto con Despard para ser juzgadas y ejecutadas eran guardias y este ejemplo indica que el gobierno estaba seriamente inquieto por el alcance de la conspiración.

Cuando adquirimos una visión completa de las pruebas, nos damos cuenta de que el asunto Despard debe considerarse como un incidente de significación real en la historia política británica. Unía las luchas de los nacionalistas irlandeses —Despard tenía algún contacto con Robert Emmet— con las quejas de los obreros de Londres y de los cardadores de paños y tejedores del norte de Inglaterra. Fue un último estallido del viejo jacobinismo de la década de 1790 que sufrió, junto con Despard, una seria derrota. El asunto pareció justificar la política de «alarma» del gobierno y la suspensión de las libertades populares. También sirvió para iniciar, entre un pequeño grupo de ultrajacobinos, la estrategia —o, quizá, la fantasía— del *coup d'état*. Este seguiría siendo el objetivo de pequeños grupos de Londres hasta la época de la conspiración de la calle Cato (1820), mientras que la idea de extender la señal de una sublevación general deteniendo los coches del correo volvería a aparecer en la época cartista.

Despard se llevó con él la mayor parte de sus secretos. Si, como afirmaba, era inocente de la acusación de urdir el asesinato del Rey y el gobierno, de todos modos no ofreció ninguna explicación adicional respecto de los objetivos de su sociedad. Según se cuenta, en el cadalso dijo:

> Sé que, por el hecho de haber sido enemigo de las sangrientas, crueles, coactivas e inconstitucionales medidas de los ministros, éstos han decidido sacrificarme en nombre de lo que ellos llaman un pretexto legal (...) Conciudadanos, os deseo salud, felicidad y prosperidad; y aunque yo no viva para disfrutar de las bendiciones del cambio providencial, estad seguros, ciudadanos, de que llegará el momento, y lo hará con *prontitud*, en que la gloriosa causa de la Libertad realmente triunfará (...)

Si Despard era inocente de complicidad en la conspiración que existía entre los guardias, es posible que, por cuestión de honor, fuese imposible una defensa, porque hubiese implicado a otras personas. Pero la acusación también escondió su jugada, limitando el proceso a las pruebas de ciertos hechos evidentes y afirmando que estaba en posesión de más información que provenía de informadores que no se habían dado a conocer en el proceso, puesto que así «seguirían estando fuera de sospechas (...) para la futura seguridad del Estado». Se rumoreaba que no se habían revelado las pruebas

referentes a la complicidad francesa, porque, cuando tuvo lugar el proceso, Gran Bretaña estaba todavía en paz con Francia. Según declaraba el *Morning Post*, Despard:

> era de la opinión, de que no se haría una revolución mediante vastas asociaciones (...) sino con un pequeño partido de hombres desesperados que, habiendo asestado un fuerte golpe, como el asesinato del Rey, y sembrado la consternación por la ciudad, encontrarían miles de seguidores (...) Los pobres (...) creen que es un mártir (...) ¿Acudirá el cuerpo decapitado de Despard a todas las tabernas para multiplicar por cien sus prosélitos?[56]

II. la sociedad opaca

Durante algunos años parecería que la alarma expresada por el *Morning Post* había sido excesiva. El movimiento clandestino no se volvió a manifestar de nuevo hasta 1811, y entonces lo hizo en forma de un violento conflicto industrial: el movimiento ludita. Los ataques luditas se limitaban a objetivos laborales determinados: la destrucción de telares mecánicos (Lancashire), tundidoras mecánicas (Yorkshire) y resistencia a la ruptura de la tradición en la industria de los calceteros de bastidor de las Midlands. ¿Debemos investigar más allá de las injusticias económicas y laborales inmediatas para explicar sus acciones?

Proponemos una respuesta diferente. Pero al intentar dar cualquier respuesta, el historiador se enfrenta a dificultades de interpretación de las fuentes que se deben explicar. Desde la década de 1790 hasta 1820, estas fuentes están extraordinariamente nubladas por el partidismo.

[56] El presente relato de la conspiración de Despard se basa en: J. H. Gurney, *The Trial of Edward Marcus Despard*, 1803, en especial las pp. 33, 36, 44-45, 72, 73, 79, 115, 127, 137, 174, 269; T.S. 11.332; T.S. 11.333; «Narración de John Oxlade», anotada por Place, en Add. MSS. 27809; *Leeds Mercury* (27 de noviembre de 1802); *Morning Post* (22 de febrero de 1803); *State Trials at Large. The Whole Proceedings at the Trials of Colonel Despard*, 1803, p. 78. Quince años más tarde, Oliver informó acerca de una conversación sostenida con uno de los principales conspiradores, Charles Pendrill: «Reconoció que los soldados estaban profundamente implicados y muy decididos.» En una ocasión, se reunieron cerca de doscientos soldados armados en las casas próximas a la Torre, estaban dispuestos a intentar dar el *coup* y Pendrill «parecía estar seguro de que aquella vez se podía haber tomado la Torre con facilidad y que los soldados la hubiesen entregado, pero el número de los que comparecieron era despreciable». Narración de Oliver, en H.O. 40.9.

En primer lugar, está el partidismo consciente de las autoridades; desde Pitt a Sidmouth, el gobierno seguía una sola política. El descontento debía ser rodeado y aislado; y eso se debía hacer atribuyéndole la sospecha de conspiración probonapartista o, a partir de 1815, de intenciones violentas e insurreccionales. Sucesivas comisiones de materia reservada de la Cámara —1801, 1812, 1817— presentaron fantásticas e indemostradas aseveraciones de existencia de redes insurreccionales. En un sentido, el gobierno necesitaba conspiradores para justificar la continuación de una legislación represiva que impedía la existencia de una organización popular a nivel nacional.

Pero el mito de que todos los reformadores eran agentes franceses o conspiradores puso en marcha una curiosa lógica. No sólo significó que los reformadores fueron obligados a adoptar formas de actuación oscuras y secretas. También significó que las autoridades, con el fin de penetrar en aquellas formas, se vieron en la necesidad de emplear espías e informadores en una escala desconocida en cualquier período anterior. La línea que separaba al espía del *agent provocateur* era confusa. Al informador se le pagaba a destajo; cuanto más alarmista era su información, más lucrativo era su oficio. La información falsa podía ser aceptada con ansia por parte de las autoridades que propagaban el mito. A un cierto nivel, es imposible saber hasta qué punto las mismas autoridades eran víctimas del engaño, por lo que se refiere a las conspiraciones que inventaban sus propios informadores. Era posible adoptar una política de provocación deliberada con el fin de aislar y aterrorizar a los revolucionarios potenciales. En este sentido, fue la política de Pitt, al reprimir las sociedades de correspondencia, la que puso en marcha la lógica que condujo tanto a Oliver el espía como a la sublevación de Pentridge de 1817. Estos años revelan un modelo de pruebas falseadas tan sucio, que podemos lamentar que aquella lógica no llegase por sí misma al final apropiado. Si los conspiradores de la calle Cato hubiesen conseguido su objetivo de asesinar al gabinete, este habría sido eliminado por unos conspiradores engendrados por su propia política represiva y armados por sus propios espías.

Así pues, las pruebas que las autoridades presentaban, referentes a una clandestinidad conspiradora entre 1798 y 1820, son dudosas y algunas veces carecen de valor. Esta era, por supuesto, la principal línea de contraataque de los reformadores contemporáneos, incluyendo a Burdett y a Samuel Whitbread. En un momento dramático, en 1817, H.G. Bennet, diputado por Shrewsbury, arrojó al suelo de la Cámara el informe del comité de materia reservada, declarando que era una difamación contra «todo el pueblo (...) basura que sólo merece que la pisotee con mis pies». Sucesivos historiadores han adoptado el mismo punto de vista, sea porque actúan con una preocupación escrupulosa por las leyes de los hechos, sea por simpatía hacia los reformadores

o, más recientemente, por una flemática suposición de que cualquier actividad revolucionaria concreta se debe excluir como no inglesa, sin previo examen. Como reacción frente a los mitos de las conspiraciones jacobina y spenceana, han propagado el «contramito» del «constitucionalismo» inglés y han depositado una gran confianza en la fuente de información alternativa más importante: los archivos —manuscritos, memorias, folletos, recortes, etc.— recogidos por Francis Place.

Estos archivos tienen un valor incalculable. Pero Place estaba lejos de ser esa mítica criatura: el «observador objetivo». También él era sumamente partidista, estaba profundamente implicado en las disputas radicales que desfiguran por completo el período 1806-1832 y no era tolerante con sus oponentes: a Cobbett le consideraba sólo como «un cobarde jactancioso sin principios», al orador Hunt como «insolente, enérgico y vulgar». Como investigador oficial de los problemas de la clase obrera para los utilitaristas, cuando empezó a escribir sus memorias ansiaba subrayar la contribución de los moderados y minimizar la importancia de los «agitadores de la muchedumbre». Además, entre los reformadores avanzados le consideraban profundamente sospechoso. En 1810 fue presidente de un jurado de primera instancia que exculpó al impopular duque de Cumberland de la bien fundada sospecha de haber asesinado a su ayuda de cámara. Se sabía que se relacionaba con personas a quienes los radicales consideraban indeseables y tanto Burdett como Hunt le acusaron públicamente de ser un «confidente». La acusación es ridícula: en general los confidentes eran un tipo más repugnante de seres. Por otra parte, después de 1810, Place estaba tan convencido de la necesidad de una reforma constitucionalista, que si hubiese llegado a tener pruebas respecto de una conspiración insurreccional muy bien podría haberlas comunicado a las autoridades. De ahí que, cuando hagamos referencia a los archivos de Place, debamos recordar que, aunque estaba bien situado para reunir información sobre los movimientos reformistas metropolitanos y sobre las *trade unions* y los clubes de oficio más «respetables», había áreas sobre las cuales su información era tan incompleta como la de las autoridades; sabía muy poco de las Midlands y el norte, poco acerca de la organización ilegal de *trade unions* y en el caso de que hubiese existido cualquier movimiento político clandestino serio, desde luego, sus organizadores no hubiesen hecho partícipe a Place de sus secretos.[57]

Y aquí nos acercamos al corazón del problema. Porque la tercera razón por la cual las fuentes son oscuras es que los obreros *se proponían* que así fuera. «Propósito» es un término demasiado racional.

[57] *Addenda* MSS. 27809, folios 16, 17. Véase también W. E. S. Thomas, «Francis Place and Working Class *History*», *Hist. Journal* (1962), p. 61.

En Inglaterra había, ciertamente, dos culturas. En los centros de la Revolución industrial surgían nuevas instituciones, nuevas actitudes, nuevas pautas de comportamiento comunitario que, de forma consciente o inconsciente, estaban configuradas para evitar la intrusión del magistrado, el patrono, el párroco o el confidente. La nueva solidaridad no era sólo una solidaridad *con*, también era una solidaridad *contra*. Desde el punto de vista de las autoridades las dos terceras partes del problema consistían en obtener algún tipo de información fiable. Los magistrados cabalgaban por vecindarios atestados, situados a pocos cientos de yardas de sus residencias, y eran recibidos como extranjeros hostiles. Eran más impotentes para descubrir las sedes de las *trade unions* que los filibusteros de Pizarro para descubrir cálices de oro en los pueblos del Perú.

De ahí que los documentos del Ministerio del Interior, que son las principales fuentes de primera mano, sean a menudo de lectura confusa. Al igual que viajeros desconocedores del terreno que pisan, los magistrados y los jefes se encontraban a merced de los informadores. Una sociedad de socorro mutuo podía parecer un foco de sedición a un hombre que jamás hubiese pensado acerca de lo que costaba un entierro a los pobres. Un vociferante predicador callejero podía parecer un agente de Despard. Los patronos podían *desear* helar la sangre de los magistrados con historias de jacobinos para asegurarse un trato severo para con los sindicalistas. Los J. P.'s iban a la caza de noticias de poca importancia que provenían de informadores, pagados o anónimos, y de diversos alcahuetes, como taberneros, viajantes y soldados. Aquí encontramos la solemne transmisión al *Lord-Lieutenant* del West Riding de un chisme contado por un barbero una mañana. Allí encontramos otro, escrito desde Barnsley en 1802, para decir que «todas las mujeres hablan de forma misteriosa. Existe una expectación general en torno a no saben qué.» Y más allá encontramos a un ministro metodista que escribe al duque de Portland acerca de una Gran Asociación de revolucionarios, con sede en Bolton en 1801; la historia provenía de un «amigo confidencial» que la obtuvo del «líder de los Cantantes Metodistas» del templo de Sheffield, quien a su vez la obtuvo de otra persona.[58]

Por supuesto, este tipo de chismorreo carece de valor. Pero debemos observar bastante más de cerca el papel de los informadores. Los ingleses tenían la fervorosa creencia de que el empleo de espías en los asuntos internos no era británico, y pertenecía

[58] *Fitzwilliam Papers*, F.44 (a), 45 (d); R. F. Wearmouth, *Methodism and the Working-Class movements of England, 1800-1850*, p. 60. Compárese con la carta de T. A. Abdy al duque de Portland, 20 de diciembre de 1795, que daba información de «mi propio guardabosque, que gracias a su situación tiene la oportunidad de saber más cosas de las que yo, como magistrado, conozco», H. O. 42.37.

al «sistema de espionaje continental». En realidad, era una parte antigua del arte británico de gobernar, así como de la práctica de la policía, que se remonta a la época en que Christopher Marlowe fue cazado en sus propias redes; y el espionaje y contraespionaje contra los católicos, la *Commonwealth* y los jacobitas nos sitúan en el siglo XVIII. Se apoyó en una práctica delictiva y llegó a estar muy extendido durante los cincuenta años que van desde 1780 a 1830, por razones completamente diferentes. La misma incapacidad de las fuerzas de policía regular había conducido al sistema de «pago según los resultados», o de recompensa graduada —o boletos de Tyburn— a cambio de conseguir diferentes grados de condena. Y eso, a su vez, había alimentado un tipo de intermediario nauseabundo que se aprovechaba de la revelación de delitos, que tenía interés en agrandar o incluso en inventar. A principios del siglo XIX se produjeron varias revelaciones asombrosas de provocaciones de este tipo en casos puramente criminales, y sin duda muchos otros pasaron inadvertidos. Se persiguió a los luditas como si se tratase de cualquier grupo de delincuentes culpables, mediante amplias recompensas a cambio de información que condujese a la condena. Joseph Nadin, el destacado jefe auxiliar de policía de Manchester había incurrido en la sospecha de sacar provecho de la venta de boletos de Tyburn obtenidos por procedimientos ilegales. En 1817, el Banco de Inglaterra procesó a ciento veinticuatro personas por falsificar o poner en circulación billetes de banco falsos y la prensa radical explicó casos en los que soplones [*blood-money informers*] que cobraban recompensas «colocaron» billetes de banco falsos a víctimas inocentes y luego obtuvieron la recompensa por su condena.[59]

De modo que tanto la tradición política como la criminal reafirmaban el empleo de espías y, en especial después de 1798, esto se reforzó con la experiencia obtenida en la «pacificación» de Irlanda. Pero los espías empleados de este modo eran de muy distintas categorías. Las autoridades en pocos casos podían seleccionar e introducir a hombres con algún nivel de educación y talento, cuando se trataba de movimientos políticos radicales: el «Ciudadano Groves», que consiguió penetrar en los consejos secretos de la S.C.L. en 1794, era un hombre de ese tipo. Sin embargo, la gran mayoría de los informadores pertenecen a la tradición de los cazarrecompensas [*blood-money mercenaries*]. Los intentos recientes de disipar

[59] Para el conjunto del sistema de información criminal y sus abusos, véase L. Radzinowitz, *op. cit.*, I, pp. 333 y siguientes; Southey, *Letters from England*, 1808, 2.ª ed., I, p. 173; Hazlitt, «On the Spy System», *Works*, VII, pp. 208 y siguientes. Para Nadin, véase D. Read, *Peterloo*, Manchester, 1957, p. 65. Para las falsificaciones de billetes de banco, véase el *Black Dwarf*, 1816-1818, *passim*; *Duckett's Dispatch* (9 de febrero de 1818); H. Hunt, *Memoirs*, 1822, III, p. 483.

algo del odio que tradicionalmente se les ha tenido a esos hombres, presentándolos como «detectives» que realizaban un trabajo peligroso pero honorable, según su punto de vista, están equivocados.[60] Quizá sea posible dar esa visión de un espía en época de guerra, incluso en una guerra civil; pero no en una guerra como la que libraban Pitt o Sidmouth contra los reformadores, con unas fuerzas tan desigualmente situadas. Además, estos informadores se dividen en dos grupos. En primer lugar, estaban aquellos que se habían indispuesto con la autoridad de algún modo y que compraban su inmunidad frente al procesamiento —o se aseguraban librarse de la cárcel— entrando en el oficio. El terreno más favorable para reclutar a ese tipo de espías eran las cárceles en las que estaban recluidos los deudores. En el cambio de siglo, un ejemplo particularmente repugnante de este tipo de recluta, llamado Barlow, se alojaba en las posadas de Manchester y Sheffield —e intentaba *comprometer* a reformadores de clase media— y escribía con frecuencia lastimeras cartas al Ministerio del Interior pidiendo dinero, no sólo para cubrir sus gastos corrientes sino para pagar antiguas deudas, cosa que, según afirmaba, se le había prometido al entrar en el empleo. Parece que sobrepasó los límites de la discreción y una de sus cartas mendicantes está anotada con malhumor —quizá por el duque de Portland— de la siguiente manera: «Si era necesario algún argumento más para librarse de Barlow, esta carta seguramente lo proporciona. Soy partidario de pagarle 20 libras y despedirle sin demora.»[61] Los contactos entre el gobierno y Castle, Oliver y Edwards —escribía un escocés que había llegado a ser informador, por motivos menos deshonrosos, y que se había avergonzado de su propio oficio— «se originaban todos en la prisión de Fleet».[62]

El segundo grupo de informadores comprendía a los renegados que, habiendo sido reformadores activos, se habían convertido en espías para salvar su propia piel o por dinero; o, más sencillamente, de mercenarios voluntarios accidentales que intentaban vender información a tanto la «pieza». Para los hombres de ambos grupos las ideas del honor y el deber profesional apenas eran relevantes.[63] Por otra parte, es equivocado suponer que, en consecuencia, los

---

[60] Véase, por ejemplo, A. F. Fremantle, «The Truth about Oliver the Spy», *Eng. Hist. Rev.*, XLVII (1932), p. 601; R. J. White, *From Waterloo to Peterloo*, cap. 13.

[61] Barlow, 16 de noviembre de 1799, P. C. A. 164. De hecho, Barlow no fue despedido en esta ocasión puesto que, quizá debido a que percibió hacia donde soplaba el viento, empezó a enviar largos informes detallados sobre las organizaciones ilegales.

[62] A. B. Richmond, *Narrative of the Condition of the Manufacturing Population*, 1825, p. 159. Véase también, para el caso de Oliver, la declaración de Charles Pendrill en el *Political Register* de Cobbett del 16 de mayo de 1818.

[63] Sobre el sistema de espionaje político en general, véase F. O. Darvall, *Popular Disturbances and Public Order in Regency England*, 1934, caps. 12 y 14; Hammond, *The Ski-*

informes de esos hombres carecen de valor. Los hombres malos pueden ser útiles a una causa mala.[64] Si es posible intentar hacer generalizaciones a partir de la extraordinariamente diversa colección de documentos —informes escritos y cartas, transcripciones de declaraciones verbales, confesiones de condenados, etc.— que se encuentran entre los papeles del Ministerio del Interior, el procurador del Tesoro y el Consejo Privado, éstas podrían adoptar la siguiente forma:

1.) El informador tenía, ciertamente, como observaron los Hammond y otros autores, una tendencia profesional a exagerar de manera sensacionalista sus informaciones. Cuanto más mercenarios eran sus motivos, más se preocupaban de proporcionar el tipo de información que sus patronos querían comprar.

2.) Sin embargo, los patronos no eran necios del todo; hecho que se pasa por alto demasiado a menudo. Ellos eran conscientes de esa tendencia. Los magistrados estaban interesados en obtener una información exacta. Les disgustaba que les enviaran a misiones absurdas en busca de depósitos de armas inexistentes, o perder el tiempo persiguiendo a los demagogos de taberna. Con frecuencia tomaban la precaución de contratar a más de un informador —sin que se conociesen unos a otros— como medio de contrastar la información. Los J. P.s que enviaban información al Ministerio del Interior tenían por costumbre añadir algún tipo de comentario referente a la credibilidad de la información.

3.) Sin embargo, esas informaciones son una especie de espejo distorsionador para contemplar la historia, no sólo porque la mayor parte de los espías tendían a hacer una interpretación delictiva incluso de actividades «inocentes», sino debido a la información que *no* enviaron. Ésta abarca, por supuesto, las preocupaciones y los intereses de la mayoría menos política y más apática. Pero también abarca regiones enteras de Gran Bretaña. Debemos pensar no sólo en los motivos de los espías, sino también en los motivos de los J. P.s que les contrataban. Visto desde la Oficina del Registro Público, Bolton parece haber sido el centro más insurreccional de Inglaterra desde finales de la década de 1790 hasta 1820. Pero no está de ningún modo claro si ello se debía a que los habitantes de Bolton tenían una actitud excepcionalmente revolucionaria, o a que Bolton soportaba a dos

lled Labourer, cap. 12; F. W. Chandler, *Political Spies and Provocative Agents*, Sheffield, 1933; W. J. Fitzpatrick, *The Secret Service under Pitt*, 1892.

[64] Fitzwilliam le escribió a Pelham acerca de un espía: «(...) un sinvergüenza consumado, un tipo que no puede tener peor reputación (...) pero por muy despreciable que sea, quizá no es el peor de mis agentes a la hora de obtener secretos relativos a los descontentos»; 25 de septiembre de 1802, *Fitzwilliam Papers*, F.45 (d).

magistrados extraordinariamente celosos —el reverendo Thomas Bancroft y el coronel Fletcher—, los cuales empleaban espías —o «misionarios»— en una proporción excepcional.

Este aspecto es importante, porque, durante la mayor parte de este período, Inglaterra estuvo gobernada por los *tories*. Un magistrado que escribiese con diligencia al Ministerio del Interior probablemente era o bien un *tory* fervientemente antijacobino o estaba interesado en ganarse el favor del gobierno por alguna razón más privada. Durante el mismo período, muchos de los informes que provenían del Yorkshire eran más lacónicos que los que provenían del Lancashire, aunque no hay razón alguna para creer que Sheffield o Barnsley tuviesen un carácter menos revolucionario que Manchester o Bolton. El Yorkshire tenía una magistratura de carácter *whig* con un *Lord-Lieutenant* —Fitzwilliam— *whig* a quien no le gustaba el intervencionismo *tory* en los asuntos de su incumbencia. Y el mismo argumento es aplicable a muchos J. P. s de la «vieja escuela», ya fuesen *whigs* o *tories* en sus lealtades. El mantenimiento del orden era un asunto local, responsabilidad de la aristocracia local, y el hecho de escribir largas cartas al Ministerio del Interior era innecesario, fastidioso y un tanto humillante.

De hecho, este celo de la autoridad central condujo a muchos embrollos extraordinarios. Sucesivos ministros del Interior depositaron su confianza en magistrados de celo probado, cuya autoridad se extendió más allá de sus propios límites. Los oficiales del ejército de rango superior y los magistrados daban informes sobre la actividad o apatía de unos y otros. Durante la crisis ludita, al señor Lloyd, un activo procurador de Stockport, se le animó a que extendiese su autoridad en el Yorkshire, incluso hasta el punto de hacer que los testigos de la corona se fueran al otro lado de los Peninos. En los años de la posguerra, el coronel Fletcher de Bolton tenía a menudo fuentes de información más completas sobre los reformadores de Manchester que la judicatura local. Cuando Sidmouth envió directamente a Oliver a las Midlands y el norte, en 1817, éste se encontró más de una vez en peligro de ser detenido por los J. P. s locales que creían que era un revolucionario *bona fide*.

De modo que debemos tener presente que los documentos del Ministerio del Interior proporcionan una visión distorsionada, no sólo en este o aquel asunto particular, sino como conjunto. Debemos leer, no sólo entre líneas de las cartas que se enviaban, sino también las cartas que jamás se llegaron a enviar.

4.) Se puede afirmar, en general, que las autoridades tuvieron más éxito, tanto a nivel nacional como local, en infiltrarse en las organizaciones políticas ilegales que en las organizaciones de tipo

industrial, y en los organismos regionales que en los locales. Las razones para que fuera así son evidentes. Para un informador era más fácil hacerse pasar por un jacobino o un radical que por tundidor o tejedor de punto. Las sociedades políticas reunían gentes que provenían de una zona territorial amplia y de diferentes grupos sociales; las *unions* ilegales o los grupos luditas surgieron en los talleres y las comunidades en las que todos se conocían. Siempre era en el punto de unión de una ciudad o una región con otra donde el espía podía infiltrarse con mayor facilidad.

5.) Cuando se tienen presentes todos estos aspectos, sólo nos quedan dos reflexiones por hacer. La primera es la perogrullada de que cada informe independiente se debe examinar con cuidado, siguiendo las reglas normales de comprobación de datos. Es necesario advertir esto, porque se ha puesto un tanto de moda desechar *todos* los informes de este tipo bajo el supuesto de que no son fiables, o por lo menos todos aquellos que no se adecúan a una interpretación determinada. Pero hay muy pocos informes que no proporcionen algún asidero para realizar una crítica de la fuente: la corroboración o contradicción de su contenido con otras fuentes, la evidencia interna, la probabilidad intrínseca, etc. Podemos tomar dos ejemplos, ambos de 1817. El primero de ellos es el relato de un informador acerca del discurso de un reformador de Manchester:

> Luego dejó constancia de la situación del pobre y sus hijos. El hijo dice a su padre: dame un poco de pan; el padre responde: No tengo; el hijo dice: ¿Es que no hay pan?; el padre dice: Sí, hay en abundancia pero los tiranos o los ladrones nos lo roban. Vosotros —refiriéndose al pueblo— debéis extender vuestras manos y recuperarlo de nuevo.[65]

El segundo ejemplo es una carta dirigida a un abogado de la corona:

> Señor Litchfield, hay una cosa que no estoy seguro de haberos mencionado, pero he creído más oportuno comunicárosla y es que se han situado pequeños destacamentos en diferentes lugares dentro y fuera de Londres para impedir que el Gobierno envíe despachos a cualquier parte del país a no ser que se mande un soldado a caballo con ellos (...) lo cual ha sido propuesto por el joven Watson y Thistlewood y todos los demás estuvieron de acuerdo.[66]

[65] Informe del discurso de Bagguley, en H. O. 40.4.
[66] John Castle, 6 de marzo de 1817, T. S. 11.351.
[La ortografía del texto inglés es tan confusa que no permite reconocer algunas palabras; la traducción es, por consiguiente, un tanto libre y en ella no constan faltas ortográficas. (*N. de la T.*)]

¿Es necesario destacar el contraste? El primero parece ser tan creíble como cualquier información escrita por un reportero inexperto. Es evidente que el informador quedó impresionado, a su pesar, por este fragmento del discurso y ha reflejado el estilo del orador demócrata con mayor intensidad que las versiones «literarias» que habitualmente se publicaban en la prensa radical. El autor del segundo es el conocido *provocateur* John Castle, el «protector» de la dueña de un prostíbulo, cuyas pruebas quedaron hechas trizas en el proceso de Watson, en 1817. Pero incluso en el caso de que no supiésemos esto, su estilo le traiciona desde la primera línea. Lucha con su pluma analfabeta haciendo un esfuerzo para congraciarse con las autoridades. Esto no significa que cada palabra de su declaración sea una mentira. Significa que se debe fumigar cada palabra antes de poder admitirla en la disertación histórica.

La otra reflexión es la siguiente. Lejos de verse envuelto en multitud de dificultades a causa de una serie de impostores, es impresionante la extraordinaria habilidad con la que el gobierno consiguió, entre 1792 y 1820, anticiparse a los avances revolucionarios serios y mantener una corriente constante de información fiable respecto de las conspiraciones insurreccionales. Se situaron con éxito confidentes en la S. C. L., aunque sólo se consiguió situarlos en el centro de forma intermitente. Descubrieron cierta cantidad de información acerca de los Irlandeses y los Ingleses Unidos. Se infiltraron y desbarataron la conspiración de Despard. Con el tiempo, pero sólo de forma parcial y después de grandes dificultades, se infiltraron en ciertos distritos luditas. Como veremos, en los años de la posguerra, el gobierno sabía todos los detalles de la conspiración que culminó en la Sublevación de Pentridge, antes de que ésta tuviese lugar; al mismo tiempo que se vigilaba y seguía a Arthur Thistlewood desde 1816 hasta su muerte en el cadalso en 1820. En Manchester, «la persona a la que designamos con la letra B» fue nombrada tesorero para recoger suscripciones para la defensa del coronel Despard; y el mismo, u otro «B», fue nombrado tesorero de un «comité secreto» cuasiludita en 1812; mientras que él y otros confidentes estaban completamente enterados de toda la evolución del Lancashire entre 1816 y 1820.[67] Las ideas sobre la tradicional estupidez de las clases dirigentes británicas se desvanecen al conocer los documentos del Ministerio del Interior.

En verdad, se podría escribir una historia convincente del jacobinismo inglés y del radicalismo popular únicamente en términos del impacto del espionaje sobre el movimiento. Durante sus primeros años la S.C.L. se dio cuenta de las actitudes demasiado entusiastas y provocativas adoptadas por los típicos confidentes. En 1794 se acusó,

[67] T.S. 11.333 y más adelante, p. 640.

equivocadamente, a un tal Jones, de Tottenham, de ser un espía, debido a sus violentas propuestas que, se afirmaba, tenían el «objetivo de *comprometer* a la Sociedad». Jones —según informaba Groves, el verdadero confidente, con un toque irónico— se lamentaba de que:

> Si un ciudadano hacía una propuesta que parecía fogosa de algún modo, se le consideraba un espía que el Gobierno hubiese enviado para infiltrarse entre ellos. Si un ciudadano se sentaba en un rincón y no decía nada estaba observando sus procedimientos para poder informar mejor acerca de ellos (...) Los ciudadanos no sabían cómo comportarse.[68]

En 1795, en un intento de velar por la seguridad, se introdujo en la S. C. L. un nuevo reglamento que incluía la siguiente Norma de Orden:

> Las personas que pretendan interferir en el orden, con la pretensión de mostrar entusiasmo, valor, o con cualquier otro motivo, deben considerarse sospechosas. Una actitud ruidosa raras veces es un signo de valor, y el entusiasmo extremado es a menudo una forma de encubrir la traición.[69]

Pero tales normas, una vez que se habían hecho, podían ser burladas por un actor capaz de modificar su estilo. Y el radicalismo político apenas había empezado a rehacerse, después de la guerra, cuando se encontró con los sobresaltos de Castle y Oliver. Aquí podemos encontrar una explicación de la fragmentación del radicalismo de las posguerras y la mayor confianza depositada en los periodistas que en las organizaciones.[70]

Por esta razón, la tradición *política* secreta se nos aparece como una serie de catástrofes —Despard, Pentridge, calle Cato—, o más bien como un goteo de propaganda tan secreta y en pequeña escala, y tan rodeada de sospecha, que apenas tuvo efecto alguno, excepto en aquellos lugares en los que dio lugar a una conjunción con la tradición *industrial* clandestina. Esta conjunción se produjo en el movimiento ludita, y en Nottingham y el Yorkshire los luditas tuvieron un éxito extraordinario en la resistencia a la infiltración de espías. Aquí las autoridades se enfrentaban a una cultura obrera tan opaca que, a menos que un prisionero ludita se desmoronase en un interrogatorio, por miedo al cadalso, resistió todo tipo de penetración. Cuando mandaron a Nottingham a dos magistrados de la policía, con mucha experiencia, éstos enviaron el siguiente informe al Ministerio del Interior: «casi todo aquel que pertenece a la clase más baja, tanto en la ciudad como en el campo, está de su lado.»[71]

[68] Groves, 21 de julio de 1794, T.S. 11.3510 A (3).
[69] *Addenda* MSS. 27813.
[70] Véase más adelante, en especial las pp. 675-676.
[71] Informes de Conant y Baker, 26 de enero de 1812, en H. O. 42.119. (También existe copia en la Nottingham Reference Library.)

Y llegados a este punto podemos hacer varias observaciones evidentes, referentes al estudio del ludismo en particular. Si durante esos años hubiese existido un movimiento clandestino, por su misma naturaleza, no hubiese dejado testimonios escritos. No hubiese tenido periódicos, ni libros de actas y, puesto que las autoridades inspeccionaban el correo, hubiese mantenido muy poca correspondencia. Se podría esperar, quizá, que algunos de sus miembros hubiesen dejado memorias personales; y sin embargo, hasta este momento, no han aparecido relatos de primera mano escritos por luditas y que hayan sido autentificados. Muchos de los luditas activos, aunque sabían leer y escribir, no eran ni lectores ni escritores. Además, tenemos que mirar desde 1813 hacia adelante. El ludismo acababa en el patíbulo; y en cualquier momento de los siguientes cuarenta años, declarar que uno había sido un instigador ludita podía atraer la atención, nada bienvenida, de las autoridades, y quizás incluso las recriminaciones de la comunidad en la que todavía vivían los familiares de aquellos que habían sido ejecutados. Los luditas que habían dejado atrás su pasado tenían tan pocas ganas de que les recordasen su juventud como un hombre que tenga antecedentes delictivos. Respecto a aquellos que no lo habían dejado atrás, debemos recordar que la corriente revolucionaria y de conspiración avanza hacia adelante durante los años 1816-1820, 1830-1832 y hasta los últimos años del cartismo. La cultura obrera de las Midlands y el norte que nutría el cartismo partidario de la utilización de la fuerza física en 1848 apenas era menos opaca a los ojos del investigador agudo que la de los años de la guerra. Frank Peel escribió sobre aquellos luditas «a quienes se les perdonó la vida y que siguieron viviendo en el país»:

> es curioso observar que muchos de ellos al parecer siguieron participando durante el resto de sus vidas en todos los movimientos políticos y sociales que siguieron, y que en alguna medida estaban prohibidos por la ley.

La mayor parte de ellos se convirtieron en seguidores de Cobbett, Hunt y Feargus O'Connor. Un viejo ludita, cuenta Peel, que jamás hubiese revelado asuntos secretos del ludismo, sin embargo, de anciano, cantaba canciones luditas a sus nietos; otro se trasladó a escondidas del Yorkshire al Lancashire y le encarcelaron más de veinticinco años después, por haber participado en el movimiento cartista; otro permaneció «taciturno y silencioso» acerca del ludismo hasta que murió.[72] En los pueblos de los tejedores de punto de las Midlands, al igual que en el West Riding, las

[72] Frank Peel, *The Rising of the Luddites*, Heckmondwike, edición de 1895, pp. 269-270.

reuniones a medianoche, los entrenamientos y la retórica insurreccional siguieron durante cuarenta años. Hay leyendas sobre armas de los luditas que fueron enterradas en 1812 y desenterradas en las crisis subsiguientes. Estos recuerdos, tal y como han sobrevivido, se transmitieron como una tradición secreta.

Por supuesto, las historias de los supervivientes no empezaron a salir a la luz pública, en letra impresa, hasta las décadas de 1860 y 1870; y un hombre que en 1811 tuviese veintiún años, tendría unos ochenta en 1870. En el West Riding había varios de esos supervivientes, y sus historias fueron reunidas por los historiadores locales con benevolencia y —hasta donde se puede opinar— con cierta precisión. Puesto que esas obras son la forma última que ha adoptado una tradición verbal secreta, se deben considerar como fuentes históricas serias.[73]

En Nottingham nos enfrentamos a una circunstancia confusa y misteriosa. Al menos uno de los líderes de los tejedores de punto era un hombre con un talento político y literario excepcional. Gravener Henson (1785-1852) fue un hombre que admite comparación con Francis Place, en un sentido, y con John Doherty, en otro. No existía —escribió un contemporáneo— «asociación de oficio en los tres condados de las Midlands, durante los primeros cuarenta años de este siglo, que (...) Henson no conociese». En 1812 era el espíritu motor del Comité de los tejedores de punto, que fue verdaderamente un primo-hermano del movimiento ludita. En los años siguientes le encarcelaron (1817) durante la suspensión del *hábeas corpus*, y más tarde desempeñó un papel dirigente en la campaña por la revocación de las *Combination Acts*. Era un autodidacto, rechoncho, «con un cuello corto, pequeños y penetrantes ojos, y una cabeza muy ancha por la base, que se levantaba haciendo un ángulo hasta una altura excepcional». Estaba sumamente bien informado sobre las leyes relativas a la industria y el sindicalismo, publicó la primera parte de una *History of the Framework-Knitting and Lace Trades* (1831) y escribió para la prensa radical y local. En el distrito de Nottingham tenía fama de haber sido ludita, incluso de haber sido el mismo «General Ludd». Esto casi con toda seguridad es falso; pero sin ninguna duda, Henson *conocía* la mayor parte de la historia ludita. Y sin embargo, un escritor tan fluido como él mostraba, hacia el final de su vida, una «decidida renuencia» a entrar en detalles sobre el tema. Desde luego, se dice que dejó valiosos manuscritos, que revelaban los secretos del ludismo, en manos

[73] Algo de ellas encontramos en *Shirley* de Charlotte Brontë —casi todas desde el «otro» bando— y en A. L., *Sad Times*, Huddersfield, 1870, y en D. F. E. Sykes y G. Walker, *Ben o Bill's, The Luddite*, Huddersfield, sin fecha, y Frank Peel, *The Rising of the Luddites*, 1.ª ed., 1880. Véase mi introducción a la reimpresión de *Peel*, que se hizo en 1968.

de un «miembro influyente» de la corporación de Nottingham, «con el acuerdo de que se darían a conocer al público cuando la muerte de ciertas partes implicadas hiciese desaparecer el único obstáculo». Pero esos manuscritos jamás han aparecido; quizás el «miembro influyente» prefirió llevárselos con él a la tumba.[74]

Lejos de desacreditar la historia de la existencia real de un movimiento ludita clandestino, la «renuencia» de Henson a revelar los hechos le da más peso. Y llegados aquí, debemos pasar de la crítica de las fuentes a la especulación constructiva. Desde Despard hasta Thistlewood, y más allá de ellos, existe un tratado de historia secreta, sepultado debajo del mar como la gran llanura de Gwaelod. Debemos reconstruir lo que podamos.

III. Las leyes contra la asociación

Una de las «manos ocultas» detrás del desorden, de la que más sospechaban las autoridades, era Thomas Spence. Se creía que los spenceanos habían instigado los motines del pan de 1800 y 1801, si bien su juicio y encarcelamiento en el último año había sido a causa de sus publicaciones sediciosas. En 1817, una vez más, una comisión especial de la Cámara había detectado una conspiración organizada por la «Sociedad de Filántropos Spenceanos». Por otra parte, Place afirmaba que los spenceanos no estaban «al lado de nadie ni de nada», eran «inofensivos y simples».

Volvamos a los sucesos de 1816-1817. Pero es probable que, hasta la muerte de Spence en 1814, la descripción de Place sea la más cercana a la verdad. Spence no poseía ni la discreción, ni la aplicación práctica, para ser un conspirador serio. Por otra parte, su grupo mantenía vivo un cierto tipo de descontento clandestino en Londres, con inscripciones hechas con tiza y burdas octavillas. Y algo más importante, en el contexto de la represión, Spence no creía en la necesidad de un movimiento clandestino centralizado y

[74] W. Felkin, *History of the Machine-Wrought Hosiery and Lace Manufactures*, 1867, pp. XVII, 240-241; *Nottingham Review* (19 de noviembre de 1852); W.H. Wylie, *Old and New Nottingham*, 1853, p. 234. En una de las versiones, el «miembro influyente» era Alderman John Bradley. El descubrimiento de estos manuscritos tendría un gran interés.

disciplinado. Su política era la de *difusión* de la agitación. En marzo de 1801, los spenceanos acordaron organizarse de la forma más libre posible, a base de «predicadores ambulantes». Los seguidores formarían sociedades, que se reunirían en las bodegas «siguiendo unas formas libres y sencillas y sin cargarse con reglas»; su función era charlar y hacer circular los folletos del ciudadano Spence: en 1807, una sociedad que se llamaba «Libre y Sencilla» se reunía cada martes en *The Fleece* en Little Windmill Street. Parece que su propósito era hacer que el descontento fuese tan informe, que las autoridades no pudiesen encontrar ni centro, ni recursos organizativos.[75]

Estos no eran los métodos utilizados por la Linterna Negra ni por el ludismo, pero nos proporcionan algún indicio de la misma política de difusión, porque la tradición ilegal, desde 1800 a 1820, nunca tuvo un centro. Nunca hubo una Conspiración Babuvista de los Iguales ni Buonarroti alguno que enviase emisarios arriba y abajo del país; y si nos ponemos a buscar alguna, cometemos el mismo error que las autoridades. El jacobinismo había empezado a ser algo propio de las comunidades obreras, exactamente en el mismo momento en que había perdido su centro nacional, así como la mayor parte del apoyo de la clase media. El «espíritu socrático» de Thelwall se hizo entonces endémico en los talleres y las fábricas de los viejos centros de propaganda jacobina como Sheffield, Nottingham, el sur del Lancashire, Leeds. Esta era en parte una tradición consciente. Grupos de painitas, que se conocían y confiaban unos en otros, se reunían en secreto; *Los derechos del hombre* pasaban de mano en mano; en Merthyr, según un pintoresco relato «unos cuantos que valoraban sumamente sus *Derechos del hombre* y su *Edad de la razón* se reunían en lugares secretos de las montañas y, sacando las obras escondidas bajo grandes piedras o cosas parecidas, las leían con gran unción».[76] Mayhew escribió el relato de un viejo vendedor de libros de Londres que solía vender libros de «Tom Paine a hurtadillas»:

> Cuando alguien compraba un libro y quería pagar (...) el triple de lo que estaba marcado, le daba *La Edad de la razón*. (...) Su puesto siempre había sido un puesto piadoso, y a menudo tenía uno o dos ejemplares de la *Anti-Jacobin Review* (...) aunque tenía a Tom Paine en un cajón.[77]

[75] O. D. Rudkin, *Thomas Spence and his Connections*, pp. 122-123, 146-147; *Addenda* MSS. 27808.

[76] C. Wilkins, *History of Merthyr Tydfil*, 1867. Según el mismo relato, «hombres religiosos llevaban los clavos de sus botas dispuestos de modo que formasen las letras T. P., para dejar, de forma figurada, la huella de Tom Paine por donde pasaban».

[77] Mayhew, *op. cit.*, 1, p. 318.

En Sheffield todavía se reunían los *old Jacks*[78] para beber a la salud de Paine y para cantar «Dios Salve al Gran Thomas Paine»:

> Los hechos son sediciosos
> Cuando tienen que ver con cortes y Reyes,
> Se reclutan ejércitos.
> Se construyen cuarteles y cárceles,
> La inocencia carga con la culpa,
> Se derrama sangre de la forma más injusta,
> Los dioses están asombrados.[79]

Después de la ejecución de Despard, los grupos de painitas de las comunidades fabriles, como éste, perderán cualquier vínculo a nivel nacional. Se retiraron a sus propias comunidades y su influencia se configuró a través de los problemas y las experiencias locales. Sólo en las épocas de gran malestar tenderán puentes, con una precaución extrema, primero para establecer contactos regionales y más tarde para establecerlos a nivel nacional. Pero en la medida en que se retiraron, sus ideas se conformaron, a su vez, según las peculiaridades de cada comunidad. Los focos de descontento pasarán a ser económicos y laborales; en Bolton o en Leeds, era más fácil organizar una huelga o una manifestación por el precio del pan, que una discusión política, una petición o una insurrección. Los jacobinos y los painitas desaparecieron, pero la demanda de derechos humanos empezó a difundirse con mayor amplitud que antes. La represión no destruyó el sueño de una república igualitaria inglesa; disolvió los vínculos de lealtad que todavía quedaban entre los obreros y sus patronos, de modo que el descontento se extendió en un mundo al que las autoridades no tenían posibilidad de acceder. Un indignado magistrado que era eclesiástico, el reverendo J. T. Becher, daba su propia versión sobre el origen del ludismo:

> Atribuyo (...) los atropellos a esos principios jacobinos que los Reformadores de Nottingham han transmitido con rapidez a las clases inferiores; las cuales, en muchos casos, les han convertido en objetos de aquella organización secreta y malévolo complot que ellos mismos promovieron con sus perniciosos ejemplos, sus arengas inmorales y su prensa sediciosa para conseguir sus proyectos facciosos. Así se introdujeron y se protegieron los males hasta convertirse en algo *íntimamente incorporado a la situación de la sociedad* en este y en otros distritos fabriles.[80]

[78] Jacobinos. (*N. de la T.*)

[79] John Wilson, *The Songs of Joseph Mather*, Sheffield, 1862, pp. 56-57. *Cf.* B. Brierley, *Failsworth, My Native Village*, pp. 14-16. (*Facts are seditious things / When the touch Courts and Kings. / Armies are rais'd. / Barracks and bastilles built, / Innocence charge with guilt, / Blood most unjustly spilt, / Gods stand amaz'd...*)

[80] Aspinall, *op. cit.*, pp. 170, 174. La cursiva es mía.

Detrás de este arrebato se esconden hostilidades complejas. Becher, como *tory* que representaba en su propia persona tanto a la Iglesia como al rey, opinaba que a los calceteros de Nottingham les había salido el tiro por la culata. Algunos habían sido reformadores en la década de 1790; eran *disidentes*; habían participado en las peticiones a favor de la paz en 1801; habían contribuido a destituir a un diputado *tory* en 1802, con acompañamiento de motines y del *Ça Ira*: irónicamente, el mismo diputado, Daniel Parker Coke, restituido en su escaño en 1803, demostró prestar más atención al problema de los tejedores de punto que los patronos *whigs* de aquéllos. Ahora, los dientes de dragón que diez años antes habían sembrado en la plaza del mercado de Nottingham se estaban levantando en armas a su alrededor. Pero Becher tenía razón al observar que aquello que durante un tiempo había sido propaganda de una minoría se había convertido ahora en algo «íntimamente incorporado a la situación de la sociedad». Y el tronco sobre el cual se había injertado el jacobinismo era la *trade union* ilegal.

Existen pocas pruebas respecto de cualquier decisión deliberada, por parte de los painitas, de «infiltrarse» en las *trade unions* y en las sociedades de socorro mutuo.[81] Pero es una equivocación separar en nuestra mente el descontento político y la organización laboral, en cualquier fecha anterior a la década de 1840. En las sociedades de socorro mutuo que, aunque eran legales, tenían prohibido establecer vínculos a nivel regional o nacional, se cumplía a menudo la norma de «no hacer política». Algunos de los clubes de oficio viejos tenían una tradición similar. Pero en las comunidades fabriles probablemente el comienzo de *cualquier* tipo de movimiento organizado recayó en una minoría de espíritus activos; y probablemente, los hombres que tenían el valor de organizar una *union* ilegal, la habilidad de llevar su correspondencia y sus finanzas y el conocimiento necesario para presentar peticiones en el Parlamento o consultar con procuradores, tampoco eran desconocedores de *Los derechos del hombre*. A medida que fueron apareciendo líderes más jóvenes en las *trade unions*, se debieron decantar hacia un radicalismo extremo debido a las mismas características de su conflicto con los patronos, los magistrados y una Cámara de los Comunes indiferente o punitiva.

Fue Pitt quien, al aprobar las *Combination Acts*, llevó inconscientemente a la tradición jacobina a asociarse con las *unions* ilegales. Este fue, en particular, el caso del Lancashire y el Yorkshire, donde la ley de 1799 empujó a los jacobinos y los sindicalistas a formar una extensa asociación secreta, con un acento medio político y medio

[81] W. H. Reid, *The Rise and Dissolution of the Infidel Societies*, p. 20, afirma que «los miembros de los clubes» pensaban que «su tarea era introducirse en las sociedades recreativas de todo tipo», en particular en las sociedades de socorro mutuo.

laboral. «Se originó en Sheffield», informaba un confidente —Barlow—: «(...) en la sociedad republicana de aquí, que está en contacto con las principales ciudades fabriles del Yorkshire, y luego se conectó con esta Ciudad [Manchester], Stockport y, en particular, Bury.» El mismo informador encontró que en Sheffield «se había creado un espíritu de descontento general en todas las clases de artesanos y trabajadores manuales, debido al último proyecto de ley (...) que, me temo, ha dado lugar a más *asociación* de la que se hubiese podido imaginar que provocase una medida como aquélla, si no existiesen esas leyes». Los sindicalistas —informaba— estaban recontando cuántos obreros se habían visto probablemente afectados de forma negativa por las *Combination Acts*, y calcularon unos sesenta mil en el Lancashire, cincuenta mil en el Yorkshire y treinta mil en el Derbyshire. Los comités secretos de la nueva organización estaban «bajo la dirección de republicanos». Es interesante observar cómo, después de esto, los clubes políticos que sobrevivieron en el norte y las Midlands abandonaron nombres como «Patriótica» o «Constitucional» para sus sociedades y se llamaron *Union Societies*, término que por su ambivalencia les permitía abarcar tanto los objetivos políticos como los laborales. El término, si no lo hicieron los clubes, sobrevivió en las *Union Societies* y en las *Political Unions* de los años de la posguerra.[82]

En el Lancashire, la resistencia a las *Combination Acts* la organizó un comité de sindicalistas experimentados formado por cortadores de fustán, hilanderos de algodón, zapateros, constructores de máquinas y estampadores de percal.[83] En el Yorkshire, continuos informes atribuían el papel de iniciadores de las organizaciones secretas, para fines laborales y para propósitos ulteriores, a los aprestadores de paños o a los tundidores. Un memorándum que se presentó ante el Consejo Privado en el momento en que se aprobaron las *Combination Acts* de 1799 dirigía una condena particular a los tundidores: «el poder despótico que poseen y ejercen en realidad casi excede lo creíble.»[84] En 1802, Earl Fitzwilliam, el moderado *Lord-Lieutenant* del West Riding, envió informes sucesivos al Ministerio del Interior, en los que se demostraba una interconexión inextricable entre la organización de los tundidores y otras asociaciones ilegales de carácter más general. En un primer momento Fitzwilliam se inclinó por tomarse con una pizca de buen humor los informes de conspiraciones insurreccionales serias. En julio

[82] P. C. A. 161, 164. Hacia esta época el comandante Cartwright atendió «muchas consultas para la formación de varias sociedades nacientes», que se llamaban *Union societies*. F. D. Cartwright, *op. cit.*, I, p. 243.
[83] T. Bayley a H. O., 6 de noviembre de 1799, en P. C. A. 164.
[84] «Observations on Combinations among Workmen», en P. C. A. 152. Véase más adelante, p. 566.

escribió: «Me temo que existe, en mayor o menor grado, el verdadero tipo de conspiración jacobina (...) Creo, que el auténtico secreto está en *muy pocas* manos, y que el resto son engaños.» Consideraba que la mayor parte de reuniones nocturnas sólo se hacían «con el propósito de aumentar sus sueldos, y no se puede sospechar nada de ellos». Por lo que se refiere a la conveniencia de acceder a la petición de algunos grandes fabricantes, de que se pusiera fin a la fuerza a tales reuniones, se mostraba cauteloso: la necesidad de acabar con las reuniones sediciosas no debía servir como pretexto para «conseguir unas leyes más restrictivas contra las asociaciones de oficiales dirigidas a conseguir aumentos salariales». Esos hombres tenían derecho a obtener su parte de los «beneficios» cuando el negocio iba bien. Castigar sus asociaciones sería injusto: «No estoy seguro de que no les diésemos motivo de queja contra la Constitución, que no les arrojásemos en brazos del verdadero jacobinismo y, debido a nuestra actuación, les diéramos una justificación a sí mismos.»[85]

En dos meses su opinión había cambiado. Hubo tres razones para ello. En primer lugar, recibió informes, tanto sobre la Linterna Negra como de la organización secreta de las *trade unions*, que eran más detallados y en los que los objetivos de las *trade unions* se hallaban inseparablemente vinculados a los rumores de ulteriores objetivos revolucionarios. Se le informó de que:

> había tres casas en Leeds y tres en Wakefield en las que se reunían los comités, que desde hacía algún tiempo se esperaba que una de ellas fuese registrada, y por ello los papeles estaban escondidos debajo de una trampilla en el suelo de la casa y entre los pedazos de carbón; que cada miembro pagaba 1 d a la semana para contribuir al fondo; que ya había muchos hombres que eran del comité y que cada miembro del comité conseguía diez más (...), que llevan sus peniques semanales a Leeds; que en una misma noche habría un levantamiento por todo el país y a la mañana siguiente todo cambiaría.

En segundo lugar, recibió pruebas convincentes, que provenían del Ministerio del Interior, referentes a la estrecha conexión que existía entre los tundidores o desborradores del Yorkshire y el oeste de Inglaterra, donde recientemente se habían destruido rebotaderas mecánicas. En tercer lugar, su alarma fue en aumento con los informes de una marea creciente de sindicalismo triunfante en multitud de oficios. A principios de septiembre, el alcalde de Leeds le escribió consternado ante «la forma crítica que ha adoptado el espíritu de asociación entre los obreros de casi todas las clases y, en particular, entre los tundidores, en la actualidad»:

[85] Aspinall, *op. cit.*, pp. 41, 45-46.

Primas, privilegios, horario, forma de trabajo, precio, a quién se debe dar empleo, etc., etc., todo esto depende ahora del consentimiento de nuestros obreros, de forma inapelable; y todas las secciones luchan ahora para compartir estos nuevos poderes. Hoy día se da por supuesto que un albañil, un cantero, un carpintero, un ruedero, etc., cobrarán unos salarios de 3 s más a la semana en Leeds o en Manchester que en Wakefield, York, Hull, Rochdale (...)

A finales de septiembre de 1802, todos los tundidores empleados por Gott, el mayor fabricante lanero de Leeds, se declararon en huelga contra el empleo de dos muchachos que tenían más edad de la reconocida para el aprendizaje: 14 años. En realidad, era un pretexto para una confrontación general entre Gott y los tundidores y a partir de ahí para todo el oficio en el West Riding, sobre la cuestión del aprendizaje.

Entonces, Earl Fitzwilliam escribió a lord Pelham pidiéndole «mayor restricción contra la asociación de los oficiales»:

No puedo dejar de tener la fuerte impresión de que todas las reuniones, e indicios de reuniones, se originan en la asociación de los mismos hombres de los que hablamos, los tundidores. Son los tiranos del país; su poder y su influencia han surgido a partir de sus elevados salarios, que les permiten hacer desembolsos que les sitúan fuera de todo temor de incomodidad derivada de la mala conducta. Sin embargo, son un tipo de trabajadores no imprescindibles para las fábricas; y si los negociantes tuvieran la firmeza de prescindir de ellos, desaparecería su importancia, disminuirían sus ingresos, sus asociaciones se desmoronarían y no volveríamos a tener noticia de reunión de ningún tipo.[86]

No sabemos si alguno de los espíritus promotores de la *union* de los tundidores había sido miembro de la sociedad de «Obreros Manuales» que había escrito a la S.C.L. cinco años antes.[87] Sabemos, sin embargo, que los productores con pequeños negocios habían creado hacia el cambio de siglo en Leeds una nueva lonja para el comercio libre de los paños, prescindiendo de los pañeros ricos, y que comúnmente se la conocía como la «Lonja de Tom Paine». Sabemos también que el principal intermediario de la comunicación postal entre los tundidores del Yorkshire y los del West Country era un zapatero de Leeds, George Palmer, que podemos identificar con seguridad con el proverbial zapatero remendón radical. Cabe, dentro de lo razonable, suponer que algunos de esos trabajadores instruidos, cualificados y capacitados eran painitas.

86 *Ibid.*, pp. 53-64. Véase también la obra de los Hammond, *The Skilled Labourer*, pp. 174-178.

87 Véase, más arriba, p. 203.

Además, las *Combination Acts* de 1799 y 1800 habían abocado a las *trade unions* al mundo de la ilegalidad, en el que el secreto y la hostilidad hacia las autoridades eran intrínsecos a su misma existencia. La situación de las *unions* entre 1799 y la revocación de las *Combination Acts* (1824-1825) fue compleja. En primer lugar, debemos reconocer la paradoja de que, en los mismos años en que estuvieron en vigor estas leyes, el sindicalismo registró grandes avances. Durante los años en que estuvieron en vigor las *Combination Acts*, no sólo siguieron existiendo, de forma más o menos impertérrita, las *unions* que se remontaban al siglo XVIII, como los cardadores de lana, los sombrereros, los cordobaneros y zapateros, los carpinteros de navío, los sastres; asimismo, hay pruebas de que la organización se extendió a muchos oficios nuevos y también de los primeros intentos de crear un sindicalismo generalizado. Los Webb opinaban que un determinado número de los oficios artesanos de Londres «jamás se habían organizado tan a fondo (...) como entre los años 1800 y 1820».[88] Muchos oficios artesanos, como los sastres, tenían su propia red de clubes o logias del oficio, lonjas, boletos, apoyo a los miembros ambulantes, control sobre el aprendizaje —que suponía un ingreso sustancioso para los fondos de la *union*—, beneficios, depósitos bancarios e incluso, a veces, listas de precios oficiales establecidas de acuerdo con los amos. Estas pruebas han dado lugar a la sugerencia de que las *Combination Acts* eran casi «letra muerta» y de que la idea según la cual durante esos años hubo alguna «campaña contra la libertad» es muy exagerada.[89]

Esta idea es tan falsa como la que a veces encontramos en los relatos populares de que las *Combination Acts* ilegalizaron las *trade unions* que antes eran legales. En realidad, antes de la década de 1790 había legislación suficiente para que casi cualquier actividad sindical imaginable fuese perseguida por la justicia, como conspiración según la legislación corriente: por incumplimiento de contrato, por dejar el trabajo sin acabar o bajo la normativa legal que abarcaba distintas industrias. Las *Combination Acts* fueron aprobadas por un Parlamento de antijacobinos y terratenientes, cuya preocupación principal era añadir a la legislación existente elementos intimidatorios para los reformadores políticos. También iban dirigidas a codificar las leyes contrarias a las *trade unions*, que ya existían, simplificando los procedimientos y permitiendo proceder a dos magistrados por jurisdicción sumaria. Su novedad consistía precisamente en eso, en la naturaleza inclusiva de su prohibición

[88] S. y B. Webb, *History of Trade Unionism*, p. 83. Véase también pp. 284-285.

[89] Véase M. D. George, «The *Combination Acts*», *Economic History Review* (1936), VI, pp. 172 y siguientes. Un resumen útil de la situación legal antes y durante la vigencia de las *Acts* se encuentra en Aspinall, *op. cit.*, pp. X-XXX.

de toda asociación; y en el hecho de que, a diferencia de la legislación de la anterior tradición paternalista, no contenía ninguna cláusula protectora en compensación. Y aunque a nivel técnico también prohibían las asociaciones de patronos, fueron, como ha demostrado el profesor Aspinall, un «fragmento odioso de la legislación de clase».[90]

Y como tales, durante veinticinco años pendieron sobre las cabezas de todos los sindicalistas y fueron empleadas a menudo contra ellos. Un emisario del Ministerio del Interior escribía desde el oeste de Inglaterra en 1802: «Diariamente se reúnen dos o más jueces en una u otra de las ciudades fabriles, y como las *Combination Acts* proporcionan un pretexto muy cómodo para citar e interrogar bajo juramento a cualquier persona sospechosa, continuamente tengo a alguien para que se presente ante ellos.»[91] Esta naturaleza omniabarcadora de las leyes era la que demostraba ser tan «cómoda». No se ha llevado la cuenta del número de casos que tuvieron lugar bajo aquellas —puesto que esto implicaría realizar una extensa investigación en la prensa provincial—, pero nadie que tenga conocimiento de aquellos años dudará de que su prohibitiva influencia general estuvo siempre presente. Por otra parte, existían multitud de razones interesantes por las cuales no se aplicaron con la amplitud que se podría haber previsto. Primero, a pesar del peso de la legislación, había un área imprecisa en la que, en la práctica, se aceptaba todavía, como algo permisible, determinado tipo de actividad sindical. Por un lado, los clubes de oficios —como los que había en los oficios artesanos de Londres— que subrayaban su función como sociedades de socorro mutuo y que se mantenían inactivas por lo que se refiere a la correspondencia nacional y a sus funciones de negociación, podían seguir durante años sin recibir molestia alguna, hasta que algún tipo de conflicto o huelga ofendía a los patronos o a las autoridades. Por otro lado, hubo ocasiones en que se consideró lícito que los oficiales de un oficio —al menos en diferentes ciudades y distritos— reflejasen sus intereses en peticiones al Parlamento, o asistiendo a comités de la Cámara. Además, las leyes no desplazaron por completo la vieja y obsoleta legislación que daba poder a los magistrados para arbitrar en los conflictos salariales. Para que los oficiales solicitasen protección, ya fuese a un magistrado o al Parlamento —y las autoridades se resistían a obstruir por completo las salidas constitucionales a las situaciones injustas—, se debía permitir algún tipo de organización para que pudiesen escoger a sus portavoces y recoger el dinero necesario para los gastos.

[90] *Loc. cit.*, p. XVII

[91] Hammond, *The Skilled Labourer*, p. 176.

Ahí, pues, existía un área en disputa que se encontraba en el límite de la legalidad y que demostró ser importante en la historia del ludismo. Pero, además, había diversas razones por las cuales los patronos a menudo eran remisos a utilizar las leyes como algo más que una amenaza. En las industrias artesanas, como la sastrería y la zapatería, existían muchos patronos con pequeños talleres que estaban escasamente organizados entre sí. En Londres y en Birmingham muchos de ellos eran radicales que desdeñaban la legislación represiva de la cual las *Combination Acts* eran una parte y tenían escrúpulos contra su utilización. Las relaciones con sus oficiales eran a menudo informales y personales; los clubes del oficio se habían aceptado desde hacía mucho tiempo como parte del panorama; el patrono con un taller muy pequeño todavía consideraba adecuada la existencia del aprendizaje. Consideraban su negocio más como una forma de obtener los ingresos suficientes para vivir que en términos de expansionismo y, en consecuencia, tenían tantos recelos como sus trabajadores respecto de los patronos más poderosos que, sin tener en cuenta la tradición y el aprendizaje, se llevaban lo mejor del mercado y empleaban mano de obra barata. De ahí que en tales oficios existiesen *unions* de artesanos dentro de un área indefinida de tolerancia. Si sobrepasaban estos límites, haciendo huelgas o peticiones «insensatas», podían atraer sobre sus cabezas el procesamiento o la contraorganización de los patronos. No estaban libres de los efectos de las *Combination Acts*, pero habían aprendido a convivir con ellas.

Fuera de los oficios artesanos y, por supuesto, en la mayor parte de los distritos fabriles del norte, las Midlands y el oeste, predominaban otras condiciones. Dondequiera que hubiese trabajo a domicilio, fábricas o grandes talleres industriales, la represión del sindicalismo era mucho más severa. Cuanto mayores eran las unidades industriales o mayor la especialización técnica necesaria, más agudas eran las hostilidades entre capital y trabajo, y mayor la probabilidad de que existiese un acuerdo común entre los patronos. Encontramos allí algunos de los conflictos más agudos en los que participaron trabajadores con cualificaciones especiales que intentaban alcanzar o mantener una posición privilegiada, como por ejemplo: los hilanderos de algodón, estampadores de percal, diseñadores, *mill-wrights*, carpinteros de navío, tundidores, cardadores o algunas categorías de trabajadores de la construcción. Encontramos también otros conflictos en los que estaban implicados un gran número de trabajadores a domicilio —en especial tejedores y tejedores de punto— que intentaban resistirse a la rebaja de los salarios y al deterioro de su posición.

Pero incluso en estas zonas no siempre se aplicaron las *Combination Acts*. En primer lugar, porque éstas hacían recaer la responsabilidad de los procesamientos sobre los patronos. Pero a pesar de la existencia de una serie de organizaciones antiguas de patronos en diferentes industrias, cada patrono se encontraba rodeado por los celos de sus competidores. Cuanto mayor era la empresa, mayor era la envidia y con mayor probabilidad se iban a beneficiar sus rivales de sus dificultades. Así, por ejemplo, el intento de Gott de asestar un golpe a los tundidores en 1802 fracasó debido a la capitulación de otros fabricantes de Leeds frente a las demandas de la *union*. Además, en todos los lugares donde las *unions* eran fuertes, los procesamientos suponían muchas dificultades. Era particularmente difícil conseguir dos testigos entre los trabajadores que jurasen acerca de la existencia de la *union*. El patrono sabía que era probable que perdiese a muchos de sus mejores artesanos. Si no los encarcelaban o estaban en huelga, simplemente se irían de uno en uno o de dos en dos y «boicotearían» su taller o su fábrica. Además, los resultados de un juicio no siempre justificaban las pérdidas que podía acarrear. Para una primera condena, el castigo sólo era de tres meses de encarcelamiento; y aunque la condena se conseguía habitualmente, no era automática. Otra cuestión que disuadía a los patronos, de forma adicional, era «la posibilidad de apelar a las *Quarter Sessions* (...) que podían tenerles pendientes durante tres meses antes de que se pudiese obtener una resolución, y durante todo este tiempo el denunciante no podría hacer negocios porque sus talleres de tundido estarían bajo un interdicto».[92]

De modo que, a menudo, los procesos se llevaban a cabo no bajo las leyes de 1799-1800, sino según la legislación anterior, la ley común de conspiración, o el *Elizabethan Statute of Artificers* (*5 Eliz. c.4*) que penalizaba a los trabajadores por abandonar el trabajo sin concluirlo. La ventaja de la primera residía en el hecho de que se podía utilizar en contra de los «cabecillas» o los dirigentes de una *union*, lo cual iba acompañado de la confiscación de documentos y fondos; que se podían imponer condenas mayores; y, no menos importante, que la responsabilidad del procesamiento recaía sobre las autoridades en vez de sobre patronos individuales. La ventaja de la segunda era que, en caso de huelga, permitía al empresario proceder por jurisdicción sumaria, sólo con la prueba de la misma huelga, sin necesidad de conseguir testigos que jurasen acerca de la existencia de una organización formal de una *trade union*. Gravener Henson escribió: «Bajo las *Combination Acts* se han hecho efectivos muy pocos procesamientos, el líder de los tejedores de punto, pero han tenido

[92] De Beckett dirigida a Fitzwilliam, 28 de enero de 1803. *Fitzwilliam Papers*, F.45 (e).

lugar cientos bajo esta ley, y el obrero nunca podrá ser libre a menos que esta ley se modifique. La ley contra la asociación no es importante: los empresarios utilizan la ley relativa al acabado del trabajo para atormentar y mantener bajos los salarios de sus obreros.»[93]

Estas observaciones son importantes, pero no deberían llevarnos a concluir que las autoridades tenían un tipo de disposición moderada hacia el sindicalismo. Desde el punto de vista de los sindicalistas, había poca diferencia entre ser procesado bajo las leyes contra la asociación, bajo la legislación común o el *5 Eliz. c.4*, excepto que el último era más severo o más expeditivo. En cualquier caso, para el público general *toda* esta legislación se agrupaba bajo el término genérico de «las leyes contra la asociación». No se debe juzgar la eficacia de la legislación por el número de procesamientos, sino por su influencia disuasoria general. Bajo una u otra ley, se asestaban golpes a los sindicalistas en los momentos críticos, o en los puntos críticos de expansión, por ejemplo, los obreros de la lana del oeste de Inglaterra (1802), el «Colegio» de pañeros del Yorkshire (1806), los tejedores de algodón del Lancashire (1808 y 1818), los cajistas del *The Times* (1810), los tejedores de Glasgow (1813), los cuchilleros de Sheffield (1814), los tejedores de punto (1814), los estampadores de percal (1818) y los tejedores de lino de Barnsley (1822). Estos casos surgían, en general, en las épocas en que había una organización amplia y victoriosa, o en las épocas en que el mismo gobierno empezaba a estar alarmado ante el desorden y la agitación «sediciosa» que le rodeaba. La correspondencia del Ministerio del Interior revela que, a menudo, las consideraciones de este tipo prevalecían por encima de los temas industriales concretos; y, además, que se desarrollaba una lucha continua entre, por un lado, las autoridades —Ministerio del Interior o magistrados—, que deseaban que los patronos demandasen en juicios, y, por otro, los patronos que querían traspasar la responsabilidad al gobierno.[94] Incluso los patronos con mayores empresas actuaban a menudo con un recelo considerable. En 1814 un empresario de Sheffield admitió ante su prometida que le hacía objeciones: «La ley es severa porque es difícil que los salarios aumenten si no es mediante la asociación, y en un período de menor insubordinación yo no hubiese intentado poner en vigor unas leyes como éstas.»[95] Una vez más

[93] Citado por M. D. George, *op. cit.*, p. 175.

[94] Un excelente ejemplo lo proporciona la opinión que Spencer Perceval, que entonces era fiscal de la corona, manifiesta el 5 de octubre de 1804: «Si el gobierno atiende esta petición de parte de los zapateros y los que hacen botas, podemos esperar otras peticiones similares por parte de todos los demás oficios, y esto conducirá a la opinión de que no es asunto de los patronos del oficio que ha recibido el perjuicio el iniciar un proceso, sino que es asunto del gobierno», Aspinall, *op. cit.*, pp. 90-92.

[95] T. A. Ward, *op. cit.*, pp. 216-219.

podemos detectar esta indefinida área de tolerancia, que sólo se alteraba en el momento en que los sindicalistas llegaban a tener éxitos inquietantes o se comportaban de forma «insubordinada».

De ese modo en los oficios artesanos, en especial en Londres, se daba un mundo ambiguo de semilegalidad, en el que se alcanzó un grado muy elevado de organización y se acumularon considerables fondos: hemos visto la indicación de Thomas Large de que los carpinteros tenían 20.000 libras en 1812 y el relato de Davenport sobre los zapateros en los mismos años.[96] El primer periódico que trataba los asuntos de las *unions* —el *Gorgon*, editado por John Wade, un clasificador de lana— surgió de los oficios de Londres en 1818. Pero en los distritos manufactureros del norte y las Midlands, donde las condiciones hacían que las asociaciones debieran ser o bien amplias y militantes, o ineficaces, se utilizaban con frecuencia unas u otras leyes contra la asociación, como un complemento al recorte de salarios o las penalizaciones, destruyendo las *unions* incipientes y abocando a otras a las formas de actuación clandestinas. En los oficios textiles, Gravener Henson consideraba que las leyes contra la asociación eran como:

> una inmensa rueda de molino atada al cuello del artesano local, que le ha rebajado y envilecido hasta el suelo; todas las acciones que ha intentado, todas las medidas que ha ideado para mantener o aumentar sus salarios, se ha dicho que eran ilegales; se ha ejercido contra él toda la fuerza del poder civil y la influencia del distrito, porque estaba actuando de forma ilegal. Los magistrados, que procedían, según sus creencias, de acuerdo con los puntos de vista del cuerpo legislativo, para controlar las asociaciones y mantener bajos los salarios, consideraban (...) todo intento de mejorar su situación por parte de los artesanos (...) como una especie de sedición y resistencia al gobierno. Todos los comités o los hombres activos que se encontrasen entre ellos se consideraban elementos revoltosos, peligrosos instigadores, a quienes era necesario vigilar y destruir si era posible.[97]

La asociación de tejedores de punto de Henson, en 1813, tenía unos boletos con un escudo de armas, en el que se veía un telar, un brazo que sostenía un martillo y el lema: *taisez-vous* (callad). Los trabajadores del condado de Notts, en 1824, consideraban tan opresivas las leyes contra la asociación «que su divisa ha sido: "Si vosotros os pertrecháis de cárceles, nosotros nos pertrecharemos de personas."».[98] Los Webb, que reunieron sus materiales para escribir *The History of Trade Unionism* hacia fines del siglo XIX, observaban

[96] Véase más arriba, pp. 269 y 287.
[97] (G. White y Gravener Henson), *A Few Remarks on the State of the Laws at present in Existence for regulating Master and Workpeople*, 1823, p. 86.
[98] *Fourth Report... Artizans and Machinery*, 1824, p. 281.

que todas las viejas *unions* tenían una «leyenda romántica de sus primeros años de existencia»: «la reunión de patriotas a medianoche en un rincón de algún campo, la caja de documentos enterrada, el juramento secreto, los períodos de prisión (...)»[99] Así, se supone que la sociedad de fundidores de hierro, fundada en 1810, se reunía en «noches oscuras en las cimas, los páramos y los yermos de las tierras altas de los condados de las Midlands».[100] Si tales reuniones nocturnas tenían lugar, como sin duda lo tenían, toda su atmósfera debió fomentar la charla revolucionaria, incluso cuando el objetivo inmediato fuese de tipo laboral. De forma más corriente, las *unions* se reunían en una sala privada de un posadero amistoso. La forma de organización dificultaba la infiltración de espías. En algunos casos se hacía conforme a las «clases» —una forma que se había tomado de los metodistas—,[101] o a otros sistemas refinados que quizás estaban, de alguna forma, en deuda con la experiencia jacobina o irlandesa. De ese modo, mediante un elaborado sistema de delegación que iba desde el taller al comité de la ciudad y desde allí al comité regional, era posible ocultar los nombres de los dirigentes y los hombres que componían el comité, incluso a los miembros de la *union*. En algunos casos, los cargos más altos se nombraban por votación secreta entre los miembros del comité, y sus nombres sólo los conocían el secretario y el tesorero.[102] De modo que, si una parte de la organización llegaba a ser conocida por las autoridades, otras partes seguían quedando intactas.

Los juramentos imponentes y las ceremonias de iniciación probablemente estaban ampliamente extendidas. No existe razón alguna para dudar de la autenticidad de la muy conocida ceremonia de los cardadores —¿o los maestros de obras?—, con sus *porteros* de logia de dentro y fuera, su vendaje de los ojos y su solemne juramento de secreto formulado ante una imagen de la muerte:

> Pongo a Dios por testigo de mi más solemne declaración de que ni esperanzas, ni miedos, ni recompensas, ni castigos, ni siquiera la misma muerte, me inducirán, directa o indirectamente, a dar cualquier información relativa a cualquier cosa de esta Logia, o cualquier Logia similar conectada con la Sociedad; y no escribiré ni motivaré que se escriba sobre papel, madera, arena, piedra o cualquier otra cosa, por la cual pueda ser descubierta.[103]

[99] *Loc. cit.*, p. 64.
[100] R. W. Postgate, *The Builders History*, p. 17.
[101] Véase R. F. Wearmouth, *op. cit.*, parte III, cap. 2.
[102] Véase A. B. Richmond, *op. cit.*, p. 77.
[103] E. C. Tuffnell, *Character, Objects and Effects of Trades Unions*, 1843; edición de 1933, p. 67.

Estos juramentos tenían una larga ascendencia, debían algo a la francmasonería, algo a las viejas tradiciones de los gremios y algo a las ceremonias civiles corrientes, como el juramento de los diputados. Así, un juramento de los Hombres libres de la Compañía de los Cesteros, que estaba en uso a mediados del siglo XVIII, obligaba a los miembros a «guardar bien y fielmente» los secretos del oficio, que no se le podían enseñar «a ningún hombre excepto a aquellos que accedían a ser hombres libres de la misma ciencia» y a cumplir «todo tipo de obligaciones, como era adecuado que hiciese un hermano y un hombre libre».[104] Uno de los «misionarios» de Bolton, del coronel Fletcher, desenterró un juramento todavía más horrendo, que supuestamente habían importado los *ribbon-men*[105] irlandeses: «Juro, en presencia de vosotros mis hermanos y de nuestra bendita señora María, que conservaré y mantendré nuestra sagrada religión destruyendo a los herejes, hasta donde me permitan mi persona y propiedad, sin excepción alguna.»[106]

A partir de estas fuentes tan dispares se compusieron los juramentos de principios del siglo XIX; los luditas extrajeron la mayor parte de los suyos de la tradición irlandesa, los sindicalistas los sacaron de las tradiciones artesanales y masónicas.[107] Probablemente los juramentos cayeron en desuso más temprano entre los oficios de Londres y los artesanos de las grandes ciudades. Pero las ceremonias de iniciación y los juramentos perduraron en las Midlands y el norte, y otras partes, durante muchos años antes de que se revocasen las *Combination Acts*, no sólo como medida de seguridad frente a los patronos, sino también porque habían llegado a formar parte de una cultura moral —solidaridad, dedicación e intimidación— que era esencial para la existencia de las *unions*. La sección de Huddersfield de los Trabajadores Manuales Viejos compró, al formarse en 1831, una pistola, una Biblia y diez yardas de tela de cortina; sin duda, los accesorios de la ceremonia de iniciación eran un primer gasto de los fondos de los miembros.[108] Durante la gran oleada de sindicalismo que se produce entre 1812 y 1834, parece que hubo un resurgimiento de los juramentos, en especial en la oscura *Trades Union* del Yorkshire. Paradójicamente, parece que la tradición del *taisez-vous* hubiese estallado en una

[104] Los reglamentos se encuentran en *Brit. Mus. Pressmark* L. R. 404.a.4. (52). Véase también la gran variedad de formas en *The Book of Oaths*, 1649.

[105] Pertenecientes a la Ribbon Society, una sociedad católica romana secreta formada en el norte y noroeste de Irlanda a principios del siglo XIX para contrarrestar la influencia protestante y que estuvo asociada a los desórdenes agrarios. *(N. de la T.)*

[106] H. O. 42.119.

[107] Para la tradición masónica y para el papel de las ceremonias rituales y de iniciación en general, véase E. J. Hobsbawn, *Primitive Rebels*, cap. 9.

[108] Véase el facsímil en J. B. Jefferys, *The Story of the Engineers*, en la página opuesta a la 20.

última fase de ceremonia rimbombante que estaba lejos del silencio. La *gentry* se alarmó con los rumores de «juramentos solemnes y terribles» que obligaban a los hombres a matar a los traidores y a los patronos malos. Se vio a mineros del carbón y a obreros de la construcción entrar en algunas posadas en las que «hacían un ruido parecido al de la instrucción militar, y (...) frecuentemente se disparaban en una noche, treinta o cuarenta tiros de pistola. Inmediatamente después de que un hombre preste juramento, se dispara una pistola sobre su cabeza».[109] Simeon Pollard, que era el líder de la *union*, negaba que se prestasen tales juramentos, pero John Tester, uno de los líderes de la huelga de los cardadores de lana de 1825 —y que luego se convirtió en un encarnizado adversario del sindicalismo— escribió de forma cáustica acerca de los gastos que suponían los avíos de las *unions*: «espadas, escenas de muerte, togas, pendones, hachas de combate y grandes cajas vacías parecidas a cofres militares.» En la investigación judicial acerca de un joven esquirol irlandés que había muerto a consecuencia de los golpes que le propinaron unos asaltantes desconocidos en Farsley, cerca de Leeds, en diciembre de 1832, salieron a la luz detalles que parecen creíbles. Una sección de la *union* se había reunido semanalmente en la taberna *Bay Mare* pagando 3 d por semana para utilizar un salón privado en el segundo piso:

> Se tomaban precauciones extraordinarias para impedir que se oyera lo que ocurría en el salón, la superficie inferior de las viguetas se recubría con tablas de una pulgada de espesor, y los intersticios se rellenaban con virutas de madera, y durante las reuniones se apostaba un guardián delante de la puerta, y toda la cerveza y otro tipo de bebidas alcohólicas las entraba en la habitación uno de los miembros de la *union*.

El padre del hombre que había muerto aportó pruebas de haber ingresado en la *union*, a petición de su patrono, para descubrir sus planes. Pero su relato parece auténtico:

> Cuando se admite a un miembro nuevo, se utilizan dos salas, en una de las cuales está reunida la Logia. La primera operación era vendarle los ojos; luego dos miembros le conducían a la Logia; luego se le pedía que diese el santo y seña, que en aquella ocasión era Alfa y Omega; luego se le hacía andar alrededor de la habitación, mientras se hacía un ruido sordo con una lámina de hierro —entonces se cantaba un himno— y él seguía andando por la estancia dos o tres veces, y se le preguntaba si su intención era pura; luego le sacaban el vendaje de los ojos y la primera cosa que veía era una imagen de la muerte del mismo tamaño que un hombre, sobre la cual había la inscripción «Recuerda tu fin». Sobre esta

[109] MS. del *Diario* de Anne Lister (Bankfield Museum, Halifax), 31 de agosto al 9 de septiembre de 1832.

imagen había una espada desnuda; se vendaban de nuevo sus ojos y se le volvía a pasear por la sala, hasta que, después de recibir una señal, todos los miembros hacían un estampido de ruido con sus pies; entonces se le ordenaba hincarse de rodillas junto a una mesa y se retiraba de nuevo el vendaje de sus ojos. Entonces veía una gran Biblia ante él, sobre la cual habían colocado su mano (...) Se leía entonces el salmo 94, cuando se prestaba el juramento, el cual era del siguiente modo: que iba a obedecer todas las órdenes del Comité de la *Union* e iba a mantener todos los secretos que hubiese sobre cada particular. La conclusión del juramento contenía una imprecación, según la cual el juramento de cada persona le hace desear que, en caso de violar el dicho juramento, su alma sea quemada en el pozo más hondo del infierno para toda la eternidad.[110]

En una época que ha olvidado al Dios de las Batallas, podemos citar algunos versos del salmo que seleccionaron aquellos sindicalistas para leer a los iniciados:

¡Dios de las venganzas, Yahvé,/ Dios de las venganzas, muéstrate!
¿Hasta cuándo los impíos, ¡oh, Yahvé!,/ hasta
cuándo los impíos triunfarán?
¿Hablarán proterva y jactanciosamente/ los que obran la iniquidad?
Aplastan, Yahvé, a tu pueblo,/ oprimen tu heredad.
Dan muerte a la viuda y al peregrino/ y a los huérfanos quitan la vida.
No abandona Yahvé a su pueblo,/ no desampara su heredad.
Volverán a la justicia los juicios/ y la seguirán todos los rectos de corazón.
¿Quién se levantará por mí contra los malvados?/ ¿Quién
estará conmigo contra los obradores de la iniquidad?
¿Puede acaso ser aliado tuyo el trono de la iniquidad?
/ ¿Puede la tiranía sofocar el derecho?
¿Los que se echan sobre la vida del justo / y condenan la sangre inocente?
Pero Yahvé es refugio para mí,/ y mi Dios es la roca de mi salvación.
Él arrojará sobre ellos su misma perversidad,/ y con su misma malicia los
aniquilará,/ los aniquilará Yahvé, nuestro Dios.[111]

Este juramento y este salmo, ante la imagen de la muerte en la habitación trasera de una posada, eran cosas serias para una gente a la que todavía conmovían supersticiones profundamente arraigadas; algunos de los cuales, quizás, habían creído en Joanna Southcott o habían sido arrastrados por el resurgimiento metodista.

[110] *Leeds Mercury* (15 de diciembre de 1832). Véase también *Ibid.* (4 de agosto, 8 de diciembre, 22 de diciembre de 1832) y, para Tester, *Leeds Times* (7 y 14 de junio de 1832). He citado estos párrafos en toda su extensión puesto que matizan la información, por otra parte admirable, que se encuentra en Colé, *Attempts at General Union*, caps. 7 y 16.

[111] Otros juramentos se basaban en *Ezequiel* XXI (Véase más arriba p. 430) y *Números* XXX, v. 2 y *Deuteronomio* XXIII, v. 21-23. Véase E. J. Jones, «Scotch Cattle and Early Trade Unionism in Wales», *Econ. Journal*, Suplemento (1926-1929), 1, pp. 389-391.

Además, un trabajador sólo necesitaba levantar la vista en el trabajo, o quizás en una taberna o capilla, para encontrar las miradas de otros que compartían con él las mismas promesas de mantener el secreto. Por algún tipo de juramento parecido, los labriegos de Dorchester —los Mártires de Tolpuddle— sufrieron deportación en 1834, después de lo cual los juramentos cayeron rápidamente en desuso. Y en el mitin masivo que tuvo lugar en Hunslet Moor, Leeds, para protestar contra las sentencias de Dorchester, un conocido reformador declaró públicamente: «He conocido hombres del carácter moral más estricto, de las clases sociales más humildes, que han prestado el mismo juramento. Tantos, (...) que si les cogemos y les deportamos, casi se despoblaría el West Riding.»[112]

Pero no debemos dar una imagen tan colorista de los heroicos días de la ilegalidad. Gran parte del trabajo que se realizaba en las habitaciones traseras de las posadas era rutinario. En gran parte era el trabajo seguro y tranquilo de las sociedades de socorro mutuo y de entierro. Muchos de los peores problemas, en los años de tranquilidad, provenían, no de los patronos, sino de la inexperiencia y la ignorancia de los miembros. Los fondos que se habían acumulado lentamente se perderían por culpa de un miembro que huyese con ellos, sin que hubiese posibilidad de recurrir a la justicia; como es el caso de la rama de Tewkesbury de los tejedores de punto, que confió de manera imprudente en un secretario que era «en apariencia un hombre de talento y de disposición religiosa».[113] Si bien los miembros trabajaban habitualmente sin cobrar, las reuniones del comité eran regadas en abundancia con cerveza pagada con los fondos de la *union*. Las funciones sociales de las *unions* eran importantes, pero se ha dejado suficiente constancia en antiguos libros de cuentas como para sugerir que otra de las quejas de John Tester no carecía de fundamento: «He conocido multitud de miembros de comités, que no parecían tener otra (...) virtud que su extraordinaria capacidad de engullir. Su facultad de deglución era prodigiosa.»[114]

No hay razón alguna por la cual la tradición clandestina no debiese pertenecer por un igual a las tabernas y a las reuniones de medianoche en los páramos. Los *gentlemen* no se encontrarían en ninguno de los dos lugares y un extraño sería reconocido tan pronto como entrase en el bar. La clandestinidad debe considerarse como algo más que una cuestión de juramentos y ceremonias. Durante los años de la guerra y sus consecuencias implicaba todo un código

[112] *Leeds Times* (19 de abril de 1834). El presidente, Thomas Barlow, añadió: «Me alegra oír que desde hace algún tiempo habéis dejado de tomar juramentos.»
[113] *Nottingham City Archives*, 3984 I, 22 de junio de 1812.
[114] *Leeds Times* (7 de junio de 1834). Para ejemplos, véase Postgate, *op. cit.*, pp. 21-22.

de conducta, casi una forma de conciencia. En el trabajo, no era necesario que un líder o una representación de los trabajadores se acercase al patrono para presentarle las demandas de aquellos; se soltaría una indirecta, se le sugeriría a un vigilante o se dejaría una nota sin firmar para que la viese el patrono. Si no se concedían las demandas, no había necesidad —en los pequeños talleres— de hacer una huelga formal; los trabajadores, simplemente, dejarían de acudir o lo harían público cada uno por su cuenta. Aunque los líderes podían ser conocidos, a su vez podía resultar imposible obtener pruebas de sus actividades. Un magistrado de Wakefield escribió en 1804: «Se han vuelto tan cautelosos que no hace falta ninguna convocatoria de huelga general o comunicación con los empresarios. Todo se hace de una forma perfectamente inteligible para los patronos, pero de tal modo que es imposible obtener pruebas de la existencia de una asociación.»[115] «Hay algunos individuos», escribió Place veinte años más tarde,

> que tienen la confianza de sus compañeros, y cuando se ha discutido cualquier asunto relativo al oficio, ya sea en el club, en una sala reservada, en un taller o corral, y la cuestión se ha vuelto importante, se espera que estos hombres dirijan lo que hay que hacer, y ellos lo dirigen, simplemente con una indicación. A partir de esto los trabajadores actúan, y todos y cada uno de ellos dan apoyo a los que pueden ser despedidos (...) Los que dirigen no son conocidos para todo el grupo, quizá ni siquiera uno de cada veinte trabajadores sabe quién es la persona que dirige. Entre ellos es una norma no hacer preguntas, y otra norma entre los que más saben es, o bien no responder si se les pregunta, o dar una respuesta para despistar.[116]

Además, la situación de ilegalidad era a la que más a menudo recurrían los sindicalistas para la acción directa con el fin de reforzar las demandas que no se podían conseguir por la vía de la legalidad ni en negociación abierta. Esto podía ocurrir de múltiples maneras. En su forma más suavizada era poco más que una presión moral extrema. El artesano que trabajara por menos dinero del que había fijado la *union* sería boicoteado; el trabajador «ilegal» descubriría que sus herramientas se habían «perdido» o sería multado por sus compañeros de taller. En Spitalfields, le cortarían la seda del telar; en los distritos laneros, las piezas de tela serían rasgadas; en la industria del tejido de punto, desaparecerían los *jacks*, piezas vitales de los telares de los calceteros. Los esquiroles y los malos patronos sabían que les vigilaban: podían lanzarles un ladrillo a

[115] Aspinall, *op. cit.*, p. 93.
[116] Webb, *op. cit.*, pp. 86-87.

través de la ventana o asaltarles por la noche en algún camino. En Gloucestershire, a los tejedores que eran esquiroles se les llevaba a horcajadas sobre el travesaño de su propio telar y se les tiraba a una charca. Incluso a veces, se utilizaban formas de intimidación más violentas; había unos cuantos casos denunciados en Glasgow, Dublín, Manchester y Sheffield de intentos reales de asesinato, lanzamiento de vitriolo o cargas de pólvora lanzadas dentro de talleres. A los casos más espectaculares se les dio una amplia publicidad que generó, incluso en los espíritus de las gentes más benévolas de la clase media, un profundo miedo al carácter violento de las *unions* secretas.[117]

De forma más general, estas acciones directas se mantenían cuidadosamente dentro de los límites que imponía la cultura oral de la comunidad obrera. A un esquirol se le consideraba como un intruso que amenazaba con robar el pan de la boca de los trabajadores esforzados y de los inocentes; pero, aunque no se vertía una lágrima por él en caso de que le atacasen y le «diesen una lección», tampoco existía una aprobación moral del asesinato o la mutilación. El ludismo fue una extensión de ese tipo de acción directa, pero estaba también cuidadosamente controlado dentro del mismo código tácito. Incluso en el código, más brutal, de los pueblos mineros o los puertos de mar, como Sunderland y North Shields, donde ruidosas manifestaciones y motines precedieron a otras formas de organización más consolidadas, la violencia se mantenía dentro de unos determinados límites que se percibían más que se definían.

De forma paradójica, la persistencia de la clandestinidad y de la violencia ocasional favorecía los argumentos para revocar las *Combination Acts*. Es conocido el argumento de Francis Place:

> Las leyes contra la asociación (...) indujeron [a la población obrera] a infringir y a no respetar las leyes. Les hicieron sospechar de las intenciones de cualquier hombre que les ofreciese sus servicios. Hicieron que los obreros odiasen a sus patronos con un rencor que ninguna otra cosa podría haber provocado. E hicieron que odiasen a todo aquel de su propia clase que rechazase unirse a ellos, hasta el punto de intentar perjudicarle amistosamente.[118]

Y el propio relato de Place acerca de la exitosa agitación en favor de su revocación se ha repetido tan a menudo, y de forma tan acrítica, que hoy en día es legendaria. Según aquel, poco tiempo después de que finalizaran las guerras, empezó, casi sin ayuda de

[117] Un ejemplo excelente de este miedo profundamente arraigado se encuentra en el tratamiento de las *trade unions* que hace la señora Gaskell en su compasiva *Mary Barton*, 1848.

[118] Wallas, *op. cit.*, p. 239.

nadie, a agitar la opinión dentro y fuera de la Cámara. En esta tarea recibió poca ayuda y más bien alguna resistencia de los mismos sindicalistas:

> Los obreros habían sido defraudados demasiadas veces para estar dispuestos a confiar en cualquiera que no les fuese muy conocido. Astutos como normalmente eran y suspicaces con todo aquello que estuviese por encima de su posición en la vida, sin tener expectativa alguna de suavización y mucho menos de cualquier oportunidad de que las leyes fuesen revocadas, no se podían convencer de que mis contactos con ellos les pudiesen servir para algo, y por lo tanto no creían necesario preocuparse por ellos y mucho menos proporcionar una información que, en su opinión, algún día se podía utilizar en su contra. Les comprendía perfectamente y su actitud no me disuadió de mi objetivo ni me ofendió. Estaba decidido a serles todo lo útil que pudiese.[119]

Por fin, encontró en Joseph Hume un diputado bastante capaz, persistente y que tenía la confianza de algunos ministros, para dirigir la revocación en el seno de la Cámara. Se formó una comisión especial que estaba repleta de partidarios. Fuera de la Cámara, Place estableció un cuartel general permanente para el movimiento sindical, que preparaba los mejores testigos y suministraba pruebas a Hume; y, en 1824, se introdujo un proyecto de ley bajo la estrategia del *taisez-vous*, de forma tan callada que incluso se advirtió a sus partidarios más incondicionales que no hablasen de él. Este proyecto de ley no sólo revocaba las detestables leyes, sino que excluía explícitamente a los sindicalistas de ser juzgados por conspiración según la ley común. A ello siguió una oleada de organización abierta de *trade unions* y de huelgas, y en 1825 los patronos y el gobierno contraatacaron nombrando una nueva comisión que se esperaba que recomendase la restitución de la legislación punitiva. Pero una vez más, Place y Hume trabajaron de manera incansable para resistir o modificar tal legislación: llovieron peticiones desde las zonas rurales, los grupos de presión de la Cámara se vieron atestados de delegaciones que pedían aportar pruebas. Como resultado, el proyecto de enmienda de 1825 endureció la legislación hasta el punto de que casi cualquier forma de persuasión o intimidación de personas que no perteneciesen a las *unions* era considerada delito, pero mantenía la victoria conseguida en los puntos principales: el sindicalismo y las huelgas, como tales, ya no fueron considerados delitos.[120]

---

[119] *Ibid.*, p. 204.

[120] El relato completo de Place se halla en Wallas, *op. cit.*, cap. 8; Webb, *op. cit.*, cap. 2.

Este relato no es falso. El logro de Place fue una hazaña notable de empleo inteligente de resortes y de un cabildeo enormemente laborioso e instruido. No se pasó por alto ninguna situación de ventaja o de peligro. Explotó hasta la saciedad el hecho de que trataba con una Cámara llena de *gentlemen* que encontraban aburridos los asuntos de las *trade unions*, algunos de los cuales tenían aversión hacia los intereses fabriles, otros habían hecho del *laissez faire* un dogma incuestionable y la mayor parte estaban confusos o eran indiferentes en relación a los temas. Pero hace tiempo que esta historia se debería haber reexaminado. Y entre los aspectos que se deberían tener en cuenta, están los siguientes:

En primer lugar, los sindicalistas tenían razón al desconfiar de Place. Su rencor había surgido, no sólo debido a las *Combination Acts*, sino, e incluso más, debido a la simultánea abolición o sustitución de toda la legislación que protegía sus propios intereses.[121] Pero tanto Place como Hume eran devotos de la «economía política» ortodoxa, y habían prestado un apoyo activo al desmantelamiento de *toda* legislación que restringiera la «libertad» del capital o del trabajo. Así, en julio de 1812, Gravener Henson, que, por aquel entonces, estaba presionando frente a una fuerte oposición para la aprobación completa de un proyecto de ley de protección para los tejedores de punto, contestó tristemente al comité de Nottingham: «El señor Hume se opuso a nuestro proyecto de ley con los argumentos del doctor A. Smith de que hay que dejar que los negocios sean libres.» La revocación de las cláusulas del *5 Eliz. c.4* referentes al aprendizaje fue activamente gestionada por Place. El comité de los maestros-fabricantes que organizó la campaña en favor de la revocación (1813-1814) estaba presidido por Alexander Galloway, el antiguo secretario auxiliar de la S. C. L., cuyos talleres de Smithfield eran ahora los principales talleres de ingeniería de Londres. El secretario del comité, John Richter, fue durante años uno de los asociados más íntimos de Place. El tema había sido contestado, de forma encarnizada, por las *trade unions* y se habían enviado cientos de peticiones para que la regulación del aprendizaje se mantuviera o se extendiese, reuniendo un total de trescientas mil firmas. Place desechó la oposición de los obreros —y de muchos patronos con pequeños talleres de los oficios artesanos de Londres— como «fanatismo»: «una prueba de la ignorancia que los oficiales tienen de sus intereses reales». No es sorprendente, por lo tanto, que los sindicalistas todavía «sospechasen de las intenciones» de Place y Hume en 1824.[122]

En segundo lugar, no es de ningún modo cierto que Place dirigiera una campaña «sin ayuda de nadie». En realidad, Gravener Henson, que gozaba de mucha mayor autoridad entre los sindicalistas, en

[121] Véase más arriba, p. 288 y, para los tundidores y los tejedores de medias, más adelante, pp. 588-589.

[122] *Records of the Borough of Nottingham*, VIII, p. 156; Webb, *History of Trade Unionism*, pp. 61-62; T. K. Derry, «Repeal of the Apprenticeship Clauses of the Statute of Apprentices», *Econ. Hist. Rev.*, III (1931-1932), pp. 77, 85.

especial al norte del Trent, se había adelantado tanto a Place que había diseñado un proyecto de ley y había conseguido el apoyo de Peter Moore, el parlamentario radical por Coventry, quien presentó el proyecto en 1823. Place y Hume se movieron con rapidez, tanto para sabotear el proyecto de Henson, como para promover el suyo. Habitualmente Place despreciaba las ideas de Henson considerándolas «complicadas y absurdas», un «montón de absurdidades». Los Webb, de forma más cautelosa, observaban que el proyecto era «complicado», proponía revocar las *Combination Acts* pero «sustituirlas por una complicada maquinaria para la regulación del trabajo a destajo y la reglamentación de los conflictos laborales industriales». «Algunas de esas propuestas eran meritorias anticipaciones de la legislación laboral subsiguiente —continuaban—, pero la época no estaba madura para tales medidas». Y seguían adelante elogiando a Place por su «gran sagacidad política» al utilizar técnicas fabianas particularmente intrincadas para asegurarse que Henson y Moore quedaran fuera de su camino.[123]

En realidad, la «sagacidad política» de Place era tal que estaba convencido de que las *Combination Acts* eran la causa, no sólo de la clandestinidad y los atropellos, sino de las huelgas y del mismo sindicalismo. Influido por su propia experiencia en los pequeños talleres de sastrería, suponía que si los patronos y los trabajadores se encontraban en una situación de libertad completa, cada patrono acordaría los asuntos de forma más o menos amigable con sus propios obreros, las leyes de la oferta y la demanda regularían el precio del trabajo, y en unos pocos casos el arbitrio de los magistrados resolvería las dificultades. «El asunto es verdaderamente muy simple», le aconsejaba a Hume, cuando le indicaba cómo salvar el obstáculo que Moore representaba: «Abolir todo decreto que sea molesto y engorroso, y decretar muy pocas leyes en su lugar. Dejar que los obreros y sus patronos se encuentren en la máxima libertad posible para realizar sus propias negociaciones a su manera. Esta es la forma de evitar conflictos.» Y en 1825 le escribió a Burdett:

[123] Wallas, *op. cit.*, pp. 207-210; *op. cit.*, p. 100, n.º1. El proyecto de ley de Moore y Henson, fue verdaderamente molesto e imprudente desde el punto de vista táctico. Proponía revocar cerca de cuatrocientas leyes y secciones de leyes, incluyendo la detestada legislación relativa a patronos y empleados, que se utilizó durante muchos años después de que las *Combination Acts* fuesen abolidas, y poner en vigor medidas referentes a: 1) obligar a los patronos a dar a sus empleados una ficha en la que se consignasen los salarios y las condiciones de trabajo; 2) limitar las horas extraordinarias; 3) abolir el *truck*; 4) facilitar las actuaciones de los empleados contra sus patronos para mejorar sus salarios, y 5) someter a arbitraje la instalación de maquinaria. Había una serie de cláusulas menores que hacían referencia a los contratos anuales, la defraudación de materiales, herramientas, etc. Véase *Parliamentary Papers*, 1823, II, pp. 253, *et seq.*: *Hansard* (nuevas series) VIII, 366.

Las asociaciones pronto dejarán de existir. Los hombres se han unido durante largos períodos de tiempo debido sólo a la opresión de las leyes; cuando éstas sean abolidas, las asociaciones perderán la razón que las une en un solo cuerpo y se romperán a trozos. Todo será tan ordenado como un cuáquero podría desear. Nada sabe de los obreros quien crea que, cuando se les deja libertad para que actúen por sí mismos, sin verse abocados a las asociaciones permanentes debido a la opresión de las leyes, seguirán contribuyendo con dinero para experimentos remotos y dudosos, para recibir unos beneficios inciertos y precarios.[124]

«Esta es la forma de evitar conflictos.» Esta era la pieza clave de todas las intrigas de Place. Un artículo de McCulloch, el *decano* de la «economía política», en la *Edinburgh Review*, que exponía argumentos parecidos, fue el que hizo decantar a muchos parlamentarios en favor de la revocación. Por supuesto, Henson no tenía tales ilusiones. Pero, puesto que él mismo era un trabajador a domicilio, sabía por experiencia que para los laneros, los tejedores de punto y otros, el sindicalismo no era suficiente; y de ahí que su proyecto de ley intentase proporcionar la maquinaria protectora positiva, para la cual la Cámara de los Comunes quizá no debía estar «madura», pero de la que los trabajadores a domicilio seguían teniendo una necesidad acuciante.

Hoy parece más explicable la respuesta de los sindicalistas a los sucesos de 1824 y 1825. Contemplaron cómo unos hombres conocidos por haberse opuesto a las demandas de las *trade unions* con anterioridad, y que parecían tener alguna forma de entendimiento con el gobierno, hacían maniobras para desplazar el proyecto de ley de Henson. De ahí que tuviesen una decidida renuencia a dar apoyo en las primeras etapas; y cuando comparecieron para testimoniar ante el comité de Hume, Place les encontró llenos de reservas:

No era fácil manejar a los obreros. Requería un gran cuidado y esfuerzos y paciencia para no chocar con sus prejuicios (...) Estaban llenos de ideas falsas, que atribuían, todas ellas, sus desgracias a causas equivocadas (...) Todos esperaban que se produjese un aumento repentino de los salarios, cuando se revocasen las *Combination Acts*; ninguno de ellos tenía la más mínima idea de la conexión que existe entre salarios y población (...)

Cuando se dieron cuenta de lo que pretendía Place, le dieron apoyo, sin entusiasmo, pero siguiendo el principio de que era mejor media hogaza de pan que ninguna. Cuando se revocaron las leyes, hicieron uso de su nueva libertad con energía. Cuando, en 1825, pareció probable que fueran reinstauradas, incluso el gobierno se vio sacudido por la oleada de protestas, peticiones, mítines y delegaciones que provenían de todos los oficios. Desde el Lancashire,

[124] Wallas, *op. cit.*, pp. 210, 217.

Glasgow, el Yorkshire y Tyneside llegaron «hombres inteligentes y vigilantes» para observar los procedimientos del Parlamento. Cualquier intento de restablecer las *Combination Acts*, escribió John Doherty, el líder de los hilanderos de algodón del Lancashire, a Place, tendría como resultado un amplio movimiento revolucionario.[125]

Place fue el principal artífice de la revocación y de este modo quedó inmortalizado para la historia de las *trade unions*. Lo merecía. Pero este no era motivo para reprender a las *unions* por su «apatía», como hicieron los Webb,[126] ni para subestimar la casi alegre confusión de la época. Place era un doctrinario que deseaba que se revocasen las leyes porque pecaban contra la buena economía política, y también porque se indignaba ante cualquier situación represiva contra los obreros. No tenía la menor intención de «trabajar» para el movimiento sindical haciendo consultas y llegando a acuerdos comunes. Quería manejar a sus representantes como manipulaba a los miembros del Parlamento: «Sabía perfectamente bien que si se les podía ayudar (...) debía ser sin su propia intervención, a su pesar».[127] Los sindicalistas, por su parte, le tomaron las medidas rápidamente. Se dieron cuenta de que era apasionado e influyente y le dieron un apoyo competente, aunque no era el proyecto de ley que ellos querían. Casi con seguridad, Place tenía razón al creer que el proyecto de ley de Henson no hubiese sido aprobado por la Cámara, al igual que le ocurrió al proyecto de Maxwell y Fielden para regular los salarios de los tejedores diez años más tarde. Por otra parte, Place sufrió un enorme autoengaño en cuanto a las probables consecuencias de la revocación; y en parte fue la fuerza de este engaño —que la revocación evitaría conflictos— la que permitió a Hume reunir partidarios en una Cámara aburrida y hostil.

Una vez obtenida la revocación, no fueron las «leyes» de McCulloch sino las organizaciones de hombres como John Gast y Doherty las que se movieron en el área de nueva libertad. Los sindicalistas de Londres no se dirigieron a Place sino a Thomas Hodgskin para elaborar su teoría. Durante un breve período de tiempo, diversas *unions* miraron con aprobación el evangelio de Place acerca de los

[125] Wallas, *op. cit.*, pp. 213-214, 228; Webb, *op. cit.*, pp. 106-107; *Reports of Select Committee on Artizans and Machinery*, 1824, *passim*.

[126] En fecha tan temprana como enero de 1824 el *Black Dwarf* hizo público un llamamiento general para realizar peticiones en favor de la revocación: durante los primeros meses de 1824, afluyeron multitud de esas peticiones provenientes de los clubes de oficio de todo el país. Es interesante especular acerca de hasta qué punto los miembros del gobierno —como Huskisson— toleraron el proyecto de ley de Hume como medio de deshacerse del proyecto de ley de Peter Moore. Véase *Black Dwarf* (17 de enero de 1824); *Mechanics' Magazine* (24 de enero, 7 de febrero de 1824); *Journals of the House of Commons*, LXXIX (1824); Huskisson en el debate del 27 de mayo de 1823, *Hansard* (nueva serie) VIII (1823).

[127] Wallas, *op. cit.*, p. 204.

intereses comunes de obreros y patronos.[128] Pero apenas había hecho su aparición la teoría de la colaboración de clase, cuando fue tiroteada, primero desde el *Trades Newspaper*, y segundo, desde el socialismo owenita.[129] Excepto en algunas *unions* de oficios artesanos fue rechazada hasta tal punto, que apenas tuvo influencia en el desarrollo de las *trade unions* durante quince o veinte años. Nos preguntamos si Francis Place, el gran manipulador de resortes, no estuvo manejando personalmente algunos de los hilos de las *trade unions*.

IV. Tundidores y calceteros

Esto es anticipar nuestra narración, porque los argumentos más sólidos para explicar la revocación de las *Combination Acts* fueron, en primer lugar, su continuada ineficacia para impedir el crecimiento del sindicalismo; y, en segundo lugar, el predominio de la acción violenta de las *trade unions*, extremada por el ludismo. Hemos intentado acercarnos al movimiento ludita desde tres direcciones: la oscura tradición de algún tipo de organización política «clandestina», la opacidad de las fuentes históricas y las vigorosas tradiciones del sindicalismo ilegal. Ahora debemos analizar más de cerca el contexto industrial en el que surgió el ludismo.

Este tipo de análisis ya existe,[130] pero se debe rectificar y complementar con los datos que han salido a la luz de forma más reciente. El ludismo propiamente dicho, de los años 1811-1817, se redujo a tres áreas y tres ocupaciones: el West Riding —y los tundidores—,

[128] Los cuchilleros de Sheffield le mandaron un bonito regalo a Place, mientras que los obreros hilanderos de algodón del Lancashire organizaron un banquete en el que se brindó a la salud de Hobhouse, Hume y Place, y también se bebió a la salud de «Los Fabricantes Algodoneros de Manchester, y que reine la paz y la armonía por mucho tiempo entre ellos y sus obreros». Véase *Trades Newspaper* (24 de julio de 1825).

[129] Véase más adelante, cap. 16.

[130] La obra *The Skilled Labourer* de los Hammond sigue siendo la mejor descripción del contexto del ludismo, cap. 4, «The Cotton Workers»; cap. 6, sección 4, «The Shearmen or Croppers»; cap. 8, «The Framework Knitters», y caps. 9 y 10 sobre el ludismo de Nottingham y el Yorkshire. *The Rising of the Luddites* es el estudio regional más penetrante para el Yorkshire. La obra de F.O. Darvall, *Popular Disturbances and Public Order in Regency England* trata de forma extensiva, pero sin imaginación, acerca de los documentos del Ministerio del Interior.

el sur del Lancashire —y los tejedores de algodón—, y el distrito de los tejidos de punto que tenía su centro en Nottingham y que comprendía partes del Leicestershire y el Derbyshire.

De estos tres grupos, los desborradores o tundidores[131] eran obreros cualificados y privilegiados, se situaban entre la aristocracia de los obreros de la lana; mientras que los tejedores o los tejedores de punto eran trabajadores a domicilio con una larga tradición artesana, que sufrían un deterioro en su posición social. Los tundidores eran quienes más respondían a la imagen de los luditas creada por la inventiva popular. Estaban en conflicto directo con la maquinaria que, como bien sabían tanto ellos como sus patronos, les iba a reemplazar. El trabajo del tundidor se describió ante el Comité del Oficio de la Lana, en 1806:

> La tarea del obrero que trabaja los paños es coger una pieza de paño en estado bruto, tal y como llega del mercado, o tal como llega del batán después de enfurtir; en primer lugar rebota el paño; después de lo cual, si es una pieza de buena calidad, lo tunde humedecido; luego se lleva a perchar y a practicar una operación que consiste en rellenar los extremos de la lana después de haber sido cortada con las tijeras mojadas, lo cual se hace con un juego de cardas en cada mano; después de esto se percha y se pone a estirar (...) y secar; si es una pieza de buena calidad recibirá tres cortes en seco antes de estirar (...)

Después de esto se cortaba el reverso y se examinaba la pieza para encontrar los fallos, que entonces se arreglaban, se desuñaban, limpiaban, prensaban y quizá se cortaban por última vez.[132] El obrero que trabajaba con los paños, o tundidor, se encargaba de todos estos procesos. Aparte del lavado, el enramblado —o estirado— y el prensado, la cualificación del tundidor residía sobre todo en el proceso central, mediante el cual se levantaba la «lanilla» del paño con una rebotadera. El tundido se hacía con unas tijeras manuales muy pesadas: 121 cm de largo, desde el mango a la hoja, y 18 kg de peso. Ambas operaciones requerían experiencia y habilidad. Además, aunque los salarios de los tundidores se regulaban

[131] Los dos términos eran intercambiables, aunque «desborradores» se utilizaba de forma más común en el Yorkshire y «tundidores» en el West Country. Algunas veces también se utilizaban los términos más genéricos de «acondicionadores de paños» u «obreros del paño».

[Los términos ingleses a los que hace alusión esta nota son: *croppers*, traducido como desborradores, y *shearmen*, traducido como tundidores, que también en castellano se pueden considerar sinónimos. Cuando en el texto aparecen los términos *cropper* o *shearman* solos, se han traducido como «tundidor» por ser el término más conocido para designar el oficio. *(N. de la T.)*]

[132] *Loc. cit.*, p. 296. Una aclaración completa de estos procesos se encuentra en W. B. Crump, *The Leeds Woollen Industry, 1780-1820*, Leeds, 1931, pp. 38-51.

por costumbre sumándose cerca de un cinco por ciento del valor del paño acabado, «pueden trabajar una pieza un veinte por ciento mejor o peor, aplicando el cuidado y el trabajo requeridos o hacer lo contrario». Así pues, gozaban de una fuerte posición, que no era habitual, en la negociación.[133]

Hacia el final del siglo XVIII, el acabado de los paños se había convertido en un proceso altamente especializado. Algunos fabricantes con grandes empresas se encargaban de todo el proceso en una sola «fábrica»; y Gott daba empleo por lo menos a ochenta tundidores bajo su propio techo. Pero la mayoría de los negociantes compraban las piezas a los pañeros con pequeños negocios en un estado inacabado, y para el acabado las llevaban a talleres de Leeds que empleaban a «cuarenta, cincuenta o sesenta» trabajadores cualificados y aprendices, o a los talleres de acabado del West Riding, que eran más pequeños y sólo empleaban a unos cinco o seis trabajadores. Las estimaciones de 1806 varían entre la cifra de tres mil y más de cinco mil tundidores para el West Riding —la segunda estimación incluye a los aprendices—, y dan la cifra de quinientos maestros aprestadores. En el oeste de Inglaterra quizás había una tercera parte de esta cifra.[134]

De este modo, los tundidores controlaban los procesos de acabado y, al igual que los cardadores, estaban en una posición fuerte para evitar la entrada de los trabajadores no cualificados. Componían la aristocracia de los obreros de las pañerías del West Riding, y si trabajaban jornada completa, podían ganar, durante los primeros años del siglo XIX, más de 30 s a la semana. Tenían fama de ser «independientes» y de comportarse de manera rebelde, de poseer conciencia política y de tener diversiones alegres. «El tundidor, si hablamos en sentido estricto, no es un empleado», escribió un corresponsal del *Leeds Mercury*:

> Ni se siente, ni se denomina a sí mismo como tal, sino que se considera trabajador del sector de la pañería, y, en este sentido, comparte más aspectos de la naturaleza de un zapatero, un carpintero, un sastre, etc. (...) Como ellos, viene y va, deja de trabajar por un lapso más largo o más corto (...) según el trabajo que tenga.[135]

Según otro relato, tenían «dos o tres veces más dinero para gastar en la cervecería que el tejedor, el aprestador o el tintorero», y eran «con diferencia, los menos tratables de todas las personas que trabajaban en esta importante fábrica».[136]

[133] «Observations on Combinations», 1799, P. C. A. 152.
[134] *Committee on the Woollen Trade*, 1806, pp. 239, 289, 297.
[135] *Leeds Mercury* (15 de enero de 1803).
[136] *Manchester Exchange Herald* (21 de abril de 1812), citado en Darvall, *op. cit.*, pp. 60-61, 106.

Pero, al mismo tiempo, eran totalmente conscientes de que su posición se había vuelto insegura debido a la maquinaria, la cual les podía convertir de la noche a la mañana, de ser una elite, a ser «un tipo de trabajadores que no son necesarios para la fabricación». La rebotadera mecánica era una invención antigua; en realidad, gran parte del conflicto que condujo al ludismo versó principalmente sobre un estatuto de Eduardo VI, bajo el cual quedaba prohibida su utilización. En lo esencial era un aparato sencillo, gracias al cual en vez de levantar la lanilla de forma manual, se pasaba el paño entre dos cilindros que tenían cardas engastadas. Los tundidores, y algunos maestros aprestadores, sostenían que la rebotadera mecánica sólo era adecuada para las telas más bastas, porque desgarraba y deformaba la tela de calidad más fina; pero estos argumentos quedaban deformados, a su vez, en el intento de demostrar que la mano de obra cualificada era indispensable. Sin embargo, la rebotadera mecánica amenazaba con desplazar a los tundidores sólo de una parte del proceso de acabado. Más nueva, y con unas consecuencias igualmente importantes, era la invención de la tundidora mecánica: un aparato compuesto por dos tijeras o más, acopladas a un bastidor, que se podían pasar por la superficie del paño, con una simplicidad que permitía prescindir de los artesanos cualificados.

La lucha contra la rebotadera mecánica se remonta al siglo XVIII. Aunque se utilizaba desde hacía tiempo en unas pocas zonas del oeste de Inglaterra, los obreros del sector pañero no habían llegado a resignarse a su utilización; y, aunque a fines del siglo XVIII ya estaban en funcionamiento algunas rebotaderas mecánicas en zonas del West Riding, los tundidores se habían organizado para impedir su introducción en Leeds. Durante muchos años, los tundidores habían circulado entre el Yorkshire y el West Country, puesto que su técnica se podía intercambiar; y hacia la década de 1790 la resistencia a la rebotadera mecánica alcanzaba el punto crítico. En 1791, los negociantes pañeros de Leeds publicaron un manifiesto que expresaba su intención de introducir la nueva maquinaria; y en los diez años que siguieron, más de una fábrica de Leeds fue destruida por los tundidores. En 1799 el Consejo Privado recibió la información de que los tundidores tenían un «fondo general» que ascendía a unas 1.000 libras. Eran bastante fuertes para imponer el cierre de un taller, y

un obrero que, por gratitud, se atreva a ponerse del lado del patrono en el momento que se le necesita, se convierte en un *isolé* proscrito. Jamás se le permitirá trabajar donde haya alguien del oficio para controlarlo hasta que haya jurado su neutralidad y pagado la multa que le quieran imponer.

Si cualquier patrono intentaba cortar el circuito en cualquiera de los procesos de acabado, los tundidores se empeñaban en que debía pagar una multa que iba destinada a sus fondos. Si los patronos devolvían trabajo porque estaba mal hecho, el caso lo decidía un comité de los trabajadores. En Leeds se destruyó una rebotadera mecánica ante «cientos» de espectadores, pero, a pesar de que se ofrecía una recompensa cuantiosa, no se pudo encontrar a nadie que testificase contra los trabajadores: «El sistema existe más por un consenso generalizado ante las escasas y simples normas de su *union*, que debido a cualquier formulación escrita, y ahora, como manera de eludir cualquier posibilidad de condena, se han constituido en un Club General de Enfermedad.»[137]

Probablemente este *club de enfermedad* fuese la primitiva forma que adoptó «la Institución» o «Comunidad de los Pañeros» (1802). Su cuartel general se hallaba en Leeds, pero el centro donde tuvieron lugar las quemas de fábricas y los disturbios fue el Wiltshire en 1802. Quizás ésta fuera menos una señal de fuerza que de desesperación. En Leeds los tundidores tenían una organización tan fuerte que había quedado descartada la posibilidad de introducir la rebotadera mecánica.[138] En agosto de 1802, el alcalde de Leeds le había escrito a Earl Fitzwilliam:

> Como estaba completamente convencido de que, si algún negociante infringía las órdenes de los obreros pañeros, sus amenazas se pondrían en práctica; durante estos últimos nueve meses, y gracias a mi influencia personal, he conseguido persuadir, privadamente, a uno o dos empresas, que tenían la intención de introducir en sus talleres una rebotadera mecánica o una máquina de tundir, de que por el momento renuncien a ello, de lo contrario, estoy firmemente convencido de que hubiésemos presenciado aquí mismo esas horribles atrocidades que se han cometido en el oeste.[139]

Esas «horribles atrocidades» habían alcanzado su punto culminante, en el West Country, durante los últimos años del siglo XVIII. Unas mil o dos mil personas asaltaron en una revuelta las odiadas fábricas y en el Somersetshire, en diciembre de 1797, «Doscientos o trescientos hombres con las caras ennegrecidas y armados con cachiporras entraron en los establecimientos de un afilador de tijeras para tundir, (...) que se halla a unas tres millas de Frome, y

[137] «Observations on Combinations», P.C.A. 152. Véase también *Committee on the Woollen Trade*, 1806, en especial las pp. 235, 264-265, 369; W.B. Crump, *op. cit.*, pp. 46, 317-318, 327; Hammond, *The Skilled Labourer*, pp. 171-180; Aspinall, *op. cit.*, pp. 40 y siguientes.

[138] Sin embargo, cerca de Huddersfield había habido, durante veinte años, rebotaderas mecánicas que «quedaron paralizadas totalmente» debido a «un *arréte* de los obreros» en 1802; de Cookson dirigida a Fitzwilliam, 30 de agosto de 1803, *Fitzwilliam Papers*, F.45(d).

[139] Aspinall, *op. cit.*, p. 52; *Fitzwilliam Papers*, F.45(d).

destruyeron tijeras por valor de treinta libras.»[140] Sin embargo, en el Wiltshire existen indicios de que la posición de los tundidores ya se había debilitado, debido a la situación de declive de su propia industria en relación a la del West Riding. El problema del desempleo se había agudizado con el licenciamiento de los tundidores que estaban en el ejército, durante el breve período de paz. «Un soldado ha sido devuelto a su esposa y llorosos huérfanos» le escribió a un parlamentario, desde Bradford (Wilts) en 1802:

> Sabemos que aquellos que tienen fábricas han hecho mención, ante nuestros hombres importantes y ministros en el Parlamento, de cuántos pobres emplean, olvidando al mismo tiempo a cuántos más darían trabajo si éste se hiciese de forma manual como antes se solía. El asilo de pobres está lleno de muchachos mayores ociosos (...) Muchos me han dicho que habrá una revolución y que en el Yorkshire hay unas treinta mil personas en una Sociedad de Correspondencia (...) Sabemos que la quema de fábricas o el incendio de las propiedades de la gente no son cosas correctas, pero el hambre obliga a la persona a hacer lo que no debería.[141]

Un pañero de Gloucestershire fue el destinatario de una carta más alarmante:

> Nos hemos enterado hace unos días que has comprado máquinas de tundir y si no las haces desaparecer en menos de quince días, nosotros las destruiremos; y contigo haremos lo mismo, maldito perro infernal. Y por Dios Todopoderoso destruiremos todas las fábricas que tengan máquinas de tundir, os sacaremos a todos vuestros malditos corazones del pecho y nos mofaremos de los demás, les pegaremos o les haremos lo mismo que a vosotros.[142]

Por muy obsoleto que fuese el estatuto de Eduardo VI que prohibía las rebotaderas mecánicas, lo importante es que los tundidores lo tenían presente y sostenían que no sólo tenían «derecho» a recibir protección ante la maquinaria que podía desplazarles, sino que tenían un derecho *constitucional*. También conocían la cláusula del *Elizabethan Estatute of Artificers* que obligaba a cumplir un aprendizaje de siete años, y de un Estatuto de Philip y Mary que limitaba el número de telares que un patrono podía emplear. No sólo conocían estas leyes, sino que intentaban que estuvieran vigentes. En 1802 pidieron el apoyo de la opinión pública del West Riding y ganaron grandes simpatías en su lucha contra Gott. No parece que su oposición a la maquinaria fuese irreflexiva o absoluta:

[140] De Bowen dirigida al duque de Portland, 20 de diciembre de 1797, H. O. 42.41.
[141] Hammond, *op. cit.*, pp. 172-173.
[142] D. M. Hunter, *op. cit.*, p. 21.

se hacían propuestas en la línea de hacer una introducción gradual de la maquinaria, buscando un empleo alternativo para los trabajadores desplazados por ella o cobrando un impuesto por yarda de tela acabada con maquinaria, que sería utilizado como fondo para los desempleados que buscasen trabajo. Parece que los tundidores tenían alguna esperanza de que hubiese una negociación general dentro del oficio, y se indignaron en extremo ante la actitud de algunos patronos, motivada por la «Venganza y la Avaricia», que se intentaban aprovechar de su situación ventajosa siendo «conscientes de (...) la facilidad con la cual la ley favorece la condena de las asociaciones ilegales».[143]

Aquí es donde la notoria opresión de clase de las *Combination Acts* recaía sobre ellos en todos los aspectos. En una época en que la ley común de conspiración —5 *Elizabeth c.4*— se utilizaba para frustrar la actuación de las *trade unions*, cualquier intento de imponer leyes escritas favorables a los intereses de los obreros terminaba en un fracaso o en pérdida financiera. Los obreros del sector de la lana del oeste de Inglaterra hicieron suscripciones para autorizar a algunos procuradores a que iniciasen acciones legales contra las rebotaderas mecánicas y contra los trabajadores que no habían cumplido el aprendizaje, pero ninguna de ellas tuvo éxito.[144] Sin embargo, los patronos se inquietaron lo suficiente para hacer peticiones en favor de la abolición de cualquier legislación protectora que comprendiese a toda la industria lanera. Los trabajadores del sector lanero del Yorkshire se vieron arrastrados a la misma lucha legislativa. Se hicieron grandes gastos para contratar a un abogado que actuase en su nombre y asistiese a la Cámara durante 1802 y 1803, así como para enviar testigos a declarar en nombre de los oficiales. El proyecto de ley de los patronos se examinó en 1803 y se perdió en un Parlamento preocupado por la reanudación de la guerra con Francia. En años sucesivos, se hizo pasar por la Cámara casi sin discusión un proyecto de ley de suspensión que negaba toda protección legal en favor de los obreros, mientras la cuasi-legal Institución hacía infinitos gastos intentando resistir el avance de los patronos. Uno de los testigos de los tundidores declaró, en 1806, que sólo los tundidores y tejedores del Yorkshire habían recogido entre 10.000 y 12.000 libras para los gastos legales y la asistencia al Parlamento, durante los tres años anteriores.

[143] Véase las interesantes cartas, firmadas por «Un Espectador» y «Un Comerciante», aparecidas en el *Leeds Mercury* (15, 22, 29 de enero de 1803).

[144] Véase E. A. L. Moir, *op. cit.*, pp. 254 y 258-259; W. E. Minchinton, «The Beginnings of Trade Unionism in the Gloucestershise Woollen Industry», *Trans. Bristol and Glos. Archaeol. Soc.*, LXX, 1951, pp. 126 y siguientes; *Rules & Articles of the Woollen-Cloth Weavers Society*, Gloucester, 1802.

Mientras tanto, los ánimos se encrespaban y el apoyo en favor de los tundidores iba en aumento. En el Yorkshire la Institución se había convertido en una organización formidable. Los tundidores no sólo afirmaban tener organizados al cien por cien de los trabajadores («No creo —declaró un testigo— que haya ni veinte obreros del sector pañero en el condado de York, que no estén en la institución»), sino que muchos patronos con pequeños talleres y tejedores hacían suscripciones para sus fondos. Cuando en 1806 sus libros de cuentas fueron incautados, se vio que otros muchos grupos de obreros pertenecían a la Institución o bien habían recibido donaciones de sus fondos: mineros del carbón, albañiles, clasificadores de lanas, pañeros, carpinteros, aserraderos, aprestadores de lino, zapateros, portazgueros, ebanistas, fundidores de campanas y papeleros; a pesar de que los pagos se habían hecho a, y recibido de, los hilanderos de algodón de Manchester. En realidad, hacia 1806, el caso de los tundidores casi se había disuelto en los agravios generales y las demandas de la comunidad obrera. Para los tundidores el agravio era específico: «parece que ahora se generalizará el uso de las rebotaderas y las tundidoras mecánicas, si se permite que esto ocurra, cientos de nosotros nos quedaremos sin pan.» Para los tejedores el problema era más amplio: ¿podían reforzarse las cláusulas del 5 *Elizabeth c.4* sobre el aprendizaje, que habían caído en desuso, y frenar de este modo el influjo del trabajo no cualificado? Todos los artesanos lo consideraban como un pleito de prueba, indicativo del restablecimiento o de la total abolición del viejo código de protección y arbitraje del trabajo, que era el único que daba alguna esperanza de defensa legal contra el impacto total del recorte de sueldos y la adulteración del trabajo. Muchos de los patronos con pequeños talleres —miles de los cuales se contaban entre los treinta y nueve mil que en 1805 se declararon en favor de una ley para limitar el número de telares, suprimir las rebotaderas mecánicas y hacer que el aprendizaje fuese obligatorio— opinaban que el mismo sistema doméstico estaba en peligro. En 1806, cuando se nombró una nueva comisión para investigar el oficio de la lana, comparecieron impresionantes delegaciones, para proporcionar pruebas, de la mayoría de secciones de los obreros del sector de la lana y los patronos con pequeños negocios, tanto del Yorkshire como del oeste. Todos los testigos coincidían en un aborrecimiento general del sistema de fábrica: «reconocen abiertamente —informaba la comisión— que desean conservar esta ley —la del aprendizaje—, porque tiende a provocar dificultades a la continuación del sistema de fábrica, y de este modo contrarresta su crecimiento». La amenaza de la rebotadera mecánica sólo era uno de los elementos en una situación de rechazo generalizado contra

los grandes empresarios, que rompían las costumbres del mundo del trabajo y desbarataban una forma de vida establecida.[145]

Decir que los testigos de los trabajadores, presentados ante la comisión de 1806, se encontraron con una recepción glacial sería hacer una descripción atenuada de lo que ocurrió. Tanto ellos como su abogado fueron intimidados y amenazados por los partidarios del *laissez faire* y los tribunos antijacobinos del orden. Las peticiones se consideraron como pruebas de conspiración. Los testigos que los tundidores habían enviado a Londres y mantenido con tanto gasto se vieron interrogados como criminales: «Tengo intención de decir la verdad tal y como la conozco —protestó un tundidor—, mi aval es mi pan.» Se argumentaba que era un delito escandaloso el hecho de que hubiesen recogido dinero que provenía de categorías distintas de la suya y que hubiesen mantenido contacto con los obreros del sector de la lana del oeste. Se les obligó a revelar los nombres de sus dirigentes. Se les confiscaron sus libros. Se les escudriñaron las cuentas. La comisión abandonó toda pretensión de imparcialidad judicial y se constituyó en un tribunal investigador. «Vuestra Comisión apenas necesita señalar —informaba a la Cámara de los Comunes— de que tales Instituciones son, en sus tendencias fundamentales, todavía más alarmantes desde un punto de vista político que del comercial.» En la organización de los tundidores veía «la existencia de un Plan sistemático y organizado, eficaz y peligroso a la vez, tanto por el conjunto de su fuerza como por la facilidad y el secreto con que (...) esa fuerza se podía poner en acción.» Esto era lo que exigía «la más seria y meditada consideración por parte del Parlamento».[146]

Por supuesto, la Institución pasó a la clandestinidad. Durante dos años más se aprobaron proyectos de ley de suspensión. Una vez más, en 1808, los tundidores presentaron una petición declarando que «el gran problema relativo al uso de aquella máquina (...) se ha tratado en tantas sesiones del Parlamento, que los gastos les inquietan sobremanera». Finalmente, en 1809, se abolió toda la legislación protectora de la industria lanera, que abarcaba el aprendizaje, la rebotadera mecánica y el número de telares. Ahora estaba despejado el camino para la fábrica, la rebotadera mecánica, la máquina tundidora, el empleo de mano de obra joven y no cualificada. Estaba bloqueado, de modo definitivo, el camino a *cualquier* reajuste constitucional. Si habían existido una facción «constitucional» y otra «ludita» dentro de las filas de los tundidores, ahora esta última llevaba la voz cantante. Ya en 1805, se había recibido una carta anónima en la *Royal Exchange Insurance Office*:

[145] *Committee on the Woollen Trade* 1806, pp. 232, 239, 277, 347, 355. Apéndice 13; Hammond, *op. cit.*, pp. 180-186; Aspinall, *op. cit.*, pp. 66-67.
[146] *Committee on the Woollen Trade*, 1806, p. 244. Apéndice, pp. 17-18.

Señores Directores:

En una reunión general, pero privada, de los presidentes de todos los Comités de trabajadores pañeros de este condado (léase, York) se me encargó aconsejaros —para beneficio vuestro— que no aseguréis ninguna fábrica en la que haya maquinaria que afecte a los obreros pañeros. Puesto que se decidió presentar de nuevo una petición al Parlamento reclamando nuestros derechos; y si no se nos garantizan, deteniendo la maquinaria que nos concierne, estamos decididos a garantizarlos nosotros mismos, pero no deseamos que por esa razón ustedes salgan perdiendo.

En nombre de los Obreros Pañeros[147]

Después de 1806 y 1809, había sido abolido cualquier vestigio de legislación que indicase que los oficiales del sector de la lana se podían dirigir al Parlamento para defender su situación. Cuando, en los años de estancamiento y miseria de las *Orders in Council*,[148] algunos patronos con grandes empresas se apresuraron a instalar la nueva maquinaria con la esperanza de arrinconar, con mano de obra barata, a los pequeños negocios que quedaban, apareció el ludismo con una lógica casi inevitable. Para los tundidores, Ned Ludd era el defensor de los antiguos derechos y el paladín de una Constitución perdida:

Nunca depondremos las armas [hasta que] la Cámara de los Comunes apruebe una ley para suprimir toda la maquinaria que es perjudicial para la comunidad, y revoque la ley para colgar a los destructores de máquinas. No vamos a presentar más peticiones —no servirán de nada—, vamos a luchar por ello.

Firmado por el General del Ejército de Reparadores
Ned Ludd, secretario
Reparadores por siempre, Amén[149]

Sin embargo, la señal para el ludismo no provino en primer lugar de los tundidores, sino de los tejedores de punto. Su historia se complica con el hecho de que no hubiese una sola máquina detestable, parecida a la rebotadera mecánica, contra la cual sublevarse; y porque, en su caso, las estrategias constitucional y ludita no se presentan como alternativas sino más bien como tácticas que se empleaban de forma simultánea. El primero que debemos desenmarañar es el hilo constitucional.

147 *Ibid.*, p. 312. Esta carta es sin duda auténtica, pero no existen pruebas de que fuese autorizada por la Institución.

148 Orden real que el soberano promulga con el asesoramiento del Consejo Privado. Son particularmente famosas las de la época de las guerras revolucionarias francesas. (*N. de la T.*)

149 W. B. Crump, *op. cit.*, p. 230.

El proceso general que redujo a los tejedores de punto a la pobreza durante las guerras sigue unas líneas muy parecidas al proceso por el cual los tejedores se vieron degradados. De todos modos, el telar de medias era una máquina más costosa que la mayoría de los telares. La industria estaba controlada por los calceteros-negociantes; el producto lo hacían los tejedores de medias, ya fuese trabajando en sus propias casas o en pequeños talleres de patronos de calcetería. Aunque algunos tejedores de medias[150] eran propietarios de sus telares, después de 1800 éstos fueron siendo progresivamente propiedad de los calceteros-negociantes o de especuladores independientes que invertían pequeñas o grandes sumas en telares, de los cuales obtenían una renta de la misma forma que los propietarios de los *cottages*. De este modo, a los agravios generales relativos al recorte de salarios y a las costumbres laborales se añadía el agravio continuado de la renta de los telares. De hecho, los calceteros-negociantes tenían dos medios alternativos de rebajar los salarios: reducir el precio que se pagaba por el trabajo realizado o aumentar los alquileres de los telares. Y, al igual que en el caso del tejido manual, en su conjunto los patronos menos escrupulosos socavaban las condiciones del oficio.

En 1811, había quizás unos veintinueve mil telares de punto en el país, y unos cincuenta mil trabajadores empleados en y alrededor del oficio de la calcetería.[151] Aunque un pequeño núcleo de esta industria permanecía en Londres, que había sido su emplazamiento durante el siglo XVIII, la industria estaba ahora mayoritariamente concentrada en el triángulo Nottingham-Leicester-Derby. Como en el caso de la industria lanera del Yorkshire, unos pocos talleres grandes o «fábricas» estaban creciendo con rapidez, pero, con mucho, el mayor número de tejedores de medias trabajaban en pequeños pueblos industriales, en talleres donde había tres o cuatro telares. A diferencia de los cualificados tundidores, los tejedores de punto eran trabajadores a domicilio que se encontraban en una situación extraordinariamente expuesta a la explotación; al igual que los tejedores, evocaban mejores tiempos. Las descripciones relativas a la segunda mitad del siglo XVIII difieren, pero desde 1785 hasta 1805 parece que hubo un nivel bastante alto de empleo, con salarios de 14 s o 15 s a la semana, por una jornada laboral de

[150] Tejedores de medias y tejedores de punto son términos intercambiables.

[Los términos a los que se refiere esta nota son *stockinger* (traducido como tejedor de medias) y *framework-knitter* (traducido como tejedor de punto). También aparece repetidamente en este capítulo el término *hosier*, que se ha traducido como vendedor de calceta. *(N. de la T.)*]

[151] Descripciones detalladas que se encuentran en los Archivos de Nottingham 3984 II, fol. 29 indican que había 29.355 obreros en el oficio. W. Felkin, *op. cit.*, pp. 239, 437, indica que en 1812 habia 29.580 telares y 50.000 tejedores de punto.

doce horas, mas hacia el cambio de siglo la industria se enfrentó a reajustes difíciles. El tono sombrío de la sociedad antijacobina supuso una caída de la demanda para los vistosos productos de calcetería de los años prerrevolucionarios, aunque, hasta cierto punto, esto se vio compensado por el aumento de la demanda de calcetería sencilla y la introducción gradual del encaje hecho a máquina. Los tejedores de medias experimentaron un creciente deterioro de su situación y reaccionaron con energía. Como en el caso de los tejedores, hubo magistrados y patronos que atribuyeron la insubordinación de los trabajadores a la «vida lujosa y licenciosa» que su anterior riqueza les había propiciado: «Durante los primeros días de la semana, las discusiones acerca de política, la destrucción de la caza o el libertinaje en las cervecerías sustituían las obligaciones de su ocupación y, durante los tres o cuatro días restantes, se ganaba lo suficiente para pagar los gastos corrientes»; «las clases más bajas se hallaban casi universalmente corruptas por la abundancia y la depravación, hasta un punto que apenas se puede creer».[152]

Los motivos de queja de los tejedores de medias eran complejos y no pueden entenderse por completo si no prestamos un minuto de atención a los detalles del oficio.[153] En las Midlands se fabricaba no sólo calcetería sencilla y fina, sino también guantes, tirantes, mitones, blusas de tul, pantalones, corbatas y artículos varios; y Leicester, donde se hacían productos de mucha mayor calidad, no fue tan duramente golpeada durante los años del ludismo como lo fue Nottingham. Pero todas las quejas se dirigían contra los diversos medios que permitían a los calceteros-negociantes menos escrupulosos economizar trabajo y abaratar la producción. En algunos pueblos el *truck* estaba tan extendido que casi había sustituido el pago de salarios. El pago del trabajo estaba sujeto a complicadas tarifas de trabajo a destajo, que a su vez dependían, en el caso del encaje, del número del hilo. Los trabajadores se quejaban de que constantemente se les pagaba por debajo del valor de su trabajo, como si hiciesen trabajo de una calidad inferior, y de que los patronos se negaban a utilizar un instrumento para contar los hilos. De sus inadecuados salarios, los tejedores de medias tenían que descontar los costes de coser, agujas, aceite, traer y llevar el trabajo, etc. Los intermediarios poco escrupulosos, o comerciantes no autorizados, a quienes llamaban *bag hosiers*,[154] visitaban los pueblos persua-

[152] Véase Hammond, *op. cit.*, pp. 222-226; Darvall, *op. cit.*, pp. 28-34.

[153] Los resúmenes más completos se encuentran en Darvall, *op. cit.*, cap. 2, y A. Temple Patterson, *Radical Leicester*, cap. 3. Véase también F. A. Wells, *History of the Midland Hosiery Trade*, 1935.

[154] *Bag hosier* era un intermediario entre el artesano y el comprador. También se refiere en inglés, como sinónimo de *Bagman*, al extorsionador, al cobrador de deudas. *(N. de la T.)*

diendo a los tejedores de medias que estaban subempleados o que querían ahorrarse la pérdida de tiempo que representaba llevar su trabajo a los grandes almacenes de los calceteros de Nottingham, para que trabajasen por debajo de las tarifas establecidas. Pero las quejas más serias eran las que se referían a los *cut-ups*[155] y al *colting*.[156]

«En Nottingham, o en su vecindad, no hay maquinaria nueva contra la cual los obreros dirijan su venganza», así se expresaba la publicación radical de la clase media, *Nottingham Review*:

> Las máquinas, o telares (...) no se rompen porque sean de nueva construcción (...), sino porque en ellos se fabrican productos de mala calidad, que son engañosos a la vista, desprestigian el oficio y, por lo tanto, llevan consigo las semillas de su destrucción.[157]

Las medias y otros artículos, que se vendían a precios de saldo, se fabricaban a partir de grandes piezas de tejido de punto, hecho en un telar ancho, que luego se cortaba con la forma requerida y se unían las piezas con costuras.[158] Estos artículos eran baratos y —comparados con las medias hechas en el telar— se podían producir en masa, pero en el oficio creaban un profundo disgusto por varias razones. Los trabajadores, y también muchos de los patronos, argumentaban que el trabajo era de una calidad muy inferior y que las costuras se abrían. Ante la mirada inexperta parecían el artículo auténtico y, por lo tanto, podían rebajar los precios de los productos de calcetería hechos «según las normas del oficio»; y esto ocurría en un momento en que el colapso del mercado sudamericano y el estancamiento general producido por las *Orders in Council* habían conducido a una caída de la demanda. Además, la baja calidad de los *cut-ups* ofendía el orgullo del artesano en su trabajo y hacía que los productos del oficio, en general, tuviesen mala reputación. Además, esta queja conducía directamente al agravio referente al *colting*, empleo de mano de obra no cualificada o de demasiados aprendices. Las técnicas de producción barata fomentaban la afluencia de mano de obra barata y no cualificada. El tejido de punto se estaba degradando al nivel de un oficio «deshonroso».

Los tejedores de medias, al igual que los tundidores, tenían una larga historia de defensa de su situación tanto por medios

[155] Como se indica más adelante, el *cut-up* es una técnica de manufacturación de medias que reduce la calidad y el coste del producto. *(N. de la T.)*

[156] *Colt* significa persona o trabajador joven que no ha pasado el periodo de aprendizaje. Trabajador ilegal. *Colting* hace referencia al empleo de trabajadores jóvenes y no cualificados. *(N. de la T.)*

[157] *Nottingham Review* (6 de diciembre de 1811).

[158] Para la oposición a los telares anchos como éste, véanse las cartas que aparecieron en el *Leicester Journal* (13 de diciembre de 1811), y el *Derby Mercury* (19 de diciembre de 1811).

constitucionales como violentos. Una Compañía de Tejedores de Punto había obtenido una carta de privilegios de Carlos II, aunque durante el siglo XVIII la industria de las Midlands, en la práctica, había eludido sus regulaciones y aquella había caído en la oscuridad. Entre los años 1778 y 1779 se había producido un decidido intento de conseguir un salario mínimo legal. Cuando el proyecto de ley fue derrotado, se produjeron a continuación revueltas y destrucción de telares. En 1787, se negoció una lista de precios entre los calceteros-negociantes y los trabajadores, que estuvo en vigor, hasta cierto punto, durante veinte años. Desde 1807 en adelante los salarios disminuyeron y, una vez más, los tejedores de medias recurrieron a la agitación constitucional. Se revitalizó la vieja Compañía de Tejedores de Punto, pagando los oficiales la gravosa cantidad de 1 libra 13 s 6 d para ser admitidos, y se empezaron varias acciones. Se sentó jurisprudencia contra el *colting*; pero el pago de 1 s por daños y perjuicios que el jurado impuso no fue suficiente para disuadir a otros infractores. Los salarios disminuyeron alrededor de una tercera parte desde su nivel del año 1807. En 1811, Gravener Henson, que surgió entonces como líder destacado de los trabajadores, intentó una de las pocas acciones de las que hay constancia contra los patronos bajo las *Combination Acts*. Presentó pruebas de que algunos de los calceteros-negociantes se habían asociado para reducir los salarios y habían publicado sus acuerdos en la prensa de Nottingham. Los magistrados se negaron a admitir su demanda y el secretario municipal se negó a dar un mandato judicial.[159]

Exactamente igual que en el caso de los tundidores, los tejedores de punto se encontraron con que todo estatuto legal que podía haberles proporcionado protección era abolido o ignorado, mientras que todo intento de hacer respetar sus derechos mediante la actuación de las *trade unions* era ilegal. Aunque, antes de 1811, algunos de los calceteros-negociantes querían también la supresión de los *cut-ups* y el *colting*, los alineamientos de clase se reforzaron un mes tras otro y la buena voluntad que existía con anterioridad entre aquellos patronos que eran reformadores políticos y sus oficiales desapareció. Sin embargo, existen buenas razones para suponer que, en 1811-1812, algunos de los calceteros-negociantes que pagaban los precios acostumbrados y que no fabricaban *cut-ups* simpatizaban vivamente con los objetivos de los luditas, si no lo hacían con sus métodos. Porque el ludismo en Nottingham, al igual que en el Yorkshire, era sumamente selectivo. Sólo se destruían aquellos

[159] Hammond, *Town Labourer*, p. 66; *Skilled Labourer*, p. 227; Darvall, *op. cit.*, p. 43; *Committee on Framework-Knitters' Petitions*, 1812; J. D. Chambers, «The Framework-Knitters' Company», *Economica* (noviembre de 1929).

telares de quienes fabricaban bien productos a precios inferiores, bien *cut-ups*; cuando se rasgaban las telas en los telares, o las que se habían confiscado del carro del transportista, se destruían los *cut-ups* pero aquellos que tenían los orillos apropiados se dejaban intactos. En la canción, *General Ludd's Triumph*, se hacía claramente la distinción:

> El culpable puede temer, pero su venganza no se dirige
> a la vida del hombre honrado o al Estado,
> su ira sólo afecta a los telares anchos
> y a aquellos que reducen los precios tradicionales.
> Esas máquinas del mal estaban sentenciadas a morir
> por el voto unánime del Oficio
> y Ludd que puede desafiar cualquier oposición
> se convirtió en el Gran verdugo.
> Puede condenar la gran falta de respeto de Ludd hacia las Leyes
> aquel que jamás piense ni por un momento
> que la vil *imposición* fue la única causa
> que provocó esos desgraciados resultados.
> Que los soberbios dejen de oprimir a los humildes
> entonces Ludd envainará su espada conquistadora,
> cuando sus agravios sean reparados al instante
> entonces la paz se restablecerá con rapidez.
> Que los sabios y los grandes nos presten su ayuda y su consejo
> que no dejen jamás de prestarnos su ayuda
> hasta que el trabajo de la mayor calidad,
> pagado según el precio tradicional,
> quede establecido por la Costumbre y la Ley.
> Cuando esta difícil lucha termine, el Oficio
> levantará su cabeza en pleno esplendor,
> y la práctica del *colting* y el *cutting* y el soborno
> no les robarán más el pan a los obreros honrados.[160]

[160] La copia está en H. Q. 42.119 (la melodía es la de *Poor Jack*). (*The guilty may fear but no vengeance he aims / At the honest man's life or Estate, / His wrath is entirely confined to wide frames / And to those that old prices abate. / These Engines of mischief were sentenced to die / By unanimous vote of the Trade / And Ludd who can all opposition defy / Was the Grand executioner made. / He may censure great Ludd's disrespect for the Laws / Who ne'er for a moment reflects / That foul Imposition alone was the cause / Which produced these unhappy effects. / Let the haughty no longer the humble oppress / Then shall Ludd sheath his conquering sword, / His grievances instantly meet with redress / Then peace will be quickly restores. / Let the wise and the great lend their aid and advice / Nor e'er their assistance withdraw / Till full-fashioned work at the old fashioned price / Is established by Custom and Law. / Then the Trade when this arduous contest is o'er / Shall raise in full splendour its head, / And colting and cutting and squaring no more / Shall deprive honest workmen of bread.*)

En realidad, los tejedores de punto reclamaban una sanción constitucional incluso para la destrucción de telares. En la carta de privilegios que les había otorgado Carlos II había una cláusula que concedía a la Compañía de Tejedores de Punto el poder de nombrar unos delegados para examinar las mercancías y para destruir las que fueran defectuosas o engañosas. Ahora los luditas asumían estos poderes como derechos. En réplica a las proclamas de los magistrados, contrarias a sus actividades, hicieron pública una contra declaración, salpicada de «Por cuanto que es» y «Siempre que es», que declaraba tanto su intención como su derecho a «romper y destruir cualquier tipo de telar que fabrique los siguientes artículos falsos y cualquier telar que no pague el precio regular acordado con anterioridad por los patronos y los obreros». Se adjuntaba una lista de los telares y las prácticas que se consideraban delictivas.[161]

La fase más importante del ludismo en el Nottinghamshire se produjo entre marzo de 1811 y febrero de 1812; y en este período hubo dos puntos culminantes, marzo y abril, y de noviembre a enero, en los que la destrucción de telares se extendió al Leicestershire y al Derbyshire. En esta fase se destruyeron quizás unos mil telares, por un valor que oscila entre las 6.000 y las 10.000 libras, y se dañaron numerosos artículos. Volveremos sobre estos acontecimientos. Pero en Nottingham se da una oscilación interesante entre la protesta ludita y la constitucional y es posible que ambas fueran dirigidas por la misma organización de *trade union*, en la que quizá los luditas y los constitucionalistas —probablemente dirigidos por Gravener Henson— discrepasen en sus opiniones. La fase más importante del ludismo finalizó con la aprobación de la ley que convertía la destrucción de telares en un delito capital, la cual recibía la calificación de «inválida» en la *declaración* de Ludd, puesto que se había conseguido de «la forma más fraudulenta, interesada y amañada desde el punto de vista electoral». Sin embargo, la aprobación de la ley, en febrero de 1812, alarmó hasta tal punto a los tejedores de punto, que se reunieron con urgencia para constituirse en una asociación cuasilegal llamada «Comité Unido de los Tejedores de Punto», muchos de cuyos documentos, confiscados en 1814, han llegado hasta la actualidad.

El primer paso que dio el comité de Nottingham fue iniciar correspondencia con Londres, Leicester, Derby e incluso con Dublín, Tewkesbury y Glasgow, e intentar, sin éxito, conseguir un aplazamiento de la aprobación del ofensivo proyecto de ley, con el fin de que la Cámara escuchase a sus representantes. Las respuestas

[161] Conant y Baker a H. O. 42.119 parcialmente reproducido en Darvall, *op. cit.*, p. 170.

de sus corresponsales ponen de manifiesto las extremas dificultades que se presentaban en el proceso de formación de cualquier asociación legal. Desde Leicester (20 de febrero de 1812) escribían: «Creímos necesario ponernos bajo el amplio escudo de la ley y solicitar el asentimiento de los magistrados del municipio (...) para realizar una reunión conjunta del oficio.» Desde Derby (3 de marzo de 1812) se decía: «Los magistrados de este *rotten borough* no nos permitirán hacer una reunión del oficio.» En Londres, donde seguían trabajando sólo unos cien tejedores de medias aproximadamente, los magistrados de Hatton Garden eran más amables, pero (4 de marzo de 1812) «dos agentes de policía asistieron a nuestra reunión para rendir cuentas al magistrado acerca de la legalidad de nuestros procedimientos». Desde Tewkesbury un corresponsal contestaba (2 de marzo) que el magistrado había impedido una reunión y que les abrían el correo. Thomas Latham, que, junto con Henson, llevaba la mayor parte de la correspondencia, escribió una hiriente carta dirigida al alcalde de «Tukesbury»: «¿No se ha enterado usted, Señor, de que la ley, que comúnmente recibía el nombre de "La Ley de la Mordaza" hace tiempo que ha fallecido de muerte natural?» Debería tener cuidado porque el pueblo «se puede ver abocado a la comisión de crímenes con el propósito de ejercer su *venganza*, cuando no puede ejercer sus *derechos*». A pesar de todas estas dificultades, se formaron comités en todos estos centros y se mantuvo correspondencia con los tejedores de medias de Sheffield, Sutton-in-Ashfield, Belper, Heanor, Castle Donnington y Godalming.[162]

El objetivo del comité de Nottingham era promover un proyecto de ley para dar ayuda parlamentaria a los tejedores de medias. Desde algunos comités se sugirió que se hiciese una petición en favor de una ley de salario mínimo. El comité de Nottingham se opuso a estas propuestas:

> Es de todos sabido que los gobiernos no intervendrán en la regulación del *quantum* salarial que se debe pagar a cambio de un determinado *quantum* de trabajo, porque esto vendría a ser lo mismo que la odiosa práctica de fijar un *maximum* y un *minimum* sobre un artículo, que fluctúa como lo hace nuestra prosperidad nacional, y la adversidad (...) Es cierto que el gobierno ha intervenido en la regulación de los salarios en épocas que hace tiempo que han pasado; pero los escritos del doctor Adam Smith han cambiado las opiniones de la parte culta de la sociedad sobre este tema. Por lo tanto intentar aumentar los salarios mediante la influencia parlamentaria, sería tan absurdo como pretender regular los vientos.

[162] Archivos de Nottingham y *Records*, VIII, p. 139.

Sin duda, Henson y sus compañeros le habían tomado las medidas a la oposición. Si tenían que conseguir el aumento salarial que querían —argumentaba el comité de Nottingham— debía existir una legislación más detallada que impidiese disminuciones *indirectas*: «Y el comité es de la opinión (...) de que los últimos atropellos que se han cometido en esta ciudad y vecindario han tenido su origen *en las múltiples imposiciones que han practicado los calceteros sobre los obreros, por falta de regulaciones parlamentarias*.» De ahí que se pretendiese preparar un proyecto de ley que contuviese un número de cláusulas detalladas: 1) regular el tamaño de la media según el número de *jacks*, es decir, de alambres del telar de medias; 2) convertir en obligatoria la calificación de las medias, de modo que se pudiera distinguir la buena calidad de la mala; 3) utilizar obligatoriamente un instrumento para contar los hilos al hacer el cálculo del pago del encaje hecho a máquina; 4) prohibir las imitaciones inferiores de los artículos de buena calidad; 5) convertir en obligatoria la exposición de las listas de precios en todos los talleres, y 6) conferir a los J. P. s el poder de regular los alquileres de los telares.

De acuerdo con todo ello se diseñó un proyecto de ley —«Para Impedir los Fraudes y los Abusos en la Industria del Tejido de Punto»—, que contenía varias de aquellas cláusulas, así como la prohibición del sistema de pago llamado *truck*. En marzo de 1812 se hicieron circular activamente las listas de apoyo y las peticiones en favor de aquella ley. Hacia finales de abril se habían recogido más de diez mil firmas entre los tejedores de punto; *nota bene*: todos los hombres del oficio podían firmar pero las mujeres no lo podían hacer.

Nottingham	2.629
Condado de Nottingham	2.078
Leicester	1.100
Condado de Leicester	2.057
Derby	239
Condado de Derby	1.809
Tewkesbury	281
Godalming	114
Londres	92

Las listas de apoyo muestran un área de ayuda que sobrepasa las propias filas de los tejedores de medias; hay donativos de taberneros, abaceros, panaderos, carniceros, molineros, agricultores, impresores, algunos patronos calceteros y muchos artesanos. Desde los clubes de enfermedad se hizo un llamamiento público para promover los donativos. En junio, cuando se iba a presentar el proyecto de ley ante el Parlamento, un soldado escribió ofreciéndose para recoger suscripciones de apoyo en el regimiento de la milicia que se encontraba en Great Yarmouth, mientras que el comité daba las gracias por «la generosa suscripción de apoyo de Lord Byron».

Desde finales de abril hasta el último día de julio, Henson, Large, Latham y otros delegados estuvieron con frecuencia en Londres ocupándose del proyecto de ley. Sus informes de la *City* no eran nada lisonjeros. No sólo consideraban que los sindicalistas especializados eran arrogantes, también opinaban que sus gastos en dietas, que pagaba la *union*, eran exagerados. El 22 de abril informaron que habían dormido su primera noche en *The Swan with Two Necks*, en Lad Lane:

> Cuando, a base de una cena fría con carne de vaca, habitaciones, camarero y camarera, lograron que aflojáramos veinticinco chelines, Tommy Small [es decir, Large],[163] sacudiendo la cabeza, exclamó: ¡¡¡Londres es el Demonio!!!

Al hilo de esto, cuando Henson estuvo de vuelta a Nottingham en mayo, escribió a sus compañeros para preguntarles si «ha mejorado el olor de Londres». Los gastos que supuso este asunto fueron muchos. Los costes legales y parlamentarios se tragaron la mayor parte de los fondos, pero también estaban los billetes y los gastos de los delegados —a mediados de junio, Henson hizo una visita rápida a Dublín—, una dieta de 14 s a la semana para sus esposas, otra dieta más de 3 s al día para los miembros del comité que estaban ocupados todo el tiempo en recoger suscripciones de apoyo. La respuesta de los mismos tejedores de medias era desigual. En Leicester, cuya industria de calcetería de estambre no estaba afectada con la misma gravedad que los algodones de Nottingham, faltaba entusiasmo: «No hay más de media docena de buenos compañeros en la ciudad —escribía Large en abril—, y éstos son principalmente *Sherwood Lads*.»[164] En mayo, un miembro del comité escribía, con desesperación, por la falta de apoyo en los pueblos del Nottinghamshire que trabajaban los productos sencillos del oficio del tejido de punto, el que se hacía con dos agujas. Estos tejedores de medias sospechaban

[163] Juego de palabra a partir de los significados contrapuestos, *small* (pequeño) y *large* (grande). *(N. de la T.)*

[164] Es decir, luditas.

que el proyecto de ley beneficiaría sobre todo a los que trabajaban en la industria del encaje y la seda: «Estuve fuera muchos días y no pude conseguir un penique, me miran con un aspecto tan afable como el de un buey.» A medida que pasaban los meses, se empezaban a hacer preguntas acerca del coste de mantener a los delegados en Londres y a sus esposas en casa. Estas envidias surgían de forma inevitable en el contexto de todas las primeras *trade unions*. Además, mientras el comité intentaba por todos los medios que cesase la destrucción de máquinas, porque ello iba a perjudicar su caso en el Parlamento, los ánimos se caldearon en Nottingham, donde se condenó a siete luditas, en marzo, a penas de deportación entre siete y catorce años. Sin duda el comité sabía quiénes eran los dirigentes luditas que habían actuado durante el año anterior, y es posible que, realmente, contase con alguno de ellos entre sus miembros. En abril tuvo lugar el único intento de asesinato, que se produjo durante los disturbios de las Midlands: hirieron ante su casa a un vendedor de calceta llamado William Trentham. El ataque fue precedido por una carta anónima del «Capitán» que denunciaba a Trentham por pagar a las mujeres por debajo del sueldo establecido:

Señor, debe ser consciente de que estas desafortunadas muchachas tienen grandes tentaciones de convertirse en prostitutas, debido a su extrema pobreza. El Capitán me autoriza a decirle que, puesto que esta gente está indefensa, la considera bajo su protección de una forma más inmediata, porque cree que sus salarios son los más bajos de toda Inglaterra.

El secretario del comité local escribió consternado, desde Leicester, a los delegados de Londres:

Me han informado de que el señor Trentham, calcetero de Nottingham, fue tiroteado el lunes por la noche ante su propia puerta, el informe dice que el sábado anterior *recortó* a sus trabajadoras dos peniques por cada par de medias y les dijo que se lo comunicasen a *Ned Ludd*. No sé cuánta parte de verdad hay en ello, pero lo cierto es que este no es un buen momento para irritar a la opinión pública con una ofensa importante.

En el desarrollo de los acontecimientos en Londres hay algo de patético. Los representantes de los tejedores de medias —y Henson en particular— hicieron un relato impresionante de su caso ante la comisión parlamentaria que examinaba el proyecto de ley.[165] Asimismo, los delegados presionaron laboriosamente, mostrando a los parlamentarios algunos ejemplos de malas hechuras y de *cut-ups* y distribuyendo regalos de sus productos de mayor calidad —pagados con los fondos

[165] Véase *Committee on Framework-Knitters' Petitions*, 1812, en especial las pp. 38-46. Uno de los testigos de los trabajadores era John Blackner, el historiador de Nottingham, que había sido tejedor de punto hasta 1780.

del comité— entre personas influyentes. Al príncipe regente se le regalaron medias, un velo de seda, una plancha de seda y pañuelos. Sidmouth recibió a la delegación de forma cortés, encargando medias y un chal para sus hijas y parecía que los delegados estaban a punto de que cuajara su propuesta. En vísperas de la tercera lectura del proyecto de ley, Henson escribió en respuesta a Nottingham con un acento de triunfo (30 de junio de 1812): «Tenemos algunas razones para [pensar] que el Príncipe Regente también es favorable, sólo tenemos que enfrentarnos a los discípulos del doctor A. Smith, de cuyos principios abomina todo el Reino.» Dos días más tarde escribió con abatimiento. Hume se había opuesto al proyecto y luego la Cámara había suspendido la sesión, «como no había cuarenta parlamentarios presentes, salieron de la Cámara cuando nuestro asunto progresaba con rapidez». Otro tanto en relación a los meses de hacer solicitudes y recogidas de suscripciones, de sacrificio e intentos de organización legal. La comisión de la Cámara recibió hasta el último minuto representaciones y peticiones que provenían de grandes establecimientos de calcetería de Leicester y Nottingham. La Cámara decidió, inmediatamente, borrar *todas* las cláusulas del proyecto de ley relativas a la calcetería, dejando sólo débiles cláusulas que hacían referencia al encaje y al sistema de *truck*. Henson envió estas noticias a Nottingham en una carta con una *addenda* furiosa: «P.S. Pueden rebajar, saldar, sobornar, fabricar simple algodón, y estafar, robar, ratear y oprimir tanto como quieran.» Los delegados hicieron una visita al líder radical, con la esperanza de que se volviese a incluir alguna de las cláusulas:

> Sir Francis Burdett nos dijo que el Parlamento jamás intervenía en las disputas entre patronos y obreros (...) Sir Francis no nos apoyó sino que abandonó la Cámara (...), los partidarios de nuestro proyecto de ley son quienes pertenecen a la parte *ministerial* de la Cámara.

Por supuesto, el proyecto de ley mutilado superó su tercera lectura, a pesar de otro largo discurso de Hume en contra (21 de julio): «Los ministros estaban a favor del proyecto, sólo había doce en la Cámara cuando se aprobó, los patriotas se habían ido como es habitual.» Pero es difícil saber a qué parte del «lado ministerial» se referían, porque tres días más tarde los lores rechazaron el proyecto de manera fulminante. El discurso contrario más enérgico —hay que señalar que no hubo ninguno a favor— lo hizo lord Sidmouth: «confío en Dios que no se vuelva a intentar introducir un principio como éste en ningún proyecto de ley que se presente en esta Cámara.»[166]

[166] Archivos de Nottingham, 3984 I y II, *passim*; *Records* VIII, pp. 139-162; Hammond, *op. cit.*, pp. 229, 270.

Pero este no es, en modo alguno, el final de la historia de la organización de los tejedores de punto. Resumiendo: ante el fracaso del proyecto de ley, el comité tomó medidas para fortalecer la *union*. Se hicieron investigaciones para saber «cómo dirigían su *Union* los carpinteros, sastres, zapateros y cuchilleros»; se diseñaron unos nuevos estatutos, quizá con el consejo de sir Samuel Romilly; y se le dio el nombre de Sociedad para Conseguir Ayuda Parlamentaria y para el Fomento de la Técnica de Mejorar el Mecanismo.[167] Como tal, su existencia efectiva fue de dos años: se aseguraba el pago de subsidios, por desempleo y huelga; asimismo, la *union* empleó con éxito a algunos de sus miembros directamente en una fábrica y sus actividades fueron suficientemente poderosas para desalentar cualquier recrudecimiento del ludismo. Sin embargo, en 1814, se reanudaron los estallidos de destrucción de telares: según una versión, en contra de los deseos de Henson y el sector «constitucional»; según otra, como forma complementaria de reforzar las *trade unions*, de modo que pequeñas bandas luditas estaban subvencionadas, en realidad, por los fondos de la *union*. Una huelga en un gran taller de un vendedor de calceta de Nottingham hizo que los calceteros-negociantes y la corporación municipal, que hacía tiempo que utilizaba espías para lograr conocer los procedimientos de la *union*, actuasen a través de un comité secreto. Se detuvo a dos de los dirigentes de la *union* y se confiscaron los documentos de la misma. La destrucción de telares siguió, de manera esporádica, hasta 1817; pero está claro que durante los mismos años la *union* siguió teniendo una vigorosa existencia clandestina. La clandestinidad cedía paso, año tras año, a manifestaciones públicas masivas y disciplinadas, y también a negociaciones abiertas.[168]

Gran parte de esta historia corresponde a la situación posterior al ludismo. Pero la historia del proyecto de ley fracasado, para regular la industria del tejido de punto, pone de relieve la difícil situación por la que atravesaban los sindicalistas durante los años del ludismo. Aunque no tenemos documentos que nos permitan leer los pensamientos de los líderes de los tejedores y los tundidores de forma tan clara, ellos debieron conocer experiencias

[167] El ejemplar de *Articles and General Regulations*, Nottingham, 1813, está en Archivos de Nottingham, 3984 II, fol. 126.

[168] Véase los Hammond, *op. cit.*, pp. 229-254; W. Felkin, *op. cit.*, p. 238; A. Temple Patterson, *op. cit.*, caps. 6, 7; Darvall, *op. cit.*, pp. 139-150, 155-159; Aspinall, *op. cit.*, pp. 169-183, 230, 234-242, 320-328. Durante un corto período de tiempo, Henson fue empleado por la *union* a tiempo completo. En 1816, llevó adelante dos acciones contra calceteros-negociantes, que habían violado las *Truck Acts*, con éxito. En 1817 le detuvieron mientras se encontraba en Londres haciendo peticiones en favor de las vidas de luditas condenados; y se le retuvo durante dieciocho meses sin acusación durante la suspensión del *hábeas corpus*.

muy parecidas en su infructuoso y costoso recurso al Parlamento, entre 1800 y 1812. Hemos seguido ya, con cierto detalle, la historia de los tejedores de algodón del Lancashire, pero se debe señalar que el ludismo del Lancashire surgió a partir de una crisis entre el paternalismo y el *laissez faire*, absolutamente paralela a la que tuvo lugar en las industrias de la calcetería y de la lana. En fecha tan tardía como 1800 y 1803 los tejedores, después de una intensa agitación, pudieron conseguir al menos una medida de protección formal con las *Cotton Arbitration Acts*. Los tejedores ya mantenían correspondencia con los tejedores de algodón de Glasgow y, en opinión del coronel Fletcher de Bolton, su agitación «nace en las sociedades jacobinas y se propone ser un medio de mantener los espíritus de los tejedores en una agitación continua.»[169] La victoria de las *Arbitration Acts* demostró ser ilusoria, aunque se les otorgaron nuevos poderes a los magistrados para mediar e imponer un salario mínimo, «los magistrados, al estar emparentados más de cerca con los patronos por su rango social y su fortuna, y también por el hecho de conocerles más por el trato que existe entre ellos, se ocupan de los asuntos con mano negligente».[170] La agitación en favor de una ley de salario mínimo alcanzó su primer punto crítico en 1807-1808, con las peticiones, las manifestaciones y las huelgas que desembocaron en el encarcelamiento del coronel Hanson.[171] De acuerdo con un testigo escocés, que afirmaba haber sido una parte dirigente de la organización desde 1809 hasta finales de 1812, existió una impresionante *union* de tejedores a nivel nacional, que tenía su centro en Glasgow y poseía baluartes en Escocia, el Lancashire, Carlisle e Irlanda del Norte.[172] En 1811 los tejedores hicieron un esfuerzo renovado para conseguir una ley de salario mínimo; 40.000 tejedores de Manchester, 30.000 de Escocia y 7.000 de Bolton firmaron peticiones que reclamaban protección contra los patronos sin escrúpulos. Hacia 1812 parece que hubo algunas divergencias entre las opiniones de los tejedores, mientras que los trabajadores del Lancashire abandonaban toda esperanza de protección y se dirigían hacia el ludismo, los trabajadores de Glasgow y Carlisle libraban largas batallas en costosos juicios en los tribunales para sentar jurisprudencia sobre los temas de regulación salarial y de aprendizaje. Los trabajadores de Glasgow, de hecho, ganaron su pleito, después de luchar por él, y con un coste muy grande, en las

[169] Hammond, *op. cit.*, p. 67, y (para las *Arbitration Acts*) pp. 62-69, 72 y siguientes.
[170] Uno que se apiada de los oprimidos, *The Beggar's Complaint against Rack-Rent Landlords, Corn Factors, Great Farmers, Monopolizers, Paper Money Makers, and War*, Sheffield, 1812, pp. 100 y siguientes.
[171] Véase más arriba, p. 310.
[172] A. B. Richmond, *op. cit.*, pp. 14-28

más altas magistraturas. Pero inmediatamente, los fabricantes se negaron a pagar el mínimo que habían convenido los magistrados en las *Quarter Sessions*; el resultado de ello fue que, en noviembre y diciembre de 1812, hubo una huelga de tejedores, notablemente disciplinada y bien mantenida, que se extendió desde Aberdeen a Carlisle. Los trabajadores —decía Richmond— estaban decididos a imponer mediante «un esfuerzo moral simultáneo» los salarios decretados por ley, y también estaban decididos «a hacer el último acto de resistencia para mantener su categoría social». Los líderes de Glasgow —«personas de una extraordinaria sangre fría y habilidad»—, que habían tenido cuidado de consultar todos los aspectos y de actuar dentro de la ley, fueron detenidos acto seguido, y condenados a sentencias que iban de cuatro a dieciocho meses. Dos años más tarde, cuando se revocaron las cláusulas sobre el aprendizaje del 5 *Eliz. c.4*, una nueva petición —esta vez procedente de los tejedores del Lancashire— declaraba que «la presente ley que revoca la susodicha ley ha hundido los ánimos de los solicitantes de forma indescriptible, dejándoles sin esperanza».[173]

El trato que recibieron los dirigentes de los tejedores de Glasgow es el ejemplo más indignante de la difícil situación general de los sindicalistas en aquella época. Y en este punto podemos reunir nuestros análisis de las causas que precipitaron el ludismo. Desde luego, es fácil recurrir a una inútil explicación «económica», que atribuye el ludismo al simple juego de causa y efecto de las *Orders in Council*. Es cierto que el sistema continental de Napoleón y la represalia que supusieron las *Orders* habían desorganizado de tal modo los mercados de los productos textiles británicos, que las industrias del Lancashire, Yorkshire y las Midlands se encontraban estancadas. La guerra y las sucesivas malas cosechas habían contribuido a aumentar los precios de las provisiones a niveles de «hambre», pero esto no sirve como explicación del ludismo: puede ayudarnos a explicar la coyuntura en la que surgió, pero no su naturaleza. Estos años de desgracias, 1811 y 1812, añadieron el agravio supremo del hambre continuada a injusticias que ya existían. Hacía que cada mecanismo que los patronos menos escrupulosos buscaban para economizar trabajo y abaratar su valor —telares mecánicos, máquinas tundidoras o *cut-ups*— pareciesen más ofensivos. Pero el carácter del ludismo no era el de una protesta ciega o el de un motín por alimentos, como los que tuvieron lugar en otros distritos. Ni tampoco sirve describir el ludismo como una forma de sindicalismo «primitivo». Como hemos visto, los hombres que

[173] Véase *ibíd.*, pp. 29-40, y el testimonio de Richmon, *Second Report... Artizans and Machinery*, 1824, pp. 59 y siguientes; Hammond, *op. cit.*, pp. 85-88; Aspinall, *op. cit.*, pp. 137-150, en especial de J. J. Dillon a Sidmouth, pp. 143 y siguientes.

organizaron, protegieron o disimularon el ludismo estaban lejos de ser primitivos. Eran perspicaces y alegres; junto a los artesanos de Londres, algunos de ellos se encontraban entre los más organizados de las «clases trabajadoras». Unos pocos de ellos habían leído a Adam Smith, unos cuantos más se habían puesto a estudiar las normas de funcionamiento de las *trade unions*. Los tundidores, calceteros y tejedores eran capaces de dirigir una organización compleja, encargarse de sus finanzas y de su correspondencia, enviar representantes a lugares tan lejanos como Irlanda o mantener una comunicación regular con el West Country. Todos ellos habían tenido tratos, a través de sus representantes, con el Parlamento, mientras que los tejedores de medias de Nottingham, que habían hecho el correspondiente aprendizaje, eran diputados y electores.

Se puede considerar que el ludismo surgió en el punto crítico de la revocación de la legislación paternalista y en el momento de la imposición de la economía política del *laissez faire* sobre —y contra la voluntad y la conciencia de— los obreros. Es el último capítulo de una historia que se inicia en los siglos XIV y XV y que, en gran parte, ha sido contada en la obra *Religion and the Rise of Capitalism* de Tawney. Es bastante cierto que gran parte de esta legislación paternalista en su origen había sido, no sólo restrictiva, sino punitiva para el trabajador. Sin embargo, contenía la imagen indefinida de un estado corporativo benévolo, en el que había sanciones legislativas y morales contra el fabricante sin escrúpulos o el patrono injusto, y en el que se reconocía a los oficiales como un «estado», por muy bajo que fuese, dentro del reino. Al menos en teoría, se podía acudir al J.P., en caso extremo, en busca de arbitraje o protección, y aunque la práctica les enseñó a los trabajadores a esperar una respuesta equívoca, todavía se juzgaba a los magistrados por esta teoría. La función de la industria era proporcionar el sustento a aquellos que trabajaban en ella, y cualquier práctica o invento que fuese manifiestamente destructivo del bien «del Oficio» era censurable. El artesano estaba orgulloso de su oficio, no sólo porque éste aumentaba su valor en el mercado de trabajo, sino porque era un artesano.

Es posible que estos ideales nunca pasaran de ser otra cosa que ideales; también es posible que hacia finales del siglo XVIII fuesen poco convincentes, pero tenían una realidad poderosa, a pesar de todo, en la idea de lo que *debería ser*, a lo cual apelaban los artesanos, los oficiales y muchos patronos con pequeños negocios. Más que esto, los ideales estaban vivos en las sanciones y las costumbres de las comunidades industriales más tradicionales. Los oficiales los festejaban cuando celebraban, con pompa y entusiasmo, la fiesta de San Crispín de los zapateros, el jubileo de las «Cofradías» de Preston o la fiesta del Obispo Blaise de los cardadores de lana.

Las primitivas *unions* cuasi-legales convirtieron esta tradición en emblema en los adornados boletos o en sus carnets de afiliación: los tundidores con el escudo de armas rematado con las tijeras cruzadas, entre la figura de la justicia y la de la libertad; los zapateros con su lema: «Que las Manufacturas de los Hijos de Crispín anden por Todo el Mundo»; todas las *unions* con sus proclamas y manifiestos firmados «En nombre del oficio». Como ocurre a menudo, a medida que la tradición llegó a sus últimos años, quedó bañada de una luz nostálgica.

Además, a menudo se olvida con qué rapidez se hizo la revocación de la legislación paternalista. En fecha tan tardía como 1773, se introdujo la importante *Spitalfields Act*, que estuvo en vigor con algunas modificaciones durante quince años y bajo la cual los tejedores de seda consiguieron —lo que otros tejedores y calceteros se esforzaron en vano por conseguir— un salario mínimo legal.[174] Las ineficaces *Arbitration Acts* del algodón (1800-1803) sirvieron por lo menos para mantener viva la idea de la protección. Después de esto, en el espacio de diez años, quedó barrido casi todo el código paternalista. Entre 1803 y 1808, se suspendieron todas las regulaciones que protegían el oficio de la lana. En 1809 se revocaron. En 1813, las cláusulas del aprendizaje del *5 Eliz. c.4* fueron revocadas. En 1814, les siguieron las cláusulas que daban poder a los magistrados para imponer un salario mínimo. Sin embargo, la cláusula según la cual era un delito dejar un trabajo sin finalizarlo siguió existiendo. En 1814 las restricciones en el aprendizaje en la industria de la cuchillería quedaron anuladas por el *Sheffield Cutlers' Bill*. Durante estos mismos diez años, los obreros, castigados por las *Combination Acts* a causa de cualquier acción directa por parte de las *trade unions*, recurrieron de forma creciente a los tribunales en un intento de mantener en vigor una legislación anticuada. De este modo, hubo acciones por parte de los obreros del sector lanero contra las rebotaderas mecánicas y el aprendizaje, de los tejedores de medias acerca del *colting* y el *truck*, de los tejedores de algodón sobre el aprendizaje y la imposición de un salario mínimo, y los oficios de Londres —constructores de carruajes, cerrajeros, constructores de máquinas y otros— lucharon en más de una docena de casos, entre 1809 y 1813, por cuestiones similares.[175] La gran mayoría de estos casos no consiguieron triunfar. Los pocos que tuvieron éxito terminaron agotando los fondos de las *unions* y supusieron pagos irrisorios por daños y perjuicios. Finalmente, estos años

[174] Para la aplicación de las Spitalfields Acts, véase M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, cap. 4; Hammond, *op. cit.*, pp. 209 y siguientes; J. H. Clapham, «The Spitalfields Acts», *Economic Journal* (diciembre de 1916).

[175] Véase T. K. Derry, «Repeal of the Apprenticeship Clauses», *loc. cit.*, pp. 71-72.

también fueron testigos de la descomposición de los últimos controles consuetudinarios o legales sobre la fijación de los precios en los mercados al aire libre, así como el fracaso en los intentos de reactivar la ley común respecto del acaparamiento de mercancías y la especulación.

Tenemos que imaginar las amargas experiencias de Henson y Large, durante su costosa asistencia al Parlamento, multiplicada por cien. Los obreros comprendían perfectamente lo que ocurría. Estaban atrapados de lleno entre dos fuegos. Por un lado, se enfrentaban al fuego del orden establecido. En modo alguno todos los magistrados del país, ni siquiera los *Lords-Lieutenant* de los condados, eran partidarios doctrinales del *laissez faire*. En algunas ocasiones, estos hombres tenían auténticos reparos en actuar contra los oficiales, e incluso sentían un profundo disgusto respecto de los métodos que utilizaban los patronos de las mayores empresas, pero en el momento que los trabajadores manifestaban sus quejas en voz alta y clara, entonces, también ellos suponían una amenaza para los valores del orden. El anticuado *squire* podía simpatizar con el famélico tejedor de medias que se presentaba a su puerta de forma plañidera y pasiva, pero no albergaba ninguna simpatía por los comités secretos, las manifestaciones en las calles, las huelgas o la destrucción de la propiedad.

Por otra parte, los trabajadores se enfrentaban al fuego de los patronos, que diariamente contaban con nuevos refuerzos procedentes de los discípulos del *laissez faire*. Las *Corn Laws* de 1815 mostrarían lo lejos que se encontraban la aristocracia y la *gentry* de comulgar realmente con esas doctrinas. Pero en tiempo de guerra, el Ministerio consideró conveniente aceptar los argumentos de la «libre competencia», en la medida que se oponían más a los intereses de la clase obrera que a los de los terratenientes, haciendo gala de un absoluto oportunismo contrarrevolucionario. Por supuesto, cuando Sidmouth promovió la abrogación del arbitraje salarial, en 1813, apenas creyó que el asunto mereciese argumentación:

> No es necesario poseer unos espíritus tan ilustrados como los de sus Señorías para darse cuenta de cuán pernicioso debe ser el actual estado de cosas tanto para el patrono como para el trabajador, pero en especial para el último. Por lo tanto todos deben estar convencidos de lo oportuno de revocar estos perniciosos estatutos.[176]

Si, por un lado, los hombres como los delegados de los tundidores y los tejedores de medias se encontraban con desaires de parte de los ministros, tampoco hallaban consuelo en los radicales

[176] Véase Hammond, *op. cit.*, p. 87.

como Hume o incluso Burdett. Por una parte, se les oponían los valores del orden, por otra los de la libertad económica. En medio se hallaba una masa de parlamentarios confusos, algunos de los cuales sentían, quizás, un oscuro sentido de culpa ante la injusticia que se estaba haciendo y escogían el camino más fácil: «se iban de la Cámara cuando nuestros asuntos se propagaban como el fuego.»

Byron, en su famoso discurso pronunciado en la Cámara de los Lores contra el proyecto de ley que convertía la destrucción de telares en un delito capital, no se dejó llevar por la hipérbole: «Cuando se hace una propuesta para emancipar o mitigar, dudáis, deliberáis durante años, contemporizáis y desmenuzáis el espíritu de los hombres; pero cuando se debe aprobar una ley de muerte la aprobáis haciendo que pase desapercibida, sin pensar en sus consecuencias.» Los obreros tenían la sensación de que los vínculos, por muy ideales que fuesen, que les unían al resto de la comunidad en una serie de obligaciones y deberes recíprocos se estaban rompiendo uno tras otro. Les estaban empujando más allá de los límites de la Constitución. El agravio lo sentían de forma más aguda aquellos que, como los tejedores y los calceteros, percibían que su posición como artesanos se estaba socavando. En 1811 la Asamblea Plenaria de los Obreros de la Seda se dirigía a los patronos calceteros:

> Como conjunto de hábiles artesanos que trabajan con materiales de gran valor (...) nos consideramos merecedores de una posición más elevada en la sociedad; y además que, por lo que se refiere a los emolumentos, deberíamos figurar entre los trabajadores manuales de primera categoría (...) Constreñidos como estamos por unas leyes antiasociativas, no os podemos decir, como organización pública, que pedimos un aumento de salarios, pero podemos deciros que la justicia exige que seamos remunerados por el trabajo extraordinario que hacemos.[177]

En 1811 un comité de los tejedores del Lancashire declaraba: «Si tenemos en cuenta que el cuerpo Legislativo ya ha intervenido en asuntos de menor importancia: ha promulgado leyes para regular el precio del *grano*, para fijar el *assize of bread*, (...) para aumentar los salarios de los *jueces y los clérigos* (...) este Comité no puede imaginarse en absoluto sobre qué base de justicia sería impropia la intervención Legislativa, en circunstancias tan acuciantes»: «Si hubieseis poseído setenta mil votos para la elección de diputados que se sentasen en esta Cámara, ¿hubiesen tratado vuestra petición con tal indiferencia, por no decir falta de atención? Creemos que no.»[178]

177 *Nottingham Review* (20 de diciembre de 1811).
178 H. O. 42.117. Véase los Hammond, *op. cit.*, pp. 84-85, para las selecciones más completas de este notable documento.

En primer lugar, pues, debemos ver el ludismo en este contexto. Los oficiales y los artesanos se sentían desposeídos de los derechos constitucionales, y esta era una convicción profundamente arraigada. Ned Ludd era el «Reparador» o el «Gran Verdugo», que defendía —«con el voto unánime del Oficio»— unos derechos afianzados de forma demasiado honda «por la tradición y la ley» para que unos pocos patronos, o incluso el Parlamento, los desechase:

No cantéis más vuestros viejos versos sobre Robin Hood,
Admiro poco sus hazañas.
Cantaré los Triunfos del General Ludd,
Que ahora es el Héroe de Nottinghamshire.[179]

Pero, en segundo lugar, no debemos exagerar el aislamiento al que se habían visto abocados los tejedores de medias y los tundidores. Desde el primer momento, los «atentados» luditas y los destructores de máquinas tuvieron el respaldo de la opinión pública en las Midlands y el West Riding. Los grandes empresarios y el sistema de fábrica, en general, despertaban una profunda hostilidad entre cientos de patronos con pequeños talleres. En 1795, los patronos pañeros con pequeños negocios del West Riding pedían apoyo activamente para un proyecto de ley dirigido a «restaurar y mantener por completo el anterior sistema de organización de la fabricación de paños».

Hasta hace poco tiempo, este sistema ha consistido en la fabricación de los paños por parte de personas que residían en diferentes pueblos del condado y los vendían en la Lonja pública de Leeds a los comerciantes que no se interesaban en la fabricación del paño.

Últimamente, varios comerciantes se han convertido en fabricantes de paño y, para mejor realizar tal fabricación, han construido unos edificios muy grandes que se llaman fábricas en las que pretenden dar trabajo a los pañeros como empleados suyos, de modo que aquellas personas que hasta ahora han vivido dispersas con sus familias, como antes se ha explicado, se verán agrupadas en o alrededor de esos edificios en un estado de dependencia.

El proyecto de ley, cuyo fin era impedir que los comerciantes-fabricantes complementasen sus encargos comprando paño en las lonjas públicas, tenía la «intención de preservar una forma de organizar el Oficio, que ha dado lugar a más independencia, prosperidad y moralidad, y en consecuencia mayor felicidad, que cualquier otra rama de la manufactura en el Reino».[180]

---

[179] *General Ludd's Triumph*, en H. O. 42.119. (*Chant no more your old rhymes about Robin Hood, / His feats I but little admire. /I will sing the Atchievements of General Ludd, / Now the Hero of Nottinghamshire...*)

[180] MS. «Heads of Proposed Bill...», Halifax Reference Library.

La brecha que existía, en cuanto a posición social, entre un «empleado», un trabajador asalariado a jornal sujeto a las órdenes y la disciplina del patrono, y un artesano, que podía «ir y venir» a su gusto, era bastante grande para que los trabajadores vertiesen sangre antes de permitir que les empujaran de un lado al otro de la misma. Y, según el sistema de valores de la comunidad, quienes se resistían a la degradación estaban en su pleno derecho. En 1797, se construyó en Bradford la primera fábrica que utilizaba el vapor como fuerza motriz, esto se hizo con el acompañamiento de un gentío amenazador y abucheador. Los *little-makers* del West Riding veían, en la progenie de Arkwright coronada de chimeneas, que se encontraba al otro lado de los Peninos, la sentencia de muerte de su propia industria doméstica. Los menestrales que daban apoyo a la «Institución» o «Comunidad de los Pañeros», entre 1802 y 1806, tenían tras de sí una teoría general de la moral económica.

Es fácil olvidar la mala reputación que habían adquirido las hilanderías de algodón. Eran centros de explotación, prisiones monstruosas donde se confinaba a los niños, centros de inmoralidad y de conflicto laboral;[181] y, sobre todo, lugares donde el laborioso artesano quedaba reducido a «un Estado de dependencia». Para la comunidad estaba en juego una forma de vida, y, por lo tanto, debemos considerar la oposición de los tundidores a unas máquinas determinadas como algo más que un grupo particular de obreros cualificados que defendían su forma de ganar el sustento. Esas máquinas simbolizaban la invasión del *sistema* de fábrica. Tan profundamente comprometidos estaban los supuestos morales de algunos pañeros, que sabemos de casos en los que suprimieron deliberadamente inventos que ahorraban trabajo. Por otra parte, en 1800, el padre de Richard Oastler vendió un próspero negocio antes de emplear una maquinaria que él consideraba como «un medio de opresión de parte de los ricos y de correlativa degradación y miseria para los pobres».[182] Este sentimiento, que existía entre los pañeros, los maestros aprestadores de paños, los artesanos y braceros de todo tipo e incluso entre algunos profesionales, era el que daba legitimidad a los luditas y les proporcionaba protección. El general Grey, que dirigía las tropas del West Riding en 1812, comentaba con consternación:

---

[181] Compárese el Cobbett *tory* en el *Political Register* (23 de julio de 1803): «Los domingos, los chiquillos, liberados de (...) esas malolientes prisiones denominadas fábricas, pueden estirar sus pequeños miembros entumecidos»; y el liberal *Leeds Mercury* (6 de marzo de 1802): «Las grandes fábricas de esta y otras ciudades constituyen escuelas de todo tipo de profanidad y obscenidad (...) No se puede dudar de la veracidad de esta observación.»

[182] Driver, *op. cit.*, pp. 17-18.

hasta qué punto la opinión y los deseos incluso de la parte más respetable de los habitantes está de acuerdo con el populacho, iluso y malintencionado, respecto del objeto actual de su resentimiento, las rebotaderas mecánicas y las máquinas de tundir, y esto se hace extensivo a personas que poseen talleres de distinto tipo que trabajan en la rama de la fabricación.[183]

También en las Midlands, se daban estos mismos sentimientos, aunque allí no habían acontecido mejoras importantes en la maquinaria. Los maestros calceteros, las gentes de oficio, los artesanos e incluso algunos calceteros-negociantes estaban por completo de lado de los tejedores de punto y con toda seguridad lo estaban durante la petición al Parlamento en 1812. La ley que convertía en delito capital la destrucción de telares recibió el desprecio incluso de aquellos calceteros-negociantes cuyos intereses supuestamente defendía. Y, considerada bajo esta luz, la imagen convencional del ludismo de aquellos años como una oposición ciega a la maquinaria por sí misma, se vuelve cada vez menos defendible. Lo que estaba en juego era la «libertad» del capitalista para destruir las tradiciones del oficio, ya fuese con maquinaria nueva, con el sistema de fábrica o con la competencia sin restricciones, rebajando los salarios, abaratando los precios para competir con sus rivales y socavando los niveles de calidad del trabajo artesano. Estamos tan acostumbrados a la idea de que era a la vez inevitable y «progresivo» que a principios del siglo XIX se liberase a los oficios de las «prácticas restrictivas», que es necesario hacer un esfuerzo de imaginación para entender que al propietario de una fábrica «libre» o al calcetero con un gran negocio o al fabricante del ramo del algodón, que habían amasado su fortuna por esos medios, se les trataba no sólo con recelo sino como personas comprometidas en prácticas *inmorales* e *ilegales*. La tradición del precio justo y el salario adecuado sobrevivieron entre «las clases bajas» más tiempo del que se supone. No consideraban el *laissez faire* como libertad, sino como una «vil imposición». No creían que pudiese haber ley natural alguna por medio de la cual un hombre, o unos pocos hombres, pudiesen ocuparse en prácticas que suponían un perjuicio manifiesto para sus prójimos.

Una «Declaración Extraordinaria», dirigida a «nuestro muy querido Hermano y Capitán en Jefe, Edward Ludd», recoge todas esas ideas de la moral económica del «Oficio».

Considerando que ha sido presentado ante nosotros, agitadores generales de los condados del norte, reunidos para reparar las injusticias que pesan sobre los obreros manuales, que Charles Lacy, de la ciudad de Nottingham, fabricante inglés de encajes, es culpable de diversas actividades fraudulentas y opresivas, por las cuales ha reducido a la pobreza

[183] Darvall, *op. cit.*, p. 62.

y la miseria a setecientos de nuestros queridos hermanos (...) fabricando puntilla de algodón, con material de un hilo, ha ganado la suma de quince mil libras, con la cual ha arruinado el oficio del encaje de algodón, y en consecuencia a nuestros honrados y queridos hermanos, cuya supervivencia y bienestar dependía de la continuación de aquella manufactura.

Nos parece que el susodicho Charles Lacy ha actuado por los más diabólicos motivos, y por lo tanto (...) opinamos que no tiene derecho a las susodichas quince mil libras, y por este motivo (...) ordenamos a Charles Lacy que desembolse esta suma y la reparta en partes iguales entre los obreros, que fabricaron puntilla de algodón durante el año 1807.[184]

Desde este punto de vista, pues, el ludismo puede considerarse como una erupción violenta de sentimiento contra el capitalismo industrial desenfrenado, que rememora un código paternalista anticuado y se ve legitimado por las tradiciones de la comunidad trabajadora, pero llegados a este punto el término «reaccionario» acude con demasiada facilidad a algunos labios. Porque a pesar de todos los sermones dirigidos a los luditas —en aquel momento y con posterioridad— referentes a las beneficiosas consecuencias de la maquinaria nueva y de la «libre» empresa —argumentos que, por otra parte, los luditas eran bastante inteligentes para ponderarlos por sí mismos—, fueron los destructores de maquinaria y no los autores de los tratados quienes hicieron una valoración más realista de sus efectos a corto plazo. Los tundidores proporcionan el ejemplo más claro de un oficio que, simplemente, se extinguió:

Entre 1806 y 1817, se dice que el número de rebotaderas mecánicas del Yorkshire aumentó de 5 a 72; el número de tijeras de tundir accionadas de forma mecánica, de 100 a 1.462; y de 3.378 tundidores, por lo menos 170 estaban sin trabajo mientras que 1.445 estaban sólo parcialmente empleados.[185]

Su trabajo fue sustituido por el de obreros no cualificados y mano de obra juvenil. Según una información de 1841:

En 1814 había 1.733 tundidores en Leeds, todos ellos con un empleo de jornada laboral completa; y ahora, desde que se ha introducido la maquinaria, todo el paño (...) lo aprestan un número comparativamente inferior, principalmente de muchachos, que cobran de 5 s a 6 s (...) y unos pocos trabajadores adultos que cobran de 10 s a 14 s a la semana. Los viejos tundidores han empezado a trabajar en cualquier cosa que han podido: algunos trabajan de alguaciles, trajinantes de agua, basureros o vendiendo naranjas, pasteles, cintas y encajes, pan de jengibre, betún.[186]

---

[184] La «Declaración», realizada en una hermosa escritura, está fechada en noviembre de 1811 y confiere a Edward Ludd el poder de «infligir el castigo de la muerte» en caso de falta y de repartir 50 libras entre los verdugos: J. Russell, «The Luddites», *Trans. Thornton Society*, x (1906) pp. 53-62.

[185] E. Lipson, *The History of the Woollen and Worsted Industries*, 1921, p. 181.

[186] W. Dodd, *The Factory System Illustrated*, p. 15.

Este era un triste final para un oficio honorable. La historia más tardía de los tejedores de medias y los tejedores de algodón apenas proporciona más datos para el aspecto «progresivo» de las ventajas de la desaparición de la tradición y las «prácticas restrictivas». Hemos examinado ya con suficiente detalle la destrucción del sustento de los tejedores. Si existe algún episodio de la Revolución industrial más angustioso que el de los tejedores de telar manual, es el de los tejedores de medias. Hacia 1819, según Felkin, muchísimos de ellos se habían visto reducidos a cobrar de 4 s a 7 s a la semana, por dieciséis o dieciocho horas de trabajo diario; el único medio de escapar que estaba a su alcance era emigrar hacia el cabo de Buena Esperanza. A principios de la década de 1820 hubo una cierta recuperación, con la introducción del encaje hecho a máquina —la «fiebre» de la puntilla o encaje de bolillos—, que aportó una nueva afluencia al oficio, seguida de un deterioro continuado. «De vez en cuando se produce algo parecido a un acelerón —le dijo uno de ellos a Thomas Cooper en 1840—, pero rápidamente retrocedemos de nuevo a la miseria.» En aquel momento se daba la cifra de 4 s 6 d como salario «promedio», cuando se tenía empleo. Entre el alquiler del telar, por un lado, y múltiples formas de pequeña explotación —salarios rebajados, «recortes» o penalizaciones, *truck*— por el otro, «el pobre tejedor de punto estaba agotado, hasta el punto que lo podríais haber reconocido por su aire particular de miseria y abatimiento, si os lo hubieseis encontrado a cien millas de Leicester». Y esto había sido el resultado sólo de la «libre competencia», sin la introducción de ninguna maquinaria que utilizase la fuerza motriz del vapor o del agua.[187]

Incluso haciendo la salvedad del abaratamiento de los productos, es imposible calificar como «progresivos», en ningún sentido significativo, los procesos que conllevaron la degradación, para los veinte o treinta años subsiguientes, de los obreros empleados en la industria. Y, considerándolo desde este punto de vista, podemos entender el ludismo como un momento de conflicto *de transición*. Por un lado, miraba hacia atrás hacia unas viejas costumbres y una legislación paternalista que jamás podría revivir; por otro lado, intentaba resucitar antiguos derechos con el fin de establecer nuevos precedentes. En distintos momentos sus demandas incorporaron estos puntos: un salario mínimo legal, el control de la «explotación» de las mujeres y los jóvenes, el arbitraje, el compromiso —por parte de los patronos— de encontrar trabajo para aquellos trabajadores cualificados que hubiesen perdido su puesto de trabajo debido a la maquinaria, la prohibición de la producción de ínfima calidad y el

[187] Felkin, *op. cit.*, pp. 441 y siguientes; T. Cooper, *Life*, pp. 137-142. Véase también J. F. C. Harrison, «Chartism in Leicester», en A. Briggs, *Chartist Studies*, pp. 121-129.

derecho a la organización legal de *trade unions*. Todas estas demandas miraban tanto hacia adelante como hacia atrás y contenían en su seno una imagen indefinida, no tanto de una comunidad paternalista, cuanto democrática, en la que el crecimiento industrial se regulase de acuerdo con prioridades éticas y la búsqueda del beneficio estuviese subordinada a las necesidades humanas.

De este modo, podemos ver los años 1811-1813 como una divisoria de aguas, cuyas corrientes fuesen, en una dirección, hacia atrás a la época de los Tudor, y en la otra, hacia adelante a la legislación fabril de los siguientes cien años. Los luditas fueron algunos de los últimos miembros de gremios y, al mismo tiempo, algunos de los primeros en provocar las agitaciones que conducirán al movimiento en favor de las diez horas. En ambas direcciones hay una economía política y una moral alternativas a las del *laissez faire*. Durante las décadas críticas de la Revolución industrial, los obreros estuvieron expuestos a uno de los dogmas más degradantes que ha habido en la historia —el de la competencia irresponsable e incontrolada— y generaciones de trabajadores a domicilio perecieron expuestos a estas condiciones. Fue Marx quien vio, en la aprobación de la ley de las diez horas (1847), una prueba de que «por primera vez (...) en pleno día, la economía política de la clase media ha sucumbido a la economía política de la clase obrera».[188] Los hombres que atacaron la fábrica de Cartwright en Rawfolds anunciaban esta economía política alternativa, aunque lo hiciesen en un confuso encuentro a medianoche.

V. Los muchachos de Sherwood[189]

El ludismo sigue siendo, en la visión popular, un asunto, extraño y espontáneo, de trabajadores manuales analfabetos que se resistían ciegamente a la maquinaria, pero la destrucción de maquinaria tiene una historia mucho más larga. La destrucción de materiales, telares, máquinas trilladoras, la inundación de pozos de minas o el destrozo de los aparatos instalados en la boca del pozo, el robo o

[188] K. Marx, *Selected Works*, 1942, II, p. 439.

[189] Sobrenombre que designa a los luditas. Sherwood es uno de los bosques más antiguos de Inglaterra. Se le considera tradicionalmente como el refugio de Robin Hood. (*N. de la T.*)

el incendio de las casas o las propiedades de los patronos impopulares: estas y otras formas de acción directa violenta se empleaban durante el siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX, mientras que «rapiñar» era todavía una actividad endémica en la cuchillería de Sheffield en la década de 1860. Estos métodos iban, algunas veces, dirigidos a la maquinaria que se consideraba detestable como tal. Más a menudo, eran una forma de imponer cuestiones consuetudinarias, de intimidar a los esquiroles, a los trabajadores «ilegales», a los patronos, o eran medios auxiliares —a menudo eficaces— para la huelga u otras acciones de tipo «sindical».[190]

El *Movimiento ludita*, aunque estaba relacionado con esta tradición, se debe distinguir de ella, en primer lugar, por su grado de organización, en segundo lugar, por el contexto político en el cual floreció. Estas diferencias se pueden resumir en una sola característica: aunque su origen se hallaba en determinadas injusticias de tipo laboral, el ludismo era un *movimiento cuasi-insurreccional*, que se agitaba continuamente al borde de ulteriores objetivos revolucionarios. Esto no significa que fuese un movimiento completamente revolucionario, aunque su tendencia era a convertirse en un movimiento de este tipo, lo que se ha subestimado muy a menudo.

El ludismo del Lancashire demostró tener el grado de contenido político más alto, a la vez que la mayor espontaneidad y confusión. El ludismo de Nottinghamshire, en cambio, era el más organizado y disciplinado, y el que se limitaba, de forma más estricta, a los objetivos de tipo laboral. El ludismo del Yorkshire se desplazó de los objetivos de tipo laboral hacia otros de más largo alcance. Antes de pasar a analizar estas diferencias, debemos proceder a una narración breve.

Los principales disturbios se iniciaron en Nottingham en marzo de 1811. Una gran manifestación de tejedores de medias, «que pedían a voces trabajo y un precio más generoso», fue dispersada por el ejército. Aquella misma noche se destruyeron dieciséis telares de medias en la gran población de Arnold: lo hicieron manifestantes que ni siquiera tomaron la precaución de disfrazarse y que recibieron los aplausos de la multitud. Los disturbios continuaron durante semanas, principalmente por la noche, en todos los pueblos calceteros del noroeste del Nottinghamshire. Aunque la policía y las tropas patrullaron los pueblos, no se pudo detener a nadie.

Aunque en treinta años jamás se había extendido de forma tan amplia la destrucción de telares, este primer estallido de los meses

[190] Véase E. J. Hobsbawm, «The Machine Breakers», *Past and Present*, 1 (febrero de 1952), pp. 57 y siguientes. (Hay trad. cast.: «Los destructores de máquinas», en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 16-35.)

de marzo y abril no causó sensación. Los motines de uno u otro tipo eran endémicos en los distritos manufactureros y provocaban pocos comentarios. Pero a principios del mes de noviembre de 1811, el ludismo apareció de una forma mucho más disciplinada. La destrucción de telares dejó de ser obra de «alborotadores» y pasó a serlo de bandas más pequeñas, disciplinadas, que se movían con rapidez, de un pueblo a otro, por la noche. Se extendió de Nottinghamshire a partes del Leicestershire y Derbyshire y su actividad continuó sin interrupción hasta febrero de 1812. El 10 de noviembre hubo un enfrentamiento serio en Bulwell, donde un vendedor de calceta, llamado Hollingsworth, defendió sus establecimientos. Se intercambiaron disparos, y uno de los luditas —un tejedor de medias de Arnold, llamado John Westley— resultó muerto; pero después de batirse en retirada llevando su cuerpo, los luditas volvieron, derribaron las puertas y destruyeron los telares. Tres días más tarde, un grupo muy numeroso de luditas, armados con mosquetones, pistolas, hachas y martillos, destruyeron setenta telares en un gran taller de calcetería situado en Sutton-in-Ashfield. Una noche tras otra, durante más de tres meses, siguieron los ataques, que a veces tenían lugar en la misma noche, en dos o tres pueblos muy distantes.

Hacia finales de diciembre el corresponsal en Nottingham del *Leeds Mercury* afirmaba: «La situación de insurrección a la que se ha visto sometido este país, durante el último mes, no tiene paralelo en la historia, desde los turbulentos días de Carlos I.» Ni la mayor actividad por parte de los magistrados, ni los grandes refuerzos del ejército disuadían a los luditas. Todos los ataques revelaban planificación y método:

> Sólo rompieron los telares de los que han reducido los salarios de los trabajadores; los que no han disminuido los salarios siguen teniendo los telares intactos; en una empresa, la última noche, de seis telares destruyeron cuatro; los otros dos, que pertenecían a patronos que no habían rebajado sus salarios, no los destruyeron.

Los luditas iban enmascarados o disfrazados, tenían centinelas y correos, «se comunicaban unos con otros por medio de un santo y seña, y el disparo de una pistola o escopeta en general es una señal de peligro o de retirada»:

> Los alborotadores aparecen de pronto, en grupos armados que tienen un jefe regular; al jefe, sea quien sea, se le da el nombre de *General Ludd* y sus órdenes se obedecen de forma tan incondicional como si hubiese recibido su autoridad de manos de un monarca.

Era una creencia generalizada que los luditas actuaban bajo juramento solemne y que la desobediencia a las órdenes del general se castigaba con la muerte.[191]

Al mismo tiempo se generalizaron las incursiones en busca de armas y las colectas generales de dinero para los fondos luditas. Una carta que provenía de Ashover describía con qué autoridad actuaban los luditas:

> A este lugar llegaron dos hombres que se denominaron a sí mismos inspectores del comité; fueron a todas las casas de los tejedores de medias y les exoneraron de trabajar por debajo de los precios que venían en la lista que les entregaron (...) Convocaron a todos los tejedores de medias, unos doce o catorce que trabajaban para patronos, a un local público, y tuvieron tanto éxito como si lo hubiesen hecho por orden del Príncipe Regente. Cuando les tuvieron allá, todo lo que sé hasta el momento, les pidieron dinero para mantener a las familias que no podían ganarse el pan porque tenían sus telares rotos. Cuando encontraban a una persona que no había hecho su aprendizaje o a una mujer trabajando en un telar, la sacaban y si prometía dejar de trabajar, colgaban un papel en el telar que tenía escrito lo siguiente: «No toquéis este telar, el *colt* se ha despedido».[192]

En la población de Pentridge, que cinco años más tarde sería famosa en otro contexto, «después de pasar por el pueblo y examinar los telares, y a quienes los tenían, así como el trabajo que realizaban y el precio a que lo cobraban, se retiraron sin hacer ningún daño». No sabemos si por cuestión de simpatía o como autodefensa, los calceteros-negociantes que cumplían las condiciones exigidas por los tejedores de medias pegaban carteles impresos en sus telares, que decían: «Este telar produce artículos de la mejor calidad al precio establecido.»[193]

El extraordinario éxito de los luditas les proporcionó una elevada moral:

> Ahora, indómito ante la fuerza, impávido ante la amenaza,
> Ni la misma muerte puede reprimir su vehemencia,
> La presencia de los ejércitos no puede asustarle
> Ni impedir su trayectoria de triunfo.
> Mientras las noticias de sus conquistas se extienden por doquier,
> Cómo se sobresaltan sus enemigos.
> Su valor, su fortaleza les atemoriza
> Porque temen su brazo omnipotente (...)

---

[191] Darvall, *op. cit.*, pp. 67-70; Hammond, *op. cit.*, pp. 261-265; *Leeds Mercury* (7, 14, 21 de diciembre de 1811).

[192] Aspinall, *op. cit.*, p. 118.

[193] *Alfred* (9 de diciembre de 1811).

Y cuando se aplica a su labor de destrucción,
No se limita a ningún procedimiento.
Destruye con fuego y con agua,
Porque los elementos colaboran con sus propósitos.
Y aunque estén vigiladas por soldados apostados en la carretera,
O cuidadosamente encerradas en la sala,
Las hace añicos tanto de día como de noche,
Y nada puede mitigar su destino.[194]

No sólo se ofrecía abiertamente «recompensa» a cualquier persona que les diese información relativa acerca de otros que pudieran revelar sus secretos, también se hacían amenazas públicas contra los pseudoluditas que recogían fondos o robaban en granjas aisladas bajo ese pretexto. La disciplina del «General» queda bien reflejada en una carta dirigida a un «Forastero Desconocido», que acompañaba algunos objetos robados durante un ataque que había tenido lugar en Clifton (Nottinghanshire), con la petición de que los artículos fuesen «Devueltos a sus respectivos propietarios»:

os informo con sumo pesar de cómo llegaron a mis manos. Cuando salí con mis hombres, se nos sumaron otros que jamás habían venido conmigo y fueron esos villanos quienes saquearon, pero cuando nos íbamos de Clifton, uno de mis hombres vino y me dijo que creía que aquellos hombres habían cogido alguna cosa que no les correspondía, por lo cual di órdenes de que fuesen registrados.

La carta finalizaba de manera más severa:

en el momento en que íbamos a colgar a uno de los villanos fuimos informados de que los soldados se hallaban cerca y que era necesario retirarse. N. B. Los hombres que tenían las cosas eran desconocidos a mis órdenes, en caso contrario nunca hubiesen tocado nada, pero han sido castigados por su villanía uno de ellos ha sido colgado durante tres minutos y luego le hemos soltado. Soy amigo de los pobres y los afligidos y enemigo del poder de los opresores.

General Ludd[195]

[194] *General Ludd's Triumph*, H. O. 42.119. (*Now by force unsubdued, and by threats undismay'd / Death itself can't his ardour repress / The presence of Armies can't make him afraid / Nor impede his career of success / Whilst the news of his conquests is spread far and near / How his Enemies take the alarm / His courage, his fortitude, strikes them with fear / For they dread his Omnipotent Arm... / And when in the work of destruction employed / He himself to no method confines, / By fire and by water he gets the destroyed / For the Elements aid his designs. / Whether guarded by Soldiers along the Highway / Or closely secured in the room, / He shivers them up both by night and by day, / And nothing can soften their doom.*)

[195] *Leeds Mercury* (15 de febrero de 1812); *Nottingham Review* (7 de febrero de 1812).

Durante la primera semana de febrero de 1812, la que había sido la fase más importante del ludismo de las Midlands desapareció gradualmente. Hubo tres razones para ello. Primera, los luditas había tenido un éxito parcial; la mayoría de los calceteros-negociantes se había avenido a pagar mejores precios y, en general, los salarios habían aumentado alrededor de 2s por semana. Segunda, en aquel momento había varios miles de tropas en la zona, con la ayuda de guardias especiales y grupos locales de vigilancia. Tercera, el proyecto de ley para convertir la destrucción de maquinaria en un delito capital se discutía en el Parlamento, y, como ya hemos visto, el ludismo dio paso, de pronto, a la agitación constitucional; y lo hizo de forma tan repentina, que es imposible dejar de creer que el nuevo comité seguía, en parte, bajo la anterior dirección ludita.[196] Pero en el momento en el que el ludismo de Nottingham paró sus actividades, el ludismo se desencadenó en el Lancashire y el Yorkshire siguiendo el ejemplo de aquel.

En el Yorkshire, los tundidores seguían con ansia las informaciones que provenían de Nottingham y, según la tradición, los relatos que salían en el *Leeds Mercury* se leían en voz alta en los talleres. La primera indicación de ludismo activo tuvo lugar a mediados de enero, cuando un grupo de hombres con los rostros tiznados de carbón fue sorprendido en el puente de Leeds. Después de esto, apareció un ludismo ya completamente desarrollado, modelado según la disciplina y las tácticas del de Nottingham, pero acompañado de un mayor número de cartas con enérgicas amenazas que podían proceder, o no, de una fuente central. En enero una de las pocas rebotaderas mecánicas de Leeds fue incendiada; hacia el mes de febrero, había ataques nocturnos en los distritos de Huddersfield y el valle de Spen, donde se encontraba el mayor número de rebotaderas mecánicas y de tundidoras mecánicas. Después de un ataque que había tenido éxito,

> En seguida que la tarea de destrucción hubo finalizado, el jefe alineó a sus hombres, pasó lista, cada hombre respondía a un determinado número en vez de a su nombre; luego hicieron fuego con sus pistolas (...), dieron un grito y se fueron en un orden militar regular.

No se destruyó nada más aparte de la odiosa maquinaria:

> cuando uno de los del grupo le preguntó al jefe qué debían hacer con uno de los propietarios, éste le contestó que no debían tocarle ni un cabello; pero que si se veían obligados a visitarle de nuevo, entonces no podrían ser misericordiosos.[197]

[196] Henson afirmaba que él había aconsejado la formación de clubes de oficio como alternativa a la actividad ludita: *Fourth Report... Artizans and Machinery*, 1824, p. 282.

[197] *Leeds Mercury* (18 de enero, 29 de febrero de 1812); Frank Peel, *op. cit.*, edición de 1880, p. 17.

Parece que en el West Riding hubo distintos «comandos» luditas, que estaban localizados en Leeds, Halifax, Huddersfield y los pequeños pueblos pañeros del valle de Spen, cuyos delegados —procedentes de Cleckheaton, Heckmondwike, Gomersal, Birstall, Mirfield, Brighouse, Elland y «otros lugares más lejanos»— se supone que se reunieron en febrero, y parece que enviaron representantes a otra reunión que tuvo lugar una o dos semanas más tarde en Halifax.[198] En Leeds, se distribuyó un panfleto escrito en unos términos mucho más insurreccionales que nada de lo que se pueda atribuir a los luditas de Nottingham:

A todos los tundidores, tejedores, etc., y público en general. Generosos compatriotas.
Os pedimos que os personéis con armas y ayudéis a los Reparadores a reparar los males de ellos y a librarnos del odioso yugo de un viejo loco y su hijo, que aún está más loco, y sus pícaros ministros, todos los nobles y tiranos deben ser derrocados. Sigamos el noble ejemplo de los valientes ciudadanos de París que a la vista de treinta mil soldados del tirano derribaron a un tirano, haciendo esto serviréis mejor a vuestro propio interés. Cerca de cuarenta mil héroes están dispuestos para sublevarse, para aplastar el viejo Gobierno y establecer uno de nuevo. Presentaros al General Ludd, jefe del ejército de Reparadores.[199]

Un tal señor Smith, fabricante de Huddersfield, recibió una carta que todavía helaba más la sangre:

Nos acaba de llegar información de que posees esas detestables máquinas tundidoras y mis hombres me han encargado que te escriba y te haga la razonable advertencia de que te deshagas de ellas (...) Te advierto de que, si no han desaparecido a finales de la semana que viene, destacaré a uno de mis lugartenientes con trescientos hombres, por lo menos, para que las destruyan y además te advierto de que, si nos provocas la molestia de tener que ir tan lejos, aumentaremos tu desgracia, reduciendo tus edificios a cenizas y, si tienes el atrevimiento de disparar contra alguno de mis hombres, tienen órdenes de matarte y quemar tu vivienda. Tendrás la bondad de informar a tus vecinos de que les aguarda la misma suerte si no quitan rápidamente sus máquinas (...)

A continuación se informaba al señor Smith y a sus «Hermanos en el pecado» de que «había 2.782 héroes juramentados unidos por un vínculo de necesidad» sólo en el Ejército de Huddersfield y casi el doble de hombres juramentados en Leeds:

[198] Peel, *op. cit.*, edición de 1895, pp. 44 y siguientes. Debemos hacer constar que, siempre que se puede comprobar la información que proporciona Peel, ésta resulta ser minuciosa en general, incluso en los detalles.
[199] W. B. Crump, *op. cit.*, p. 229.

Las últimas cartas de nuestros corresponsales nos informan de que los fabricantes de los siguientes lugares se van a sublevar y se unirán a nosotros para reparar los males de ellos. Léase Manchester, Wakefield, Halifax, Bradford, Sheffield, Oldham, Rochdale y toda la zona del algodón donde el valeroso señor Hanson les conducirá a la victoria, se nos unirán los tejedores de Glasgow y de muchas zonas de Escocia, los papistas de Irlanda se sublevan como un solo hombre, de modo que les van a dar a los soldados algo mejor que hacer que holgazanear en Huddersfield y luego que la desgracia se cierna sobre los lugares que ahora vigilan.[200]

Diez días más tarde (20 de marzo de 1812) el magistrado más activo del distrito de Huddersfield recibió una carta amenazadora, que procedía presuntamente del «Procurador del General Ludd» en el bosque de Sherwood, Nottingham, y que contenía, supuestamente, la sentencia del «Tribunal de Ludd en Nottingham».[201] Los sucesos del Yorkshire, que siguieron a los que habían tenido lugar en las Midlands, la impotencia del ejército y la hostilidad de la opinión pública fueron demasiado para los fabricantes con empresas más pequeñas, en especial cuando se convertían en receptores de cartas de este tipo, que ponían los pelos de punta. Muchos de ellos simplemente se rindieron, destruyendo o almacenando sus propias tundidoras mecánicas. Según la tradición, los luditas hacían, a menudo, instrucción por la noche: «en primer lugar formaban hombres con mosquetes, de diez en fondo, luego los que iban armados con pistolas (...) en tercer lugar con picas y hachas y a la cola iba un grupo desarmado dispuesto en una fila.»[202] Pero el orgullo del lugar lo constituían, según la leyenda popular, los martilladores que empuñaban enormes mazos de hierro que se llamaban *Enochs*, para derribar las puertas y destrozar los telares. Esos telares —y también los martillos— los fabricaba Enoch Taylor, de Marsden, un herrero que se había convertido en constructor de maquinaria, y el grito de los luditas era: «Enoch los hizo, Enoch los destruirá.» Los asaltos se celebraban en la canción de los tundidores, que se debía cantar con un «verdadero estilo vocinglero de baladas»:

Y por la noche cuando todo está tranquilo,
Y la luna se esconde detrás de la colina,
Nosotros marchamos hacia nuestro objetivo
¡Con hacha, pica y fusil!
Oh, muchachos tundidores venid conmigo,
Vosotros que con golpe vigoroso
Destruís las máquinas de tundir,

[200] *Ibid.*, pp. 229-230. Presumiblemente, el señor Hanson es el coronel Hanson, que fue encarcelado por apoyar a los tejedores en 1808.
[201] Asa Briggs, *Private and Social Themes in Shirley*, Brontë Society, 1958, p. 9.
[202] A. L., *Sad Times*, p. 112.

¡Oh, muchachos tundidores venid conmigo!
El Gran Enoch debe estar todavía en la vanguardia
¡Que le pare quien se atreva! ¡Que le pare quien pueda!
Que todo hombre valiente siga adelante
¡Con hacha, pica y fusil!
Oh, muchachos tundidores venid conmigo.[203]

La fase principal del ludismo del Yorkshire sufrió una crisis a mediados de abril, cuando sólo tenía seis o siete meses de existencia efectiva. A medida que disminuía el número de los pequeños fabricantes que todavía utilizaban las odiosas máquinas, se iba poniendo de manifiesto que los luditas debían o bien detener su actividad apoyándose en estos éxitos, o bien intentar la destrucción de las pocas fábricas importantes que todavía seguían manteniendo las máquinas. Escogieron la segunda alternativa. Durante la última semana de marzo se atacaron con éxito dos fábricas cercanas a Leeds; el 9 de abril, se saqueó e incendió la «extensa» fábrica de paños de Joseph Foster en Horbury, cerca de Wakefield, después de un ataque realizado por un contingente de unos trescientos luditas, que probablemente reunía a varios comandos.[204] Se esperaba entonces, en general, que se llevara a cabo un ataque a uno o dos establecimientos importantes, cuyos propietarios se habían destacado por su decisión de desafiar a los luditas. William Horsfall, de Ottiwells, cerca de Huddersfield, estaba colérico e impaciente por hacer frente a un ataque. Sus hombres estaban armados y había montado un cañón en la fábrica, con troneras para cubrir la línea de ataque. Se había jactado de desear «cabalgar hasta manchar las cinchas del caballo» con sangre ludita y su odio era tan obsesivo que incluso los niños se mofaban de él por las calles gritando: «¡Soy el General Ludd!» William Cartwright, de Rawfolds, en el Valle del Spen, estaba más tranquilo pero no menos decidido: tenía soldados y hombres armados en los locales —donde él mismo dormía— cada noche y, por si acaso se rompían sus defensas exteriores, tenía barricadas de rodillos claveteados en las escaleras y un tubo de vitriolo en la parte más alta de éstas. Según la tradición, los luditas echaron a suertes la decisión de qué fábrica sería su primer objetivo. La elección recayó sobre Rawfolds.

[203] Frank Peel, *Spen Valley: Past and Present*, p. 242. (*And night by night when all is still, / And the moon is hid behind the hill, / We forward march to do our will / With hatchet, pike and gun! / Oh, the cropper lads for me, / Who with lusty stroke / The shear frames broke, / The cropper lads for me! / Great Enoch still shall lead the van / Stop him who dare! Stop him who can! / Press forward every gallant man / With hatchet, pike, and gun! / Oh, the cropper lads for me...*)
[204] *Leeds Mercury* (11 de abril de 1812); Darvall, op, cit., p. 114.

El ataque a Rawfolds se ha convertido en legendario. En él tomaron parte quizá ciento cincuenta luditas: se dijo que se esperaban más, pero que los contingentes de Leeds o Halifax no consiguieron llegar a tiempo. Dirigidos por George Mellor, un joven tundidor de un pequeño taller de acabado situado en Longroyd Bridge, cerca de Huddersfield, los luditas intercambiaron un fuego vivo con los defensores atrincherados, durante veinte minutos. Bajo la cobertura de este fuego, un pequeño grupo de martilladores y hombres armados con hachas hicieron repetidos intentos de derribar las pesadas puertas de la fábrica. Este grupo sufrió bajas importantes, al menos fueron heridos cinco, de los cuales dos —heridos mortalmente— fueron abandonados cuando los luditas se replegaron repentinamente. Se dice que su jefe, Mellor, fue el último que abandonó el campo y que no pudo ayudar a los hombres heridos puesto que estaba ayudando a trasladar a otro hombre —su propio primo— a salvo. El terreno alrededor de la fábrica quedó cubierto de mosquetes, hachas, picas y herramientas de metal.

Cientos de detalles de este ataque y de sus consecuencias pasaron a formar parte de la tradición tanto de los patronos como del populacho. Y llegados a este punto, deberíamos detenernos a investigar por qué, así como a revisar las fuentes de las autoridades, el contexto político de abril y mayo de 1812 y los sucesos contemporáneos de la zona del Lancashire.

Una parte del contexto se refleja con fidelidad en la obra de Charlotte Brontë, *Shirley*. El propietario de la fábrica, Gérard Moore —cuyo modelo es Cartwright—, aparece correctamente como un miembro de la clase media, medio *whig*, medio radical, cuyo órgano de expresión era el *Leeds Mercury*: indiferente u hostil a la guerra, impaciente por conseguir acabar con todas las restricciones al comercio, implacablemente crítico de la política ministerial y en especial de las *Orders in Council*. El párroco militar, Helstone —imitación exacta del reverendo Hammond Roberson—, es un *tory* fanático de la «Iglesia y el Rey», que considera dañino al *Leeds Mercury* y desleales a los propietarios de las fábricas, además de considerarles causantes de sus propios problemas. Todo esto es auténtico. Mr. Yorke, el *squire* jacobino-*whig* de Charlotte Brontë, que se hallaba dividido por su lealtad de clase y su comprensión de las quejas populares, también pudo tener un original en más de uno de los *J. P.* que permanecieron extrañamente inactivos durante los estallidos luditas.

Las limitaciones de *Shirley*, por supuesto, están en el tratamiento dado a los luditas y a sus simpatizantes. Pero la novela sigue siendo una expresión fiel del mito de la clase media. En el año 1812, los

antagonismos de clase tradicionales fueron arrojados al crisol del ludismo: el propietario de la fábrica y el *squire* iniciaron el año en medio de una gran profunda hostilidad mutua. A medida que los luditas conseguían intimidar a un fabricante tras otro, el desprecio de los Robersons aumentaba. Luego, Cartwright, con su desafiante actuación en Rawfolds, se ganó la admiración y la gratitud de los oficiales del ejército y de la *squirearchy*[265] *tory*. En el norte, durante unas cuantas semanas, fue un héroe cuyo nombre se podía pronunciar al lado del de Wellington. La detonación de Rawfolds señaló una profunda reconciliación emocional entre los propietarios de grandes fábricas y las autoridades. El interés económico había triunfado y la lealtad última de los fabricantes, cuando se vieron enfrentados al jacobinismo obrero, se reveló en un incidente dramático ejemplar.

Pero lo que condujo a la reconciliación emocional de las clases propietarias, llevó a un antagonismo más profundo entre aquellos y las clases trabajadoras. Las tradiciones populares sobre el ataque de Rawfolds subrayaban el heroísmo de los luditas y la crueldad de los defensores. La narración popular se centra en el incidente, en los riesgos particulares y en la interacción de los personajes. Se afirmaba que, después del repliegue, Cartwright se había negado a dar agua y ayuda a los dos hombres que estaban heridos de muerte, a menos que revelasen los secretos luditas. Se cree que Hammond Roberson se comportó más como un inquisidor que como un sacerdote con respecto a ellos. Cientos de personas se agruparon en la calle frente a la posada en la que los hombres yacían moribundos. Se encontraron manchas de *aqua fortis* —utilizadas, quizá, para cauterizar— en sus camas y se creyó que les habían torturado para que revelaran información. Se cree que Roberson se inclinó sobre el lecho de uno de ellos, John Booth, hijo de un pastor anglicano, que tenía diecinueve años, a la espera de una confesión final. En el momento de su muerte, el joven Booth le hizo señas a Roberson: «¿Puede usted guardar un secreto?» «Sí, sí —respondió impaciente Roberson—, puedo.» «Yo también», le replicó Booth, y poco después murió.

La reacción inmediata de la población nos la ofrece una carta, interceptada por las autoridades, de un obrero de Nottingham, que vivía en el Yorkshire —y quizás era un refugiado ludita—, dirigida a su familia que estaba en casa:

> Se ha producido un enfrentamiento entre los *Luds* y el Ejército en el que los *Luds* han sido derrotados, lo cual fue debido a que los *Luds* de Halifax no han comparecido tal y como se habían comprometido.

[265] Conjunto de los *squires*, terratenientes o *gentry* rural. (*N. de la T.*)

Había dieciséis hombres asaltando el lugar y tuvieron dos muertos allí mismo. Los hombres heridos fueron trasladados y ninguno de ellos ha sido detenido, puesto que los dos hombres fueron enterrados el jueves último en Othersfield (Huddersfield); el cuerpo de los cuales se puso en una habitación oscura con seis cirios moldeados por la mañana. Los amigos de los *Luds* les siguieron ataviados con un mandil de seda ribeteado de negro. Los Pastores se negaban a enterrarles pero los *Luds* insistieron en que se les enterrase en la Iglesia donde además se les ha puesto una gran losa. Uno de ellos vivió veinticuatro horas después de ser capturado. Era hijo de un párroco de Iglesia muchos le visitaron pero se negó a decir nada.[206]

Durante los días que siguieron al ataque no faltaron los episodios que excitaron la imaginación popular: se contaron muchas historias de escapadas del ejército por los pelos, de hombres heridos ocultos en graneros. Más de uno de los que formaban parte del pequeño destacamento de soldados en la fábrica de Cartwright había mostrado una notable falta de entusiasmo hacia el deber; incluso uno de ellos se negó a disparar su mosquete durante los veinte minutos que duró la refriega, «porque podría alcanzar a uno de mis hermanos». El infortunado soldado, que pertenecía a la milicia de Cumberland, fue juzgado por un tribunal militar y sentenciado a recibir trescientos latigazos: seguramente una sentencia de muerte. El castigo se administró en Rawfolds y esto le dio ocasión a Cartwright para recuperar algo del favor público, al conseguir la reducción de gran parte de la sentencia.

Pero fue poco lo que recuperó. En el mito de la clase media, Cartwright y Roberson no sólo eran los héroes del día, sino que aparecían como los perseguidores implacables de los «malos hombres intrigantes», emisarios misteriosos y agitadores de lugares remotos que instigaban los desórdenes. «No conocía a los jefes», escribió Charlotte Brontë acerca de Gérard Moore:

> Eran forasteros: emisarios de las grandes ciudades. La mayor parte de ellos no pertenecían a la clase obrera, eran principalmente «gentes venidas a menos», insolventes, hombres que siempre estaban en deuda y a menudo borrachos; hombres que no tenían nada que perder y mucho —por lo que se refiere a carácter, dinero y limpieza— que ganar. Moore perseguía a esas personas como un sabueso; y la ocupación le gustaba (...) le gustaba más que fabricar paños.

[206] *Radcliffe MSS.*, 126/32. De hecho, el que escribe la carta confunde los detalles del funeral de John Booth, que fue enterrado apresuradamente en Huddersfield para adelantarse a las grandes multitudes que se reunían para rendirle homenaje, con el funeral de Hartley en Halifax, para el cual véase pp. 632-633 más adelante.

[El texto original inglés presenta muchos problemas de tipo ortográfico y sintáctico por lo cual la traducción es más libre. (*N. de la T.*)]

En el folclore popular, sin embargo, Cartwright y Roberson eran, simplemente, los «sabuesos». La comunidad cerró filas contra ellos de una forma extraordinaria. Hasta el ataque de Rawfolds, los luditas del Yorkshire, al igual que los de las Midlands, se habían limitado estrictamente a destruir telares. No habían sido ellos, sino Cartwright, los que habían derramado la primera gota de sangre. Durante meses, a pesar de la presencia de cuatro mil soldados en el West Riding y el amplio empleo de espías, no se pudo identificar de forma clara a ninguno de los atacantes de Rawfolds. Miles de personas debían conocer a alguno de los participantes. La tradición nos habla de pastores disidentes y de cirujanos que se negaron a dar información, pañeros con pequeños negocios que ocultaron a sus propios trabajadores luditas, soldados que ignoraron pruebas. En parroquias enteras la ley de «Vigilancia y Custodia» era inoperante. Las baladas luditas contaban:

> Héroes de Inglaterra que queréis tener un oficio
> Sed sinceros unos con otros y no temáis,
> Aunque la bayoneta esté calada no pueden haceros nada,
> Siempre que sigáis las Normas del General Ludd.[207]

Incluso el asesinato de William Horsfall de Ottiwell, el 27 de abril, provocó una reacción de sentimientos menor que lo que cabía esperar. La misma crisis que había unido a las gentes partidarias de la «Iglesia y el Rey» y el *Leeds Mercury*, a Roberson y a Cartwright, había consolidado el sentimiento popular contra los magistrados y los grandes empresarios por igual.[208]

Además, en abril y mayo de 1812, el ludismo fue el foco de una tensión insurreccional más difusa y confusa. Una parte de ella tenía su origen en la crisis económica general de 1811-1812, la creciente impopularidad de la guerra y la agitación contra las *Orders in Council*. El bloqueo mutuo que existía entre Gran Bretaña y Francia y la interrupción del comercio norteamericano habían dado lugar a dificultades extremas en muchos sectores de la industria manufacturera —en Birmingham, Sheffield, Liverpool, los distritos textiles— entre los años 1807 y 1812. Las malas cosechas añadieron

[207] Sumario, Rex v. Milnes y Blakeborough, T. S. 11.2673. (*You Heroes of England who wish to have a trade / Be true to each other and be not afraid / Tho' Bayonet is fixed they can do no good / As long as we keep up the Rules of General Ludd.*)

[208] El «folclore» del ludismo se encuentra en A. L., *Sad Times*; F. Peel, *Risings of the Luddites* y *Spen Valley: Past and Present*; Sykes y Walker, *Ben o' Bill's*. Cuando ello ha sido posible, estas informaciones se han confrontado con las que aparecen en el *Leeds Mercury* y los procesos posteriores. Las cartas de Cartwright que describen el ataque y la «traición» de sus soldados están en Hammond, *op. cit.*, pp. 305-306; y en H. A. Cadman, *Gomersal: Past and Present*, Leeds, 1930, pp. 114-116.

su grano de arena, con la escasez de alimentos y el consiguiente aumento de precios. Los fabricantes atribuían todos los motivos de queja a la continuación de la guerra y concretamente a las *Orders in Council* que ponían a gran parte de Europa en una situación de bloqueo. Es significativo que el ludismo estallara en aquellas industrias en las que los grandes empresarios habían perdido el apoyo del público al sacar provecho de este período de dificultad económica para introducir nuevas prácticas o máquinas; mientras que en aquellos centros —Sheffield, Birmingham y hasta cierto punto Manchester— en los que la industria se encontraba parcialmente paralizada, y los mismos empresarios habían empezado a hacer manifestaciones y peticiones contra las *Orders in Council* —bajo la dirección de Brougham y, en Birmingham, del joven Thomas Attwood—, el descontento de la clase obrera permaneció durante mucho tiempo dentro de las formas «constitucionales».[209]

De hecho, hacia 1812, la vieja *squirearchy* apenas podía controlar los distritos manufactureros, a menos que tuviese el apoyo de los grandes fabricantes. Pero, paradójicamente, allí donde los patronos eran hostiles a la administración había menos problemas de orden. El ludismo ilustra por completo este problema de orden. Durante el verano de 1812, había por lo menos doce mil soldados en los condados con disturbios, lo cual era una fuerza mayor que la que Wellington tenía bajo su mando en la Península Ibérica. En un momento determinado, y durante meses, esas fuerzas fueron particularmente ineficaces. En parte se pudo deber al hecho de que muchos soldados simpatizaban con la población, de modo que las autoridades se veían en la necesidad de cambiarlos continuamente de un distrito a otro por miedo a que el «descontento» se extendiese en sus filas. También se debía a la extraordinaria seguridad y a la comunicación que tenían los luditas, que se movían silenciosamente por un terreno bien conocido, mientras la caballería trotaba ruidosamente de pueblo en pueblo. En el West Riding, cuyas montañas estaban atravesadas por todas partes por caminos de herradura y rutas de caballerías, los luditas se desplazaban con inmunidad. Los movimientos de la caballería eran «conocidos: el entrechocar de sus espadas y la marcha de las patas de sus caballos se podían oír, por la noche, desde muy lejos. Para los luditas era fácil escabullirse detrás de los setos, agacharse en los campos plantados o tomar caminos vecinales».[210] Los objetivos de los luditas se encontraban en multitud de pueblos dispersos y de fábricas lejanas. Estos pueblos no tenían prácticamente policía y el ejército se

[209] Véase A. Briggs, *The Age of Improvement*, pp. 164-166; A. Prentice, *Historical Sketches of Manchester*, pp. 41-47; Chester New, *Life of Henry Brougham*, Oxford, 1961, caps. 4 y 6.

[210] D. F. E. Sykes, *History of the Colne Valley*, Slaithwaite, 1906, p. 309.

resistía a alojar a los soldados, en grupos de cinco o seis, en lugares que comportaban un aislamiento peligroso. El magistrado a caballo, que sabía pocas cosas sobre la industria y el pueblo, estaba casi indefenso. Sólo el propietario o el fabricante, cuyo establecimiento y cuyo libro de pagos dominaban el pueblo, era capaz de ejercer algún control. De ahí que, donde los patronos habían perdido la lealtad de sus obreros, toda la estructura de orden estuviese en peligro y sólo se pudiese reparar supliendo su autoridad, como en el caso de Rawfolds, donde no era Roberson, sino Cartwright quien mandaba. Pero en aquellos distritos, como Sheffield y Birmingham, donde los fabricantes y los obreros se hallaban unidos por una sensación de agravio contra la autoridad, el peligro de desórdenes reales se mantenía bajo el control de los patronos.

Así, el ludismo no sólo condujo a la unión de los magistrados y los propietarios de las fábricas, también fue la causa de que la administración hiciera concesiones a los intereses de los fabricantes. Y esas concesiones se recibieron de forma triunfal, junto con la revocación de las *Orders in Council*, en junio de 1812.[211] Quizás el ludismo contribuyó a precipitar este suceso en la misma proporción que la agitación constitucional de Attwood y Brougham. Pero la revocación tuvo lugar contra un trasfondo todavía más amenazador, porque, en esta época, al ludismo del Yorkshire y las Midlands se sumaban otras revueltas serias en el Lancashire.

Es difícil saber hasta qué punto cabe calificar las revueltas del Lancashire como auténtico ludismo. En parte, se componían de amotinamientos espontáneos; en parte, de agitación ilegal pero «constitucional», en favor de la reforma política; en parte, de incidentes realizados por *provocateurs* y, en parte, de auténticos preparativos insurreccionales. Entre febrero y abril de 1812, se habían creado «comités secretos» de, al menos, dos tipos en una parte de las ciudades del Lancashire. En primer lugar, estaban los comités de los tejedores cuya organización clandestina había hecho agitación y peticiones en favor de un salario mínimo, durante varios años. Se informó de que estos comités empezaron a existir a primeros de abril en Manchester, Stockport, Bolton, Failsworth, Saddleworth, Ashton-under-Lyne, Oldham, Stalybridge, Droylesden, Preston, Lancaster, Hendle, Newton, Drilsdale, Hollinwood, Willington y Eccles.[212] En segundo lugar, en el distrito de Manchester-Stockport

[211] Y también la revocación del 5 *Eliz. c.4* en 1813 y 1814.

[212] Estas ciudades y poblaciones se mencionan, como lugares que enviaron delegados a diversas reuniones secretas, en la declaración de Yarwood y en los informes de «B» (Bent) de abril de 1812, en H. O. 40.1. Véase también la declaración de Thomas Whittaker, en H. O. 42.121, en la que se afirma que, en una reunión celebrada el 25 de marzo en *The Good Samaritan* en Salford, estuvieron presentes delegados de casi todas las ciudades de

y quizás en otras partes, había un incipiente consejo de los oficios —o «Comité de Oficios»— que comprendía a «los hilanderos, sastres, zapateros, albañiles, cortadores de fustán, carpinteros ensambladores y muchos otros oficios». Este comité ya existía en 1799, cuando se aprobó por primera vez la *Combination Act*, y sin duda los sindicalistas de Manchester consultaban con él, de manera formal o informal, siempre que la ocasión lo requería.

El 20 de marzo atacaron, en Stockport, el almacén de William Ratcliffe, uno de los primeros fabricantes que introdujeron el telar mecánico. En abril los hechos se sucedieron uno tras otro con rapidez. El 8 de abril se produjo un alboroto un tanto efusivo en la Lonja de Manchester. El motivo era, al menos de manera indirecta, político. Durante años se había creído que el príncipe regente daba su apoyo a los *whigs* e incluso a la reforma política; y de hecho durante los primeros años de la guerra había alentado la oposición foxita para sus propios intereses faccionales. Había crecido la expectación en torno a que, cuando se acabasen las restricciones a su poder, a principios de 1812, se formaría un Ministerio de «Paz y Reforma», en el que los lores Grey y Grenville ocuparían un lugar eminente. Sin embargo, el príncipe regente se había limitado a ofrecer puestos en una coalición a «algunas de las personas con las que se conformaron los primeros hábitos de mi vida pública», en unos términos que, según sabía de antemano, eran inaceptables. En la remodelación subsiguiente, tomó el poder una administración todavía más impopular, presidida por Perceval, con Castlereagh como ministro de Asuntos Exteriores y Sidmouth, por primera vez, como ministro del Interior. Las esperanzas populares se hicieron añicos de forma más general de la que se supone. Incluso se llegó a sugerir que este desengaño fue la causa directa del inicio del ludismo en el Yorkshire.[213] En Manchester, el partido de la «Iglesia y el Rey» interpretó de forma muy equivocada el sentimiento popular y convocó un mitin público en la Lonja para mandar una felicitación al regente por haber mantenido en el poder a los ministros que tenía su padre. Los reformadores llenaron Manchester de carteles con una llamada al público para que asistiese al mitin y frustrara la felicitación. Los *tories* se retiraron e intentaron cancelar el mitin. Pero grandes multitudes se agolparon alrededor de la Lonja y muchos de ellos, en su mayoría tejedores, fueron luego a St. Anne's Square, donde realizaron su propio mitin. Mientras tanto, algunos jóvenes irrumpieron en el gabinete de lectura: se rompieron las ventanas, se volcaron los muebles y finalmente se produjo un motín generalizado. No fue un

un área de quince o veinte millas a la redonda. Para la autenticidad de estos informes, véase más adelante, pp. 640-645.

[213] Véase más adelante, pp. 636.

suceso importante, pero indicaba un cambio en la corriente de opinión popular. Con anterioridad, la consigna preferida era «Iglesia y Rey» y la caza del «jacobino» era un «deporte seguro». Un viejo reformador recordaba más tarde: «Después de esto no tuvimos más muchedumbres favorables a la Iglesia y el rey.»[214]

Durante los quince días siguientes se produjeron disturbios mucho más serios en Manchester, Oldham, Ashton, Rochdale, Stockport y Macclesfield. En su mayoría eran motines desencadenados por los alimentos, de una violencia y un alcance excepcionales, con el objetivo de hacer bajar los precios de las patatas y el pan. Al mismo tiempo, se dieron informaciones confusas respecto de la presencia de agitadores «luditas» y «jacobinos» que contribuyeron a la instigación activa y a la organización de los amotinados. En Stockport, dos hombres vestidos con ropas de mujeres, que se denominaban a sí mismos «esposas del General Ludd», encabezaron a los insurgentes. Tanto los propietarios de telares mecánicos como los que poseían maquinaria perfeccionada para el apresto de los paños recibieron cartas amenazadoras:

> Por respeto a la humanidad, creemos que es nuestro deber ineludible advertiros que, si no hacéis que esas máquinas aprestadoras desaparezcan en menos de siete días, (...) vuestra fábrica y todo lo que contiene será con seguridad incendiada (...) No es nuestro deseo haceros ningún daño, pero estamos completamente decididos a destruir tanto las máquinas aprestadoras como los telares mecánicos *sean quienes sean* los propietarios.[215]

Como dato, esta carta no estaba firmada por Ludd sino por el «General Justicia». El 20 de abril tuvo lugar una refriega mayor en Middleton, donde varios miles de personas atacaron la fábrica de telares mecánicos de Daniel Burton. Se asaltó la fábrica a base de un torrente de piedras tras otro y sus defensores respondieron con disparos de mosquete, que mataron a tres personas e hirieron a algunas más. A la mañana siguiente, las multitudes amenazadoras se reunieron con mayor fuerza que antes y a mediodía se les unió:

> un grupo de hombres, compuesto por unos doscientos, algunos de los cuales iban armados con mosquetes que tenían las bayonetas caladas, y otros con picos de mineros, [que] entraron en el pueblo en procesión y se unieron a los amotinados. Al frente de esos bandidos armados transportaban a un Hombre de Paja que representaba al famoso General Ludd, cuyo abanderado ondeaba una suerte de bandera roja.[216]

[214] Prentice, *op. cit.*, pp. 48-52; Darvall, *op. cit.*, pp. 93-95.
[215] Carta anónima, 19 de abril de 1812, en H. O. 40.1.
[216] *Leeds Mercury*, informe de Middleton (25 de abril de 1812).

Al demostrarse que la fábrica era inexpugnable, los amotinados incendiaron la casa del propietario. Luego se enfrentaron con el ejército, a cuyas manos murieron, por lo menos, siete y resultaron heridos muchos más.

Este fue el punto culminante del ludismo del Lancashire, por lo que se refiere a los ataques directos contra la maquinaria. Evidentemente, fue un fenómeno mucho más amplio que un movimiento de tejedores: entre los muertos había un panadero, dos tejedores, un cristalero y un carpintero ensamblador, mientras que los mineros del carbón de Holmfield se destacaron en el segundo día de ataque. En términos de bajas, también fue la refriega ludita más seria de todo el país. Con todo, el 24 de abril se produjo una secuela misteriosa: el incendio de la fábrica de Wray y Duncroff en Westhoughton. En este caso, el misterio no es que atacasen la fábrica, puesto que era un objetivo de destrucción evidente. No sólo había sido objeto de repetidas amenazas, sino que se había hecho más de un intento de atacarla, bajo la instigación de un «comité secreto» de Bolton que estaba dirigido en gran parte por *agents provocateurs* empleados directamente por el coronel Fletcher. El aspecto enigmático del asunto es que, después de estas provocaciones que habían tenido muy pocos resultados, se hiciera luego un ataque con éxito, independientemente, como parece, de la intervención de espías.[217]

Este episodio del ludismo está tan lleno de duplicidades que la mente apenas puede seguir sus tortuosas implicaciones. Pero la suposición, derivada de los sucesos de Bolton, de que el ludismo del Lancashire era poco más que una provocación superpuesta por el coronel Fletcher y Joseph Nadin sobre el hambre de los tejedores, no se puede sostener. Es cierto que las actuaciones públicas de los trabajadores del Lancashire tienen poco de aquella organización y disciplina que caracterizaba los hechos de Nottingham y el West Riding. Por otra parte, la destrucción de telares mecánicos presentaba problemas de carácter distinto al de los telares de medias o las máquinas tundidoras. El telar mecánico era una máquina costosa, de reciente introducción, que sólo se empleaba en unas pocas fábricas que utilizaban la fuerza motriz del vapor, y no estaba diseminada por los pequeños talleres de las zonas rurales. Por consiguiente, las tácticas guerrilleras de medianoche no eran de gran utilidad en el Lancashire: cada ataque se debía realizar a la misma escala a la que se había llevado a cabo en los casos de Rawfolds o Burton, con la posibilidad de que se produjese un enfrentamiento directo con el ejército. Esto apenas tenía sentido, incluso en términos estrictamente

[217] La tortuosa historia del «Viejo S» y el «Joven S» se cuenta en los Hammond, *op. cit.*, cap. 10; Darvall, *op. cit.*, caps. 5, 14; Prentice, *op. cit.*, pp. 52-58; y Anónimo, *The Blackfaces of 1812*, Bolton, 1839.

tácticos. A la vez, la población del Lancashire había vivido, durante varias décadas, junto a la hilandería accionada por la fuerza del vapor. Con seguridad, hubo muchos tejedores —probablemente una mayoría— que dudaron de la eficacia de resistirse a las nuevas máquinas; y esto queda confirmado por las informaciones referentes a serias divergencias en el seno de los propios «comités secretos» de los tejedores. De ahí que el ludismo del Lancashire atravesara su fase de destrucción de maquinaria en cuestión de tres o cuatro semanas. Pero exactamente en el mismo momento en que se acabaron los ataques a las fábricas, las informaciones sobre juramentos, armas y entrenamientos se volvieron muy generalizadas. Los ataques contra los telares mecánicos dieron paso, durante los meses de mayo y junio, a preparativos insurreccionales más serios. A pesar de las brutales sentencias dictadas por los *Assizes* del Lancashire y el Cheshire, a finales de mayo de 1812, contra los amotinados de abril,[218] los disturbios se siguieron produciendo hasta el otoño. A mediados de junio, uno de los confidentes mejor informados del Lancashire escribía que «grupos de más de doscientos luditas han entrado en las casas, una noche tras otra, y se han apoderado de armas». Las incursiones iban acompañadas por señales hechas con pistolas, cohetes y «bengalas» que revelaban, según un agente de policía, «un grado extraordinario de coordinación y organización». Durante semanas, distritos enteros situados en los límites del Lancashire y el Yorkshire estuvieron prácticamente bajo la ley marcial. Y en particular un comando militar estableció un reino del terror, con detenciones arbitrarias, registros, interrogatorios brutales y amenazas, que nos retrotraen a la historia de Irlanda, en busca de una posible comparación.[219]

A principios del verano el ludismo alcanzó su punto crítico. Durante la semana en que se produjeron los sucesos de Middleton y Westhoughton, también hubo señales alarmantes que provenían de muchas partes del país. Serios motines por alimentos tuvieron lugar en Bristol, Carlisle, Leeds, Sheffield, Barnsley. En Cornualles los mineros se declararon en huelga e hicieron marchas hacia los mercados de las ciudades en demanda de reducciones de los precios de los alimentos y hubo disturbios en Plymouth y Falmouth. En varios de estos lugares, los motines por alimentos respondían a una premeditación mayor de lo habitual como acción política o cívica para imponer un máximo popular, y en Sheffield, donde se asaltó

[218] En Lancaster, de 58 detenidos, 28 fueron condenados: 8 de ellos a muerte y 13 a deportación. En Chester, de 47 detenidos, fueron condenados 29: 15 recibieron sentencia de muerte, aunque sólo se ahorcó a 2 personas, y 8 de deportación.

[219] Lloyd H. O., 17 de junio de 1812, H. O. 40.1; F. Raynes, *An Appeal to the Public*, 1817, pp. 20-21 *et passim*.

el almacén de armas del ejército, se afirmó que los dos cabecillas principales no eran desempleados hambrientos, como el grueso de los manifestantes, sino los «dos mecánicos más hábiles de la ciudad», que cobraban salarios de cuatro guineas y media a la semana.[220] El 27 de abril mataron a William Horsfall en el West Riding. El 11 de mayo mataron a Perceval, primer ministro, en la Cámara de los Comunes. Durante un día reinó la confusión en el país. No se disimuló la alegría popular. En Bolton —se lamentaba el coronel Fletcher— «*la muchedumbre se alegró*» ante las noticias. En las *Potteries* un testigo se enteró de las noticias cuando:

> Un hombre bajó corriendo por la calle, dando saltos en el aire, agitando el sombrero alrededor de su cabeza y gritando con una alegría frenética: «¡Han asesinado a Perceval, viva! ¡Han asesinado a Perceval, viva!»

La multitud de Nottingham lo celebró, y «desfiló por la ciudad redoblando tambores y ondeando banderas de forma triunfal». En el mismo Londres se agruparon multitudes en el exterior de la Cámara de los Comunes a medida que se filtraban noticias y, cuando se llevaron al asesino, John Bellingham, «estallaron repetidos aplausos por parte del sector ignorante o depravado de la multitud». La noticia de que Bellingham sufría un trastorno mental y había actuado por motivos de agravio personal se recibió casi con disgusto: se hubiese esperado que surgiera otro Despard con más éxito. Cuando Bellingham fue al cadalso, la gente gritaba «Que Dios le bendiga», y Coleridge les oyó añadir: «Esto es sólo el principio.» Se consideró inoportuno hacer un funeral público por Perceval.[221]

Pocas veces en la historia de Gran Bretaña ha estado más extendida la furia genuinamente insurreccional. Durante algunas semanas se habían escrito con yeso en las puertas y las paredes del West Riding, anuncios que ofrecían 100 guineas por la cabeza del príncipe regente.[222] A mediados de mayo el regente y su secretario privado recibieron multitud de cartas amenazadoras, una de las cuales, que estaba firmada *Vox Populi*, empezaba diciendo: «Las provisiones más baratas: *pan o sangre*; dile a tu amo que es un *maldito sinvergüenza insensible*.»[223] Pero por lo que se refiere a las gentes del Yorkshire, el príncipe regente estaba muy lejos, mientras que los propietarios de las fábricas y los magistrados estaban allí mismo. Después de la derrota de Rawfolds, el ludismo del West

[220] *Leeds Mercury* (2 de mayo de 1812); T. S. 11.5480.
[221] H. O. 40.1; Prentice, *op. cit.*, p. 46; *Leeds Mercury* (16 de mayo de 1812); Peel, *Risings of the Luddites*, pp. 156-157; A. Briggs, *Age of Improvement*, p. 157.
[222] *Radcliffe Mss.*, 17 de marzo de 1812, 126/26.
[223] *London Gazette* (19 de mayo de 1812); H. O. 42.123.

Riding entró en una fase más desesperada. Siempre había tenido una disciplina más militar que el ludismo del Nottinghamshire y se había rodeado de más secretos y juramentos, puesto que había surgido en el mismo momento en que la destrucción de telares pasó a ser un delito capital. Probablemente la decisión de asesinar a Horsfall la tomó el mismo George Mellor, que era el jefe del distrito local, en vez de una reunión de representantes del Yorkshire. Según la tradición, el joven Booth, el hijo del pastor, era su amigo íntimo y protegido y su muerte le había trastornado. Benjamin Walker, el cómplice que declaró en favor de la acusación, dijo que Mellor y sus compañeros tundidores del taller de John Wood de Longroyd Bridge «hablaron acerca de (...) los hombres muertos en el asalto a la fábrica de Cartwright»: «Decían que esta es una cuestión difícil. Mellor opinaba que se debía abandonar el método de romper las tundidoras y en vez de ello había que matar a tiros a los patronos. Esto es todo lo que oí decir; dijeron que habían perdido a dos hombres y que debían matar a los patronos.»

Una cosa era alegrarse de la muerte de un lejano primer ministro, pero asesinar, a sangre fría desde detrás de un muro, a un hombre que pasaba cabalgando y que —a pesar de su impopularidad— «pertenecía» a la comunidad, era otra. Es demasiado exagerado dar la idea de que se produjo una conmoción emocional general. Cientos de personas debieron sospechar quiénes eran los asesinos y, sin embargo, nadie reveló nada durante meses. Es más acertado decir que hubo una conmoción emocional entre quienes antes habían sido simpatizantes o espectadores pasivos, mientras que, a la vez, se daba un endurecimiento emocional en ambos extremos. «No hay un solo habitante de este vecindario que yo conozca», escribió el reverendo Hammond Roberson a Cartwright tres días antes de la muerte de Horsfall,

> que sea completamente consciente de la situación del país, o quizá, más bien, que *sea capaz* y que *se atreva* a tomar una parte decisiva en la dirección del Ejército, aparte de mí mismo. Si me fuese posible dedicar *todo* mi tiempo al ejército, haría lo mejor que pudiese.[224]

Por su parte, los luditas empezaron a perder individuos y recurrieron a las amenazas para recuperar su debilitada disciplina. Se acabaron los ataques a las máquinas tundidoras, aunque en aquel momento todavía quedaban algunas empresas que se plantaban desafiantes, y dieron paso a incursiones generalizadas en busca de armas y dinero. Estas incursiones, de forma parecida a las del Lancashire, siguieron durante los meses de mayo, junio, julio, agosto y

[224] Véase A. Briggs, *Private and Social Themes in Shirley*, p. 12.

septiembre, aunque uno o dos grupos de ladrones de casas, que se hacían pasar por luditas, contribuían a la confusión del panorama. Las informaciones sobre esas incursiones son comparables con las de una operación partisana en un territorio ocupado por el enemigo. En julio de 1812, un magistrado describía una incursión en un pueblo de Clifton (Yorks) y hacía las siguientes observaciones:

> la precisión, la intrepidez y la prontitud con las cuales un grupo de bandidos armados registraban con regularidad un pueblo populoso, de una milla de longitud, en busca de armas y se llevaban seis o siete intentando no tocar ninguna otra propiedad, disparando repetidamente sobre casas e individuos que intentasen la más mínima resistencia, con una rapidez y una aparente disciplina que ningunas tropas regulares podrían superar.[225]

El ludismo del Yorkshire desapareció en medio de detenciones, traiciones, amenazas y desilusión. Una vez más, la historia se transmitió en forma de folclore, tal y como se reveló en los procesos que se llevaron a cabo en York en enero de 1813. Espías mandados desde otros distritos hicieron diversos descubrimientos. En Halifax se detuvo a un grupo de painitas, en el que había un sombrerero, John Baines, bajo la acusación de prestar juramentos luditas. Más tarde, Benjamin Walker, compañero de trabajo y cómplice de Mellor, traicionó los secretos del asesinato de Horsfall. Otros luditas se convirtieron en confidentes para salvar sus vidas. Se averiguó el paradero de algunos de los hombres que habían tomado parte en el episodio de Rawfolds y hubo otras detenciones en Barnsley y Holmfirth. En octubre, Joseph Radcliffe, que era el magistrado más activo en la investigación del paradero de los luditas, recibió una amenaza definitiva: «Con toda seguridad me convertiré en otro Bellingham y tengo hecha la bala que dispararé a tu corazón, en caso de que lo hiciese en la casa del Señor.»[226] Hacia noviembre se cerró el círculo. En la Comisión Especial de York de enero de 1813, Mellor y dos compañeros fueron declarados culpables del asesinato de Horsfall e inmediatamente ejecutados, mientras que se seguían desarrollando los otros procesos. Otras quince personas fueron condenadas a la pena capital —y sólo se le conmutó a uno por la deportación para toda la vida—, por su participación en el ataque de Rawfolds o en incursiones en busca de armas. Otros seis, incluyendo al viejo demócrata de Halifax, Baines, fueron condenados a siete años de deportación por prestar juramentos ilegales. Si

[225] *Fitzwilliam Papers*, F.46 (g).

[226] *Radcliffe MSS.*, 126-91. Radcliffe recibió amenazas durante varios años más. «La acción ludita va a volver a empezar de nuevo», le advirtió en marzo de 1815 un corresponsal anónimo. Los tundidores «juran que en primer lugar dispararán contra ti, te llaman viejo Belcebú»; 126/136.

este delito lo hubiesen cometido a finales de julio de 1812, en vez de hacerlo a principios, les hubiese supuesto la pena de muerte.

Mientras tanto, Nottingham y los distritos calceteros habían permanecido tranquilos durante la primavera y el verano de 1812, tiempo en el que el comité de los tejedores de punto había intentado conseguir la aprobación de su proyecto de ley en el Parlamento. Ni uno solo de los líderes del movimiento entre 1811-1812 fue jamás condenado, a ciencia cierta. A pesar de la paz aparente de los años 1812-1813, se mantuvo la presión sobre los patronos para que aceptasen las condiciones de los tejedores de medias, mediante cartas anónimas y amenazas de volver de nuevo a la acción:

> George Rowbottom, esta carta es para informarte —rezaba una de tales cartas, de abril de 1812— de que no hay un solo hombre en la ciudad de Arnold, Bullwell, Hucknall ni Basford que dé trabajo como no sea al máximo precio y de la mejor calidad y tamaño y precio adecuados y ésta es para informarte de que, si llevas o das más trabajo sin que sea de la máxima calidad, el máximo precio y el tamaño adecuado, trabajarás en este telar[227] con una cuerda alrededor de tu cuello.

Luego hubo un recrudecimiento sin importancia del ludismo, en noviembre y diciembre de 1812, pero durante dos años los obreros del sector calcetero parecieron situar su confianza en la acción de su *union*. Más adelante comenzaron de nuevo unos cuantos ataques dispersos (1814), y parece que, en realidad, algunas empresas calceteras intentaron provocar la destrucción de telares con el fin de tener un pretexto para actuar contra la *union*.[228] Cuando la *union* se desmembró y fueron detenidos algunos de sus dirigentes, los ataques se volvieron más generalizados. En septiembre de 1814 un tejedor de medias de Basford, James Towle, fue detenido por su participación en uno de los ataques, pero se le absolvió en los *Assizes* de primavera (1815). Desde el verano de 1816 hasta los primeros meses de 1817 hubo una última fase de ludismo en las Midlands, que alcanzó una intensidad desconocida desde 1811. El ataque más sensacional tuvo lugar en la importante fábrica de Heathcote y Boden, en Loughborough, donde hombres enmascarados armados con trabucos redujeron a los guardias y destruyeron las costosas máquinas de hacer encaje a los gritos de: «*Ludds* haced bien vuestro trabajo. ¡Voto a Dios, que esta es una tarea tan importante como Waterloo!» Sólo en este ataque se hicieron daños por valor de más de 6.000 libras. Una vez más detuvieron a James Towle y esta vez lo condenaron y, a mediados de noviembre, fue ejecutado.

227 Aquí hay un tosco dibujo de una horca, con la macabra observación: «este telar trabaja por el máximo precio y con la mejor calidad.» H. O. 42.122.

228 Véase C. Gray, *Nottingham Through 500 Years*, Nottingham, 1960, p. 165.

Durante uno o dos meses siguieron los ataques. Según una de las informaciones, el hermano de Towle dirigió un grupo que estaba ansioso por demostrar a «Jem que también podían hacer algo sin él». Según otras informaciones, esta fase final del ludismo fue obra de uno o dos grupos casi «profesionales», que recibían el encargo y el dinero de parte de algunas logias de la *union*, que en aquel momento era clandestina. En una confesión que hizo Jem Towle, la misma mañana de su ejecución, declaró que jamás había prestado un juramento de secreto ni había oído que nadie lo hiciera:

> No tienen un fondo específico de dinero, pero cuando se tiene intención de hacer algún trabajo, o hace falta dinero para cualquier fin, se recolecta entre los tejedores de medias o encajeros que en aquel momento tienen trabajo (...) No tienen depósito de armas alguno. Muchos de la cuadrilla tienen una o dos pistolas escondidas en sus casas (...) Cuando se pretende hacer una faena, tres o cuatro de los más influyentes van de un sitio a otro en busca de brazos para realizarla, entre quienes ellos saben que son favorables a la acción ludita.

Pero la confesión de Towle pudo estar pensada para despistar a sus interrogadores. A principios de 1817 se descubrió a otros miembros de su cuadrilla y, en abril de 1817, seis de ellos fueron ejecutados en Leicester y dos más recibieron sentencia de deportación. Uno de los hombres condenados, Thomas Savage, en declaraciones que hizo durante los quince días anteriores a su ejecución, afirmó que, en aquellos últimos tiempos, «el Ludismo y la política habían estado en estrecha conexión». Afirmó que existía una colonia de refugiados luditas en Calais.[229] Intentó implicar a Gravener Henson —a quien acusó de ser «capaz de perpetrar cualquier cosa que Robespierre jamás se había atrevido a hacer»—, como el «cabecilla del grupo». Pero este relato con tanto colorido y tan sospechoso de hecho no conectaba en ningún aspecto a Gravener Henson con la destrucción de máquinas. Las acusaciones vertidas contra Henson venían por haber iniciado entre los tejedores de medias la agitación ultrarradical que culminó en el movimiento del Club Hampden, del invierno de 1816-1817; y que pensaba en una revolución republicana y «hablaba de atacar los cuarteles de Nottingham». Fuera verdadero o falso, Henson no tenía la libertad de revelar sus simpatías cuando tuvo lugar el «levantamiento» de Pentridge, de junio. Puesto que, durante la misma semana en que Savage había hecho su acusación, Sidmouth había recibido la información, mediante un confidente de Nottingham, de que Henson —«un tipo sensato

[229] No es imposible. Había una colonia de tejedores de punto ingleses en Calais. Véase la información de Henson en *Fourth Report... Artizans and Machinery*, 1824, p. 274; y H. O. 79.3 fol. 31.

muy aficionado a hablar»— había tomado el correo de Londres con la intención de presentar una petición para salvar las vidas de los condenados. En Londres le detuvieron y, bajo la suspensión del *hábeas corpus*, le retuvieron durante varios meses. Pero mucho antes de este momento, el movimiento ludita, tal y como lo hemos definido, había llegado a su fin.[230]

VI. En nombre del oficio

«¡Tantas marchas y contramarchas!», exclamó Byron en la Cámara de los Lores:

> ¡De Nottingham a Bullwell, de Bullwell a Banford, de Banford a Mansfield! y cuando, por fin, los destacamentos llegaban a su destino, con todo «el orgullo, la pompa y lo que rodea a la gloriosa guerra», llegaban justo a tiempo para contemplar el daño que se había hecho (...) y volver a sus cuarteles entre las mofas de las mujeres viejas y los abucheos de los niños.

Sin duda, entre quienes acabaron en el cadalso se encontraban algunos de los jefes locales del ludismo; ciertamente, tanto las pruebas como la tradición popular demuestran que George Mellor y Jem Towle eran «capitanes» luditas. Pero el ludismo se niega, hasta nuestros días, a revelar sus secretos. ¿Quiénes eran los instigadores «reales»? ¿Había alguno, o bien el movimiento estallaba de forma espontánea de un distrito a otro por medio del ejemplo? ¿Qué tipo de comités había en los distintos distritos? ¿Había algún tipo de comunicación regular entre ellos? ¿Hasta qué punto es cierto que se tomaban juramentos secretos? ¿Qué objetivos políticos o revolucionarios ulteriores se tenían entre los luditas?

A todas estas preguntas sólo se les pueden dar respuestas muy provisionales. Sin embargo deberíamos decir que las respuestas generalmente aceptadas no están en consonancia con algunas de las pruebas. Los dos estudios más importantes acerca del ludismo son el de los Hammond y el de Darvall. *The Skilled Labourer* es un buen

[230] Confesiones de W. Burton en H.O.40.4; declaraciones de Thomas Savage, H.O.42.163; H.W.C. Davis, *Age of Grey and Peel*, p.172; Darvall, *op. cit.*, pp.144-149; 155-159; Hammond, *op. cit.*, pp.238-242.

libro, pero los capítulos que tratan del ludismo se expresan a veces como un resumen escrito, elaborado en nombre de la oposición *whig* y hecho con el propósito de desacreditar las exageradas afirmaciones de las autoridades relativas a los aspectos conspirativos y revolucionarios del movimiento. El papel de los espías y los *agents provocateurs* se acentúa de tal modo que se llega a dar la idea de que *no* existió un auténtico movimiento clandestino insurreccional ni hay pruebas de la existencia de delegados que viajasen entre los condados. Respecto de la toma de juramentos, los Hammond declaran que «aun en la interpretación más liberal, no hay pruebas que demuestren que el juramento fuera un hecho extendido, *o que alguna vez se prestara* excepto en aquellos distritos en que los espías trabajaban afanosamente».[231] El auténtico ludismo —se da por supuesto— no tenía objetivos ulteriores y, o bien se trataba de una cuestión de disturbio espontáneo (Lancashire), o se trataba de una acción con objetivos laborales estrictamente delimitados (Nottingham y Yorkshire).

F.O. Darvall, en su *Popular Disturbances and Public Order in Regency England*, está de acuerdo con la mayor parte de las opiniones de los Hammond. «No existen pruebas de ningún tipo», declara de forma terminante,

> acerca de motivaciones políticas de parte de los luditas. No hay un solo ejemplo con el que se pueda probar que un ataque ludita se dirigiese contra algo más profundo que las disputas entre patronos y trabajadores, entre los obreros y sus empresarios. No hubo un solo ludita (...) contra el cual se pudiese promover o pudiese recaer una acusación de traición. No hay un solo indicio, a pesar de los grandes esfuerzos de los espías para probar tales móviles, de que los luditas, o desde luego nadie, excepto unos pocos agitadores sin importancia, no representativos e irresponsables, tuviesen cualquier tipo de intenciones políticas más amplias.

«A pesar de los registros más cuidadosos no se encontraron los grandes depósitos de armas de los que hablaban los espías. No se pudo establecer ninguna conexión entre los descontentos de un distrito y los de los demás.» Los comités secretos de las ciudades del Lancashire eran una «excrecencia fungosa» controlada por espías u hombres que hacían de la «pequeña sedición su fuente de ingresos». Y en cuanto a los ataques luditas más amplios, «no parece que hubiese más organización en estas grandes muchedumbres que la que existe entre una multitud que lleva a cabo un "asalto" espontáneo colectivamente». No existe «ninguna

[231] *Loc. cit.* p. 339. La cursiva es mía.

otra cosa que el testimonio indemostrable de los confidentes para demostrar que los luditas tomasen alguna vez un juramento secreto».[232]

Si quedamos atrapados en los minuciosos detalles de los informes cotidianos —agentes de policía flemáticos por aquí, magistrados aterrorizados por allá, historias de espionaje increíblemente tortuosas por acullá—, podemos dudar de la realidad del ludismo en su conjunto. Pero si nos distanciamos de los detalles por un momento, podemos ver que las conclusiones de esas autoridades sobre el tema son tan improbables como las teorías más sensacionales acerca de la conspiración ludita. Cualquiera que haya dirigido una rifa u organizado un torneo de dardos sabe que no se pueden reunir por la noche y en un lugar determinado muchos hombres provenientes de diversos distritos, disfrazados y armados con mosquetes, martillos y hachas; formados en línea; pasarles revista mediante números; marchar varias millas para realizar un ataque con éxito, con la ayuda de señales de luz y de cohetes; todo ello no se puede hacer con la organización espontánea de un «asalto» colectivo. Todo el que conozca la geografía de las Midlands y el norte considerará que es difícil de creer que los luditas de tres condados colindantes no estuviesen en contacto unos con otros. En una época en que los irlandeses llegaban a cientos al Lancashire y en que la gente celebraba por las calles el asesinato del primer ministro, segregar el ludismo en nuestras mentes como un movimiento puramente «laboral», totalmente desconectado de la política, requiere un profundo ejercicio de agilidad mental. Abreviando, tal punto de vista sobre el ludismo sólo se puede sostener manipulando unos argumentos que exageren la estupidez, el rencor y el papel provocativo de las autoridades hasta el límite del absurdo; o gracias a una falta académica de imaginación, que aísla y no tiene en cuenta todo el peso de la tradición popular.

La realidad es que *no* existen fuentes de información, relativas a la organización del ludismo, que no estén «contaminadas» en cierto grado. Como señalan los Hammond y Darvall, sólo sabemos algunas cosas, y a través de rumores, de los delegados o de los juramentos, de las historias de los confidentes, del ejército y la magistratura, o de las confesiones de hombres, condenados a muerte o temerosos de ser condenados, ansiosos de salvar la vida. Lo mismo es cierto para los objetivos ulteriores del ludismo. Pero, ¿qué otro tipo de información podría haber? *Todo* prisionero se convierte en objeto de coacción, *todo* informador se convierte inmediatamente en un «espía».

[232] *Loc. cit.*, p. 174-196.

Podemos tomar como ejemplo los juramentos. Si bien existen pocas pruebas de que los luditas de las Midlands tomasen juramentos, puede haber una razón para ello. La fase principal de destrucción de telares en las Midlands finalizó en febrero de 1812. Hasta este mes la destrucción de telares no se convirtió en un delito capital. En el Yorkshire y el Lancashire, el ludismo se inició a sabiendas de que el hecho de ser descubiertos significaba pagar con la vida: es probable por lo tanto que se prestase algún tipo de juramento, como afirman de manera insistente los espías y la tradición popular. En julio de 1812 el juramento prestado con finalidades delictivas se convirtió también en un delito capital. Los rumores sostienen que, en el Yorkshire, se continuaron prestando juramentos hasta finales del año, pero es probable de nuevo que, cuando el ludismo volvió a empezar en las Midlands, de 1814 a 1816, los pequeños grupos implicados no quisieran añadir el plus de riesgo capital que suponía un delito adicional.

Dos de los grupos de detenidos que fueron juzgados en los *Assizes* de York, en enero de 1813, fueron condenados por tomar juramentos. Uno de los casos —el de Baines y los demócratas de Halifax— es sumamente sospechoso. Su condena se dictó a partir de las pruebas de dos espías profesionales, conocidos por su mala fama, que habían venido especialmente de Manchester con este fin, y hay buenas razones para creer que el caso fue un «montaje». Tanto los Hammond como Darvall dan por supuesto que el otro caso —el de un tejedor de Barnsley— también era sospechoso y era obra de un «espía» profesional,[233] pero esto no es completamente cierto. El informador, Thomas Broughton, era un tejedor francmasón de Barnsley, que dio voluntariamente información por razones que no están claras y declaró bajo juramento ante dos magistrados de Sheffield en agosto de 1812. Según esta declaración, a principios del año había ingresado en un «comité secreto» de cinco tejedores de Barnsley. Habían «enrolado» a unos doscientos en Barnsley, principalmente tejedores, pero también a dos taberneros, un sombrerero y un jardinero. Eso sí: no se admitió a ningún irlandés. Sus obligaciones eran asistir a las reuniones, recoger dinero y mantener correspondencia con otros comités. Barnsley, donde no tuvo lugar ninguna clase de ludismo, estaba considerada como un centro débil y nuevo, ya que la mayor fuerza se encontraba en Sheffield y Leeds. En los círculos luditas se hacían grandes alardes de los ocho mil «enrolados» en Sheffield, siete mil en Leeds, cuatrocientos cincuenta en Holmfirth. Se enviaban delegados a las reuniones de Manchester, Stockport y Ashton. En Halifax los luditas se reunían

[233] Véase Hammond, *op. cit.*, pp. 314, 325.

«como los disidentes bajo el manto de la religión». Muchos de los luditas también eran miembros del ejército. «A la larga, los luditas tienen en perspectiva derrocar el sistema de gobierno, mediante una revolución en el país.» El mismo Broughton asistió a una reunión de delegados en Ashton, en la que otro delegado le dijo que la primera señal sería un ataque a las Cámaras del Parlamento. Si la revolución tenía éxito, se esperaba que el comandante Cartwright y Burdett se uniesen a ella. Recibió 10 s y 10 d a cuenta de los gastos por haber actuado como delegado.[234]

Como en muchas otras declaraciones de este tipo, es casi imposible distinguir, a partir de ellas, lo que es cierto de lo que es falso. Pero se pueden señalar dos cosas. La primera es que Broughton parece que fue un informador *bona fide*; es decir, un hombre que había sido un auténtico ludita y se había convertido en un traidor. La segunda es que en el caso que se presentó en York, conforme al testimonio de Broughton —contra John Eadon, uno de los miembros del comité de Barnsley—, no se citó una sola palabra de esta declaración. El proceso sólo intentó aportar pruebas para demostrar la toma de un juramento ilegal:

> Yo, libre y voluntariamente acuerdo, declaro y juro solemnemente que jamás revelaré a ninguna (...) persona o personas nada que pueda conducir al descubrimiento de la misma —ya sea de palabra o acción— que pueda llevar a cualquier descubrimiento, bajo el castigo de ser enviado fuera de este mundo por el primer hermano que encuentre; además juro que castigaré con la muerte a cualquier traidor o traidores que puedan surgir entre nosotros; les perseguiré con venganza insaciable, aunque vaya hasta el límite de lo establecido. Seré completamente sincero, sobrio y fiel en todos mis tratos con todos mis hermanos, de modo que pueda ayudar a Dios a mantener mi juramento inviolado. Amén.[235]

A primera vista, el juramento suena a auténtico,[236] pero de lo que aquí se trata es de examinar más detenidamente los motivos que lo avalan. Los gobernantes británicos eran insensibles e indiferentes hacia la población obrera; pero Gran Bretaña no era un «Estado policial». Había magistrados y agentes de policía —el reverendo Hammond Roberson o el coronel Fletcher de Bolton— cuyo odio hacia el ludismo era obsesivo y que no se hubiesen detenido ante cualquier tipo de violencia o trampa para conseguir una condena. Y sin embargo había todavía otro tipo de opinión pública que

[234] Declaración en *Fitzwilliam Papers*, F.46 (g).
[235] Rex. v. Eadon, *State Trials de Howell*, XXXI, 1070.
[236] Los juramentos inventados por *agents provocateurs* eran, en general, mucho más horripilantes; uno de ellos incluía la promesa de cortar la cabeza y las manos de cualquier traidor y de toda su familia.

se debía tener en cuenta. Earl Fitzwilliam, el *Lord-Lieutenant whig* del West Riding, era un hombre de carácter moderado, que más adelante perdería el cargo debido a su protesta pública acerca de Peterloo, y resulta improbable que hubiese autorizado auténticas provocaciones. El señor Justice Bayley, que fue juez en varios casos de ludismo de las Midlands, recibió duros ataques por su indulgencia. En un caso más importante de Manchester, en el verano de 1812, el jurado se negó a condenar a treinta y ocho reformadores radicales en un caso que Nadin había intentado «amañar» para conseguir su condena por prestar juramento ludita. Los agentes de la ley sabían perfectamente que la condena no era automática.[237]

Además, durante esos años, la población obrera detestaba al gobierno y gran parte de la clase media también mostraba activamente su disgusto. Aun cuando, a partir de declaraciones como las de Broughton, los representantes de la ley hubiesen aconsejado iniciar un proceso por traición, a las autoridades no les interesaba proceder de esta forma. La sospecha de que actuaban principalmente por motivos políticos hubiese inflamado la opinión pública. Su tarea se limitaba al procesamiento de los *actos manifiestamente criminales*: destrucción de telares y ataques nocturnos, robos de armas, toma de juramentos. Las declaraciones como la de Broughton, de todos modos, eran un material pobre para los tribunales de justicia, en especial cuando la defensa podía contratar los servicios de un abogado como Brougham. Aquellas se basaban en informes de retórica revolucionaria no comprobados: reuniones con delegados de otros distritos que, en general, no se nombraban o actuaban bajo un seudónimo, exageraciones evidentes o sugerencias sumamente improbables, como las afirmaciones de que Cartwright, Whitbread o Burdett dirigirían la revolución.

De hecho, tuvo lugar una pelea de lo más curioso entre las autoridades locales y el Ministerio del Interior, en particular en el Yorkshire en verano y otoño de 1812. «El señor Lloyd, un procurador muy activo de Stockport a quien el gobierno había empleado para que obtuviese información enviando espías por todo el país» —como señaló un *J. P.* en una carta dirigida a Fitzwilliam[238]— actuaba bajo la protección directa del ministro del Interior en su tarea de intentar reconstruir casos irrecusables: para ello empleaba métodos que algunos J. P.s hubiesen considerado deplorables, como el secuestro, y traía a sus testigos clave desde el otro lado de los Peninos en custodia preventiva y secreta.[239]

[237] Esta fue la razón por la cual los principales procesos luditas se hicieron a través de la Comisión Especial.

[238] *Fitzwilliam Papers*, 9 de julio de 1812, F.46 (g).

[239] Para esta curiosa maraña, véase Hammond, *op. cit.*, pp. 315 y ss., y Darvall, *op. cit.*, pp. 125-133.

Podemos sugerir que había una cierta divergencia en la forma de abordar el problema. Por un lado, el Ministerio del Interior, que entonces estaba dirigido por Sidmouth, seguía ya una política que conducía a las provocaciones de Oliver, Edwards y Castle, en la posguerra; Sidmouth, Lloyd y Nadin querían muchas detenciones, juicios y ejecuciones sensacionales, que el terror anidase en el corazón de los luditas y los reformadores, y tenían pocos escrúpulos por lo que se refiere a si las víctimas eran «auténticos» luditas o no, así como acerca de los medios que se empleaban para crear las pruebas. Por otro lado, los hombres como Fitzwilliam y Radcliffe no estaban menos deseosos de destruir el ludismo, pero eran más escrupulosos en cuanto a los medios y estaban decididos a detener a los delincuentes reales: por ejemplo, a los asesinos de Horsfall y a los hombres que habían atacado la fábrica de Cartwright. Tal como resultó después, los casos más importantes que se llevaron a juicio —con la excepción de los treinta y ocho de Manchester— ofrecían «ejemplos de detección, condena y castigo» seguros, por delitos *particulares*, y en ellos las acusaciones de sedición política se mantuvieron como fondo. Incluso en el caso de los demócratas de Halifax, aunque es cierto que había motivos políticos detrás de él,[240] la acusación tuvo mucho cuidado en acusar a los detenidos de sus opiniones sólo de forma indirecta y de basar el caso sobre las pruebas de un acto público de toma de juramento a una determinada persona en una ocasión determinada. Así, si se nos pregunta por qué no se promovió ningún caso de traición, la respuesta es que una acusación de este tipo hubiese sido impopular, dudosa desde el punto de vista legal, y podría, como en el caso de Manchester, haber tenido como resultado una absolución.

Las autoridades tampoco *deseaban* que se emprendieran juicios al por mayor por prestación de juramentos. Simplemente deseaban que aquello acabase.[241] Para ello, querían condenas ejemplares,

---

[240] El sumario, Rex. v. Baines, que se halla entre los documentos del procurador del Tesoro, empieza: «el mayor de los Baines es sombrerero, un hombre notoriamente descontento con el gobierno»; T. S. 11.2673.

[241] Las pruebas de F. Raynes, *An Appeal to the Public*, 1817, sobre todo esto son abrumadoras. El capitán Raynes dirigía una unidad con especial responsabilidad de infiltrarse y detectar a los instigadores luditas en el Lancashire (junio-septiembre de 1812) y en el West Riding (septiembre-diciembre de 1812). Más adelante, y por motivos de agravio personal, publicó una descripción de su servicio, junto con su correspondencia con los agentes superiores. En varios de los distritos del Lancashire, como Newton, el juramento era «casi universal entre las clases fabriles y más bajas». En más de una ocasión, sus agentes consiguieron penetrar en la conspiración, pero los luditas —al darse cuenta de que habían sido descubiertos— se apresuraban inmediatamente a acudir al magistrado más próximo y se «desenrolaban» prestando el juramento de lealtad, para sumo enojo del capitán Raynes. El escepticismo respecto del predominio de la toma de juramentos no puede seguir en pie después de una atenta lectura de este folleto. (Ejemplar en la Manchester City Reference Library.)

mediante juicio y deportación, para algunos casos, los más propicios. Por diferentes razones, los juicios de los hombres de Halifax y Barnsley se convirtieron en ejemplares. Suponer que la autoridad estaba empecinada en llevar hasta el final cualquier posible caso es equivocarse acerca de la naturaleza del poder. En York, las «leyes agraviadas» y los valores del orden quedaron satisfechos cuando se aseguró que los asesinos de Horsfall eran condenados, que se iba a deportar a varios hombres por prestación de juramento y que otros catorce irían al cadalso por robo de armas y ataques nocturnos. Ir más lejos hubiese supuesto someter a la opinión pública a un tormento mayor del que era capaz de resistir, hasta el punto de que todos los J.P.s y los propietarios de fábricas del norte no hubiesen podido evitar un odio general durante el resto de sus vidas. En este punto, se pasó página y se hizo pública una proclamación de amnistía. ¿Acaso no se había cobrado suficiente venganza?

Así pues, no podemos discutir sobre la organización del ludismo a partir de los casos que se llevaron a juicio ni a partir de las pruebas aportadas por la acusación. Las autoridades, por cierto, actuaban, en general, a partir de pruebas o sospechas «fundadas» que jamás aparecían en los procesos.[242] De hecho, estaban en posesión de muchas pruebas relativas a reuniones secretas, entrenamientos, juramentos y viajes de delegados, algunas de ellas eran oscuras, otras escandalosas, la mayoría de ellas de poco valor ante un tribunal de justicia. Incluían multitud de cartas anónimas, así como cartas y declaraciones de informadores, algunos de ellos extremadamente circunstanciales, como uno que describía el sistema ludita de santos y señas:

> Levanta la mano derecha y ponla sobre el ojo derecho, en caso de que haya otro ludita cerca de ti, levantará su mano izquierda y la pondrá sobre su ojo izquierdo; luego levanta el dedo índice de la mano derecha hasta el lado derecho de la boca, el otro levantará el dedo meñique de su mano izquierda hasta el lado izquierdo de su boca y dirá: «¿Cómo estás?» La respuesta debe ser: «Preparado.» El dirá: «¿Para qué fin?» Vuestra respuesta será: «La libertad soberana.»[243]

Es acertado decir que tales declaraciones carecen de valor como pruebas ante un tribunal de justicia. Pero si seguimos la opinión

[242] Este punto se ha desarrollado porque también ayuda a explicar parte de la confusión que rodea los casos de Despard y de Brandreth. Algunos sumarios que han sobrevivido entre los documentos del procurador del Tesoro revelan con qué gran cuidado los agentes de la ley, de la Corona, cribaban las pruebas presentadas en público que se podían someter con mucha facilidad a comprobación. Incluso en el caso de O'Coigly (véase, p.196-197) el sumario de la Corona tiene una anotación: «¿Se debe mencionar la invasión de Irlanda?» (T.S.11.333). Para el caso de Thomas Bacon, véase más adelante, p.714.

[243] *Fitzwilliam Papers*, F.46 (g).

de los Hammond y de Darvall de desechar *todas* estas pruebas,[244] acabamos por encontrarnos en una situación ridícula. Debemos suponer que las autoridades, mediante sus agentes, creaban realmente organizaciones conspirativas y luego instituían nuevos delitos capitales —como en el caso de los juramentos— que sólo existían en la imaginación o eran el resultado de las acciones de esos agentes y confidentes. Además, toda esta línea de argumentación revela la incapacidad de concebir el ludismo en el contexto de una comunidad local. Particularmente en las zonas de Nottingham y el West Riding, la fuerza de los luditas se encontraba en los pequeños pueblos en los que todos eran conocidos por sus vecinos y se hallaban dentro de una misma y estrecha red de parentesco. La legitimación de un juramento debió ser algo terrible para una gente de espíritu supersticioso, pero la legitimación de la comunidad era todavía más fuerte. Los jefes luditas eran individuos bastante populares en sus pueblos, como George Howarth, un tejedor que probablemente era miembro de un comité secreto del Yokshire: de «rostro dulce y constitución corpulenta. Cuando estaba en compañía era un gran cantor y tenía una conversación vulgar como cualquier campesino».[245] Las autoridades no eran capaces de lograr que se presentara cualquiera como testigo y delatara a un vecino. Esto era, en parte, resultado del miedo a las represalias luditas, pero había más, actuar como delator significaba un atentado contra una concepción moral de la economía y ello implicaba el aislamiento automático por parte de la comunidad. Ni siquiera los magistrados locales podían considerar a Benjamin Walker, el cómplice que declaró contra Mellor, de otro modo que como un Judas. En la víspera de su ejecución, Mellor declaró: «Que prefería estar en la situación en la que se encontraba, por muy terrible que fuese, que tener que responder por el crimen que había cometido su acusador, y que no cambiaría su situación por la de él, ni siquiera por su libertad y dos mil libras.» La situación de los luditas que salvaron la vida declarando ante las autoridades era casi más lamentable que la de los condenados. Un cuáquero, que visitó a Walker después de las ejecuciones de York, le encontró con un «semblante (...) pálido y cadavérico y sus articulaciones, por así decirlo, estaban tan flojas que apenas parecían capaces de sostener su cuerpo». En realidad nunca recibió la cantidad de 2.000 libras

[244] En los documentos del Ministerio del Interior hay una considerable cantidad de testimonios de este tipo, referentes a instrucción, delegados, ambiciones revolucionarias. Darvall facilita su argumentación al no citar ninguno de ellos y despreciar cualquier ejemplo, en desdeñosas notas a pie de página, considerándolo obra de confidentes interesados o con imaginación.

[245] F. Raynes, *op. cit.*, pp. 114-115.

de dinero sucio a cambio de sus servicios: siguió teniendo una existencia de vagabundo miserable y al final se vio reducido a la mendicidad. Dos luditas de Nottingham que se habían convertido en delatores temieron por sus vidas y pidieron a la Corona pasajes que les mandasen a Canadá. Otros sospechosos de ser informadores fueron condenados al ostracismo: un hombre del Yorkshire se negó a seguir viviendo con su esposa, la cual con sus estúpidas indiscreciones había proporcionado pruebas que condujeron al patíbulo a uno de los miembros del grupo de los asaltantes de Rawfolds. En situaciones similares, varios años más tarde, la comunidad decidió condenar al ostracismo a dos informadores del Yorkshire hasta el final de sus vidas: si entraban en un lugar público o en una taberna, los que se hallaban reunidos dejaban de hablar inmediatamente o se levantaban para irse.[246]

Tenemos que imaginarnos la solidaridad de la comunidad, el aislamiento extremo de las autoridades. Esta sensación fue la que convirtió en héroes a Cartwright y a Roberson a los ojos de Charlotte Brontë, que había experimentado personalmente el mismo aislamiento en la casa parroquial de Haworth, durante las agitaciones cartistas. Cuando tuvo lugar el ataque a Rawfolds, a pesar de los cañones, nadie en el pueblo movió un dedo para defenderla. Sólo después de que se retirasen los luditas, aparecieron tres o cuatro hombres del lugar dispuestos a manifestarse a favor de los asediados: el reverendo Hammond Roberson; el señor Cockhill, un maestro tintorero con un gran negocio; el señor Dixon, director de unos talleres químicos, y un *bon vivant* local que se llamaba Clough. Rápidamente se vieron rodeados por una multitud murmurante, cuyas simpatías se situaban claramente en el bando de los luditas heridos.[247] Además, tanto los juicios como los entierros se convirtieron en ocasiones de manifestar la solidaridad pública, de un modo que adoptaba a veces la forma de intimidación, a veces la de fervor religioso. Los juicios de los acusados luditas de Nottingham se realizaron en medio de amenazas, manifestaciones y en una ocasión en una sala de justicia atestada en la que se suponía que

[246] *An Historical Account of the Luddites*, Huddersfield, 1862, p. 79; Peel, *Risings of the Luddites*, edición de 1895, p. 278; Peel, *Spen Valley: Past and Present*, pp. 261, 264; Hammond, *op. cit.*, pp. 241-242; Sykes y Walker, *Ben o' Bill's*, p. 335. Durante los años de la posguerra las autoridades acostumbraron a prometer a los confidentes de la clase obrera el billete para una de las colonias. Véase también, Hammond, *The Town Labourer*, pp. 259-261.

[247] Peel, *Spen Valley*, pp. 255-256. *Cf. Leeds Mercury* (9 de mayo de 1812): «(...) Creemos que existe una disposición muy general entre las clases más bajas a considerar con complacencia las acciones de las personas que forman parte de esta asociación, por no decir que las contemplan con aprobación. Esta es la fuerza y la sangre vivificadora de la Asociación.»

había hombres armados.[248] El presidente de un jurado que había condenado a varios hombres por complicidad en ataques luditas, en Nottingham en marzo de 1812, fue perseguido hasta Worksop:

> Señor,
>
> por orden expresa y urgente del general Ludd he ido a Worksop para preguntar acerca de vuestra actitud hacia nuestra causa y siento deciros que me he enterado de que se corresponde con la conducta que últimamente habéis mostrado hacia nosotros. Recuerde, se acerca con rapidez el momento en que los hombres como usted se arrepentirán, dentro de poco podemos venir a veros. Recuerde, es usted un hombre marcado,
>
> *Suyo, en nombre del General Ludd,*
>
> *Un Hombre Leal*[249]

A pesar de que los juicios del Yorkshire se realizaron en York, a más de treinta millas de los centros del conflicto, las autoridades mandaron fuerzas adicionales del ejército, ya que temían un intento de rescate. Incluso sus adversarios admiraban la fortaleza de los condenados a muerte. Mellor y sus dos compañeros se negaron a hacer confesiones. Y los catorce que murieron unos pocos días después hicieron lo mismo. «Si alguno de esos hombres desafortunados poseía algún secreto —escribía el *Leeds Mercury*—, lo callaron hasta la muerte. Sus revelaciones fueron en extremo exiguas.»[250] Según cuenta la tradición, el juez que presidía se permitió una ligera informalidad en aquella ocasión. Cuando le preguntaron acerca de si los catorce condenados debían ser colgados en una sola viga, respondió, después de meditarlo un poco, «No señor, creo que estarían más cómodos colgados de dos en dos». Los primeros siete que fueron ejecutados en presencia de grandes multitudes, avanzaron hacia el cadalso cantando el himno metodista:

> Contemplad al Salvador de la Humanidad,
> Clavado en el ignominioso madero;
> Qué inmenso el amor que inspiró,
> Para verter su sangre y morir por mí.
> ¡Escucha cómo gime! mientras la naturaleza tiembla,

---

[248] T. Bailey, *Annals of Nottinghamshire*, 1855, IV, p. 280.

[249] H. O. 42.122.

[250] Un funcionario que presenció la ejecución le escribió a Radcliffe: «Considero que había ocho auténticos *Luds* (...) y nueve Depredadores que se aprovecharon de los tiempos que corren» (es decir, ladrones de casas). El capellán le informó de que los «auténticos *Luds*» se negaron a hacer confesión alguna: «Creo verdaderamente que ellos no consideraban que aquello fuese ninguna gran ofensa, ni siquiera que fuera una ofensa.» Y añade: «Creo que todos eran metodistas.» Coronel Norton a Radcliffe, enero de 1813, Radcliffe MSS, 126/114.

Y los fuertes pilares de la tierra se doblegan;
El velo del templo se rompe en pedazos,
Se agrietan los sólidos mármoles.
¡Ya está! La preciosa redención se ha consumado,
«Recibe mi alma», exclama;
Mirad cómo inclina su sagrada cabeza,
Inclina la cabeza y muere.[251]

Parece que las comunidades de los tres condados coincidían en la legitimación moral activa de todas las actividades luditas, a excepción del asesinato. Las mismas autoridades lamentaban que: «Se alentase con las dudas que se vierten sobre la vileza moral de esos crímenes; y el mal alcanzase su punto culminante debido al fanatismo religioso que desgraciadamente es excesivo en estos populosos distritos.»[252] Al igual que el mito popular describía a todos los informadores como Judas, Charlotte Brontë utilizaba el mito de la clase media cuando, en el personaje de Moses Barraclough, hacía una caricatura de un predicador *ranter* y un «adherido al metodismo», un instigador ludita hipócrita; y cuando se dirige al que había intentado asesinar a Gérard Moore con un lenguaje del Antiguo Testamento: «Cuando perece el malvado, se produce un clamoreo; como cuando pasa el huracán, así desaparece el malvado.»[253] Las pruebas con respecto a esto suelen ser siempre poco fiables. Ciertamente, dos o tres de los ejecutados en York eran metodistas, pero aunque muchos de ellos se habían nutrido de una cultura metodista —o de sus márgenes *ranters* o southcottianos—, sus ministros, que estaban extremadamente ansiosos de exculpar al metodismo de complicidad, carecían de poder sobre ellos, incluso en la celda de los condenados. El fervor del Antiguo Testamento había llegado a asimilarse a una solidaridad de clase que ni siquiera Jabez Bunting podía comprender.

Los funerales luditas lo ilustraban bien. El entierro de John Westley, el ludita muerto en una refriega en noviembre de 1811, se convirtió en una ocasión para la manifestación de la solidaridad popular en Nottingham:

[251] *Proceedings under the Special Commission at York*, Leeds, 1813. pp. 67-69; Hammond, *op. cit.*, p. 332; H. Clarkson, *Memories of Merry Wakefield*, Wakefield, 1887, p. 40. (*Behold the Saviour of Mankind, / Nail'd to the shameful tree; / How vast the love that him inclin'd, / To bleed and die for me. / Hark: how he groans! while nature shakes, / And earth's strong pillars bend; / The temple's veil in sunder breaks, / The solid marbles rend. / Tis done! the precious ransom's paid, / 'Recieve my soul', he cries; See where he bows his sacred head, / He bows his head and dies.*)

[252] Introducción autorizada a los procesos de York, en Howell, *State Trials* XXXI, 964.

[253] *Shirley*, caps. 8.30.

El cadáver iba precedido por varios antiguos compañeros del club del difunto, que lucían varas negras, adornadas con lazos de crespón.

La escena era verdaderamente imponente. El *sheriff* superior, el ayudante del *sheriff* y una media docena de magistrados se hallaban en el lugar auxiliados por un pelotón de guardias y unos treinta dragones montados a caballo (...) y, antes de que se trasladase el cuerpo, se leyó la *Riot Act*[254] en varios lugares de la ciudad.[255]

Los dos hombres que fallecieron a causa de las heridas recibidas en Rawfolds fueron atendidos con esa misma solidaridad. En Huddersfield se impidió un funeral público masivo sólo porque las autoridades enterraron en secreto a Booth antes del momento esperado. Hartley fue enterrado en Halifax, seguido por cientos de acompañantes del féretro con un brazalete de crespón blanco. Sus amigos querían que se le hiciese un entierro metodista, y, cuando Bunting se negó a leer el servicio, se produjeron escenas de cólera. El domingo siguiente se reunieron grandes multitudes para asistir a un servicio conmemorativo. Jonathan Saville, un predicador local lisiado, recordó que aquella era «la mayor reunión que jamás se había juntado en la capilla de Halifax»:

La gente vino de todas partes para mostrar su dolor por el difunto. Llenaron la capilla hasta rebosar; cientos de ellos permanecieron en el exterior porque no cabían dentro y había guardias que se paseaban por delante de las puertas para mantener el orden. El predicador que se había previsto para aquella tarde se había ido a Huddersfield, probablemente para zafarse (...)

Bunting se negó de nuevo a predicar y ordenó a Saville que le representase. El inválido predicó sobre el contraste que se daba en la muerte de un creyente y de un infiel:

En aquel momento, quizá más que nunca, la infidelidad se encontraba activamente arraigada entre las clases más bajas (...) Exclamé, «¡Infiel, muere lentamente! ¡No arríes la bandera negra cuando la muerte se encare contigo!» Parece que tuvo un gran efecto (...)

Sin embargo, el efecto apenas fue el que pretendía Saville y, cuando salía de la capilla, fue apedreado. En las paredes y en las puertas se escribió con yeso: «Venganza por la sangre del inocente.» Durante semanas después de estos hechos, a Bunting, quien también recibió cartas amenazadoras, se le proporcionó una guardia armada para sus desplazamientos por las zonas rurales. En Holmfirth y en Greetland, cerca de Halifax, se desarrollaron incidentes semejantes

[254] Ley sobre motines. (*N. de la T.*)
[255] *Leeds Mercury* (23 de noviembre de 1811); Bailey, *op. cit.*, IV, p. 247.

cuando el ministro metodista se negó a enterrar a los hombres que habían sido ejecutados en York.[256] Y las mismas manifestaciones públicas acompañaron el funeral de James Towle en Nottingham, en noviembre de 1816, cuando un magistrado clérigo, el doctor Wylde, prohibió la lectura del servicio de entierro. A pesar de ello, a la ceremonia asistieron tres mil personas y según el informe de un espía:

> Un maestro de escuela, se me informó, anunció los himnos, que fueron cantados por seis mujeres jóvenes en el recorrido desde su casa hasta la tumba y ante ella (...) Sobre la tapa del ataúd había una estrella o cruz que dio lugar a muchas conjeturas en torno a qué significaba. Algunos decían que era porque había muerto con valentía, otros porque le habían colgado, y algunos maldijeron al doctor Wylde por no permitir que se leyese el servicio del funeral. Badder dijo (...) que esto no le importaba a Jem porque no quería curas a su alrededor.[257]

Cualquier explicación del ludismo que lo reduzca a un hecho laboral concreto o que desprecie su trasfondo insurreccional, diciendo que se trataba de unos pocos «exaltados», no puede ser satisfactoria. Incluso en Nottingham, donde el ludismo presentaba una mayor disciplina en cuanto a la consecución de objetivos de tipo laboral, la conexión entre la destrucción de telares y la sedición política se daba por supuesta en todas partes, puesto que no sólo los tejedores de punto sino también las «clases bajas» eran, en general, cómplices de los luditas en su lucha con los calceteros-negociantes, el ejército y los magistrados. En el Lancashire —aunque los tejedores componían la espina dorsal de la organización— los mineros del carbón, los hilanderos de algodón y las gentes de oficio de todo tipo se sumaban a los disturbios. En el West Riding, donde los objetivos que se atacaban eran las rebotaderas mecánicas y las tundidoras mecánicas, no sólo eran los tundidores los que colaboraban con los luditas, sino también «multitud de tejedores, sastres, zapateros y representantes de casi todos los oficios manuales». John Booth, hijo de un párroco, muerto durante el ataque a Rawfolds, era aprendiz de guarnicionero.[258] Los detenidos y llevados a juicio ante la Comisión Especial en York incluían a veintiocho tundidores, ocho labriegos, cuatro tejedores, tres zapateros, tres mineros del carbón, tres hilanderos de algodón, dos sastres, dos pañeros y un carnicero, un cardero,

[256] J. U. Walker, *History of Wesleyan Methodism in Halifax*, Halifax, 1836, p. 255; E. V. Champan, John Wesley & Co (Halifax), Halifax, 1952, p. 35; F. A. West, *Memoirs of Jonathan Saville*, 1844, pp. 24-25.

[257] Hammond, *op. cit.*, p. 239.

[258] Peel, *op. cit.*, pp. 6, 18.

un carpintero, un tejedor de alfombras, un sombrerero, un vendedor ambulante, un tendero, un cantero, un barquero y un hilandero de lana.[259]

Podemos ahora aventurar una explicación de la trayectoria del ludismo. Se inició en Nottingham, en 1811, como una forma de presión y acción directa de las *trade unions*, que contaba con la aprobación de la comunidad obrera. Como tal, de inmediato incurrió en la ilegalidad y su misma situación le llevó en una dirección más insurreccional. Es probable que, durante el invierno de 1811-1812, se trasladasen «delegados», ya oficiales o no, a otras zonas del norte.[260] El ludismo del Yorkshire, por otra parte, surgió con un carácter más insurreccional. Por una parte, las injusticias que de antiguo afectaban a los tundidores estallaron en llamas con el ejemplo de Nottingham. Por otra, pequeños grupos de demócratas o painitas veían en el ludismo una oportunidad revolucionaria más general. Cabe observar estos dos estímulos en algunos pasajes de dos cartas luditas, ambas de marzo de 1812. La primera, que probablemente procede de Huddersfield, se hace eco de las quejas particulares de los tundidores:

> N.B. (...) el General (...) me manda que os informe de cómo los aprestadores de paños del distrito de Huddersfield se han gastado siete mil libras en presentar peticiones al gobierno para que pusiera en vigor las leyes que prohíben las tundidoras y las rebotaderas mecánicas sin ningún éxito, de modo que ahora intentan este método, y tiene noticia de que estáis asustados, por si se hace con otro fin, pero no necesitáis preocuparos por eso. Tan pronto como vuestra detestable maquinaria se paralice o se destruya, el General y su ejército de valientes se dispersarán y volverán a sus trabajos como todos los demás súbditos vasallos.[261]

La otra carta, que se puso en el correo más o menos una semana antes, no es nada probable que la escribiese un «Súbdito vasallo». Sugiere que el desencadenante del ludismo del Yorkshire fue la decepción por el fracaso en formar un gobierno de paz y reforma por parte del príncipe regente, lo cual ya había sido el motivo del último motín en la Lonja de Manchester:

[259] *Report of Proceedings under Commissions of Oyer & Terminer... for the County of York*, Hansard, 1813, pp. XIV-XIX. Se debe decir, sin embargo, que unos pocos de ellos eran pseudoluditas acusados de asaltar casas, mientras que el sombrerero, los zapateros y el cardero eran los demócratas de Halifax. Casi todos los que fueron procesados por tomar parte en el asunto de Rawfolds eran tundidores. Véase también T.S. 11.2669.

[260] Véase, por ejemplo, una carta interceptada, que provenía de los hermanos, en el Yorkshire, de un hombre que se encontraba en Nottingham y era relativa a un hombre de Nottingham que pasaba unos días con ellos: «Le recibimos como amigo tuyo, creíamos que lo era, y nos tomamos juntos una o dos jarras de cerveza, y leyó la *Canción del señor Lud*»; 19 de abril de 1812, Radcliffe MSS, 126/32.

[261] *Radcliffe MSS.*, 126-127.

La causa inmediata de que empezásemos cuando lo hicimos fue aquella canallesca carta del Príncipe Regente a los lores Grey y Grenville, que nos dejó sin esperanzas de cambio para mejorar, y su alineamiento con ese maldito grupo de delincuentes, Percival y compañía, a quienes atribuimos todas las miserias del país. Pero esperamos contar con la ayuda del Emperador francés para sacudirnos el yugo del gobierno más podrido, más malvado y más tirano que jamás existió, después de derrocar a los tiranos de Hanover, y a todos nuestros tiranos desde el mayor hasta el más pequeño, seremos gobernados por una República justa, y el deseo y la plegaria de millones de personas de este país es que el todopoderoso haga llegar con prontitud esos tiempos felices.[262]

Si aceptamos como auténticas ambas cartas, esto indicaría que el ludismo del Yorkshire empezó con opiniones divididas. Si fue así, a medida que un hecho sucedía a otro, el carácter insurreccional se fue convirtiendo en dominante. También se le puede conceder alguna autoridad a la tradición oral recogida por Frank Peel, según la cual, Baines, el antiguo sombrerero de Halifax, estaba ciertamente en el centro de un grupo de «seguidores de Tom Paine» que crearon «un club democrático o republicano» de reunión en la taberna *Saint Crispin*, en Halifax. Allí, en marzo, tuvo lugar un encuentro importante de delegados luditas y Baines, desde la presidencia, dio la bienvenida a su movimiento:

Durante cuarenta años he luchado para que el pueblo se sublevase contra este mal, y (...) he sufrido mucho por mis opiniones en cuerpo y en condición. Ahora me acerco al fin de mi peregrinaje, pero moriré igual que he vivido; los últimos días de mi vida los dedicaré a la causa del pueblo. Saludo vuestra rebeldía contra los opresores y espero que siga adelante hasta que no exista ningún tirano por derribar. He esperado durante largo tiempo el alba del día prometedor y es posible que, viejo como soy, llegue a ver el glorioso triunfo de la democracia.

Según la misma tradición, también habló un delegado de Nottingham llamado Weightman: «Nuestra junta está en comunicación permanente con las sociedades que existen en todos los centros en los que hay descontento, y propone que haya un levantamiento general en mayo.»[263]

Hay razones para suponer que, no las palabras, pero sí las líneas generales de este relato son ciertas. Las autoridades estaban decididas, sin ningún género de dudas, a conseguir una condena contra Baines, a pesar de la debilidad de las pruebas de sus espías. Un testigo declaró que Baines había dicho que «no acostumbraba a tener trato con personas que no estuviesen familiarizadas con

[262] W. B. Crump, *op. cit.*, p. 230.
[263] Peel, *op. cit.*, edición de 1880, pp. 23-26. En el prefacio a la segunda edición, de 1888, Peel explica cómo se conservó esta tradición.

las palabras *aristocracia y democracia*»; mientras que el juez consideró que el haberse jactado de que «se le habían abierto los ojos hacía veintitrés años», constituía un agravante de su delito.[264] Si este fue simplemente un caso de falsa acusación «amañada» contra los radicales locales, o verdaderamente tenían conexiones con el ludismo, es otra cuestión, pero, sobre este tema, arrojan luz los informes —de marzo y abril de 1812— del confidente más importante del Lancashire, «B». «B» declaraba que le había visitado un delegado de Leeds llamado Walsh, y que, en abril, había recibido una carta de un tal Mann de la misma ciudad, relativa a los éxitos luditas.[265] Walsh le dijo que en el comité secreto de Leeds, «no se permite actuar a ninguno de los *old Jacks* —es decir, jacobinos—, porque durante los últimos años han sido sospechosos»: «Algunos de los *old Jacks* querían actuar, pero el antiguo Comité había obrado de forma tan indisciplinada que no consiguió ser prudente ni tener éxito, de modo que a ninguno de ellos se les permite estar en el Comité sino que permanecen en segundo plano.» La organización del Yorkshire —le dijo Walsh a «B»— estaba dirigida por un «Comité de Oficios», cuyas reuniones se celebraban con extremo secreto en Leeds: «Los comités nunca se reúnen en una taberna, sino en casas privadas o, cuando el tiempo lo permite, se hacen incluso por la noche en los campos, y no como antes se llevaban a cabo los asuntos de modo que toda la ciudad se enteraba.»[266]

Es posible que mientras en Leeds se mantenía a los *old Jacks* en un segundo término, en Halifax los luditas fuesen menos prudentes. Y sugerir que el ludismo del Yorkshire adoptó una forma insurreccional más generalizada después del fracaso del ataque de Rawfolds es algo que concuerda con los datos que existen. Sin duda, hacia el mes de abril estaba en funcionamiento algún sistema secreto de delegados en el West Riding. Después de Rawfolds, la organización ludita trasladó su interés hacia los preparativos revolucionarios generales. Los meses que van desde abril a septiembre son meses en los que se producen frecuentes incursiones en busca de armas, recogidas de dinero y rumores de prestación de juramentos. El plomo —para hacer balas— desaparecía como la nieve en un día cálido; «las bombas y las conducciones de agua desaparecen constantemente»;[267] desaparecían incluso las tinajas de tinte y

[264] *Reports of the Proceedings... under Oyer and Terminer*, pp. 124, 207.

[265] James Mann, un tundidor de Leeds, fue retenido durante la suspensión de *hábeas corpus* en 1817 (más adelante, p. 717) y también hay un James Mann que, más tarde, se convirtió en el principal librero radical. Sería interesante si estos dos «Mann» fueran el mismo.

[266] Informes de «B», 25 de marzo, 18 de abril de 1812, H.O. 40.1. El «viejo Comité» y los «viejos asuntos» se refieren, probablemente, a la conspiración de 1802, más arriba, pp. 516-510.

[267] *Leeds Mercury* (6 de junio de 1812).

los canalones. La conspiración se extendió hasta áreas en las que, como Sheffield y Barnsley, no había ni tundidores, ni rebotaderas mecánicas ni máquinas tundidoras. Los luditas se movían por «toscas ideas de derrocar al mismo gobierno, cuando su organización lograra extenderse por todo el país y reunir suficientes armas».[268]

Si bien el ludismo del Yorkshire surgió a partir de las quejas de los tundidores y llegó a alcanzar objetivos revolucionarios más generales, sin embargo, no había un solo objetivo común que uniese los descontentos del Lancashire. Los motines por los alimentos, las frases incendiarias escritas en las paredes, la agitación *secreta* en favor de la reforma, los comités secretos de las *trade unions*, las incursiones en busca de armas, los ataques contra los telares mecánicos y las provocaciones de los espías acontecían de forma simultánea, a veces espontáneamente, y, a menudo, sin ninguna conexión organizativa directa entre sí. El capítulo dedicado al «Ludismo del Lancashire» es el menos satisfactorio de la obra *The Skilled Labourer*. Algunas de las afirmaciones que contiene son simplemente falsas, como la de que todos los disturbios del Lancashire y Cheshire habían terminado a principios de mayo de 1812. Otras —como la enorme influencia que se les atribuye a unos pocos espías procedentes de Bolton y a «B» de Manchester— se basan en especulaciones y argumentos artificiosos disfrazados de narrativa. Las conclusiones son poco menos que ridículas. Se nos pide que creamos que en mayo de 1812 estaban de servicio activo setenta y una compañías de infantería, veintinueve escuadrones de Guardias y Dragones a caballo así como miles de guardias especiales —mil quinientos sólo en el Salford Hundred— porque el «Viejo S», el «Joven S» y «B» les habían helado la sangre a sus patronos con historias de insurrección y porque habían tenido lugar algunos espontáneos motines por alimentos.

Lo más destacable de la utilización que los Hammond hacen de las fuentes es su marcada tendencia a *empezar* su investigación partiendo del supuesto de que cualquier plan insurreccional auténtico por parte de los obreros era ya sumamente improbable, ya equivocado e indigno de tener sus simpatías y, por lo tanto, se debía atribuir a elementos fanáticos e irresponsables. Lo realmente difícil es determinar por qué esto se debería dar por supuesto para el año 1812. La guerra había durado casi veinte años, con un solo año de interrupción. La población tenía pocas libertades civiles y ninguna libertad de asociación sindical. No estaban dotados con la clarividencia histórica necesaria para poder consolarse sabiendo que, al cabo de veinte años —cuando muchos de ellos estarían

[268] Peel, *op. cit.*, edición de 1880, p. 9.

muertos—, la clase media conseguiría el voto. En 1812 los tejedores habían experimentado un declive desastroso de su condición y su nivel de vida. La población estaba tan hambrienta que era capaz de jugarse la vida volcando una carreta de patatas. En esta situación podría parecer más sorprendente el hecho de que cualquier hombre no tramase levantamientos revolucionarios que el hecho de que sí lo hiciera. También parecería sumamente improbable que tales condiciones hiciesen que surgiera una generación de reformadores gradualistas constitucionales dedicados a actuar dentro de un marco constitucional que no admitía su existencia política.

Se podría suponer, como mínimo, que una cultura democrática se aproximaría a la difícil situación de esos hombres con prudencia y humildad. De hecho esto apenas se ha llevado a cabo. Varios de los historiadores que han estudiado este período —los Hammond, los Webb y Graham Wallas— eran hombres y mujeres de opiniones fabianas, que analizaban la «historia temprana del Movimiento Obrero» desde la perspectiva de las *Reform Acts* subsiguientes y el desarrollo del T. U. C.[269] y el Partido Laborista. Como los luditas o los que participaban en los motines por alimentos no parecen ser unos «precursores» satisfactorios del «movimiento obrero» no han merecido ni comprensión ni atención. Además, este prejuicio se complementaba, desde otra dirección, con el prejuicio más conservador de la tradición académica ortodoxa. De ahí que la «historia» haya tratado con justicia a los mártires de Tolpuddle y con excesiva benevolencia a Francis Place, pero que los cientos de hombres y mujeres ejecutados o deportados por prestar juramentos, acusados de conspiración jacobina, de ludismo, de participar en las sublevaciones de Pentridge y Grange Moor, en los motines por alimentos, contra las *enclosures* o el pago de los portazgos, los motines de Ely y la Revuelta de los labriegos de 1830 y en multitud de refriegas menores, hayan sido olvidados por todos, a excepción de unos pocos especialistas, o, si se les recuerda es como ingenuos u hombres viles por su locura criminal.

Para aquellos que la viven, la historia no es «temprana» ni «tardía». Los «precursores» son a su vez herederos de otro pasado. Se los debe juzgar en su propio contexto. Por ello, debemos considerar a George Mellor, Jem Towle y Jeremiah Brandreth como hombres de una talla heroica.

Además, el prejuicio tiene formas de introducirse en los mismos detalles de la investigación histórica. Esto es particularmente notorio en la cuestión del ludismo del Lancashire. Sólo existe una razón para creer que las diversas declaraciones que se encuentran

[269] T. U. C.: *Trades Union Congress*, Confederación de los sindicatos británicos. *(N. de la T.)*

en los documentos del Ministerio del Interior, relativas a sus características revolucionarias, son falsas y pasa por dar por supuesto que cualquier prueba de este tipo tiene que ser forzosamente falsa. Una vez que han dado esto por supuesto, los Hammond se lanzan a los mares de la ficción histórica. Así, el confidente más regular del Lancashire, durante los años luditas y de la posguerra, fue un individuo a quien se designaba como «B». Este tal «B» posiblemente había estado trabajando como confidente desde 1801-1802[270] y había llegado a ganarse la confianza de los ultrarradicales de Manchester. Se llamaba Bent y era un pequeño comerciante, descrito en 1812 como «comprador y vendedor de algodón sobrante».[271] Como era un hombre de una riqueza relativa, le nombraban con bastante frecuencia tesorero de diferentes comités secretos, excelente puesto de escucha para un espía. A primera vista, estaba bien situado para proporcionar información interna.

«B» aparece con frecuencia en *The Skilled Labourer* en el papel de sensacionalista y agente provocador.

Los documentos del Ministerio del Interior contienen multitud de incultas comunicaciones suyas, llenas de indicaciones espeluznantes acerca de próximos estallidos de las clases bajas, alentados por seres misteriosos situados en elevados puestos. El asunto recurrente es el levantamiento general, con los cientos de personas que han prestado juramento en distintas partes del país.

Respecto del juramento ludita del Lancashire —declaran los Hammond—, «es bastante razonable suponer (...) que tiene su origen en el fértil cerebro de «B». Cuando se encuentran con el dato de que un delegado de Manchester visitó un comité secreto de los tejedores de Stockport e intentó implicarles en preparativos revolucionarios, los Hammond hallan la explicación adecuada:

> Hoy en día, nadie que haya leído los documentos del Ministerio del Interior para este período puede dejar de reconocer, en el informe de lo que dijo el delegado de Manchester, la voz de «B».

Conforme a esta hipótesis, que se sustenta en el supuesto de un conocimiento superior que pocos lectores se preocuparán de poner en duda, se elabora la ficción de la provocación. Pero unas cuantas páginas más adelante, cuando a los mismos autores les conviene

[270] Véase *The Skilled Labourer*, pp. 67, 73 y más arriba, p. 535. Sin embargo, no es totalmente cierto que fuese el mismo «B», puesto que estuvieron empleados otros «B»; por ejemplo, Barlow, véase más arriba, p. 531.

[271] Declaración de H. Yarwood, 22 de junio de 1812, en H. O. 40.1. También se le describía como «un respetable comerciante de algodón»: véase *The Trial at Full length of the 38 Men from Manchester*, Manchester, 1812, p. 137.

dar fe a otra parte de los informes de «B», señalan suavemente al lector: «Es improbable que Bent intentase seriamente inducir a sus compañeros a trabajar en favor de acciones violentas, lo cual por otra parte le hubiese supuesto perder la confianza de hombres de la talla de John Knight.» En resumen, los informes de «B» se modelan según convenga a la leyenda del momento.[272]

Cabe hacer la sugerencia de que los documentos del Ministerio del Interior se pueden leer de forma diferente: Bent no era un provocador, era un simple informador, y limitaba su actividad a lo que era necesario para seguir teniendo la confianza de sus compañeros radicales. Parece que reunía una combinación poco habitual, ser un hombre un tanto estúpido pero observador. Por tanto los datos que ofrece sólo merecen confianza cuando describe hechos en los que participó personalmente, mientras en sus informes referentes a objetivos últimos o a organización en el resto del país transmitía las baladronadas de algunos de los agitadores optimistas. La idea de que Bent era el delegado de Manchester que implicó al comité de Stockport en planes de tipo conspirativo no resiste un examen minucioso.[273]

En realidad, si dejamos de seguir la falsa pista de la provocación, es posible reconstruir un relato más coherente de la historia interna del ludismo del Lancashire, utilizando exactamente las mismas fuentes que los Hammond. En primer lugar, debemos recordar que el jacobinismo había calado más hondo en el Lancashire que en otros distritos fabriles y que la inmigración irlandesa le había proporcionado un tono particularmente revolucionario. En el Lancashire, y casi en ningún otro lugar más, existe una trama continua de agitación *abierta* contra la guerra y en favor de la reforma, desde la década de 1790, pasando por los Ingleses Unidos, hasta la época del ludismo. En 1808, se informa de que esta agitación existe, no sólo en Manchester, sino en Royton, Bolton y Blackburn. Los tejedores de Bolton, cuando anunciaron su intención de manifestarse cada domingo, a lo largo de dos meses, en Charters Moss, más arriba de la ciudad, se preguntaban: «¿No es momento ya de sacar la Constitución inglesa de su oscuro agujero y de exponerla en su desnuda pureza original, para mostrarles a todos los individuos

---

[272] *Ibíd.*, pp. 274-275, 297, 336-337.

[273] A principios de la primavera de 1812, «B» informó de manera regular y locuaz. Los Hammond basan su descripción de la reunión de Stockport, en febrero, en la confesión de Thomas Whittaker, que se encuentra en H. O. 42.121. Pero el 25 de marzo, «B» informaba de que todavía no había conseguido asistir a ninguna de las reuniones secretas, aunque esperaba ser admitido en breve (H. O. 40.1). Consiguió asistir a varias de las reuniones de tejedores en abril, pero fue excluido de una importante reunión que tuvo lugar en mayo, debido a una disputa acerca del dinero (declaración de Yarwood, H. O. 40.1).

las leyes de sus antepasados?»[274] Año tras año, la yerma agitación de los tejedores por un salario mínimo los condujo a la agitación política, ya fuera de carácter revolucionario o de carácter constitucionalista.

En segundo lugar, cuando se inició el ludismo en 1811-1812, el sindicalismo ilegal estaba ya profundamente arraigado en el Lancashire. Ya hemos observado el grado de organización y de contactos que poseían los oficios artesanos y los hilanderos de algodón de Manchester. Probablemente la organización de los tejedores también estaba muy extendida y firmemente consolidada. En las ciudades e incluso en algunos pueblos del Lancashire había «comités secretos» de tejedores, más o menos representativos, que estaban acostumbrados a consultar los unos con los otros respecto de las solicitudes presentadas al Parlamento, las peticiones o la recogida de fondos.[275]

Por lo tanto, cuando el ludismo llegó al Lancashire, no se desplazó a ningún vacío. En Manchester y en los centros urbanos mayores ya había *unions* artesanas, comités secretos de tejedores y algunos grupos viejos y nuevos de radicales painitas, con un estrato de irlandeses broncos. El Lancashire era un campo abonado para los espías y los *provocateurs*, no porque fuera pequeño, sino porque allí se tramaban muchas cosas. Y los informes que se refieren a él son contradictorios, no porque todos los confidentes mintiesen, sino porque había contradicciones en el movimiento. En un distrito que, comparativamente, era tan sofisticado desde el punto de vista político como el Lancashire no podía dejar de haber opiniones divididas en cuanto a la destrucción de maquinaria. Este conflicto causó muchas fricciones, entre febrero y finales de abril de 1812, en los comités obreros. Así, parece que la política de ludismo propiamente dicho se aprobó, en algún momento de febrero, en reuniones de delegados de los tejedores que representaban a los comités secretos de varias ciudades. Según la declaración de un tal Yarwood, que era él mismo subdelegado del comité secreto de Stockport, los tejedores estaban inscritos y «enrolados» en una organización cuyos objetivos eran la destrucción de telares accionados por la fuerza del vapor, la recogida de dinero para armas y el rechazo de la fuerza mediante la fuerza. Se recogían las suscripciones de 1 d a la

[274] Véase Aspinall, *op. cit.*, pp. XXIII, N.º 2, 98-99 N.º 1, 100-101 N.2.

[275] Véase la declaración de A. B. Richmond, citada más arriba, p. 587. También hay una declaración completa en los *Fitzwilliam Papers*, F. 46 (g) referente a una oscura «unión de tejedores», que según se decía se extendía «desde Londres a Nottingham, y desde allí a Manchester y Carlisle», protegida por el más estricto secreto, con distintos grados de juramento y distintos niveles de organización y extrema precaución en la transmisión de documentos: la cita nocturna en los páramos, el mensaje dejado en el hueco de una estaca en la esquina de un campo determinado, etc.

semana, y se empleó efectivamente a un organizador, John Buckley Booth, un anterior «ministro disidente»,[276] que trabajó normalmente a tiempo completo durante un mes o dos. Pero en este punto la declaración de Yarwood se vuelve imprecisa. Parece que otros oficios, particularmente los hilanderos, sastres y zapateros, tenían representantes en los comités secretos de Manchester y de Stockport y que otros muchos además de los tejedores estaban «enrolados». Pero los planes reales de los comités eran desconocidos para Yarwood, que sólo era secretario de un distrito de la organización de Stockport y que entregaba el dinero y recibía las instrucciones de John Buckley Booth.

Sin embargo, a partir del relato de Yarwood, y de otros, queda claro que los comités estaban divididos. En fecha tan temprana como el 5 de abril, el comité de Manchester se negó a realizar una acción ludita: «Aquella noche reinó la discordia entre ellos. Los distritos ni siquiera aportaron suficiente dinero para pagar el poco licor que se había consumido en el Comité Secreto». Era preciso reunir el dinero necesario para enviar delegados a Bolton y a Stockport, «para informar de que Manchester no actuaría en coordinación con ellos», pidiéndoselo prestado —a sugerencia de Yarwood— al «señor Bent (...) a quien he visto en el Comité Secreto en el *Prince Regent's Arms*». Parece que los motines de abril fueron, en la mayoría de los casos, espontáneos y no habían sido incitados ni apoyados por los comités secretos. Hacia finales de abril los oficios de Manchester —en particular los hilanderos y los sastres— se negaron a pagar más dinero y el resultado fue que los de Manchester, incluyendo a Bent, quedaron excluidos de una importante reunión de delegados en Failsworth el día 4 de mayo.

A partir de este momento, se puede decir que hay dos formas de organización simultáneas —y que a veces se interferían— en el Lancashire. Por un lado, una parte del movimiento se concentraba en reactivar la agitación en favor de la paz y la reforma parlamentaria. Bent daba información de una reunión de delegados convocada para preparar una petición con este objetivo, el 18 de mayo, a la que asistieron representantes de diversas ciudades tanto del Yorkshire como del Lancashire. Como era habitual, Bent se las arregló para que le nombrasen tesorero. Para llevar adelante esta agitación, se asociaron John Knight y los «treinta y ocho» que fueron detenidos por Nadin en Manchester durante el mes de junio —como consecuencia de la información de Bent— y acusados de toma de juramentos. Por otro lado, otra parte del movimiento estaba verdaderamente implicada en preparativos de tipo insurrec-

[276] ¿Era quizás un predicador local?

cional. El 28 de marzo, Bent declaraba haber tenido una reunión con conspiradores irlandeses, «tipos peligrosamente osados, y por lo menos cuatro de ellos han participado en la rebelión de Irlanda». En abril declaró que un delegado inglés le había visitado. Este hombre, a lo largo de su trayecto, había pasado por Dublín, Belfast y Glasgow y tenía intención de proseguir su viaje hacia Derby, Birmingham y Londres. Decía que había sido dirigente en la rebelión, se llamaba Patrick Cannovan y tenía «unos cuarenta años, un aspecto elegante, bien vestido en negro y calzado con botas de Hesse».[277] La siguiente visita que tuvo Bent fue un delegado de Birmingham que pasó por Manchester de camino a Glasgow, y antes por Preston y Carlisle. Un nuevo delegado visitó a alguien del comité a mediados de mayo, procedente de Newcastle en la zona de las *Potteries*. Traía las noticias de que en aquel distrito se habían juramentado varios miles y tenían armas, pero que Londres se mostraba «muy tímida (...) no tiene el entusiasmo que cabría esperar». Los que participaban en la conspiración en Londres eran «sobre todo tejedores de Spitalfields y sastres» o «Caballeros de la Aguja».

Estas historias de un movimiento clandestino, cuyo principal canal de comunicación lo constituían los irlandeses refugiados del 98, no son intrínsecamente inverosímiles. Sin embargo, es un error dividir, de forma demasiado definida, el panorama entre reformadores constitucionales e irlandeses revolucionarios. Es igualmente posible que los reformadores políticos más sofisticados se considerasen a sí mismos como revolucionarios más serios que los destructores de máquinas.[278] «La Ejecutiva —escribió Bent a principios de mayo—:

> recomienda que la gente se mantenga en calma y que, bajo ningún concepto, altere la paz. Aquella gente que no se encuentre entre aquellos que están enrolados...

«La realidad es», escribió un jacobino anónimo del Lancashire, el 6 de mayo, que firmaba como *Tom Paine*,

> que existe una organización del pueblo regular, general, progresiva que sigue adelante. Se les puede llamar hamdenitas, sidneyitas o painitas. Me ha tocado en suerte unir a miles. Nosotros —porque hablo en nombre de multitudes— digo, nosotros negamos y rechazamos todo y cualquier tipo de conexión con los destructores de máquinas, los incendiarios

[277] Botas altas rematadas con unas borlas en la parte frontal, que utilizaban las tropas de Hesse. (*N. de la T.*)

[278] *Cf.* el comentario de Peel a la reacción de los demócratas de Halifax ante el asesinato de Horsfall: «El asesinato no encontró un defensor ni un paladín en el viejo demócrata Baines.» Peel, *op. cit.*, p. 164.

de fábricas, los exactores de dinero, los saqueadores de la propiedad privada o los asesinos. Sabemos que cualquier máquina pensada para disminuir el trabajo humano es una bendición para la gran familia de la que formamos parte. Pretendemos ir al origen de nuestros agravios y, como no nos sirve de nada presentar peticiones, pretendemos *exigir* e *imponer* una reparación a nuestras quejas.

Podemos indicar que hacia mayo de 1812, el ludismo del Lancashire y del Yorkshire había dado paso ampliamente a la organización revolucionaria que estaba estableciendo contactos, por medio de los emigrados irlandeses y de los antiguos jacobinos, con muchos centros —Sheffield, Barnsley, Birmingham, las *Potteries*, Glasgow— en los que no ocurrieron estallidos luditas. Del ludismo propiamente dicho, sólo sobrevivió el nombre del general. Para conseguir entrar en las reuniones se utilizaban tarjetas toscamente impresas, fichas, signos secretos y contraseñas.[279] Una prueba aún más tentadora son los papeles que, según se dice, se cogieron por las calles poco antes del ataque ludita a la fábrica de Foster en Horbury, cerca de Wakefield. Son dos largos discursos con una florida retórica libertaria, junto con una «Constitución» y un «Juramento», que son *idénticos que los que le fueron descubiertos a uno de los asociados de Despard* y se citaron como pruebas en su juicio.[280] A menos que supongamos que existe alguna «trampa» deliberada —y no hay razón para ello—, esto señala inequívocamente hacia algún tipo de relación entre el movimiento clandestino de 1802 y el de 1812.[281]

Los datos relativos a la existencia de un movimiento clandestino de este tipo proceden de fuentes tan diversas que, si tenemos que rechazarlos en bloque, debemos entonces recurrir a alguna hipótesis que exige una credulidad aún mayor, como, por ejemplo, la de la existencia de una auténtica fábrica de falsedades, que produciría fantasías complementarias con el único propósito de engañar a las autoridades. Así, un informador completamente diferente, un tejedor al que se designa como «R. W.», le dijo a su J. P. local, a principios de junio, que en Stockport había tenido lugar una reunión de delegados, a la que habían asistido personas de Nottingham, Derby y Huddersfield. Estos delegados echaban la culpa «a la impaciencia de la gente, en esta zona, por iniciar los motines antes del momento decidido, y antes de que hubiese suficiente número de personas

[279] Véase la ilustración situada en la portadilla de la Segunda parte.
[280] Adjuntos en reverendo W. R. Hay, de 16 de mayo de 1812, en H. O. 41.
[281] Oliver informó acerca de una reunión de delegados en el West Riding (28 de abril de 1817): «Encontré que había muchos entre ellos que no dudaban en afirmar que estaban bien preparados con Despard y compañía en 1802, y que el asunto se había estropeado completamente por la pérdida de unos pocos que no se habían cuidado de mantener una Comisión estrecha entre ellos», Narración de Oliver, H. O. 40.9.

pertrechadas con armas». Según se informaba, la fabricación de picas continuaba en Sheffield, lo cual era relativamente fácil en una ciudad que tenía tantos pequeños talleres y herrerías. Ahora se hablaba de una sublevación proyectada para fines de septiembre o principios de octubre. Cerca de Didsbury un «hombre de aspecto elegante» había hablado en un encuentro que había tenido lugar en un campo. No se dijo «una sola palabra sobre fábricas o maquinaria», sino que se hizo un llamamiento para un levantamiento de tipo *general* y no «parcial». Era un orador que «podía haber hablado desde un pulpito o un tribunal, al igual que cualquier otro hombre del reino».[282]

Pero es precisamente en el punto en que encontramos rumores de organización *nacional* y de líderes «elegantes» cuando debemos tomar precauciones. Evidentemente, los auténticos agitadores intentaban reforzar la moral de sus partidarios con grandes promesas relativas al apoyo a nivel nacional incluso de conocidas personalidades —Cartwright, Burdett, Cochrane, Whitbread, el coronel Wardle y otros— de quienes se esperaba que ayudasen a la revolución. Pero cualesquiera que fuesen los oscuros vínculos que la *union* de los tejedores, los Caballeros de la Aguja o los delegados irlandeses ambulantes proporcionaban, lo cierto es que el ludismo era un movimiento sin una dirección o un centro a nivel nacional, y sin apenas objetivos de ámbito nacional que fuesen más allá del descontento general y el deseo de derrocar al gobierno. Sobre todo, hablar —al igual que lo hacían algunos hombres como Bent— de un «Gran Comité» en Londres era completamente ilusorio y mostraba un mal entendimiento, entre los revolucionarios provinciales, acerca de cuál era su verdadera y difícil situación.

El general Maitland probablemente tenía razón cuando declaró que el ludismo no tenía «un fundamento real», y que:

> en la actualidad la totalidad de estos movimientos está limitada a las clases más bajas de la población en general; a los lugares donde hacen acto de presencia, y que no existe ninguna coordinación, ni hay un plan establecido, más allá de lo que se manifiesta en los actos manifiestos de violencia que se cometen a diario.[283]

Podemos aceptar este juicio, a condición de que nos fijemos atentamente en lo que se está diciendo. Observadores con informa-

[282] Esta discusión acerca del ludismo del Lancashire se basa ampliamente en las declaraciones de Bent, Yarywood, Whittaker, «R. W.», informes de magistrados y cartas anónimas que se hallan en H. O. 40.1 y 42.121 y 42.123.

[283] Darvall, *op. cit.*, p. 175. *Cf.* Beckett a Maitland, 29 de agosto de 1812: «debe existir una cooperación más coordinada y una mayor organización en todo lo que hacen, antes de que se pueda temer un mal serio que provenga de ellos», H. O. 79.2.

ción menos fiable que la de Maitland estaban asustados porque no podían concebir un «movimiento revolucionario» que no tuviese alguna camarilla secreta o algunos «hombres malos e intrigantes» y algunos líderes aristocráticos, o de la clase media, que fueran los instigadores secretos del resto. Cuando no se podía encontrar a esos conspiradores, entonces la opinión se desplazaba hacia el extremo opuesto: si no había personas que lo dirigiesen, entonces no podía haber movimiento revolucionario. Era inconcebible que los tundidores, los calceteros y los tejedores pudiesen intentar derrocar a la autoridad por su propia iniciativa.[284] «Parece que no había pruebas para demostrar la existencia de una *intriga*, ni pruebas para demostrar un *complot*.» Esto es lo que comentó Cobbett en el Informe del Comité Secreto de la Cámara de los Comunes en 1812: «Y esta es la cuestión que más perplejidad causa al Ministerio. No pueden descubrir *instigadores*. Es un movimiento del *mismo pueblo*.»[285]

Sin embargo era un movimiento que podía tener ocupados durante unos meses a doce mil soldados y que hacía declarar al *Vice-Lieutenant* del West Riding, en junio de 1812, que el país estaba tomando el «camino directo hacia una insurrección abierta»:

> excepto en los mismos lugares que están ocupados por los soldados, el país estaba prácticamente en manos de los rebeldes (...) de modo que los desleales sobrepasaban ampliamente a los habitantes pacíficos.[286]

Desde un punto de vista, se puede considerar el ludismo como un movimiento semejante a una «revuelta de campesinos», pero realizada por obreros industriales. En lugar de saquear los *châteaux*, atacaban los objetos más cercanos que simbolizaban su opresión, la rebotadera mecánica y el telar mecánico. Los luditas, que aparecieron cuando casi se cumplían veinte años de silencio de la prensa impresa y las reuniones públicas, no conocían dirección nacional alguna en la que pudiesen confiar, ni política nacional de ningún tipo con la que pudiesen identificar su propia agitación. Por lo tanto, el ludismo siempre fue más fuerte en las comunidades locales y más coherente cuando realizaba acciones limitadas en la industria.

[284] Véase *The Historical Account of the Luddites*, p. 11: «Prevalecía la opinión de que el objetivo de algunas de las personas comprometidas en estos excesos se extendía hasta las medidas revolucionarias y contemplaban la posibilidad de derrocar al gobierno; pero esta opinión no parece avalada por pruebas satisfactorias; y en todas partes se admite que los líderes de los motines, aunque poseían una influencia considerable, pertenecían todos a las clases trabajadoras.»

[285] Cole, *Life of Cobbett*, p. 180.

[286] Darvall, *op. cit.*, p. 310.

Si bien atacaban aquellos símbolos de la explotación y el sistema de fábrica, tenían presentes objetivos de más largo alcance, y además había grupos de «seguidores de Tom Paine» que les podían encaminar hacia metas ulteriores. Para ello no les servía ya la cerrada organización que valía para destruir la fábrica o los telares de hacer medias; en su comunidad no existía ningún *Old Sarum*[287] para derribar y las Cámaras del Parlamento estaban fuera de su alcance. Sin duda, los luditas de diferentes distritos estuvieron en contacto unos con otros; y sin duda, en el Yorkshire y Nottingham, se estableció algún tipo de dirección del distrito que sólo conocían algunos de los «capitanes», como Towle y Mellor. Pero si, como es probable, las informaciones de reuniones de delegados en Ashton, Stockport y Halifax son ciertas, allí era donde el ludismo tenía su punto débil, estaba más abierto a la infiltración de espías y era más dado a la charla frívola acerca de insurrecciones con la ayuda de los franceses, los irlandeses o los escoceses. Sólo a mediados del verano de 1812 parece que empezó a existir una organización de tipo conspirativo seria, que estaba por encima de las quejas laborales limitadas y se extendía a nuevos distritos. Hacia el mes de agosto los luditas —en opinión del capitán Raynes— deben «hacer un esfuerzo desesperado para levantarse todos a la vez», o de otro modo el movimiento quedará colapsado.[288] Hubo dos causas que acabaron con él. Primera, la revocación de las *Orders in Council* y la rápida mejora del comercio. Segunda, la presión creciente de las autoridades: más tropas, más espías, más detenciones y las ejecuciones de Chester y Lancaster.

Desde otro punto de vista, podemos entender el ludismo como un movimiento de transición. A través de la destrucción de maquinaria debemos ser capaces de observar los motivos de los hombres que empuñaban los grandes mazos. Como «movimiento del *mismo pueblo*», no nos sorprende tanto su atraso como su creciente madurez. Lejos de comportarse de forma «primitiva», en Nottingham y en el Yorkshire mostró una disciplina y un autocontrol de primer orden. Se puede considerar el ludismo como una manifestación de cultura obrera de mayor independencia y complejidad que cualquiera de las conocidas en el siglo XVIII. Los veinte años de tradición ilegal que transcurren antes de 1811 son años de una riqueza de la que no tenemos fuentes y de la que sólo podemos hacer hipótesis. En particular en el movimiento de las *trade unions* se hacen evidentes los nuevos experimentos, la experiencia y la alfabetización crecientes y la mayor conciencia política. El ludismo se desarrolló

[287] Es uno de los ejemplos notorios de *rotten borough*. (*N. de la T.*)
[288] F. Raynes, *op. cit.*, p. 58.

a partir de esta misma cultura —el mundo de las sociedades de socorro mutuo, la ceremonia secreta y el juramento, las peticiones cuasilegales al Parlamento, las reuniones de los artesanos en sus locales de encuentro— y de una forma aparentemente inevitable. Podemos situar la fase de transición en el momento en que las aguas del sindicalismo, llenas de confianza en sí mismas y contenidas por las *Combination Acts*, pugnaban por abrirse camino y convertirse en una presencia manifiesta y abierta. También hubo un momento de transición entre, por un lado, Despard y la Linterna Negra y Peterloo por el otro. «Estoy autorizado para decir», escribió desde Nottingham un «Secretario del general Ludd» para Huddersfield —probablemente no autorizado—[289] el primero de mayo de 1812,

> que en opinión de nuestro general y nuestros hombres mientras ese tipo miserable, borracho y bastardo a quien llaman Príncipe Regente y sus criados intervengan en el gobierno nada sino la aflicción recaerá sobre nosotros desde sus escabeles. También se me pide que os diga que se espera de vosotros que recordéis que estáis hechos de la misma materia que el hijo del rey y que el grano y el vino se hicieron para vosotros al igual que para él.

En los tres condados, la agitación en favor de la reforma parlamentaria empezó exactamente en el mismo punto en el que el ludismo había sido derrotado. En Halifax se fundó una de las primeras *Unions for Parliamentary Reform*, incluso antes del juicio de Baines. «Me han llegado noticias de que estáis haciendo peticiones en favor de una reforma parlamentaria», escribió George Mellor a un amigo, mientras se encontraba en espera de juicio en el castillo de York: «Quiero que incluyas los nombres que te doy a continuación.», y se adjuntaban los nombres de treinta y nueve compañeros de prisión. «Recuerda —añadía— que un alma vale más que el trabajo o el oro.» Y si llevamos esta lógica hasta su conclusión final, podemos dar crédito al exacerbado comentario de un magistrado del Derbyshire en 1817:

> Los luditas se dedican hoy principalmente a la política y a la caza furtiva. Son los líderes más importantes de los clubes Hampden que hoy día existen en casi todos los pueblos que se encuentran en el ángulo situado entre Leicester, Derby y Newark.[290]

---

[289] Además de las cartas que probablemente provenían de grupos luditas *bona fide*, el período fue productivo en cuanto a la gran cantidad de escritores de cartas que actuaban por su cuenta y riesgo. Entre los autores de los que he tomado nota están: «Señor Pistola», «Señora Ludd», «Pedro Peluche», «General Justicia», «Thomas Paine», «Un hombre Leal», «Eliza Ludd», «Abajo el Rey», «Rey Ludd» y «Joe Revoltoso», con direcciones tales como la «Cueva de Robin Hood» y el «Bosque de Sherwood».

[290] *Radcliffe MSS.*, 126/46 y 126/127A; *An Appeal to the Nation*, Halifax, 1812; Lockett a Beckett, 12 de enero de 1817, H.O. 40.3.

15
Demagogos y mártires

I. Descontento

Las guerras terminaron en medio de motines. Se habían prolongado, con un intervalo, durante veinte años. Mientras se aprobaban las *Corn Laws* (1815), las tropas defendían las Cámaras del Parlamento de las multitudes que protestaban amenazantes. Miles de soldados y marineros licenciados volvieron a sus pueblos para encontrarse con el desempleo. Los cuatro años siguientes son la época heroica del radicalismo popular.

Este radicalismo no era —como había sido el de la década de 1790— una propaganda minoritaria que se identificaba con unas pocas organizaciones y escritores. Después de 1815 las demandas de *Los derechos del hombre* aportaban pocas novedades; ahora, estaban asumidas. La mayor parte de la retórica radical y del periodismo se ocupaba de exponer, parte por parte, los abusos del sistema de «compraventa de los cargos municipales» y de «inversión en deuda pública»: impuestos, abusos fiscales, corrupción, sinecuras, detentación de varios empleos; y estos mismos abusos, que se consideraban procedentes de una camarilla de terratenientes, cortesanos y *placemen* venales y egoístas señalaban cuál era el remedio para ellos: una profunda reforma parlamentaria. Este era el mar de fondo de la propaganda radical, cuya voz periodística más insistente era la de William Cobbett y cuya voz más convincente en las *hustings* era la de Henry Hunt. «Por lo que se refiere a la *causa* de nuestras desdichas actuales —escribió Cobbett, en su famosa *Address to the Journeymen and Labourers* de 2 de noviembre de 1816— es el *enorme importe de los impuestos* que el gobierno nos obliga a pagar para mantener su ejército, sus *placemen*, sus pensionistas, etc., y para el pago del interés de su deuda.»

El «orador» Hunt trataba los mismos temas. En una de las grandes manifestaciones en los Spa Fields de Londres, a finales de 1816, declaró:

> ¿Cuál era la causa de la falta de empleo? Los impuestos. ¿Cuál era la causa de los impuestos? La corrupción. Era la corrupción la que había permitido a los traficantes municipales proseguir aquella sangrienta guerra que tenía por objeto la destrucción de las libertades de todos los países, pero sobre todo del nuestro (...) Todo lo relativo a su subsistencia y su bienestar pagaba impuestos. ¿No estaba gravado su pan? ¿No lo estaba su cerveza? ¿No estaba gravada cualquier cosa que comiesen, bebiesen, vistiesen e incluso dijesen? (...) Aquellos [los impuestos] los establecía la autoridad de una facción intrigante que no pensaba en otra cosa que en oprimir al pueblo y subsistir gracias al botín que obtenía de sus desdichas.[1]

El radicalismo era una retórica libertaria generalizada, una continua batalla entre el pueblo y la Cámara de los Comunes no reformada, en la que saltaban a la palestra un tema tras otro. Alrededor de esta batalla creció —o, quizá se podría decir, Cobbett creó— un martirologio radical y, más concretamente, una demonología en la que el príncipe regente, Castlereagh, Sidmouth, los espías —Oliver, Castle y Edwards—, la *yeomanry* de Manchester, Peel y el papel moneda, y los reformadores poco entusiastas o equívocos como Brougham, tenían todos ellos sus papeles rituales. Algunas veces, otras voces tenían más influencia que las de Cobbett o Hunt: T. J. Wooler y el *Black Dwarf*; las sátiras de William Hone; Carlile y el *Republican*. Pero esta retórica radical generalizada los abarcaba a todos y se extendía, durante los años inmediatos de la posguerra, desde sus representantes más sofisticados —Byron y Hazlitt—, el *Independent Whig* de Henry White y el *Examiner* de John y Leigh Hunt, hasta las publicaciones periódicas ultrarradicales como la *Medusa* y *The Cap of Liberty*.

Esta retórica reflejaba y, a su vez, encontraba apoyo en la actitud radical de la multitud en Londres, las ciudades y los distritos industriales. Existe una tradición apenas ininterrumpida de manifestaciones antiautoritarias de la multitud de Londres, desde los días de Wilkes, pasando por las grandes manifestaciones convocadas por la S. C. L. en 1795, a la agitación en favor de «Burdett y ¡Abajo la Bastilla!» y de allí a los grandes mítines del radicalismo de la posguerra. Incluso en los años 1802 y 1803, se puede observar esta actitud no sólo en la simpatía demostrada hacia Despard, sino también en los vituperios que acompañaron al gobernador Wall hasta

[1] *Examiner* (17 de noviembre de 1816).

su ejecución, por el delito de haber ordenado azotar hasta la muerte a un soldado inocente.[2] Diez años más tarde, cuando el viejo editor deísta, Eaton, fue puesto en la picota por haber publicado un tratado de Paine con el título de «tercera parte» de *La edad de la razón*, se produjeron manifestaciones todavía más enfáticas. «Vi al señor Eaton expuesto en la picota», recordaba Cobbett algunos años más tarde:

> El día anterior, en el mismo lugar, había sido expuesto un hombre en la picota por perjurio y le habían arrojado huevos podridos, y casi le habían ahogado con sangre y tripas traídas del matadero que habían lanzado contra su cara. ¡Qué recepción tan diferente tuvo el señor Eaton! Una multitud inmensa de gente le aclamó durante todo el tiempo; algunos le ofrecían galletas como para obsequiarle; otros le ofrecían vasos de vino y otros pequeñas banderas triunfales y ramilletes de flores. Mientras, ¡el verdugo y los agentes de la justicia recibían abucheos! *¡Esta fue la causa real de poner fin al castigo de la picota!*

La multitud —decía Cobbett— era «un espécimen de Londres», «Caballeros, comerciantes, negociantes de todo tipo, artesanos y peones y una proporción bastante importante de mujeres»: «No ignoraban la causa por la cual se encontraba en la picota (...) y aun así, no podían dar su consentimiento ante un castigo que se infligía por una *cuestión de ideas*.»[3]

Así, el radicalismo de la multitud de Londres no era un fenómeno nuevo, sino que durante los años de la posguerra alcanzó unas formas más conscientes, organizadas y sofisticadas. Lo más nuevo era el cambio en las actitudes subpolíticas de las masas en las provincias y, en especial, en las Midlands y el norte durante los años de la guerra. En la década de 1790, las autoridades sólo consideraban Norwich y Sheffield como centros irremediablemente jacobinos. Hacia los primeros años del siglo XIX, se añadieron a la lista Nottingham, Coventry, Bolton; hacia la época del movimiento ludita, se encontraban «descontentos» la mayor parte de los municipios del Lancashire y el West Riding, así como muchos otros de las Midlands; al final de las guerras, la «muchedumbre» tenía una actitud radical, desde Carlisle hasta Colchester y desde Newcastle hasta Bristol. Las pruebas de ello se pueden encontrar, a la inversa, en el extensivo programa de construcción de cuarteles durante la

[2] Cobbett, *Political Register* (6 de febrero de 1802). Junto con el *press-gang*, la azotaina era quizás una de las instituciones más odiadas de la Vieja Inglaterra. Cobbett sentó las bases de su gran popularidad entre el pueblo llano cuando le encarcelaron en 1810 por denunciar el abuso que suponía aquella costumbre. Para Wall, véase también Southey, *Letters from England*, carta 9.

[3] *Ibid.* (27 de enero de 1820).

época de guerra: entre 1792 y 1815 se construyeron ciento cincuenta y cinco cuarteles, muchos de los cuales se situaron deliberadamente en los distritos «descontentos» de las Midlands y el norte.[4] En 1792, Inglaterra estaba gobernada por el consentimiento y la sumisión por respeto, complementados por la horca y la muchedumbre favorable a la «Iglesia y el Rey». En 1816, el pueblo inglés fue sometido a la fuerza.

De ahí que el radicalismo de la posguerra a veces no fuese tanto un movimiento de una minoría organizada como la respuesta de toda la comunidad. Podemos destacar dos ejemplos, ambos de 1817. El primero es la ejecución de un marinero, Cashman, por su participación en el asalto al taller de un escopetero después del mitin de Spa Fields, el 2 de diciembre de 1816.[5] Cashman era un pescador irlandés con «muchos años» de servicio en las guerras navales, en las que había sido herido nueve veces. Según su propio relato, el Ministerio de Marina le debía más de cinco años de paga atrasada, así como una suma considerable correspondiente a la parte del botín. Jamás le habían pagado la suma de 1 libra mensual, que había transferido a su menesterosa madre que vivía en Irlanda. Hacia el final de las guerras, le habían licenciado sin dinero y cuando intentó que le indemnizaran le mandaron de una *circumlocution office*[6] a la siguiente. Durante la mañana del alboroto había estado, una vez más, en el Ministerio de Marina; cuando volvía, se encontró a un «hermano marinero, un contramaestre» que le había convencido para que asistiese al mitin de Spa Fields, invitándole a cerveza y otras bebidas alcohólicas durante el camino. No sabía muy bien cuál era el motivo del mitin y, quizá, no recordaba muy bien lo ocurrido.

Difícilmente las autoridades podían haber escogido una víctima más popular que Cashman, una víctima más propicia para despertar todas las simpatías y el radicalismo latente de la multitud de Londres. Los «marineros» británicos —muchos de los cuales habían asistido al mitin de Spa Field— se destacaban por su actitud alborotadora: «siempre son los primeros que *saltan* (...) sea para pelear, beber, bailar o armar *jaleo*.» Eran los héroes populares de incontables baladas de guerra. El injusto trato recibido por Cashman contrastaba de manera odiosa con las liberales asignaciones para los que detentaban sinecuras y para los parientes de los ministros y los jefes, junto con las 400.000 libras concedidas a Wellington

[4] Véase Halévy, *England in 1815*, edición de Penguin, I, p. 104; Hammond, *The Town Labourer*, p. 85.

[5] Véase más adelante, pp. 681-683.

[6] Oficina de «circunloquios». Nombre satírico que Dickens les daba a las oficinas del gobierno a causa de la multiplicación de formalidades que las caracterizaba. *(N. de la T.)*

para la compra de una mansión y una hacienda —además de otros emolumentos—, y las concesiones a los inspectores de puertos, que eran absentistas, o a los empleados de las oficinas del Ministerio de Marina. El mismo Cashman estaba sobre todo indignado ante la injusticia de su caso, al ser sacado por las calles en una carreta y «expuesto como un vulgar ladrón».

> No es por cobardía —exclamó—. No me veo metido en esto por robo alguno (...) Si estuviera en mi tierra, no me matarían en el humo, estaría en el fuego. No he hecho contra mi Rey y mi país nada más que luchar por ellos.

La ejecución alcanzó el carácter de una gran manifestación popular y se tuvo que defender el cadalso con barricadas y una «inmensa fuerza» de policía:

> A medida que los *sheriffs* avanzaban, la muchedumbre expresaba el más profundo sentimiento de indignación: por todas partes se oían quejas y silbidos y se hicieron intentos de abalanzarse hacia adelante (...) Cashman (...) pareció participar del espíritu de los espectadores y se unió a sus exclamaciones con un grito terrorífico: (...) «¡Viva mis valientes en la causa! ¡Victoria! ¡Ánimo!»

En el cadalso, Cashman rechazó las macabras solicitudes de confesión y arrepentimiento que le hacían dos sacerdotes anglicanos: «No me molesten, es inútil, sólo quiero la misericordia de Dios.» Luego, dirigiéndose a la multitud: «Y ahora, vosotros, herejes, gritadme tres hurras cuando caiga»; y, después de decirle al verdugo que «dejara caer el botalón de foque», Cashman «gritaba con entusiasmo en el instante en que la trampilla fatal cedió debajo de sus pies». Después de unos pocos minutos de silencio mortal, la multitud «reanudó las expresiones de disgusto e indignación hacia todas aquellas personas que habían participado en la espantosa exhibición», con gritos de «¡Asesinato!» y «¡Vergüenza!». Pasarían todavía varias horas para que el gentío se dispersara.[7]

El otro ejemplo está sacado del Lancashire durante los mismos meses. Samuel Bamford, el tejedor de Middleton que también era secretario de su Club Hampden local, fue detenido por Joseph Nadin y un grupo de soldados en su pueblo natal. Inmediatamente se reunió una multitud alrededor de Nadin y su grupo y se profirieron amenazas relativas a llevar a cabo un rescate. Los apresadores de Bamford le introdujeron en un coche escoltado por dragones y lo condujeron hasta Chadderton con la intención de hacer otras detenciones:

---

[7] *Courier* (12 de marzo de 1817); Cobbett, *Weekly Political Pamphlet* (15 de marzo de 1817); *Black Dwarf* (9 de marzo de 1817).

Cuando estábamos de camino hacia Chadderton Hall le aconsejé al conductor que detuviese el coche y volviera hacia Manchester, asegurándole que aquel día no detendrían a nadie más de mi grupo, y para ratificárselo le señalé hacia los cerros de Chadderton y la zona vecina, en los que multitudes de gentes corrían como cazadores, como si pretendiesen salir al encuentro del coche cerca de Royton. Todo el país estaba alerta, le dije, y todos los que le podían interesar estarían advertidos de su llegada. Refunfuñó un oscuro juramento. Diciendo que jamás había visto algo parecido con anterioridad. El oficial que estaba al mando de los dragones, que cabalgaba al lado de la puerta del coche, observó que había visto algo parecido en Irlanda, pero jamás en otra parte.[8]

II. Problemas de dirección

El Club Hampden se fundó en 1812. No era un grupo importante en sí mismo: era un grupo selecto de reformadores *whig*, cada uno de los cuales estaba en posesión de un ingreso anual de unas 300 libras provenientes de la propiedad de tierras. Sin embargo, le ofreció al comandante Cartwright una plataforma desde la cual hacer llamamientos públicos y también una base para hacer giras por las Midlands y el norte, haciendo campaña por la causa de la reforma parlamentaria. A los que criticaban su propaganda les respondió: «Los *gentlemen* ingleses siempre viajan. Algunos de ellos van a visitar lagos y montañas. ¿Por qué razón no iba a ser igualmente admisible viajar para ver la situación real de un pueblo hambriento?»[9]

Es difícil exagerar la importancia de las giras evangelizadoras de Cartwright en 1812, 1813 y 1815. Durante quince años los grupos de reformadores parlamentarios de todo el país habían carecido de una dirección o una estrategia a nivel nacional, excepto la que procuraban Burdett y el Comité de Westminster o el *Register* de Cobbett. Tanto Cartwright como Cobbett consideraban la fase insurreccional del ludismo como algo detestable e infructuoso. Pero, a la vez, ambos miraban con un interés renovado hacia el norte y las Midlands, donde el malestar era creciente. La dramática apelación de Cobbett a los «oficiales y peones» no tuvo lugar hasta

[8] S. Bamford, *Passages in the Life of a Radical*, edición de 1893, p. 77.

[9] F. D. Cartwright, *Life and Correspondence of Major Cartwright*, 1826, II, p. 45; E. Halévy, *The Liberal Awakening*, edición de 1949, pp. 11 y siguientes.

1816. Fue el inflexible comandante, que ahora tenía unos setenta años, quien decidió entrar en los condados luditas.

No estaba dentro del proyecto de Cartwright formar un movimiento «obrero» radical. Ciertamente, pensaba que era su deber oponerse a «cualquier tentativa de incitar a los pobres a invadir la propiedad de los ricos. Las condiciones de vida de los pobres no se arreglarán con una invasión de aquella propiedad, sino mediante (...) leyes iguales». La presión en favor de la reforma se podría conseguir mejor «mayoritariamente gracias a las clases medias». Cartwright deseaba desviar el descontento insurreccional hacia formas constitucionales[10] y sentar las bases para la formación de un movimiento de ámbito nacional que estuviese presentando continuamente peticiones al Parlamento. En el Club Hampden de Londres se había visto obligado a abandonar su opinión en favor del sufragio universal y los Parlamentos anuales y a transigir con la petición de un sufragio restringido a los contribuyentes. A pesar de ello, los reformadores patricios se quejaban de sus opiniones extravagantes e incluso dejaban de asistir a las cenas anuales del club. Y el comandante, a su vez, despreciaba a los tibios reformadores de tendencia *whig*. Creía todavía en la agitación entre «innumerables miembros». Le interesaban más los principios de los hombres que trabajaban con él que sus ingresos o su ocupación.

En este aspecto demostraba ser valiente. En mayo de 1812, escribió: «Hace poco he estado en contacto con personas conectadas con los distritos tumultuosos.» «Están deseosos de recibir el consejo y la aprobación de *nuestra sociedad*, para reconducir el descontento hacia un conducto legal favorable a la reforma parlamentaria.» En enero de 1812 había visitado ya Derby y Leicester e intentado celebrar un mitin público en favor de la reforma, en Nottingham, en el punto culminante de los asaltos luditas. En cartas abiertas a la *Nottingham Review*, había protestado por la timidez de aquellos *gentlemen* reformadores que no le habían apoyado: «cuando los negocios quiebran y los obreros *no pueden obtener pan* (...) ¿no es ese, señor, un *momento apropiado* para reunirse?» Cuando encarcelaron a John Knight y a los «Treinta y ocho», en Manchester durante el verano de 1812, Cartwright escribió inmediatamente para darles aliento y ofrecerles ayuda en la defensa. En otoño decidió penetrar de nuevo en los «distritos tumultuosos».

[10] De Cartwright a Thomas Hardy, 5 de enero de 1801: «No estoy de acuerdo con los que piensan que ahora ya es demasiado tarde para sosegar los ánimos públicos de modo que se detengan en la Reforma, en lugar de dirigirlos hacia una revolución (...). El ejemplo de Francia actuaría verdaderamente para impedir nuestra idea de situar las cosas en una perspectiva totalmente nueva», F. D. Cartwright, *op. cit.*, 1, pp. 292-293.

En su gira de 1812 celebró mítines en Leicester, Loughborough —al que asistieron seiscientas personas—, Manchester, Sheffield, Halifax, Liverpool y Nottingham. En enero y febrero de 1813, emprendió una segunda gira, en la que celebró mítines en treinta y cinco lugares de las Midlands, el norte y el oeste, en menos de treinta días.[11] Cabe apuntar que esta gira —y las de Oliver en 1817— nos recuerda que tenemos demasiada predisposición a exagerar las dificultades de comunicación antes de la existencia de los ferrocarriles. En cada uno de esos centros había núcleos de reformadores que se habían encargado de la organización del mitin. Cartwright se ponía a su servicio sin importarle que fuesen *gentlemen*, hombres con pequeños negocios, artesanos o tejedores; y volvió correctamente la espalda a la tibia *gentry* y a los grandes patronos *whig* que se escandalizaron ante la chusma con la que se relacionaba. Incluso su antiguo compañero Wyvill le denunció, en un folleto firmado con seudónimo, por tolerar a los luditas y a los incendiarios. Cuando los Amigos de la Reforma Parlamentaria celebraron una cena en su honor en Sheffield, un fabricante que se consideraba a sí mismo un reformador se sintió ofendido porque «las entradas de la cena eran tan baratas que la compañía, con muy pocas excepciones, era de la categoría más baja». Predominaban los partidarios del «Parlamento anual y del sufragio universal», y la presidencia la ocupó «uno de nuestros hombres violentos».[12]

Cartwright afirmó que había vuelto de esas dos giras con doscientas mil firmas recogidas en favor de la petición de la reforma. Posteriormente, en 1815, una nueva gira le condujo a Escocia. Los mítines acontecieron con bastantes problemas. En Huddersfield, el 22 de enero de 1813 —sólo una semana después de la ejecución de catorce luditas—, el mitin fue invadido por el ejército, se confiscaron los documentos y las peticiones, se detuvo a Cartwright y a los reformadores locales —que en su mayoría eran «obreros manuales»— y sólo el manifiesto conocimiento de la Constitución por parte del comandante impidió una persecución posterior. En Bolton, Rochdale y Salford, se encarceló o castigó a los reformadores que recogían firmas en favor de sus peticiones. Podemos suponer que, puesto que Cartwright pasaba rápidamente de una ciudad a otra, los nacientes clubes que dejaba tras de sí tenían grandes dificultades para mantenerse. Hasta 1816 no echaron raíces en los distritos manufactureros.[13]

[11] Lutterworth, Hinckley, Leicester, Loughborough, Chesterfield, Sheffield, Huddersfield, Bradford, Wakefield, Leeds, Preston, Wigan, Liverpool, Bolton, Manchester, Leeds, Stockport, Newcastle, Birmingham, Worcester, Tewkesbury, Gloucester, Stroud, Bath, Shepton Mallet, Bridgwater, Taunton, Wellington, Bristol, Calne, Malborough, Newbury, Hungerford, Abingdon y Reading.

[12] F.D. Cartwright, *op. cit.*, I, p. 243. II, pp. 17, 21, 31-35. 110; H. O. 42.119; *Nottingham Review* (27 de diciembre de 1811, 3 y 17 de enero de 1812); T. A. Ward, *Peeps into the Past*, p. 191.

[13] F.D. Cartwright, *op. cit.*, pp. 47-55; *Fitzwilliam Papers*, F.46 (g); *Radcliffe MSS.*, 126-127.

Los baluartes del jacobinismo estaban situados en los centros artesanos. Después de 1815 no es posible hacer una definición clara. En diferentes momentos entre 1815 y 1832 la agitación contra determinados abusos —el impuesto sobre la renta, el diezmo, las *Corn Laws*, las sinecuras— se extendió entre muchísimos sectores de la población. Los fabricantes, los agricultores, la pequeña *gentry*, los profesionales así como los artesanos y los labriegos compartían la demanda de algún tipo de reforma parlamentaria. Pero el empuje firme del movimiento de reforma provino de «las clases trabajadoras»: tejedores de medias, tejedores de telar manual, hilanderos de algodón, artesanos y, asociados con ellos, una profusión de pequeños patronos, gentes de oficio, taberneros, vendedores de libros y profesionales, de aquí y de allí, entre los cuales surgieron a veces los dirigentes de las sociedades políticas locales.

Las características del movimiento en favor de la reforma diferían de una región a otra y esto tenía sus consecuencias en cuanto a su estrategia y sus acentos. En Bristol, donde Henry Hunt era el portavoz de una impresionante agitación antes de que terminasen las guerras, los artesanos, particularmente los cordobaneros y los vidrieros, eran muy importantes.[14] En el sur del Lancashire, donde el abismo entre los grandes fabricantes y los obreros era más profundo, el movimiento obrero en favor de la reforma era muy «independiente», manteniendo incluso las distancias con los reformadores activos de la clase media de Manchester. En el West Riding, las diferencias económicas no eran tan agudas, los tejedores manuales no entraron en su peor fase de crisis hasta los últimos años de la década de 1820, y en Leeds se daba algún tipo de colaboración entre los artesanos y los reformadores de la clase media. En Birmingham, donde la pendiente de la gradación social era menos inclinada y donde los artesanos tenían todavía aspiraciones de llegar a ser patronos con pequeños negocios, existía un vigoroso radicalismo autóctono que recibía el apoyo de muchos patronos y que estaba dirigido, hasta cierto punto, por la clase media.

El radicalismo de Manchester, Birmingham o Leeds tenía una relación directa con la estructura de cada comunidad. Más difícil es señalar un auténtico radicalismo londinense que derivase de su estructura industrial o sus características como comunidad. Todo aquel que aspiraba a ser un dirigente radical o a tener influencia tenía un grupo de partidarios en Londres: Cobbett, Burdett, Carlile, Thislewood, los benthamitas, Henry Hunt y otros muchos. De

[14] Henry Hunt, *Memoirs*, 1822, III, pp. 7-12.

las imprentas de Londres surgía una profusión constante de documentos y de libros radicales, pero el mismo Londres pocas veces aparecía como un foco nacional para la organización popular de la reforma, hasta la víspera de 1832.

El problema reside, en parte, en el tamaño de Londres y en la diversidad de sus ocupaciones. En los centros industriales era posible que surgiese una dirección local de hombres conocidos por una comunidad que los apoyaba. En Londres había varios distritos radicales sólidos —entre los cuales estaban, Bethnal Green, Lambeth, Southwark, Finsbury, Islington— de los que algunas veces surgían líderes. Los spenceanos y los conspiradores de la calle Cato esperaban, llenos de confianza, obtener el apoyo del populacho en general y particularmente de los obreros de la construcción, los estibadores y los *navigators* que excavaban el canal de Paddington. La mayoría de las veces se podía confiar en que los tejedores de seda de Spitalfields participasen en las manifestaciones radicales, mientras que los reformadores constitucionalistas de Westminster contaban con un sólido apoyo de los clubes de oficio artesanales; en cambio, la jefatura real de Londres tendía a estar sobrepuesta a este apoyo, en vez de surgir de forma directa de él. En Londres había más posibilidades de movilidad social para el artesano inteligente que en Barnsley o Loughborough. En las poblaciones industriales o en las ciudades más pequeñas, los mismos líderes radicales podían permanecer en sus puestos, con pequeños cambios en sus ocupaciones y en su posición social, durante veinte o incluso cuarenta años.

Con respecto a los líderes de Londres se da una sensación de transitoriedad. Personalidades destacadas a nivel nacional, oradores, intrigantes políticos, periodistas o demagogos de taberna se sucedían unos a otros en la situación de estar de moda y a menudo se enzarzaban en encarnizadas polémicas para destruirse mutuamente ante la vista del público. Además, el radicalismo de Londres salió muy dividido de las guerras. El viejo Comité de Westminster era el candidato evidente al mandato. Pero, por entonces, este comité había dado pasos decisivos en dirección a la alianza entre los reformadores artesanos y los de la clase media. Burdett, cuyo entusiasmo radical se estaba enfriando, empezó en abril de 1816 una campaña para que se admitiera el derecho a voto a todos aquellos que pagaban impuestos directos. Recibió el apoyo del Comité de Westminster, que había inaugurado la agitación de la posguerra con una petición contra el impuesto sobre la renta: un reclamo directo para ganarse el apoyo de las clases propietarias y en particular de los reformadores de la *City*, cuyo portavoz era Alderman Waithman. Lord Cochrane ocupaba todavía el otro escaño de Westminster, con el entusiasmo byroniano del patricio revolucionario,

pero su reputación se había empañado debido a algunos escándalos producidos en la Bolsa; además, no tenía muchas dotes de líder político y, cuando renunció a su escaño para enrolarse como filibustero democrático en las guerras de Sudamérica, se le sustituyó finalmente por el benthamita John Cam Hobhouse, a quien Burdett y Place preferían frente a los candidatos favorables al sufragio universal, Cartwright o Hunt.[15]

Este cambio en Westminster no fue casual. Francis Place y sus compañeros artesanos y patronos con pequeños negocios —algunos de los cuales, como Alexander Galloway, eran ahora grandes empresarios— habían abandonado sus convicciones jacobinas: la creencia en el sufragio universal y en la agitación popular ilimitada. Menospreciaban a la chusma de Londres y se sentían alarmados por sus elementos alborotadores e insurgentes. Tenían poco contacto con el mundo de las tabernas en el que estaba empezando a actuar una nueva generación de agitadores. Place declararía más tarde que Cobbett era «demasiado ignorante (...) para darse cuenta de que el pueblo llano siempre sería imbécil a ese respecto —a saber, la organización política— siempre que no fuese estimulado y recibiese el apoyo de otras personas que tienen dinero e influencia». El mismo Place se encontraba bajo la influencia directa de Bentham y de James Mill. Aunque no dejó de ser un radical en cuanto a su desprecio por la ineficacia y el irracionalismo del gobierno aristocrático, y en su indignación ante las *Corn Laws* o ante cualquier legislación represiva, era profundamente hostil a cualquier estrategia que se dirigiera de forma manifiesta a la agitación y la organización populares. El 30 de enero de 1817, mientras los representantes de los clubes Hampden se reunían en una conferencia en Londres, Place redactó una declaración propagandística para el *Reformist's Register* de Hone, que era un claro intento de rescatar al movimiento en favor de la reforma de la influencia de la política de sufragio universal: «*Ahora*, como en *otros* tiempos, se debe confiar la salvación de todo lo que debe ser querido a los ingleses, a la clase *media* (...) De *esta* clase debe proceder (...) todo lo bueno que se puede conseguir.»[16]

Hacia 1817 Cobbett ya había dado al Comité de Westminster el sobrenombre «el Residuo».[17] Hacia 1820 lo condenaba como «un pequeño grupo de hombres que se han estado entrometiendo

[15] Casi todos los radicales avanzados se opusieron a esta elección. Véase Wallas, *op. cit.*, p.138.

[16] Add MSS. 27809 ff. 16, 17, 51. Hay que decir que Hone no siguió las directrices editoriales de Place.

[17] *The Rump* en el original inglés. Se denomina así a un resto, pequeño y sin importancia, de un grupo de personas. En particular se utiliza para hacer referencia al Parlamento. *(N. de la T.)*

en los grandes asuntos políticos de Westminster», una «pequeña corporación, delicada y acomodada, que ha tenido la suficiente amabilidad de arrogarse la tarea de (...) escoger a los diputados que debían representar a esta Ciudad en el Parlamento», y como una «despreciable camarilla (...) que ha convertido, a todos los efectos, a Westminster en un *rotten borough*, como lo son Gatton u Old Sarum».[18] No tiene mucho sentido dedicarse a escudriñar todo el lodo que Burdett y Place, por un lado, y Cobbett y Hunt, por el otro, se dedicaron a lanzarse mutuamente durante estos años. Es más importante señalar que, en 1816, la estrategia del grupo mejor organizado entre los radicales de Londres iba dirigida a separar el movimiento de todo el país de la influencia de Hunt y Cobbett; y a vincular a un grupo de partidarios obreros con una nueva dirección parlamentaria cuyas estrellas nacientes eran Hume, Hobhouse y Brougham.

Una estrategia como ésta tenía muy pocos atractivos para los reformadores más apasionados de la tradición jacobina, tampoco los tenía para los elementos más radicales de la multitud de Londres. Sin embargo, la única jefatura alternativa al Comité de Westminster que se postuló en 1816 fue la de la pequeña Sociedad de Filántropos Spenceanos. El mismo Thomas Spence había muerto en septiembre de 1814 y le habían «enterrado con alguna pompa» «unos cuarenta discípulos», entre los cuales habían organizado la sociedad. Se supone que entre los dirigentes se encontraban los dos Watson, padre e hijo,[19] Arthur Thistlewood, Thomas Preston, Alien Davenport y los dos Evans, padre e hijo. En la mayoría de las historias figuran como chiflados y como nulidades, debido a los recuerdos escritos por Place: Watson, el mayor, como «un hombre de costumbres relajadas (...) horriblemente pobre», su hijo como «un tipo salvaje y libertino». Evans, el bibliotecario de la sociedad, como un excéntrico que «solía ir andando desde su casa a las tabernas donde (...) se celebraban las reuniones de la *sociedad*, con una vieja biblia debajo del brazo».[20]

Los spenceanos, seguía Place, no eran «cercanos a nadie ni a nada», eran «inofensivos y simples». Pero en tanto que eran los principales contendientes de Place y el Comité de Westminster, en 1816-1817, para dirigir el radicalismo de Londres, Place no es un testigo desinteresado. Para un benthamita, la obra *Christian Policy the Salvation of the Empire* (1816) de Thomas Evans, debió parecer una locura. Pero se puede sugerir que el socialismo agrario de Evans era

[18] *Political Register* (9, 16 de diciembre de 1820).
[19] No debe confundirse con James Watson, el librero radical y asociado de Carlile y Hetherington.
[20] Add MSS. 27809 ff. 72, 99.

mucho más racional y fue una semilla más fructífera que el «Cálculo de Producción de Felicidad» de Bentham. Los partidarios de Spence habían ganado mucho apoyo entre los clubes de oficio, en especial entre los zapateros. Su política —que «todo feudalismo o señorío sobre la tierra debe ser abolido, y que el territorio se debe declarar explotación agrícola común del pueblo»— preparaba las mentes de los artesanos para la aceptación de la *New View of Society* de Owen.[21]

Los spenceanos eran algo más que «simples» y también —en 1816— tenían alguna influencia. En el vocabulario de Place, no ser «cercanos a nadie ni a nada» significaba no tener resortes que manipular en el Parlamento ni en los círculos influyentes de la clase media, pero, por supuesto, Preston y Thistlewood conocían el mundo de las tabernas de Londres mejor que Place. Durante las guerras, los spenceanos habían sido partidarios de la práctica política «despreocupada», de las reuniones informales en Lambeth o Bethnal Green. El informe de la Comisión de Materia Reservada, de febrero de 1817, en el que se afirmaba que las sociedades spenceanas se habían multiplicado después de la guerra entre los trabajadores manuales y los fabricantes, y los soldados y marineros licenciados, quizá no era tan alarmista como generalmente se ha supuesto. Existen algunas pruebas de que, hacia finales de 1816, los spenceanos habían reorganizado su trabajo en secciones y divisiones, según el viejo proyecto de la Sociedad de Correspondencia de Londres.[22]

Además, quizás existe alguna confusión en la misma denominación, «spenceanos». Sin duda, Evans era discípulo de Spence: él y su hijo fueron perseguidos por las autoridades, con un excepcional espíritu de venganza, porque habían tenido el valor de declararse a favor de la expropiación de los terratenientes en papel impreso: un Parlamento compuesto por terratenientes no podía imaginar un crimen más espantoso. Él y su círculo realizaron una pequeña propaganda filosófica en favor del socialismo agrario en 1816-1817.[23] Pero los líderes políticos más influyentes en Londres —el doctor James Watson, Arthur Thistlewood y Thomas Preston— probablemente deben ser designados, de forma más adecuada, como republicanos,

[21] Para la *Christian Policy* de Evans, véase más arriba, p. 188.

[22] Véase O. D. Rudkin, *Thomas Spence and his Contemporaries*, pp. 146-149; A. W. Waters, *Spence and his Political Works*; A. Davenport, *The Life, Writings and Principles of Thomas Spence*; W. M. Gurney, *Trial of James Watson*, 1817, I, p. 45; *Address of the Spencean Philanthropists*, 1816, p. 4.

[23] Véase los pequeños periódicos que editaba Robert Wedderburn, hombre de color —hijo de un *gentleman* escocés y una esclava jamaicana— y sastre «más duro que el pedernal». *The Forlorn Hope* y *The Axe Laid to the Root*, ambos de 1817. Los Evans fueron encarcelados, por segunda vez, bajo la suspensión del *hábeas corpus* en 1817-1818, y su caso atrajo una gran simpatía.

o jacobinos pertenecientes a la vieja tradición painita, que —ante el extendido desempleo de los años de la posguerra— coincidieron en que el remedio de volver a las pequeñas explotaciones agrícolas y al laboreo de azadón era una solución al problema del hambre.[24] Es difícil encontrar información acerca del doctor Watson. Tenía quizás unos cincuenta años en 1816, en su juicio le describieron como «médico y químico», era pobre y posiblemente estuvo implicado en el trabajo político clandestino durante algunos años.[25] Era amigo de aquel otro cirujano jacobino, John Gale Jones, que había tomado la palabra en varios mítines bajo su presidencia. Arthur Thistlewood, ex oficial del ejército y *gentleman* que se había dedicado a la agricultura con anterioridad, había estado en Francia a finales de la década de 1790 y, según un relato, había servido en los ejércitos revolucionarios. Preston, aunque a veces se le menciona como zapatero, parece que fue un patrono con un pequeño negocio del ramo del cuero.

> He visto tanta desgracia en Spitalfields —le dijo al alcalde en diciembre de 1816— que le he rogado a Dios que me hiciese desaparecer. He visto a una mujer joven y bella que no había dormido en cama durante nueve meses. Yo mismo estoy arruinado, no tengo una sola libra, y tengo que mantener a cuarenta hombres trabajando.

Estos hombres componían el núcleo del ultrarradicalismo de Londres, ya fuesen spenceanos u *old Jacks* que estaban situados en la tradición conspirativa de Despard. Su terreno de agitación eran los clubes de oficio y las tabernas.[26] Samuel Bamford y sus compañeros delegados de los clubes Hampden del norte asistieron a varias de esas reuniones cuando se encontraban en Londres durante los primeros meses de 1817.[27] Es probable que la mayor parte de ese grupo heredase la idea de Despard, de que Londres debía desempeñar el papel de París en una revolución inglesa, ya fuese mediante motines que culminasen en una insurrección general dirigida contra la Torre, las cárceles y el edificio del Parlamento, o por medio del *coup d'état*. No se debería dar por supuesto que un movimiento insurreccional, en 1817 o 1819, —si hubiese conseguido tener el ímpetu suficiente— no habría alcanzado un éxito transitorio. Pero, si bien varios de estos grupos tuvieron la lamentable ocasión de demostrar

[24] Véase el resumen del discurso del doctor Watson en Spa Fields, más arriba, p. 260.
[25] Véase el interrogatorio de Thomas Preston ante el alcalde, 4 de diciembre de 1816: «Siempre consideré a los Watson —a ambos— como los hombres más valientes de Inglaterra (...) los dos son cirujanos, creo.» T. S. 11.203. Véase también entrada en *D. N. B.*
[26] «Preston habló de un club libre y abierto como la mejor forma de reunir a los hombres (en Spitalfields).» Declaración de J. Williamson, 24 de septiembre de 1817, T. S. 11.197.
[27] Bamford, *op. cit.*, pp. 25-26.

que eran valerosos, nada les puede eximir de la acusación de absoluta inexperiencia. Cayeron víctimas de su propia y excesiva retórica: conspiraban con bombas de mano y picas caseras, pero eran incapaces de levantar y defender una sola barricada en las calles de Londres y en más de una ocasión quedaron presos en actitudes románticas poco originales. Los espías de Sidmouth se infiltraban con facilidad en ese submundo de bravuconada de taberna. Ahí fue donde Oliver obtuvo las credenciales que le dieron acceso a los comités de reformadores de las Midlands y el norte. Y sobre los dos auténticos intentos conspirativos de Londres —los motines de Spa Fields y la calle Cato— siempre penderá la sospecha de que en una proporción de más de la mitad fueron obra de Castle y Edwards, los agentes provocadores del propio gobierno.

De este modo, el movimiento reformista de Londres empezó dividido entre los constitucionalistas prudentes, por un lado, y los conspiradores, por el otro. El terreno intermedio entre esos dos extremos lo ocupaban Cartwright, Hunt y Cobbett, pero no podemos apreciar toda la complejidad del problema de la organización y la dirección radical a menos que miremos qué ocurría fuera de Londres, y tengamos también en cuenta la situación en que se encontraban todavía los reformadores, debido a las *Seditious Societies Act*,[28] bajo la cual se suprimieron, en 1799, las sociedades de correspondencia.

Bajo esta ley, ninguna organización política de ámbito nacional era legal. Además, era ilegal crear sociedades locales que fuesen secciones de una sociedad nacional, o que se comunicasen con un centro nacional mediante correspondencia o intercambio de delegados. Cabe señalar que esta legislación todavía resultó ser una dificultad para la *National Charter Association* en 1841. Los únicos derechos incontestables de los reformadores eran: primero, formar clubes o grupos de discusión autónomos locales;[29] segundo, el derecho a presentar peticiones al Parlamento o al Rey y reunirse con este objetivo.[30]

El club informal y la reunión en la taberna era una parte del proceso democrático que sobrevivió a la represión de 1796-1806, tanto en las provincias como en Londres. Un corresponsal del *Leeds Mercury* de 1802 hacía referencia a las «sociedades y clubes» en los que las gentes de oficio...

---

[28] Ley de sociedades sediciosas. *(N. de la T.)*

[29] Algunos magistrados provinciales difícilmente aceptaron esto como un «derecho» y se encargaron de intervenir y disolver las reuniones. El club Hampden de Leeds fue disuelto por intervención judicial.

[30] Incluso en los peores años de represión, el mismo gobierno alabó este derecho «inviolable», pero no hizo nada en la práctica. Véase también P. Fraser, «Public petitioning and Parliament before 1832», *History*, XLVI, 158 (octubre 1961).

...se reunían todas las noches, en tabernas y salones públicos. Casi todas las calles de una gran ciudad tienen un pequeño cenáculo que responde a esta descripción; y hace tiempo que los ingleses libres pedían —lo que todos los gobiernos han reconocido— los privilegios de sentarse para discutir sobre los asuntos de la nación con una jarra de cerveza negra en la mano.[31]

En «sociedades» como éstas se reunían, en Newcastle y durante las guerras, Bewick y compañeros menestrales radicales. Durante la elección de 1812, Brougham le escribió a lord Grey desde Liverpool:

No se puede hacer una idea de lo que es una elección en Liverpool (...) Cada noche tienes que ir a los diferentes clubes, sociedades de socorro mutuo, etc., que se reúnen y disertar prolijamente (...) En las proximidades de la elección tuve que ir durante nueve noches a los clubes, además de hacer cada día un discurso regular. En aquella época hice más de ciento sesenta discursos.[32]

Cobbett podía escribir en 1817:

Tenemos clubes Pitt, clubes *whig*, clubes para la supresión del vicio, clubes para descubrir y castigar a los ladrones, clubes de Biblia, clubes escolares, clubes benéficos, clubes metodistas, clubes Hampden, clubes spenceanos, clubes militares, clubes de marina, clubes de juego, clubes de comida, clubes de bebida, clubes de patronos, clubes de oficiales y miles de otros tipos de clubes y asociaciones.[33]

Pero el paso desde el grupo informal de taberna al club radical declarado —Club Hampden o *political union*— era un gran paso. Poseemos documentos interesantes acerca de las discusiones que acompañaron la formación de los primeros clubes Hampden en el Lancashire. Por ejemplo, está el informe de un confidente que asistió a la «reunión del comité de la reforma» que tuvo lugar en el Sign of the Dog, Little Bolton, en noviembre de 1816:

John Kay inició la cuestión preguntándonos si habíamos sopesado pausadamente, en nuestras mentes, las consecuencias. Dijo: «¿Estáis preparados para sufrir persecución, por separado y en vuestras propias personas por el bien de esta buena y gran causa que es la reforma? (...) Nuestra tarea es difícil y peligrosa. ¿Estáis dispuestos, los que aquí estáis, a comprometeros en ella tal y como es?

Dijo Robert Bradley: «Sé que sufriremos, tal y como están las cosas, *Tengo miedo mientras dure el invierno*.» Dijo que nuestros opresores nos han conducido a una situación en la que apenas vale la pena conservar la vida y la libertad (...) Kay dijo que es legal buscar la reparación por el

[31] *Leeds Mercury* (6 de marzo de 1802).
[32] Brougham, *Life and Times*, 1871, II, p. 62.
[33] Cobbett, *Weekly Political Pamphlet* (1 de marzo de 1817).

camino de la reforma. Pero, cuando el Parlamento se reúna, *puede ilegalizar* el hecho de reunirse y no es probable que renuncien mansamente a sus sinecuras, pensiones, etc., que han disfrutado durante años. Dijo que los hombres malvados sacrificarán a la mitad de la población antes que renunciar de forma pacífica, si renuncian será por la fuerza y en su caída aplastarán a miles de nosotros.

Se acordó escribirle al señor Knight —el veterano de Oldham del juicio de los «Treinta y ocho» de 1812—, y también al «señor W. Cobbett a su residencia», «rogándoles que nos informasen acerca de si sería legal recoger dinero en la puerta para sufragar los gastos que corresponden a alquiler y contactos, propaganda política, etc.». También se ha conservado la respuesta de John Knight a esta petición:

Señor, acabo de recibir su carta y paso a contestarla diciéndole que puede alquilar una sala con el objeto de discutir cuestiones políticas o de otro tipo —sin autorización para ello—, siempre que no se pida dinero para ser admitido ni se cierre la puerta de entrada durante la sesión, sino que la gente pueda entrar y salir a voluntad. En una carta de Londres que recibí ayer se recomienda que este tipo de reuniones se anuncien públicamente, que de ello se informe a un magistrado y además se recomienda que se eviten las reuniones secretas y que a las reuniones acuda tanto público como sea posible; el lenguaje que en ellas se utilice debería ser pacífico y constitucional, pero firme y claro. Aquí [es decir, en Manchester] hemos alquilado una sala con una capacidad para unas mil personas. Habíamos pensado *abrirla al público el próximo lunes*, pero con la esperanza de ganar un considerable número de personas pertenecientes a las clases altas (como las llaman) si lo retrasamos una semana, hemos acordado hacerlo.[34]

Muy probablemente Knight recibía consejo del comandante Cartwright o de Thomas Cleary, su lugarteniente. Tanto en el Lancashire como en Leicestershire, durante el invierno de 1816-1817, los diversos clubes mantuvieron correspondencia libremente, unos con otros, dentro del condado e incluso llegaron lo bastante lejos como para convocar concurridas reuniones de delegados o de comités del condado. El 6 de enero de 1817 un confidente infiltrado en el club de Leicester podía informar:

Se ha enviado una representación a Manchester. Fueron Graham y Warburton. Graham hizo constar la gran miseria a la que se ha llegado en el Lancashire. Que la mayor parte de la gente pobre sólo podía conseguir un poco de agua, sal y harina de avena; algunos sólo hacían una comida al día y algunos una comida en tres días. Después leyó una

[34] H.O.40.3, citado en H.W.C. Davis, *Lancashire Reformers, 1816-17*, Manchester, 1926, pp. 21-22.

carta procedente de Derby en la que se decía que una persona de Manchester visitaría el club de Leicester en su camino hacia Birmingham y Bristol. Después leyó una carta del comandante Cartwright que decía que había recibido información de catorce sociedades diferentes que tenían intención de enviar delegados a un Comité de Londres el 22 de enero.[35]

Pocas semanas después, los reformadores del Lancashire habían ido incluso más lejos. En un encuentro de delegados celebrado en Middleton, a la que asistieron «representantes del Cheshire y del West Riding» así como del Lancashire, se nombraron cuatro «enviados»: dos para viajar a través de las *Potteries* hasta Birmingham y otros dos para celebrar reuniones en el Yorkshire. También se acordó que «todos los grupos que hiciesen peticiones en todo el Reino Unido deberían mandar (...) uno o más representantes a Manchester (...) para contribuir a reducir toda la fuerza de las *Unions* a un solo punto de vista».[36]

Así, en los últimos meses de 1816 se produjo un crecimiento muy notable de los clubes Hampden provinciales y de las *union societies*,[37] y a las pocas semanas de su formación esos clubes estaban intentando ya establecer contactos a nivel regional y nacional. Sin embargo, en la realidad, fueron Cartwright y los clubes Hampden de Londres los que convocaron una convención de representantes de clubes que se reunió a finales de enero de 1817, en la taberna *Crown and Anchor*. Esta reunión, a la cual asistieron setenta delegados, intentó abrir una vía para eludir la ley, reuniéndose en sesión pública y declarando que representaba a «personas enviadas desde ciudades que habían presentado peticiones, grandes urbes y otro tipo de comunidades para conferenciar juntas (...) sobre los mejores medios de realizar una reforma constitucional». Las autoridades no interrumpieron su marcha; si comparamos este hecho con el trato que recibió la Convención Británica en Edimburgo, en 1793, veremos que supone un ligero avance. Sin embargo, la reunión acentuó a su vez la incoherencia del movimiento en un plano nacional.

El trasfondo inmediato de la reunión era la creciente influencia popular de Cobbett y los grandes mítines de Spa Fields, realizados en los meses de noviembre y diciembre de 1816, en los que Henry Hunt intervino como orador. El relato de Bamford es bien conocido:

[35] H. W. C. Davis, *The Age of Grey and Peel*, p. 181.
[36] H. W. C. Davis, *Lancashire Reformers*, pp. 27-28.
[37] Además del Lancashire y el Leicestershire, los centros principales de los clubes Hampden eran Nottinghamshire, Derbyshire, Birmingham, Norwich y zonas del West Riding.

En aquella época los escritos de William Cobbett adquirieron de pronto una gran autoridad; se leían en casi todos los hogares de los *cottages*, en los distritos fabriles del sur de Lancashire, en los de Leicester, Derby y Nottingham y también en muchas de las ciudades fabriles escocesas (...) Cobbett señalaba a sus lectores la verdadera causa de sus sufrimientos: el mal gobierno; y les enseñaba el correctivo adecuado: la reforma parlamentaria. Pronto disminuyeron los motines (...) Entonces se fundaron los clubes Hampden. Los obreros (...) se volvieron prudentes y sistemáticos en sus actuaciones.[38]

«La existencia de cualquier conocimiento político, o de principios políticos sólidos entre los pobres de este vecindario, es muy reciente», escribía un reformador de Manchester en 1820, que también atribuía el cambio a «los magistrales ensayos del señor Cobbett sobre la situación financiera del país y las consecuencias de los impuestos en la reducción del bienestar del obrero»: «El bajo precio de estas publicaciones les aseguraba una circulación muy amplia; y el estilo contundente, claro, resumido y con argumentos de escritor se adaptaba oportunamente a lo que gustaba al grupo más numeroso de sus lectores.»[39]

Durante varios años el *Political Register* de Cobbett, que tenía un precio de 1 s y ½ d, debido a los gravosos impuestos de timbre, había aumentado su circulación en el norte.[40] El cambio decisivo no llegó hasta noviembre de 1816, cuando Cobbett, que había encontrado una rendija en las regulaciones de timbrado, empezó a publicar por separado su importante artículo, a 2 d, como un *Weekly Political Pamphlet* («Bazofia de dos peniques»). El primer folleto fue su famoso *Adress to the Journeymen and Labourers*:

Amigos y compatriotas,

Sea lo que sea aquello que el orgullo del rango o la riqueza o la educación ha llevado a creer a algunos hombres (...), la fuerza real y todos los recursos de un país, han surgido siempre y seguirán emergiendo, del *trabajo* de su pueblo (...) Los vestidos elegantes, el mobiliario espléndido, los edificios majestuosos, las bellas carreteras y canales, los caballos y los carruajes veloces, los numerosos y sólidos barcos, los almacenes atestados de mercancías; todos ellos (...) son signos de riqueza nacional y de recursos. Pero todo ello surge del *trabajo*. Sin los oficiales y los trabajadores del campo nada de ello podría existir.

---

[38] Bamford, *op. cit.*, pp. 11-12.

[39] J. E. Taylor, *Notes and Observations... on the Papers relative to the Infernal State of the Country*, 1820.

[40] Véase T. A. Ward, *op. cit.*, p. 163, para referencias «al club que recibe el *Register* de Cobbett», en fecha tan temprana como 1810, o el Club Cobbett de Sheffield.

«Los mercenarios insolentes os llaman la *canalla*, la *chusma*, la *escoria*, la *cochina multitud*, y dicen que vuestra voz no es importante; que no tenéis nada que hacer en las reuniones públicas.» Cobbett demostró en términos simples la carga que la imposición indirecta suponía para la población; los gravosos gastos que se hacían en «sinecuras *placemen* y pensionistas»; la conexión constitucional entre imposición y representación. Atacó el argumento malthusiano, según el cual los sufrimientos de los pobres se debían a sus matrimonios tempranos y a la excesiva fertilidad —«¡De modo que un hombre joven cogido del brazo de una muchacha de mejillas sonrosadas debe considerarse como un espectáculo de mal agüero!»— y el argumento de que el único remedio para el desempleo era la emigración: «Vosotros que les mantenéis en parte con los impuestos que pagáis, ¡tenéis el mismo derecho que ellos a seguir en el país! Tenéis padres y madres y hermanas y hermanos e hijos y amigos, como ellos.» El único remedio auténtico era un Parlamento reformado: «Debemos conseguir *esto en primer lugar*, o no conseguiremos nada bueno.»

> Os animo a actuar de forma pacífica y legal, pero al mismo tiempo, a actuar con entusiasmo y resolución para conseguir este objetivo. Si los cobardes no se unen a vosotros, si la *gentry* «decente y hogareña» se mantiene todavía distante, actuad por vuestra cuenta. Cualquier hombre puede redactar una petición y cualquier hombre la puede llevar a Londres.[41]

Hacia fines de noviembre de 1816 se habían vendido 44.000 ejemplares de la *Address*: «Que la corrupción *borre esto* si puede.» Hacia fines de 1817 se afirmaba que el nivel de ventas era de 200.000 ejemplares.[42] Desde *Los derechos del hombre* ningún otro escrito había alcanzado tal influencia a nivel popular; y le siguieron folletos semanales en forma de cartas abiertas —dirigidas a «Los hombres buenos y leales del Hampshire», a «Todos los ingleses de buena voluntad» o a estadistas individuales— cada una de las cuales tuvo una amplia difusión. Pero Cobbett frenaba cualquier paso que le pudiese dar una expresión organizada al movimiento de la reforma; y aunque sus escritos fomentaban la formación de clubes Hampden, esta no era su intención. Las grandes manifestaciones de Londres en favor de la reforma, del 15 de noviembre, el 2 de diciembre y el 10 de diciembre de 1816, en Spa Fields, se acordaron por iniciativa de un comité en el que eran muy influyentes los spenceanos, como el doc-

---

41 La mayor parte de esta *Address* está reproducida en G. D. H. y M. Cole, *The Opinions of William Cobbett*, 1944, pp. 207-217.

42 Véase W. H. Wickwar, *The Struggle for the Freedom of the Press, 1819-1832*, 1928, pp. 52-54.

tor Watson, Thistlewood, Preston o Hooper. Cobbett, por cierto, rechazó la invitación de hablar en el primero y en los tres mítines el principal orador fue Henry Hunt.

Hunt era un acaudalado *gentleman* dedicado a la agricultura, que había sido durante diez años un reformador del talante de Cobbett y se había dado a conocer por primera vez a nivel nacional cuando realizó una impresionante campaña como candidato radical en Bristol, en la elección de 1812. La descripción que de él hace Bamford —tal como le recordaba en 1817— es la de un hombre bien parecido, «de conducta y vestuario refinados, de algo más de seis pies de altura»:

> Sus labios eran delicadamente finos (...) Sus ojos eran azules o ligeramente grises; no muy penetrantes ni muy vivos, sino más bien soñolientos, a menos que se excitase al hablar, como más adelante tuve ocasión de observar; en aquellos momentos parecían dilatarse y salir hacia fuera; y si se ponía furioso (...) se le inyectaban de sangre y casi le salían de las órbitas. Entonces había que observar la expresión de su boca: cambiaba la sonrisa amable por la mueca de desprecio o la blasfemia de indignación. Su voz rugía, su rostro se hinchaba y se enrojecía; su mano, convertida en una garra, golpeaba como si tuviese intención de pulverizar; y toda su actitud daba muestras de una dolorosa energía que luchaba por manifestarse.

La vanidad de Hunt concordaba mal con el también gran amor propio del tejedor de Middleton, y el juicio global que hacía Bamford de Hunt era severo. Pero Bamford hacía también una observación importante: Hunt «se ponía constantemente (...) en situaciones difíciles (...) Siempre luchaba contra una tempestad de creación propia o motivada por los demás. De este modo tenía que sufrir más que cualquier otro hombre de su tiempo y posición social, y se le debería juzgar de acuerdo con ello.»[43] Esto es cierto. Desde el final de la guerra hasta la aprobación del proyecto de ley de la reforma, con la excepción de varios años a mediados de la década de 1820, Hunt fue el principal orador público del movimiento de la reforma. Habló en Spa Fields, en 1816. Prosiguió su actividad durante la suspensión del *hábeas corpus* en 1817, cuando Cobbett creyó que era más político retirarse a Norteamérica. Fue el principal orador en Peterloo y le encarcelaron por su participación en el mitin. Se le eligió para el Parlamento en la circunscripción *scot and lot*[44] de Preston en 1830 y fue el único adalid del movimiento obrero en favor de la reforma en la Cámara de los Comunes no reformada.

[43] Bamford, *op. cit.*, pp. 19-20.

[44] Impuesto recaudado por una corporación municipal, repartido en partes proporcionales entre sus miembros para sufragar los gastos municipales. *(N. de la T.)*

De 1830 a 1832 se mantuvo leal a la demanda del sufragio universal y atacó el proyecto de ley de 1832 como una traición de los reformadores plebeyos. Su misma consecuencia y belicosidad le convirtió en un centro de controversia y en una diana para los improperios.

Las injurias, sin embargo, no carecían de fundamento, puesto que Hunt reunía las cualidades y los defectos del demagogo. Estas características las podemos encontrar en multitud de líderes de este período, de modo que podemos considerarlas como características del movimiento de la época. Se daba, en primer lugar, la vieja tradición de Wilkes, que se iba descomponiendo de forma muy gradual, en la que incluso el movimiento democrático tenía puestas las esperanzas en el líder aristocrático o elegante. Sólo el *gentleman* —Burdett, Cochrane, Hunt, Feargus O'Connor— conocía las formas de la alta política, podía lucir una magnífica talla en las *hustings* o criticar a los ministros en su mismo lenguaje. El movimiento de la reforma podía usar la retórica de la igualdad, pero muchas de las viejas muestras de deferencia se encontraban todavía incluso entre las multitudes que proferían aclamaciones. Siempre que un obrero parecía estar situándose «por encima de sus posibilidades», incluso dentro del movimiento de la reforma, atraía rápidamente los celos de muchos de su propia clase. Además, estaba el elemento demagógico, inevitable en un movimiento popular que está excluido del poder o de la expectativa del poder, que alentaba la retórica, completamente destructiva, de la denuncia. Junto con sus mártires y sus intrépidos organizadores voluntarios, el movimiento radical tenía su parte de borrachos, tesoreros fugitivos y efímeros periodistas pendencieros; y éstos no eran quienes utilizaban un lenguaje más jactancioso y rimbombante. Las frustraciones propias de un movimiento popular, en el que miles de hombres sin poder se las tenían que ver con un orden establecido armado, se emitían en hipérbole; y Hunt, como orador de las grandes reuniones en favor de la reforma, sabía cómo provocar esas respuestas. Las frustraciones de aquellos a quienes se dirigía le habían proporcionado su estilo de oratoria.

Pero se conjugaban otros factores que contribuían al ascenso del demagogo. En un plano nacional, el radicalismo jamás conoció la autodisciplina de la organización política: puesto que cualquier partido o centro de correspondencia era ilegal, y puesto que no había ejecutiva alguna que decidiese la política y estrategia a seguir, la dirección recaía de manera inevitable en oradores individuales y periodistas. Así las cosas, auténticos desacuerdos sobre cuestiones políticas se trasladaban a conflictos en planos personales. Del mismo modo, si un líder recibía la aclamación popular, encontraba en ello alimento para su vanidad personal. Las condiciones en que se

daba la agitación favorecían la personalización de los problemas. Las grandes reuniones de masas exigían una figura pintoresca y decorativa. A Hunt, con su sombrero blanco, le gustaba que le conociesen como el «Adalid de la Libertad» o —durante su encarcelamiento después de Peterloo— como «San Henry de Ilchester», al igual que Oastler se describía más tarde a sí mismo como «Rey de los Hijos de la Fábrica» y O'Connor como «El León de la Libertad».

Además, el radicalismo popular y el cartismo vivieron, durante medio siglo, con el dilema que acosaba a Thelwall, Gale Jones y los «tribunos» jacobinos de la década de 1790. A veces, el conflicto entre los reformadores partidarios de la fuerza «moral» y los partidarios de la fuerza «física» se expresa de forma demasiado dogmática: como si se pudiese trazar una línea clara que diferenciara resueltos conspiradores como el doctor Watson y Thistlewood, por un lado, e inmaculados constitucionalistas como Place o Bamford, por el otro.[45] De hecho, tanto el radicalismo como el cartismo habitaban una región situada en algún lugar entre esos dos extremos. Antes de 1839, pocos reformadores se comprometieron en preparativos serios para una insurrección, pero todavía menos estaban dispuestos a rechazar, en su conjunto, el derecho último del pueblo a recurrir a la rebelión frente a la tiranía. El lema carlista, «Pacíficamente si podemos, a la fuerza si debemos», expresa también la idea común que tenían los radicales de los años 1816-1820 y 1830-1832. El comandante Cartwright insistía en el derecho de los ciudadanos a llevar armas. Henry White, editor del moderado *Independent Whig*, era sólo uno de los muchos periodistas radicales que les recordaban a los lectores el precedente de la Gloriosa Revolución de 1688:

> Es a una *revolución* a la que se deben cada una de las porciones de libertad civil y religiosa que todavía se les permite disfrutar, y (...) es a una *revolución* a la que se verán obligados a recurrir si se les niegan todos los demás medios legales para obtener una reparación de las injusticias.[46]

La mención de los clubes Hampden traía a la mente un precedente todavía más drástico y Cobbett se tomó la molestia de subrayar que la revolución era pura doctrina *whig*. El derecho a resistirse a la opresión mediante la fuerza —escribió— «está claramente afirmado y establecido por las leyes y las costumbres de Inglaterra»:

[45] Aunque Bamford se presenta a sí mismo como un reformador constitucional moderado en su obra *Passages in the Life of a Radical*, escrita en 1839, existen muchos indicios de que el autor —que se había alejado tanto de su pasado de agitador, que estaba deseoso de actuar como guardia especial contra los cartistas— tuvo mucho cuidado de tapar sus conexiones con el lado conspirativo del movimiento.

[46] *Independent Whig* (27 de julio de 1817).

No digo que este derecho se deba ejercer ahora (...) Sobre este punto, digo, por consiguiente, lo que dice el juez Blackstone; y esto es: que el derecho a resistirse a la opresión siempre existe, pero *que aquellos que componen la nación, en un determinado momento deben juzgar por sí mismos cuándo la opresión ha llegado a un extremo que justifica el ejercicio de tal derecho.*

Todavía más, Cobbett estaba deseoso de presentarse como defensor del motín de Pentridge: «¿Qué otra cosa hizo Moore que no hubiesen hecho los *whigs* en la Revolución?»[47]

Cobbett eligió deliberadamente esta ambigüedad: el pueblo tenía derecho a rebelarse, pero sólo en el caso de que la opresión sobrepasara un cierto punto indeterminado. Wooler adoptó la misma postura en el *Black Dwarf*: «*siempre existe* el *derecho* del pueblo a resistir la opresión, y (...) el *poder exclusivo* para ejercerlo siempre reside en la *voluntad general* del pueblo.»[48] Carlile, después de Peterloo, iba más lejos en el *Republican* y era partidario del tiranicidio.[49] Todo periódico u orador radical hacía referencia, de forma directa o indirecta, al derecho de rebelión. Formaba parte de la retórica imprescindible de un movimiento que no tenía apenas posibilidad legal de satisfacción por medio del sufragio, para aludir, advertir o fanfarronear acerca del último recurso del pueblo a la fuerza física. Cuando Henry Hunt tomó la palabra en el primer gran mitin de Spa Fields, el 15 de noviembre de 1816, no fue más allá que multitud de oradores:

Sabía que la fuerza mental era superior a la física; él no aconsejaría recurrir a la última hasta que la primera se hubiese demostrado ineficaz. Antes de ejercer la fuerza física, era su deber presentar peticiones, protestar, pedir en voz alta la reforma oportuna. Aquellos que se oponían a las justas demandas del pueblo eran los auténticos amigos de la confusión y el derramamiento de sangre (...), pero si el destino quisiera que llegase el día fatal, les aseguraba que o no se conocía a sí mismo, o no le encontrarían escondido en la trastienda o cobijándose en la retaguardia.[50]

Las referencias al «día fatal» o «el día de la justicia» levantaban los vítores más fuertes de las multitudes. No deberíamos ignorar los vicios que se derivaban de un estilo semejante. Ese estilo fomentaba también a los demagogos de taberna, cuyo radicalismo generaba más ruido que nueces, e incluso a los oradores ambulantes pagados —a quienes Bamford tanto censuraba— «que convertían el disertar en un negocio» y rivalizaban entre sí para ganarse las aclamaciones de la multitud dando rienda suelta a «la más salvaje

47 *Political Register* (4 de abril, 6 y 20 de junio, 26 de diciembre de 1818).
48 *Black Dwarf* (30 de diciembre de 1818).
49 Véase más adelante, p. 815. También, Sherwin, *Political Register* (23 de mayo de 1818).
50 *Examiner* (16 de noviembre de 1816).

y extravagante baladronada».[51] Los líderes nacionales, Cobbett y Wooler con sus plumas, Hunt con su voz, eran maestros en situar su retórica justo en el límite aceptable de la traición; pero quedaban expuestos, como sucedió con Oastler y O'Connor después de ellos, a la acusación de alentar a otras personas a realizar acciones ilegales o desleales, cuyas consecuencias ellos mismos eludían.

Esta era una de las fuentes de conflicto en el seno de la dirección radical. Otra era el dinero. Ser un líder radical salía muy caro, como bien sabían Cobbett y Hunt. Además de los discursos, las publicaciones, los viajes y la correspondencia, la defensa legal o las campañas electorales suponían cuantiosos gastos. Los gustos de Cobbett y, en especial, los de Hunt eran extravagantes; Cobbett con sus aventuras agrícolas, Hunt con su estilo general de vida. Ambos eran descuidados en sus transacciones financieras. El incoherente movimiento radical, que no tenía una ejecutiva elegida ni un tesorero acreditado, estaba permanentemente sujeto a las llamadas de los comités *ad hoc* para contribuir con fondos destinados a esta u otra emergencia. Cobbett recuperó sus pérdidas gracias a los beneficios de sus publicaciones, mientras Hunt intentaba sacar provecho de la propaganda vendiendo «polvos radicales para desayuno»: una mezcla hecha a base de cereales tostados que se vendía como sustituto del té o del café y que se recomendaba a los radicales como una forma de boicot a los artículos gravados con impuestos. No había ninguna línea divisoria trazada con claridad entre los intereses de sus negocios privados y las finanzas del movimiento. Las cuestiones relativas al uso y la administración de los fondos radicales, o la confusión del interés público y privado se convirtieron —como lo serían para O'Connor y Ernest Jones— en temas de humillante recriminación pública.[52]

Pero la causa más importante de las desavenencias radicales era la vanidad. Y la vanidad era un trastorno tan común entre los líderes radicales que más parece un síntoma de la falta general de organización coherente que una causa de desacuerdo. Todos los líderes radicales se apresuraban a impugnar los motivos de sus compañeros ante el primer indicio de desacuerdo. Con la revelación del papel desempeñado por los *provocateurs* Castle, Oliver y Edwards, se alimentaron las sospechas. Y a partir de 1817 el ambiente se enrareció debido al rencor desencadenado por las mutuas acusaciones de ser «espías».

[51] Bamford, *op. cit.*, p. 36.

[52] Por ejemplo, después de Peterloo, Hunt se enzarzó en una larga riña pública con su compañero reformador, Joseph Johnson de Manchester, en la que salió a relucir el coste de las muestras mutuas de hospitalidad, las cuentas de la lavandería, la cantidad de avena para el caballo de Hunt y la propina que le dieron —o no le dieron— a la doncella de una posada. Véase J. Johnson, *A Letter to Henry Hunt*, Manchester, 1822.

A falta de una organización política democrática, la política radical era personalizada. Después de 1816, el movimiento tenía muchas de las virtudes del movimiento de la década de 1790, pero no la de la *égalité*. Cobbett había impuesto una moda, aunque no sería justo criticarle por ello. El surgimiento de una prensa radical independiente, después de las guerras, era en gran medida su triunfo personal. Su propio relato de ese logro —escrito en los años 1817 y 1819— se acerca mucho a la verdad:

> Hace muchos años (...) empecé a trabajar como lo que podríamos denominar un político independiente. Mis opiniones eran propias. Hice pedazos todos los prejuicios. Desdeñaba seguir a alguien en cuestiones de opinión. Con anterioridad, todos los escritores con talento se alistaban bajo las banderas de un partido o un ministro u otro. Yo me mantuve libre de todas esas conexiones (...) De modo que, durante muchos años, he sido objeto de odio por parte de hombres que están en el poder y de hombres que aspiran al poder.

Hacia el final de las guerras, según la descripción de Hazlitt, se había convertido en «una especie de *cuarto estado* de la política del país», y «sin duda alguna en el escritor político más poderoso del momento presente»: «Los reformadores leían sus artículos cuando era *tory*, y los *tories* los leen ahora que es un reformador.» Las leyes sucesivas destinadas a aumentar el impuesto sobre los diarios y periódicos y a endurecer la ley del libelo sedicioso, estaban en gran parte dirigidas al propio Cobbett. «No hay nada que sepa a *egoísmo* cuando digo esto», declaraba Cobbett; y sus conclusiones al respecto son típicamente personales:

> No se puede culpar de egoísmo al hombre que comprueba que el progreso de sus escritos ha provocado una revolución total de las leyes de un gran reino. Un hombre como éste se convierte, necesariamente, en un gran tema de discusión y documentación; todas sus actuaciones, sus modales, las costumbres de su vida y casi su estatura y el color de su cabello se convierten, para el pueblo de este reino, en objeto de algún interés.

El tema preferido de Cobbett era, por supuesto, William Cobbett de Botley. Una página tras otra de su *Register* está llena de sus asuntos, autojustificaciones, argumentos, opiniones sobre impresiones fortuitas y encuentros. La causa de la reforma se personalizaba en la contienda entre William Cobbett y la «Vieja Corrupción». Castlereagh, «Bolton Fletcher», Wilberforce, Malthus, Brougham, Burdett eran —o se convirtieron— en sus enemigos *personales*. Los compañeros reformadores se movían con dificultad en el voluble entusiasmo de su aprobación personal: «se pelea con sus propias

criaturas —observó Hazlitt con cierta justicia— tan pronto como las ha puesto un poco en boga. Las ha encarcelado.»

Tenemos que aceptar los defectos de Cobbett como el lado oscuro de su genio, un genio que le permitió ejercer, semana tras semana durante treinta años, una influencia mayor que la de cualquier periodista de la historia de Inglaterra. Estos defectos parecen menos simpáticos cuando no están acompañados de su genio. Pues Cobbett impuso un estilo que, inevitablemente, trataron de imitar sus colegas y competidores: Hunt en sus *Memoirs*, que se publicaron por entregas desde la prisión de Ilchester, Carlile en el *Republican* y una docena más de personajes menores. Los años que van desde el final de las guerras hasta el proyecto de ley de reforma fueron los años del «político independiente». Todo radical era un protestante político; todo líder afirmaba ser un individualista que no debía respeto a ninguna autoridad, excepto la de su propia opinión y conciencia. «Un reformador —escribía Hazlitt en 1819— está normalmente gobernado por un espíritu de contradicción.»

> Es una mala herramienta para trabajar: una pieza de una maquinaria que jamás encaja en su lugar, a quien no se puede disciplinar, porque (...) el primer principio de su espíritu es la supremacía de la conciencia y el derecho independiente de la opinión particular (...) En primer lugar hay que satisfacer su intelecto, de lo contrario no se cambiará su opinión en lo más mínimo; por nada del mundo renunciará a un principio básico por un partido. Antes preferiría la esclavitud que la libertad a menos que fuera una libertad que se ajustara precisamente a su modo de ser.
>
> Un líder de la reforma —seguía Hazlitt— se pelea con todos los que están amarrados al mismo remo (...) y piensa que ha prestado un magnífico servicio a la causa, ¡porque ha saciado su propio malhumor y egoísmo, que confunde con el amor a la libertad y el celo por la verdad! Otros (...) ingresan en comités (...) creados por los jefes de un partido, en oposición a otro partido; abusan, vilipendian, desenmascaran, traicionan, contrarrestan y se socavan unos a otros de todas las formas posibles, y así dejan la partida en manos del enemigo común.[53]

Cabe observar las virtudes de este individualismo intratable en la larga lucha de Carlile con la autoridad,[54] pero, tanto en el caso de Hunt como en el de Carlile, sus vicios suponían afrentas y perjudicaban profundamente el movimiento de reforma. Desde el punto de vista del furioso malestar del pueblo, la vanidad de los líderes, grandes o pequeños, se esfumaba como vapor. Place consideraba que todos, excepto él y unos pocos benthamitas, eran unos bufones a quienes se debía manipular. Bamford ejemplifica la orgullosa

[53] W. Hazlitt, Prefacio a *Political Essays*, 1819, *Works* VII, pp. 13-17.
[54] Véase más adelante, pp. 770-771.

autocomplacencia del autodidacto: sus principios se mantenían firmes ante la persecución, pero no ante una palabra amable de lord Sidmouth o un cumplido acerca de sus versos que viniera de parte de un *gentleman*. Carlile era el individualista a ultranza, tan seguro de su propia opinión que rechazaba la misma idea de consulta u organización política. Hunt, si damos crédito a una parte sólo de las acusaciones formuladas contra él por colegas como Bamford y Johnson, a veces tenía una vanidad despreciable. En una ocasión, después de Peterloo, Hunt y los que estaban acusados con él hicieron una gira pública, mientras se encontraban en espera de juicio, por las ciudades algodoneras del Lancashire. «Me divertía y a la vez me sentía un poco avergonzado, de lo que ocurría continuamente a mi lado» —recordaba Bamford—:

> Hunt estaba sentado en la cabina (...) Moorhouse en el techo del coche, asegurado con una cuerda atada a los hierros laterales. Había estado en esta posición todo el camino desde Bolton (...) Hunt se quitaba continuamente el sombrero, lo agitaba humildemente, se inclinaba de forma elegante y de vez en cuando dirigía unas pocas palabras a la gente; pero si transcurrían cinco o diez minutos sin que se profiriese un vítor o dos, o el todavía más placentero grito de «Hunt para siempre» (...) se levantaba de su asiento, se daba la vuelta y maldiciendo los miembros, el alma o la visión del pobre Moorhouse, decía: «¿Por qué no gritas, hombre? ¿Por qué no gritas? Lánzales el viva, (...) ¿no ves que están cansados?»[55]

Cuando nos referimos a Hunt, Burdett, Oastler u O'Connor, no debemos olvidar que sus giras se parecían a las de la realeza más popular y sus apariciones se parecían a las de una *prima donna*. En una de las poblaciones del Lancashire, en 1819, recibieron a Hunt con la carretera alfombrada de flores. A los lemas, «¡Burdett y abajo la Bastilla!», «¡Hunt y libertad!», se añadieron las canciones:

> Con Henry Hunt iremos, iremos,
> Con Henry Hunt iremos;
> Alzaremos el gorro de la libertad,
> A pesar de Nadin Joe.[56]

En la escuela dominical radical de Manchester, los monitores lucían alrededor del cuello medallones con el retrato de Hunt, en lugar de crucifijos.[57] Ningún mitin estaba completo si no se desenganchaban los caballos del carruaje del principal orador y la gente le paseaba triunfalmente por las calles. Las grandes manifestaciones

[55] *Loc. cit.*, p. 200.
[56] J. Harland, *Ballads and Songs of Lancashire*, p. 262. (*With Henry Hunt we'll go, we'll go, / With Henry Hunt we'll go; / We'll raise the cap of liberty, / In spite of Nadin Joe.*)
[57] D. Read, *Peterloo*, Manchester, 1957, p. 54.

tenían un carácter ritual según el cual el orador declamaba y lanzaba preguntas retóricas desde el principio hasta el final, actuando para obtener las tumultuosas respuestas esperadas.[58] Los oradores carismáticos eran quienes tenían gusto para la teatralización. El rugido de aprobación procedente de las gargantas de veinte mil personas habría hinchado el amor propio de la mayoría de los hombres. A medida que aumentaba la vanidad, los oradores se hacían adictos a la visión y el sonido de la multitud gritando con entusiasmo debajo de las *hustings*. «Su apetito —observaba Prentice respecto de Hunt— aumentaba con lo que le daban de comer.» Se volvió celoso de la competencia, vigilando constantemente las oportunidades de adoptar una pose dramática, y descuidado y descortés con sus compañeros menos importantes, quienes a su vez tenían la vanidad herida por la escasa atención que les prestaba el pueblo. ¿Por qué no se decía «¡Johnson y libertad!» o «¡Bamford y libertad!»?

El demagogo es un líder malo o ineficaz. Hunt no expresaba los principios radicales, ni siquiera una estrategia radical bien formulada, sino las emociones del movimiento. Esforzándose siempre por decir cualquier cosa que provocase la aclamación más estruendosa, no era, en realidad, el líder sino el prisionero de la parte más inestable de la multitud. Según Place: «Hunt afirma que su forma de actuar es acertar en lo importante y no preocuparse por nadie; que no se mezclará con ningún comité o partido; actuará por sí mismo; que no tiene intención de ofender a nadie, pero tampoco se preocupa por quien se ofende.» Pero Place también escribió, en una carta dirigida a Hobhouse, en términos más generosos acerca de Hunt, después de un recibimiento triunfal en Londres, en el punto culminante de su popularidad después de Peterloo:

> Sí, se la merecía [es decir, la bienvenida de Londres] también, y más que le hubiesen hecho. Si el pueblo —quiero decir el pueblo trabajador— tiene que tener un solo líder, le apoyará, como debe ser, al menos con sus gritos. Y también hay muchas ocasiones en que podrían luchar con él o por él. ¿Quién es el culpable de que no surja ningún hombre mejor de entre el pueblo? Ellos no lo son; se adherirán al mejor hombre que se una a su causa. Recuerdo lo que sentía cuando era un obrero (...) Si ante ellos no hay nadie más que Hunt, Hunt debe ser su hombre.[59]

[58] Por ejemplo, Saxton en Rochdale: «simplemente se trata de que todo el país se una (...) y pida sus derechos como hombres decididos a ser libres, o morir noblemente en la lucha (Gran aplauso)», *Weekly Political Register* de Sherwin (7 de agosto de 1819).
[59] Walls, *op. cit.*, pp. 120, 146.

III. Los clubes Hampden

No podemos entender el extraordinario desorden del radicalismo de posguerra a menos que tengamos en cuenta estos problemas de personalidad y dirección. Fue la época heroica del radicalismo popular, pero en el panorama nacional, sus líderes pocas veces parecían heroicos y algunas veces incluso ridículos. Desde 1815 hasta los años del cartismo, el movimiento siempre se mostró muy enérgico, coherente y saludable en la base, y en especial en centros provinciales como Barnsley y Halifax, Loughborough y Rochdale. Sus verdaderos héroes eran los libreros locales y los vendedores de periódicos, los organizadores de las *trade unions*, los secretarios y portavoces locales de los clubes Hampden y las *political unions*; hombres que no esperaban convertirse en pensionistas vitalicios honoríficos del movimiento como recompensa por el encarcelamiento y que, en muchos casos, eran demasiado oscuros para hacer algo más que dejar unos pocos recuerdos de su actividad en la prensa local o en los documentos del Ministerio del Interior. Estos hombres constituían la plataforma sin la cual sus líderes, disputadores y maldicientes, hubiesen sido totalmente impotentes; y eran quienes, a menudo, contemplaban consternados las peleas entre quienes ostentaban la dirección.

La confusión de los sucesos del invierno y la primavera de los años 1816-1817 ilustra los problemas de un movimiento creciente a nivel nacional, que no había conseguido establecer un centro nacional. La reunión de delegados de los clubes Hampden locales en el *Crown and Anchor* —en enero de 1817— se convocó por iniciativa del comandante Cartwright y fue la culminación de una campaña nacional en la que se presentaron peticiones en favor de la reforma —la mayoría favorables a los Parlamentos anuales, el sufragio universal masculino y el voto con papeletas— en un número que se ha estimado de diversas formas entre medio millón y un millón y medio de firmas.

Pero entre el momento en que Cartwright había enviado su circular convocando la reunión —septiembre de 1816— y la propia reunión, se habían producido las revueltas relacionadas con el segundo gran mitin de Spa Fields del 2 de diciembre. El origen y el significado de estas revueltas sigue siendo oscuro. Ya en marzo de 1816, parece que hubo algún tipo de agitación ultrajacobina en Londres, dirigida contra los encarcelamientos por deudas. Las autoridades interceptaron una carta dirigida a «Nuestros compatriotas

que sufren encarcelamiento», que afirmaba provenir de «El Comité Tricolor», y declaraba la intención de izar «el estandarte tricolor» el 2 de marzo. Aquel día «se abrirán las puertas de la prisión, (...) [y] vuestras grandiosas *Bastillas* quedarán reducidas a cenizas»: «Os rogamos que hagáis saber nuestros planes a todas las prisiones de Londres: *Bench, Fleet, Marshalsea, Horsemonger Lane*, etc., de modo que *todos vosotros podáis actuar* al mismo tiempo.»[60]

No es completamente inverosímil que hubiese una agitación de este tipo. Los menestrales de Londres y Birmingham, que habían trabajado con contratos de guerra, fueron algunos de los más perjudicados por la depresión de la posguerra. Muchos terminaron en la ruina. Durante la guerra buena parte de aquellos menestrales había trabajado subcontratada para grandes agentes intermediarios que se llevaban la mayor parte del beneficio. Ahora los menestrales veían a los intermediarios establecidos cómodamente, gracias a su trabajo, mientras ellos quedaban abandonados bajo el peso de los impuestos y de la asistencia a los pobres en los distritos más castigados.[61] Estas experiencias les empujaron hacia un radicalismo extremo para el cual estaban preparados desde hacía tiempo, por la propaganda de la S. C. L. y las sucesivas elecciones de Westminster. Si bien las cárceles de deudores eran lugares en los que, a veces, se reclutaban espías, también eran a su vez, y en mayor medida, escuelas particulares para la formación de radicales en donde las víctimas que se consumían bajo los rigores punitivos de las leyes contra la deuda podían leer, discutir y ampliar el círculo de sus conocidos.[62]

Las amenazas de marzo de 1816 se quedaron en nada. Pero la llamada a atacar la prisión surge de nuevo en los acontecimientos de Spa Fields de diciembre. Tenemos que escoger entre, por lo menos, tres relatos contradictorios de este suceso: el que presentó la acusación en el proceso subsiguiente al doctor James Watson; el que ofrece Henry Hunt en sus *Memorias* de 1822, y el que presentó la defensa o el propio doctor Watson. Ninguno de ellos es fiable. La alegación de la Corona se basaba en gran medida en el testimonio de un

[60] T. S. 11.203; H. O. 40.7/8.

[61] Esta fue una de las quejas más permanentes de los pequeños patronos y artesanos gravados con los impuestos para asistir a los pobres en el East End. Así (en la década de 1790), en los años malos, los impuestos para asistir a los pobres fueron de 5 s a 10 s por cada libra en *Spitalfields* y Mile End, pero sólo de 2 s a 2 s 6 d en el West End. Véase «Un Magistrado», *An Account of a Meat and Soup Charity in the Metropolis*, 1797; W. Hale, *Letter to S. Whitbread on the Distresses of the Poor in Spitalfields*, 1806; T. F. Buxton, *The Distress in Spitalfields*, 1816; *Trades Newspaper* (15 de octubre de 1826).

[62] Aunque en 1797 y 1801 se aprobaron las *Acts of Insolvency*, éstas no beneficiaron a los pequeños deudores, que se vieron obligados a permanecer en la cárcel mientras los gastos de su detención se añadían a sus deudas. Véase J. Neild, *Account of the Society for the Relief of Small Debtors*, 1802, pp. 301, 335-337. Los documentos del Ministerio del Interior de los años 1816 y 1817 contienen muchas peticiones lastimeras de deudores.

cómplice que se había convertido en *provocateur*, John Castle, que demostró ser un testigo completamente deshonroso, un perjuro y el protector de la madama de un prostíbulo.[63] Hunt, que escribía desde la prisión de Ilchester de resultas de la conspiración de la calle Cato —y después de pelearse definitivamente con Watson—, estaba interesado en dar una versión en la que su propia participación quedase minimizada; mientras que Watson, polemizando con Hunt en la prensa durante el otoño de 1819, se negó a revelar su versión de la historia, pretextando que todavía no era el momento oportuno.

Quizá la verdadera historia sea ésta. El otoño de 1816 fue un período de posguerra de extrema miseria y desempleo, que afectó de igual modo al Lancashire, al Yorkshire, a los oficios de Birmingham y de Londres. En la metrópolis se produjo una depresión simultánea en dos de las industrias importantes: la relojería, tanto de los relojes de pared como de los de bolsillo, y la industria de la seda. Se afirmaba que sólo en Spitalfields había cuarenta y cinco mil personas que carecían de alimento y que clamaban por ingresar en los asilos durante el mes de noviembre.[64] Al mismo tiempo, Londres era invadida por soldados y marineros licenciados. Pero se hizo patente que el comité de Westminster escurría el bulto y se negaba a intentar llevar a cabo cualquier tipo de agitación entre las masas de Londres. Dejando de lado las *hustings* de Westminster en época de elecciones —y las elecciones de la *City*, en las que se reunían grandes muchedumbres ante Guildhall[65]— desde 1795 no se había convocado ninguna manifestación de carácter radical para un número de personas totalmente «ilimitado». Por consiguiente, se formó un pequeño comité ultrajacobino, o spenceano, cuyos miembros más activos eran Watson y su hijo, Preston, Thistlewood, Hooper y Castle, el espía. Este comité hizo un llamamiento público para realizar una manifestación en Spa Fields el 15 de noviembre de 1816 y se dirigió a una serie de líderes radicales invitándolos a asistir. Cobbett mantuvo las distancias, y sólo Hunt accedió a hablar. Hunt se reunió con los organizadores sólo en vísperas del mitin y entonces sustituyó las resoluciones que el comité había propuesto por otras más moderadas. En el mismo mitin la organización era insuficiente incluso para hacer una modesta asamblea; a pesar de ello, acudió una enorme concurrencia, que superó por completo las expectativas de los organizadores y a la que Hunt se dirigió desde una ventana desde la que se dominaban los campos.

[63] Véase más arriba, pp. 531-534.
[64] Véase en especial *People* (19 de abril de 1817); T. F. Buxton, *The Distress in Spitalfields*, 1816.
[65] Salón de la corporación de la *City* de Londres que se utilizaba para hacer reuniones, etc. (*N. de la T.*)

El mitin quedó «aplazado» hasta el 2 de diciembre. Según el relato de Hunt, cuando le acompañaban de vuelta a su fonda, los organizadores estaban jubilosos ante el éxito obtenido, soltando gran cantidad de fanfarronadas revolucionarias en la sobremesa, durante la cual Castle propuso el siguiente brindis: «Que el último de los Reyes sea estrangulado con las tripas del último cura.» Se cuenta que al día siguiente, Watson y Thistlewood esperaron a Hunt y se disculparon por el comportamiento de Castle. Más o menos en el mismo momento, se formaba en la metrópolis un cierto «comité de oficios» con el que Preston mantenía una activa relación, y del que otro espía —T. Thomas— consiguió ser elegido presidente. Según Thomas, Preston estaba teniendo éxito al organizar a los tejedores de Spitalfields; en conversación privada hablaba de exterminar a los terratenientes y poseedores de deuda pública y proponía que se discutiese la posibilidad de una sublevación en la que se atacarían el Banco, la Torre y las prisiones. Castle secundó con ansia estas propuestas y, efectivamente, puso unas pocas armas en una carreta que se llevó a Spa Fields el 2 de diciembre. En aquel mitin la multitud era todavía mayor que en el anterior y formaban parte de ella muchos soldados y marineros. Se había extendido el rumor de que iba a «ocurrir algo» en el mitin, y este rumor había llegado incluso hasta el norte de Inglaterra.[66] En opinión de Preston, el ejército estaba al borde de la sublevación, no sólo debido a las quejas de los soldados, sino también por una simpatía general hacia el pueblo.[67] Una de las pancartas que se desplegaron en Spa Fields declaraba: «Los valientes soldados son nuestros amigos, trátales con amabilidad.» También: «(...) las privaciones del vientre provocan una fiebre del cerebro.» Así rezaba un fragmento de una octavilla redactada para que la leyese la tropa y que, según se afirma, se encontró en casa del doctor Watson después de los acontecimientos de Spa Fields. Pero la fiebre cerebral más notable del 2 de diciembre parece que no fue la de los soldados sino la del hijo del doctor Watson. Los dos Watson, dijo Preston, habían estado bebiendo antes del mitin y el joven Watson lo había hecho en exceso. Llegó temprano al lugar del encuentro y arengó a parte de la multitud, muchos de cuyos componentes —como Cashman— parecían estar tan borrachos como él. Luego, saltando de la carreta, se lanzó hacia la multitud y condujo a un contingente en dirección

[66] El 3 de diciembre, en Manchester, grupos expectantes de delegados de los clubes Hampden de los alrededores esperaban la llegada del correo de Londres. En Sheffield se daba la misma expectación.

[67] Preston declaró: «su situación es más acomodada que la de los trabajadores manuales (...) pero el miserable estado de sus amigos y parientes pesa en sus espíritus» (T. S. 11.203). De hecho, las tropas habían mostrado una marcada falta de ardor cuando las llamaron para intervenir contra las revueltas de las *Corn Laws* de 1815; Hammond, *The Town Labourer*, p. 86.

a la Torre. Otros grupos se agitaron en distintas direcciones. Fueron saqueados varios talleres de armería. Algunos de los revoltosos alcanzaron la Torre y un hombre —quizá Preston o Thistlewood— se encaramó a la pared y llamó a las tropas para que se uniesen al pueblo. En las Minories hubo revuelta durante varias horas, en una escala que recordaba los disturbios de Gordon, rematada por la presencia de un hombre —de identidad desconocida tanto para las autoridades como para los conspiradores— que dirigía a la multitud montado a caballo. El gobierno, que había sido prevenido de algún intento de revuelta, tomó precauciones y Hunt se sorprendió al ver «gran número de guardias y agentes de policía» apostados frente a la prisión de Cold Bath Fields. Pero en las revueltas sólo participó una parte de la gran multitud. La mayor parte se quedó para escuchar el discurso de Hunt,[68] y luego se dispersó de forma pacífica, acordando una vez más «posponer» el mitin hasta el 9 de diciembre.

En el tercer mitin en Spa Fields hubo una asistencia incluso mayor que al anterior.[69] Es difícil escoger una explicación que concuerde con todos esos confusos acontecimientos. Los desórdenes no fueron originados simplemente por los desmanes de unos cuantos borrachos, ni hubo una provocación cuidadosamente preparada, ni siquiera un intento claro de simular la toma de la Bastilla, pero tenían algo de los tres. Quizás el doctor Watson no esperaba nada más allá del efecto que podía causar la manifestación en sí misma. Pero también es posible que Thistlewood y el joven Watson —instigado por Castle— tuviesen alguna idea vaga de provocar una revuelta «espontánea» que diera paso a un *coup d'état* popular. El joven Watson se ocultó y algunos meses más tarde pasó escondido en un barco que salía desde el Támesis hacia Norteamérica, disfrazado como cuáquero y con la cara desfigurada con potasa.[70] Verdaderamente, Hunt no participó en ninguna conspiración de tipo insurreccional, pero igualmente estaba deseoso de presentarse como testigo para la defensa en el proceso del doctor Watson y testificar acerca de su influencia moderadora,[71] y siguió colaborando estrechamente con el doctor durante dos años más.

[68] El doctor Watson también declaró que se había quedado atrás y había intentado pacificar a la multitud. Véase *Independent Whig* (3 de agosto de 1817).

[69] Otros intentos posteriores de convocar manifestaciones en Spa Fields en febrero y marzo de 1817, después de las *Two Acts* y la suspensión del *hábeas corpus*, carecieron de éxito. El relato de arriba se ha sacado, principalmente, de W. M. Gurney, *Trial of James Watson*, 1817, en especial I, pp. 45-51, 56-61, 73, 531, II, p. 190; *Memoirs of H. Hunt*, 1822, III, pp. 329, 344, 369-372, 447; interrogatorio de Preston ante el alcalde, 4 y 5 de diciembre de 1816, en T. S. 11.203; T. Thomas a sir N. Conant, 9 y 27 de noviembre de 1816, en H. O. 40.4; documentos en H. O. 40.3 y 7; *D. N. B.*

[70] *Independent Whig* (27 de julio, 12 de octubre de 1817).

[71] Hunt también presidió un banquete realizado para celebrar la absolución del doctor Watson del delito de alta traición, *Ibid.* (3 de agosto de 1817).

Place calificó a los revoltosos de Spa Fields de «despreciable hatajo de locos y sinvergüenzas», pero no hay razón alguna para suponer que la mayoría de los londinenses les considerasen de igual modo. Si sufrían las consecuencias de tener una dirección inexperta y de poses afectadas, ello se debía en parte a que el Comité de Westminster no se había mantenido fiel a sus anteriores principios jacobinos. Pero los acontecimientos de Spa Fields tuvieron por lo menos tres consecuencias graves. Primera, proporcionaron a las autoridades el pretexto que necesitaban para actuar contra los reformadores. Segunda, en los mismos comienzos de la agitación de posguerra, ahuyentaron a los reformadores de la clase media del movimiento radical popular.[72] Tercera, sumieron en la confusión a los líderes de los reformadores, en vísperas de la reunión de delegados de los clubes Hampden. Burdett, que había firmado el original de la circular de Cartwright convocando la reunión de delegados en nombre del club Hampden de Londres, se ausentó de sus haciendas de Leicester y no asistió a la *Crown and Anchor*. Cobbett, por su cuenta y riesgo, dijo despropósitos hasta la víspera misma del encuentro: opinaba que «una reunión como ésta, en un momento de crisis como el actual, ofrecería un blanco muy atractivo para los dardos de la corrupción», y que los delegados estarían expuestos, si no a la detención, sí por lo menos a la observación de los espías del gobierno.[73] También era más perspicaz que la mayor parte de los reformadores por lo que se refiere al sistema de provocación del gobierno y a su estrategia de disgregar el movimiento instigando a los radicales extremos a realizar acciones insurreccionales fracasadas. «Suspiran por una conspiración —escribió en diciembre de 1816—: ¡Oh, cómo suspiran! Trabajan y sudan tinta y se impacientan y se consumen; sudan la gota gorda; ¡languidecen y se mueren por una conspiración!»[74]

En el último momento Cobbett accedió a asistir, como «representante» de Westminster, junto con Hunt, el representante de Bristol y Bath. El comandante Cartwright ocupó la presidencia con su actitud imperturbable, «vestido con su sobretodo pardo y su sencilla peluca castaña, atravesó la estancia y se sentó tranquilamente en el asiento principal».[75] Pero los delegados de los vigorosos clubes del Lancashire y Leicestershire quedaron consternados al ver que la reunión quedaba inmediatamente sumida en la controversia. Se

[72] Véase Halévy, *op. cit.*, pp. 18-22.

[73] *Political Register* (11 de abril de 1818). Véase también *Ibid.* (18 de abril de 1818): «Siempre le dije [a Burdett] que el resultado sería exponer a un grupo de hombres indefensos a los colmillos de la corrupción.»

[74] *Political Register* (14 de diciembre de 1816). Véase también Cole, *Life of Cobbett*, p. 216.

[75] Bamford, *op. cit.*, p. 20.

hizo un intento, con el apoyo de Cobbett, de cumplir los deseos del ausente Burdett y de limitar las demandas de los reformadores al sufragio de los cabezas de familia. Hunt se declaró partidario del sufragio universal masculino y recibió el apoyo de los delegados provinciales. Entonces, Cobbett proclamó que había cambiado de opinión por razones típicamente pragmáticas. Había dado apoyo al sufragio de los cabezas de familia —explicó— sólo porque no veía cómo «se podía censar con exactitud (...) a hombres que no se habían establecido ni vivían de forma visible con la seguridad de lo que les interesaba»: «No sé cómo se puede impedir que grandes masas de hombres se desplacen de unas parroquias a otras y de este modo voten dos o tres veces el mismo día y lo hagan por cinco o seis candidatos distintos.» Por fin, «un hombre prudente y modesto, cuyo nombre con perdón no recuerdo, y que provenía de Middleton en el Lancashire», respondió a sus objeciones señalando que el ejército tenía censos de todos los habitantes varones de todas las parroquias; y que se podía utilizar el mismo sistema para obtener listas electorales: «Esto es suficiente. No se me había ocurrido antes.»[76]

El «hombre prudente y modesto de Middleton» era Samuel Bamford, el tejedor, y —una vez hechas todas las críticas pertinentes— el mayor cronista del radicalismo de principios del siglo XIX. Por cierto, es probable que la favorable impresión que este hombre causó a Cobbett fuera más importante para convertirle a la causa del sufragio universal masculino que el argumento acerca de las listas del ejército. La línea que separaba el sufragio de los cabezas de familia y el sufragio universal era, en la práctica, la línea de demarcación, durante muchos años, entre el movimiento de la clase media en favor de la reforma y el de la clase obrera; y la adhesión de Cobbett a este último tenía una gran importancia, pero esta adhesión no solucionaba de ningún modo los problemas de organización y dirección a los que se enfrentaban los clubes Hampden. A Cobbett le desagradaban por un igual las políticas de compromiso de Burdett y del «residuo» de Westminster y el movimiento clandestino conspirativo de los clubes de las tabernas de Londres. La línea de agitación alternativa a la cual Cobbett dio un apoyo formal fue la que propuso el viejo comandante Cartwright, mas las ideas de Cartwright pertenecían todavía, en muchos sentidos, a los días de Wyvill y las Asociaciones del Condado de los pequeños *gentlemen* reformadores. Si la *gentry* no respondía, entonces el comandante estaba satisfecho de asociarse con artesanos y menestrales. No obstante, todavía depositaba su fe en la actividad al viejo

[76] *Weekly Political Pamphlet* de Cobbett (22 de febrero de 1817).

estilo, la petición y la reunión a nivel del condado. Los comités secretos podían aparecer y desaparecer, una suspensión del *hábeas corpus* podía suceder a otra; el comandante Cartwright seguía en su puesto, desafiando a las autoridades a que le encarcelaran, publicando declaraciones, buscando antiguos precedentes constitucionales —porque todavía vivía en la era del ejemplo anglosajón— y recursos situados en el límite de lo que autorizaba la ley. Canning le rindió un homenaje hostil cuando le describió como «el viejo corazón enclavado en Londres que abastece las venas de la sedición de las provincias».[77] Pero, desde el punto de vista de un radical de provincias, el homenaje de Bamford es más acertado: durante la suspensión del *hábeas corpus* de 1817 —escribió—, «el respetable viejo comandante permaneció en su puesto, valiente como un león, tranquilo como un chiquillo inconsciente; y además, en el bullicio y el tumulto de aquella época, pasó casi inadvertido».[78]

Poco más se le podía pedir. Pero en 1817 Cobbett adoptó las trasnochadas ideas organizativas de Cartwright sin añadirles nada excepto una confianza ilimitada en el poder de sus propios escritos. Hacia el final de su vida tenía un persistente miedo a las sociedades jacobinas, se encontraba a disgusto en cualquier movimiento que no estuviese sometido a su influencia. Exageraba el poder que la palabra escrita ejercía sobre «el público» y despreciaba la importancia de aquellas organizaciones que mediaban para que la opinión pública fuera efectiva. Además, a principios de 1817, tenía tanto razones públicas como privadas para ser extremadamente prudente. Había tenido suficiente de persecución durante su encarcelamiento en tiempo de guerra. Se encontraba en una de sus periódicas fases de agudo aprieto financiero y personalmente estaba decidido a evitar nuevas atenciones de las autoridades.

Todos estos factores, tanto los relativos a la personalidad como a la ideología, nos ayudan a entender por qué —apenas transcurrida una semana después de la Convención de los clubes Hampden en Londres, a finales de enero de 1817— el movimiento radical quedó fragmentado en la confusión. En cualquier caso, la convención no había tomado decisiones organizativas serias. Se había disuelto después de una semana de debate, habiendo conseguido el compromiso de lord Cochrane de presentar las peticiones. El 28 de enero, cuando el príncipe regente volvía de la sesión de apertura del Parlamento, una muchedumbre atacó y rompió la ventana de su carruaje. Inmediatamente, el gobierno puso en marcha la maquinaria de «alarma» que había heredado de Pitt y los sucesos de 1795,

[77] Véase R. J. White, *Waterloo to Peterloo*, 1957, p. 134.
[78] Bamford, *op. cit.*, p. 44.

y se nombraron comisiones de materia reservada. Mientras éstas examinaban atentamente las *green bags*[79] que supuestamente contenían las pruebas de la traición, una gran manifestación de reformadores llevaba en hombros a lord Cochrane hacia la Cámara de los Comunes, con una petición —procedente de Bristol— en sus manos «acerca del tamaño aceptable de una *barrel*».[80] La comisión de la Cámara de los Lores informó, a mediados de febrero, describiendo las actividades de los spenceanos, los revoltosos de Spa Fields y los clubes Hampden en los términos más espeluznantes. Encontró pruebas para demostrar que:

> en la metrópoli había tenido lugar una conspiración con el propósito de derrocar, mediante una insurrección general, al Gobierno establecido, las leyes y la Constitución de este reino, y de realizar un pillaje generalizado y la división de la propiedad (...) y que estos proyectos (...) se han extendido ampliamente en algunos de los distritos fabriles más populosos.[81]

Durante los últimos días de febrero y en marzo, se aprobaron una serie de medidas contra los reformadores, poniendo de nuevo en vigor con toda su severidad la legislación represiva de la década de 1790. El *hábeas corpus* quedó suspendido hasta el 1 de julio de 1817.[82] Las *Seditious Meetings Acts*, que estarían en vigor hasta el 24 de julio de 1818, se fraguaron para asegurar que todos los partidarios de la reforma «Sociedades y Clubes (...) fuesen totalmente suprimidos y prohibidos como asociaciones y confederaciones ilegales». No se podía llevar a cabo ninguna reunión de más de cincuenta personas sin dar notificación previa de ella a los magistrados, quienes tenían la facultad de disolver cualquiera de estas reuniones si y en su opinión, era de tendencia sediciosa. Al mismo tiempo, Sidmouth mandó una circular del Ministerio del Interior que llamaba la atención a los magistrados acerca de su poder para detener a personas que fuesen sospechosas de propagar libelos sediciosos.

[79] Bolsa confeccionada con tela verde, que usaban antiguamente los abogados para llevar documentos. (*N. de la T.*)

[80] Medida de capacidad para líquidos o áridos que variaba según el producto. (*N. de la T.*)

[81] *Report of House of Lords Committee*, Hansard, 1817, XXV, p.411. Sidmouth sólo podía ver en los clubes Hampden «Organizaciones que, bajo la máscara de la reforma parlamentaria, pretenden crear la confusión y provocar la revolución». De Sidmouth a Fitzwilliam, 10 de diciembre de 1816, *Fitzwilliam Papers*, F.45 (g).

[82] La ley de suspensión del *hábeas corpus*, aprobada en marzo de 1817, se volvió a poner en vigor en julio y no expiró hasta enero de 1818. Place estimaba que en otoño de 1817, en Inglaterra, encarcelaron a noventa y seis personas bajo la acusación de traición y a treinta y siete en Escocia, la mayoría de las cuales fueron absueltas sin juicio a continuación. Sin embargo, en H.O.42.172, las cifras correspondientes a Inglaterra sólo muestran cuarenta y tres detenidos. Para un resumen de esta fase de represión, véase H. Jephson, *The Platform*, 1, pp. 399-434.

En este momento Cobbett desertó. Su deserción fue doble. Primero, escogió el momento en que las autoridades actuaban contra los clubes Hampden para publicar su propio rechazo general de todas las sociedades reformadoras:

> Aconsejo a mis compatriotas que no mantengan relación con ningún *Club político*, ninguna *conspiración* secreta, ninguna *Correspondencia*; que sólo confíen en los *esfuerzos individuales* y en las *reuniones públicas* (...) Es cierto que a esos clubes pertenecen hombres valiosos y devotos; pero me resulta muy difícil creer que se emplean de la mejor forma y la más eficaz.

A este aviso de mediados de febrero le siguió un rechazo más enérgico dos semanas más tarde: «*Siempre* he intentado de todo corazón persuadir al público de que los clubes, sean del tipo que sean, tenían una *tendencia perjudicial* en general, y *en ningún caso* podían producir *nada bueno*»: «He dicho (...) que si el objetivo no se obtiene mediante la impresión y expresión de la opinión pública de forma general, libre, espontánea e imparcial, no se puede obtener ni debiera obtenerse en absoluto.»[83] Esta renuncia absoluta a la organización popular, publicada la misma semana en que se suspendió el *hábeas corpus*, hizo que Wooler protestara en el *Black Dwarf*: «Por Dios, señor, no nos ponga en manos de nuestros enemigos, dándonos unos consejos que sólo pueden ser perjudiciales»:

> Nuestros enemigos están *asociados* por todas partes a nuestro alrededor. ¿No es cierto que los clubes militares y los clubes navales y los clubes de los caciques locales favorecen la causa de la corrupción? (...) Siempre he pensado que los clubes de todo tipo eran los medios más importantes para recoger y condensar esta opinión general, libre, espontánea e imparcial de la voz pública, que consideráis esencial (...) Señor, estáis actuando con mucha malicia respecto de la causa de la reforma dando, de esta forma, vuestra aprobación a sus oponentes para que sostengan los peores argumentos contra ella (...) Quien *divida* al público, *destruye* en realidad la opinión pública.[84]

A finales de marzo se produjo la segunda deserción de Cobbett. Se fue a Norteamérica como exiliado voluntario, con el argumento de que la legislación represiva del gobierno estaba especialmente dirigida a él.[85] Otras muchas publicaciones periódicas intentaron

[83] *Weekley Political Pamphlet* (15 de febrero, 1 de marzo de 1817).

[84] *Black Dwarf* (5 de marzo de 1817).

[85] Cobbett no volvió hasta finales de 1819. Pero, después de un intervalo, reanudó la publicación del *Register*, comentando los acontecimientos ingleses a larga distancia, a menudo cinco o seis meses después de que ocurriesen. Así, sus comentarios sobre las

suplir el vacío —en particular el *Black Dwarf*, el *Reformist Register* de Hone y el *Political Register* de Sherwin— y al resistir con éxito la persecución, proyectaron una sombra todavía más oscura sobre la deserción de Cobbett.

Pero su huida conllevó una consternación y una desmoralización inmediatas; y en la confusión subsiguiente no se puede ver ningún centro a nivel nacional para el movimiento de la reforma.

La coincidencia de la persecución y la confusión configura el telón de fondo de la enmarañada historia de la marcha de los *blanketeers*,[86] la conspiración de Ardwick y la sublevación de Pentridge. En muchas zonas de las Midlands y del norte el movimiento local para la reforma era fuerte. Durante el anterior otoño e invierno se habían realizado impresionantes mítines públicos.[87] La crisis política de comienzos de la primavera coincidió con una penuria económica extrema, desempleo en los distritos textiles y del hierro, y subida de precios; todo lo cual siguió hasta finales del verano de 1817. En el invierno de 1816-1817, el hábito de las reuniones políticas, la lectura y la discusión se había extendido por la mayor parte de distritos fabriles. En lugares como Leicester, Manchester, Nottingham, Derby, Sheffield y Birmingham estaba el centro de una red de contactos con grupos reformistas de las poblaciones industriales. En los centros urbanos mayores, que constituían el foco de organización, normalmente se encontraban entre los reformadores un número de artesanos y menestrales con pequeños negocios, unos pocos trabajadores del campo y algunos «huntitas» extremistas de la clase media. Tenían el apoyo, no sólo dentro de su propio centro urbano, sino entre los artesanos o los trabajadores manuales del área circundante. Una vez que la causa de la reforma había prendido en las poblaciones de tejedores de punto, alfareros, fabricantes de clavos o tejedores manuales, se formaban clubes municipales o de la población, con un carácter casi exclusivamente proletario y además con el mismo tipo de influencia sobre las simpatías de la comunidad local que la que ejercían los activistas luditas.

---

ejecuciones de Derby, de 7 de noviembre de 1817, aparecieron en el *Register* el 11 de abril de 1818. Sin embargo, sus comentarios eran en general bien informados, como resultado de su correspondencia y también de los informes de reformadores refugiados que iban a los Estados Unidos.

[86] Grupo de obreros que se reunieron el 10 de marzo de 1817 en Manchester provistos con mantas, para marchar hacia Londres y llamar la atención sobre sus quejas. *(N. de la T.)*

[87] Por ejemplo, se hicieron mítines en favor de la reforma en Nottingham, Bolton y Sheffield —con una asistencia de ocho mil personas— en septiembre y octubre de 1816, y en Birmingham en enero de 1817: *Nottingham Review* (27 de septiembre, 4 y 11 de octubre de 1816); Langford, *A Century of Birmingham Life*, II, pp. 414-416.

La mayor parte de la información que poseemos es relativa al movimiento en el Leicestershire y el Lancashire. El club de Leicester se formó en octubre de 1816. Su presidente era un tintorero y comerciante en madera, su vicepresidente un zapatero remendón entre sus miembros más activos se encontraban un impresor, un constructor de telares y líderes de los tejedores de punto locales. En un mes, su número de afiliados, que pagaban un penique semanal de cuota, había crecido por encima de los quinientos. Un espía informó sobre los acontecimientos de una reunión general a finales de noviembre de 1816. Asistieron más de doscientos; durante más de una hora pasaron el tiempo bebiendo, charlando y recogiendo cuotas. Luego se nombró al presidente de la tarde, William Scott, el constructor de telares, un painita veterano de la década de 1790. Este se dirigió a la concurrencia presentando una copia del almanaque de la Corte y procedió a leer en voz alta una lista de pensionistas, acompañado de los abucheos y de los comentarios de la audiencia:

> Alguien dijo: «Nos hemos reunido para quitarnos de encima a algunos de estos tipos.» (...) Otro respondió: «Que se mueran con sus propias jarreteras.» Otro dijo: «Mandémosles a la Torre.» Otro dijo: «Esperad dos años solamente» (...) Se condenaron ruidosamente los ejércitos permanentes (...) Un hombre llamado Riley hizo la propuesta de que se comprasen cada semana cien ejemplares del *Register* de Cobbett (...) Se aprobó con una votación a mano alzada.

Al voto de gracias que se dirigió al presidente, Scott respondió con una canción: «Dijo que era la misma que cantaba, unos dieciocho años atrás, cuando los matones irrumpieron en la *Three Crowns*; *¡Multitudes sed libres!* Fuerte aplauso. Y cantó una canción revolucionaria.» Hacia finales de 1816 se afirmaba que había más de treinta clubes Hampden en las ciudades y los pueblos del Leicestershire. Hay algunos indicios de que la expansión de los clubes coincidió con la organización de los tejedores de punto en las *trade unions*, y más de un magistrado alarmado consideró que los clubes eran un «intento de injertar la reforma parlamentaria en el ludismo». Las autoridades contemplaban con gran ansiedad la penetración del radicalismo político en los pueblos, afirmando que los calceteros «estaban excitados sólo por el convencimiento de que el objetivo era la revolución, y no les interesaba otra cosa que estar preparados para luchar cuando fuese necesario». Las mismas autoridades interpretaron —y con razón— que el cese inmediato de la actividad pública por parte de los clubes Hampden de Leicester, cuando se suspendió el *hábeas corpus*, era una prueba de que los reformadores se habían replegado a formas

secretas de organización, para las cuales estaban preparados gracias a la experiencia del ludismo.[88]

En el Lancashire el panorama era algo similar. Manchester era la gran metrópoli de la reforma, aunque otros centros —Oldham, Stockport, Bolton, Rochdale— eran bastante grandes para constituir modelos alternativos y consolidar el movimiento cuando los reformadores de Manchester se enzarzaron en peleas. Los recuerdos de Bamford empiezan con una lista de «los dirigentes reformadores del Lancashire» a finales de 1816:

> Eran John Knight de Manchester, fabricante algodonero; William Ogden de Manchester, impresor (...) William Benbow de Manchester, zapatero; (...) Bradbury de Manchester, cantero; Charles Walker de Ashton, tejedor; Joseph Watson de Mossley, almadreñero; Joseph Ramsden de Mossley, tejedor de lana; William Nicholson de Leeds, impresor; John Haigh de Oldham, tejedor de seda; Joseph Taylor de Oldham, sombrerero; John Kay de Royton, fabricante algodonero; William Fitton de Royton, estudiante de medicina; Robert Pilkington de Bury, tejedor de algodón; Amos Ogden de Middleton, tejedor de seda; Caleb Johnson de Middleton, tejedor de algodón, y Samuel Bamford de Middleton, tejedor de seda. Un poco más adelante se nos unieron John Johnston de Manchester, sastre, y Joseph Mitchell de Liverpool, pañero.[89]

A estos nombres podemos añadir otros de hombres destacados entre 1816 y 1819: John Browe de Oldham, oficial constructor de maquinaria y predicador laico en el templo de los metodistas unitarios; el divertido amigo de Bamford, Joseph Healey, barbero y curandero; John Bagguley, un criado, y Samuel Drummond de Stockport, el principal organizador de la marcha de los *blanketeers*; Joseph Johnson de Manchester, pequeño fabricante de cepillos, y el grupo alrededor del radical *Manchester Observer*, fundado a principios de 1819, en particular Wardle, James Wroe y J. T. Saxton. Además, entre los sospechosos de complicidad en la conspiración de Ardwick había un afilador, un tonelero y un blanqueador.

Un relato de los primeros meses del movimiento del Lancashire procede de la pluma poco fiable del impresor Joseph Mitchell. A principios de 1816 había pertenecido a la Sociedad Concéntrica de Liverpool, una sociedad fundamentalmente de clase media que le enfureció por su negativa a comprometerse en la propaganda pública: «Beben, cantan, fuman, brindan, hacen juegos de palabras

[88] H. O. 40.3; A. T. Patterson, *Radical Leicester*, pp. 107 y siguientes; H. W. C. Davis, *The Age of Grey and Peel*, pp. 180-183.

[89] Bamford, *op. cit.*, 3.ª edición, Heywood, sin fecha, p. 9. La nota de un magistrado de 1816 (H. W. C. Davis, *Lancashire Reformers*, p. 24) describe a Knight como «un hombre sin propiedad ni carácter», a Kay y a Fitton como tejedores. Mitchell era oficial impresor, y su esposa tenía un taller de pañería.

y disertan con profusión después de una buena cena y alrededor de una botella y adulan a hombres como Brougham u otros parecidos (...) pero no moverían un solo dedo en favor de la causa del pueblo.»[90] Mitchell viajó al sur del Lancashire en busca de trabajo, encontró a muchos reformadores «declarados» pero inactivos y decidió «mezclarse con el pueblo para extender la información moral y política». Se convirtió en el primer enviado político que se nombró a sí mismo, visitando una ciudad tras otra y manteniéndose con la venta de los folletos de Cartwright y de su propio *Address to the People: or A. B. C. of politics*. A principios de noviembre de 1816 visitó a Cartwright en Londres y se encontró a Cobbett, quien le concedió la corresponsalía del *Political* en el Lancashire, *Register* puesto que parece haber compartido con Benbow. A partir de este momento su historia se une a la de los clubes Hampden.[91]

Aunque en el movimiento del Lancashire había un puñado de fabricantes con pequeños negocios y de profesionales, éste debe distinguirse claramente del pequeño grupo de reformadores activos de clase media de Manchester. Estos últimos tenían su propia prensa, su ideología benthamita diferenciada y se cuidaban mucho de distanciarse de los reformadores huntitas incluso en aquellas ocasiones en las que participaban en las mismas campañas de agitación o, como después de Peterloo, les proporcionaban una ayuda importante.[92] Es curioso observar que entre la dirección radical local no figura ningún hilandero de algodón ni obrero fabril. Pocas dudas pueden existir en cuanto a las simpatías radicales de los hilanderos. Las autoridades de Manchester observaron en febrero de 1817, que las reuniones de los reformadores «aumentan numéricamente desde el momento en que las hilanderías de los alrededores dejan de trabajar; esto es una prueba de que el descontento no se reduce a aquellos que están afligidos, puesto que las circunstancias de los hilanderos son comparativamente buenas. Hace poco tiempo este grupo ha prestado ayuda a los reformadores con sus fondos.»[93] Los hilanderos, que estaban sufriendo reducciones durante estos años, estaban llegando al punto culminante en cuanto a la fuerza de su *trade union*. En 1818 hubo la primera gran huelga de hilanderos y se dieron los primeros intentos importantes de organizar una *General Union of Trades* (sindicato general de oficios). Durante la huelga, las cartas de los magistrados dirigidas al Ministerio del Interior

[90] Para la Sociedad Concéntrica, véase B. Whittingham-Jones, «Liverpool's Political Clubs», *Trans. Lancs. & Cheshire Hist. Soc.*, 1959, p. 129.

[91] *Blanketeer* (27 de noviembre de 1819); *Address to the People* (1816), en H. O. 40.9.

[92] Para los reformadores de la clase media, véase A. Prentice, *op. cit.*, pp. 73-74; D. Read, *Peterloo*, cap. 5.

[93] H. W. C. Davis, *Lancashire Reformers*, p. 30.

estaban llenas de quejas relativas a la influencia de los agitadores radicales, como Bagguley y Drummond, tanto sobre los hilanderos como sobre los tejedores.[94]

Así, los hilanderos del Lancashire se encontraban en el centro del sindicalismo del norte y, ciertamente, estaban iniciando nuevas formas de organización en el panorama nacional. ¿Por qué no dieron líderes reformadores destacados? Las razones pueden ser en parte circunstanciales y en parte políticas e ideológicas. La *union* de los hilanderos era, bajo las *Combination Acts*, una asociación cuasilegal. A lo largo de los años, los obreros se habían convertido en maestros del arte de mantener a sus líderes reales entre bastidores. Eran más vulnerables al castigo por parte de sus patronos que los tejedores o los artesanos; y los propietarios de las fábricas del Lancashire tenían tradición de hacer listas negras de los agitadores políticos.[95] En este sentido el obrero fabril era menos «independiente» que el tejedor, aunque el último viviese al borde del hambre. Además, debemos recordar las largas jornadas laborales de las hilanderías. La forma de vida que describe Bamford —según la cual en los períodos más intensos de agitación los tejedores a tiempo parcial y los artesanos podían sacar tiempo para viajar muchas millas con el fin de asistir a reuniones de delegados o para arengar a las asambleas de reformadores— no estaba al alcance del hilandero de algodón adulto.

Pero no es difícil sugerir razones adicionales por las cuales los hilanderos de algodón no alcanzaron una posición dirigente entre los reformadores. El radicalismo de Cobbett y Hunt, con su acento en los valores de la independencia económica, su hostilidad emocional hacia el sistema fabril y su crítica del presente bajo la luz de un pasado ideal de vínculos solidarios y reciprocidad económica, no era representativo de la difícil situación de los obreros fabriles. Hasta la década de 1820, cuando se empezó a dar una confluencia entre el owenismo y el sindicalismo, es difícil encontrar un radicalismo que fuese acorde con la experiencia de los que trabajaban en las hilanderías; aunque hay algunas pruebas de que, aquí y allá, grupos de hilanderos preferían el tono más severo y utilitario de Wooler y Carlile al moralizante del *Register* de Cobbett. El radicalismo huntita poco tenía que decir acerca de la reforma de las

[94] Véase Hammond, *The Skilled Labourer*, cap. 5; Aspinall, *Early English Trade Unions*, cap. 7; Cole, *Attempts at General Union*, cap. 2. Para la impresionante carta de un hilandero de algodón en el *Black Dwarf*, en 1818, véase, pp. 199-202.

[95] A principios de la década de 1800, se animó a los propietarios de las fábricas del Lancashire a que despidiesen a los sospechosos de ser jacobinos (Aspinall, *op. cit.*, p. xxiii). En octubre de 1816 los «tiránicos propietarios» despidieron a los obreros que asistían a los mitines radicales (H. O. 40.9). En la década de 1830 hubo una purga de mano de obra fabril owenita; G. Simmons, *The Working Classes*, 1849, p. 70.

fábricas o las cuestiones sociales en general. El principal canal para la energía de los obreros fabriles de 1816-1820 se encontraba en sus propias *trade unions*. Aquí los resultados eran inmediatos, las consecuencias tangibles. La mayor parte de los hilanderos de algodón eran radicales; pero las autoridades no temían una sublevación de los hilanderos, ni tampoco una marcha sobre Londres.

A todo esto podemos añadir que Manchester tenía ya algunas de las desventajas, así como algo del vigor, de una metrópoli. Su gran tamaño, la diversidad de las ocupaciones, los crecientes distritos suburbiales y el paso constante de inmigrantes por ella le proporcionaban un menor sentido de cohesión que el que existía en los municipios de las tierras altas. La numerosísima población irlandesa, aunque simpatizó con la agitación de 1816-1820, no llegó a estar integrada en el movimiento. Además, si bien algunas de las ciudades algodoneras —en particular Bolton— tenían celosos magistrados legitimistas, muchas de las más pequeñas eran casi de carácter totalmente proletario y apenas tenían vigilancia policial.[96] El subjefe de policía permanente de Manchester, Joseph Nadin, había adquirido experiencia en la caza del radical durante los años del ludismo. Los líderes radicales conocidos estaban señalados y eran vigilados, los espías se infiltraban continuamente en la Sociedad Constitucional de Manchester o en la Unión Política. En Manchester, en los años 1817 y 1819, los hombres de Nadin y los líderes reformistas tenían escaramuzas en las calles y algunas veces se encaraban profiriéndose burlas o amenazas. William Ogden, detenido en marzo de 1817, testificó que «el conocido J. Nadin (...) le había dicho seis semanas antes, varias veces, que si no dejaba de asistir a los mítines públicos me detendría».[97] En una ocasión Nadin, para darle ánimos a un detenido, le dijo: «Te hemos hecho un pedazo de cuerda para empezar, pero será más largo para cuando vuelvas a Reighton: entonces te colgaremos».[98] Pero la «población rural» en pocas ocasiones tuvo que sufrir sus brutales atenciones.

De modo que los «patriotas rurales» fueron la espina dorsal de los movimientos de reforma de esos años. Y eran conscientes de ello. Después de un mitin al aire libre en Manchester, a finales de octubre de 1816, un confidente volvió «junto con una multitud de reformistas de Failsworth»:

[96] A. T. Patterson hace la misma observación respecto del Leicestershire, donde, en aquel momento, Loughborough sólo tenía un J. P. residente; y establece una distinción entre la tradición de la «fuerza física» de los pueblos del norte del Leicestershire y, por comparación, la reputación de observante de la ley que tenía Leicester. Véase «Luddism, Hampden Clubs, and Trades Unions in Leicestershire», *English Historical Review*, 1948, LXIII, p. 172.

[97] *Political Register* de Cobbett (16 de mayo de 1818).

[98] Bamford, 3.ª edición, Heywood, p. 174.

Proferían las maldiciones y los reproches más amargos contra el pueblo de Manchester pero sobre todo contra las clases altas. Se consolaban atribuyendo la ausencia del pueblo de Manchester a la coacción de los patronos (...) Respecto del número de asistentes este informador cree que la mitad eran gente de la zona.[99]

Una mayoría de los que partieron de Manchester con sus peticiones y sus mantas para marchar hacia Londres, en marzo de 1817, eran tejedores de zonas rurales.[100]

A pesar de que en 1818 Stockport constituyó un modelo importante de un tipo de movimiento urbano en favor de la reforma bastante distinto, bajo la dirección del reverendo Joseph Harrison, un pastor metodista que se había convertido en orador radical y maestro de escuela,[101] la gente «del campo» era de nuevo dominante en 1819; eran los hombres cuyos entrenamientos nocturnos, de los cuales Bamford ha dejado descripciones idílicas y demasiado inocentes, fueron el preludio de Peterloo. Cabe señalar que los obreros fabriles de Manchester no tenían tiempo para realizar tales preparativos, ni disponían de los apartados páramos para llevarlos a cabo. Eran la misma gente que ocupaba una gran parte de St Peter's Fields el 16 de agosto de 1819, con sus grandes grupos ordenados procedentes de Leeds y Saddleworth, Middleton y Rochdale, Oldham y Bury. Y, al igual que los partidarios más extremistas de la «fuerza física» de las provincias esperaban recibir una señal de Londres, muchos de los tejedores de la meseta esperaban con impaciencia a que Manchester iniciase la insurrección. La furia, no sólo contra las autoridades, sino también —sospechamos— contra esa apática Babilonia del sistema fabril, alimentaba, en 1817 y de nuevo en 1819, los rumores de que la insurrección iba a empezar convirtiendo a «Manchester en un Moscú». Y, a finales de 1819, cuando el movimiento de Manchester empezaba a fragmentarse en una confusión de peleas personales y facciones en lucha, un divertido informe de un espía sobre una reunión horrorosamente violenta y desordenada de la *union* de Manchester termina:

[99] H. W. C. Davis, *Lancaster Reformers*, p. 24. Se debería señalar que se hicieron diversas peticiones a reformadores de la clase media de Manchester para que presidieran la reunión y las respuestas habían sido negativas.

[100] La lista de los detenidos (de H. O. 42.172) muestra una gran preponderancia de tejedores. En un grupo de cuarenta y ocho detenidos, veintinueve eran tejedores, dos eran hilanderos, dos peones, y había además uno de cada uno de los siguientes oficios: ebanista, aserrador, encuadernador, carpintero ensamblador, constructor de máquinas, velero de sebo, tintorero, zapatero, cordelero, «calendarista». En otro grupo de ciento setenta y tres detenidos había bastantes más hilanderos, carderos, blanqueadores, anudadores, etc., pero la gran mayoría eran tejedores.

[101] Para la *Stockport Union Society*, véase D. Read, *op. cit.*, pp. 47 y siguientes, y más adelante, p. 767.

en aquel momento se presentaron dos campesinos, uno de ellos se levantó y quiso saber si aquello era la *union*; transcurrió algún tiempo antes de que alguien hablara; al fin alguien dijo que debía de serlo; entonces el forastero dijo que venía de Flixton para ver cómo progresaba la Reforma; alguien gritó, «¿Te envía el juez Wright?»; el viejo no hizo caso sino que siguió diciendo que en su región diariamente cientos de personas se incorporaban a sus secciones, y que si les decía lo que había visto aquella noche jamás depositarían su confianza en la *Union* de Manchester. Algunos de los líderes rodearon a los forasteros y les persuadieron de que no mencionasen lo que habían visto aquella noche.[102]

Por supuesto, aquella gente en su mayoría eran tejedores manuales, cuyos problemas y forma de vida hemos examinado en un capítulo anterior. Hacia 1819, comunidades enteras de tejedores del Lancashire se habían adherido a la causa de la reforma; y desde este momento hasta los últimos años del cartismo, los tejedores y los calceteros siempre se encontraron entre sus partidarios más leales y extremos. Los sucesivos fracasos de sus campañas de agitación para conseguir protección parlamentaria les condujeron directamente hacia el problema de la reforma —o el derrocamiento— del mismo gobierno. No podían tener esperanzas de mejorar su situación sólo mediante la acción sindical: el fracaso de la gran huelga de tejedores de 1818 para conseguir cualquier aumento perdurable reforzó la lección. Si bien la ideología de la «independencia» económica y del fuerte individualismo político, que promulgaban Cobbett y Hunt, no se ajustaba a la experiencia de la mano de obra fabril, se amoldaba como un guante a la de los tejedores. Los tejedores compartían el desagrado de Cobbett por el ruido y la opresión de las fábricas; su insistencia acerca del derecho de todo hombre a obtener, con el sudor de su frente, una comida abundante, un abrigo decente y un bienestar físico; sus sospechas respecto de Londres, el papel moneda, *The Thing*; su preferencia por las razones morales más que las utilitaristas; su nostalgia hacia los valores rurales que estaban desapareciendo. Ciertamente, respondían con entusiasmo a la mayor parte de las opiniones de Cobbett en 1817, excepto a su desaprobación de las sociedades y los clubes políticos.

Así, la fuerza de los reformadores extremos residía en las poblaciones de trabajadores manuales de las Midlands y el norte. Esperamos haber acabado con la falsa idea de que estos habitantes de los pueblos industriales eran «patanes» o «palurdos» que se encontraban entre los sectores más «atrasados» de la población. Si bien los baluartes artesanos en las ciudades —Londres, Birmingham, Norwich, Sheffield, Newcastle— proporcionaron los primeros seguidores del deísmo de Carlile y el socialismo de Owen, los obreros manuales se

[102] H. O. 42.198, cita completa en D. Read, *op. cit.*, Apéndice B, p. 221.

situaban tal vez cerca de ellos en la escala de la inteligencia y el nivel de alfabetización, en la que ocupaban un lugar favorable en comparación con otros grupos industriales: los obreros de las fundiciones y los mineros, los pobres de la ciudad, los peones no cualificados y muchos obreros fabriles.[103] La prosperidad comparativa de los primeros años de la Revolución industrial, resultado del *boom* de la hiladora mecánica, supuso una mejora no sólo en los valores materiales sino también en los culturales. Fue precisamente la ruina de esta forma de vida la que proporcionó una extraordinaria fuerza a la protesta de los trabajadores manuales. Si los centros de la «conspiración» radical se hallaron durante treinta años en lugares como Pentridge, Loughborough y Barnsley —si las conjuras se discutían en un templo de Middleton, una taberna en Thornhill Lees y una cantera de grava de Heckmondwike— no se debía a que estos lugares estuviesen al borde de la nada, sino a que la población de esos municipios y pueblos se encontraba en el corazón del conflicto entre el individualismo económico sin intervención y una forma de vida más antigua. Los tejedores y los calceteros fueron las víctimas más perjudicadas del *laissez faire*, y por consiguiente merecieron también las atenciones más estrechas de lord Sidmouth y Oliver. Fueron no los atrasados, sino los obreros característicos de esta fase de la Revolución industrial.

IV. Brandreth y Oliver

Pero todas las grandes concentraciones de obreros manuales estaban de cien a doscientas millas más allá de Londres. Si los centros textiles hubiesen estado en Essex, los pueblos productores de clavos en Sussex; si los tejedores hubiesen llevado sus pancartas a Spa Fields en vez de llevarlas a St Peter's Fields, el curso de la historia de Inglaterra hubiese sido otro. Tal y como eran las cosas, siempre que había un sentimiento latente de insurrección en los Peninos o en el

[103] Para tener pruebas de que, a pesar de los lamentos relativos a un declive en los últimos años, el nivel de alfabetización de los tejedores manuales, en 1840, era superior al de otros grupos, véase R.K. Webb, «Working-Class Readers in Early Victorian England», *English Historical Review*, 1950, LXV.

Warwickshire, carecía de un objetivo claro que estuviese al alcance. Hacia 1817, el ludismo estaba ampliamente desprestigiado. ¿Cómo se podía dirigir la fuerza de los sentimientos que había en las provincias contra el propio gobierno? La marcha de los *blanketeers* —que posiblemente conocían y alentaban Cartwright y Cobbett en los primeros momentos de su planificación— fue un intento de ejercer presión en este sentido. Los trabajadores del Lancashire marcharían sobre Londres de forma pacífica con sus peticiones, celebrando mítines y ganando adeptos por el camino. Se esperaba que otros grupos dieran apoyo marchando desde el Yorkshire y las Midlands, y se dice que uno de los líderes de Manchester declaró: «Si pudiésemos conseguir que llegaseis hasta Birmingham, estaría todo hecho, porque estoy seguro de que tendréis la fuerza de cien mil.»[104] Los organizadores declararon que sólo pretendían presentar sus peticiones al príncipe regente. Pero se esperaba que el populacho de Londres diese una tumultuosa bienvenida, y era posible que se produjese algún tipo de expectativa de que los participantes en la marcha realizasen un papel parecido al de los marselleses en el París de 1792.

Debemos formular una pregunta de nuevo: ¿Se trata sólo de qué se pretendía, o bien de quién lo pretendía? La situación geográfica de los obreros manuales no sólo implicaba su aislamiento de los centros de poder, también suponía una debilidad decisiva por lo que se refiere a comunicación y organización. Hemos hablado acerca de la cohesión de las pequeñas comunidades industriales y de su opacidad frente a la indagación de las autoridades. Los puntos débiles de su organización eran siempre los *enlaces* entre ellos y los centros regionales, y sobre todo entre estos centros y Londres. Para las autoridades era relativamente fácil infiltrar espías en la organización de Manchester, e incluso en la de Sheffield y Nottingham; y esos espías, gracias a su audacia y habilidad para disponer de tiempo, conseguían muy a menudo ser delegados a los comités regionales. Lo más fácil era situar espías entre los extremistas de las tabernas de Londres.

El siguiente es un relato ampliamente aceptado sobre los acontecimientos de la primavera y el verano de 1817:

> En marzo, y de nuevo en junio, los magistrados se lanzaron sobre las reuniones de representantes obreros y los detuvieron a todos. Se supuso que aquellos hombres estaban haciendo planes para una insurrección

[104] H. W. C. Davis, *Lancashire Reformers*, p. 31. Los mineros del Staffordshire habían sentado un precedente en 1816 con la primera «marcha de los hambrientos». A los *blanketeers*, de hecho, el ejército les impidió hacer la marcha, detuvieron a más de doscientos y pocos de ellos llegaron más allá de Leek.

general; pero aparte de las pruebas que proporcionaron los espías pagados y los confidentes, no hay nada que demuestre la existencia de tal movimiento. Sin duda se decían cosas descabelladas, pero no existe ninguna prueba fehaciente relativa a una conspiración organizada.[105]

Es la clásica interpretación *whig* de 1817, y es también la defensa que los mismos reformadores de la época utilizaron. Es una interpretación que recibió respaldo académico en el *Skilled Labourer* (capítulo 12) de los Hammond y que sigue siendo la reconstrucción más autorizada de la carrera del célebre Oliver.[106]

Sin embargo, la explicación *whig* constituye una seria simplificación. No es necesario que repitamos, una vez más, nuestra discusión acerca de qué es una prueba «fehaciente». Pero hay razones aplastantes para suponer que, en 1817, los partidarios de la «fuerza física» estaban preparando algún tipo de conspiración que se encontraba inextricablemente entrelazada con la contraconspiración de los *provocateurs* del gobierno. Ya en diciembre de 1816 había un contacto informal entre el partido «jacobino» de Londres y los reformadores extremistas de las provincias. Al menos dos de los enviados, nombrados por la reunión de delegados del Lancashire durante el mismo mes con instrucciones para visitar el Yorkshire y las Midlands, eran partidarios de la «fuerza física»; eran William Benbow y Joseph Mitchell. Desde aquel momento en adelante, Mitchell —a quien un magistrado bien informado del Lancashire describía como «una especie de jefe de toda esta parte del país»[107]— se desplazó con frecuencia entre Londres, las Midlands y el norte. Cuando Bamford asistió a la «convención» de los clubes Hampden en enero de 1817, tanto Mitchell como Benbow habían hecho muchos contactos en Londres. Benbow actuaba «casi como un maestro de ceremonias», y Mitchell acompañó a Bamford en una visita a los cuarteles durante la cual —accidentalmente, según el malicioso relato de Bamford— repartieron folletos radicales. Puesto que Cartwright, Cobbett y Hunt no proporcionaban una dirección organizada seria, algunos delegados provinciales se reunieron de nuevo en *The Cock* en Grafton Street con el doctor Watson y su grupo, y hablaron de planes de coordinación a nivel nacional y —quizá— de organización secreta.[108]

105 Cole y Postgate, *The Common People*, p. 217.

106 R. J. White en su reciente relato sobre la sublevación de Pentridge, en *From Waterloo to Peterloo*, cap. 13, se basa en gran medida en el artículo de A. F. Fremantle, «The Truth about Oliver the Spy», *Eng. Hist. Review*, 1932, XLVII, pp. 601 y siguientes. Ambos relatos, sin embargo, son inferiores al de los Hammond.

107 Véase H. W. C. Davis, *Lancashire Reformers*, p. 28.

108 Bamford, edición de 1893, pp. 21, 32-33; H. Hunt, *The Green Bag Plot*, 1819, p. 9.

De modo que, cuando se suspendió el *hábeas corpus* durante la primera semana de marzo, existía ya algún sistema fragmentario de organización a nivel nacional. Las autoridades afirmaban que había cuatro centros de organización controlados por «comités secretos»: 1. Nottingham, Derby y Leicester. 2. Birmingham y su distrito. 3. El Lancashire. 4. El Yorkshire. Sin duda, había un considerable trasiego de delegados y también de correspondencia radical. Mitchell ha dejado alguna información sobre esos meses, en los que él, Benbow y Knight esquivaban a las autoridades, «quedándonos siempre apenas dos noches en un mismo lugar».[109] Bamford también ha descrito sus días «de actividad» con Healey, en un momento en que algunos reformadores del Lancashire no se atrevían a salir «si no era como lechuzas al atardecer», mientras otros «se reunían con pretextos varios»:

> Algunas veces se denominaban «sociedades de socorro mutuo», otras «reuniones de botánica», «reuniones para ayudar a los familiares de los reformadores encarcelados», o «de aquellos que han abandonado el país»; pero su verdadero propósito, que sólo conocían los iniciados, era hacer posible el ataque nocturno a Manchester.

Un confidente que asistió a una de esas reuniones en Chadderton, en marzo, informa en términos que son corrientes desde la época ludita hasta la cartista:

> El hombre de Chadderton dijo que la mayor parte de la gente ya poseía armas. Dijo que creía que reunirían alrededor de setenta hombres armados con mosquetes.

Se acordó ir a Manchester el viernes por la tarde a las tres y encontrarse en el Royal Oak en el puente de Ardwick, para conocer las noticias que llegasen de Birmingham, Sheffield y cualquier otro lugar del que se esperaba información. El hombre de Chadderton dijo que había visto al representante de Bury y había estado en Huddersfield y Leeds y estaba seguro de que todo el pueblo estaba preparado para empezar en cualquier momento puesto que habían sacado muchas armas que estaban escondidas desde el tiempo de los luditas.[110]

«Debían avanzar cuando vieran un cohete.» En los documentos del Ministerio del Interior pueden encontrarse pasajes idénticos para los años 1839 y 1848. Los partidarios de la fuerza física siempre esperaban «saber qué noticias llegaban» de Birmingham, o

[109] *Blanketteer* (23 de octubre de 1819).
[110] Bamford, *op. cit.*, p. 44; H. W. C. Davis., *op. cit.*, p. 35.

Londres, o Newport... Desde un punto de vista la historia es patética. La «Conspiración de Ardwick», a finales de marzo, se proyectó en media docena de reuniones de este tipo y, bajo su pretexto, se detuvo a varios de los líderes más activos del Lancashire. Desde otra perspectiva la cuestión es más seria. En multitud de ocasiones y en multitud de lugares, se reunían hombres con unas pocas pistolas y armas caseras en pueblos de las Midlands y el norte, y hacían movimientos indecisos, no tanto por timidez como por miedo a la traición y sensación de aislamiento geográfico. Si en cualquiera de estas situaciones críticas *hubiesen* llegado «noticias», si los revolucionarios hubiesen «tomado» algún centro importante, entonces la insurrección se hubiese extendido con rapidez a otros distritos.

Hacia mayo, el sentimiento revolucionario iba en aumento en varios distritos y se comunicaban entre ellos de forma esporádica. Pero no existía ningún centro organizador responsable. Las provincias tenían puesta su atención en Londres; pero los londinenses, con quienes mantenían un contacto inestable, eran menos capaces de iniciar un intento de rebelión que las gentes de las provincias. William Stevens, un fabricante de agujas de Nottingham que tuvo una parte activa en la conspiración y luego huyó a Norteamérica, declaró posteriormente que, después de la suspensión del *hábeas corpus*, «muchos cientos (...) y, según cree, muchos miles decían que (...) era el momento de *resistir*»: «(...) esto pensaba gran parte de la población de su ciudad en los meses de marzo, abril y mayo de 1817.» Pero «aunque deseaban ardientemente tener los medios de resistencia (...) no se hizo ningún plan de resistencia hasta algún momento del mes de mayo». Se había discutido esta cuestión por primera vez, cuando, en abril, «el señor Mitchell pasó por Nottingham (...) de camino hacia Londres».[111]

Mitchell (decía Bamford) «se movía en una esfera propia, cuyo alcance sólo él conocía». En abril visitó en Londres a Charles Pendrill, el zapatero jacobino y anterior compañero de Despard, que por aquel entonces estaba haciendo preparativos para huir a Norteamérica. Hacía poco tiempo que Pendrill había ayudado a un amigo, a quien él conocía con el nombre de William Oliver, que acababa de salir de la prisión de deudores; poco después Oliver «empezó a hacer apasionadas manifestaciones de patriotismo, y mostró una insólita inquietud por saber si existían asociaciones políticas en las que pudiese integrarse».[112] Creyeron ciertas las declaraciones de

[111] Declaración en el *Political Register* de Cobbett (16 de mayo de 1818).

[112] Declaración de Pendrill en el *Political Register* de Cobbett (16 de mayo de 1818). Pendrill conocía a Oliver desde 1811, en aquel momento era capataz de un carpintero. Se ha descrito a Oliver de diversas formas: como constructor, carpintero y contable; de hecho, era un empleado superior, tenedor de libros y agrimensor.

Oliver y hacia el mes de marzo se le había admitido en el círculo más íntimo de los reformadores de Londres. El 28 de marzo solicitó una entrevista con lord Sidmouth. En abril, Pendrill y otros reformadores le presentaron a Mitchell, que le recibió en sus aposentos, y quedó impresionado por «la figura de cuerpo entero de Napoleón hecha en bronce» que estaba encima de la repisa de la chimenea, así como por los retratos de Burdett, Cobbett, Horne Tooke y Fox: «Me dijo que los amigos de Londres deseaban establecer contacto con los amigos de las provincias. Yo le dije (...) que el deseo de éstos era el mismo.» Pero cuando Mitchell le pidió que se hiciera un encuentro con el comité de Londres, Oliver le dijo que era un momento demasiado peligroso para reunirse.[113]

Oliver persuadió a Mitchell para que le permitiese acompañarle en la siguiente gira a las provincias. Los dos hombres partieron el 23 de abril hacia una gira que duraría veintitrés días —para Oliver— y durante la cual conseguiría ser presentado a los dirigentes reformadores de los principales centros de las Midlands y el norte.[114] Fue un golpe de espionaje espléndido, y los informes de Oliver fueron muy útiles para Sidmouth. El 5 de mayo informó sobre su asistencia a una reunión central de delegados en Wakefield, a la que acudieron hombres desde Birmingham, Sheffield, Huddersfield, Barnsley, Leeds y Thomas Bacon por el distrito de las Midlands del Norte. En esta reunión se hicieron grandes promesas relativas al número de hombres que se sublevarían en cada distrito. La sublevación estaba proyectada para el 26 de mayo, y Oliver prometió que Londres «estaría preparada». En privado informó de que era «un plan poco convincente y práctico y que, si se podía retrasar, saltaría por los aires por sí mismo».[115]

Pero —debido quizás a un error— se había detenido a Mitchell el 4 de mayo y Oliver siguió adelante por su cuenta, como «el delegado de Londres».[116] Después de esto, se produjo una situación extraordinaria en la cual los preparativos para la insurrección iban hacia adelante en varios distritos, pero en la que el único contacto con Londres

[113] *Blanketteer* (23 de octubre de 1819).

[114] Oliver abandonó Londres el 24 de abril; 25, Birmingham; 26, Sheffield vía Derby; 27, 28, Wakefield, Dewsbury; 29, Leeds; 30, Manchester; 1 y 2 de mayo, Liverpool; 3, Manchester; 5, Wakefield; 6, Huddersfield; 7, Wakefield; 8, Huddersfield; 9, Barnsley; 10, Ossett; 11, Spen Valley; 12, Bradford; 13, Leeds; 15, Londres. En el viaje entre Birmingham y Leeds, Mitchell presentó a Oliver a un destacado reformador de Derby «mientras cambiaban los caballos del coche». H. Hunt, *The Green Bag Plot*. Véase también el documento titulado «O's Tour» en T.S. 11.351, y *Narrative* de Oliver (H. O. 40.9) y cartas (H. O. 40.10).

[115] Hunt, *op. cit.*, y declaraciones de Stevens.

[116] Según un relato, Mitchell viajaba con un nombre falso, vestido como un tejedor con ropas de fustán y con un mandil puesto. T. W. Tattie a Fitzwilliam, 22 de enero de 1820, *Fitzwilliam Papers*, F.52 (c).

cuya identidad se conoce era un agente del gobierno. En Londres, Watson, Thistlewood, Preston y Hooper estaban todavía en espera de juicio por alta traición, por su participación en los sucesos de Spa Fields y, en general, se esperaba que los condenasen. Algunos líderes reformadores estaban escondidos, otros habían seguido a Cobbett hacia Norteamérica, y otros estaban ya encarcelados. Hasta aquí el asunto parece bastante claro, pero, a partir de este punto, las fuentes de información empiezan a ser tremendamente parciales. Los reformadores y los críticos del gobierno de tendencia *whig* —como Bennet en la Cámara de los Comunes y Baines en el *Leeds Mercury*— se cuidaron de presentar todas las pruebas para demostrar que Oliver había sido el principal instigador de los sucesos del 9 de junio. Por otra parte, las autoridades afirmaban que Oliver sólo había actuado como informador, que, si había tenido que ver con los planes revolucionarios, era sólo para retrasarlos o desorganizarlos y que sólo gracias a su vigilancia se había impedido una insurrección.

Probablemente la verdad es mucho más compleja que cualquiera de los dos relatos. Oliver no era el único espía que había en la organización secreta. Los magistrados del Lancashire y de Nottingham se mantenían bien informados por sus propios confidentes locales. Pero, al mismo tiempo, no es cierto que los únicos instigadores de la revolución fuesen espías. En mayo, Bamford recibió la visita en Middleton, no de Oliver, sino de delegados procedentes de Derby —Thomas Bacon y Turner— que estarían después implicados en la sublevación de Pentridge. William Stevens declaró que cuando Thomas Bacon informó al comité de las Midlands del Norte acerca de la reunión de Wakefield del 5 de mayo:

> Estaban presentes Brandreth, Turner y Ludlam y mucha más gente (...) Unos cinco o seis días antes del 26 de mayo llegó a Nottingham una carta de nuestros amigos de Sheffield, en la que se nos informaba de que la sublevación se había pospuesto hasta el 9 de junio por consejo de Oliver (...) porque las noches serían entonces más oscuras, y porque, en aquel momento, toda la zona estaría en una mejor situación para la sublevación (...) En consecuencia, seguirían haciéndose preparativos en Nottingham y los alrededores hasta el día de la sublevación.

Mientras tanto, Oliver había vuelto a Londres para informar a sus patronos, sin olvidar hacer una visita a su viejo colega Mitchell en la prisión de Cold Bath Fields: dando lugar, de este modo, a la sospecha que se mantendría durante mucho tiempo de que también él era un espía.[117] El 23 de mayo —según las autoridades— los

[117] Baines, que desenmascaró a Oliver en el *Leeds Mercury*, también dirigió el ataque a Mitchell. Mitchell era un conspirador novato y alocado, pero no era un espía. Su nombre quedó limpio mediante una investigación radical formal, dirigida por Jones Burdett.

magistrados de las Midlands y del norte informaron a Sidmouth de que la insurrección tendría lugar el 9 de junio, tanto si Londres prestaba apoyo como si no lo hacía. Sidmouth «envió a Oliver a las provincias con el correo».[118]

Pero en esta segunda gira, Oliver actuó como si hubiese recibido instrucciones completamente distintas. Ahora su discurso estaba lleno de grandes promesas. Con anterioridad se había presentado, de vez en cuando, como «delegado» por Burdett, Cochrane, Hunt o el comandante Cartwright.[119] En esta ocasión añadió comentarios sobre los planes de los reformadores de Wolverhampton para tomar los cuarteles de Weedon; Wooler, el editor del *Black Dwarf*, «estaba en aquel momento en Londres imprimiendo las proclamas que haría públicas el Gobierno provisional»; los preparativos —decía— siempre estaban más avanzados en todas partes que en el lugar donde en aquel momento se encontraba. Sus atenciones se centraban particularmente en el West Riding y Nottingham.[120]

Es significativo que Oliver fijara su actividad en los dos distritos donde más fuerte había sido la organización ludita. Por añadidura, ambos eran centros que contaban con una tradición revolucionaria incluso más antigua. «El Pueblo de Nottingham —escribió Sherwin— tiene un inveterado sentimiento de odio contra la opresión que quizá no sobrepasa ninguna otra ciudad del mundo.»[121] Ya en diciembre de 1816, Benbow celebró un mitin en Pentridge.

Bamford dedicó un capítulo a su vindicación, concluyendo en letras mayúsculas: «Si hubiese sido un espía, hubiese traicionado a los que nunca traicionó», lo cual era una admisión de que en el complot había más cosas que ni siquiera Oliver conocía. Cuando salió de la cárcel, Mitchell no siguió los consejos de Cartwright acerca de que, si era un hombre honesto, debía retirarse de la vida pública; volvió a entrar en la política radical; defendió su reputación frente a las acusaciones de Baines, en su *Blanketteer*; le apedrearon y le tiraron al canal en Leeds; y le encarcelaron en 1820 por libelo sedicioso. Véase Bamford, *op. cit.*, caps. 12, 26; *Life of Edward Baines*, p. 109; *Blanketteer* (23 de octubre al 20 de noviembre de 1819); *Fitzwilliam Papers*, F.52 (c); L. T. Rede, *York Castle in the Nineteenth Century*, p. 630.

[118] Véase H. Hunt, *op. cit.*

[119] Véase, por ejemplo, la declaración de Scholes en el *Leeds Mercury* (21 de junio de 1817); W. Cliff (de Derby) en *Duckett's Dispatch* (9 de diciembre de 1818).

[120] El documento titulado «O's Tour» (T. S. 11.351) proporciona el siguiente itinerario: 23 de mayo, dejó Londres; 24, Birmingham; 25, Derby; 26, Derby; 27, Nottingham; 28, pueblos cercanos a Nottingham; 29, de Sheffield a Wakefield; 30, Bradford y Halifax; 31, Manchester; 1 de junio, Liverpool; 2, Manchester a Wakefield; 3, Wakefield; 4, en Camps Mount (el cuartel general del general Byng está cerca de Wakefield); 5, Leeds; 6, Thornhill Lees, cerca de Dewsbury; salió con el correo para Nottingham; 7, Nottingham; salió con el correo de Londres. En el Lancashire, según Bamford y Prentice, tanto los reformadores de la clase media como los de la clase obrera sospecharon ya de él e hicieron advertencias públicas contra sus planes. Véase también *Political Register* de Sherwin (15 de noviembre de 1817, 14 de febrero de 1818); Narración y cartas de Oliver, en H. O. 40.9/10; pruebas de Bradley y Dickenson, H. O. 42.165 y 167.

[121] *Political Register* de Sherwin (21 de junio de 1817).

El reformador más destacado de este distrito, Thomas Bacon, era un *old Jack*, probablemente en sus cuarenta, que durante algunos años había trabajado como limador o pulidor de hierro colado en la fundición Butterey. Posteriormente, castigado por sus actividades políticas, en 1817 recurrió al oficio de tejedor de punto. Según el sumario que la corona preparó contra él —pero que luego nunca se utilizó— desde 1791 había sido «un partidario activo de las doctrinas de la libertad y la igualdad y un discípulo entusiasta de Thomas Paine». Sostenía que se debía «igualar» la propiedad, repartir las haciendas dando 8 acres[122] de tierra a cada hombre. En opinión de Bacon, el *Register* de Cobbett y los clubes Hampden «no iban suficientemente lejos».[123]

En el otro centro revolucionario, el West Riding, la situación era algo más confusa, puesto que la magistratura *whig* de Fitzwilliam y lord Sidmouth a menudo no se entendían; incluso parece probable que el propio *Lord-Lieutenant* no estuviese al corriente de la identidad y los objetivos de Oliver. La última semana de mayo, los activos magistrados de Sheffield, actuando según sus propias informaciones, sorprendieron una reunión de medianoche de los Líderes de Decenas en «el molino del señor Chandler». «Cuando cundió la alarma en la reunión salieron hombres por las puertas y las ventanas y se precipitaron hacia el bosque.» Detuvieron a Wolstenholme, uno de los dirigentes locales, y a otros tres, y desde aquel momento el movimiento de Sheffield quedó sumido en la confusión.[124]

Podemos comparar dos fuentes independientes, que provienen de Nottingham en aquellos momentos, de las que cabría esperar que los prejuicios tuviesen tendencias opuestas. En la primera de ellas, un confidente local, que no conocía la verdadera identidad de Oliver, informaba a un magistrado local:

> Fui (...) a casa de Jerry Brandreth esta tarde entre las seis y las siete (...) Salimos de su casa (...) y encontramos [a Stevens] cerca de la cárcel. Subimos por Sandy Lane (...) Stevens dijo que debería haber ido el lunes por la noche (...) Dijo que había estado un Delegado de Londres, que informó de que en Londres había unos setenta mil dispuestos a actuar con nosotros; y de que en Birmingham la situación estaba muy madura (...) No se dijo dónde vivía, pero se afirmó que era un amigo incondicional, y que (...) volvería de nuevo el miércoles o el jueves, para comunicar la decisión del momento que se fije para la insurrección.[125]

122 Medida de superficie que equivale a 40,47 áreas. *(N. de la T.)*
123 Rex v. Thomas Bacon: resumen en T. S. 11.351.
124 De Parker a Fitzwilliam, 29 de mayo de 1817, *Fitzwilliam Papers*, F. 45 (i).
125 Informador (¿H. Sampson de Bullwell?), adjunta a la carta de Enfield a Sidmouth, 1 de junio de 1817, H. O. 40.6.

En la segunda, Stevens hace su propio relato un año más tarde:

El día 1 o 2 de junio, Oliver vino a Nottingham (...) a la casa de este testigo. Dijo que para el 9 de junio todo estaría dispuesto en Londres (...) Oliver se reunió con nosotros en aquella ocasión, en aquella reunión estuvieron presentes Brandreth y Turner y muchos otros. En esa reunión nos presentó un papel que llamó Plan de la Campaña.

Cuando estuvo todo acordado entre Oliver y nosotros, se preparó para partir hacia el Yorkshire a organizar las cosas, de modo que todo estuviese a punto en las provincias para movilizarse en el momento en que tuviese lugar la sublevación en Londres, donde nos dijo que había cinco mil hombres con armas preparadas, y que tomarían la Torre.

El 7 de junio se debía reunir en Sheffield una «convención» de delegados del norte para hacer los últimos preparativos:

Cuando se hubiesen reunido, los representantes se separarían e irían a diversas ciudades grandes; y los representantes no irían a sus lugares de residencia, sino a otros lugares, para que se estableciese una confianza mutua y para que se intercambiase información fiable.

Por supuesto, Stevens partió hacia Sheffield el 7 de junio, pero «fue alcanzado por un muchacho montado a caballo», a resultas de lo cual volvió a Nottingham:

Encontró a Oliver en su propia casa, le dijo que en el Yorkshire se había producido algún tipo de traición; pero que, como en Londres todo estaba a punto, todo iría bien si seguían manteniendo sus promesas en Nottingham y Derby. Se realizó entonces una reunión en la que Oliver estuvo presente.

Después de ésta, Oliver tomó inmediatamente el coche de posta hacia Londres, con la explicación de que debía «asegurar a los rebeldes de Londres que habría una cooperación franca desde las provincias».[126]

Se conocen muchas cosas referentes a los movimientos de Oliver por el Yorkshire entre los días 2 y 6 de junio. Fue rápidamente de una ciudad a otra para preparar una reunión de delegados en Thornhill Lees, cerca de Dewsbury, para el 6 de junio. Dos días antes, tuvo una entrevista privada con el general de división John Byng, que dirigía las tropas en el norte. Las tropas que estaban bajo el mando personal del general Byng cercaron a los reunidos en Thornhill Lees y detuvieron a los delegados.[127] A Oliver se le permitió

[126] Declaración de William Stevens en el *Political Register* de Cobbett el 16 de mayo de 1818. Estas referencias contradicen las sugerencias hechas por A. F. Fremantle y R. J. White respecto de que Oliver no tuvo ningún contacto con Brandreth. Véase también *Nottingham Review* (7 de noviembre de 1817).

[127] Ni Sidmouth ni Byng pretendían hacer estas detenciones; fueron forzadas por un magistrado celoso de su trabajo. Véase Hammond, *op. cit.*, p. 358.

«escapar», pero un reformador le vio pocas horas más tarde en un hotel de Wakefield —poco antes de que se fuera en coche de Sheffield— hablando con un criado del general Byng, y se supo la verdad. Cuando Oliver llegó a Nottingham la tarde del día 7, ya habían alcanzado la ciudad algunos rumores de traición; y en la reunión final descrita por Stevens se sometió al espía a un duro interrogatorio, que tuvo la suerte de superar. Un hombre de elevada estatura —informó Oliver— dijo que «en Nottingham no eran tan aficionados como en el Lancashire a ser ahorcados por nada, y si yo no lo hubiese detenido, no hubiera sabido qué pensar de mí».[128]

Pero «Jerry» Brandreth no estaba en esta reunión final. Ya el 5 de junio el confidente del secretario municipal de Nottingham le había notificado:

> Vi a Jerry en su propia casa (...) Le pregunté si tenían algún contacto con alguna otra persona aparte del delegado de Londres; dijo que no, pero que algunos de los compañeros lo tenían (...) Me dijo que se iba definitivamente a Pentridge a dirigir a los hombres que allí se iban a sublevar y que iba a conducirles aquí (...) y a reunir gentes de todas las ciudades por las que pasara.

El mismo día, más tarde, la esposa de Brandreth le dijo al confidente que aquél se había ido ya: «Pensaba que él no volvería hasta que el asunto hubiese empezado.»[129] Lord Sidmouth recibió información de todos estos acontecimientos. A partir del 7 de junio, el gobierno, el ejército y los magistrados estaban alerta esperando la sublevación de Pentridge. Durante todo el día 7, el secretario municipal de Nottingham estuvo conferenciando con los magistrados sobre «los medios de impedir y reprimir una esperada insurrección del populacho en esta ciudad y sus alrededores». El día 9 el secretario municipal escribió: «Mi hombre de confianza está en el puesto de observación cerca de Pentridge, vigilando el resultado de los movimientos con los que nos había amenazado el viejo Bacon (...) Estuvimos reunidos en consejo esperando, durante la primera parte de la noche.»[130] Por otra parte:

> Oliver se dirigió hacia Londres dejando a sus víctimas, una detrás de otra, en las trampas que les había preparado (...) Los patronos de Oliver podrían haber detenido todos estos preparativos en una sola hora, y podían haberlos hecho saltar por los aires (...) [Ellos] no querían impedir, sino que se produjesen, aquellos acontecimientos (...) [131] Esta

[128] Para esos días, véase H. O. 40.9 y *Leeds Mercury*, en especial el del 21 de junio de 1817.
[129] H. O. 40.6.
[130] D. Gray, *Nottingham Through 500 Years*, Nottingham, 1960, p. 169; S. Maccoby, *op. cit.*, p. 352.
[131] *Political Register* de Cobbett (16 de mayo de 1818).

fue la interpretación de Cobbett y es difícil sacar cualquier otra conclusión a partir de los datos. Las sugerencias recientes acerca de que Oliver no era un *provocateur* o, alternativamente, que si lo era no siguió del todo las instrucciones de Sidmouth,[132] no se sostienen. Tampoco hay razón alguna para suponer que los miembros de la administración de Liverpool fueran aprensivos —o, desde luego, tuviesen el más mínimo sentido de culpa— ante la idea del derramamiento de sangre. «Nunca se puede pensar que el Rey está seguro en su trono hasta que uno se ha atrevido a verter la sangre de los traidores», había escrito el mismo lord Liverpool, cuando se negó a interceder por la vida de Marshal Ney.[133] Castlereagh había hecho su aprendizaje en la represión de la rebelión irlandesa. El presidente de la Cámara de los Lores, Eldon, libraba una acción de retaguardia contra Romilly y los reformadores penales, en defensa de la pena capital.[134] El gobierno estaba en aquel momento preparando no sólo el proceso por alta traición del doctor Watson y sus compañeros, sino el de grupos de reformadores de Sheffield y Glasgow.[135] *The Masque of Anarchy* no revela sólo la «injusticia ignorante» de la opinión de Shelley,[136] sino las opiniones que compartieron la mayor parte de los paisanos de Shelley. El gobierno quería sangre; no un holocausto, pero sí la suficiente para dar ejemplo.

La historia de Pentridge se explica rápido. Brandreth, el «Capitán de Nottingham», representó el papel que había asumido. Durante dos o tres años antes del 9 de junio, había hecho manifiestos preparativos, reclutando hombres y celebrando consejos en una de las tabernas de Pentridge. La noche del 9 se reunieron doscientos o, como máximo, trescientos hombres procedentes de pueblos situados al pie del Derby Peak: Pentridge, South Wingfield, Ripley. Eran tejedores de medias, picapedreros, obreros del metal —de la fundición de Butterley— y labriegos con unas pocas pistolas y otras tantas picas, guadañas y cachiporras. Muchos de ellos —los Ludlam, Weightman y Turner— eran parientes. Partieron bajo la lluvia para recorrer las catorce millas hasta Nottingham, deteniéndose en las granjas y en las casas y pidiendo armas y apoyo por el camino. En una de estas granjas se vertió la única sangre de la sublevación: Brandreth, al demandar que le dejaran entrar en una casa donde se

[132] Véase A. F. Fremantle y R. J. White, *ubi supra*.

[133] Véase R. J. White, *op. cit.*, p. 95; E. P. Thompson, «God and King and Law», *New Reasoner*, 3 (1957-1958).

[134] Por ejemplo, en 1813 pretendía mantener los castigos medievales por alta traición. Véase L. Radzinowicz, *op. cit.*, I, pp. 519-520.

[135] A los seis obreros de Sheffield detenidos a finales de mayo, se les acusó de alta traición, pero jamás se les juzgó; ello fue debido, en parte, a que la opinión pública del Yorkshire, incluyendo la de muchas personas pertenecientes a la *gentry*, se sentía ofendida con las revelaciones de Oliver. En febrero se había detenido a un número de reformadores de Glasgow, pero, gracias al valor del principal testigo de la acusación, fueron absueltos en julio.

[136] R. J. White, *op. cit.*, p. 70.

creía que había una pistola, disparó a través de la ventana y mató a un criado de la granja. Brandreth dirigía el grupo, cuyo abatimiento iba en aumento —según su número iba menguando—, con una inexorable determinación. Repetía algunos versos, que recogen el estado de ánimo de aquella noche:

Cada hombre debe probar su valía,
Debe afrontar y no zafarse;
No debe temer a ningún soldado sanguinario,
Debe levantarse y luchar por el pan.
Ha llegado el momento en que veis con claridad
Que debemos oponernos al gobierno.[137]

Uno de sus lugartenientes le aseguró a uno de los seguidores que: «Creía que se había fijado el día y la hora en que toda la nación se sublevaría; y creía que antes de media semana habría cientos de hombres en armas (...) había hombres convocados por toda la nación.» Brandreth añadía más promesas que se adecuaban a la moral del momento o a su audiencia: «Nottingham se rendiría antes de que llegasen», «deberían seguir desde Nottingham hasta Londres y enjuagar la deuda nacional», «por la mañana llegarían» fuerzas «desde el Yorkshire, como si de una nube se tratase», y: «(...) según una carta procedente de Londres que ayer había visto, les entregarían las llaves de la Torre al grupo de los clubes Hampden, si no las habían dado ya.» A algunos de los reclutados más remisos se les prometió «carne asada y cerveza», ron e incluso un viaje de placer por el Trent. «Se formaría un gobierno provisional», y se mandaría ayuda a todas aquellas esposas e hijos, residentes en las provincias, de aquellos que habían tomado las armas. Siempre prometía que vendrían «nubes del norte», «los hombres del Norte (...) barrerían todo lo que se les pusiese por delante, y todo aquel que se resistiese sería ejecutado allí mismo». A lo largo de toda la noche los pueblos de alrededor fueron perturbados por «disparos de pistola, toques de cuerno, gritos y ruidos diversos». Cuando la columna llegó cerca de Nottingham al día siguiente y no encontró ningún apoyo que la esperase, los hombres se desanimaron más y más, y empezaron a escabullirse, mientras Brandreth se volvía cada vez más autoritario y amenazaba con disparar contra los desertores. Finalmente vieron que se les acercaba un pequeño destacamento de húsares. La insurrección acabó en una situación de pánico, cuando los hombres tiraron sus armas y salieron corriendo

[137] *Every man his skill must try, / He must turn out and not deny; / No bloody soldier must he dread, / He must turn out and fight for bred. / The time is come you plainly see / The government opposed must be.*

en busca de refugio, mientras las tropas les perseguían a caballo, o les acorralaban a los pocos días.[138]

Pentridge no fue la única población que se sublevó la noche del 8 al 9 de junio. A pesar de la detención de los delegados del Yorkshire en Thornhill Lees,[139] varios cientos de obreros pañeros, principalmente del valle de Holmfirth, avanzaron sobre Huddersfield bajo la dirección de un jefe que les decía: «En este momento muchachos, toda Inglaterra está en armas —nuestras libertades están aseguradas— los ricos serán pobres, y los pobres serán ricos.» En las declaraciones de dos de los insurrectos encontramos una explicación de por qué se hizo este intento, a pesar de que en el Yorkshire ya se conocía la traición de Oliver. Uno de los líderes locales —según uno de los relatos— leyó el *Leeds Mercury* y «dijo que todo se había acabado, puesto que el plan había sido abortado, y que si no lo hacíamos ahora nos colgarían a todos». Según otro relato, el líder dijo: «Muchachos, debemos ir porque no nos servirá de nada escurrir el bulto, el hecho debe tener lugar esta noche»; «consideraba que estábamos dispuestos a luchar por la libertad». Este episodio reproduce en muchos de sus detalles la sublevación de Pentridge; pero en la sublevación de «Folley Hall», los insurgentes tuvieron mucha más suerte que sus compañeros del Derbyshire. Se intercambiaron algunos disparos con un pequeño grupo de soldados, pero no se perdió ninguna vida. Cuando los soldados volvieron con refuerzos, los sublevados —posiblemente desalentados al no encontrar Huddersfield en manos de los revolucionarios— habían desaparecido en la noche. Dos de los líderes se escondieron. Los que fueron detenidos se beneficiaron del efecto negativo que causaron las revelaciones del *Leeds Mercury* en relación al papel desempeñado por Oliver; cuando se les llevó a juicio en el mes de julio, el jurado se negó a condenarles.[140]

Hemos explicado extensamente la historia de Oliver, porque es uno de los grandes sucesos de la historia inglesa, que llegó casi a tener algo de la cualidad del mito. Oliver era el arquetipo del Judas

[138] W. B. Gurney, *Trials of Jeremiah Brandreth & c*, 1817, I, 87, 152, II, 398, 420, 443, 450. Uno de los pueblos en los que entraron los rebeldes fue Eastwood: la «vieja Inglaterra salvaje» de D. H. Lawrence.

[139] Estos delegados de Leeds, Wakefield, Dewsbury, Holmfirth, Huddersfield, Bradford y el valle del Spen pueden haber sido simplemente reformadores obreros a quienes Oliver había atraído hacia la reunión. Pero al menos uno de ellos, James Mann, el tundidor de Leeds, era un dirigente de la reforma, que más tarde se convertiría en el librero radical más importante de Leeds. Es más probable que, de hecho, fuesen «delegados» de algún tipo. Véase *Leeds Mercury* (14 y 21 de junio de 1817).

[140] *Leeds Mercury* (19 y 26 de julio de 1817); D. F. E. Sykes, *History of Huddersfield*, 1908, pp. 292-294; declaraciones de John Buckley y John Langley, en *Fitzwilliam Papers*, F.45 (k); T. S. 11.3336 y 4134 (2).

radical y su legendario papel iba a tener consecuencias en toda la historia del siglo XIX. Debemos distinguir entre la influencia inmediata y la influencia a largo plazo. Durante los años del ludismo, el empleo de confidentes había llegado a ser, de hecho, una práctica habitual por parte de los magistrados en los grandes centros industriales; y desde la década de 1790, una parte de los propios recursos del gobierno se destinaron a los fines de este servicio secreto. Pero un amplísimo sector de la opinión pública consideraba esta práctica como algo completamente ajeno al espíritu de la legislación inglesa. La idea de una acción policial «preventiva» era escandalosa, incluso en los casos criminales, y, cuando ésta se extendía a asuntos de opiniones políticas «domésticas», constituía una afrenta a todos y cada uno de los prejuicios de un inglés libre por nacimiento. El desenmascaramiento en el *Leeds Mercury* del papel de Oliver como *agent provocateur* dejó literalmente atónita a la opinión pública. Aunque hoy día, el historiador puede leer los informes de Oliver en el Ministerio del Interior sin que susciten demasiadas sorpresas —viendo en él simplemente a uno de los más laboriosos y atrevidos de los confidentes—, en 1817 había miles de tenderos, *squires* rurales, pastores disidentes y profesionales que no imaginaban que en Inglaterra pudiesen ocurrir esa clase de cosas.

De ahí que las revelaciones del *Leeds Mercury*, publicadas antes de que transcurriese una semana desde la sublevación, tuviesen un efecto desastroso sobre la reputación del gobierno. El juicio por alta traición al doctor Watson se celebró la misma semana que se produjeron los sucesos de Pentridge. La defensa hizo añicos al principal testigo de la acusación, Castle, y el jurado conoció las primeras revelaciones acerca del caso Oliver antes de llegar a un veredicto: «Inocente». Y ésta sólo fue una de la serie de derrotas en los tribunales: las absoluciones de los «conspiradores» de Glasgow y Folley Hall, y la de Wooler y de Hone— en diciembre— de las acusaciones de libelo sedicioso. Aunque, a lo largo de 1817, muchos reformadores siguieron en prisión bajo la suspensión del *hábeas corpus*, creció el clamor por todo el país contra el «sistema continental de espías». En lugar de aislar a los reformadores partidarios de la «fuerza física», la repugnancia ante la actuación de Oliver unió a los grupos extremos y a los moderados. «Las prácticas más abominables que se conocen en la historia», escribió John Wade en el *Gorgon*. Diez años más tarde Francis Place escribió: «No espero ser capaz de expresar satisfactoriamente ideas correctas acerca de la particular vileza, la detestable infamia de su conducta tan despreciable como sanguinaria»: «Los que aprobaron las *Gagging Acts* en 1817 y las *Six Acts* en 1819 eran esa clase de sinvergüenzas y, en caso de que hubiesen actuado de igual modo en una comunidad bien

organizada, todos ellos habrían sido ahorcados.»[141] La reacción de Cobbett —que estaba en Norteamérica— se dio inevitablemente con retraso; pero desde los primeros comentarios, que realizó en 1818, no permitió que cayesen en el olvido los nombres de Oliver y de Brandreth. El gobierno había ultrajado no sólo a los reformadores, sino a todos los que conferían un valor a la vieja retórica del constitucionalismo libertario, según la cual precisamente el objetivo del gobierno era salvaguardar los derechos individuales.

El proceso y la ejecución subsiguientes, de los sublevados de Derby, tuvo como único resultado acentuar el profundo alejamiento de la opinión pública. Mientras que en el caso de Brandreth el desenlace era inevitable —puesto que había matado a un hombre—, sus partidarios podían haber sido acusados, simplemente, de participar en un motín. Pero la administración estaba decidida a verter la cantidad necesaria de sangre. Se acusó a treinta y cinco hombres de alta traición y se puso un cuidado extraordinario en seleccionar al jurado más sumiso posible.[142] Por la acusación actuaron diez abogados, frente a los dos que se asignaron a la defensa. El juicio, que se retrasó hasta el mes de octubre, se llevó a cabo en una atmósfera de terror. Los acusados estuvieron a pan y agua y sin recibir visitas durante semanas. Mientras, en los muros de la iglesia de Todos los Santos de Derby estaba escrito con tiza: «Ahorcad a todos los jacobinos.» El proceso tomó una curiosa dirección. Todo el país hablaba de Oliver y no se dudaba de que la defensa intentaría demostrar su actuación como instigador. Pero el nombre del espía jamás se pronunció. La acusación, que mantenía a Oliver —de incógnito en Derby— en la reserva, basó su alegato en las pruebas de los actos que los acusados habían realizado en público. En el caso de Brandreth, la defensa, personificada por el abogado Cross, alegó que el acusado había sido instigado y engañado —no por Oliver— sino por Cobbett y por las «arteras e insidiosas publicaciones» de la prensa radical: «No puedo dejar de mencionar (...) una de las publicaciones más malignas y diabólicas que jamás se han publicado en Inglaterra (...) Se titula: *An Address to the Journeymen and Labourers*.» Eran las «publicaciones más dañinas que jamás se habían puesto en manos de un hombre».[143] Una vez condenado Brandreth, la defensa cambió de tono y declaró que los compañeros de aquel habían estado bajo el hechizo de su líder carismático; Denman incluso hizo un paralelismo entre el Capitán de Nottingham y el *Corsair* de Byron:

[141] *Gorgon* (27 de junio de 1818); Walls, *op. cit.*, p. 13.
[142] Hammond, *op. cit.*, pp. 366-368.
[143] W. B. Gurney, *Trials*, I, pp. 198-200.

Hay pocos seres que puedan desafiar su aspecto
Resistir de frente su penetrante mirada,
En su desprecio había una risa diabólica,
Que provocaba emociones de ira y de miedo.[144]

Por mucho que esta comparación aumentara el prestigio de Denman entre el cuerpo de abogados, ello no pareció ser un argumento suficiente para dulcificar a los granjeros que componían el jurado de Derby. Tanto Turner como Ludlam y Weighman fueron declarados culpables y condenados a muerte; después de lo cual, los restantes acusados, incluyendo al veterano reformador Thomas Bacon, hicieron una declaración de culpabilidad con la condición de que les perdonaran la vida. Sobre la participación de Oliver «se corrió un tupido velo».[145]

Es extraordinario, sobre todo si tenemos en cuenta que hubo reformadores de la región que se ofrecieron voluntariamente a personarse en Derby y declarar en relación con las actividades de Oliver, incluso a riesgo de incriminarse ellos mismos.[146] No podemos aceptar la explicación según la cual la defensa no citó a Oliver porque, de hecho, Oliver no había tenido contacto con Brandreth. En primer lugar, sabemos que lo tuvo. En segundo lugar, Denman también lo sabía. Antes del juicio escribió a un amigo diciéndole que tenía razón al creer que Oliver estaba detrás de «todo el asunto». Cuando defendió su actuación ante la Cámara de los Comunes en 1820, dijo que no tenía «la más mínima duda» de que Oliver había instigado la sublevación, «a partir de la información que en aquel momento había obtenido, al actuar como abogado de los acusados, y que más tarde había completado». Sin embargo, había considerado poco prudente presentar espías como testigos de la defensa, puesto que según las normas del procedimiento legal no podía interrogar a sus propios testigos: «puesto que el interrogatorio era impracticable, hubiesen aprovechado para lanzar todo el peso de su testimonio contra los acusados.» Y había otra consideración quizá más importante: sacar a Oliver a colación «para hablar de sus conversaciones con Brandreth, sólo hubiese servido para demostrar que el plan de insurrección estaba más consolidado de lo que los acusados estaban interesados en declarar». Ciertamente, hoy sabemos que el sumario de la defensa de los acusados llevaba una nota adjunta según la cual la prueba de que Oliver había sido

[144] *There breathe but few whose aspect might defy / The full encounter of his sear-ching eye; / There was a laughing devil in his sneer, / That raised emotions both of rage and fear...*
[145] La sentencia de Weightman se aplazó, y se unió a otros trece que fueron deportados.
[146] Véase el *Political Register* de Sherwin (15 de noviembre de 1817).

el instigador «es inadmisible y, en caso de que fuera admitida, no mengua la Malignidad del Delito».[147]

Esta es una explicación plausible. Pero es difícil creer que no se hubiesen podido encontrar algunos medios procesales para desenmascarar un caso de provocación tan flagrante. Aunque las pruebas de instigación por parte de Oliver no fuesen una base legal para la defensa, de hecho, en los casos de los jurados de Londres y del Yorkshire se había puesto de manifiesto el poderoso efecto que tales sospechas habían tenido. Existen otras explicaciones posibles. Las autoridades querían desesperadamente una declaración de culpabilidad. En octubre, lord Sidmouth estaba enfermo «pero se sintió más aliviado con el final de los juicios de Derby que con cualquiera de los remedios que los médicos le pudiesen proporcionar». Las autoridades estaban también dispuestas a tomar medidas extraordinarias para impedir que se mencionara el nombre de Oliver. A partir de los escritos que se encuentran entre los documentos del procurador del Tesoro, queda claro que la Corona intentó, en un primer momento, procesar a Thomas Bacon, que no había estado propiamente implicado en la sublevación, por traición e insurrección. Pero aunque, como demuestra el sumario, la Corona podría haber montado un proceso contra Bacon sin acudir a las pruebas de Oliver, con seguridad, el viejo reformador hubiese forzado el tema de algún modo, e incluso se podía haber defendido él mismo. En el último momento, la Corona cambió su táctica: «hemos decidido no llevar adelante ningún proceso en el que se pueda sacar a colación el nombre [de Oliver].» Con Brandreth como principal acusado, se pudieron limitar los cargos a los actos de rebelión manifiestos.

Además, los acusados estuvieron aislados hasta el momento del juicio y no podían saber toda la historia relativa al papel desempeñado por Oliver. Y aunque sus parientes lo vendieron todo, excepto las camas, para obtener fondos para la defensa, hasta el otoño, cuando un trabajador del alambre llamado West creó un comité de defensa —y, en el último instante, convenció a Hunt para que fuese a Derby—, no se dispuso de ninguna ayuda a nivel nacional. Por supuesto, no es imposible que el gobierno ejerciese presión sobre la defensa. Incluso en el patíbulo se tomaron medidas para impedir que las víctimas ejercieran el tradicional derecho a pronunciar las «últimas palabras», al interponerse el capellán entre los condenados y la multitud. La prensa radical sostuvo con cierta verosimilitud que se había llegado a

[147] J. Arnold, *Memoir of... Lord Denman*, 1873, 1, p. 116; *Hansard* (nueva serie) 1, 267; R. J. White, *op. cit.*, p. 173. Véase también *Nottingham Review* (8 de agosto de 1817).

un acuerdo con la acusación y atribuyó las peores intenciones al «Abogado Cross». El caso de Brandreth era irremediable. ¿Es posible que la Corona insinuase la eventualidad de salvar las vidas de algunos, o todos, sus compañeros, si la defensa no mencionaba la intervención de Oliver? ¿O quizás la acusación había amenazado con implicar a muchos más reformadores si se solicitaba el testimonio de Oliver?[148]

Pero, ocupados en especular, es fácil olvidar a los acusados. ¿Quién era Jeremiah Brandreth? Los Hammond le describen, de modo característico, como «un tejedor de punto, muerto de hambre, inculto y sin trabajo», que «estaba dispuesto a (...) secundar cualquier propuesta por muy insensata que fuese». Esta forma de opinar es peyorativa. Sabemos que Brandreth no era analfabeto. En cuanto a si estaba medio muerto de hambre y sin trabajo, lo mismo les ocurría a cientos de los tejedores de medias compañeros suyos, en particular en el oficio de la «Trencilla del Derbyshire» en el que trabajaba. Sabemos que tenía una casa en Nottingham y que, cuando le detuvieron, enviaron a su esposa en calidad de pobre a su parroquia en Sutton-in-Ashfield. Desde allí le escribió a su marido al conocer, por él mismo, la sentencia que se le había dictado:

> si ese desdichado de Oliver te ha engañado —como en general se opina—, perdónale y déjale ante Dios y su propia conciencia. Porque Dios dará a todos los hombres su merecido, aunque cuando le doy el nombre de ser humano, apenas creo que lo sea; a pesar de que tenga forma humana. ¡Ojalá pudiese expiarlo todo y salvar tu vida!

Mas el carcelero ni siquiera permitió que esta carta llegase a Brandreth. Ann Brandreth, como no tenía un penique, fue andando desde Sutton hasta Derby para despedir a su marido. La última carta a su esposa estaba escrita con un estilo «claro, sencillo y firme»:

> No tengo miedo de atravesar el umbral de la muerte para llegar a la vida eterna; espero que, como yo, harás la sagrada promesa, ante tu propia alma, para que podamos encontrarnos en el Cielo (...) Amada mía (...) aquí tienes la relación de lo que te mando: una bolsa con los utensilios de hacer punto, dos ovillos de estambre y uno de algodón, y un pañuelo, un viejo par de medias y una camisa, y la carta que me envió mi amada hermana.[149]

[148] T.S. 11.351; H. Hunt, *Memoirs*, III, pp. 499-502; *Black Dwarf* (12 de noviembre de 1817); *Political Register* de Cobbett (25 de abril de 1818); Hammond, *op. cit.*, p. 368; R. J. White, *op. cit.*, p. 172; E. P. Thompson, *op. cit.*, pp. 73-74.

[149] Hammond, *op. cit.*, p. 358; Arnould, *op. cit.*, p. 116; *Political Register* de Cobbett (25 de abril de 1818).

Podemos reconstruir la figura de Brandreth, a partir de estos pormenores, y también del juicio; y ello por una razón interesante. Hasta el final se negó «a decir dónde había nacido, las diferentes actividades a las que se había dedicado a lo largo de su vida o cualquier detalle relativo a su familia». Se rumoreó que había tenido diferentes oficios y que procedía de Exeter. En la cárcel se declaró perteneciente a «la secta baptista». «Se habla mucho —le contaba Denman a un amigo— del severo e inflexible patriotismo de su carácter.» En opinión de un magistrado que había intentado obtener una confesión suya en la cárcel, profería «un torrente de improperios y burlas», pero en otros momentos estaba particularmente silencioso y resuelto.[150]

En verdad, los conspiradores no eran todo lo patanes analfabetos que algunos historiadores hubiesen querido que fuesen.[151] Del hecho de que alguno de sus seguidores pensase que un «gobierno provisional» tenía algo que ver con «las provisiones» no se puede deducir que esa fuera la norma. Unos cuantos eran antiguos soldados que habían viajado por muchos lugares mientras prestaban servicio en el ejército. William Turner, uno de los compañeros de Brandreth, era un cantero de cuarenta y siete años que había estado de soldado en Egipto y en otras partes.[152] Weightman era aserrador: «una persona cortés y amable», «un hombre juicioso y pacífico». Isaac Ludlam «era un hombre con una pequeña propiedad, era copropietario de una cantera» cerca de Derby, y «muy conocido en varias millas a la redonda como predicador metodista».[153] En la cárcel se consolaba leyendo *Call to the Unconverted* de Baxter. Los delegados del Yorkshire que fueron detenidos pertenecían en su mayoría al grupo de artesanos de elevada cualificación,[154] mientras que nueve de los veinticuatro acusados por delitos después de la sublevación de Folley Hall eran tundidores.

Esto nos sugiere otra forma de ver a los insurrectos. Algunos rumores persistentes insinuaban que el propio Brandreth había sido ludita; quizás incluso un «capitán» ludita.[155] El valle de Holmfirth, del que

[150] *Leeds Mercury* (8 y 15 de noviembre de 1817); Arnould, *op. cit.*, p. 115.

[151] De los treinta y cinco acusados en los juicios de Derby, trece eran tejedores de punto, siete eran jornaleros, cinco mineros del carbón, dos canteros, dos agricultores y uno de cada uno de los siguientes oficios: albañil, moldeador, herrero, mecánico, aserrador, sastre; T. S. 11.351.

[152] *Independent Whig* (23 de octubre de 1817).

[153] *Leeds Mercury* (30 de octubre de 1817). Esto se negó a la semana siguiente, por «petición», pero Ludlam pudo pertenecer a uno de los grupos metodistas secesionistas: la Nueva Conexión o los Primitivos. Véase también el testimonio de B. Gregory, más arriba, p. 717-718.

[154] Dos tundidores, tres pañeros, un zapatero, un carpintero, un tejedor, un cardero y un tabernero. *Ibid.* (14 de junio de 1817).

[155] Véase, por ejemplo, *Legislator* (1 de marzo de 1818), y la carta de lord Cavendish a Fitzwilliam, 25 de agosto de 1817, *Fitzwilliam Papers*, F.45 (k). Es importante señalar que

procedían los insurgentes de «Folley Hall», era un área conectada de forma constante con los juramentos luditas de 1812. Al menos uno de los sublevados tenía «un viejo *halbert*[156] del cual afirmaba que se había utilizado en la época ludita». Un oficial observó que el intento de sublevación había sido acompañado de señales luminosas en las colinas y el disparo de pistolas: «el sistema parece exactamente el mismo que el que se utilizaba en la época de los luditas.» El tundidor de Leeds, James Mann, pudo haber sido un líder del ludismo de Leeds, mientras que de otro de los delegados detenidos en Thornhill Lees —Smaller— se afirmaba que era «un conocido ladrón de armas en 1812». Un magistrado de Leeds informó que «desde hacía dos o tres semanas la conversación corriente en los talleres de los tundidores había sido acerca de una sublevación el día 8 ó 9».[157]

Hay razones, por lo tanto, para suponer que algunos de los implicados no eran ingenuos, sino revolucionarios experimentados. El largo silencio de Brandreth suponía un heroísmo que se ha comprendido muy poco. Es probable que no hablase de Oliver con la esperanza de que su propia muerte expiase los delitos de sus compañeros y para evitar que otros colaboradores reformistas se vieran implicados. Según un relato, «se decía que Brandreth había declarado que se debía verter su sangre, puesto que él había derramado sangre; pero esperaba que él sería la única víctima». Pero al mismo tiempo, «no sentía arrepentimiento» por el asesinato que había cometido. Y aunque «estaba dispuesto a participar en cualquier acto religioso», era «insensible a cualquier remordimiento y estaba a prueba de todo miedo». «Dios me concedió una gran fortaleza de ánimo para superar los momentos de prueba», le escribió a su esposa.[158]

Podemos considerar la sublevación de Pentridge como uno de los primeros intentos de organizar una insurrección de carácter totalmente proletario, sin ningún apoyo de la clase media. Quizás es imposible caracterizar mejor sus objetivos de lo que hace la canción callejera de Belper: «La Revolución Igualadora (*The Levelution*)

Brandreth estuvo presente en la ejecución de Despard; cuando se le enumeraron las formas de castigar la alta traición, dijo que se podía prescindir de la explicación, ya que había asistido a la ejecución del coronel Despard (*Independent Whig*, 9 de noviembre de 1817). Otros dos conspiradores de la época estuvieron también implicados en el asunto Despard: Pendrill y Scholes de Wakefield. Véase también el testimonio de Oliver, más arriba, p. 645, nota 281.

[156] Especie de combinación de arpón y hacha de guerra, con un mango de 5 a 7 pies de largo. *(N. de la T.)*

[157] De Wood a Fitzwilliam, 6-7 y 9 de junio de 1817; declaración de John Buckley; del capitán J. Armytage a Fitzwilliam; todo en *Fitzwilliam Papers*, F.45 (i) y (k). Para Mann, véase más arriba, p. 637.

[158] *Independent Whig* (9 de noviembre de 1817); *Nottingham Review* (24 de octubre de 1817).

ha empezado.»[159] El intento arroja luz sobre el aislamiento extremo al que se vieron sometidos los obreros del norte y las Midlands durante las guerras y, a su vez, constituye un momento de transición entre el ludismo y el radicalismo «populista» de los años 1818-1820 y 1830-1832. Probablemente se hubiese intentado algún tipo de insurrección, incluso sin las evidentes provocaciones de Oliver, y es posible que hubiese alcanzado un grado de éxito mayor.[160] Por supuesto, desde el punto de vista de la Corona, el principal instigador no había sido Oliver, ni Mitchell, sino Thomas Bacon que había estado viajando entre Nottingham, Derby, el Yorkshire, el Lancashire y Birmingham.[161]

En términos de *realpolitik*, esto ofrece un mínimo de justificación para las actuaciones de Sidmouth y el gobierno. Creyendo que era inevitable algún tipo de estallido popular, decidieron manipularlo de forma que sirviera como ejemplo de terror y castigo que silenciase, de una vez por todas, la monstruosa sedición de las «clases bajas». Pero esto no significa que, en cualquier caso, en 1817 una insurrección de la clase obrera tuviese alguna esperanza de éxito. Todos los detalles de la historia muestran la debilidad de la organización revolucionaria y la falta de una dirección con experiencia. El testimonio del confidente de Nottingham, que naturalmente estaba también empleado —con el conocimiento del secretario municipal y de Sidmouth— para que desempeñase el papel de agente provocador, ilustra la posición de los reformadores en un centenar de poblaciones industriales. El 6 de junio visitó a Charles Smith en Arnold, que había sido con anterioridad un importante centro ludita, «y empezó a hablar con él acerca del asunto y le preguntó si tenía a alguien dispuesto»:

> Dijo que todos los de la ciudad estaban dispuestos si existía alguna posibilidad de tener éxito, pero pensaban que no había posibilidad. Dijo que nada se podía hacer a menos que se organizasen de forma adecuada y tuviesen un buen líder, y me aconsejó que me mantuviese alejado de manos de la justicia, pues con el prometido intento de sublevación lo único que se conseguiría era que colgasen a muchos.[162]

[159] B. Gregory, *Autobiographical Recollections*, p.129. Los hombres de Pentridge se autodenominaban «Los Regeneradores».

[160] Véase en la declaración de uno de los que estaban profundamente implicados, James Birkin, que no tenía la menor duda de que la insurrección hubiese estallado «en diversos lugares de Nottingham, Yorkshire, Lancashire y Staffordshire» sin la intervención de Oliver (H.O. 42.172).

[161] *The King v. Thomas Bacon*, resumen en T.S. 11.351; lord G. Cavendish a Fitzwilliam, 25 de agosto de 1817, *Fitzwilliam Papers*, F.45 (k).

[162] H.O. 40.6. Una semana antes, Smith le había dicho al informador: «Ha leído sobre muchas revoluciones pero ninguna triunfó sin la cooperación de algunos grandes hombres y piensa que no hay ninguno para ayudar en el proceso actual.»

V. Peterloo

Durante los meses que siguieron miles de hombres como Charles Smith lloraron la pérdida de Brandreth. Aparte de Cashman, esta fue la primera sangre que se derramó en el enfrentamiento. El hecho tuvo unas profundas consecuencias psíquicas y, desde aquel momento, tanto el gobierno como los reformadores lo consideraron como una enconada lucha de poder. Y sin embargo, el asunto Oliver tuvo como consecuencia a largo plazo el reforzamiento del ala constitucionalista del movimiento en favor de la reforma, frente a la revolucionaria. Una sublevación sin Oliver hubiese aterrorizado a la clase media y la hubiese decantado hacia el lado de la administración. Una sublevación con Oliver ponía en alerta a los *whigs* y a los reformadores de la clase media. Durante tres años las luchas políticas más importantes se centraron en la defensa de las libertades civiles y los derechos de la prensa, temas acerca de los cuales la clase media era muy sensible. El asunto Oliver le dio al movimiento obrero en favor de la reforma, después de 1817, una perspectiva definida, pero constitucionalista. El lema «Pacíficamente si podemos» tuvo primacía sobre el de «A la fuerza si debemos». Las absoluciones de Wooler, Hone, los insurgentes de Folley Hall y las protestas de hombres como Earl Fitzwilliam y Coke de Norfolk —y de gran parte de la prensa— contra el «sistema de espías», acentuaron la importancia de los derechos residuales y de la tradición constitucionalista. El fracaso en Pentridge subrayó el extremo peligro de una conspiración. Sólo la conmoción de Peterloo, en agosto de 1819, arrojó de nuevo a parte del movimiento por derroteros revolucionarios; y la conspiración de la calle Cato, en febrero de 1820, sirvió para reforzar la lección de Oliver y de Pentridge. Desde 1817 hasta la época cartista, la costumbre de la clase obrera fue utilizar todos los medios de agitación y protesta menos la preparación activa de tipo insurreccional.

Además, los reformadores moderados y los *whigs* no tardaron en sacar provecho de la lección de Oliver. Por ejemplo, la conclusión que sacó el *Leeds Mercury* acerca de los peligros fue, en realidad, que la clase obrera debía situarse bajo la guía y la protección de los *whigs* y los reformadores de la clase media. En su editorial sobre los juicios de Derby aconsejaba a los reformadores:

volver la espalda, como si de un enemigo se tratase, a todo enviado político que pretendiese inculcar las mortales semillas de la rebelión en sus mentes (...) En lo sucesivo, todo aquel que hable de cualquier fuerza que no sea la de la razón debería ser sospechoso de ser un espía, un confidente o un incendiario.[163]

En Londres el periódico *Independent Whig*, partidario de Burdett, llegó a la misma conclusión: a principios de 1817, una de las víctimas de Derby había anulado su suscripción al *Whig* y había manifestado su intención de suscribirse al *Political Register*; y a partir de aquí se consideró que la sublevación era una consecuencia de la propagación de las «venenosas doctrinas» de Cobbett.[164] Por su parte, Cobbett vio cómo sus advertencias contra todos los «clubes y correspondencias» se confirmaban, mientras que Hunt apelaría a «Oliver» en más de una ocasión, en el futuro, con el fin de silenciar a los críticos como Watson, Cleary y Thistlewood. Durante cuarenta años, el nombre de Oliver resonó en las memorias de los reformadores partidarios de la fuerza física y los cartistas, y dio una irresolución fatal a todos sus preparativos.

En cierto sentido, Peterloo fue una consecuencia directa e inevitable de Pentridge. Fue el resultado de una agitación «constitucionalista» extraordinariamente poderosa y decidida, de carácter ampliamente obrero, en un contexto potencialmente revolucionario. En 1819 se puso de manifiesto, no la fuerza, sino la creciente debilidad del *ancien régime* inglés. Fragmentado y aterrorizado, con muchos líderes locales detenidos, el movimiento de la reforma mostró una escasa organización durante la mayor parte de 1818. Mas, curiosamente, las autoridades también se mostraban impotentes. El gobierno se encontró con un Londres hostil, en donde los jurados se habían negado a condenar a Wooler y a Hone, en donde se exhibían en las ventanas estampas y pasquines, y en donde se difundían impunemente varias publicaciones que, en opinión de las autoridades, eran atrocidades sediciosas. Se vieron obligados a liberar, uno a uno, a los reformadores —Thomas Evans, Gravener Hensen, Knight, Bamford, Johnson, Bagguley, Mitchell y muchos otros— que habían sido detenidos en 1817 bajo sospecha. Los liberados se negaron a quedarse en silencio: intervinieron en mítines, asistieron a banquetes en su honor e intentaron demandar al gobierno por detención ilegal. En el Lancashire y las Midlands hubo grandes huelgas durante las cuales unas *trade unions* supuestamente ilegales desfilaron por las calles. Si bien la represión ejercida contra los jacobinos en la década de 1790 recibió la apro-

[163] *Leeds Mercury* (30 de octubre de 1817).
[164] *Independent Whig* (23 de octubre de 1817).

bación no sólo de los terratenientes y muchos patronos, sino de buena parte de la opinión pública, tanto de la clase media como de la clase obrera; por el contrario, la represión de 1817 provocó un aumento de la fuerza de los reformadores radicales, mientras un amplio sector de la opinión de la clase media se mantenía alejado del gobierno. En 1795, Pitt se pudo presentar como defensor de la Constitución frente a la innovación francesa. En 1819, se consideró que Liverpool, Sidmouth, Eldon y Castlereagh estaban resueltos a sustituir los derechos constitucionales por el gobierno despótico «continental».

1819 fue un ensayo de 1832. Tanto en un año como en el otro fue posible una revolución —y en la segunda fecha ésta estuvo muy cercana— porque el gobierno estaba aislado y existían agudas diferencias en el seno de las clases dominantes. En 1819 los reformadores parecían más poderosos de lo que jamás habían sido, porque se presentaban en el papel de constitucionalistas. Reclamaban derechos, algunos de los cuales eran difíciles de denegar desde el punto de vista legal: derechos que jamás se había pensado ampliar a las «clases bajas». Pero si estos derechos se ganaban, ello significaba, más pronto o más tarde, el fin del antiguo régimen. Multitud de magistrados escribieron al Ministerio del Interior en términos muy parecidos, preguntándose «¿y dónde iremos a parar, si se permiten las reuniones, las *unions* o los folletos sediciosos?» Todos sabían que la estructura del poder no se sostenía sólo sobre los cuarteles de Pitt: el entramado del poder, tanto en las zonas rurales como en la ciudad corporativa, se componía de respeto y miedo. Aunque, de vez en cuando, las sublevaciones o las huelgas fuesen inevitables, debía existir la posibilidad de seguir condenando por insubordinación ambas prácticas, tan pronto como se necesitase intimidar a los cabecillas.

En 1817 este mundo estaba desapareciendo. Hacia 1819, en regiones enteras de Inglaterra, ya había desaparecido. La disidencia y —a su pesar— el metodismo habían contribuido a debilitar las defensas del respeto. El ludismo y los clubes Hampden las habían desafiado. En mayo de 1817 Sherwin llevó más lejos la observación de Thelwall acerca de la influencia de las fábricas sobre el obrero: «La naturaleza de su profesión le obliga a entrar en relación con sus compañeros.» En un distrito fabril la discusión política es inevitable, mientras los obreros puedan organizarse reuniendo sus peniques. La masificación conlleva la ausencia de sumisión:

> Si sucede que un aristócrata se encuentra a un tejedor por la calle y el último decide no *saludarle quitándose el sombrero*, el hombre importante no le puede hacer daño alguno. De ahí surge el desinterés por

alcanzar la grandeza y el despotismo de poca monta que observamos en las ciudades fabriles. Y de este desprecio procede (...) ese odio completamente arraigado, que podemos observar cuando oímos hablar a un hombre de espíritu aristocrático de aquellas partes del país en las que han florecido las manufacturas y la información política.[165]

Los derechos que reclamaban los reformadores en 1819 eran los de organización política, libertad de prensa y libertad para realizar reuniones públicas; más allá de estos tres se encontraba el derecho a votar. Podemos tratarlos en este orden. En cuanto al primero, la clase obrera británica quizá se había convertido ya —como lo iba a ser durante un centenar de años— en la clase obrera con mayor nivel de organización en clubes de Europa. Es formidable la facilidad con que los obreros ingleses formaban sociedades a principios del siglo XIX. La influencia del metodismo y de las iglesias disidentes; la extensa experiencia de las sociedades de socorro mutuo y de las *trade unions*; las formas de constitucionalismo parlamentario, como las que se observaban en las *hustings* o las que la clase media y los reformadores cultos transmitieron al movimiento obrero; todas esas influencias habían difundido una adicción general a las formas y a las conveniencias del constitucionalismo organizativo. Algunas veces parece como si difícilmente se pudiesen sentar media docena de obreros juntos en una habitación sin nombrar a un presidente, hacer un orden del día o presentar una pregunta previa:

se presentó una moción: «Que nadie podría votar excepto los jefes de las secciones.» Un *gentleman* se levantó y habló como sigue: ¡señor Presidente! ¡¡señor Presidente!! ¡¡¡señor Presidente!!! *Desearía* que cumpliese su deber de mantener el orden. Lo repitió tantas veces que empecé a temer por sus pulmones, el Presidente gritó: ¡Orden! ¡Orden!, con una voz tal que me hizo temblar (....) Luego el caballero prosiguió: ¡señor Presidente! Considero que *somos* diputados enviados a *este preciso* lugar, para tratar de los asuntos de la reforma, del mismo modo que nuestros asuntos se deberían tratar en el Parlamento, al cual lo comparo (...) Tomó asiento y al momento se levantaron dos o tres (...) diciendo uno de ellos que sólo quería decir unas pocas palabras en oposición a aquel *gentleman* que había comparado este lugar con la Cámara de los Comunes: esa casa de corrupción, esa guarida de ladrones, como acertadamente la había llamado Cobbett; si él creyera que se parecían a esa compañía en alguna cosa, nunca volvería a aquel lugar.[166]

El relato proviene de Manchester. Pero si podemos creer la información de otro confidente, mientras conspiraban en una buhardilla para asesinar al gabinete en pleno, los conspiradores de

[165] *Political Register* de Sherwin (24 de mayo de 1817).
[166] H. O. 42.198, reimpreso entero en D. Read, *op. cit.*, pp. 219-220.

la calle Cato creyeron necesario nombrar a uno de ellos presidente —con una pica como símbolo del cargo—, y plantear las cuestiones de decapitar a Castlereagh e incendiar la Torre de Londres de forma adecuada, con un voto sobre la moción sustantiva.

Este manera de «jugar al Parlamento» era sólo el lado ridículo de una tradición de organización creativa. Unirse frente a la explotación o la opresión era una respuesta casi instintiva para hombres como tejedores y mineros. Habían llegado a comprender por sí mismos que sólo mediante la organización podían dejar de ser una muchedumbre y transformarse en un movimiento político. Además, aunque la legislación de Pitt contra la representación política de un movimiento a nivel nacional, o contra las sociedades de correspondencia, seguía estando en el *statute book*, cuando, en 1818, expiraron las *Gagging Acts* difícilmente se pudo poner en duda ante la ley el derecho a la existencia de organizaciones locales. Durante los últimos meses de 1818 y los primeros de 1819 aparecieron una serie de modelos nuevos de sociedades locales para la reforma: la *Stockport Political Union*, los *Hull Political Protestants*, el *British Forum* de Londres. Si las comparamos con las sociedades de correspondencia o los clubes Hampden, se distinguen de ellos por su carácter abierto. Sobre todo eran centros de debate y discusión política —en Newcastle se llamaban Sociedades Políticas de Lectura— y de venta de las publicaciones radicales. Como tales, estaban menos expuestas a la acción de los espías: los espías podían entrar en ellas, pero, ¿qué más podían hacer?[167]

A falta de una organización nacional, las sociedades locales se pusieron a la cabeza de la prensa radical. La demanda de una libertad de prensa total era una de las principales demandas radicales, precisamente porque esta prensa proporcionaba los entramados sin los cuales el movimiento se hubiese disgregado. Los años 1816-1820 fueron, sobre todo, años en los que el radicalismo popular sacó su idiosincrasia de la prensa manual y de los periódicos semanales. Estos medios de propaganda se encontraban en su fase más plenamente igualitaria. La prensa accionada con la fuerza del vapor apenas si había hecho progresos —empezó con *The Times* en 1814— y el grupo plebeyo radical accedía tan fácilmente a la prensa manual como la iglesia o el rey. El transporte era todavía demasiado lento para que los periódicos nacionales —o de Londres— debilitasen la posición de la prensa provincial; pero era lo bastante rápido para permitir que los semanarios como el *Political Register* o el *Black Dwarf* mantuviesen un comentario de actualidad sobre las noticias.

[167] Para una descripción del impresionante modelo de Stockport, véase más adelante, p. 768; para los Protestantes Políticos, Wearmouth, *op. cit.*, pp. 88 y siguientes, y Halévy, *op. cit.*, pp. 59-60.

Los medios de producción necesarios para imprimir una página eran lo suficientemente baratos para que cualquier capital o ingreso que proviniera de los anuncios publicitarios proporcionasen un margen de beneficio; pero un periódico radical con éxito daba un medio de vida no sólo al editor, sino también a los corresponsales regionales, a los libreros y a los vendedores ambulantes, lo que condujo, por primera vez, a que el radicalismo se convirtiera en una profesión que podía mantener a sus propios agitadores con una dedicación completa. En condiciones favorables, la circulación de las publicaciones de Cobbett, Carlile, Wooler y Wade competía, o sobrepasaba de lejos, a todos menos a un puñado de diarios bien arraigados.[168]

Desde que Cobbett había desertado, el que contaba con una mayor audiencia radical era el *Black Dwarf*. Su editor, T. J. Wooler (1786-1853) era un impresor nacido en el Yorkshire, que había realizado su aprendizaje en Shoreditch y su iniciación a la política en las pequeñas sociedades de debate —como la *Socratic Union* que se reunía en la *Mermaid Tavern* de Hackney— y en los periódicos de los años de guerra.[169] En 1815 fundó *The Stage*, cuya mezcla de sátira desmañada y retórica libertaria dio el tono también al *Black Dwarf*. Contaba con el apoyo moral, y quizá también con las subvenciones, del comandante Cartwright, y él mismo era extraordinariamente elocuente tanto como orador como cuando escribía; en ocasiones componía sus artículos directamente en la piedra litográfica. Fue un partidario constante de la organización radical según el modelo abierto y constitucionalista:

> Aquellos que condenan los clubes, o bien no comprenden lo que con ellos se puede lograr, o bien no quieren que se haga nada (...) Observemos e imitemos la paciente resolución de los cuáqueros. Han logrado su conquista *sin armas —sin violencia— sin amenazas*. Han logrado su conquista mediante la unión.

En su opinión, los Protestantes Políticos —cuyo primer club se fundó en Hull en julio de 1818— ejemplificaban la forma organizativa adecuada, con clases —con un máximo de veinte personas—, una cuota semanal de un penique y con la función principal de vender y discutir las publicaciones radicales. «Las reuniones más numerosas no son tan apropiadas para la discusión.» Un artículo del reglamento desautorizaba todas las «actuaciones secretas» y los miembros que las propusiesen podían ser censurados o expulsados. «Nuestros libros de actas y nuestras cuentas (...) deben estar siempre

[168] Sobre todos estos puntos, véase más adelante, pp. 727 y siguientes.
[169] Véase la entrada en *D. N. B.*

dispuestos para la inspección de los magistrados.» Contra tales medidas —proclamaba— «los espías serán inútiles», y, en su característico estilo acartonado, afirmaba: «los agentes de Sidmouth y de Castlereagh serán tan inofensivos como el enfurruñado diablo que se asustó en el oído de Eva por la intervención de Ituriel».[170]

Wooler tenía muchos competidores. En Londres, el *Independent Whig* era un semanario sustancioso, admirable en cuanto al alcance de su servicio de información, pero, debido a su tendencia política *whig* o seguidora de Burdett, estaba poco interesado en la organización radical. El *Examiner* de John Hunt cumplía de forma brillante el papel de semanario de la intelectualidad radical y tenía a Hazlitt como colaborador regular. John Thelwall había reaparecido para emprender la edición del *Champion*. Todos estos periódicos se mantenían alejados del movimiento plebeyo: John y Leigh Hunt se sentían irritados al ser confundidos con su homónimo, cuya «vulgaridad» les disgustaba. Por otra parte, cabe indicar que, después del primer mitin de Spa Fields, el *Examiner* se apartó, desde el editorial, del orador —«jamás pronuncia una frase que merezca la pena escuchar»— con una apreciación que era a la vez afectada y obtusa.[171] Entre la multitud de periódicos con formato de folleto, los más influyentes eran el *Political Register* de Sherwin y el *Gorgon*. A Sherwin le habían despedido del puesto de guardián del correccional de Southwell por reconocer que era discípulo de Paine. A pesar de que tenía dieciocho años, su *Register*, junto con el *Gorgon*, era quizás el más convincente y bien escrito de los periódicos. Además, tiene su lugar en la historia de la teoría radical debido a la asociación de Sherwin con Richard Carlile, que primero se encargó de la publicación y luego del control editorial del *Register*, transformándolo finalmente en el renombrado *Republican*.[172] El *Gorgon*, que costaba un penique, tenía una circulación menor que se reducía a Londres y a Manchester. Lo editaba John Wade, un ex oficial clasificador de lana, y era el más austero y acreditado en términos intelectuales. Wade era también el autor del *Black Book*, sumamente impresionante, cuya fiable información relativa a la corrupción parlamentaria, las sinecuras, el acumulativismo y el absentismo en la iglesia, el nepotismo y el derroche en la banca y la Compañía de las Indias Orientales, se publicó en entregas quincenales de 6 peniques, con una venta de diez mil ejemplares de cada número. Donde el *Gorgon* ejerció mayor influencia fue en

170 *Black Dwarf* (9 de septiembre de 1818).

171 *Examiner* (24 de noviembre de 1816).

172 Durante las primeras pocas semanas, el *Register* de Sherwin había llevado este título. Para Sherwin, véase Wickwar, *op. cit.*, pp. 69 y siguientes, y para Carlile, véase más adelante, pp. 765-772.

la teoría, en formación, del movimiento obrero, en la que sirvió de nexo de unión entre los utilitaristas y los sindicalistas radicales: «Los ultrarreformadores, los partidarios del sufragio universal, a los que pertenecemos, deseamos —declaró Wade— hacer algún tipo de acercamiento hacia los reformadores moderados.»[173] En el otro flanco de Wooler y Cobbett, existía una docena de periódicos, más o menos efímeros, de los partidarios de la fuerza física, el más longevo de los cuales era *Medusa: or Penny Politician*, editado por Thomas Davison, librero de Smithfield, que contenía editoriales sobre temas como «El estallido del sistema actual», y que advertía a sus críticos que: «(...) hay árboles, farolas y cabestros por todas partes, por si se necesita hacer justicia sumaria, para castigar de forma ejemplar a cualquier villano avezado e incorregible, o a cualquier saqueador de la propiedad grande o pequeño».[174]

Estos eran los periódicos que irradiaban radicalismo desde Londres hacia las provincias, cuyos directores, editores, libreros, vendedores ambulantes e incluso carteleros estaban a la cabeza de la lucha por la libertad de prensa entre los años 1817 y 1822. Una de las principales preocupaciones de los radicales residía en aumentar sus ventas. Pero a medida que el movimiento crecía, los centros provinciales empezaron a desarrollar su propia prensa. Con mucho, el más sorprendente era el *Manchester Observer*, más un diario que una revista, cuya circulación a finales de 1819 se acercaba a la del *Black Dwarf*, y que tenía un mayor sentido de las *noticias* del movimiento que cualquiera de sus competidores. Por supuesto, el *Observer* estaba profundamente comprometido con la política de Manchester; y la política local creaba la necesidad de periódicos en otros centros urbanos. En Birmingham, George Edmonds llevó a cabo una inteligente campaña radical que le permitió ser elegido, en abril de 1819, para el Consejo de Protectores de Birmingham. Su lucha la orientó en una serie de *Letters*[175] que más adelante dieron lugar al *Edmond's Weekly Register*. En Norwich, donde la vieja alianza jacobina-*whig* que había llevado a William Smith al Parlamento en 1802 tenía todavía alguna realidad, la elección general de 1818 dio lugar a un *Blue and White Dwarf*. Aparecieron pequeñas hojas periódicas en Coventry, Dudley y sin duda en otras partes.

Sería tedioso repetir la alarma que magistrados o ministros expresaron ante este fenómeno: «Basureros y mozos de cuerda leían

[173] *Gorgon* (25 de julio de 1818). Véase también más adelante, p. 819, y Wickwar, *op. cit.*, pp. 60-61, 67.

[174] *Medusa* (1 y 29 de mayo de 1819). Véase también Wickwar, *op. cit.*, pp. 63-64.

[175] G. Edmons, *Letters to the Parishioners of Birmingham*, 1819. Véase también una colección de tratados *anti-Edmonds* (British Museum, 8135 ce. 6); y *Birmingham Inspector*, 1817.

y discutían política; y los labriegos, oficiales y patronos hablaban *un lenguaje de descontento y desafío*.»[176] En opinión de un observador, el efecto de la prensa era que: «se había trazado una línea de demarcación entre las distintas categorías de la sociedad, y que en los espíritus de las clases trabajadoras se había engendrado una profunda antipatía y un feroz espíritu de revancha.»[177] A finales de 1819, durante la marea alta de las brillantes sátiras de Hone y Cruikshank —*The Political House that Jack Built* vendió supuestamente cien mil ejemplares—, Eldon declaró con indignación:

> Cuando ocupaba el cargo [de fiscal general en 1794] jamás oyó hablar de carros llenos de periódicos sediciosos para ser distribuidos por todos los pueblos, sembrados por las carreteras, introducidos en los *cottages* (...) Apenas (...) quedaba un pueblo en el Reino que no tuviese su pequeña tienda en la que no se vendía otra cosa que blasfemia y sedición.[178]

«Apenas queda una calle o un poste en el país que no esté lleno de carteles sediciosos», escribió «Bolton Fletcher». Aparte de los procesos, se hicieron muchos intentos de «contrarrestar a Cobbett» con periódicos legitimistas subvencionados: el *White Dwarf* de Merle, el *Shadgett's Weekly Review of Cobbett, Wooler, Sherwin, and Other Democratical and Infidel Writers*, el *Patriot* de Manchester y otros folletistas difamatorios de la ralea de «Job Nott» de Birmingham. Por otra parte, las continuas peleas en las propias filas de los reformadores proporcionaban a esos periódicos buena parte de su material.

Para tener una indicación del tono de pánico que encontramos a finales de 1819, podemos tomar un ejemplo de esas publicaciones. Se trata de una falsa *Reformer's Guide* —pensada para hacerse pasar por el artículo auténtico—, publicada en Leeds, de la cual los orgullosos autores mandaron una copia a lord Sidmouth, con la esperanza de ganar el favor del ministro:

> Una reforma radical significa una revolución completa. Es un cambio de gobierno fundamentado en principios republicanos, y su objetivo es una nueva modificación de los derechos de la humanidad. Esta es su verdadera naturaleza, y sus características son el pillaje, el asesinato y la masacre.

Los reformadores sostenían un «principio igualador», y «si tenemos igual derecho a la propiedad de otros (...) el mismo argumento (...) justificaría y excusaría la violación de sus esposas e hijas».

---

[176] Véase R. K. Webb, *The British Working Class Reader*, p. 47 *et seq.*
[177] A. B. Richmond, *Narrative*, p. 54.
[178] Véase Wickwar, *op. cit.*, pp. 135 *et seq.*

¿Quiénes son los que engordan a costa de vuestra locura? Dirígete a los libreros que venden publicaciones políticas (...) Antes, al igual que ciertos reptiles venenosos, se hallaban en oscuros callejones y agujeros, y lugares ocultos, sin atreverse a hacer un movimiento (...)

Pero ahora están sacando beneficios de la simpleza de la gente: Dios sea bendito por su misericordia. Honradamente no podéis hacer esto y ser personas facciosas y descontentas. Dad gracias de ser ingleses (...) Leed la Biblia (...) Preservad a vuestras esposas e hijas en casa.[179]

El tercer derecho que reclamaban los reformadores constitucionalistas en 1819 se refería a las reuniones públicas y a las manifestaciones en la calle. Entre las últimas manifestaciones de la S. C. I. y los mítines de Spa Fields se extienden veinte años. Durante todo este tiempo, las reuniones políticas de carácter popular estuvieron en su mayor parte en suspenso, excepto en las épocas de elecciones o en aquellas ocasiones en que las autoridades locales convocaban reuniones del condado presididas por la *gentry*. En las provincias, la misma idea de que los obreros asistiesen a reuniones auspiciadas por hombres de su misma categoría era, en opinión de la *gentry* legitimista, sinónimo de motín e insubordinación. Cuando un magistrado eclesiástico impidió que se hiciera un pacífico mitin de apoyo a la reforma, en Birmingham a principios de 1817, las palabras que acudieron a sus labios fueron «procedimientos bulliciosos y escandalosos —griterío y violencia de un populacho equivocado— formas de actuación tumultuosas (...), maquinaciones de unos pocos individuos intrigantes (...) malvadas estratagemas».[180] Cuando se hizo el primer mitin al aire libre en favor de la reforma en las *Potteries* —en Burslem, enero de 1817—, Earl Talbot, *Lord-Lieutenant* del Staffordshire, y un grupo de magistrados creyeron necesario asistir en persona, mientras se apostaban tropas a escondidas en un lugar cercano.[181]

Donde maduró primero el nuevo modelo de manifestación constitucionalista en favor de la reforma fue, sobre todo, en el Lancashire. Ya en octubre de 1816 hay noticia de una disciplinada manifestación en la calle, en Blackburn. En enero de 1817, en Oldham, una procesión precedió a un mitin, en los que participó una orquesta encabezada de forma simbólica por un boticario cuáquero.[182] El acontecimiento de Spa Fields —y más adelante la experiencia de Pentridge— redobló la decisión de los constitucionalistas de

[179] *Reformer's Guide or The Rights of Man Considered*, Leeds, 1819.

[180] G. Edmonds, *Letter to the Inhabitants of Birmingham*, 1817, p. 15.

[181] H. O. 40.4. Earl Talbot, sin embargo, recibió una impresión favorable del orden de la multitud de 3.000, y le recomendó a lord Sidmouth que suprimiese los clubes Hampden, en lugar del derecho de reunión.

[182] H. O. 40.4.

refutar las acusaciones que pesaban sobre ellos de ser una chusma desordenada y andrajosa. Es bien conocido el relato de Bamford acerca de los preparativos de Peterloo:

> Se consideró conveniente que este mitin fuera tan eficaz desde el punto de vista moral como fuese posible, y que mostrase un espectáculo como jamás se había presenciado en Inglaterra. Con frecuencia se nos ha echado en cara, en la prensa, nuestro aspecto harapiento y sucio (...) junto con la confusión de nuestros procedimientos y la forma tumultuosa de reunirnos.
>
> Las primeras disposiciones que el comité hizo públicas fueron: «aseo», «sobriedad», «orden», a las cuales, por sugerencia del señor Hunt, se añadió a continuación la de «paz». Este era un objetivo fundamental en los entrenamientos nocturnos o de primera hora de la mañana, que precedieron al 16 de agosto de 1819. También era este el objetivo de la disciplina y la magnificencia con la que los contingentes de personas se dirigieron hacia Manchester: un jefe, que se distinguía con una ramita de laurel en el sombrero, para cada grupo de cien hombres; las cintas y las grandes pancartas bordadas, que llevaban ceremoniosamente las mujeres de las *unions*; y al frente el grupo de «nuestras más bellas muchachas».[183]

Pero Bamford exagera la novedad de esta disciplina y exhibición, porque las formas que los radicales adoptaron procedían de diversos orígenes. Las reuniones al aire libre que realizaban los metodistas primitivos contribuyeron en algo, pero su influencia se puede ver sobre todo en las reuniones al aire libre de los cartistas del norte. También contribuyeron en algo los veteranos del ejército que pasaron a ser oficiales radicales de entrenamiento. Mucho más debían los reformadores a la tradición política radical, a las *trade unions* y a las sociedades de socorro mutuo. Desde la época de Wilkes, el pueblo de Londres se había deleitado en el ceremonial del gran acontecimiento político. Incluso el austero Comité de Westminster de Place se gastó más dinero en la celebración posterior de la victoria en 1807, que en toda la campaña electoral.[184] Un comité especial planificaba cada gran acontecimiento, disponía el orden de la procesión, su recorrido, los distintivos adecuados y los lemas que había que exhibir, la disposición de las cintas y de las pancartas. Para la entrada triunfal de Henry Hunt en Londres, el 15 de septiembre de 1819 —en el intervalo entre Peterloo y su proceso—, las órdenes para el día ocupan una columna entera de letra impresa pequeña: «Varios centenares de sirvientes portando grandes ramas de roble, de álamo, etc.», «Un sirviente portando el

183 Bamford, edición de 1893, caps. 24 y 25.
184 Véase más arriba, pp. 508-509.

emblema de una *union*: un haz de bastones apoyados en una horca», «Los Comités, llevando varas blancas y todos ellos llevando lazos de cinta roja y hojas de laurel en sus sombreros», «Una bandera verde de seda, con letras doradas y un arpa irlandesa», bandas de música, jinetes, «Una bandera de seda blanca coronada y ribeteada de crespón» y con una inscripción en negro dedicada a las víctimas de Peterloo, «La vieja bandera roja, con la inscripción "Sufragio Universal", un carruaje que lleva a la señora Watson, a Thistlewood y Preston y a otros amigos del señor Hunt, más bandas de música, más banderas, más jinetes, el señor Hunt (...)»; así, hasta el final de la página. Incluso un perro ostentaba un distintivo en el collar, que rezaba: «Abajo el impuesto sobre los perros.» Keats le escribió a su hermano George: «Me llevaría un día entero y una mano de papel darte un recuento un poco detallado. Toda la distancia entre el *Angel*, en Islington, hasta el *Crown and Anchor* estaba repleta de multitudes.»[185]

Lógicamente, esta tradición era más débil en el norte, donde no había ni Burdett, ni elecciones de Westminster. Allí influyeron más las sociedades de socorro mutuo y las *trade unions*. Hemos destacado ya el ceremonial medieval de las cofradías de Preston y de los cardadores de lana, del cual las sociedades de socorro mutuo tomaron muchas cosas prestadas.[186] En los años de la posguerra, existen pruebas crecientes de que las «ilegales» *trade unions* estaban mostrando abiertamente su fuerza. En Dewsbury, en 1819, los mineros desfilaron por toda la ciudad con cintas y banderas ondeantes; en 1819, los tejedores de punto hicieron disciplinadas manifestaciones en Nottingham; en Manchester, durante la gran huelga de 1818, los hilanderos «desfilaron por Picadilly el martes y tardaron veintitrés minutos y medio en pasar —informó el confidente Bent—. La gente escoge a un hombre por taller y éste les dirige, les hace formar en filas y (...) le obedecen tan estrictamente como en el ejército se obedece al coronel y con tan pocas palabras como en un regimiento».[187]

En esta ocasión el general Byng comentó: «El comportamiento pacífico de tantos miles de hombres sin empleo no es natural.» La frase merece que nos detengamos en ella. La *gentry*, que había descalificado a los reformadores considerándolos como chusma, quedó sorprendida y alguno de sus miembros incluso se horrorizó al descubrir que no lo eran:

[185] *Cap of Liberty*, 15 de septiembre de 1819; *Independent Whig*, 19 de septiembre de 1819; John Keats, *Works*, Glasgow, 1911, v, p. 108.
[186] Véase más arriba, pp. 473-475.
[187] Dewsbury, véase Aspinall, op., p. 341; Nottingham, véase *Ibid.*, p. 320; Manchester, véase *The Skilled Labourer*, p. 100.

El mismo orden al que antes reprendían
Luego les mortificó diez veces más,
Cuando descubrieron que esos trabajadores,
vestidos con sus «harapos radicales»,
Seguían marchando pacíficamente, con sus pancartas y banderas.[188]

El comentario, procedente de Newcastle, sirve con redoblada fuerza para Manchester. Norris, el presidente del tribunal, cuando remitieron a Hunt al tribunal después de Peterloo, habló, quizá para justificarse, de un mitin:

> Reunido, con tales insignias y de tal manera, con la *bandera negra*, la *daga ensangrentada*, con «Igualdad de representación o muerte» (...) Actuaban de forma amenazadora, bajo los estandartes de la muerte, mostrando de este modo que tenían la intención de derrocar al Gobierno.[189]

Bamford reconocía que la bandera, negra como el carbón, de la *Union* de Leeds y Saddleworth, con la inscripción blanca «Amor», dos manos unidas y un corazón, era «uno de los objetos de aspecto más sepulcral que se podían idear». Pero lo que dio lugar a una alarma tal no fueron tanto las banderas como la *disciplina* de las sesenta mil o cien mil personas que se reunieron en St Peter's Field. El entrenamiento, durante las semanas que precedieron al mitin, del que se hicieron cargo algunas veces veteranos de Waterloo —y que, de vez en cuando, se hacía con palos a la espalda como mosquetes o palmadas para simular disparos— dio elementos a los testigos de la acusación para hablar de una «organización militar». Por su parte, el propio Hunt había desaprobado ese «jugar a soldados». Sin embargo, debajo de esta respuesta circunstancial, debemos sobreentender el miedo más profundo que evocaba la evidencia de la transformación de la chusma en una *clase* disciplinada.

Incluso los reformadores de la clase media presenciaron esa evolución con alarma: el «bullicio y la pérdida de tiempo» de la «sucesión constante de mitines», las «resoluciones violentas» y las «arengas inmoderadas», todo ello hace un «daño infinito, que imposibilita completamente que los hombres moderados deseen que triunfen».[190] Para las autoridades legitimistas la cuestión se presentaba como un reto entre el orden y la pérdida de toda autoridad moral e incluso física. «Armados o desarmados, señor», escribió un legitimista del Yorkshire,

---

[188] «Bob in Gotham», *Radical Monday*, Newcastle, 1821, p. 4. (*...that very order they cried up before / Did afterwards gall them ten thousand times more, / When they found that these men, in their 'Radical Rags', / March'd peaceably on, with their Banners and Flags.*)

[189] Un observador, *Peterloo Massacre*, Manchester, 1819, p. 46.

[190] *Manchester Gazette*, citado en D. Read, *op. cit.*, p. 71.

Considero que tales mítines, como el celebrado en Manchester, son nada más y nada menos que sublevaciones del pueblo; y opino que si se permite que continúen estas sublevaciones del pueblo, terminarán en una rebelión abierta.[191]

Los efectos de cada manifestación sucesiva sobre la moral de los reformadores eran instantáneos. Las aguas de la insubordinación se infiltraban por cada una de las brechas que aparecían en el muro de la deferencia. La moral de cada tejedor o zapatero individual era más alta gracias a la tranquilidad que proporcionaba el número, la magnificencia, la retórica. Si la organización abierta del pueblo hubiera continuado a esa escala, hubiese llegado a ser imposible gobernar. Durante las semanas anteriores a Peterloo se hicieron multitud de pequeños mítines y, semana tras semana, manifestaciones cada vez más impresionantes en los centros regionales: en Manchester y Stockport en junio, en Birmingham, Leeds y Londres en julio.[192] La política de constitucionalismo abierto estaba demostrando ser más revolucionaria en sus implicaciones que la política de conspiración e insurrección. Wooler y Hunt habían alcanzado, sin ningún tipo de «correspondencia» secreta ni sistema de delegados, una posición que les permitía convocar un movimiento a nivel nacional. La elección, en julio, en Birmingham, de sir Charles Wolseley como «procurador legislativo» para representar a los sin representación, apuntaba en una dirección que podía tener una evolución todavía más peligrosa: una Convención Nacional, escogida por el voto radical, que desafiara al Parlamento. Con este poder creciente delante, la «Vieja Corrupción» se enfrentaba a la alternativa de responder a los reformadores con la represión o con la concesión. Pero la concesión, en 1819, hubiese significado concesión a un movimiento en favor de la reforma que en su mayor parte era obrero; los reformadores de la clase media no eran todavía bastante fuertes, como lo serían en 1832, para ofrecer una línea de avance más moderada. Por este motivo sucedió Peterloo.

Hay que decirlo de nuevo, puesto que recientemente se ha sugerido que Peterloo fue un suceso, en parte no premeditado, en parte fruto de las exacerbadas relaciones en la propia Manchester, pero que, de ningún modo, se puede entender como parte de una política de represión consciente llevada a cabo por el gobierno. El señor Donald Read, en un estudio sobre Peterloo que lleva acabo un considerable esfuerzo por situar el suceso en su contexto local, sostiene el siguiente punto de vista:

[191] Un campesino propietario del Yorkshire, *A Letter to S. W. Nicholl*, Esq., 1819, p. 8.
[192] Véase Halévy, *op. cit.*, pp. 62-63.

Peterloo, como demuestran las pruebas del Ministerio del Interior, jamás fue precipitado o deseado por el ministerio de Liverpool como un gesto represivo sangriento destinado a someter a las clases bajas. Si los magistrados de Manchester hubiesen seguido el espíritu del Ministerio del Interior, jamás se hubiese producido una «masacre».

Probablemente jamás podremos determinar con certeza si Liverpool y Sidmouth fueron partícipes de la decisión de dispersar el mitin por la fuerza,[193] pero, al igual que no podemos entender la importancia estratégica de Waterloo en los términos del campo de batalla y las órdenes del día, tampoco podemos comprender el significado de Peterloo en términos de la política local de Manchester. Si bien el gobierno no esperaba las noticias de Peterloo, también es cierto que jamás unas autoridades habían actuado de forma tan enérgica para convertirse en cómplices después de los hechos. En un período de quince días se les hicieron llegar a los magistrados y al ejército felicitaciones de Sidmouth y gracias de parte del príncipe regente, «por sus inmediatas, decisivas y eficaces medidas para preservar la paz pública». Las peticiones de que se llevase a cabo una investigación parlamentaria fueron decididamente rechazadas. El procurador y el subfiscal de la corona se mostraron «completamente satisfechos» por lo que se refiere a la legalidad de la actuación de los magistrados. El presidente de la Cámara de los Lores —Eldon— era de la «clara opinión» de que el mitin «constituía un acto de traición manifiesto»; para el futuro veía «una detestable elección entre un gobierno militar y la anarquía». Se habían iniciado los juicios, no contra los responsables, sino contra las víctimas de aquel día —Hunt, Saxton, Bamford y otros— y sólo de mala gana se abandonó la primera idea de acusarles de alta traición. Si los magistrados de Manchester empezaron la política de represión, el gobierno la confirmó poniendo todos

[193] *Loc. cit.*, p. 207. El señor Read concede un gran peso (p. 120) a una carta de Sidmouth, doce días antes de Peterloo, advirtiendo a los magistrados de Manchester que «se abstuviesen de hacer cualquier intento de dispersar a la muchedumbre». Pero si Sidmouth y los magistrados tomaron alguna «decisión de Peterloo», ésta probablemente se tomó en privado durante la semana anterior al mitin. Y es altamente improbable que se dejase cualquier prueba entre los documentos del Ministerio del Interior que sirviese para inspección subsiguiente. La correspondencia «privada y secreta» entre Hobhouse y Byng y Norris (en H.O. 79.3) es curiosamente ambigua. Varias cartas —que tienen aspecto de ser «¡para el registro!»— desaprueban la acción «imprudente» o enérgica contra la multitud (folios 479, 480, 483); pero existe un aire de anticipación sin precedentes: se le facilita a Norris, presidente del tribunal de Manchester, una dirección privada para mandar la correspondencia (folio 489), y dos días después de Peterloo, Hobhouse reseña la satisfacción de Sidmouth ante la opinión del coronel L'Estrange en cuanto a «su empleo de la *Yeomanry* en la vanguardia, conforme al plan según el cual yo *sé* que usted pretendía actuar» (folio 510). Mi opinión es: a) que las autoridades de Manchester se proponían, verdaderamente, emplear la fuerza; b) que Sidmouth sabía —y asintió a ello— su intención de detener a Hunt en medio de la reunión y dispersar a la multitud, pero que no estaba preparado para la violencia que se empleó al hacerlo.

los recursos a su disposición. Hunt, Cartwright, Burdett, Carlile, sir Charles Wolseley, Wroe —del *Manchester Observer*—, Edmonds —de Birmingham—: éstos son unos pocos de los que estaban encarcelados o en espera de juicio a finales de 1819. Hay, el magistrado eclesiástico que se destacó en el tribunal de Peterloo, recibió en recompensa el beneficio eclesiástico de dos mil libras de Rochdale. Earl Fitzwilliam fue destituido de su cargo de *Lord-Lieutenant* por protestar ante la masacre. Las *Six Acts* sellaron lo que el 16 de agosto había iniciado. Aunque la decisión de Peterloo no fuese premeditada, parece haber sido la señal que esperaba el gobierno.[194]

Lord Liverpool declaró que la actuación en Manchester había sido «sustancialmente correcta», aunque no del todo «prudente». «No quedaba otra alternativa que apoyarla.» Hasta cierto punto, el enfrentamiento era inevitable. Pero lo que hacía que no fuese bastante «prudente» era su carácter particularmente salvaje, y para encontrar explicación a este hecho debemos observar el contexto de Manchester. Entre los legitimistas de Manchester y los reformadores obreros se había llegado a una situación excepcional de antagonismo. Ello era resultado, en parte de la madurez del movimiento obrero, en parte de una serie de factores: los sentimientos legitimistas de muchas de las grandes casas comerciales e industriales; su antagonismo respecto de las *trade unions*; el legado del ludismo y de 1817; la influencia de Nadin; la influencia de los eclesiásticos *tory*. «Los *yeomen* y magistrados de Manchester son el mayor atajo de brutos que te puedas imaginar», le escribió Place a Hobhouse:

> Conozco a uno de esos tipos que blasfema, «Maldita sea, con siete chelines a la semana tienen suficiente»; y cuando va a inspeccionar el trabajo que tienen sus tejedores en el telar, se lleva a un perro bien alimentado (...) Hace algún tiempo dijo que «Los hijos de perra se han comido todas las ortigas en diez millas alrededor de Manchester, y ahora no tienen verdura para poner en el caldo». Al expresarle mi indignación, contestó, «Maldita sea, ¿qué necesidad tiene usted de preocuparse por ellos? ¿Cómo podría yo venderle los productos tan baratos si me preocupase por ellos?»

Otra fuente comenta: «Rebajaban el salario y pisoteaban al pueblo; lógicamente, esto tenía que acabar exactamente igual que cuando se cortan y se pisotean las aulagas de una tierra comunal.»[195] Un escritor del *Manchester Observer* se dirigía a los «*gentlemen* funcionarios de Manchester», la semana anterior a Peterloo: «Desafío a los sanguinarios partidarios de Danton, Marat, Robespierre a que

[194] Véase *inter alia* C. D. Yonge, *Life of Lord Liverpool*, 1868, II, pp. 378, 409-422, 432; H. Twiss, *Life of Lord Eldon*, II, pp. 337-340; Wickwar, *op. cit.*, pp. 129-131 *et passim*; Pellew, *Life of Lord Sidmouth*, pp. 283 y siguientes.

[195] Wallas, *op. cit.*, p. 141.

nos proporcionen una banda más despótica y tiránica.»[196] Un mes después de Peterloo, un magistrado eclesiástico aprovechó el privilegio que ofrece el tribunal para dirigirse al acusado: «Creo que es usted un declarado canalla reformador. Algunos de ustedes, los reformadores, deberían de ser colgados, y estén seguros de que algunos de ustedes lo serán: la cuerda está ya casi alrededor de su cuello.»[197]

Hay dos aspectos relativos a Peterloo que, de algún modo, se han perdido en las descripciones recientes. El primero es la auténtica violencia sanguinaria de aquel día. Fue realmente una masacre. No es necesario que demos de nuevo una descripción detallada de los acontecimientos.[198] Fuese cual fuese la intención de los tejedores entrenados, Hunt se había esforzado durante la semana anterior para asegurar obediencia a su demanda de «tranquilidad y orden» y un «comportamiento *prudente, firme y moderado*». Los jefes de los grupos habían advertido a sus seguidores que ignorasen todo tipo de provocaciones. Se habían abandonado muchos palos o bastones. La presencia de tantas mujeres y niños era el testimonio abrumador del carácter pacífico de un mitin del que, como sabían los reformadores, toda Inglaterra estaba pendiente. El ataque sobre la multitud se hizo con la virulencia del pánico.

Pero no fue el pánico, como se ha sugerido, de unos malos jinetes cercados por una multitud. Fue el pánico del odio de clase. Fue la *Yeomanry* —los fabricantes, comerciantes, taberneros y tenderos de Manchester a caballo— la que hizo más daños que los regulares, los húsares. En la *yeomanry*, como testificó un reformador perteneciente a la clase media: «hay (...) individuos cuyo rencor político se acerca a la locura absoluta.»[199] Éstos fueron los que persiguieron las pancartas, los que conocían a los oradores por el nombre y buscaron saldar viejas cuentas, y los que se juntaron y lanzaron vítores al final de su triunfo: «Había zumbidos por aquí y zumbidos por allá —declaró un hilandero de algodón— cada vez que alguien gritaba "clemencia", decían "Maldito seas, ¿qué te trajo aquí?".» De un pasaje como el que sigue podemos obtener una idea de la sensación de confusión:

[196] *Manchester Observer* (7 de agosto de 1819).

[197] *The Times* (27 de septiembre de 1819).

[198] Véanse los relatos en Bamford, Prentice y J.E. Taylor; las informaciones contemporáneas de Tyas en *The Times*, de Baines en el *Leeds Mercury* y de Carlile en el *Political Register* de Sherwin; las declaraciones de testigos y participantes en el *Trial* de Henry Hunt, la *Inquest on John Lees* de Oldham y la acción contra el coronel Birley; F.A. Bruton, *The Story of Peterloo*, 1919, y *Three Accounts of Peterloo*, 1921, y (en defensa) [Francis Philips], *An Exposure of the Calumnies &c*, 1819.

[199] J.E. Taylor, *op. cit.*, pp. 175-176. Hunt publicó una lista de las ocupaciones de la *Yeomanry* que participó realmente el 16 de agosto; incluían varios hijos de taberneros e industriales, un comerciante de vinos, un comisionista, un maestro de danza, un tratante de quesos, un carnicero, etc.; *Address to the Radical Reformers* (29 de octubre de 1822), pp. 13-16. Véase también D. Read, *op. cit.*, p. 81.

Cogí un gorro de la libertad;[200] uno de la caballería cabalgó detrás de mí y me lo pidió; yo me negué a dárselo. Entonces, aparecieron otros dos y preguntaron qué ocurría, el primero dijo: este tipo no quiere soltar este gorro de la libertad. Uno de los otros entonces dijo: maldito sea, mátalo. Al oír esto, empecé a correr (...) Uno de caballería intentó herir a Saxton, pero su caballo parecía estar intranquilo y falló el golpe. Luego llamó la atención a otro: «Ese es Saxton, maldito sea, persíguele.» El otro dijo: «Prefiero no hacerlo, te lo dejo para ti.» Cuando alcancé el final de la calle Watson, vi a diez o doce miembros de la caballería de la *Yeomanry* y a dos de los húsares atacando a la gente, que estaba inmóvil apiñada, cuando un oficial de los húsares se acercó a sus hombres, y golpeando sus espadas dijo: «Maldita sea tu estampa, ¿qué pretendes con esto?» Luego se dirigió a la *Yeomanry*: «Por vergüenza *gentlemen*, ¿qué están ustedes haciendo? Esta gente no puede escapar.» Se detuvieron por un tiempo, pero, en cuanto el oficial se dirigió hacia otra parte del campo, continuaron su trabajo.[201]

No hay otras palabras para calificar estos hechos que guerra de clases. Pero lamentablemente era guerra sólo de un lado. El pueblo, apretujado y pisoteándose unos a otros en el esfuerzo por escapar, no hizo nada por desquitarse hasta que estuvo en los mismos límites del campo, desde allí unos pocos que quedaron atrapados —viéndose perseguidos por las calles y los patios— lanzaron trozos de ladrillos a sus perseguidores. Once personas fueron asesinadas allí mismo o murieron al poco por las heridas. Aquella tarde, había heridos por todas las carreteras de salida de Manchester. El Comité de Desagravio de Peterloo había autentificado, a finales de 1819, cuatrocientas veintiuna demandas de indemnización por heridas recibidas en el campo, y ciento cincuenta casos más esperaban todavía la investigación. De éstos, ciento sesenta y un casos eran heridas de sable, los restantes eran heridas recibidas al ser pisoteados por la muchedumbre o por los cascos de los caballos. Más de cien de los heridos eran mujeres o muchachas. Aunque hubo algunos impostores, también hubo multitud de heridos que no pidieron indemnización, ya fuera porque sus heridas eran leves o porque temían recibir algún castigo.[202] Podemos abandonar el campo con la inolvidable imagen de Bamford:

En diez minutos (...) el campo se había convertido en un espacio abierto y desierto (...) La plataforma seguía en pie, con unos pocos mástiles rotos y cortados erguidos, y uno o dos estandartes desgarrados y acuchillados colgando; mientras que todo el campo estaba sembrado de gorros, cofias,

[200] Gorro frigio, símbolo de la Revolución francesa. (*N. de la T.*)

[201] *Inquest on John Lees*, 1820, pp. 70, 180. Comparar con el relato de Tya en *The Times*: «Dos particulares de la *Yeomanry* cabalgaron hacia Saxton. "Ahí (...) está ese villano de Saxton; atraviésale el cuerpo". "No" —respondió el otro—, "mejor no, te lo dejo a ti." El hombre arremetió inmediatamente contra Saxton.

[202] J. E. Taylor, *op. cit.*, p. 170.

sombreros, manteletas y zapatos y otras partes del atuendo femenino y masculino, pisoteados, desgarrados y ensangrentados. La *yeomanry* había desmontado; algunos de ellos estaban aflojando las cinchas de sus caballos, otros ajustando sus arreos, y algunos limpiando sus sables.[203]

El segundo punto relativo a Peterloo, que de algún modo ha escapado a la definición, es la *magnitud* del suceso, en términos de impacto psicológico y múltiples repercusiones.[204] Sin duda alguna fue una experiencia formativa en la historia política y social británica. Una vez más, como en el caso de Pentridge, debemos distinguir entre las repercusiones a corto y a largo plazo. Al cabo de dos días de los sucesos de Peterloo, toda Inglaterra conocía el hecho. Al cabo de una semana, todos los detalles de la masacre se discutían en las cervecerías, los templos, los talleres y los hogares. En un primer momento, es difícil distinguir ningún modelo claro de respuesta. Entre los reformadores y sus partidarios, ciertamente, la tónica fue la indignación, la cólera o la compasión más que la alarma. Ya en el campo, Henry Hunt, que mostró lo mejor de sí mismo en el momento de crisis, parecía darse cuenta de que Peterloo era una victoria moral para los radicales. Él mismo había sido víctima de la violencia de la *yeomanry*. Después de su detención, los guardias especiales le habían corrido a golpes con sus porras: el general Clay «le golpeó la cabeza cogiendo con ambas manos un gran palo, cuando subía las escaleras del juzgado», golpe que derribó su famoso sombrero blanco y «lo aplastó sobre su cara». A pesar del trato que recibió, cuando salió del juzgado —recordaba un adversario imparcial—: «Creo que pude percibir una sonrisa de triunfo en su rostro. Una persona —creo que fue Nadin— le ofreció el brazo, pero él retrocedió y en una especie de susurro dijo: "No, no, es demasiada amabilidad".»[205]

En el Lancashire, durante varios días, la reacción inmediata fue de venganza. Manchester parecía estar bajo la ley marcial; había desórdenes y corrían rumores sobre gente del «campo» avanzando en orden militar; Bamford ha descrito el chirriar de las guadañas y la preparación de «viejas hachas (...), destornilladores, espadas herrumbrosas, picas y manojos de clavos».[206] Pero hacia finales de agosto, el impulso hacia la insurrección fue controlado y se calmó debido a la evidencia del abrumador apoyo moral en el país. El mismo epíteto —«Peter-Loo»—, con un juego de palabras furiosamente sarcástico, indica, mejor que cualquier otra prueba, la tónica del sentimiento. Durante las semanas siguientes, la tormenta de la prensa radical iba

[203] Bamford, *op. cit.*, p. 157.
[204] Véase, sin embargo, la útil discusión acerca de las secuelas de Peterloo en Read, *op. cit.*, caps. 9-14.
[205] F. A. Bruton, *Three Accounts of Peterloo*, pp. 20-21, 68.
[206] Bamford, *op. cit.*, p. 163; véase también *Independent Whig* (22 de agosto de 1819).

a ser engrosada por las inspiradas sátiras de Cruikshank y Hone; los «carniceros» de Manchester no sólo tuvieron que enfrentarse a la retórica libertaria hecha y derecha de Hunt y Wooler, sino con una mofa implacable, lo que era más difícil de soportar. «Esta es la gente andrajosa y torturada» rezaba *The Political House that Jack Built*:

> Quienes maldicen el día que nacieron,
> porque los impuestos son duros de pagar,
> y piden alivio, de noche y de día,
> y hacen, en vano, todo género de peticiones,
> reunidos pacíficamente para pedir la Reforma,
> Fueron heridos a sablazos por los de la *Yeomanry*,
> a quienes felicitó *el hombre* afeitado y pulido,
> cubierto de bandas y medallas —y abrumado;
> *el elegante sesentón* que saluda con gracia,
> y gusta de pelucas, cuellos, chalecos y encaje;
> Que deja el Estado y la Hacienda a tramposos y tontos,
> y que cuando Gran Bretaña llora, se dedica a divertirse.[207]

Incluso el discurso del príncipe regente en la apertura del Parlamento fue tema de otra parodia:

> ¡Pero, ¡ay!
> ¡La conspiración y la traición campan a sus anchas!
> Esos diablos de la oscuridad engendrados en los vientres
> De *spinning-jennies*, ruedas de devanar y telares,
> En Lunashire
> ¡Oh, Señor!
> ¡Damas y Caballeros, tenemos mucho que temer!
> La cochina multitud grita Reforma, Reforma
> Quiere decir, por supuesto, rebelión, sangre y alboroto
> ¡Pícaros descarados! Vosotros, Señores míos, y yo
> Sabemos que su deber es morir de hambre sin rechistar.[208]

[207] *Who curse the day wherein they were born, / On account of Taxation too great to be borne, / And pray for relief, from night to morn, / Who, in vain, Petition in every form, / Who, peaceably Meeting to ask for Reform, / Were sabred by Yeomanry Cavalry, who / Were thank'd by the man, all shaven and shorn, / All cover'd with Orders —and all forlorn; / the dandy of sixty, who bows with a grace, / And has taste in wigs, collars, curiasses, and lace; / Who, to tricksters, and fools, leaves the State and its treasure, / And when Britain's in tears, sails about at his pleasure...*

[208] W. Hone (con Cruikshank), *The Man in the Moon*, 1819. (*But lo! CONSPIRACY and TREASON are abroad! / Those imps of darkness, gender'd in the wombs / Of spinning-jennies, winding-wheels, and looms, / In Lunashire— / O Lord! / My L-ds and G-tl-n, we've much to fear! / Reform, Reform, the swinish rabble cry— / Audacious rascals! you, my Lords, and I, / Know 'tis their duty to be starved in quiet...*).

Peterloo ultrajó todas las creencias y los prejuicios del «inglés libre por nacimiento»: el derecho a la libertad de expresión, el deseo de «juego limpio», el tabú de atacar a los indefensos. Durante un tiempo, los ultrarradicales y los moderados enterraron sus diferencias en un movimiento de protesta al que muchos *whigs* estaban deseosos de asociarse. Se celebraron mítines de protesta: el 29 de agosto en Smithfield, con el doctor Watson en la presidencia y Arthur Thistlewood como orador; el 5 de septiembre se hizo un mitin mucho mayor en Westminster, que contó con Burdett, Cartwright, Hobhouse y John Thelwall entre los oradores.[209] Diez días más tarde, cuando Hunt hizo su entrada triunfal en Londres, *The Times* estimó que en las calles había unas treinta mil personas.

Cualquier persona que estudie la respuesta ante las noticias de Peterloo podrá comprobar que la tradición del «inglés libre por nacimiento» no era simplemente especulativa. En los meses siguientes los antagonismos políticos se endurecieron. Nadie podía permanecer neutral; en el mismo Manchester, los «legitimistas» se quedaron en una situación de aislamiento extremo y los metodistas fueron el único grupo, con partidarios de origen popular, que se puso —con declaraciones servilmente excesivas— de su lado.[210] Pero si bien muchos miembros de la *gentry* y profesionales quedaron conmocionados por Peterloo, al mismo tiempo no tenían deseo alguno de pensar en *nuevas* manifestaciones espectaculares por parte de la población.[211] Así, el movimiento efectivo después de Peterloo, que hizo un viraje desde el grito de «venganza» hacia las formas constitucionales de protesta, era obrero en su mayor parte, por lo que se refiere a su iniciación y carácter.

Si la intención de Peterloo fue limitar el derecho de hacer mítines públicos, tuvo unas consecuencias exactamente opuestas. La indignación hizo que apareciesen organizaciones radicales allí donde jamás habían existido y se hicieran manifestaciones al aire libre en regiones que hasta entonces habían estado bajo el conjuro de los «legitimistas». En Coseley, cerca de Wolverhampton, se creó una *political union* que era la primera de aquella zona del Black Country. Se lamentaba un J. P. local,

---

[209] *Independent Whig* (29 de agosto, 5 de septiembre de 1819).

[210] H. O. 42.108. El comité de las escuelas dominicales de Manchester acordó (24 de septiembre de 1819) excluir a todos los niños que acudiesen a la escuela con sombreros blancos o insignias radicales. Para las disensiones en el seno del cuerpo metodista, véase, sin embargo, D. Read, *op. cit.*, p. 203.

[211] Hubo excepciones: por ejemplo, en el Yorkshire y en Norfolk los mítines de protesta se celebraron bajo los auspicios de los *whigs*.

La deslealtad en este vecindario no puede surgir, verdaderamente, de la miseria, porque, en cuanto a empleo y salarios, los obreros de las minas y los altos hornos están quizás en una situación mejor que cualquier otro sector del reino.[212]

La adhesión más notable al movimiento se produjo en Newcastle, y entre los mineros de Northumberland y Durham. En estos lugares —a pesar de que existía una tradición continuada de radicalismo desde la década de 1790, con Bewick y sus compañeros menestrales o artesanos, y las poderosas sociedades de socorro mutuo y las *trade unions*— los partidarios de la Iglesia y el Rey controlaban la corporación municipal y habían intimidado a los reformadores para que no formaran organizaciones abiertas. «Durante mucho tiempo, la facción de Pitt se había jactado de que en esta parte de Inglaterra la población era perfectamente pasiva y desprovista de espíritu», escribió el *Independent Whig*. En julio y agosto de 1819, las Sociedades de Lectura radicales dieron lugar a los Protestantes Políticos, siguiendo el modelo recomendado por el *Black Dwarf*. Después de Peterloo todo el distrito pareció volcarse hacia los reformadores. Se convocó un acto de protesta en la calle, con el permiso del alcalde, para el día 11 de octubre. Se esperaba que la «relativa estabilidad» en el sector del carbón, junto con la amenaza de despedir a los trabajadores que asistiesen hecha por algunos inspectores de las minas de carbón, limitaría la asistencia. El resultado fue que «Desde el norte, el sur, el este, el oeste, los radicales marchaban hacia la ciudad, en columnas de seis en fondo, acompañados por una banda de música que tocaba "Johnnie Cope, ¿todavía estás trabajando?"».

Unas cincuenta o cien mil personas «se pusieron en marcha, como por arte de magia» y los observadores quedaron sorprendidos al ver cómo cumplían las instrucciones de «orden, civismo, unanimidad», y no sólo los temidos mineros, sino los marineros venidos de Sunderland y Shields. El contingente que provenía de Shields, después de hacer una marcha de ocho millas, rechazó incluso «beber un barril de cerveza que les tenían reservado», porque estaban «decididos a no (...) hacer nada que pudiese poner en peligro la armonía de aquel día». Entre los oradores había un tejedor, un maestro de escuela, un sastre, un maestro impresor, un librero y un zapatero remendón. Después del *Radical Monday*, en el que se declaró «el primer mitin político que se celebraba al aire libre», la ciudad no abandonó su posición entre los tres o cuatro centros urbanos que iban a la cabecera del radicalismo y del

[212] H.O. 42.98. El comité estaba compuesto por dos panaderos y un herrero, un capataz de una mina del carbón, un martillador de una fragua, un minero del carbón, un pequeño agricultor y un zapatero.

cartismo. En las semanas inmediatamente posteriores se formaron «clases» radicales, con la rapidez de una campaña de resurgimiento, en todas las poblaciones industriales y los puertos de los alrededores: en Jarrow, Sheriff Hill, Penshaw, Rainton, Houghton, Newbattle, Hetton, Hebbern, South Shields, Winlaton, Sunderland; se podía ver el *Black Dwarf* «en la copa del sombrero de casi todos los mineros que encontrabas». La sedición llegó hasta los mineros de Bishop Wearmouth, quienes, como escribió un exasperado magistrado a Sidmouth, «han tenido la audacia de proponer que el suministro de los artículos de consumo de las minas de carbón fuera encargado a comerciantes que eran radicales declarados».[213]

En contra de esta amenaza, los legitimistas de Newcastle formaron una asociación armada. Frente a esta asociación armada, los mineros y los obreros de las fundiciones empezaron a armarse a su vez. Estos son los preliminares de una guerra civil. Nos ha influido demasiado la imagen dada por Bamford de una respuesta prudente y moderada de todos, excepto unos pocos exaltados, frente a Peterloo. Ya que en los meses de octubre y noviembre, el propio constitucionalismo radical tomó un cariz revolucionario. Si sus oponentes estaban armados y actuaban de forma inconstitucional, ellos también ejercerían el derecho —que desde hacía mucho tiempo había proclamado el comandante Cartwright— de todo ciudadano a llevar armas. Si los mítines iban a ser disueltos de forma violenta, entonces asistirían a ellos con medios de defensa. Los medios corrientes eran picas, robustos palos de madera con una hendidura en uno de los extremos, en la que se podía insertar una hoja afilada, que se llevaba en el bolsillo. Las cuchillas se podían conseguir con facilidad —en diferentes tamaños que costaban de 1s a 3s, según la capacidad adquisitiva del reformador— en una de las pequeñas herrerías que abundaban en Newcastle, Sheffield, Birmingham y Manchester. Sabemos algunas cosas acerca de un *empresario* de este tipo —con un ojo puesto en su *Black Dwarf* y el otro en un floreciente mercado—, llamado Naaman Carter, de Manchester. Fue lo bastante incauto como para emplear, como representante suyo —cuyo trabajo consistía en enseñar muestras de las picas por las tabernas y «despachos clandestinos» de las poblaciones de tejedores, y recoger los pagos de aquellos que compraban las cuchillas de sus picas «a plazos»—, a un hombre que tenía «otro» trabajo muy diferente: era el confidente «Y». Las informaciones de «Y», aunque

[213] *A full Account of the General Meeting of the Inhabitants of Newcastle*, Newcastle, 1819; «Bob in Gotham», *Radical Monday*; *Black Dwarf* y *Newcastle Chronicle*, *passim*; *Durham Advertiser*, citado en el *Political Observer* (19 de diciembre de 1819); H. O. 42.198; *Independent Whig* (17 de octubre de 1819); R. G. Wearmouth, *op. cit.*, pp. 102-103; y Véase más arriba, pp. 392, 438.

sean circunstanciales y, a menudo, irrelevantes, no deben ser consideradas invenciones. En una ocasión, cuando hizo una visita al herrero radical:

> Encontré a él y a su esposa peleándose; le dije que era una locura pelearse en *Sabbath*, que harían mejor en dejarlo para el lunes, entonces podrían resolverlo peleando. La esposa dijo: «No me vas a vencer, conseguiré que te pongan en el New Bayley por hacer picas.» Estaba diciendo esto mientras él la empujaba y le daba patadas para que saliese por la puerta.

Pero los problemas maritales de Naaman Carter no afectaban al negocio de la pica, que era floreciente en la primera semana de noviembre. «Y» encontró que estaba lleno de clientes que admiraban las muestras que, como dijo uno de ellos, «acabarían con el Príncipe y con todos los pervertidos que hay entre ellos». Uno de sus clientes era nada menos que Bamford, que en los informes de «Y», apenas se parece al autorretrato que hizo él mismo veinte años más tarde. En un despacho clandestino donde se cerraba el trato, Bamford lanzó el siguiente brindis: «¡Que se plante el Árbol de la Libertad en el infierno y los sangrientos carniceros de Manchester sean su fruto!» Cuando los vapores del brebaje ilegal subieron, uno de sus compañeros dijo que les iban a dar a los carniceros de Manchester «un condenado buen merecido y entonces se iría a casa y trabajaría, hasta que Dios le condenase, sus manos volarían y cantaría *Brittania*, ¡y el Diablo se los llevaría a todos!».[214]

No existe duda alguna de que estos sentimientos eran generalizados en los distritos fabriles. Se rumoreaba que, desde Birmingham hacia el norte, se pasaban pistolas de contrabando en los «carros alfareros». En octubre y noviembre, llegaban informaciones, de una ciudad tras otra, acerca de personas que se armaban, hacían instrucción y pruebas con armas: Newcastle, Wolverhampton, Wigan, Bolton, Blackburn. Los reformadores de Halifax volvieron de un mitin realizado en Huddersfield en noviembre «marchando en filas de unos ocho o diez en fondo, con música y seis o siete banderas, y velas encendidas; muchos de ellos llevaban palos». En un punto determinado «gritaron y dispararon muchas pistolas al aire». En Burnley, diez o quince mil personas asistieron a una manifestación, a pesar de los carteles puestos por orden de los magistrados advirtiéndoles que no lo hiciesen. A la cabeza iba un hombre con un cartel en el que se leía «Orden, Orden», pero también allí se «dispararon multitud de pistolas». En Halifax, en un mitin anterior, una

[214] Declaración oral de «Y» ante el *Boroughreeve* de Manchester, 6 y 8 de noviembre de 1819, en H. O. 42.198.

[*Boroughreeve*: gobernador de una ciudad. Cargo más importante de ciertas ciudades inglesas antes de la ley de corporaciones municipales de 1835. *(N. de la T.)*]

de las cuarenta y una pancartas tenía escrito: «Gemimos, mientras estamos oprimidos, esperando ser liberados (...) Pero nos alegramos con la esperanza de un jubileo.» Hay que aclarar que no se trataba del jubileo de Jorge III que se anticipaba. Otra declaraba: «Aquel que derramare sangre humana, debe verter su sangre por mano de hombre.» El grupo que procedía de Ripponden llevaba la imagen de un tejedor medio muerto de hambre trabajando en su telar: «El trabajo es tan querido del hombre pobre como la riqueza lo es del hombre rico.» En Sheffield, una procesión enorme marchó hacia el Brocco acompañada de bandas de música que tocaban la «Marcha fúnebre de Saúl» y «Los escoceses que dieron su sangre con Wallace».[215]

Pero hacia finales de diciembre de 1819 el movimiento se encontraba en un virtual estado de colapso. Dos razones dan cuenta de ello: las divisiones entre los líderes radicales y la represión de las *Six Acts*. La primera constituye una intrincada historia que todavía no ha sido desenmarañada de forma satisfactoria. Hemos observado que la organización de los radicales de Londres fue siempre débil y amorfa. En Londres, en 1818 y principios de 1819, no existía una organización central coherente parecida a las *political unions* y a los protestantes de las Midlands y el norte. Las actividades se convocaban sobre bases *ad hoc*: reuniones de «los amigos del señor Wooler» o banquetes especiales en la *Crown and Anchor*. Las dos elecciones de Westminster de 1818 habían creado muchas disensiones entre los seguidores de Burdett, que insistió en darle su apoyo como segundo candidato al amigo de un banquero, Kinnaird, y luego a John Cam Hobhouse, frente a las peticiones de Cartwright, Cobbett o Hunt, y otras agrupaciones radicales.

A pesar del fiasco de Spa Fields, el doctor Watson y Thistlewood siguieron en el centro de los intentos más definidos de organización del radicalismo popular de Londres. Si podemos dar crédito a las informaciones de un cronista mejor situado, John Williamson, en el otoño de 1817, Thistlewood y Preston intentaron levantar de nuevo los fundamentos de la conspiración.[216] Les fue difícil en las secuelas de la sublevación de Pentridge. En Spitalfields la miseria no fue tan severa por mucho tiempo. En septiembre, según Williamson,

[215] «Papers relative to the Internal State of the Country», *Parliamentary Debates*, XLI, 1820, *passim* (una selección un tanto sensacional de los informes de los magistrados, etc.); H. O. 42.198; J. E. Taylor, *op. cit.*, pp. 102-134; Briton (11 de noviembre de 1819); *Independent Whig* (10, 17 y 31 de octubre de 1819); Halévy, *op. cit.*, p. 66.

[216] Según el *Political Register* (13 de septiembre de 1817) las autoridades se aterrorizaron ante el rumor de que se planeaba una insurrección que coincidiese con la Feria de Bartolomé. Se sacaron cuatro regimientos de caballería y el alcalde hizo buscar armas en «los cubos de ostras, los puestos de salchichas y los cestos de pan de jengibre». Véase H. O. 40.7 y 8 para detalles de esta conspiración.

Preston dijo que «había estado en Spitalfields (...) visitando a dos o tres de sus antiguas amistades y encontró que tenían trabajo y no les gustaban los hombres como él». En vez de detenerse para escuchar su «discurso», siguieron trabajando en el telar. Thistlewood iba de una reunión de medianoche a otra. Corría un confuso rumor acerca de la posibilidad de obtener dinero de un inglés que vivía en París, un refugiado de la década de 1790. Se juramentaron, pero la organización siguió siendo minúscula porque «Preston decía que nadie debía saber cuáles serían sus planes» hasta tres horas antes de que se pusiesen en marcha. En diciembre de 1817, Preston hizo una breve visita a Birmingham e informó que allí los hombres estaban «animados». Thistlewood envió al propio Williamson a reconocer unos cuarteles, y recabar información acerca de cuántos cañones había. Pero aparte de las fantasías insurreccionales, los logros reales del grupo fueron muy pequeños. Le proporcionaron algún informe de tipo alarmista a lord Sidmouth, formaron unos pocos grupos de taberna y actuaron como líderes aclamados en varias ocasiones en manifestaciones de la multitud de Londres.[217]

Aunque el doctor Watson se relacionaba todavía con Thistlewood, probablemente no participó en este intento de conspiración.[218] En febrero de 1818, Sidmouth encontró una forma adecuada de dejar fuera de juego a Thistlewood sin tener que recurrir a un juicio. Thistlewood había publicado una carta abierta en la que se confundían los agravios públicos con las quejas privadas, pidiendo «satisfacción» del ministro del Interior; es decir, retándole a un duelo. De resultas de ello le confinaron en una prisión de la jurisdicción real como perturbador de la paz y lord Sidmouth pagó de su propio bolsillo la manutención del preso mientras estuvo allí. En 1819, el Londres radical se volvió a despertar y se formaron multitud de grupos de taberna y sociedades de discusión, algunas de ellas llamadas *union societies*. Una vez más, Watson intentó crear algún tipo de organización central y en el verano de 1819 se le unió Thistlewood, ahora liberado, y que —al parecer— aceptó la política de agitación constitucional y volvió la espalda, por un tiempo, a la conspiración y el *coup d'état*. Hacia el verano de 1819 se formó un «Comité de los Doscientos».[219] Desde junio hasta octubre, Watson, Thistlewood, Preston y Waddington fueron los líderes más activos e influyentes de Londres, en especial entre la población obrera.

[217] Véase, por ejemplo, la declaración de Williamson, 18 de diciembre de 1817; Thistlewood dijo: «Carlile iba a ser juzgado al día siguiente y esperaba que todos fueran y reunieran a tantos como pudiesen para lanzarle tres hurras.» T. S. 11.197.

[218] *Ibid.*, 27 de septiembre de 1817: «Thistlewood no dijo mucho después de que llegase Watson. Creo que no le gusta Watson.» También 11 de febrero de 1818 en H. O. 40.9.

[219] *Medusa* (31 de julio de 1819).

Contaban con el apoyo del viejo orador jacobino John Gale Jones y también del *Republican* de Carlile, el *Cap of Liberty* y la *Medusa*. El «Comité de los Doscientos» fue el que tomó la iniciativa en la organización, tan bien preparada, de la entrada de Hunt en Londres después de Peterloo,[220] y el propio «Doctor» ofició las ceremonias de bienvenida, mostrando un tacto y un control de sí mismo considerables, frente a la hinchada arrogancia y la irascibilidad política de Hunt.

En 1820, después de la conspiración de la calle Cato, un observador hostil hizo una descripción de la «Sala del Comité Radical», en la *White Lion*, en Wych Street, considerada el centro de la «clandestinidad» radical de Londres. En el bodegón:

> se sentaban un grupo de sospechosos, tipos con mala pinta (...), mientras que a la derecha en una pequeña mesa de negocios se sentaba el señor (...) con un libro y algunos documentos y carteles impresos ante él; debido a la oscuridad del lugar, que no tenía otra luz que la procedente de una vela situada frente al señor (...), o la de la barra, un forastero que llegase no podría reconocer ninguno de los rostros si los volvía a ver más tarde en cualquier otro lugar. A la derecha (...) hay un pequeño salón; allí se reunió una tarde un comité selecto y no se admitió a nadie más. Esa era la habitación en la que se trataban los asuntos más privados; el señor Thistlewood o el doctor Watson salían siempre al pasillo para hablar con cualquier persona que acudiese allí para tratar de algún asunto. En una sala muy amplia que hay en el piso de arriba (...) se juntaron una tarde más de un centenar de personas con mal aspecto; en ella se reunían el comité abierto y los simpatizantes de la sociedad (...) Ahí se organizaban sus procesiones, etc.; se guardaban sus banderas; mientras que los asuntos más privados se planeaban abajo en el salón pequeño.[221]

Un centro como éste era, inevitablemente, objeto de la atención constante de los espías del gobierno. Pero esto no significa que todos sus procedimientos careciesen de sentido. Después de Peterloo, los «ultra-radicales» de Londres se encontraban en una difícil situación. «La Reforma no se puede conseguir sin derramamiento de sangre», declaró terminantemente el *Cap of Liberty* en octubre, mientras que la *Medusa*, más irresponsable, escribió: «No hay ninguna entrega de correo procedente de cualquier parte del reino, que no traiga algún ejemplo nuevo y sorprendente de la necesidad de ir siempre armado.»[222] Carlile, dos años más tarde, resumió el mensaje de todos sus escritos de este período: «La Reforma se

[220] Había dos comités preparatorios: el del doctor Watson y un comité rival que incluía a Thomas Evans, Galloway y Carlile. Pero ambos surgieron bajo la presidencia de Watson. Véase *Independent Whig* (12 de septiembre de 1819).

[221] G. T. Wilkinson, *The Cato-Street Conspiracy*, 1820, pp. 56-57.

[222] *Medusa* (9 de octubre de 1819).

conseguirá cuando las autoridades que ahora existen no tengan ya el poder de impedirlo, y no antes.»[223] Además, los dos meses posteriores a Peterloo mostraron en toda su extensión la debilidad de la dirección a nivel nacional. Hunt carecía totalmente de resolución. Después de Peterloo ocupaba el centro de la escena y tanto los reformadores como las autoridades observaban con inquietud todos sus movimientos. Esto era un buen alimento para su vanidad. Peterloo podría haber sido una afrenta personal y sus desfiles por el Lancashire y Londres, triunfos personales. Le disgustó que Watson compartiera con él los honores de la manifestación de Londres; riñó por la ruta que había escogido el comité y acerca de cuántos miles de londinenses expectantes estarían esperándole durante la mitad del día. A pesar de todo, Hunt tenía un motivo de rencor contra Londres, puesto que en las *hustings* de Westminster, en 1818, le habían tratado con brutalidad y le habían abucheado. Se peleó con Watson acerca del presidente que se había escogido —Gale Jones— para presidir el banquete de bienvenida, gritándole en público: «Eres un condenado manipulador entrometido; ¿por qué no ocupo yo la presidencia, como hizo sir Francis Burdett después de su desfile?» Después empezó a pelearse por asuntos de dinero. En el Lancashire consiguió ofender a la mayoría de líderes reformistas locales, mientras que permitió que se hiciese un cortejo fúnebre de varios miles de personas para asistir al entierro de su caballo favorito. De hecho, estaba más preocupado —y no le faltaba razón— en maniobrar para conseguir una posición ventajosa en los juicios que se acercaban, que en prestar atención al movimiento en el país.[224]

Hacia el mes de septiembre los reformadores se estaban dividiendo en un ala revolucionaria y otra constitucionalista. La política que Hunt y Wooler sancionaron fue la de la resistencia pasiva, la protesta, la acción legal contra los autores de Peterloo y el rechazo a los artículos gravados con impuestos. En agosto, esta política era muy recomendable y recibió un apoyo leal por parte de todas las secciones del movimiento, pero hacia el mes de octubre se estaba volviendo poco convincente. Parecía claro que las esperanzas de reparación legal eran vanas, sobre todo en el Lancashire; mientras que estaba de más recomendar a los tejedores del norte que no consumieran artículos gravados. Además, a la vez que, semana tras semana, el movimiento se hacía más amplio, los moderados no

[223] R. Carlile, *An Effort to set at rest some little disputes and misunderstandings between the reformers of Leeds*, 1821, p. 10.

[224] *Peterloo Massacre*, p. 72; Bamford, *op. cit.*, pp. 247 y siguientes; *Cap of Liberty* (15 de septiembre de 1819); J. Johnston, *Letter to Henry Hunt*, *passim*; cartas entre Hunt, Watson y Thistlewood intercambiadas en la prensa general, octubre y noviembre de 1819.

aconsejaron otra cosa que esperar pacientemente la apertura del Parlamento. Si entonces no se llevaba a cabo ninguna investigación sobre Peterloo —o en caso de que se suspendiese el *hábeas corpus*— se daría alguna otra indicación indefinida. Pero el Parlamento no se reunió hasta el 23 de noviembre, más de *tres meses* después de Peterloo. Los más radicales argumentaron, con cierto buen humor, que el consejo de Hunt significaba aguar el movimiento en el país, abandonando la iniciativa popular y, en realidad, cediendo la dirección a los *whigs* del Parlamento. Al igual que otros demagogos, Hunt pareció alarmado ante los ánimos que él mismo había contribuido a levantar.

Después de esperar cerca de dos meses, los más radicales presentaron una política alternativa, que recibió el apoyo de Watson y Carlile. Ésta consistía en hacer «mítines (...) por todo el Reino un día determinado». En principio, se propuso el primero de noviembre, aunque luego se pospuso por dos veces. A primera vista, esto sólo era llevar el movimiento constitucionalista un paso más adelante, aunque los auténticos conspiradores —uno de los cuales era Arthur Thistlewood— tuvieran quizás esperanzas de que los mítines simultáneos condujeran directamente a la insurrección. Durante el mes de octubre esta política ganó adeptos, y se planearon mítines en Newcastle, Carlisle, Leeds, Halifax, Huddersfield, Barnsley, Manchester, Bolton, Wigan, Blackburn, Burnley, Newcastle-under-Lyne, Nottingham, Leicester y Coventry. A finales de ese mes el general Byng, que acostumbraba a estar bien informado, consideraba que Thistlewood «ha reemplazado a Hunt en [la] idolatría» de la población de Londres. Thistlewood visitó Manchester, donde ahora había una *union* ultrarradical además de la Sociedad Patriótica Huntita, y allí la propuesta ganó un amplio apoyo. Se celebraron algunos mítines y se hicieron nuevos planes para el 15 de noviembre. Pero a mediados de octubre, Hunt, al observar que el movimiento se le estaba escapando de las manos, se afanó en reafirmar su control. En una «Carta a los Reformadores del Norte», publicada en el *Manchester Observer* de Wroe, el 19 de octubre, llevó a término la denuncia del plan de mítines simultáneos. Y completó su trabajo escribiendo una nueva carta, en la que recordaba el nombre de Oliver, y particularmente colgándole a Thistlewood la acusación de ser un espía.

Después de esto, aparecieron en la prensa, durante semanas, airadas cartas intercambiadas entre Thistlewood y Watson, por un lado, y Hunt y sus seguidores por el otro; cartas que la prensa legitimista volvió a publicar encantada, con el sarcástico encabezamiento: «Documento de Estado de los Radicales.» Habían encarcelado al doctor Watson por deudas, por no haber pagado una cuenta

de la recepción de Hunt, y Hunt hizo astutos intentos de explicar qué había hecho con el dinero que se había recogido para los gastos. Gran parte de la controversia era irresponsable por ambos lados. Leyendo entre líneas, parecería que Hunt tenía sospechas bien fundamentadas respecto de las intenciones conspirativas de Thistlewood y de la capacidad, floja y chapucera, del doctor Watson como líder político. Por otro lado, Thistlewood habría conseguido, aparentemente, crear una cadena clandestina de contactos en las provincias, que en zonas de las Midlands y el norte sobreviviría a los ataques de Hunt.[225] La negativa de «Hunt y su Facción» a dar apoyo a los mítines que se habían propuesto desalentó a la *Manchester Political Union*. Se volvieron a hacer planes para reunir en Nottingham a delegados del movimiento «clandestino», procedentes de Londres, del oeste de Escocia, del Lancashire, del Yorkshire, Birmingham y las *Potteries*, el mismo día que se volviese a reunir el Parlamento, y permanecer en sesión secreta permanente como una «ejecutiva», con instrucciones de convocar mítines simultáneos en caso de que se suspendiese el *hábeas corpus*. La tajante oposición por parte de Hunt impidió que madurasen esos planes.[226]

Si bien se puede acusar a Thistlewood de locura —por lo cual pagaría con su propia vida—, también es cierto que actuó bajo una gran provocación. La respuesta de los líderes radicales nacionales a las *Six Acts*, que se aprobaron en la Cámara a gran velocidad en diciembre, fue extremadamente débil. A principios de noviembre, Cobbett volvió de su exilio, desembarcó en Liverpool y fue objeto de una recepción triunfal por parte de la población del Lancashire. Desorientado por su ausencia y sin el menor deseo de encabezar una insurrección obrera, parecía un hombre que hubiese perdido

[225] Al mitin de Smithfield, convocado por el Comité de los Doscientos durante la primera semana de noviembre, y en el que intervinieron Thistlewood y Preston, sólo asistieron doscientas o trescientas personas. Pero no está claro si ello fue consecuencia de los ataques de Hunt a lo largo de las dos semanas anteriores, o de la pésima climatología. Véase *Independent Whig* (7 de noviembre de 1819).

[226] Este relato está basado en diversas fuentes de H. O. 42.198 y 199; A. B. Richmond, *op. cit.*, pp. 181-184; J. E. Taylor, *op. cit.*, p. 134; *Cap of Liberty* (13 de octubre y 15 de diciembre de 1819); *Republican* (12 de noviembre de 1819); del general Byng a Wellington, 28 de octubre de 1819, en *Wellington Despatches*, I, p. 84. Véase también D. Read, *op. cit.*, pp. 147-150, 155-158. El secretario de la ultrarradical *Manchester Political Union*, W. C. Walker, cuyo famoso carácter y sus «dos esposas» causaron tanto escándalo en un mitin, era considerado por Norris, el estipendiario de Manchester, como «el Thistlewood de esta zona». Pero el coronel Fletcher, de Bolton, y lord Sidmouth le conocían mejor. Por una serie de pruebas internas parecería que Walker, que sería uno de los delegados a la «ejecutiva» de Nottingham, no era otro que «Alfa», empleado por el coronel Fletcher. Walker, informó «Alfa» a Fletcher, con cierta suficiencia, «ha establecido las conexiones más útiles posibles y ha presentado pruebas contra las astutas tretas de la Policía». Véase, de «Alfa» a Fletcher, 15 y 17 de noviembre de 1819, en H. O. 42.198 y compárese con D. Read, *op. cit.*, pp. 157, 218-223.

el norte. En Liverpool anunció que había traído consigo los restos del mayor de los hijos de Inglaterra: Tom Paine. Luego resultó que Cobbett no quería rendir tributo al republicanismo de Paine, sino a sus ideas sobre la reforma monetaria. El *Register* lanzaba, alternativamente, bravatas —«las grandes masas tienen derecho a armarse en *defensa propia*»— y jarros de agua fría: «Tengo las más serias esperanzas de que el pueblo depositará toda su confianza en la acción de la deuda.» Esta «sepulturera», por su propia dinámica, derribaría la «Vieja Corrupción» sin que el pueblo interviniese: «Es la forma *más eficaz* y la más segura, dejar que la trucha se canse, mientras nosotros sostenemos la caña, el hilo y el anzuelo.» Después de la aprobación de las *Six Acts* formuló una nueva gran propuesta con el fin de «seguir con la lucha por los derechos y libertades de nuestro país». La propuesta consistía en crear un fondo en favor de la reforma de unas 5.000 libras, que se reunirían a base de cuotas de dos peniques a pagar por reformadores y sindicalistas «y que se dejarían en mis manos»: «para que sólo las utilizara yo, por supuesto, y sin inspección ni control de nadie; y sin que nadie tuviese derecho a preguntarme qué voy a hacer con ellas (...) No diré a nadie en qué pienso emplear el dinero: No voy a responder preguntas.»[227]

La *Six Acts* aparecen como una codificación y una extensión de la legislación de 1795 y 1817. La primera prohibía la instrucción y el entrenamiento «militar»; la segunda autorizaba a los jueces a entrar y registrar casas, sin mandamiento judicial o sospecha de que hubiese armas; la tercera prohibía las reuniones de más de cincuenta personas, con algunas excepciones —las de parroquia y condado— y algunas adiciones, dirigidas a impedir las reuniones radicales de lectura; la cuarta, de gran importancia para los siguientes doce años, aumentaba el impuesto del timbre de las publicaciones periódicas, dejando su precio en 6 d y más; la quinta y la sexta tenían por objeto extender los poderes de las autoridades frente a los sediciosos, especialmente por lo que se refiere a acciones y libelos expeditivos.[228] La única medida de la anterior represión que no se repitió fue la suspensión del *hábeas corpus*. Después de esto, el gobierno emprendió la campaña de procesos judiciales más prolongada de la historia británica. En el verano de 1820,

[227] *Political Register* de Cobbett (6 de noviembre, 5 de diciembre de 1819, 6 de enero de 1820). El fondo sólo ascendió a unos pocos cientos y se gastó en su mayor parte en la candidatura de Cobbett a Coventry en 1820. Este incidente políticamente deshonroso se glosa en cierto modo, en Cole, *Life of Cobbett*, p. 242.

[228] Para resúmenes útiles, véase Halévy, *op. cit.*, pp. 67 y siguientes; Jephson, *op. cit.*, II, pp. 502 y siguientes; Maccoby, *op. cit.*, cap. 20. Para los procesamientos a la prensa, véase más adelante, pp. 772-779.

Hunt, otros cuatro reformadores de Manchester encausados por su participación en Peterloo, Wooler, Burdett, sir Charles Wolseley, el reverendo J. Harrison, Knight, Carlile, Edmonds, Wroe, Johnston, Bagguley, Drummond y Mitchell, estaban todos encarcelados. Había empezado un asalto en toda regla contra la prensa «sediciosa» y «blasfema». Las sociedades de acusación privadas hicieron multitud de juicios contra editores o vendedores de periódicos, o bien éstos fueron castigados por la jurisdicción sumaria. Y, por fin, el patíbulo puso fin a la vida pública de Arthur Thistlewood.

VI. La conspiración de la Calle Cato

Por lo menos las *Two Acts* de 1795 se aprobaron a pesar de manifestaciones masivas a las cuales se dignó dirigirse el mismo Fox. En diciembre de 1819, Hunt, Cobbett, Wooler o Burdett podían haber llenado con manifestaciones las calles de Londres, las Midlands, el norte y Escocia.[229] Es difícil no llegar a la conclusión de que los mismos líderes radicales se alarmaron ante el carácter de sus seguidores en los centros industriales. Hunt intentaba afanosamente disociarse de los extremistas y abstenerse de cualquier acción que pudiese acarrearle perjuicios en su próximo juicio. Cobbett aleccionaba a sus lectores para que consumiesen trigo tostado como sustituto del café y acerca de la superioridad del agua con respecto al vino. Por fin, el 20 de enero de 1820 dio a conocer «un plan». Iba dirigido «A las Señoras» y tenía como fin «Promover la sobriedad, la frugalidad y el aborrecimiento del juego».[230] En estas circunstancias tuvo lugar el último episodio de la agitación de la posguerra.

No sabemos muchas cosas acerca de Arthur Thistlewood y los conspiradores de la calle Cato.[231] Thistlewood era un *gentleman* a

[229] Véase el comentario aparecido en *Union: Prospective of a New Publication*, 1831, (John Rylands Lib. R. 106147): «En 1819, el gobierno debía su seguridad a la paciencia del señor Hunt.»

[230] *Political Register* (4 de diciembre de 1819, 22 de enero de 1820).

[231] Queda mucho por averiguar. La obra *The Cato Street Conspiracy* de John Stanhope, 1962, se sitúa en la conocida tradición de la «novela policíaca». Establece sin ningún género de dudas el papel provocativo de Edwards, basándose en las fuentes de H. O. 44-4/6. Sin embargo, no sitúa la conspiración en el contexto y los detalles biográficos se sacan en

quien habían sucedido diversas desventuras, en mayor parte, y al parecer, causadas por él mismo. Pocos hombres que ya hubiesen estado procesados una vez por alta traición estaban dispuestos a jugarse el tipo una segunda y una tercera vez, como hizo Thistlewood, en 1817-1818 y de nuevo en 1820. Su osadía era, en gran parte, temeraria; pero lo mismo ocurría con Emmett, o con los hombres del 16 de la calle Easter. Las biografías difamatorias que aparecieron en la prensa en el momento de su muerte han perpetuado una tradición que alcanza los escritos contemporáneos,[232] pero ninguno de esos datos está, por no decir más, demostrado y no concuerda con su comportamiento en el patíbulo. Para George Borrow, que quizás ha dado tintes románticos a la tradición de los bajos fondos, Thistlewood era uno de los «viejos radicales», «un soldado valiente» que «había servido de forma destacada en el ejército francés», y «uno de los mejores espadachines de Europa»: «Jamás había desenvainado la espada si no era en defensa de los débiles y los humillados; era amable y generoso, pero demasiado ingenuo (...) ¡Oh, aquellos tipos tenían algo!»[233]

Difícilmente podemos aceptar sin reservas los relatos de sus oponentes o los de Borrow. Es cierto que era un *old Jack* y republicano de pies a cabeza. Y, en un momento en que buena parte de sus compañeros expresaba su republicanismo con la retórica de la letra impresa y de la arenga, cabe creer que él fuese taciturno y estuviese especialmente atento a todo lo referente a organización práctica. Pero es más importante tener en cuenta la difícil situación en la que este hombre se encontraba. En una reunión en la *White Lion*, a principios de noviembre —informó un espía a lord Sidmouth—, el doctor Watson había informado al comité «que se había cortado su contacto con las provincias porque se habían puesto del lado de Hunt». En aquel momento, «Thistlewood estaba con los tejedores en Spitalfields».[234] Según otros relatos, el propio Thistlewood estaba profunda y amargamente afectado por la acusación de Hunt de que era un espía y estaba dispuesto a acabar con esa calumnia

su mayor parte de los informes hostiles de la prensa y de la versión de los juicios hecha por G. T. Wilkinson. Quedan por investigar varios documentos que tienen la anotación «Documentos Thistlewood», que están en H. O. 42 y H. O. 40.7/10.

[232] Véase, por ejemplo, R. J. White, *op. cit.*, p. 199, donde se le compara a un «traidor de la bomba atómica», ayudado por «golfos criminales»; y las referencias del señor Stanhope (pp. 28, 57) a las «personalidades psicopáticas», con «neurosis personales». De hecho, uno de los pocos hombres a quienes se pueden aplicar estos epítetos con precisión clínica es a lord Castlereagh. Véase H. M. Hyde, *The Strange Death of Lord Castlereagh*, 1959.

[233] G. Borrow, *Romany Rye*, apéndice al cap. 10. Borrow también dice que Thistlewood perdió su fortuna, no como se dice en los relatos difamatorios, en el juego, sino debido a un préstamo imprudente hecho a un amigo.

[234] H. O. 42.198. Informe de «I. S.», 10 de noviembre de 1819.

mediante alguna acción osada. Mientras se aprobaban las *Six Acts* en el Parlamento, restableció algunos de los contactos clandestinos, en especial con el Yorkshire y Glasgow.[235] Hacia el mes de diciembre se estaba tramando la conspiración de la calle Cato.

Fue una repetición, incluso en algunos detalles particulares, de lo sucedido con Despard y Spa Fields, pero bastante más violenta, más patética. Thistlewood creía que pesaba sobre él el deber de rescatar al país de la represión. Si por lo menos se pudiese dar el golpe *inicial* —a la Torre, el Banco, el Parlamento o el rey— entonces se habría dado la señal —como le habían asegurado— con la que Spitalfields, las Minories, Smithfield se sublevarían; y los «Lugares de las Provincias» arrollarían todo lo que se les pusiera por delante. Aún más, parece como si Thistlewood hubiese comprometido su honor ante los emisarios provinciales, asegurando que Londres *actuaría* de esta forma. Si en enero y febrero de 1820 actuó con una temeridad que poco tiene que ver con la cordura, se trataba de la temeridad de la desesperación. Se movía con inquietud —él mismo se encontraba en un estado de extrema pobreza— entre los ultrarradicales de Londres, los artesanos deístas, los peones y las gentes de oficio que leían y aprobaban la *Medusa* de Thomas Davison o el *Theological Comet* de Shorter, en los que se esperaba ansiosamente el derrocamiento sanguinario de los curas y los reyes.[236]

Había muchos hombres que aplaudían la idea de una sublevación; en particular los zapateros estaban dispuestos y su *union* era prácticamente una organización jacobina,[237] mientras que se decía que los irlandeses del 98 se habían reunido en Londres en noviembre, en el taller de Davison, y «habían estado intentando *de nuevo* incitar a la clase más baja de los irlandeses a la *rebelión*».[238] Además, había algunos que tenían ideas acerca de cómo asestar el primer golpe. George Edwards, artista en cierto modo, que había realizado un busto de Paine para Carlile y cuyo hermano había sido secretario de los spenceanos, era particularmente fecundo en cuanto a

[235] Véase en especial A. B. Richmond, *op. cit.*, pp. 183-184. En diciembre de 1819, se detuvo a nueve delegados de la organización secreta del Lancashire, presumiblemente debido a la información de «Alfa». Véase *Independent Whig* (1 de enero de 1820).

[236] Véase, por ejemplo, *The Theological Comet; or Free-Thinking English-man*, 28 de agosto de 1819: «A los Sanguinarios Canallas de Manchester»: «¿Tenéis tal inclinación religiosa como para que os causen placer las barbaridades y las masacres de este carnicero monstruoso, Moisés (...)?».

[237] La tradición jacobina entre los zapateros va desde Thomas Hardy y John Ashley, ambos secretarios de la S. C. L., pasando por Charles Pendrill, y otros asociados de Despard, a Davenport, los spenceanos, a los ultrarradicales, Preston y Waddington. La mayoría de los conspiradores de la calle Cato eran zapateros y fabricantes de botas, y las secciones Central y Oeste de Londres decidieron poner cada una 50 libras para sufragar la defensa de estos, *Independent Whig* (12 de marzo de 1820).

[238] Informes de «I. S.», 15 de noviembre de 1819, H. O. 42.198.

hacer sugerencias. «Propuso», declaró Thistlewood en su provocativo discurso antes de recibir la sentencia de muerte,

> un plan para volar la Cámara de los Comunes. Esta no era mi idea: yo sólo quería castigar a los culpables, y por lo tanto me negué a aceptarlo. A continuación propuso que atacásemos a los ministros en la fiesta que daba el embajador español. A esto me opuse firmemente (...) había señoras invitadas al espectáculo, y yo, que pronto ascenderé al patíbulo, me estremecí de horror ante la idea, una muestra de la cual nos la habían dado ya los agentes del Gobierno en Manchester.

«Edwards siempre estaba inventando; y al fin propuso que les atacásemos en una cena del gabinete.» Las reuniones se celebraron en diversas salas y en un desván de la calle Cato. James Ings, un carnicero propenso a fantasías pintorescas, estaba entusiasmado por adelantado con su papel, según el cual, y de acuerdo con el plan, se entraría en la casa y se derribaría la puerta ante los comensales: «Diré: "Señores míos, he traído hombres tan valerosos como la *yeomanry* de Manchester; ciudadanos, entrad y cumplid con vuestro deber."» Las cabezas de Castlereagh y de Sidmouth serían clavadas en picas; se colgarían por toda la ciudad proclamas de un «Gobierno provisional»; se pondrían en marcha pequeñas maniobras de diversión en la Torre y la *Mansion House*.[239] A medida que se acercaba el momento de poner en práctica la propuesta de ataque, parecía más cierto que Thistlewood se aferraba a él por una especie de honor desesperado. Había que intentar *algo*. «Espero que no dejaréis en la estacada lo que os habéis comprometido a hacer —dijo—. Si lo hacéis, será un nuevo caso Despard.»

Por supuesto, hacía tiempo que las cabezas que debían ser clavadas en picas y paseadas por las calles conocían el plan. Es más, el anuncio del *New Times* que notificaba la cena del gabinete era una trampa. Los conspiradores fueron detenidos a su debido tiempo, aunque no se evitó una escaramuza durante la cual Thistlewood hirió con arma blanca a un policía. Las detenciones crearon el revuelo que el gobierno necesitaba para justificar las *Six Acts* y también para facilitarle unas elecciones generales.[240] Pero los efectos de este revuelo desaparecieron cuando se realizaron los juicios, a mediados de abril, y se reveló que Edwards había actuado como *provocateur*.

Durante los juicios y también en el patíbulo, Thistlewood y sus compañeros se comportaron con coraje, incluso con envalentonamiento. La única desilusión de Thistlewood parece que se produjo,

[239] Residencia oficial del Lord Mayor, equivalente al alcalde de Londres. (*N. de la T.*)
[240] Véase Maccoby, *op. cit.*, p. 366.

en las semanas anteriores al juicio, cuando pasearon a los prisioneros por las calles de Londres y no hubo ningún intento de rescate por parte de la multitud. Todos, excepto Davidson —un «hombre de color» procedente de Jamaica que tenía algunas relaciones con los metodistas—, eran al parecer deístas y rechazaron el consuelo del capellán de la prisión. Más de un prisionero compuso versos desafiantes mientras esperaba la sentencia:

Tiranos. Llenáis de miedo a los pobres
Y acabáis con sus derechos
Y eleváis el precio de la carne y el pan
Y de este modo arruináis su trabajo.
Vosotros jamás trabajáis, jamás os fatigáis,
Pero podéis comer y beber;
Jamás cultiváis la tierra,
Ni pensáis en los pobres.[241]

«Mi querida Celia», escribió James Ings a su esposa:

Debo morir según la ley y dejarte en una tierra llena de corrupción, de donde la justicia y la libertad han huido hacia otras costas distantes (...) Ahora bien, querida mía, espero que tendrás presente que la causa por la que me han llevado al patíbulo era una causa pura. Creía que les prestaría un servicio a mis famélicos compañeros, mujeres y niños.

John Brunt, zapatero, declaró ante el tribunal antes de que se dictase sentencia, «de una forma particularmente atrevida y serena»:

gracias a su laboriosidad, había podido ganar cerca de 3 o 4 libras por semana, y mientras ocurría esto, jamás se mezcló en política; pero cuando se encontró con un salario reducido a 10 s a la semana, empezó a mirar a su alrededor (...) ¿Y qué encontró? Pues a los hombres que están en el poder, que se reunían para deliberar sobre cómo podían matar mejor de hambre y saquear el país. Contempló los sucesos de Manchester como algo espantoso (...) Había entrado a formar parte de la conspiración por el bien público. Él no era el tipo de hombre que se hubiese detenido. ¡Oh, no! Hubiese ido hasta el final (...) Moriría como descendiente de un antiguo britano.

En el patíbulo, Thistlewood declaró con su fuerte acento del Lincolnshire: «Quiero que todos recordéis que muero por la causa de la libertad.» Cobbett, en un relato sencillo y conmovedor, recordó el nombre de sir Thomas More. Hobhouse, que

[241] *Tyrants. Ye fill the poor with dread / And take way his right / And raise the price of meat and bread / And thus his labour blight. / You never labour, never toil, / But you can eat and drink; / You never cultivate the soil, / Nor of the poor man think...*

presenció las ejecuciones, anotó en su diario: «Murieron como héroes. Ings quizá fue demasiado ruidoso al cantar "Muerte o Libertad" y Thistlewood dijo: "Tranquilízate Ings, podemos morir sin todo este ruido"». Se mantuvo a la multitud a distancia del patíbulo, de modo que no se pudiese intentar ningún rescate y fuese imposible oír las últimas palabras. Cuando se exhibieron las cabezas de las víctimas, la multitud estaba furiosa de cólera: «los gritos y el odio de la multitud reunida sobrepasaban todo lo que se pueda imaginar».[242]

Así finalizó el «viejo radicalismo» que, a su manera, fue una extensión de los jacobinos de la década de 1790 en el siglo XIX: los zapateros de la calle Cato fueron los últimos que utilizaron el término «ciudadano» y otras formas jacobinas. Hemos intentado reparar un poco la tradicional imagen de grupo de bandidos criminales. Ciertamente, Thistlewood era culpable de locura, al exponer las vidas de sus compañeros a una trampa tan evidente. «Soy como un novillo al que han conducido al mercado de Smithfield para venderlo —exclamó Ings en su juicio—, lord Sidmouth lo sabía todo desde hacía dos meses.» Sus planes —tomar los cañones y los arsenales, incendiar los cuarteles y establecer un gobierno provisional en la *Mansion House*— eran poco más que fantasías. Extrajo la justificación de su conspiración de los apologistas romanos del tiranicidio. En su juicio declaró que «se había cometido un delito de alta traición contra el pueblo de Manchester»: «Pusieron por las nubes a Bruto y Casio por haber asesinado a César; verdaderamente, cuando cualquier hombre o grupo de hombres se sitúan por encima de las leyes de su país, no existe otro medio de hacer justicia que mediante el arma de un individuo particular.» Pero incluso en el caso de que alguna variante de la conspiración de la calle Cato hubiera conseguido su objetivo inmediato, es difícil suponer lo que hubiese ocurrido. Quizá, durante unos pocos días, se hubiesen reproducido las revueltas de Gordon en una escala más amplia y más sangrienta; seguidos, con toda probabilidad, por un «Terror Blanco», con Peterloo repetido en una docena de ciudades inglesas y escocesas. A Thistlewood se le había pasado por alto el irónico comentario que Shakespeare puso en boca de Bruto:

[242] Thistlewood, Ings, Brunt, Tidd y Davidson fueron ejecutados el primero de mayo. Otros cinco fueron deportados. Este relato se basa en G. T. Wilkinson, *op. cit.*, *passim*; H. Stanhope, *The Cato Street Conspiracy*, en especial cap. 6, para el papel que desempeñó Edwards; *Political Register* de Cobbett (6 de mayo de 1820); R. F. Wearmouth, *op. cit.*, p. 71; *Independent Whig* (7 de mayo de 1820); lord Broughton, *Recollections of a Long Life*, 1909, II, p. 126; E. Aylmer, *Memoirs of Georges Edwards*, 1820.

Inclinaos, romanos, inclinaos
Y bañemos nuestras manos en la sangre de César
Hasta los codos, y embadurnemos nuestras espadas:
Luego vayamos adelante, incluso hasta la plaza del mercado,
Y blandiendo nuestras armas rojas sobre nuestras cabezas,
Gritemos todos: «Paz, independencia y libertad».[243]

Pero aquellos que sufrieron junto a Thistlewood y que más derecho tenían a condenarle por su locura, sentían, aparentemente, la mayor lealtad hacia él. La misma Susan Thistlewood no parece haber sido un cero a la izquierda sino una fogosa jacobina por derecho propio, con una actitud fría e intelectual y dispuesta a tomar una parte activa en la defensa.[244] No está claro hasta qué punto la conspiración de la calle Cato estaba vinculada a cualquier otro plan de carácter verdaderamente nacional. Después de que detuviesen a los conspiradores se produjeron dos intentos de sublevación: uno en Glasgow y dos en el Yorkshire. En las cercanías de Glasgow, el 5 y el 6 de abril, se sublevaron pequeños grupos de tejedores —con su famosa bandera, «Escocia será libre, o será un desierto»—, hubo un encarnizado choque con el ejército en la Batalla de Bonnymuir y el resultado fue la ejecución de tres hombres. Uno de ellos —James Wilson— era un *old Jack*; otro era un antepasado de Keir Hardie; ambos eran autodidactos y personas de un talento excepcional.[245] Parece que los sublevados creían formar parte de un plan de sublevaciones simultáneas en Escocia, el Yorkshire, el Lancashire y Carlisle, en todos los baluartes de los tejedores.

Seis días antes, el 31 de marzo de 1820, se habían producido movimientos indecisos en las poblaciones textiles alrededor de Huddersfield. Como era habitual, los tundidores estaban profundamente implicados en el asunto. Después de Peterloo se habían formado multitud de clubes en los que se recibía el *Black Dwarf*, el *Cap of Liberty* y el *Manchester Observer*. Un tundidor, que había asistido a manifestaciones en las que se llevaba una pancarta con la siguiente inscripción: «Despertaos, britanos, y haced valer vuestros derechos; el león se despierta cuando tiene sensación de peligro», declaró que se había planeado una sublevación en noviembre, «porque la investigación sobre los acontecimientos de Manchester

[243] *Stoop, Romans, stoop, / And let us bathe our hands in Caesar's blood / Up to the elbows, and besmear our swords: / Then walk we forth, even to the market-place, / And, waving our red weapons o'er our heads, / Let's all cry 'Peace, freedom and liberty'.*

[244] G. T. Wilkinson, *op. cit.*, pp. 73-74; *Political Register* de Cobbett (6 de mayo de 1820); Bamford, *op. cit.*, p. 299.

[245] [Peter Mackenzie], *An Exposure of the Spy System Pursued in Glasgow*, Glasgow, 1832, pp. 71-232, y *The Trial of James Wilson*, Glasgow, 1832; A. B. Richmond, *op. cit.*, p. 184.

no se había realizado según sus deseos». Se habían distribuido cartas rotas por la mitad y con la inscripción «Demo», la señal para la sublevación sería el reparto de la otra mitad («cracia»). El objetivo era «establecer un Gobierno Libre». Respondiendo a la llamada de las señales luminosas, se reunieron doscientos insurgentes armados con picas, horcas y pistolas, sólo para disolverse a continuación, cuando otros grupos dejaron de comparecer. El último intento se realizó la noche del 11 de abril, en Grange Moor, cerca de Barnsley. Entre los tejedores de lino y los mineros del carbón de la ciudad había cuarenta o cincuenta «clases» radicales que estaban coordinadas por un comité general de representantes y, a través de éste, por un comité secreto de siete miembros. Los temas que se discutían en sus reuniones eran: «La opresión de los pobres, el sistema impositivo y la deuda nacional y lo que gravaba los productos de primera necesidad (...) y la corrupción de los ministros y cuántos miles al año se gastaban en ellos y en pensiones a costa de nuestros ingresos.» Los radicales de Barnsley esperaban que el norte y las Midlands se sublevasen la misma noche. Se dirigirían hacia Grange Moor, donde se reunirían con otros grupos y luego seguirían: «a través de Barnsley hacia Sheffield y luego hacia Londres. Se decía que los escoceses llegarían a Leeds junto con nosotros o sólo un día después.» Se reunieron quizás unos trescientos, con tambores, armas y mochilas, con provisiones para tres días y una bandera verde con una franja negra: «Quien a hierro mata, a hierro muere.» Dos ex soldados organizaron la formación, Comstive, un «hombre de Waterloo» y un «buen calígrafo», y Addy, que llevaba un simbólico sombrero blanco. Recorrieron a pie las 12 millas hasta Grange Moor, recogiendo a pequeños grupos por el camino, llegaron a altas horas de la noche para encontrar que el lugar de la cita estaba desierto. Después de esperar algún tiempo, empezó a extenderse por las filas el rumor de un complot del gobierno y se dispersaron desalentados. Por estos dos intentos, Comstive, Addy y algunos otros fueron deportados.

Los rumores se extendieron por los distritos fabriles. «Se dice que los escoceses invadirán Inglaterra en breve y se unirán a los radicales ingleses», escribió un tejedor de Burnley en su diario, el 7 de abril; diez años más tarde el mismo tejedor anotaba que tres ultrarradicales «abandonan la región, pero queda en secreto el lugar donde han ido, aunque se dice que han ido hacia el mar». El 14 de abril, cerca de Huddersfield, detuvieron a un tejedor, Joseph Tyas, y encontraron una carta firmada por él y dirigida a «nuestros hermanos del Lankaster Shire», en el sombrero de su esposa:

Muy queridos míos:

> Esperamos que sigáis bien no obstante lo penoso de vuestro cautiverio (...) Nuestra música ha sonado por dos veces en el Yorkshire, en cambio la vuestra no se ha oído en absoluto en el Lancashire, ¿están enfermos vuestros músicos? (...)
>
> Triste, triste, triste Yorkshire, tus reformadores se mantienen fieles (...) En Grange Moor había unos trescientos, anduvieron toda la noche, cada hombre llevaba su manta, su lanza o pistola y bien cargada de munición. Pobres hombres, verse así defraudados por hombres cortos de miras; os hubiese conmovido ver a aquellos hombres valientes esperar toda la húmeda noche con sus armas después de una marcha de 12 millas y que nadie saliera a su encuentro, tal como se había acordado. Todos los mangos de sus picas quedaron abandonados en los páramos, tras haber sacado las cuchillas, excepto tres o cuatro que iban demasiado deprisa. Los pobres hombres esperaron con espíritu alegre hasta el alba tocando sus tambores y dándose golpes en el pecho, pero ningún otro grupo se les unió. Ninguno de ellos sabía qué hacer. No podían pensar en volver a Barnsley, pero cuando no hubo ya ninguna esperanza empezaron a llorar amargamente y los más confundidos también gritaban.

La carta concluye: «Espero que nos podamos unir todavía en un solo cuerpo y una sola voz.»[246]

El *Manchester Observer* amonestaba: «Una y otra vez aconsejamos a nuestros compatriotas que no escuchen a ningún tipo de *forasteros* (...) bajo *ninguna supuesta autoridad como delegados de lugares lejanos*.»[247] La calle Cato resucitó con fuerza redoblada el mensaje de Oliver en las mentes de los reformadores. Con la prohibición de las reuniones y la situación de presión a que estaba sometida la prensa, las *political unions* empezaron a desmoronarse. A la vez que esto sucedía, ocurrieron dos hechos más que alteraron el carácter y la dirección del movimiento. El primero fue el comienzo de los años de prosperidad general, que van desde 1820 a 1825. El descenso de los precios y la existencia de un mayor nivel de empleo desvaneció la cólera radical. Y, al mismo tiempo, los periodistas radicales que sobrevivieron decidieron, casi con alivio, dedicarse a una nueva causa: la agitación en favor de los derechos honoríficos y reales de la reina Carolina, a quien Jorge IV deseaba marginar debido a su mala conducta y que fue la última víctima de una *Green Bag*. No es necesario que investiguemos los disparates del caso de la reina. Reveló, en su mayor escala, todos los vicios del movimiento radical, al igual que del legitimista. Lo bueno de este caso, desde el punto de vista radical, era que situaba a la «Vieja Corrupción» en las posturas más ridículas y definidas. Permitía que los discursos, reconvenciones, protestas y peticiones radicales se hiciesen en

[246] T. S. 11.4131 y 3573; Peel, *Spen Valley*, pp. 262-264, y *Risings of The Luddites*, edición de 1888, pp. 313-319; Bennett, *History of Burnley*, III, p. 380; H. O. 40.11/12.

[247] *Manchester Observer* (5 de abril de 1820).

defensa del honor, la castidad, la justicia y la «sincera adhesión al trono». También permitió que Hone y Cruikshank produjesen algunas de sus mejores sátiras. Semana tras semana, a lo largo de 1820, Cobbett dedicó su *Register* por completo a la defensa de la reina. Brougham, Cobbett y Alderman Wood manejaban los asuntos de la reina e incluso le escribían las réplicas a los Discursos —que también podían haber escrito ellos mismos—, hasta el punto de que el ultralegitimista John Bull pudo decir con justificación: «Es la líder de los radicales, al igual que Hunt lo fue con anterioridad»:

> Esos charlatanes, vocingleros, ciegos seguidores del desorden y la revuelta, se preocupan tan poco por la Reina como se preocuparon por Hunt. Les sirve como mástil para enarbolar el revolucionario gorro de la libertad. Durante un tiempo, Burdett fue el mástil (...), Hunt fue el último mástil antes de la Reina: y ahora su Majestad se ha convertido en la verdadera madre con gorro frigio de la facción.[248]

Pero el que se le puso a la Reina no era ya el «revolucionario gorro de la libertad», éste se había perdido en algún punto del recorrido entre Peterloo y la calle Cato. Ciertamente, la importancia que adquirieron Brougham, Wood y Hobhouse en la agitación fue un claro presagio de la forma que adoptaría el nuevo movimiento de la década de 1820, bajo la dirección de los utilitaristas de la clase media y los jóvenes *whigs*.[249]

Quizá no fueron ni la calle Cato ni las *Six Acts* las que tuvieron una influencia más perdurable en la tradición política británica, sino Peterloo. Puesto que después de las reacciones inmediatas, podemos detectar una respuesta a más largo plazo. En primer lugar, sirvió de advertencia para los reformadores de la clase media y los *whigs* con relación a las consecuencias que se derivarían de su pérdida de influencia sobre las masas sin representación. Incluso Wilberforce opinaba que algunos reformadores moderados debían, quizá, presentarse «para rescatar a la multitud de las manos de los Hunts y Thistlewoods».[250] Cuando el clamor de 1819 perdió intensidad, el movimiento para la reforma adquirió un aspecto definido. En segundo lugar, la experiencia de la agitación de la posguerra hizo temblar la seguridad que el *ancien régime* tenía en sí mismo; y algunos de los legitimistas de 1819, en la década de 1820, estaban dispuestos a aceptar la necesidad de hacer concesiones limitadas. Así, en la década de los veinte encontramos incluso al coronel Birley de la

[248] John Bull, 24 de diciembre (citado en Maccoby, *op. cit.*, p. 354).
[249] Para el asunto de la reina Carolina, véase Chester New, *Life of Henry Brougham*, cap. 13; Halévy, *The Liberal Awakening*, pp. 80-106; Maccoby, *op. cit.*, cap. 20; Cole, *Life of Cobbett*, cap. 16.
[250] Wilberforce, *Life*, v, p. 37.

yeomanry de Manchester haciendo campaña para que se transfiriesen escaños de los *rotten boroughs* a Manchester.[251] Hombres como Peel estaban empezando a pensar en la necesidad de hacer algún tipo de alianza entre los intereses fabriles y de los terratenientes, y en contra de la clase obrera.

Pero la perdurable influencia de Peterloo residía en el indiscutible horror hacia los sucesos de aquel día. En 1819 la actuación de los legitimistas encontró muchos defensores en su propia clase. Diez años más tarde era un hecho que se recordaba, incluso entre la *gentry*, con sentido de culpabilidad. Se transmitió a la generación siguiente como una masacre y como «Peter-Loo». Y debido al odio que acompañó a este suceso, podemos decir que en los anales del «inglés libre por nacimiento», la masacre fue en cierto modo, y sin embargo, una victoria. Incluso la «Vieja Corrupción» sabía, en el fondo, que no se atrevería a repetirlo. Puesto que el consenso moral de la nación proscribía el atropello y el acoso a sablazos de una multitud indefensa, se seguía el corolario de que el derecho de reunión pública se había ganado. En lo sucesivo, los huelguistas o los obreros agrícolas pudieron ser reprimidos o dispersados con violencia; pero desde Peterloo, jamás una autoridad británica se ha atrevido a utilizar una fuerza igual contra una multitud británica pacífica. Incluso en el tratamiento que recibieron los «motines de Plug» (1842) y el Lunes Sangriento se observa una violencia cuidadosamente controlada. El incidente más impresionante del 16 de agosto, sin embargo, tuvo lugar, no en St Peter's Fields, sino un poco más tarde en la carretera que conducía fuera de Manchester. Samuel Bamford, después de buscar ansiosamente a su esposa, tomó un camino en dirección a su casa, por el cual salían en desorden cientos de personas que marchaban hacia los distritos de las tierras altas. En Harpurhay alcanzó a un gran número de los grupos procedentes de Middleton y Rochdale: «Me reuní de nuevo con mis camaradas, y formando con un centenar de ellos una fila, nos pusimos en camino al son del pífano y el tambor, ondeando la única bandera que nos quedaba, y de esta guisa volvimos a entrar en la ciudad de Middleton.»

[251] Véase D. Read, *op. cit.*, cap. 11.

16
La conciencia de clase

I. La cultura radical

La década de 1820 parece extrañamente tranquila, comparada con los años radicales que la precedieron y los años cartistas que la siguieron: una meseta de paz social ligeramente próspera. Pero muchos años después un vendedor ambulante de Londres advertía a Mayhew: «La gente se imagina que cuando todo está tranquilo, todo está paralizado. Así y todo se sigue haciendo propaganda. Cuando todo está tranquilo germinan las semillas. Los republicanos y los socialistas están inculcando sus doctrinas.»[1] Esos tranquilos años fueron los años de la lucha de Richard Carlile en favor de la libertad de prensa; de la creciente fuerza de las *trade unions* y de la revocación de las *Combination Acts*; del desarrollo del librepensamiento, de la experimentación cooperativa y de la teoría owenita. Son años en los que, tanto los individuos como los grupos, intentaron teorizar las experiencias gemelas que hemos descrito: la experiencia de la Revolución industrial y la experiencia del radicalismo popular insurgente y derrotado. Y hacia el final de la década, cuando se produjo el punto álgido de la lucha entre la «Vieja Corrupción» y la reforma, se puede hablar de una forma nueva por lo que se refiere a la conciencia de la población obrera en cuanto a sus intereses y su condición como clase.

En cierto modo podemos describir el radicalismo popular de esos años como una cultura intelectual. La conciencia articulada del autodidacta era, por encima de todo, una conciencia política, porque la primera mitad del siglo XIX, cuando la educación formal de una gran parte de la población suponía poco más que el aprendizaje de las cuatro reglas,[2] de ningún modo fue un período de atrofia intelectual. Las ciudades e incluso los pueblos bullían

[1] Mayhew, *op. cit.*, I, p. 22.
[2] En el original inglés: *The Three R's*, es decir, las tres R: *Reading* (leer), *Writing* (escribir), *Arithmetic* (aritmética). *(N. de la T.)*

con la energía desplegada por los autodidactos. Una vez aprendidas las técnicas elementales de la lectura y la escritura, los peones, artesanos, tenderos, oficinistas y maestros de escuela procedían a instruirse, ya fuese individualmente o en grupos. Y muy a menudo, los libros y los profesores eran los que la opinión reformadora aprobaba. Un zapatero, que hubiese aprendido a leer en el Antiguo Testamento, avanzaría penosamente leyendo *La edad de la razón*; un maestro de escuela, cuya educación alcanzase poco más allá de las homilías respetables, intentaría leer a Voltaire, Gibbon, Ricardo; aquí y allá los líderes radicales locales, tejedores, libreros, sastres, acumularían estantes llenos de periódicos radicales y aprenderían cómo manejar los *Blue Books* parlamentarios; los trabajadores analfabetos irían, sin embargo, cada semana a una taberna en la que se leyese en voz alta y se discutiese el editorial de Cobbett.

De este modo los obreros se formaron una imagen de la organización de la sociedad, a partir de su propia experiencia y con la ayuda de una educación desigual y conseguida a duras penas: una imagen de la sociedad que era, ante todo, política. Aprendieron a contemplar sus propias vidas como parte de una historia general del conflicto entre, por una parte, las «clases industriosas», imprecisamente definidas, y por otra la Cámara de los Comunes no reformada. Desde 1830 en adelante, maduró una conciencia de clase, en el sentido marxista tradicional, definida con mayor claridad, en la que la población obrera se responsabilizó de seguir adelante por sí misma con las viejas y las nuevas batallas.

Es difícil hacer generalizaciones respecto de la difusión de la alfabetización en los primeros años del siglo. Las «clases industriosas» estaban en contacto, en un extremo, con el millón o más de analfabetos, o aquellas personas cuya instrucción superaba en poco la aptitud para deletrear unas pocas palabras o para escribir sus nombres. En el otro extremo, había hombres con una considerable formación intelectual. El analfabetismo —deberíamos recordarlo— de ningún modo excluye a los hombres del discurso político. En la Inglaterra de Mayhew los cantores de baladas y los «charlatanes» tenían todavía una ocupación floreciente, con sus farsas callejeras y sus parodias de esquina que variaban según el humor popular y daban un aire radical o antipapal a sus monólogos satíricos o recitados, según la situación del mercado.[3] El trabajador analfabeto podía caminar millas para escuchar a un orador radical, igual que el mismo hombre —u otro— podía andar para no perderse un sermón. En momentos de agitación política los analfabetos harían que sus compañeros de trabajo les leyesen en voz alta los periódicos; mientras que en

[3] Véase especialmente, Mayhew, *op. cit.*, I, p. 252 y siguientes.

los locales de reunión se leía el diario y en las reuniones políticas se dedicaba mucho tiempo a leer discursos y a aprobar largas retahílas de resoluciones. El radical apasionado podía incluso atribuir una virtud talismánica a ciertas obras predilectas que atesoraba, aunque no siempre pudiera leer por sí mismo. Un zapatero de Cheltenham que acudía puntualmente cada lunes a casa de W. E. Adams para que le leyese la «carta de Feargus», era sin embargo el orgulloso poseedor de varios de los libros de Cobbett, que tenía guardados cuidadosamente en una caja forrada de piel.[4]

Estudios recientes han aclarado muchas cosas acerca de la condición del lector de la clase obrera durante esos años.[5] Para simplificar una discusión difícil, podemos decir que más o menos dos de cada tres obreros podían leer de algún modo a principios de siglo, aunque bastantes menos podían escribir. A medida que se empezaron a notar los resultados de las escuelas dominicales y las escuelas diurnas, al igual que la voluntad de mejora personal entre la población obrera, el número de analfabetos disminuyó, aunque en las áreas donde se daban las peores condiciones de trabajo para los niños esta disminución sufrió un retraso. Pero la desenvoltura para leer era sólo la técnica elemental. La destreza para manejar argumentos abstractos y coherentes no era en absoluto innata, se debía adquirir afrontando dificultades casi insalvables: la falta de tiempo libre, el coste de las velas —o de las gafas—, así como las privaciones educativas. En el primer movimiento radical se utilizaban a veces ideas y términos que para algunos de los ardientes seguidores es evidente que tenían un valor más fetichista que racional. Varios de los rebeldes de Pentridge pensaban que un «Gobierno Provisional» aseguraría un abastecimiento más copioso de «provisiones»; mientras que, según un relato de los mineros del nordeste en 1819, «muchos de ellos creen que sufragio universal significa sufrimiento universal (...) si un miembro sufre, todos deben sufrir».[6]

La información relativa a los logros en cuanto a alfabetización de los obreros durante las dos primeras décadas del siglo, tal y como nos ha llegado, sólo sirve para ilustrar la locura de la generalización. En la época ludita, cuyas acciones recibirían apoyo de pocas personas, pero todas ellas obreras, los mensajes anónimos varían desde tímidos apostrofes dedicados a la «libertad con sus risueños atributos» a escritos en los muros que apenas se pueden descifrar.

[4] W. E. Adams, *Memoirs of a Social Atom*, 1903, 1, p. 164.

[5] Véase en especial R. K. Webb, *The British Working Class Reader*, 1790-1848, 1955, el artículo del mismo autor, «Working-Class Readers in Early Victorian England», *English Hist. Rev.*, LXV (1950): R. D. Altick, *The English Common Reader*, Chicago, 1957, especialmente los caps. 4, 7, 11: y J. F. C. Harrison, *Learning and Living*, 1961, Parte 1.

[6] *Political Observer* (19 de diciembre de 1819).

Podemos poner ejemplos de ambos tipos. En 1812, se le advirtió al juez de primera instancia de Salford, que había pronunciado un veredicto de «homicidio justificado» sobre el cuerpo de un hombre muerto en el ataque a la fábrica de Burton:

> Entérate, maldito insidioso, si la infame acción de Burton era «justificable», las leyes de los tiranos son dictados de la razón. ¡Ten cuidado, estate atento! Un baño de un mes en la laguna Estigia no borraría este sanguinario acto de nuestras mentes, al contrario aumenta la causa que nos ha sido legada y que provoca nuestra indignación.[7]

La carta acaba con «*Ludd finis est*», recordatorio de que Manchester se enorgullecía de poseer una escuela de gramática,[8] a la que asistió el propio Bamford durante un corto período de tiempo, así como escuelas privadas en las que los hijos de los artesanos podían aprender suficiente latín para escribirlo. El otro papel se encontró en el mercado de Chesterfield. Su objetivo es el mismo, pero, a pesar de la desventaja del escritor, posee, de algún modo, una mayor convicción:

> Le informo de que hay seis mil hombres que vendrán a por usted en abril y luego iremos a volar el edificio del Parlamento y volaremos todo lo que se nos ponga por delante; el pueblo trabajador no puede aguantar más; malditos sean todos esos canallas que gobiernan Inglaterra; pero no os preocupéis: cuando se dé la contraseña general y llegue Ned Lud con su ejército en seguida se producirá la gran Revolución y luego rodarán las cabezas de todos esos hombres importantes.

Otros de los prometidos desenlaces de la «contraseña general» eran: «derrumbaremos las prisiones y asesinaremos al juez cuando duerma.»[9]

No se trata sólo de una diferencia de estilo —nos dirán los críticos—. sino también de sensibilidad. Podemos suponer que el primer texto fue escrito por un artesano canoso y con gafas, un zapatero remendón —o un sombrerero o constructor de instrumentos— que tuviese a Voltaire, Volney y Paine en su anaquel y gusto por los grandes trágicos. Entre los prisioneros del Estado de 1817 había hombres así, procedentes del Lancashire: William Ogden, impresor de setenta años, que escribió a su esposa desde la prisión: «aunque lleve grilletes, haré frente a mis enemigos como el Gran Caractacus, cuando se encontró en la misma situación»; Joseph Mitchell, otro

[7] Otra carta (de «Eliza Ludd» al reverendo W. R. Hay, 1 de mayo de 1812) empieza: «Señor, sin duda conocéis bien la historia política de América»; ambas en H. O. 40.1.

[8] Tipo de escuelas fundadas en el siglo XVI, o antes, en Inglaterra, para enseñar la gramática latina. (*N. de la T.*)

[9] H. O. 42.121.

trabajador de imprenta, cuyas hijas se llamaban Mirtilla, Carolina y Cordelia, y que —al nacer otra hija suya mientras estaba en prisión— escribió apresuradamente a su esposa para proponerle que la niña se llamase Porcia; o el mismo Samuel Bamford, cuyas instrucciones para su esposa eran más precisas: «la esposa de un reformador debería ser una heroína.»[10] La segunda carta —podemos estar casi seguros— es obra de un minero del carbón o un tejedor de medias de una aldea. Es del mismo tipo que la carta, más irónica, que dejó un minero de la cuenca del nordeste en casa de un vigilante de la mina en 1831, en la que él y algunos compañeros habían irrumpido en un alboroto producido durante una huelga:

> La otra noche estuve en tu casa y me encontré muy cómodo. No tienes familia y eres sólo un hombre de la mina, vi que tienes muchas habitaciones y grandes bodegas, y abundancia de vino y cerveza en ellas, de los cuales me bebí mi parte. Ahora bien conozco a algunos de nuestra mina de carbón que tienen tres o cuatro muchachos y pequeños, y que viven en una estancia ni la mitad de amplia que tu bodega. No pretendo saber mucho, pero sé que no deberían existir tantas diferencias. El único lugar donde podemos ir los fines de semana es a la cervecería a beber una jarra de cerveza. No pretendo ser un aprovechado, pero sé, y muchos de mis compañeros te conocen, que no se nos trata como se debería, y un gran filósofo dice: adquirir conocimiento es saber que somos ignorantes. Pero nosotros hemos empezado ya a enterarnos y vosotros, patronos y propietarios, podéis tener cuidado, porque no vais a seguir haciendo tanto lo que queráis, ahora vamos a hacerlo nosotros.[11]

Sherwin observó: «Aunque las sociedades bíblicas y las escuelas dominicales no sirvieran para otra cosa al menos produjeron un efecto benéfico: fueron el medio para que miles y miles de niños aprendiesen a leer.»[12] Las cartas de Brandreth y su esposa, de los conspiradores de la calle Cato y de otros acusados del Estado nos dan cierta idea de esta gran área que se encuentra entre los logros de los artesanos cualificados y los de aquellos que apenas sabían leer y escribir. En algún punto intermedio podemos situar a la señora Johnston, dirigiéndose a su marido —«Mi querido Johnston»—, oficial de sastrería, que estaba en prisión:

> créeme, querido mío, si te digo que no hay un solo día ni una hora durante el día en que mi mente no esté más o menos ocupada pensando en ti. Puedo invocar al todopoderoso para afirmar que es cierto y, cuando me retiro a descansar, le rezo a Dios para que perdone a todos mis enemigos y cambie sus corazones.

[10] H. O. 42.163; *Blanketteer* (20 de noviembre de 1819).
[11] R. Fynes, *The Miners of Nothumberland and Durham*, edición de 1923, p. 21.
[12] *Political Register* de Sherwin (17 de mayo de 1817).

Junto a esta podemos colocar la carta que el carpintero de Sheffield, Wolstenholme, escribió a su esposa: «Nuestro ministro me ha prestado cuatro volúmenes del *Almanaque misionero* que me proporcionan la gran satisfacción de ver cómo el Señor prosigue su obra de gracia en países lejanos.» Esta carta la escribió con dificultades, puesto que «se me han roto las gafas».[13] Estas cartas están escritas en momentos en que se disponía de un tiempo libre desacostumbrado. Casi podemos imaginar a Wolstenholme deletreando laboriosamente sus palabras y deteniéndose para consultar a un prisionero más «letrado» cuando tropezó con el obstáculo de «satisfacción». La señora Johnston pudo haber consultado —pero probablemente no lo hizo— a uno de los escritores «profesionales» de cartas que se encontraban en la mayor parte de ciudades y pueblos y que escribían las cartas de forma correcta por 1 d. Incluso entre los que sabían leer y escribir, la comunicación epistolar era una ocupación poco habitual. Sólo el coste del franqueo hacía que fuese algo prohibitivo, a menos que se hiciese en intervalos irregulares: una carta enviada desde el norte y con destino a Londres podía costar 1 s 10 d, y sabemos que tanto la señora Johnston como la señora Wolstenholme padecían privaciones en ausencia de sus esposos; los zapatos de la señora Johnston estaban llenos de agujeros y no se había podido comprar otros desde que habían detenido a su marido.

Todos los acusados de la calle Cato, al parecer, eran capaces de escribir de algún modo. Brunt, el zapatero, salpicaba algunos versos sarcásticos con palabras francesas, mientras James Wilson escribía:

> La causa que dio valor al brazo de Bruto
> para matar a un tirano con temor
> la causa por la cual murió el valeroso Hamden
> por la cual el intrépido Tell desafió
> la insolencia y el orgullo de los tiranos.[14]

En el otro extremo, Richard Tidd, otro zapatero, sólo pudo juntar las siguientes palabras: «Señor, tengo una letra muy mala para escribir.»[15] Por supuesto, no podemos coger a estos hombres como «muestra», puesto que su implicación en la actividad política indica que pertenecían a la minoría más consciente de seguidores de la

[13] H. O. 42.172. Estos corresponsales, que esperaban con impaciencia que los dejasen en libertad, sabían que el director de la prisión leía su correo y tenían, por lo tanto, una inclinación especial a insertar referencias al perdón, la gracia y las lecturas edificantes.

[14] *The Cause which nerved a Brutus arm / to strike a Tirant with alarm / the cause for wich brave Hamden died / for wich the Galan Tell defied / a Tirants insolence and pride.*

[15] Véase J. Stanhope, *op. cit.*, pp. 161-167.

prensa radical, pero sirven para prevenirnos contra la *subestimación* de la difusión real de la lectura y la escritura.[16] Los artesanos son un caso especial, la elite intelectual de la clase, pero, dispersas por todas partes de Inglaterra, había muchas instituciones educativas para la población obrera, aunque «institución» es una palabra demasiado formal para denominar a la escuela de señoras, la escuela nocturna de un penique a la semana en la que trabajaban un tullido de la fábrica o un minero herido, o las mismas escuelas dominicales. En los valles de los Peninos, donde los hijos de los tejedores eran demasiado pobres para pagar pizarras o papel, aprendían las letras dibujándolas con los dedos en una superficie de arena. Aunque miles de ellos perdiesen estos aprendizajes elementales cuando llegaban a la edad adulta, por otra parte, el trabajo de las iglesias inconformistas, de las sociedades de socorro mutuo y de las *trade unions*, y las necesidades de la misma industria, todo exigía que esos conocimientos se consolidasen y avanzasen. «Me he dado cuenta de que —explicaba Alexander Galloway, el patrono mecánico— en 1824 debido a la forma de organizar mi trabajo, mediante dibujos y descripciones escritas, si un trabajador no sabe leer y escribir no me sirve de mucho; si un hombre solicita trabajo y dice que no sabe leer y escribir, no se le hacen más preguntas.»[17] En la mayoría de los oficios, los oficiales y los pequeños patronos se encontraban con que algunas nociones de lectura y manejo de números eran una necesidad profesional.

Por los distritos obreros, no sólo circulaba el cantor de baladas, sino también el «contador» o «calendarista» vendiendo libritos,[18] almanaques, oraciones mortuorias y —entre 1816 y 1820, y en diversos intervalos a partir de entonces— periódicos radicales. Uno de esos «calendaristas», que viajaba en representación de Cowdrey y Black, los «impresores sediciosos [es decir *whigs*] de Manchester», fue detenido por los magistrados en 1812 porque se encontró escrito en sus catálogos: «Abajo el rey ciego; viva Ned Ludd».[19] Una de las características más impresionantes del radicalismo de la posguerra fue su esfuerzo continuado por ampliar esos logros y elevar el nivel de conciencia política. En enero de 1816 se formó ya en Barnsley un club de tejedores, con una cuota de un penique al mes, con el objetivo de comprar diarios y periódicos radicales. Los clubes

[16] Alguna de la primera correspondencia de las *trade unions* que sobrevive —la de los tejedores de punto que se encuentra en los Archivos de la Ciudad de Nottingham— muestra una amplia difusión de la capacidad de leer y escribir. Véase más arriba, pp. 620-626.

[17] *First Report... on Artizans and Machinery*, 1824, p. 25.

[18] «*Trial* of Thurtell» de Catnach, 500.000, 1823; «Confession and Execution of Corder», 1.166.000, 1828.

[19] H. O. 40.1.

Hampden y las *political unions* se preocuparon de crear «Sociedades de lectura» y en los centros urbanos más grandes abrieron salas de periódicos o de lectura, como la de Hanley en las *Potteries*. Esta sala estaba abierta al público desde las 8 de la mañana hasta las 10 de la noche. Se imponían multas por blasfemar, utilizar lenguaje soez y por embriaguez. Cada tarde se «leían públicamente» los periódicos de Londres. Según Joseph Mitchell, en las salas de la *union* de Stockport en 1818, los lunes por la noche había reunión de los jefes de clase; los martes, «lecturas morales y políticas»; los miércoles, «una conversación o debate»; los jueves, se enseñaba «gramática, aritmética, etc.»; la tarde del sábado se dedicaba a la relación social; mientras que el domingo había una escuela diurna tanto para los adultos como para los niños. En Blackburn los miembros de la Sociedad Femenina en favor de la Reforma se comprometieron «a hacer el máximo esfuerzo para inculcar en el espíritu de nuestros hijos un odio profundo y enraizado hacia nuestros corruptos y tiránicos gobernantes». Uno de los medios utilizados para ello era «El mal alfabeto para el uso de los hijos de las mujeres reformadoras»: la B era de *Bible, Bishop* y *Bigotry*; la K de *King, King's evil, Knave* y *Kidnapper*; la W de *Whig, Weakness, Wavering* y *Wicked*.[20]

A pesar de la represión que se produjo después de 1819, la tradición de tener estas salas de periódicos, que algunas veces estaban contiguas a la tienda de algún librero radical, siguió durante la década de 1820. En Londres, después de la guerra hubo un *boom* de los cafés, muchos de los cuales tenían esta doble función. Hacia el año 1833, en el famoso *Coffee and Newsroom* de John Doherty anejo a su librería de Manchester, se recibían cada semana por lo menos noventa y seis periódicos, incluyendo los ilegales *unstamped*.[21] En las ciudades más pequeñas y en los pueblos, los grupos de lectura eran menos formales, pero no por ello eran menos importantes. Se reunían a veces en las tabernas, los «despachos ilegales» o en casas privadas; algunas veces el periódico se leía y discutía en el taller. El elevado coste de los periódicos, en la época en que subieron los «impuestos sobre los conocimientos», hizo que cientos de pequeños grupos llegasen a acuerdos puntuales y se asociasen para comprar el periódico que querían. Durante la agitación en favor del proyecto de ley de reforma, Thomas Dunning, un zapatero de Nantwich, se unió con sus compañeros de taller y «nuestro ministro unitarista (...) para suscribirnos al *Weekly Dispatch*, cuyo precio

[20] *Bible*, Biblia; *Bishop*, obispo; *Bigotry*, intolerancia; *King*, rey; *King's evil*, maldad real; *Knave*, bellaco; *Kidnapper*, raptor; *Weakness*, falta de voluntad; *Weavering*, inconstancia; *Wicked*, malvado. *(N. de la T.)*

[21] Sin timbre oficial porque no habían pagado los impuestos correspondientes. *(N. de la T.)*

era 8½ d, y como el impuesto de sellado era de 4 d, resultaba demasiado caro para un crispín[22] mal pagado.»[23]

La tirada de la prensa radical fluctuaba notablemente. El segundo *Register* de Cobbett oscilaba, en su momento de auge, de octubre de 1816 a febrero de 1817, entre aproximadamente cuarenta y sesenta mil ejemplares a la semana, cifra que estaba muy por encima de la de cualquier competidor.[24] El *Black Dwarf* alcanzaba unos doce mil en 1819, aunque esta cifra probablemente aumentó después de Peterloo. Después, el impuesto del timbre —y la recesión del movimiento— restringieron severamente la circulación, aunque los periódicos de Carlile se mantuvieron en la cifra de los miles durante la mayor parte de la década de los veinte. Con la agitación relativa al proyecto de ley de reforma, la prensa radical pasó a tener una vez más una mayor tirada; tanto el *Voice of the People* de Doherty, como *The Pioneer* tuvieron tiradas que superaron los diez mil; el *Gauntlet* de Carlile, el *Poor Man's Guardian* de Hetherington, así como una docena de periódicos menores, como el *Destructive*, llegaban a varios miles. El descenso en la venta de los costosos semanarios, cuyos precios iban de 1 d a 1 s durante la década del impuesto del timbre, fue subsanado en gran medida por el aumento de las ventas de libros baratos y folletos individuales, que abarcaban desde *The Political House that Jack Built* —cien mil—, hasta el *Cottage Economy* de Cobbett —cincuenta mil entre 1822-1828—, *History of the Protestant «Reformation» y Sermons* —doscientos once mil entre 1821 y 1828—. En el mismo período, en la mayor parte de grandes centros urbanos había uno o más —y en Londres, una docena— diarios o semanarios que, aunque no eran reconocidamente «radicales», sin embargo iban dirigidos a ese amplio público radical. Grupos tan influyentes como la Sociedad para la Promoción del Saber Cristiano y la Sociedad para la Difusión del Conocimiento Útil reconocieron especialmente el crecimiento de este amplio público de lectores, de carácter *petit-bourgeois* y obrero, e hicieron esfuerzos extremos y fueron pródigamente subvencionados para dirigir a los lectores hacia asuntos más saludables y edificantes.[25]

[22] Forma de denominar a un zapatero, en alusión a san Crispín, patrono de los zapateros. (N, de la t.)

[23] Para los salones radicales de lectura, véase A. Aspinall, *Politics and the Press*, 1949, pp. 25-28, 395-396; Wearmouth, *op. cit.*, pp. 24-25, 88-89, 97-98, 111-112. Para Dunning, «Reminiscences», compilado por W. H. Chaloner, *Trans. Lancs. & Chesire Antiq. Soc.*, LIX, 1947, p. 97. Para Stockport, véase *Blanketteer* (27 de noviembre de 1819), y D. Read, *op. cit.*, p. 48 y siguientes. Para Blackburn, W. W. Kinsey, *Some Aspects of Lancashire Radicalism*, tesis M. A., Manchester, 1927, pp. 667 y ss.

[24] En 1822 la tirada del principal diario, *The Times*, era de 5.730 ejemplares; el *Observer* (semanario) tiraba 6.860.

[25] Para los intentos de sustituir la prensa radical por asuntos seguros y edificantes, véase R. K. Webb, *op. cit.*, caps. 2, 3, 4, y J. F. C. Harrison, *op. cit.*, capítulos 1 y 2.

Esta era la cultura —con sus vehementes disputas alrededor de los puestos de los libreros, en las tabernas, talleres y cafés— que Shelley saludó en su «Canción para los Hombres de Inglaterra» y en el seno de la cual maduró el genio de Dickens. No obstante, es equivocado considerar que había un «público lector» único e indiferenciado. Podemos afirmar que había varios «públicos» distintos que se influían y se solapaban mutuamente, organizados, sin embargo, según principios diferentes. Entre el más importante se encontraba el público comercial, pura y simplemente, que se podía explotar en momentos de excitación radical —los juicios de Brandreth o de Thistlewood eran tan vendibles como otras «confesiones en el lecho de muerte»—, pero que interesaba siguiendo el simple criterio de la rentabilidad; también estaban los diversos públicos más o menos organizados alrededor de las iglesias o los institutos de trabajadores manuales; por otro lado, el público pasivo, al que las sociedades edificantes intentaban captar y redimir; y, por último, el público activo, el radical, que se organizaba frente a la implantación de las *Six Acts* y de los impuestos sobre el conocimiento.

La lucha por crear y mantener a este último tipo de público se encuentra admirablemente explicada en la obra de W. D. Wickwar *The Struggle for the Freedom of the Press*.[26] Quizás en ningún otro país del mundo se produjo una lucha por los derechos de la prensa tan encarnizada, tan claramente victoriosa y tan particularmente identificada con la causa de los artesanos y los obreros. Si Peterloo, por una paradoja de los sentimientos, estableció el derecho de manifestación pública, los derechos de una «prensa libre» se ganaron en una campaña de cincuenta años o más de duración, que no tiene parangón en cuanto a su testarudez, su virulencia y su atrevimiento indomable. Carlile, un hojalatero que había recibido un año o dos de educación en una escuela de gramática en Ashburton (Devon), percibió correctamente que la represión de 1819 convertía los derechos de la prensa en el punto de apoyo del movimiento radical. Mas Carlile, a diferencia de Cobbett y Wooler, que cambiaron de tono para enfrentarse a las *Six Acts* a largo plazo —de modo que perdieron público—, enarboló la bandera negra del desafío incondicional y, al igual que una lancha pirata, arremetió derecho hacia el centro de las flotas combinadas

[26] Su relato, que abarca el período 1817-1832, está dedicado principalmente a la primera fase de la batalla —el derecho de publicación— asociada particularmente a Richard Carlile. La segunda fase, la lucha de los «Grandes *Unstamped*» (1830-1835), particularmente asociada a los nombres de Carpenter, Hetherington, Watson, Cleave y Hobson, todavía no ha encontrado su historiador, aunque se puede ver C. D. Collett, *History of the Taxes on Knowledge*, edición de 1933, cap. 2, y A. G. Barker, *Henry Hetherington*, sin fecha.

del Estado y la Iglesia. Ahora bien, al comparecer en un juicio, en las secuelas de Peterloo —por publicar las obras de Paine—, toda la prensa radical saludó su valentía, pero le dio por perdido. Cuando por fin apareció, tras años de encarcelamiento, las flotas combinadas habían desaparecido desordenadamente por el horizonte. Había logrado que el gobierno agotara sus municiones y había convertido a éste en el hazmerreír por sus informaciones *ex officio* y sus jurados especiales. Había hundido claramente las sociedades de acusación privadas, la Asociación Constitucional (o «Grupo de Bridge Street») y la Sociedad contra el Vicio, que se sostenían gracias al patrocinio y a las aportaciones monetarias de la nobleza, los obispos y Wilberforce.

Por supuesto, Carlile no consiguió este triunfo por sí solo. El primer asalto de la batalla se libró en 1817, cuando se hicieron veintiséis procesos por sedición y libelo blasfemo y dieciséis informaciones *ex officio* presentadas por los representantes legales de la Corona.[27] En aquel año, los laureles de la victoria les correspondieron a Wooler y Hone, y a los jurados de Londres que se negaron a condenarlos. Wooler dirigió su propia defensa; era un orador dotado, con cierta experiencia en los tribunales, y se defendió con habilidad utilizando el estilo libertario grandilocuente. Los resultados de los dos juicios contra él, el 5 de junio de 1817, fueron: un veredicto de «Inocente» y un confuso veredicto de «Culpable», con la objeción de tres jurados, que más tarde fue alterado en el tribunal de la jurisdicción real.[28] Los tres procesos de William Hone, en diciembre de 1817, son unos de los más divertidos procesos legales que jamás se han registrado. Hone, un pobre librero y antiguo miembro de la S. C. L., fue encausado por publicar libelos blasfemos, en forma de parodias sobre el catecismo, la letanía y el credo. De hecho, Hone sólo era un exponente particularmente ingenioso de una forma de sátira política que existía desde hacía mucho tiempo entre los vendedores de periódicos y los charlatanes, y que practicaban de forma más sofisticada los hombres de todos los partidos, desde Wilkes a los que escribían en el *Anti-Jacobin*. Desde luego, Hone no pensaba que sus parodias fuesen dignas de poner en peligro su libertad. Cuando empezó la represión de febrero de 1817, intentó deshacerse de ellas; y fue Carlile, al volverlas a publicar, quien obligó al gobierno a actuar. Aquí hay una muestra:

[27] Wickwar, *op. cit.*, p. 315. Véase también *Ibid.*, pp. 38-39 para la forma particularmente sucia que adoptó la persecución, la información *ex officio*, que permitía virtualmente el encarcelamiento sin juicio.
[28] *The Two Trials of T. J. Wooler*, 1817.

Señor Nuestro que estás en el Tesoro, sea cual sea tu nombre, prolongado sea tu poder y hágase tu voluntad en todo el imperio, como ocurre en cada sesión. Danos las dádivas de cada día y perdónanos nuestras ocasionales faltas debidas a las discordias; así como nosotros prometemos no perdonar a aquellos que actúan contra ti. No nos saques de nuestros escaños, mantennos en la Cámara de los Comunes, tierra de Pensiones y de Abundancia; y líbranos del Pueblo. Amén.

Hone estuvo en prisión, con poca salud, desde mayo hasta diciembre, porque no pudo conseguir la fianza de mil libras. Cuando se supo que pretendía dirigir su propia defensa no se tuvieron muchas esperanzas. Pero Hone se había estado preparando durante el tiempo que estuvo en prisión, recogiendo ejemplos, del pasado y del presente, de otros escritores de parodias; y en su primer juicio ante el juez Abbott, consiguió la absolución. Los dos días siguientes, los juicios estuvieron presididos por el viejo, enfermo y malhumorado *Lord Chief Justice* Ellenborough en persona. Las páginas de la transcripción, una tras otra, están llenas de las interrupciones de Ellenborough, de las imperturbables reconvenciones de Hone a la conducta del *Chief Justice*, la lectura de ridículas parodias entresacadas de diversas fuentes y las amenazas del *sheriff* de detener «a la primera persona que vea reír». A pesar de la inquebrantable acusación de Ellenborough —«en obediencia a su conciencia y a su Dios, declaraba que aquello era un libelo extremadamente impío y profano»— el jurado pronunció dos veredictos más de «Inocente», con la consecuencia de que, según se cuenta, Ellenborough se retiró a su lecho de enfermo para no volver a salir jamás. A partir de aquel momento —incluso en 1819 y 1820— todas las parodias y las provocaciones fueron inmunes al procesamiento.[29]

No es fácil mantener la persecución frente al ridículo. Ciertamente, hay dos cosas que sorprenden con relación a las batallas de la prensa de estos años. La primera, no la solemnidad, sino el placer con que Hone, Cruikshank, Carlile, Davison, Benbow y otros acosaban a la autoridad. Hetherington continuó esta tradición, paseándose ante las narices de los policías, en su trabajo como editor del *Unstamped Poor Man's Guardian*, con el inverosímil disfraz de cuáquero. El encarcelamiento motivado por ser un editor radical no acarreaba odio, sino honor. Una vez que los editores hubieron

[29] *Second Trial of William Hone*, 1818, pp. 17, 45; *Proceedings at the Public Meeting* para crear una suscripción en favor de Hone (1818); F. W. Hackwodd, *William Hone*, 1912, caps. 9-11; Wickwar, *op. cit.*, pp. 58-59. Un viejo charlatán le dijo a Mayhew (1, p. 252) que a pesar de las absoluciones, seguía siendo difícil «realizar» las parodias de Hone en las calles: «estaba lleno de policías y guardias dispuestos a detener a los tipos, y (...) cualquier magistrado que quisiese complacer a las altas esferas, encontraría alguna forma de detenerlos.»

decidido que estaban dispuestos a ir a la cárcel, se superaban unos a otros con recursos nuevos para mostrar a sus oponentes bajo sus aspectos más ridículos. La Inglaterra radical estuvo encantada —y Hazlitt más que nadie— cuando Sherwin resucitó el *Wat Tyler*, la impertinencia republicana de la juventud de Southey. Southey, que ahora era poeta laureado, desempeñó un papel destacado en el clamor levantado para reprimir la licencia sediciosa de la prensa e intentó imponer una interdicción contra Sherwin por violación de los derechos de autor. Lord Eldon rechazó la interdicción: el tribunal no podía darse por enterado de la propiedad en los «beneficios profanos de las publicaciones difamatorias». Hazlitt preguntaba: «¿No es un poco extraño que, mientras este *gentleman* intenta conseguir una interdicción contra sí mismo como autor de *Wat Tyler*, aconseje leyes que nos amordacen, compensando así por la fuerza la debilidad de su argumento?»[30] Por otra parte, Carlile, que se había hecho cargo de los negocios de Sherwin, estaba más que contento de que se hubiese rechazado la interdicción, puesto que las ventas del poema eran una fuente de beneficios estable en aquel difícil momento de los inicios del negocio. Seis años más tarde escribió: «¡Glorioso tú, Oh, Southey! *Wat Tyler* siguió siendo una fuente de beneficio cuando otras publicaciones políticas dejaron de serlo. El mundo no sabe cuánto le debe todavía a Southey.»[31]

Los incidentes de la publicación pirata de *Queen Mab* y la *Vision of Judgement* forman parte de la misma estrategia de exaltación. Nunca se había retratado a un monarca británico en actitudes tan ridículas ni en términos tan odiosos como a Jorge IV durante la agitación de la reina Carolina, y particularmente en las obras de Hone y Cruikshank *Right Divine of Kings to Govern Wrong, The Queen's Matrimonial Ladder, Non Mi Ricordo* y *The Man in the Moon*. La obra de los mismos autores *Slap at Slop and the Bridge-Street Gang*, 1822, apareció con el formato del *New Times* subvencionado por el gobierno, completado con un remedo de sellado de periódico con el dibujo de una zarpa de gato y la divisa: «Pone su garra en todas las cosas», y con anuncios burlescos y listas de nacimientos y defunciones grotescos:

BODA

Su Majestad Imperial el Príncipe Despotismo, tísico, con Su Suprema Antigüedad, la Ignorancia de Dieciocho Siglos, en decadencia. Los trajes nupciales fueron extremadamente espléndidos.

[30] Hazlitt, *Works*, VII, pp. 176 y siguientes. «En lugar de solicitar una interdicción contra Wat Tyler —opinaba Hazlitt—, el señor Southey haría mejor solicitando una interdicción contra el señor Coleridge, que ha emprendido su defensa en *The Courier*.»

[31] *Republican* de Sherwin (29 de marzo de 1817); *Republican* de Carlile (30 de mayo de 1823).

Mientras Carlile seguía luchando desde la cárcel, los escritores satíricos atormentaban con fuego a sus acusadores.

El segundo aspecto es la auténtica tenacidad de la tradición libertaria y constitucional, a pesar del asalto por parte del gobierno. No son sólo los apoyos que encontramos en lugares inesperados —la lista de aportaciones monetarias en favor de Hone estaba encabezada por las donaciones de un duque *whig*, un marqués y dos condes— lo que indicaba la existencia de un malestar en la propia clase dirigente. Lo que es manifiesto en los informes de los representantes legales de la Corona, en todos los juicios políticos, es la cautela con que actuaban. Eran conscientes, en particular, de la escasa fiabilidad —para sus fines— del sistema de jurado. Por la *Libel Act* de Fox, de 1792, el jurado juzgaba tanto el libelo como el hecho de haberlo publicado; y por mucho que los jueces intentasen dejar esto último de lado, en realidad esto significaba que doce ingleses debían decidir si creían que el «libelo» era lo bastante peligroso como para merecer la cárcel o no. El rechazo de una acusación del Estado suponía un golpe moral para la autoridad, que sólo se podía reparar con tres que tuviesen éxito. Incluso en los años 1819-1821, cuando el gobierno y las sociedades de acusación ganaban casi todos los casos[32] —en parte debido a su mejor despliegue de recursos legales y su influencia sobre los jurados, en parte porque Carlile estaba en su momento más provocativo y había cambiado su campo de batalla desde la sedición a la blasfemia—, no se puede todavía hablar de despotismo «totalitario» o «asiático». Los informes de los juicios, que contenían los mismos pasajes por los que se condenaba al acusado —algunas veces, por cierto, libros enteros que los abogados defensores leían ante el tribunal—, se divulgaban ampliamente. Carlile siguió editando el *Republican*, de forma imperturbable, desde la cárcel; algunos de sus trabajadores, por cierto, emprendieron en la prisión la edición de otro periódico, como forma de perfeccionamiento. Si bien el *Black Dwarf* de Wooler desapareció en 1824, Cobbett siguió en pie. De todos modos, en los primeros años de la década de 1820 estuvo muy suavizado. No le gustaban el republicanismo y el deísmo de Carlile, ni su influencia sobre los artesanos de los grandes núcleos urbanos; y progresivamente volvía hacia el campo y se distanciaba del movimiento obrero y en 1821 emprendió el primero de sus *Rural Rides*, en el que parece que su genio haya al fin encontrado la forma y el contenido adecuados. Pero, incluso a esta distancia, el *Political Register* siempre estuvo allí, con sus columnas —al igual que las del *Republican*— abiertas para explicar cualquier caso de persecución, desde Bodmin hasta Berwick.

[32] En esos tres años hubo ciento quince procesamientos y cuarenta y cinco informaciones *ex officio*.

Los honores de esta lucha no pertenecen a una sola clase. John Hunt y Thelwall, que ahora se encontraban firmemente entre los moderados de la clase media, se contaban entre los perseguidos por el «Grupo de Bridge Street»; sir Charles Wolseley, Burdett y el reverendo Joseph Harrison estaban entre los encarcelados por sedición, pero Carlile y los que trabajaban en su taller fueron los que llevaron más lejos el desafío. Hacia 1823 se había ganado la primera batalla, aunque se produjesen nuevos procesamientos a finales de los años veinte y principios de los treinta, y los casos de blasfemia llegasen hasta la época victoriana. El mayor delito de Carlile fue seguir con la publicación completa de los *Political Works* y los *Theological Works* de Tom Paine; porque estas obras, aunque circulaban clandestinamente en los enclaves de los *old Jacks* en las ciudades, habían sido prohibidas después del juicio *in absentia* de Paine en 1792 y los sucesivos procesos a Isaac Eaton durante las guerras. A ello añadió otros muchos delitos, a medida que la lucha avanzaba, y a medida que él mismo pasaba del deísmo al ateísmo, y lanzaba provocaciones —como la defensa del asesinato— que desde cualquier punto de vista eran incitaciones a un procesamiento. Era un hombre indómito, pero escasamente simpático, y los años que pasó en la cárcel no mejoraron su carácter. Su fuerza residía en dos cosas. Primera, no admitía siquiera la posibilidad de la derrota. Y segunda, tenía a su espalda la cultura de los artesanos.

La primera característica no es tan evidente como parece. A menudo, hombres enérgicos habían sido silenciados y derrotados, como sucedió en la década de 1790. Aunque es cierto que la divisa de la determinación de Carlile —«El taller de Fleet Street no se cerrará con una diligencia rutinaria»— era particularmente difícil de encarar por parte de las autoridades. No importa cuánta ley tuviesen de su lado, con los procesamientos siempre provocarían odio, pero, con las *Six Acts*, se habían dotado con el poder de *desterrar* a los autores de la sedición por ofensas mucho menores que las que Carlile cometía y de las que se enorgullecía. El hecho de que ni siquiera en 1820 se utilizase esta disposición de la ley testimonia el delicado equilibrio del momento y los límites que se le imponían al poder por parte del consenso de la opinión constitucional. Aparte del destierro, era imposible silenciar a Carlile a no ser que se le cortara la cabeza o, más posiblemente, se le sometiese a un confinamiento solitario. Por otra parte, hay dos motivos que explican que el gobierno no tomase medidas extremas: primero, ya hacia 1821 les parecía menos necesario, puesto que los mayores impuestos del timbre estaban dando resultados. Segundo, después de los primeros enfrentamientos parecía que, si se silenciaba a Carlile, aparecerían media docena de nuevos *carliles* en su lugar.

Las dos primeras que lo hicieron eran, de hecho, *carliles*: su esposa y su hermana. Después, aparecieron los «trabajadores del taller». Según un cálculo, antes de que hubiese terminado la batalla, Carlile había recibido la ayuda de ciento cincuenta voluntarios, que entre todos —trabajadores del taller, impresores y vendedores de periódicos— cumplieron doscientos años de cárcel. En el *Republican* salió el anuncio pidiendo voluntarios, hombres «que fuesen libres y deseosos de servir en el Cuerpo del general Carlile»:

> Debe quedar muy claro que el motivo de crear estos voluntarios no es el beneficio (...) sino la dedicación a propagar los principios y el sacrificio de la libertad para este propósito; porque, aunque R. Carlile se compromete a (...) prestarles todo el apoyo que esté en su mano, en caso de que encarcelen a muchos de ellos, no cuenta con tanta propiedad o posibilidades como para poder prometer cualquier suma semanal.[33]

Desde aquel momento en adelante, el «Templo de la Razón» de Fleet Street apenas estuvo parado más de un día. Los hombres y las mujeres que se presentaron a Carlile eran, casi todos, completamente desconocidos para él. Simplemente venían de Londres, o llegaban en carruaje desde el Lincolnshire, Dorset, Liverpool y Leeds. Procedían de una cultura determinada.

No se trataba de la cultura «obrera» de los tejedores o de los mineros del Tyneside. Entre las personas más destacadas en la lucha encontramos oficinistas, dependientes, el hijo de un labrador; Benbow, el zapatero convertido en librero; James Watson, el almacenista de Leeds que «tenía a su cargo un caballo de montar» en la tienda de un droguero; James Mann, el tundidor que se había hecho librero, también de Leeds. La tradición intelectual se derivaba en parte de la época jacobina, el círculo que en un tiempo se había movido alrededor de Godwin y Mary Wollstonecraft, o los miembros de la S.C.L., cuyo auténtico portavoz —John Gale Jones— fue uno de los partidarios más constantes de Carlile. En parte era una tradición nueva, que debía algo a la creciente influencia de Bentham y algo a los «cristianos librepensadores» y a los unitaristas, como Benjamin Flower y W. J. Fox. Tenía contacto con esa vigorosa subcultura de los «editores de los periódicos dominicales y los conferenciantes del Instituto de Surrey» a quienes tanto despreciaban el *Blackwood* y la cultura oficial: maestros de escuela, estudiantes de medicina pobres o funcionarios del Estado que leían a Byron, a Shelley y el *Examiner*, y no eran *whigs* ni *tories*, sino que «acostumbraban a considerar cada uno por sí mismo lo que era correcto e incorrecto».[34]

[33] Wickwar, *op. cit.*, p. 231.

[34] De Keats a su hermano George, 17 de septiembre de 1819, *Works*, 1901, v, p. 108. La carta continúa: «Esto hace que el asunto de Carlile, el librero, tenga una gran importancia en mi

De poco sirve etiquetar esta cultura como *bourgeois* o *petit-bourgeois*, aunque Carlile tenía buena parte del individualismo que —en general, se supone— caracteriza la última. Se acercaría más a la verdad afirmar que los artesanos y algunos obreros cualificados, como muchos hilanderos de algodón, se habían apoderado del impulso de ilustración racional que durante los años de las guerras había estado en gran parte confinado en manos de la intelectualidad radical; y lo habían hecho con un entusiasmo evangelista para extenderlo a un «número ilimitado» de personas, con un celo propagandista que difícilmente se encontraría en Bentham, James Mill o Keats. Las listas de aportaciones económicas para la campaña de Carlile contaron mayoritariamente con el apoyo de Londres y a continuación de Manchester y Leeds. La cultura artesana era, sobre todo, autodidacta. Watson recordaba respecto de su encarcelamiento: «Durante estos doce meses leí con profundo interés y mucho provecho *Decline and Fall of the Roman Empire* de Gibbon, *History of England* de Hume y la *Ecclesiastical History* de Mosheim».[35] Los artesanos que formaban los núcleos de las «Sociedades de Investigación», seguidoras de Carlile —así como los de la posterior *Rotunda*— eran altamente sospechosos para una cultura oficial que les había excluido del poder y el conocimiento, y que había contestado con homilías y tratados a sus protestas.

De esta forma, un público lector de carácter crecientemente obrero se vio obligado a *organizarse a sí mismo*. Durante los años de la guerra y los inmediatamente posteriores hubo, por una parte, una prensa «contenida» y por la otra, una prensa radical. Durante la década de 1820 gran parte de la prensa de la clase media se liberó de la influencia directa del gobierno y utilizó algunas de las ventajas que habían conseguido Cobbett y Carlile. *The Times* y lord Brougham, a quienes quizá disgustaba tanto la «prensa pobre» como a lord Eldon, aunque por razones diferentes, le confirieron un significado completamente diferente al término «radicalismo»: libre comercio, gobierno barato y reforma utilitarista. Hasta cierto punto, aunque de ningún modo por completo, se llevaron a la clase media —los maestros de escuela, médicos y tenderos, algunos de los cuales en otro momento habían apoyado a Cobbett y Wooler—, de modo que hacia 1832 había dos tipos de público radical: el público de clase media, que anticipaba con placer la Liga contra las *Corn*

estado de ánimo. Ha vendido folletos deístas, ha vuelto a publicar a Tom Paine y muchas otras obras que habían estado sometidas a un horror supersticioso (...) Después de todo, tienen miedo de procesarle. Tienen miedo de su defensa; se publicaría en todos los periódicos del Imperio. Ante esto se estremecen. Los juicios encenderían una llama que no podrían extinguir. ¿No crees que esto tiene una gran importancia?»

[35] W. J. Linton, *James Watson*, Manchester, 1880, p. 19.

Laws, y el de la clase obrera, cuyos periodistas —Hetherington, Watson, Cleave, Lovett, Benbow, O'Brient— estaban madurando ya el movimiento cartista. A lo largo de la década de los veinte la prensa obrera luchó bajo el peso abrumador de los impuestos del timbre,[36] mientras Cobbett seguía afiliado, de forma imprecisa y temperamental, al movimiento plebeyo más que al de la clase media. La línea divisoria iba a ser, de manera creciente, no las estrategias de «reforma» alternativas, puesto que los reformadores de la clase media en ocasiones podían ser tan revolucionarios en el tono como sus equivalentes obreros, sino las ideas alternativas respecto de la economía política. Se puede ver la piedra de toque durante la «revuelta» de los jornaleros rurales en 1830, cuando *The Times* —«el viejo maldito *Times*», de Cobbett— encabezó la demanda de un saludable castigo ejemplar para los alborotadores, mientras que tanto Cobbett como Carlile eran procesados una vez más bajo la acusación de escritos incendiarios.

En los años 1830 y 1831 se enarboló de nuevo la bandera del desafío. Cobbett descubrió una rendija en la ley y volvió a iniciar sus *Twopenny Trash*. Pero esta vez quien realizó el ataque frontal fue Hetherington, un obrero impresor. Su *Poor Man's Guardian* exhibía el emblema de una prensa manual, la divisa «El Saber es Poder» y el encabezamiento: «Publicación contraria a la "Ley" para poner a prueba el poder de la "Fuerza" frente al del "Derecho"». La declaración de presentación citaba cláusula por cláusula las leyes que pretendía desafiar:

> el *Poor Man's Guardian* (...) contendrá *«noticias, información y ocurrencias», y «a continuación comentarios y observaciones», y «por lo que se refiere a los asuntos de la Iglesia y el Estado, tenderá»* decididamente, *«a excitar el aborrecimiento y el desprecio del Gobierno y la Constitución de (...) este país, puesto que han sido establecidos por decreto»*, y también, *«a vilipendiar los abusos de la Religión»*.

También desafiaría todas las cláusulas de la legislación del impuesto del timbre, «o cualquier otro tipo de disposiciones y a pesar de las *leyes* o la voluntad o el placer de *cualquier tirano* o *grupo de tiranos*, sin que importe cualquier cosa que a partir de ahora o en cualquier lugar pueda determinarse en contra». En el cuarto número aparecía el siguiente anuncio, «Se buscan»: «Varios cientos de pobres sin empleo que no tengan nada que perder (...) para vender a los pobres e ignorantes este periódico.» No sólo se encontraron voluntarios, sino que aparecieron multitud

[36] En 1830 estos impuestos ascendían a 4 d de timbre para cada periódico diario semanario, un impuesto de 3 s 6 d para cada anuncio, un pequeño impuesto sobre el papel y una amplia fianza contra la demanda por libelo.

de periódicos *unstamped*, entre los cuales destacan el *Gauntlet* de Carlile y *Voice of the West Riding* de Joshua Hobson. Hacia 1836 la batalla, en gran parte, había terminado y había quedado abierto el camino para la prensa cartista.

Sin ningún género de dudas, la «gran *unstamped*» era una prensa obrera de clase. El *Poor Man's Guardian* y el *Working Man's Friend* eran, en realidad, órganos de la Unión Nacional de las Clases Trabajadoras; el *Poor Man's Advocate* era un órgano del Movimiento de la Fábrica; Joshua Hobson era un ex tejedor manual que había construido una prensa manual de madera con su propio trabajo; el *Destructive* de Bronterre O'Brien intentaba conscientemente desarrollar la teoría obrera radical. Estos pequeños semanarios, de impresión compacta, publicaban noticias de la gran lucha en favor del *General Unionism* de esos años, los cierres patronales de 1834 y las protestas relativas al asunto del Tolpuddle, o debates y exposiciones penetrantes acerca de la teoría socialista y de las *trade unions*. Un análisis de este período nos llevaría más allá de los límites de este estudio, hasta una época en que la clase obrera no estaba ya en formación sino constituida ya en su forma cartista. El aspecto que queremos destacar es hasta qué punto la lucha por la libertad de prensa ejerció una influencia formativa central en el movimiento que se estaba configurando. Quizá fueron procesadas unas quinientas personas por la producción y venta de los *unstamped*.[37] Desde 1816 —en realidad, desde 1792— hasta 1836 la lucha comprometió, no sólo a los editores, libreros e impresores, sino también a muchos cientos de vendedores de periódicos, buhoneros y representantes voluntarios.[38]

Los anales de la persecución siguen año tras año. En 1817, son dos hombres que vendían los folletos de Cobbett en el Shropshire, a quienes un magistrado eclesiástico «hizo (...) detener y aplicar la *Vagrant Act*[39] (...) y mandó que les diesen *una buena azotaina en el poste de flagelar*»; en el mismo año se persigue también a los vendedores ambulantes en Plymouth, Exeter, el Black Country, Oxford y el norte; en 1819, la persecución alcanza incluso a un ambulante que tenía un espectáculo de exhibición de imágenes, que enseñó un grabado de Peterloo en un pueblo de Devon. Pocas veces los períodos de cárcel superaban el año —a menudo los vendedores de periódicos estaban confinados unas pocas semanas en prisión y luego se les dejaba en libertad sin juicio—, pero sus efectos sobre las víctimas podían ser más serios que el encarcelamiento de los editores,

[37] Abel Heywood, el librero de Manchester, declaraba que la cifra era setecientos cincuenta.
[38] Se formaron sociedades para la difusión del «Conocimiento Realmente Útil» para ayudar a los *unstamped*. Véase *Working Man's Friend* (18 de mayo de 1833).
[39] Ley de vagabundos. *(N. de la T.)*

que recibía una mayor publicidad. Se les ponía en correccionales insalubres, a menudo encadenados y con grilletes, a menudo sin el menor conocimiento de la ley y sin medios para defenderse. A no ser que Cobbett, Carlile o alguna sección de los radicales tuviesen noticia del caso, sus familias se quedaban sin ingreso alguno y se podían ver obligadas a entrar en un asilo de beneficencia.[40] Fue en las poblaciones pequeñas, por supuesto, donde se dio una lucha más encarnizada por la libertad. En Manchester, Nottingham o Leeds había enclaves y lugares de reunión radicales que estaban dispuestos a prestar ayuda a los que habían sido castigados. El zapatero o profesor que en una ciudad con mercado o una población industrial acogiese a Cobbett o Carlile, durante la década de 1820, podía estar seguro de que le vigilarían y estaría sometido a persecución de forma indirecta. A menudo los paquetes postales de *Registers* que Cobbett mandaba a los suscriptores de las provincias, simplemente no llegaban: se habían «perdido» en el correo. Alrededor de la prensa militante se desarrolló un modelo completo de distribución con su propio folclore. Los vendedores ambulantes, según le contaron a Mayhew, para evitar «vender» el *Republican*, vendían pajitas y luego regalaban el periódico a sus clientes. En el valle del Spen, en la época de los *unstamped*, se tiraba un penique a través de una reja y «aparecía» el periódico. En otros lugares, la gente se deslizaba sigilosamente por las callejuelas o los campos por la noche hasta el lugar de cita convenido. Más de una vez los *unstamped* fueron transportados ante las narices de las autoridades dentro de un ataúd y acompañados por un piadoso cortejo de librepensadores.

Podemos dar dos ejemplos de tenderos y vendedores. El primero, una tendera, es útil para recordarnos que, en estos círculos racionalistas y owenitas, se volvía a retomar la reivindicación de los derechos de las mujeres, enmudecido desde la década de 1790, y se extendía con lentitud desde la intelectualidad hacia los artesanos. Las mujeres parientes de Carlile, que soportaron juicio y cárcel, lo hicieron más por lealtad que por convicción. Muy diferente era el caso de la señora Wright, zurcidora de encajes de Nottingham, que fue una de las voluntarias de Carlile y se vio sometida a juicio por vender una de las *Addresses* de aquel, que contenía opiniones expresadas en su forma característica:

[40] Véase Wickwar, *op. cit.*, pp. 40, 103-114; *Second Trial of William Hone*, 1818, p. 19; para el caso de Robert Swindells, confinado en el castillo de Chester, mientras su esposa y su hijo morían por abandono y el hijo que quedaba era internado en un asilo de pobres; y el *Political Register* de Sherwin (14 de marzo de 1818) para los casos de Mellor y Pilling de Warrington, que estuvo durante nueve semanas encadenado junto con los criminales en la cárcel de Preston, le enviaron para el juicio al Tribunal de la Jurisdicción Real de Londres —y tuvo que andar las doscientas millas— el juicio se trasladó a Lancaster, con las doscientas millas de vuelta, y al final le absolvieron.

Un sistema de gobierno representativo pronto se daría cuenta de lo acertado de convertir nuestras iglesias y capillas en Templos de la Ciencia y (...) de proteger a los filósofos en lugar de los sacerdotes. Sostengo que las artimañas del Rey y los sacerdotes son la ruina de la sociedad (...) Estos dos males actúan conjuntamente contra el bienestar tanto del cuerpo como del espíritu, y para mitigar nuestras miserias en la vida presente, la última intenta embaucarnos con la esperanza de la felicidad eterna.

Ella misma dirigió su larga defensa[41] y se la interrumpió poco. Hacia el final de su defensa:

La señora Wright solicitó permiso para retirarse y amamantar al hijo que estaba criando. Se le concedió y estuvo ausente del tribunal durante unos veinte minutos. Al pasar de un lado a otro, hacia el *Castle Coffee*, miles de personas allí reunidas la aplaudieron y la vitorearon ruidosamente, todos la animaron a mantener su buen ánimo y a perseverar.

Un poco más tarde, una noche de noviembre, se la confinó en Newgate con su bebé de seis meses y sin nada para echarse excepto una estera. Mujeres como la señora Wright y la señora Mann de Leeds, tuvieron que enfrentarse no sólo con las acusaciones acostumbradas, sino también con el insulto y las insinuaciones de una prensa legitimista que se sentía ofendida. «Esa infeliz y desvergonzada mujer», escribió el *New Times*, recibió ayuda de «varias mujeres. ¿No son suficientes estas circunstancias para escandalizar a cualquier espíritu con capacidad de reflexión?» Era una «criatura abandonada» —epíteto convencional para las prostitutas— «que había perdido toda la vergüenza, el miedo y la decencia propios de su sexo». Con su «horrible ejemplo» había pervertido los espíritus de otras madres: «esos monstruos con forma de mujer se levantan, con endurecidos rostros, en pleno día, para dar su pública aprobación y apoyo —*por primera vez en la historia del mundo cristiano*— a la blasfemia grosera, vulgar y horrible.» Carlile escribió que era una mujer «de salud muy delicada y que era verdaderamente todo espíritu, no materia».[42]

Las condenas más largas que tuvo que sufrir un vendedor de periódicos probablemente fueron las que cumplió Joseph Swann, sombrerero de Macclesfield. Le detuvieron en 1819 por vender folletos y un poema sedicioso:

---

[41] La mayoría de los trabajadores del taller de Carlile tenían en su poder largas defensas escritas por Carlile, y probablemente en su caso ocurriese lo mismo.

[42] Véase Wickwar, *op. cit.*, pp. 222-223; *Trial of Mrs Susannah Wright*, 1822, pp. 8, 44, 56; *New Times* (16 de noviembre de 1822).

Sácate los grilletes, sacúdete el yugo de la esclavitud; Ahora, ahora o nunca, se puede romper tu cadena. Levántate con rapidez y asesta el golpe mortal.[43]

Enviado de prisión en prisión y encadenado con los criminales, fue condenado finalmente a dos años de cárcel por conspiración sediciosa, a dos años por libelo blasfemo, y a seis meses más por libelo sedicioso, a cumplir de manera consecutiva. Cuando se habían aprobado ya estas monstruosas condenas, Swann se quitó el sombrero blanco y le preguntó al magistrado: «¿Habéis acabado? ¿Esto es todo? Pensaba que habíais traído un trozo de cuerda y me ibais a colgar.» También su esposa estuvo detenida por un breve espacio de tiempo por seguir vendiendo folletos; ella y sus cuatro hijos sobrevivieron con un subsidio parroquial de 9 s a la semana, con alguna ayuda de Carlile y Cobbett. Cobbett, por cierto, se interesó particularmente por el caso de Swann y, cuando Castlereagh se suicidó, le dedicó a Swann sus triunfantes deshonras fúnebres: «¡Castlereagh se ha cortado el cuello y está muerto! Que este sonido te llegue a la profundidad de tu mazmorra (...) y lleve consuelo a tu alma sufriente.» Después de cumplir sus cuatro años y medio, Swann «atravesó la puerta del Castillo de Chester (...) con el espíritu tan inquebrantable como siempre» y reanudó su oficio de sombrerero. Pero todavía no había acabado de cumplir todas las condenas. En noviembre de 1831, el *Poor Man's Guardian* informaba acerca de los procesos del tribunal del magistrado de Stockport, ante el que Joseph Swann estaba acusado de vender aquel *unstamped*. El presidente del tribunal, capitán Clarke, le preguntó qué tenía que decir en defensa propia:

Acusado: Bien, señor, durante algún tiempo he estado sin trabajo, y tampoco encuentro ahora; mi familia está muriendo de hambre (...) Y por otra razón, la más importante de todas, los vendo por el bien de mis compatriotas; para que se den cuenta de lo mal que se les representa en el Parlamento (...) Quiero que el pueblo sepa cómo se le engaña.
Tribunal: Cállese un momento.
Acusado: ¡No pienso callarme! porque quiero que todo el mundo lea estas publicaciones...
Tribunal: Es usted muy atrevido, por lo tanto queda condenado a tres meses de cárcel en el correccional de Knutsford, a realizar trabajo forzado (...)
Acusado: No tengo que agradecerle nada; y cada vez que salga volveré a venderlos. Y le advierto (dirigiéndose al capitán Clark) que el primer lugar donde iré a vender es a su casa (...)

Entonces se llevaron a Joseph Swann a la fuerza del banquillo de los acusados.[44]

[43] Off with your fetters; spurn the slavish yoke; / Now, now, or never, can your chain be broke; / Swift then rise and give the fatal stroke.

[44] Wickwar, *op. cit.*, pp. 105-107; *Independent Whig* (16 de enero de 1820); *Political Register* de Cobbett (17 de agosto de 1822); *Poor Man 's Guardian* (12 de noviembre de 1831); A. G. Barker, *Henry Hetherington*, pp. 12-13.

La mayoría de estos hombres y mujeres han quedado olvidados en la retórica de la democracia del siglo XX porque eran descarados, vulgares y excesivamente fervorosos o «fanáticos». A continuación, los vehículos de «regeneración» que estaban subvencionados, el *Penny Magazine* y el *Saturday Magazine*, a cuyos vendedores nadie procesaba, entraron en juego, y más tarde, la prensa comercial, con sus recursos mucho mayores, aunque no empezó realmente a captar al público lector radical hasta los años cuarenta y cincuenta. E incluso entonces la prensa popular —las publicaciones de Cleave, Howitt, Chambers, Reynolds y Lloyd— procedía de este antecedente radical. Cabe destacar particularmente dos consecuencias de la lucha. La primera, y más evidente, es que la ideología obrera que maduró en los años treinta y que, a través de diversas traslaciones, ha perdurado desde entonces, confirió un valor excepcionalmente elevado a los derechos de la prensa, de la palabra, de reunión y de libertad personal. Por supuesto, la tradición del «inglés libre por nacimiento» es mucho más antigua, pero apenas se sostiene la idea que encontramos en algunas de las interpretaciones «marxistas» tardías, según las cuales estas reivindicaciones aparecen como una herencia del «individualismo burgués». Durante la lucha que se desarrolla entre los años 1792 y 1836, los artesanos y los obreros convirtieron esta tradición en algo particularmente suyo, añadiendo a la petición de libertad de palabra y pensamiento su propia demanda de propagación sin trabas, de la forma más barata posible, de los productos de su pensamiento.

En esto, es cierto, compartían una ilusión característica de la época, empleándola con fuerza en el contexto de la lucha de la clase obrera. Todos los ilustrados y regeneradores de la época pensaban que el único límite que se imponía a la difusión de la razón y el conocimiento era el que imponía la insuficiencia de medios. Las analogías que se hacían eran con frecuencia mecánicas. El método educativo de Lancaster y Bell, que pretendía la multiplicación barata del aprendizaje mediante niños monitores, recibió el nombre —que le puso Bell— de la «máquina de vapor del mundo moral». Peacock acertó con una exactitud absoluta cuando denominó a la Sociedad para la Difusión del Conocimiento Útil de Brougham, «Sociedad del Vapor del Intelecto». Carlile estaba sumamente convencido de que «la lectura de folletos está destinada a realizar los grandes cambios morales y políticos necesarios para la humanidad»: «La prensa impresa puede, en rigor, recibir el nombre de tabla de multiplicar aplicable a la mente humana. El arte de imprimir es una multiplicación de la mente (...) Los vendedores de folletos son los resortes más

importantes de la maquinaria de la reforma.»[45] Owen contemplaba la implantación en el futuro de un nuevo mundo moral, por medio de la propaganda, con un optimismo mesiánico, pero mecánico.

Si bien esta era, en parte, la ilusión racionalista, debemos recordar la segunda —y más inmediata— consecuencia: entre los años 1816 y 1836 pareció producirse esta «multiplicación». Porque los periodistas radicales y de los *unstamped* estaban utilizando la máquina de multiplicar en favor de la clase obrera; y en el cuarto de siglo anterior, las mentes de los hombres, de todas las zonas del país, habían recibido la preparación necesaria para lo que ahora podían leer. Se puede ver la importancia de la propaganda en la continua extensión de la organización radical desde las grandes ciudades y áreas fabriles hacia los pequeños municipios y ciudades con mercado. Una de las *Six Acts* de 1819 —la que autorizaba los registros en busca de armas— estaba específicamente limitada a los denominados «distritos turbulentos» de las Midlands y el norte.[46] Hacia 1832 —y de ahí en adelante hasta la época cartista— podemos encontrar un núcleo radical en cada condado, en las ciudades con mercado más pequeñas e incluso en los pueblos rurales de mayor tamaño; y, en casi todos los casos, su base social son los artesanos locales. En núcleos como Croydon, Colchester e Ipswich, Tiverton y Taunton, Nantwich o Cheltenham, había grupos de radicales o cartistas fuertes y militantes. En Ipswich encontramos tejedores, talabarteros, guarnicioneros, sastres, zapateros; en Cheltenham zapateros, sastres, albañiles, ebanistas, jardineros, un yesero y un herrero: «gente seria y de honor, con una inteligencia muy por encima de la media.»[47] Ésta era la gente a quien Cobbett, Carlile, Hetherington y sus vendedores de periódicos habían «multiplicado».

«Gente seria y de honor», esta cultura autodidacta nunca se ha analizado de manera suficiente.[48] La mayoría de esta gente había recibido algún tipo de educación elemental, aunque muchas fuentes dan testimonio de su insuficiencia:

---

[45] Véase Wickwar, *op. cit.*, p. 214.

[46] Los condados de Lancaster, Chester, el West Riding, Warwick, Stafford, Derby, Leicester, Nottingham, Cumberland, Westmorland, Northumberland, Durham, la ciudad de Coventry y los municipios rurales de Newcastle-upon-Tyne y Nottingham.

[47] W. E. Adams, *op. cit.*, p. 169. Estoy en deuda con el señor A. J. Brown por la información acerca de Ipswich. Para el cartismo en Somerset y East Anglia, véase también *Chartist Studies*, compilado por A. Briggs.

[48] La admirable descripción de J. F. C. Harrison en *Learning and Living* tiende a subestimar el vigor de la cultura radical antes de 1832. Los mejores relatos de primera mano se encuentran en la autobiografía de William Lovett y (para la época cartista) Thomas Frost, *Forty Years Recollections*, 1880.

Recuerdo bien la primera *half-time school*[49] de Bingley. Era una casita a la entrada del patio de la fábrica. El profesor era un pobre hombre viejo que había realizado todo tipo de trabajos diversos, de carácter simple, por 2 s a la semana, a quien habían puesto a enseñar a los niños media jornada. No obstante, para que no enseñase demasiado o para que el proceso no fuese muy costoso, debía troquelar arandelas de paño con un pesado mazo de madera sobre un bloque de madera, durante las horas de clase.[50]

Este ejemplo quizá corresponde al peor tipo de «escolarización» de los primeros años de la década de 1830. En la década anterior se podían encontrar escuelas de pueblo mejores o escuelas en las que se pagaba una cuota muy baja, que estaban patrocinadas por artesanos. En este momento, también las escuelas dominicales se estaban librando, aunque de forma muy lenta, del tabú acerca de la enseñanza de la escritura, mientras que las primeras escuelas británicas y nacionales, a pesar de todas sus insuficiencias, estaban empezando a obtener algunos resultados. No obstante, para alcanzar cualquier educación de nivel secundario, los artesanos, tejedores o hilanderos debían adquirirla por sí mismos. El nivel de ventas de las obras educativas de Cobbett es un indicador de hasta qué punto lo hacían; en particular de su *Grammar of the English Language*, publicada en 1818, se vendieron trece mil ejemplares en seis meses, y cien mil más en los siguientes quince años.[51] Y al traducir las cifras de venta —o de tirada de los periódicos— en estimaciones de lectura, debemos recordar que el mismo libro o periódico se prestaba, se leía en voz alta y pasaba por muchas manos.

La «educación secundaria» de los trabajadores adoptó muchas formas, de las cuales el estudio privado en solitario era sólo una. Los artesanos, en particular, no estaban tan arraigados en comunidades ignorantes como se supone con facilidad. Viajaban libremente por el país en busca de trabajo; además de los viajes que hicieron obligados por las guerras, muchos trabajadores manuales viajaban fuera del país, y la relativa facilidad con la que miles y miles emigraron a Norteamérica y las colonias —no sólo guiados por la pobreza, sino también por el deseo de hallar una oportunidad o de libertad política— indican la existencia de una fluidez general en la vida social. En las ciudades coexistían una vigorosa

[49] Escuela cuyo funcionamiento permitía que los niños asistieran a la misma la mitad del tiempo acostumbrado y empleasen la otra mitad en realizar un trabajo remunerado. (*N. de la T.*)

[50] Thomas Wood, *Autobiography (1822-1880)*, Leeds, 1956. Véase también de Un Viejo Alfarero, *When I Was a Child*, 1903, cap. 1.

[51] M. L. Pearl, *William Cobbett*, 1953, pp. 105-107. También había muchas ediciones no autorizadas.

y obscena cultura plebeya con tradiciones más refinadas entre los artesanos. Muchas recopilaciones de baladas de los primeros años del siglo XIX testimonian con qué fervor se trasladaba a las canciones la batalla entre legitimistas y radicales. Quizá lo que mejor se ajustaba al gusto de los jacobinos y de los «viejos radicales» de los años 1816-1820 era el teatro melodramático popular. A partir de los primeros años de la década de 1790 el teatro, en especial en los núcleos urbanos de provincias, fue un foro en el que se enfrentaban facciones opuestas y se provocaban «cantando sus tonadas» en los entreactos. Un «revolucionario jacobino y *leveller*» describió una visita al teatro, en 1795, en un puerto del norte:

> y como el teatro es el campo en el que normalmente los oficiales voluntarios llevan a cabo sus campañas, esos héroes militares (...) entonaron la melodía de *God Save the King*, y ordenaron a la audiencia que se levantase y se descubriese (...) Yo permanecí sentado y con el sombrero puesto desafiando a los militares.[52]

Durante los años de la represión esta canción, con su denuncia de las «viles argucias» de los jacobinos, sustituyó a *The Roast Beef of Old England* como «himno nacional». Pero a medida que avanzaban las guerras, la audiencia demostró dejarse intimidar con menor facilidad por los matones de la «Iglesia y el Rey» que las generaciones posteriores. En 1812, en Sheffield se inició un motín cuando «los oficiales de South Devan insistieron en que se cantase *God Save the King* y las clases bajas de la galería insistieron en que no se cantase (...) Ha sido encarcelado un alborotador.»[53]

La mayoría de los motines que se produjeron en los teatros a principios del siglo XIX tuvieron un cierto tinte radical, aunque sólo expresasen el simple antagonismo entre la platea y el gallinero. La envidia que sentían los exclusivos *patent theatres*[54] hacia sus pequeños rivales, con sus «farsas musicales» y sus espectáculos «deslucidos (...) por la introducción de caballos, elefantes, monos, perros, espadachines saltimbanquis y funámbulos»,[55] se vio reforzada por el desagrado que sentían los empresarios hacia la peligrosa exaltación de la audiencia. En 1798, los «opulentos comerciantes, constructores navales, cordeleros» y otros empresarios de los alrededores de los muelles de Londres presentaron un memorial al gobierno, quejándose de que las representaciones del

[52] *Philanthropist* (22 de junio de 1795).
[53] T. A. Ward, *op. cit.*, p. 196. Véase también el ejemplo de Nottingham, más arriba, p. 570.
[54] Teatros que habían recibido autorización real para establecerse. *(N. de la T.)*
[55] Para las acusaciones y contraacusaciones intercambiadas entre Covent Garden y Drury Lane, por una parte, y los pequeños teatros «ilegítimos» por la otra, 1812-1818, véase H. O. 119.3/4.

teatro Royalty, cercano a la Torre, fomentaban «hábitos de disipación y libertinaje» entre «sus numerosos manufactureros, obreros, criados, etc.»;[56] esa misma queja había sido continua durante más de doscientos años. En 1819, se desencadenó el desorden por todo el centro de Londres, noche tras noche y semana tras semana, en las conocidas revueltas «O. P.», cuando se subieron los precios en Drury Lane. El particular desagrado que experimentaban las autoridades hacia la mezcla de desorden y sedición que se producía en los teatros hizo que los *patent theatres* conservasen, al menos, las formas de su monopolio hasta fecha tan tardía como 1843.

La vitalidad del teatro plebeyo no iba emparejada con su mérito artístico. La influencia más positiva sobre la sensibilidad de los radicales no provino tanto de los pequeños teatros como del resurgimiento shakesperiano; no sólo Hazlitt, también Wooler, Bamford, Cooper y otros muchos periodistas radicales y cartistas autodidactos acostumbraban a rematar sus argumentos con citas de Shakespeare. Wooler había realizado su aprendizaje en la crítica teatral; y el *Trades Newspaper*, que era una publicación estrictamente sindicalista, empezó en 1825 publicando una crítica teatral además de una columna de deportes, con una crónica sobre boxeo profesional y la pelea entre «el León Negro y Seis Perros».[57] Pero había un arte popular que alcanzó el punto culminante en cuanto a complejidad y excelencia, durante los años que van de 1780 a 1830: la viñeta política.

Fue la época, primero de Gillray y de Rowlandson, y luego de George Cruikshank, y de multitud de otros caricaturistas, algunos de ellos competentes, otros terriblemente ordinarios. El suyo era, sobre todo, un arte metropolitano. Los modelos de los dibujantes pasaban con sus coches por delante de los talleres de imprenta en los que se satirizaban sin piedad sus pecados políticos, o personales. No se dejaba títere con cabeza en ninguno de los dos lados. Los legitimistas retratarían a Thelwall, Burdett o Hunt como salvajes incendiarios, con una llameante antorcha en una mano, una pistola en la otra y los cinturones repletos de cuchillos de carnicero; mientras que Cruikshank, en 1820, retrataba al rey completamente borracho repantingado en el trono, rodeado de botellas rotas y frente a un biombo decorado con sátiros y meretrices de grandes pechos. Y los obispos no salían mejor parados. La viñeta popular no era, en modo alguno, un arte para analfabetos, como lo demuestran los globos llenos de diminutas letras de imprenta, que salen de

[56] H. O. 65.1.

[57] *Trades Newspaper* (31 de julio, 21 de agosto de 1825 y siguientes). El editor se sintió obligado a excusarse por el hecho de publicar noticias sobre boxeo y acoso de animales; pero el periódico estaba dirigido por un comité de *trade unions* de Londres, y se debían tener en cuenta sus deseos.

las bocas de las figuras. Pero también los analfabetos podían participar de esta cultura pasándose horas frente a la ventana del taller de impresión y descifrando los intrincados detalles visuales en el último dibujo de Gillray o Cruikshank; esto ocurría en la imprenta de Knight, en Sweeting's Alley, la de Fairburn frente a Ludgate Hill o la de Hone en Fleet Street. Thackeray recordaba: «Solía haber una multitud (...) de peones sonrientes y joviales que deletreaban las canciones y lo hacían en voz alta para que el grupo lo entendiese y que recibían las muestras de humor con un rugido general de comprensión.» Algunas veces el impacto era sensacional: Fleet Street podía quedar bloqueado por la concurrencia; Cruikshank creía que su «Billete Bancario Restringido» (1818) había motivado la abolición de la pena de muerte por falsificación de moneda. En la década de 1790, el gobierno sobornó realmente a Gillray para que trabajase en las filas antijacobinas. Durante las guerras la mayoría de viñetas eran patrióticas y antigalas —en esos años John Bull adquirió su forma clásica—, pero las viñetas referentes a temas domésticos eran furiosamente polémicas y con frecuencia tenían simpatía por Burdett. Después de las guerras se desató una oleada de viñetas radicales que permaneció inmune al procesamiento, incluso durante la agitación relativa a la reina Carolina, porque el procesamiento hubiese supuesto un ridículo mayor. Con todas sus transformaciones, y a pesar de las ordinarieces de algunos de sus practicantes, siguió siendo un arte ciudadano sumamente sofisticado: podía ser agudamente chistoso o cruelmente franco y obsceno, pero en ambos casos contaba con un marco de referencia de chismorreo compartido y de conocimiento íntimo de las formas y las manías de todos los que participaban en los asuntos públicos, incluso los personajes menores; el grabado poseía una pátina de complejas alusiones.[58]

La cultura del teatro y la imprenta era popular en un sentido más amplio que la cultura literaria de los artesanos radicales, puesto que la piedra de toque de la cultura autodidacta de los años veinte y treinta era la sobriedad moral. Es tradicional atribuirlo a la influencia del metodismo y, sin duda, se puede detectar esta influencia tanto de forma directa como indirecta. La estructura del carácter puritano subyace a la seriedad moral y la autodisciplina que permitía a los hombres estudiar a la luz de una vela, después de un día de trabajo, pero tenemos que hacer dos salvedades importantes. La primera es que el metodismo fue una influencia fuertemente *anti-intelectual*, de la cual la cultura popular británica no se ha recuperado jamás por completo. El círculo al cual Wesley hubiese limitado

[58] Alguna idea de la complejidad de esta producción se puede obtener de los muy eruditos *Catalogues of Political and Personal Satire in the British Museum*, de Dorothy George, volúmenes 7, 8, 9 y 10. Véase también Blanchard Jerrold, *George Cruikshank*, 1894, cap. 4.

las lecturas de los metodistas —según Southey— «era bastante reducido: sus propias obras y sus series de compendios hubiesen constituido la parte más importante de la biblioteca de un metodista».[59] A principios del siglo XIX se animó a los predicadores locales y a los jefes de clase a que leyesen más reimpresiones de la obra de Baxter, la hagiografía del movimiento o «volúmenes del Almanaque Misionero», pero la poesía era sospechosa y la filosofía, la crítica bíblica o la teoría política eran tabú. Todo el peso de la enseñanza metodista recaía en la bendición de los «limpios de corazón», sin importar cuál fuese su rango o sus logros. Esto le confería a la Iglesia su atractivo espiritual igualitario. Pero también alimentaba —algunas veces en proporciones gargantuescas— las defensas filisteas de los que apenas sabían leer y escribir. Hazlitt estalló: «Se da *carte blanche* a la ignorancia y la locura. A aquellos (...) que o bien son incapaces o no quieren pensar de forma conexa o racional sobre ningún tema, se les libra de toda obligación de este tipo, diciéndoles que la fe y la razón son mutuamente opuestas».[60] Los ministros metodistas defendieron a su grey de los sucesivos impactos de Paine, Cobbett y Carlile: existían abundantes pruebas de que la capacidad de leer y escribir sin una guía era la «trampa del diablo».

Algunas de las ramas del principal tronco metodista —los Metodistas Unitarios, que eran una extraña conjunción, y particularmente la Nueva Conexión— tenían una inclinación más intelectual y sus congregaciones se parecían a las iglesias disidentes más antiguas. Sin embargo, la principal tradición metodista respondió de formas diferentes al ansia de ilustración. Hemos señalado ya[61] las afinidades subterráneas que existían entre el metodismo y el utilitarismo de la clase media. Por muy extraño que pueda parecemos, cuando pensamos en Bentham y su odio hacia la «estúpida» superstición, el espíritu de los tiempos llevaba a una conjunción de las dos tradiciones. Si bien el metodismo desalentaba todo tipo de investigación intelectual, la adquisición de conocimiento útil se podía considerar piadosa y llena de valor. El acento, por supuesto, se ponía sobre el uso. No valía sólo la disciplina de trabajo, era necesario que la mano de obra avanzase hacia niveles más sofisticados de conquista. El viejo argumento oportunista baconiano —de que no podía haber mal en el estudio de la naturaleza, que es la prueba visible de las leyes divinas— había sido ahora asimilado dentro de la apologética cristiana. De ahí surgió ese fenómeno peculiar de la cultura victoriana primitiva: el pastor inconformista con la mano sobre el Viejo Testamento y el ojo puesto en el microscopio.

[59] Southey, *Life of Wesley*, p. 558.
[60] *Works*, IV, pp. 57 y siguientes, de *The Round Table*, 1817.
[61] Véase más arriba, p. 405.

Los efectos de esta conjunción pueden detectarse ya en la cultura obrera de la década de los veinte. Los metodistas veían con buenos ojos la ciencia —botánica, geología, química, matemáticas y, en particular, las ciencias aplicadas— siempre que no se mezclasen esas ocupaciones con la política o la filosofía especulativa. El mundo intelectual sólido, estadístico, que estaban construyendo los utilitaristas le era simpático incluso a la Conferencia Metodista. También ellos recopilaban sus cuadros estadísticos de asistencia a la escuela dominical, y Bunting —da la sensación— hubiese sido feliz al poder calcular los grados de gracia espiritual con la misma exactitud con que Chadwick calculaba la dieta mínima que podía mantener a un pobre con fuerza suficiente para trabajar. De aquí el hecho de que se diese aquella alianza entre inconformistas y utilitaristas por lo que se refiere a esfuerzos educacionales, y también en la difusión de conocimientos «edificantes» junto con la exhortación piadosa. En la década de los veinte se ha consolidado ya este tipo de literatura en la que los consejos morales —y los relatos de las orgías alcohólicas de Tom Paine en su solitario lecho de muerte— aparecen al lado de pequeñas notas sobre la flora de Venezuela, estadísticas del número de víctimas del terremoto de Lisboa, recetas para hortalizas cocidas y notas sobre hidráulica:

> Cada especie (...) necesita un tipo diferente de comida (...) Linneo ha observado que la vaca come 216 especies de plantas y rechaza 218; la cabra come 449 y rechaza 126; la oveja come 387 y rechaza 141; el caballo come 262 y rechaza 212; y el cerdo, que tiene un gusto más refinado que todos aquéllos, sólo come 72 plantas y rechaza todas las demás. Y sin embargo la generosidad del Creador es tan ilimitada, ¡que las incontables miríadas de seres sensibles reciben y se nutren con abundancia gracias a su bondad! «Los ojos de todos ellos se alzan hacia Él, y él abre su mano y satisface el deseo de cada ser vivo.»[62]

Y ya en la década de los veinte, se puede ver la economía política como el tercer elemento, junto con la moralidad y el conocimiento útil, en la configuración de los sermones acerca de las leyes divinas e inmutables de la oferta y la demanda. El capital, más refinado incluso que el cerdo, sólo seleccionaría a los obreros más laboriosos y obedientes, rechazando a todos los demás.

Así pues, el metodismo y el evangelismo aportaron pocos ingredientes intelectuales activos a la cultura articulada de la población obrera, aunque pueda afirmarse que añadieron una cierta seriedad

[62] Thomas Dick, *On the Improvement of Society by the Diffusion of Knowledge*, Glasgow, 1833, p. 175. Véase también p. 213, donde se argumenta que la «aritmética, álgebra, geometría, secciones cónicas y otras secciones de las matemáticas» son particularmente buenos estudios puesto que «contienen verdades que son eternas e inmutables».

a la búsqueda de información. Más adelante Arnold consideraría que la tradición inconformista era profundamente filistea e indiferente hacia «la armonía y la razón». Y hay que hacer una segunda salvedad cuando se le atribuye este origen a la sobriedad del mundo artesano. De hecho se puede demostrar que la sobriedad moral fue un producto de la misma agitación radical y racionalista y que debía muchas cosas a las tradiciones jacobina y de la vieja disidencia. Esto no significa que no hubiese radicales borrachos ni manifestaciones turbulentas. Wooler sólo era uno de los líderes radicales de quien se decía que le daba mucho a la botella; y por otra parte hemos visto que las tabernas de Londres y los despachos clandestinos del Lancashire eran importantes lugares de reunión. Pero los radicales intentaban rescatar al pueblo de la acusación de ser una «muchedumbre» y sus líderes intentaban permanentemente dar una imagen de sobriedad.

Había otros motivos adicionales para insistir en este aspecto. Una de las normas de la *Bath Union Society for Parliamentary Reform*, fundada en enero de 1817, es característica: «Se recomienda encarecidamente a todos los miembros que no gasten dinero en los bares, puesto que la mitad del susodicho dinero se lo quedan los impuestos, para alimentar a los gusanos de la corrupción.»[63] Durante los años de la posguerra, Hunt y Cobbett contribuyeron en gran medida al llamamiento en favor de abstenerse de todos los artículos gravados con impuestos y, en particular, en favor de las virtudes del agua frente a los alcoholes o la cerveza. La sobriedad de los metodistas era el atributo —el único— de la «secta» que Cobbett encontraba digno de alabanza: «Considero que la embriaguez es la raíz de mucho más de la mitad de los males, la miseria y los crímenes que afligen a nuestra sociedad.»[64] No siempre era este el tono de Cobbett; otras veces podía lamentarse del precio que la cerveza tenía para el trabajador, pero en la mayoría de las opiniones encontramos una gazmoñería moral general. En particular, era la ideología del artesano o del obrero cualificado la que había mantenido su posición frente a la turbulenta marea de los no cualificados. Lo encontramos en el relato de Carlile referente a su primera edad viril:

> Era regular, activo y laborioso, trabajaba desde temprano hasta tarde (...) y cuando salía del taller en ningún lugar era tan feliz como en casa con mi esposa y mis hijos. Siempre detesté las cervecerías (...) Tenía la convicción de que un hombre (...) que no utilizase correctamente cada chelín era un tonto.[65]

[63] H.O. 40.4.

[64] *Political Register* (13 de enero de 1821) La campaña antialcohólica se puede retrotraer a esta campaña de abstinencia de la posguerra.

[65] Véase Wickwar, *op. cit.*, p. 68.

Muchas veces se saltaba una comida y «llevaba a su casa alguna publicación de seis peniques para leer por la noche». Lo mismo encontramos en la obra de William Lovett *Life and Struggles (...) in Pursuit of Bread, Knowledge and Freedom*, un título que condensa, en sí mismo, todo lo que estamos intentando describir.

Esta actitud se reforzaba entre los republicanos y los librepensadores, debido al carácter de los ataques que recibían. Denunciados en las sátiras legitimistas y desde los púlpitos de la iglesia como escandalosos ejemplares de todos los vicios, intentaban mostrarse como poseedores, junto a sus opiniones heterodoxas, de un carácter irreprochable. Luchaban contra las leyendas legitimistas de la Francia revolucionaria, a la que presentaban como una sangrienta cueva de ladrones, cuyos Templos de la Razón eran burdeles. Eran particularmente sensibles a cualquier acusación de indecencia sexual, irregularidad financiera o falta de apego a las virtudes familiares.[66] En 1830, Carlile publicó un pequeño libro de sermones, *The Moralist*, mientras que el libro *Advice to Young Men* era simplemente un ensayo más simpático y legible sobre los mismos temas de la laboriosidad, la perseverancia y la independencia. Por supuesto, los racionalistas estaban especialmente ansiosos por contrarrestar la acusación de que el rechazo de la fe cristiana debía entrañar inevitablemente la disolución de todas las limitaciones morales. Junto a la influyente obra de Volney, *Ruinas del Imperio*, se tradujo y se divulgó como tratado su *Ley de la Naturaleza* que se utilizó para argumentar —en forma de diálogo— que las virtudes respetables debían cumplirse todas de acuerdo con las leyes de la utilidad social:

> *Pregunta*: ¿Por qué decís que el amor conyugal es una virtud?
> *Respuesta*: Porque la concordia y la unión, que son el resultado del afecto que subsiste entre las personas casadas, establecen en el seno de su familia una multitud de hábitos que contribuyen a la prosperidad y la conservación de ésta.

Y así sigue a lo largo de la mayor parte de la página. Y del mismo modo en los capítulos que tratan sobre el conocimiento, la continencia, la templanza, el aseo, las virtudes domésticas que rezan como un programa para la época victoriana. Allí donde la heterodoxia hacía su aparición en cuestiones de relaciones sexuales, como ocurría entre los miembros de las comunidades owenitas,

[66] *Cf.* T. Frost, *Forty Years' Recollections*, p. 20 (de la propaganda *antiowenita* de los años treinta): «Para los demandantes y los testigos un recurso muy común era decir de una persona acusada de robo, abandono de su esposa o casi cualquier otro delito, "Es un socialista"; y los informes de todos estos casos tenían la coletilla, "Efectos del Owenismo".»

tenía lugar, en general, con un celo característico del temperamento puritano.[67] El pequeñísimo grupo de neomalthusianos que, a principios de la década de los veinte, propagaban, con una valentía considerable, conocimientos acerca de los medios anticonceptivos entre la población obrera, lo hacían con el convencimiento de que la única forma que permitiría elevar los niveles de salud física y de cultura de las «clases trabajadoras» era la limitación de su número. Place y sus compañeros se hubiesen sentido sumamente sorprendidos si se les hubiese sugerido que esos medios contribuían a la liberación sexual o personal.[68]

La frivolidad o el hedonismo eran tan ajenos a la actitud radical o racionalista como lo eran a la metodista, y esto nos recuerda cuánto debían los jacobinos y los deístas a las tradiciones de la vieja disidencia, pero es posible que nuestros juicios estén demasiado basados en los documentos escritos y la imagen pública del orador. En el movimiento real, el buen humor sigue irrumpiendo, no sólo con Hone, sino, de forma creciente, con Hetherington, Lovett y su círculo, que eran más flexibles, más festivos, más sensibles hacia la gente, menos didácticos, pero no menos decididos que su maestro Carlile. Es tentador presentar la paradoja de que los artesanos racionalistas que seguían el modelo de Carlile o Volney mostraban las mismas pautas de comportamiento que sus análogos metodistas; mientras en un caso se recomendaban la sobriedad y la pulcritud en obediencia a Dios y a la autoridad, en el otro eran virtudes que se exigían a aquellos que componían el ejército que derrocaría a los obispos y al rey. Para un observador que desconociese los atributos morales de ambos, podían parecer indistinguibles. Pero esto sólo ocurría en parte, ya que los títulos de los capítulos de Volney siguen siendo «De las virtudes sociales y de la justicia». Había una profunda diferencia entre las disciplinas que se recomendaban para salvar la propia alma y las mismas disciplinas recomendadas como medios para la salvación de una clase. El artesano radical y librepensador era sumamente serio en su creencia de los deberes activos de la ciudadanía.

---

[67] Véase, por ejemplo, William Hodgson en el *Social Pioneer* (20 de abril de 1839) (*et passim*): «Permítame decir, señor (...) mi opinión sobre la cuestión [del matrimonio] ni el hombre ni la mujer pueden ser felices, hasta que tengan los mismos derechos, casarse para tener un hogar como a menudo ocurre actualmente, es comprar carne humana; es hacer trata de esclavos de la peor clase (...) Afirmo que todas las uniones deberían basarse sólo en el afecto; continuar una unión cuando el afecto deja de existir es auténtica (...) prostitución.»

[68] Véase Wallas, *op. cit.*, pp. 166-172; N. Himes, «J.S. Mill's Attitude toward Neo-Malthusianism», *Econ. Journal*, Suplemento (1926-1929), I, pp. 459-462; M. Stopes, *Contraception*, 1923; N. Himes, «The Birth Control Handbills of 1823», *Thelan* (6 de agosto de 1927); M. St. J. Packe, *Life of John Stuart Mill*, 1954, pp. 56-59. Véase también más adelante, pp. 828.

Además, junto con la mencionada sobriedad, la cultura artesana alimentaba los valores de la investigación intelectual y de la solidaridad. La primera cualidad la hemos visto ampliamente desplegada en la lucha por la libertad de prensa. El autodidacto tenía a menudo un conocimiento desigual y torpe, pero era propio, puesto que se había visto obligado a descubrir su propia trayectoria intelectual, se fiaba menos; su mente no se movía dentro de los senderos oficiales de una educación formal. Muchas de sus ideas desafiaban a la autoridad y la autoridad había intentado suprimirlas. Por lo tanto, estaba deseoso de prestar oído a cualesquiera ideas antiautoritarias nuevas. Esta es una de las causas que explican la inestabilidad del movimiento de la clase obrera, en especial durante los años que van entre 1825 y 1835; también nos ayuda a comprender la rapidez con que se extendió el owenismo y la disposición de la gente a oscilar entre los diversos proyectos utópicos y comunitarios que se les presentaban. Esta cultura se puede entender como una levadura que actúa todavía en la época victoriana, por cuanto los hombres que habían prosperado gracias a su propio esfuerzo y los hijos de los artesanos de la década de los veinte contribuyeron al vigor y la diversidad de la vida intelectual de aquella. Con solidaridad nos referimos a la tradición de estudio, discusión y superación en común. Algo de ello lo vimos ya en los días de la S. C. L. La costumbre de leer en voz alta los periódicos radicales, en beneficio de los analfabetos, también entrañaba —como una consecuencia necesaria— que cada lectura diese lugar a una discusión *ad hoc* en grupo: Cobbett había expuesto sus argumentos, de forma tan sencilla como podía y ahora los tejedores, los calceteros o los zapateros los debatían.

Las sociedades de aprendizaje colectivo eran grupos parientes de los anteriores, de manera formal o informal, se reunían semana tras semana con la intención de adquirir conocimientos, en general bajo la dirección de uno de sus miembros.[69] Aquí y en los institutos de trabajadores manuales, se producía una cierta convergencia de las tradiciones de los templos y las radicales, pero la coexistencia no era fácil y tampoco era siempre pacífica. La historia temprana de los institutos de trabajadores manuales, desde la formación del instituto de Londres en 1823 hasta la década de 1830, es una historia de conflicto ideológico. El entusiasmo del doctor Birkbeck y de algunos clérigos disidentes y profesionales benthamitas por ayudar a establecer centros para la promoción del conocimiento iba a encontrar una acogida muy buena por parte de los artesanos radicales y los sindicalistas, pero verdaderamente no estaban dispuestos

[69] Véase J. F. C. Harrison, *op. cit.*, p. 43.

a obtener esta ayuda a cualquier precio. Si bien Brougham aparece en algunos escritos recientes como un gran radical, aunque oportunista, esta no era en absoluto la visión que de él tenían los «viejos radicales» de 1823. Le habían visto en 1817 excusando el sistema de espías —en un discurso que Cobbett sacaba a relucir una y otra vez—, le iban a ver levantarse en la Cámara, en el momento culminante de la campaña de Carlile, y además declarar que se «alegraba del resultado de algunos juicios recientes» y consideraba que los acusados habían publicado «un montón de cosas sobre los temas más groseros y delictivos».[70] El entusiasmo de Brougham hacia los institutos fue suficiente para hacerlos sospechosos al principio; y los intentos de Place de actuar como intermediario entre Brougham, a quien despreciaba en secreto, y los sindicalistas de Londres, que le despreciaban a él de forma menos secreta, no tenían muchas posibilidades de dispersar las sospechas. Los conflictos cruciales se centraron en las cuestiones de control, independencia financiera y en si el instituto debería discutir sobre economía política o no y, en caso de que lo hiciese, economía política de quién. En este último conflicto, Thomas Hodgskin fue derrotado por Place y Brougham. En los conflictos anteriores Birkbeck, en su celo por reunir dinero para aumentar las facilidades del instituto, rechazó el consejo de Robertson, Hodgskin y John Gast de que —si el asunto se emprendía con menor ambición— los mismos artesanos podrían aportar los fondos necesarios, serían los dueños y lo controlarían todo.

Estas dos derrotas y la inauguración de las conferencias de Brougham sobre economía política (1825) significaron que el control pasó a manos de los miembros de la clase media, cuya ideología también dominaba la economía política del programa de estudios. Hacia 1825 el *Trades Newspaper* consideraba al instituto de Londres como una causa perdida, que dependía de «los grandes y ricos»:

> Cuando se fundó, se había despertado un sentimiento tan generalizado en su favor, entre los trabajadores manuales de la metrópolis, que estábamos perfectamente convencidos de que, si este sentimiento no se hubiese desalentado (...), los mismos trabajadores manuales podrían y hubiesen aportado todos los medios necesarios para asegurarle el éxito más espléndido.

En las provincias, la historia de los institutos de trabajadores manuales tiene más altibajos. En Leeds, como ha demostrado el doctor Harrison, el instituto estuvo controlado desde el principio por patrocinadores de la clase media y, en particular, por

[70] Véase Wickwar, *op. cit.*, p. 147; y el comentario de Place: «Bien hecho, hipócrita; tú que no eres cristiano.»

fabricantes inconformistas; en Bradford y en Huddersfield durante un período de tiempo estuvo controlado por los artesanos radicales. En la segunda mitad de la década de los veinte hubo una tendencia general a que el público de artesanos diese paso al público de la clase media baja y a que la economía política ortodoxa estuviese presente en el programa de estudios. Pero todavía en 1830 el movimiento tenía una apariencia lo bastante poco ortodoxa —debido a la pléyade de patrocinadores utilitaristas y unitarios— para que muchos miembros del clero anglicano y wesleyano se mantuviesen alejados de él. En 1826, un vicario del Yorkshire consideraba los institutos como agentes del sufragio universal y el «librepensamiento universal», que «con el tiempo degenerarían en clubes jacobinos y se convertirían en semilleros del descontento». A principios de la década de 1830, un cura atacó a la dirección del instituto de trabajadores manuales de Leicester por pervertirlo y convertirlo en una escuela «para la difusión de los principios paganos, republicanos e igualadores». Entre los papeles que se encontraron en su biblioteca se hallaba *Gauntlet* de Carlile.[71]

Hemos hablado de la cultura del artesano de los años veinte. Este es el término más acertado que se puede utilizar y, sin embargo, sólo es aproximado. Hemos visto que el término *petit-bourgeois*, con sus asociaciones peyorativas habituales, no sirve; mientras que hablar de una cultura de «la clase obrera» sería prematuro. Pero por artesano podemos entender un término medio que limitaría por un lado con los carpinteros de navío de Londres y los obreros de las fábricas de Manchester y, por el otro, con los artesanos degradados y los trabajadores a domicilio. Para Cobbett abarcaba a los «oficiales y braceros» o, dicho más brevemente, «al pueblo». «Creo —le escribió al obispo de Llandaff en 1820— que vuestra Señoría está muy equivocado al suponer que el pueblo, o el vulgo, como a usted les gustaba llamarles, es *incapaz de comprender razonamientos*»:

> Le aseguro a vuestra Señoría, que al pueblo no le gustan sólo las pequeñas historias simples. Ni tampoco se deleita en el lenguaje declamatorio o en las declaraciones poco serias; durante los últimos diez años, sus mentes han sufrido una grandísima revolución.
>
> Permítame (...) decirle que (...) estas clases son, a ciencia cierta, en este momento, más ilustradas que otras clases de la comunidad (...) Tienen una visión de futuro de mayor alcance que el Parlamento y los ministros. Su búsqueda de conocimiento está asistida por la siguiente

[71] Véase en especial J. F. C. Harrison, *op. cit.*, pp. 57-58, 173-178; *Mechanic's Magazine* (11 y 18 de octubre de 1823); T. Kelly, *George Birkbeck*, Liverpool, 1957, caps. 5 y 6; E. Halévy, *Thomas Hodgskin*, 1956, pp. 87-91; Chester New, *op. cit.*, cap. 17; *Trades Newspaper* (17 de julio de 1825); F. B. Lott, *Story of the Leicester Mechanic's Institute*, 1935; M. Tylecote, *The Mechanic's Institutes of Lancashire and Yorkshire before 1851*, Manchester, 1957.

ventaja: no tienen un interés particular en responder y, por lo tanto, su juicio no está ensombrecido por el prejuicio y el egoísmo. Además, tienen una comunicación perfectamente libre entre ellos. Las ideas de un hombre dan lugar a otras ideas en otro hombre. Se intercambian las ideas sin las limitaciones que imponen la sospecha, el falso orgullo o la falsa delicadeza. Y de este modo se llega a alcanzar la verdad con mucha rapidez.[72]

¿De qué razonamiento, de qué verdad se trata?

II. William Cobbett

Cobbett extiende su influencia a lo largo de los años que van desde el final de las guerras hasta la aprobación del proyecto de ley de reforma. Decir que no fue un pensador sistemático en ningún sentido, no significa afirmar que no constituyese una influencia intelectual seria. Fue Cobbett quien creó esta cultura intelectual radical, no porque aportase sus ideas más originales, sino en el sentido de que encontró el tono, el estilo y los argumentos que podían conducir al tejedor, al maestro de escuela y al carpintero de navío a un discurso común. A partir de la diversidad de quejas e intereses formuló un discurso radical. Su *Political Register* era como un intermediario circulante que proporcionaba medios de intercambio común entre las experiencias de hombres con conocimientos muy dispares.

Esto lo podremos ver si observamos más su tono que sus ideas. Y una forma de hacerlo es contrastar su estilo con el de Hazlitt, el más «jacobino» de los radicales de clase media, el único que —durante un largo período de años— se mantuvo muy cerca del movimiento de los artesanos. Hazlitt aplica su bisturí a los inversores en deuda pública y los detentores de sinecuras:

> Los gobiernos legítimos —halaguémosles como queramos— no son otra mitología pagana. No son ni tan baratos ni tan espléndidos como la edición Delphin de las *Metamorfosis* de Ovidio. Desde luego, son «dioses que castigan», pero desde otros puntos de vista son «hombres

[72] *Political Register* (27 de enero de 1820).

con nuestras mismas debilidades». No se alimentan de ambrosía ni beben néctar; sino que viven de los sencillos frutos de la tierra, de los cuales obtienen la mayor parte y la mejor. El vino que beben está hecho de uva; la sangre que derraman es la de sus súbditos; las leyes que hacen no son contra ellos; los impuestos que aprueban, los devoran luego. Tienen las mismas necesidades que nosotros y, de forma muy natural, al tener la posibilidad, se prestan ayuda a sí mismos en primer lugar, sacándola de los bienes comunes, sin pensar que otros les van a suceder (...) Nuestros *pobres del Estado* ponen su cuchara en todos los platos, y viven todos los días de forma suntuosa. Moran en palacios y van repantigados en coches. A pesar del Sr. Malthus, sus caballerizas consumen el producto de nuestros campos, sus jaurías se sacian con el alimento que mantendría a los hijos de los pobres. ¡Nos cuestan al año tanto en vestido y mobiliario, tanto en estrellas y charreteras, bandas azules y grandes cruces; tanto en desayunos, comidas y cenas, y tanto en cenas, desayunos y comidas! Esos héroes del impuesto sobre la renta, personajes de la *Civil List*, santos del calendario de la corte (*compagnons du lys*) tienen sus más y sus menos como el resto del mundo, pero con un coste más elevado (...) Os será más soportable mantenerles una semana que un mes; y cuando pase este tiempo, al despertar del dulce sueño de la legitimidad, podéis decir junto con Calibán: «Diantre, qué loco debí de estar para tomar a ese monstruo borracho por un Dios.»[73]

Hazlitt tenía una sensibilidad compleja y admirable. Fue uno de los pocos intelectuales que recibió de lleno la conmoción de la experiencia de la Revolución francesa y, aunque rechazaba las ingenuidades de la Ilustración, reafirmaba las tradiciones de la *liberté* y la *égalité*. En todos los aspectos de su estilo se revela, no sólo que se estaba midiendo con Burke, Coleridge y Wordsworth —y, de forma más inmediata, con *Blackwood's* y el *Quarterly Review*— sino que era consciente de la fuerza de algunas de las posiciones de aquellos y compartía algunas de sus respuestas. Incluso cuando practicaba el periodismo más comprometido desde un punto de vista radical —del cual el que acabamos de ver es un ejemplo— dirigía su polémica, no hacia la cultura popular, sino hacia la cultura refinada de su época. Hone podía publicar sus *Political Essays*,[74] pero mientras los escribía, tenía menos presente la audiencia de Hone que la esperanza de hacer sufrir a Southey, enfurecer al *Quarterly* o incluso dejar a Coleridge a medio pronunciar una frase.

Esto no es de ningún modo una crítica. Hazlitt tenía un amplio marco de referencia y un sentido de compromiso en relación a un conflicto europeo de importancia histórica que hacía aparecer a los radicales plebeyos como fenómenos provinciales, tanto por lo que se

[73] «What is the People?», de los *Political Essays*, 1819, en *Works*, VII, p. 263.

[74] En su anuncio Hone decía: «El Editor afirma conscientemente que en este volumen hay pensamiento más original y justo, expresado de forma luminosa, que en cualquier obra de un autor vivo.»

refiere a espacio como a tiempo. Es una cuestión del papel desempeñado. Cobbett jamás podría haber escrito una sola frase de este párrafo. No podría haber aceptado, ni siquiera como figura retórica, que estuviésemos dispuestos a halagar a la legitimidad; ni haber aceptado las reglas «del mundo», que Hazlitt da por supuestas, aunque sólo fuese para castigar; ni haber escrito «*nuestros pobres del Estado*», puesto que todas sus fibras se esforzaban para que sus lectores considerasen a los agiotistas y los *placemen* como ellos; y, como corolario, no podría haber escrito, con esa sensación de distancia, acerca de los «hijos de los pobres»; hubiese dicho a sus lectores: «vuestros hijos», o hubiese puesto un ejemplo particular. No es probable que hubiese dicho «nos cuestan al año tanto», hubiese puesto una cifra concreta, aunque fuese al azar. «Esos héroes del impuesto sobre la renta» está más cerca del recurso de bautizar que utilizaba Cobbett;[75] pero en el caso de Hazlitt encontramos todavía la expresión lenta y pesada del patricio amigo del pueblo, al igual que Wilkes o Burdett: con un pellizco de rapé justo en el momento de prepararse, en la Cámara, para el ataque definitivo; en Cobbett no hay una afectación irónica ceremoniosa, los nombres salen, el párroco Malthus, Fletcher de *Bolton*, *The Thing*, con una espontaneidad que hacía palidecer al mismo Shelley: «el rapé de Cobbett, la venganza.»

Es una cuestión de tono; y sin embargo, en el tono se encuentra, al menos, la mitad del significado político de Cobbett. El estilo de Hazlitt, con sus ritmos contenidos y controlados y sus movimientos antiestéticos, pertenece a la refinada cultura del ensayista. No podemos pensar fácilmente en Cobbett como ensayista, a pesar de sus *Rural Rides*. En cambio, el estilo lleno de alusiones y de estudiadas formas de Hazlitt, puesto que pertenecía a una cultura no asequible para los artesanos, podía muy bien despertar su hostilidad. Cuando Cobbett escribía acerca de las sinecuras, lo hacía más o menos en estos términos:

> De estos puestos y pensiones los hay de todas las medidas, ¡desde *veinte libras* a *treinta mil* y casi *cuarenta mil libras al año*! (...) Hay varios *placemen* que con los beneficios que obtienen *cada uno* de ellos por sí solo podría mantener a *mil familias* (...) El señor Preston (...) que es un *miembro del Parlamento* y tiene una gran hacienda dice, sobre este tema: «Cada familia, incluso la de los jornaleros más pobres, que se componga de cinco personas, se puede considerar que paga en *impuestos indirectos*, al menos *diez libras al año*, ¡o sea más de la mitad de sus salarios de siete chelines a la semana!» Y todavía, esos mercenarios insolentes, os llaman la canalla, la chusma, la cochina multitud, y dicen que vuestra voz no sirve para nada.[76]

[75] *Cf.* «Los Señores del Torzal, Soberanos de la *Spinning Jenny*, grandes *Yeomen* del Hilo» de Cobbett.

[76] «*Address to the Journeymen and Labourers*», *Political Register* (2 de noviembre de 1816).

Aquí todo es sólido y no está en relación con una cultura literaria, sino con una experiencia asequible para todos. Incluso el señor Preston está situado. Cobbett trasladaba los ritmos del habla a la prosa; pero eran los ritmos de un discurso oral enfático y con una argumentación enérgica.

Observémosle escribiendo sobre el conocido tema de que el clero debería ser juzgado, no por sus declaraciones, sino por sus acciones:

> Hay algo desafortunado, para decirlo del modo más suave, en esta perfecta unidad de acción entre la Iglesia y la Asamblea Metodista. La religión no es una idea abstracta. No es algo metafísico. Si no sirve para influir en la conducta de los hombres, no sirve para nada. Debe tener ascendencia sobre las acciones de los hombres. Debe tener un influjo benéfico en los asuntos y en la condición de los hombres. Ahora bien, sí la religión de la Iglesia.[77]

La afinidad de Cobbett con su público en párrafos como éste —y el ejemplo se puede sacar del primer *Register* que nos caiga en las manos; casi cada *Register* nos proporcionaría el mismo— es tan palpable que parece que uno pudiese alargar el brazo y tocarlo. Es un argumento. Hay una intención. Cobbett escribe «metafísico», mira hacia su público y se pregunta si la palabra comunica algo. Explica la importancia del término. Repite su explicación en el lenguaje más sencillo posible. La repite de nuevo, pero esta vez amplía la definición para recoger implicaciones sociales y políticas más amplias. Luego, cuando ha acabado con estas frases cortas, retoma una vez más la exposición. Percibimos que con las palabras «Ahora bien» se sobreentiende: «si todos habéis comprendido, vamos a proseguir conjuntamente.»

Es fácil mostrar que Cobbett tenía algunas ideas muy estúpidas y contradictorias, y algunas veces aporreaba a sus lectores con argumentos falaces,[78] pero tales demostraciones no vienen al caso a menos que se comprenda la profunda, verdaderamente profunda, influencia democrática que la actitud de Cobbett tuvo sobre su público. Paine había anticipado el tono, pero Cobbett durante treinta años habló a su público de ese modo, hasta que los hombres hablaron y argumentaron como Cobbett por todo el país. Daba por supuesto, como una cuestión que apenas requería demostración, que todos los ciudadanos, cualesquiera que fuesen, tenían la

---

[77] *Ibid.* (27 de enero de 1820).

[78] La prensa legitimista se complacía en publicar listas de las contradicciones de Cobbett. Lo mismo hacían, por otra parte, desde un punto de vista opuesto, sus oponentes ultrarradicales: véase la perjudicial *Vindication of the Press, against the Aspersions of William Cobbett, including a Restrospect of his Political Life and Opinions* de Gale Jones, 1823.

capacidad de razonar y que los asuntos debían resolverse mediante argumentaciones dirigidas al entendimiento común. A lo largo de los diez años anteriores (escribió en 1820):

> No he dicho nada [a la gente] que no estuviese, por fortuna, basado en hechos, y en los mejores argumentos que era capaz de discurrir. En general, mis temas han sido de la más intrincada naturaleza (...) No he utilizado ningún recurso para atraer la curiosidad o complacer a la fantasía. Todo ha sido una llamada a la inteligencia, la perspicacia y la justicia del lector.

No es cierto, por supuesto, que Cobbett no utilizase estratagemas para «atraer la curiosidad». Si bien trataba a sus lectores como iguales, trataba a los ministros, obispos y lores como algo menos; por ejemplo, una de sus cartas abiertas empezaba: «Wilberforce, te tengo ante mí en un folleto hipócrita.» A éste podemos añadir dos recursos más. El primero es la analogía casera y práctica que, de forma muy común, se hacía con la vida rural. En esto tenía un sentido infalible de la experiencia que estaba al alcance de todo el conjunto de sus lectores. Tales imágenes, en él, no tenían una función decorativa ni eran alusiones de pasada. Las cogía, las sopesaba, les daba la vuelta, las desplegaba de forma deliberada para hacer avanzar el argumento y luego las depositaba. Podemos poner el ejemplo de la famosa descripción que Cobbett hizo de Brougham y los reformadores moderados, comparándolo con espantapájaros o *shoy-hoys*, «y voy a deciros ahora por qué»:

> Un *shoy-hoy* es un hombre o una mujer falsos, hechos de paja u otros materiales enrollados alrededor de una estaca clavada en el suelo (...) que llevan un palo o una pistola en la mano. Estos *shoy-hoys* se izan con el fin de alejar a los pájaros que podrían picotear el trigo o las semillas y algunas veces para ahuyentarles de las cerezas u otros frutos. El pueblo quiere una reforma del Parlamento y un pequeño grupo ha manifestado, desde hace mucho tiempo, el deseo de alcanzar la reforma parlamentaria. Han presentado mociones, hecho discursos y separaciones con el fin de mantener vivas las esperanzas del pueblo, y de ese modo han conseguido mantenerle tranquilo de vez en cuando. Jamás han deseado triunfar, porque el triunfo hubiese acabado con sus esperanzas de retribución; pero han distraído al pueblo. El grueso de las facciones, conociendo la realidad de sus opiniones, se ha divertido de lo lindo con sus fingidos esfuerzos, que jamás han interrumpido en lo más mínimo su disfrute del pillaje general. Exactamente igual que ocurre con los pájaros y los *shoy-hoys* en los campos y los huertos. Primero, los pájaros toman a los *shoy-hoys* por hombres o mujeres *reales*; y mientras lo creen se abstienen de su tarea de pillaje; pero, después de observar durante algún tiempo al *shoy-hoys* con sus rápidos y penetrantes ojos, y darse cuenta de que jamás mueve una mano o un pie, dejan de hacerle caso y no les estorba más que si fuese un poste. Lo mismo ocurre con esos *shoy-hoys* políticos; pero

(...) hacen mal (...) recuerdo un ejemplo (...) que ilustra de manera muy apropiada las funciones de esos estafadores políticos. Los pájaros estaban haciendo estragos en algunas semillas de nabos que tenía en Botley. «Ponga un *shoy-hoy*», le dije a mi administrador. «No servirá de nada, señor» (...) contestó (...) diciéndome que aquella mañana, en el jardín de su vecino Morell (...) había visto realmente un gorrión posado, con una vaina, sobre el sombrero del *shoy-hoy*, y que allí, como si estuviese en la mesa del comedor, picoteaba los guisantes y se los comía de verdad, todo ello podía hacerlo con mayor seguridad desde allí, porque podía mirar a su alrededor y ver si se acercaba algún enemigo, que desde el suelo, donde podían cogerle por sorpresa. Exactamente estas son las funciones de nuestros *shoy-hoys* políticos. Los *shoy-hoys* agrícolas (...) engañan por poco tiempo a los pájaros depredadores, pero siguen engañando a los que los clavan y confían en ellos, aquellos que en lugar de levantarse por la mañana y salir a perseguir a los depredadores con pólvora y tiros, confían en los miserables *shoy-hoys* y pierden de ese modo su grano y sus semillas. Lo mismo ocurre con la gente que es víctima de todos los *shoy-hoys* políticos. En Suffolk y otros condados del este, se les llama *gusanos*.[79]

¿Qué se puede decir de este escrito? Desde un punto de vista, es la escritura imaginativa del genio. La analogía empieza con un poco de rigidez; la política y la agricultura discurren por líneas convergentes, pero tenemos la sensación de que la imagen está traída por los pelos. Luego —en «rápidos y penetrantes ojos»— se funden los dos argumentos en una corriente ascendente de placer polémico. Cobbett medio bromea, la imagen adquiere proporciones surrealistas; Brougham con un gorrión en su sombrero, los reformadores con pólvora y tiros, las semillas de nabo y el vecino Morell, que probablemente no volverá a aparecer jamás. Desde otro punto de vista, ¡qué cosa tan extraordinaria es esta parte de la tradición política inglesa! Es más que polémica, es también teoría política. Cobbett ha definido, en unos términos que puede comprender perfectamente un bracero o un artesano, la función de una forma muy inglesa de adaptación reformista. Más que esto, desenmascara, para más de un siglo, a los *gusanos* de otros partidos y otras épocas.

El otro recurso, que hemos señalado ya,[80] es la personalización de los temas políticos; personalización que se centra en el propio Cobbett de Botley. Pero si bien Cobbett era su propio sujeto, manejaba este sujeto con una objetividad poco corriente. Su egoísmo le superaba hasta el punto de que el lector tiene conciencia, no del ego de Cobbett, sino de una sensibilidad vigilante, que se expresa de forma sencilla, prosaica, con la que se le anima a identificarse. Se le pide que mire, no a Cobbett, sino junto con Cobbett. El triunfo de este estilo puede observarse en sus *Rural Rides*, en los que, no sólo sus

[79] *Political Register* (1 de septiembre de 1830). Véase G. D. H. y M. Cole, *The Opinions of William Cobbett*, pp. 253-254.

[80] Véase más arriba, pp. 675-676.

contemporáneos, sino generaciones sucesivas han podido palpar su presencia, mientras hablaba con los jornaleros en los campos, cabalgaba por los pueblos y se detenía para dar comida a sus caballos. La fuerza de su indignación era tanto más convincente por cuanto se deleitaba con cualquier cosa que le complaciese. En Tenterden,

> la tarde era muy hermosa y en el mismo momento que llegué a lo alto de la colina y entré en la calle, la gente salía de la iglesia y se iba hacia su casa. Constituía una bella visión. *La gente desharrapada no va a la iglesia.* En resumen, apareció ante mí la indumentaria y la belleza de la ciudad; y vi a muchas muchachas muy, muy bonitas; y además las vi con sus mejores galas. Me acuerdo de las muchachas en el *Pays de Caux* y, verdaderamente, pienso que aquellas de Tenterden se les parecen. No sé por qué no deberían parecérseles, si, al fin y al cabo, el *Pays de Caux* está sólo al otro lado del agua, justo frente a este lugar.

O, en un pueblo de Surrey, la ausencia de pobreza se convierte en un recurso eficaz para hablar de su extensión generalizada:

> Cuando iba de Upwaltham a Eastdean, le pedí a un joven, que junto con otros cavadores de la cosecha de nabos estaban sentados al abrigo de un seto desayunando, que se acercase. Vino corriendo con las provisiones en la mano; y me alegré de ver que su alimento consistía en un buen pedazo de pan casero y un trozo de tocino nada pequeño (...) Al despedirme de él, le dije: «Entonces, tenéis algo de tocino, ¿no es así?» «¡Oh, sí! Señor», contestó con un acento y una sacudida de la cabeza que parecía decir: «Debemos y queremos tenerlo». Vi con gran placer que casi en cada casa de jornalero había un cerdo. Las casas eran buenas y cálidas, y los huertos algunos de los mejores que he visto en Inglaterra. ¡Qué diferencia, buen Dios!, entre esta región y los alrededores de aquellas degradadas zonas de Great Bedwin y Cricklade. ¿Qué alimento hubiesen obtenido esos hombres de un rancho de patatas frías? ¿Podrían haber trabajado, y haberlo hecho en la humedad además, después de comer un alimento como aquel? ¡Monstruoso! No debería existir ninguna sociedad en la que los braceros viviesen como puercos.

«El *Pays de Caux* está (...) justo frente a este lugar», «esta región», «este hombre»; dondequiera que estuviese, Cobbett obligaba siempre a sus lectores, con la inmediatez de su visión, la confusión entre reflexión y descripción, la solidez del detalle y la sensación física de lugar, a identificarse con su propio punto de vista. «Punto de vista» es la denominación adecuada, porque Cobbett se situaba con firmeza en algún marco físico —en su granja de Botley o en la carretera de Tenterden— y luego se dirigía desde lo que captaban sus sentidos hacia las conclusiones generales. Incluso durante su exilio norteamericano (1817-1819) era importante para él comunicar esta sensación de espacio físico:

> Uno de los lados de mi habitación da al patio de una granja, lleno de forraje y de ganado, ovejas, puercos y multitud de aves de corral, mientras que, a unos pocos pasos, más allá del patio, discurre el río Susquehannah, que es más ancho que el Támesis y tiene innumerables islas de una extensión que varía entre un cuarto de acre a cinco o seis acres. El otro lado de mi habitación da a un huerto de manzanos y melocotoneros que tiene cuarenta acres, situado en un estrecho valle entre dos montañas, de un cuarto de milla de altas, que tienen la forma de la arista de un tejado, con los aguilones descendiendo hacia el río. La última noche llovió, antes de la mañana heló y el hielo aprisionó las gotas que colgaban de los árboles; de modo que el sol, que ahora brilla como en Inglaterra en el mes de mayo, presenta esos carámbanos como incontables millones de brillantes centelleantes.

Pero este marco servía para dramatizar al máximo los sentimientos —expresados en una carta dirigida a Hunt— que le inspiraron las noticias de la ejecución de Brandreth y sus compañeros:

> Querido Hunt, en este momento los pequeños *cottages* con techo de paja de Waltham Chase y Botley Common llenan por completo los ojos de mi espíritu, y en este día siento, con más fuerza que nunca, aquella pasión que me haría preferir ocupar la más insignificante de las más humildes moradas, acompañado con el carácter del inglés, que el dominio sobre —y la posesión real de— todo lo que he descrito más arriba, sin la compañía de aquel carácter. Sigo diciendo lo mismo que dije cuando dejé Inglaterra, jamás podré querer tanto a un pueblo como quiero al pueblo inglés.

Cobbett creó, a partir de la lucha del movimiento en favor de la reforma, algo parecido a un martirologio y una demonología, y él mismo fue la figura central del mito, pero deberíamos dudar antes de acusarle de algo más que de vanidad personal: el mito exigía también que William Cobbett fuese visto como un simple inglés, excepcionalmente beligerante y perseverante, pero no especialmente dotado; un hombre como pudiese pensar el lector que él mismo era, o el bracero del campo de nabos, o —dadas estas o aquellas circunstancias— como pudiese ser el hijo de la dueña de una pequeña fonda en un pueblo de Sussex:

> La patrona mandó a su hijo a buscar un poco de nata para mí, y era un chico igual que yo a su edad, e iba vestido del mismo modo, su principal prenda era un guardapolvo azul, descolorido por el uso, remendado con trozos de tela nueva (...) La visión de ese guardapolvo me trajo el recuerdo de cosas muy queridas. Este muchacho quizá cumplirá su papel en Billingshurst o en algún lugar no muy lejano. Si un accidente no me hubiese sacado de un sitio similar, ¡cuántos villanos e imbéciles, que han sido justamente mortificados y atormentados, hubiesen dormido tranquilamente por la noche y se hubiesen contoneado con audacia durante el día!

Su compasión por los pobres siempre tuvo este tono: «Ahí va Will Cobbett, pero sólo por la gracia de Dios.» Su afectación aparentaba ser más «normal» de lo que era. Jamás permitió que sus lectores olvidasen que una vez había ido tras el arado y había servido como soldado raso. A medida que fue prosperando, imitó progresivamente el atuendo, no de un periodista —cosa que no pretendía ser—, sino de un *gentleman* dedicado a la agricultura, chapado a la antigua. Según la descripción de Hazlitt, vestía «un chaleco de velarte, con los bolsillos caídos, como era costumbre entre los *gentlemen* agricultores durante el siglo anterior»; según la de Bamford, «vestido con una chaqueta azul, un chaleco de franela de algodón amarillo, calzones de punto grises, y botas de campaña (...) era la perfecta imagen de lo que siempre había deseado ser: un *gentleman* inglés dedicado a la agricultura». Hazlitt es quien hace una caracterización más ajustada de Cobbett por lo que a su vanidad se refiere:

> Su egoísmo es delicioso, porque en él no hay afectación. No habla de sí mismo por falta de algo sobre lo que escribir, sino porque algo de lo que a él mismo le ha ocurrido es la mejor ilustración posible del tema, y él no es del tipo de personas que se privan de ofrecer la mejor de las ilustraciones posibles del tema por una delicadeza remilgada. Aprecia demasiado el tema y a sí mismo para hacerlo. No se sitúa él delante y dice: «Admiradme a mí primero», sino que nos pone en la misma situación que él y nos hace ver lo mismo. No hay (...) una autocomplacencia estúpida y abstracta, ni una escondida admiración de su propia persona por poderes: todo es sencillo y sin rebozo. Se escribe a sí mismo simple William Cobbett, se desnuda de forma tan completa como cualquiera podría desear; en una palabra, su egoísmo está lleno de personalidad y deja lugar para muy poca vanidad.[81]

Esta es una opinión literaria generosa, pero un juicio político debe ser más ajustado. El gran cambio en el tono y el estilo del radicalismo popular, que se ejemplifica en el contraste entre Paine y Cobbett, lo definió en primer lugar —una vez más— Hazlitt:

> Paine fingía reducir las cosas a principios originales, anunciar verdades evidentes, Cobbett se preocupa por poco más que detalles y circunstancias locales (...) Los escritos de Paine son una especie de introducción a la aritmética política basada en un nuevo programa; Cobbett escribe un diario y hace una entrada para absolutamente todos los acontecimientos y problemas difíciles que ocurren durante el año.

[81] *Political Register* (junio de 1817, 11 de abril de 1818, 2 de octubre de 1819); *Rural Rides*, *passim*; Bamford, *op. cit.*, p. 21; Hazlitt, *Table Talk*, 1821.

La personalización de la política —este jornalero en el jardín de su *cottage*, este discurso en la Cámara de los Comunes, este ejemplo de persecución— se adaptaba muy bien al pragmático acercamiento de una audiencia que estaba sólo despertando a la conciencia política. También tenía un valor oportunista en el sentido de que, al fijar la atención en circunstancias efímeras y en quejas particulares y al renunciar a los absolutos teóricos, permitía que los realistas y los republicanos, los deístas y los hombres de iglesia, se comprometiesen en un movimiento común. Pero podemos llevar el argumento más lejos. La obra *Los derechos del hombre* de Paine había encontrado la misma respuesta en un público que no era más culto, y había fomentado una teoría de los derechos populares basada en principios; a la vez que el éxito contemporáneo de periódicos más teóricos demuestra la existencia de un público obrero más amplio que podía captar su interés político. De hecho, Cobbett ayudó a crear y a nutrir el anti-intelectualismo y el oportunismo teórico —enmascarado de empiricismo «práctico»— que seguía siendo una importante característica del movimiento obrero inglés.

En palabras de James Watson: «Recordaba que mi madre acostumbraba a leer el *Register* de Cobbett y decía que no entendía por qué la gente hablaba tan mal de él; no veía nada malo en él, al contrario apreciaba muchas cosas buenas.»[82] La madre de James Watson era criada doméstica en casa de un sacerdote y profesora de una escuela dominical. Hone escribió en 1817: «Los *Weekly Political Pamphlets* de Cobbett deberían estar estrechamente relacionados, y estar en el mismo estante que la *History of England*, *El progreso del peregrino*, *Robinson Crusoe* y el *Young Man's Book of Knowledge*. Cualquier biblioteca de *cottage* y de cocina del reino está incompleta sin él.» Debería ser «tan corriente y familiar» como el *Housekeeper's Instructor* y la *Domestic Medicine* de Buchan.[83] Esto es realmente lo que ocurriría en gran medida. Wooler o Carlile, con su aire más sofisticado e intelectual, podrían haber dado expresión al radicalismo de los artesanos de la ciudad, pero sólo Cobbett logró, en 1816, que los calceteros y los tejedores participasen en el mismo diálogo.

[82] W. J. Linton, *James Watson*, p. 17. *Cf.* T. Frost, op cit., p. 6: «Los únicos libros que siempre vi en casa de mi padre, además de la Biblia y unos pocos libros escolares viejos (...) fueron algunos números viejos del *Register* de Cobbett.»

[83] *Reformist's Register* de Hone (5 de abril de 1817), sobre la partida de Cobbett hacia Norteamérica. Véase, sin embargo, la enojada réplica de Wooler: «Casi nos inclinamos a desear que el señor Cobbett se hubiese limitado a escribir (...) sobre esos temas, de modo que sólo hubiese podido (...) defraudar a las cocineras y a los pinches.» *Black Dwarf* (9 de abril de 1817).

La curiosa forma en que Cobbett se había desplazado gradualmente desde el *torysmo* hacia el radicalismo entrañaba un cierto oportunismo en su actitud. Había sido capaz de evitar el prejuicio antigalo y antijacobino de los años de guerra. Fue capaz de renegar de la Revolución francesa y de Tom Paine como cosas en cuya defensa no había tomado parte. Finalmente, como él mismo reconoció en términos generosos, llegó a aceptar muchos de los argumentos de Paine, pero siempre escapó al intransigente rechazo jacobino de cualquier forma de principio hereditario, y de este modo fue capaz de presentarse a sí mismo a la vez como un reformador radical y como constitucionalista. En la *Adress to Journeymen and Labourers* advertía contra los hombres que «os persuadirían de que, puesto que las cosas se han desviado de sus verdaderos fines, no hay nada bueno en nuestra constitución y nuestras leyes. ¿Para qué murieron entonces Hampden en el campo de batalla y Sydney en el cadalso?» Los norteamericanos, al separarse de Gran Bretaña, habían tenido cuidado de conservar «la Carta Magna, la Declaración de Derechos, el *hábeas corpus*» y el cuerpo de la Ley Común: «Queremos una gran alteración, pero no queremos nada nuevo. Alteración, modificación para adecuarse a los tiempos y a las circunstancias, pero los grandes principios deberían, y deben ser, los mismos, o de lo contrario se producirá mayor confusión.» Incluso cuando, durante el último año de su vida, incitó al pueblo a resistir las *New Poor Laws* con fuerza, lo hizo en nombre de los derechos constitucionales y de la inviolabilidad de la tradición. Su actitud hacia los racionalistas mostraba la misma combinación de radicalismo y tradicionalismo. Con la misma fuerza defendía su derecho a publicar argumentos en contra de la religión cristiana, pero, cuando Carlile fue más allá e incurrió en lo que —a los ojos de Cobbett— era una blasfemia injuriosa al datar el *Republican* «en el año 1822 del hijo de la esposa del Carpintero», apeló a la ley de la muchedumbre. Si esto hubiese ocurrido en Norteamérica (rugió):

> Le hubiesen (...) emplumado inmediatamente, y (...) le hubiesen cabalgado *con el culo desnudo sobre un rail*, hasta que cayese cerca de algún bosque o ciénaga, y allí le habrían dejado para que rumiase acerca de la prudencia —por no decir nada de la modestia— de instituir a un creador de un nuevo entramado de gobiernos y religiones.[84]

Apenas hay en nuestra historia otro escritor que haya hecho tantos y tan fuertes ataques al clero anglicano —y en particular al clero rural— como Cobbett. Y sin embargo, sin haber dado nunca una explicación seria para ello, con frecuencia anunciaba su lealtad, no

[84] *Political Register* (2 de febrero de 1822).

sólo al Trono —que estuvo a punto de derribar durante la agitación de la reina Carolina— y a la Constitución —a la que sus partidarios casi asesinaron en 1819 y 1832—, sino también a la iglesia oficial. En una ocasión, fue incluso capaz de escribir acerca de «nuestro deber de mantener el odio hacia los turcos y judíos», porque la cristiandad era «parte integrante de la ley».

Un oportunismo como éste hacía imposible que a partir del cobbettismo se desarrollase cualquier teoría política sistemática. Y sus preocupaciones económicas eran coherentes con este tipo de evasiva. Precisamente porque no desarrolló una crítica de un sistema político, ni siquiera de la «legitimidad», sino una invectiva contra la «Vieja Corrupción», redujo el análisis económico a la polémica contra el *parasitismo* o contra ciertos intereses creados. No se podía permitir una crítica centrada en la propiedad; por consiguiente, exponía, con muchas repeticiones, una demonología en la que los males del pueblo eran consecuencia de los impuestos, la deuda nacional y el sistema monetario, y de las hordas de parásitos —inversores de la deuda, *placemen*, corredores de bolsa y recaudadores de impuestos— que vivían a costa de aquellos tres. No se puede afirmar que su crítica careciese de fundamento; en el modelo fiscal enormemente explotador, y en las actividades parasitarias de la Compañía de las Indias Orientales y de los bancos, había combustible suficiente para el fuego de Cobbett. Pero, de modo característico, los prejuicios de Cobbett casaban con las quejas de los pequeños productores, tenderos, artesanos, pequeños agricultores y consumidores. La atención se desviaba del terrateniente o el capitalista industrial y se enfocaba sobre el intermediario: el agente o el corredor que acaparaba en los mercados, sacaba beneficio de la escasez de los pobres o vivía, de cualquier forma que no estuviese estrechamente relacionada con la tierra o la industria, de ingresos que no se había ganado. Los argumentos eran tanto morales como económicos. Los hombres tenían derecho a la riqueza, pero sólo si se les podía ver trabajando con ahínco. Junto con los detentores de sinecuras, Cobbett odiaba a los especuladores cuáqueros.

Además de ser deficiente en el terreno de la teoría, algunas veces era sencillamente perjudicial en su influencia inmediata sobre la estrategia política, mientras que en los asuntos personales y públicos de ningún modo era siempre tan recto como pedía que lo fuesen los demás. No era completamente responsable de sus fallos como líder político. Era un periodista y no un líder u organizador, y sólo por el accidente de la situación —la ilegalización de las organizaciones políticas efectivas— se vio obligado a cumplir otro papel. Si bien no escogió ser un líder político, era, como otros hombres en esa difícil situación, remiso a contemplar cómo el movimiento

iba en cualquier otra dirección distinta a la que él recomendaba. Cuando se han considerado estos —y otros— defectos, es fácil subestimarle como un romántico nostálgico o un fanfarrón.

Pero la opinión común, con la que tan a menudo nos tropezamos, de que Cobbett era «verdaderamente un *tory*», es inútil. Hemos examinado bastante una razón: el carácter democrático de su tono. La relación que mantenía con su público era particularmente íntima; debemos recordar que estaba continuamente hablando con sus lectores. Se dirigía a ellos en los mítines en favor de la reforma. Realizaba giras de lectura. Incluso cuando estuvo en Norteamérica, su correo era voluminoso y en las riberas del Susquehannah le presentaban sus respetos delegaciones de obreros escoceses y reformadores emigrados. Cabalgaba por el campo para averiguar cómo pensaban y hablaban las gentes. De ahí que se deba considerar que las ideas de Cobbett son menos un flujo propagandístico de una sola dirección que la incandescencia de una corriente alterna entre sus lectores y él mismo. «Siempre digo que del pueblo he sacado (...) diez veces más luz que la que yo le he transmitido»:

> Un escritor comprometido en la instrucción de un pueblo como éste recibe un apoyo constante, no sólo del aplauso que aquél le da y de la percepción de que sus esfuerzos surten efecto, sino también de la ayuda que obtiene continuamente de las ideas nuevas que sus ideas provocan en las mentes de aquellos. Es el encuentro del pedernal y el acero lo que produce el fuego.[85]

¡Qué conmovedora es esta penetración en la naturaleza dialéctica del mismo proceso de formación de sus propias ideas? Pocos autores son hasta tal punto la «voz» de su público. Se puede seguir el ánimo de Cobbett como indicador del movimiento que representaba. En los momentos de crisis está su brillante incandescencia. En los momentos en que el movimiento languidecía, se vuelve más estrafalario y particular: su estilo tiene sólo un brillo apagado. Y esto es cierto hasta para sus últimos años; a medida que su público cambiaba, él cambiaba con aquel.

Esto es lo que bien describió Raymond Williams como la «extraordinaria certeza instintiva» de Cobbett. Pero, ¿instinto para qué? En primer lugar era un instinto que revelaba la naturaleza real de las relaciones de producción cambiantes, que juzgaba como contrarias a un pasado patriarcal idealizado, y en parte contrarias a la afirmación del valor de cada trabajador individual, lo cual de ningún modo es nostálgico. En segundo lugar, Cobbett era

[85] *Political Register* (27 de enero de 1820).

la encarnación del «inglés libre por nacimiento». Recogió todo el vigor de la tradición del siglo XVIII y lo proyectó hacia adelante, con un énfasis nuevo, en el siglo XIX. Su punto de vista se aproximaba muy de cerca a la ideología de los *pequeños productores*. Los valores que respaldaba con todo su ser —y hay que tener en cuenta que cuando escribía mejor era cuando daba rienda suelta a sus prejuicios— eran los de un fuerte individualismo e independencia. Lamentaba la desaparición de los agricultores con pequeñas explotaciones; las gentes de oficio con pequeños talleres; el drenaje de los recursos del campo hacia las «grandes aglomeraciones»; la pérdida del «carácter franco y osado» de los tejedores «formado en los días de su independencia».[86] Entre su público natural se encontraban: el pequeño agricultor que protestaba contra la gran fortuna del cervecero o del lord absentista; el pañero con un pequeño taller que presentaba peticiones contra el crecimiento del sistema de fábrica; el sastre o zapatero con pequeños negocios que se encontraban con que el gobierno daba contratos a los intermediarios o que éstos se quedaban con lo mejor del mercado. También sentía la misma hostilidad difusa hacia la «especulación» y el «sistema comercial»; pero, al igual que Cobbett, se detenía mucho antes de hacer cualquier crítica radical a los derechos de propiedad.

Si esto hubiese sido todo, Cobbett podría haber quedado como el portavoz político de la pequeña burguesía, pero su público —el mismo movimiento radical— le llevó más lejos: «Estamos avanzando diariamente hacia la situación en la que sólo habrá dos clases de hombres, los *patronos* y los *miserables subordinados*.» Cuando Cobbett consideraba la situación del artesano o el hilandero, la extrapolaba de la experiencia de los pequeños menestrales que se veían abocados a engrosar la clase obrera. Consideraba que los proletarios de Manchester eran menos un tipo de hombres aparecidos recientemente que pequeños productores despojados de su independencia. Y como tales, la disciplina laboral de las fábricas suponía un ultraje para su dignidad. Tenían derecho a rebelarse, como él se habría rebelado en la misma situación. Y por lo que se refiere al trabajo de los niños, simplemente, era «antinatural».

Su actitud hacia los jornaleros del campo era algo diferente. Aunque se esforzaba por entender una sociedad comercial e industrial, el principal modelo de economía política que tenía en mente se basaba en la agricultura. Y en éste aceptaba una estructura social en la que el propietario, el buen arrendatario, el pequeño terrateniente y el bracero, todos tuviesen su parte, siempre que

[86] *Political Register* (30 de enero de 1832). Véase también R. Williams, *Culture and Society*, edición de Pelican, pp. 32-34.

esas relaciones productivas y sociales estuviesen gobernadas por ciertas obligaciones y sanciones mutuas. Al defender su propia conducta como propietario, citaba el caso de un *cottager*, que vivía retirado en la granja de Botley cuando tomó posesión de ella: «El viejo no me pagaba renta; cuando murió hice poner una lápida en su tumba para dejar constancia de que había sido un trabajador honrado, diestro y laborioso; y durante todo el tiempo que estuvo en Botley, le di a su viuda un chelín a la semana.»[87] En este pasaje aparece indistinguible el mejor tipo de *squire*, cuya desaparición lamentaba tan a menudo. Pero esto no es todo. También se encuentra esta molesta frase: «*No debería existir ninguna sociedad* en la que los labriegos vivan como puercos.» No debería existir ninguna sociedad: la verdadera piedra de toque de su crítica social es la condición de los trabajadores. Cuando, como ocurrió en la época de la revuelta de los jornaleros o la de la *New Poor Law*, consideró que esta situación era insoportable, entonces estuvo decidido a desafiar el orden social heredado:

> Dios hizo que viviesen en esta tierra; tienen tanto derecho como vosotros a habitar sobre ella; tienen un derecho evidente a mantenerse de los frutos de la tierra, a cambio de su trabajo; y si no sois capaces de administrar vuestras tierras de modo que les deis trabajo, a cambio de que se puedan ganar la vida, dadles la tierra.[88]

Esto lo escribió seis meses antes de morir.

Esto es lo que hizo que Cobbett, como John Fielden, su amigo y compañero diputado por Oldham después de 1832, estuviese tan cerca de ser un portavoz de la clase obrera. Una vez que la condición real de la población trabajadora —para Cobbett, el labriego, para Fielden, los niños que trabajaban en las fábricas— se convierte, no en uno, sino en el indicador de todos los demás aspectos políticos, entonces estamos cerca de alcanzar conclusiones revolucionarias. Bajo la aparentemente «nostálgica» idea de «derechos históricos de los pobres», que de formas diferentes expresaron Cobbett, Oastler y Carlile, se escondían también nuevas demandas que estaban madurando, para que la comunidad socorriese a los necesitados y los indefensos, no por caridad, sino por derecho.[89] Cobbett abominaba del «reconfortante sistema» de la caridad y la salvación moral. Así en su *History of the Protestant «Reformation»* se preocupó sobre todo de dar respaldo histórico a su idea de los derechos sociales. Las tierras de la Iglesia medieval eran administradas en nombre

[87] *Twopenny Trash* (1 de octubre de 1830).
[88] *Political Register* (28 de febrero de 1835).
[89] Véase Asa Briggs, «The Welfare State in Historical perspective», *Archiv. Europ. Social.*, 1961, II, p. 235.

de los pobres. Ilegalmente malversadas o dispersadas, sin embargo los pobres tenían todavía un derecho sobre ellas, que, en opinión de Cobbett, se reconocía por mediación de las viejas *Poor Laws*. La revocación de aquellas leyes fue el último acto de una serie vergonzosa de robos por la cual se había defraudado a los pobres en sus derechos:

> Entre esos derechos se encontraba el derecho a vivir en nuestra región de nacimiento; el derecho a obtener lo necesario para vivir de la tierra donde hemos nacido, a cambio de nuestro trabajo realizado debida y honestamente; el derecho, en caso de que nos veamos hundidos en la miseria, de tener mitigadas nuestras necesidades con el producto de la tierra, tanto si la miseria es consecuencia de la enfermedad, de la decrepitud, la vejez o la incapacidad para encontrar empleo (...) Durante mil años, la necesidad fue mitigada con el producto de los diezmos. Cuando la aristocracia sacó los diezmos y se los reservó para ella, o los cedió por completo a los párrocos, se establecieron provisiones de la tierra, como compensación a lo que se había sacado. Esta compensación se financiaba con las contribuciones que establecía la ley de pobres. Quitar estas contribuciones suponía violar el acuerdo, según el cual se tenía tanto derecho a recibir, en caso de necesidad, ayuda con los productos de la tierra, como se le daba al propietario derecho a recibir su renta.[90]

Este mito histórico, que supone la existencia de algún pacto social medieval entre la Iglesia y la *gentry*, por un lado, y los trabajadores del campo por el otro, se utilizó para justificar demandas de nuevos derechos sociales, del mismo modo que la teoría de la constitución libre del rey Alfredo y del yugo normando se había utilizado para justificar la exigencia de nuevos derechos políticos. De acuerdo con este punto de vista, la posesión de la tierra por parte de los terratenientes no era un derecho absoluto, sino que dependía del cumplimiento de sus obligaciones sociales. Ni Cobbett ni Fielden partían del supuesto de que la población obrera tuviese derecho alguno a expropiar a los propietarios de la tierra o del capital; pero ambos aceptaban que, si las relaciones de propiedad existentes violaban derechos esenciales para la realización humana del obrero o su hijo, entonces se podía poner en discusión cualquier tipo de remedio, por muy drástico que fuese. Para Fielden esto significó que —siendo el tercer gran «Señor del Torzal» del Lancashire— estuvo dispuesto a colaborar con John Doherty para conseguir una huelga general en favor de la jornada laboral de ocho horas.

La piedra de toque de Cobbett fue a la vez una barrera insuperable entre su clase de economía política y la ideología de los utilitaristas de

[90] *Tour of Scotland*, 1833, citado en W. Reitzel (ed.), *The Autobiography of William Cobbett*, pp. 224-225.

la clase media. Si las conclusiones de Malthus conducían a predicar la emigración o las restricciones en el matrimonio de los pobres, entonces su piedra de toque los declaraba culpables. Si los «filósofos escoceses» y Brougham no podían hacer otra cosa que destruir los derechos que los pobres tenían bajo la antigua *Poor Law*, dejar que los tejedores muriesen de hambre y aprobar el trabajo de los niños pequeños en las fábricas, entonces su piedra de toque proclamaba que eran unos canallas intrigantes. Algunas veces se trata menos de un argumento que de una afirmación, una imprecación, un arranque de sentimiento, pero era suficiente. Cobbett hizo más que cualquier otro autor para impedir que los radicales y los cartistas se convirtiesen en los vivanderos de los utilitaristas o de las ligas contrarias a la *Corn Law*. Alimentó la cultura de una clase, cuyos males comprendía, pero cuyos remedios no pudo entender.

III. Carlile, Wade y Gast

Sin embargo no podemos olvidar las incoherencias, las bravuconadas, el anti-intelectualismo, las profesiones de lealtad al trono y la iglesia, el oportunismo teórico, los subterfugios de las efímeras obras políticas de Cobbett. Todas estas debilidades eran más que evidentes para los radicales más articulados. Ya en 1817 se vio sometido a duras críticas desde otros periódicos. Hacia 1820 muchos artesanos radicales habían dejado de considerar a Cobbett como un pensador serio, aunque no habían dejado de deleitarse con sus polémicas gargantuescas. Seguían leyéndole, pero además empezaron a leer otros periódicos. Entre esos periódicos menores, entre 1817 y 1832, existían ideas originales y rigurosas, que conformarían la conciencia política de la clase, después de 1832. Podemos distinguir cuatro tendencias entre ellos: la tradición Paine-Carlile, los utilitaristas obreros y el *Gorgon*, los sindicalistas que estaban alrededor del *Trades Newspaper* de John Gast y la diversidad de tendencias asociadas con el owenismo.

Hemos examinado ya el principal núcleo de ideas del primero en *Los derechos del hombre* y su contribución fundamental en la lucha de Carlile por los derechos de la prensa. La derivación de

Paine es explícita. No se trata sólo del reconocimiento de una deuda, sino de la afirmación de una ortodoxia doctrinal:

> Sólo las obras de Thomas Paine constituyen un modelo para cualquier cosa digna de ser denominada reforma radical. No existen reformadores radicales que no se acerquen al conjunto de principios políticos de Thomas Paine (...) No puede haber reforma radical sin (...) una forma de gobierno republicana.[91]

A partir del relato de una reunión de la sección cartista de Cheltenham, cuyo presidente era un viejo herrero, captamos la sensación de fuerza y de lealtad con que esta doctrina se mantuvo:

> Una noche (...) alguien habló de Tom Paine. El presidente se puso en pie de un salto. «No estoy dispuesto a seguir presidiendo —gritó encolerizado— y escuchar cómo se vilipendia a ese gran hombre. Tened presente que no era un pugilista. No existe otra persona como Tom Paine. El señor Thomas Paine, si sois tan amables.»[92]

Entre sus virtudes se encontraban la hostilidad intransigente hacia el principio hereditario y la superstición «gótica» y otras reliquias, afirmación relativa de los derechos del ciudadano privado. Pero en Inglaterra, la tradición de Paine-Carlile había adquirido, al menos hacia finales de la década de los veinte, cierta estridencia y un aire de irrealidad. El grito *«á bas les aristos»* tiene menos fuerza cuando tomamos en consideración la estructura real de poder en Inglaterra, a medida que avanzaba la Revolución industrial, y la compleja interpenetración del privilegio aristocrático y la riqueza comercial e industrial. Tanto las sátiras racionalistas sobre el «clero», como los defensores a sueldo del privilegio y los emisarios de una ignorancia pensada para mantener al pueblo en la esclavitud, no aciertan en modo alguno a dar en el blanco. Podía hacer mella en párrocos rurales que cazaban el zorro o en los magistrados eclesiásticos, pero pasaban de largo por los oídos de los pastores evangélicos e inconformistas que estaban ya en activo en las escuelas británicas y nacionales. La polémica tiende a dispersarse en abstracciones; no absorbe la atención ni compromete, como casi siempre hace la de Cobbett. El «cura» de Carlile se describía ocupado en «Hincarse de rodillas, los diezmos, las peregrinaciones, los exorcismos, las bendiciones, las cruces, los sacramentos, las abluciones, la circuncisión y la jerga ininteligible» en los intervalos de «lascivia (...) y borrachera».[93] Aunque Carlile sabía más de las cárceles inglesas que cualquier otro radical, seguía confundiéndolas

[91] R. Carlile, *An Effort to set a rest... the Reformers of Leeds*, 1821, p. 7.
[92] W. E. Adaras, *op. cit.*, p. 169.
[93] Filántropo, *The Character of a Priest*, 1822, pp. 4, 6.

con la Bastilla. Si Jorge IV hubiese sido estrangulado con las tripas del obispo de Llandaff hubiese sido un triunfo, pero no el triunfo que él suponía. Hubiese tenido que tratar todavía con el último concejal de la ciudad y el último predicador local.

Como es característico de los doctrinarios, a veces intentaba manipular la realidad para que confirmase sus doctrinas. Alimentaba a sus perseguidores con renovadas provocaciones:

> Como considero que la mayoría de los ministros actuales son tiranos y enemigos de los intereses y el bienestar del pueblo de este país, también me atrevo a confesar que, si cualquier hombre que haya sufrido de forma injusta bajo su administración fuese tan indiferente hacia su propia vida que asesinase a uno cualquiera o más de ellos, yo templaría mi lira para cantar sus alabanzas.

Pero si un tiranicida como éste buscase compañeros para llevar a cabo su acción, mostraría una «falta de virtud»; debería tener la resolución de hacerlo él solo: «Condeno la asociación para tales fines».[94] Y el pasaje nos conduce a otras de sus debilidades. En primer lugar está la irresponsabilidad de su individualismo. Es una instigación que podía publicar, como publicaba otras, simplemente como instigación, sin pensar en las consecuencias. Al igual que otros hombres que han codificado ideas en una ortodoxia, no es cierto que simplemente transmitiese las ideas de su maestro. Las osificó al transformarlas en doctrina; tomó una parte de las ideas de Paine —la doctrina de los derechos individuales— y omitió las otras. Y la parte que adoptó, la empujó hasta un extremo, el *non plus ultra* del individualismo.

Ningún ciudadano debía respeto a la autoridad, además debía actuar como si no existiese. Esto es lo que él mismo hacía y estaba dispuesto a afrontar las consecuencias. Sostenía que el ciudadano sólo se debía a su propia razón; no tenía que consultar a los demás, ni siquiera a los de su propio partido, ni someterse a las opiniones de aquellos. Desde luego, la misma idea de partido le era ofensiva. El único organizador que aceptaba era la fuerza de la razón y la prensa era el único multiplicador:

> Cuando los principios políticos establecidos por Thomas Paine sean bien comprendidos por la gran mayoría de la población, todo lo que es necesario para ponerlos en práctica surgirá por sí mismo, y entonces no serán necesarios ni los complots ni las reuniones de representantes (...) En la actual situación de este país, el pueblo no tiene otro deber verdadero que familiarizarse individualmente con lo que constituye sus

[94] *Republican* (19 de enero de 1821). Carlile también volvió a editar *Killing No Murder* de Sexby.

derechos políticos (...) En el ínterin, cada individuo se debería preparar y mantener dispuesto, como un individuo armado, sin mantener relación ni consultar a sus vecinos, para el caso de que las circunstancias requiriesen que tomase las armas para preservar la libertad y la propiedad que pueda poseer contra cualquier intento tiránico de reducirlas (...) Que cada uno cumpla con su deber, y que lo haga abiertamente, sin guiarse por lo que hace su vecino.

Al poder del conocimiento popular lo llamaba el «principio de investigación»:

Vamos pues a esforzarnos para progresar en el terreno del conocimiento, puesto que está demostrado que el conocimiento es poder. El poder del conocimiento pone freno a los crímenes de los gabinetes y los tribunales; el poder del conocimiento debe poner fin a las guerras sangrientas y los terribles efectos de los ejércitos devastadores.[95]

El primer fragmento está escrito en el funesto año 1820, y Carlile estaba ansioso en parte por proteger a los radicales del tipo de organización en la que tan fácilmente se infiltraban los *provocateurs*. Pero hay esta ausencia de lo concreto: «libertad», «conocimiento», «guerras sangrientas» y «gabinetes y tribunales». Y también hay ese concepto erróneo de su público: «Que cada uno cumpla con su deber (...) sin guiarse por lo que haga su vecino.» ¿No sabía que la esencia del movimiento radical de la clase obrera consistía en que cada hombre «consultase con sus vecinos»? Sin estas consultas, los trabajadores de su taller no hubiesen avanzado, sus representantes en las provincias no se hubiesen mantenido en sus puestos. La clave de su ceguera reside quizás en la frase: «preservar la libertad y la propiedad que pueda poseer contra cualquier intento tiránico.» Porque esto no es sólo Paine, también es Locke.

Una vez más acude a nuestra mente el término «individualismo pequeñoburgués». Y si hacemos el difícil esfuerzo de desechar algunas de las asociaciones peyorativas del término, veremos que en el caso de Carlile es útil. El modelo que se encuentra en el fondo de su mente es quizás el del menestral, el sombrerero, el brucero, el librero; en Carlile podemos encontrar, no sólo las limitaciones de la pequeña burguesía, sino también, en su época de rebeldía, su fuerza. Si Bewick hubiese sido algo más joven, habría leído el *Republican*. Lo que Carlile hacía era adoptar el recelo burgués hacia el poder de la Corona, en defensa de sus derechos políticos y de propiedad, y extenderlo al sombrerero de Shoreditch o al fabricante de juguetes de Birmingham y a sus artesanos.

[95] *Republican* (4 de octubre de 1820, 26 de abril de 1822); véase Wickwar, *op. cit.*, pp. 213-215.

En términos de derechos de prensa y expresión oral, los resultados fueron tan dramáticos como democrático era el tono de Cobbett, pero en términos de teoría política y económica, la posición era o bien estéril, o errónea. La fuerza de la ideología de Locke reside en el hecho de que los burgueses eran hombres con grandes propiedades; la demanda de que finalizase el control o la interferencia del Estado era, para ellos, una demanda liberadora. Sin embargo, el sombrerero apenas tenía propiedades y los artesanos aún menos. Pedir una ausencia de regulación por parte del Estado significaba simplemente dar rienda suelta a sus mayores competidores, o «fuerzas del mercado». Y esto era tan evidente que Carlile, al igual que Cobbett, se vio obligado a hacer una demonología de sinecuristas, *placemen* y devoradores de impuestos. Debemos tener en cuenta que el gran mal que afligía a los menestrales eran los impuestos. El gobierno debía ser el menor posible, y ese poco debía ser barato.

Era cercano al anarquismo, pero sólo en su sentido más negativo y defensivo. Todos los hombres debían ser libres para pensar, escribir, comerciar o llevar una pistola. Los dos primeros eran su preocupación principal, hasta el punto de que la libertad de prensa dejó de ser un medio para convertirse en un fin en sí misma. El panorama de propuestas sociales que se ofrecía en la segunda parte de *Los derechos del hombre* fue la parte de la obra del maestro que menos le conmovió. Poseía el desprecio del hombre que ha prosperado por su propio esfuerzo hacia los irreflexivos y la impaciencia del autodidacto respecto de aquellos que no aprovechan las oportunidades de progreso personal que se les ofrecen. Cumplió prisión para abrir las puertas de la razón, y si los obreros no se agolpaban para cruzarlas era por su culpa: «Lo sé, la cervecería tiene un encanto irresistible para la gran mayoría de los obreros manuales.»[96] Era un hombre de mentalidad elitista.

Su racionalismo, al igual que su teoría política, se componía de negaciones. Sentía placer mostrando absurdos bíblicos y publicando pasajes obscenos que se podían encontrar en la Biblia. Cuando exponía la lista de virtudes elementales, resultaba ser, como hemos visto, una tibia apología racionalista de las virtudes de un hombre de familia burgués. En su actitud hacia la poesía, o hacia cualquier facultad imaginativa, mostraba una «visión simple» tan estrecha como la de Bentham. Aunque publicó de forma clandestina *Cain* y *The Vision of judgement*, se tomó la molestia de señalar que lo hacía «no porque sintiese admiración alguna por las obras, sino porque veía que mis enemigos las amenazaban». La

[96] *Republican* (23 de agosto de 1822).

media docena de cantos de *Don Juan* que había leído eran «en mi opinión *simples bobadas*, que no tenían nada útil para la humanidad» y no parece haber notado que todas ellas eran ingeniosas: «No soy poeta, ni admiro la poesía más allá de aquellas cualidades que podría tener en común con la prosa: el poder de instruir a la humanidad conocimiento útil.»[97]

«En mi opinión»: esto nos recuerda que la cultura del autodidacto también puede ser filistea. La democracia del intelecto corría el peligro de convertirse en una especie de Feria de Bartolomé. Allí todo el mundo podía montar su tenderete, las opiniones de cualquiera valían tanto como las de cualquier otro, las más extrañas casetas —con mujeres sin cabeza y pobres osos viejos bailando— podían ofrecer su espectáculo. Los artesanos que vagaban por la feria acudían y pagaban sus peniques; inmediatamente se les animaba a montar su propio puesto para argumentar y debatir antes de que hubiesen pasado aprendizaje alguno del oficio. Los pareceres más sólidos —Hodgskin o Thompson, O'Brien o Bray— que ofrecían su trabajo en el mismo mercado deben haber maldecido más de una vez a los porfiados buhoneros que gritaban a su alrededor.

Sin embargo, cuando se han hecho todas estas críticas —que son muchas y van lejos para explicar la estridencia de la tradición racionalista militante del siglo XIX—, cuando se ha dicho todo esto, hay que afirmar que Carlile puso en marcha un mercado. No se trata de una figura literaria. Sus publicaciones constituían un mercado; fue quien publicó a Paine, Volney, Palmer, Holbach y muchos otros, pero también creó el mercado para el debate oral. En 1830 fundó *Rotunda*, donde tenían lugar los debates educativos de la clase obrera londinense. Su calendario de actos se publicaba con regularidad en el *Prompter*. El periódico se debería haber llamado, de forma más adecuada, Promoter, puesto que, de hecho, Carlile se había convertido en eso, en un promotor. Era el empresario del librepensamiento y nadie tenía más derecho que él a ocupar este puesto. Lanzaba miradas a su alrededor para encontrar personajes destacados que atrajesen a las masas. John Gale Jones, el veterano cirujano jacobino, todavía despertaba interés entre los seguidores, pero su mayor éxito fue la promoción del reverendo Robert Taylor, un apóstata anglicano que había sido capellán del rey y que predicaba —con todos los atuendos canónicos— sermones ateos atacando al «clero egoísta y malvado». Taylor era un hombre serio y erudito, que también cumplió su turno en la cárcel, y que contribuyó en algo al declive de «su Divina Majestad, la ignorancia del siglo XVIII». Pero sus sermones, copiosamente ilustrados de crítica

[97] Véase Wickwar, *op. cit.*, p. 272.

lingüística del texto hebraico, eran algo jocoso y extraño para el público: una mujer sin cabeza. Lo mismo ocurría con otro de los objetos de interés de *Rotunda*, Zion Ward, un heredero del manto southcottiano que tenía a sus oyentes embelesados con arengas sobre la revelación y la reforma que causaban estupor. A pesar de tales atracciones, Carlile registraba un triste descenso en la asistencia a los debates religiosos semanales en agosto de 1831. En aquel momento, los miércoles por la tarde había un nuevo inquilino en *Rotunda*, la *National Union of the Working Classes*. Carlile, que estaba una vez más en prisión, se sentía un poco irritado con el hecho de que esta *union* propusiese organizar el siguiente asalto en la lucha por la libertad de prensa, los *unstamped*. Escribió: «No tengo nada que ver con asociación alguna y no busco (...) la asistencia de nada por el estilo.» Al igual que otros individualistas, su egoísmo había absorbido la causa y le ofendía la idea de que otros la pudiesen hacer suya. «Tened cuidado con los clubes políticos», escribió un mes más tarde. Albergaba el rencor más profundo contra los clubes, las sociedades e incluso las *trade unions* y las sociedades de socorro mutuo: «Casi todos los horrores de la primera Revolución francesa provinieron de los clubes políticos (...) Declaro que todas son asociaciones miserables, viles, frívolas y despreciables ceros a la izquierda.» A medida que, semana tras semana, la lucha en favor del proyecto de ley de la reforma se hizo más crítica, Carlile publicaba información acerca de barricadas, granadas de mano y ácidos ardientes: «que cada hombre se organice por su cuenta». Pero la *National Union* siguió reuniéndose en *Rotunda*, y muchos de sus líderes más importantes —Watson, Hetherington, Lovett, Cleave, Hibbert— eran hombres que se habían nutrido de la tradición de Carlile, que le habían dejado atrás hacía tiempo, aunque se asían todavía firmemente a su primer principio: «La discusión libre es la única Constitución necesaria, la única ley necesaria para la Constitución.»[98]

Veinte años de homilías de Hannah More y el obispo de Llandaff, Wilberforce y la Conferencia Metodista, habían levantado un frente anticlerical entre los radicales. El *Gorgon* podía escribir con toda naturalidad acerca del «sumiso y amable Moisés, que condujo fuera de Egipto a los sarnosos y roñosos israelitas»:

> No afirmaremos que Moisés fuese un impostor tan grande y tan astuto como Mahoma. No diremos que Aarón, el sumo sacerdote, le era tan necesario a Moisés, como Perigord Talleyrand lo fue una vez para Bonaparte.

[98] *Republican* (11 de julio de 1823); *Devil's Pulpit* (4 y 18 de marzo de 1831); *Prompter* (30 de agosto, 31 de septiembre, 15 de octubre de 1831); *Radical* (24 de septiembre de 1831); H. O. 40.25.

No diremos que Josué fue un canalla militar tan grande como el viejo Blucher o Suvaroff, y que las crueldades y carnicerías que se cometieron en Canaán fueron diez veces más atroces que cualquiera de las que se cometieron durante los veinticinco años de guerra revolucionaria.[99]

Y sin embargo, esto es lo que el *Gorgon* pretendía decir. En este punto entra en contacto con la tradición de Carlile; y las dos están relacionadas por sus afinidades también con el utilitarismo. En Carlile ello está implícito: incluso la poesía debe ser útil e impartir conocimiento. La historia intelectual del *Gorgon* es más emocionante. Era un intento explícito de realizar una confluencia entre el benthamismo y la experiencia de la clase obrera. No se trataba simplemente de un intento de transmitir —como hubiese hecho Place de haberlo controlado— las ideas de los utilitaristas de la clase media a un público obrero. John Wade, el antiguo oficial clasificador de lana que lo editaba en los años 1818-1819, era un hombre original y de gran aplicación, que no adoptaba sus ideas con los ojos cerrados. El resultado era que el *Gorgon* no parecía tanto aceptar esas ideas como luchar con ellas al plantear la siguiente pregunta ¿se puede aplicar el utilitarismo en el contexto de la experiencia de la clase obrera?

Puesto que la influencia de Place era importante, debemos acercarnos más para entender al hombre. A lo largo de este estudio hemos mantenido una mirada vigilante sobre él puesto que, como archivista e historiador —de la S. C. L., del radicalismo de Westminster, de la revocación de las *Combination Acts*—, sus prejuicios han sido gravemente engañosos. Pasó de ser un oficial pantalonero a ser un tendero y patrono próspero, el confidente más cercano de Bentham y los Mill, y consejero de diputados. Desde principios de la década de 1800 puso el acento en construir puentes entre los artesanos y la clase media; prestó su apoyo al movimiento de escuelas lancasterianas y al Instituto de Trabajadores Manuales; su preocupación se centró en el artesano juicioso y respetable y en sus esfuerzos de mejora personal. Pero puesto que era tan claramente padre fundador de la tradición fabiana, y Graham Wallas lo tomó de manera acrítica como tal, no deberíamos verlo simplemente como un «cautivo» de la clase media, ni deberíamos suponer que fuese incapaz de adoptar las posiciones más intransigentes. En cuestiones de libertad de pensamiento y expresión era todavía medio jacobino; había ayudado a publicar la primera edición en Inglaterra de *La edad de la razón*, y a pesar de que llegó a considerar a Carlile como un «fanático», le prestó mucha ayuda en sus primeras luchas. Hemos

[99] *Gorgon* (24 de abril de 1819). Shelley, al escribir *Prometheus Unbound* en 1818-1819, le dio el nombre de «Demogorgon» al oscuro dios revolucionario; nos preguntamos si se produjo alguna asociación de ideas.

visto su furor ante la represión de 1817 y 1819, y con qué gran dedicación trabajó por los derechos de las *trade unions*, aunque su entusiasmo en la causa de los sindicalistas se combinaba curiosamente con la economía política de McCulloch. En términos intelectuales, hacia 1818 era realmente un cautivo de Bentham: más que investigar las doctrinas de Bentham y del Mill maduro, se las aprendió, y en sus propias obras apenas les añadió nada excepto los hechos ilustrativos que con tal laboriosidad había reunido. Pero en términos políticos, era una fuerza por derecho propio; proporcionó a los utilitaristas, no sólo un escaño en Westminster, que estaba dentro de sus manejos, sino un punto de contacto con el mundo de los artesanos y las gentes de oficio radicales. El mismo hecho de que un hombre como él pudiese representar ese papel, tanto desde el punto de vista ideológico como político, es un fenómeno nuevo.

La principal contribución de Place al *Gorgon* fue la recogida de material empírico sobre los oficios de Londres, en particular los sastres.[100] John Wade daba el tono y el acento del periódico. Wade, junto con Place, fue el investigador más importante de entre los radicales. Su *Black Book* es muy superior a cualquier otra investigación radical del mismo tipo. Se nota que le atraían los benthamitas por la solidez de su investigación y su preocupación por los detalles prácticos de la reforma: en la ley, las cárceles, la educación. Desde el principio, el *Gorgon* expresó su irritación ante la retórica que predominaba en el radicalismo popular. Por una parte, asestó duros golpes a los argumentos falaces de la antigüedad constitucional, que se encontraban con mucha frecuencia en el *Black Dwarf*, en el que el comandante Cartwright escribía todavía acerca de las *witenagemots* y perpetuaba la teoría del yugo normando: «Creo sinceramente que no podemos avanzar en la causa de la Reforma si no es excluyendo de la consideración del tema, todas las alusiones a un anterior estado de la sociedad.» Wade señalaba que, de un modo extraño, los argumentos que se derivaban de los «buenos viejos tiempos» procedían de las bocas de los reformadores de la clase obrera. En gran medida la «antigua tradición que con tanta dificultad se ha reunido» era parte integrante de una legislación gravemente represiva contra los trabajadores. «¿Pueden los líderes de los reformadores» —se preguntaba—:

[100] Véase más arriba, p. 286. No está claro si Wade aceptaba las notas de Place tal y como le llegaban, o si se tomaba libertades editoriales con ellas. Aunque Place colaboró con el *Gorgon*, nunca se encontró con Wade y consideraba que el periódico «no era en absoluto la publicación que hubiese preferido (…)» Véase Wallas, *op. cit.*, pp. 204-205.

No tener nada que alegar contra el viejo sistema de trapicheo de los *rotten boroughs* más que mohosos pergaminos, letra gótica (*black letter*) y citas en latín? ¿No hay nada en la situación de nuestras finanzas, en nuestro atrasado sistema monetario, en el número de pobres...

...que se pueda comentar o denunciar? Pero si bien rechazaba que se pudiera apelar al falaz argumento precedente, también rechazaba la confianza de Paine en la demanda de «derechos naturales». Si se argumentaba que todos los hombres tenían un derecho natural al voto, ¿cómo, entonces, se podía negar el mismo derecho a las mujeres? Para Wade, como para Cobbett, esto era la *reductio ad absurdum*. Se les negaba el derecho a voto a los locos y a los asilados —al igual que a las mujeres— por razones evidentes de utilidad social; y éstas parecían ser las bases más sólidas sobre las cuales los radicales de la clase obrera, o al menos la mitad masculina de ellos, deberían asentar sus demandas:

> La utilidad general es el único y último objetivo de la sociedad; y no debemos considerar sagrado o valioso ningún derecho natural o legal que se pueda oponer a ella.[101]

Sobre esta base no era difícil justificar el derecho a voto, pero aquí empezaba el problema. Wade estaba preocupado, de forma alentadora, por la reforma social y la organización de las *trade unions*. Si el utilitarismo se debía extender como ideología de la clase obrera, era necesario que tuviese alguna teoría de la estructura social y de la economía política. ¿Cómo se podía determinar lo bueno para la gran mayoría, y podría ocurrir que aquello que era útil para los patronos pudiese ser opresivo para la población obrera? La teoría de la estructura social de Wade era impresionista y poco original, pero, al menos, ofrecía algo más que la «Vieja Corrupción» de Cobbett o la retórica acerca del «sistema de caciquismo local». Dividía la sociedad entre las clases parasitarias y las productivas. En el primer grupo estaban: a) las clases altas, incluyendo a los dignatarios de la Iglesia y la Ley, y la nobleza; y b) las «clases intermedias»: párrocos legitimistas, comisarios de impuestos, cargos de los departamentos de contribuciones. A esos los identificaba con la corrupción. En el segundo grupo se encontraban las «clases productivas»: el término era bastante amplio para incluir a los profesionales y a los patronos, pero el acento recaía sobre «aquellos que con sus esfuerzos incrementan los fondos de la comunidad, como son los labradores, los trabajadores manuales, los jornaleros, etc.». Debajo de este grupo situaba a los inclasificables, como los pobres y los acreedores del

[101] *Gorgon* (20 de junio, 18 de julio, 22 de agosto de 1818).

Estado: «Las clases laboriosas se pueden comparar con el suelo, del cual surge y se desarrolla todo; las otras clases, con los árboles, las arvejas, la mala hierba y las hortalizas, que sacan el alimento de su superficie.» Cuando la humanidad alcanzase un estado de «mayor perfectibilidad», entonces sólo deberían existir las clases industriosas: «Las otras clases se han originado en su mayor parte por causa de nuestros vicios e ignorancia (...), al no tener ocupación, su nombre y su cargo dejarán de existir en el estado social.»[102]

En este punto, Wade consiguió la ayuda de Place y el *Gorgon* empezó a ofrecer cada semana material sobre la situación de las clases trabajadoras. No queda claro qué mano tenía mayor influencia. Por una parte, se pone un fuerte acento en el trabajo como la fuente de valor, un acento reforzado quizá por los *Principios de Economía* de Ricardo, publicados en el año anterior.[103] «El trabajo es un producto superabundante en este país —escribía el *Gorgon*— y es la principal mercancía que exportamos»:

> La materia prima quizá no alcanza, por promedio, ni la décima parte del valor de nuestras cuatro principales manufacturas, a saber, algodón, lino, paño y hierro, las nueve décimas partes restantes las crea el trabajo del tejedor, el hilandero, el tintorero, el herrero, el cuchillero y cincuenta más (...) El trabajo de esos hombres constituye el principal artículo de circulación en este país. Nuestros comerciantes han extraído sus riquezas, y el país su gloria, comerciando con la sangre y los huesos de los oficiales y los braceros de Inglaterra.

La exposición es más emotiva que exacta. Nos recuerda que la noción del trabajo como fuente de todo valor se encontraba no sólo en *Rights of Nature* de Thelwall, sino también, en un tono enérgico, en *Address to the Journeymen and Labourers* de Cobbett, de 1816. Tenemos la sensación de que Cobbett, mientras escribía, tenía presente su propia granja y los jornaleros atareados con el ganado, con el arado, reparando edificios. Wade —o Place— se imaginaban al artesano y al trabajador a domicilio, el clasificador de lana o al sastre, que recibían la materia prima en un estado determinado y, mediante su trabajo y su destreza, procesaban el material. Para la materia prima, una décima parte; para el trabajo y el conocimiento del oficio, el resto.[104]

[102] *Gorgon* (8 de agosto de 1818) y *The Extraordinary Black Book*, edición de 1831, pp. 217-218. Véase también A. Briggs, «The Language of "Class" in early nineteenth-century Britain», *Essays in Labour History*, p. 50.

[103] Se cita a Ricardo en el *Gorgon* (26 de septiembre de 1818).

[104] *Ibid.* (12 de septiembre de 1818). Para los orígenes de la teoría del valor-trabajo, tocada en este capítulo de forma breve e inexperta, véase G. D. H. Cole, *History of Socialist Thought*, 1, The Forerunners, 1953; A. Menger, *The Right to the Whole Produce of Labour*, 1898; R. N. Meek, *Studies in the Labour Theory of Value*, 1956.

Por otra parte, el propio artículo del *Gorgon* empezaba al mismo tiempo a instruir a los sindicalistas en los tópicos de la economía política. La recompensa por el trabajo se regulaba por la oferta y la demanda. «Un aumento del salario de los oficiales supone una disminución proporcional del beneficio de los patronos»: el fondo salarial. Cuando el precio del trabajo aumenta tiene «tendencia a sacar al capital de esa rama de la industria». Y, muy a tono con el lenguaje de Place, que actuó como asesor en la revocación del *Statute of Artificers*: «Tanto los patronos como los obreros deberían actuar, en todos los casos, *individualmente*. Cuando cualquiera de las dos partes recurre a mecanismos *antinaturales* o *artificiales*, provoca resultados *antinaturales*.» La teoría de las leyes o los derechos naturales, a la que Wade cerró la puerta principal, ha sido invitada a entrar por la puerta trasera. En aquel momento, es casi imposible pensar en el utilitarismo de la clase media sin pensar también en Malthus y la economía política ortodoxa: la doctrina de la utilidad sólo se podía interpretar a la luz de las «leyes» de la población y las de la oferta y la demanda. Si el utilitarismo penetraba en la ideología de la clase obrera, la convertiría en cautiva de la clase de los patronos.

Y si embargo el asunto no se resolvería tan fácilmente. En los meses de septiembre, octubre y noviembre de 1818, el *Gorgon* publicó análisis detallados de la situación de algunos de los oficios de Londres: los sastres, fundidores de caracteres de imprenta, ópticos, cajistas.[105] Al mismo tiempo hacía una defensa de los hilanderos de algodón de Manchester, cuya huelga se estaba ganando los más duros ataques en la prensa legitimista y la prensa de nuevo tipo de la clase media radical, en particular *The Times*. La comparación de los índices salariales de los anteriores veinte años, en oficios con organización y oficios desorganizados, llevaba a una conclusión ineludible. Fuese «natural» o «artificial», la organización *surtía efecto*:

> Siempre habíamos pensado que la prosperidad de los patronos y la de los obreros eran simultáneas e inseparables, pero en realidad no ocurre eso, y no dudamos en decir que la causa del deterioro de la situación de los obreros en general y de los diversos grados de deterioro entre las diferentes clases de oficiales depende por completo del grado de madurez que predomine entre ellos, lo cual ha sido declarado delito por la ley, a saber, organización. La situación de los obreros no depende en lo más mínimo de la prosperidad o los beneficios de los patronos, sino en el poder de imponer que tienen los obreros; mejor dicho, de obtener por la fuerza un precio elevado por su trabajo.[106]

[105] Para algunos de sus descubrimientos, véase más arriba, pp. 282-283.
[106] *Ibid.* (21 de noviembre de 1818).

Hay pocas posibilidades de que fuera Place quien escribió esto, teniendo en cuenta los argumentos que sabemos utilizó en 1814 y 1824.[107] Pero si el autor fue Wade, no mantuvo por mucho tiempo esta posición. Con posterioridad, adoptó la ideología de los utilitaristas de la clase media y su conocida *History of the Middle and Working Classes* (1835) posee esa mezcla característica de la política radical y la economía ortodoxa, junto con una laboriosa recopilación de hechos. Sin embargo, es una obra decepcionante por ser del autor del *Black Book* y del editor del *Gorgon*.

La historia de Gast es diferente. Junto con Gravener Henson y John Doherty fue uno de los tres líderes importantes de las *trade unions* que surgieron en esos primeros años. Procedían de industrias con experiencias muy diferentes y, por esta razón, la contribución característica de cada uno de ellos fue diferente. Henson ejemplifica la lucha de los trabajadores a domicilio, rozando los márgenes del ludismo, organizando su *union* ilegal, compartiendo su radicalismo político avanzado e intentando, hasta 1824, poner en vigor o promulgar una legislación protectora en su favor. Doherty, de los hilanderos de algodón, tuvo la capacidad de poner un mayor acento en el propio poder de los obreros para mejorar sus condiciones, o para cambiar el sistema por completo, gracias a la fuerza de la organización; hacia 1830, se encontraba en el corazón de los grandes movimientos de los obreros del norte por un sindicalismo general, por la reforma de las fábricas, la organización cooperativa y la «regeneración nacional». Gast, que procedía de un oficio cualificado pequeño, pero altamente organizado, estuvo constantemente preocupado por los problemas de organización y de la solidaridad mutua entre los oficios de Londres y a nivel nacional.

Gast era un carpintero de navío, que había realizado su aprendizaje en Bristol, donde había nacido en 1772 y llegado a Londres más o menos en 1790. De los «treinta o cuarenta» años que trabajó en el Támesis —dijo en 1825— pasó veintiocho en un astillero de Deptford, en el que era «capataz» y tenía a unos dieciséis hombres a su cargo: «Allí participé en la construcción de por lo menos veinte o treinta buques de guerra (...) sin contar los barcos mercantes.» En 1793 los carpinteros de navío se habían organizado en la Sociedad de Socorro Mutuo Santa Helena (*St. Helena Benefit Society*): «en el río no había ni diez hombres que no formasen parte de ella.» La sociedad fracasó, pero en 1812 hubo una huelga de carpinteros de navío y se formó la Sociedad de Socorro Mutuo Corazones de Roble (*Hearts of Oak Benefit Society*), en la cual Gast tuvo un papel dirigente. La sociedad tuvo

[107] Place informó a la Comisión Especial sobre Artesanos y Maquinaria (*First Report*, 1824, p. 46): «ningún otro principio de economía política [está] mejor fundado que el de los salarios: el aumento de salarios debe proceder de los beneficios.»

tanto éxito que no sólo prestó la asistencia habitual, por enfermedad, muerte y accidente, también construyó de sus fondos trece asilos para carpinteros retirados. Cuando, en agosto de 1824, se formó la *Thames Shipwrights Provident Union*, Gast fue su primer secretario. En aquel momento debía tener unos cincuenta y cinco años.[108]

Después de la revocación de las *Combination Acts*, los carpinteros de navío se vieron implicados en una lucha particularmente encarnizada contra sus patronos, quienes, en 1825, dirigían el grupo de presión que influía para que se hiciera una nueva legislación contraria a las *trade unions*.[109] De este modo Gast y su *union* cobraron importancia, pero se había ganado el respeto de los círculos de las *trade unions* londinenses mucho antes. Hemos visto que se le asociaba al *Gorgon*, aunque al mismo tiempo se destacaba en los intentos, en Manchester y Londres, de formar el *Philanthropic Hercules*, la primera *union* general de todos los oficios.[110] Está claro que hacia 1818, Gast era la figura dirigente de más de un comité de los «oficios» de Londres. Además, entre 1819 y 1822, tuvo lugar una interesante traslación en el radicalismo obrero de Londres. En el año anterior, un comité en el que destacaban hombres como el doctor Watson, Gale Jones, Evans y Thistlewood —en su mayoría antiguos jacobinos, profesionales, pequeños patronos y artesanos— había preparado la entrada triunfal de Hunt en Londres, después de Peterloo. Cuando Hunt salió de la cárcel de Ilchester, a finales de 1822, John Gast le dio la bienvenida a Londres en representación del Comité de las Clases Útiles (*Commitee of the Useful Classes*).[111] A partir de este momento en adelante, el radicalismo obrero de Londres adquiere una nueva lógica: es más fácil ver de qué industrias saca su fuerza. En el comité de Gast podemos distinguir un incipiente «consejo de los oficios». En 1825, con la revocación de las *Combination Acts* y la amenaza de su reimplantación, los oficios se sintieron bastante fuertes para fundar su propio semanario, *Trades Newspaper*.[112]

[108] *Trades Newspaper* (31 de julio de 1825).

[109] Véase los Hammond, *The Town Labourer*, pp. 138-140.

[110] *Ibid.*, p. 311; Webbs, *History of Trade Unionism*, pp. 85-86; Wallas, *op. cit.*, p. 189; G. D. H. Cole, *Attempts at General Union*, pp. 81-82.

[111] *Address to the Radical Reformers*, de Hunt, 9 de diciembre de 1822.

[112] El proyecto del periódico lo hicieron «aquellos representantes de los oficios de la ciudad y del campo que se habían reunido en Londres para vigilar el progreso de la última investigación relativa a las *Combination Laws*. Los oficios suscribieron mil libras para fundar el periódico, y aparte de los carpinteros de navío, parece que estuvieron directamente implicados en él los aserradores, toneleros, carpinteros, zapateros especializados en calzado de *señora*, calafateadores y tejedores de seda. El periódico fue dirigido por un comité de los oficios.

El *Trades Newspaper*, con su divisa «Cada uno ayudó a su vecino», no es importante sólo porque proyecta un torrente de luz sobre la fuerza del sindicalismo que, hasta aquel momento, debemos seguir a través de las sombras de los tribunales y los documentos del Ministerio del Interior.[113] También indica un punto de ruptura completa entre el utilitarismo de la clase media, por una parte, y la «teoría de las *trade unions*» por otra. El conflicto fue completamente explícito. Fue como si las partes ortodoxas del *Gorgon* hubiesen seguido adelante con Place y Wade, mientras que las demandas no ortodoxas que reivindicaban el valor de la organización se hubiesen convertido en la base de la nueva empresa de Gast. Algunas de las polémicas iban dirigidas específicamente contra Place, y de una forma a la vez desafortunada e injusta; y esto puede ayudarnos a explicar por qué Gast y los oficios de Londres figuran tan poco en el relato del propio Place de estos años. De hecho, la controversia se había iniciado el año anterior en las páginas del *Black Dwarf* de Wooler, que ahora se encontraba en el último año de su vida.[114] La había provocado el maridaje entre malthusianismo y economía política, solemnizado en las páginas de James Mill. Dicho escuetamente, declaraban que el problema del desempleo[115] era más un problema natural que artificial, que tenía como causa el «excedente» de población; como tal era insoluble; al ser insoluble, era el determinante fundamental de los índices salariales, puesto que —por mucho que grupos de obreros cualificados pudiesen alcanzar una posición privilegiada mediante la restricción de la entrada en su oficio— la masa de los obreros se encontraría con que las leyes naturales de la oferta y la demanda abaratarían el valor de un servicio que tenía una oferta excesiva.

[113] Véase más arriba, p. 275.

[114] Véase la controversia sobre población, que se inició el 12 de noviembre de 1823 y siguió en sucesivos números. El señor P. M. Jackson me informa de que ha encontrado pruebas en la colección de Place que identifican al corresponsal malthusiano «A. M.» como John Stuart Mill.

[115] Se ha divulgado una leyenda acerca de que la palabra «desempleo» se encontraba fuera del marco semántico de las décadas de 1820. Es posible que proceda de una afirmación imprudente por parte de G. M. Young en *Victorian England*, Oxford, 1936, p. 27, según la cual «desempleo estaba fuera del alcance de cualquier idea que dominasen los primeros reformadores victorianos, en gran medida porque no tenían una palabra para denominarlo»; a lo cual se añade la autoridad de una nota a pie de página: «No la he observado con anterioridad a los años sesenta.» De hecho, como ocurre a menudo con las «dataciones» semánticas, la afirmación es incorrecta. En general, los cucos llegan a estas islas varias semanas antes de que *The Times* lo anuncie. «Desempleado», «los desempleados» y, con menor frecuencia, «desempleo», todas estas palabras se encuentran ya en los escritos radicales u owenitas de la década de 1820 y 1830: las inhibiciones de los «primeros reformadores victorianos» habrán de ser explicadas de otra forma.

Hacía tiempo que Cobbett había dado una apasionada y explosiva negativa a esto: «¡Párroco Malthus! ¡*Feelosofers* escoceses!». El *Black Dwarf* ofrecía argumentos más enérgicos. «La cantidad de empleo es ilimitada», escribía:

> En este gran país fabril, he visto hombres y mujeres sin medias, que proveen de medias a todos los rincones del mundo (...); sólo con que todos y cada uno de los habitantes de estas islas fuesen tan bien vestidos como podrían desear, el consumo interior sería diez veces mayor.

«Para mejorar la condición de la raza humana —concluía, en réplica a las objeciones de Place— no se trata de disminuir su número, sino de agudizar sus intelectos.»[116]

La discusión se retomó en el primer número del *Trades Newspaper*, cuyo primer editor fue el radical avanzado J.C. Robertson, precursor del *London Mechanics' Institute* y compañero de Thomas Hodgskin.[117] El editorial disentía de M'Culloch por adoptar una teoría malthusiana y aconsejar a los obreros: «Restringid vuestro número si no queréis sobresaturar la demanda de trabajadores.» «Eso —comentaba el editorial es conspirar contra la naturaleza, contra la moralidad y contra la felicidad.» Los medios que estaban al alcance para llevar a cabo tal restricción eran o bien la abstinencia del matrimonio o bien del disfrute del matrimonio o, de otro modo, el uso de anticonceptivos. Ahora Place aprobaba firmemente la posición malthusiana y se había propuesto propagarla entre la clase obrera; pero como no confiaba en la capacidad de ésta para la abstinencia sexual, había participado además en la distribución secreta de folletos que proporcionaban información relativa a los medios de control de la natalidad.[118] Place intentaba ahora defender a M'Culloch en las columnas del *Trades Newspaper*.

Si bien Place había participado en una osada acción en favor de la más contumaz de las razones utilitaristas, el *Trades Newspaper* le atacó encarnizadamente por ambas acusaciones. Por una parte, se insinuó que Place estaba asociado a una defensa «nefanda» e inmoral, demasiado repugnante para describirla. Deberíamos recordar aquí que esta respuesta a la anticoncepción la compartían todos los

[116] *Black Dwarf* (2, y 31 de diciembre de 1823).

[117] El doctor Iorwerth Prothero ha llamado mi atención sobre las pruebas que sugieren que J.C. Robertson escribió los primeros artículos editoriales del periódico, que dirigió hasta marzo de 1826, con más seguridad que Gast, a quien los atribuí en la primera edición de este libro. Pero Gast, como presidente del comité de control de los oficios que tenía el predominio, sin duda ejerció una gran influencia sobre la política y la dirección del periódico.

[118] Véase F. Place, *Illustrations and Proofs of the Principle of Population*, 1822. Véase también más arriba, p. 793, nota 69.

bandos, y no hay razón alguna para pensar que Gast no estuviese sinceramente escandalizado. Por otra parte, inició una crítica de mucha mayor significación:

> Si tenemos que creer a los señores Malthus, M'Culloch, Place y compañía, las clases trabajadoras sólo tienen que estudiar la manera más eficaz de restringir su número, para solucionar por completo todas sus dificultades (...) Malthus y compañía (...) reducirían todo el asunto a una cuestión entre los obreros manuales y sus novias y esposas [más que] una cuestión entre los empleados y sus patronos —entre el obrero manual y el cultivador de grano y monopolista— entre el contribuyente y el que impone las contribuciones.[119]

La observación está completamente clara. Gast y Robertson habían rechazado el modelo de una economía política «natural» y autorregulada, que, si se dejaba funcionar libremente, actuaría en beneficio tanto de los empleados como de sus patronos. Se da por supuesto un antagonismo fundamental en los intereses y que su regulación o resolución debe ser una cuestión de fuerza. Lo que podría ser beneficioso para el capital, bien podría ser opresivo para el trabajo. Y para la conformación de esta teoría obrera de clase, se dieron importantes refuerzos intelectuales. En 1825, se publicó *Labour Defended Against the Claims of Capital* —bajo el seudónimo «Un Peón»— de Thomas Hodgskin, un teniente de navío retirado con media paga. Gast, Robertson y Hodgskin habían estado ya asociados al Instituto de Obreros Manuales (*Mechanics' Institute*), en el cual el último había impartido conferencias sobre economía política. Durante la segunda mitad de 1825 se publicó resumida en el *Trades Newspaper* la mayor parte de *Labour Defended* y una serie de artículos editoriales le dieron una cálida, pero no acrítica, bienvenida, seleccionando de la obra de Hodgskin, con particular aprobación, los elementos de la teoría del valor trabajo: «la única cosa que podemos afirmar que se acumula es la cualificación del trabajador»: «Todos los capitalistas de Europa, con todo su capital circulante, no pueden proporcionar por sí mismos lo necesario para vestir y comer durante una semana.»[120]

La primitiva teoría socialista de Hodgskin se adaptaba particularmente bien a la experiencia de los oficios de Londres; y de hecho se derivaba en gran parte de la experiencia de aquellos. Frente a las renovadas amenazas de legislación, defendía el sindicalismo

[119] *Trades Newspaper* (17, 24, 31 de julio, 11 de septiembre de 1825). Parece que Place prestó apoyo a un rival del *Trades Newspaper* que no tuvo éxito, el *Artizan's London and Provincial Chronicle* (1825).

[120] *Trades Newspaper* (21 y 28 de agosto de 1825 *et seq.*).

con argumentos sólidos y de sentido común: «La organización no es un crimen en sí misma; por el contrario, es el principio gracias al cual las sociedades se mantienen unidas.» Su particular vehemencia se dirigía contra el capitalista en su papel de contratista o intermediario:

> Entre el que produce alimentos y el que produce paño, entre el que hace instrumentos y el que los utiliza, se coloca el capitalista, que ni los hace ni los utiliza, y se apropia del producto de ambos (...) Se ha introducido entre ellos de forma gradual y sucesiva, aumentando de volumen a medida que se ha ido nutriendo por los crecientes esfuerzos productivos de aquellos, y los ha separado tanto, que ninguno de ellos sabe de dónde procede el suministro que cada uno recibe a través del capitalista. Mientras los despoja a ambos, elimina tan completamente a uno de la visión del otro que ambos creen que le deben la subsistencia.

Se consideraba que el capitalista era productivo en su papel técnico o de dirección; en este papel también él era un trabajador y debía recibir su recompensa por ello. Pero como intermediario o especulador era simplemente un parásito:

> La organización con mayor éxito y más extendida posible con el fin de obtener un aumento de salario no tendría otro efecto nocivo que el de reducir los ingresos de aquellos que viven del beneficio y el interés, y que no tienen ningún justo derecho, sino la tradición, a parte alguna del producto nacional.

Hodgskin no ofrecía un sistema alternativo —a menos que fuese la supresión de todos los sistemas en un sentido godwiniano— y en cierto sentido eludía la cuestión de los derechos de propiedad. Lo que aprobaba era una presión organizada creciente, con toda la fuerza y los recursos intelectuales y morales de la clase obrera, para confiscar la enorme riqueza del capitalista intruso. Esta guerra entre capital y trabajo, entre la «honesta laboriosidad» y la «disoluta ociosidad», no finalizaría hasta que los obreros recibiesen todo el producto de su propio trabajo, y «hasta que el hombre merezca mayores honores que la tierra que pisa o la máquina que maneja».

IV. El owenismo

La publicación de *Labour Defended* y su acogida en el *Trades Newspaper*, representan el primer punto de confluencia claro entre los «economistas laboristas» u owenitas y una parte del movimiento de la clase obrera.[121] Pero, por supuesto, Owen le había precedido; e incluso en el caso de que Owen, Gray, Pare y Thompson no hubiesen escrito, la obra de Hodgskin conducía forzosamente a plantear la siguiente cuestión adicional: si el capital era en gran parte parásito sobre el trabajo, ¿no podía el trabajo simplemente prescindir de él o sustituirlo por un nuevo sistema? Además, por un curioso giro, a los utilitaristas les era posible desembocar en la misma cuestión: si el único criterio por el cual se podía juzgar un sistema social era la utilidad y puesto que la mayor parte de la sociedad eran trabajadores, sin duda ningún respeto por la tradición o por las ideas góticas impediría inventar el plan más útil posible por el cual las masas pudiesen intercambiar y disfrutar sus propios productos. De ahí que el socialismo owenita siempre contuviese dos elementos que jamás fusionó por completo: la filantropía de la Ilustración, que inventaba «sistemas completamente nuevos», según los principios de la utilidad y la generosidad, y la experiencia de aquellos sectores obreros que escogían ideas del modelo owenita y las adaptaban o las desarrollaban para afrontar su contexto particular.

La historia de Robert Owen en New Lanark es bien conocida e incluso legendaria. El modelo de propietario de fábrica paternalista y hombre que ha triunfado con su propio esfuerzo, que puso en cuestión la realeza, los cortesanos y los gobiernos de Europa con sus propuestas filantrópicas; la creciente exasperación en el tono de Owen a medida que recibía el aplauso cortés y la desaprobación práctica; su propaganda dirigida a todas las clases y su proclamación del milenio; el creciente interés, entre algunos obreros, por sus ideas y sus promesas; el surgimiento y el fracaso de las primeras

[121] En las páginas que siguen no puedo esperar reexaminar el pensamiento de Owen o de los «economistas laboristas». Mi objetivo es ilustrar, en uno o dos aspectos, de qué forma la teoría afectó la experiencia de la clase obrera y de qué forma se seleccionaron o cambiaron las nuevas ideas en este proceso; es decir, mi preocupación tiene más que ver con la sociología de esas ideas que con su identidad. Para Hodgskin véase la edición de *Labour Defended* hecha por Cole, 1922, y E. Halévy, *Thomas Hodgskin*, 1956, traducción de A. J. Taylor. Para una discusión lúcida y breve sobre Owen y los economistas laboristas, véase H. L. Beales, *The Early English Socialists*, 1933, caps. 4 y 5; y para un resumen más completo, G. D. H. Cole, *History of Socialist Thought, I, The Forerunners*, y M. Beer, *A History of British Socialism*, Parte III.

comunidades experimentales, en particular Orbiston; la partida de Owen a Norteamérica para realizar más experimentos relativos a la construcción de nuevas comunidades (1824-1829); el crecimiento del número de seguidores del owenismo durante su ausencia, el enriquecimiento de su teoría gracias a Thompson, Gray y otros, y la adopción de una forma de owenismo por parte de algunos sindicalistas; la iniciativa del doctor King en Brighton con su *Cooperator* (1828-1830) y los experimentos ampliamente extendidos de cooperativas comerciales; la iniciativa de algunos artesanos de Londres, entre los que destacaba Lovett, de fomentar la propaganda, a nivel nacional, de los principios cooperativos —la *British Association for Promoting Cooperative Knowledge*—, en los años 1829-1830; la marea creciente después del regreso de Owen, cuando se encontró, casi a su pesar, a la cabeza de un movimiento que condujo al *Grand National Consolidated Trades Union*.

Es una historia extraordinaria; y sin embargo, en cierto sentido partes de ella tenían que ser así. Podemos empezar por el punto de partida, con la tradición paternalista. Y debemos observar que los grandes experimentos de New Lanark se iniciaron para afrontar las mismas dificultades de disciplina laboral y de adaptación de los ingobernables obreros escoceses a las nuevas normas de trabajo industrial que ya hemos encontrado en la discusión acerca del metodismo y el doctor Ure. «En aquel momento las clases más bajas de Escocia (...) tenían grandes prejuicios contra los extranjeros», «por lo tanto las personas empleadas en ese obrador tenían fuertes prejuicios contra el nuevo director»:

> poseían casi todos los vicios y muy pocas de las virtudes de una comunidad social. El robo y la recepción de bienes robados era su oficio, la ociosidad y la embriaguez su hábito, la falsedad y el engaño su cobertura, las disensiones civiles y religiosas su práctica diaria; sólo se unían en una apasionada y sistemática oposición a sus patronos.

Estos pasajes, sacados de *A New View of Society* (1813), son en gran parte la experiencia común a los nuevos propietarios de fábricas o patronos de las fundiciones de hierro. El problema era adoctrinar a los jóvenes en los «hábitos de atención, presteza y orden». Hay que decir por completo en favor de Owen que para conseguir estos objetivos no escogió ni los terrores físicos del metodismo ni la disciplina del vigilante y las multas, pero debemos tener siempre presente que el socialismo tardío de Owen retuvo las señales de su origen. Le dieron el papel de papá bondadoso del socialismo: el señor Owen, el filántropo que consiguió una entrada en la corte y el salón del consejo de ministros durante los años de la posguerra —hasta que cometió su *faux pas* al rechazar, con amable tolerancia, todas

las religiones heredadas cualesquiera que fuesen por considerarlas irracionalismo dañino—, se van convirtiendo sin ninguna sensación de crisis en «el benévolo señor Owen» a quien los obreros se dirigen y que publica escritos dirigidos a las clases trabajadoras. En un sentido era el *non plus ultra* del utilitarismo, proyectando una sociedad como un *panopticon*[122] industrial gigantesco. En otro sentido, muy admirable y bondadoso, fue un Hanway[123] industrial que pensaba mucho en los niños, le gustaba verles felices y consideraba que la cruel explotación a que estaban sometidos era un ultraje. Pero la idea de avance de la clase obrera hacia sus propios objetivos, gracias a una actividad desplegada por esa clase, era ajena a Owen, a pesar de que, entre 1829 y 1834, se vio arrastrado precisamente hacia este tipo de movimiento. Lo podemos ver en el tono de todos sus escritos. Su deseo era —dijo en 1817— «remoralizar a las clases bajas». Junto con el término «benévolo», las palabras que encontramos más a menudo en los primeros escritos owenitas son «previsto para ellos». La educación debería «inculcar a los jóvenes ideas y hábitos que contribuirán a la felicidad futura de los individuos y del Estado; y esto sólo se puede conseguir enseñándoles a convertirse en seres racionales»: «Cuarto: ¿Cuáles pueden ser las mejores disposiciones para que estos hombres y sus familias puedan estar bien y económicamente *alojados, alimentados, vestidos, adiestrados, educados, empleados y gobernados*?»[124]

Este tono constituía una barrera casi insuperable entre Owen y los radicales populares, además del movimiento sindical. «En aquel momento, los obreros y las clases trabajadoras eran ajenos para mí y para todos mis puntos de vista e intenciones», anotó Owen en su *Autobiography* acerca de los años de la inmediata posguerra: «Sus democráticos y muy equivocados líderes les enseñaban que yo era su enemigo y que quería hacerles esclavos en esos pueblos de unidad y cooperación mutua», pero en aquellas circunstancias no era muy sorprendente. El filántropo señor Owen se sumergió en su propia visión durante los desesperados años de depresión de la posguerra. Muchos miembros de la *gentry* estaban horrorizados ante la extensión del desempleo y la miseria, aunque también se sentían ansiosos respecto de la disposición insurreccional de los

[122] Nombre que dio Bentham a un proyecto de prisión de forma circular con las celdas alrededor de un patio central, desde donde los vigilantes podrían ver en todo momento a los reclusos. *(N. de la T.)*

[123] Jonas Hanway fue un filántropo del siglo XVIII que se preocupó especialmente de la suerte de los niños. (N, de la t.)

[124] R. Owen, *A New View of Society and other writings*, edición de Everyman, pp. 74, 260.

desempleados. Todavía más, los impuestos para asistir a los pobres se habían elevado a seis millones de libras en un momento en que la agricultura había decaído en relación con la prosperidad de los años de guerra. Los pobres eran repulsivos, una fuente de vergüenza, una pesada carga para el país y un peligro. Las columnas de las revistas estaban llenas de discusiones acerca de la enmienda de las *Poor Laws*, y todas ellas tenían como objetivo una mayor economía. El señor Owen, cuyas extensas propiedades en New Lanark se convirtieron en un añadido de moda a los viajes elegantes, se presentó entonces con un plan, que realmente no podía haber sido mejor. Proponía confinar a los pobres en «Pueblos de Cooperación», donde —después de recibir un capital inicial sacado de los impuestos— *se mantendrían por sí mismos* y se volverían «útiles», «laboriosos», «racionales», autodisciplinados y también abstemios. Al arzobispo de Canterbury le gustó la idea y lord Sidmouth la examinó minuciosamente junto con el señor Owen. «Lord Sidmouth me perdonará —escribió Owen en una de sus cartas públicas sobre la beneficencia para los pobres, que apareció en la prensa de Londres en el verano de 1817 —porque sabe que no tengo intención de ofenderle personalmente. Es de todos conocido que su disposición es apacible y amable.» Esto se publicó 15 días antes de la sublevación de Pentridge y del desenmascaramiento de Oliver.

El plan olía a Malthus y a aquellos rigurosos experimentos de magistrados, como los que extrañamente se denominaban Reformadores de Nottingham, que estaban ya elaborando el plan de Chadwick de beneficencia económica mediante asilos para pobres. Incluso en el caso de que Owen —como algunos de los radicales estaban deseosos de aceptar— estuviese profunda y seriamente consternado por la miseria del pueblo, su plan sería orientado en esta dirección si el gobierno lo adoptaba. A Cobbett se le había acusado con demasiada facilidad de mostrar «prejuicios» al denunciar los «Pueblos de Cooperación» de Owen como «paralelogramos de pobres». No sólo le sabían a ese «reconfortante sistema» de protección y caridad que detestaba, sino que probablemente su instinto era certero, en cuanto que, si las ideas de Owen hubiesen sido adoptadas por las autoridades en 1817, probablemente hubiesen dado lugar a una extensión de «empleo productivo» dentro del sistema de asilos. Pero Cobbett sólo estaba expresando la respuesta radical general. Las instituciones que proponía —escribía Sherwin— serían «cárceles», «una comunidad de vasallos»: «Creo que el objetivo del señor Owen es cubrir la superficie del país de asilos para pobres, erigir una comunidad de esclavos y, en consecuencia, hacer que la parte

trabajadora de la población quede absolutamente dependiente de los propietarios.»[125] Cuando Owen intentó interesar a los dirigentes radicales en sus propuestas, en una populosa reunión celebrada en la taberna *City of London*, uno detrás de otro los líderes radicales —Cartwright, Wooler, Alderman, Waithman— se opusieron en términos similares. Cuando Gale Jones sugirió que el plan, al menos, merecía ser examinado, le hicieron callar a gritos y le acusaron de apostasía.[126]

El debate sólo sirvió para poner de manifiesto la debilidad de ambos bandos. Por una parte, Owen tenía en su mente un vacío donde la mayoría de hombres tienen respuestas políticas. Una parte de *New View* estaba dedicada al Príncipe Regente, la otra a Wilberforce. Quince años más tarde su documento, *Crisis*, navegaba apaciblemente por las aguas de 1831 y 1832, cargado de informes sobre congresos cooperativos y almacenes comerciales en Slaithwaite, sin darse cuenta de que el país estaba de hecho en una situación de crisis revolucionaria. Este vacío, sin embargo, tenía sus aspectos simpáticos: cuando al señor Owen se le ocurrió que la realeza era una institución irracional y que los obispos eran un tributo costoso e innecesario a la ignorancia gótica, no dudó ni un minuto en decírselo a los interesados de aquel momento, con la seguridad de que se darían cuenta de que no pretendía infligir «ninguna ofensa personal» y se liquidarían debidamente ellos mismos sometiéndose a la persuasión racional. Pero esto apenas era atractivo para los «viejos radicales» de 1817. Los puntos flacos de éstos, por otra parte, consistían en una falta de cualquier tipo de teoría social constructiva, en cuyo lugar se utilizaba una retórica que atribuía todos los males a los impuestos y las sinecuras y según la cual todo se remediaba mediante la reforma.

La respuesta de Hazlitt a la *New View* fue la más compleja, y nos muestra al contusionado jacobino que había en él luchando contra el peso de Burke: «¿Por qué el señor Owen pone la palabra "nuevo" en letra gótica en el encabezamiento del anuncio de su plan de reforma?», «La doctrina de la generosidad universal, la creencia en la omnipotencia de la verdad y en la perfectibilidad de la naturaleza humana no son nuevas, sino "viejas, viejas", maestro Robert Owen»:

[125] *Political Register* de Sherwin (26 de abril, 9 de agosto, 20 de septiembre de 1817).

[126] Véase *Independent Whig* (24 de agosto de 1817). Los únicos periódicos radicales que parecen haber prestado una atención favorable a Owen en los años 1817-1819 fueron el *People*, con una corta existencia, y el *Independent Whig*, que envió un corresponsal a New Lanark.

¿No sabe el señor Owen que el mismo plan, los mismos principios, la misma filosofía de motivos y de acciones (...) de virtud y felicidad, fueron muy comunes en el año 1793, fueron divulgados entonces, fueron pregonados a los cuatro vientos, fueron susurrados en secreto, fueron publicados en cuarto y duodécimo, en tratados políticos, en obras de teatro, poemas, canciones y romances; se paseaban por el bar, se deslizaban sigilosamente en la iglesia, subían a la tribuna, vaciaban las aulas de las universidades (...) que esas «nuevas visiones de la sociedad» penetraron en los corazones de los poetas y en los cerebros de los metafísicos, se apoderaron de los sueños de los muchachos y las mujeres, y trastornaron las cabezas de casi todo el reino; pero que hubo una cabeza de la que jamás se apoderaron y que volvió a poner al revés todas las cabezas del reino de nuevo?

Rechazada de este modo —se burlaba Hazlitt— parece que la filosofía hubiese sido expulsada del país,

y obligada a refugiarse y situarse cómodamente durante veinte años en las fábricas de New Lanark, con el consentimiento del benemérito propietario, entre la estopa y los husos; desde donde nos da a entender que volverá a la escalera de Whitehall, como una marea viva en tiempo de luna llena y, flotando sobre la sangre que se ha derramado para la restauración de los Borbones, bajo el patrocinio de la nobleza, la *gentry*, el señor Wilberforce y el Príncipe Regente, y todos los gobernados, al igual que los grandes personajes, ¡sin otro principio que la verdad y ningún otro deseo que el bien de la humanidad! No conseguirán engañarnos; somos gatos demasiado viejos para que nos tomen el pelo.

La perspicacia de Hazlitt es extremadamente aguda. Ya que, en verdad, Owen no fue el primero de los teóricos socialistas modernos —Hodgskin estuvo mucho más cerca de serlo—, sino uno de los últimos racionalistas del siglo XVIII; en realidad, era un Godwin, procedente ahora de New Lanark para reclamar la presidencia del comité de directores de la Revolución industrial. Con su nuevo disfraz, de hombre práctico y con mucho éxito, tuvo entrada allí donde los viejos filósofos eran vilipendiados y rechazados. «Un hombre que procede directamente de las orillas del Clyde adquiere una fuerza de proyectil que lo hace irresistible»:

Tiene acceso, opinamos, a los que tienen un cargo, a los miembros del Parlamento, a los lores y los *gentlemen*. Viene (...) para derribar a palos todos sus efectivos, viejos o nuevos, de la iglesia o el estado (...) y entra tranquilamente en sus cámaras con las credenciales en el bolsillo, y hace que se resignen a la construcción de innumerables Casas de la Industria en lugar de sus actuales sinecuras.

«No deseamos —seguía Hazlitt— que altere su tono.» Pero a continuación profetizaba, con extraordinaria precisión, algunas de las consecuencias, si no lo hacía:

Sus proyectos se toleran tanto porque son remotos, visionarios e inaplicables. Ni el gran mundo ni el mundo en general se preocupan en absoluto por New Lanark, no les importa si allí los obreros se acuestan borrachos o sobrios, o si las muchachas tienen hijos antes o después de la ceremonia matrimonial. Lanark está lejos, Lanark es insignificante.

A nuestros estadistas no les asusta el sistema de reforma perfecto del que habla y, mientras tanto, su decantamiento contrario a la reforma en el Parlamento (...) les sirve como desviación práctica en su favor. Pero dejad que el bien que el señor Owen afirma que ha hecho en un pueblo pobre corra el peligro de generalizarse (...) y sus sueños de elevado mecenazgo se desvanecerán (...) Dejad simplemente que su «nueva visión de la sociedad» consiga tantos adeptos como la «investigación relativa a la justicia política», y veremos cómo cambia la marea (...) Se le señalará como jacobino, como *leveller*, como incendiario por todas partes de los tres reinos; sus amigos le evitarán y será objeto de burla para sus enemigos (...) y descubrirá que hacer comprender a la humanidad sus propios intereses, o hacer que aquellos que les gobiernan se preocupen por el interés de alguien aparte del de el de ellos mismos, es una tarea mucho más difícil y arriesgada de lo que se podía imaginar.[127]

La cualidad de Owen que sus protectores descubrieron con consternación —y que Hazlitt captó de algún modo— fue la de un absoluto entusiasmo propagandista. Creía, al igual que Carlile, en la multiplicación de la «razón» por medio de su difusión. Gastó su pequeña fortuna enviando por correo sus escritos a hombres influyentes de todo al país; y una fortuna todavía mayor en las comunidades experimentales. Hacia 1819, sus mecenas se habían cansado de él y él, a su vez, se dirigía cada vez más particularmente a la clase obrera. Durante largo tiempo había sostenido que los obreros eran producto de las circunstancias; deploraba su «grosera ferocidad de carácter» y se tiene la sensación de que, al igual que Shaw, su principal razón para ser socialista era el deseo de que aquellos fuesen abolidos. En este punto se produce un giro en su pensamiento, que tuvo grandes consecuencias: si los obreros eran producto de las circunstancias, lo mismo ocurría —este pensamiento pudo ocurrírsele mientras paseaba por el parque después de una entrevista poco satisfactoria— con lord Sidmouth y el arzobispo. Este pensamiento lo comunicó en una proclama dirigida a las clases trabajadoras (1819):

[127] *Examiner* (4 de agosto de 1816); véase *Works*, VII, p. 97 *et seq.*

Desde la infancia, se (...) os ha enseñado a despreciar y a odiar a aquellos que se diferencian de vosotros en sus modales, su lenguaje y sus sentimientos (...) Estos sentimientos de odio deben alejarse de vosotros antes de que cualquier ser que lleve en el corazón vuestros auténticos intereses pueda poner poder en vuestras manos (...) Entonces os daréis clara cuenta de que no existe ningún fundamento racional para el odio (...) Una infinita multitud de circunstancias, sobre las cuales no tenéis el más mínimo control, os han situado donde estáis (...) Del mismo modo, otros de vuestros semejantes han sido formados por las circunstancias, también incontrolables para ellos, para convertirse en vuestros enemigos y crueles opresores (...) Por muy espléndido que pueda parecer su exterior, este estado de la cuestión a menudo les hace sufrir de forma incluso más aguda que vosotros (...) Mientras vuestra conducta muestre cualquier deseo de desposeerlos de manera violenta de este poder, estos emolumentos y privilegios, ¿no es evidente que ellos deberán seguir mirándoos con sentimientos de recelo y hostilidad?

«Los ricos y los pobres, los gobernantes y los gobernados tienen, en realidad, un solo interés»: formar una nueva sociedad cooperativa. Pero los ricos, igual que los pobres, al ser criaturas de las circunstancias, eran incapaces de darse cuenta de sus verdaderos intereses. La «súbita potente iluminación» gracias a los escritos de Owen corría el peligro de destruir sus «incipientes capacidades de visión». Los obreros, o aquellos de entre ellos que hubiesen vislumbrado la luz de la razón, deberían desvincularse de los conflictos de clase. «Esta lucha irracional e inútil debe cesar» y, la *avant garde* —a través de comunidades modelo y la propaganda— debería abrir una senda gracias a la cual la población obrera pudiera simplemente conjurar los derechos de propiedad y el poder de los ricos.[128]

Por muy admirable que fuese Owen como hombre, era un pensador absurdo y, aunque tenía el valor de los excéntricos, era un dirigente político dañino. De los teóricos del owenismo, Thompson es más sensato y desafiante, mientras que Gray, Pare, el doctor King y otros tenían un sentido de la realidad más firme. En sus escritos no se percibe el más mínimo sentido de los procesos dialécticos de cambio social, de «práctica revolucionaria»:

La doctrina materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y la educación y de que, por lo tanto, unos hombres transformados son producto de otras circunstancias y de una educación transformada, olvida que precisamente son los hombres quienes transforman las circunstancias y que el educador debe, él mismo, ser educado. De ahí que esta doctrina llegue necesariamente a dividir la sociedad en dos partes, de las cuales una descuella por encima de la sociedad —por ejemplo, en el caso de Robert Owen—.

[128] Véase Owen, *op. cit.*, pp. 148-155.

Así rezaba la tercera tesis de Marx sobre Ludwig Feuerbach. Si el carácter social —tal como Owen sostenía— era el producto involuntario de «una infinita multiplicidad de circunstancias», ¿cómo se podía cambiar? Una respuesta recaía en la educación, en la que se puede observar una de las influencias más creativas de la tradición owenita. Por otra parte, Owen sabía que hasta que las «circunstancias» cambiasen no podría tener acceso a la instrucción de una generación. La respuesta debía recaer por lo tanto en el cambio súbito de disposición, el salto milenario. El mismo rigor de su materialismo mecánico y ambientalista significaba que o bien debía desesperar o debía proclamar un milenarismo secular.

El señor Owen, el filántropo, puso sobre sus espaldas el manto de Joanna Southcott. No sólo Hazlitt, sino otros de sus contemporáneos percibieron el tono del *ranter*. Un escritor del *Register* de Sherwin le comparaba con Joanna, que «engañó a miles en aquel momento, diciéndoles que estaba cercano el momento en que Shiloh iba a venir al mundo; un Príncipe de la Paz bajo cuyo estandarte se iban a unir todas las naciones de la tierra; diciéndoles que (...) las espadas se convertirían en arados».[129] También Engels y Marx le examinaron, y la divulgación reciente de su descubrimiento en círculos académicos no es original.[130] Owen prometía, en 1820, «*hacer que brotara la prosperidad en el país*» y en sus comunidades ofrecía nada menos que el «Paraíso». Hacia 1820, se formó una sociedad owenita en la metrópoli y el folleto que anunciaba su periódico, el *Economist*, declaraba: «¡La abundancia se extenderá por el país! ¡Aumentará el conocimiento! ¡Florecerá la virtud! La felicidad será reconocida, asegurada y disfrutada.» Owen utilizaba a menudo analogías sacadas del gran avance de las técnicas productivas durante la Revolución industrial: algunos individuos «olvidan que el hecho de que un hombre pueda realizar, con la ayuda de una pequeña máquina de vapor, el trabajo de mil hombres constituye una invención moderna». ¿No podrían avanzar al mismo ritmo el conocimiento y el progreso moral? Sus seguidores adoptaron la misma metáfora: «(...) la construcción de una gran máquina social y moral, calculada para producir riqueza, conocimiento y felicidad, con una precisión y rapidez sin precedentes (...)» Un corresponsal del *Economist* observaba que «el tono de júbilo y exultación que impregna vuestros escritos es realmente muy contagioso».

[129] *Political Register* de Sherwin (20 de septiembre de 1817).

[130] Véase, sin embargo, el elogioso tributo de Engels hacia Owen en el *Anti-Dühring*, 1878; Lawrence & Wishart, 1836, pp. 287-292: «un hombre con una simplicidad de carácter casi sublimemente infantil, y al mismo tiempo nacido para ser líder de los trabajadores.»

Los miembros de la sociedad de Londres eran conscientes «de que sus procedimientos deben ser comparativamente imperfectos, mientras permanezcan en sus viviendas actuales, distantes (...) unos de otros». Con un entusiasmo que recuerda el de los primeros moravos, adquirieron algunas casas nuevas en Spa Fields, que ya no era un lugar de reunión, con una escuela y un comedor comunes. Las páginas del *Economist* y otros primitivos periódicos estaban llenas de especulaciones acerca de cómo se podía reunir el capital: si se suponía —extraña suposición— que en la metrópolis había cincuenta mil familias pertenecientes a las clases trabajadoras, éstas tendrían, si se asociaban, unos ingresos promedio de cincuenta libras cada una o de dos millones y medio de libras colectivamente. Y cosas por el estilo. Los comunitarios de Orbiston se inscribieron en una Sociedad de la Revelación Divina. Hacia 1830, cuando Owen, al volver de Norteamérica, se encontró a la cabeza de un movimiento de masas, ese tono mesiánico tenía la fuerza de una religión secular. El primero de mayo de 1833, Owen pronunció una conferencia en el *National Equitable Labour Exchange* «denunciando el viejo sistema del mundo y anunciando el comienzo del nuevo». No sólo se desplazarían el móvil del beneficio mediante la cooperación y los vicios del individualismo mediante las virtudes de la reciprocidad, sino que todas las instituciones sociales darían paso a las federaciones de pueblos mixtos agrícolas e industriales:

> Desechamos (...) todas las disposiciones a que han dado lugar los intereses (sectoriales); como son las grandes urbes, las ciudades, los pueblos y las universidades (...)
>
> En un sistema social racional no puede haber (...) tribunales de justicia y toda la parafernalia y la locura de la ley.

Hasta entonces, el mundo había estado «en una gran oscuridad». Todo el culto ceremonial de un poder desconocido era «mucho peor que inútil». Los matrimonios serían reconocidos como una «unión sólo de tipo afectivo». «El celibato, en ambos sexos, más allá del período designado por la naturaleza, no será ya considerado como una virtud», sino como «un crimen contra la naturaleza». La nueva sociedad ofrecería un equilibrio entre el esfuerzo físico y el intelectual, la diversión y el cultivo de las capacidades físicas, al igual que en Grecia y en Roma. Todos los ciudadanos abandonarían toda ambición, envidia, celos y otros vicios reconocidos: «Por consiguiente, anuncio ahora al mundo el comienzo, en este día, del prometido milenio, fundado en principios racionales y una práctica consecuente.»[131]

[131] *Economist* (4 de agosto, 20 y 27 de octubre de 1821) *et passim*. Para la proclamación del milenio, he utilizado la descripción añadida a la edición hecha por Bronterre O'Brien de *Buonarrotti's History of Babeuf Conspiracy of Equals*, 1836, pp-438-445.

Esta proclamación podría hoy en día alarmar a algunas asociaciones cooperativas de mujeres. También parece, a primera vista, una ideología con pocas probabilidades de ser aceptada por la población trabajadora, cuya experiencia formativa ha sido el sujeto de este estudio. Y sin embargo, si observamos más de cerca, descubriremos que no fue un delirio psíquico o una «paranoia colectiva» lo que dio lugar a la rápida propagación del owenismo. En primer lugar, el owenismo de los últimos años de la década de los veinte en adelante, era algo muy distinto de las obras y las proclamas de Robert Owen. Sin embargo, la misma imprecisión de sus teorías era la que ofrecía una imagen de un sistema de sociedad alternativo y lo que las hacía adaptables a distintos grupos de población trabajadora. Los artesanos, tejedores y obreros cualificados seleccionaban aquellas partes de las obras de los owenitas que tenían una relación más estrecha con su propia situación y las modificaban a través de la discusión y la práctica. Si se debe considerar que los escritos de Cobbett se basan en una relación con sus lectores, los de Owen parecen material ideológico en bruto difundido entre los trabajadores y elaborado por ellos dando lugar a diversos productos.

Los artesanos son el caso más claro. El editor del *Economist* reconoció, en 1821, que pocos de sus lectores se encontraban entre las clases trabajadoras. Pero a partir de una carta circular enviada a la nobleza y a la *gentry*, solicitando protección para sus mercancías, nos hacemos una idea de los primeros miembros de la Sociedad Económica y Cooperativa de Londres que establecieron la comunidad de Spa Fields. Se ofrecían para realizar trabajos de talla y sobredorado, botas y zapatos, ferretería —incluyendo parrillas y hornillos—, cuchillería, pañería, cosido y confección, ebanistería, venta y encuadernación de libros, dibujos en acuarela y terciopelo y toldos para ventanas con paisajes transparentes. Esto nos sugiere que eran artesanos y artistas que trabajaban por su cuenta, y que eran abundantes en dos de los mayores centros cooperativos: Londres y Birmingham. El espíritu de estos intentos —y había habido bastantes, algunos anteriores a Owen— se expresa en una carta enviada al *Economist*: «(...) si las clases trabajadoras están decididas a emplearse de forma emprendedora, no tienen necesidad de pedir la más mínima ayuda de cualquier otra clase, sino que en ellas mismas tienen (...) recursos sobrantes.»[132]

Este no es el tono de Owen, pero es el tono que hemos encontrado repetidamente al trazar el radicalismo político de los artesanos. El individualismo era sólo una parte de su perspectiva; también

[132] *Economist* (13 de octubre de 1821, 9 de marzo de 1822). Véase Armytage, *op. cit.*, pp. 92-94, para un breve relato del experimento de Spa Fields.

eran herederos de largas tradiciones asociativas: las sociedades de socorro mutuo, los clubes de oficios, el templo, los clubes sociales o de lecturas, las sociedades de correspondencia o las *union* políticas. Owen enseñó que el móvil del beneficio era equivocado e innecesario: esto sintonizaba con el sentido de la costumbre y del precio justo del artesano. Owen confirmó la opinión, que también habían sostenido Cobbett, Carlile y Hodgskin, de que el capitalista tenía una función en gran parte parasitaria; «de que el trabajo manual, dirigido de forma apropiada, es la fuente de toda riqueza»; esto sintonizaba con las quejas de los artesanos o pequeños patronos con talleres artesanos contra los contratistas e intermediarios. Owen enseñó que «*la medida natural del trabajo humano*» se debería tomar como «la medida práctica del valor»[133] y que los productos deberían ser intercambiados según el trabajo incorporado en ellos; esto sintonizaba con la perspectiva del zapatero, el ebanista y el brucero que vivían en el mismo patio de vecinos y en cualquier caso, de vez en cuando, intercambiaban sus servicios.

Se puede encontrar el germen de la mayor parte de las ideas de Owen, por supuesto, en prácticas que son anteriores, o que existen independientemente de sus obras.[134] No sólo las sociedades de socorro mutuo extendían, a veces, sus actividades a la construcción de clubes sociales y asilos para ancianos; también existen varios ejemplos de *trade unions* preowenitas que durante las huelgas empleaban a sus propios miembros y vendían el producto.[135] El artesano iba perdiendo, sólo de forma muy lenta, su situación de trabajador por cuenta propia o como trabajador para varios patronos; y al realizar este o aquel contrato podía reclutar la ayuda de otros artesanos con distintas habilidades. El mercado cubierto, o bazar, con sus centenares de pequeños puestos, era una institución antigua; pero al final de las guerras se abrieron nuevos bazares, que atrajeron la atención de los círculos filantrópicos y owenitas, en donde se alquilaba un tramo de mostrador —por pies de longitud— por una

[133] Véase «Report to the County of Lanark» (1820), en Owen, *op. cit.*, especialmente pp. 261-262.

[134] Ya en 1796 se había hecho un intento de formar una Sociedad Fraternal Británica, que uniría los recursos de las sociedades de socorro mutuo con formas de organización derivadas de la Sociedad de Correspondencia. Tuvo su origen entre los tejedores de Spitalfields y se proponía pagar subsidios a los viejos y a los desempleados, la sociedad daría empleo a los miembros que no tuviesen trabajo y pretendía que los productos de los tejedores de seda, los sastres, los zapateros, etc., se intercambiasen unos con otros. Véase Andrew Larcher, *A Remedy for Establishing Universal Peace and Happiness*, Spitalfields, 1795, y *Address to the British Fraternal Society*, 1796.

[135] Por ejemplo, los Oficiales Fabricantes de Tabaco de Pipa quienes, después de la undécima semana de huelga en el invierno de 1818-1819, empezaron a fabricar directamente en la Maze, Borough: al habernos «procurado una factoría un amigo». Véase *Gorgon* (6 y 13 de febrero de 1819).

semana, un día e incluso parte de un día. Se buscaba la presencia de todo tipo de mercancías —incluso los artistas podían exponer sus obras— y podemos suponer que los artesanos y los *garretmasters* que luchaban por «una independencia» eran los arrendatarios.[136] Hacia 1827, se iba a inaugurar un nuevo bazar que actuaría como centro de intercambio para los productos realizados por los miembros de los oficios de Londres que no tuviesen empleo: carpinteros, sastres, zapateros y otros que trabajaban con materias compradas con los fondos de las *trade unions*.[137]

Así pues las *Equitable Labour Exchanges* fundadas en Londres y Birmingham en 1832-1833, con sus vales de trabajo y el intercambio de pequeños productos, no cayeron del cielo gracias a profetas paranoicos. Si hacemos una lista de los productos que se llevaron para intercambiar al Congreso Cooperativo de Liverpool, en octubre de 1832, también podremos ver el tipo de gente que acudió. Procedentes de Sheffield, cuchillería y cafeteras; de Leicester, medias y encaje; de Huddersfield, chalecos y manteletas; de Rochdale, franelas. Había pañales de Barnsley, telas de Halifax, zapatos y zuecos de Kendal y estampas de Birkacre. Un orador de la *Equitable Labour Exchange* de Birmingham dijo que la población de aquel distrito «no sabía qué hacer con las grandes cantidades de hierro, latón, acero y lacas japonesas»: ¿por qué no podían intercambiarlas con los algodones del Lancashire y las medias de Leicester? La extensa lista de oficios que propusieron llevar sus mercancías a la lonja de Birmingham incluye —en la B— fabricantes de betún, campaneros, fabricantes de escobas, fabricantes de botones y adornos, fabricantes de abrazaderas, fabricantes de braseros, bruceros, panaderos, fabricantes de fuelles, fabricantes de cujas, cesteros. En la S[138] encontramos confeccionadores de sombreros de paja y gorreros, constructores de balanzas, fabricantes de hornillos y parrillas, tejedores de seda, herreros y hojalateros y papeleros. No hay —y difícilmente podía haber— caldederos, trabajadores de los altos hornos o constructores, carpinteros de navío o hilanderos de algodón, mineros o mecánicos.[139]

La lista incluye no sólo a los patronos con pequeños talleres y a los artesanos sino también a trabajadores a domicilio. A medida que su situación —la de tejedores y calceteros— se volvía más desesperada, el owenismo era sólo una de las soluciones a las que se agarraron en

[136] Nightingale, *The Bazaar*, 1816. Se alababa en particular el nuevo bazar, en el número 5 de la plaza del Soho, que se había abierto aquel año; también se mencionaba un bazar *Beehive*, de Holborn.

[137] *Cooperative Magazine*, 1827, pp. 230-231, citado en S. Pollard, «Nineteenth-Century Cooperation; from Community Building to Shopkeeping», *Essays in Labour History*, p. 87.

[138] Lógicamente, en el original inglés los oficios de la primera parte empiezan por B y los de la segunda parte por S. *(N. de la T.)*

[139] *Crisis* (30 de junio, 27 de octubre, 8 y 15 de diciembre de 1832).

la década de los treinta. El atractivo de la bolsa de trabajo no fue tan inmediato en las cercanías de Huddersfield o Burnley, por la razón evidente de que en los distritos en que el producto principal era el tejido y donde había cientos de semiempleados o empleados con sueldos de hambre en la producción de los mismos productos, no existía un mercado claro. De ahí que los del norte se viesen impulsados, en el primer momento, a pensar en un plan nacional de cooperación. «Si nuestros amigos de Birmingham se comprometen a vestirse con nuestras telas», escribió un cooperador de Halifax:

> Nosotros nos comprometeremos a cortar nuestra ternera y nuestro budín —cuando podamos comernos alguno— con sus cuchillos y tenedores, y a tomarnos la sopa y las gachas de avena con sus cucharas; y si nuestros hermanos de Londres hacen lo mismo, nos pondremos, tan pronto como sea posible, sus pañuelos de seda alrededor del cuello.[140]

El Lancashire y el Yorkshire son los lugares donde encontramos un desarrollo más rápido de una *teoría general* de un «sistema» nuevo, según el cual era posible a nivel nacional un intercambio equitativo, y también encontramos algunos de los apoyos más fuertes y prácticos a los experimentos «utópicos» de construcción de comunidades. La *Association for the Promotion of Cooperative Knowledge* de Manchester y Salford, fundada en 1830, recibió un apoyo inmediato. Los tejedores esperaban encontrar en la cooperación la fuerza necesaria para competir con el telar mecánico. Una de las grandes causas de los males sociales, escribió el *United Trades' Cooperative Journal*, era «la errónea organización de nuestros asuntos domésticos, sociales y comerciales, debido a lo cual se ha hecho que la maquinaria compita con, y contra, el trabajo humano en lugar de colaborar con él». «Podemos deducir enteramente que todos los sufrimientos que afligen a la sociedad se deben en su mayor parte a la injusta distribución de la riqueza», escribía el *Lancashire and Yorkshire Cooperator*.[141] En aquellos distritos con sus largas tradiciones de sindicalismo y ayuda mutua, la cooperación ofrecía un movimiento en el que podían trabajar juntos racionalistas y cristianos, radicales y gentes políticamente neutrales. El movimiento reunía también las tradiciones de superación personal y esfuerzo educativo, ya que proporcionaba salones de lectura, escuelas y conferenciantes itinerantes. Hacia el año 1832, existían quizá quinientas sociedades cooperativas en todo el país, que tenían al menos veinte mil miembros.[142]

[140] *Lancashire and Yorkshire Cooperator*, N.° 2 (fecha sin identificar).
[141] (6 de marzo de 1830; 26 de noviembre de 1831). Véase A. E. Musson, «The Ideology of Early Cooperation in Lancashire and Cheshire», *Transactions Lancs. & Cheshire Antiq. Soc.*, 1957, LXVII.
[142] S. Pollard, *op. cit.*, p. 86.

Mientras Owen —algo zarandeado, a pesar de su optimismo, por los fracasos de Orbiston y Nueva Armonía— esperaba grandes donaciones de capital antes de arriesgarse a emprender nuevos experimentos, los cooperadores de multitud de centros, desde Brighton a Bacup, estaban impacientes por establecerse inmediatamente con sus propios esfuerzos. En el congreso de Liverpool, de 1832, las actas reflejan el contraste entre largas arengas evangelizadoras e intervenciones como ésta:

> El señor Wilson, delegado de Halifax, afirmó que en mayo de 1829, él y otras ocho personas pusieron un chelín cada una, y (...) empezaron su negocio en una pequeña habitación de una trastienda. Su número había aumentado; ahora (...) tenían reunidas doscientas cuarenta libras y habían empezado a encontrar trabajo para algunos de sus miembros. *¡Muy bien, muy bien!*[143]

Esta yuxtaposición del pequeño almacén y el plan milenario forma parte de la esencia de la disposición cooperativa entre los años 1829 y 1834. También la encontramos en la diversidad de quejas particulares y organizaciones que, durante un breve período, mantuvieron el edificio del *Grand National Consolidated Trades Union*.

En el vecindario de Huddersfield y Halifax, donde tan rápidamente se extendió la cooperación entre los tejedores, había la esperanza de que el almacén pudiese comprar la trama y la urdimbre para el tejedor y luego vender el producto, provocando de este modo un corte en el circuito de los patronos. Los cooperadores podían también acumular el capital para emplear a los miembros en paro, estableciendo una cuota de un penique a la semana. Pero para hacerse una idea de la mayor parte de estos móviles conviene citar los estatutos de una sociedad que se fundó en 1832 en Ripponden, pueblo tejedor de los Peninos:

> Debido a los asombrosos cambios que en el curso de unos años se han producido para las clases trabajadoras (...) debido a la competencia y el desarrollo de la maquinaria que reemplaza a la mano de obra, junto con otras varias causas, sobre las cuales, todavía, las clases trabajadoras no tienen control; las inteligencias de los pensadores se han perdido en un laberinto de ideas acerca de qué plan se podría adoptar para mejorar, si es posible, sus condiciones (...)
>
> Con el crecimiento del capital las clases trabajadoras pueden mejorar su situación, sólo si se unen y arriman el hombro al trabajo; por unirse no entendemos huelgas y manifestaciones por los salarios, sino esforzarse, como hombres de una sola familia, para trabajar por nuestra cuenta...

[143] *Crisis* (27 de octubre de 1832).

El plan de cooperación que aconsejamos al público no es un plan visionario, sino que se está siguiendo en diversas partes del Reino; todos vivimos del producto de la tierra e intercambiamos trabajo por trabajo, que es el objetivo de todas las Sociedades Cooperativas. Nosotros obreros hacemos todo el trabajo y producimos todas las comodidades de la vida; ¿por qué entonces no deberíamos trabajar por nuestra cuenta y esforzarnos para mejorar nuestras condiciones de vida?

Principios Fundamentales

Primero. Que el trabajo es la fuente de toda riqueza; en consecuencia las clases trabajadoras han creado toda la riqueza.

Segundo. Que las clases trabajadoras, aunque son las productoras de la riqueza, en lugar de ser las más ricas, son las más pobres de la comunidad; por lo tanto, no están recibiendo una justa recompensa por su trabajo.

Entre los objetivos de la sociedad estaban la protección mutua de todos los miembros contra la pobreza y el «logro de la independencia por medio de un capital común». Los medios para obtener estos objetivos incluían una cuota semanal para un fondo común, el empleo del capital en el comercio, el empleo de sus miembros «según permitan las circunstancias», y

Finalmente. Viviendo en comunidad unos con otros, según los principios de la cooperación mutua, la unión de los bienes, la igualdad de esfuerzos y de los medios de disfrute.[144]

No se trata simplemente de la traslación de las doctrinas de Owen al contexto de un pueblo de tejedores. Las ideas se han conformado laboriosamente en los términos de la experiencia de los tejedores; los acentos han cambiado; en lugar de la estridencia mesiánica, hay esta simple pregunta: ¿por qué no? Uno de los pequeños periódicos cooperativos se llamaba acertadamente *Common Sense* y ponía el acento en las «Asociaciones Comerciales»:

El objetivo de una asociación comercial resumido es el siguiente: abastecer a sus miembros de la mayor parte de los artículos de alimentación de consumo cotidiano y acumular un fondo con el propósito de arrendar una tierra de cultivo y formar, acto seguido, una comunidad cooperativa.

Una cantidad semanal procedente de los salarios se podía utilizar para adquisición al por mayor de té, azúcar, pan o harina de avena.[145] Desde Brighton, el *Cooperator* del doctor King era partidario de esto

[144] J. H. Priestley, *History of Ripponden Cooperative Society*, Halifax, 1932, cap. 4. No está claro si estas normas datan de 1833 ó 1839.

[145] *Common Sense* (11 de diciembre de 1830).

con más venta al por menor.[146] La idea sintonizaba con otras necesidades: la necesidad de escapar de los *tommy shops* o del acaparador; la necesidad de comprar más baratos los alimentos básicos y librarse de la adulteración delictiva que era moneda demasiado corriente: la harina mezclada con «yeso de París, huesos quemados y una sustancia terrosa (...) llamada blanco del Derbyshire».[147]

Pero esta idea también tenía atractivo para los obreros, cualificados y organizados de las industrias mayores, cuyo acercamiento al owenismo era más circunspecto. En 1825, el *Trades Newspaper* publicaba algunas notas sobre Orbiston, pero los planes de Owen para las comunidades se consideraban «impracticables debido a que al hombre libre por nacimiento e independiente no podía gustarle que le dijesen qué debía comer (...) y qué debía hacer».[148] Además, la misma idea de alcanzar una independencia económica, que era atractiva para algunos artesanos con pequeños talleres y algunos trabajadores a domicilio, presentaba un problema para el carpintero de navío o el obrero de la industria a gran escala: ¿qué utilidad tenía para él un «Pueblo de Cooperación»?

A fines de la década de los veinte, sin embargo, Gast se había declarado en favor del owenismo. Más importante fue la adhesión de los hilanderos de algodón de Manchester después de seis meses de huelga en 1829. Doherty fue pionero, en 1830, de la *National Association for the Protection of Labour*, cuyo órgano, el *United Trades Cooperative Journal*, pronto se convirtió en *Voice of the People*. Poco después de esto, otro grupo de obreros cualificados, la *union* de los constructores cuyos productos posiblemente no podían ser llevados a la *Equitable Labour Exchange*, puso rumbo hacia el que sería el mayor de todos los experimentos de acción cooperativa directa. ¿En qué consistía la diferencia?

Una respuesta podría ser simplemente que hacia fines de la década de los veinte una u otra variante de la teoría cooperativa o de la teoría económica «laborista» se había apoderado de la plana mayor del movimiento de la clase obrera. Cobbett no ofrecía ninguna teoría coherente. El individualismo de Carlile era repelente. Hodgskin, por deducción, apuntaba hacia la teoría socialista madura, pero sus análisis se detenían antes de alcanzar aquel

[146] Véase S. Pollard, *Dr. William King*, Loughborough Cooperative College Papers, 6, 1959.

[147] *Trades Newspaper* (31 de julio de 1825). Para los molinos de grano cuasi-cooperativos fundados como consecuencia de la situación cercana al hambre de 1795, véase G. J. Holyoake, *Self Help A Hundred Years Ago*, 1891, cap. 11, y J. A. Langford, *A Century of Birmingham Life*, 11, pp. 157-160. En algunos manuscritos —«Notes and Observations on Cooperative Societies»— Lovett señala que había muchas sociedades, en especial grupos de consumidores, durante las guerras, y menciona a los tejedores de Spitalfileds: Add. MSS., 27, 791, ff., 245, 258.

[148] *Ibid.* (14 de agosto de 1825).

punto, y en cualquier caso era compatible con la teoría cooperativa, como mostró William Thompson. La propaganda racionalista de la década anterior había sido eficaz, pero también había sido estrecha y negativa, y había dado lugar a un ansia de doctrina moral positiva que el mesianismo de Owen colmó. La imprecisión de pensamiento de Owen permitió que dentro del movimiento coexistiesen diferentes tendencias intelectuales. Debemos insistir de nuevo en que el owenismo fue más sensato y más vigoroso, en términos intelectuales, que el pensamiento de su maestro. Para los obreros cualificados, el movimiento que empezó a configurarse en 1830 parecía por fin dar cuerpo a su antigua aspiración: un sindicalismo general de ámbito nacional. Desde la *Philanthropic Hercules* de 1818 hasta el grupo de presión de las *Combination Acts* de 1825, se habían tendido muchas manos para conseguir la unidad de acción. Durante el verano y el otoño de 1825 el *Trades Newspaper* informó sobre cada una de las fases de la huelga de los cardadores de lana de Bradford y del apoyo que recibía a raudales de todas las zonas del país. Declaraba con énfasis: «Son todos los obreros de Inglaterra contra unos pocos patronos de Bradford.»[149] Del fracaso de la huelga de los hilanderos de algodón, en 1829, Doherty extrajo otra lección: «Se demostró entonces que ningún oficio por sí solo podía resistir contra los esfuerzos combinados de los patronos de aquel oficio determinado: se intentaba por lo tanto coordinar todos los oficios.»[150] Uno de los resultados fue la formación de los *Operative Spinners of England, Ireland and Scotland*, cuya primera conferencia, en la isla de Man en diciembre de 1829, puso de manifiesto un impresionante intento de superar las complejidades organizativas de una organización unitaria en tres zonas dispares.[151] Sobre estas bases, la *National Association for the Protection of Labour* reunió durante un breve período de tiempo, a obreros textiles laneros, obreros manuales, alfareros, mineros, constructores y muchos otros oficios; «pero después de haberse extendido unas cien millas alrededor de esta ciudad (Manchester) le sobrevino una fatalidad que casi amenazó su existencia».[152] La «fatalidad» tuvo su origen en las divisiones y los celos en el seno de los propios obreros hilanderos; demandas excesivas o prematuras de los fondos de huelga de la asociación, y el intento imprudente, por parte de Doherty, de trasladar la oficina del *Voice of the People* a Londres. A pesar de su fracaso, la asociación nacional aportó nuevos matices a la idea

149 *Trades Newspaper* (11 de septiembre de 1825).
150 Hammond, *The Town Labourer*, p. 312.
151 *Report of the Proceedings of a Delegate Meeting of Cotton Spinners &c.*, Manchester, 1830.
152 *Union Pilot and Cooperative Intelligence* (24 de marzo de 1832).

de cooperación; y aunque el movimiento de Manchester entró en una fase de recriminaciones, el movimiento siguió floreciendo en las *Potteries* y en el Yorkshire.[153] Quizá Doherty intentó llevar el movimiento hacia adelante de forma demasiado precipitada, pero en la creciente popularidad de las ideas owenitas percibió acertadamente la existencia de un medio para reunir a todos los obreros organizados del país en un movimiento común. Desde aquel momento en adelante, la historia del owenismo y del sindicalismo general pueden tomarse conjuntamente.[154]

Las comunidades experimentales fracasaron, aunque una o dos —como la de Ralahine— tuvieron un éxito parcial. Mientras las empresas más ambiciosas, como la de los constructores, se derrumbaban, algunas de las empresas cooperativas menores seguían de hecho avanzando con dificultades. La mayor parte de las sociedades y tiendas de los primeros años de la década de los treinta se hundieron, sólo para volver a reaparecer unos pocos años más tarde, según el modelo de Rochdale. La bolsa de trabajo o bazar, situada en Gray's Inn Road, era una confusión espectacular. Y sin embargo no hay nada que sea inexplicable en el fermento owenita. Hemos visto de qué modo los artesanos, los trabajadores a domicilio y los sindicalistas tenían todos un lugar dentro de él. Sus elementos milenarios más inestables procedían en gran medida de dos fuentes: los bienhechores y los muy pobres. Por lo que a la primera se refiere, el owenismo —doctrina que no proclamaba el conflicto de clase o la expropiación— atrajo en cierta cantidad a *gentlemen* filántropos y a clérigos: godwinianos, cuáqueros, intelectuales rebeldes y chiflados. Algunos de ellos enriquecieron muchísimo el movimiento, como el doctor King y, más señaladamente, Williams Thompson, el terrateniente irlandés y autor de *Inquiry into the Distribution of Wealth* (1824), *Labour Rewarded* (1827), y, en colaboración con Anna Wheeler, *An Appeal of One-Half of the Human Race Women, against the Pretensions of the Other Half, Men, to retain them in Political and thence in Civil and Domestic Slavery* (1825). Otros dieron dinero sin el cual no se hubiesen podido llevar a cabo los experimentos. Sin embargo, en la mayoría de las comunidades aparece la figura de uno o más *gentlemen* chiflados, cuya inexperiencia en la práctica

[153] Véase *Poor Man's Advocate* de Doherty (21 de enero de 1832): «La dirección [de la Asociación] ha pasado a manos de obreros enérgicos e inteligentes del Yorkshire, con quienes creemos que se evitará aquel espíritu de celos y de facción que, en gran medida, neutralizó la mejor influencia de la Asociación en esta zona.»

[154] Véase especialmente G.D.H. Cole, *Attempts at General Union*; Postgate, *The Builder's Union*, caps. 3 al 5; W.H. Warburton, *History of T. U. Organization in the Potteries*, 1931, caps. 2 al 4. Algunos detalles de la «fatalidad» que persiguió la NAPL se encuentran en D. Caradog Morris, *The History of the Labour Movement in England, 1825-1851*, fotocopia de la tesis doctoral, Londres, 1952.

de cualquier colectividad y cuyo experimentalismo utópico enfurecían a los artesanos owenitas. Declarar que los hombres debían construir un nuevo sistema social era una cosa, y declarar que los hombres podían hacer cualquier tipo de sistema nuevo que quisiesen era otra. Un socialista artesano, Alien Davenport, que había sido spenceano, nos dejó una descripción un tanto sardónica de la bolsa de trabajo de Londres:

> El espíritu del público quedaba completamente electrizado por este movimiento nuevo y extraordinario (...) La gran sala de reunión, instalada originariamente en el estilo más elegante (...) el techo tenía unos magníficos relieves y las partes ornamentales estaban ricamente sobredoradas; y tenía una capacidad suficiente para dos mil individuos. Pero esto no era suficiente para satisfacer las ideas de belleza del señor Owen. Se construyó una plataforma elevada, en la que se situó un espléndido y majestuoso órgano (...) Las noches de fiesta (...) se iluminaban las avenidas con gran brillantez con (...) costosas lámparas griegas. Se tocaban diez o doce instrumentos musicales; y las señoras y los caballeros cantaban las tonadas más dulces.
>
> Las fiestas se inauguraban con una lectura corta sobre los temas del amor social, la caridad universal y las ventajas de la cooperación (...) A la lectura seguía un concierto, y al concierto un baile (...)
>
> Mientras tanto todas las avenidas de la Bolsa, durante toda la semana, estaban literalmente bloqueadas por las muchedumbres de gentes que se reunían constantemente, algunas atraídas por la novedad de la institución, algunas para ver cómo progresaba (...); algunas para hacer depósitos e intercambios (...) Pero ¡ay!, pronto se descubrió que los hermosos vales de trabajo (...) no se podían poner de ningún modo en la circulación general, debido a lo cual falló el abastecimiento de provisiones y el resultado de uno de los movimientos más extraordinarios que jamás se había intentado en este o en cualquier otro país fue un completo fracaso. Con todo, los principios en los que se fundamentaba el sistema siguen siendo irreprochables y se deberían mantener en la memoria pública.

El Owen de este relato es el Owen que Peacock ridiculizaba en *Crotchet Castle*. Demasiadas aventuras owenitas se excedían a sí mismas y acababan en esta especie de confusión, despilfarro, buenas intenciones y pésima planificación. Owen era el mayor propagandista del owenismo, pero también era uno de sus peores enemigos. Si la bolsa de trabajo se hubiese dejado en manos de hombres como Lovett, el resultado podría haber sido distinto.[155]

[155] Para Thompson, véase R. Pankhurst, *William Thompson*, 1954. Para descripciones de la Bolsa de Trabajo, véase R. Podmore, *Robert Owen*, 1906, II; G. D. H. Cole, *Life of Robert Owen*, 1930, pp. 260-266, y Lovett, *op. cit.*, I, pp. 43 y siguientes. El relato de Davenport se encuentra en *National Cooperative Leader* (15 de marzo de 1861).

El otro aspecto de esa inestabilidad milenaria procedía, de forma más directa, del milenarismo de los pobres. Al igual que en la época de la Revolución francesa, se produce un resurgimiento de los movimientos mesiánicos durante el entusiasmo de la agitación del proyecto de ley de reforma y sus secuelas. Seguían existiendo muchos vástagos del movimiento southcottiano, cuyas sectas tomaban ahora formas peculiares y pervertidas[156] que quizá requieren más atención por parte del psiquiatra que del historiador. Pero deben señalarse tres ejemplos de esta inestabilidad milenaria que se prolonga.

El primero es el enorme séquito que, entre los años 1829 y 1836 consiguió un zapatero lisiado, «Zion» Ward, uno de los herederos del manto de Joanna. Ward, que había sido con anterioridad un metodista entusiasta, se había convencido a sí mismo mediante acrobacias alegóricas de que era «Shiloh», cuyo nacimiento había anunciado la anciana Joanna. Poco tiempo después, llegó a creer que era Cristo —y había sido antes Satanás—, y que toda la Biblia era una profecía alegórica de su anunciación. La historia de la vida de Cristo en el Nuevo Testamento era falsa: si el redentor había venido, «¿por qué no se ha redimido el hombre?». Lo que era insólito en la paranoia de Ward, aparte de su solipsismo surrealista, era, en primer lugar, que la reforzaba con argumentos sacados de Carlile y los deístas; y, en segundo lugar, que dirigía su llamada mesiánica hacia la dinámica del radicalismo. Su séquito creció en Southwark, Hackney, Walworth; en Chatham, Nottingham, Birmingham, Derby, Chesterfield y Leeds; muchos de esos lugares habían sido baluartes southcottianos. En Barnsley provocó un estruendoso aplauso cuando lanzó un ataque contra todo el clero «que desde al arzobispo hasta el último son perjuros y los falsos profetas que la Biblia menciona». Esta fue, cada vez más, la tónica de sus profecías: «¡Descubrid las malas mañas de los curas! ¡Preparad su destrucción!» El Rey debe «acabar con los enormes salarios de los obispos y gastar el dinero para el bienestar público». Publicaba un semanario, *The Judgement Seat of Christ*; quizá la única ocasión en que se ha atribuido a Cristo la dirección editorial, semana tras semana, de un periódico popular. Durante el verano de 1831, reunió enormes masas de público en sus conferencias, llenando a menudo las dos mil plazas de la *Rotunda* de Carlile: «N. B. Las obras del Mesías se venden en (...) *Rotunda*, Blackfriars Street. Prédica en *Rotunda*, los

[156] Véase T. Fielden, *An Exposition of the Fallacies and Absurdities of that Deluded Church generally known as Christian Israelites or «Johannas»*, 1850, para detalles de los «misterios de la iniciación y la disciplina en manos de la hermandad piadosa: «la mujer coge al hombre por sus genitales mientras él está en su posición inclinada a ella, le coge con una mano y le da los azotes con la otra.»

jueves por la tarde a las 7.30 y los domingos por la tarde a las 3.» A principios de 1832 le declararon culpable de blasfemia en Derby —«Los obispos y el clero son impostores religiosos, y como tales están expuestos, por la ley inglesa, a castigos corporales»: ¿no es un argumento demasiado peligroso?— y le encarcelaron durante dos años junto con un compañero profeta. A pesar de la enfermedad y de una parálisis parcial, continuó su misión hasta su muerte en 1837.[157]

El segundo ejemplo es el del extraordinario «Sir William Courtenay» —o J. N. Tom— que llegó en 1832 a un Canterbury alarmado, vestido con ropas orientales y acompañado de rumores de que era muy rico, recibió cuatrocientos votos fortuitos en la elección general y, después de ser condenado por perjurio, publicó su *Lion*, con los títulos de:

> Sir William Courtenay (...) rey de Jerusalén, príncipe de Arabia, rey de los gitanos, defensor de su rey y su patria (...) que ahora se encuentra en la cárcel de la *City*, Canterbury.

Tom, que era un tratante de vinos que procedía originariamente del West Country de Joanna Southcott, había sido spenceano durante un corto período de tiempo. Su *Lion* denunciaba por un igual a todos los infieles y al clero:

> La Raíz de todo mal está en la iglesia.
> ¡El lucro! ¡el lucro! ¡el lucro!
> Dios proteja a la viuda, al huérfano y al desdichado.

Cuando salió de la cárcel y del manicomio, se fue a vivir a las casas de los campesinos de los pueblos cercanos a Canterbury. En mayo de 1838 empezó a rondar por los pueblos montado a caballo y armado con pistolas y una espada, a la cabeza de un grupo de cincuenta a cien jornaleros armados con cachiporras. Llevaban una hogaza de pan en el extremo de una vara debajo de una bandera azul y blanca con un león rampante, y se supone que Tom leyó a sus seguidores el siguiente fragmento del capítulo v de Santiago:

> Y ahora vosotros los ricos llorad y aullad por las desgracias que os sobrevendrán (...)
> Contemplad el salario de los jornaleros que han segado vuestros campos, salario que retenéis con fraude, pregonado.

[157] G. R. Balleine, *Past Finding Out*, cap. 11; compilados por H. B. Hollingsworth, *Zion's Works*, 1899, I, pp. 300 y siguientes; Zion Ward, *A Serious Call: or The Messiah's Address to the People of England*, 1831.

En particular, las mujeres creían que tenía poderes milagrosos. Más adelante, un jornalero dijo que «amaba a Sir William»: «Les hablaba de tal manera, y siempre leía las Escrituras, que no le miraban como a un hombre cualquiera y hubiesen muerto con alegría por él.» Al igual que Oastler y Stephens en el norte, denunciaba la *New Poor Law* como una violación de la ley divina. Finalmente, Courtenay —o Tom— mató a un policía que habían mandado para que le detuviese, pero los jornaleros no le abandonaron. Más de cincuenta de ellos se retiraron al bosque de Blean, donde esperaron al ejército escondidos en la densa maleza. Tom enseñaba las llagas de los clavos en manos y pies, y anunciaba que si le mataban resucitaría de nuevo: «Es el día del juicio; es el primer día del Milenio; y ese día pondré la corona sobre mi cabeza. ¡Contemplad, uno más fuerte que Sansón está con vosotros!» Les prometió tierra a sus seguidores, quizás unos cincuenta acres para cada uno. Cuando los soldados se acercaron, tocó una trompeta y dijo que ésta se oía en Jerusalén donde había diez mil hombres dispuestos a obedecer sus órdenes. Al fin tuvo lugar la batalla, quizás la más desesperada que se desarrollaba en tierra inglesa desde 1745. Frente a las armas de fuego y las bayonetas, los jornaleros de Kent sólo tenían cachiporras: «Jamás presencié una resolución mayor en mi vida —dijo un testigo—. Jamás en la vida vi hombres más furiosos o enloquecidos cuando nos atacaban.» Un oficial resultó muerto, así como Courtenay y once o doce de sus seguidores. El saldo de muertos fue más elevado que el de Pentridge o Peterloo.[158]

Los hechos del bosque de Blean pertenecen más a los modelos culturales antiguos que a los nuevos. Fue la última revuelta de los campesinos. Es interesante constatar que los bryanitas *ranting*, o cristianos de la Biblia, tenían uno de sus baluartes en Kent; y en un momento en que el mundo psíquico de los hombres estaba repleto de imágenes del fuego del infierno y de la revelación, y su mundo real lleno de pobreza y opresión, lo sorprendente es que este tipo de explosiones no fuesen más frecuentes. El tercer ejemplo, que nos acerca más al owenismo, es el del extraordinario éxito de la propaganda mormona en los distritos industriales de Inglaterra, a finales de la década de 1830 y durante la década de los cuarenta. En pocos años se bautizaron miles de conversos, y miles de estos «santos del último día» zarparon desde Liverpool hacia la ciudad de Sión. Los primeros conversos eran «principalmente obreros fabriles y otros trabajadores manuales (...) extremadamente pobres, la mayoría de los cuales no tenía siquiera una muda de ropa para ser bautizados». Muchos de

[158] P. G. Rogers, *Battle in Bossenden Wood*, 1961, pp. 4, 96; *An Account of the Desperate Affray in Blean Wood*, Faversham, 1838; *Essay on the Character of Sir William Courtenay*, Canterbury, 1833; *The Lion* (6 y 27 de abril de 1833); *Globe* (1 de junio, 10 de agosto de 1838).

ellos, que habían recibido ayuda para el dinero del pasaje, fueron andando y empujando carros manuales desde los riscos de Bluff hasta la ciudad de Salt Lake.[159]

Todos estos ejemplos sirven para subrayar que, para la década de 1830, es prematuro pensar que la población obrera inglesa estaba completamente abierta a la ideología secular. La cultura radical que hemos estudiado era la cultura de trabajadores cualificados, artesanos y algunos trabajadores a domicilio. Por debajo de esa cultura —o coexistiendo con ella— había niveles de respuesta más oscuros, de los cuales sacaban algo de su apoyo los líderes carismáticos como Oastler y O'Connor. En el movimiento cartista, los hombres como Lovett jamás encontrarían por completo una estrategia y un punto de vista común con los trabajadores «barbudos y con chaqueta de fustán» del norte. La inestabilidad se encontraba particularmente donde los nuevos modelos racionalistas y los modelos metodistas o baptistas de corte más antiguo se influían unos a otros, o cuando se encontraban en conflicto en el mismo espíritu. Pero, mientras que la disidencia y el metodismo parecen haber ordenado y amasado el carácter de los artesanos del sur, en aquellas partes en que predominaba el modelo metodista durante los años de las guerras parece que las energías emocionales hayan sido almacenadas o reprimidas. Si se hinca una pala en la cultura de la clase obrera del norte en cualquier momento de la década de los treinta parece que la pasión brote del suelo.

De ahí que el owenismo también reuniese algo de esta pasión. Si tenemos en cuenta que Owen y sus conferenciantes profetizaban que «se desencadenaría la prosperidad», era inevitable que reuniesen a su alrededor a los hijos de Israel. Revivió el anhelo comunitario y el lenguaje de la racionalidad se transformó en el de la hermandad. Como en todos los momentos de fermento, también revivió el antinomianismo, con sus equivalentes místicos de las ideas seculares de liberación sexual que se sostenían entre algunos de los comunitarios owenitas: «Si os amáis el uno al otro —les decía Zion Ward a los jóvenes en sus templos— juntaos en cualquier momento sin ninguna ley ni ceremonia.» Ward también tenía un proyecto de colonia agrícola, «donde quienes deseen abandonar el mundo pueden vivir juntos como una familia». Además, para los pobres, el owenismo tocaba una de sus aspiraciones más íntimas: el sueño de que, de algún modo, gracias a algún milagro, podrían de nuevo tener *algún derecho sobre la tierra*.

[159] Véase Armytage, *op. cit.*, parte III, cap. 7, «Liverpool: Gateway to Zion»; P. A. M. Taylor, *Expectations Westward*, 1965.

Tenemos la sensación de que, en la década de 1830, muchos ingleses percibían que la estructura del capitalismo industrial sólo estaba parcialmente construida y que a esta estructura todavía no se le había puesto el tejado. El owenismo sólo fue uno de los impulsos gigantescos, pero efímeros, que captaron el entusiasmo de las masas, al presentar la visión de una estructura completamente diferente, que se podía construir en cuestión de años o meses, sólo con que el pueblo estuviese suficientemente unido y decidido. Se ha desarrollado un espíritu de organización, escribió Bronterre O'Brien en 1833, cuyo objetivo:

> es el más sublime que se pueda imaginar, a saber, establecer un completo dominio, por parte de las clases productivas, sobre los frutos de su propio trabajo (...) Las clases trabajadoras proyectan un cambio total de la sociedad, un cambio que supone la subversión completa del «orden del mundo» existente. Aspiran a estar a la cabeza de la sociedad en lugar de estar en la cola; o, mejor dicho, que no debería haber cola ni cabeza.[160]

En retrospectiva es fácil considerar que este espíritu es ingenuo o utópico. Pero no hay nada en él que nos autorice a contemplarlo con superioridad académica. Los pobres eran desesperadamente pobres y las perspectivas de una comunidad en la que no sólo pudiesen mezclar la cultura intelectual con los objetivos atléticos de Grecia y Roma, sino también comer, eran atractivas. Además, entre el owenismo y los anteriores credos que reunían ímpetus milenarios, había la siguiente diferencia importante: con los owenitas el milenio no iba a llegar, se haría, con sus propios esfuerzos.

Y a partir de aquí podemos juntar todas las líneas del owenismo: los artesanos con sus sueños de provocar un cortocircuito en la economía de mercado general; la *gentry* filantrópica, con su deseo de una sociedad racional y planificada; los pobres, con sus sueños de tierra o de Sión; los tejedores, con sus esperanzas de trabajo independiente; y todos ellos con la imagen de una comunidad hermanada y equitativa, en la que la ayuda mutua sustituyese a la agresión y la competición. Maurice escribió en 1838:

> Cuando los pobres dicen, «nosotros, también, reconoceremos que las circunstancias lo son todo, abandonaremos toda creencia en lo invisible, este mundo será el único hogar en el que moraremos», el lenguaje puede muy bien aterrorizar a todo aquel que escuche (...) Sin embargo (...) es el «nosotros queremos» (...) lo que infunde la apariencia de vitalidad a las secas astillas de la teoría del señor Owen.[161]

---

[160] *Poor Man 's Guardian* (19 de octubre de 1833). Véase M. Morris, *From Cobbett to the Chartists*, 1948, p. 87.

[161] F. D. Maurice, *The Kingdom of Christ*, citado en Armytage, *op. cit.*, p. 85.

Este «nosotros queremos» es la prueba de que los obreros se estaban acercando a la madurez, estaban adquiriendo conciencia de sus propios intereses y aspiraciones como clase. No había nada de irracional o de mesiánico en el hecho de que hiciesen una crítica del capitalismo como sistema, tampoco en proyectar ideas «utópicas» acerca de un sistema alternativo y más racional. Desde el punto de vista de los obreros, no era Owen el que estaba «loco», sino un sistema social en el que el vapor y la nueva maquinaria desplazaban y degradaban claramente a los obreros, y en el que los mercados podían estar «saturados» mientras el tejedor descalzo se sentaba al telar y el zapatero estaba en su taller sin una chaqueta que ponerse a la espalda. Esos hombres sabían por experiencia que Owen estaba en su sano juicio cuando decía que:

> la actual organización de la sociedad es la más antisocial, impolítica e irracional que se pueda imaginar; que bajo su influencia se reprimen desde la infancia las cualidades superiores y más valiosas de la naturaleza humana, y que se utilizan los medios más antinaturales para acentuar las tendencias más nocivas.[162]

Lejos de tener un punto de vista encarado hacia el pasado, el owenismo fue la primera de las grandes doctrinas sociales que dominó la imaginación de las masas en este período, y que partía de una aceptación de los poderes productivos ampliados del vapor y la fábrica. Lo que se cuestionaba no era tanto la máquina como el móvil del beneficio; no el tamaño de la empresa industrial sino el control del capital social que había detrás de ella. Los artesanos constructores y los pequeños patronos, que se resentían del control y de la parte del león de los beneficios que se apropiaban los patronos constructores y los contratistas, no creían que la solución residiese en la existencia de multitud de pequeños empresarios.[163] Por el contrario, deseaban que la cooperación de los oficios implicados en la construcción quedase reflejada en el control social cooperativo. Es irónico que un movimiento del que se supone que sacó la mayor parte de su fuerza de los *petit-bourgeois* hiciese intentos mucho más serios que ningún otro de nuestra historia en cuanto a iniciar nuevas formas de vida comunitaria. Holyoake escribió muchos años después: «Todo el fervor y la seriedad de las primeras Sociedades Cooperativas tenía que ver (...) con la vida comunitaria. Los "socialistas" (...) esperaban fundar ciudades industriales libres, independientes y autónomas, en las que la riqueza que se crease fuese repartida de forma equitativa entre todos aquellos que la producían

[162] Owen, *op. cit.*, p. 269.
[163] Véase Postgate, *op. cit.*, pp. 72-73.

con su trabajo».[164] Quienes ven en el fracaso de esos experimentos sólo una prueba de su locura, quizá confían demasiado en que la «historia» ha demostrado que son un callejón sin salida.

Lo que era irracional en el owenismo —o «utópico» en el habitual sentido peyorativo— era la impaciencia de la propaganda, la fe en la multiplicación de la razón mediante lecturas y tratados, la atención inadecuada a los medios. Y sobre todo estaba la funesta evasiva de Owen respecto de las realidades del poder político, y su intento de pasar por alto la cuestión de los derechos de propiedad. El socialismo cooperativo consistía simplemente en desplazar al capitalismo, sin causar dolor y sin enfrentamiento, mediante el ejemplo, la educación y mediante el desarrollo en su seno desde sus propias poblaciones, talleres y almacenes. El *Economist* estaba ansioso por asegurar a sus lectores que la cooperación no posee ninguna «tendencia *igualadora*». Su objetivo era «*elevarlo* todo»; su riqueza no sería tomada de los poseedores actuales, sino que sería «*riqueza producida de nuevo*».[165] Declaraba un clérigo de Warrington: «Nosotros (...) no venimos como *levellers*. No venimos a privar a ningún ser humano, hombre o mujer, de cualquiera de sus propiedades.»[166] En 1834, en el punto más extremo del movimiento owenita, un «Fuero de los Derechos de la Humanidad» declaraba: «La actual propiedad de todos los individuos, adquirida y poseída según las costumbres y las prácticas de la vieja sociedad, se mantendrá sagrada hasta que (...) no tenga ya ningún uso o valor de cambio.»[167]

Esta era la debilidad que le quitaba valor al owenismo. Incluso el pequeño grupo de filántropos spenceanos, al final de las guerras, podían vislumbrar que el socialismo entrañaba la expropiación de los grandes terratenientes. «Es pueril», había escrito Spence en su *Restorer of Society to its Natural State* (1800):

> esperar ver alguna vez de nuevo pequeñas granjas, o ver alguna vez cualquier cosa que no sea la máxima extorsión y opresión de los pobres, hasta que derrumbéis el actual sistema de propiedad de la tierra. Porque ellos han adquirido por completo, ahora más que nunca, el espíritu y el poder de la opresión (...) Por lo tanto nada que no sea la destrucción total del poder de esos Sansones servirá (...) Nada que no sea el exterminio completo del actual sistema de propiedad de la tierra (...) hará que el mundo vuelva a estar en una situación en la que merezca la pena vivir en él.

---

[164] Véase S. Pollard, *op. cit.*, p. 90.
[165] *Economist* (11 de agosto de 1821).
[166] A. E. Musson, *op. cit.*, p. 126.
[167] O'Brien, *op. cit.*, p. 437.

Esto era lo que levantaba la singular furia de los gobernantes británicos, que tuvieron detenido al apacible Thomas Evans, autor de *Christian Policy*, durante un año sin juicio, en el mismo momento en que lord Sidmouth discutía las propuestas del ilustrado señor Owen. En aquel año, uno de los últimos spenceanos, un pintoresco sastre llamado Robert Wedderburn, promovió un pequeño periódico mal impreso *The Forlorn Hope*: «El señor Owen (...) descubrirá que las clases más bajas están casi convencidas de que él es un instrumento de los terratenientes y los ministros.»[168] Los spenceanos y los viejos radicales de 1817 demostraron estar equivocados en su estimación de Owen y la preocupación de Spence y Evans en relación al socialismo agrario era inadecuada para la Inglaterra industrial. No obstante, los spenceanos estaban, por lo menos, deseosos de plantear los problemas de la propiedad y el poder de clase.

Precisamente porque Owen se negó a afrontar ninguno de los dos problemas, pudo mantenerse completamente indiferente respecto del radicalismo político y conducir al movimiento, con frecuencia, por caminos ilusorios. El movimiento cooperativo siguió teniendo durante años esta coexistencia de filántropos y radicales obreros. Sin embargo, hacia 1832, hombres como Hetherington, O'Brien y James Watson tenían acentos completamente diferentes y rechazaban el desprecio que Owen tenía hacia todos los medios políticos. El owenismo constituyó siempre para ellos una influencia constructiva. De él habían aprendido a considerar al capitalismo, no como una serie de sucesos discontinuos, sino como un sistema. Habían aprendido a proyectar un sistema de solidaridad utópico alternativo. Habían superado la nostalgia de Cobbett por un mundo antiguo y adquirido la confianza de proyectar uno nuevo. Habían comprendido la importancia de la educación y de la fuerza del condicionamiento ambiental. Habían aprendido, de Thompson y Anna Wheeler, a formular nuevas demandas por los derechos de las mujeres. A partir de entonces ninguna cosa de la sociedad capitalista pareció dada e inevitable, producto de la ley «natural». Todo esto se expresa en la «Última voluntad y testamento» de Henry Hetherington:

> Estas son mis opiniones y mis sentimientos al dejar una existencia que ha sido turbada por las plagas y los placeres de un sistema competitivo, agresivo y egoísta; un sistema que anula las aspiraciones morales y sociales de los seres humanos más nobles mediante el incesante trabajo y las privaciones físicas; por el cual, verdaderamente, todos los hombres aprenden a ser esclavos, hipócritas o criminales. De ahí mi adhesión incondicional a los principios de ese gran y buen hombre: Robert Owen.

[168] *The Forlorn Hope, or a Call to the Supine* (4 y 11 de octubre de 1817).

V. «Una especie de máquina»

«El mal que han hecho esos hombres —Owen y Hodgskin— en algunos aspectos es incalculable», observaba Francis Place.[169] El «mal» está escrito a lo largo de los años 1831-1835. Y hasta aquí llegan los límites de este estudio; porque en un sentido la clase obrera no está ya en formación sino que está formada. Atravesar el umbral que separa 1832 de 1833, significa entrar en un mundo en el que la presencia de la clase obrera se percibe en todos los condados de Inglaterra y en la mayoría de aspectos de la vida.

Se puede contemplar la nueva conciencia de clase de la clase obrera desde dos puntos de vista. Por un lado, había la conciencia de identidad de intereses entre trabajadores de las más diversas ocupaciones y niveles de consecución, que se encarnaba en diversas formas institucionales y que quedó expresada, en una escala sin precedentes, en el sindicalismo general de los años 1830-1834. Esta conciencia y estas instituciones se encontraban sólo en forma fragmentaria en la Inglaterra de 1780.

Por otro lado, se daba una conciencia de la identidad de intereses de la clase obrera, o las «clases productivas», frente a los de otras clases; y dentro de ésta maduraba la aspiración a un sistema alternativo, pero la definición final de esta conciencia de clase fue consecuencia, en gran parte, de la respuesta de la clase media ante la fuerza de la clase obrera. La línea quedó trazada, con extremo cuidado, con las restricciones del derecho a votar de 1832. La característica particular del desarrollo inglés había sido que, donde esperaríamos encontrar un movimiento creciente de la clase media en favor de la reforma, con la clase obrera a la cola, sucedido luego por una agitación independiente de la clase obrera, de hecho nos encontramos con el proceso trastocado. El ejemplo de la Revolución francesa había iniciado tres procesos simultáneos: la aterrorizada respuesta contrarrevolucionaria de la aristocracia terrateniente y comercial; una retirada por parte de la burguesía industrial y una acomodación —en términos favorables— con el *statu quo*; así como una rápida radicalización del movimiento popular en favor de la reforma hasta el punto de que los cuadros jacobinos que fueron bastante resistentes para sobrevivir a lo largo de las guerras eran en su mayoría pequeños patronos, artesanos, calceteros y tundidores, además de otros trabajadores. Cabe considerar los veinticinco años

[169] Add. MSS. 27, 791 f. 270.

que siguieron a 1795 como los años de la larga contrarrevolución y, en consecuencia, el movimiento radical siguió siendo en su mayor parte de carácter obrero, con un populismo democrático avanzado como teoría. Difícilmente el triunfo de un movimiento tal recibiría la bienvenida de parte de los propietarios de las hilanderías, los dueños de los altos hornos o los industriales. De aquí la ideología particularmente represiva y antiigualitaria de las clases medias inglesas: Godwin dando paso a Bentham, Bentham dejando paso a Malthus, M'Culloch y el doctor Ure, y éstos dando lugar a Baines, Macaulay y Edwin Chadwick. De aquí también el hecho de que la más suave medida de reforma para hacer frente a las irracionalidades manifiestas de la «Vieja Corrupción» se aplazasen en realidad, debido a la resistencia del viejo orden por un lado, a la timidez de los industriales por el otro.

La crisis del proyecto de ley para la reforma de 1832 —o, para ser más precisos, las sucesivas crisis desde principios de 1831 hasta los «días de mayo» en 1832— ilustran esas tesis en casi todos los aspectos. La agitación surgió entre «el pueblo» y acusó rápidamente el consenso de opinión más asombroso en relación a la imperiosa necesidad de la «reforma». Mirado desde un punto de vista, Inglaterra atravesó, sin ningún género de dudas, una crisis, durante esos doce meses, en la cual la revolución fue posible. La rapidez con que se extendió la agitación indica hasta qué punto estaba presente entre el pueblo la experiencia de todo tipo de agitación constitucional y cuasilegal:

> La forma sistemática con que procedía el pueblo, su firme perseverancia, su actividad y destreza sorprendía a los enemigos de la reforma. En las capitales, las ciudades y las parroquias se celebraban reuniones en las que participaba casi todo tipo de personas; también se reunían los mancebos de los menestrales en sus clubes y los obreros sencillos que no tenían clubes de oficios o asociaciones de ningún tipo.

Esto lo escribía Place el otoño de 1830, añadiendo (referente a febrero de 1831): «(...) sin embargo, no había la menor comunicación entre lugares del mismo vecindario; cada parte del pueblo parecía entender qué era lo que se debía hacer.»[170] «La gran mayoría» de aquellos que asistían a las abultadas manifestaciones, se quejaba a Grey, el secretario privado del Rey en marzo de 1831, «pertenecen a las clases más bajas». Las enormes manifestaciones, que superaron la cifra de cien mil personas en Birmingham y Londres en el otoño de 1831 y mayo de 1832, tenían una abrumadora mayoría de artesanos y obreros.[171]

[170] Add. MSS 27, 789. Para un ejemplo de esta facilidad en organización espontánea, véase Prentice, *op. cit.*, pp. 408-410.
[171] Véase Jephson, *The Platform*, II, cap. 15.

«Nosotros no hemos provocado la agitación en torno a la reforma —le escribió Grey con cierto malhumor al Rey, en marzo de 1831-. La encontramos en pleno apogeo cuando llegamos al cargo.» Y, si lo miramos desde otro punto de vista, podemos ver por qué, de hecho, era altamente improbable que la revolución se produjese durante esos meses de crisis. Debemos buscar la razón en la misma fuerza del movimiento obrero radical; en la habilidad con la que los líderes de la clase media, Brougham, *The Times* o el *Leeds Mercury* utilizaron la amenaza de la fuerza de la clase obrera y negociaron una línea de retirada aceptable para todos excepto para los defensores más acérrimos del *ancien régime*; y en la conciencia por parte de los *whigs* y los menos intransigentes de los *tories* de que, aunque Brougham y Baines sólo les estaban chantajeando, si no se alcanzaba un compromiso, los reformadores de la clase media no serían capaces ya de mantener bajo control la agitación que se producía a sus espaldas.

La burguesía industrial deseaba de todo corazón que no se produjese una revolución, porque sabían que el mismo día que empezase una revolución se produciría un proceso de radicalización dramático, en el que los huntitas, los sindicalistas y los líderes owenitas cobrarían un apoyo creciente en casi todos los centros industriales. «Las clases medias y los pequeños patronos utilizan las amenazas de una revolución», escribía el *Poor Man's Guardian*. Pero:

> Una revolución violenta no sólo no está al alcance de los medios de aquellos que amenazan con ella, sino que para ellos es el mayor objeto de alarma; porque saben que una revolución como ésta sólo la pueden realizar los millones de pobres y menospreciados, los cuales, si se excitan hasta tal punto, podrían utilizarla para su propio beneficio, además de para el de aquellos, que de este modo verían amenazados (...) sus queridos derechos de propiedad; podéis estar seguros de que una revolución es lo que más temen.[172]

Los reformadores de la clase media luchaban hábilmente en los dos frentes. Por una parte, *The Times* aparecía como el organizador real de la agitación de masas: «Confiamos en que no haya un solo condado, ciudad o pueblo en el Reino Unido que no se reúna y formule peticiones en favor de la reforma.» Incluso instaba al pueblo a cumplir «el solemne deber de constituirse en sociedades políticas por todo el reino». Daba apoyo —como lo había hecho Edward Baines ante las multitudes que le aclamaban— a medidas de fuerza que conducían directamente a la revolución: asaltar los bancos,

[172] Octubre de 1831.

negarse a pagar impuestos y armar a los miembros de las *political unions*. Por otra parte, las revueltas de Nottingham, Derby y Bristol en octubre de 1831 subrayaron la función dual de las *political unions* según el modelo de Birmingham:

> Estas *unions* tenían como objetivo la promoción de la causa de la reforma, la protección de la vida y la propiedad frente a los atropellos irregulares, pero pormenorizados, de la muchedumbre, así como para el mantenimiento de otros grandes intereses frente a las sistemáticas violencias de una oligarquía.[173]

Estos incendiarios de la clase media llevaban en sus mochilas un bastón de guardia especial. En algunas ocasiones los *tories* mismos creyeron burlarlos, alentando al movimiento obrero independiente en favor de la reforma a exhibirse de una forma tan alarmante que Brougham y Baines recurrieron a la «Vieja Corrupción» en busca de protección. Cuando la *National Union of the Working Classes* propuso convocar una manifestación en Londres a favor del sufragio universal y en resistencia al proyecto de ley de reforma *whig*, el propio Rey escribió (4 de noviembre de 1831):

> Su Majestad no está de ningún modo disgustado de que las medidas contempladas en el mitin en cuestión sean tan violentas, y (...) desagradables, puesto que confía en que la manifestación de tales intenciones y propósitos puede dar la oportunidad (...) de reprimir el progreso de las *Political Unions*.[174]

Por todo el país, los reformadores de la clase media y los de la clase obrera maniobraban para controlar el movimiento. En los primeros momentos, hasta el verano de 1831, los radicales de la clase media llevaban ventaja. Siete años antes, Wooler había cerrado el *Black Dwarf* con una declaración final tristemente desilusionada. No había, en 1824, «público vinculado fielmente a la causa de la reforma parlamentaria». Cuando una vez cientos y miles habían clamado en favor de la reforma, ahora le parecía que sólo habían «clamado por el pan»; los oradores y los periodistas de 1816-1820 sólo habían sido «pompas de la fermentación de la sociedad lanzadas al aire».[175] Muchos de los líderes de la clase obrera, de finales de la década de 1820, compartían su desilusión y aceptaban la postura

[173] *The Times* (1 de diciembre de 1830, 27 de octubre de 1831); véase Jephson, *op. cit.*, 17, pp. 69, 107. Durante las revueltas de Bristol, las autoridades se vieron obligadas a recurrir a los líderes de la *political union* de Bristol para restablecer el orden. Véase *Bristol Mercury* (1 de noviembre de 1831); Prentice, *op. cit.*, p. 401.

[174] Citado en Jephson, *op. cit.*, II, p. 111. De hecho, la manifestación de la *National Union* fue declarada sediciosa y prohibida. Era un riesgo demasiado grande.

[175] Discurso final, a modo de prólogo del *Black Dwarf*, XVIII (1824).

antipolítica de su maestro, Owen. Hasta el verano de 1830, con la «revuelta» de los braceros rurales y la revolución de julio en Francia, la marea del interés popular no volvió a la agitación política. Y a partir de aquel momento, la resistencia terriblemente terca de los intransigentes —el duque de Wellington, los lores, los obispos—, dispuesta a quemar hasta el último cartucho ante cualquier medida de reforma, dictó una estrategia, que aprovecharon al máximo los radicales de la clase media, por la cual la agitación popular se vio conducida a avanzar detrás de Grey y Russell y a dar apoyo a un proyecto de ley con el cual la mayoría no tenía nada que ganar.

De este modo, se había roto la configuración de fuerzas de 1816-1820 —y, por supuesto, de 1791-1794—, en la que se identificaba la demanda popular de la reforma con el programa de sufragio universal que defendía el comandante Cartwright. «Si alguien piensa que esta reforma dará lugar a ulteriores medidas —declaró Grey en la Cámara en noviembre de 1831— está equivocado; porque no hay otra persona más decididamente contraria a los parlamentos anuales, el sufragio universal y la votación que yo. Mi objetivo no es favorecer, sino acabar con tales esperanzas y proyectos.» Los viejos radicales vieron bastante clara la situación y la mayoría de sus portavoces trataron con desprecio el proyecto de ley de los *whigs* hasta los últimos «días de mayo». Un radical de Macclesfield declaró: «No le importaba que le gobernara un cacique local, un alcahuete o un comerciante de quesos si se iba a seguir manteniendo el sistema de monopolio y corrupción.»[176] Hunt, desde su puesto como diputado por Preston (1830-1832), sostenía las mismas posiciones, sólo que con un lenguaje ligeramente más decoroso. George Edmonds, el ingenioso y valiente maestro de escuela, que, en enero de 1817, había presidido la primera gran manifestación de la posguerra de Birmingham en Newhall Hill declaró:

> No soy propietario de una casa. Pero si hace falta puedo ser propietario de un mosquete. ¡En el *nada más que el proyecto de ley* no reconocen a George Edmonds como ciudadano! George Edmonds menosprecia al *nada más que el proyecto de ley*, excepto en cuanto se refiere a que es el primero en robar al país.[177]

También era esta la posición de la elite de los artesanos radicales de Londres, que estaban inscritos en la National Union of Working Classes and Others, cuyos debates semanales en *Rotunda*, durante 1831 y 1832, serían reseñados en el *Poor Man's Guardian* de Hetherington, que sin duda era el mejor semanario obrero que se había

[176] *Poor Man's Guardian* (10 de diciembre de 1831).

[177] G. Edmonds, *The English Revolution*, 1831, p. 5. Edmonds siguió para tomar una parte activa en el movimiento cartista.

publicado —hasta aquel momento— en Gran Bretaña. A los debates asistían el mismo Hetherington, cuando no estaba en prisión, William Lovett, James Watson, John Gast, el brillante y malogrado Julian Hibbert y el viejo William Benbow, anterior compañero de Bamford y de Mitchell, que ahora impulsaba su propuesta de un Gran Día de Fiesta Nacional o un mes de huelga general en el curso de la cual las clases productivas asumirían el control del gobierno y los recursos de la nación.[178] Los debates giraban de manera creciente en torno a la definición de clase. William Carpenter, que compartía con Hetherington el honor de haber iniciado la lucha de la prensa *unstamped*, tenía una opinión discrepante. Se debía dar apoyo al proyecto de ley *whig* como una «cuña». Lamentaba que el *Poor Man's Guardian* utilizase los términos «intermediarios» y «clase media» como «términos intercambiables», por cuanto las clases medias «no sólo no son una clase de personas que tengan intereses distintos a los vuestros. Son la misma clase; hablando en términos generales, son trabajadores u obreros.»[179] La controversia continuó durante toda la crisis. Después de la aprobación del proyecto de ley, el *Poor Man's Guardian* publicó su conclusión:

> Los promotores del Proyecto de reforma no lo pensaron con la perspectiva de subvertir, o incluso remodelar nuestras instituciones aristocráticas, sino de consolidarlas reforzando una subaristocracia procedente de las clases medias (...) La única diferencia que existe entre los *whigs* y los *tories* es que los *whigs* concederían lo insustancial para mantener la esencia, mientras que los *tories* no darían siquiera lo insustancial, porque las masas, tontas como son, no se detendrían en lo insustancial sino que seguirían adelante hasta las realidades.[180]

Es problemático afirmar hasta qué punto los militantes owenitas de *Rotunda* representaban algún grupo masivo de opinión obrera. Empezaron representando sólo a la intelectualidad de los artesanos, pero cobraron influencia de forma muy rápida. Hacia el mes de octubre de 1831 pudieron organizar una manifestación masiva, en la que participaron quizás unas setenta mil personas, muchas de las cuales lucían pañuelos blancos emblemáticos del sufragio universal; es posible que unos cien mil participasen en sus manifestaciones contra el Ayuno Nacional de marzo de 1832. Place consideraba que los rotundistas —a muchos de los cuales

[178] Véase A. J. C. Rüter, «Benbow's Grand National Holiday», *International Review of Social History* (Leiden), I, 1936, pp. 217 *et seq.*

[179] W. Carpenter, *An Address to the Working Classes on the Reform Bill*, octubre de 1831. Véase también la controversia subsiguiente en el *Poor Man's Guardian*.

[180] *Poor Man's Guardian* (25 de octubre de 1832); véase A. Briggs, *The Age of Improvement*, p. 258.

descalificó tachándoles de «infames»— constituían la mayor amenaza para la estrategia de la clase media y gran parte de su manuscrito de historia de la crisis del Proyecto de reforma —en el cual los historiadores han depositado demasiada confianza— está dedicado a las manipulaciones poco escrupulosas con las que intentó limitar la influencia de aquella y desplazarla por la influencia de su rival la National *Political Union*. El propio duque de Wellington interpretó la lucha como una contienda entre el poder y *Rotunda*, que comparó a dos ejércitos *en présence*. Pensar que no podía situar ningún río entre los ejércitos, con los centinelas y puestos de vigía adecuados sobre los puentes, confundía en extremo su espíritu militar. El enemigo estaba instalado en puntos delicados dentro de su propio campo.[181]

Sin embargo, el cortejo de octubre de 1831 estaba compuesto principalmente —parece— por «tenderos y artesanos superiores». Y aunque el número de gente convocada era impresionante, resulta pobre en comparación con las manifestaciones, incluso más numerosas, de Birmingham, que tenía menos población. Parecería que, aunque los artesanos de Londres habían logrado por fin construir una dirección cohesionada y altamente articulada, seguía existiendo un amplio abismo entre ellos y los obreros y trabajadores de los oficios deshonrosos. Este problema se repetiría una y otra vez en la historia del cartismo londinense. La situación era caricaturizada en las páginas del folleto difamatorio y alarmista de Edward Gibbon Wakefield. Consideraba a los rotundistas como «desesperados» e idealistas, cuyo peligro residía en el hecho de que podían desencadenar las energías destructivas de las clases delictivas, «los ilotas de la sociedad» que se encontraban apiñados en los vericuetos y las callejuelas de la calle Orchard, Westminster o Whitechapel. Ahí estaban los apolíticos, pero peligrosos, «vendedores ambulantes, pastores, matarifes de ganado, matarifes de caballos, tratantes en carne de perro y cuerpos muertos, caraduras, ladrilleros, deshollinadores, noctámbulos, basureros, etc.». Su actitud hacia los socialistas owenitas de *Rotunda* era ambigua. Por una parte, eran en su mayor parte «hombres sensatos, que se mantenían con su trabajo», hombres que se distinguían claramente de las clases peligrosas por sus talentos superiores. Por otra parte, muchos de ellos eran «hombres solteros sin ataduras, que vivían aquí y allá en hospedajes y que podían prender fuego a Londres sin la ansiedad de tener seres queridos indefensos en casa»:

[181] Véase J. R. M. Butler, *The Passing of the Great Reform Bill*, 1914, pp. 292-293, 350; Add. MSS., 27, 791 f. 51; Memorándum sobre «Measures to be taken to put an End to the Seditious Meetings at the *Rotunda*», *Wellington Despatches*, segunda serie, VII, 1878, p. 353.

Sus modales son más amables que rudos; pero si le tocas el punto flaco a alguno de ellos —dile simplemente que crees que el estímulo de la competencia es indispensable para la producción de riqueza— y, o bien te abandonará con desprecio, o (...) te dirá, con los ojos relampagueantes, que te paga el gobierno para decir tonterías. Lo que más les molesta es algo parecido a una componenda, incluso más que la oposición frontal.

Muchos de ellos, decía —y algo de verdad había—, «van armados»:

Si tuviera lugar una insurrección del populacho de Londres, les encontraríamos en los puestos más peligrosos, dirigiendo a los ladrones y a la chusma, señalando las medidas más eficaces y muriendo, si les llegase la hora, con gritos de desafío.

Estos serán los luchadores de nuestra revolución, en caso de que deba haber una.[182]

La descripción es exagerada, pero no es del todo errónea.[183] Desde el punto de vista de la autoridad —fuese ésta *whig* o *tory*— el peligro residía en una posible conjunción entre los artesanos socialistas y las «clases delictivas». Pero las masas de trabajadores no cualificados de Londres vivían en un mundo distinto al de los artesanos, un mundo de privaciones extremas, analfabetismo, desmoralización muy extendida y enfermedad, que adquirió tintes dramáticos con la epidemia de cólera del invierno de 1831-1832. Tenemos aquí todos los problemas clásicos y la precaria inseguridad de una ciudad metropolitana hinchada de inmigrantes en un período de rápido crecimiento de la población.[184]

Los trabajadores no cualificados no tenían portavoces ni organizaciones, aparte de las sociedades de socorro mutuo. Era tan probable que siguiesen la dirección de un *gentleman* como la de un artesano. Y, sin embargo, la severidad de la crisis política que se inició en octubre de 1831 fue suficiente para agrietar la costra de fatalismo, deferencia y necesidad dentro de la cual se hallaban encerradas sus vidas. Las revueltas que durante aquel mes se produjeron en Derby, el saqueo del castillo de Nottingham, los extensos motines de Bristol,

[182] E. G. Wakefield, *Householders in Danger from the Populace*, sin fecha (¿octubre de 1831?).

[183] Mientras que Lovett y su círculo creían en la máxima presión sin utilización de la fuerza física —y mantuvieron algunas relaciones con Place—, otros, incluyendo a Benbow y Hibbert, se preparaban para una lucha armada.

[184] Es interesante especular acerca de hasta qué punto las frecuentes afirmaciones de Place relativas a la mejora de la conducta y la moral del populacho de Londres expresaban la verdad, o simplemente el creciente abismo entre los artesanos y los no cualificados, el estrechamiento del círculo de experiencia de Place y el desplazamiento de la pobreza fuera del centro de la *City* hacia el este y el sur. Sobre el problema del crecimiento metropolitano y la desmoralización en su conjunto —y sus fundamentos «biológicos»—, véase L. Chevalier, *Classes Laborieuses et Classes Dangereuses à Paris Pendant la Premiére Moitié Du XIXéme Siécle*, París, 1958, que sugiere muchas líneas de investigación nuevas sobre las condiciones de Londres.

todo era indicativo de una perturbación profunda en los fundamentos de la sociedad, que los observadores ansiosamente esperaban que continuase con la sublevación del East End de Londres.

La *political union* de Birmingham era un modelo aceptable, que incluso *The Times* podía elogiar, porque el contexto industrial local favorecía la existencia de un movimiento de masas en favor de la reforma que todavía se mantenía firmemente bajo el control de la clase media. La historia del radicalismo de Birmingham es significativamente diferente de la de las Midlands del Norte y la del norte. En sus industrias en pequeña escala no había base para el ludismo y el «padre» de las *political unions*, Thomas Attwood, destacó públicamente en primer lugar cuando, en 1812, dirigió una agitación contra las *Orders in Council* en la que participaron los patronos y los artesanos unidos. Sin duda alguna, en el Black Country entre los años 1817 y 1820, había grupos partidarios de la «fuerza física», pero —ya fuese debido a la buena suerte o a la sensatez— jamás quedaron al descubierto a causa de un movimiento fracasado como los asuntos de Pentridge y de Grange Moor.[185] Como ha demostrado el profesor Briggs, Thomas Attwood fue capaz de «armonizar y unir» los diversos «materiales del descontento» en 1830, porque la Revolución industrial en Birmingham había «multiplicado el número de unidades productivas más que aumentado la escala de las empresas existentes». La maquinaria había producido pocos desplazamientos de mano de obra cualificada; los innumerables pequeños talleres eran un signo de que la pendiente social era más suave y el artesano todavía podía alcanzar la posición de pequeño patrono; en los momentos de recesión económica los patronos y los oficiales estaban afectados por igual.[186] De ahí que el antagonismo de clase estuviese más amortiguado que en Manchester, Newcastle y Leeds. Durante la crisis del Proyecto de reforma, Attwood controló la *union* de Birmingham con «tal muestra de afabilidad —recordaba más adelante O'Brien— que los obreros de Brummagem parecían creer verdaderamente que estarían virtualmente, aunque no realmente, representados en el Parlamento reformado». Y, rindiendo un tributo impresionante por parte de un crítico tan severo, O'Brien añadía:

[185] Es difícil dejar de lado el relato circunstancial de Oliver de los contratos de Birmingham (Narración en H. O. 40.9). Véase también la información en H. O. 40.3 y 6.

[186] Véase el enojado comentario de Cobbett; «Os imagináis que los grandes fabricantes y comerciantes y banqueros están gritando en favor de la reforma, porque han sufrido una conversión al amor hacia los derechos populares ¡Bah! (...) [Causas financieras] les han hecho aumentar los salarios; pero éstos no pueden pagar a la vez diezmos e impuestos (...) Por lo tanto, son reformadores; por lo tanto, tienden sus grandes brazos alrededor de la cintura de la Diosa»: *Political Register* (17 de octubre de 1831).

El triunfo —tal y como se produjo— del Proyecto de reforma se debió declaradamente a este grupo, más que a cualquier otro. Los actos tan bien organizados, la extensión de la organización y las inmensas asambleas de la población en los momentos críticos de su desarrollo, convirtieron aquella medida en algo irresistible.[187]

En centros como Leeds, Manchester y Nottingham, la posición de los reformadores de la clase media era mucho más insegura. En Manchester, como en Londres, coexistían *political unions* rivales y, desde octubre de 1831 en adelante, la *union* que promovía el sufragio universal era la que estaba a la cabeza. En Bolton, durante el mismo mes, el rechazo del proyecto de ley por parte de la Cámara de los Lores tuvo como consecuencia una escisión en la *political union*, al organizar la mayor de las secciones —partidaria del sufragio universal— una manifestación, en la que participaron seis mil personas, que portaban las siguientes pancartas: «¡Abajo los obispos! ¡Fuera los pares!».[188] Incidentes como éste se repitieron docenas de veces en las Midlands y el norte. Doherty escribía en enero de 1832: «Pasead por cualquier camino o taberna en la que estén reunidos varios obreros y escuchad la conversación durante diez minutos (...) Encontraréis, por lo menos en siete de cada diez casos, que los temas de debate giran en torno a la sorprendente cuestión: *¿qué sería más provechoso atacar, las vidas o la propiedad de los ricos?*».[189]

Por cierto, en el invierno de 1831-1832, la ridiculización que del proyecto y los procedimientos que le habían acompañado hecha en el *Poor Man's Guardian* adopta un aire algo más académico. Sin duda los rotundistas tenían razón cuando decían que el proyecto de ley era una trampa y una traición al movimiento radical. Pero la obstinación, poco menos que neolítica, con que la «Vieja Corrupción» se resistía a cualquier reforma condujo a una situación en la que la nación avanzó, rápidamente y sin premeditación, hacia el umbral de una revolución. Con retraso, el *Poor Man's Guardian* ajustó su táctica, publicando como suplemento especial resúmenes de la obra del coronel Macerone, *Defensive Instructions for the People*, un manual de lucha callejera.[190] Durante los «once días de inquietud y desorden en Inglaterra» que precedieron a la aprobación final del proyecto de ley por parte de la Cámara de los Comunes, en el mes de mayo, Francis Place contuvo la respiración. La tarde del día en que se aprobó, regresó a casa y escribió: «Nos encontrábamos

[187] *Destructive* (2 de febrero y 9 de marzo de 1833); A. Briggs, «The Background of the Parliamentary Reform Movement in Three English Cities», *Camb. Hist. Journal*, 1952, p. 293, y *The Age of Improvement*, p. 247.
[188] W. Briemelow, *Political History of Bolton*, 1882, I, p. 111.
[189] *Poor Man's Advocate* (21 de enero de 1832).
[190] *Poor Man's Guardian* (11 de abril de 1832).

en un momento de rebelión, y si el Duque de Wellington hubiese podido formar gobierno, *The Thing* y el pueblo hubiesen entrado en conflicto.» Se hubiesen levantado «barricadas en las principales ciudades, deteniendo la circulación del papel moneda»; si entonces hubiese empezado una revolución, «hubiese sido responsabilidad de todo el pueblo, en mayor medida que cualquier otra que jamás se haya realizado».[191]

En otoño de 1831 y en los «días de mayo» Gran Bretaña estuvo al borde de una revolución que, una vez iniciada, bien podría haber prefigurado —si tenemos en cuenta el avance simultáneo en la teoría del cooperativismo y el sindicalismo—, en su rápida radicalización, las revoluciones de 1848 y la Comuna de París. La obra de J. R. M. Butler, *The Passing of the Great Reform Bill*, nos transmite cierto sentido de la magnitud de la crisis; pero el estudio flaquea debido a la insuficiente conciencia de la claridad de toda la situación, de la cual dan muestra comentarios como el siguiente —acerca de la *National Union of the Working Classes*—: «(...) desagradaba a la gentes sensibles (...) por su locura arrogante, como cuando la sección de Bethnal Green le pidió al Rey que aboliese la Cámara de los Lores, o la sección de Finsbury instó a los Comunes a que confiscasen las haciendas de ciento noventa y nueve pares.»[192] Hace falta alguna afirmación menos complaciente. El hecho de que la revolución no tuviese lugar se debió, en parte, al profundo constitucionalismo de aquella parte de la tradición radical[193] cuyo portavoz era Cobbett, que instaba a la aceptación de media hogaza;[194] y en parte a la habilidad de los radicales de la clase media en ofrecer exactamente el compromiso que no debilitase, sino que reforzase tanto al Estado como los derechos de propiedad frente a la amenaza de la clase obrera.

Los líderes *whig* consideraban que su papel era el de descubrir los medios para «vincular masas a la propiedad y el buen orden». Grey decía: «Es de la mayor importancia asociar las clases medias con las más altas de la sociedad en su amor y apoyo a las instituciones y el gobierno del país.»[195] El extremo cuidado con el que

[191] Add. MSS., 27, 795 ff. 26-7.

[192] Butler, *op. cit.*, p. 303.

[193] Véase el comentario de Gladstone: «*Le* hablé pomposamente a un obrero (...) sobre el texto acordado, le dije (...) que la reforma era la revolución, "porque, mire las revoluciones de los países extranjeros" refiriéndome por supuesto a Francia y Bélgica. El hombre me miró gravemente y dijo (...) "Malditos sean todos los países extranjeros, ¿qué tiene que ver la vieja Inglaterra con los países extranjeros?"»; no es esta la única vez que recibo una lección importante de procedencia humilde. J. Morley, *Life of Gladstone*, 1, 1908, p. 54.

[194] Del refrán inglés: «half a loaf is better than no bread.» Es mejor reducir las demandas de uno, que arriesgarlo todo. *(N. de la T.)*

[195] Véase A. Briggs, «The Language of "Class" in early nineteenth-century Britain», *op. cit.*, p. 56.

se trazó esta línea se muestra en un estudio emprendido por Baines en 1831, para descubrir «el número y la respetabilidad de los cabezas de familia de diez libras[196] de Leeds». Los resultados se los comunicó a lord John Russell, en una carta que debería considerarse como uno de los documentos clásicos de la crisis del proyecto de ley de reforma. Los encuestadores psefológicos[197] pioneros de Baines:

> Respondieron unánimemente, que la ley de diez libras no iba a significar que se admitiera a votar ni a una sola persona a la que no se le hubiese podido conceder tal derecho con prudencia y sin riesgo alguno: que les sorprendió descubrir cuán pocos iban a ser, comparativamente, los autorizados a votar.

En respuesta a la pregunta de Russell acerca de la proporción que suponían los cabezas de familia de diez libras en relación al resto de la población, los encuestadores informaron:

> en las zonas que ocupan principalmente las clases trabajadoras, ni un cabeza de familia de cada diez tendría derecho a voto. En las calles donde principalmente hay tiendas, casi todos los cabezas de familia tenían voto (...) En la ciudad de Holbeck, que tiene once mil habitantes mayoritariamente de las clases trabajadoras, pero que tiene varias fábricas, tintorerías, tabernas y casas respetables, sólo hay ciento cincuenta votantes (...) De ciento cuarenta cabezas de familia, que trabajan en la fábrica de los señores Marshall & Co, *sólo dos* tendrán derecho a voto (...) Entre los ciento sesenta o ciento setenta cabezas de familia de la fábrica de los señores O. Willan e Hijos, de Holbeck, *ni uno* tiene derecho a voto. De unos cien cabezas de familia que trabajan para los señores Taylor & Wordsworth, constructores de máquinas —la clase más alta de los trabajadores manuales— *sólo uno* tiene derecho a voto. Parecía que con el proyecto de ley sólo uno de cada cinco de las clases trabajadoras tendría derecho a votar.

Incluso estas estimaciones parece que fueron excesivas. Los informes hechos para el gobierno en mayo de 1832 mostraban que en Leeds —con una población de ciento veinticuatro mil habitantes— trescientos cincuenta y cinco «obreros» serían admitidos en el derecho a votar, de los cuales ciento cuarenta y tres «son oficinistas, almacenistas, vigilantes, etc.». Los doscientos doce restantes tenían una posición privilegiada, ganando entre 30 s y 40 s a la semana.[198]

[196] La reforma de 1832 daba el derecho al voto, en las ciudades, a cualquier cabeza de familia —varón y de más de veintiún años— que poseyese o tuviese arrendados locales con valor en renta de un mínimo de diez libras esterlinas al año. *(N. de la T.)*

[197] La psefología es una rama de la sociología dedicada a estudiar las elecciones gubernamentales en sus aspectos cuantificables. *(N. del e.)*

[198] Baines, *Life of Edward Baines*, pp. 157-159

Estos informes, sin duda, dieron confianza al gabinete, que había estado pensando elevar la restricción en el derecho a votar, de diez a quince libras. Place escribió: «La gran mayoría de la población estaba segura de que o bien los proyectos de ley de reforma se aprobaban en el Parlamento, o en caso de que los rechazasen, deberían obtener, mediante la fuerza física, mucho más de lo que aquellos contenían.»[199] Lo que pendía sobre la cabeza de *tories* y *whigs* en 1832 era ese «mucho más»; y eso fue lo que permitió que se llegase a un acuerdo entre la riqueza de la tierra y la industrial, entre el privilegio y el dinero, que ha sido una configuración perdurable de la sociedad inglesa. En los estandartes de Baines y Cobden no estaba escrito *égalité* y *liberté* —y mucho menos *fraternité*— sino «Comercio libre» y «Reducción de gastos». La retórica de Brougham era la de propiedad, seguridad, interés. En el discurso que pronunció durante la segunda lectura del proyecto de ley de reforma, Brougham dijo:

> Si bien es cierto que existe una muchedumbre, también lo es que existe el pueblo. Hablo ahora de las clases medias —de aquellos cientos de miles de personas respetables— que son el orden más numeroso y, con mucho, el orden más rico de la comunidad, porque si se pusieran a subasta todos los castillos, feudos, cotos y derechos de caza, con todos los extensos acres de sus señorías, y se vendiesen en un plazo de cincuenta años, el precio subiría tanto que pasaría mucho más que las vastas y sólidas riquezas de aquellas clases medias, que son además las genuinas depositarías del sentimiento inglés sensato, racional, inteligente y honesto (...) Os suplico que no provoquéis a este pueblo amante de la paz, pero también resuelto (...) Como amigo vuestro, como amigo de mi clase, como amigo de mi país, como fiel servidor de mi soberano, os aconsejo que colaboréis con vuestros máximos esfuerzos para preservar la paz y para defender y perpetuar la Constitución.[200]

Las demandas de los radicales de la clase media, despojadas de toda retórica, fueron expresadas por Baines, cuando se había aprobado el proyecto de ley:

> Hay que recoger los frutos de la reforma. Hay que abolir los grandes monopolios comerciales y agrícolas. Hay que reformar la Iglesia (...) Hay que abrir las corporaciones cerradas. Hay que reforzar el ahorro y la economía. Hay que romper los grilletes del esclavo.[201]

Las demandas del radicalismo obrero estaban formuladas de manera menos clara. A partir del manifiesto del *Republican* de Hetherington, podemos citar un mínimo programa político:

[199] Add. MSS., 27790.
[200] Véase J. R. M. Butler, *op. cit.*, pp. 284-285.
[201] Baines, *op. cit.*, p. 167.

Extirpación de la aristocracia desalmada. Establecimiento de una República, a saber: democracia con representantes escogidos mediante sufragio universal. Extinción de los cargos, títulos y distinciones hereditarios. Abolición de la (...) ley de primogenitura; (...) administración de justicia rápida y barata. Abolición de las *Games Laws*. Revocación de los diabólicos impuestos sobre los periódicos (...) Emancipación de nuestros conciudadanos los judíos. Introducción de las *Poor Laws* en Irlanda. Abolición de la pena de muerte por delitos contra la propiedad. Apropiación de los ingresos de los «Padres en Dios», de los obispos, destinados a la manutención de los pobres. Abolición de los diezmos. Que cada secta pague a sus curas o ministros. La «deuda nacional» no es la deuda de la nación. Librar a los soldados de la maquinaria del despotismo. Establecimiento de una Guardia Nacional.

Este es el viejo programa del jacobinismo que poco había evolucionado desde la década de 1790. El primer principio de una declaración de la *National Union*, redactada por Lovett y James Watson, en noviembre de 1831, era: «Que toda propiedad —adquirida de forma honesta— sea sagrada e inviolable.»[202] Sin embargo, alrededor de aquel «mucho más», se acumulaban otras demandas, según los principales problemas de los diversos distritos e industrias. En el Lancashire, Doherty y sus seguidores sostenían que «el sufragio universal no significa otra cosa que el poder que se le confiere a cada hombre para evitar que otros devoren su trabajo».[203] Los owenitas, los reformadores de las fábricas y los revolucionarios partidarios de la «fuerza física», como el irrefrenable William Benbow, presionaban todavía para obtener demandas adicionales, pero, tal y como ocurrieron las cosas, se logró que los términos de la lucha se mantuviesen dentro de los límites que Baines y Brougham deseaban. Se trató, como había previsto Shelley en 1822, de una lucha entre la «sangre y el oro»; y el resultado fue que la sangre pactó con el oro para dejar fuera las demandas de *égalité*. Durante los años que transcurrieron entre la Revolución francesa y el proyecto de ley de reforma se había formado una «conciencia de clase» de la clase media, más conservadora, más recelosa de las grandes causas idealistas —a menos, quizá, que fuesen las de otras naciones—, más rigurosamente egoístas que en cualquier otra nación industrializada. A partir de este momento, en la Inglaterra victoriana, la clase media radical y los intelectuales idealistas se vieron obligados a tomar partido entre las «dos naciones». Y hay que decir en su honor que hubo muchos individuos que prefirieron que se les conociera como cartistas o republicanos a ser conocidos como guardias especiales (*special constables*). Pero esos hombres —Wakley, Frost de Newport, Duncombe, Oastler, Ernest Jones, John Fielden,

[202] Véase Lovett, *op. cit.*, I, p. 74.
[203] A. Briggs, *op. cit.*, p. 66.

W. P. Roberts y siguiendo hasta Ruskin y William Morris— siempre fueron individuos descontentos o «voces» intelectuales. No representan en ningún aspecto la ideología de la clase media.

Lo que había hecho Edward Baines, en su correspondencia con Russell, era ofrecer una definición de clase casi con una exactitud aritmética. En 1832 las restricciones del derecho a voto trazaban la línea de la conciencia social, con la tosquedad de un lápiz indeleble. Además, durante estos años apareció un teórico de talla para definir el conflicto de la clase obrera. Parece como algo casi inevitable que fuese un intelectual irlandés el que hiciera que confluyeran en él tanto el aborrecimiento de los *whigs* ingleses como la experiencia del ultrarradicalismo y el socialismo owenita inglés. James «Bronterre» O'Brien (1805-1864), hijo de un comerciante de vinos irlandés y licenciado distinguido por el Trinity College de Dublín, llegó a Londres en 1829 «para estudiar derecho y la reforma radical»:

> Mis amigos me mandaron a estudiar jurisprudencia; la reforma radical la aprendí yo por mi cuenta (...) Aunque en jurisprudencia no he progresado en absoluto, he realizado inmensos progresos en cuanto a la reforma radical. Tanto es así, que si mañana mismo se instituyese una plaza de profesor de la reforma radical en el King's College —cosa no muy probable por el momento—, creo que me presentaría como candidato (...) Siento como si cada gota de sangre que corre por mis venas fuese sangre radical.[204]

Después de editar el *Midlands Representative* durante la crisis del proyecto de ley de reforma, se trasladó a Londres y asumió la dirección del *Poor Man's Guardian*.

O'Brien escribió acerca del Proyecto de reforma: «Nuestra previsión es que su efecto será separar de las clases trabajadoras a una gran porción de los niveles medios, que antes estaban más inclinados a actuar con el pueblo que con la aristocracia que los excluía.»[205] Y en la introducción de la historia de Buonarotti sobre la Conspiración de los Iguales, establecía un paralelismo: «Los girondinos extenderían el derecho a votar hasta los pequeños intermediarios —igual que hicieron los *whigs* ingleses con el Proyecto de reforma— para mantener sometidas con mayor eficacia a las clases trabajadoras (...) De todos los gobiernos, el de la clase media es el más opresor y despiadado.»[206]

---

[204] *Bronterre 's National Reformer* (7 de enero de 1837). De hecho, O'Brien obtuvo el título de abogado en Dublín.

[205] *Destructive* (9 de marzo de 1833).

[206] O'Brien, *op. cit.*, pp. xv, xx. Relativo a O'Brien, véase G. D. H. Cole, *Chartist Portraits*, 1941, cap. 9; T. Rothstein, *From Chartism to Labourism*, 1929, pp. 93-123; Beer, *op. cit.*, II, pp. 17-22.

Este era un tema al que volvía con frecuencia. Su ira se renovaba con cada nueva acción de la administración *whig*: el proyecto de Ley de coerción de los irlandeses, el rechazo del proyecto de Ley de las diez horas, el ataque a las *trade unions*, la Ley de enmienda a las *Poor Laws*. Escribió en 1836:

> Antes de la aprobación del Proyecto de reforma, se suponía que las clases medias tenían alguna comunidad de sentimiento con los obreros. Esta ilusión se ha esfumado. Apenas sobrevivió al proyecto de Ley de coerción de los irlandeses y se desvaneció por completo con la puesta en vigor de la *Starvation Law*. Ningún trabajador esperará justicia, virtud o compasión de manos de una legislatura de especuladores.[207]

Siendo él mismo un refugiado de la cultura de la clase media, experimentaba un placer especial al escribir sobre su propia clase en unos términos que imitaban el chismorreo de salón que hacía aquella acerca de la clase de los empleados: «Los objetivos y los hábitos [de las clases medias] son básicamente degradantes. Su vida es necesariamente una vida de argucias viles y especulación»:

> Estas dos clases no han tenido nunca, ni tendrán, ninguna comunidad de intereses. El interés del trabajador es trabajar poco y obtener a cambio lo máximo posible. El interés del intermediario es obtener tanto trabajo como pueda del trabajador y darle a cambio lo menos que pueda. Así pues sus intereses respectivos son tan directamente opuestos el uno al otro como dos toros enfrentados.

Y con una genialidad considerable intentó entretejer la tradición del ultrarradicalismo con la del owenismo, en un socialismo revolucionario, cuyos objetivos eran la revolución política, la expropiación de las clases acaudaladas y la creación de una red de comunidades owenitas:

> Debemos conseguir lo que Southey llama «una revolución de revoluciones»; una como la que Robespierre y Saint Just proyectaron en Francia a principios de 1794; es decir, una subversión completa de las instituciones que distribuyen la riqueza (...) Propiedad, propiedad, esta es la cuestión a la que debemos prestar atención. Sin un cambio en la institución de la propiedad, no se puede dar ninguna mejora.

Una revolución como ésta —esperaba— tendría lugar sin violencia, como consecuencia inmediata de la extensión del sufragio universal: «De las *leyes de la minoría* han surgido las desigualdades que existen; por las leyes de la mayoría serán destruidas.»[208]

[207] *Twopenny Despatch* (10 de septiembre de 1836).
[208] *Destructive* (9 de marzo, 24 de agosto de 1833); *People's Conservative; and Trade's Union Gazette* (14 de diciembre de 1833).

Desde luego, hoy en día, los historiadores no aceptarían la asimilación, excesivamente tosca que hace O'Brien de la administración *whig* posterior a la reforma a los intereses de la «clase media».[209] La «Vieja Corrupción» tenía más vitalidad que la que esto suponía, como se iba a demostrar en la prolongada lucha por la revocación de las *Corn Laws*. Ni tampoco es adecuado seleccionar a este teórico, que por origen pertenecía, él mismo, a la clase media, como expresión de la nueva conciencia de la clase obrera. Al mismo tiempo, O'Brien estaba muy lejos de ser un excéntrico situado en los márgenes del movimiento: como editor del *Poor Man's Guardian* y otros periódicos, dominaba un público obrero amplio y creciente y más adelante se ganaría el título de maestro del cartismo. Sus escritos son un hilo central a lo largo de las numerosas agitaciones de los primeros años de la década de 1830, al proporcionar un nexo de unión entre las viejas demandas democráticas, las agitaciones sociales —contra las *New Poor Laws* y por la reforma de la fábrica—, los experimentos comunitarios owenitas y las luchas sindicales de las *trade unions*. O'Brien fue, al igual que Cobbett y Wooler durante los años de la posguerra, una auténtica voz de su tiempo.

Para la mayoría de trabajadores, por supuesto, la desilusión respecto del Proyecto de reforma se dio de formas menos teóricas: la prueba del budín se iba a hacer comiéndolo. Y podemos ver cómo lo comieron, en el plano del microcosmos, en unos pocos de los incidentes de una de las luchas que se produjeron en Leeds en la elección general subsiguiente. Baines, que había utilizado ya su influencia al poner a Brougham como diputado del Yorkshire, presentó en interés de los *whig* a Marshall, uno de los mayores empresarios de Leeds, y a Macaulay, o «señor Mackholy» como anotó en su diario uno de los tenderos que se hallaban a la cola de los *whig*. Macaulay era uno de los ideólogos más satisfechos de la implantación del Proyecto de reforma, que traducía en nuevas palabras la doctrina *tory* de la «representación virtual»: «Las clases altas y medias son las representantes naturales de la especie humana. Su interés puede ser opuesto, en algunas cosas, al de sus mismos contemporáneos, pero es idéntico al de innumerables generaciones que vendrán después.» «La desigualdad con la que se reparte la riqueza se pone en evidencia ante todo el mundo», se lamentaba, mientras que «las razones que prueban de manera irrefutable que esta desigualdad es necesaria para el bienestar de todas las clases no son tan evidentes». El señor Marshall no estaba a su altura como teórico,

[209] El mismo O'Brien llego a lamentar la vehemencia de su desprecio hacia toda la «clase media», cuando en la década de 1840 se presentó la oportunidad de hacer una alianza entre los cartistas y algunos elementos de la clase media: véase Beer op cit., II, p.126.

pero, si podemos creer lo que decía una publicación electoral radical, era de la opinión de que 12 s a la semana era un buen salario para un trabajador con familia y consideraba que las clases trabajadoras podían mejorar su situación emigrando. Por otra parte: «En la fábrica del señor Marshall, desnudaron a un niño de nueve años, le ataron a una columna de hierro y le golpearon sin piedad con una correa, hasta que perdió el conocimiento.»[210] El candidato *tory* era Sadler, principal portavoz parlamentario del movimiento en favor de las diez horas. Oastler, junto con los *Short-Time Committees*, había lanzado dos años atrás su apasionada campaña contra el trabajo de los niños. El extraordinario «Peregrinaje a York» había tenido lugar el mes de abril anterior y la agitación en favor de las diez horas —al igual que la agitación owenita— continuó sin pausa durante los meses de crisis del Proyecto de reforma. En una lucha como ésta se podía contar con que Oastler era partidario de Sadler frente a Baines, que había realizado una circunspecta defensa de los propietarios de las fábricas en el *Leeds Mercury*. También se podía contar con que Cobbett haría lo mismo. Ciertamente, hizo unas referencias a Baines, que nos hacen recordar la holgura formal de los libelos de aquella época:

> Este gran pedante mentiroso de Brougham (...) que siempre se ha cuidado de tener, por lo menos, un diputado para hacer más daño a la libertad que cualquier otro de los cincuenta miembros de la Cámara de los Comunes; ese inflado, codicioso y pedante sin principios, que ha sido el engatusador del Yorkshire durante veinte años.[211]

Por lo tanto, era inevitable una alianza *tory*-radical en apoyo a Sadler. También fue inevitable que la mayor parte del voto «tenderócrata»[212] inconformista fuera «al señor Marshall nuestro ciudadano y al señor Mackholy el escocés», como escribió nuestro diarista:

> por lo que se refiere a Sadler, nunca ha hecho ningún bien ni lo hará jamás (...) porque siempre ha inventado algo que tendía a ofender a los habitantes de la ciudad de Leeds (...) Fue el principal promotor de la *Improvement Act* que ha costado muchos miles a los habitantes y la carga ha recaído principalmente sobre los tenderos y lo que yo denomino la clase media de la población (...) Es cierto que forma parte de nuestra magistratura, pero esto no lo hace mejor.[213]

[210] J. R. M. Butler, *op. cit.*, pp. 262-265; *Cracker* (8 de diciembre de 1832).

[211] *Political Register* (24 de noviembre de 1832). Cobbett estaba recordando al anterior diputado del condado del Yorkshire, Wilberforce.

[212] En el original inglés *shopocrat*, palabra compuesta a partir del término *shopman*, que significa tendero en inglés. (*N. de la T.*)

[213] *MS Letterbook of Ayrey* (Leeds Reference Library).

Los radicales de la clase obrera de Leeds mantuvieron su prensa independiente y su organización. Los trabajadores de Leeds declararon que «se han reunido en las buenas y en las malas situaciones; (...) que han estado a punto en todo momento», y que habían sido ahora traicionados por los hombres que, durante los días de mayo, se habían dirigido a sus grandes asambleas y les habían prometido o la reforma o las barricadas:

> Los señores Marshall y Macaulay pueden (...) ser muy amigos de las reformas de todos los tipos y tamaños, tanto en la Iglesia y el Estado; pueden estar también en favor de la abolición de todos los monopolios excepto el suyo propio, de los propietarios de las fábricas y los *placemen*; pero los obreros de Leeds recuerdan que apoyarles significa hacer todo lo posible por poner el poder legislativo en manos de sus enemigos.

Además, los radicales declararon que los viejos métodos de soborno e influencia electoral utilizados por los intereses aristocráticos estaban encontrando ahora nuevas formas perniciosas al servicio del interés industrial. Aunque los obreros no tenían derecho a votar, se llevaron a cabo grandes esfuerzos para compensar los efectos de las manifestaciones del movimiento de las diez horas en favor de Sadler, obligando a los obreros de las fábricas a declararse en favor de Marshall y Macaulay en las *hustings*:

> Podríamos nombrar más de una docena de fábricas, en las que todos los trabajadores han recibido órdenes positivas de presentarse el lunes en el patio y levantar sus manos en favor de los candidatos naranjas (...) so pena de quedar inmediatamente sin empleo (...) Todos tienen sus puestos asignados en el patio, donde van a estar encerrados como rebaños de ovejas, rodeados por todas partes de vigilantes, empleados y otros subalternos, con el fin de hacer que se cumpla el mandato del despacho.

Lo que ocurrió en realidad es que el escenario de las *hustings* derivó en un motín, en el que Oastler y los partidarios de las diez horas «tocaron maitines en las gordas cabezas de los fugitivos naranjas». Cuando Sadler resultó derrotado en el sondeo, se quemaron las efigies de Marshall y Macaulay en el mismo centro de la ciudad en donde los legitimistas habían quemado a Paine en 1792.[214]

Los comicios de Leeds, de 1832, trascendieron el ámbito local. Habían conseguido la atención de todos los partidarios de la reforma de las fábricas de todo el país, y se habían obtenido declaraciones en favor de Sadler por parte de miles de firmantes residentes

[214] *Cracker* (8, 10, 21 de diciembre de 1832). Véase también A. Briggs, «The Background of the Parliamentary Reform Movement in Three English Cities», op cit., pp 311-314; E. Baines, *Life*, pp. 164-167; C. Driver, *Tory Radical*, pp. 197-202.

en las ciudades del norte. Aparece, inequívocamente, un nuevo tono después de 1832. En todos los distritos fabriles, un centenar de experiencias confirmaron la nueva conciencia de clase que tan cuidadosamente había definido el proyecto con sus mismas disposiciones. Fue la Cámara de los Comunes «reformada» la que aprobó la deportación de los jornaleros de Dorchester en 1834 —«un golpe que iba dirigido a todo el cuerpo de obreros unidos»[215]— y la que comenzó, con «el documento» y el cierre patronal, la lucha para romper las *trade unions*, cuya intensidad y cuyo significado —tanto en términos políticos como económicos— todavía no se ha comprendido bien. Las *trade unions* del Yorkshire hicieron público su propio manifiesto en contra del de los patronos: «Los patronos no sólo han proferido el grito de guerra, sino también el de abordaje; guerra contra la libertad, guerra contra la opinión, guerra contra la justicia, y una guerra, además, injustificada.» «Los mismos hombres —declaró un sindicalista de Leeds— que mimaron las *political unions*, mientras podían estar subordinadas a sus propios fines, están ahora intentando aplastar las *trade unions*»:

> No fue sino el otro día, cuando los obreros fueron llevados en masa al mitin del West Riding, que tenía lugar en Wakefield, con el propósito de conseguir el Proyecto de reforma. En aquel momento, los mismos individuos que ahora estaban intentando acabar con las *trade unions*, apretaban filas, para imponer por la fuerza de los números una reforma política que, por otra parte, estaba seguro que no se hubiese conseguido arrancarle de otro modo a la aristocracia de este país. La reforma que se había obtenido así le parecía el medio más definitivo de reforzar las manos de la corrupción y la opresión.[216]

La línea que conduce desde 1832 al cartismo no es un péndulo fortuito que alterna agitaciones «políticas» y «económicas», sino una progresión directa en la que movimientos simultáneos y relacionados convergen hacia un solo punto. Este punto era el derecho al voto. En cierto sentido el movimiento cartista se inició, no en 1838 con la promulgación de los «Seis Puntos», sino en el momento en que el Proyecto de reforma recibió la aprobación real. Muchas de las *political unions* provinciales no se disolvieron, sino que inmediatamente empezaron a hacer agitación contra el derecho al voto «tenderócrata». En enero de 1833 el *Working Man's Friend* pudo anunciar que la fortaleza de los radicales de la clase media había sido tomada por asalto: «(...) a pesar de toda la oposición y los embustes de una monarquía de bufones comerciantes,

[215] Discurso de William Rider, tejedor de paño de Leeds y posteriormente destacado líder cartista, *Leeds Times* (12 de abril de 1834).

[216] *Leeds Times* (12, 17, 24 de mayo de 1834).

el pueblo de esta región, valiente pero hasta entonces engañado, formó la *Midland Union of the Working Classes*.»[217] La ideología característica del radicalismo de Birmingham, que unía a los patronos y los trabajadores en oposición a la aristocracia, los bancos, la deuda nacional y el «sistema monetario», estaba empezando a disgregarse. Durante un tiempo, el mismo Attwood se dejó llevar por la nueva corriente, en parte debido a la fidelidad hacia los regimientos a quienes con anterioridad había hecho grandes promesas. En mayo de 1833, una vez más, se reunió en Newhall Hill una enorme manifestación, de la que se dijo que asistieron ciento ochenta mil personas, y en la que se expresó: «(...) un sentimiento de odio común hacia los partidos por parte de quienes, habiendo contribuido de forma fundamental a que accedieran al poder, se reunían ahora para expresar su repugnancia hacia (...) la perfidia que habían mostrado.» La concurrencia estuvo acrecentada por mineros del carbón de Walsall, metalúrgicos de Wolverhampton, trabajadores a domicilio de Dubley. Había empezado el proceso de radicalización que iba a convertir a Birmingham en una metrópolis cartista.[218]

El contenido de esta renovada agitación era tal, que el voto, en sí mismo, implicaba «mucho más» y por ello tenía que ser denegado. El Birmingham de 1833 no era el de 1831: ahora era el domicilio de una *Equitable Labour Exchange*, era el cuartel general de la *Builders' Union* socialista, albergaba la oficina editorial del *Pioneer*. Para los trabajadores de esta y de la siguiente década, el voto era un símbolo cuya importancia nos es difícil de apreciar, al estar nuestros ojos enturbiados por más de un siglo de niebla de «política parlamentaria bipartidista». Implicaba, primero, *égalité*: igualdad de ciudadanía, dignidad personal, valía. «En lugar de ladrillos, mortero y suciedad, el hombre es quien debería estar representado», escribió un folletista, lamentando la suerte del «miserable llamado inglés "libre por nacimiento", excluido del derecho más valioso que el hombre puede disfrutar en una sociedad política».[219] «Que no nos vean más, a nosotros los que pertenecemos a los millones de trabajadores», escribía Georges Edmonds:

> en los espectáculos para niños, en las funciones de un penique del señor alcalde ni en las espectaculares coronaciones; no asistáis como cómplices en esas bufonadas nacionales. Dejad que estos ridículos actores tengan la diversión para ellos solos.

[217] *Working Man's Friends and Political Magazine* (5 de enero de 1833).
[218] *Report of the Proceedings of the Great Public Meeting &c*, 20 de mayo de 1833.
[219] «*I. H. B. L.*», *Ought Every Man to Vote?*, 1832.

«Como los fieros irlandeses de la antigüedad, los millones de británicos han estado durante demasiado tiempo excluidos, de forma descarada, de los gobiernos sociales»:

> Expreso ahora los pensamientos de los millones de compatriotas no representados, de los fieros ingleses, los esclavos libres por nacimiento del siglo XIX.[220]

Pero en el contexto de los años owenitas y cartistas, la demanda del derecho al voto suponía también otras demandas adicionales: una nueva forma de extender el control social de la población obrera sobre sus condiciones de vida y de trabajo. En un primer momento, y de forma inevitable, la exclusión de la clase obrera provocó un rechazo de todas las formas de acción política por parte de la propia clase obrera. Owen había preparado el terreno para ello, con su indiferencia hacia el radicalismo político. Pero durante el desplazamiento general hacia el sindicalismo, posterior a 1832, esta propensión antipolítica no era quietista sino batalladora, militante e incluso revolucionaria. Examinar la riqueza del pensamiento político de estos años nos obligaría a adentrarnos en la historia del sindicalismo general —y, por supuesto, en los primeros años del cartismo— más de lo que pretendemos. Son años en los que Benbow buscó adeptos para su idea de la «Gran Fiesta Nacional» en los distritos industriales; en los que el obrero impresor, John Francis Bray, desarrolló las ideas de Hodgskin, en conferencias a los artesanos de Leeds, que luego se publicaron bajo el título *Labour's Wrongs and Labour's Remedies*; en donde surgieron y desaparecieron la *Builder's Union* y la *Grand National Consolidated Trades Union*; y en donde Doherty y Fielden fundaron la Sociedad para la Regeneración Nacional con su recurso a la huelga general en favor de la jornada laboral de ocho horas. Los comunitarios owenitas fueron fértiles en ideas y experimentos que prefiguraron avances en el cuidado de los hijos, la relación entre los sexos, la educación, la vivienda y la política social. Estas ideas no se discutieron sólo entre una intelectualidad reducida; durante un tiempo obreros de la construcción, alfareros, tejedores y artesanos estuvieron deseosos de arriesgar su sustento para poner a prueba algunos experimentos. La múltiple variedad de periódicos, muchos de los cuales hacían severas demandas a sus lectores, se dirigían a un auténtico público obrero. En las hilanderías de seda del valle del Colden, aislado en los Peninos entre el Yorkshire y el Lancashire, se leían los periódicos owenitas.

[220] G. Edmonds, *The English Revolution*, 1831, pp. 5, 8.

Cabe mencionar sólo dos temas de los que surgieron una y otra vez durante aquellos años. El primero es el del internacionalismo. Éste era, a buen seguro, parte de la vieja herencia jacobina; herencia que jamás habían olvidado los radicales. Cuando, en 1817, Oliver viajó con el tundidor de Leeds, James Mann, y otro revolucionario, hacia la cita de Thornhill Lees se enteró, por la conversación de aquellos, de que «las recientes noticias del Brasil parecían animarles con mayores esperanzas que nunca».[221] Cobbett siempre encontró tiempo para añadir noticias de última hora en sus periódicos:

> Sólo tengo espacio para deciros que el pueblo de Bélgica, el pueblo común, ha derrotado a los ejércitos holandeses, que marchaban contra ellos para obligarles a pagar enormes impuestos. Estas son noticias excelentes.[222]

La Revolución francesa de 1830 tuvo un profundo impacto sobre el pueblo, electrizando no sólo a los radicales de Londres sino también a los reformadores de los pueblos industriales lejanos. La prensa obrera siguió ansiosamente la lucha por la independencia polaca; mientras que Julian Hibbert se llevó, de la *Rotunda*, un voto de simpatía hacia los tejedores de Lyon en su malograda insurrección, que los igualaba a los tejedores de Spitalfields. En el movimiento owenita esta tradición política se extendió para abarcar solidaridades sociales y de clase. En 1833 un «Manifiesto de las Clases Productivas de Gran Bretaña e Irlanda» se dirigía a «los gobiernos y los pueblos de los continentes de Europa y norte y sur América», y empezaba: «Hombres de la gran familia de la Humanidad.» Hacia fines del mismo año, ya se había empezado a discutir la cuestión de alguna alianza común entre los sindicalistas de Inglaterra, Francia y Alemania.[223]

El otro tema era el del sindicalismo industrial. Cuando Marx no tenía todavía veinte años, la batalla por la opinión de los sindicalistas ingleses, entre la economía política capitalista y la socialista, había sido —por lo menos temporalmente— ganada. Los ganadores eran Hodgskin, Thompson, James Morrison y O'Brien; los perdedores, James Mill y Place. «¿Qué es el capital?», preguntaba un escritor en el *Pioneer*. M'Culloch exclama: «¡Es trabajo retenido!» Replica el escritor: «Pero, ¿de quién y de qué se ha retenido? Del vestido y el alimento de los pobres.»[224] De ahí que los obreros que habían sido «excluidos, de forma descarada, de los gobiernos sociales» desarrollasen, paso por paso, una teoría del sindicalismo, o de

[221] Narración de Oliver, H. O. 40.9.
[222] *Two-Penny Trash* (1 de octubre de 1830).
[223] Véase, por ejemplo, *Destructive* (7 de diciembre de 1833).
[224] *Pioneer* (13 de octubre de 1833).

«Masonería Invertida».[225] «Las *trades unions* no sólo harán huelga por menos trabajo y más salarios», escribió «Un miembro de la *Builder's Union*»:

sino que abolirán por último los salarios, se convertirán en sus propios patronos y trabajarán los unos para los otros; el capital y el trabajo no estarán separados por más tiempo, sino indisolublemente unidos en las manos de los obreros y las obreras.

Las *unions* mismas podrían resolver el problema del poder político; se podría formar un «Parlamento» de las clases industriosas, directamente delegado desde los talleres y las fábricas: «Las Logias envían delegados desde el nivel local al del distrito, y desde el distrito a las Asambleas Nacionales. Ahí están, en uno solo, el sufragio universal, la elección anual y ninguna restricción basada en la propiedad.»[226] Incluso, en el *Pioneer*, se desarrolló la idea de una «Cámara de los Oficios»:

que ocupase el lugar de la actual Cámara de los Comunes y dirigiese los asuntos comerciales del país, según los intereses de los oficios que componen las asociaciones de la industria. Ésta es la escala ascendente por la cual llegamos al sufragio universal. Empezará en nuestras logias, se extenderá a nuestra *union* en general, abarcará la dirección del oficio y por fin englobará todo el poder político.[227]

Esta visión se perdió casi tan pronto como se había creado, en las terribles derrotas de 1834 y 1835. Y, cuando recobraron el aliento, los obreros volvieron al voto como la clave más práctica hacia el poder político. Se había perdido algo, pero el cartismo nunca olvidó del todo su preocupación por el control social, para la consecución del cual el voto se consideraba un medio. Estos años revelan la superación de la característica perspectiva del artesano, con su deseo de conseguir un sustento independiente «con el sudor de su frente», y la aparición de una nueva perspectiva, más reconciliada con los nuevos medios de producción, pero que busca ejercer el poder colectivo de la clase para humanizar el entorno: mediante esta comunidad o aquella sociedad cooperativa, mediante ese control del ciego funcionamiento de la economía de mercado, este decreto, aquella medida de ayuda a los pobres. E implícito, si no siempre de forma explícita, en su perspectiva estaba el peligroso principio: la producción debe ser no para el beneficio, sino para el uso.

[225] *Man* (13 de octubre de 1833).
[226] *Man* (22 de diciembre de 1833).
[227] *Pioneer* (31 de mayo de 1834).

Esta conciencia colectiva de sí mismos fue, por supuesto, la gran adquisición espiritual de la Revolución industrial, frente a la cual debemos situar el desbaratamiento de una forma de vida más antigua y en muchos aspectos mucho más comprensible desde el punto de vista humano. Quizás esta clase obrera británica de 1832 fuese una formación única. El lento y progresivo aumento de la acumulación de capital había significado que los preliminares de la Revolución industrial se extendiesen durante cientos de años en el pasado. Desde los tiempos de los Tudor esta cultura artesana se había vuelto más compleja con cada fase de cambio técnico y social. Delaney, Dekker y Nashe; Winstanley y Lilburne; Bunyan y Defoe: todos se habían dirigido alguna vez a ella. Enriquecida por las experiencias del siglo XVII, sosteniendo a lo largo de este las tradiciones intelectuales y libertarias [*libertarian*] que hemos descrito, formando sus propias tradiciones de solidaridad en las sociedades de socorro mutuo y los clubes de oficio, estos hombres no pasaron, en una sola generación, del campesinado a la nueva ciudad industrial. Sufrieron la experiencia de la Revolución industrial como ingleses, libres por nacimiento, articulados. Los que fueron enviados a la cárcel podían conocer mejor la Biblia que los que estaban en el tribunal, y los que fueron deportados a Tasmania podían pedir a sus familiares que les mandasen el *Register* de Cobbett.

Esta fue, quizá, la cultura popular más eminente que Inglaterra ha conocido. Contenía la masiva diversidad de los oficios: los que trabajaban el metal, madera, tejidos y cerámica, sin cuyos «misterios» heredados y sin cuya magnífica habilidad para el uso de herramientas primitivas las invenciones de la Revolución industrial no hubiesen ido más allá de la mesa de dibujo. De esta cultura de los artesanos y los autodidactos surgieron multitud de inventores, organizadores, periodistas y teóricos políticos de una calidad impresionante. Es bastante fácil decir que esa cultura miraba hacia el pasado o era conservadora. Y también es bastante cierto: una línea de las grandes agitaciones de los artesanos y los trabajadores a domicilio, que continuó durante cincuenta años, fue la de resistir el proceso de proletarización. Cuando percibieron que esta causa estaba perdida, sin embargo, tendieron la mano de nuevo, en los años treinta y cuarenta, e intentaron alcanzar nuevas formas de control social que hasta entonces sólo se habían dado en la imaginación. Durante todo este tiempo estuvieron, como clase, reprimidos y segregados en sus propias comunidades. Sin embargo lo que la contrarrevolución intentó reprimir creció con mayor determinación todavía en las instituciones cuasilegales de la clandestinidad. Siempre que se relajaba la

presión de los gobernantes, surgían trabajadores desde los pequeños obradores o las aldehuelas de tejedores y proclamaban nuevas demandas. Se les decía que no tenían derechos, pero sabían que habían nacido libres. Si la *yeomanry* impedía su mitin, se ganaba el derecho a realizar mítines públicos. Si los folletistas eran encarcelados, editaban folletos desde las cárceles. Si se encarcelaba a los sindicalistas, se les acompañaba a la prisión en manifestación, con bandas de música y pancartas.

Al ser segregadas de esta forma, sus instituciones adquirieron una resistencia y una capacidad de adaptación peculiares. También la clase adquirió una resonancia particular en la vida inglesa: todo, desde sus escuelas a sus tiendas, desde sus templos a sus diversiones, se convirtió en un campo de batalla de clase. Las señales de eso permanecen, pero los intrusos no siempre las comprenden. Si en nuestra vida social queda poco de la tradición de la *égalité*, todavía queda menos deferencia en la conciencia de clase del obrero. «Somos huérfanos, y bastardos de la sociedad», escribió James Morrison en 1834.[228] El tono no es de resignación, sino de orgullo.

Durante estos años, una y otra vez, los obreros lo expresaron de este modo: «quieren convertirnos en herramientas», «aperos» o «máquinas». A un testigo que declaraba ante el comité que investigaba acerca de los tejedores manuales (1835) se le pidió que diese la opinión de sus compañeros acerca del Proyecto de reforma:

> *Pregunta: ¿Están más satisfechas* las clases trabajadoras con las instituciones del país desde que ha tenido lugar el cambio?
> *Respuesta:* No creo que lo estén. Opinan que el Proyecto de reforma es una medida calculada para unir en el Gobierno a las clases medias y altas, y dejarles a ellos en manos del Gobierno como una especie de máquina para trabajar a gusto del Gobierno.

Hombres como éste se enfrentaban con el utilitarismo en sus vidas diarias e intentaban rechazarlo, no de forma ciega, sino con inteligencia y pasión moral. Luchaban, no contra la máquina, sino contra las relaciones de explotación y opresión intrínsecas al capitalismo industrial. En esos mismos años, la gran crítica romántica del utilitarismo seguía su curso paralelo, pero completamente separado. Después de William Blake, ningún espíritu se sintió a sus anchas en las dos culturas a la vez, ni tuvo la genialidad de actuar de intérprete entre las dos

[228] *Pioneer* (22 de marzo de 1834); véase A. Briggs, «The Language of "Class" in early nineteenth-century Britain», *loc. cit.*, p. 68.

tradiciones. Fue el confuso señor Owen quien ofreció descubrir el «nuevo mundo moral», mientras Wordsworth y Coleridge se habían retirado tras sus murallas de desencanto. De ahí que esos años parezcan desplegar, no un reto revolucionario, sino un movimiento de resistencia en el que tanto los románticos como los artesanos radicales se oponían a la anunciación del «hombre codicioso». En el fracaso para alcanzar un punto de unión entre las dos tradiciones se perdió algo. No podemos estar seguros de cuánto se perdió, porque nos hallamos entre los perdedores. Sin embargo, no debemos considerar a los obreros sólo como las miríadas perdidas de la eternidad. Ellos también nutrieron, durante cincuenta anos, y con un valor incomparable, el Árbol de la Libertad. Podemos darles las gracias por esos años de cultura heroica.

Post Scriptum

Los cinco años transcurridos entre la primera edición inglesa y la que ahora ofrecemos al lector son un período demasiado breve para proponerse modificaciones de importancia. En consecuencia, me he contentado con un mínimo de revisiones. He corregido algunos errores e inexactitudes, suprimido ciertos pasajes laxos e intentado clarificar la argumentación del capítulo sobre «Los trabajadores del campo», un capítulo que aún continúa siendo inapropiado para el tema.

Hay otro capítulo claramente inadecuado: «Niveles de vida y experiencias.» Se fraguó en medio de una controversia histórica específica —la «polémica sobre el nivel de vida»— que la historiografía reciente ya está asimilando y superando. Ahora me parece un capítulo parco, que aporta poco en información o análisis. Mis comentarios sobre la investigación en demografía —una materia sumamente compleja y en proceso de desarrollo— son triviales, y el lector que desee informarse sobre el particular, o acerca de los problemas de salud, alojamiento y crecimiento urbano, se debe dirigir, en la mayoría de los casos, a la obra de aquellos historiadores de la economía criticados en dicho capítulo. No importa, pues a uno le llegan todavía ejemplos, provenientes de tal o cual reputada escuela de historia de la economía, de un apego tan vocinglero a la ideología del crecimiento económico que se corre el peligro de reducir toda una disciplina a mera propaganda. Por eso he decidido dejar el capítulo como estaba: como una polémica.

El resto del libro lo defiendo. Acepto que tiene, sin duda, muchas omisiones importantes. Los artesanos y trabajadores a domicilio están en el centro de mi imagen, pero los tipos a ambos márgenes aparecen desdibujados. Uno de mis críticos me reprende justamente por descuidar las experiencias de los primeros trabajadores fabriles, los mineros, obreros siderúrgicos, los oficios mecánicos y de la construcción, y los trabajadores del transporte.[1] Otro, con

[1] J. D. Chambers, «The Making of the English Working Class», *History* (1 de junio de 1966), p. 187.

igual justicia, me critica por dedicar escasa atención «al lado patriotero, xenófobo y diferente hacia los pares, del espíritu plebeyo».[2] He tratado escasamente ambos aspectos; y, si bien existen libros sólidos sobre estos temas —*The Skilled Labourer* incluido— a los que acudir para algunos de los obreros del primer conjunto, hasta el momento casi todo está por averiguar sobre el segundo. No sólo he dicho muy poco de los primeros obreros fabriles, sino también de la agitación de la marinería inglesa, el público de las algaradas antifrancesas, las subculturas criminales de las grandes ciudades, el aislado localismo de los pequeños enclaves industriales y mineros, la arraigada docilidad de algunas zonas rurales. Precisamos saber más sobre todas estas cosas, pero más conocimientos no esclarecerán la emergencia de un movimiento clasista en los años de 1830; por el contrario, pueden hacer que la aparición de un movimiento común así, a partir de tantos y tan dispares elementos, y a pesar de tantas resistencias sociológicas, resulte un hecho tanto más extraordinario.

Cuando este libro apareció por vez primera, se encontró con una pródiga pero crítica recepción en la prensa académica. Las críticas se han dirigido hacia tres áreas: el trato dado al metodismo; el tratamiento de ciertos episodios en los años 1811-1819, y cuestiones generales de método, especialmente en relación con el análisis de las clases sociales.

Resultaría más fácil tomar en consideración las críticas a mi tratamiento del metodismo si los críticos hubieran sido más precisos. R. Currie y R. M. Hartwell critican convenientemente mis cifras del crecimiento nacional del metodismo. A continuación incurren en una caricatura por la que se supone que yo tomo el resurgimiento metodista por «un instrumento contrarrevolucionario». Han quedado demasiado atrapados —al igual que otros escandalizados comentaristas— por la metáfora sobre la «masturbación psíquica», que llegan a citar tres veces en cuatro párrafos, sin indicar su contexto ni el problema que aquella metáfora ilustra: a saber, el contraste entre la disciplina cotidiana y el tosco sentimentalismo de la conversión metodista, sus sermones, fiestas del amor, confesiones, publicaciones espirituales o folletos.[3] El profesor Chambers también es un caricaturista, aunque con un aire más borrascoso y confuso. En su representación aparezco sosteniendo que:

[2] Geoffrey Best, «The Making of the English Working Class», *Historical Journal*, VIII (1965), p. 278.

[3] R. Currie y R. M. Hartwell, «The Making of the English Working Class?», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVIII, n.º 3 (diciembre de 1965).

Los metodistas (...) eran, en realidad, revolucionarios frustrados; estando incapacitados para morir en las barricadas, se precipitaron a las iglesias; sedientos en vano de la sangre del burgués, se consolaron a sí mismos vociferando sobre la Sangre del Cordero.[4]

En realidad, la influencia política directa del metodismo me interesaba muy secundariamente cuando escribí los capítulos 2 y 11. Quería comprender en qué consistió la experiencia metodista, particularmente entre 1780 y 1820; por qué gentes trabajadoras que habían estado dando la espalda —o rechazaban entonces— a las iglesias disidentes más racionales, iban a aceptar ese luteranismo pasional. Mucho de lo escrito sobre el metodismo parte del supuesto de que todos sabemos de qué se trataba y a continuación discute sobre sus índices de incremento o sus estructuras organizativas, pero no se puede deducir el carácter de la experiencia metodista a partir de esa clase de datos. Por otra parte, mientras historiadores cristianos y no cristianos pueden cooperar tranquilamente al establecer cantidades o analizar organizaciones, el diálogo deviene más difícil cuando se evalúan experiencias: las publicaciones de John Wesley o la multitud de folletos confesionales. El diálogo debe proseguir, naturalmente,[5] pero al final uno debe formular la pregunta: ¿estamos estudiando una genuina experiencia espiritual, o debe entenderse sólo en tanto que representación o metonimia de otras energías mentales?

Mi respuesta —por cuanto no soy un cristiano— dirigía la atención hacia la conmoción cultural acarreada por la transición a la sociedad industrial madura. La función del metodismo como portador de la disciplina laboral fue compartida de forma más general por la iglesia evangélica, pero en ninguna otra corriente se puede ver tan claramente.[6] Los seguidores de Wesley, primero, y los metodistas primitivos, después, buscaron abiertamente la confrontación con la vieja cultura medio pagana: con sus ferias, sus deportes, su bebida y su picaresco hedonismo.

Un prejuicio provoca otros, sin duda. Tanto de lo que se ha escrito sobre metodismo ha tenido un carácter tan justificativo o laudatorio que quizá yo haya sido demasiado severo. Podríamos estar de acuerdo con un historiador del metodismo en que la vida del templo ofreció realmente, para mucha gente y en muchos sitios, «toda una red de relaciones sociales íntimas a los solitarios e inseguros».[7] No obstante, también deberíamos tomar en cuenta

[4] Chambers, *op. cit.*, p. 186.
[5] Se puede encontrar un motivo común en la crítica literaria.
[6] El caso más amplio lo he argumentado en «Time, Work-Discipline, and Industrial Capitalism», *Past and Present* (diciembre de 1967).
[7] John Walsh, «Methodism at the End of the Eighteenth Century», en *A History of the Methodist Church in Great Britain*, compilada por Rupert Davies y Gordon Rupp, 1965, I, p. 311.

el testimonio de quienes se vieron a sí mismos asfixiados en aquella red ante la «ignorancia, el odio hacia los que eran diferentes de ellos, la intolerancia, y los escandalosos trucos de saltimbanqui desplegados en el púlpito», por sus compañeros.[8]

Los comentarios de varios de mis críticos sugieren una mayor familiaridad con el wesleyanismo de tendero propio de la era victoriana que con el volátil patetismo de esta. Así, por ejemplo, Currie y Hartwell insisten en que «los metodistas más vehementes eran los más radicales políticamente». Encuentro pocas pruebas de esto antes de 1815. Los hojalateros de Cornualles —quizá los más fogosos entre los grupos wesleyanos— no eran radicales, ni tampoco lo eran —hasta donde yo sé— los *jumpers* galeses. «El metodismo no es ni ha sido nunca «milenarista», dictaminan de nuevo. No era esto lo que yo sostenía, naturalmente, pero de todos modos pueden encontrarse reiteradamente veleidades milenaristas en medios metodistas, desde los tiempos de Brothers a los de Zion Ward.

Tales conmociones podían también ser políticas. Contemplo con espanto que tras la «tesis de Halévy» —el metodismo evitó una revolución— es probable que tengamos una «tesis de Thompson» —la expansión del metodismo fue una consecuencia de la contrarrevolución— dispuesta como arquetipo para el debate. La señorita Himmelfarb se queja, incluso, de que se pierda la ocasión para una controversia histórica sustancial: el doctor E. J. Hobsbawm ha señalado que «el metodismo avanzaba cuando el radicalismo avanzaba», mientras que yo he sugerido que «el resurgimiento religioso tomaba el relevo exactamente en el momento en que las aspiraciones "políticas" o temporales se enfrentaban con la derrota»; ella entiende que, en los términos ocultos de nuestro argumento, hay una conspiración de marxistas para presentar «un frente unido contra un enemigo común».[9]

Nuestra cautela puede obedecer, sin embargo, a una razón mucho más simple que la conspiración ideológica: ambos somos conscientes de que las pruebas no son concluyentes. El resurgimiento religioso no es un fenómeno que permita una simple explicación omnicomprensiva. Dada la propensión inicial al patetismo, cualquier suceso sombrío o dramático podía ponerlo en marcha: un terremoto en Lisboa, una plaga, hambruna, crisis nacional, guerra, un desastre local en una mina o —en una aldea— la muerte repentina de una persona. Podría estar inducido mediante evangelización

[8] A. Mathews, *Memoirs of Charles Mathews*, Comedian, 1838, I, p. 39. La información sobre este aspecto de la cuestión es considerable y, si se me motiva a ello, daré más datos. Una ojeada a la literatura antimetodista más alegre se encuentra en A. M. Lyles, *Methodism Mocked*, 1960.

[9] G. Himmelfarb, *Victorian Minds*, Nueva York, 1968, pp. 292-299.

misionera exterior o bien, en el seno de una iglesia, se podían producir periódicamente resurgimientos autoinducidos, obedeciendo a un patrón generacional interno, a medida que sucesivas cohortes juveniles eran arrebatadas por una implicación emocional en el templo de sus padres.[10] Por ende, contextos diferentes pueden requerir procedimientos explicativos distintos. La historia del metodismo se divide en varios períodos reconocibles, y, cuanto menos, debemos distinguir entre los años del apostolado de Wesley, los inestables años bélicos —algunos de cuyos rasgos perduraron mucho después en los distritos rurales y mineros, especialmente entre los Primitivos— y los cuerdos años de ascenso en respetabilidad y estatus social, que fueron también de disputas entre conexiones, desde los primeros años de la década de 1820 hasta 1849.

Mi interés se sitúa, en particular, en el período intermedio y es a tales años a los que apliqué la caracterización de «milenarismo de la desesperación». Aquellos años vieron los mayores índices de crecimiento del metodismo en el siglo XIX.[11] Entre 1791 y 1835 el resurgimiento religioso aparece a veces en estrecha relación con la turbulencia política, pero otras veces no. Los metodistas de Cornualles, tercamente refractarios al radicalismo hasta los años del cartismo,[12] parecen quedar excluidos de mi «tesis», pues su mayor resurgimiento, acaecido en 1814, no parece haber tenido conexiones políticas expresas.[13] Por otra parte, el resurgimiento —wesleyano y primitivo— del Shropshire industrial en 1821-1822 parece encajar exactamente en la tesis: fue directamente subsiguiente a la agitación política e industrial cuyo clímax se alcanzó con los motines de Cinderhill, en los que dos mineros fueron muertos por la *yeomanry* y otro fue ejecutado por haber tomado parte en los disturbios.[14]

---

[10] Considero útil, con fines comparativos, el estudio de la religión entusiasta en el oeste de Nueva York hecho por Whitney R. Cross, *The Burned-Over District*, Cornell University, 1950. Una descripción posterior y melancólica del resurgimiento inducido se encuentra en E. J. Thompson, *Introducing the Arnisons*, 1935, cap. XI.

[11] Véase Robert Currie, «A Micro-Theory of Methodist Growth», *Proceedings of the Wesley Historical Society*, XXXVI (octubre de 1967), p. 66.

[12] Véase Brian Harrison y Patricia Hollis, «Chartism, Liberalism and the Life of Robert Lowery», *Eng. Hist. Rev.*, LXXII (1967), p. 508.

[13] La oposición wesleyana oficial al resurgimiento se desarrolló en los comienzos del siglo, debido menos a sus consecuencias políticas —que todavía no eran manifiestas— que a que «el espíritu del resurgimiento desarrollaba una fuerza centrífuga que amenazaba con despedir al espacio innumerables fragmentos eclesiásticos». Véase M. S. Edward, *The Divisions of Cornish Methodism, 1802 to 1857*, Cornish Methodist Historical Association, 1964, pp. 15-16. Estoy en deuda con el señor John G. Rule, de la Universidad de Southampton, por gran parte de la información y la introducción en el metodismo de Cornualles.

[14] Barrie Trinder, *The Methodist New Connexion in Dawley and Madeley*, Wesley Historical Society, West Midlands, 1967, pp. 3-5.

Más comúnmente nos encontramos con interrelaciones —y conmociones psíquicas— tan oscuras que quizá nunca podamos ir más allá de las meras hipótesis. Los años bélicos fueron también los años de las tres mayores crisis de alimentos, de rumores de batallas y de testas coronadas rodando. El gran año del evangelismo, 1798 —cuando el resurgimiento logró un alcance muy superior al de las filas metodistas—, tuvo lugar tras los años de la crisis de alimentos de 1795-1796, la sublevación de 1797 y junto con la atmósfera del peligro de invasión.[15] Un observador en el país de Gales se encontró ese mismo año —cuando simultáneamente los *jumpers* galeses se hallaban en un estado de histérico paroxismo— con que había saltado el rumor de que «los irlandeses estaban al caer para comérselos con un cuerno de sal».[16]

El resurgimiento de los Primitivos en las Midlands orientales en 1816-1818 puede en cambio aportar indicios para la «tesis de Hobsbawm». El 5 de junio de 1817, cuatro días después del levantamiento de Pentridge, un magistrado de Nottinghamshire escribía angustiado a Sidmouth sobre reuniones de miles de *ranters* en los comunales, yermos y veredas vecinales. Aunque no se había proclamado sedición alguna, «en el ardoroso estado presente de sus mentes, y con un descontento tan universalmente extendido entre los órdenes inferiores no podemos por menos que considerar que tales concurrencias son altamente peligrosas».[17] Y aun así, en un período de incesante insurgencia y reiterado fracaso, ¿hasta qué punto se debe considerar operativa la «tesis de Thompson»? El resurgimiento de 1817 comenzó el año anterior, un año de crisis económica, de suspensión del *hábeas corpus* y desengaño para válvulas de escape «legítimas» como los memoriales de súplica o los clubes Hampden, el año de la represión de la revuelta de los jornaleros de East Anglia. Después de Pentridge, el resurgimiento iba a adquirir dimensiones aún mayores.

---

[15] Véase D. J. Jeremy, «A local Crisis between Establishment and Nonconformity», *Wilts. Archaelogical and Nat. Hist. Magazine*, LXI (1966), pp. 63-84. El inconformismo —principalmente los independientes, pero también los metodistas y los baptistas— sufrió una «sorprendente explosión» de crecimiento en 1797-1799 en el Wiltshire, durante la cual se crearon ciento quince nuevos locales de reunión en tres años en el Wiltshire y el Berkshire, en comparación con los ochenta que se habían creado en los seis años anteriores y los ciento doce que se crearon en los ocho siguientes.

[16] William Sampson, *Memoirs*, Leesburg, v, 1817, pp. 57-59. *Política* es un término demasiado limitado para expresar toda la expectación y las ansiedades de aquellos años. Así, durante los disturbios del West Riding que sucedieron a la detención de Despard en 1820, un observador señaló respecto de las mujeres: «(...) existe una expectación general no se sabe de qué. Como el segundo adviento, está llegando el momento, el Día está a la vuelta de la esquina»; *Fitzwilliam Papers*, J. Beckett, 22 de noviembre de 1802, f. 45 (d).

[17] Thomas Beaumont a Sidmouth, 5 de junio de 1817, H. O. 42.166.

Nunca brindé mi tesis para su aplicación universal e instantánea. Únicamente propuse que, tomando ese período como un todo, el evangelismo pasional y el «ardoroso estado de la mente» que lo acompañaba pueden ser considerados como milenarismo de la desesperación. Hay excepciones, y después de 1832 nos encontramos en un terreno distinto, aunque Hobsbawm y Rudé han hallado importantes indicios de resurgimiento religioso arraigando en el sur y el este tras la derrota de la revuelta jornalera de 1830-1831.[18] En ese caso el resurgimiento se puede considerar, acto seguido, como una sustitución de energías desde los intereses «temporales» a los del otro mundo; pero el templo parroquial, con su autodisciplina y su reluctancia a la sumisión, se convirtió en el terreno abonado del que iba a brotar la siguiente generación de radicales agrarios y sindicalistas. Este desenlace no se debe interpretar retrospectivamente, llevando la ilación hasta sus orígenes.

Currie y Hartwell encuentran poco convincente mi teoría de «una oscilación popular entre la política y la religión, polos respectivamente positivo y negativo del proceso social»:

> Thompson deja indefinida la oscilación: ¿basculó toda la población primero hacia la práctica política y después, tras fracasar, hacia la religiosa? ¿O bien una parte de la población fluctuó hacia la acción política y una segunda hacia la práctica religiosa cuando los primeros se decepcionaron? (...) En ambos casos el vaivén dejaría alguna traza en el metodismo.

Ambas respuestas son válidas, claro está. Pueden citarse multitud de trayectorias vitales de oscilantes individuales, incluyendo las de personajes tan claramente definidos como Joseph Barker y Thomas Cooper, pero hay una respuesta más sencilla: los basculantes eran «votantes indecisos» que ora podían congregarse en el templo, ora seguirían a las células militantes jacobinas o radicales. Cuando estos últimos eran ellos mismos oscilantes —esto es, predicadores legos wesleyanos o primitivos—, uno encuentra aquella combinación de política fogosa y evangelismo que dejó ciertamente una huella en el metodismo, particularmente —en este período— en el West Riding. Allí, durante las secuelas de Peterloo y los preparativos de la sublevación de Grange Moor, un cura sobresaltado escribió a Sidmouth:

> Me encuentro con que la mayor parte de la gente que se llama metodista está unida a los radicales; se reúnen por las tardes en ciertos *cottages* campestres, so pretexto del culto religioso, pero (...) en tales reuniones

[18] E. J. Hobsbawm y G. Rudé, *Captain Swing: the Agricultural Labourers Rising of 1830*, 1968. (Hay trad. cast.: *Revolución Industrial y revuelta agraria: El capitán Swing*, Siglo XXI, Madrid, 1978.)

suelen leer constantemente las obras de Wooler, Cobbett, etc. En esos conciliábulos también conciertan planes para subir los salarios de los operarios manufactureros, por el procedimiento de la asociación.[19]

Situaciones así solían ser efímeras. La ortodoxia wesleyana disponía de abundantes recursos para disciplinar la herejía y obligar a las congregaciones a volver al quietismo.[20] El conservadurismo inequívoco del metodismo oficial en estos años ya no es, por fortuna, un tema controvertido. El doctor Kent, a quien disgusta el tono de ciertos críticos del metodismo, confirma en cualquier caso ese resultado: «Algunos críticos han (...) dicho que el wesleyanismo debería haber mostrado mayor simpatía hacia las aspiraciones de las clases trabajadoras. Una crítica tal implica, a menudo, que ningún cristiano decente podía haber sido un *tory* en la década de 1830.»[21] Sería poco cortés que un no-cristiano se inmiscuyera en la polémica sobre qué deberían haber hecho los «cristianos decentes» en los años de 1830 y acerca de quiénes eran los cristianos decentes.

Ningún otro tema del libro ha sido recibido con mayor escepticismo que mi planteamiento de que existe una continua y soterrada tradición que une a los jacobinos de la década de 1790 con los movimientos de 1816-1820. Currie y Hartwell juzgan tal noción «indemostrable», Chambers me considera víctima de la «obsesión» y la «fantasía». En realidad, ahora pienso que fui demasiado comedido a propósito de ese substrato. Los *United Men* fueron considerablemente más activos en el Lancashire de 1797-1798 de lo que yo he dado a entender; y el reverendo W. R. Hay, que iba a presidir en Peterloo, andaba ya cobrando buena fama en 1801 persiguiendo grandes multitudes de conspiradores jacobinos por las colinas de Saddleworth.[22] Las agitaciones del Lancashire en 1801 tuvieron mayor envergadura que la Linterna Negra de 1802 en el Yorkshire y, aunque la base del movimiento se fundaba en las asociaciones de los tejedores, también se estaba tramando una conspiración oculta. Circulaba un plan «para llevar a cabo el asunto sin echarlo a perder por atolondramiento». A altas horas de una noche convenida, los reformadores de cada

[19] Reverendo T. Westmorland, vicario de Sandal, cerca de Wakefield, 10 de diciembre de 1819, H. O. 42.200. El sumario contra Richard Lee, uno de los insurrectos de «Folley Hall» en 1817, indica que reclutó a los hombres para la insurrección «cuando les soltaron del Templo», es decir a medida que salían de aquel: T. S. 11.4134 (2). Por lo común se creía que los *ranters* en 1819 predicaban el disfrute «en común de todas las cosas de este mundo»; *Champion* (25 de julio de 1819).

[20] Se debería señalar, sin embargo, que el índice de crecimiento del wesleyanismo empezó a decaer en 1816-1817, y que se produjo un descenso absoluto en la afiliación wesleyana en 1819-1820, asociada al crecimiento de los Primitivos y otros grupos secesionistas; Robert Currie, *op. cit.*, pp. 70-71. Desde este punto en adelante, quizás es correcta la opinión de Currie-Hartwell de que las sectas del resurgimiento también fueron las más radicales.

[21] John Kent, *The Age of Disunity*, 1966, p. 133.

[22] W. R. Hay, 4 de mayo de 1801, H. O. 42.62.

ciudad iban a sacar a la calle un tamborilero que llamaría a las armas. Cuando las tropas alarmadas salieran de sus acantonamientos, los reformadores las desarmarían y, a continuación, «custodiarían la salida de cada calle, mantendrían izada la bandera de la libertad, [y] darían órdenes estrictas de que nadie saqueara el pueblo».[23]

Hay aquí un arranque de fantasía, pero no es de mi invención. La conspiración de Despard —ahora estoy convencido— estaba más firmemente basada y tenía mayores conexiones provinciales de lo que yo había supuesto.[24] Todavía está por ver que sea «indemostrable» la existencia de tenues conexiones entre las conspiraciones de 1801-1802, el ludismo y 1817. Charles Pendrill proporciona un nexo de ese tipo: miembro de la S. C. L., fue arrestado en 1798,[25] estuvo encerrado en la prisión de Gloucester por poco tiempo junto con John Binn,[26] tuvo la suerte de escapar con vida del asunto Despard,[27] estuvo involucrado en lo de Spa Fields[28] y fue el intermediario que presentó Mitchell a Oliver en 1817.[29] De hecho Pendrill contó a Oliver que «anduvo muy metido en la faena de Despard, por lo que tuvo un trato muy familiar con ellos en el Yorkshire y el Lancashire. Me lo dijeron personalmente».[30] No me ocupé de esas relaciones —aunque las indiqué para el lector atento—[31] porque no estaba presentando una leve y minoritaria tradición de insurrectos, tenaces pero abocados al desastre, como una clave interpretativa. Los nexos son más importantes a nivel local que nacional: en una ciudad tras otra, entre los dirigentes sindicalistas y reformadores de 1816 encontraremos un puñado de viejos jacobinos de los años de 1790. Incluso así, no se debe formular el problema histórico importante en un plano conspirativo. ¿Por qué unos hombres y unas ideas que en 1795 subsistían marginalmente, fuera de las tendencias principales, obtuvieron veinte años después un apoyo tan amplio?

---

[23] *Ibid.*, folios 214, 298. Otras muestras de este «plan» se encontraron en el Yorkshire.

[24] El profesor Alfred Cobban, poco antes de morir, me pasó, a sugerencia del profesor Rudé, su propio archivo sobre el caso Despard, el cual contribuye a confirmar su existencia; espero publicar más adelante esos hallazgos.

[25] P. C. 1.43.A 150.

[26] *Leeds Mercury* (27 de noviembre de 1802).

[27] Le dijo a Oliver que debía su escapada a la solidaridad de los soldados; cuando le citaron junto con ellos ante el Consejo Privado «aquellos que realmente le conocían, declararon que jamás le habían visto antes de aquel momento»: narración de Oliver en H. O. 40.9.

[28] Interrogatorio de Robert Moggridge, mayo de 1817, en H. O. 40.10, que sugiere que Pendrill estaba entre los spenceanos.

[29] Véase más arriba, p. 736.

[30] Interrogatorio de Oliver por parte de Posonby y Bathurst, 15 de junio de 1817, H. O. 42.166. Un informador, Sangster, le escribió a Sidmouth, en 1817, describiendo a Pendrill como un hombre *igual a Guy Fawkes*; H. O. 42.163.

[31] Véase más arriba pp. 534, 657, 667, 747 y siguientes.

La crítica más importante a mi tratamiento de este período se encuentra en un estudio de R.A. Church y S.D. Chapman sobre «Gravener Henson y la formación de la clase obrera inglesa»,[32] donde ponen en cuestión mi análisis del ludismo de Nottinghamshire. Church y Chapman son historiadores serios, aunque algo beligerantes ideológicamente, con un buen dominio de las fuentes de Nottingham. Su estudio se fundamenta en un experto conocimiento de los oficios de calcetería y encajes y aclaran mucho de lo que se desconocía sobre la biografía de Henson después de 1817. Pero sigo sin estar convencido de su descripción del ludismo de Nottingham.

Church y Chapman disienten de mí en los puntos siguientes. He argumentado (p. 107) que «en Nottingham se da una oscilación interesante entre la protesta ludita y la constitucional, y es posible que ambas fueran dirigidas —cuanto menos hasta 1814— por la misma organización de *trade union*, en la que quizá los luditas y los constitucionalistas —probablemente dirigidos por Gravener Henson— discrepasen en sus opiniones». Ellos diluyen esa cuidada proposición en esta otra: «Lo que implica que la organización de Henson se movía a través de canales constitucionales de día, y de noche se enfrascaba en el sabotaje industrial, planteamiento que demanda una concienzuda indagación.» Una indagación concienzuda mostraría que aquellas no son precisamente proposiciones idénticas. Está dentro de lo posible que la gente participe de una cultura común y —dentro de ciertos límites— de unos intereses comunes, que esté informada de las tácticas de los demás, que se reúna en las mismas tabernas o milite en los mismos comités, y que se imponga primero una orientación y después la otra sin que ello destruya una recíproca lealtad de mayor alcance. Sin embargo Church y Chapman tampoco aceptarían esta hipótesis. Para ellos las estrategias ludita y constitucionalista estaban completamente divorciadas una de otra. Ven la primera como característica de los trabajadores sumidos en las degradadas condiciones de los pueblos de los alrededores: «Los luditas tenían sus bases en los distritos rurales, en los villorrios industriales de Arnold, Basford, Bulwell, Sutton-in-Ashfield e Ilkeston, donde se mantenían las ramas más comunes y peor pagadas de la industria.» Consideran a esos lugareños rudos, rebeldes, desorganizados y enconadamente radicales. Por el contrario, Henson y los constitucionalistas «tenían su base en Nottingham y —hasta cierto punto— en Leicester, donde se desarrollaban las ramas de mayor calidad y mejor pagadas de la

[32] En *Land, Labour and Population in the Industrial Revolution*, compilado por E.L. Jones y G.E. Mingay, 1967.

industria calcetera». Aquí los tejedores de punto eran ciudadanos moderadamente radicales que no precisaban «recurrir a la política de máscara y martillo»:

> en los límites de lo posible cuando un país está en guerra, las aspiraciones de las clases trabajadoras, del mismo modo que las de otros componentes de la comunidad, pudieron encontrar un canal de expresión, y por medio de las columnas de cartas al director de los periódicos sus agravios y anhelos estuvieron sujetos a público debate.

Si hubo alguna conexión entre constitucionalismo y violencia fue imprevista y fortuita: «los tejedores rurales de punto se avezaron a destrozar telares cuando el liderazgo establecido, que en la ciudad estaba en manos de Henson y sus socios, fracasó o fue desacreditado.»

Todo eso es pero que muy razonable. Church y Chapman ven la historia de un modo realmente vicario, poblada de gentes razonables haciendo cada uno lo mejor posible según sus propias luces. Cuando los tejedores de punto de Nottingham fueron encarcelados bajo las *Combination Acts*, se «les privó temporalmente de su libertad»; cuando Henson abogó por la reforma y contra la suspensión del *hábeas corpus*, «atacó la manipulación aristocrática de la representación en la Cámara de los Comunes»; su experiencia como pequeño patrón «ensanchó su perspicacia política» aportándole «nuevos horizontes»; entre ellos, la oposición al cartismo. Los únicos insensatos eran los luditas.

Se supone que yo he caído en el error por culpa de dos equivocaciones, que examinaré sucesivamente. En primer lugar, sostengo que el ludismo dio paso a la acción constitucional de la Unión de Tejedores de Punto de un modo tan repentino, en febrero de 1812, que «es imposible dejar de creer que el nuevo comité seguía, en parte, bajo la anterior dirección ludita» (pp. 132 y 107). Atribuí ese cambio de estrategia a tres causas, una de las cuales fue la preparación del proyecto de ley para convertir la rotura de telares en un delito capital. Church y Chapman prefieren no ver conexión alguna entre estos sucesos y señalan que «la decisión de organizarse se tomó el 11 de febrero de 1812, es decir, antes de que el proyecto de ley fuera dado a conocer por vez primera.[33] Es verdad, pero por el tono y la ausencia de referencias documentales sobre el particular es improbable que el lector adivine que lo que está en el candelero son tan sólo tres días.[34] Por lo demás, los proyectos legislativos que

[33] *Ibid.*, p. 135, nota 6.

[34] El 14 de febrero se da permiso para presentar un proyecto de ley «para el castigo más ejemplar de las personas que destruyan o provoquen desperfectos a cualquier telar de medias o encajes»; se presentó y se leyó el mismo día; pasó por una comisión el 17 de

incluyeran la pena de muerte no llovían del cielo. Si Church y Chapman tomaran como referencia el *Hansard*, encontrarían que lord Liverpool anunció inminentes medidas —sería «necesario solicitar al parlamento algunos poderes adicionales»— el 4 de febrero, una semana antes del encuentro de los tejedores de punto.[35] Quizá confunda a un historiador del siglo XX, pero no es probable que para un tejedor de punto de 1812 resultara confuso saber lo que se entendía por «poderes adicionales». El gobierno había estado varios días sondeando la opinión sobre la medida acariciada[36] y sería sorprendente que sus intenciones no hubieran llegado a ser públicas. El hecho de que el nuevo comité aspirara a retrasar el proyecto de ley está comprobado en sus propios documentos;[37] el hecho de que los partidarios del activismo ludita estaban siguiendo de cerca los acontecimientos aparecería confirmado en la documentación del Ministerio del Interior.[38]

Por tanto, la relación entre el proyecto de ley que implantaba la pena de muerte y la organización del comité queda confirmada en la «indagación» de Church y Chapman. Por supuesto, esto no demuestra que constitucionalistas y luditas deliberasen conjuntamente. Se supone que éste es mi segundo error. Aunque muchos contemporáneos de Henson creyesen que tenía relación con los luditas, se puede demostrar que no era así por sus afirmaciones y actuaciones posteriores.[39] De hecho yo tendía a ser de la misma opinión, y dije —aunque Church y Chapman lo omitan— que es «falso casi con seguridad» que fuera alguna vez ludita, aunque, sin duda alguna, estaba al corriente de los asuntos luditas (p. 61).

---

febrero; se informó el 18; se hizo una tercera lectura el 20; y recibió sanción real (después de las enmiendas de la Cámara de los Lores) el 20 de marzo: *Commons Journals*, LXVIII.

[35] *Hansard*, XXI, cols. 602-603, 671. La primera declaración del Comité de Tejedores de punto apareció en la *Nottingham Review* (14 de febrero), firmada por Gravener Henson.

[36] Así, el duque de Newcastle, *Lord-Lieutenant* de Nottingham, escribía el 5 de febrero que consideraba que la intención del gobierno de que el castigo por la destrucción de telares fuera la pena capital era «altamente saludable»; Newcastle a Ryder, H. O. 42.120.

[37] Una de las primeras cartas que recibió el comité procedía de Daniel Parker Coke, parlamentario por Nottingham, contestando a una petición del comité para que intentase conseguir diez o doce días de aplazamiento del procedimiento parlamentario, para que ellos pudiesen presentar pruebas; *Records of the Borough of Nottingham*, VIII, 1952, p. 138.

[38] Véase, por ejemplo, la carta del general «E. Ludd», fechada en el Campo de Shirewood el 22 de febrero de 1812, en H. O. 42.120, que empieza: «He esperado pacientemente para ver si era probable que se tomasen algunas medidas parlamentarias para mitigar de cualquier forma posible la miseria; pero la mano de la conciliación se ha cerrado y mi pobre país sufriente se ha quedado sin esperanza alguna.»

[39] Church y Chapman suponen (*op. cit.*, p. 138, nota 2) que he falsificado las pruebas al dejar de citar la opinión de Felkin según la cual Henson no tomó parte en el ludismo. No la cité porque no era relevante en este contexto y porque se podrían haber citado multitud de opiniones relativas a la complicidad, sobre ambos lados de la cuestión. Decidí no citar ninguna.

Sin embargo, el asunto es mucho más complejo de lo que suponen Church y Chapman. Al adoptar una lectura de los datos que algunas veces es tortuosa,[40] otras simplona[41] y a menudo trivial,[42] ellos mismos complican la cuestión. Nadie se figura que Henson saliese por la noche con un martillo y la cara ennegrecida. Lo que debemos preguntarnos es: ¿dio alguna vez su aprobación, en 1811-1812 o 1814, a la orden que ponía en marcha a otros hombres, recogió dinero para ellos o se coordinó tácticamente con ellos?

Me mantengo prudentemente en la opinión de que —al menos desde febrero de 1812— utilizó su influencia para disuadir a sus compañeros tejedores de la práctica de tácticas luditas. Esto es lo que afirmaba él mismo doce años después;[43] y decirlo era, en sí mismo, admitir que se había mantenido a una distancia dialogante. Durante sus campañas sucesivas para lograr una solución parlamentaria era sin duda de primordial importancia evitar «desmanes», y me inclino a aceptar —pese a las circunstancias en que la carta fue escrita— el tenor general de su declaración a lord Sidmouth acerca de sus esfuerzos por pacificar los ánimos de los tejedores de medias cuando su proyecto de ley fue rechazado (en julio de 1812):

> Me encargué de calmar y moderar la voluntad popular de Nottingham (...) y lo logré, pero de un modo que aún ofendió más a algunos de los patronos, aconsejando a los trabajadores que persiguieran el remedio mediante la asociación (...) El plan era censurable, claro está, pero en medio de una conmoción tan violenta era el único expediente posible.[44]

---

[40] De este modo, utilizan las pruebas de dos magistrados de Londres que visitaron Nottingham en 1812, para desacreditar las pruebas de todos los magistrados de la ciudad y la región, desde 1811 a 1817. Las pruebas aportadas por el secretario municipal de Nottingham, Coldham, que fue secretario del «comité secreto» de los calceteros-comerciantes, lo dejan de lado puesto que «no tenía experiencia en la industria de la calcetería» (pp. 138-139, 139, nota 5). Por otra parte, no se les dan muy bien los magistrados. El «magistrado de Londres» (p. 134) que describió a Henson como un «tipo sensato y muy hablador» era en realidad James Hooley, un calcetero de Nottingham, que estaba deseoso de afirmar en una declaración jurada que Henson estaba comprometido en prácticas de traición: de Hooley a Sidmouth, 8 de abril de 1817, H. O. 42.163.

[41] Parecen aceptar literalmente todas las negativas de relación con los luditas, incluso cuando Henson escribía desde la prisión a Sidmouth pidiéndole que le dejase en libertad (p. 140). ¿Qué hubiese dicho, en el caso de que supongamos que tenía esa relación?

[42] Hasta que la historia del ludismo escrita por Henson —y perdida— aparezca, la fuente más importante para el ludismo de Nottingham sigue siendo la voluminosa documentación de la Oficina Pública del Registro; pero todas las referencias que hacen Chapman y Church a esos documentos parecen ser a través de una segunda fuente: los Hammond, Davall, Patterson o yo mismo.

[43] Véase Church y Chapman, *op. cit.*, p. 140.

[44] De Henson a Sidmouth, Cold Bath Fields, 10 de junio de 1817, H. O. 42.166.

Este relato concuerda completamente con un informe confidencial de Coldham, de junio de 1812, antes de que se rechazara el proyecto de ley. El marzo anterior la tramitación del texto que establecía la pena capital había «agostado nuestros canales de información y oscurecido aquellos que aún permanecían abiertos»:

> Creo que las medidas parlamentarias [esto es, el proyecto de ley presentado por los tejedores de punto] han interesado muchísimo a los tejedores de punto y aquellos que últimamente eran dados a turbulencias, e incluso quienes ahora están decididos en caso de necesidad a llegar hasta los extremos más horrorosos —a igualar el sistema del Terror si es preciso—, también están dispuestos a aguardar el buen fin del proyecto legislativo que nos proponemos llevar al Parlamento.

Coldham temía, no obstante, que los obreros empezaran pronto una agitación general en favor de la paz:

> Entre tanto no puedo sino aplaudir la política de *aquellos seguidores del General Ludd* [el subrayado aparece tachado y superpuestas las palabras «tejedores de punto»] que manifiestan imputar a la Conducta de sus Patronos y a los Productos fraudulentos todas sus Aflicciones.[45]

En 1812 y 1813 tanto Henson como Coldham estaban vadeando aguas sumamente turbulentas. A diferencia del constitucionalismo del primero, el otro era, ante todo, un dirigente de los tejedores de punto, y sólo después un constitucionalista. Si iba a refrenar a los luditas, debía mostrar que sus métodos alternativos podían dar resultado. Fracasó en ese empeño con su proyecto de ley y la formación de la *Union Society* fue el siguiente método propuesto, pero Coldham sabía también que la estrategia «constitucionalista»—por muy ilegal que fuera bajo las *Combination Acts*— era una defensa contra el ludismo. Sólo así se puede entender que la *Union Society* fuera tan lejos como fue.

Hay, de todos modos, ciertas ambigüedades en la posición de Henson que no han sido del todo aclaradas. Tal y como Church y Chapman recuerdan, Francis Place —quien habló con Henson en 1824, cuando los disturbios habían quedado muy atrás— parece haber creído que aquél era el «Rey Ludd».[46] Está aún dentro de lo posible que los tejedores de punto, a cuyo servicio estuvo Henson realmente contratado por temporadas entre 1812 y 1814, en calidad de organizador a tiempo completo,[47] mantuvieran el brazo derecho de la vindicación ludita en reserva para cuando el brazo izquierdo constitucionalista se demostrara demasiado débil. Hay en efecto alguna prueba de que, hasta 1817, Henson y sus sucesivos comités estaban reuniendo

[45] Coldham, 2 de junio de 1812, H. O. 42.123.
[46] British Museum, Add. MSS. 27.809, f. 17-18.
[47] J. T. Becher, 24 de mayo de 1814, H. O. 42.139.

fondos y proporcionando asesoramiento legal a los prisioneros luditas.[48] Church y Chapman replican que, si Henson hubiera estado verdaderamente implicado, se habrían hallado las pruebas en su correspondencia.[49] Pero Henson era demasiado listo como para haber estampado su firma en algo que le convirtiera en cómplice de un delito capital. De todos modos, en abril de 1817 fue interceptada en correos una interesante carta de Anderson, un camarada de Henson, dirigida a un tejedor de punto residente en Calais en la que le pedía empleo para «un hombre joven muy habilidoso (...) una mano muy diestra tanto para la urdimbre como en la aguja de hacer puntilla», que a todas luces era un refugiado ludita huido de la justicia. La carta proseguía:

> Tengo algunas noticias desagradables para contarte: elevamos una petición al gobierno para salvar las vidas de aquellos infortunados que cayeron ese día en Leister. La mandamos por medio de Gravener Henson y Wm Robinson. Y cuando llegaron allí agarraron a Grave y le encerraron en la torre por alta traición y le dijeron que les había ahorrado la faena de ir a por él.

Está claro que ambos corresponsales estaban muy al tanto de los luditas ejecutados —«pequeño Sam el desertor», etc.— y la carta concluye: «El señor y la señora Henson y los demás me mandan saludos para ti.»[50]

Una «indagación minuciosa» de las pruebas nos dejará, pues, indecisos acerca de las exactas conexiones de Henson con los luditas, pero no hay nada en estos datos que venga a abonar el fundamento de la tesis de Church y Chapman sobre la moderación de los obreros de Nottingham y su hostilidad hacia el ludismo, por contraste con sus parientes rurales. Según escriben, la «importancia social y política» de tal división «ha sido pasada por alto hasta el momento presente».[51] Y vale la pena remarcarlo: lo que resulta tan patentemente claro a estos historiadores fue pasado por alto inexplicablemente por multitud de magistrados, soldados y observadores de la época, que no cesaron de cursar insistentes informes sobre la solidaridad de los tejedores de medias de Nottingham, de su negativa a proporcionar delaciones, sus colectas de dinero en ayuda del ludismo y su apasionado radicalismo. Puede que sean Church y Chapman quienes hayan pasado por alto algo bien simple.

[48] Una carta de H. Enfield, 21 de octubre de 1816, H. O. 42.154, sugiere que los procesamientos de patronos por *truck* no eran —como indican Church y Chapman, p. 136— una campaña *privada* de Henson. Los comités organizaron suscripciones, que iban a dedicar su dinero a los objetivos de las *trade unions*, el procesamiento de los patronos y la defensa de los prisioneros luditas.

[49] *Op. cit.*, p. 140.

[50] J. Anderson a Wood (de Calais), 16 de abril de 1817 en H. O. 42.163.

[51] *Op. cit.*, p. 140.

Se destruyeron menos telares en Nottingham que en los pueblos de los alrededores porque la organización de los trabajadores de la ciudad era más fuerte que en las zonas rurales. Su situación laboral y su paga eran mejores, e imponían con mayor prontitud las condiciones que demandaban a sus patronos.[52] Era precisamente en las poblaciones de las afueras y en el área industrial circundante donde actuaban los calceteros que encargaban trabajo a domicilio y practicaban *cut-ups* para abaratar los salarios; por la misma razón, era allí donde estaban surgiendo las amenazas a su posición. Los pueblos fueron el campo de batalla, porque constituían la frontera entre organización y desorganización.

Se puede establecer un paralelismo con el ludismo del West Riding. No hubo estallidos luditas en Leeds, simplemente porque la organización de los tundidores era tan fuerte que no había máquinas para destruir. Fue una vez más en las afueras, en el valle de Spen y los alrededores de Huddersfield, donde se libró la contienda. Y se puede ver el conflicto incluso dentro de los talleres. En el obrador de Wood, donde trabajaba George Mellor, se había impedido trabajar en todo Leeds a Benjamin Walker —que se convirtió en un delator—, porque no era miembro de la «Institución» de los pañeros; sin embargo, tuvo noticia de dicha asociación «mucho antes de que comenzaran las acciones luditas»: «se ha recolectado y gastado mucho dinero en Londres detrás de leyes del Parlamento». Por su parte, James Haigh había sido miembro de la *union*, pero no durante los cuatro años anteriores. Un ulterior examen de ese taller disipa rápidamente el obtuso economicismo que se pudo encontrar un tiempo en los textos de marxismo popular y ahora se ha refugiado en la obra de historiadores ortodoxos de la economía, según el cual se presupone que los trabajadores peor pagados y más desesperados han de ser los más militantes. George Mellor era en realidad hijastro de su patrono —«estaba por encima mío y nunca anduvo conmigo», se quejaría Walker—, ganaba tanto como treinta y cinco chelines a la semana y, careciendo de familia, se rumoreaba que había ahorrado cien libras.[53] Tal como he sostenido, era el trabajador privilegiado que vio su entera situación en peligro quien proporcionó el liderazgo del ludismo.

No tenemos pues necesidad alguna de la tesis de Church-Chapman para entender la primera fase del ludismo de Nottingham. Tras el fiasco de la campaña parlamentaria del verano de 1812, la tesis resulta de mayor provecho. La unidad entre los trabajadores urbanos y los que estaban organizados en los alrededores ya

[52] Véase J. L. y B. Hammond, *The Skilled Labourer*, 2.ª edición, 1920, pp. 262, 264-265.

[53] Interrogatorios de Walker y Haigh ante Joseph Radcliffe, en K. B. 8.91. folios 11, 153, 192, 198.

se estaba resquebrajando;[54] y tras las derrota del proyecto de ley, la *trade union*, en su nueva forma, iba a replegar su base hacia el interior de la ciudad.[55]

El fracaso del movimiento debe haber hecho a los trabajadores rurales más exasperados o más derrotistas; pero eso no nos dice nada acerca de la moderación de los obreros en la ciudad. Church y Chapman discuten mi sugerencia de que Henson «compartía el radicalismo político avanzado de los luditas»,[56] dado que —tal como vimos— las aspiraciones de los ciudadanos de Nottingham «pudieron encontrar un canal de expresión (...) por medio de las columnas de cartas al director del periódico». La falta de imaginación histórica es aquí disuasoria. Los concurrentes habituales a las tertulias académicas de la década de 1960 se pueden dar por contentos con el ocasional recurso al «canal de expresión» de una carta al *The Times*, pero a los agravios de la gente en la Inglaterra de 1811 a 1820 no se les daba satisfacción tan fácilmente. Puede ser cierto que —tal como recalcan nuestros autores, algo ampulosamente, refiriéndose a las actitudes políticas de la población trabajadora— «acerca de lo que es característico en ellas sabemos mucho menos de lo que a veces se supone».[57] Si hemos de hacer caso omiso de la documentación del Ministerio del Interior, que constituye la mayor fuente de información, se comprende que debamos contentarnos con un poco de conocimiento y un elegante margen de duda.

Nunca he sostenido, claro está, que el radicalismo populista de los «distritos turbulentos» de esos años estuviera confinado a cierta clase obrera económicamente definida, y menos aún a los segmentos más desesperados. Gentes de oficio, menestrales, profesionales y otros se hacían oír en las agitaciones. Muchos años después Place andaba aún escribiendo sobre «la detestable infamia» y «la conducta ruin y criminal» de la administración posterior a la guerra.[58] Puse además especial cuidado en señalar que el ludismo de las Midlands, mucho más que el del Yorkshire o el Lancashire, estuvo limitado a objetivos laborales, pero eso no aminora las pruebas

[54] Véase más arriba, pp. 669, 670 y *Records of the Borough of Nottingham*, VIII, p. 148.

[55] Durante la campaña en favor del proyecto de ley, hubo en la región un apoyo considerable a la petición; firmas, ciudad de Nottingham, 2.629; condado, 2.078; *Records*, VIII, p. 144. Pero en la primera conferencia anual de la *Union Society* se constató un serio decaimiento del apoyo de la región; miembros: Nottingham, 1.455; Lambley, 59; Basford, 72; Ilkeston, 95; Sutton y Mansfield, 79 (total del condado, 305); H. O. p. 42.139.

[56] *Op. cit.*, p. 137. Lo que he dicho en realidad —*supra* p. 904— es que Henson «ejemplifica la lucha de los trabajadores a domicilio, rozando los márgenes del ludismo, organizando su *union* ilegal, compartiendo su radicalismo político avanzado e intentando (...) poner en vigor o promulgar una legislación protectora en su favor». *Su* se refiere claramente a los trabajadores a domicilio, no al ludismo.

[57] *Op. cit.*, p. 161.

[58] *British Museum Add.* MSS. 27, 809 ff., 69-70.

contundentes de que el ludismo de Nottingham se desarrolló en un contexto de grandes agitaciones y expectativas radicales. En mayo de 1812, cuando Church y Chapman suponen que los trabajadores de Nottingham habían sido absorbidos por el constitucionalismo moderado, la noticia del asesinato del primer ministro «fue recibida por el populacho con la mayor alegría», mediante manifestaciones de «júbilo, tales como algarabías, encendiendo hogueras, y (...) sacando una bandera y un tambor».[59] Sólo la fuerza militar y la lectura de la *Riot Act* pudieron sofocar los alborotos.

Es indudable que Henson se alineó con este radicalismo, pero las pruebas sobre su implicación en 1816 y 1817 son tan contradictorias que requieren un dictamen abierto. Le acechaban escritores de pluma viperina deseosos de «dar el soplo». En 1817, uno de ellos señalaba con el dedo a Henson y a seis de sus «compinches del club Hembdon (...) auténticos vagabundos temerarios (...) peores que los que asaltan caminos».[60] Thomas Savage, un ludita que estaba a la espera de ser ejecutado, trató de salvar la vida incriminando a Henson ese mismo año (véase p. 153), pero su testimonio únicamente relacionaba a éste con el mayor Cartwright, Burdett y Benbow, y estaba excesivamente «cocinado» —«Savage oyó decir a Gravener Henson, hace cerca de año y medio, que el depósito de Derby podría ser asaltado»— para ser aceptable.[61]

Tras su salida de la prisión, Henson se apartó decididamente de los tejedores de punto, tanto en su vida diaria como en sus postulados políticos. El estudio de Church y Chapman es valioso para esos últimos años. Sin embargo, la evolución de un individuo no es suficiente para invalidar —contra lo que ellos parecen creer— ideas generales sobre los luditas o sobre la clase obrera. Trayectorias así, tanto en ideas como en situación social, no son inusitadas. Hay un componente patético en la evolución de Henson. Con su carácter enérgico y su inusual bagaje intelectual, había dado alas a la impaciencia de sus camaradas: «Al cuerno con el oficio —escribió a un compañero del comité en mayo de 1812—; son la raza de gente más atrasada y zopenca, *más desganada para hacer algo bueno*, que hay en la superficie de la tierra (...) Si cualquier miembro del oficio se niega a cumplir su deber en la labor para la mejora de su industria,

[59] Coldham, 14 de mayo de 1812, H. O. 42.123.

[60] Anónimo (¿Sam Weller?), fechado en Nottingham, 15 de junio de 1817, H. O. 42.166.

[61] El magistrado que le tomó declaración a Savage pensó que era «un hombre sensato y bien educado (...) bien situado para ser un líder de un comité de obreros industriales». Algunos de los que mencionó en su declaración eran, en realidad, hombres de los clubes de Hampden. Las desesperadas circunstancias de una confesión como ésa la hacen altamente sospechosa; declaración de Savage, 8 de abril de 1817, y C. G. Mundy a Sidmouth, 4 de abril y 17 de abril de 1817, H. O. 42.163. Véase también H. O. 40.10.

rompedle la boca al momento y hacedle tragar sus dientes.»[62] Una vez fracasada su estrategia, aparece cada vez más como un hombre terco y aislado, una especie de «tiburón» traicionero. Los mismos que le habían seguido desconfiaban de él[63] y en 1825 —es evidente— había perdido su anterior influencia. Quizás esta defección acentuó la censura de toda una nueva generación de dirigentes radicales y cartistas.

He examinado con tanto detalle los argumentos de Church y Chapman por una razón. Demasiado a menudo los Hammond respondieron a sus críticos, en su tiempo, con la frescura de un silencio cortés. Tras su muerte, y por más de veinte años, la escuela ideológica de historia se ha cebado en los «sentimentalistas» con toda impunidad, en artículos y seminarios. Enfrentados tan sólo al silencio, esos historiadores han acabado siendo poco meticulosos: un cierto ademán de profesionalidad, el sortilegio de un rigor contrario a los sentimientos, ha bastado para encubrir cualquier laguna en erudición.

Pero yo no soy tan cortés ni estoy muerto, por el momento. Si he respondido con aspereza, ha sido en interés de la historia misma. Demos vía libre al debate por todos los medios, pero para que sea una polémica sobre datos históricos reales y no en defensa de presupuestos ideológicos previos. El caso Henson ilustra en un punto la complejidad de los datos. En modo alguno pretendo haber descubierto en todo momento la verdad, al ocuparme de multitud de puntos igualmente complejos que se tratan a lo largo de este libro. No he hecho más que una cala en los cientos de miles de papeles del Archivo Nacional, y únicamente tras el estudio de fuentes locales, que yo no he tocado, se podrán aclarar otros extremos.[64] Ningún historiador puede pretender abarcar, él solo, un terreno tan vasto. Para llegar a una plena comprensión hacen falta muchos estudios, más pacientes y detallados, que apuren toda la documentación disponible; estudios que llevarán títulos como el de «Gravener Henson y la formación de la clase obrera inglesa».

Church y Chapman rematan sus demoliciones con una serie de sermones ideológicos:

---

62 *Records*, VIII, p. 147.

63 Véase el informe de un espía, 4 de mayo de 1819, acerca de una reunión al aire libre de los tejedores de punto de Nottingham: «Gravener Henson estaba allí. Algunos de ellos manifestaron, en secreto, a otros sus sospechas de que fuese un traidor. Decían: "Cuidado, que no se vuelva un Oliver."» H. O. 42.147.

64 Un ejemplo admirable de esta investigación local han sido las actividades del comité del ciento cincuenta aniversario de la Revolución de Pentrich, en el que bibliotecarios, archivistas e historiadores descubrieron un importante material nuevo sobre el acontecimiento.

cuando algunos historiadores socialistas escriben sobre «la clase obrera», sobre sus pautas y valores, se trata del comportamiento y las actitudes de aquella parte de las clases trabajadoras que no era indiferente, y que ellos atribuyen, consciente o inconscientemente, al conjunto de aquellas: así, «la clase obrera» se identifica con «las clases trabajadoras». Es legítimo inquirir hasta qué punto está justificada la atribución a las masas silenciosas y apáticas de unos pareceres que sólo albergaron algunos entre una minoría.[65]

Particularmente, me divierte el resabio policial del «consciente o inconscientemente», seguido de ese «es legítimo». Puesto que otros críticos pierden el tiempo en ese asunto genérico, y con intenciones parecidas, debo recalar en tales puntos sobre categorías y métodos, a modo de conclusión.

Se me reprocha imponer la noción de clase social a unos datos, en lugar de limitarme a observar una «sociedad plural». Currie y Hartwell suponen que lo hago en parte por exagerar la envergadura de las agitaciones populares:

Por ejemplo, cita (p. 445) el mitin celebrado en 1832 en Newhall Hill, en Birmingham, «del que se dijo que asistieron ciento ochenta mil personas» (cifra no discutida por el señor Thompson). Incluso admitiendo que la concurrencia «estuvo acrecentada por mineros del carbón de Walsall, metalúrgicos de Wolverhampton, trabajadores a domicilio de Dudley», la cifra es inverosímil. En 1831 la población total de Birmingham, Dudley, Walsall y Wolverhampton era inferior a ciento cuarenta mil. Muchas otras cifras de concentraciones masivas del señor Thompson están exageradas del mismo modo.

Dado que no presentan ningún otro ejemplo de exageración, deberemos referirnos a éste, aun cuando dicho mitin —celebrado en 1833 y no 1832— aparecía tan sólo en una pasajera alusión, y no me paré a discutir o confirmar aquella cifra. Se diría que el censo de que dispongo difiere del que se encuentra en el Nuffield College, y el mío arroja una población en Birmingham, en 1831, superior a ciento cuarenta mil. Si tomamos los municipios cercanos de Dudley y Walsall, así como el término de Wolverhampton, tenemos en conjunto un total de 209.827; si atendemos a las *Poor Law Unions* de esos centros, obtenemos la cifra de 284.863; añadiendo las *unions* de West Bromwich —Wednesbury incluido— y Stourbridge —Halesowen y Tipton incluidos, zonas ambas que según la prensa estuvieron altamente representadas—, alcanzamos los 360.390 en todo el área de atracción del mitin. Se podría añadir otras áreas más remotas, pues los periódicos informaron de contingentes llegados de Coventry, Warwick, Leamington, Twekesbury, etc.

[65] *Op. cit.*, p. 165.

Aun así ciento ochenta mil concurrentes, o la mitad de la población de la zona, parece una cifra poco probable. Resultaría menos «inverosímil» si Currie y Hartwell hubiesen prestado mayor atención a algunas fuentes «literarias» muy despreciadas. Uno de los propósitos del mitin era pedir la dimisión de los ministros, por lo que concentró la atención del país y el gobierno lo contempló con suma ansiedad. Fue uno de aquellos mítines bien planeados y convocados que organizaba expertamente la *union* de Birmingham, con casetas y tribunas levantadas sobre entarimados y con grupos de vecinos desfilando precedidos por jinetes y conducidos por maestros de ceremonias. Para el populacho en general era en parte un espectáculo, y en parte una fiesta. El periodista del *Times* dijo que Newhall Hill tenía el aspecto de «una gran feria»: «(...) sin duda: las buenas gentes de Birmingham y su vecindad lo aprovecharon como un excelente (...) pretexto para tomarse un día de fiesta.» En las lindes del mitin había puestos de bebidas, con gaseosa, cerveza, naranjas, galletas. Todos los testimonios —y en especial los de la prensa hostil— señalaron la masiva afluencia de mujeres y niños. Todas las informaciones de primera mano, desde la *Aris's Birmingham Gazette* hasta *The Times*, lo consideraron «inmenso», aunque los cálculos precisos resultan menos satisfactorios. Los reformadores lo consideraron superior a doscientos treinta mil; *The Times*, que se mostraba hostil y escéptico a la vez, indicó que la superficie ocupada podía haber alojado sin dificultad de ciento cincuenta mil a doscientas mil personas; la colina estaba repleta «por todas partes» de una «densa masa» y «un inmenso mar de seres humanos», por lo que no está claro si las mujeres y los niños estaban incluidos en su estimación de la asistencia en setenta mil u ochenta mil.

Ciento ochenta mil parece mucho, pero no es un número «inverosímil». Es verdad, claro está, que los organizadores de mítines tienden a exagerar su tamaño y sus oponentes a disminuirlo. Estoy completamente dispuesto a hacer una concesión a la baja desde el lado popular, si mis críticos consienten en una subida desde la suya. Sin embargo, la cuestión importante es si yo exagero sistemáticamente la envergadura de los movimientos populares, en los que sólo estaba interesada una minoría, mientras que las «masas silenciosas y apáticas» permanecían al margen. Y en ese punto sospecho que Currie y Hartwell están muy acostumbrados a formas de hacer política más institucionalizadas y no perciben los modos de ese período, bien distintos, así como el apoyo masivo que se suscitaba en ciertos momentos de la agitación. En momentos así, no decenas sino cientos —y a veces miles— de manifestantes estaban decididos a recorrer muchas millas para oír a un orador, o a un evangelista. El

reverendo Hay encontró a miles de personas en el castillo de Buckton en 1801, «situado en un lugar muy elevado donde confluyen los condados de Lancaster, York, Chester y Derby», algunas de las cuales habían ido llegando desde las cuatro de la mañana, provenientes de localidades tan alejadas como Manchester (12 millas) y Stockport (9 millas).[66] Millares de tejedores e hilanderos estuvieron dispuestos en 1817 a ir andando de Manchester a Londres; la «peregrinación» a York de otros miles de seguidores de Oastler está bien documentada; los cartistas del Lancashire y el Yorkshire convocaron manifestaciones en Blackstone Edge, a varias millas de cualquier población importante. Cuando aquellas se celebraban en el centro de núcleos muy poblados, en momentos de entusiasmo —como los mítines de Newhall Hill o la marcha cartista a Peep Green en 1839— la asistencia era indudablemente «inmensa». Para encontrar algún parangón con tales formas quizá deberíamos fijarnos en las concentraciones nacionalistas recientes en África o Asia.

Esto no significa que los reformadores gozasen de un apoyo firme y consecuente por parte de las masas. De la noche a la mañana un líder podía encontrarse abandonado, tal como le ocurrió a Henson; al comienzo de la década de 1830 incluso el incondicional John Gast, que había estado militando cuarenta años, podía espetar: «Los ingleses sólo piensan con sus tripas (...) Burk no andaba muy desencaminado cuando les llamó *cochina multitud*; ceba bien a un cerdo y harás con él lo que quieras.»[67] Aunque W. W. Rostow y algunos colaboradores de la *Economic History Review* tengan la misma idea de la historia del pueblo inglés, ésta no es toda la verdad. Hubo, a lo largo de ese período y hasta el cartismo, un alza en el nivel de esperanzas políticas populares. Currie y Hartwell, al igual que otros críticos, piensan que no he mostrado el movimiento de una clase, sino tan sólo la radicalización de una minoría de artesanos que tenía bien poca afinidad con «los obreros pobres».[68] «La clase obrera del señor Thompson (...) sigue siendo, incluso después de ochocientas cincuenta páginas, un mito, una construcción a partir de ciertos presupuestos imaginarios y teoréticos.»

Son los lectores quienes deben juzgar si esto es así. He intentado distinguir entre las experiencias de grupos distintos —artesanos, trabajadores a domicilio y peones— y mostrar cómo todos ellos llegarían a actuar, pensar y sentir, no en los viejos términos de sometimiento y segregación local, sino en los de clase. Currie y Hartwell parecen exigir algo más definitivo, algún carnet de pertenencia a

[66] W. R. Hay, 4 de mayo de 1801, folios 11-15, H. O. 42.62.

[67] De Gast a Place, *British Museum Add.* MSS. 27, 829 f. 20.

[68] Currie y Hartwell, *op. cit.*, pp. 638-639. No acierto a comprender por qué piensan que «no me gustan los artesanos».

una clase, para dejarse convencer, pero, dado que las relaciones clasistas y la conciencia de clase son conformaciones culturales, nunca devienen algo tan definido y prosaico. Tampoco la historia tiene un punto final. El resultado de ese período de «formación» queda fuera de este libro, cuando en los años del cartismo aquellos grupos diversos encontraron instituciones, programas, formas de actuación y maneras de pensar comunes. Con todo, incluso en 1839 no se extinguieron las diferentes perspectivas de cada grupo y se pueden entender como una tensión en el interior del movimiento común. Con el fracaso del cartismo —y contribuyendo a que se produjera—, cada grupo se distanció de los demás otra vez, lo que dio comienzo a una nueva etapa de instituciones y relaciones de clase.[69]

Lo ocurrido en esta etapa de «formación» tuvo dos caras. Primero, tuvo lugar un giro en las actitudes populares, tanto en la retaguardia como en la minoritaria vanguardia. La activa minoría, de la que, por cierto, formaban parte principalmente artesanos y trabajadores a domicilio, no se encontró por más tiempo acorralada por los matones partidarios de la Iglesia y el Rey o sumergidos en la apatía de las masas. El giro no se produjo de una vez para siempre y en todas partes. Se percibió en Londres hacia 1795,[70] en Nottingham en 1796,[71] en Birmingham por esa misma época,[72] en Newcastle se retrasó quizá hasta 1819,[73] mientras que en Merthyr el cambio tuvo una fuerza culminante en 1831.[74]

Segundo, desde 1816 en adelante, al principio sólo en pocos lugares y en pocas mentes, pero pronto con mayor frecuencia y diversidad, se desarrollaron las ideas, se llevaron a cabo acciones y se ensayaron organizaciones que prefiguraron los procesos de la década de 1830, que demuestran que los obreros se estaban

---

[69] He argumentado este punto de forma más completa y he intentado clarificar mi idea de *clase* en «The Peculiarities of the English», *The Socialist Register*, 1965, editado por Ralph Miliband y John Saville, 1965, en especial pp. 357-358.

[70] Un corresponsal de *The Brazen Trumpet* (17 de marzo de 1798), observa: «(...) una organización de curas regalados, perezosos e insolentes no podría, hoy en día, *comprometer* a una muchedumbre para su causa» como ocurría en 1792. «La época oscura está desapareciendo a marchas forzadas.»

[71] J. F. Sutton, *The Date-Book of Nottingham*, Nottingham, 1880, p. 212.

[72] Véase el cuidadoso estudio de R. B. Rose sobre «The Origins of Working Class Radicalism in Birmingham», *Labour History*, Canberra (noviembre, 1965), pp. 6-14; *Victoria County History*, Warwickshire, VII (1964), pp. 284-285.

[73] Véase supra p. 775. No estoy de acuerdo con el argumento de N. McCord en «Tyneside Discontents and Peterloo», *Northern History*, Leeds, 1967, II, pp. 91-111, de que hay pocas pruebas del apoyo de los mineros al *Radical Monday*. Tiene una visión demasiado limitada de las pruebas e incluso las trata de forma demasiado selectiva. Más arriba he citado algunas de las pruebas contrarias.

[74] Véase el magnífico estudio hecho por G. A. William sobre «The Insurrection at Merthyr Tydfil in 1831», *Trans. Hon. Soc. of Cymmrodorion*, 1965, pp. 222-243.

situando en nuevas posiciones en relación con otros grupos sociales y estaban desarrollando nuevas solidaridades.

En parte, ésta es una cuestión de moral. En el nivel más simple significaba que era posible, para los obreros individuales, tener una sensación, no sólo de una multitud esporádicamente turbulenta, sino de una vinculación sostenida respecto a un movimiento a causa de sus propios objetivos de clase y una certeza que les permitía mantenerse firmes frente a los recursos físicos y morales de sus oponentes. En marzo de 1817 detuvieron a un joven *blanketeer* en Ashburn, en el Derbyshire, cuando iba hacia Londres, y le encontraron la siguiente nota en el bolsillo:

> Padre y Madre,
>
> Llegué ayer por la noche a esta ciudad y espero detenerme toda la noche en esta ciudad. Todo es confusión, a algunos de nosotros nos permiten entrar a la ciudad y a algunos se lo impiden. A lo largo de todo el camino que hemos hecho, los soldados nos han vigilado y muchos se han retirado (...) Nos damos clara cuenta de que están decididos a detenernos, muchos de los nuestros han sido encarcelados en casi todas las ciudades que hemos atravesado; sus espadas relucen alrededor de nuestras cabezas pero la cosa es tal como es.

Finalizaba la carta: «Decidles a los hombres que estoy animado como siempre; no sé si voy a estar en prisión dentro de diez minutos, todavía soy un leal partidario de la reforma y no me importa que todo el mundo lo sepa.»[75] Esto es lo que quiero decir cuando me refiero a las nuevas certezas de clase.

Por lo que respecta a la definición de clase, sólo puedo repetir lo que he escrito en otro lugar:

> Los sociólogos que han detenido la maquinaria del tiempo y, con gran derroche de aspavientos conceptuales, han bajado a mirar la sala de máquinas, nos dicen que, en ninguna parte, ni en modo alguno, han logrado detectar y clasificar una clase. Sólo pueden hallar una multitud de gentes con diferentes ocupaciones, ingresos, situación jerárquica y todo lo demás. Sin duda tienen razón, puesto que una clase no es tal o cual parte de la máquina, sino *el modo como esa máquina funciona* una vez que se la ha puesto en marcha. No se trata de este o aquel interés, sino de la *fricción* de intereses, del movimiento como tal, del calor y el ruido atronador. La clase es una conformación social y cultural —que a menudo encuentra una expresión institucional— que no puede ser definida de modo abstracto, tomada aisladamente, sino tan sólo a partir de sus relaciones con otras clases. Y, en último término, la definición sólo es posible en el medio tiempo, esto es, como acción y reacción, cambio y conflicto. Cuando hablamos de una clase estamos

[75] Jonathan Hutton, 11 de marzo de 1817, H. O. 40.5.

pensando en un conjunto de gente difusamente delimitado que participa del mismo cúmulo de intereses, experiencias sociales, tradiciones y sistemas de valores; que tiene una predisposición a actuar como clase, a definirse a sí mismo en sus acciones y en su conciencia, en relación a otros grupos de gente, de un modo clasista. Pues la clase en sí misma no es una cosa, es un acontecer.

Este libro es un intento de exponer ese acontecer, ese proceso de descubrirse y definirse a sí mismos.[76]

Universidad de Warwick, mayo de 1968.

[76] «Peculiarities of the English», *op. cit.*, p. 357.

Nota bibliográfica

He utilizado selectivamente las fuentes manuscritas, y lo he hecho en particular en aquellos puntos en los que me parecía aconsejable revisar las versiones aceptadas. Las fuentes más valiosas de la Public Record Office han sido los *Home Office Papers* (*H. O.*), en especial las series 40 y 42; legajos diversos relativos a la Sociedad de Correspondencia de Londres, motines por alimentos, etc., en los *Treasury Solicitor's Papers* (T. S.) que algunas veces contienen los datos —informes de los confidentes, declaraciones, cartas interceptadas, etc.— que servían para confeccionar los sumarios de la Corona contra los acusados por el Estado. También he consultado la *Place Collection* en el Museo Británico (Add. MSS.), y he encontrado de la mayor utilidad la «Autobiografía» de Place, los Libros de Actas y los Libros de Cartas de la S. C. L., notas de Hardy, Richter, Lemaitre y Oxlade sobre algunos aspectos de la historia de la S. C. L.; materiales de Place sobre la vida de Spence y sus notas sobre los años 1816-1820; y anotaciones de Lovett sobre la historia de la *National Union of the Working Classes and Others*. En el texto he dado algunas razones por las cuales es aconsejable utilizar los materiales históricos de Place con algunas precauciones.

Los *Fitzwilliam Papers* forman parte de la amplia colección Wentworth que actualmente está a cargo de la Sheffield Reference Library. Contienen parte de la correspondencia del conde Fitzwilliam sobre asuntos públicos, junto con informes de los J. P.s del Yorkshire y otros informadores, que corresponden a la época en que fue *Lord-Lieutenant* del West Riding. He utilizado las series F.44, 45 y 52 que tienen interés para los primeros años de la década de 1790, los años 1801-1803 y para el ludismo. Para el ludismo, otras dos fuentes han sido valiosas. Los *Radcliffe Papers* incluyen alguna correspondencia conservada por sir Joseph Radcliffe, el magistrado de Hunddersfield sumamente activo que recibió su título de caballero en reconocimiento a sus servicios en el procesamiento de los dirigentes luditas del Yorkshire. Los manuscritos permanecen bajo la custodia de sus descendiente, el capitán J. B. E.

Radcliffe, en Rudding Park, Harrogate, y están catalogados por el *National Register of Archives*. Los *Papers of the Framework-Knitters' Committee* fueron confiscados en 1814 y se encuentran en los *Nottingham City Archives*. Abarcan los años 1812-1814, y se ha publicado una admirable selección de ellos en los *Records of the Borough of Nottingham, 1800-1832*, 1952. Éstas han sido las principales fuentes manuscritas que he utilizado.

La mayor parte de los folletos, periódicos, etc., poco comunes que se citan en el texto se encuentran en el Museo Británico o en la Biblioteca John Rylands de Manchester. Ha sido imposible hacer un seguimiento intensivo de la prensa para los cincuenta años que cubre mi narración y, por lo tanto, una vez más, he consultado los diarios y los periódicos de forma selectiva, con la intención de clarificar algunos problemas y períodos. A menudo he hecho referencia al *Political Register* de Cobbett, *The Times*, el *Leeds Mercury* y la *Nottingham Review* y en algunas ocasiones a otras publicaciones provinciales. Entre los periódicos jacobinos, radicales, sindicalistas u owenitas que he consultado están, para la década de 1790: *Politics for the People* de Eaton; *The Patriot* (Sheffield); *Tribune* de Thelwall; *The Cabinet* (Norwich); *Argus* de Perry; *The Philanthropist*; *The Moral and Political Magazine*; *The Cambridge Intelligencer*, *The Sheffield Iris*. Sin embargo, los escritos más interesantes de la década de 1790 se encuentran en folletos, no tanto en periódicos.

Para las guerras y los años 1816-1820: *Political Review* de Flower; *Reasoner* de Bone; *The Alfred*; *The Independent Whig*; *Reformist Register* de Hone; *Republican* de Sherwin; *Political Register* de Sherwin; *The Black Dwarf*; *The «Forlorn Hope»*; *The Axe Laid to the Root*; *The People*; *The Political Observer*; *The Legislator*; *The Briton*; *Duckett's Despatch*; *The Gorgon*; *The Black Book*, que al principio se publicaba en entregas periódicas; *The Examiner*; *The Campion*; *The Cap of Liberty*; *The Medusa*; *The Manchester Observer*; *The White Hat*; *The Theological Comet or Free-Thinking Englishman*; *The Blanketteer*; el *Republican* de Carlile; *The Birmingham Inspector*; *Addresses to Radical Reformers* de Hunt.

Para la década de 1820 y los primeros años de la década de 1830:*The Economist*; *The Mechanic's Magazine*; *The Trades Newspaper*; *The Artizan's London and Provincial Chronicle*; el *Prompter* de Carlile; los *Two-Penny Trash* de Cobbett; *The Devil's Pulpit*; *The Voice of the People*; el *Cooperator* del doctor King; *Common Sense*; *The Union Pilot*; *The Lancashire and Yorkshire Cooperator*; *The Poor Man's Advocate*; *The Voice of the West Riding*; *The Poor Man's Guardian*; *The Working Man's Friend*; *The Radical Reformer*; *The Cosmopolite*; *The Cracker*; *The Crisis*; *The Destructive*; *The People's Conservative*; *The Man*; *The Pioneer*; *The Herald of the Rights of*

Industry. Y también —para períodos más tardíos— el *National Reformer* de Bronterre; *The Social Pioneer*; *The Ten Hours' Advocate*; *The Labourer*; *The Northern Star*; *Notes to the People*.

En la portadilla de la Primera parte se han reproducido las dos caras de una de las medallas conmemorativas que hizo la Sociedad de Correspondencia de Londres. Se hicieron muchas de estas monedas —se acuñaron, por ejemplo, en honor a los jurados que absolvieron a Hardy, Tooke y Thelwall y a Daniel Isaac Eaton— y Thomas Spence acuñó muchas otras. En la portadilla de la Segunda parte hay una tarjeta con una xilografía que se utilizaba supuestamente como billete de admisión en las reuniones luditas secretas que se celebraban en la Lancashire (1812). En la portadilla de la Tercera parte, el recordatorio burlesco de Cruikshank dedicado a los vencedores de Peterloo procede de William Hone y George Cruikshank, *A Slap at Slop* (1822).

Finalmente, hay unas pocas autoridades secundarias que merecen una mención, puesto que (como todos los estudiosos del período) estoy en deuda con ellos. A. Aspinall, *The Early English Trade Unions*, 1949, proporciona una excelente selección de documentos procedentes de la documentación del Ministerio del Interior, para los años en los que estuvieron en vigor las *Combination Acts*. G. D. H. Cole y A. W. Filson, *British Working Class Movements: Select Documents*, 1951, proporciona una selección más amplia de fuentes, y M. Morris, *From Cobbett to the Chartists*, 1948, una selección más abreviada. Aquellos que no puedan acceder al *Political Register* de Cobbett —sus *Rural Rides* se encuentran en edición de Everyman— encontrarán selecciones bien recopiladas en G. D. H. y M. Cole, *The Opinions of William Cobbett*, 1944, y en W. Reitzel, *The Progress of a Ploughboy*, 1933. Tanto H. L. Jephson, *The Platform*, 1892, como G. Wallas, *Life of Francis Place*, 1898, citan extensivamente y palabra por palabra los manuscritos de Place, demasiado a menudo de forma excesivamente acrítica. De los libros que escribieron J. L. y B. Hammond, *The Skilled Labourer*, 1919, sigue siendo muy importante; *The Village Labourer*, 1911, no tanto; *The Town Labourer*, 1917, es una obra de tipo más impresionista. *London Life in the Eighteenth Century*, 1930, de M. D. George; *Economic History of Modern Britain*, Cambridge, 1927, de J. H. Clapham; *History of Trade Unionism*, 1894, revisado en 1920, de S. y B. Webb; y *Women Workers and the Industrial Revolution*, 1930, de I. Pinchbeck, todos ellos se han ganado un lugar como libros de consulta. No existe ningún libro de un valor comparable sobre la historia demócrata y radical de la primera época; la mejor introducción sigue siendo quizá la obra de G. S. Veitch, *The Genesis of Parliamentary Reform*, 1913 —aunque los jacobinos ingleses de Veitch siguen siendo demasiado

piadosos y constitucionalistas como para darles crédito— y, para los años posteriores, las obras de W. D. Wickwar, *The Struggle for the Freedom of the Press*, 1928, y de J. R. M. Butler, *The Passing of the Great Reform Bill*, 1914. Por otra parte, el interesante volumen de S. Maccoby sobre *English Radicalism, 1786-1832*, 1955, está demasiado orientado en general hacia las actividades parlamentarias para arrojar luz sobre el tipo de problemas que hemos examinado en este libro. Tanto la obra *Passages in the Life of a Radical*, Heywood, 1841, de Samuel Bamford, como *Life and Struggles in Pursuit of Bread, Knowledge, and Freedom*, 1876, de William Lovett —aparecidas ambas en ediciones subsiguientes— son una lectura fundamental para cualquier inglés. Los estudiosos que deseen situar esta historia en un marco más amplio, encontrarán en la obra de E. Hobsbawm, *The Age of Revolution*, 1962, y en la de Asa Briggs, *The Age of Improvement*, 1959, el material necesario para obtener un marco de referencia europeo y británico; mientras que *England in 1815*, 1924, de E. Halévy sigue siendo un destacado estudio de tipo general de la sociedad británica de principios del siglo XIX.

Intentar hacer una bibliografía completa en un libro que abarca un período tan extenso y tantos temas, forzosamente debe parecer algo pretencioso o incompleto. He procurado indicar en las notas a pie de página de cada parte del libro las autoridades secundarias más relevantes, y espero haber dado en el mismo lugar suficientes indicaciones acerca de las principales fuentes originales que he utilizado. Por lo tanto, sólo me queda solicitar la indulgencia del lector y dejarle a modo de excusa la estrofa final del poema de un tejedor de seda de Spitalfields —extraído de *Historical Account of the Silk Manufacture*, 1811, de Samuel Sholl—:

Mi telar está descoyuntado,
Mis rodillos, comidos de gusanos,
Mis pedales y abrazaderas, rotos,
Mis bastones ya no dan golpe,
Mis pinzas están cubiertas de polvo,
Mis tijeras y recogedores, herrumbrosos,
Mis peines y viaderas desgastados,
Mi volante no mueve ni una canilla,
Mi lanzadera se ha roto, mi hora ha pasado,
Mi tarea ha acabado, este es el fin.[1]

[1] *My loom's entirely out of square, / My rools now worm-eaten are; / My clamp and treadles they are broke, / By battons, they won't strike a stroke; / My porry's covered with the dust, / My shears and pickers eat with rust; / My reed and barness are worn out, / My wheel won't turn a quill about; / My shuttle's broke, my glass is run, /My droplee's shot — my cane is done!*

Agradecimientos

Agradezco a las autoridades y las bibliotecas que me permitieron tomar citas de las fuentes manuscritas. El material inédito propiedad de la Corona en la Public Record Office ha sido reproducido gracias al director de la H. M. Stationery Office. El material de Wentworth Woodhouse Muniments (*Fitzwilliam Papers*) ha sido reproducido con el permiso de Earl Fitzwilliam y de los herederos de Wentworth de Earl Fitzwilliam, por cortesía del bibliotecario municipal de Sheffield. Debo dar las gracias, además, al conservador de los manuscritos, Museo Británico (*Place Collection*); a la Corporación de Nottingham (*Framework-knitters Papers*); a las bibliotecas públicas de Nottingham; al bibliotecario municipal de Leeds, y al capitán J. B. E. Radcliffe, M. C. (*Radcliffe Papers*). Desearía agradecer también a los bibliotecarios y a todo el personal de estas instituciones su ayuda, así como a los bibliotecarios y al personal de la biblioteca John Rylands, en Manchester, de la Manchester Central Reference Library, de la Norwich Central Reference Library, de la Biblioteca Brotherton (Universidad de Leeds), de las bibliotecas públicas de Bradford, Halifax y Wakefield, y del Toisón Memorial Museum, en Huddersfield. La «tarjeta» ludita reproducida en la portadilla de la Primera parte, es propiedad de la Corona y aparece aquí con el permiso del director de la H. M. Stationery Office.

Asimismo, estoy en deuda con las siguientes editoriales, que me han permitido citar pasajes de obras suyas: George Alien and Unwin Ltd (*La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, de M. Weber, 1930); Cambridge University Press (*Economic History of Modern Britain*, de sir John Clapham, 1929, vol. 1, y *The History and Social Influence of the Potato*, de R. N. Salaman, 1949); Clarendon Press, Oxford (*Wilkes and Liberty*, de G. Rudé. 1962); Logmans, Green and Co. Ltd (*The Town Labourer*, 1917, y *The Skilled Labourer*, 1919, ambas de J. L. y B. Hammond); Manchester University Press (*Primitive Rebels*, de E. Hobsbawm, 1959), y Oxford University Press (*The Industrial Revolution*, de T. S. Ashton, 1948).

Glosario inglés

Antinomianis: Antiomanismo es un término acuñado por Martín Lutero para definir aquella creencias que defienden que, bajo la gracia del evangelio, la ley moral no es válida ni puede ser coercitiva, ya que la fe es el único requisito necesario para la salvación. Ha sido uno de los puntos más controvertidos en la historia del cristianismo y es considerado herético de modo general por casi todas sus vertientes doctrinales.

Assessed Taxes: Impuestos que gravaban las casas habitadas, los criados varones, los carruajes, los perros, los polvos para el cabello, los escudos de armas, las ventanas, etc.

Assize: Tribunales de jueces de paz de los condados, de jurisdicción civil y limitada que actuaban trimestralmente.

Assize of Bread: Reglamento sobre el precio del pan.

Bag hosier: Intermediario entre el artesano y el comprador. También refiere en inglés, como sinónimo de Bagman, al extorsionador, al cobrador de deudas.

Bakstone: Losa de piedra que se calienta para cocer pan.

Banker: A la vez, propietario de un negocio de banca y persona que trabaja en la construcción de bancales, márgenes y canales.

Barrel: Medida de capacidad para líquidos o áridos que variaba según el producto.

Bastille: Bastilla, sinónimo de cárcel. Eran los nuevos asilos para los pobres.

Blanketeer: Grupo de obreros que se reunieron el 10 de marzo de 1817 en Manchester provistos con mantas, para marchar hacia Londres y llamar la atención sobre sus quejas.

Blue Book: Uno de los informes oficiales del Parlamento y del Consejo Privado, que se publica con cubiertas azules.

Boll: Medida de capacidad para granos que en Escocia equivalía a 6 bushels, pero que en Inglaterra oscilaba entre 6 y 2 bushels.

Borough-holder: Perceptor de rentas urbanas.

Boroughreeve: Gobernador de una ciudad. Cargo más importante de ciertas ciudades inglesas antes de la ley de corporaciones municipales de 1835.

Bull-baiting: Acoso de toros con perros.

Bushel: Medida inglesa de áridos, equivalente a 36,35 litros.

Butty/butties: Intermediarios que contrataban trabajadores para extraer carbón o mineral a tanto por tonelada.

Candy-men: Vendedor ambulante de azúcar cande.

Caucus: El uso que se hace de este término en Gran Bretaña es en un sentido estrictamente disciplinario, en particular referido al manejo de las elecciones y al control de los votantes.

Chamber-master: Zapatero que trabaja en su propia casa.

City: Parte de Londres situada dentro de los límites antiguos de la ciudad. También se designa con este nombre el centro de negocios de Londres.

Civil List: Término que designa la relación de gastos correspondientes al mantenimiento de la casa real inglesa y los honores y dignidades de la corona.

Colt: Persona joven y sin experiencia.

Colting: Empleo de trabajadores jóvenes y no cualificados.

Combination Acts: Leyes dirigidas contra la libre asociación. Fueron derrogadas en 1824.

Commission houses: Casas que subcontrataban trabajo, llamadas también «mataderos».

Commonwealth: Término que los escritores del siglo XVIII utilizaban para referirse al concepto de comunidad política organizada. También se utilizó este término para denominar de manera específica el régimen de Cromwell en Gran Bretaña (1649-1660).

Conacre system: Tipo de contrato por temporada.

Copyhold: Tenencia de tierras que forman parte de un señorío, «a voluntad del señor de acuerdo con la costumbre del manor». por la posesión de una copia del documento guardado en el tribunal señorial.

Corn Laws: Leyes que regulaban el comercio del grano en Inglaterra, y que fueron derogadas en 1846, después de una agitación considerable.

Cottager: Trabajador agrícola que vivía en una pequeña casa de campo y tenía un minúsculo trozo de tierra. El equivalente castellano podría ser: pegujalero, pelantrín o labrantín.

Crimp: Nombre que recibe un agente que procura marineros y soldados.

Cropper: traducido como desborrador, en castellano se puede considerar sinónimo de tundidor (en el texto, utilizado para traducir *shearman*).

Cut-up: Técnica de manufacturación de medias que reduce la calidad y el coste del producto.

Diggers: Grupo de comunistas agrarios dirigidos por Gerrard Winstanley y William Everard. Sostenían que la guerra civil se había hecho contra el rey y los grandes terratenientes, y que, una vez ejecutado Carlos I, la tierra debía estar a disposición de los pobres para que éstos la cultivaran.

Duck knop: Juego de chicos que se practica con un botón o una piedra, en el segundo caso se llama duck stone, en él puede participar un solo jugador.

Enclosure: Proceso de aplicación del principio de propiedad absoluta de la tierra, cuya manifestación externa era el cercado de los campos.

Excise: Impuesto que gravaba los productos del país, ya fuera en el proceso de su fabricación o antes de la venta a los consumidores ingleses, una especie de derecho sobre el consumo interior. Algunos equivalentes del excise serían: alcabalas, cientos y millones en la corona de Castilla; la bolla y las generalitats en la corona de Aragón, etc.

Framework-knitter: Tejedor de punto.

Freemason: Traducido como francmasón, era el miembro de un grupo determinado de canteros cualificados que iban de ciudad en ciudad trabajando en construcciones importantes. Se reconocían unos a otros por signos secretos y contraseñas. Por extensión se refiere a los talleres de cualquier oficio.

Game Laws: Leyes de caza.

Garret-masters: Ebanista o cerrajero que trabajaba por cuenta propia, en general en unas condiciones muy precarias. De ahí el nombre que equivaldría a maestros de buhardilla.

Gentry: Miembros de la pequeña nobleza rural o urbana inglesa.

Green bags: Bolsa confeccionada con tela verde, que usaban antiguamente los abogados para llevar documentos.

Halbert: Especie de combinación de arpón y hacha de guerra, con un mango de 5 a 7 pies de largo.

Half-time school: Escuela cuyo funcionamiento permitía que los niños asistieran a la misma la mitad del tiempo acostumbrado y empleasen la otra mitad en realizar un trabajo remunerado.

Hocus pocus: Conjuro o fórmula mágica que a veces hace alusión a una derivación de hoc est Corpus.

Hosier: Vendedor de calceta.

Huffing: Norma del juego de damas según la cual se saca del tablero, golpeándola, una ficha del oponente como penalización por haber dejado de matar una pieza que se encontraba en prise.

Hurryer: Literalmente, uno que va deprisa o que empuja deprisa.

Husting: Plataforma temporal en la que se presentaban los candidatos al Parlamento y se dirigían a los electores.

ILP: Independent Labour Party.

J.P.s: Siglas que corresponden a Justice(s) of Peace, es decir, jueces que estaban encargados de mantener la paz en la jurisdicción para la que habían sido nombrados.

Jerry: Abreviación de *jerry-builder*.

Jerry-builder: Especulador cuyo negocio consiste en construir casas con materiales de mala calidad.

Jumper: El nombre se aplicaba, en el siglo XVIII, a un grupo de metodistas galeses que solían saltar y danzar como parte de su culto religioso.

Knur and spell: Juego de la zona norte del país parecido al *trap-ball*, que consiste en lanzar una bola de madera colocada en el extremo de una

trampilla, a base de golpear el otro extremo con una maza y luego darle a la pelota con la misma maza.

Leveller: Miembro del partido republicano y democrático que existió en Inglaterra durante la guerra civil y el período de la Commonwealth. Es el nombre que le dieron sus enemigos para dar a entender que sus miembros aspiraban a la igualación social.

Little maker: Fabricante con pequeño taller, equivalente a menestral.

Lord Chief Justice: Título de los jueces que presidían todos los tribunales de la magistratura real y de litigios consuetudinarios.

Lord-Lieutenant: Principal autoridad ejecutiva de un condado, jefe de la magistratura nombrado por el soberano.

Lumper: Pequeño contratista.

Market-cross: En Inglaterra se acostumbraba erigir cruces en los lugares de reunión y, por excelencia, en el mercado. Luego estas palabras han pasado a designar el mercado.

Mill-wright: Diseñador o constructor de molinos o de maquinaria para molinos.

Morris dances: Danza grotesca realizada por personas disfrazadas que representan los personajes de la leyenda de Robin Hood.

Mulé: Variante de la *spinning-jenny* (ver) inventada por Samuel Crompton en 1797. En España se la conocía como «muia».

Navigators: Traducido como navegantes es el nombre que recibían los trabajadores empleados en la construcción de canales, y por extensión todos quienes hacían trabajos similares de excavación.

Negus: Vino, en especial oporto o jerez, y agua caliente, endulzado y aromatizado con limón y especias.

Old Bailey: Sede del Tribunal Central para asuntos criminales, en Londres.

Old Jacks: Jacobinos.

Open fields: Sistema por el que la tierra cultivable de un pueblo se separaba en diversas porciones o franjas no cerradas y se distribuía entre los aldeanos.

Orders in Council: Orden real que el soberano promulga con el asesoramiento del Consejo Privado. Son particularmente famosas las de la época de las guerras revolucionarias francesas.

Oyer & Terminer: Comisión autorizada para oír y decidir en las acusaciones de traición y felonía.

Patent theatre: Teatro que había recibido autorización real para establecerse.

Pew-rent: Renta que se pagaba para tener lugar, banco o reclinatorio, destacado en la iglesia.

Piecener: Joven empleado en las hilanderías para mantener los bastidores llenos de algodón en rama y para unir los cabos de los hilos que se rompían.

Placeman: Persona que ocupa un cargo, o intenta ocuparlo, al servicio del rey o del Estado, por motivos de interés y no por su cualificación para el mismo.

Poor Laws: «Ley de pobres»: ley dirigida a controlar y regular a los pobres, así como a procurarles asistencia y trabajo.

Press-gang: Cuerpo de hombres que, bajo la dirección de un oficial, tenía la función de apremiar a los hombres para el servicio en el ejército o la armada.

Putters-out: Término derivado del verbo *to put out*: dar trabajo para que se realice fuera del establecimiento industrial, o para que lo haga alguien que no tiene un empleo regular.

Putting-out system: Organización de una red de trabajo a domicilio por parte de los comerciantes empresarios o putters-out.

Quarter: Equivalente a 28 libras de peso, corresponde a 12,7 kg. Aproximadamente una arroba.

Quarterly sessions: Sesiones que se realizan periódicamente en cada condado de Inglaterra, con el objetivo de administrar justicia civil y criminal, a las que asisten jueces que actúan por comisión especial.

Ranter: Secta de antinomianos que surgió en 1645. Un *ranter* es también una persona que reza en voz alta y de forma rimbombante.

Registrar-General: Funcionario jefe de la Oficina del Registro General.

Ribbon-man: Perteneciente a la Ribbon Society, una sociedad católica romana secreta formada en el norte y noroeste de Irlanda a principios del siglo XIX para contrarrestar la influencia protestante y que estuvo asociada a los desórdenes agrarios.

Riot Act: Ley sobre motines.

Rood: Medida de superficie para medir tierras, que tiene unos 40 poles o perches (medidas de longitud que equivalen a 5,029 m), pero que pueden variar localmente.

Roundsman: Trabajador que necesitaba ayuda de la parroquia, al que se enviaba de una explotación agrícola a otra en busca de trabajo. Su salario se costeaba en parte a expensas del agricultor y en parte a expensas de la parroquia.

Rotten borough: Municipio con derecho a tener representantes en el Parlamento, que habían perdido población y por tanto su anterior importancia. Pero sus propietarios, haciendo uso del antiguo derecho, seguían nombrando representantes parlamentarios. La traducción literal es «burgo podrido», y su significado en castellano no se aleja mucho del inglés.

Rump: Resto, pequeño y sin importancia, de un grupo de personas. En particular se utiliza para hacer referencia al Parlamento.

Rushbearing: Ceremonia anual de los distritos del norte que consiste en llevar juncos y guirnaldas a las iglesias y hacer alfombras o decorar las paredes con ellas.

Salmagundi: Comida elaborada con carne picada, anchoas, huevos, cebollas, aceite y condimentos.

Scot and lot: Impuesto recaudado por una corporación municipal, repartido en partes proporcionales entre sus miembros para sufragar los gastos municipales.

Seditious Societies Act: Ley de sociedades sediciosas.

Settlement: Residencia o establecimiento legal en una parroquia determinada, que le daba derecho a una persona a recibir ayuda de los impuestos para asistir a los pobres.

Shaker: Secta religiosa norteamericana que se denominaba a sí misma «Sociedad de los que creen en el Segundo Advenimiento de Cristo», tenían comunidades mixtas de mujeres y hombres que vivían practicando el celibato.

Shearman: Tundidor.

Shopocrat: palabra compuesta a partir del término shopman, que significa tendero en inglés.

Slop: Prendas de vestir, de confección, baratas y de mala calidad.

Snob: Zapateros remendón.

Speenhamland system: Sistema de redistribución de la riqueza desarrollado para las *Poor Laws* en el que se fijaba un extra para el pobre en relación a sus hijos y el precio del pan.

Spinning-jenny: Máquina de hilar con varios husos, fue inventada por James Hargreaves en 1764.

Squatter: Ocupante no autorizado que cultiva una tierra en precario.

Squire: Señor rural, propietario de tierras: en especial se refiere al principal propietario de un pueblo o distrito.

Squirearchy: Conjunto de los squires, terratenientes o gentry rural.

Statute-book: Serie completa de los volúmenes que forman el registro oficial de las leyes.

Stockinger: Tejedor de medias.

Striker: Operario ayudante en las herrerías, que manejaba el mazo o martillo.

Test and Corporations Acts: Leyes que establecían que sólo quienes profesaban la religión oficial de Inglaterra podían ser elegidos para los cargos públicos.

Tommy shop: Almacén en los que pueden cambiarse los vales que obtienen los trabajadores, en lugar de dinero, por productos.

Trade union: Denominación de los sindicatos obreros ingleses.

Translator: Zapatero remendón que remoza específamente los zapatos viejos.

Tributers o tut-workers: En Cornualles eran trabajadores por contrato directo, una minoría de los cuales todavía a finales del siglo XVIII diversificaban su trabajo con la pesca del arenque, las pequeñas tenencias, como hacían algunos mineros del plomo del Yorkshire.

Truck system: Sistema de pago de salarios en vales intercambiables por productos, en lugar de dinero.

T. U. C.: *Trades Union Congress*, Confederación de los sindicatos británicos.

Tyhings: Conjunto de diez personas. Cada miembro del grupo debía responder de la nueva conducta o de los daños causados por cualquier otro miembro del tything.

Unstamped: Sin timbre oficial porque no habían pagado los impuestos correspondientes.

Vagrant Act: Ley de vagabundos.

Witenagemot: Asamblea de los Witan, Consejo nacional de la época anglosajona.

Wolds: Se usa en designaciones específicas de ciertas regiones montañosas de Inglaterra, por ejemplo, la zona montañosa del este y North Riding (Yorkshire Wolds).

Work on tribute o upon tut: Sistema de contratación, utilizado en las minas y también en agricultura, en el que el pago se realiza con una parte proporcional del producto. En España se utiliza en el sector pesquero y se denomina «pescar a la parte».

Workhouse: Edificios públicos irlandeses destinados y emplear y dar cobijos a pobres. Su origen data de mediados del siglo xvii.

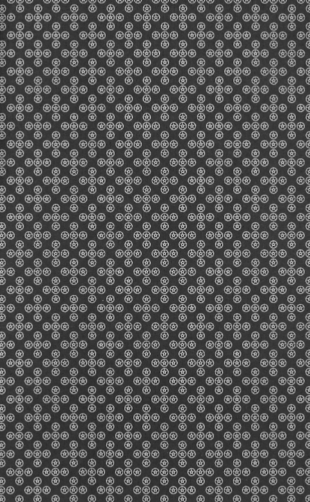
Yeomanry: Designa el conjunto de los campesinos o labradores libres de Inglaterra, propietarios independientes y/o arrendatarios de tierras.

Yeoman: Campesino o labrador libre, propietario independiente y/o arrendatario de tierras.

Este libro se terminó de
imprimir el 18 de septiembre
de 2012

Ahora que soy yunque
me precisa el aguantar,
el día que sea martillo
ya te puedes preparar.

(Letra popular de seguiriya)





▲ Trabajadores de Ford en la fábrica de Manchester.

Publicado en 1963, *La formación de la clase obrera en Inglaterra* es probablemente la obra de historia social inglesa mas imaginativa de posguerra. Sin duda se trata de uno de los libros de historia más influyentes del siglo XX, y está dotado de una extraordinaria calidad histórica y literaria. E.P. Thompson muestra como la clase obrera participó en su propia gestación y recrea la experiencia vital de personas que sufrieron una pérdida de estatus y libertad, fueron degradadas y aún así crearon una cultura y una conciencia política de gran vitalidad.

La obra estableció la agenda para la "nueva historia social" de las décadas de 1960 y 1970, influyendo sobre muchos historiadores y académicos de otras áreas. Ya en el prefacio, Thompson anotaba las ideas que guiarían a varias generaciones de historiadores: la clase es una relación más que una estructura o una categoría; la clase trabajadora se forjó a sí misma; existía un potencial revolucionario en dicha clase; y, quizás lo más importante, que la responsabilidad de los historiadores era la de "rescatar" a la gente ordinaria del pasado, especialmente aquellos que habían sido derrotados, de la "enorme condescendencia de la posteridad".

«Una historia personal y valorativa, sus esclarecedores juicios constituyen un importante desafío a muchas clases de ortodoxia actual»

The Listener

«Thompson ha escrito una obra de imponente autoridad e importancia duradera»

New York Review of Books

BIC: FV

ISBN: 978-84-940279-3-2





capitanswinglibros.com